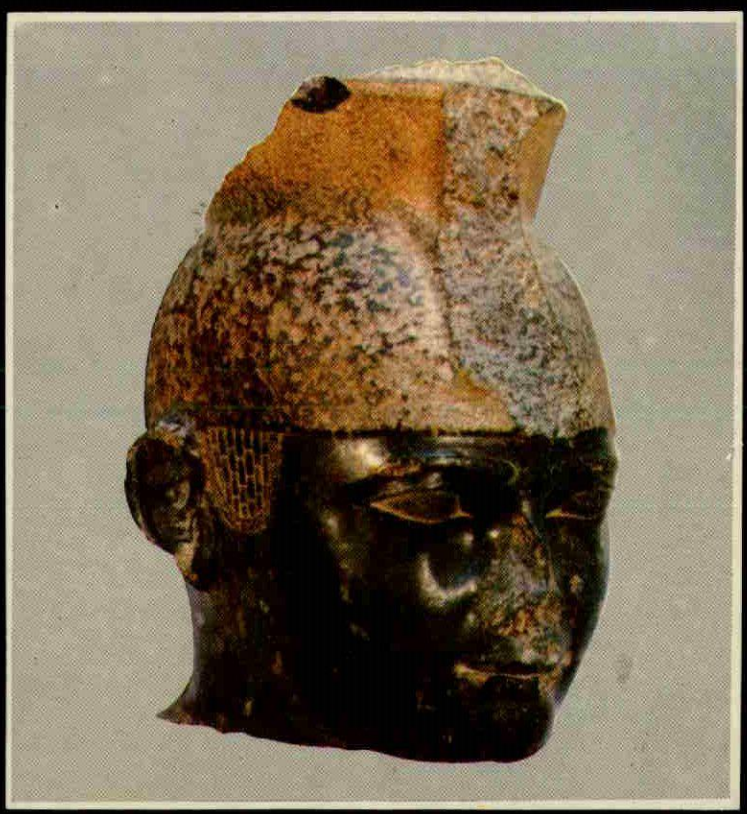
Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa (Unesco)

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

II. *Antiguas civilizaciones de Africa*

DIRECTOR DEL VOLUMEN: G. MOKHTAR



tecnos / UNESCO

Este volumen II de la *Historia General de Africa* de la UNESCO se ocupa del período que abarca desde el Neolítico hasta el siglo VII de nuestra era.

Este espacio de unos 9.000 años de historia se estudia subdividido en cuatro zonas geográficas fundamentales, según el criterio seguido por los investigadores de la historia africana. Los capítulos 1 al 12 analizan el pasillo del Nilo, Egipto y Nubia. Los capítulos 13 al 16 se refieren a las altas tierras de Etiopía. Los capítulos 17 al 20 describen la parte de Africa posteriormente denominada el Magreb, y su *hinterland* sahariano. Por último, los capítulos 21 al 29 tratan el resto de Africa, así como algunas de las islas del océano Índico.

La mayor parte del presente volumen está dedicada a la antigua civilización de Egipto debido a su posición preeminente en las primeras fases de la historia africana.

Cada capítulo está profusamente ilustrado con mapas, figuras y fotografías en blanco y negro. El texto se acompaña de notas a pie de página, muchas de las cuales hacen referencia a la extensa bibliografía incluida, y un conjunto amplio y variado de índices.

Ilustración de la cubierta: Cabeza de Taharqa. (Museo Egipcio. El Cairo).

COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA HISTORIA GENERAL DE AFRICA (UNESCO)

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

II

Antiguas civilizaciones de Africa

DIRECTOR DEL VOLUMEN

G. MOKHTAR

tecnos / UNESCO

Los autores son responsables de la elección y de la presentación de los hechos que figuran en esta obra, así como de las opiniones expresadas en ella, que no son necesariamente las de la UNESCO, y que no comprometen a la Organización.

Publicada conjuntamente por:

— Editorial Tecnos, S.A.
O'Donnell, 27
Madrid-9. España

y

— UNESCO, Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
7, place Fontenoy,
75700 París. Francia

Traducción de: Fermín Muñoz, realizada bajo la responsabilidad de Editorial Tecnos, con la participación financiera de la UNESCO.

© Unesco 1983
ISBN: 84-309-0898-6 Obra completa Tecnos
ISBN: 84-309-1016-6 Volumen II Tecnos
ISBN: 92-3-301708-7 Volumen II Unesco
Depósito legal: M.1868-1982

Printed in Spain - Impreso en España por Gráficas Ortega, S.A., Pol. El Montalvo. Salamanca, 1983

INDICE GENERAL

Cronología ..... *Pág.* 11

Introducción general 13
G. MOKHTAR.
Con colaboración de J. VERCOUTTER.

Capítulo 1: Origen de los antiguos egipcios 41
CH. ANTA DIOP.

Capítulo 2: El Egipto faraónico 75
A. ABU BAKR.

Capítulo 3: Egipto faraónico. Sociedad, economía y cultura 103
J. YOYOTTE.

Capítulo 4: Relaciones de Egipto con el resto de Africa 127
A. EL HAMID ZAYED.
Con la colaboración de J. DEVISSE.

Capítulo 5: El legado del Egipto faraónico 147
R. EL-NADURY.
Con la colaboración de J. VERCOUTTER.

Capítulo 6: Egipto en la época helenística 183
H. RIAD.
Con la colaboración de J. DEVISSE.

Capítulo 7: Egipto bajo la dominación romana 207
S. DONADONI.

Capítulo 8: Nubia, eslabón entre el Africa central y el Mediterráneo, factor geográfico de civilización 227
S. ADAM.
Con la colaboración de J. VERCOUTTER.

Capítulo 9: Nubia ante Napata (2100 a 750 antes de la era cristiana) 245
N. EL-DIN MOHAMED SHERIF.

Capítulo 10: El imperio de Kush: Napata y Meroé 279
J. LECLANT.

Capítulo 11: La civilización de Napata y de Meroé 299
A. M. ALÍ HAKEM.
Con la colaboración de I. HRBEK y J. VERCOUTTER.

Capítulo 12: La cristianización de Nubia 329
K. MICHALOWSKY.

Capítulo 13: La cultura axumita 345
H. DE CONTENSON.

Capítulo 14: La civilización de Axum, del siglo I al VII 365
F. ANFRAY.

Capítulo 15: Axum: del siglo I al IV. Economía, sistema político, cultura 385
Y. M. KOBISHANOV.

Capítulo 16: Axum cristiano 405
TEKLE TSADIK MEKOURIA.

Capítulo 17: Los protobereberes 429
J. DESANGES.

Capítulo 18: El período cartaginés 449
B. H. WARMINGTON.

Capítulo 19: El período romano y postromano en Africa del Norte. I. El período romano 473
A. MAHJOUBI.
II. De Roma al Islam 509
P. SALAMA.

Capítulo 20: El Sáhara durante la Antigüedad clásica 521
P. SALAMA.

Capítulo 21: Introducción al final de la prehistoria en el Africa subsahariana 543
M. POSNANSKY.

Capítulo 22: La costa del Africa oriental y su papel en el comercio marítimo 561
ABDUL M. H. SHERIFF.

Capítulo 23: El Africa oriental antes del siglo VII 577
J. E. G. SUTTON.

Capítulo 24: El Africa occidental antes del siglo VII 601
B. WAI ANDAH.

Capítulo 25: Africa central 631
F. VAN NOTEN.
Con la colaboración de D. COHEN y P. DE MARET.

Capítulo 26: El Africa meridional: cazadores y recolectores 651
J. E. PARKINGTON.

Capítulo 27: Los comienzos de la Edad de hierro en el Africa meridional 683
D. W. PHILLIPSON.

Capítulo 28: Madagascar 703
P. VÉRIN.

Capítulo 29: Las sociedades del Africa subsahariana en la primera Edad de hierro 729
M. POSNANSKY.

Anexo: El poblamiento del antiguo Egipto y el desciframiento de la escritura meroítica 743

Conclusión 771
G. MOKHTAR.

Miembros del Comité Científico Internacional para la redacción de una Historia General de Africa 777

Reseña biográfica de los autores del volumen II 779

Bibliografía general 783

Abreviaturas utilizadas en la bibliografía 817

Indices 823

CRONOLOGIA

Se ha decidido adoptar la presentación siguiente para la escritura de las fechas:

Para la Prehistoria las fechas pueden representarse de dos modos diferentes:

*— si se refieren a la época actual, son las fechas BP (*before present, *antes de ahora), siendo el año de referencia +1950; todas las fechas son, por tanto, negativas con relación a +1950;*

— si se refieren al comienzo de la era cristiana, las fechas fijadas con relación a la era cristiana están marcadas por un simple signo − ó + que precede a las fechas. En lo referente a los siglos, las menciones «antes de Cristo», «después de Cristo», «antes de nuestra era», «de nuestra era» son reemplazadas por «antes de la era cristiana», «de la era cristiana».

Ejemplos: *1) 2300 BP = −350.*
2) 2900 antes de Cristo = −2900.
1800 después de Cristo = +1800.
3) siglo V antes de Cristo = siglo V antes de la era cristiana.
siglo III después de Cristo = siglo III de la era cristiana.

INTRODUCCION GENERAL

G. MOKHTAR

Con la colaboración de
J. VERCOUTTER

El presente volumen de *Historia General de Africa* abarca ese largo período de la historia del continente que va desde el final del Neolítico, es decir, hacia el VIII milenio antes de la era cristiana, hasta el comienzo del siglo VII de la era cristiana.

Ese período que cubre unos nueve mil años de la historia de Africa ha sido dividido, no sin vacilaciones, según cuatro grandes zonas geográficas:

— El «pasillo» nilótico, egipcio y nubio (capítulos 1 al 12).
— El «macizo» etíope (capítulos 13 al 16).
— La parte de Africa frecuentemente designada, más tarde, con el nombre de «Magreb», y su complemento sahariano (capítulos 17 al 20).
— Finalmente, el resto de Africa, tanto al este como al oeste, al sur como al norte del ecuador, con las islas africanas del océano Indico (capítulos 21 al 24).

La fragmentación así adoptada resulta en realidad de la división actual de la investigación histórica en Africa. Habría podido parecer más lógico, en efecto, dividir el volumen según las grandes divisiones ecológicas del continente que ofrecen, a los grupos humanos que las habitan, las mismas condiciones de vida, sin que ninguna auténtica «barrera» física se oponga a los intercambios, culturales o de otro tipo, en el interior de esas regiones.

En este caso se hubiera obtenido una división totalmente diferente que, yendo de norte a sur, habría comprendido: lo que se llama, después del siglo VIII de la era cristiana, «isla del Magreb», en gran parte mediterránea por su geología, su clima y su ecología en general; la amplia franja subtropical sahariana y su «accidente» tectónico que es el valle del Nilo; después, la zona de las grandes cuencas fluviales subtropicales y ecuatoriales, con su fachada atlántica; luego tendríamos, hacia el este, el macizo etíope con el cuerno de Africa vuelto hacia Arabia y el océano Indico, y, por fin, la región de los Grandes Lagos ecuatoriales habría ofrecido la transición necesaria entre las cuencas nilótica, nigeriana y congolesa hacia el Africa meridional y sus anexos que son Madagascar y las otras islas próximas a Africa, en el océano Indico.

Esta división, más satisfactoria para el conocimiento que la establecida, desgraciadamente era irrealizable. El investigador que desea estudiar la Historia de Africa en la Antigüedad se siente muy incómodo, en efecto, por el peso del pasado. El «fraccionamiento» que le es impuesto, y que se refleja en el plan aquí adoptado, proviene en gran parte de la colonización de los siglos XIX y XX de la era cristiana. Aunque fuese «colono», interesado por el país donde él vivía, o «colonizado» interesado por el pasado de su pueblo, el historiador se encontraría, a pesar de todo, encerrado en los límites territoriales arbitrariamente fijados. Y le resultaría difícil, incluso imposible, estudiar las relaciones con las comarcas vecinas que, no obstante, formaban frecuentemente un «todo», históricamente hablando, con el país donde él residía.

Ese peso histórico, tan duro, no ha desaparecido hoy totalmente. Por un lado, debido a la pereza mental: por estar aferrados a unos viejos hábitos, aun sin quererlo, se tiene tendencia a seguirlos, pero también porque los archivos de la Historia de Africa que son los documentos de excavaciones o los textos y la iconografía, para algunas regiones, están reunidos, clasificados y publicados en atención a un orden preconcebido, pero arbitrario, que es muy difícil poner en tela de juicio.

Este volumen de la *Historia de Africa*, más aún tal vez que el que le ha precedido, debe recurrir a las hipótesis. El período que abarca es oscuro, debido a la escasez de fuentes, en general, y de fuentes bien datadas, en particular. Esta observación vale tanto para las fuentes arqueológicas, muy desigualmente reunidas, como para las fuentes escritas o simbólicas, excepto para algunas regiones relativamente privilegiadas, como el valle del Nilo y el «Magreb». Esta insuficiencia de bases firmes de documentación es la que hace indispensable el recurso a las hipótesis, siendo excepción los hechos establecidos con certeza.

Otro punto a subrayar: existen grandes insuficiencias en las fuentes arqueológicas de las que dispone el historiador. Las excavaciones, para el conjunto del continente, no han logrado la densidad que han alcanzado en algunas partes de Africa, a lo largo de la costa y en las tierras del interior de su franja septentrional principalmente, y sobre todo, en el valle del Nilo desde el mar hasta la 2.ª Catarata.

Esta insuficiencia cuantitativa de los documentos arqueológicos desgraciadamente no puede ser completada por los relatos de los viajeros extranjeros, contemporáneos de los acontecimientos o de los hechos que se tratan de conocer. El carácter macizo y extenso del continente ha impedido, tanto en la Antigüedad como en épocas posteriores, la penetración en profundidad de otras razas. Se observará que Africa, en el estado actual de nuestros conocimientos, es el único continente donde los «periplos» han desempeñado un papel histórico importante (cf. caps. 18 y 22).

Estas diversas consideraciones explican por qué la Historia de Africa, desde el año −7000 al +700, pertenece al campo de las grandes hipótesis. Sin embargo, éstas no son nunca gratuitas y se basan en documentos, escasos e insuficientes ciertamente, pero que existen a pesar de todo. La tarea de los autores que han contribuido a realizar esta obra ha sido la de reunir, valorar y criticar esas fuentes. Especialistas de las regiones cuya historia describen, por fragmentaria que sea, presentan aquí la síntesis de cuanto es legítimo deducir de los documentos disponibles. Las hipótesis que ofrecen, aunque sujetas a nuevos exámenes cuando las fuentes se amplíen, permitirán —estamos seguros de ello— alentar y marcar directrices de investigación a los historiadores del futuro.

Entre las numerosas zonas oscuras que nos impiden ver la evolución histórica de Africa, la que abarca el poblamiento antiguo del continente es una de las más extensas. En efecto, ese poblamiento es de los menos conocidos. Las tesis actuales que, con demasiada frecuencia, se basan en un número insuficiente de observaciones científicamente válidas, son difícilmente conciliables en una época en la que la antropología física está en continuo cambio. El «monogenetismo» mismo, por ejemplo (cf. cap. 1), no es aún más que una hipótesis de trabajo que exige ser probada. Por otra parte, teniendo en cuenta el enorme lapso de tiempo que ha transcurrido entre los prehumanos o protohumanos descubiertos en el valle del Omo o en Olduvai (cf. vol. I) y la aparición de tipos humanos bien caracterizados en el Africa meridional principalmente, admitir, sin pruebas o sin hallazgos de eslabones intermedios, que ha habido continuidad permanente y evolución *in situ*, no puede ser desgraciadamente más que un punto de vista de la razón humana.

Sobre este mismo tema del poblamiento sería importante conocer la *densidad* de la población africana durante el período crucial que transcurrió desde el año 8000 al 5000 antes de la era cristiana. En efecto, éste es el período de la génesis de las culturas que se han diversificado después. Ahora bien, dependiendo de que esa densidad sea muy fuerte o escasa, favorece o hace inútil el desarrollo de la escritura.

La originalidad del Egipto antiguo, con relación al resto de Africa en la misma época, reside quizá esencialmente en el hecho de que la fuerte densidad de las poblaciones establecidas en épocas remotas sobre las orillas del Nilo, entre la 1.ª Catarata y la parte meridional del Delta, ha exigido poco a poco el uso de la escritura para la simple coordinación del sistema de riego indispensable para la supervivencia de esas poblaciones. En cambio, al sur de la catarata de Assuán, una escasa densidad de ocupación humana no habría causado el empleo de la escritura, ocupando el país los pequeños grupos somáticos y quedando independientes unos de otros. Así pues, es lógicamente muy de lamentar que la densidad de la población de esa época siga siendo solamente materia de hipótesis.

La ecología, finalmente, desempeña un gran papel en la historia de Africa y varía considerablemente tanto en el espacio como en el tiempo. La última fase húmeda del Neolítico termina hacia el año −2400, en pleno período histórico, mientras los faraones de la V dinastía reinan en Egipto. Las condiciones climáticas, y por tanto agrícolas, que han presidido la eclosión de las primeras grandes civilizaciones africanas, no son, pues, las mismas que han prevalecido después. Hay que tenerlas en cuenta en el estudio de las relaciones que han unido a esas civilizaciones con las poblaciones que las rodeaban. El medio ambiente de los años −7000 a −2400, o sea durante 4600 años o, lo que es lo mismo, durante mucho más de la mitad del período estudiado en este volumen, ha sido muy diferente del que se estableció después de la segunda mitad del III milenio. Este último, cuyo entorno se parece mucho al actual, marcó profundamente las sociedades humanas establecidas en Africa. La vida social no es ni puede ser la misma en las grandes zonas desérticas subtropicales al sur y al norte que en el ámbito del gran bosque ecuatorial, ni en los macizos montañosos y en las grandes cuencas fluviales, o en las marismas y los grandes lagos. En resumen, esa «división» en grandes zonas ecológicas da una importancia capital a las *rutas* que permiten pasar de un área a otra, por ejemplo, del «Magreb» o de la Etiopía montañosa, como del valle del Nilo hacia las cuencas centrales del Congo, del Níger y del Senegal; o también de la fachada marítima atlántica hacia el mar Rojo y el océano

• *El movimiento de las arenas (extraído del artículo de Farouk El-Baz,* El Correo de la Unesco, *julio 1977, fotografía Nasa, Estados Unidos). La unión de 60 fotografías de Egipto, transmitidas por un satélite «Landsat» en órbita a 920 km. de la Tierra, muestra claramente, en color oscuro, la estrecha cinta fértil constituida por el valle del Nilo, así como el triángulo del delta y el oasis de Fayum. El desierto ocupa las dos terceras partes de la imagen, al oeste del Nilo. En la parte inferior, se puede distinguir líneas de dunas que dibujan grandes curvas paralelas.*

Indico. Ahora bien, esas rutas están aún muy mal exploradas. Se las adivina o, más bien, se las «supone» más que se las conoce. Su estudio arqueológico, cuando pueda ser emprendido sistemáticamente, debería enseñarnos mucho sobre la historia de Africa. En efecto, sólo cuando hayan sido reconocidas y exploradas a fondo se podrá abordar, con fruto, el estudio de las migraciones que, de −8000 a −2500, han modificado profundamente la distribución de los grupos humanos en Africa, tras las últimas grandes fluctuaciones climáticas que afectaron al continente.

Aún no poseemos más que muy escasos jalones sobre algunas rutas. Incluso es probable que algunas de ellas nos sean completamente desconocidas. El examen profundo de las fotografías tomadas por satélites no se ha emprendido aún sistemáticamente. Debería iluminar, con una nueva luz, el estudio de los grandes ejes de comunicación antiguos, transafricanos, así como las vías secundarias, no menos importantes. Este examen permitirá también dirigir y facilitar los controles arqueológicos sobre el terreno, indispensables para apreciar, entre otras, las influencias recíprocas que las grandes áreas de cultura han ejercido unas sobre otras en la Antigüedad. Puede que sea en este terreno donde se logre la realización del mayor número de investigaciones.

Tal como se expone, los capítulos del volumen II de la *Historia de Africa* constituyen puntos de partida para investigaciones futuras, mucho más que la exposición de hechos bien determinados. Excepto en casos excepcionales y para regiones muy limitadas con relación a la inmensidad del continente africano, estos últimos siguen siendo desgraciadamente muy escasos.

El valle del Nilo desde Bahr el-Ghazal, al sur, hasta el Mediterraneo, al norte, ocupa, en la Antigüedad, un lugar aparte en la Historia de Africa. Y debe ese lugar particular a varios hechos: en primer lugar a su propia posición geográfica; luego, a la originalidad de su ecología con relación al resto del continente y, finalmente, y sobre todo, a la abundancia —relativa, ciertamente, pero única en Africa— de fuentes originales bien datadas, que permiten seguir su historia desde el final del Neolítico, hacia el año −5000, hasta el siglo VII de la era cristiana.

POSICION GEOGRAFICA

El valle del Nilo, paralelo en gran parte a las orillas del mar Rojo y del océano Indico, a los que unas depresiones perpendiculares a su curso le dan acceso, al sur del paralelo 8 norte y hasta el Mediterráneo, esta también ampliamente abierto hacia Occidente gracias a los valles que, partiendo de la región chadiana, del Tibesti y del Ennedi, desembocan en su curso. La abertura del Delta, los oasis libios, así como el istmo de Suez, le dan, en fin, un amplio acceso al Mediterráneo. Abierto así al este y al oeste, como al norte y al sur, el «pasillo nilótico» es una zona de contactos privilegiados no sólo con las regiones africanas que lo bordean, sino también con los centros de civilización antiguos más alejados de la Península Arábiga, del océano Indico y del mundo mediterráneo, tanto occidental como oriental.

Sin embargo, la importancia de esa situación geográfica varía en el tiempo. El final del Neolítico está caracterizado, en Africa, por una última fase húmeda que se prolonga en el hemisferio boreal hasta el año −2400 aproximadamente. Durante ese período que se extiende del VII al III milenio antes de la era cristiana, las regiones

situadas tanto al este como al oeste del Nilo conocen unas condiciones climáticas favorables para el establecimiento de comunidades humanas y, en consecuencia, las relaciones y los contactos entre oriente y occidente del continente tienen una importancia igual a los que se realizan entre el norte y el sur.

A partir de −2400, en cambio, la desecación misma de la parte de Africa situada entre los paralelos 30 y 15 norte hace que el valle del Nilo sea la vía de comunicación principal entre la fachada mediterranea del continente y lo que hoy se llama Africa al sur del Sáhara. Por ella transitaron, de norte a sur y viceversa, materias primas, objetos fabricados y, sin duda, ideas.

Por tanto, a consecuencia de las variaciones del clima, la posición geográfica del valle medio del Nilo, como de Egipto, no tiene la misma importancia o, más exactamente, el mismo impacto, durante el período que transcurre del −7000 al −2400 que después de esa fecha. Del año 7000 al 2400 antes de la era cristiana, grupos humanos y culturas pueden circular libremente en el hemisferio boreal, tanto de este a oeste como de sur a norte. Esa es la época principal de formación y de individualización de las culturas africanas. Es también la época en que las relaciones entre el este y el oeste han podido, con absoluta libertad, actuar entre el valle del Nilo y las civilizaciones del Próximo Oriente, de una parte, así como entre el Africa occidental y el Africa oriental, de otra.

A partir de −2300, en cambio, y hasta el siglo VII de la era cristiana, el valle del Nilo se convierte en la vía privilegiada entre el sur y el norte del continente. Por él pasarán los diversos intercambios entre el Africa negra y el Mediterraneo.

FUENTES DE LA HISTORIA DEL VALLE DEL NILO EN LA ANTIGÜEDAD

La importancia y las ventajas que proporciona al valle del Nilo su posición geográfica en el ángulo nordeste del continente habrían podido seguir siendo un simple «tema» excitante para el ánimo, sirviendo, en el mejor de los casos, de introducción a las investigaciones históricas, si ese mismo valle no fuese también la parte más rica de Africa en fuentes históricas antiguas. Esas fuentes permiten, desde el V milenio antes de la era cristiana, controlar y apreciar el papel desempeñado por los factores geográficos en la historia de Africa en general. Permiten también no sólo conocer bastante bien la historia «de los acontecimientos» del Egipto propiamente dicho, sino, sobre todo, darnos una idea precisa de la cultura material, intelectual y religiosa del valle bajo y medio del Nilo, hasta las marismas de Bahr el-Ghazal.

Las fuentes a nuestra disposición son a la vez arqueológicas, por tanto mudas —en apariencia al menos— y literarias. Las primeras, sobre todo para las épocas más remotas, sólo han sido buscadas y reunidas recientemente. Y no sólo son aún incompletas y desiguales, sino que también están poco o mal explotadas. Las segundas, en cambio, tienen una larga tradición tras de sí.

Mucho antes de Champollion, en efecto, el Egipto «misterioso» ha atraído la curiosidad. Desde la época «arcaica», en el siglo VII antes de la era cristiana, los griegos, sucesores de los prehelenos en eso, advertían ya lo que en el valle del Nilo se diferenciaba de sus costumbres y de sus creencias. Las observaciones que ellos

hicieron en ese terreno nos han llegado gracias a Herodoto. Para comprender mejor a sus nuevos súbditos, los soberanos lagidas, sorprendidos por la originalidad de la civilización egipcia, mandaron redactar en el siglo III, siempre antes de la era cristiana, una historia completa del Egipto faraónico: tanto política como religiosa y social. Manetón, egipcio de nacimiento, fue encargado de la redacción de esa historia general de Egipto. Tenía acceso a los archivos antiguos y podía leerlos. Si su obra nos hubiera llegado completa, muchas incertidumbres se habrían evitado. Desgraciadamente, dicha obra desapareció en el incendio de la Biblioteca de Alejandría. Los extractos, que han sido conservados por azar en complicaciones frecuentemente realizadas con fines apologéticos, nos proporcionan, sin embargo, un cuadro sólido para la historia de Egipto. En efecto, las treinta y una dinastía «manetonianas» aún siguen siendo hoy día la base más sólida de la cronología egipcia.

La clausura de los últimos templos egipcios bajo Justiniano, en el siglo VI de la era cristiana, tuvo como consecuencia la desaparición de las escrituras del Egipto faraónico: tanto jeroglífica como hierática o demótica. Sólo sobrevivió como lengua el copto, pero las fuentes escritas se convirtieron poco a poco en letra muerta. Hubo que esperar al año 1822 y al descubrimiento de Jean François Champollion (1790-1832) para que de nuevo se tuviese acceso a los documentos antiguos redactados por los propios egipcios.

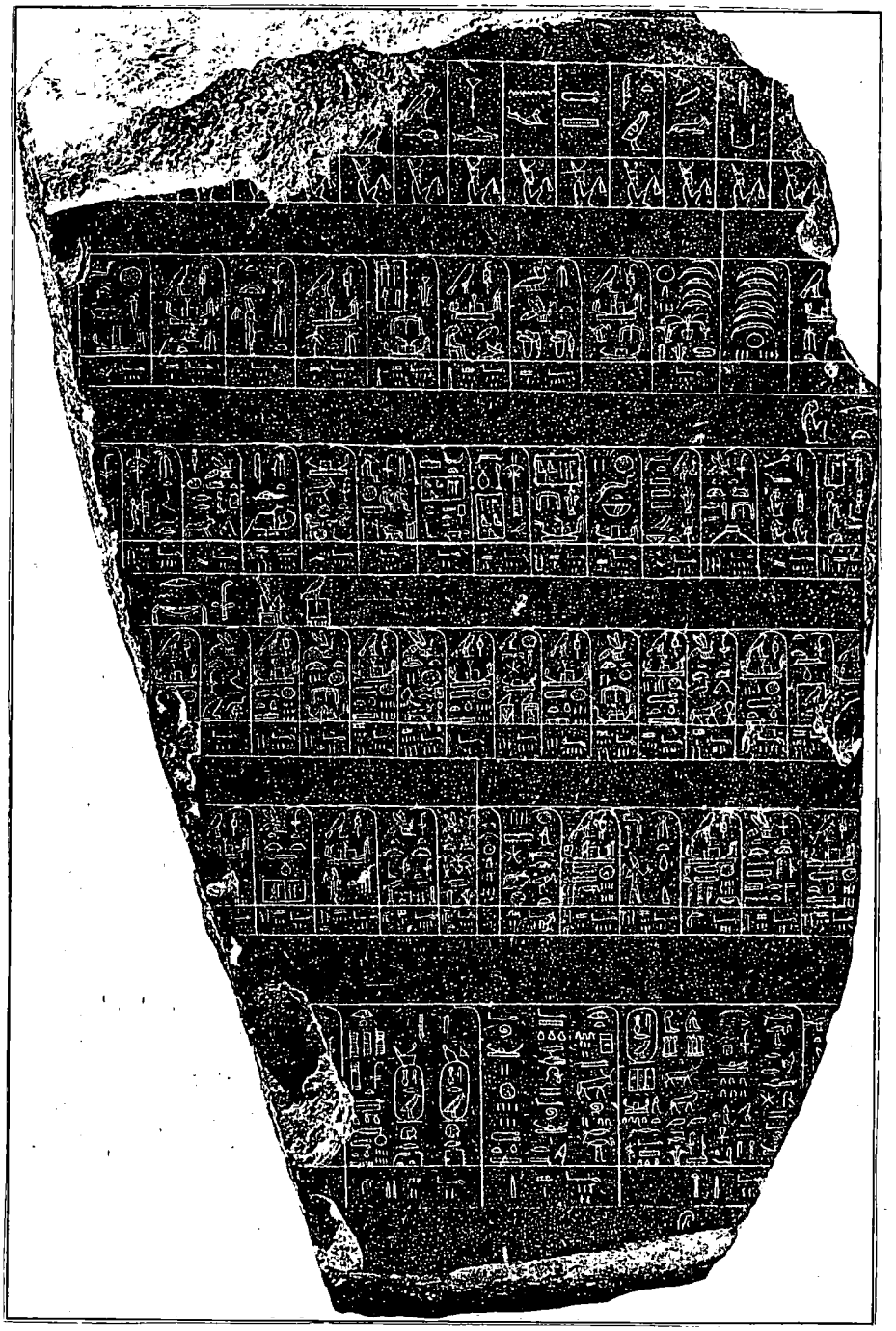
Esas antiguas fuentes literarias egipcias sólo pueden ser utilizadas con prudencia, porque tienen un carácter particular. Frecuentemente han sido redactadas con una segunda intención: enumerar las realizaciones de un faraón, para así demostrar que cumplió de la mejor manera su misión terrestre, la de conservar el orden universal querido por los dioses (Maât), oponiéndose a las fuerzas del caos que amenazan ese orden permanente. O, también, asegurar la perpetuidad del culto y del recuerdo de los faraones que habían merecido el reconocimiento de las generaciones sucesivas. A estas dos categorías de documentos pertenecen, por una parte, los largos textos y las representaciones figuradas «históricas» que adornan ciertas partes de los templos egipcios y, por otra, las «listas de antepasados» venerables, como las que se encuentran esculpidas en los templos de Karnak, de la XVIII dinastía, y en Abidos, de la XIX.

Para compilar las listas reales como las que acabamos de nombrar, los escribas disponían de documentos «auténticos», redactados bien por el clero, bien por la administración real. Eso supone, por otra parte, la existencia de archivos oficiales regularmente llevados. Por desgracia, sólo dos de esos documentos han llegado hasta nosotros, y aun así están incompletos.

Son éstos la Piedra llamada de Palermo —porque el fragmento más importante de este texto está conservado en el museo de esa ciudad siciliana— y el Papiro real de Turín.

LA PIEDRA DE PALERMO

Es una losa de diorita, grabada por ambas caras, donde figuran los nombres de todos los faraones que reinaron en Egipto desde sus orígenes hasta la V dinastía hacia el año −2450. A partir de la III dinastía, la Piedra de Palermo enumera no sólo los nombres de los soberanos según el orden de su sucesión, sino también, año tras año,



• *La Piedra de Palermo (Fuente: A. H. Gardiner,* The Egypt of the Pharaohs, *1961, Oxford University Press).*

los acontecimientos más importantes de los reinados. Son auténticos «anales», y, por tanto, más lamentable que por estar roto, ese documento incomparable sólo nos haya llegado incompleto.

EL PAPIRO DE TURIN

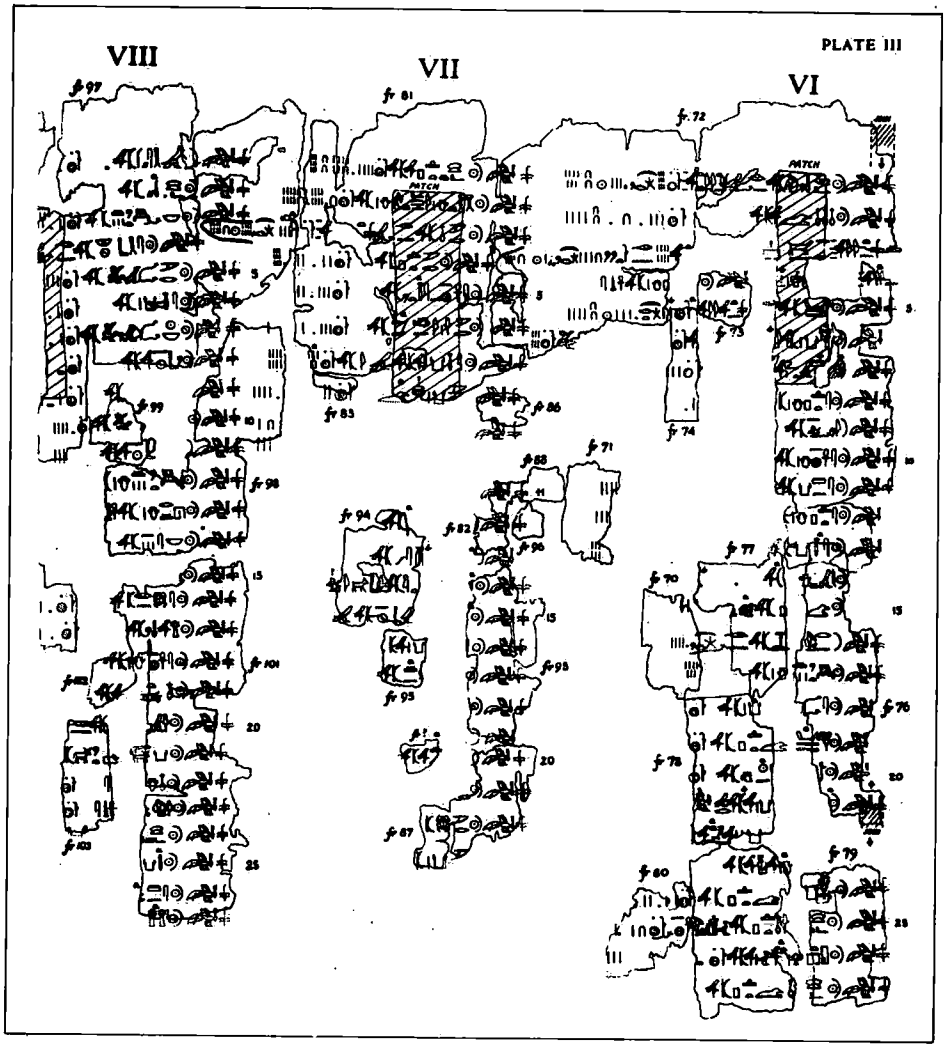
Llamado así porque está conservado en el museo de esta ciudad, no tiene menos importancia, aunque no consista más que en una lista de soberanos, con su «protocolo completo» y el número de años, meses y días de sus reinados, clasificados por orden cronológico. Esa lista llegaba hasta la dinastía XX y, por lo tanto, ofrecía una relación completa de todos los faraones desde la época más remota hasta aproximadamente el año −1200. Encontrado intacto en el siglo XIX, fue desgraciadamente tan maltratado durante su traslado que quedó hecho añicos y han sido necesarios años de trabajo para reconstruirlo.

Pero numerosísimas lagunas subsisten aún en nuestros días. Una de las particularidades del Papiro de Turín es agrupar a los faraones en series. Al final de cada una de esas «series», el escriba hace la suma del número total de años durante los cuales los faraones, así agrupados, gobernaron. No hay duda de que no tenemos en él el origen de las «dinastías» manetonianas.

CRONOLOGIA EGIPCIA

La Piedra de Palermo, el Papiro de Turín y las listas reales de los monumentos son tanto más importantes para la historia de Egipto en cuanto que los egipcios nunca utilizaron épocas continuas o cíclicas como nuestras fechas: «antes de» o «de» la era cristiana, de la Hégira o de las Olimpiadas, por ejemplo. Su cómputo está basado en la persona misma del faraón, y toda fecha es dada con relación al soberano reinante cuando se redactaba el documento. Así, por poner un ejemplo, una estela será datada en «el año 10 del faraón X, el 2° mes de la estación *Akhet* y el día 8°», pero el cómputo se referirá a *uno* después de la subida al trono del soberano siguiente. Este uso explica la importancia, para el establecimiento de la cronología, de conocer a la vez los nombres de todos los faraones que gobernaron y la *duración* del reinado de cada uno de ellos. El Papiro de Turín y la Piedra de Palermo si hubieran llegado intactos a nosotros, nos habrían proporcionado ese conocimiento indispensable. Desgraciadamente nada de eso ha ocurrido y los demás monumentos que completan a veces las lagunas de esas dos fuentes capitales no han bastado, no obstante, para transmitirnos una lista completa y segura de todos los faraones egipcios. No sólo, para ciertos períodos, el orden de sucesión sigue siendo motivo de controversia cuando el Papiro de Turín y la Piedra de Palermo no nos ofrecen datos, sino que incluso la duración exacta del reinado de algunos soberanos es desconocida. En el mejor de los casos no poseemos más que «la fecha más remota conocida» de un faraón determinado, pero su reinado ha podido durar muchísimo tiempo después de la fundación del monumento que da esa fecha.

Hasta con esas lagunas, si se suman una tras otra todas las fechas proporcionadas por las fuentes a nuestra disposición, se llega a un total de más de cuatro mil años. Esta *larga* cronología fue aceptada por los primeros egiptólogos hasta, aproximada-



• *El papiro de Turin (Fuente: A. H. Gardiner,* The Royal Canon of Turin, *Oxford, 1954. Fotografía Griffith Institute, Ashmolean Museum, Oxford).*

mente, el año 1900. Se advirtió entonces que semejante lapso de tiempo era imposible, porque el estudio de los textos y de los monumentos mostraron, de una parte, que en ciertas épocas reinaban varios faraones al mismo tiempo y que existían, pues, dinastías paralelas, y por otra parte, sucedía a veces que un faraón tomaba a uno de sus hijos como corregente. Cada uno de los soberanos databa los monumentos de su propio reinado y se producían, pues superposiciones; y al sumar los reinados de las dinastías paralelas o los de los corregentes, con los reinados de los soberanos con título, se llegaba obligatoriamente a una cifra demasiado elevada y falsa.

Probablemente hubiera sido imposible encontrar una solución al problema que así se planteaba, si una particularidad del antiguo calendario faraónico no hubiera proporcionado un marco cronológico seguro, porque ese calendario iba unido a un fenómeno astronómico permanente por el que era fácil establecer unas tablas. Nos referimos a la salida de la estrella Sothis —nuestra Sirio— simultaneamente a la del sol bajo la latitud de Heliópolis-Menfis. Eso es lo que se llama la «salida heliaca de Sothis» que fue observada y anotada en la Antigüedad por los egipcios. Estas observaciones son las que han proporcionado las fechas «sothíacas» en las que se basa aún hoy la esencia de la cronología egipcia.

Al principio, los egipcios como la mayoría de los pueblos de la Antigüedad, parece ser que utilizaron un calendario lunar, principalmente para fijar las fechas de las fiestas religiosas. Pero, junto a ese calendario astronómico, utilizaban otro. Pueblo de agricultores, su vida cotidiana estaba poderosamente marcada por el ritmo de la vida agrícola: siembra, recolección, almacenamiento, preparación de nuevas sementeras. Ahora bien, en Egipto, en el Valle, ese ritmo agrícola está condicionado por el Nilo, cuyos cambios determinan la fecha de los diferentes trabajos. Nada extraño es, pues, que paralelamente a un calendario religioso, lunar, los antiguos habitantes del Valle hayan utilizado también un calendario natural fundado en el retorno periódico del acontecimiento, capital para su existencia, que era la inundación, la crecida del Nilo.

En este calendario, la primavera estación del año —en egipcio *Akhet*— coincidía con el comienzo de la crecida. Las aguas del río subían poco a poco y cubrían las tierras resecas a causa del tórrido verano. Durante unos cuatro meses aproximadamente, los campos se saciaban de agua. En el transcurso de la estación siguiente, las tierras, poco a poco libres del agua de la crecida, estaban dispuestas para ser sembradas. Es la estación *Peret* —literalmente «salir»—: término que sin duda hace alusión a la vez a la «salida» del agua de las tierras y al de la vegetación. Acabada la siembra, el campesino esperaba la germinación y luego la maduración de las plantas. En el transcurso de la tercera y última estación, los egipcios segaban y luego almacenaban las cosechas. Después sólo tenían que esperar la nueva crecida y preparar los campos para su llegada. Esa era la estación *Shemou*.

Es posible, ya que no muy probable, que durante mucho tiempo los egipcios se hubiesen limitado a ese calendario. El inicio del año comenzaba entonces con la subida real de la crecida. La estación *Akhet*, así inaugurada, proseguía hasta la retirada real de las aguas, lo que marcaba el inicio de la estación *Peret*. Esta terminaba cuando los cereales, ya maduros, estaban preparados para ser segados, lo que señalaba el comienzo de la estación *Shemou* que sólo terminaba con la nueva crecida. Poco importaba a los campesinos que una estación fuese más larga que otra, lo que contaba para ellos era la organización del trabajo, que variaba con las tres estaciones.

¿En qué momento, y por qué razones, los egipcios unieron la crecida del Nilo con la aparición simultánea del sol y de la estrella Sothis en el horizonte? Sin duda será difícil determinarlo. Nadie duda de que ese vínculo sea el resultado de repetidas observaciones y de profundas creencias religiosas. La estrella Sothis (Sirio) —en egipcio *Sepedet:* «la Aguda», la Puntiaguda— será más tarde identificada con Isis, cuyas lágrimas, se creía, originaban la crecida del Nilo. Quizá tengamos ahí el reflejo de una creencia muy antigua que asociaba la aparición de la estrella divinizada con la subida de las aguas. Sean cuales fueren sus razones, los egipcios, al unir el comienzo de la crecida y, por consiguiente, el primer día del año a un fenómeno astronómico, nos han proporcionado el medio para fijar puntos de referencia muy seguros en su larga historia.

Bajo la latitud de Menfis, el comienzo, muy lento, de la inundación se sitúa hacia la mitad de julio. Una observación de algunos años parece que bastó a los egipcios para mostrarles que el inicio de la crecida ocurría por término medio cada 365 días. Dividieron entonces su año de tres estaciones empíricas, en un año de doce meses de treinta días cada uno. Después señalaron cuatro meses a cada una de las estaciones. Añadiendo cinco días suplementarios —en egipcio los cinco *heryourenepet:* «los cinco más (además de) al año», que los griegos llamaron «epagomenes»— los escribas obtuvieron un año de 365 días que era, con mucho, el mejor de cuantos fueron adoptados en la Antigüedad. Sin embargo, aunque muy bueno, ese año no era perfecto. En efecto, la vuelta de la tierra alrededor del sol se realiza, no en 365 días, sino en 365 y 1/4. Cada cuatro años, el año oficial y administrativo de los egipcios tenía un día de retraso sobre el año astronómico, y sólo al término de 1460 años —lo que se llama un *período sothíaco*— los tres fenómenos: salida del sol, salida de Sothis y comienzo de la inundación se producían simultáneamente el primer día del año oficial.

Este lento desfase entre los dos tipos de años tuvo dos resultados importantes. El primero permitir a los astrónomos modernos determinar en qué fecha los egipcios habían podido adoptar su calendario; debiendo coincidir necesariamente esa fecha con el comienzo de un período sothíaco. La coincidencia de los fenómenos, inicio de la inundación y salida heliaca de Sothis, se ha producido tres veces en el transcurso de cinco milenios que han precedido a la era cristiana: en −1325/−1322, en −2785/−2782 y en −4245/−4242. Durante mucho tiempo se ha creído que era entre −4245 y −4242 cuando los egipcios habían adoptado su calendario. Ahora se admite que no fue sino al comienzo del período sothíaco siguiente, o sea, entre −2785/−2782.

El segundo resultado de la adopción por los egipcios del calendario solar fijo, fue establecer poco a poco un desfase entre las estaciones *naturales,* determinadas por el ritmo mismo del río, y las estaciones *oficiales* utilizadas por la administración, que estaban fundadas sobre un año de 365 días. Ese desfase, al principio poco sensible, un día cada cuatro años, aumentaba poco a poco; pasaba de una semana a un mes, luego a dos meses, hasta que las estaciones oficiales llegan a estar totalmente desfasadas y el verano *(Shemou)* del calendario oficial coincide con la estación *Peret* natural. Ese desfase no dejó de sorprender a los escribas egipcios y poseemos textos que anotan, muy oficialmente, la diferencia entre la salida heliaca real de Sothis y el comienzo del año administrativo. Estas observaciones han permitido fijar con una aproximación de cuatro años las fechas siguientes:

— El reinado de Sesostris III abarca necesariamente los años −1882/−1879.
— El año 9 de Amenofis I cayó entre los años −1550 y −1547.
— El reinado de Tutmosis III engloba los años −1474/−1471.

Combinando esas fechas con las, relativas, proporcionadas por las fuentes a nuestra disposición: Papiro de Turín, Piedra de Palermo y monumentos datados en diversas épocas, se ha podido obtener una cronología básica, la más segura de todo el antiguo Oriente. Esta fija el comienzo de la historia de Egipto en el año −3000. Las grandes divisiones «manetonianas» pueden cifrarse así:

— III-VI dinastía (Imperio Antiguo): hacia −2750/−2200.
— VII-X dinastía (I Período intermedio): −2200/−2150.
— XI-XII dinastía (Imperio Medio): −2150/−1780.
— XIII-XVII dinastía (II Período intermedio): −1780/−1580.
— XVIII-XX dinastía (Imperio Nuevo): −1580/−1080.
— XXI-XXIII dinastía (III Período intermedio): −1080/−730.
— XXIV-XXXI dinastía (Baja Epoca): −730/−330.

La conquista de Alejandro de Macedonia, el año 332 antes de la era cristiana, marca el final de la historia del Egipto faraónico y el inicio del período helénico (cf. cap. 6).

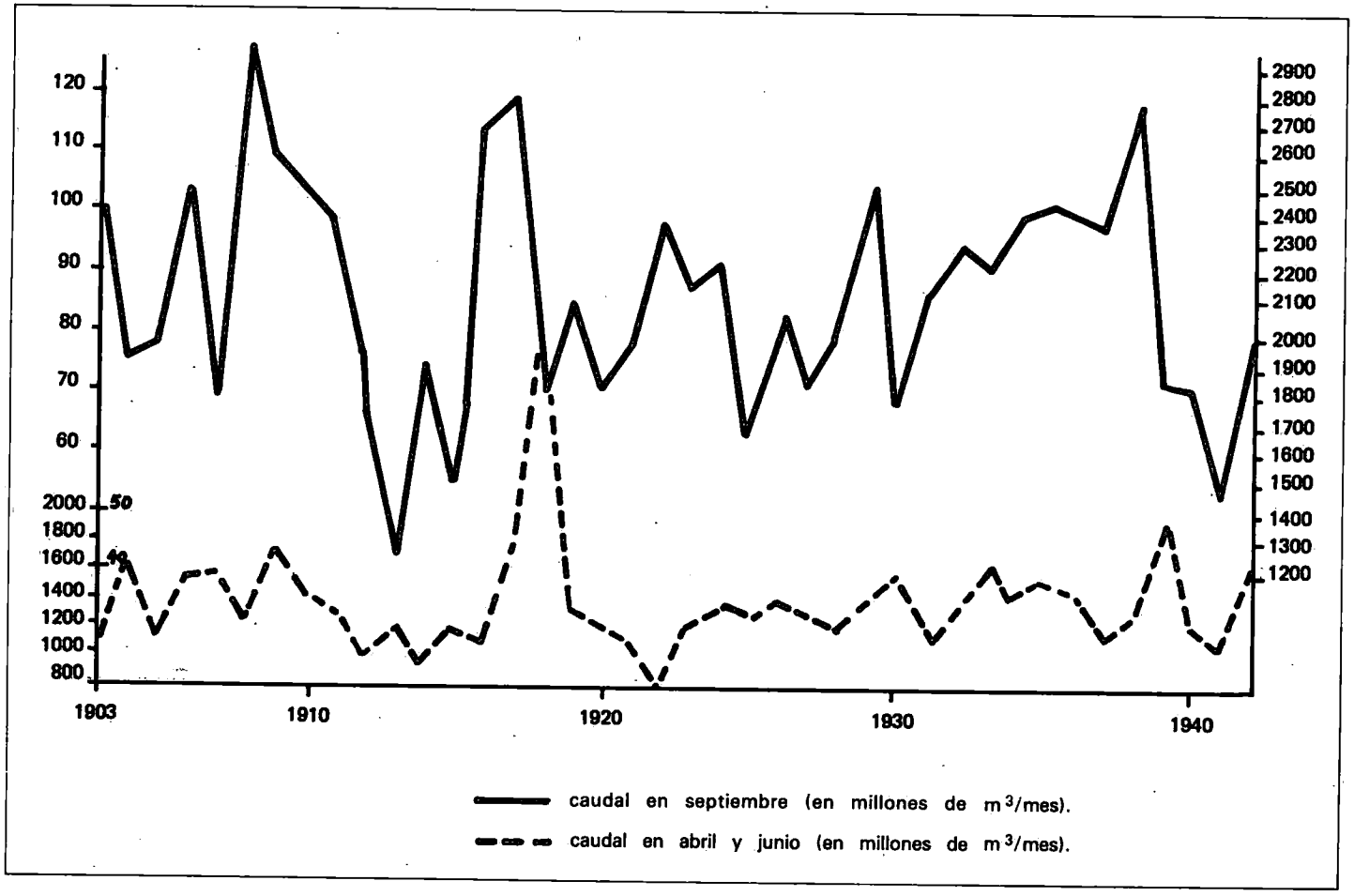
EL MEDIO AMBIENTE NILOTICO

Tal vez no sea inútil citar aquí la frase de Herodoto (II.35) concerniente a la descripción de Egipto: «Los egipcios que viven en un clima singular a las orillas de un río que ofrece un carácter diferente del de los demás ríos, han adoptado también hábitos y costumbres a la inversa de los demás hombres» (trad. Ph. E. Legrand).

Ciertamente, cuando Herodoto escribió esta frase, sólo pensaba en los países ribereños del Mediterraneo. No por ello resulta menos cierto que, de todos los países africanos, Egipto es el que posee el medio ambiente más original. Y lo debe al régimen del Nilo. Sin el río, Egipto no existiría. Esto ha sido dicho mil veces desde Herodoto: es una verdad básica.

A decir verdad, las severas servidumbres que el rico río impone a las sociedades humanas instaladas en sus orillas, se han dejado sentir progresivamente. No se han hecho inevitables hasta el momento en el que la civilización egipcia contaba ya con más de siete siglos. Los grupos humanos que crearon esa civilización tuvieron, pues, tiempo de habituarse progresivamente a los imperativos que poco a poco les fueron impuestos por la ecología nilótica.

Desde el final del Neolítico, hacia −3300 hasta −2400, Africa noroccidental, Sáhara incluido, conoció un régimen relativamente húmedo. Egipto, en esa época, no dependía, pues, únicamente del Nilo para su subsistencia. Al este como al oeste del Valle, la estepa se extendía albergando una caza abundante y facilitando una ganadería importante. La agricultura no era entonces más que uno de los componentes de la vida cotidiana, y la ganadería —incluso la caza— desempeñaba un papel al menos tan importante, como lo atestigua la Piedra de Palermo, que nos permite adivinar que el impuesto debido por los poderosos del régimen al poder central era calculado no sobre las rentas de las tierras que ellos podían poseer, sino sobre el



• *Las crecidas del Nilo (Fuente: J. Besançon,* L'Homme et le Nil, *Paris, Gallimard, NR, 1957, pág. 79).*

número de cabezas de ganado que guardaban sus pastores. El censo de esa riqueza fundamental se hacía cada dos años. Las escenas que decoran las mastabas del Imperio Antiguo, del final de la IV a la VI dinastías (de −2500 a −2200), muestran perfectamente que la ganadería ocupaba siempre un importante lugar en la vida de los egipcios en esa época.

Por consiguiente, se puede sospechar que el intento del «control» del río por el hombre, que será la culminación esencial de la civilización, porque ese control es el que les permitirá desarrollarse, fue sin duda estimulado en un principio no por el deseo de sacar mejor partido de la inundación para la agricultura, sino sobre todo para defenderse de los perjuicios de la crecida. Se olvida a veces que el desbordamiento del Nilo no es solamente benéfico: puede ser una auténtica catástrofe y es, sin duda, para protegerse de él por lo que los primeros habitantes del Valle aprendieron a construir diques y presas a fin de proteger sus aldeas, y a excavar canales para secar sus campos. Haciendo eso adquirieron poco a poco una experiencia que les fue indispensable cuando el clima africano entre los paralelos Norte 30° y 15° se hizo progresivamente tan seco como lo es hoy, transformando en desiertos absolutos las orillas inmediatas del valle del Nilo, tanto en Egipto como en Nubia. Toda la vida en el Valle estuvo, en lo sucesivo, rigurosamente condicionada por la crecida.

Utilizando las técnicas de construcción de diques y de excavación de canales adquiridas en el transcurso de los siglos, los egipcios poco a poco pusieron a punto el sistema de riego por medio de estanques o embalses *(hod)* y así aseguraron no sólo su supervivencia, en un clima cada vez más desértico, sino también su expansión (cf. caps. 4 y 8). Ese sistema, simple en su principio y complejo en su funcionamiento, exige una sincronización. Comprende dos elevaciones naturales, creadas por el Nilo paralelamente a sus orillas en el transcurso de milenios de crecidas. Esos «diques» naturales, reforzados poco a poco por los ribereños para defenderse de una inundación demasiado brutal, fueron completados por diques perpendiculares, auténticas presas artificiales, que deben, sin duda, su origen a los diques edificados por las poblaciones más antiguas para proteger sus instalaciones durante la crecida.

La edificación, a la vez, de terraplenes de tierra paralelos al río y de presas perpendiculares tuvo por resultado dividir a Egipto en una serie de estanques o embalses, de donde procede el nombre del sistema. Su suelo fue rigurosamente allanado para que, durante la crecida, el conjunto del estanque quedase cubierto de agua. A la llegada de la inundación, unas «sangrías» practicadas en los diques paralelos al río permitían llenar los embalses. Tras haber estado estancada el agua durante cierto tiempo para saturar los campos, era reenviada al Nilo río abajo. Por otra parte, un sistema de canales utilizando la pendiente natural del valle permitía enviar el agua tomada aguas arriba hacia las tierras más bajas, porque situadas en la embocadura, aunque la crecida fuera buena, no las hubiera podido alcanzar.

Las ventajas del sistema, que la experiencia enseñó poco a poco a los egipcios, eran asegurar un reparto igual del agua y del limo sobre toda la superficie de las tierras cultivables, regar partes del Valle que seguirían siendo estériles y por último y sobre todo, dominar el río y su crecida. El llenado de los embalses, así como las tomas aguas río abajo por medio de los canales tenían por efecto moderar la corriente y evitar así las consecuencias desastrosas de la irrupción brusca de millones de metros cúbicos de agua arrasando todo a su paso. El curso más lento del río facilitaba a su vez el depósito sobre los campos, del limo del que esas aguas estaban cargadas.

No es exagerado decir que ese sistema de riego, totalmente original, es la base misma del desarrollo de la civilización egipcia. Y explica cómo el ingenio humano llegó poco a poco a superar dificultades considerables y lograr modificar la ecología natural del Valle.

Esa nueva ecología resultado de la intervención humana exige un trabajo considerable. Después de cada crecida, es necesario reparar los diques, reforzar las presas transversales y excavar los canales. Es esa una obra permanente y colectiva, que, al principio, se efectuaba, sin duda, a nivel de aldeas primitivas. En la época histórica es controlada y puesta en práctica por el gobierno central. Si éste no asegura a tiempo la conservación delicada del conjunto del sistema, la crecida siguiente puede arrastrar todo con ella, dejando al valle en su estado primitivo. En Egipto, el orden político condiciona en gran medida al orden natural. En efecto, no basta, para que la subsistencia de todos quede asegurada, que el sistema de los embalses funcione con regularidad. Uno de los caracteres de la crecida del Nilo es variar enormemente en volumen, de un año a otro. Las inundaciones pueden ser, o demasiado copiosas y destruir todo a su paso, o demasiados escasas y no asegurar el riesgo necesario. Por ejemplo del año 1871 a 1900, apenas la mitad de las crecidas fueron suficientes para asegurar las necesidades de Egipto (cf. fig. de la pág. 26).

La experiencia enseñó pronto a los egipcios a desconfiar de la inconstancia del río. Era indispensable, para paliar las insuficiencias previsibles, tener siempre disponible un «certificado» de seguridad, a fin de alimentar a la población y, para prever el futuro, asegurar una siembra normal cualesquiera que fuesen las circunstancias. Ese certificado está asegurado por el gobierno central gracias al *doble granero real* que acumula el grano necesario en los almacenes repartidos por todo el país. Al limitar el consumo en los períodos de abundancia y dejar en reserva la mayor cantidad posible de recursos en previsión de crecidas insuficientes o demasiado violentas, el gobierno sustituía, por así decirlo, al orden natural y desempeñaba un papel de gran importancia.

Es por ello por lo que el hombre, al modificar profundamente las condiciones que le imponía la naturaleza, desempeña un papel esencial en el nacimiento y desarrollo de la civilización en el valle del Nilo. Egipto no es sólo un «don del Nilo», es ante todo una creación humana, de aquí la importancia de los problemas antropológicos en el Valle.

EL POBLAMIENTO DEL VALLE DEL NILO

Desde el Paleolítico, el hombre ocupa, si no el fondo del Valle propiamente dicho, al menos sus orillas inmediatas y principalmente las terrazas que lo dominan. Las sucesiones de períodos húmedos y secos tanto en el Paleolítico como en el Neolítico (cf. vol. I) no dejaron de modificar en un sentido o en otro la densidad de la población, pero la realidad es que tan atrás como pueda remontarse, el *homo sapiens* ha habitado siempre Egipto.

¿A qué raza pertenecía? Pocos problemas antropológicos han suscitado tantas discusiones apasionadas. Después de todo ese problema no es nuevo. Ya en 1874 se argumentaba para saber si los antiguos egipcios eran «negros» o «blancos». Un siglo más tarde, el Coloquio organizado por la Unesco en El Cairo demostraba que la

discusión no estaba cerrada, ni mucho menos. En efecto, no es fácil encontrar una definición física del «negro», que sea aceptada por todos. Recientemente un antropólogo ponía en duda la posibilidad misma de encontrar unos medios seguros que permitan determinar la «raza» a la que pertenecía un esqueleto determinado, al menos en lo que se refiere a los restos humanos muy antiguos, los del Paleolítico, por ejemplo. Los criterios tradicionales, físicos de los antropólogos (índice facial, longitud de los miembros, etc). no son aceptados por todos actualmente y se llega, como los Antiguos, a la determinación del «negro» por la naturaleza de los cabellos y el color de la piel, fijada es verdad, científicamente por el índice de «melanina». Sin embargo, el valor de esas indicaciones es, a su vez, impugnado por algunos. A este paso tras haber perdido en el transcurso de los años la noción misma de raza «roja», corremos el riesgo de tener que abandonar pronto la de «razas» negra o blanca. En resumen, es muy dudoso que los habitantes del valle del Nilo hayan pertenecido alguna vez a una «raza» pura, única, que allí habría introducido la civilización. La historia misma del poblamiento del Valle tiene como falsa semejante posibilidad.

El hombre, en efecto, no penetró al instante, de un golpe, en un valle vacío o poblado solamente por una fauna salvaje. Se instaló progresivamente en el transcurso de milenios, a medida que la densidad misma de grupos humanos o las variaciones climáticas exigían nuevos recursos alimenticios o una seguridad mayor. Dada su posición en el ángulo nororiental del continente africano, era inevitable que el Valle del Nilo en su conjunto, y Egipto en particular, se convirtiesen en punto de unión de corrientes humanas llegadas no sólo de África, sino también del Próximo Oriente, para no hablar de la Europa más lejana. Tampoco es sorprendente que los antropólogos hayan creído poder discernir, entre los escasos esqueletos «nilóticos» muy antiguos de los que disponían, representantes de la «raza» de Cro-Magnon, «armenoides», «negroides», «leucodermos» etc.; tampoco convendría aceptar todos esos términos sin precaución. Si nunca ha existido una «raza» egipcia —y debemos dudar de ello— lo cierto es que ella es el resultado de mezclas, cuyos elementos básicos han variado en el tiempo como en el espacio. Se podría verificar, lo cual está muy lejos de ser posible, poseyendo un número suficiente de restos humanos para cada uno de los períodos históricos y de las diversas partes del Valle.

No obstante, un hecho persiste y es la permanencia en Egipto como en Nubia de determinado tipo físico que sería inútil calificar de «raza», porque varía ligeramente según que se tome en cuenta el Bajo o el Alto Egipto. De color más oscuro en el sur que en el norte, ese tipo es en conjunto más oscuro que en el resto de la cuenca mediterránea, incluida Africa del Norte. Los cabellos son negros y rizados; el rostro más bien redondo y lampiño es a veces, en el Antiguo Imperio, adornado por un bigote; bastante delgado en general, es el tipo humano que frescos, bajorrelieves y estatuas faraónicas nos dan a conocer, y no hay que olvidar que son *retratos* como lo exigen las creencias funerarias egipcias que quieren que sea el individuo mismo, no una abstracción, el que sobreviva en la ultratumba.

Ciertamente, sería fácil, al seleccionar ciertos retratos y al desdeñar el conjunto de aquellos que nos han llegado, hacer pertenecer el tipo egipcio a tal o cual «raza», pero no sería menos fácil también elegir otros ejemplos que anularían semejantes conclusiones. En realidad, para quien sabe ver, el arte egipcio nos presenta la variedad misma de individuos: «perfiles rectos, perfiles prognatas, mejillas salientes, en alguna ocasión, como en Sesostris III, labios carnosos frecuentemente doblados hacia afuera;

a veces una nariz ligeramente aguileña (Hémioumou, Pepi I, Gamal Abd el-Nasser), con mucha frecuencia una nariz empinada y maciza, como en Kefrén y, sobre todo en el sur, narices casi planas y labios más gruesos» (Jean Yoyotte). Esa variedad misma es la que muestra que en el valle del Nilo nos encontramos con un tipo humano y no con una raza, tipo que las costumbres y las condiciones de vida particulares en el Valle han creado poco a poco, al menos tanto como las mezclas de las que él es producto. Tenemos un ejemplo sorprendente en la estatua de «Cheikh el-Beled», retrato del alcalde de la aldea de Saqqarah, lleno de vida, en el momento en que la estatua, con más de cuatro mil años de antigüedad, fue descubierta. Que en el Egipto antiguo, el fondo «africano» —sea negro o claro— prepondere, es más que probable, pero en el estado actual de nuestros conocimientos es imposible decir más.

ESCRITURA Y MEDIO AMBIENTE

Egipto fue el primer país de Africa en utilizar la escritura. A juzgar por el empleo en el sistema jeroglífico de «pictogramas» que representan objetos que ya no eran utilizados al comienzo de la época histórica desde hacía mucho tiempo, es posible fijar su invención en la época «amratiense», llamada también del «Nagada I» (cf. vol. I), es decir, hacia −4000, si nos atenemos a las fechas propuestas por el método del carbono 14. Ese es, por tanto, uno de los más antiguos sistemas de escritura conocidos. Se desarrolló muy rápidamente puesto que aparece ya constituido en la Paleta de Narmer, primer monumento «histórico» de Egipto que se puede datar en −3000. Además, es esencialmente africano por la fauna y la flora utilizados en los signos de escritura.

La escritura egipcia es fundamentalmente «pictográfica», como muchas escrituras antiguas, pero mientras que en China y en Mesopotamia, por ejemplo, los signos pictográficos originales evolucionaron rápidamente hacia formas abstractas, Egipto permaneció fiel a su sistema hasta el final de su historia.

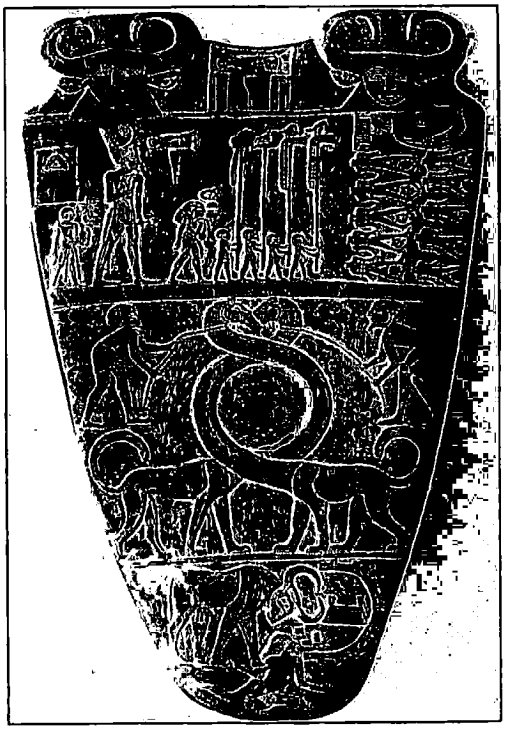
Todo objeto o ser viviente que puede ser dibujado fue empleado como signo, o «carácter», en la escritura egipcia: para escribir las palabras «arpón» o «pez», al escriba le bastaba dibujar un arpón o un pez. Es lo que se llama «signos-palabras», porque un solo signo basta para escribir una palabra completa. Este principio será utilizado durante toda la civilización faraónica, lo que permite a los escribas crear tantos signos-palabras nuevas como necesitaron para «significar» seres u objetos desconocidos en el momento de la creación de la escritura, tales como el caballo o el carro, por ejemplo. En el sistema pictográfico puro, las *acciones* también pueden ser representadas por dibujos.

Para escribir los verbos «correr» o «nadar», al escriba le bastaba dibujar una persona en ademán de correr o de nadar.

Sin embargo, a pesar de toda su ingeniosidad, el sistema pictográfico era incapaz de escribir palabras abstractas, tales como «amar», «acordarse», «suceder». Para superar esa dificultad, era preciso que los egipcios salieran del estadio de la pictografía pura. Y lo hicieron utilizando otros dos principios: el de la *homofonía*, de una parte, y el de la *ideografía*, de otra. Por otra parte, es el empleo *simultáneo* de los tres principios —pictografía pura, homofonía e ideografía— el que hace tan difícil el desciframiento de los jeroglíficos en la época moderna. En efecto, en la escritura

• *Paleta de esquisto de Narmer (I dinastía), anverso/reverso. Esta muestra de escritura egipcia es una de las más antiguas conocidas. El protocolo del rey, representado por el pez* ncr *y el cincel* mr, *ocupa el rectángulo situado entre las dos cabezas de Hathor. Los otros jeroglíficos pequeños inscritos sobre la cabeza de los diferentes personales indican su nombre o su título; el jefe capturado se llamaba tal vez Washi* (wr = *arpón*, š = *charca*). *El grupo situado arriba a la derecha parece que representa probablemente la figura central; en esa época muy antigua, la materialidad de las frases completas podía ser representada aparentemente con la ayuda de simples grupos de símbolos cuyos elementos sugerían palabras distintas. En este caso, se podría dar la interpretación siguiente: el Dios-Halcón Horus (es decir, el rey) hace prisioneros a los habitantes del país del papiro* (Tẓ-mḥw, «*el Delta*») (*Fuente: J. Pirenne,* Histoire de la civilisation del l'Egypte ancienne, *1961, v. I, fig. 6 y 7 [pp. 28-29], edic. de la Baconnière, Neuchâtel, Suisse. Fotografía: H. Brugsch, museo de El Cairo*).

1



2

egipcia, algunos signos se leen fonéticamente y otros no: sirven para *precisar* la lectura (sonido) o el sentido de la palabra.

El principio de la homofonía es simple: en la lengua hablada la palabra escrita, tablero por ejemplo, se pronunciaba *men*. Gracias a ese principio el signo pictográfico que representa un tablero podrá, a voluntad, ser utilizado para significar el objeto mismo, o para escribir *fonéticamente* todos los «homófonos», es decir, todas las palabras que se pronunciaban también *men* y, entre éstas, la palabra abstracta «ser estable». Del mismo modo, el signo de la «azada» se pronunciaba *mer*, podía pues ser empleado para escribir el verbo «amar», que se decía *mer*. En esos casos, los signos-palabras originales se convertían en signos fonéticos. Dado que el número de homófonos simples, palabra por palabra —del tipo *men* «tablero» por *men* «ser estable» o *mer* «azada» por *mer* «amar»— es relativamente limitado, la innovación no hubiera presentado más que una pequeña ventaja, si los escribas no la hubiesen ampliado a palabras complejas. Por ejemplo, para escribir la palabra abstracta «establecer» que se pronunciaba *semen* y que no tenía homófono simple, utilizaron dos signos-palabras sirviéndose de su valor fonético: serán un trozo de tela plegado que se pronunciaba *s(e)* y el tablero *men*. Colocados juntos estos dos signos se leerán entonces fonéticamente *s(e)* + *men* = *semen* y el conjunto significará «establecer», «fundar». Llegado a ese estadio el escriba egipcio tenía a su disposición un instrumento capaz de expresar fonéticamente, por medio de imágenes, cualquier palabra de la lengua y cualquiera que fuese su complejidad. Le bastaba descomponer la palabra en tanto sonidos como él podía transcribir por medio de un signo-palabra que tuviera aproximadamente la misma pronunciación. La escritura jeroglífica había alcanzado ya ese estadio en la época «Tinita» hacia −3000, lo cual supone una evolución anterior bastante larga.

El sistema así completado tenía, no obstante, defectos. Utilizaba necesariamente un gran número de signos —se cuentan más de cuatrocientos usuales— que podían dejar al lector perplejo en cuanto a su lectura. Tomemos, en español, el ejemplo simple del dibujo de un barco. ¿Habría que leerlo: barca, canoa, barco, navío, nave, etcétera? Además era imposible, a primera vista, saber si un signo determinado era empleado como signo-palabra que designaba el objeto representado o si era utilizado como signo fonético.

La segunda dificultad fue fácilmente superada: los escribas tomaron la costumbre de poner raya vertical detras de los signos-palabras que designan el objeto mismo. Por vez primera, un complejo sistema se puso en práctica progresivamente. Es el que los egiptólogos califican de «complementos fonéticos». Estos están formados por veinticuatro signos-palabras que tienen una sola consonante. Fueron utilizados poco a poco por los escribas para precisar la lectura fonética de los signos. Para poner un ejemplo: el signo que representa una estera sobre la que se coloca un pan se lee *hetep*. Poco a poco se toma la costumbre de poner detrás del signo-palabra, empleado fonéticamente, otros dos signos: el pan, que se leía *t*, y el asiento que se leía *p*. Esos dos signos recordaban enseguida que había que leer *hetep*.

Está claro que esos veinticuatro signos simples desempeñan en realidad el papel de nuestras letras, y que allí estaba en gérmen la invención del alfabeto, ya que esos signos expresan todas las consonantes de la lengua egipcia, y que el egipcio, como el árabe y el hebreo, no escribe las vocales. Por consiguiente, no había ninguna palabra de la lengua que no pudiese ser escrita simplemente por medio de esos signos. Sin

embargo, los egipcios no dieron nunca el paso y lejos de emplear solamente los signos simples, prácticamente «alfabéticos» complicaron más aún, al menos en apariencia, su sistema de escritura haciendo intervenir, además de los signos empleados fonéticamente y sus complementos fonéticos, nuevos signos puramente ideográficos. Esos signos son colocados al final de las palabras. Y permiten a primera vista clasificar esas palabras en una «categoría» determinada. Los verbos que designan una acción física como «golpear», «matar», irán seguidos del signo del brazo humano que sostiene un arma. Los que designan un hecho abstracto como «pensar», «amar» irán seguidos del signo que representa un rollo de papiro. Asimismo para los sustantivos: la palabra «embalse» irá seguida del ideograma del agua —tres rayas onduladas horizontales—, los nombres de países extranjeros irán seguidos del signo de la «montaña, por oposición a Egipto que es llano, etc.

Si los egipcios no utilizaron nunca una escritura simplificada —sólo poseemos un texto en escritura «alfabética», aunque es de una época reciente y ha podido ser influido por el ejemplo de las escrituras alfabéticas utilizadas por los vecinos de Egipto—, ese «conservadurismo» se explica sin duda, por la importancia que la imagen, y por consiguiente, el signo que es una imagen, tiene a sus ojos. Esa imagen posee un poder mágico latente. Todavía hacia −1700 los escribas en algunos casos mutilan los signos que representan seres peligrosos, al menos a sus ojos: las serpientes tendrán la cola cortada, algunos pájaros estarán desprovistos de patas. Ese poder mágico que posee el signo se extiende a la palabra entera; y es tal que, cuando se quiera hacer daño a una persona, el *nombre* de ella será cuidadosamente martilleado o borrado en todos lugares donde esté escrito. Ese nombre, en efecto, forma parte del individuo, en cierto sentido es la persona misma: destruirlo es destruirla.

Con su sistema complejo de signos-palabras, de signos plurisilábicos fonéticos, de complementos fonéticos y de determinativos ideográficos, por lo tanto un revoltijo de signos que se leen y otros que no se leen, la escritura jeroglífica es compleja, ciertamente, pero también muy evocadora. Los determinativos limitan perfectamente las palabras, el orden rígido de las palabras en la frase —verbo, sujeto, complemento— facilita la interpretación, y las dificultades que puede encontrar el traductor moderno residen frecuentemente en la ignorancia que tenemos a veces del sentido exacto de muchas palabras. También se puede saber, gracias a los «determinativos», en que categorías hay que ordenarlos.

Frecuentemente se ha dado a entender que la escritura jeroglífica egipcia había sido llevada al Valle por los invasores llegados del este, o sea, copiada por los egipcios de Mesopotamia. Lo menos que puede decirse de eso es que ninguna huella material de semejante copia se puede descubrir en la escritura del Egipto faraónico, tal como aparece en el comienzo de la historia hacia −3000. Al contrario, se puede seguir su lenta formación estadio por estadio: de la pictografía pura al estadio de los fonogramas complejos, al de los «complementos fonéticos», y por último, al de los «determinativos». Algunos signos empleados fonéticamente representan objetos que no eran utilizados más que cuando aparecen los primeros textos, lo que prueba que la escritura se forjó en el período *pre*-histórico, cuando esos objetos eran de uso corriente. En fin, quizá los signos jeroglíficos antiguos son *todos* sacados, sobre todo, de la fauna y de la flora nilóticas, probando así que la escritura es de origen puramente africano. Si se admite una influencia externa en la aparición de la escritura egipcia, ésta no podría ser, más que la *idea* de escribir. Por lo demás, es poco

probable, habida cuenta de la remotísima época en la que la escritura se formó en Egipto, antes del IV milenio de la era cristiana.

Una de las fuerzas que ha conducido a la invención y al desarrollo de la escritura jeroglífica en el valle del Nilo reside, sin duda, en la necesidad que tenían sus habitantes de actuar en común y de manera concertada para luchar contra las calamidades que les amenazaban periódicamente y, entre otras, la inundación del Nilo. Si una familia, un grupo de familias o hasta una pequeña aldea eran impotentes para levantar una protección bastante fuerte contra una crecida imprevisible de las aguas, no ocurría lo mismo si grupos humanos numerosos actuaban en común. La configuración misma de Egipto favorece la constitución de tales grupos. En efecto, la anchura del Valle no es regular. Limitada a veces al curso mismo del río, se amplía tanto después, que forma entonces pequeñas cuencas de una extensión bastante considerable. Esas cuencas naturales constituyen otras tantas unidades geográficas con algunas posibilidades agrícolas. Parece que rápidamente tuvieron tendencia a constituirse en pequeñas unidades políticas bajo la autoridad de la aglomeración más importante de la cuenca, cuya divinidad protectora se convierte en la del conjunto. Ese es probablemente el origen de los «nomes» que aparecen ya constituidos en la época histórica.

Ciertamente hay una gran diferencia geográfica entre el Alto Egipcio, el Said, así fragmentado en una sucesión de cuencas natuales bien individualizadas, y el Bajo Egipto, o Delta, donde el río, al dividirse en múltiples brazos, corta él mismo el suelo en unidades de un carácter muy diferente y menos claras que las del Said.

Hay que recordar aquí que la terminología tradicional de «Alto» y «Bajo» Egipto, cuando se emplea para la época de formación del Estado faraónico es engañosa. Según el estado actual de nuestros conocimientos de las culturas predinásticas, lo que se llama el Alto Egipto no sobrepasa apenas al sur la región de El-Kab para terminar, al norte, en los alrededores de Fayum. Su centro político se sitúa en la «cuenca» tebana, en Nagada, pero descenderá hacia el norte en la región de Abidos, otra cuenca natural, que desempeñará un gran papel en la historia de Egipto. El bajo Egipto, parte de Fayum, pero limita al norte con la aguda punta del Delta. Aunque estamos muy mal informados sobre su extensión en una época tan remota, parece cierto que no llegaba al mar. Su centro se situaba en la región de El Cairo-Heliópolis actuales.

En esa «cuna» del Egipto faraónico, las «cuencas» del sur constituyen una fuerza al menos igual a la del norte. Esa fuerza está mejor estructurada gracias a la invidualidad de las cuencas que la componen. Entonces se comprende mejor que sea la Confederación de las provincias del sur la que haya impuesto en definitiva la unidad cultural en el Valle sometiendo la Confederación de las provincias del norte a la originalidad menos acusada.

Las pequeñas unidades políticas del Sur, según la extensión de la «cuenca» que ocupaban, disponían de un número de hombres suficiente para realizar los trabajos colectivos indispensables para la supervivencia de la provincia, tales como el reforzamiento de los taludes laterales del río, que transformaron poco a poco en auténticos diques (cf. anteriormente) y después la construcción de las presas que protegían las aglomeraciones. Ese trabajo para ser efectivo exigía una organización. Esta, a su vez, debió facilitar si no la invención de la escritura, al menos su rápido desarrollo. En efecto, había que transmitir las órdenes a un número importante de hombres

• *Estatua del escriba en cuclillas, Knoubaf (Fuente: W. S. Smith,* The history of Egyptian sculture and painting in the Old Kingdom, 1.ª *ed., 1946, pl. 19a. Fotografía: Museum of Fine Arts, Boston).*

repartidos en distancias bastante grandes para cumplir una tarea que no podía ser ejecutada más que en un tiempo limitado: *después* de la recolección y *antes* de la crecida de las aguas. El reparto del trabajo, el orden de prioridad, el suministro de las herramientas, aún rudimentarias, y el abastecimiento en el mismo lugar de los trabajadores, todo eso exigía una «administración» por sencilla que fuera. Y ésta sólo podía ser eficaz si podía prever, planear y dirigir las diferentes etapas de las operaciones, partiendo de un centro necesariamente bastante alejado, a veces, del punto donde los trabajos iban a ser ejecutados. Eso se concibe mal sin el instrumento incomparable que constituye la escritura para registrar los ratos indispensables: número de hombres, raciones, altura que los diques debían alcanzar y, sobre todo, transmitir rápidamente las órdenes a los diferentes puntos del territorio.

La unificación política de Egipto por Menes hacia el año −3000 no podía más que acrecentar el desarrollo de la administración y, por tanto, de la escritura. En efecto, se trataba de que el «Jefe» organizase los trabajos de interés colectivo no sólo en un territorio de extensión limitada, sino en el conjunto del país, caracterizado por ser muy largo y donde, por consiguiente, la capital que da las órdenes está siempre muy alejada de gran parte del territorio. Por otra parte, debido a la inconstancia de las inundaciones (cf. fig. pág. 26), una de las responsabilidades de la administración central es tener en reserva la mayor cantidad posible de víveres en período de abundancia, para paliar las insuficiencias siempre previsibles a corto plazo. Es preciso, pues, que los dirigentes, en especial, el faraón, sepan exactamente la cantidad que está a disposición del país para poder, en caso de necesidad, racionar o repartir los recursos existentes en las regiones más afectadas por el hambre. Esa es la base de la organización económica de Egipto y, en realidad, de su existencia misma. Eso exige materialmente una contabilidad compleja de «entradas» y de «salidas», tanto de «materias» como de «personal», que explica el papel esencial que desempeña el *escriba* en la civilización del antiguo Egipto.

El escriba es, pues, la verdadera clave obrera del sistema faraónico. Desde la III dinastía, hacia −2800, los personajes más distinguidos del Estado mandan representar la escribanía sobre la espalda y los príncipes del Antiguo Imperio se harán «erigir estatuas» como escribas en cuclillas (cf. fig. pág. 35). En un cuento célebre, el rey en persona toma la pluma, valga la palabra, para consignar por escrito lo que se dispone a decirle un profeta. El poder mágico que permanece siempre unido a la escritura, refuerza más la importancia del escriba en la sociedad. Conocer el nombre de las cosas es tener poder sobre ellas. No resulta exagerado decir que toda la civilización egipcia reposa sobre el escriba y que es la escritura la que ha permitido su desarrollo.

El contraste entre Egipto y el valle nubio del Nilo permite comprender mejor el papel de la escritura y su razón de ser en el nacimiento y en el desarrollo de la civilización egipcia. Al sur de la 1.ª Catarata, en efecto, estamos en presencia de una población de igual composición que la del Alto Egipto. Nubia, sin embargo, fue siempre refractaria al empleo de la escritura, aunque los contactos permanentes que tuvo con el valle egipcio no hayan podido ignorar ésta. Esto se explica, según parece, por la diferencia del modo de vida. De una parte, tenemos una población densa a la que las necesidades del riego y del «control» del río, del que depende su existencia misma, han unido estrechamente en una sociedad jerarquizada donde cada uno juega un papel preciso en el aprovechamiento del país.

Por otra parte, en cambio, en Nubia, tenemos una población que posee en el inicio de la historia una cultura material igual, si no superior, a la del Alto Egipto, pero esa población está repartida en grupos menos numerosos y más espaciados. Esos grupos son más independientes y con más movilidad porque entre ellos la ganadería necesita frecuentes desplazamientos y desempeña un papel económico, al menos, tan importante como la agricultura, muy limitada en un valle más estrecho que en Egipto. Esas poblaciones nubias no sienten la necesidad de la escritura. Siguen estando siempre en el ámbito de la tradición oral, adoptando sólo de modo episódico la escritura, y aún así únicamente, parece, para necesidades religiosas o cuando se encuentran bajo la dependencia de una autoridad central de tipo monárquico (cf. caps. 10 y 11).

La diferencia de comportamiento entre dos poblaciones de composición étnica similar aclara igualmente de manera singular un hecho en apariencia anormal: ¿por qué una adopta e inventa quizá una escritura, mientras que la otra, que conoce esa escritura, la desdeña? Las condiciones de vida, impuestas al grupo que habita el Bajo Valle por las servidumbres del control del Nilo, tendrán como resultado facilitar el nacimiento y luego el desarrollo de la escritura. Está, a su vez, hace de ese grupo una de las primeras grandes civilizaciones mundiales.

EL EGIPTO AFRICANO, RECEPTACULO DE INFLUENCIAS

Hacia el año −3700 se constata una unificación de la cultura material en los dos centros de civilización del valle del Nilo; o, para ser más precisos, el centro meridional, al conservar sus rasgos distintivos, adopta en parte la cultura del centro septentrional. Frecuentemente se asocia esa penetración en el sur de la civilización del norte, de una parte, con la invención de la escritura y, de otra, con la aparición en Egipto de invasores más evolucionados que los autóctonos.

Hemos visto anteriormente que en lo que se refiere a la escritura, un origen puramente nilótico, y por tanto africano, no sólo no excluye, sino que refleja probablemente la realidad. Por otro lado, una invasión de elementos «civilizadores» llegados del exterior, de Mesopotamia principalmente, no se basa más que en frágiles indicios. Dicho eso, la originalidad como la antigüedad de la civilización egipcia no deben ocultar el hecho de que fue también receptáculo de múltiples influencias. Su posición geográfica, además, la predisponía a eso.

La relativa humedad del clima al final del Neolítico y durante todo el período predinástico, que ve la formación de la civilización en Egipto, hacía «permeable», si así puede decirse, el desierto arábigo entre el mar Rojo y el valle del Nilo. Sin duda, por esa vía es por donde penetraron en Egipto las influencias mesopotámicas, cuya importancia, por otra parte, ha sido tal vez exagerada. Al contrario, se conoce mal, por falta de suficientes prospecciones, los contactos de Egipto con las culturas del Sáhara oriental al final del Neolítico. Algunas representaciones de paletas protodinásticas hacen suponer, sin embargo, rasgos comunes entre las poblaciones del desierto libio y las del valle del Nilo.

Hacia el norte, parece que en época remota los vínculos, por el istmo de Suez, entre Egipto y el pasillo sirio-palestino, no han sido tan estrechos como lo serán a partir del Antiguo Imperio; aunque también allí, se notan huellas muy antiguas de

contactos con Palestina, y aunque el mito de Osiris ha podido tener origen con ocasión de contactos entre el centro de civilización del Delta y la costa arbolada del Líbano, contactos que comenzarían en una época muy remota.

Los vínculos con el sur de momento parecen más claros, pero su importancia es difícil delimitar. Desde el siglo IV antes de la era cristiana, las poblaciones al sur de la 1ª Catarata (cf. cap. 10) están en contacto estrecho con el valle bajo del Nilo. En las épocas pre y protodinásticas, los intercambios entre los dos grupos de poblaciones son numerosos: semejanza de las técnicas en la alfarería y en la fabricación de la pasta esmaltada («loza egipcia»), utilización de las mismas pinturas, empleo de armas similares, las mismas creencias en la vida de ultratumba y ritos funerarios parecidos. Con ocasión de esos contactos los egipcios debieron tener relaciones, directas o por intermediarios, con las poblaciones del Africa más lejana, como puede deducirse del número de objetos de marfil y de ébano que han sido recogidos en las tumbas egipcias más antiguas. Aunque se admita que el límite ecológico del ébano se establecía más al norte que en nuestros días, aún estaba muy alejado de la Baja Nubia, y por consiguiente ahí encontramos una indicación valiosa de contactos entre el Africa «al sur del Sáhara» y Egipto. Independientemente del marfil y del ébano, el incienso que aparece muy pronto, así como la obsidiana, productos extraños en el valle del Nilo, han podido ser objeto de importaciones por parte de los egipcios. Para ese comercio, técnicas e ideas habrán pasado tanto más fácilmente de una región a otra cuanto que los egipcios poseían, como hemos visto, un fondo africano importante.

Así, a cualquier lado que se mire, al oeste como al este, y al norte como al sur, Egipto ha recibido todo tipo de influencias exteriores. Estas, no obstante, nunca han alterado profundamente la originalidad de la civilización que poco a poco se ha elaborado sobre las orillas del Nilo, antes de irradiar a su vez sobre las regiones vecinas.

LOS PUNTOS OSCUROS DE NUESTROS CONOCIMIENTOS

Para poder apreciar el papel que las influencias exteriores han podido ejercer cuando la civilización apareció en el valle del Nilo, sería necesario que la arqueología del conjunto del país fuese bien conocida en cuanto a las épocas remotas. Un conocimiento muy completo es, en efecto, indispensable para comparar con fruto el material arqueológico recogido en Egipto y el proporcionado por las culturas vecinas, a fin de descubrir importaciones o imitaciones, únicas pruebas tangibles de contactos importantes.

Ahora bien, aunque la arqueología del IV milenio antes de la era cristiana es bastante bien conocida, tanto en el Alto Egipto como en la Baja Nubia (entre la 1.ª y la 2.ª Catarata), no sucede lo mismo respecto a las demás partes del valle del Nilo. El Delta, principalmente, nos es prácticamente desconocido en las épocas pre y protodinásticas, excepto en muy escasas zonas situadas en su periferia desértica. Todas las evocaciones de posibles influencias llegadas de Asia en esas épocas, por el istmo de Suez o por la costa mediterránea, pertenecen, pues, al terreno de la hipótesis.

Nos encontramos con las mismas dificultades en el alto valle del Nilo, entre la 5.ª y 6.ª Catarata. Nuestra ignorancia de la arqueología de las épocas remotas en esa vasta región es tanto más lamentable cuanto que es allí donde debieron producirse los

contactos y efectuarse los intercambios entre la parte egipcia del valle del Nilo y el Africa al sur del Sáhara. Esa ignorancia nos impide comprobar las realizaciones de la civilización faraónica naciente con las de las culturas que imperaban entonces no sólo en el Alto Valle, sino también en las regiones situadas al este, al oeste y al sur del Nilo. Recientes descubrimientos, entre la 5.ª y 6.ª Catarata, sugieren la existencia, si no de contactos directos, al menos de una sorprendente semejanza de formas y de adornos en el mobiliario funerario, como en el de la vida diaria, entre el Alto Egipto predinástico y Sudán al sur del paralelo 17.

A la deficiencia de nuestros conocimientos en el espacio, si así puede decirse, se añade la de nuestros conocimientos en el tiempo. La civilización faraónica propiamente dicha duró más de tres milenios; durante un tercio aproximadamente de ese enorme lapso de tiempo, no sabemos, o conocemos mal, lo que ha ocurrido en Egipto. La historia de los faraones, en efecto, se divide en épocas fuertes y en épocas débiles (cf. cap. 2). Durante los períodos de centralización férrea del poder real, poseemos numerosos documentos y monumentos que permiten reconstruir con seguridad los acontecimientos importantes. Tales son las épocas que se ha convenido en llamar Imperio Antiguo, de −2700 a −2200, Imperio Medio, de −2000 a −1800 e Imperio Nuevo, de −1600 a −1100. Durante los períodos de debilitamiento del poder central, en cambio, las fuentes de nuestros conocimientos disminuyen y, hasta incluso desaparecen, de tal manera que la historia faraónica presenta «vacíos», que los egiptólogos designan con el nombre de «períodos intermedios». Existen tres de éstos: el primero se extiende de −2200 a −2000, el segundo de −1800 a −1600, y el tercero de −1100 a −750. Si se les añade los comienzos de la monarquía faraónica, de −3000 a −2700, aún muy insuficientemente conocidos, se ve que durante más de diez siglos, la historia de Egipto permanece para nosotros si no totalmente desconocida, al menos en una densa bruma.

CONCLUSIONES

A pesar de los defectos que acabamos de señalar en nuestros conocimientos de la civilización faraónica, ésta tiene, no obstante, un lugar primordial en la historia del Africa antigua. Por sus monumentos, por sus textos, y por el interés que ha suscitado entre los viajeros antiguos, nos aporta una cantidad de informaciones sobre los modos de pensar, de sentir y de vivir de los africanos en unas épocas que nos sería imposible abordar de otro modo.

Este lugar, aunque primordial, sin duda, no es más que irrisorio con relación al papel que el conocimiento de los antiguos Egipto y Nubia puede desempeñar en la historia del continente. En efecto, cuando la arqueología de los países que rodean el valle del Nilo sea mejor explorada y, por tanto, mejor conocida, Egipto y el Sudán nilótico proporcionarán al historiador y al arqueólogo los medios de comparación y de datación indispensables para la resurrección del pasado, como para el estudio de las corrientes de influencia que, de sur a norte y de este a oeste, contituyen la trama misma de la historia de Africa.

Capítulo 1

ORIGEN DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

CHEIKH ANTA DIOP

El triunfo conseguido por los trabajos del profesor Leakey sobre la tesis del origen monogenético y africano de la humanidad permite plantear el problema del poblamiento de Egipto y hasta del mundo en términos completamente nuevos. Hace más de 150.000 años, hombres morfológicamente idénticos al hombre actual vivían en la región de los grandes lagos en las fuentes mismas del Nilo, con exclusión de toda otra región del mundo. Esa idea y tantas otras que sería prolijo recordar aquí constituyen la esencia del último informe en curso de publicación que el fallecido doctor Leakey presentó en el VII Congreso panafricano de prehistoria en Addis Abeba en el año 1971[1]. Eso quiere decir que la humanidad entera nació, conforme a la intuición de los antiguos, al pie mismo de los montes de la Luna. Contra toda previsión y contra las hipótesis recientes, de ese lugar es de donde los hombres han partido para poblar el resto del mundo. De ello se desprenden dos hechos de importancia capital.

— Necesariamente, la primera humanidad era étnicamente homogénea y negroide; en efecto, la ley de Gloger que se aplicaría también a la especie humana dice que los organismos de los animales de sangre caliente que se desarrollan bajo un clima cálido y húmedo tienen una pigmentación negra (eumelanina)[2]. Por tanto si la humanidad ha nacido bajo los trópicos, bajo la latitud de los Grandes Lagos, necesariamente tenía una pigmentación morena desde el origen y es por la diferenciación bajo otros climas por lo que se fragmentó posteriormente en otras razas.

— Dos caminos solamente se ofrecían a esa humanidad para llegar a poblar los demás continentes: el Sáhara y el valle del Nilo. Aquí sólo trataremos de esta última región.

Desde el Paleolítico superior hasta la época dinástica, toda la cuenca del río fue ocupada por esos pueblos negroides en un movimiento progresivo.

---

[1] Actas del VII Congreso panafricano de prehistoria y del estudio del Cuaternario (en prensa), diciembre 1971, Addis Abeba.

[2] M. F. Ashley Montagu, 1960, pág. 390.

TESTIMONIO DE LA ANTROPOLOGIA FISICA RELATIVO A LA RAZA DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS

Podríamos suponer que se trata de un problema antropológico y que, por consiguiente, las conclusiones de los antropólogos habrían disipado todas las dudas por la aportación de verdades ciertas y definitivas. Nada de eso; el carácter arbitrario de los criterios empleados por mencionar sólo ese hecho, al descartar toda idea de una conclusión admisible sin críticas, introduce tantas «complicaciones científicas» que uno se pregunta a menudo si la solución del problema no habría estado más cercana si se hubiera abordado de otra manera.

Sin embargo, aunque las conclusiones de esos estudios antropológicos estuviesen por debajo de la realidad, no por eso dejan de confirmar, y de un modo unánime, la existencia de una raza negra desde las épocas más remotas de la prehistoria hasta el período dinástico. Es imposible citar aquí todas esas conclusiones: se las encontrará resumidas en el capítulo X de *Prehistoria y Protohistoria de Egipto,* del doctor Emile Massoulard (Instituto de etnología, París, 1949). Nosotros nos limitamos aquí a citar algunas:

«La señorita Fawcett estima que los cráneos de Nagada forman un conjunto suficientemente homogéneo para que se pueda hablar de una raza de Nagada. Por la altura total del cráneo, la altura auricular, la altura y la anchura del rostro, la altura nasal, el índice cefálico y el índice facial, esa raza se asemejaría a los negros; por la anchura nasal, la altura de la órbita, la profundidad del paladar y el índice nasal, estaría más bien cerca de los germanos.

»Los nagadianos predinásticos se parecerían, pues, por algunos de sus caracteres, a los negros, y por otros a las razas blancas» (*o. c.*, págs. 402-403).

Notemos que el índice nasal de los etíopes y de los dravidianos los asemejaría a los germanos, aunque se trate de dos razas negras.

Esas medidas que nos dejarían indecisos entre los dos extremos que son la raza negra y la raza germánica dan una idea de la elasticidad de los criterios empleados. Citemos aquí algunos de esos criterios:

«Thomson y Randall MacIver han intentado precisar más la importancia del factor negroide en la serie de cráneos que proceden de El-Amrah, Abidos y Hou. Y los han dividido en tres grupos: 1. Cráneos negroides, aquellos cuyo índice facial es inferior a 54 y el índice nasal superior a 50, es decir, rostro bajo y ancho y nariz ancha o plana; 2. Cráneos no negroides, aquellos cuyo índice facial es superior a 54 y el índice nasal inferior a 50, frente alta y estrecha y nariz estrecha; 3. Cráneos intermedios, los que pertenecen a uno de los dos primeros grupos por su índice facial y al otro por su índice nasal, así como los que están en el límite de esos dos grupos. La proporción de negroides sería, en el Predinástico antiguo, de 24 % entre los hombres y 19 % entre las mujeres, y en el Predinástico reciente de 25 % y 28 %.

»Kieth ha puesto en duda el valor del criterio elegido por Thomson y Randall MacIver para separar los cráneos negroides de los no negroides. Y estima que si se examinase según ese mismo criterio una serie cualquiera de cráneos de ingleses actuales, se encontraría entre ello aproximadamente el 30 % de negroides» (*o. c.*, páginas 420-421).

Se podría hacer la observación inversa a la de Kieth diciendo que si se examinase según ese mismo criterio los 140 millones de negros que viven hoy en Africa negra, un mínimo de 100 millones de negros saldrían «blancos» según nuestras medidas.

Observemos por otra parte, que la distinción de «negroides», «no negroides» e «intermedios» no es clara; en efecto, «no negroide» no es el equivalente de raza blanca e «intermedio» menos aún.

«Falkenburger ha proseguido el estudio de la antropología de la población egipcia en un trabajo reciente donde analiza 1.787 cráneos, cuya edad va desde el Predinástico antiguo hasta nuestros días. Distingue cuatro grupos principales» (*o. c.*, pág. 421).

El reparto de los cráneos predinásticos entre esos cuatro grupos de los siguientes resultados, para el Predinástico entero:

«Un 36 % de negroides, un 33 % de mediterráneos, un 11 % de cromagnoides y un 20 % de individuos que no encajan en ningúno de esos tres grupos, pero que están emparentados bien con los cromagnoides, bien con los negroides. La proporción de los negroides es claramente superior a la que Thomson y Randall MacIver han indicado y que Kieth encuentra, no obstante, demasiado elevada.

»¿Las cifras de Falkenburger corresponden a la realidad? No nos toca a nosotros decidir. Si son exactas, la población predinástica, lejos de representar una raza pura, como ha dicho Elliot Smith, se componía de al menos tres elementos raciales diferentes: de negroides, en más de un tercio, de mediterráneos, en más de un tercio, de cromagnoides, en una décima parte, y, en una quinta parte, de individuos más o menos mestizados» (*o. c.*, pág. 422).

Lo que se deduce de todas esas conclusiones, es que su convergencia prueba, a pesar de todo, que el fondo de la población egipcia era negra en la época predinástica.

Tales conclusiones son, pues, incompatibles con las ideas según las cuales el elemento negro no se habría infiltrado en Egipto más que tardíamente. Al contrario, los hechos prueban que ese elemento ha sido preponderante desde el comienzo hasta el final de la historia egipcia, sobre todo cuando se observa aún que «mediterráneo» no es sinónimo de raza blanca. Se trataría más bien de la «raza morena o mediterránea» de Elliot Smith.

«Elliot Smith hace de esos protoegipcios una ramificación de lo que él llama la raza morena, que no es otra que la raza mediterránea o eurafricana de Sergi» (*o. c.*, pág. 418).

El epíteto moreno se refiere aquí a la piel y no es más que «el eufemismo» de negro [3].

Vemos, pues, que es la totalidad de la población egipcia la que era negra, excepto una infiltración de elementos nómadas blancos en la época dinástica.

El estudio de Petrie sobre la raza egipcia revela una inmensa posibilidad de clasificación que no deja de sorprender al lector.

Petrie ha publicado, sin embargo, un estudio sobre las razas de Egipto en el Predinástico y en el Protodinástico donde no tiene en cuenta más que representaciones. Distingue, además de la raza esteatopigiana, seis tipos diferentes: el tipo aguileño, característico de una raza libia de piel blanca, el tipo de barba trenzada, que

[3] Se podrá proseguir el estudio de la pigmentación de esa raza según el método que describimos anteriormente; en efecto, Elliot Smith ha encontrado frecuentemente sobre los cadáveres jirones de piel y la momificación que deteriora a ésta no existía ya.

pertenece a una raza de invasores llegados quizá de las orillas del mar Rojo; el tipo de nariz puntiaguda, llegado sin duda del desierto arábigo; el tipo de nariz recta o erguida *(titled nose)*, originario del Medio Egipto; el tipo de barba proyectada hacia adelante, llegado del Bajo Egipto y el tipo de tabique nasal recto o erguido originario del Alto Egipto. Según las representaciones, habría habido, pues, en Egipto, en las épocas estudiadas, siete tipos raciales diferentes. En las páginas siguientes veremos que el estudio de los esqueletos no parece autorizar "semejantes conclusiones" *(o. c.*, pág. 391).

Esta clasificación da una idea de la gratuidad de los criterios empleados para determinar la raza egipcia.

Sea lo que sea, vemos que la antropología está lejos de haber establecido la existencia de una raza egipcia blanca; incluso tendería a establecer lo contrario.

Sin embargo, en los manuales corrientes, el problema está suprimido: con mucha frecuencia se resuelve, afirmando categóricamente que los egipcios eran blancos. Todos los profanos honrados tienen, entonces, la impresión de que semejante afirmación necesariamente debe apoyarse sobre trabajos sólidos anteriormente establecidos, mientras que nada hay de eso, como lo demuestra todo lo que antecede. Así es cómo se ha falseado el espíritu de tantas generaciones.

Otros muchos eluden hoy la dificultad hablando de blancos de piel roja y de blancos de piel negra, sin que su buen sentido cartesiano quede lastimado.

«Africa es, en palabras de los griegos, Libia, expresión ya impropia, puesto que allí existen otros muchos pueblos además de los citados libios, que figuran entre los blancos de la periferia septentrional, o si se quiere mediterránea, y distintos por ello, en un gran número de rasgos, de los blancos de piel morena (o roja) (egipcios)»[4].

En un manual, destinado a alumnos de quinto curso, se encuentra la frase siguiente:

«Un negro se distingue menos por el color de su piel (porque hay blancos de piel negra) que por sus rasgos: labios gruesos, nariz chata, etc.»[5].

Sólo al precio de semejantes modificaciones se ha podido «blanquear» a la raza egipcia.

No es inútil recordar los excesos de los teorizantes de la antropo-sociología del último siglo y del comienzo de éste que, tras un microanálisis de las fisonomías, distinguían en Europa misma, y en Francia en particular, estratificaciones raciales allí donde ya no había más que un mismo pueblo transformado en homogéneo[6]. Hoy

[4] D. P. de Pedrals, 1950, pág. 6.

[5] Geografía, clase de 5.°, 1950.

[6] En su *Lucha de las razas* (1883), Gumplovicz afirma que las diversas clases de las que se compone un pueblo corresponden siempre a razas diferentes, una de las cuales ha establecido su dominio sobre las otras por la conquista. G. de Lapouge, en un artículo publicado en 1897, transcribía al menos doce «leyes fundamentales de la antropo-sociología», algunas de las cuales son bien típicas: la «ley de reparto del índice cefálico»; la «ley de los índices urbanos», ilustrada por Ammon a propósito de sus investigaciones sobre los reclutas de Baden, enunciaba que los habitantes de las ciudades presentan una mayor dolicocefalia que los de las campiñas circundantes; la «ley de estratificación» se formulaba: «El índice cefálico va disminuyendo y la proporción de los dolicocéfalos aumentando de las clases inferiores a las clases superiores en cada localidad». En sus *Selecciones sociales*, el mismo autor no dudaba en afirmar que «la clase dominante de la época feudal se refiere, de modo casi exclusivo, al Homo Europaeus», de modo que «no es el azar el que ha mantenido a los pobres en la parte baja de la escala social, sino su inferioridad congénita».

«Se ve que el «racismo» alemán no había inventado nada. Cuando A. Rosenberg afirmaba que la Revolución francesa se explica por una rebelión de los braquicéfalos de la raza alpina contra los dolicocéfalos de la raza nórdica». A. Cuvillier, 1967, pág. 155.

día, los occidentales que aprecian su cohesión nacional se cuidan mucho de examinar sus propias sociedades según una óptica explosiva semejante, pero continúan aplicando inconscientemente el mismo método a las sociedades extra-europeas.

LAS REPRESENTACIONES DEL PERIODO PROTOHISTORICO: SU VALOR ANTROPOLOGICO

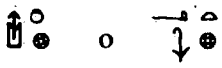
El estudio de las representaciones hecho por F. Petrie en otro plano muestra que el tipo étnico era negro: según este autor, se trata del pueblo de los Anou (Anu), cuyo nombre testimoniado desde esa época está siempre «escrito» con tres columnas (barras) en las escasas inscripciones del final del IV milenio antes de la era cristiana. Los naturales del país están siempre representados con unos atributos incontestables de jefe que en vano se buscarían en las raras representaciones de otras razas que aparecen todas como elementos extranjeros dominados, llegados al Valle por infiltración (cf. «Tera-Neter» [7] y el rey Escorpión que Petrie agrupa juntos: (traducción) «El rey Escorpión... pertenecía a la raza anterior de los Anu. Además adoraba a Min y a Seth») [8].

Más adelante veremos que Min, como los principales dioses egipcios, era llamado en la tradición misma egipcia «el gran negro».

Tras haber evocado los diferentes tipos extranjeros que disputaban el Valle a los negros autóctonos, Petrie describe a estos últimos, los Anu, en los términos siguientes (traducción): «Junto a esos tipos, pertenecientes al norte y al este, existe la raza autóctona de los Anu o Annu, pueblo cuyo nombre está escrito con tres barras (o columnas) que constituyó una parte de los habitantes de la época histórica. La cuestión se complica demasiado si se incluyen todos los nombres escritos con una sola barra, pero al no considerar más que a los Anu, representados por tres barras, nos encontramos que ellos ocupaban el sur de Egipto y Nubia, y su nombre se encuentra también en el Sinaí y en Libia. En cuanto a los egipcios del sur, poseemos el documento más importante que se refiere a ellos, el retrato de un jefe, Tera-Neter, moldeado toscamente en relieve en un azulejo de color verde encontrado en el primer templo de Abidos. Precediendo a su nombre, su dirección está escrita en la tarjeta de visita más antigua, "Palacio de Anu en la ciudad de Hemen, Tera-Neter"; Hemen era el nombre del dios de Tuphium. Herment, en el lado opuesto, era el emplazamiento de Anu del sur, Anu Menti. El lugar siguiente, al sur, es Aunti (Gebeleyn) y más allá de ese lugar, Aunyt-Seni (Esneh)» [9].

Amelineau transcribe por orden geográfico las ciudades fortificadas construidas en todo el valle del Nilo por los Negros Anu.

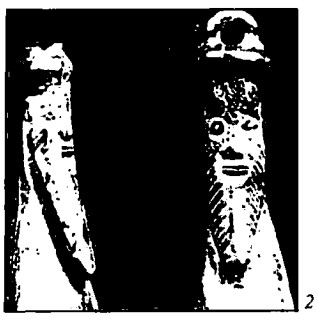
: Ant, (Esneh)

 : Ant, «On» del sur (hoy Hermontis)

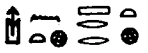
[7] Ilustración pág. 46.
[8] W. M. F. Petrie, 1939, pág. 69.
[9] W. M. F. Petrie.

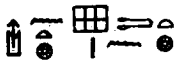
1

• *1. Figura protohistórica del Señor Tera-Neter, perteneciente a la raza negra de los anu que fueron los primeros habitantes de Egipto (Fuente: C. A. Diop, «Anteriorité des civilisacions nègres: Mythe ou réalité historique?», Présence Africaine, Paris, 1967, pl. XIV).*
• *2. Figurillas predinásticas (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVI [4]).*



2

 : Denderah donde nació Isis según la tradición

 : designa una ciudad llamada «On» en el nomo de Tinis

o : designa la ciudad llamada «On» del norte, la célebre Heliópolis.

El antepasado común de esos Anu establecidos a lo largo del Nilo era Ani o An, nombre determinado por el signo (khet) y que, desde los textos más antiguos del *Libro de los muertos* se da al dios Osiris.

La identidad de ese dios An con Osiris ha sido demostrada por Pleyte [10]. En efecto, recordemos que Osiris tiene también como sobrenombre Anu: «Osiris Ani». El dios Anu es representado unas veces por el signo y otras por . ¿Las tribus Anu actuales del Alto Nilo están emparentadas con los antiguos Anu? Las investigaciones futuras permitirán responder a la pregunta.

Petrie cree poder oponer el pueblo predinástico representado por Tera-Neter y el rey Escorpión (que es ya un faraón, según atestigua su tocado) a un pueblo dinástico adorador del halcón y que estaría representado por los faraones Narmer [11], Kasékem Sanekel y Djoser [12]. Refiriéndonos a las figuras reproducidas aquí, se ve fácilmente que no existe diferencia étnica alguna entre esas dos categorías y que las dos pertenecen a la raza negra.

La pintura mural de la tumba SD. 63 (secuencia fecha 63) de Hieracómpolis muestra a los negros autóctonos sometiendo a los elementos extranjeros que se habían infiltrado en el Valle, si hemos de creer la interpretación de Petrie: (traducción) «Abajo se encuentra la barca negra de Hieracómpolis que pertenece a los hombres negros que están a punto de vencer a los hombres "rojos"» [13].

El mango del cuchillo de Djobel el-Arak ofrece escenas de combates análogos (traducción): «Hay también combates de hombres negros dominando a hombres rojos» [14]. Sin embargo, el valor arqueológico de este último objeto, que no ha sido encontrado in situ, sino en manos de un mercader, es inferior a la del material anterior.

De lo que precede se deduce que las representaciones humanas de la protohistoria y del período mismo dinástico no corresponden de modo alguno a la idea que a los antropólogos occidentales les gusta hacerse de la raza egipcia. En todas partes donde el tipo racial autóctono está representado aunque sea con tan poca nitidez, parece negroide. En ningún lugar los elementos indoeuropeos y semitas están representados, ni siquiera como simples ciudadanos que disfrutan de su libertad, y con más razón

[10] E. Amelineau, 1908, pág. 174.
[11] Ilustración pág. 66.
[12] Ilustración pág. 66.
[13] W. M. F. Petrie, *o. c.*, pág. 67.
[14] Ilustración pág. 50.

con los rasgos de un jefe local cualquiera, sino invariablemente como extranjeros sometidos. Los pocos ejemplares que se han encontrado están siempre figurados con los rasgos de cautivos, con las manos atadas a la espalda, o en posición de cuclillas [15]. Una figura protodinástica representa a un cautivo indoeuropeo de rodillas, con las manos apretadas contra el cuerpo y llevando una larga trenza. Las carácterística del objeto muestran que servía de pie de mueble y representaba una raza vencida [16]. Frecuentemente la representación es voluntariamente grotesca como ocurre en otras figuras protodinásticas que muestran individuos con los cabellos trenzados en forma de «cola de cerdo», los «pigtail» de Petrie [17].

En la tumba del rey Ka (I dinastía) en Abidos, Petrie encontró una plaqueta que representa un cautivo indoeuropeo encadenado con las manos a la espalda. Para Elliot Smith se trata de un semita.

La época dinástica ha proporcionado también documentos (cf. pág. 52) que muestran a prisioneros indoeuropeos y semitas. En cambio, los rasgos típicamente negroides de los faraones Narmer, I dinastía, el fundador mismo de la línea de los faraones; Djoser, III dinastía (con él eran ya empleados todos los elementos tecnológicos de la civilización egipcia); Kéops, el constructor de la gran pirámide (tipo camerunés) [18]; Mentuhotep, el fundador de la XI dinastía (tez de color negro fuerte) [19]; Sesostris I, la reina Amosis Nefertari y Amenofis I muestran que todas las clases de la sociedad egipcia pertenecían a la misma raza negra.

Hemos reproducido en dibujo los documentos que representan los tipos indoeuropeo y semita para oponerlos a las diferentes fisonomías de los faraones negros y para mostrar que esos dos tipos están ausentes totalmente en toda la línea de los faraones, si se excluye las dinastías extranjeras libias y tolematicas (ilustración pág. 60).

Se tiene costumbre de oponer las «negras» de la tumba de Horemheb al tipo egipcio. Esa oposición es puramente artificial; es social y no étnica y existe tanta diferencia entre una aristócrata senegalesa de Dakar y sus antiguas campesinas africanas de manos callosas y con las extremidades angulosas, como entre ellas y una aristócrata egipcia de las ciudades antiguas.

Existen dos variantes de la raza negra:

— los negros de cabellos lisos: representados en Asia por los dravidianos y en Africa por los nubios y los tubou o teda; unos y otros tienen frecuentemente la piel de un color negro azabache;

— los negros de cabellos rizados de las regiones ecuatoriales.

Unos y otros formaban la población egipcia.

15 Ilustración pág. 64.

16 Ilustración pág. 64.

17 Ilustración pág. 64. Sé que se tiene costumbre de decir que el indoeuropeo es una lengua y no una raza, pero prefiero ese término al de ario, desde el momento en que ese uso no crea confusión alguna.

18 Ilustración pág. 55.

19 Ilustración pág. 56.

TEST PARA LA DOSIFICACION DE LA MELANINA

En realidad se puede conocer directamente el color de la piel de los egipcios antiguos y, por tanto, la étnica de éstos, por un análisis microscópico practicado en laboratorio; no creo que esa posibilidad haya escapado a la sagacidad de los investigadores que se han interesado en la cuestión.

La melanina (eumelanina), sustancia química responsable de la pigmentación de la piel, es insoluble en general y se conserva durante millones de años en la piel de los animales fósiles[20]. Con más motivos, se la encuentra fácilmente en la piel de las momias egipcias, a pesar de una tenaz leyenda según la cual la piel de las momias, alteradas por los productos de momificación, no se prestan ya a ningún análisis[21]. Aunque sea la epidermis el lugar de localización de la melanina, las inclusiones de los melanocitos en la dermis a nivel de la capa de separación de esas dos partes de la piel revelan, incluso en el caso de una destrucción más o menos importante de la epidermis por los productos de momificación, un porcentaje de melanina, inexistente en las razas leucodermas. Las muestras que hemos analizado han sido tomadas en el laboratorio de Antropología física del Museo del Hombre, de París, de las momias procedentes de las escavaciones de Marietta, en Egipto[22]. Este método es perfectamente aplicable a las momias reales de Tutmosis III, Seti I y Ramsés II, que están en muy buen estado de conservación en el Museo de El Cairo. Desde hace dos años, he pedido en vano al conservador del Museo de El Cairo tales muestras para analizarlas. Después de todo, sólo se necesitarían unos milímetros cuadrados de piel para realizar una preparación; así se realizan preparaciones de un grosor de algunas U, aclaradas en benzoato de etilo. Se puede observarlas a la luz natural o con una iluminación de luz ultravioleta que hace fluorescentes los granos de melanina.

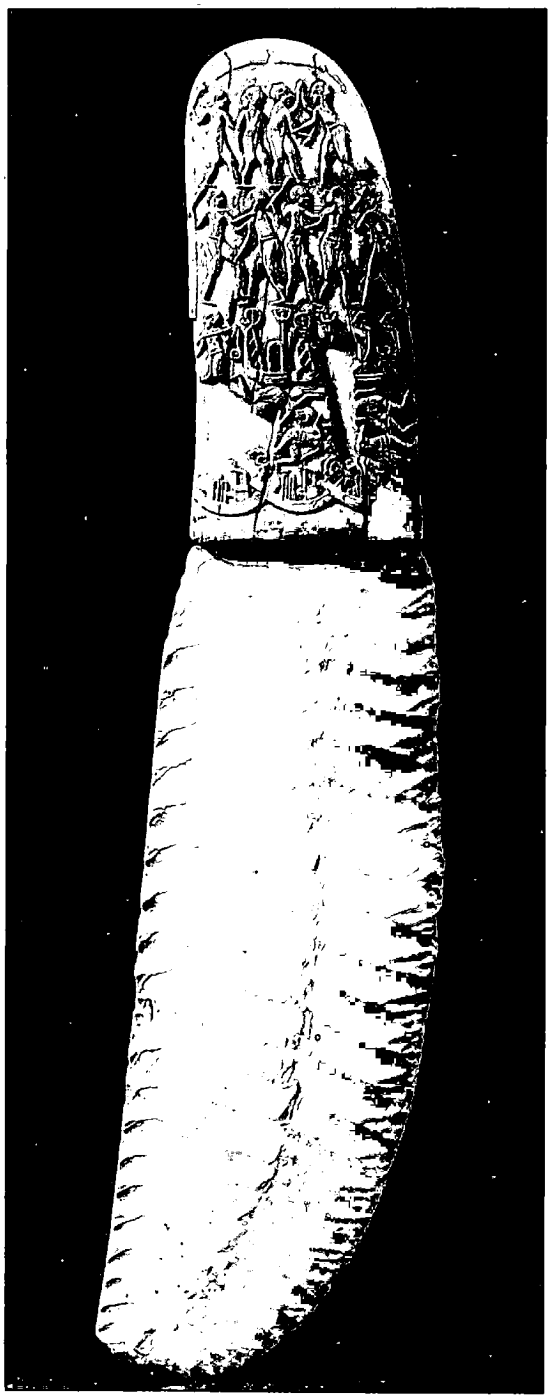
En cualquier caso, decimos resumiendo que la evaluación del porcentaje de melanina por la observación microscópica es un método de laboratorio que permite clasificar a los antiguos egipcios indudablemente entre los negros.

MEDIDAS OSTEOLOGICAS

Entre los criterios seguidos en antropología física para clasificar las razas, el de las medidas osteológicas es tal vez el menos engañoso (por oposición a la craneometría) para distinguir un negro de un blanco. Pues bien, la aplicación de ese criterio clasifica igualmente a los egipcios entre los negros. Ese estudio ha sido realizado por el célebre científico alemán Lepsius a finales del último siglo, y sus conclusiones siguen siendo válidas; los progresos realizados después en el terreno de la metodología en antropología física no desvalorizan, en nada, ese criterio: «El cánon llamado de Lepsius, y que da, puesto en cuadrícula, las proporciones del cuerpo del egipcio perfecto, tiene los brazos cortos y es negroide o negruzco»[23].

---

[20] R. A. Nicolaus, 1968, pág. 11.
[21] Thomas J. Pettigrew, 1834, págs. 70-71.
[22] Cheikn Anta Diop, *B.I.F.A.N.*, 1977.
[23] M. E. Fontane, 44-45 (cf. reproducción: T).



1

2

• *1. Mango de cuchillo de Djebel el-Arak (anverso). Epoca predinástica tardía (Fotografía: Giraudon, Museo del Louvre).*

• *2. Cautivos semitas de la época faraónica. Roca del Sinaí (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LIX).*

GRUPOS SANGUINEOS

Es notable que incluso los actuales egipcios, sobre todo los del Alto Egipto, pertenezcan al mismo grupo B que las poblaciones de Africa occidental en el océano Atlántico y no al grupo A_2 característico de la raza blanca antes de algún mestizaje [24]. Sería interesante estudiar la importancia del grupo A_2 en las momias egipcias, ya que las técnicas actuales permiten hacerlo.

LA RAZA EGIPCIA SEGUN LOS AUTORES CLASICOS DE LA ANTIGÜEDAD

Para los escritores griegos y latinos contemporáneos de los egipcios de la Antigüedad, la antropología física de éstos últimos no plantea problemas: los egipcios eran negros hocicones, de cabellos rizados y de piernas delgadas; la unanimidad de sus testimonios, sobre un hecho físico tan notorio como la raza de un «pueblo», será difícil de minimizar o de pasar por alto.

Citemos algunos de esos testimonios para fijar las ideas.

Herodoto (¿480? a 425 antes de la era cristiana). Llamado el padre de la historia. A propósito del origen de los colcos [25], Herodoto escribe:

«Manifiestamente, en efecto, los colquidianos son de raza egipcia; pero unos egipcios me dijeron que a su parecer los colquidianos descendían de los soldados de Sesostris. Yo mismo lo había pensado según dos indicios: primero, porque tienen la piel negra y los cabellos rizados (a decir verdad, eso no prueba nada, porque otros pueblos también están en ese caso), y luego y con más razón, porque sólo los colquidianos entre los hombres, así como los egipcios y los etíopes, practican la circuncisión desde su origen. Los fenicios y los sirios de Palestina reconocen que han aprendido esa costumbre de los egipcios. Los sirios que habitan la región del río Termodón y del Patenios, y los macrones, que son sus vecinos dicen haberlo aprendido recientemente de los colquidianos. Esos son los únicos hombres que practican la circuncisión y se puede comprobar que lo hacen del mismo modo que los egipcios. Yo no sabría decir cuales de los dos, egipcios o etíopes, aprendieron esa práctica de los otros; porque eso es, evidentemente, en ellos algo muy antiguo; que la hayan aprendido al visitar con frecuencia Egipto, también es para mí una prueba convincente; todos los fenicios que frecuentan Grecia dejan de tratar las partes naturales a imitación de los egipcios y someten a sus descendientes a la circuncisión» [26].

---

[24] M. F. A. Montagu, *o. c.*, pág. 337.

[25] En el siglo v antes de la era cristiana en la época en que Herodoto visitó Egipto, vivía aún en Cólquida, sobre la orilla armenia del mar Negro, al este del antiguo puerto de Trebizonde, un pueblo negro, los colcos, rodeado de naciones leucodermas. Los científicos de la antigüedad se interrogaron sobre sus orígenes y Herodoto en *Euterpe*, su libro II dedicado a Egipto, intenta probar que los colcos eran egipcios, de ahí los argumentos que citamos. Herodoto, fundándose sobre las estelas conmemorativas levantadas por Sesostris en países conquistados, sostiene que ese faraón llegó hasta Tracia y a Scitia donde habría encontrado esas estelas todavía de su tiempo, libro II, 103.

[26] Herodoto, libro II, 104. Como entre muchos pueblos del Africa negra, la mujer egipcia era cortada: cf. Estrabón (*Geografía*, libro XVII, cap. 1).

1

• *1. Prisioneros indoeuropeos (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVIII[b]).*
• *2. Prisionero indoeuropeo (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVIII[a]).*

2

Herodoto vuelve en varias ocasiones a hablar del carácter negro de los egipcios y lo utiliza, cada vez, como un dato visible a los sentidos para demostrar tesis más o menos complejas.

Así, para probar que el oráculo griego de la ciudad de Dodone, en Epiro, es de origen egipcio, dará entre otros argumentos: «y cuando añaden que esa paloma era negra, nos dan a entender que esa mujer era egipcia» [27].

Las palomas citadas, eran dos según el texto, simbolizando dos mujeres egipcias que habrían sido llevadas de Tebas en Egipto para fundar los oráculos de Dodone, en Grecia, y de Libia (Oasis de Júpiter Amón).

Herodoto no compartía la opinión de Anaxágoras según la cual el deshielo de la nieve en las altas cimas de Etiopía era el origen de las crecidas del Nilo [28]. Se apoyaba en el hecho de que no llueve ni nieva en Egipto «y que el calor hace allí a los hombres negros» [29].

Aristóteles (¿389? a 322 antes de la era cristiana). Sabio, filósofo y preceptor de Alejandro Magno.

Aristóteles, en «sus» obras menores intentó establecer con una ingenuidad inesperada una correlación entre lo físico y lo moral del ser y nos ha dejado un testimonio sobre la raza egipcia y etíope, que confirma las declaraciones de Herodoto. Según Aristóteles:

«Los que son demasiado negros son cobardes, y eso se aplica a los egipcios y a los etíopes. Pero los que son excesivamente blancos son igualmente cobardes, testigos son las mujeres, por tanto la complexión que corresponde al coraje está entre los dos» [30].

Luciano (¿125? a 190 de la era cristiana). Escritor griego.

El testimonio de Luciano es tan explícito como los dos anteriores. Pone en escena a dos griegos, Licinio y Timolao, entre los que se entabla un diálogo:

Licinio (describiendo a un joven egipcio). —Ese joven no sólo es negro, sino que también es un hocicón y tiene las piernas delgadas... Sus cabellos recogidos detrás en una trenza muestran que no es de condición libre.

Timolao. —Esa es la señal de un nacimiento muy noble en Egipto, Licinio. Todos los niños de condición libre (nacidos libres) llevan trenzados sus cabellos hasta la edad adulta; es justamente lo contrario de nuestros antepasados que encontraban conveniente, para las personas de mucha edad, recoger sus cabellos con un broche de oro para sujetarlos» [31].

Apolodoro (siglo I antes de la era cristiana). Filósofo griego.

Según Apolodoro, «Egiptos subyugó al país de los pies negros y lo llamó Egipto, según su propio nombre» [32].

Esquilo (¿525? a 456 antes de la era cristiana). Poeta trágico, creador de la tragedia griega.

---

27 Herodoto, libro II, 57.
28 Séneca, *Cuestiones naturales*, libro IV, 17.
29 Herodoto, libro II, 22.
30 Aristóteles, *Fisio*, 6.
31 Luciano, *Naveg.* caps. 2 y 3.
32 Apolodoro, libro II, «La familia de Inaco», caps. 3 y 4.

En los *Suplicantes,* Danaos, huyendo con sus hijas las «Danaidas», perseguido por su hermano Egiptos, acompañado de sus hijos los «Egiptiadas», que quieren casarse a la fuerza con sus primas, sube a un cerro, observa el mar y describe así a los «Egiptiadas» que reman a lo lejos: «Distingo la tripulación con sus miembros negros que salen de las túnicas blancas» [33].

Una descripción similar del tipo egipcio está trazada también, unas líneas después, en el verso 745.

Aquiles Tatio de Alejandría

Compara a los ganaderos del Delta con los etíopes y muestra que son tanto negruzcos como mestizos.

Estrabón (¿58 antes de la era cristiana? —hacia después del 25).

Visitó Egipto y casi todos los países del Imperio romano. Confirma la tesis según la cual los egipcios y los colcos pertenecían a la misma raza: pero cree que la migración sólo se realizó partiendo de Egipto hacia Etiopía y Cólquida.

«Unos egipcios se establecieron en Etiopía y en Cólquida» [34].

No hay duda alguna sobre la idea que Estrabón tenía de la raza de los egipcios, porque intenta, por otra parte, explicar por qué los egipcios son más negros que los hindúes, lo que permitiría descartar, si hubiera necesidad de ello, todo intento de confusión entre la raza «hindú y la egipcia».

Diódoro de Sicilia (¿63 o antes? —después del 14). Historiador griego contemporáneo de César Augusto.

Según su testimonio, Etiopías es la que habría colonizado a Egipto (en el sentido ateniense de la palabra: el aumentar la densidad, una fracción del pueblo emigra hacia nuevas tierras).

«Los etíopes dicen que los egipcios son una de sus *colonias* [35] que fue llevada a Egipto por Osiris. Pretenden incluso que ese país no era, al comienzo del mundo, más que un mar, pero que el Nilo, arrastrando en sus crecidas mucho limo de Etiopía, al fin lo había amontonado y con él había hecho una parte del continente... Y añaden que los egipcios tomaron de ellos como de sus autores y de sus *antepasados* [36], la mayor parte de sus leyes».

Diógenes Laercio

Escribió a propósito de Zenón (333-261 antes de la era cristiana), fundador del estoicismo:

«Zenón, hijo de Mnaseas o Demeas, era nativo de Citium en la isla de Chipre, una ciudad griega que había recibido colonos fenicios».

---

[33] Esquilo, *Los suplicantes,* vv. 719 a 720. Cf. también v. 745.

[34] Estrabón, *Geografía,* libro I, cap. 3, pár. 10.

[35] Subrayado por nosotros.

[36] Diodoro, *Historia universal,* libro III. La antigüedad de la civilización etíope está confirmada por el autor griego más antiguo y más venerable, Homero, tanto en la *Iliada* como en la *Odisea:*

> «Júpiter se fue a ver al océano,
> al país de los probos etíopes,
> para asistir a un banquete,
> y todos los dioses le siguieron». *Iliada* I, 422-423.

• *Keops, faraón de la IV dinastía, constructor de la Gran Pirámide (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XVIII).*

• *Mentuhotep I (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XXII).*

«Tenía el cuello torcido, dice Timoteo de Atenas en su libro titulado *Vidas;* sin embargo, Apolonio de Tiro dice que era endeble, muy alto y negro, de ahí el hecho de que algunos lo hayan llamado un sarmiento de vid egipcia, según Crisipo en el 1.er libro de sus *Proverbios*» [37].

Amiano Marcelino (¿330? −400 de la era cristiana). Historiador latino amigo del emperador Juliano.

Con él, llegamos al declive del Imperio romano y al final de la Antigüedad clásica.

Unos nueve siglos separan su muerte del nacimiento de Esquilo o del de Herodoto, nueve siglos durante los cuales los egipcios dominados por los leucodermos no cesaron de mestizarse. Puede decirse sin exageración que en Egipto, en una casa de cada diez, había un esclavo blanco, asiático o indoeuropeo [38].

Es notable que este mestizaje no ha conseguido, a pesar de su intensidad, trastocar las constantes raciales. En efecto Amiano Marcelino escribe:

«Pero los hombres de Egipto son, la mayor parte, morenos y negros, de aspecto delgado y seco» [39].

El autor confirma igualmente las declaraciones anteriores sobre los colcos.

«Más allá de esas comarcas se encuentran las regiones populosas de los "camaritae" [40] y el Fasis con su corriente impetuosa bordea el país de los colcos, una antigua raza de origen egipcio» [41].

Acabamos de realizar una visión parcial de los testimonios de los antiguos autores greco-latinos sobre la raza egipcia. Su similitud es impresionante y constituye un hecho objetivo difícil de minimizar o de disimular. La erudición moderna oscila constantemente entre esos dos polos.

Subrayemos el testimonio de un científico de buena fe, Volney, quien habiendo visitado Egipto entre los años 1783 y 1785, es decir, en pleno período de esclavitud negra, hizo las comprobaciones siguientes sobre la raza egipcia, la misma de donde habían salido los faraones, los coptos:

«Todos tienen el rostro mofletudo, los ojos saltones, la nariz aplastada y los labios gruesos: en una palabra, un auténtico rostro de mulato. Yo había tratado de atribuirlo al clima, cuando, al visitar la Esfinge, su aspecto me dió la clave del enigma. Al ver esa cabeza típicamente negra en todos sus rasgos, recordaba el importante párrafo de Herodoto, donde dice: para mí, creo que los colcos son una colonia de los egipcios, porque, como ellos, tienen la piel negra y los cabellos crespos; es decir, que los antiguos egipcios eran auténticos negros de la especie de todos los naturales de Africa; y desde entonces, se explica cómo su sangre, unida o mezclada desde hace siglos con la de los romanos y de los griegos, ha debido perder la intensidad de su primer color, conservando, no obstante, la huella de su molde original. Hasta se puede dar a esta observación una extensión muy general y erigir como principio que la fisonomía es una especie de monumento propio, en muchos casos, para contradecir o para aclarar los testimonios de la historia sobre los orígenes de los pueblos...».

---

37 Diógenes Laercio, libro VII. 1.

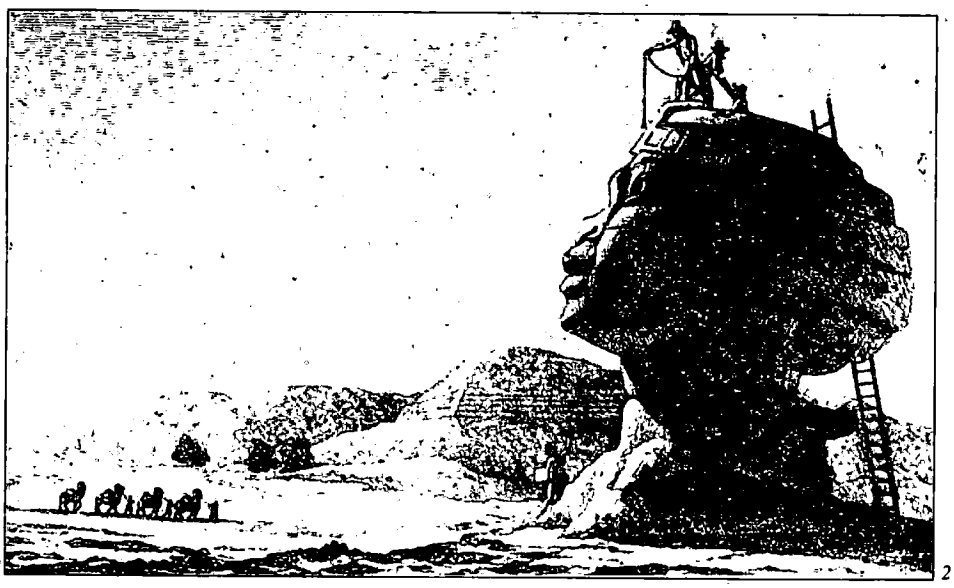
38 A los notables egipcios les gustaba tener en su «harén» una esclava siria o mitaniana.

39 Amiano Marcelino, libro XXII, pár. 16 (23).

40 Bandas de piratas que navegaban sobre pequeñas embarcaciones llamadas «camare».

41 Amiano Marcelino, libro XXII, pár. 8 (24).

1



2

• *1. Ramsés II y un Mututsi actual (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XXXV).*

• *2. La Esfinge tal como la encontró la primera misión científica francesa del siglo XIX. Su perfil típicamente negro sería el del faraón Khâefré o Kefrén (hacia −2600, IV dinastía), constructor de la segunda pirámide de Gizeh. Ese perfil no es heleno ni semita, es bantú. (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XIX).*

Volney, tras haber ilustrado esa proposición citando el caso de los normandos quienes, 900 años después de la conquista de Normandía, se parecen todavía a los daneses, añade:

«Pero volviendo a Egipto, el hecho que presenta a la historia ofrece muchas reflexiones a la filosofía. ¡Que tema de meditación, al ver la barbarie y la ignorancia actual de los coptos salidos de la alianza del genio profundo de los egipcios y del espíritu brillante de los griegos, el pensar que esa raza de hombres negros, hoy nuestra esclava y objeto de nuestro desprecio, es a esa misma a la que nosotros debemos nuestras artes, nuestras ciencias y hasta el uso de la palabra, el imaginar, en fin, que es en medio de los pueblos que se dicen los más amigos de la libertad y de la humanidad, donde se ha castigado con las más bárbara de las esclavitudes y donde se plantea el problema de si los hombres negros tiene la inteligencia de la especie de los hombres blancos!» (*Voyage en Syrie et en Egypte*, por M. C. F. Volney, París, 1787, tomo I, págs. 74 a 77).

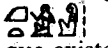
A esta declaración de Volney, Champollion-Figeac, hermano de Champollion el Joven, replicará en los siguientes términos:

«La piel negra y los cabellos rizados, esas dos cualidades físicas no bastan para caracterizar la raza negra y la conclusión del Volney relativa al origen negro de la antigua población egipcia, es evidentemente forzada e inadmisible» [42].

¡Ser negro de la cabeza a los pies y tener los cabellos rizados, eso no basta para ser un negro! Aquí se ve a qué tipo de argumentación aparente ha debido recurrir la egiptología desde su nacimiento. Algunos especialistas sostienen que Volney ha querido colocar el debate en un terreno filosófico. Pero cuando se le relee, se ve que Volney no ha hecho más que sacar las consecuencias de hechos patentes y materiales que se imponen a sus ojos y a su conciencia como una evidencia.

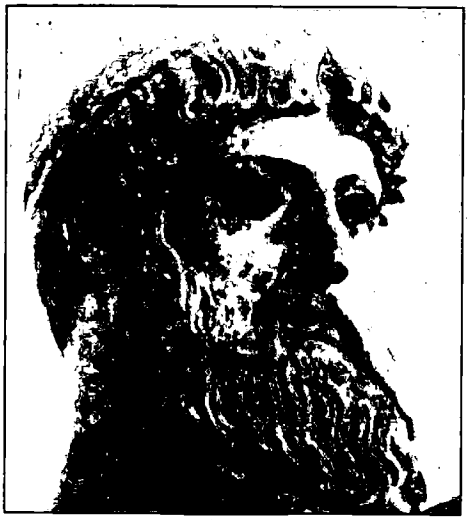
LOS EGIPCIOS VISTOS POR ELLOS MISMOS

No es superfluo interrogar a los principales interesados. ¿Cómo se veían los egipcios a sí mismos? ¿En qué categoría étnica se clasificaban? ¿Cómo se llamaban? La lengua y la literatura legadas por los egipcios de la época faraónica proporcionan respuestas explícitas a esas preguntas que los científicos no pueden pasar sin minimizar, deformar o interpretar.

Los egipcios sólo tenían un término para designarse a sí mismos:  = *hmt* los Negros (literalmente) [43]. Ese es el término más contundente que existe en lengua faraónica para indicar la negrura; por eso, está escrito con un jeroglífico que representa un extremo de palo carbonizado y no escamas de cocodrilos [44]. Esa palabra es el origen etimológico de la famosa raíz *kamit* que ha proliferado en la literatura antropológica moderna. La raíz bíblica *kam* se derivaría de ella. Ha habido, pues, que distorsionar los hechos para que hoy pueda significar «blanco» en la lengua de los científicos mientras que, en la lengua faraónica madre que le dio origen significaba carbón negro.

[42] J. J. Champollion-Figeac, 1839, pás. 26-27.

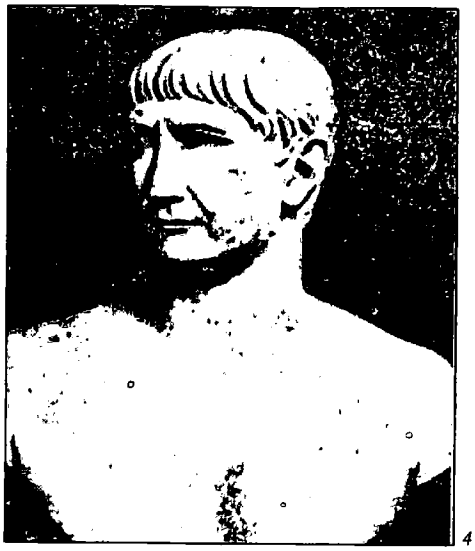
[43] Ese descubrimiento importante ha sido realizado cerca de la costa africana por Sossou Nsougan, quien iba a redactar esta parte del capítulo I. Para el sentido de la palabra, cf. *Wörterbuch der ägyptischen Sprache*, tomo V, Berlín, 1971, págs. 122-127.



1

2

3



4

5

• *1, 2, 3, 4. Diferentes tipos indoeuropeos (Zeus, Ptolomeo, Serapis, Trajano). Comparar con el estilo egipcio (es posible una confusión) (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVII).*

• *5. Ese es el tipo semita; como el tipo indoeuropeo, está totalmente ausente en la clase dirigente de Egipto donde no entró al principio más que como cautivo de guerra lo mismo que el tipo indoeuropeo.*

En la lengua egipcia, se forma un colectivo a partir de un adjetivo o de un sustantivo poniéndolos en femenino singular.

kmt ha sido formado de ese modo, partiendo del adjetivo = *km:* negro; significa, pues, rigurosamente, los negros y por lo menos los oscuros o morenos. El término es un colectivo que designa así al pueblo del Egipto faraónico en tanto que pueblo negro.

En otras palabras, en el plano puramente gramatical, si se quiere designar a los negros en la lengua faraónica, no se puede usar otra palabra que la misma que los egipcios utilizaban para designarse a sí mismos. Más aún: la lengua nos ofrece otro término, = *kmtjw* = los *negros,* los *morenos* (literalmente): *los egipcios por oposición a los demás pueblos extranjeros*[45], que deriva de la misma raíz *km* y que los egipcios utilizaban igualmente para designarse a ellos mismos *en tanto que pueblo y por oposición a los demás pueblos extranjeros*[45]. Esos son los dos únicos adjetivos nacionales que los egipcios empleaban para designarse y los dos significan negro, moreno en la lengua faraónica, los especialistas no los citan casi nunca, o en caso afirmativo, es para traducirlos por eufemismos como «los egipcios», pasando completamente en silencio el sentido etimológico[46]. Ellos prefieren la expresión: = *rmt n kmt* = los hombres del país de los negros, o los hombres del país negro.

En egipcio, las palabras van seguidas en general de un determinativo que precisa su sentido; también, para esta última expresión, los especialistas hacen observar que = *km* negro, y ese color debe aplicarse al determinativo que le sigue y que simboliza al país; por tanto, dicen, se debe traducir la tierra negra (a causa del limo) o el país negro, y no el país de los negros, como nosotros estaríamos inclinados a hacerlo hoy al pensar en el Africa negra y en el Africa blanca. O sea, que si aplicamos precisamente esta regla a = *kmt,* estamos obligados a reconocer que negro se aplica aquí al determinativo, el cual representa a todo el pueblo de Egipto simbolizado por los dos jeroglíficos del hombre y la mujer y los tres trazos colocados bajo ellos y que marcan el plural. Por consiguiente, si se puede suscitar una duda en lo que se refiere a la expresión: = *kmt,* no se puede más que cuando se trata de los adjetivos nacionales *kmt* y *kmtjw,* a menos de razonar según el capricho de cada uno.

Es extraño que a los egipcios antiguos nunca se les ocurriese la idea de aplicar esos calificativos a los nubios y a otras poblaciones de Africa para distinguirse de ellos; como tampoco que un romano, en el apogeo del Imperio, no pudiese emplear un término de color para distinguirse de los germanos de la otra orilla del Danubio, de la misma raza, pero demorados en la edad etnográfica.

En los dos casos, se trataba del mismo universo antropológico; también los términos distintivos empleados eran términos de civilización o de apreciación moral. Para los romanos civilizados, los germanos de la misma raza eran bárbaros.

Los egipcios designaban a los nubios con el término = *Nahas*[47], que es un nombre de pueblo y no reviste significación alguna de color en la lengua egipcia;

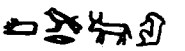
[44] *Wörterbuch, o. c.,* pág. 122.
[45] *Wörterbuch, o. c.,* pág. 128.
[46] R. O. Faulkner, 1964, pág. 286.
[47] Ese es el término que figura en la estela de Sesostris III.

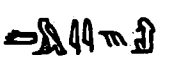
es un contrasentido voluntario traducirlo por negro, como se hace en casi todas las publicaciones actuales.

LOS EPITETOS DIVINOS

En fin, moreno o negro es el epíteto divino que califica invariablemente a los principales dioses bienhechores de Egipto, mientras que los espíritus maléficos tienen por epíteto *dešrêt* = rojo, y nosotros sabemos que, en la mente de los africanos, ese término designa las naciones blancas; es casi cierto que así ocurría en Egipto, pero yo querría extenderme aquí en los hechos menos discutibles.

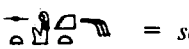
He aquí los sobrenombres:

 = *km-wr:* el gran negro; sobrenombre de Osiris de Atribis[48].

 = *kmj:* el negro, el moreno, título de Osiris[49].

= *kmt:* diosa, la negra[50].

= *km:* negro, aplicado a Hathor, Apis, Min y Thot[50].

 = *set kemet:* la mujer negra, Isis[51].

En cambio, Seth, el desierto estéril, tiene por epíteto *dešrêt* = el rojo[52].

Los animales salvajes a los que Horus ha combatido para crear la civilización son calificados de *dešrêt* = rojo; en particular, el hipopótamo[53]. Asimismo, los seres maléficos influenciados por Thot son:

= *dešretjw:* los rojos, y este término es el opuesto gramatical de *kmtjw* (pág. 60) y está contruido según la misma regla: formación de los nisbés.

TESTIMONIO DE LA BIBLIA

Según la Biblia: «Los hijos de Cam fueron: Kus, Misraim, (es decir, Egipto), Put y Canaán. Los hijos de Kus: Saba, Javilá, Sabtá, Ramá y Sabtecá»[54].

---

[48] *Wörterbuch, o. c.*, pág. 124.
[49] *Wörterbuch, o. c.*, pág. 125.
[50] *Wörterbuch, o. c.*, pág. 123.
[51] Se observará que *set* – *km* = esposa negra en walaf. *Wörterbuch, o. c.*, pág. 492.
[52] *Wörterbuch, o. c.*, pág. 493.
[53] *desrêt* = la sangre en egipcio; *deret* = la sangre en walaf. *Wörterbuch, o. c.*, pág. 494.
[54] Génesis 10, 6-7.

De un modo general, toda tradición semita (judía y árabe) clasifica al antiguo Egipto entre los países de los negros.

La importancia de esas designaciones no puede ser ignorada porque se trata de pueblos que han vivido codo con codo y a veces en simbiosis (los judíos) con los antiguos egipcios y que no tienen interés alguno en presentar a éstos bajo un falso aspecto étnico. La idea de una interpretación errónea tampoco podría ser mantenida ya [55].

DATOS CULTURALES

Entre los innumerables hechos culturales idénticos reseñados en Egipto y en el mundo negro africano actual, no recordaremos más que la circuncisión y el totemismo.

Según el párrafo de Herodoto citado anteriormente, la circuncisión es de origen africano. La arqueología ha dado la razón al padre de la historia, porque Elliot Smith ha podido constatar, por el exámen de los cadáveres bien conservados, que los egipcios eran circuncidados desde la protohistoria [56], es decir, anteriormente al año 4000 antes de la era cristiana.

El totemismo egipcio permaneció pujante hasta la época romana [57]. Plutarco lo menciona igualmente; los estudios de Amelineau [58], Loret, Moret y Adolphe Reinach han demostrado la existencia evidente de un totemismo egipcio en contra de los defensores de la tesis de una zoolatría.

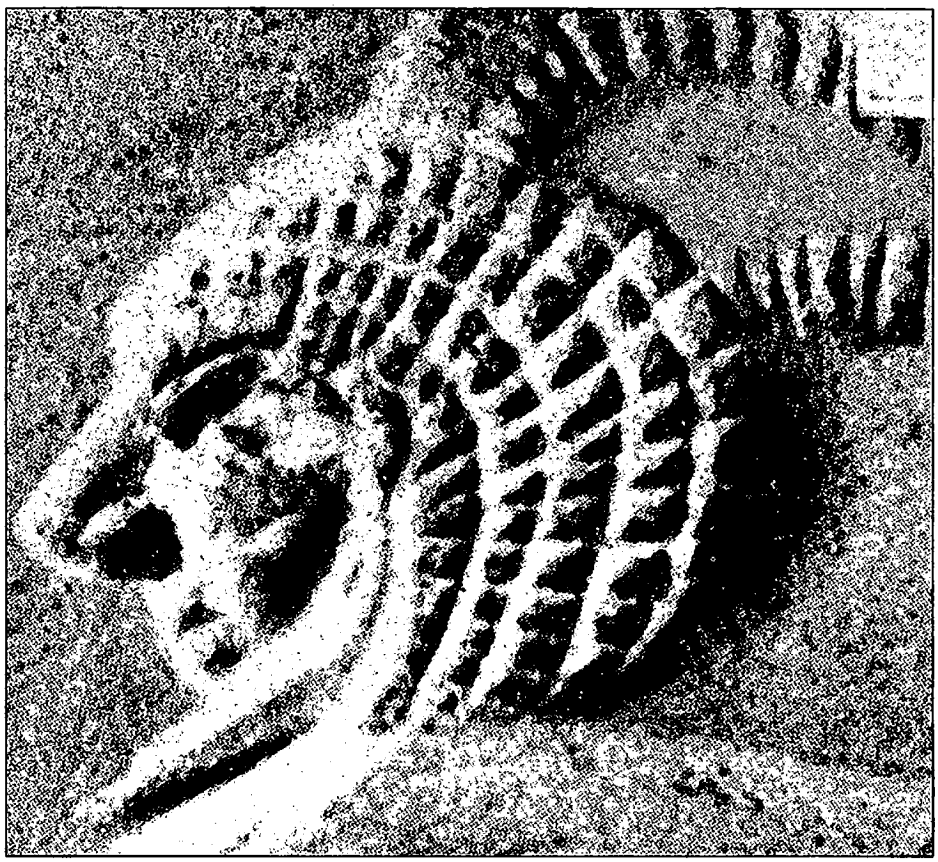
«Si se reduce la noción de totem a la de un fetiche, generalmente animal, que representa a una especie con la cual la tribu se cree emparentada y con la que renueva periódicamente su alianza, fetiche que lleva en la guerra como enseña; y si se acepta esa mínima definición, pero suficiente del totem, se puede decir que en ningún país el totemismo ha tenido destinos tan brillantes como en Egipto; en ninguna parte, sin duda, se podría estudiar mejor» [59].

PARENTESCO LINGÜISTICO

El walaf [60], lengua senegalesa hablada en el extremo Oeste africano, en el océano Atlántico, está quizá tan próxima al egipcio antiguo como el copto. Un estudio exhaustivo dedicado a esa cuestión acaba de publicarse [61]. Sólo presentaremos aquí algunos elementos de naturaleza para demostrar que el parentesco entre el egipcio antiguo y las lenguas africanas no es un hecho hipotético, sino una evidencia que la erudición moderna no tiene la posibilidad de desechar. Veremos que se trata de un parentesco genealógico.

---

55 Cheikh Anta Diop, 1954, págs. 33 y siguientes.
56 E. Massoulard, 1949, pág. 386.
57 Juvenal, Sátira XV, versos 1 al 14.
58 A. Amelineau, *o. c.*
59 A. Reinach, 1913, pág. 17.
60 Frecuentemente con ortografía wolof.
61 Cheikh Anta Diop, 1977 (a).



• *1. Tipo extranjero (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVIII[1]).*

• *2. Estelión de puerta en piedra procedente de Hierakónpolis. I dinastia, Egipto (Fuente: University Museum. Filadelfia).*

• *3. Cautivo libio (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. LVI[2]).*

Verbos

	Egipcio	Copto	Walaf
= *kef*	empuñar, coger, despojar (de algo)[62].	(dialecto saídico) *keh* : domar[63].	*kef* : coger su presa.

Presente	Presente	Presente
kef i	keh ei	kef na
kef ek	keh ek	kef nga
kef et	keh ere	
		kef na
kef ef	keh ef	kef ef }
kef es	keh es	} na
kef n	keh en	kef es }
kef ten	keh etetû	kef nanu
kef sen[64]	keh ey[63]	kef ngen
		kef nañu

Pasado	Pasado	Pasado
kef ni	keh nei	kef (on) nâ
kef (o) nek	keh nek	kef (on) nga
kef (o) net	keh nere	
		kef (on) na
kef (o) nef	keh nef	kef (on) ef }
kef (o) nes	keh nes	kef (on) es } na
kef (o) nen	keh nen	
kef (o) n ten	keh netsten	kef (on) nanu
kef (o) n sen[64]	keh ney[63]	kef (on) ngen
		kef (on) nañu

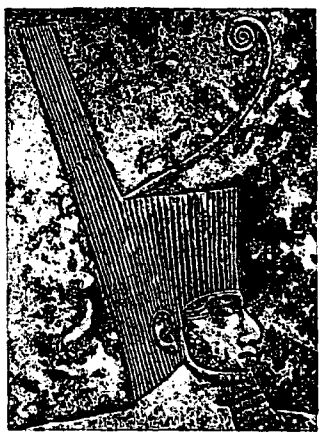
Egipcio	Walaf
= *feḫ*: irse	*feh*: irse precipitadamente

62 Roger Lambert, 1925, pág. 129.
63 Alexis Mallon, 1926, págs. 207-234.
64 Dr. A. de Buck, 1952.

1

• *1. Un faraón de la I dinastía (según J. Pirenne, se trataría de Narmer, el primer faraón de la historia) (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XVI).*

• *2. Djeser, negro típico, faraón de la III dinastía, que inauguró la gran arquitectura en piedra tallada: pirámide de gradas y edificios funerarios de Saqqarah. Con él, todos los elementos tecnológicos de la civilización egipcia se utilizan ya y van a perpetuarse (Fuente: C. A. Diop, 1967, pl. XVII).*



2

Tenemos las siguientes correspondencias entre las formas verbales con la identidad o semejanza de sentidos: todas las formas verbales egipcias, a excepción de dos, están también atestiguadas en walaf.

Egipcio	Walaf
feḫ-ef feḫ-es	feh-ef feh-es
feḫ-n-ef feḫ-n-es	feh-ôn-ef feh-ôn-es
feḫ-w	feh-w
feḫ-wef feḫ-w-es	feh-w-ef feh-w-es
feḫ-w-n-ef feḫ-w-n-es	feh-w-ôn-ef feh-w-ôn-es
feḫ-in-ef feḫ-in-es	feh-il-ef feh-il-es
feḫ-t-ef feḫ-t-es	feh-t-ef feh-t-es
feḫ-tyfy feḫ-tysy	feh-ati-fy feh-at-ef feh-at-es
feḫ-tw-ef feḫ-tw-es	mar-tw-ef mar-tw-es
feḫ-kw(i)	fahi-kw
feḫ-n-tw-ef feḫ-n-tw-es	feh-an-tw-ef feh-an-tw-es
feḫ-y-ef feḫ-y-es	feh-y-ef feh-y-es

Egipcio		Walaf
	= *mer* : amar	*mar* : lamer [65]
mer-ef mer-es		mar-ef mar-es
mer-n-ef mer-n-es		mar-ôn-ef mar-ôn-es
mer-w		mar-w
mer-w-ef mer-w-es		mar-w-ef mar-w-es
mer-w-n-ef mer-w-n-es		mar-w-ôn-ef mar-w-ôn-es
mer-in-ef mer-in-es		mar-il-ef mar-il-es
mer-t-ef mer-t-es		mar-t-ef mar-t-es
mer-tw-ef mer-tw-es		mar-tw-ef mar-tw-es
mer-tyfy mer-tysy		mar-at-ef mar-at-es
		mar-at y-fy mar-aty-sy
mer-kwi		mari-kw
mer-y-ef mer-y-es		mar-y-ef mar-y-es
mer-n-tw-ef mer-n-tw-es		mar-an-tw-ef mar-an-tw-es
		mar-tw-ôn-ef mar-tw-ôn-es

[65] Por extensión: amar intensamente (de donde el verbo *mar-maral)* al modo cómo la hembra lame al pequeño que acaba de parir. Ese sentido no se opone a la idea que puede evocar el determinativo del hombre que se lleva la mano a la boca.

Demostrativos egipcios y walafs

Existen las correspondencias fonéticas siguientes entre los demostrativos egipcios y walafs:

Egipcio	Walaf	Eg	W
= *pw (ipw)*	*bw*	(p	b
		(w	w
= *pwy (ipwy)*	*bwy*	(p	b̄
		(w	w
		(y	y
= *pn (ipn)*	*banē*	(p	b̄
		(n	n
		(p	b̄
	bāle	(n	]66
= *pf (ipf)*	*bafē*	p	b
		f	f
= *pfȝ (ipfȝ)*	*bafa*	p	b̄
		f	f
		3	a
= *pfy*	*bafy*	p	b
		f	f
		y	y
= *pȝ (ipȝ)*	*bâ*	p	b
		3	ā
= *iptw*	*baṯw*	p	b
		t	t
		w	w
= *iptn*	*baṯné, baṯalé*	p	b
		t	t
		n	n
		n	l
= *iptf*	*baṯafé*	p	b̄
		t	t
		f	f

66 Ver más adelante la explicación de esa ley importante.

Esas correspondencias fonéticas no dependen ni de una elemental afinidad, ni de leyes generales de la mente humana, porque son correspondencias regulares de hechos singulares y verifican un sistema entero, el de los demostrativos en las dos lenguas y el de las formas verbales... Al aplicarse leyes parecidas es como se ha podido demostrar la existencia de una familia lingüística indoeuropea.

Se podría ampliar la comparación y constatar que la mayor parte de los fonemas permanecen invariables de una lengua a otra. Los pocos cambios que presentan un gran interés son los siguientes:

La correspondencia n (E)→l (W)

Egipcio		Walaf
n		**l**
	= *nad* : pedir	*lad* = pedir
	= *nah* : proteger	*lah* = proteger
	= *benben* : brotar, surgir	*bel bel* = brotar, surgir
	= *teni* : envejecer	*talé* = importante
	= *tefnut* : la diosa salida de la saliva de Ra	*tefnit* = «escupir» un ser humano *teflit* = escupitajo *tefli* = escupiendo
	= *nebt* : trenzas	*let* = trenzas *nâb* = trenzar provisionalmente los cabellos

La correspondencia h (E)→g (W)

Egipcio		Walaf
h		**g**
	= *henn* : falo	*gen* = falo
	= *hwn* : el adolescente, joven	*gwné* = adolescente *goné*
	= *hor* : Horus	*gor* = vir (latín)
	= *hor gwn* : Horus adolescente	*gor gwné* = hombre joven (m,ă,m)

Sin embargo, es aún prematuro hablar del acompañamiento de vocáles de los fonemas egipcios con precisión. Pero el camino está abierto para el redescubrimiento del vocalismo del egipcio antiguo partiendo de la comparación con las lenguas africanas.

CONCLUSION

La estructura de la realeza africana con la matanza real o simbólica del rey tras un tiempo variable de reinado oscilando alrededor de unos ocho años, corresponde a la ceremonia de renovación del faraón por medio de la fiesta sed.

Así mismo el rito de la circuncisión, el totemismo, las cosmogonías, la arquitectura, los instrumentos de música, etc.[67] del Africa negra pertenecen a Egipto.

La antigüedad egipcia es a la cultura africana lo que la antigüedad greco-latina es a la cultura occidental. La constitución de un cuerpo de ciencias humanas africanas deberá partir de ese hecho.

Se comprende qué delicado es redactar semejante capítulo en una obra como ésta en la que el uso de los eufemismos y de los compromisos es obligatorio. Por eso, más bien que sacrificar la verdad científica, habíamos procurado proponer tres condiciones previas a la redacción de este volúmen, que fueron aceptadas durante la sesión plenaria de 1971[68]. La realización de las dos primeras corresponde a la sesión del coloquio de El Cairo del 28/1 al 3/2/1974[69]; séame permitido recordar algunos párrafos del informe del coloquio. Al tratarse del reparto convencional en partes iguales de la población egipcia entre negros, blancos y mestizos tras una discusión a fondo, el profesor Vercoutter, que fue encargado por la Unesco de redactar el informe de introducción, reconoció que la idea era insostenible:

«El profesor Vercoutter está de acuerdo en renunciar a las estimaciones de porcentajes que no significan nada, al no permitir ningún elemento estadístico fijarlas» (pág. 16, § 3).

Respecto a la cultura egipcia:

«El profesor Vercoutter recuerda que, para él, Egipto es africano en su escritura, en su cultura y en su manera de pensar» (pág. 17, § 5).

«El profesor Leclant le reconoce ese mismo carácter africano [a Egipto] en su temperamento y en su manera de pensar» (pág. 17, § 6).

En el terreno lingüístico el informe constata: «Sobre este punto, a diferencia de los anteriores, el acuerdo entre los participantes se ha revelado tolerante. Los elementos del informe del profesor Diop y el informe del profesor Obenga han sido considerados como muy constructivos» (pág. 28, § 7).

Asimismo el coloquio ha rechazado la tesis según la cual el egipcio faraónico sería una lengua semítica: «Más ampliamente, el profesor Sauneron subraya el interés del método propuesto por el profesor Obenga, después del profesor Diop. El egipcio es una lengua (utilizada) durante al menos 4500 años. Al estar situado Egipto en el

[67] Cheikh Anta Diop, 1967.

[68] Ver informe final del Comité Científico Internacional para la Redacción de una *Historia General de Africa*, Unesco, Paris, 30 de marzo-8 de abril de 1971.

[69] Coloquio sobre el poblamiento del antiguo Egipto y el desciframiento de la escritura meroítica. Cf. *Etudes et Documents*, Histoire géneral de l'Afrique, n.° 1, Unesco, 1978.

punto de convergencia de influencias exteriores, es normal que algunos préstamos hayan sido hechos a lenguas extranjeras; pero se trata de algunos centenares de raíces semíticas con relación a varios millares de palabras. El egipcio no puede ser aislado de su contexto africano y el semítico no da cuenta de su nacimiento; por tanto, es legítimo encontrarle parientes o primos en Africa» (pág. 29, § 4).

El parentesco genético, es decir, no accidental, entre el egipcio y las lenguas africanas está reconocido: «El profesor Sauneron, tras haber observado el interés del método utilizado, ya que el parentesco entre el egipcio antiguo y el wolof de los pronombres-sufijos en la tercera persona del singular no puede ser un accidente, desea que se haga un esfuerzo para reconstruir una lengua paleoafricana partiendo de las lenguas actuales» (pág. 29, § 7).

En la conclusión general del informe, se advierte que:

«La preparación meticulosa de las intervenciones de los profesores Cheikh Anta Diop y Obenga no ha tenido, a pesar de las precisiones contenidas en el documento de trabajo preparatorio de la Unesco, una contrapartida siempre igual. Por ello se ha producido un real desequilibrio en las discusiones» (pág. 30, § 7).

Por consiguiente, es una nueva página de la historiografía africana la que ha sido escrita en El Cairo. El coloquio había recomendado estudios complementarios sobre la noción de raza. Estos son realizados después, pero no aportan nada nuevo al debate histórico. Nos dicen que la genética y la biología molecular no reconocen más que la existencia de las poblaciones, no teniendo ya sentido la noción de raza. Sin embargo, en cuanto se trata de la transmisión de una tara hereditaria, la noción de raza en el sentido más clásico de la palabra adquiera de nuevo un sentido, porque la genética nos enseña que «la anemia falciforme no afecta más que a los negros». La verdad es que todos esos «antropólogos» ya han llevado al fondo de ellos mismos las consecuencias del triunfo de la tesis monogenética de la humanidad sin atreverse a llegar hasta la explicación, porque si la humanidad nació en Africa, ella fue necesariamente negroide antes de blanquearse por mutación y adaptación al final de la última glaciación en Europa, en el Paleolítico superior; y ahora se comprende mejor por qué los negroides grimaldianos ocuparon primero Europa durante diez mil años antes de que apareciese el cromagnón (hacia −2000 BP), prototipo de la raza blanca.

El punto de vista ideológico aparece así a través de estudios aparentemente objetivos.

En el plano de la historia y en el ámbito de las relaciones sociales, es el fenotipo, es decir, el individuo, el pueblo, tal como es percibido, el factor dominante por oposición al genotipo. La genética actual nos autoriza a imaginar un zulú teniendo el mismo genotipo que Vorster; es decir, que la historia que se desarrolla ante nuestros ojos, ¿va a considerar en pie de igualdad a los dos fenotipos, es decir, a los dos individuos, en toda su actividad nacional y social? Ciertamente que no; la oposición seguirá siendo no social, sino étnica.

Este estudio obliga a escribir de nuevo la historia universal en una perspectiva más científica teniendo en cuenta el componente negro-africano que fue durante mucho tiempo preponderante.

Esa perspectiva hace posible, en lo sucesivo, la constitución de un cuerpo de ciencias humanas negro-africanas que se apoye en bases históricas sólidas en lugar de permanecer en el terreno de las hipótesis.

Finalmente, si es cierto que sólo la verdad es revolucionaria, se puede añadir que sólo el acercamiento realizado sobre la base de la verdad es durable; no se sirve a la causa del progreso humano echando un púdico velo sobre los hechos.

El descubrimiento del verdadero pasado de los pueblos africanos debe contribuir no a alejar a unos de otros, sino a unirlos en la plenitud, a cimentarlos de norte a sur del continente haciéndolos aptos para que puedan cumplir juntos una nueva misión histórica para mayor bien de la humanidad, y ese es precisamente el ideal de la Unesco [70].

[70] *Nota del Director de este volumen:* Las opiniones expresadas por el profesor Cheikh Anta Diop en este capítulo son las que él expuso y desarrolló en Coloquio de la Unesco sobre «El poblamiento del antiguo Egipto» que se celebró en El Cairo en 1974. Un resumen de ese coloquio se encontrará al final de ese volumen. La posición presentada en este volumen no ha sido aceptada por todos los expertos que se han interesado por el problema (cf. anteriormente, Introducción). - *Gamal Mokhtar.*

Capítulo 2

EL EGIPTO FARAONICO

A. ABU BAKR

El final de la era glaciar en Europa parece que produjo importantes modificaciones en el clima de los países situados al sur del Mediterráneo. La disminución del volumen de las lluvias llevó a las poblaciones nómadas del Africa sahariana a inmigrar hacia el valle del Nilo para estar seguros de encontrar agua de modo permanente. El primer poblamiento real del valle del Nilo podría haber comenzado al inicio del Neolítico (hacia −7000). Los egipcios adoptaron entonces un modo de vida pastoril y agrícola. Perfeccionando sus herramientas y sus armas de piedra, inventaron igualmente o adoptaron la alfarería, que nos ha sido muy valiosa para reconstruir un cuadro completo de las diferentes culturas de Egipto en el transcurso del Neolítico [1].

PREHISTORIA

Poco antes del período histórico, los egipcios aprendieron a utilizar los metales [2]. Eso les condujo al período llamado Calcolítico (o Cuprolítico). El metal poco a poco suplantó al sílice. El oro y el cobre también hicieron su primera aparición, aunque el bronce no fue utilizado antes del Imperio Medio y según parece, el empleo del hierro no pudo generalizarse antes del último período de la historia faraónica.

Egipto, situado al nordeste de Africa, es un país pequeño con relación al enorme continente del que forma parte. Y, sin embargo, ha dado origen a una de las mayores civilizaciones del mundo. La naturaleza misma ha dividido al país en dos grandes partes diferentes: las estrechas franjas de tierra fértil situadas a lo largo del río, desde Assuán hasta la región de El Cairo actual, que se le llama el «Alto Egipto» y el amplio

---

1 *Cf. Historia General de Africa*, Unesco, vol. I, cap. 25, «Prehistoria del valle del Nilo».

2 Ibid., cap. 28, «Invención y difusión de los metales y desarrollo de los sistemas sociales hasta el siglo v antes de la era cristiana».

triángulo, formando en el transcurso de los milenios por el limo depositado por el Nilo, que corre hacia el norte para meterse en el Mediterráneo, región a la que se llama «Bajo Egipto» o «Delta».

Los primeros ocupantes no tuvieron la vida fácil y allí se desarrollaron enconadas luchas entre diferentes grupos humanos para asegurarse tierras en las orillas del Nilo y en la región relativamente limitada del Delta. Esas poblaciones llegadas del este y del oeste así como del sur pertenecían, sin duda, a varios grupos somáticos. No es nada sorprendente que los obstáculos levantados por la naturaleza, añadidos a la diversidad de los orígenes aislaran en su comienzo a esos diferentes grupos que se establecieron en territorios separados, a lo largo del Valle. En esos grupos se puede ver el origen de los nomos que constituyeron el fundamento de la estructura política de Egipto en el transcurso del período histórico. Sin embargo, el Nilo proporcionaba un medio de comunicación de la lengua y de la cultura que hizo desaparecer finalmente las particularidades individuales.

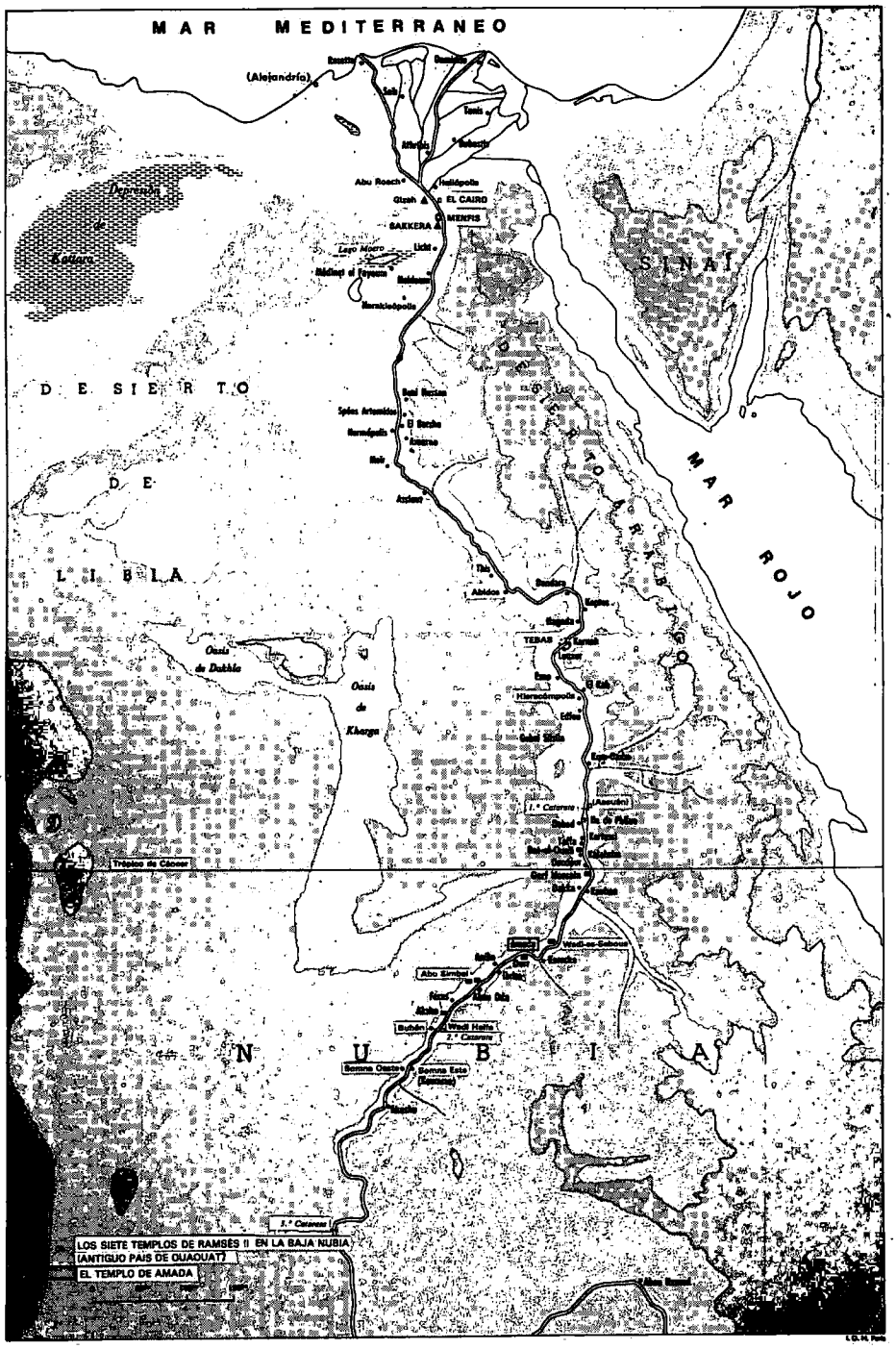
La gran realización de la época histórica fue el control de la tierra (cf. anteriormente, Introducción). Instalados a lo largo de los afloramientos de piedra sobre las mesetas de aluviones, o sobre un terreno más elevado en las orillas del desierto, los primeros egipcios lograron desbrozar el terreno situado inmediatamente alrededor de ellos para cultivarlo, secar las marismas y construir diques para luchar contra las crecidas del Nilo. Poco a poco conocieron las ventajas de los canales para el riego. Ese trabajo necesitaba un esfuerzo organizado a gran escala, que contribuyó al desarrollo de una estructura local en el interior de cada provincia.

Ciertos fragmentos de textos de la literatura primitiva [3] podrían haber conservado el recuerdo del desarrollo de la unidad política de Egipto. En una época remota, los nomos del Delta parece que se habrían organizado en coaliciones. Los nomos occidentales de esa región estaban tradicionalmente unidos por el culto al dios Horus, mientras que los del este del Delta tenían por protector común al dios Andjty, señor de Djadou, que fue más tarde absorbido por Osiris. Los nomos occidentales, se ha sugerido, habrían vencido a los del este y formado al norte de Egipto un reino unido. Así, en todo el Delta se habría extendido el culto a Horus considerado como el mayor de los dioses, culto que se habría propagado progresivamente al Alto Egipto para destronar a Seth, el principal dios de una unión de los pueblos del Alto Egipto [4].

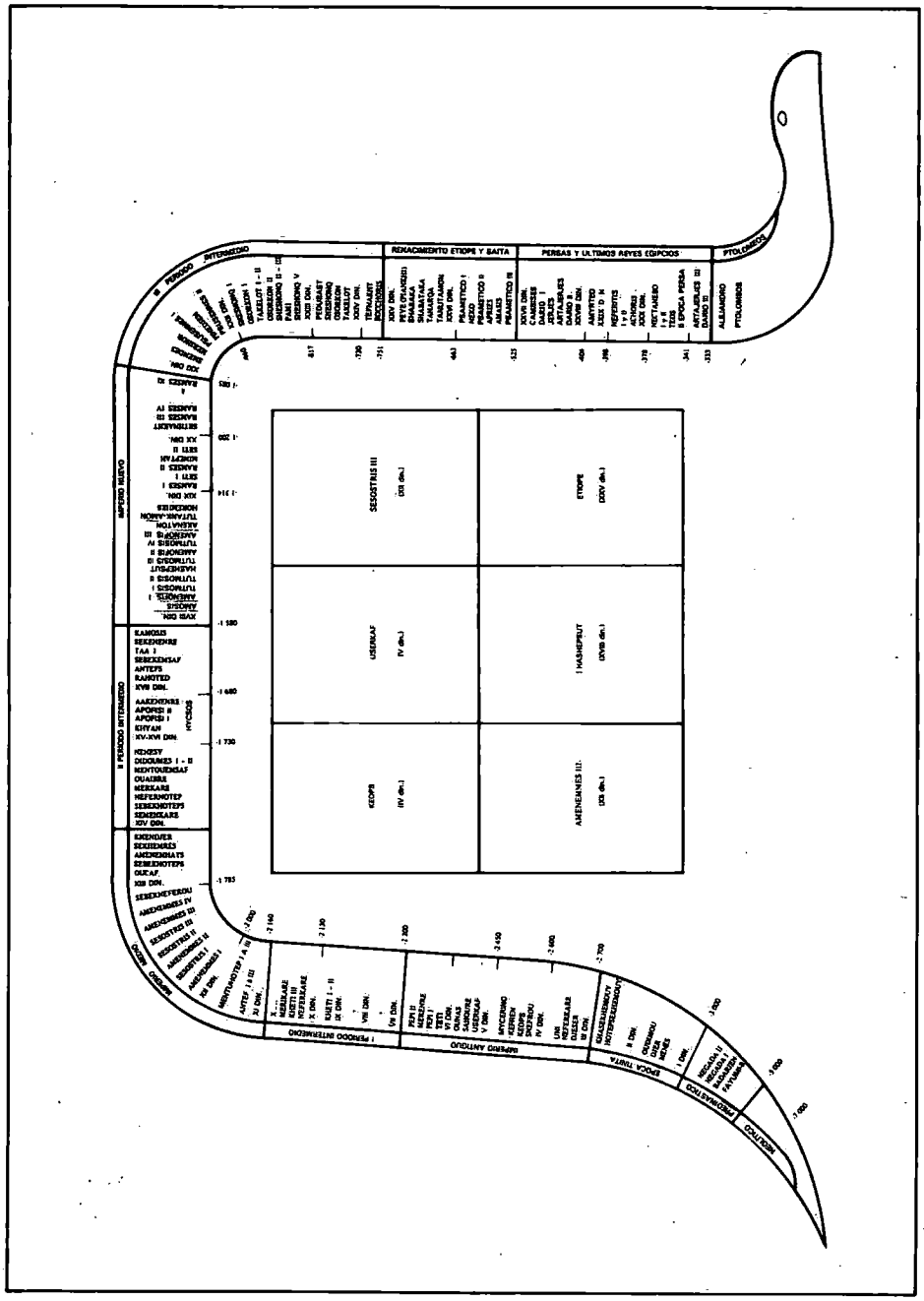
El primer acontecimiento de importancia histórica que conocemos es la unión de esos dos reinos prehistóricos en uno solo; o más bien, el sometimiento del Bajo Egipto por el soberano del Alto Egipto, al que la tradición designa con el nombre de Menes, mientras que las fuentes arqueológicas le llamaron Narmer. El inaugura la primera de las treinta «dinastías» o familias reinantes entre las cuales el historiador egipcio Manetón (−280) distribuye el largo linaje de los soberanos hasta la época de Alejandro Magno. La familia de Menes residía en el Alto Egipto, en Tinis, que era la ciudad principal de la provincia que englobaba la ciudad sagrada de Abidos. Cerca de Abidos es donde se encuentra el templo del dios Osiris, donde Petrie descubrio las gigantescas tumbas de los reyes de las dos primeras dinastías. Sin duda alguna, es el reino del Sur el que impuso su dominación en todo el país y poco después de su

[3] Sobre los «Textos de las Pirámides», cf. la última tradución inglesa de R. O. Faulkner, Oxford, 1969.

[4] La referencia básica de esa teoría hoy controvertida es K. Sethe, Leipzig, 1930. *(Abshanlungen für die Kunde des Morgensland,* XVIII, 4) (J. V.).



• *El Nilo de la III Catarata al Mediterráneo (Fuente: Centre d'études et de documentation sur l'Ancienne Egypte [C.E.D.A.E.], Amada-Cuaderno 1, pl. 1).*



• *Cronología de la historia egipcia, diagrama realizado por J. Vercoutter.*

primera victoria Narmer instaló su capital en Menfis, cerca de la línea de demarcación de los dos territorios [5].

Sólo de manera bastante vaga conocemos a los reyes de las dos primeras dinastías (el período arcaico) (cf. cap. 1); y no nos es posible conocer mucho más sobre los acontecimientos de cada uno de sus reinados. Sin embargo, está fuera de duda que ese período estuvo marcado por una ardua tarea de consolidación. En el transcurso de los 300 años que siguieron a la I dinastía, la cultura del final del período predinástico permaneció pujante, pero parece que durante las III y IV dinastías la unidad política se reforzó y el nuevo Estado tenía bastante estabilidad para expresarse de una manera específicamente egipcia. Eso se realizó gracias a la creación de un nuevo dogma según el cual el rey era considerado como diferente de los hombres, en realidad, cómo un dios que reinaba sobre los humanos. El dogma de la divinidad del faraón [6], difícil de delimitar, fue un concepto formado en el transcurso de las primeras dinastías para consolidar una autoridad única sobre los dos territorios. A partir de la III dinastía, se podría admitir que un dios es la cabeza del Estado, y no un egipcio del norte o del sur.

Según la teoría de la realeza, el faraón encarnaba el Estado y era responsable de todas las actividades del país (cf. cap. 3). Además él era el gran sacerdote de cada uno de los dioses, y todos los días, en todos los templos, estaba al servicio de aquéllos. En la práctica, le resultaba imposible realizar todo lo que le correspondía hacer. Necesitaba delegados para cumplir sus tareas al servicio de los dioses, ministros de Estado, representantes oficiales en las provincias, generales en el ejército y sacerdotes en los templos. En realidad, su poder teórico era absoluto; pero en la práctica no era libre de actuar según su voluntad. Después de todo, él encarnaba creencias y prácticas sólidamente establecidas desde hacía tiempo, y que, en el transcurso de los años, se habían desarrollado progresivamente. La vida privada de los reyes estaba en la práctica tan codificada, que ni siquiera podían pasearse a pie o tomar un baño sin someterse a un ceremonial establecido para ellos y regido por unos ritos y obligaciones.

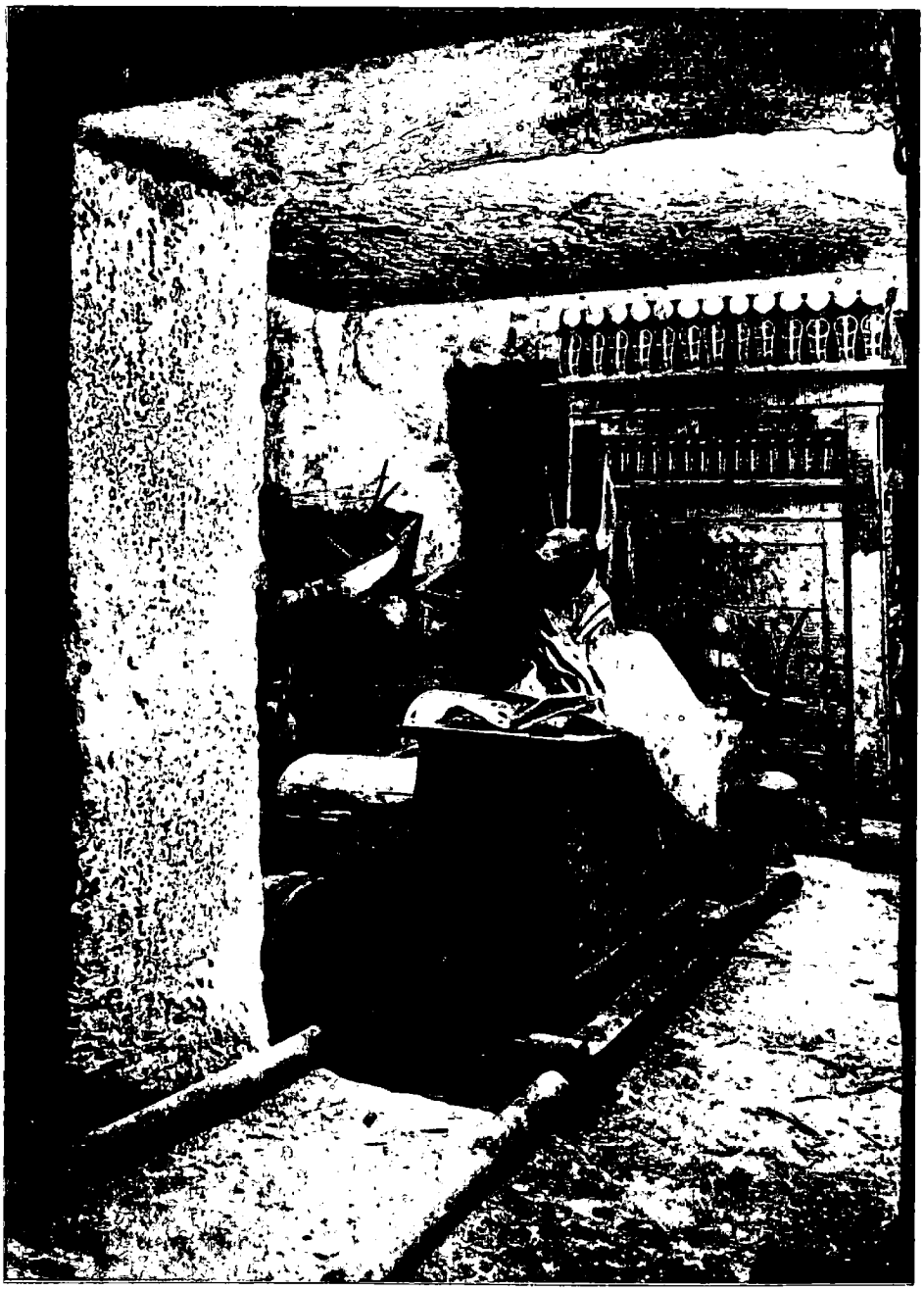
Sin embargo, bajo sus coronas ricamente adornadas, los faraones tenían ciertamente un corazón y un espíritu humanos; eran sensibles al amor y al odio, a la ambición y a la desconfianza, a lo cólera y al deseo. El arte y la literatura han establecido un tipo ideal al que hay que referirse para describir un dios rey de Egipto estereotipado desde el comienzo hasta el final de la historia, y es sorprendente que, no obstante, no se llegue a conocer reyes considerados en particular como unos seres dotados de una personalidad distinta.

Todos sabemos el gran interés que las naciones de la Antigüedad sentían por las creencias egipcias, y cómo, aquellos que habían perdido su fe en las creencias de sus antepasados, se volvían hacia los «sabios» de Egipto. Cierta veneración por la «sabiduría» de Egipto perduró incluso después de la desaparición de las religiones no monoteístas.

Como otros pueblos contemporáneos, los egipcios del Neolítico veían dioses en la naturaleza que les rodeaba; estaban persuadidos de que la tierra y el cielo estaban llenos de espíritus innumerables. Esos espíritus, según creían, establecían su mansión

[5] Cf. W. C. Hayes, Chicago, 1965. J. de Cenival, París, 1973.

[6] Sobre el concepto mismo de la divinidad de faraón, consultar G. Posener, París, 1960.



• *Tesoro de Tut-Ankh-Ammon: Anubis en la entrada del tesoro (Fuente: The Connoisseur et M. Joseph,* Life and death of a pharaoh: Tutankhamunn. *Fot. Griffih Institute, Ashmolean Museum, Oxford).*

terrestre en las plantas o en los animales, o en cualquier objeto notable por su tamaño o por su forma. Más tarde, sin embargo, ya no consideraron a los animales o a los objetos como dioses, porque progresivamente, pensaron, más bien, que se trataba de la manifestación visible o de la mansión de una fuerza divina abstracta. El animal o el objeto elegido como la manifestación tangible de un dios podía ser bien una criatura útil y amiga, como la vaca, el carnero, el perro o el gato, bien un animal salvaje terrorífico, como el hipopótamo, el cocodrilo o la cobra. En cada uno de esos casos, los egipcios rendían homenaje y ofrecían sacrificios a un solo y único representante de la especie sobre la tierra. Veneraban a la vaca, y sin embargo, mataban las vacas para procurarse alimento; adoraban también al cocodrilo y, sin embargo, mataban a los cocodrilos para defenderse.

Así eran los dioses locales y cada uno, en su propio dominio, era el dios supremo y el señor indiscutible del territorio, con una excepción: la del dios local de una ciudad en la que un jefe de grupo tomaba el poder. Si llegaba a subir al trono y lograba consolidar la unidad de los reinos del sur y del norte, ese dios local ascendía de categoría y se convertía en el dios oficial de todo el país.

Además, los primeros egipcios veían fuerzas divinas en el sol, la luna, las estrellas y las crecidas del Nilo. Debieron temer sus manifestaciones visibles y experimentar la influencia que tenían sobre ellos, porque los veneraban y hacían de ellos poderosos dioses: Ra el sol, Nut el cielo, Nun el océano, Chu el aire, Geb la tierra y Hapi la inundación [7].

Esas divinizaciones estaban representadas en forma humana o animal, y su culto no estaba limitado a una localidad en particular. Las diosas jugaban también un papel decisivo en la región y gozaban de una veneración ampliamente extendida. Su número, no obstante, no sobrepasó probablemente las doce, aunque algunas de ellas, como Hator, Isis, Neith y Bastet desempeñaron un papel importante en todo el país. Hator estaba generalmente asociada a Horus, Isis a Osiris, Neith era la diosa protectora de la capital prehistórica del Delta, y Bastet (la diosa-gata) gozaba de una gran popularidad después de la II dinastía en el nomo dieciocho del Bajo Egipto.

En ningún otro pueblo, antiguo o moderno, la idea de una vida más allá de la tumba desempeñó un papel tan importante e influyó tanto la vida de los creyentes como entre los antiguos egipcios [8]. La creencia en el más allá, sin duda, estuvo a la vez favorecida e influenciada por los factores geográficos propios de Egipto donde el resecamiento por el sol y el calor del clima aseguraban una importante conservación de los cuerpos después de la muerte, lo que debió aumentar fuertemente la convicción de que la vida continuaba más allá de la muerte.

En el curso de la historia, los egipcios llegaron a creer que el cuerpo encerraba diferentes elementos inmortales, a saber: el *ba* representado por un pájaro con cabeza de hombre, con idénticos rasgos a los del difunto y que tenía brazos humanos. Ese *ba* tomaba vida después de la muerte del ser humano y las oraciones recitadas por el sacerdote que presidía la ceremonia fúnebre, así como el alimento que él ofrecía, contribuían a asegurar la transformación del muerto en un *ba* o alma. El segundo elemento era conocido con el nombre de *ka;* era un espíritu protector que tomaba

[7] Exposición sistemática y detallada de las creencias egipcias en H. Kees, Leipzig, 1941.

[8] La obra básica y profunda sobre las creencias funerarias de los egipcios es H. Kees, Leipzig, 1926; Berlín, 1956.

vida cuando nacía una persona. Cuando el dios Knoum, el dios-carnero de Assuán, creador de los seres humanos, los hacía partiendo del limo, creaba dos modelos para cada individuo, uno para su cuerpo, y otro para su *ka*. El *ka* era la imagen exacta del hombre y permanecía con él a lo largo de toda su vida, pero pasaba antes que él al más allá. Para servir al *ka* es para lo que los egipcios adornaban abundantemente sus tumbas con lo que nosotros llamamos «mobiliario funerario» (un conjunto completo de todo lo que propietario poseía en su casa terrenal). Aunque se creyó que el *ka* permanecía generalmente en el interior de la tumba, podía también salir al exterior. Así, la necrópolis era la ciudad de los *kas*, como la ciudad era el lugar de residencia de los vivos. El elemento importante era el *ib*, el corazón, considerado como el centro de las emociones y la conciencia del individuo. Era el guía de sus actos durante el tiempo que pasaba en la tierra. El cuarto elemento era el *akh* que los egipcios consideraban como un poder sobrenatural o divino al que el hombre sólo llegaba después de su muerte. Creían que las estrellas que brillaban en el cielo eran *akhs* de los difuntos. En fin, estaba el cuerpo mismo, el *khat* o concha envolvente perecedera pero que podía ser embalsamada a fin de estar en condiciones de compartir con el *ka* y el *ba* la vida eterna del más allá.

Además de sus ideas sobre la vida futura en la tumba y en la necrópolis, los egipcios elaboraron poco a poco otras concepciones que se referían al más allá y al destino que esperaba a su *ba*. Dos de ellas, las teorías solares y osirianas, se extendieron ampliamente. Primero se creyó que el faraón muerto, siendo él mismo de esencia divina, residía con los dioses, y se le identificaba totalmente con el dios Sol (Horus o Ra) y con Osiris. No obstante, con el tiempo, ese concepto fue adoptado por nobles influyentes en el Medio Imperio, y más tarde por todos los egipcios sin consideración de rango social.

Esto se deduce de los textos mortuorios, cuyas versiones más antiguas que han sido conservadas son las que se llaman los «Textos de las Pirámides», inscritos en jeroglíficos sobre los muros de las salas mortuorias de la pirámide del rey Unas, último faraón del V dinastía. Cuando los jefes de grupos locales, así como los reyezuelos del Primer Período Intermedio, y más tarde los nobles del Imperio Medio, se apropiaron de los «Textos de las Pirámides», un buen número de fórmulas mágicas y de ritos fueron eliminados, modificados o recompuestos para adaptarlos a la masa de los individuos. Esos textos, generalmente conocidos con el nombre de «Textos de los Sarcófagos» [9] estaban en su mayor parte inscritos en escritura jeroglífica cursiva en el interior de los ataúdes rectangulares típicos del Imperio Medio, los títulos con tinta roja, y el resto del texto con tinta negra. En el Imperio Nuevo la mayor parte de las fórmulas de los «Textos de los Sarcófagos» así como un gran número de estrofas nuevas son llamadas «El Libro de los Muertos» [10]; pero esa denominación es un poco engañosa. En realidad, ningún «libro» de ese tipo ha existido nunca; la selección de capítulos transcritos en cada papiro varía según las dimensiones del rollo, el gusto del comprador y los sentimientos del sacerdote que los transcribía. Cuarenta o cincuenta capítulos representaban la extensión media para un «Libro de los Muertos». A ese

[9] Para los «Textos de los sarcófagos», la edición básica del texto solo es de A. de Buck, Chicago, 1935-1961. Traducción inglesa de los textos en R. O. Faulkner, Oxford, 1973-1976.

[10] En francés, traducción en P. Barguet, París, 1967. El Oriental Institute of Chicago ha publicado por su parte, en traducción inglesa anotada, un «Libro de los muertos» completo; cf. Th. G. Allen, Chicago, 1960.

libro llegó a añadirse determinado número de otros «Libros» funerarios escritos sobre papiros o inscritos sobre los muros de las tumbas; los sacerdotes del Imperio Nuevo los compusieron y los popularizaron. Esos libros comprendían generalmente lo que se conoce con el nombre de «Libro de Aquel que está en los Infiernos» (Imj-Douat) y el «Libro de las Puertas Grandes», guía mágica que describía el viaje del sol por las regiones subterráneas durante las doce horas de la noche.

EL IMPERIO ANTIGUO [11]

(2900-2280 antes de la era cristiana)

III DINASTIA

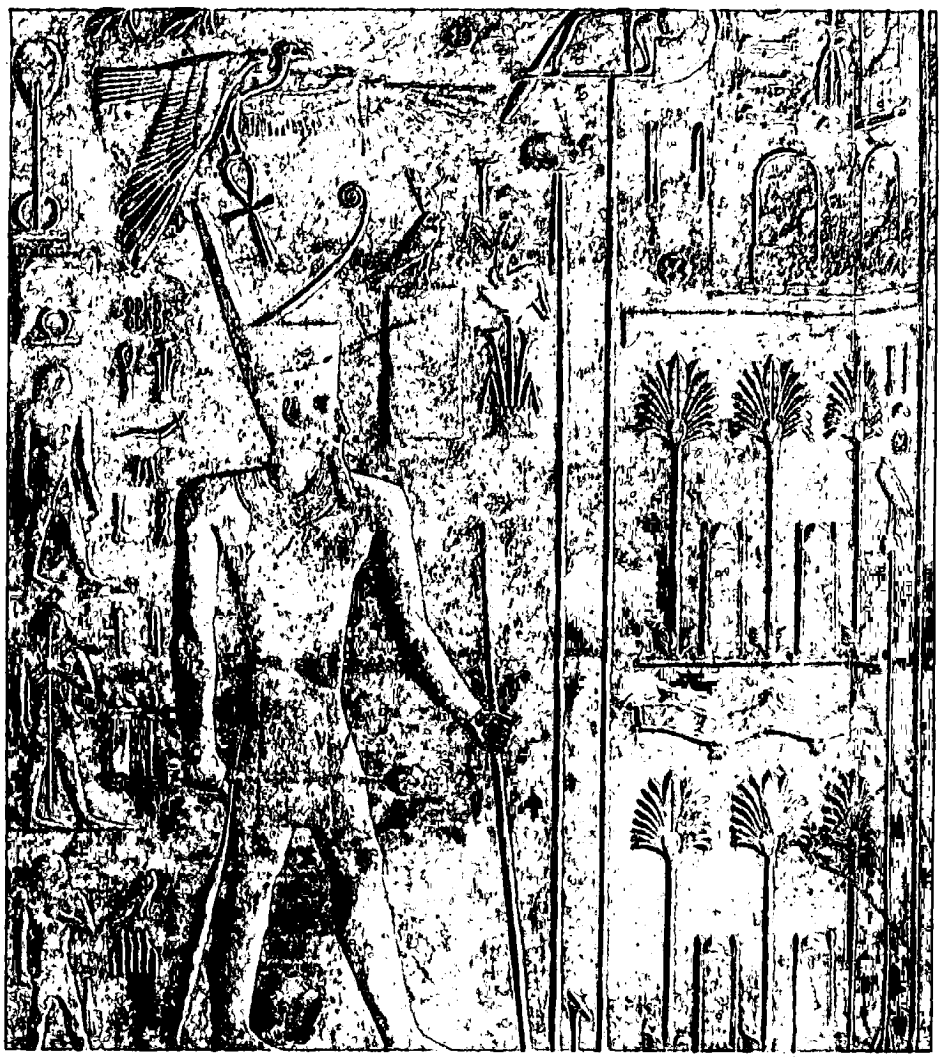
Ya se ha apuntado que los reyes de las dos primeras dinastías (período arcaico) parece que se preocuparon de conquistas y de la consolidación de éstas. Creemos que el nuevo dogma de la realeza divina apareció en realidad con la III dinastía y que solamente en ese momento es cuando Egipto llegó a ser una nación unificada. La dinastía fue fundada por el rey Djeser quien, con toda evidencia, fue un soberano vigoroso y competente. Sin embargo, su nombre ha sido considerablemente sobrepasado por el de Imhotep, arquitecto, médico, sacerdote, mago, escritor y compositor de refranes, célebre ya en su tiempo, y cuyo renombre ha llegado hasta nosotros. Veintitrés siglos después llegó a ser el dios de la medicina, en el que los griegos (que le llamaban Imuthes) reconocían a su propio «Asclepios». Su realización más importante como arquitecto fue la «pirámide de gradas» y el vasto complejo funerario que él construyó para su faraón en Saqqarah sobre una superficie de quince hectáreas en un rectángulo de 544 metros por 277. Comenzó su construcción con un muro de tapia semejante al de una fortaleza e introdujo una innovación importante sustituyendo el ladrillo por la piedra.

Los demás reyes de la III dinastía fueron tan poco destacados como los de las dos primeras, aunque la inmensa pirámide de gradas, que quedó inacabada, del rey Sekhemkhet (que fue quizá el hijo y sucesor de Djeser) en Saqqarah, así como la enorme excavación de una tumba no acabada en Zawijet-el-Aryan, en el desierto al sur de Gizeh, indican suficientemente que el complejo piramidal de Djeser no fue el único. El rey Huni, último de la III dinastía, es el predecesor inmediato de Snefru, fundador de la IV dinastía. Es el propietario de una pirámide en Meidu, a unos setenta kilómetros al sur de El Cairo. Ese monumento, que en principio se presentaba en forma de una serie de escalones, experimenta varias ampliaciones y transformaciones antes de convertirse en una auténtica pirámide cuando fue terminada (quizá por Snefru).

IV DINASTIA

La IV dinastía, una de las cimas de la historia de Egipto, comienza con el largo reinado de Snefru cuyos anales, tal como han sido conservados en parte sobre la

[11] En inglés, cf. W. S. Smith, Cambridge, 1971 (3.ª ed.); en francés, J. Vandier, «L'Ancien Empire» y «La fin de l'Ancien Empire et la Première Période Intermédiaire», *in* E. Drioton y J. Vandier, París, 1962, páginas 205, 238, 239-242.



• *Kefrén (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, Fig. 33, P. 116).*

Piedra de Palermo [12], nos narran las campañas militares victoriosas contra los nubios del sur y contra las tribus libias al oeste, el mantenimiento del comercio (en particular el de la madera) con la costa siria, y las vastas empresas de construcción realizadas año tras año, que comprenden la edificación de templos, de fortalezas y de palacios en todo Egipto. Snefru reinó veinticuatro años; probablemente pertenecía a una de las ramas menores de la familia real. Para legitimar su situación, se casó con Hetep-Heres [13], la hija mayor de Huni, infundiendo así sangre real a la nueva dinastía. Mandó construir dos pirámides en Dashour, la del sur de forma romboidal y la del norte realmente piramidal y de una forma que recuerda un poco la de la gran pirámide de Khoufou, en Gizeh.

Los sucesores de Snefru, Khoufou (Keops), Kafrê (Kefrén) y Menkaouré (Micerino), son conocidos sobre todo gracias a las tres grandes pirámides que mandaron construir sobre el alto promontorio de Gizeh, a diez kilómetros de El Cairo actual. La pirámide de Keops posee la particularidad de ser la mayor construcción de una sola pieza realizada por el hombre [14] y, por la perfección del trabajo, la precisión del plano y la belleza de las proporciones, sigue siendo la primera de las Siete Maravillas del mundo. Las pirámides del hijo y del nieto de Keops, aunque más pequeñas, son semejantes a su vez por la construcción y por la disposición de sus edificios secundarios.

Ha habido varias interrupciones en la sucesión real de la IV dinastía, debidas a las luchas de sucesión entre los hijos de las diferentes esposas de Keops. Su hijo Didufri gobernó Egipto durante ocho años antes de Kefrén, y otro hijo se apoderó del trono durante un corto período antes de finalizar el reinado de Kefrén. Puede ser que un tercero sucediese al último y verdadero rey de la dinastía, Shepseskaf.

V DINASTIA

Esta dinastía muestra el poder grandioso del clero de Heliópolis. Una leyenda del Papiro Westcar [15] refiere que los tres primeros reyes de la V dinastía fueron los descendientes del dios Ra y de una mujer, Radjedet, esposa de un sacerdote de Heliópolis. Esos tres hermanos eran Userkaf, Sahuré y Neferirkarê. Sahuré es conocido sobre todo por los magníficos bajorrelieves que decoraban su templo funerario en Abusir, al norte de Saqqarah. Es un hecho bien conocido que, aunque las

12 Cf. anteriormente, Introducción.

13 La tumba de la reina Hétep-Héres ha sido descubierto en Gizeh. Y ha proporcionado un mobiliario de excelente calidad que muestra la habilidad de los artesanos egipcios en el Imperio Antiguo. Cf. G. A. Reisner, Cambridge, Mass., 1955.

14 Sabemos que la pirámide propiamente dicha, símbolo solar, contiene o remata el panteón funerario donde reposaba la momia real; esa pirámide no es más que un elemento del complejo que constituye la sepultura real completa. Esta comprende, además de la pirámide, un templo bajo, en la llanura o explanada, llamado frecuentemente «templo del Valle» y una avenida abierta, o «empedrada», que sube de ese templo al conjunto «alto del complejo», «en la explanada desértica», que comprende la pirámide propiamente dicha y el templo funerario, pegado a la fachada del este, y todo está rodeado por un cerco. Cf. I. E. S. Edwards, Londres, 1947, edición revisada, 1961.

15 Texto redactado durante el Imperio Medio, cf. G. Lefebre, París, 1949, pág. 79. La narración del Papiro Westcar está novelada. Los primeros reyes de la V dinastía descienden de los reyes de la IV dinastía. Cf. L. Borchardt, 1938, págs. 209-215. Sin embargo, parece cierto que el clero de Heliópolis desempeña un papel importante durante el paso de la IV a la V dinastía.

pirámides reales de la V dinastía fueron mucho más pequeñas que las grandiosas tumbas de la IV dinastía y de peor construcción, los templos funerarios anejos a las pirámides eran obras refinadas, abundantemente decorados con bajorrelieves pintados, algunos de los cuales tenían un carácter semihistórico. Cerca de las pirámides, la mayor parte de los reyes de esa dinastía mandaron construir grandes templos dedicados al dios Sol; cada uno estaba dominado por un gigantesco obelisco solar.

Además de la frecuente construcción de templos y de su dotación, como sabemos por la llamada Piedra de Palermo (cf. Introducción), cuya lista nos ofrece, los faraones de la V dinastía dedicaron su actividad a preservar las fronteras de Egipto y a desarrollar las relaciones comerciales que existían ya con los países vecinos. Expediciones punitivas dirigidas contra los libios del desierto occidental, los beduinos del Sinaí y las poblaciones semíticas del sur de Palestina fueron relatadas sobre los muros de sus templos funerarios. Grandes navíos, capaces de hacer frente al mar, exploraron las costas de Palestina durante los reinados de Sahuré y de Isesi. Navíos egipcios alcanzaron las orillas del país de Punt, junto a la costa de los somalíes, para procurarse productos de gran valor (mirra, ébano), animales, etc. El comercio de la madera de cedro con Siria continuó siendo próspero y el antiquísimo puerto de Biblos, en la costa, al pie de las pendientes arboladas del Líbano, vio, cada vez con más frecuencia, la flota egipcia cargada de madera de construcción. Sabemos que las relaciones comerciales con Biblos existieron desde las primeras dinastías (cf. cap. 8). Un templo egipcio fue construido allí durante la IV dinastía y objetos que llevan el nombre de varios faraones del Imperio Antiguo han sido descubiertos en la ciudad y en los alrededores del viejo puerto.

VI DINASTIA

Nada prueba que ocurrieran revueltas políticas en el país durante el paso de la V a la VI dinastía. Con el largo reinado dinámico de Pepi I (el tercer rey), la dinastía manifestó sus méritos. Por vez primera, un rey egipcio renunció a la táctica militar puramente defensiva para penetrar, con el grueso de sus ejércitos, en el corazón del país enemigo. Bajo el empuje del gran ejército conducido por Uni, general egipcio, los enemigos fueron rechazados de sus dominios hasta el monte Carmelo, al norte, y cogidos en la trampa, en la última de las cinco campañas, por tropas desembarcadas de naves egipcias en un punto alejado de la costa norte de Palestina.

Es posible, si hemos de creer algunas indicaciones, que Pepi I nombrara a su hijo Merenre como corregente, porque parece ser que él no reinó sólo más que cinco años, a lo sumo. Durante ese tiempo, sin embargo, trabajó mucho por desarrollar y consolidar el dominio egipcio en Nubia, y poco antes de su muerte, estuvo personalmente en la 1.ª Catarata para recibir el homenaje de jefes de provincias nubias.

A la muerte de su hermano Merenre, Pepi II, que tenía seis años, subió al trono y dirigió el país durante noventa y cuatro años; murió en el transcurso de su año cien, tras uno de los reinados más largos de la historia. Durante la minoría del rey, el poder estuvo en manos de su madre y de su hermano. El segundo año del reinado de Pepi II estuvo marcado por el retorno a Egipto de Herkhuf, nomarca de Elefantina que había viajado a Nubia y había llegado hasta la provincia de Yam; llevaba un rico cargamento de tesoros y un pigmeo danzante como regalo para el rey. Lleno de entusiasmo, el

rey de ocho años de edad, dirigió una carta de agradecimiento a Herkhuf, suplicándole que tomase todas las precauciones posibles para que el pigmeo llegase a Menfis en buen estado[16].

El larguísimo reinado de Pepi II acabó con confusión política, cuyo origen remonta al comienzo de la VI dinastía, en el momento en que el poder creciente de los monarcas del Alto Egipto les permitió construir sus tumbas en su propia provincia y no cerca de la del rey en la necrópolis. La descentralización progresó rápidamente. A medida que el rey perdía el control de las provincias, los poderosos gobernantes provinciales veían que su poder crecía cada vez más. La ausencia de monumentos cerca de los de Pepi II es la mejor señal del empobrecimiento total de la casa real. Como la desintegración ganaba rápidamente terreno, ese empobrecimiento alcanzó a todas las clases de la sociedad. La caída fue precipitada por las fuerzas de desintegración, ya muy fuertes, para que ningún faraón pudiese resistir, o por el reinado larguísimo de Pepi II, que no supo defenderse, o no sabía exactamente la situación. Lo que está claro es que el Imperio Antiguo terminó casi con la muerte de Pepi II, y que entonces comenzó un período de anarquía llamado «el Primer Período Intermedio».

EL PRIMER PERIODO INTERMEDIO

A la muerte de Pepi II, Egipto se desintegró en una explosión de desorden. Un período de anarquía, de caos social y de guerra civil se inició entonces. A lo largo de todo el valle del Nilo, príncipes desconocidos se combatían en medio de tal confusión que Manetón anotó en su *Historia de Egipto* que la VII dinastía comprende setenta reyes que reinaron setenta días. Esto representa, sin duda, un régimen de excepción instalado en Menfis para reemplazar temporalmente la realeza desaparecida con el derrumbamiento de la VI dinastía[17].

Se conocen pocas cosas sobre la VIII dinastía y aunque el número de reyes ha llegado hasta nosotros, el orden cronológico de sus reinados es controvertido. Poco después, no obstante, una nueva casa real logra instalarse en Heracleópolis (en el Medio Egipto) y hubo algunos intentos para mantener la cultura menfita. Los reyes de la IX y X dinastías tuvieron evidentemente bajo su control al Delta, que había sido presa de nómadas ladrones que vivían en el desierto. El Alto Egipto, sin embargo, se había fraccionado entre sus antiguas unidades iniciales, estando cada uno de sus nomos bajo el control de su gobernador local. Luego, la historia de Egipto está marcada por el crecimiento de un imperio tebano que, durante la XI dinastía, iba a extenderse sobre el Alto Egipto, primero, y poco tiempo después, sobre todo Egipto.

El sabio Ipu-Ur es el que mejor describió la situación de Egipto tras el derrumbamiento del Imperio Antiguo, que había sido el instigador de las más importantes realizaciones materiales e intelectuales del país y que había permitido a los mayores talentos individuales darles curso libre. Sus escritos que se remontan, parece, al

[16] Herkhuf, monarca, manda grabar el texto mismo de la carta real en las paredes de su tumba en Assuán. Traducción del texto por J. H. Breasted, Chicago, 1906, págs. 159-161. El aspecto antropológico del problema del «Enano danzante de Dios» ha sido estudiado por R. A. Dawson, 1938, págs. 185-189.

[17] El primer Período Intermedio (en abreviatura P. Pe. I) plantea aún numerosos problemas. Se encontrará estudios generales en J. Spiegel, 1950, y H. Stock, Roma, 1949. Excelentes resúmenes de los problemas, en J. Vandier, *in* E. Drioton y J. Vandier, *o. c.*, 1962, págs. 235-237 y 643-645.

Primer Período Intermedio [18] han sido conservados en un papiro del Imperio Nuevo que se encuentra actualmente en el museo de Leyde. Algunas citas sacadas de su obra permitirían mostrar la revolución social en el transcurso de la primera parte del Primer Período Intermedio, y la ausencia de toda autoridad centralizada:

«Todo es una ruina. Un hombre golpea a su hermano, (el hijo) de su madre; la peste hace estragos en el país. La sangre corre por todas partes. Algunos individuos sin fe y sin ley no han dudado en saquear las tierras reales. Una tribu extranjera ha invadido Egipto. Los nómadas de los desiertos se han convertido en egipcios. Elefantina y Tinis dominan el Alto Egipto, sin pagar las contribuciones, debido a la guerra civil [...]. Los ladrones merodean por todas partes [...]. Los pórticos, las columnatas y los muros son consumidos por el fuego [...]. Los hombres no navegan ya hacia [Biblos] al norte. ¿Qué vamos a hacer nosotros para conseguir cedros? El oro falta. Por todas partes ha desaparecido el trigo [...]. Las sentencias de la corte de justicia son desdeñadas [...]. El que nunca ha tenido nada es ahora un hombre próspero. Los pobres del país se han hecho ricos, y el que antes poseía ahora no tiene nada [...]» [19].

Sin embargo, de la tempestad surgieron algunos valores positivos: una insistencia nueva y esperanzadora sobre el individualismo, por ejemplo, y la igualdad social y la dignidad del hombre, cualquiera que sea su clase social. Así, en el seno mismo del caos, los egipcios elaboraron un conjunto de valores morales que exaltaban al individuo. Eso destaca claramente en el papiro conocido con el nombre de *lamentaciones de un campesino elocuente* [20] que data de la X dinastía. Es la historia de un pobre campesino que, habiendo sido despojado de sus bienes por un rico propietario granjero reclama sus derechos:

«No despojes de sus bienes a un pobre hombre, a un débil, tú lo sabes. Lo que él posee es el (hálito mismo) de un hombre que sufre, y el que se adueña de lo que él tiene le tapa la nariz. Tú has sido nombrado para dirigir los debates de la audiencia, para resolver entre dos hombres y para castigar al bandolero, pero, atiende, tú querrías ser defensor del ladrón. Tú has sido designado para ser la defensa del desgraciado, para protegerle, a fin de que no se ahogue (pero) mira, tú eres el lago que le engulle» [21].

Es evidente que los egipcios consideraban la democracia no en su sentido político, sino como una afirmación de la igualdad entre todos los hombres frente a los dioses, de una parte y de los dirigentes, de otra. El cambio más sorprendente, no obstante, se deja sentir en lo que nosotros llamamos «la democratización de la religión funeraria». Bajo el Imperio Antiguo, sólo los personajes de rango real o distinguidos por el faraón tenían la seguridad de reunirse con los dioses en la otra vida. Con el debilitamiento del poder real, sin embargo, los poderosos se apropiaron de los textos funerarios y los inscribieron en sus ataúdes. Los nuevos propietarios tuvieron en sus enterramientos decorosas ceremonias y estelas conmemorativas. Las barreras entre las clases sociales desaparecerían así con la muerte, y esto se hizo gracias al dios Osiris.

---

[18] La fecha del texto es controvertida y se ha propuesto datarlo en el II Período intermedio, cf. J. Van Seters, 1964, págs. 13-23. Sin embargo, esa nueva fecha no ha sido aceptada.

[19] Según A. H. Gardiner, Leipzig, 1909.

[20] Traducción francesa del texto en G. Lefebvre, París, 1949, págs. 47-69. Traducción inglesa reciente, en W. K. Simpson, New Haven-Londres, 1972, págs. 31-49.

[21] Según J. A. Wilson, *in* J. B. Pritchard, 1969, págs, 409.

Osiris era uno de los dioses del Delta, conocido desde los primeros tiempos, y su culto se extendió rápidamente por todo el país. Debió su éxito no tanto al destino político de sus adoradores como al carácter funerario de sus atributos y, desde la XI dinastía, su culto estaba sólidamente establecido en Abidos, la gran ciudad que siguió siendo, durante toda la historia de Egipto, el centro de culto de los reyes muertos. El hecho de que los sacerdotes de Abidos no tuviesen ambiciones políticas hizo que Osiris escapase al destino de algunos de los demás dioses que ocupaban un primer plano. En el último período de la historia de Egipto, el culto de Osiris y de Isis se extendió más que nunca, llegando a las islas griegas, a Roma y hasta los bosques de Germania [22]. En Egipto mismo, no había templo dedicado a cualquier divinidad que no reservase un altar al culto del gran dios de los muertos y algunas ceremonias en los días de fiesta en honor de su resurrección.

EL IMPERIO MEDIO

(2060-1785 antes de la era cristiana) [23]

Aunque los egipcios fueron conscientes de los valores democráticos, los perdieron de vista. Parecía que éstos se destacaban durante los períodos de rebeliones, pero se disiparon rápidamente con el retorno de la prosperidad y de la disciplina durante el Imperio Medio, que fue el segundo gran período de desarrollo nacional. Una vez más, Egipto se unificó por la fuerza de las armas. Tebas, hasta entonces pequeño nomo desconocido y sin importancia, puso término a la supremacía de Heracleópolis y reivindicó el Estado de Egipto entero; al ganar la guerra, Tebas unió los dos países bajo su autoridad.

El rey Mentuhotep II se distingue como la personalidad dominante de la XI dinastía. Su gran obra debió ser la reorganización de la administración del país. Toda resistencia a la casa real había sido aplastada, pero puede ser que ocurriesen de vez en cuando pequeños levantamientos. Fuera lo que fuese, el clima político del Imperio Medio fue diferente del de épocas precedentes en cuanto que la seguridad apacible del Imperio Antiguo era una cosa ya pasada. Mentuhotep II, cuyo reinado fue largo, construyó el monumento más importante de la época en Tebas: el templo funerario de Deir el-Bahari. Su arquitecto creó una forma de construcción nueva y eficaz. Se trataba de un edificio en terrazas guarnecido de columnatas y rematado en una pirámide construida en el centro de una sala con columnas situada en el nivel superior [24].

Después de Mentuhotep, la familia comenzó a declinar. Bajo el reinado del último rey de la XI dinastía, un tal Amenemhat, que llevaba entre otros títulos el de visir del rey, sin duda el mismo hombre que fundó la XII dinastía, fue primero de una línea de poderosos soberanos.

Amenemhat I adoptó tres medidas importantes que fueron estrictamente respetadas por sus sucesores. Estableció una nueva capital llamada It-Taui (es decir: «La que

---

22 La exposición más completa que poseemos de la leyenda de Osiris es la que recogió y publicó Plutarco, en su *De Iside y Osiride*. Cf. en inglés J. C. Griffith, Cambridge, 1970; en francés, J. Hani, París, 1976.

23 E. Drioton y J. Vandier, 1962, *o. c.* cap. VII, págs. 239-281; W. C. Hayes, Cambridge, 1971.

24 E. Naville, 1907-1913.

somete a las dos tierras») poco alejada de Menfis, hacia el sur, desde donde podía controlar mejor el Bajo Egipto; instauró la costumbre de tener a su lado junto al trono a su hijo como corregente, costumbre considerada como oportuna, sin duda debido a una conspiración de palacio que puso su vida en grave peligro, y a la que él hace alusión con amargura en los consejos que dejó para que le sirviesen de guía a su hijo Sesostris I[25]; y finalmente estableció el proyecto del sometimiento de Nubia e instaló un centro financiero más hacia el sur, donde nunca se había intentado ponerlo antes. El fue quizás el fundador del centro comercial de Kerma (cerca de la 3.ª Catarata) que se convirtió parece ser en centro de influencia egipcia a partir del reinado de Sesostris I.

Sesostris I siguió las huellas de su padre y, gracias a su propia energía, a su capacidad y a su perspicacia, pudo aplicar unos planes para el enriquecimiento y la expresión de Egipto. Una serie de expediciones, dirigidas por el rey mismo o por sus oficiales de más valor, consolidaron el control de Egipto sobre la Baja Nubia. En esta época fue construida la primera fortaleza de Buhén aguas abajo de la 2.ª Catarata[26]. En el oeste, la actividad del rey parece que se limitó a expediciones punitivas contra los libios Temehu y Thenu, y al mantenimientos de las comunicaciones con los oasis. Su política frente a los países del nordeste consistió solamente en defender sus fronteras y en proseguir el comercio con los países del Próximo Oriente.

Los dos reyes siguientes, Amenemhat II y Sesostris II no se interesaron aparentemente en la consolidación y en la expansión de las conquistas de Egipto[27]. Sesostris III, no obstante, surge en nuestro recuerdo por la reconquista total y el sometimiento de la Baja Nubia que él redujo a la condición de provincia egipcia. El largo y próspero reinado de su sucesor Amenemhat III estuvo marcado por un programa ambicioso de instalaciones hidráulicas que condujeron a una vasta expansión agrícola y económica de Fayum (un oasis en las orillas de un gran lago alimentado por un canal procedente del Nilo). Ese canal pasaba por un estrecho barranco entre las colinas del desierto en la orilla del valle a unos 80 km. al sur de El Cairo. Gracias a una presa, el paso de las aguas que entraban en el lago fue regularizado y la abertura de canales de riego así como la construcción de diques permitieron una recuperación masiva de las tierras.

Con Amenemhat IV la familia real comenzó, con toda evidencia, a perder su fuerza. Su reinado corto y blando, seguido por el reinado aún más corto de la reina Sebecneferure, marca el final de la dinastía.

EL SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO[28]

Los nombres llevados por algunos faraones de la XIII dinastía son el reflejo de la existencia en el Bajo Egipto de una importante población asiática. Sin duda, ese

---

[25] Sobre la llegada de esa dinastía, consultar G. Posener, París, 1956.

[26] Las excavaciones y trabajos recientes en Bouhen, como consecuencia de la Campaña de salvamento de Nubia lanzada por la Unesco, están en curso de publicación. Cf. R. A. Caminos, Londres, 1974 y H. S. Smith, Londres, 1976.

[27] Se notará, no obstante, que la fortaleza de Mirgissa, al sur de la 2.ª Catarata, la más importante de las fortificaciones en Batn-el-Haggar nubio, ha sido construida por Sesostris II (cf. J. Vercoutter, 1964, págs. 20-22) y que, en consecuencia, Nubia estaba siempre bajo control egipcio, bajo su reinado.

[28] El conjunto de ese período muy oscuro de la historia de Egipto ha sido objeto de una publicación, J. V. Beckerath, 1965.

elemento creció bajo el efecto de la inmigración de numerosos grupos llegados de las tierras situadas al nordeste de Egipto y obligados a desplazarse hacia el sur a consecuencia de vastos movimientos de poblaciones en el Próximo Oriente. Los egipcios llamaban a los jefes de esas tribus *Heka-Khasuta* —es decir, «Jefes de países extranjeros»— y de aquí el nombre de *hicsos* forjado por Manetón y que ahora es generalmente aplicado al pueblo entero.

Los hicsos no comenzaron a poner en peligro serio la autoridad política de la XIII dinastía más que en los alrededores de −1729. En −1700, sin embargo, aparecían como un pueblo de guerreros bien organizados y equipados; conquistaron la parte este del Delta, incluida la ciudad de «Hat-Uaret» (Avaris), cuyas fortificaciones reconstruyeron y a la que eligieron por capital. Generalmente se admite que la dominación de los hicsos en Egipto no fue la consecuencia de una invasión rápida del país por los ejércitos de una nación asiática aislada. Como ya hemos dicho, fue el resultado de una infiltración, durante los últimos años de la XIII dinastía, de grupos pertenecientes a varios pueblos, sobre todo semíticos, del Próximo Oriente. En efecto, la mayor parte de sus reyes llevaban nombres semitas, tales como *Anat-Her, Semken, Amu o Jakub-Her*.

No hay duda alguna de que la ocupación de los hicsos tuvo una profunda repercusión en el desarrollo de la nación [29]. Ellos introdujeron en Egipto el caballo, el carro y la armadura. Los egipcios, que hasta entonces nunca tenían necesidad de semejantes armas, las volvieron contra los hicsos y los arrojaron del país. Esa fue la primera vez, en el curso de su historia, que los egipcios se encontraron bajo dominación extranjera. La humillación rompió el sentimiento que ellos tenían desde siempre de su supremacía y de la seguridad que les proporcionaba la protección de los dioses. Entablaron una guerra de liberación bajo la dirección de los gobernadores del nomo de Tebas. Los escasos documentos que nos quedan de esa época relatan, sobre todo, la guerra de liberación emprendida por los reyes del final de la XVII dinastía contra los opresores asiáticos, después de ciento cincuenta años de colonización. Amosis logró finalmente apoderarse de su capital Avaris, y perseguirlos hasta Palestina, donde los sitió ante la plaza fuerte de Charuen. Prosiguió después hacia el nordeste e hizo una incursión en el territorio de Zahi, sobre las costas fenicias. El poder de los hicsos fue, por fin, abatido.

EL IMPERIO NUEVO

(1580-1085 antes de la era cristiana)

LA XVIII DINASTIA [30]

El rey Amosis I, conocido en la posteridad como el padre del Imperio Nuevo y el fundador de la XVIII dinastía, tuvo, con toda evidencia, un vigor y una capacidad

[29] Sobre los hicsos y los diversos problemas que plantea su ocupación de Egipto y sus secuelas, cf. en último lugar J. Van Seters, New Haven-Londres, 1966.

[30] Cf. J. Vandier (cf. nota 11), cap. IX, págs. 335-342; y cap. X, págs. 390-414; T.G.H. James, W.C. Hayes, Cambridge, 1973.

• *Reina Hatshepsut sentada (Fuente: C. Aldred:* New Kingdom Art of Ancient Egypt, *Fig. 21. Fotografía: The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

excepcionales. Su hijo Amenofis I le sucedió; digno continuador de su padre, dirigió con entusiasmo la política interior tanto como la exterior. Aunque más preocupado, sin duda, por la organización del imperio que por las conquistas, encontró, sin embargo, tiempo para consolidar y extender la conquista de Nubia hasta la 3.ª Catarata. Palestina y Siria no se movieron durante los nueve años de su reinado.

Amenofis I parece que mereció su reputación de grandeza cuando él y su madre fueron nombrados las divinidades tutelares de la necrópolis tebana [31]. Sus sucesores fueron Tutmosis I y Tutmosis II, y después la reina Hatsepsut que se casó sucesivamente con cada uno de sus dos hermanastros, Tutmosis II y Tutmosis III. Sin embargo, en el transcurso del quinto año de su reinado, Hatsepsut fue bastante poderosa para poder declararse jefe supremo del país. Para legitimar sus pretensiones [32], hizo saber que su padre era el dios nacional Amón-Ra, quien se presentó a la madre de la reina bajo los rasgos del padre de ésta, Tutmosis I. Los veinte años de su pacífico reinado fueron prósperos para Egipto. Ella se dedicó especialmente a los asuntos interiores del país y a la construcción de grandes edificios. Las dos realizaciones de las que ella se sentía más orgullosa fueron la expedición al país de Punt y la construcción de dos obeliscos que flanquean el templo de Karnak. Las dos debían testimoniar su devoción a su «padre» Amón-Ra.

Tras la muerte de Hatsepsut, Tutmosis III tomó al fin el poder. En la plenitud de sus treinta años, nos refiere él mismo que, como joven sacerdote, participaba en Karnak en una ceremonia en la que su padre era oficiante; la estatua de Amón lo escogió y por medio de un oráculo le designó como rey. Su primer acto fue derribar las estatuas de Hatsepsut y borrar el nombre y la imagen de ésta por todas partes donde aparecían. Saciada su venganza, formó rápidamente un ejército y partió a la guerra contra una coalición de Estados-ciudades de la región de Palestina, de Siria y del Líbano, que habían unido sus fuerzas en la ciudad de Megiddo y se preparaban para la rebelión contra la dominación egipcia. Progresando con una rapidez sorprendente, Tutmosis sorprendió al enemigo y le obligó a buscar refugio en el interior de los muros de la ciudad. Con la rendición de Megiddo, toda la región hasta el Líbano cayó bajo el control egipcio. Tutmosis III emprendió diecisiete campañas al extranjero y creó tal temor a los ejércitos egipcios que durante mucho tiempo impuso el respeto en Siria y en el norte de Mesopotamia. Egipto se había convertido en una potencia mundial; las fronteras de su imperio se extendían hasta muy lejos. De ningún otro reinado, tenemos informaciones tan completas como las proporcionadas por los Anales de Tutmosis III, grabados en los muros del templo de Karnak. Otros detalles fueron referidos por sus generales; estos acontecimientos fueron transformados en cuentos populares, tales como el de Joppé, invadido por sorpresa por el general Djehuti que ocultó a sus hombres en unos sacos y logró así penetrar subrepticiamente en la ciudad sitiada; una historia que recuerda mucho a la de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

A Tutmosis le sucedieron dos faraones llenos de capacidad y de energía: Amenofis II y Tutmosis IV, este último estrechamente aliado con el reino de Mitani por su matrimonio con la hija de la casa real. Esa princesa, con su nombre egipcio de «Mout-

[31] J. Cerny, 1972, págs. 159-203.

[32] El «Problema de Hatshepsut» y la «persecución» de la reina por Tutmosis III ha hecho correr mucha tinta. Un buen estudio del problema y de las soluciones que han sido propuestas se encontrará en J. Vandier (cf. nota 11), págs. 381-383.

em-Ouya» es la que figura en los monumenos como esposa principal del faraón y madre de Amenofis III.

Cuando Amenofis III sucedio a su padre, probablemente ya se había casado con la principal de sus mujeres, la reina Tii. La subida al trono del joven rey tuvo lugar en un momento de la historia egipcia en el que, gracias a los dos siglos de grandes realizaciones tanto en el interior como en el exterior, el país estaba en el apogeo de su poder político y conocía la prosperidad económica y el desarrollo cultural. Además, la paz reinaba en el mundo y el faraón y su pueblo podían disfrutar de numerosos placeres y del lujo que la vida les ofrecía entonces. Parece ser que Amenofis III se preocupó poco de mantener su autoridad en el extranjero, aunque realmente se esforzó en retener sus Estados «vasallos» y sus aliados por la magnificencia de las ofrendas de oro nubio. Hacia el final de su reinado, como se deduce claramente de las cartas de Tell-el-Amarna [33], la ausencia de demostraciones militares alentó a los hombres enérgicos a conspirar para conseguir su independencia y a revelarse contra la autoridad egipcia. Amenofis III, sin embargo, parece que no se preocupó mucho de ello. Como constructor y mecenas de las artes mereció su nombre de «Amenofis el Magnífico». A él le debemos el templo de Luxor que es considerado como el más bello de todos los edificios del Imperio Nuevo, así como otras realizaciones arquitectónicas en Karnak y otras más en todo el país y en diversos lugares, como en Nubia y Soleb.

Aunque el culto de Atón comenzo bajo el reinado de Amenofis III, su desarrollo parece que no influyó en el culto a los otros dioses hasta un período avanzado de su reinado; quizá en el transcurso del año treinta de su reinado es cuando su hijo Amenofis IV (conocido más tarde con el nombre de Akenatón) llegaría a ser corregente. Físicamente débil, de cuerpo endeble y afeminado, el nuevo rey no tenía el temple ni de un soldado, ni de un hombre de Estado. Se preocupó, sobre todo, de problemas intelectuales y espirituales. Satisfecho de su título de «aquel que vive la Verdad» trataba de acercarse siempre estrecha y armoniosamente con la naturaleza y de encontrar en la religión relaciones más directas y racionales con su divinidad [34].

Amenofis IV, joven y fanático, fue el instigador de una profunda evolución política. El objetivo de sus ataques era principalmente el clero de Amón. Sus móviles eran, quizá, tanto políticos como religiosos. En efecto, los sumos sacerdotes del dios nacional Amón-Ra, en Tebas, había adquirido un poder y una riqueza tales que constituían una amenaza directa para el trono. Amenofis IV, al comienzo de su reinado, vivio también en Tebas, donde mandó construir un gran templo dedicado a Atón, al este del templo de Amón, en Karnak. Luego, manifiestamente dolorido por las reacciones que sus reformas suscitaban en Tebas, decidió abandonar la ciudad. Creó una nueva residencia real en Tell-el-Amarna, en el Medio Egipto. En el sexto año de su reinado, él y su familia, así como un importante séquito de funcionarios, sacerdotes, soldados y artesanos, se trasladaron a la nueva residencia que llamó «Akhet Atón» (es decir, «el resplandor de Atón»), donde vivió hasta su muerte, que sobrevino catorce años más tarde. Cambió su propio nombre por el de «Akenatón»

[33] Trescientas setenta y siete tablillas cuneiformes descubiertas en las ruinas de la oficina de los Archivos de la capital y que comprenden principalmente correspondencia entre Amenofis III y Akenatón de una parte, y de otra, los reyes de Hatti, de Arzawa, de Mitanni, de Asiria, de Babilonia, de Chipre y los gobernadores de las ciudades de Palestina y de Siria. Sobre esos textos, cf. W. F. Albright, Cambridge, 1975.

[34] Amenofis IV-Akenatón y su época han sido objeto recientemente de numerosas publicaciones. Se consultará C. Aldred, 1968.

que significa «Aquel que está al servicio de Atón», mientras que daba a su reina Nefertiti el nombre real de «Neferneferu-Atón», dicho de otro modo «Lleno de belleza es Atón».

No contento con proclamar a Atón «El Unico Dios Verdadero», Akenatón atacó a las antiguas divinidades. En particular ordenó que el nombre de Amón fuera borrado de todas las incripciones, incluso en los nombres como el de su padre. Además decretó la disolución del clero y la dispersión de los bienes de los templos. Sobre este punto es donde Akenatón levantó la más violenta oposición, porque los templos vivían de subvenciones concedidas por el gobierno, a cambio de bendiciones solemnes dadas a las empresas del Estado.

Mientras que el tumulto rugía en torno a él, Akenatón vivía en su capital adorando a su único dios. Este era el culto del poder creador del sol bajo el nombre de Atón; ese culto no tenía necesidad alguna de imágenes del dios, y se practicaba al aire libre, en la sala del templo, consistiendo, sobre todo, en depositar flores y frutos sobre el altar. La religión de Atón era mucho más simple que la religión tradicional, porque se apoyaba sobre la verdad, o más bien sobre la libertad individual. Y se relacionaba con el amor a la naturaleza, porque los poderes creadores de vida del sol se expresaban universalmente en cada cosa viviente. El himno compuesto por el rey [35] expresa, ante todo, una alegría de vivir espontánea y el amor a todo lo creado, en lo que se encarnaba el espíritu de Atón.

Akenatón, como esteta que era, despreciaba las formas estilizadas del arte tradicional e insistía para que el artista, con un espíritu de libre naturalismo, representase el espacio y el tiempo perceptibles inmediatamente y no bajo su aspecto de eternidad. Así permite que él mismo y su familia fuesen representados en posturas que no fueran solemnes: a punto de comer, de jugar con sus hijos o de abrazarlos. En modo alguno trató de ocultar al público su vida privada; al obrar así, disgustó a sus contemporáneos que encontraban esa ausencia de ceremonial impropia para su condición de rey-dios.

La revolución atonista no sobrevivió a Akenatón. Su corregente y sucesor, Semenkhera procuró inmediatamente reconciliarse con el clero de Amón. Se buscó un compromiso, en cuyos términos Amón era de nuevo reconocido. Semenkhera no reinó más de tres años; su sucesor fue Tutankatón, quien luego cambió su nombre por el de Tut-Ank-Ammón [36]. Puesto que sabemos que ese joven faraón murió a la edad de unos dieciocho años y que al menos reinó nueve años, tenía unos ocho años cuando subió al trono. El origen de esos dos reyes es discutido; sin embargo, los dos fundamentaban sus pretensiones al trono en el hecho de que se habían casado con las hijas de Akenatón. Durante el reinado de Tut-Ank-Ammón, y hasta después de su muerte, se dudó en repudiar a Atón, quien a pesar de la rehabilitación de Amón, conservaba su lugar entre los dioses. Ese estado de cosas se prolongó durante el reinado del rey Ai que siguió al de Tut-Ank-Ammón. Con Horemheb la persecución de Atón comenzó con el mismo encarnecimiento que antes se había desplegado contra Amón.

---

[35] Traducción de J. A. Wilson, *in* J. B. Pritchard, 1969, *o. c.*, págs, 369-371.

[36] El descubrimiento sensacional, en 1926, de la tumba prácticamente intacta del joven faraón ha suscitado numerosos artículos. Se consultará sobre todo H. Carter y A. C. Mace, Londres, 1923-1933 y Ch. Desroches-Noblecourt, París, 1963.

• *Akenatón ante el sol (Fotografía proporcionada por el Dr. G. Mokhtar).*

LA XIX DINASTIA [37]

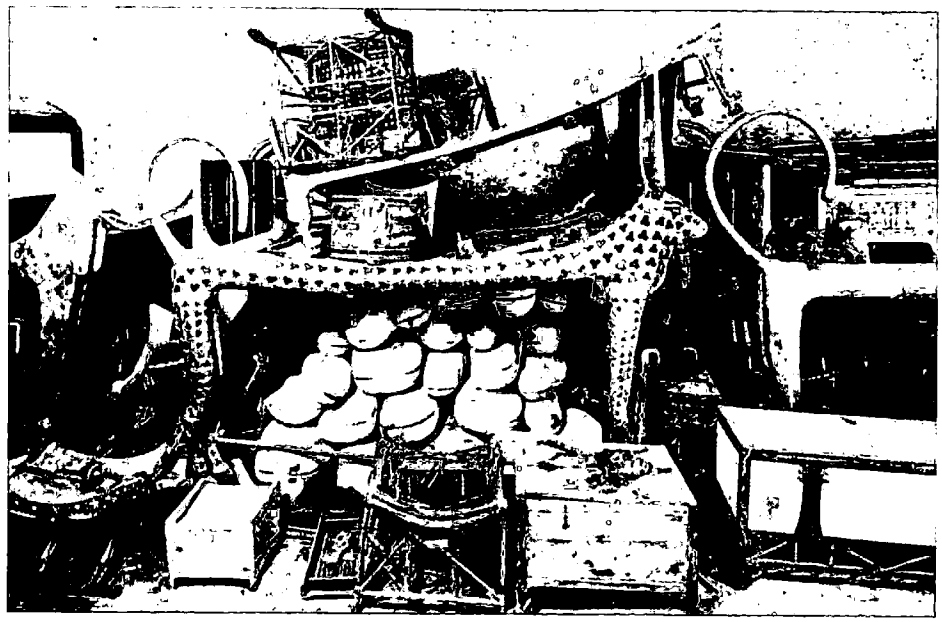
Horemheb había surgido de una línea de nobles provincianos de una pequeña ciudad del Medio Egipto. Su larga carrera de mariscal del ejército egipcio y de administrador le dio ocasión de conocer la corrupción política que había crecido peligrosamente desde el principio del reinado de Akenatón. Emprendió rápidamente una vasta serie de reformas que fueron saludables para el país. Promulgó igualmente un decreto para acelerar la recaudación de la renta nacional y poner fin a la corrupción de los funcionarios militares y civiles.

Horemheb profesó un favoritismo particular con un oficial llamado Ramsés a quien nombró visir y eligió como su sucesor al trono. Pero éste era ya anciano y sólo reinó dos años. Después de él, vino su hijo y corregente, Seti I, primero de una línea de guerreros que concentraron todos sus esfuerzos para devolver a Egipto su prestigio en el exterior. Desde que Seti I subió al trono, tuvo que hacer frente a la peligrosa coalición de diferentes ciudades sirias, alentadas e incluso sostenidas por los hititas. Tuvo la suerte de poder atacar la coalición y devolver a Egipto la posibilidad de tener de nuevo el control de Palestina. Poco después de haber rechazado un ataque libio, Seti penetró en Siria septentrional donde las tropas egipcias entraron en conflicto declarado con los hititas por vez primera. Logró apoderarse de Kadech, pero aunque los hititas habían sido obligados a retirarse provisionalmente, extendieron su influencia a Siria septentrional. La guerra fue proseguida por su sucesor Ramsés II.

Bajo el reinado de Ramsés II, la residencia real y el centro administrativo fueron trasladados a una ciudad situada en la parte nordeste del Delta, llamada Pi-Ramsés, donde se estableció una base militar, muy apropiada para las importantes maniobras del cuerpo de infantería y de carros de guerra. En el quinto año de su reinado, Ramsés II partió, a la cabeza de cuatro ejércitos, para aplastar una poderosa coalición de pueblos asiáticos reunidos por el rey hitita Mutauali, y proseguir los intentos de su padre para recuperar las posesiones egipcias en Siria septentrional. En la célebre batalla que tuvo lugar cerca de Kadech sobre Oronto, la vanguardia de las fuerzas de Ramsés cayó en una trampa preparada por el enemigo, y uno de sus ejércitos fue derrotado por los carros hititas, y él mismo debió batirse para salir de una situación desesperada; sin embargo, logró reagrupar a sus fuerzas y transformar lo que hubiera podido ser una derrota en una victoria un poco dudosa. Representaciones e informes detallados de esa batalla, así como de ciertas campañas, las más gloriosas, de Palestina y de Siria que se desarrollaron antes y después de esa batalla, fueron esculpidas sobre los muros de los grandes templos de Ramsés II, tallados en la roca, en Abu-Simbel y en El-Derr, en la Baja Nubia, en su templo de Abidos, en el pilón que él mandó añadir al templo de Luxor y el templo de Karnak, así como en su templo funerario, el Ramasseum.

Las hostilidades entre los dos países prosiguieron durante cierto número de años. En realidad, sólo antes del año veintiuno de su reinado, Ramsés II concluyó finalmente la paz firmando un importante tratado con el rey hitita Hattousil. Después, fueron mantenidas relaciones cordiales entre los dos poderes y Ramsés se casó con la hija mayor de Hattousil en el curso de una ceremonia presentada en todas

[37] Cf. J. Vandier (cf. nota 11), cap. IX, págs. 349-356 y cap. X, págs. 418-422; R. O. Faulkner, Cambridge, 1975.



1

2

• *1. Tesoro de Tut-Ankh-Ammon. Interior de la antecámara. El lecho de Hathor.*

• *2. Howard Carter, el arqueólogo que descubrió la tumba de Tut-Ankh-Ammon, habría tenido que abrir un sarcófago de piedra y tres ataúdes encajados antes de llegar al cuarto que encerraba la momia. La máscara de oro macizo batido con la efigie del difunto, que estaba colocada sobre el rostro, es una de las piezas más espectaculares de la exposición «Treasures of Tutankhamun» (Fotografía: Harry Burton, col. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

partes como un símbolo de «paz y fraternidad». Como consecuencia de ese acuerdo, la influencia egipcia se extendió a lo largo de la costa hasta Ras-Shamra (Ugarit), ciudad de Siria septentrional. Aunque los hititas conservaron su poder en el interior, en el valle de Oronte, aquel estaba próximo a su fin. A la muerte de Hattousil, un nuevo peligro apareció con la migración de los «Pueblos del Mar» [38]. Esa migración en masa se extendió, a partir de los Balkanes y de la región del mar Negro, sobre todo el este del mar Mediterráneo y pronto sumergió al reino hitita. Ramsés, que ya era viejo (reinó sesenta y siete años), no se puso en guardia contra los signos tan inquietantes llegados del extranjero, y su vigoroso sucesor Mineptah se encontró ante una situación grave cuando subió al trono.

Un enorme número de belicosos Pueblos del Mar habían penetrado en la región costera al oeste del Delta y, habiéndose aliado con los libios, amenazaban a Egipto. Mineptah se enfrentó con ellos en una gran batalla en la parte oeste del Delta durante el quinto año de su reinado, e infligió a los invasores una aplastante derrota. Sobre las estelas de Mineptah se ha hecho mención de sus actividades militares en la región sirio-palestina y se han encontrado enumeradas las ciudades y los pequeños Estados que él conquistó, entre ellos Canaán, Askalón, Gézer, Yenoam e Israel (este último mencionado por vez primera en los documentos egipcios).

LA XX DINASTIA [39]

A la muerte de Mineptah hubo una lucha dinástica y el trono fue ocupado por cinco soberanos, más o menos efímeros, cuyo orden de sucesión y grado de parentesco no han sido aún establecidos con una certeza razonable. El orden fue restablecido por Setkhnakht, quien ocupó el trono durante tres años y fue el primer rey de la XX dinastía. Su hijo Ramsés III le sucedió y, en el transcurso de un reinado de más de treinta y un años, se dedicó a hacer renacer, aunque era ya muy tarde, la gloria del Imperio Nuevo. En el curso de los años cinco y once de su reinado, infligió una derrota decisiva a las hordas de invasores llegados de Libia occidental y, en el curso del año ocho, hizo batirse en retirada a los Pueblos del Mar, llegados en ordenada masa por mar y por tierra. Es significativo que esas guerras fuesen las tres defensivas y tuviesen lugar, dejando a un lado la única expedición por tierra contra los Pueblos del Mar, en las fronteras de Egipto, o hasta en el interior del país. Una sola derrota hubiese significado el fin de la historia de Egipto en tanto que nación, porque no se trataba entonces de simples ataques militares realizados con una finalidad de saqueo o de dominación política, sino de auténticos intentos de ocupación del rico Delta y del valle del Nilo por naciones enteras de pueblos ávidos de tierras, que se componían de los combatientes, de sus familias, de sus rebaños y de sus bienes.

De cara a los problemas internos que acosaban entonces a su país, Ramsés III fue menos afortunado que ante los enemigos llegados del extranjero. Egipto estaba agobiado por perturbaciones de trabajadores de la construcción, por las «huelgas de brazos caídos» de los obreros del gobierno, por la inflacción del precio del trigo y por una caída del valor del bronce y del cobre. La decadencia fue completa bajo los reyes

[38] Sobre los «Pueblos del mar», cf. la hipótesis arriesgada de A. Nibbi, págs. 146-159.
[39] Cf. J. Vandier (cf. anteriormente nota 11), cap. IX, págs. 356-366 y cap. X, págs. 432-439.

siguientes: de Ramsés IV a Ramsés XI. La débil autoridad de la casa real se hizo aún más precaria ante el poder creciente de los sacerdotes de Amón, que finalmente se pusieron de acuerdo para elegir un sumo sacerdote, Hérihor, para subir al trono y fundar una nueva dinastía.

PERIODO DE DECADENCIA [40]

DINASTIAS XXI A XXIV

En el transcurso de la XXI dinastía, el poder fue compartido, de común acuerdo, entre los príncipes de Tanis, en el Delta [41] y la dinastía de Hérihor, en Tebas. A la muerte de éste último, Smendes, que gobernaba el Delta, parece que ejerció su autoridad sobre todo el país. Ese período vivió la expansión de un nuevo poder, una familia de origen libio, llegada de Fayum. Es posible que al principio hubieran sido mercenarios que se habían establecido allí cuando Egipto abandonó el Imperio [42]. Sin embargo, uno de los miembros de esa familia, llamado Sheshonk, logró apoderarse del trono de Egipto y fundar una dinastía que duró unos doscientos años.

Hacia el final de la XXII dinastía, Egipto se encontró irremediablemente dividido en pequeños Estados rivales y amenazado a la vez por Asiria y por un poderoso Sudán independiente. Sin embargo, un hombre llamado Pédubast logró establecer una dinastía rival. Aunque Manetón llama dinastía tanita a esa XXIII dinastía, los reyes no por eso dejaron de llevar los nombres de los faraones de la XXII dinastía: Sheshonk, Osorkon y Takelot. Bajo esas dos dinastías, Egipto mantuvo relaciones pacíficas con Salomón en Jerusalén quien se casó incluso con una princesa egipcia. Sin embargo, en el curso del quinto año del reinado del sucesor de Salomón, Sheshonk atacó a Palestina. Aunque Egipto no intentó conservar Palestina, recuperó un poco de su antigua influencia y se benefició de un comercio exterior desarrollado.

La XXIV dinastía sólo comprende un único rey, Bakenrenef, a quien los griegos llamaban Bocchoris, hijo de Tefnakht. Probablemente este último es quien firmó un tratado con Hoshen de Samaría contra los asirios. Bocchoris se propuso ayudar al rey de Israel contra el rey asirio Sargón II, pero su ejército fue vencido en Rafia en −720. Su reinado acabó cuando el rey de Sudán, Shabaka, invadió Egipto.

LA XXV DINASTIA O DINASTIA SUDANESA [43]

En los aledaños de −720 hubo una nueva invasión de Egipto, pero esa vez llegada del sur. De una capital situada cerca de la 4.ª Catarata, Peye, un sudanés que gobernaba Sudán entre la 1.ª y la 6.ª Cataratas, se sintió bastante fuerte para desafiar el trono de los faraones. Se enteró de la noticia de que un tal Tefnakht de Sais había

40 Cf. Kitchen, Warminster, 1973. La genealogía y la cronología de esa época confusa son estudiadas por M. Bierbrier, Londres, 1975.

41 Cf. J. Yoyotte, 1961, págs. 122-151.

42 Cf. W. Holscher, Glückstadt, 1937.

43 Estudio de conjunto en H. Von Zeissl, Glükstadt, 1944. Para más detallas sobre este período, cf. cap. 10 de este volumen.

logrado unificar el Delta, había ocupado Menfis y asediaba a Heracléopolis. Cuando conoció que el gobernador de Hermópolis, en el Medio Egipto, se había unido a las fuerzas de Tefnakht, envió un ejército a Egipto. Este era, sin duda, un jefe valeroso. Su conducta caballeresca en el combate, su manera de tratar dignamente a las princesas hechas prisioneras, su predilección por los caballos, el modo cómo celebraba escrupulosamente las ceremonias religiosas, y su negativa a tratar con los príncipes vencidos, que según los ritos eran impuros (ellos no estaban circuncidados y comían pescado), son detalles reveladores de su personalidad. Esa dinastía duró sesenta años, hasta el momento en que los asirios, tras numerosas campañas, lograron ponerla fin.

LA DINASTIA SAITA [44]

Egipto fue liberado de la dominación asiria por un egipcio llamado Psamético. En −658, con la ayuda de Gyges de Lidia, y de mercenarios griegos, logró destruir todos los vestigios de la soberanía asiria, y fundar una nueva dinastía, la XXVI. Los reyes de esa dinastía fueron más o menos hombres de negocios que se esforzaron valerosamente por enderezar la situación de Egipto, contribuyendo a la prosperidad comercial del país. El Alto Egipto se convirtió en el granero donde se acumulaba la producción que vendía el Bajo Egipto.

EL PERIODO PERSA [45]

Bajo el reinado de Psamético III, los egipcios debieron sufrir la conquista de su país por los persas dirigidos por Cambises; con esa ocupación, la historia de Egipto como potencia independiente se acabó prácticamente. La XXVII dinastía comprende reyes persas. La XXVIII dinastía fue la de Amyrteo, dinastía local que fomentó una rebelión durante el reinado tormentoso de Darío II. Gracias a alianzas con Atenas y con Esparta, los reyes de las XXIX y XXX dinastías lograron conservar la independencia, así conquistada, durante unos sesenta años.

La segunda dominación persa en Egipto comenzó bajo Artajerjes III en −341. Alejandro puso rápidamente fin a ella invadiendo Egipto en −332, tras haber vencido a los persas en la batalla de Isso.

[44] Cf. J. Vandier (cf. nota 11), cap. XIII, págs. 574-600. Sobre la intervención saita en Nubia, muy importante para la historia de Africa. Cf. S. Sauneron y J. Yoyotte, 1952, págs. 157-207.

[45] La obra básica sobre este período sigue siendo G. Posener, El Cairo, 1936.

Capítulo 3

EGIPTO FARAONICO. SOCIEDAD, ECONOMIA Y CULTURA

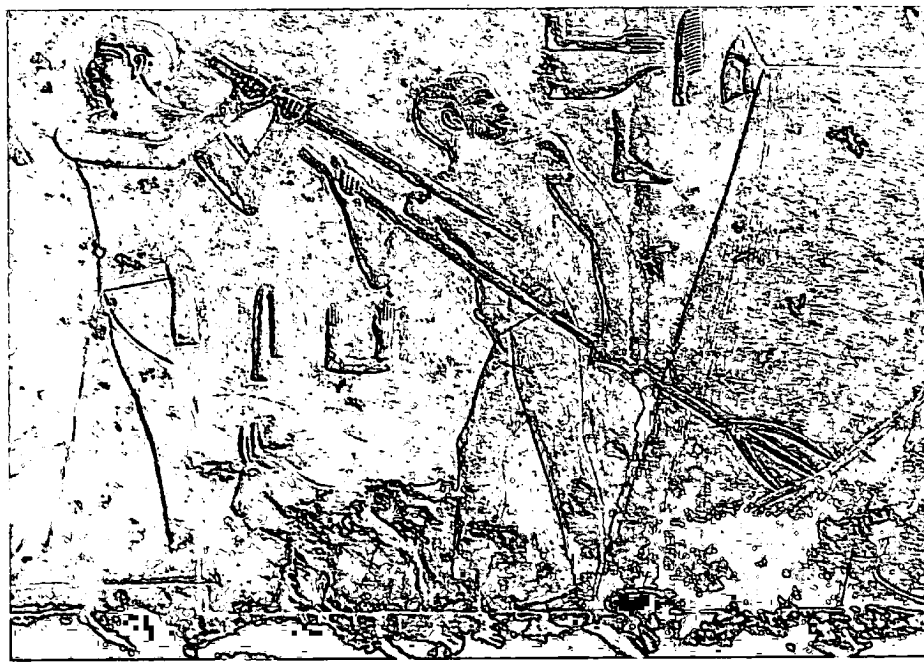
J. YOYOTTE

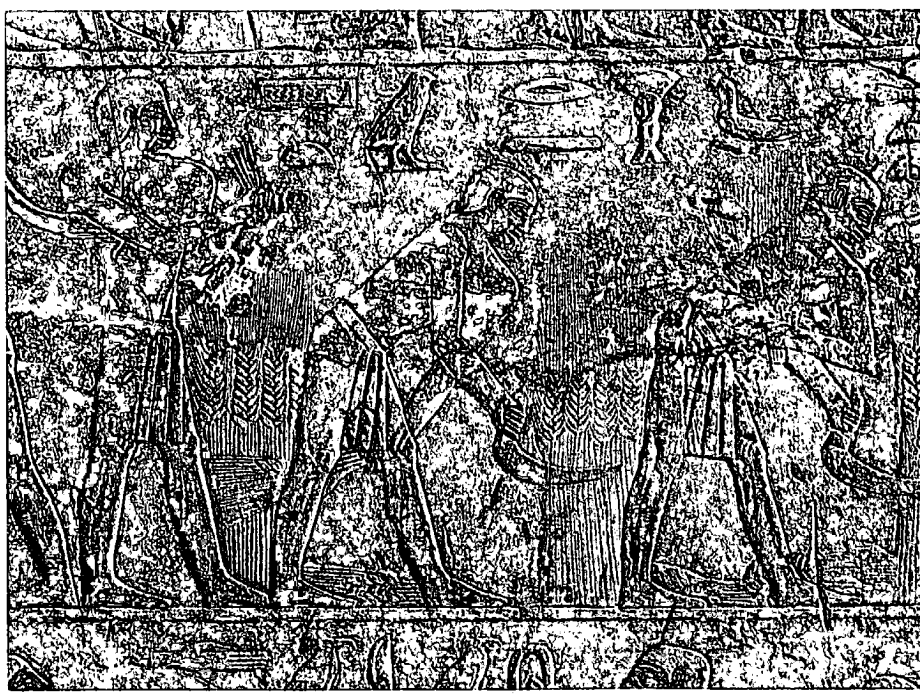
ECONOMIA Y SOCIEDAD

CAMPOS Y MARISMAS

La formación del estado faraónico alrededor del año −3000 y el período oscuro que siguió se corresponden, sin duda, con un gran desarrollo económico. Las tumbas reales y privadas de la época tinita lo dejan entrever: las dimensiones de las construcciones aumentan, y numerosos objetos de arte sugieren los progresos del lujo y el gusto refinado de los artesanos. No se podría demostrar si la necesidad de coordinar los riesgos fue la causa principal de la formación de un Estado unificado o si la unión del país bajo los reyes tinitas, junto al desarrollo de la escritura, iba a permitir coordinar las economías regionales por medio de la racionalización de los trabajos de infraestructura y el reparto sistemático de los recursos alimenticios. Lo cierto es que, hasta el siglo XIX de la era cristiana, la prosperidad y vitalidad de Egipto estarán unidas al cultivo de los cereales (trigo, cebada). Un sistema de embalses de inundación que regulan y distribuyen, entre diques de tierra, el agua y el limo aportados por la crecida, duró hasta el triunfo actual del riego perenne: éste estuvo atestiguado desde el Imperio Medio, y se puede suponer que había tomado forma en las épocas más remotas [1]. Ese sistema no permite, evidentemente, más que una cosecha por año; en cambio, la corta duración del ciclo agrícola libera mucha mano de obra en provecho de los grandes trabajos que demandan las construcciones divinas y reales. Los antiguos practicaban también un riego perenne elevando el agua de los canales o de los estanques excavados hasta las capas subterráneas. Pero durante mucho tiempo las piernas y los hombros de hombres cargados de palancas fueron las únicas máquinas elevadoras que ellos conocieron y el riego por acequias siguió reservado a los cultivos

[1] Los textos relativos a las técnicas de riego son muy escasos. La alusión segura más antigua sobre el riego por embalses *(hod)* se encuentra en los textos de los sarcófagos del Imperio Medio (A. de Buck, Chicago, 1951, pág. 138 b-c).





2

• *1. Confección de una muela (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, fig. 79 [abajo], p. 256. Mastaba de Ptahsekhem-ankh, Museum of Fine Arts, Boston, n.° 6.483).*

• *2. Recolección (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, fig. 79 [arriba], p. 256. Mastaba de Akhet-hetep, Museo del Louvre, n.° 6.889).*

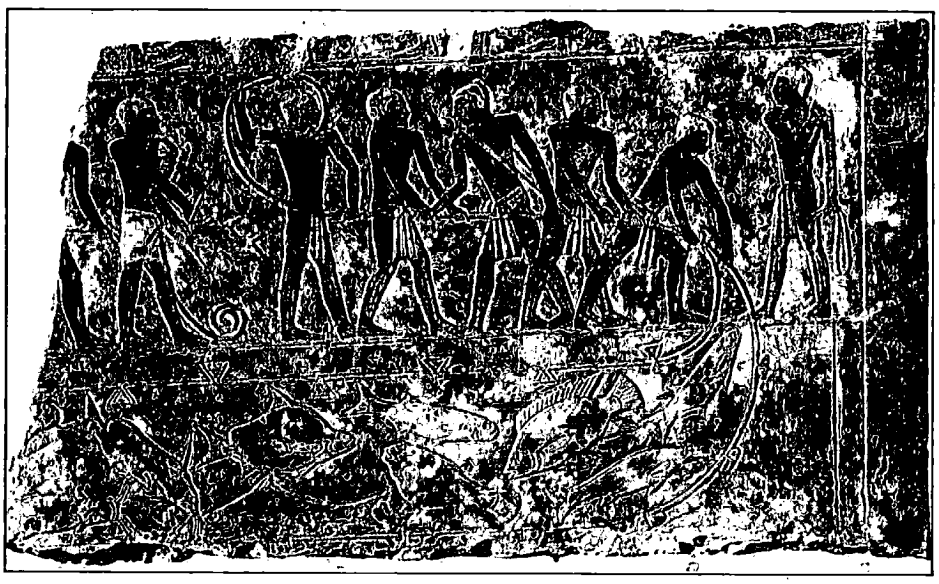
de los huertos, a los árboles frutales y a los viñedos (es muy posible, sin embargo, que la aparición del shadouf en el Imperio Nuevo permitiera realizar, en algunas zonas, una doble cosecha anual de cereales[2]. Por no saber almacenar el agua, tampoco se podían aún paliar las consecuencias que tenía el Nilo cuando bajaba demasiado caudal, causa de infertilidad para numerosas cuencas, y cuando subía demasiado, que devastaba los terrenos y las casas. Sin embargo, los graneros y el desarrollo de los transportes fluviales permitían asegurar la alimentación de una provincia a cargo de otra, o de un año para el siguiente. Los rendimientos medios son buenos; los sobrantes permiten vivir a un personal administrativo superabundante y a los trabajadores de fábricas de importancia media (arsenales marítimos y fábricas de armas, talleres de hilados de algunos templos, etc.). Los templos y los altos funcionarios, por el control que ejercen —más o menos según los períodos— sobre los recursos alimenticios, pueden constituirse en clientes.

El pan y la cerveza, extraídos de los cereales, son la base de la alimentación cotidiana, pero la alimentación de los antiguos egipcios no fue menos asombrosamente diversificada. Nos quedamos sorprendidos por el número de clases de tortas y de panes que están reseñados en los textos. Los huertos proporcionaban, como en nuestros días, habas, garbanzos y otras leguminosas, cebollas, puerros, lechugas y pepinos. Los vergeles proporcionaban dátiles, higos, nueces de sicómoro y uvas. Una viticultura muy adelantada, practicada principalmente en diversos puntos del Delta y en los oasis, ofrece una gran variedad de vinos. Las colmenas contribuyen a la alimentación con azúcar. El aceite es extraído del sésamo y del nebaq, siendo el olivo escaso y poco conseguido, aunque introducido en el Imperio Nuevo.

El Egipto faraónico no transformó la totalidad del Valle en terreno agrícola y, al lado de los recursos que se extraían de los campos y de los huertos, sus habitantes encontraban recursos complementarios en las marismas y en los estanques que cubrían, en vastas extensiones, las franjas septentrionales del Delta y las orillas del lago Moero, o que, por zonas, ocupaban los terrenos pobres en las orillas del desierto y en las hondonadas de los meandros del Nilo. En esos *pehou* se cazaban o se capturaban animales y peces abundantes y variados; se pescaba con jábega, con nasas, cestos y cañas la gran variedad de peces del Nilo, los cuales, a pesar de las prohibiciones que se imponían sobre el consumo según las provincias o condición de las personas, desempeñaban una función en la alimentación popular. Otro complemento era proporcionado, además, por ciertos productos de recolección, como son las rizomas de las chufas comestibles, el bulbo del papiro y, a partir de la época persa, las semillas del loto indio. Las marismas, también, servían de pastos a las vacas y a los bueyes.

El ganado bovino, aunque el clima demasiado húmedo no le era especialmente propicio y aunque el ganado nuevo era regularmente importado de Nubia y de Asia, tuvo una importancia considerable en la vida y en las representaciones religiosas del país. Las mesas de los dioses y de los poderosos debían estar bien provistas de carne de buey; el arte del despiece era especialmente refinado y las grasas animales se utilizaban ordinariamente para fabricar ungüentos perfumados. Sabemos que los egipcios del Imperio Antiguo se esforzaban por guardar animales cautivos, y cebar en

[2] Ver la interpretación ingeniosa que W. Schenkel ha propuesto de los datos del Papiro Wilbour, Wiesbaden, 1973.



• *1. Caza del hipopótamo.*

• *2. Pesca con red (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, Fig. 66, p. 201. Mastaba de Akhet-hetep, Museo del Louvre. Fot. Archivos fotográficos, París).*

los parques a cierto número de especies —órix, búbalos, gacelas, etc., e incluso grullas e hienas—, pero el país renunció más tarde a una cría de animales infructuosa, que movilizaba mucha mano de obra, y a los rumiantes del desierto que llegaron a ser después, en los refranes y en los ritos de embrujamiento, el símbolo de los seres inadmisibles[3]. En cambio, obtuvieron buenos resultados en la cría de aves de corral, principalmente con la oca del Nilo. Las cabras, tan nefastas para los árboles, de los que el Valle era pobre, y los corderos, criados en los barbechos y en los terrenos desérticos, así como el cerdo (a pesar de algunas prohibiciones) tenían un lugar importante en la alimentación popular. En plena época histórica, se asiste a una transformación del ganado ovino: al antiguo carnero de cuernos horizontales retorcidos, encarnación de Khonum, de Ra, de Herishef y de otras antiguas divinidades, se añade hacia −2000, y se sustituye progresivamente después, el carnero de cuernos encorbados que será ofrecido al dios Amón y cuyo origen se discute como africano o asiático. Dos especies africanas, domesticadas por los egipcios, se adaptaron perfectamente y están estrechamente unidas, como se ve en las representaciones que conocemos, con el pasado faraónico: el asno, utilizado, desde el período arcaico como animal de carga que el hombre no monta (y que fue paradójicamente dedicado al avieso dios Seth) y el gato familiar que sólo aparece en la confluencia del Imperio Antiguo y Medio (y al que se adora como una forma apacible de las diosas peligrosas).

MINAS E INDUSTRIAS

La caza de la liebre y de animales mayores, que practicaban en el desierto los nobles y los soldados de la policía, proporcionaba distracciones deportivas y un medio de variar la vida cotidiana, pero no podía tener gran importancia económica. Lo que el desierto ofrece es un buen conjunto de recursos mineros: pinturas de color verde y negro del desierto arábigo, utilizadas para acicalar y adornar los ojos desde la prehistoria; piedras duras y de bella apariencia que servirán a los constructores y a los escultores (calcárea fina de Toura, arenisca de Silsileh, granito de Assuán, alabastro de Hatnoub, cuarcita de Gebel Ahmar, «grauwacke» de Hammamat)[4]; piedras semipreciosas tales como la turquesa del Sinaí, o las coralinas y amatistas de Nubia. Muy pronto, nace una industria del vidriado que permitía fabricar objetos que tenían el aspecto de la turquesa o del lapislázuli (esteatita glaseada y «loza egipcia» con núcleo de cuarzo). En el Imperio Nuevo el egipcio mejora, gracias a Asia, sus técnicas del vidriado llegando a dominarlas.

Una ventaja que el país saca de las inmensidades áridas que le rodean, es el oro que se va a buscar al desierto arábigo y a Nubia. Símbolo de inmortalidad perfecta, ese metal no desempeña aún el papel económico fundamental que tendrá en las civilizaciones más recientes; se lo considera, no obstante, como una señal esencial de riqueza, y se le atribuye más valor que a la plata, metal de importación que fue

[3] Papiro Lansing, 2, 8-9 (R. A. Caminos, 1954, pág. 382). Sobre la significación religiosa del antílope óryx: Ph. J. Derchain.

[4] La grauwacke o greywacke (inexactamente calificada de «esquisto» o pizarra en muchas obras) es «a fine-grained, compact, hard, crystalline, quartzore rock, very like slate in appearance and generally of various shades of grey». A. Lucas, Londres, 1962, págs. 419-420.

siempre, sin embargo, más escaso y tenía, en el Imperio Antiguo, un precio más elevado que el oro. Los desiertos contienen gran número de yacimientos de cobre, pero de escasa cantidad, salvo en el Sinaí, y Egipto se convierte pronto en tributario del cobre de Asia. Hay que notar que las transformaciones de la metalurgia faraónica siguieron siempre a remolque de las del Próximo Oriente. La edad de bronce, y después la edad de hierro llegan allí más tarde que a otras partes. El metal, felizmente reemplazado por la madera y el sílex en las herramientas agrícolas y por las piedras duras para el modelado de las esculturas, es relativamente escaso y valioso, siendo conservadas y distribuidas, herramientas y armas, por los servicios públicos[5].

La capacidad industrial del antiguo Egipto se confirma en dos terrenos que lo colocan en una posición privilegiada con relación a sus vecinos asiáticos, a quienes Egipto debía pedir metales y madera para carpintería. Los faraones fueron exportadores de productos textiles, y de papelería, siendo el lino de Egipto de una finura excepcional. El papiro, útil para tantas cosas —velas, cuerdas, vestidos, calzados— permite fabricar un soporte para escribir, muy flexible, que es el instrumento del poder de los escribas y que, a partir del momento en que la escritura alfabética se extiende por los alrededores del Mediterráneo oriental, es muy solicitado en el exterior. La explotación intensa de esa planta ha contribuido, sin duda, poderosamente a la desaparición de las marismas, refugio de pájaros, de cocodrilos y de hipopótamos que alegraban, según el gusto de los antiguos, el paisaje egipcio.

Un hecho determinante de las realizaciones del régimen faraónico reside indudablemente en sus medios de transporte. Los bovinos raramente utilizados, apenas eran uncidos más que en el arado o en el trineo fúnebre y es el asno, más resistente y menos exigente el que, tanto en los campos como en las pistas desérticas, era el animal de albarda ideal (se sabe que el caballo, introducido en el transcurso del segundo milenio, siguió siendo un lujo de guerreros y que las valiosas posibilidades económicas de la rueda, no obstante conocidas desde el Imperio Antiguo[6], no fueron explotadas). Con un rendimiento menor, ciertamente, aunque se supo emplear por rebaños enteros, el asno precedió y suplió al camello que lentamente se implantó en los campos sólo a partir de la época persa. Egipto, para los transportes de masas a largas distancias, utilizaba su río y sus canoas: barcas de tipo medio y grandes navíos aseguraban una velocidad apreciable y una regularidad segura. Las precoces cualidades de la náutica egipcia han hecho posible también la centralización de la economía, así como las prodigiosas realizaciones arquitectónicas (pirámides, enormes templos, colosos, obeliscos). Además, desde las Epocas Remotas, eran lanzados veleros sobre el mar Rojo y el Mediterráneo (y nada permite afirmar que en un principio fueran los fenicios los que iniciaron a los egipcios en materia de navegación marítima). Para desplazar principalmente las pesadas masas de piedra, indispensables para las construcciones sagradas, la ingeniería faraónica había inventado sutiles procedimientos, pero cuya simplicidad confunde: utilización de las propiedades deslizantes del limo húmedo para desplazar simples trineos (sin ruedas ni rodillos); aprovechamiento de la crecida del Nilo para lanzar pontones cargados con enormes bloques; uso de cañizos

[5] Bajo la XIII dinastía, puntas de flecha y de jabalina de sílex eran fabricadas a imitación de los modelos de metal, pero según una tradición de técnica arcaica, como lo muestra el armamento encontrado en la fortaleza de Mirgissa (A. Vila, 1970, págs. 171-199).

[6] Una escalera de asiento sobre ruedas está representada en una tumba de la VI dinastía (W. S. Smith, Boston, 1949, pág. 212 fig. 85).

para frenar los barcos [7], etc. En la reconstrucción de tales procedimientos en los que el hombre moderno no cree, obsesionado como está por las tecnologías sofisticadas y por otras nociones del rendimiento, es precisamente donde la investigación está a punto de descubrir la clave de la misteriosa ciencia de los faraones [8].

La mayor parte de los procedimientos agrícolas e industriales habían sido inventados ya en el III milenio y parece que Egipto fue lento, tímido y hasta conservador, cuando habría podido sacar partido de las innovaciones técnicas que le fueron reveladas desde el exterior. Por el estado actual de la documentación y de los estudios, se creía que las importantes realizaciones de los orígenes habían proporcionado soluciones a los problemas vitales que se les planteaban a los habitantes del Valle y que habían puesto en práctica un sistema social y político eficaz; el «despotismo faraónico», cuyas deficiencias eran rechazadas por una representación religiosa tan coherente que sobrevivirá aún en los templos, varios siglos después de la confiscación por poderes extranjeros, demostró la inadaptación de una tradición y de una práctica social ante el desafío de potencias más jóvenes.

EL SISTEMA ECONOMICO Y SOCIAL

Es mejor abstenerse de calificar en términos abstractos el modo de producción faraónico, que nunca se podrá más que entrever, por falta de fuentes conservadas en número suficiente [9].

Algunos datos típicos se desprenden de la documentación disponible. El comercio exterior y la explotación de minas y canteras dependen del Estado. La mayor parte de las transacciones comerciales conocidas por los textos se refieren a pequeños volúmenes de mercancías y se realizan de común acuerdo entre particulares; la intervención de intermediarios profesionales es escasa y parece que corresponde, de ordinario, a los agentes comerciales que dependen del rey o de un templo. Nada permite imaginar la existencia de una «burguesía» de empresarios y de comerciantes privados y aunque la expresión, a veces empleada, de «socialismo de Estado» es ambigua y anacrónica, parece que en conjunto, producción y distribución han dependido de servicios administrativos.

Una mirada de conjunto sobre el material disponible dará, en efecto, la impresión de que todo depende del rey. Doctrinalmente, es cierto, éste es el dueño y señor de toda decisión y de todo recurso. En virtud de un deber teológico, él asegura el orden cósmico, la seguridad de Egipto, y la felicidad de sus habitantes en este y en el otro mundo, no sólo ejerciendo su oficio de rey, sino manteniendo a las divinidades, lo que le lleva a compartir su prerrogativa económica con los templos. Por otra parte, tanto para realizar el culto en esos templos como para administrar los asuntos de la nación, el faraón, único sacerdote en teoría, único guerrero, único juez y único productor, delega su poder en toda una jerarquía de individuos: uno de los medios de pagar esas funciones es confiarles tierras, cuyas rentas cobran ellos. En realidad, en todas las épocas, el monopolio real sobre los bienes de producción fue una ilusión doctrinal.

[7] G. Goyon, 1970, págs. 11-41.
[8] Cf. en último lugar, H. Chevrier, 1964, págs. 11-17; 1970, págs. 15-39; 1971, págs. 67-111.
[9] Puesta a punto crítica y bibliográfica en J. J. Janssen, 1975, págs. 127-185.

Seguramente, las expediciones que van al Punt, a Biblos y a los desiertos, en Nubia, en busca de mercancías y de piedras exóticas, son normalmente enviadas por el rey y dirigidas por funcionarios. Las construcciones de templos dependen igualmente de la administración. En la época imperial, el anexionado país de Kush, y los protectorados palestino y sirio son directamente explotados por la corona, etc. En cambio, el aprovechamiento de las tierras egipcias no dependían exclusivamente de aquélla. Junto a la «casa del rey» están las mansiones de los dioses que poseen campos, ganado, talleres (el dios Amón mismo, en su apogeo, pudo poseer minas) y disponen de su propia jerarquía burocrática. El hecho de que los dioses estén a veces exentos por carta real de ciertos impuestos y requisas es, en el fondo, una señal de que los templos son «propietarios» de sus tierras, de su personal y de sus herramientas. Además, a partir de la XVIII dinastía, al menos, los guerreros reciben posesiones hereditarias. Los altos funcionarios disfrutan de dotaciones territoriales que administran ellos mismos. Las escenas de la vida privada, esculpidas en las mastabas del Imperio Antiguo, muestran que en sus casas poseen rebaños, artesanos y su flotilla propia de transporte. Se ignora cómo se constituyen fortunas privadas y heredables, pero está claro que existen y que junto a las funciones que sólo se desean transmitir a los hijos, existen «bienes de familia» de los que se dispone completamente. Sin embargo, prácticamente en todas las épocas, las propiedades son de extensión reducida y territorialmente dispersas, de suerte que las grandes fortunas no adquieran la forma, temible para el poder, de latifundios. La pequeña propiedad rural está atestiguada principalmente en el Imperio Nuevo, donde el término «campos de hombres pobres» designa en realidad las tierras de los pequeños agricultores independientes y muy distintos de los arrendatarios que trabajan en los campos de los dioses o del rey. Relativamente poco numerosos, los extranjeros deportados a Egipto en tiempos de las grandes conquistas son especialistas (viticultores palestinos, ganaderos libios) o se convierten en colonos militares; los esclavos adquiridos por particulares solamente son, con frecuencia, domésticos, y la mano de obra servil (a veces penal), por atestiguada que esté, no proporciona, se cree, más que una fuerza limitada a la agricultura (aunque la asimilación tardía de los «asistentes» mágicos, puestos a disposición de los difuntos, a un grupo de esclavos comprados [10] haría pensar que la esclavitud permite, bajo Ramsés asegurar los grandes trabajos de riego y de mejora). Además, la masa de población trabajadora parece ser que estuvo sujeta *de hecho* a la tierra, una tierra de la que apenas podía huir más que en caso de debilidad fiscal.

Puede suponerse que en las aldeas predominaba una economía doméstica, estando el grueso del trabajo de los campos a cargo de los hombres. En los pueblos, en las propiedades reales y en los templos, la especialización profesional está muy desarrollada. Cuerpos a veces muy jerarquizados de panaderos, alfareros, artesanos de ramilletes, fundidores, escultores, dibujantes, orfebres, aguadores, guardianes de todas clases, pastores de perros, corderos, cabras, ocas, y así sucesivamente para todas las especies domésticas, dependen del rey o de los templos, enseñándose el oficio de padres a hijos. Se conoce relativamente bien cómo vivía la comunidad de los obreros que, instalados en una aldea adosada al Valle de los Reyes (lugar actual de Deir el-Medina), excavaban y decoraban las tumbas de los faraones y de las reinas: artesanos y excavadores son funcionarios, dirigidos por un escriba real y dos jefes de

[10] J. Cerny, 1942, págs. 105-133.

equipo nombrados por el soberano [11]. Cobraban en cereales un salario regular, tomado a veces directamente de las rentas de un templo, y adjudicaciones de pescado, legumbres y otros alimentos. Intercambiaban entre ellos pequeños bienes y pequeños servicios y dirimían sus problemas entre sí (excepto si hay que recurrir al veredicto del oráculo de un dios local). Gozaban de un nivel de vida bastante satisfactorio y de una posición social bastante elevada para que la comunidad decidiese recurrir a la huelga en caso de retraso en el pago.

LOS SERVICIOS ADMINISTRATIVOS

La organización y el reparto de la población, la gestión del orden público y el control de toda actividad correspondía a los cuadros administrativos dependientes bien del príncipe —el faraón o, durante los períodos de división, de los jefes locales—, o bien de los templos. Esos cuadros son reclutados entre los escribas, siendo el conocimiento de la escritura la puerta de toda erudición, de toda técnica superior (a los interesados les gustaba ensalzarlo en sus *Sátiras de los oficios* y en sus ensayos epistolares) y, por consiguiente, fuente potencial de poder y de confort. Esos escribas, depositarios de la cultura profana y religiosa, mandan en todas las actividades profesionales; incluso son oficiales de las fuerzas armadas en el Imperio Nuevo. Y pueden ser ingenieros, agrónomos, contables, ritualistas, y muchos acumulan varias competencias. Instruidos con cierta severidad, profesan una moral frecuentemente alta, cargada de intenciones benévolas y de cierto desprecio hacia lo vulgar, de respeto al orden social tenido como la perfecta expresión de la armonía universal. Igual que ellos se abstienen de toda prevaricación, conforme a principios reafirmados con demasiada frecuencia, disfrutan de recursos proporcionados según su rango en la jerarquía (siendo muy amplio el abanico de las remuneraciones, al menos bajo la XII dinastía) [12]: dotaciones en tierras, salarios en especie, beneficios sacerdotales tomados de las rentas regulares y de las ofrendas reales en los templos, regalos honoríficos o funerarios recibidos directamente del soberano. Los de más alta categoría disfrutan de gran boato en este mundo y en el otro, y sus riquezas, sin hablar de su influencia, les proporciona una clientela.

Los elencos de títulos y genealogías muestran claramente que no había una casta de «escribas» distinta de otra de guerreros y de otra de sacerdotes. La clase dirigente es una y se confunde con la función pública. Todo buen alumno normalmente puede acceder a los empleos y llegar muy lejos si su competencia y su celo le hace ser distinguido por el rey, único árbitro teóricamente en materia de promoción social. Sin embargo, es normal transmitir una parte, al menos, de sus funciones a los hijos y no debemos dejarnos engañar demasiado por una fraseología que presenta engañosamente a todo funcionario como alguien a quien el rey ha sacado de la nada. Conocemos familias de grandes empleados y en la Tebas del primer milenio, se puede ver a algunas que comparten los puestos y a sacerdotisas de la «casa de Amón» en una época, hay que decirlo, en la que el derecho a la herencia adquiere una importancia considerable.

[11] Bibliografía en D. Valbelle, 1974.
[12] Texto característico, G. Goyon, París, 1957.

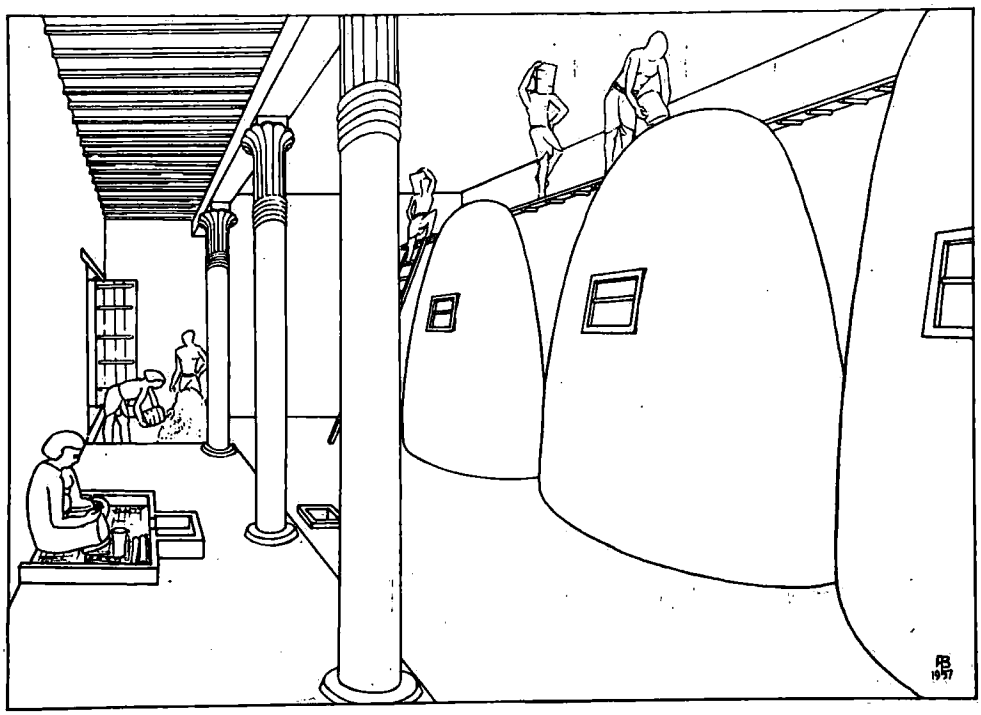
La historia faraónica parece que ha seguido el ritmo de la lucha entre el alto funcionariado, tendiendo a constituirse en poder hereditario y autónomo, y la monarquía aferrándose por conservar el control de los nombramientos. El Imperio Antiguo desaparece así cuando se afianzan, en las provincias del sur, las líneas de «grandes jefes» o prefectos hereditarios. En el Segundo Período Intermedio, los altos cargos se convierten en un bien personal susceptible de ser vendido. El final del Imperio Nuevo llegó cuando el pontificado tebano y el mando militar del sur reunidos llegan a ser patrimonio de una dinastía de sumos sacerdotes de Amón y el período libio verá reproducirse en el Delta el proceso de fraccionamiento que el Alto Egipto había conocido durante el Primer Período Intermedio. Las implicaciones económicas, causa y consecuencia de estas evoluciones, no pueden ser definidas con seriedad. Se recordará que en cada período de debilitamiento del poder central, de disgregación territorial del sistema administrativo, luchas intestinas perturban la tranquilidad de las campañas, y la influencia internacional y la seguridad de las fronteras estarán comprometidas; las construcciones religiosas se hacen cada vez más escasas y más modestas y la calidad de las obras de arte disminuye.

LA ORGANIZACION POLITICA

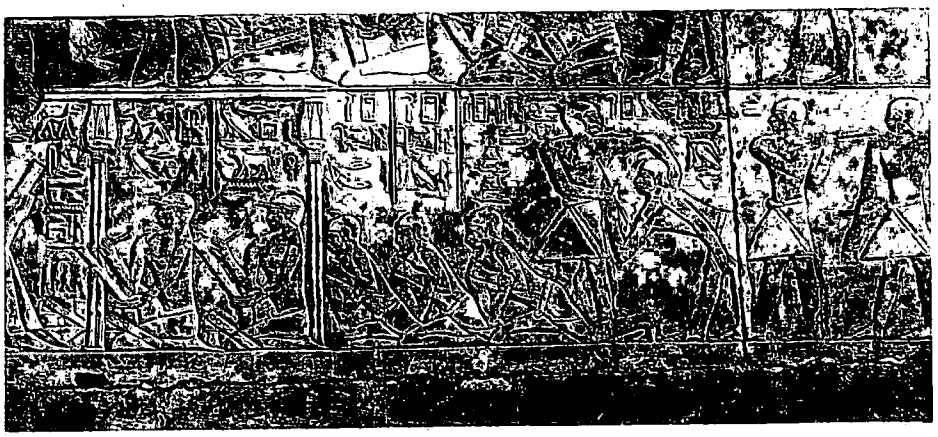
El ideal al que aspira la sociedad egipcia es, pues, una monarquía fuerte, sentida como el único medio de dar al país el impulso necesario para su felicidad. El soberano es la esencia del servicio público: el término «faraón» viene de la expresión *per-aô* que se aplicaba, en el Imperio Antiguo, a la «gran casa» del príncipe, incluida su residencia y sus ministerios y que, en Imperio Nuevo, viene a designar la persona del rey. Este es de otra naturaleza que el resto de los humanos: las leyendas referentes a su predestinación, los cuatro nombres canónicos y los epítetos que él añade a su nombre de nacimiento, el protocolo que le rodea, la escenografía que acompaña a sus apariciones y sus decisiones, la multiplicación infinita de sus imágenes, de sus inscripciones y de sus títulos en los edificios sagrados, sus fiestas de jubileo, el tipo de su sepultura (pirámides menfitas, siringes tebanas), señalan la diferencia. Una de las manifestaciones más evidentes del deterioro periódico del poder y de algunas agitaciones sociales es la adopción por un número creciente de particulares de tumbas [13], temas iconográficos y textos funerarios que antes estaban reservados sólo al rey. Por otra parte, mientras que la práctica monógama parece que predominó entre los humanos, el rey-dios toma ordinariamente varias mujeres; se casa a veces con su hermana y hasta con sus hijas.

La sucesión del poder real es algo misterioso. El traspaso del trono del padre al hijo es seguramente habitual, conforme al modelo dado en el mito por Osiris y Horus, prototipo del hijo que procede a la inhumación de su padre y le venga de la muerte, y el príncipe hereditario da motivo a veces, como en la XII dinastía, a una coronación anticipada del sucesor. Sin embargo, no hay que creer que el derecho de ser rey

[13] El fenómeno de diferenciación del tratamiento póstumo de los reyes, y después el de la usurpación progresiva de los privilegios funerarios del soberano por los particulares se produjo varias veces. El primer ciclo comenzó en el transcurso del Imperio Antiguo, y después fue acelerado por el debilitamiento del poder real durante el Primer Período Intermedio; pero no se puede sostener que se produjese bruscamente en esa época una democratización de los privilegios funerarios.



1



2

• *1. Llenado de los graneros (dibujo) (Fuente: A. Badawy,* A history of Egyptian architecture, *Los Angeles, 1966, fig. 17, p. 36).*

• *2. Rendición de cuentas (Fuente: J. Pirenne, 1961, Fig. 94 [arriba], p. 297. Mastaba de Mererouka, Saqqarah. Fot. Fondation égyptologique Reine Elisabeth, n.° 283).*

encuentra simplemente su fuente en una simple transmisión hereditaria, de varón a varón y por primogenitura. Los pocos soberanos que nos hablan de sus antecedentes insisten sobre la libre elección que sus padres habían hecho de ellos como lugartenientes generales y presuntos herederos (Seti I, Ramsés II, Ramsés III, Ramsés IV). Sin embargo, las fórmulas fraseológicas por las que es recordada la «legitimidad» de un rey son las mismas, ya sea éste el hijo mayor de su predecesor o de un advenedizo. Cada soberano hereda «la realeza de Ra, la función de Sou, el trono de Geb», sucediendo así directamente a los dioses fundadores y ordenadores del mundo; cada uno ha sido «elegido» por el dios de su ciudad de origen. Predestinado a su función, el rey ha sido procreado de las obras mismas del dios solar (mito figurativo de la teogamia) [14] y, en el Imperio Nuevo, la designación o reconocimiento del nuevo rey por el oráculo de Amón, fundamenta la legitimidad del nuevo monarca. Un «derecho divino» directo lo coloca, pues, sobre la legitimidad dinástica. Cada reinado es, en realidad, un nuevo comienzo. Ese es el rito que hace y mantiene al soberano y, cada vez que éste actúa como sacerdote o como legislador, las mismas purificaciones, las mismas unciones y los mismos ornamentos renuevan su «aparición como rey». Asemejado entonces a un dios y adorado, a veces, en vida como un dios verdadero —Amenofis III o Ramsés II, por ejemplo, a través de sus prodigiosos colosos—, el faraón asume una función sobrenatural, no obstante, sin pretender en serio poseer dones sobrenaturales y siguiendo siendo por el contrario, el hombre por excelencia que depende de los dioses y que debe servirlos [15]. Se cuentan cuatro mujeres que llegaron a faraones: curiosamente, las dos primeras (Nitocris y Sobecnofru) marcan el final de una dinastía y las otras dos (Hatsepsut y Tauosré) han sido consideradas como usurpadoras por la posteridad. Eran prodigados honores a las madres, esposas e hijas del rey. Algunas princesas del Imperio Medio y más claramente aún, posteriormente, Tii, primera mujer de Amenofis III y Nefertari, primera mujer de Ramsés II, no recibieron honores excepcionales. La influencia que una Ahhotep, con Amosis, o de una Amose-Nofretari, con Amenofis I, pudieron ejercer sobre los asuntos políticos o religiosos, fue sin duda determinante. La atribución a unas princesas o a unas reinas de la función ritual de «Esposa divina de Amón» señala la misión motora de la feminidad y de la mujer en el culto tributado al dios cósmico. Sin embargo, nada permite descubrir las manifestaciones de un régimen matriarcal en la concepción egipcia de la realeza [16] y, principalmente, la teoría según la cual el derecho dinástico era transmitido normalmente por las mujeres entre los Amosidas está lejos de ser demostrada.

El estudio de los títulos de grandes y pequeños funcionarios, y de algunos textos legislativos y administrativos que han llegado hasta nosotros, permite hacerse una idea más o menos exacta de la organización de los servicios: gobierno de los nomos; jerarquía y reparto de las obligaciones del culto de los sacerdotes; administraciones reales o sacerdotales de las tierras arables, del ganado, de las minas, de los graneros, de los tesoros, de los transportes fluviales, de la justicia, etc.; organigramas cultos, ya que no rigurosos, —que variaron evidentemente según las épocas—, prueban una ciencia refinada de la gestión, importantes técnicas de secretariado y de contabilidad

[14] H. Brunner, Wiesbaden, 1964.
[15] G. Posener, París, 1960.
[16] Datos útiles en B. Gross-Mertz, 1952.

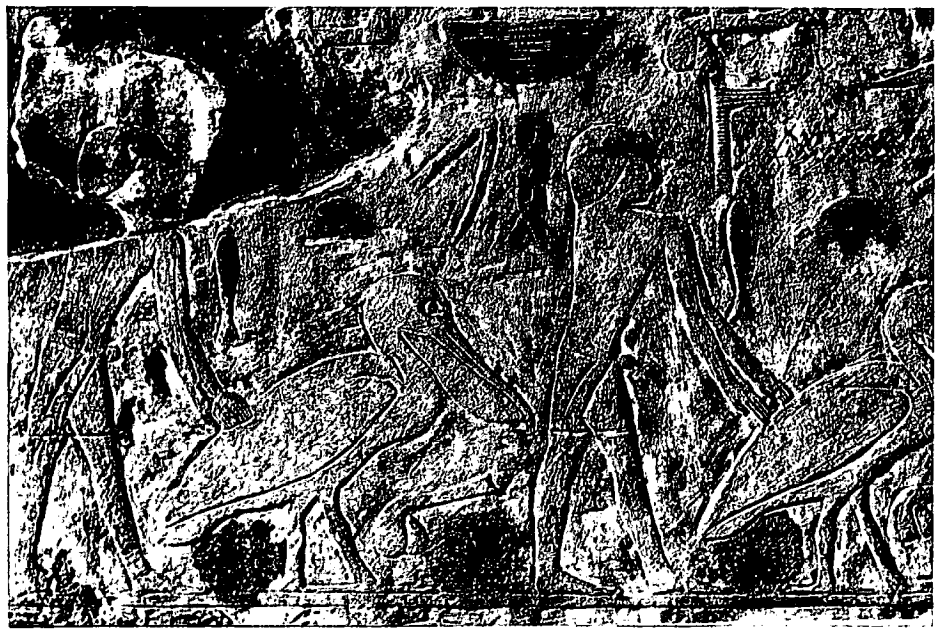
(firmas, confirmaciones, tableros cuadriculados, etc.). Ese papeleo agobiante no por eso fue menos eficaz. Egipto debió, sin duda, su poder exterior tanto a su avanzada organización como a su agresividad, y sus realizaciones monumentales, que han desafiado el tiempo, son ciertamente debidas al arte con que sus escribas tenían que manejar a gran escala el trabajo humano y los materiales pesados.

A la cabeza del conjunto de los servicios está el *tjaty*, o «visir», según una designación tradicional en egiptología. Ese primer ministro responsable del orden público, es comparado al dios Thot, «corazón y lengua del Sol Ra», es ante todo la más alta instancia judicial del Estado ante el faraón y el ministro de Justicia. Algunos visires, que mantuvieron su cargo durante varios reinados consecutivos, debieron influir en la vida política del país. Sin embargo, el tjaty (o los dos tjaty en el Imperio Nuevo) no era el único consejero del rey, ni siquiera necesariamente el primero. Muchos dignatarios se enorgullecen de haber sido recibidos a puerta cerrada por su soberano o de haber sido elegidos para misiones extraordinarias y, en la época imperial, el gobernador de Nubia, «hijo real» honorario, depende directamente del faraón y es casi soberano en su territorio. A decir verdad, no parece que el poder político de los ministros se haya reflejado realmente en la jerarquía administrativa. Algunas personalidades, el escriba de reclutamientos Amenotep, hijo de Hapu, un arquitecto que progresivamente fue elevado al rango de los dioses por su sabiduría, o también el pontífice de Ptah, Khamuas, uno de los numerosos hijos de Ramsés II [17], fueron, sin duda, tan influyentes como los visires contemporáneos. El radical despotismo de la monarquía faraónica otorgaba al Alto funcionariado el cuidado de solucionar los conflictos políticos mayores: la proscripción de la memoria de diversos altos funcionarios —no sólo un Senmut y las demás familias de Hatsepsut, sino personajes que habían servido a los soberanos menos discutidos (dos príncipes reales y el virrey de Nubia Usersatet bajo Amenofis II) es el mudo testimonio de crisis gubernamentales.

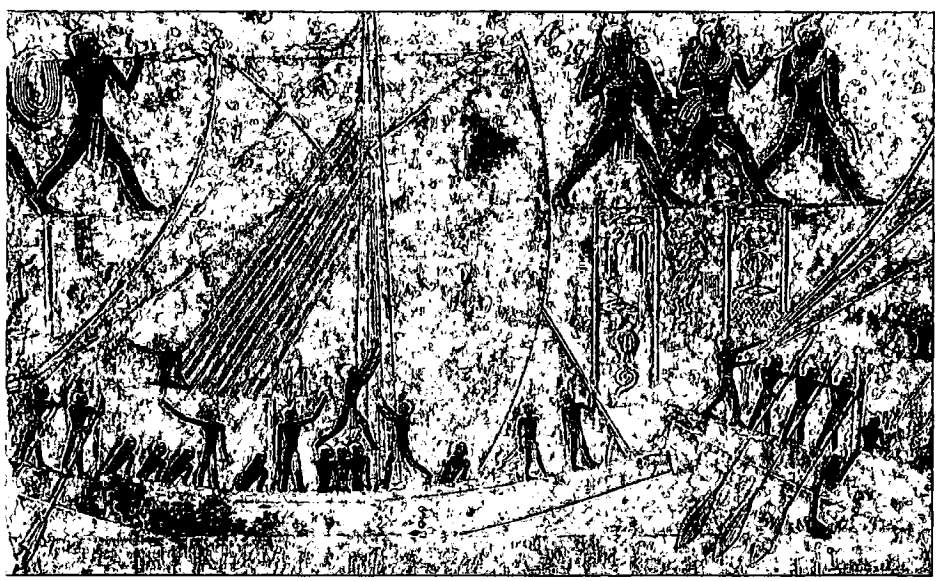
LA ORGANIZACION MILITAR

El rey es responsable de la seguridad nacional. Doctrinalmente, todo el mérito de las victorias y de las conquistas le corresponden. Por haber resistido él solo, con su guardia, ante Kadech, Ramsés II sacó de ese hecho, por la imagen y por la literatura, grandes efectos de propaganda, reafirmando la primacía del rey, único salvador por la gracia divina, sobre un ejército del que, no obstante, había nacido su dinastía. Naturalmente, desde el tiempo de las pirámides, el país estaba dotado de un mando, a la vez militar y naval, especializado, y que dirigía unas fuerzas ya acostumbradas a maniobrar y a desfilar de forma disciplinada. Sin embargo, en el III milenio, los pueblos de las regiones vecinas, no dejan de sufrir serias amenazas. Los razzias despueblan fácilmente a Nubia en provecho de Egipto: triunfales paseos, por los que se levantan en masa las poblaciones rurales, bastan para intimidar y expoliar a las poblaciones sedentarias de los confines libios y asiáticos, mientras que los «cazadores del desierto» controlan los movimientos de los beduinos famélicos. Lo mejor que conocemos de los militares menfitas se refiere a su participación en las actividades de

[17] Sobre ese personaje, tesis reciente de Farouk Gomaa, 1973.



1



2

• *1. Pelícanos domesticados (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, fig. 61 [arriba], p. 188. Bajorrelieve en el Museo de Berlín).*

• *2. Operaciones navales (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, fig. 74-75, p. 220-221. Mastaba de Akhet-hetep, Museo del Louvre. Fot. Archivos fotográficos, Paris).*

interés económico y en los grandes trabajos de construcción. Los «equipos de jóvenes reclutas de élite» que sirven de guardia al rey escoltan el transporte de piedras destinadas a las pirámides y algunas grandes expediciones hacia las minas del Sinaí o hacia las canteras orientales. Un cuerpo paramilitar especializado, los *sementi* [18], hace prospecciones y explota las minas de oro en los desiertos y en Nubia, en tanto que los «intérpretes» marchan lejos a negociar o arrancar la adquisición de productos asiáticos o africanos. Con el Primer Período Intermedio, la división del reino en principados rivales, modifica la organización militar: a los acompañantes personales del príncipe y a los contingentes de los nomos, se añaden unos auxiliares de choque, reclutados entre los nubios o entre los aâmou asiáticos. Dos rasgos específicos, ya puestos de manifiesto en el III milenio, caracterizarán siempre a los ejércitos faraónicos: la participación de las tropas en las grandes empresas económicas o monumentales, como oficialidad o como mano de obra; el recurso a tropas frescas y aguerridas reclutadas entre los extranjeros. Militar de buen grado por su sentido del orden y el gusto por el prestigio, Egipto se siente con espíritu poco guerrero.

El Imperio Nuevo, a buen seguro, época de grandes conflictos internacionales conocerá un desarrollo, hasta entonces desconocido, del ejército profesional, dividido en dos armas, de carros y de infantería, subdividido en grandes regimientos de tropas, mandados por una jerarquía compleja y servidos por una importante burocracia, vasta estructura que hizo frente a los imperios y a los principados de Asia y parece que solucionó la crisis abierta por la herejía atonista. Los soldados reciben pequeñas propiedades y, bajo los Ramsés, numerosos cautivos, nubios, sirios, libios, y pueblos piratas del mar, serán incorporados y dotados favorablemente. A pesar de su adaptación bastante rápida, los libios (reforzados quizá por invasores del mismo origen) se constituirán en fuerza autónoma y acabarán por hacer de su gran jefe un faraón. Por tanto, este Egipto de los guerreros mesues no sabrá adaptarse a la renovación de las técnicas militares, mientras que Asiria se organizaba en una formidable máquina de combate. En el nuevo choque de los imperios, los reyes saítas, más bien que depender de esos guerreros, se apoyaron sobre nuevos colonos militares, reclutados entre los jonios, los carianos, los fenicios y los judíos. En fin, en las guerras finales el Imperio persa, los últimos faraones indígenas, como por otra parte, sus adversarios, reclutaron unos mercenarios griegos reunidos por aventureros cosmopolitas. La desproporción del aparato defensivo nacional, que no disipó ni el mito ancestral del faraón triunfador único, ni la nostalgia de las conquistas pasadas *(Gesta de Sesostris)*, ni el recuerdo agradable de las guerras intestinas *(Ciclo de Petubastis)*, fue el punto débil de un Egipto renaciente en el que por lo demás, ni la economía, ni la cultura habían caído en decadencia.

REPRESENTACIONES RELIGIOSAS Y MORALES

LOS MITOS

Una cierta grandeza, una probable debilidad, de la civilización faraónica reside en la imagen espléndida que Egipto se hizo del mundo y de las fuerzas que lo rigen,

[18] Sobre ese grupo poco conocido de buscadores de oro, J. Yoyotte, 1975, págs. 44-45.

imagen coherente que se manifiesta en sus mitos, sus ritos, sus artes, su fraseología y su literatura sapiencial. Debe ser recordado un rasgo de esa mentalidad egipcia que explicará por qué la exposición sucinta y parcial que vamos a leer de la mitología faraónica no proporcionará ni jerarquía clara o genealogía del panteón, ni cosmogonía y cosmografía sistemáticas. Para aprehender una fuerza, una realidad natural, la poesía mítica acepta todas las imágenes y todas las leyendas legadas por la tradición. Puede haber varios dioses únicos: el cielo es un techo líquido, el vientre de una vaca, el cuerpo de una mujer, una cerda, etc. Así, existieron varias visiones de la génesis del universo, que fueron combinadas de diversos modos en las grandes síntesis elaboradas locamente en el transcurso de los tiempos y cada una de las cuales podía ser reactualizada al estado puro en la culminación de un acto ritual determinado, al que aquella confería una dimensión cósmica. Grandes rasgos son comunes a cada sistema. El mundo actual está organizado y mantenido por el sol, después de que la diosa (Methyer, Neith) que nadaba en el Nun, aguas preexistentes, o también después de que un conjunto de dioses caducos (el Ogdoade o los «dioses muertos» en Edfú y en Esna), o después de que la primera tierra emergida (Ptah-Totenen) hubieron preparado la manifestación de ese demiurgo que existía, virtual, «inerte», en el seno del caos. Este ha desencadenado el proceso generador con la ayuda de Su Mano, primera diosa, y se multiplicó en parejas sucesivas: Sou (la atmósfera) y Tefnut, fuerza de llama, los dos seres leoninos, Geb (la tierra) y Nut (el cielo) y, poco a poco, todos los miembros de las Ennéadas, más exactamente de las pluralidades divinas, proceden de él. La estructura actual del cosmos, querida por el demiurgo, es montada y completada por su verbo, por la concreción de los sonidos y así es, principalmente, cómo los hombres *(romé)* han salido de sus lágrimas *(ramé)*, como por otra parte también los peces *(remu)*.

La fuerza de la divinidad solar, una radiación vital pero que puede ser destructora, es el «Ojo de Ra», entidad femenina que se confunde en ocasiones con la diosa por quien se realiza la procreación de las criaturas, cuando el dios se desdobla, y la cual, compañera e hija a la vez, se manifiesta en la cabellera y en las coronas reales y puede aparecer bajo las apariencias de una cobra, de un león, de una antorcha o del incienso que el fuego abrasa. La génesis que no hace más que arrojar al exterior las primeras tinieblas, se renueva prácticamente cada día a la salida del sol. Cada día, como en sus orígenes, el creador debe enfrentarse con unas fuerzas hostiles: el dragón Apopis que amenaza con secar el río celeste, o bloquea la marcha del astro por la acción de su ojo maléfico [19], la misteriosa Tortuga y los «enemigos» innominables que se desencadenan en Oriente. Ante cada aparición matinal, el sol debe lavarse también en los estanques de las orillas del mundo y purificarse de la noche y de la muerte. Envejece en el transcurso de su periplo diurno y se regenera misteriosamente, mientras a lo largo de la noche se desliza sobre otro río en otro mundo. En el Imperio Nuevo, fantásticas composiciones, tales como el *Libro del Amduat* o el *Libro de los Porches*, simbolizaron las fases de esa regeneración física de las «carnes» de Ra, describiendo las orillas frecuentadas por divinidades auxiliares, por formas y fuerzas enigmáticas, por bienaventurados y condenados.

Ese mundo es muy precario. Por la noche, la luna, segundo Ojo divino, se convierte en otra, pero no deja de decrecer, atacada por el cuchillo de un dios terrible,

[19] Ese tema mitológico ha sido publicado recientemente por J. F. Borghouts, 1973, págs. 114-150.

Thot o Chonsu que se identificará después púdicamente con el astro mismo [20], o también por Seth, un cerdo, un órix... Diversas leyendas, por otra parte, refieren que el Ojo derecho, la diosa incandescente, huye lejos del sol y debe ser recuperada. Una de ellas, explícitamente, une esa escapada con una operación de aniquilamiento lanzada contra la humanidad que conspiraba contra Ra. Un buen día, en efecto, la «rebelión» nació aquí abajo y los hombres perdieron entonces su primera igualdad [21]. Periódicamente también, la ira del Ojo de Ra se despierta, esa «poderosa» Sekhmet aflige a los humanos con enfermedades y el Nilo insuficiente se añade a las «calamidades del año».

Ra ha perdonado a los hombres su rebelión y les ha dado la magia para asegurar su supervivencia, pero se ha alejado de ellos. Una dinastía divina ha reinado sobre ese mundo. En aquellos tiempos, Seth mató a Osiris quien, resucitado por los cuidados de Isis y de Anubis, el embalsamador, se convierte en el modelo de todo rey difunto y, por extensión, de todo difunto. El es también la imagen cotidiana del sol que muere al atardecer y la linfa salida de su cadáver es recibida por el agua que sube anualmente (una imagen entre otras de la crecida del Nilo). Sokar-Osiris es también la semilla que se entierra y que germina. Seth, proscrito de las tumbas y de los santuarios de Osiris, sigue siendo durante mucho tiempo un dios venerado, brutalidad vital, entidad tormentosa, auxiliar de Ra contra Apofis, desorden necesario al orden [22]. Sólo hacia el final del siglo VIII antes de la era cristiana es cuando un fervor nuevo saca a Osiris y a Isis de la esfera funeraria donde su mito fundamentaba la supervivencia, Seth fue degradado al rango de Apofis y tratado como personificación del Mal y como patrón de los invasores.

La armonía supone la unidad; la unidad, siempre precaria, requiere la reunión. Seth rival de Horus, hijo de Osiris, es su indispensable contrapartida. Según la primera tradición, todo rey reúne en su persona a Horus y Seth reconciliados, lo mismo que deben ser reunidas las dos mesetas del norte y del sur o también la tierra negra del valle y la tierra roja del desierto. El mito según el cual el ojo de Horus ha sido arrancado por Seth y cuidado por Thot soportará muchas glosas rituales que asemejan a la recuperación del ojo curado *(udjat)* toda ofrenda, toda adición de semilla nutricia y la luna misma, y en cierto modo todo lo que debe ser completo para asegurar la plenitud y la fecundidad.

Al orden divino responden no sólo la estructura y los ritmos del mundo físico, sino un orden moral —la *Maât*— norma de verdad y de justicia que se consolida cuando Ra triunfa ante su enemigo y debe imponerse, para la felicidad de los hombres, en el funcionamiento de las instituciones como en los comportamientos individuales. «Ra vive de Maât». Thot, dios de los sabios, contable de Ra y juez entre los dioses es «feliz por Maât» [23].

---

20 Elección de textos en G. Posener, S. Sauneron y J. Yoyotte. Sobre el aspecto arcaico de los dioses lunares, G. Posener.

21 A. de Buck, Chicago, 1961, págs. 462-464.

22 H. Te Velde, 1967.

23 Algunos textos ponen en paralelo la alteración de la naturaleza y la perturbación del orden político y social. Sin embargo, Maat es una noción moral y judicial y, a pesar de una teoría bastante extendida, no es evidente que ese concepto englobe el orden físico del mundo.

LOS DIOSES

Todas las doctrinas y todas las imágenes que acabamos de ver son encontradas en todos los templos. Los himnos que cantan los atributos cósmicos y la maravillosa providencia del dios iniciador repiten los mismos motivos, ya se trate de una diosa primordial como Neith, de un dios-tierra como Ptah, o también de Amón-Ra, de Khnum-Ra, de Sobek-Ra. Los grandes mitos —el Ojo de Ra, el Ojo de Horus, la pasión de Osiris— así como las prácticas rituales fundamentales son comunes en todos los centros. Sin embargo, son dioses diferentes, que poseen su propio nombre, su imagen tradicional, sus manifestaciones animales, sus dioses asociados, que son los «señores» de las diferentes ciudades: Khnum en Elefantina, en Esna y en otras partes, Min en Coptos y Akhmim, Montu en Hermonthis, Amón en Tebas, Sobek en Sumenu, en Fayum y otros lugares, Ptah-Sokar en Menfis, Ra-Harakhtè-Atum en Heliópolis, Neith en Sais, Bastet en Bubastis, Uadjyt en Buto, Nekhbet en El-Kab, etcétera, y los numerosos dioses locales que llevan por sobrenombre Horus, las numerosas diosas que son Sekhmet temibles o amables Hathor. ¿Antiguamente se habían repartido a través del territorio figuras que estaban asociadas a mitos más o menos olvidados? Es posible. En cualquier caso, la existencia prehistórica de diferentes religiones locales podría explicar para muchos el politeísmo que prolifera en una religión cuya unidad es manifiesta. Parece que esa religión tiende, por medio de identificaciones, a reducir esa pluralidad a unos tipos: un dios supremo, generalmente solar y con frecuencia identificado explícitamente con Ra (Amón-Ra, Montu-Ra, Haroeris-Ra, etc.); una diosa-compañera que es el Ojo de Ra (Mut = Bastet = Sekhmet = Hathor, etc.); el dios-hijo combatiente del tipo Horus-Onuris; un dios muerto del tipo Osiris (Sokar, Seth, etc.). Los teólogos del Imperio Nuevo presentaron cada ciudad «inicial» como una estación a la que el demiurgo había visitado en el curso de una génesis itinerante, y consideraron que los tres primeros dioses del Estado, Amón aéreo, Ra solar, Ptah de los lagos salados, eran tres manifestaciones cosmográficas y políticas de una sola y misma divinidad. El laberinto dédalo de los problemas teóricos planteados por un panteón multiforme fue el tema de muchas especulaciones teológicas y hasta filosóficas: Ptah concibiendo en «su corazón que es Horus» y creando por «su lengua que es Thot»; Sia, «el conocimiento» y Hu, «el orden», atributos mayores del sol; las cuatro Almas que son Ra (fuego), Sou (aire), Geb (tierra) y Osiris (agua); la incognoscibilidad y la infinitud de Dios que es cielo, la tierra, el Nun y todo lo que está entre ellos», etc. Un sentimiento vivo de la unidad divina predominó entre los intelectuales y letrados, a partir al menos del Imperio Nuevo, ese sentimiento que acompaña a una fe que veneraba, como tantas aproximaciones de lo inefable, a los mitos, los nombres y los ídolos de todos los dioses del país. La gestión del famoso Akenatón, que no quiso reconocer como dios verdadero más que al único disco visible del sol, sigue en la línea recta del pensamiento egipcio. Y que es herejía por el modo cómo trastorna una tradición que, al formar parte del misterio, aceptaba y conciliaba todas las formas de piedad y de pensamiento.

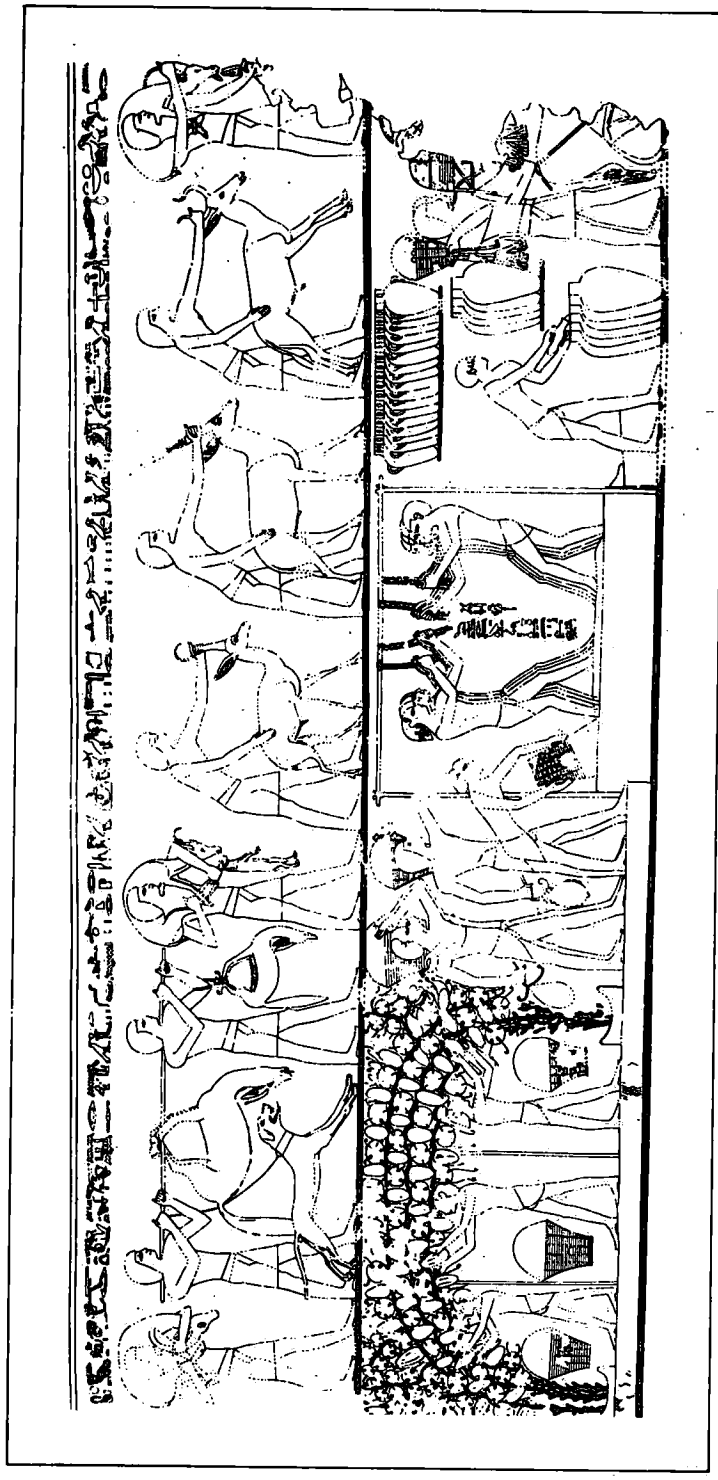
EL TEMPLO

Todos los dioses han creado su ciudad, todos conservan sus dominios y, más allá de sus dominios, a Egipto entero. El rey, simultáneamente, se ocupa de todos los

dioses. Heredero del sol, sucesor de Horus, a él le incumbía mantener el orden providencial y para eso, conservar los seres divinos, amenazados ellos mismos por eventuales retornos del caos, desviar las cóleras de la diosa, recurrir a la perpetua colaboración de lo divino para que sean garantizados los ciclos del año, la subida del Nilo, el crecimiento normal de las plantas, la multiplicación del ganado, la neutralización de los rebeldes, la seguridad de las fronteras, la alegría de vivir y el reinado de Maât entre sus súbditos. Para hacer eso, una ciencia sagrada recurre a la magia del verbo y del gesto, a la magia de los escritos y de las imágenes, a la de las formas arquitectónicas y a todos procedimientos en curso para asegurar la supervivencia de los difuntos. Las ceremonias, ejecutadas por los sacerdotes iniciados, acompañan los gestos rituales con fórmulas verbales que refuerzan el efecto apremiante por medio de referencias conjuratorias a los precedentes míticos. Para presentar esos ritos, y para escribir esos textos sobre los muros de los templos, se fija su acción de un modo duradero. Asimismo, al multiplicar en los recintos sagrados las estatuas del rey y las imágenes de los particulares, se les permite, para siempre, servir al dios, ser sus comensales y recibir de él un aumento de fuerza vital. Del templo, el arquitecto hace un modelo reducido del universo, cuya perennidad él asegura: su pilón es la montaña de Levante, su oscuro Sanctasantorum es el lugar donde duerme el sol, sus columnas son la marisma primordial de donde emergió la creación y el basamento de sus muros es la tierra de Egipto. Con sus jardines y edificios de servicio, el templo está aislado, por un alto muro de ladrillos, de las impurezas que podrían mancillar lo divino; los oficiantes y los privilegiados que son admitidos en el témenos son obligados a purificaciones y prohibiciones alimenticias, del vestir y sexuales. Para que el culto sea efectivamente asegurado por el faraón, unos cuadros grabados sobre los muros lo representan cumpliendo los diversos ritos, y presentando, en largos desfiles, los nomos de Egipto, las fases de la crecida y las divinidades menores que presiden las diferentes actividades económicas. A lo largo de cada día, el ídolo, dicho de otro modo, la forma por la que se puede comunicar con el dios, es purificada, incensada, vestida, alimentada y ampliamente invocada: himnos que exhortan a estar alerta, reafirman su poder providencial y solicitan su acción bienhechora. Durante las grandes fiestas, el dios sale en procesión para renovarse de energía divina al contacto con los rayos solares, para visitar las tumbas de los reyes muertos y de los dioses caducos y para reactualizar los acontecimientos míticos por los que el mundo ha sido formado [24].

El templo es, ante todo, una fábrica en la que el rey, acompañado por sacerdotes iniciados, practica una alta magia de Estado para asegurar la buena marcha de las cosas (en primer lugar, para asegurar la alimentación de su pueblo). Por lejanos que estén los dioses, esos motores del mundo, no por eso son menos sentidos como unos seres personales, próximos a cada mortal. En el Imperio Nuevo llegó a ser corriente ir a rezarles ante las puertas secundarias de los templos, en oratorios de aldea o en los restos de monumentos antiguos, donde se siente su presencia (la gran Esfinge de Gizeh principalmente fue tenida como un ídolo, junto con sol y con Huru, dios curador, tomado de los cananeos). Son grabados himnos sobre pequeñas estelas para

[24] Nuestros conocimientos del simbolismo de los templos y de su decoración así como de su funcionamiento ritual se funda en los grandes monumentos construidos y decorados en las épocas griega y romana (Edfu, Ombos, Dendara, Filae, etc.). Para una información general, cf. S. Sauneron y H. Sterlin, París, 1975.



• *Vendimia y prensado (Fuente: N. de G. Davies,* The Tomb of Rekh-mi-rè at Thebes, 1943, v. II, pl. XLV. Fotografía: The Metropolitan Museum of Art. Nueva York).

manifestar la confianza que unos simples mortales tienen en el dios de su ciudad, y en el gran Amón mismo, «juez imparcial, que va hacia el que le llama, que escucha las súplicas», y se imploran humildes gracias para su salud o sus negocios. En todo momento, por otra parte, los nombres propios nos enseñan que todas las capas de la población suplican el patronazgo directo de las principales divinidades. En resumen, a pesar de su carácter específico y de un clero celoso de los secretos en los que residía la vida de la nación, la religión egipcia fue singularmente acogedora. Ella anexionó en el Imperio Nuevo las divinidades siro-palestinas, hizo de Bes, genio protector de las mujeres y de los bebes, un habitante del Sudán oriental, aceptó e hizo egipcio a Dedún, señor de Nubia, reconoció a Amón en el dios-carnero de los nubios e implantó profundamente el culto del dios tebano en el país de Kush, identificó más tarde sus dioses con los del panteón helénico y, en las campañas, ganó el corazón de los colonos griegos en la época lagida.

Sin embargo, la identificación de la tierra egipcia y del mundo organizado informaba singularmente sobre la idea que los súbditos del faraón se hacían de las naciones exteriores. Pueblos africanos y semitas, ciudades y monarquías eran asimilables a fuerzas del caos, siempre dispuestas a subvertir la creación (¡la escritura jeroglífica caracteriza a todo país extranjero como un desierto montañoso!). A ambas partes de las puertas, en los templos, dos tableros colocados de frente, muestran al sur el rey triunfante de los nubios, y al norte el rey triunfante de los asiáticos[25]. Esas imagenes aniquilan mágicamente, en las entradas del microcosmos, a los «rebeldes» que amenazan el orden; en el Imperio Nuevo, las grandes representaciones que serán esculpidas en las paredes exteriores, para mostrar las campañas victoriosas y los botines ofrendados al dios, no harán más que ilustrar, por medio de anécdotas históricas, la cooperación permanente del soberano y de la divinidad en el mantenimiento del equilibrio universal. Existe un rasgo de mentalidad interesante y que matiza el «patriotismo» del dogna: los ritos de maleficio dirigidos contra los príncipes y pueblos de Asia, de Nubia y de Libia no intentan tanto aniquilarlos como privarlos de intenciones hostiles.

LA MORAL

Una armonía perfecta ha sido creada y el rey está allí para conservarla. El ideal se sitúa, pues, «en tiempos de Ra» y los sacerdotes de la Baja Epoca imaginaban incluso un tiempo pasado en la que las serpientes no mordían, las espinas no se clavaban y los muros no se hundían, mientras que Maât reinaba sobre la tierra[26]. El régimen perfecto no es una utopía que se pretende realizar por medio de nuevas reglas que conviene inventar; dicho régimen se sitúa en los orígenes y es actual desde el momento en que se le conforma con Maât. Es decir, que la moral que profesan las *Enseñanzas* redactadas por altos funcionarios menfitas (Djedefhor, Ptahhotep) y por diversos escribas de las épocas ulteriores (Ani, Amenemope), así como las instrucciones grabadas en los templos tardíos en honor de los sacerdotes, es fundamentalmente conformista y la pedagogía no tendía apenas a desarrollar las facultades de invención.

[25] Ch. Desroches-Noblecourt y Ch. Kuentz, El Cairo, 1968, 49-57 y notas 178-189, págs. 167-168.
[26] E. Otto, Paris, 1969, págs. 93-108.

Los textos en los que alguien habla de sus hallazgos son muy poco numerosos, con relación a las autobiografías convencionales y a las fórmulas convenidas. El talento de los numerosos escultores que supieron realizar una personal aceptando con toda naturalidad las obligaciones tradicionales es más que edificante.

La ética en curso clasifica en el mismo plano las virtudes propiamente dichas y las cualidades intelectuales, el decoro y la rectitud, la impureza física y la villanía. Fundada sobre una psicología desengañada, preconiza la sumisión a los superiores y la bondad hacia los inferiores. Está admitido que el éxito social es la consecuencia habitual de la virtud y del mérito, y aunque la noción de una retribución póstuma de los actos se desarrolló muy pronto, las artimañas mágicas, manifestadas por medio de las fórmulas funerarias, para escapar al tribunal divino marcan los límites. Se presta una gran atención a la educación del comportamiento: no hablar demasiado, permanecer tranquilo en los gestos, ponderado en las acciones, ideal que las estatuas egipcias expresan a la perfección. Todo exceso es perjudicial: el iracundo perturba a los demás y se perjudica a sí mismo. Algunos sabios, sin embargo, introducen en sus reflexiones una viva religiosidad íntima y revelan una aspiración a la superación individual. Vale más un corazón recto que cumplir formalmente los ritos. En Dios es donde se encuentra el «camino de vida». La deuda de la sabiduría bíblica respecto a la cultura egipcia no debe ser subestimada. Aunque ésta se refiere más frecuentemente a necesidades de orden social que a una comprensión caritativa, la preocupación por el otro es grande. Los reyes y los escribas nos han dejado buenas lecciones de moral social: cuidar igualmente los intereses del rey y los del pueblo, no favorecer al fuerte en detrimento del débil, no dejarse corromper, no engañar en los pesos y medidas. Egipto desarrolló también la noción de dignidad humana: «no usad la violencia con los hombres (...), ellos han nacido de los ojos de Ra, ellos han salido de él»; en uno de los célebres cuentos del *Papiro Westcar,* un mago rechaza realizar una experiencia peligrosa con un prisionero «porque está prohibido actuar así en contra del rebaño de Dios».

El cuadro que la ideología oficial traza del orden ideal correspondía, en resumen, al que el país ofrecía cuando las Dos Tierras estaban debidamente unidas y una monarquía fuerte con una administración concienzuda aseguraban la prosperidad y la tranquilidad general. Con el Primer Período Intermedio, las guerras civiles, las infiltraciones de bárbaros y el cambio brusco de las condiciones despertaron la angustia. «Se realizan cambios, y esto ya no es como el último año». Es preciso encontrar «palabras nuevas», para hablar como el escritor Khakheperrê-sonb, dice Ankhu en sus *Charlas,* para expresar acontecimientos inauditos. Así nació un género pesimista del que procede principalmente la *Profecía de Néferti,* quien evoca la crisis que pone fin a la XI dinastía y las *Admoniciones* del jefe de los cantores Ipu-ur, en vísperas de la época hicsa [27]. Néferti y más tarde el *Oráculo del Alfarero* y los diversos cuentos relativos a la expulsión de los *Impuros* no desaprueban la subversión de Maât más que para hacer resaltar el triunfo final del rey-salvador y del orden. En cambio, el *Diálogo del Desesperado con su alma* viene a poner en duda la utilidad de los ritos funerarios, mientras que *Cánticos del Arpista* invitan a aprovechar el buen tiempo. A veces las declaraciones hedonistas se deslizan en unas composiciones convencionales. La literatura profana, mejor conservada, revelaría un mundo de pensamiento más

[27] Cf. J. Van Seters, 1964, págs. 13-23.

diversificado del que aparece sobre la piedra de las inscripciones reales y sacerdotales. Algunos cuentos, los cantos de amor y detalles cómicos esmaltan en las capillas funerarias las escenas de la vida privada, y los esbozos alegres que los dibujantes realizan sobre vasijas, revelan a fin de cuentas, más allá del conformismo faraónico, un pueblo feliz, hábil, humorista, amistoso, tal como ha seguido siendo.

EL DERECHO

La religión y la moral insisten, como hemos visto, en el mantenimiento de una disciplina total que beneficia a la comunidad de los súbditos considerada en su conjunto y bajo la exclusiva acción, en la administración y en los ritos, de la persona real. El arte mismo se interesa más por lo general que por lo individual, por el tipo ejemplar que por la espontaneidad individual. Es por tanto más sorprendente comprobar que el Derecho faraónico fue completamente individualista. Frente a las decisiones reales, al procedimiento y a las sanciones, hombres y mujeres de toda clase parece que fueron jurídicamente iguales. La familia está restringida al padre, a la madre y a sus hijos menores y la mujer goza de iguales derechos en materia de propiedad y de acción. En conjunto, la responsabilidad es estrictamente personal. La familia extensa o prolongada no tiene consistencia legal y el estatuto de un hombre no se define en función de su linaje. En el terreno del Derecho, el Egipto faraónico se diferencia claramente con relación al Africa tradicional y anticipa singularmente las sociedades europeas actuales.

CREENCIAS Y PRACTICAS FUNERARIAS

El mismo individualismo reinaba en las creencias y prácticas relativas a los destinos póstumos. Cada uno, según sus recursos, provee a su supervivencia, a la de su consorte y a la de sus hijos en caso de muerte prematura. El hijo debe participar ritualmente en los funerales de su padre, y en caso de necesidad, asegurar su sepultura. El ser humano (o divino) además de su cuerpo carnal, reune varios componentes —el *ka*, el *ba* y otras entidades menos conocidas— cuya naturaleza sigue siendo difícil de precisar y cuyas relaciones recíprocas casi no aparecen. Las prácticas funerarias quieren asegurar la supervivencia de esas «almas», pero un rasgo importante de la religión egipcia es haber unido esa supervivencia a la conservación del cuerpo mismo, recurriendo a la momificación, y haber multiplicado las disposiciones para que los difuntos puedan disfrutar de una vida al menos tan intensa y feliz como en este mundo. Una tumba está compuesta de una superestructura abierta a los supervivientes y un panteón que el difunto ocupará, acompañado de objetos mágicos o usuales. Los personajes acomodados conceden, bajo contrato, una renta a sacerdotes profesionales quienes, de padres a hijos, se encargarán de llevar ofrendas alimenticias. Y, como precaución definitiva, el poder apremiante de la palabra y de lo escrito; la magia de las imágenes esculpidas y pintadas será realizada. En la capilla —mastaba o hipogeo— los ritos eficaces del enterramiento y de la ofrenda quedan fijados para la eternidad; otros cuadros reconstruyen las actividades laborales y alegres de un ámbito ideal; estatuas y estatuillas multiplicarán los cuerpos representados. Sobre las tablas

del ataúd, en los pórticos del panteón y en un «Libro de los Muertos» confiado a la momia, serán copiadas las fórmulas recitadas durante la inhumación y conjuraciones que permitan disfrutar de todas sus facultades, escapar a los peligros del Otro Mundo y llegar al destino divino. Como en teología, la doctrina egipcia relativa a los destinos póstumos habrá yuxtapuesto diferentes representaciones, supervivencia como compañero del sol, residencia en el seno de la tumba con despertar matinal, salida del *ba* al aire libre y disfrute de objetos familiares, instalación en maravillosas campiñas cerca de Osiris. En cualquier caso, el que puede disfrutar de una bella sepultura cambiará de condición: es semejante a los dioses, semejante a Osiris, semejante a todos los reyes que son unos Osiris.

Capítulo 4

RELACIONES DE EGIPTO CON EL RESTO DE AFRICA

ABD EL HAMID ZAYED

Con la colaboración de
J. DEVISSE

Sobre semejante tema, es conveniente evitar confusiones, generalizaciones apresuradas y conclusiones sin suficientes fundamentos científicos.

Lo que hoy día se admite comúnmente es que, sobre la base de las investigaciones arqueológicas, en las pruebas decisivas no aparecen contactos entre Egipto y la parte de Africa al sur de Meroé. Eso no impide evidentemente las hipótesis. Pero éstas deben ser consideradas como tales en tanto que numerosos descubrimientos no vengan a darles la consistencia indispensable.

Se ha hablado, hace algunos años, del descubrimiento de objetos egipcios muy lejos, en el corazón del continente. Un Osiris del siglo VII ha sido encontrado en Zaire, en las orillas del río Lualaba, cerca de la confluencia con el Kalunegongo; una estatua que lleva el nombre de Tutmosis III (−1490 a −1468) ha sido encontrada al sur del Zambeze. Pero el estudio crítico de las condiciones en las que esos objetos han sido descubiertos no permiten en absoluto, actualmente, concluir que son significativos de relaciones, en el siglo VII o en el XV, entre Egipto y las regiones consideradas [1].

Se ha recordado que A. Arkell había afirmado la existencia de relaciones entre el Egipto bizantino y lo que hoy es la actual Ghana, aunque a pocos ha convencido.

Naturalmente, eso no significa en modo alguno que se deba, por el argumento *del silencio*, concluir que no han existido relaciones antiguas entre Egipto y el conjunto del continente. En ese terreno, y cualquiera que sea la disciplina básica practicada hay que proceder con un rigor científico que, excluye las aproximaciones y las impresiones aventuradas, para no fiarse más que de las demostraciones materiales que aportan *las series de hechos científicamente establecidos*.

Por ejemplo, se cree encontrar, en algunos sitios, influencias de la civilización egipcia sobre otras civilizaciones africanas. Aunque estuviesen demostradas —que no lo están—, *esas influencias* no aportarían la prueba de antiguos *contactos*. Eva L.R. Meyerowitz ve, en el hecho de que los akán tomaran el buitre por símbolo de la

[1] Cf. J. Leclant, *B.S.F.E.*, 1965, págs. 31-32.

«autocreación», una influencia evidente de Egipto[2]; la misma autora subraya las relaciones entre los dioses Ptah y Odomankoma (akán), que han creado el mundo con sus propias manos, tras haber sido creados ellos mismos, y que ambos son bisexuados. El parecido es interesante[3]; pero no proporciona la prueba de que existan contactos entre el antiguo Egipto, de una parte, y los antepasados de los akán o la región del golfo de Benin, por otra.

Para terminar, muy pronto se consideró que el culto de la serpiente, estudiado en todas las civilizaciones africanas por numerosos especialistas eminentes, podía tener un origen egipcio. En ese terreno como en otros muchos, eso es ceder quizá a las ilusiones del difusionismo y descuidar la observación atenta que las culturas antiguas han dirigido a su alrededor. En resumen, otras hipótesis siguen abiertas: J. Leclant[4] sostiene que se ha tenido tendencia a pensar, a veces, que el culto de la serpiente vendría, a Meroé y tal vez a otras regiones de Africa, de la India.

Una vez señalada la prudencia que conviene adoptar, es lícito estudiar las huellas ciertas, hipotéticas y poco probables, de las antiguas relaciones de Egipto con el resto del continente.

Antes de proseguir hay que observar que, cualquiera que sea la tesis que se adopte finalmente en lo que se refiere al poblamiento del antiguo Egipto[5], el desfase cronológico y tecnológico parece grande entre Egipto y las civilizaciones periféricas[6]. Muy pronto la *cultura egipcia,* aunque técnicamente es totalmente solidaria de Africa, está separada de su entorno occidental y meridional; más aún, es evidente que desconfió de sus vecinos septentrionales cuando éstos se hicieron amenazantes. El Egipto faraónico se siente, culturalmente, *desfasado* con relación a sus vecinos. Su avance —cuyas causas son tan difíciles de discernir— es indiscutible. Desde entonces y progresivamente, aunque muchas solidaridades étnicas permanecen, las diferencias profundas del modo de vida establecen una distancia entre los egipcios y los pueblos vecinos. Sobre todo y si de admite la identidad étnica entre los egipcios y sus vecinos meridionales, es muy importante preguntarse sobre las razones que aclararían, si llegamos a descubrirlas, los límites de adopción de la escritura como instrumento de cohesión cultural y social en el valle del Nilo. El problema, por sí solo, debería llamar la atención de los investigadores. ¿La adopción y el desarrollo del uso de la escritura serían unos hechos unidos a consideraciones «biológicas» y «naturales», un accidente «esencial» unido al «genio de un pueblo», o más simplemente el producto necesario de una cultura en un cierto estadio de su integración política y social?

El Coloquio de El Cairo (1974) ha subrayado la gran estabilidad étnica y cultural de Egipto durante los tres milenios de su vida faraónica. Auténtica «esponja», el Bajo Valle del río ha absorbido, durante más de treinta siglos, las infiltraciones o colonizaciones llegadas de las diversas periferias, excepto en algunos momentos difíciles de

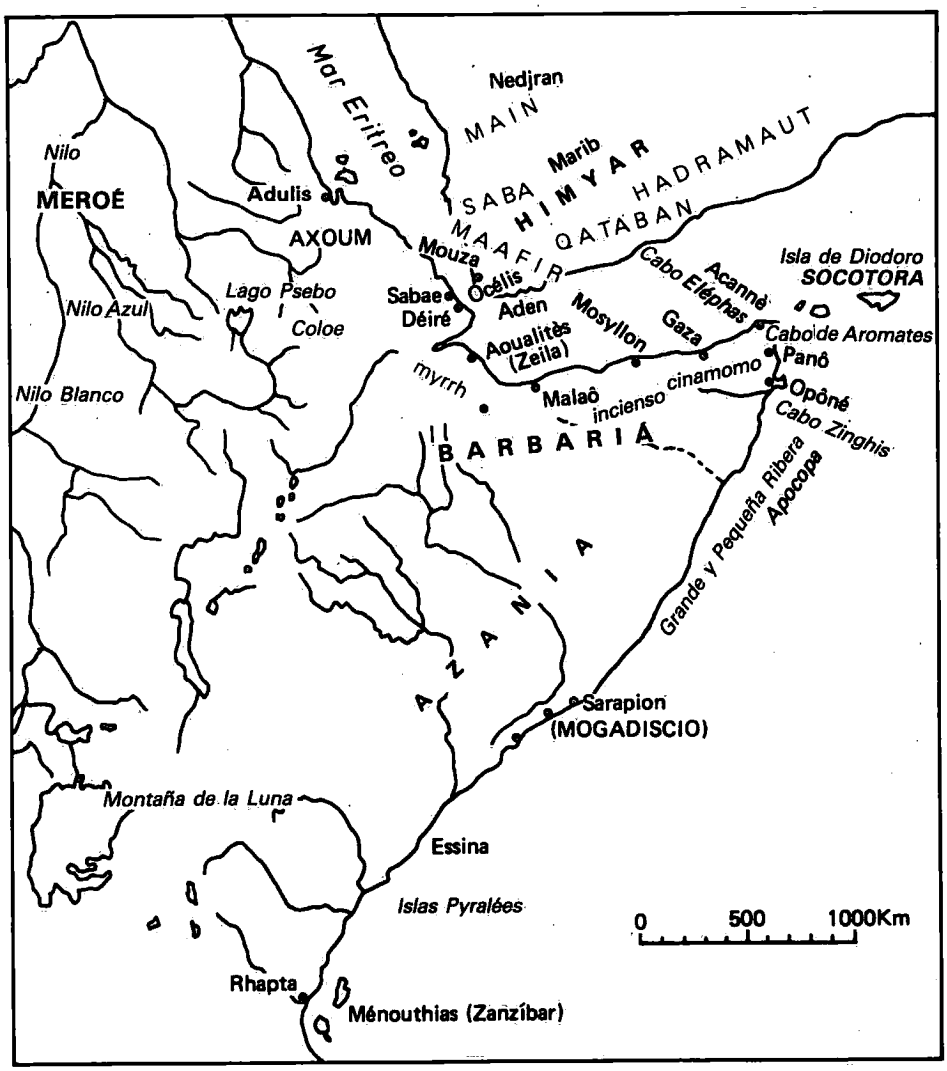
[2] E. L. R. Meyerowitz, 1960, pág. 71.

[3] Por otra parte hay que notar aquí que el problema de la autocreación no está limitado a Ptah (demiurgo, pero sobre todo, patrón de los obreros-artesanos), pero se extiende también a Ra y a otras divinidades. Parece que ha habido, en Egipto, un mito general subyacente, adoptado localmente por diversos grupos, y además en diversas épocas.

[4] Cf. cap. 10.

[5] Cf. cap. 1 y el resumen de las actas del Coloquio de El Cairo.

[6] H. J. Hugot, 1976, 76, hace notar que en el momento en que Egipto está unificado, hacia −3200, el Neolítico sahariano está en su apogeo. H. J. Hugot rechaza categóricamente la hipótesis, a veces formulada, de que el Neolítico egipcio podría ser de origen sahariano (pág. 73).



• *El Cuerno de Africa y las regiones vecinas en la Antigüedad (según J. Doresse).*

presión masiva de los pueblos extranjeros. En el oeste, pero también en el sur, los pueblos más o menos emparentados han sido contenidos en su hábitat por unas fortificaciones, o considerados como utilizables a discreción para el abastecimiento del Valle o para su defensa. Fuera de ese sentimiento de la originalidad egipcia, que no es quizá característica más que de las altas clases de la sociedad y que se desarrolla poco a poco, es difícil comprender cómo los egipcios se comportan frente a sus vecinos inmediatos. Estos, como, por otra parte, todos los demás pueblos con los que los egipcios entran en contacto, son considerados como obligados normalmente a aportar su contribución en hombres y en riquezas a la civilización faraónica. El tributo es, desde los orígenes, uno de los signos de la sumisión de los vecinos a los egipcios; si no es pagado, entraña el envío de expediciones punitivas. Pero los vecinos sólo han tenido, durante tres milenios, una aptitud resignada y pasiva; Egipto no siempre ha estado en condiciones de imponerles su ley. Las relaciones de Egipto con Africa varían, naturalmente, con los siglos.

VECINOS DEL OESTE: SAHARIANOS Y LIBIOS[7]

Generalmente se admite que, en la época predinástica, los intensos intercambios humanos con el Sáhara, han disminuido, y hasta cesado. Aunque esos intercambios sean muy mal conocidos y a veces negados[8]. En la época dinástica, la influencia de Egipto sobre el Sáhara es cierta, pero muy poco conocida todavía[9].

En realidad, según las actuales investigaciones, para los egipcios de la época dinástica, los saharianos son principalmente los libios, concentrados progresivamente al norte de uno de los mayores y más difíciles desiertos del mundo. No ocurría así en el Neolítico: la rápida desertización que se agravó en la época dinástica empujó a los libios, pastores y cazadores, a la periferia de su antiguo hábitat, cuando no los condujo, hambrientos, a «llamar a la puerta» del paraíso nilótico que tuvo que defenderse de ellos. Su presión se ejerció de un modo incesante y pocas veces fue coronada con el éxito, excepto tal vez en el oeste del Delta, donde su poblamiento es ciertamente antiguo y homogéneo. Los grandes oasis que rodean su desierto: Kharga, Dakhlé, Farfara y Siuah ven desarrollarse las actividades cinegéticas de la aristocracia egipcia. Esta asume así una obligación que al principio incumbía al rey. Luchar contra los habitantes del desierto (aunque sean las liebres inofensivas) —y destruirlos— es contribuir al mantenimiento del orden cósmico. El desierto pertenece a Seth y al caos primordial que, permanentemente, amenaza con volver a la tierra y destruir el orden (Maât) querido por los dioses y cuya responsabilidad corresponde al faraón. La caza, desde entonces, no es un divertimiento de los privilegiados: tiene una profunda resonancia religiosa.

---

[7] Debemos agradecer aquí al profesor T. Gostynski, autor de una monografía sobre la antigua Libia que se haya dignado enviar su colaboración a la Unesco para facilitar la redacción de este capítulo. Diversas adaptaciones de ese estudio han sido hechas por el autor de este capítulo.

[8] Informe final del Coloquio de El Cairo (1974) en varios párrafos. Una de las investigaciones en curso, de las más prometedoras, tiene como base los grabados y pinturas rupestres «del Atlántico al mar Rojo»; esa investigación parece que se refiere sobre todo al período prehistórico, pero es rica en informaciones concretas.

[9] H. J. Hugot, 1976, 73. Pero ese autor (pág. 82) pone en guardia contra las conclusiones apresuradas de aquellos que, por ejemplo, quieren reconocer en algunos temas de pinturas rupestres saharianos (carneros en discos solares, brujos con máscaras zoomorfas, etc.) las huellas de una influencia de la XVIII dinastía: «Eso, dice, es imaginar que todo está hecho y olvidar demasiado fácilmente el modo de administrar la prueba científica necesaria para la validez de una hipótesis».

Cuando uno se quiere dirigir, por el sur, hacia el Chad o, por el norte, hacia Fezzán y después al Níger, hay que pasar por esos oasis. Sin embargo, nada prueba hoy, que esos itinerarios fueran regularmente frecuentados en la época dinástica.

Una de la investigaciones futuras más interesantes debería justamente referirse a ellos. La arqueología y la toponimia deberían permitir descubrir si esos grandes ejes de la circulación africana han sido utilizados o no por los egipcios en su paso hacia Tibesti, Darfur, el Bahr el-Ghazal, Chad y hacia Fezzán y Ghadames.

En cualquier caso, los libios constituyen para los egipcios una reserva de mano de obra y de soldados, al menos a partir de la XIX dinastía. Los cautivos libios, reconocibles por la pluma que llevan izada en la cabeza, tienen buena reputación militar, en particular como conductores de carros. Capturados y frecuentemente marcados con hierro al rojo, si no son utilizados para los grandes trabajos colectivos o domésticos [10], son enrolados en el ejército, donde su número proporcional aumenta con el transcurso de los siglos y donde encuentran a otros «importados», los nubios. Como pastores que son, proporcionan también, en forma de tributo o involuntariamente, en el transcurso de saqueos, un ganado abundante para el consumo egipcio [11]. Por otra parte, también en eso, desempeñan una función económica comparable a la de los nubios.

Naturalmente, la historiografía egipcia juzga muy mal las intervenciones libias cuando éstas se han producido [12]. Presionando ya bajo el Imperio Antiguo, los libios trataron nuevamente en los siglos XIII y XII de penetrar en Egipto. Seti I y Ramsés II desarrollaron una red de fortificaciones contra ellos y capturaron a los más audaces. Tras dos vanos intentos de invasión del Delta occidental, de donde ya habían sido expulsados, los libios obtienen de Ramsés III, en el siglo XII, la autorización para instalarse en ese mismo Delta. A cambio, se ocupan en gran parte de la defensa militar de Egipto. En el siglo X y durante casi dos siglos, algunos libios gobiernan Egipto, bajo la XXII y XXIII dinastías. Esa nueva situación provoca vivas reacciones en el Alto Egipto, donde se busca el apoyo de Napata contra ellos. Así aparece un esquema que va a continuar siendo importante durante mucho tiempo en la vida de Egipto: el de la rivalidad entre los hombres de guerra y los políticos negros y blancos asociados en la vida del Estado egipcio. La respuesta nubia, en ese momento, ha consistido en la instalación de la dinastía «etíope» creada por Peye.

Conviene no olvidar nunca, cuando se piensa en las relaciones de Egipto con el exterior, africano o no, en el papel todavía tan mal conocido del Delta. Las excavaciones arqueológicas son todavía tan insuficientes en esta región de Egipto que solamente pueden ser esbozadas hipótesis.

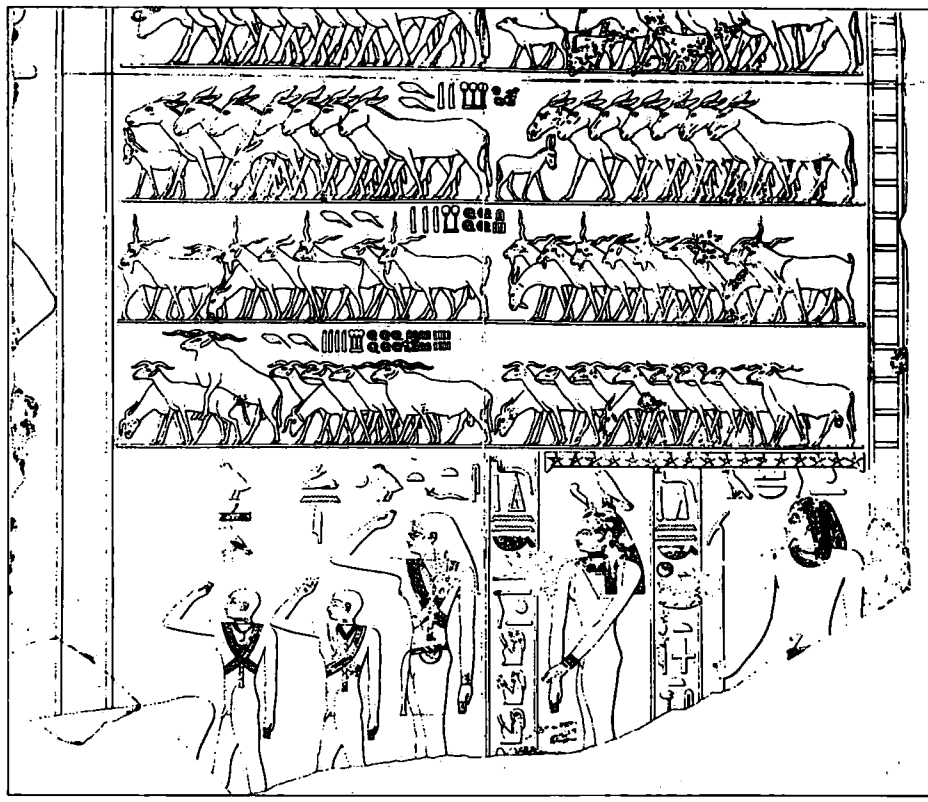
En la época dinástica, el Delta estuvo ocupado frecuentemente y a veces masivamente, por los movimientos de los pueblos vecinos del oeste, del norte o del nordeste [13]. Esos hechos siempre han tenido consecuencias más o menos importantes

[10] Snefru se vanagloria de haber capturado 11.000 libios y 13.100 cabezas de ganado.

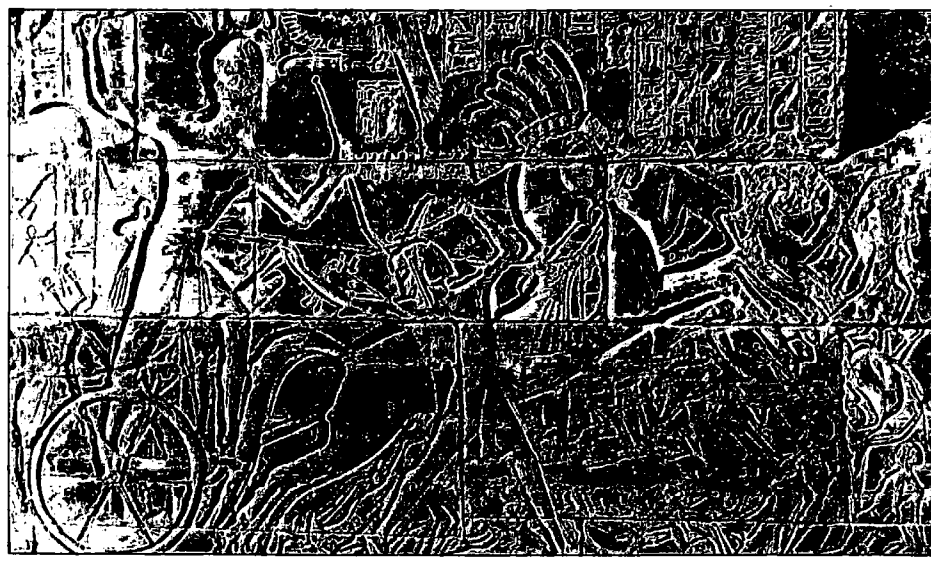
[11] Las inscripciones hablan de «importaciones» de varias decenas de millares de cabezas de bovinos, ovinos, caprinos y asnos.

[12] De −3000 a −1800 los egipcios son capaces, según sus fuentes, de dominar los ataques libios. Todas las expediciones de las que se trata, durante ese largo período, van de Egipto a Libia. Su existencia misma revela que hay un problema de relaciones con los libios. De −1800 a −1300, las fuentes egipcias están mudas sobre este tema.

[13] El Coloquio de El Cairo ha subrayado insistentemente que la historia antigua del Delta está aún por descubrir. En realidad, lo que sabemos del Egipto del «Norte» en la pre y protohistoria no llega mucho más



1



2

• *1. Tributo de los prisioneros libios en el Imperio Antiguo (dibujo) (Fuente: W. Smith,* Interconnections in the Ancient Near East, *1965, fig. 186. Fotografía: Yale University Press).*

• *2. Seti I asesinando a un jefe libio (Fuente: H. Schafer,* Principles of Egyptian Art, *1974, pl. 56. Fotografía Instituto Oriental, Universidad de Chicago).*

en la vida de Egipto. Baste recordar las relaciones vitales de ese país con Biblos para el aprovisionamiento de madera, el episodio de los hicsos, el del éxodo del pueblo hebreo, los asaltos de los libios y de los pueblos del mar, para comprender que el Delta siempre ha constituido una zona difícil en la vida del Egipto faraónico. En particular cuando éste busca desarrollar intercambios exteriores complementarios entre Africa, Asia y el Mediterráneo, se ve obligado a controlar vigorosamente las orillas délticas. En cierta medida, desde la época faraónica, el compromiso de la política militar y comercial egipcia al norte y al nordeste pueden entrar en contradicción con el deseo de contactos y de penetración hacia el interior del continente africano. Conviene no olvidar nunca, tratándose de la historia de Egipto de todas las épocas, esa importante contradición, Mediterráneo y marítimo, Egipto debe controlar un «espacio útil» abierto sobre el Mediterráneo y sobre el norte del mar Rojo, bastando unos transportes bien acondicionados entre este último y el Nilo, al norte de la 1.ª Catarata, para asegurar la unión indispensable entre las «cuencas económicas» occidental y oriental. Como africano, Egipto puede estar tentado por una penetración profunda a lo largo del Nilo, al menos hasta la 4.ª Catarata; entonces encuentra dificultades de todo tipo, que son examinadas en otros capítulos de esta obra; también puede ser atraído hacia el Chad por los antiguos valles que desembocan en la orilla izquierda del Nilo; hacia Etiopía, rica en marfil; hacia el sur, encuentra probablemente un obstáculo mayor en la inmensa zona pantanosa del Sur, difícilmente alcanzada o franqueada por los egipcios y que ha mantenido durante toda la Antigüedad el secreto de los valles más altos del Nilo. Aunque hoy conocemos bastante bien la historia de las relaciones septentrionales de Egipto y la del transporte entre el mar Rojo y el Nilo, la información arqueológica es pobre en lo que se refiere a las lejanas relaciones terrestres meridionales de los antiguos egipcios.

De momento, tenemos el recurso de las hipótesis más o menos sólidas, fundadas en textos, sobre la lingüística, la etnología o el simple sentido común. Pero la historia de Egipto ha sido considerada durante tanto tiempo por los mismos egiptólogos como «mediterránea» y «blanca», que es preciso readaptar las técnicas de encuesta y estudio, los materiales utilizados y, sobre todo, las mentalidades de los investigadores para colocar de nuevo la tierra de los faraones en su contexto africano.

VECINOS DEL SUR: LOS EGIPCIOS, LAS ALTAS CUENCAS DEL NILO Y SUS VINCULOS CON AFRICA [14]

Las excavaciones arqueológicas más recientes, con frecuencia todavía inéditas, subrayan parentescos, muy difíciles de explicar, entre el Neolítico de la región de Jartum y el del Bajo Valle.

abajo que a El Cairo actual. Apenas estamos mejor informados en el Imperio Antiguo. La granja marítima ha podido permanecer durante mucho tiempo y sobre una gran profundidad, fuera del universo egipcio. En realidad, en el IV milenio, durante la formación del Estado egipcio, el «Bajo Egipcio» es la región que va desde Heliópolis hasta Fayum incluido. El «Alto Egipto» llega desde el sur de Fayum hasta El-Kab. El «Delta», pues, apenas es debatido, y el Alto Egipto, más «africano», se dice, se detiene ante la aparición de las rocas areniscas calificadas justamente como «nubias», que señalan la entrada en otro mundo (¿étnico? ¿político?), el «País del Arco», Ta-Seti.

[14] Para los detalles de los acontecimientos y algunos sucesos que no han sido recogidos aquí, se consultarán los capítulos 8, 9 10 y 11.

Desde el Imperio Antiguo, no obstante, las relaciones dejaron de tener esa aparente unidad de la época neolítica. A partir de la I dinastía, fortalezas protegen el sur de Egipto contra los vecinos meridionales. Después de una larga historia común, las diferencias, las divergencias de interés, de política y de cultura separan cada vez más los territorios situados al norte de la 1.ª Catarata de los que se extienden al sur de la 4.ª. Las relaciones, complejas y diversas, no obstante, nunca cesaron totalmente, entre los egipcios y sus vecinos del sur, a los que llaman *Nehesyu*.

En cualquier caso, la Baja Nubia interesa a los egipcios por el oro que produce; y las regiones nilóticas más meridionales, por las rutas de penetración que se ocultan hacia el Africa interior por el Nilo Blanco, los valles saharianos o el Darfur. Ese constante interés, en la historia de Egipto, para el acceso al sur, explica también probablemente la atención prestada por los egipcios al control de los oasis occidentales, camino de acceso al sur, paralelo al del Nilo.

Desde el comienzo del Imperio Antiguo, tanto Sudán, como Libia, han proporcionado a los egipcios hombres [15] y recursos animales y minerales [16]. Los nubios han ocupado, también, un lugar importante en el ejército egipcio, en el que son reputados arqueros. También son importados como mano de obra agrícola (en el Imperio Medio, en Fayum, por ejemplo, aldeas de colonos nubios son identificadas por el nombre de la aldea: «Aldea de los Nubios»), pero son asimilados rápidamente por el ambiente socio-cultural egipcio. Desde el final de la I dinastía, probablemente, aparecen cambios en Nubia, que tal vez perturbaron las relaciones con Egipto. La larga emergencia del Grupo C, que no aparece totalmente constituido más que en la época de la V dinastía, deja un vacío cronológico de cinco siglos en nuestros conocimientos sobre esas relaciones.

Los egipcios comenzaron a organizar sus relaciones con Sudán al final de la V dinastía. En ese mismo período aparece un nuevo cargo político y económico, el de gobernador del Sur. El titular estaba encargado de custodiar la «puerta» sur de Egipto, de organizar los intercambios comerciales y de facilitar la circulación de las expediciones comerciales. Ese cargo exigía a su titular determinadas condiciones, entre ellas, el conocimiento del comercio y de las lenguas de los habitantes de la región. Uni es uno de esos gobernadores del Sur bajo la VI dinastía, que mandaba los reclutamientos de las diferentes partes de Nubia: Nehesyu (nubios) de los países de Irtet, de Medja, de Yam, de los Ouauat y de Kau.

Al final del Imperio Antiguo las relaciones comerciales entre Egipto y Sudán experimentaron una interrupción. Sin embargo, el príncipe de Edfu narra sobre el muro de su tumba en Moalla que fueron enviados a Ouauat algunos cereales para combatir el hambre. Eso aporta la prueba de la continuación de las relaciones entre Egipto y Nubia. Asimismo, los soldados de Nubia han desempeñado un gran papel en los combates ocurridos en el Medio Egipto durante el Primer Período Intermedio; modelos en madera pintada de una tropa de arqueros nubios de cuarenta hombres prueban la importancia que los egipcios concedían a los soldados sudaneses.

---

[15] El faraón Snefru afirma haber llevado consigo a 7.000 hombres del sur, de un país llamado Ta-Seti. Seti = arco *(archaic type of bow)*, A. H. Gardiner, 1950, pág. 512. Ta-Seti = Tierra de los que llevan el arco. Es interesante notar que todas las tribus, desde Sudán hasta la cuenca del Congo, llevan ese mismo arco.

[16] Desde −2500, hornos destinados a fundir el cobre local son instalados por los egipcios en Buhén, al sur de Wadi Halfa.

Sin embargo, en ese momento, el desarrollo del Grupo C en la Baja Nubia es probablemente responsable, por el mismo motivo que los disturbios del Primer Período Intermedio, de la disminución de las relaciones entre egipcios y «sudaneses».

Los pueblos del Grupo C son aún mal conocidos. Durante mucho tiempo se ha creído que se habían infiltrado lentamente en el valle del Nilo; actualmente se cree que son simplemente los sucesores de los pueblos del Grupo A.

De todos modos, las relaciones de esos pueblos con los egipcios han sido difíciles constantemente.

Varios objetos de alfarería descubiertos cerca de Djebel Kokan, en las orillas del Khor Baraka, en Agordat (Eritrea) se encuentran en el museo de Jartum. Se parecen a la alfarería del Grupo C descubierta en la Baja Nubia. Un motivo desconocido habría empujado a los pueblos del Grupo C a abandonar la Baja Nubia —un acontecimiento que se situaría probablemente durante la XII dinastía egipcia— (¿sequía, aparición de fuerzas egipcias en Nubia?). El pueblo de este grupo se habría dirigido entonces del valle de Wadi Allaqi hacia las montañas del mar Rojo, donde se encuentran en nuestros días las tribus de los Bedja.

Asimismo, algunos pueblos que hablan una lengua nubia habitan las colinas de Nuba, al sur de Kordofán. Esto puede dar lugar a la hipótesis de que Sudán ha vivido un movimiento del Grupo C del norte hacia el sur y el oeste.

Al sur, el imperio de Kerma, en contacto menos directo con las avanzadillas egipcias, recibe de Egipto una influencia cultural desde el año −2000, pero conserva su originalidad hasta su fin, hacia −1580.

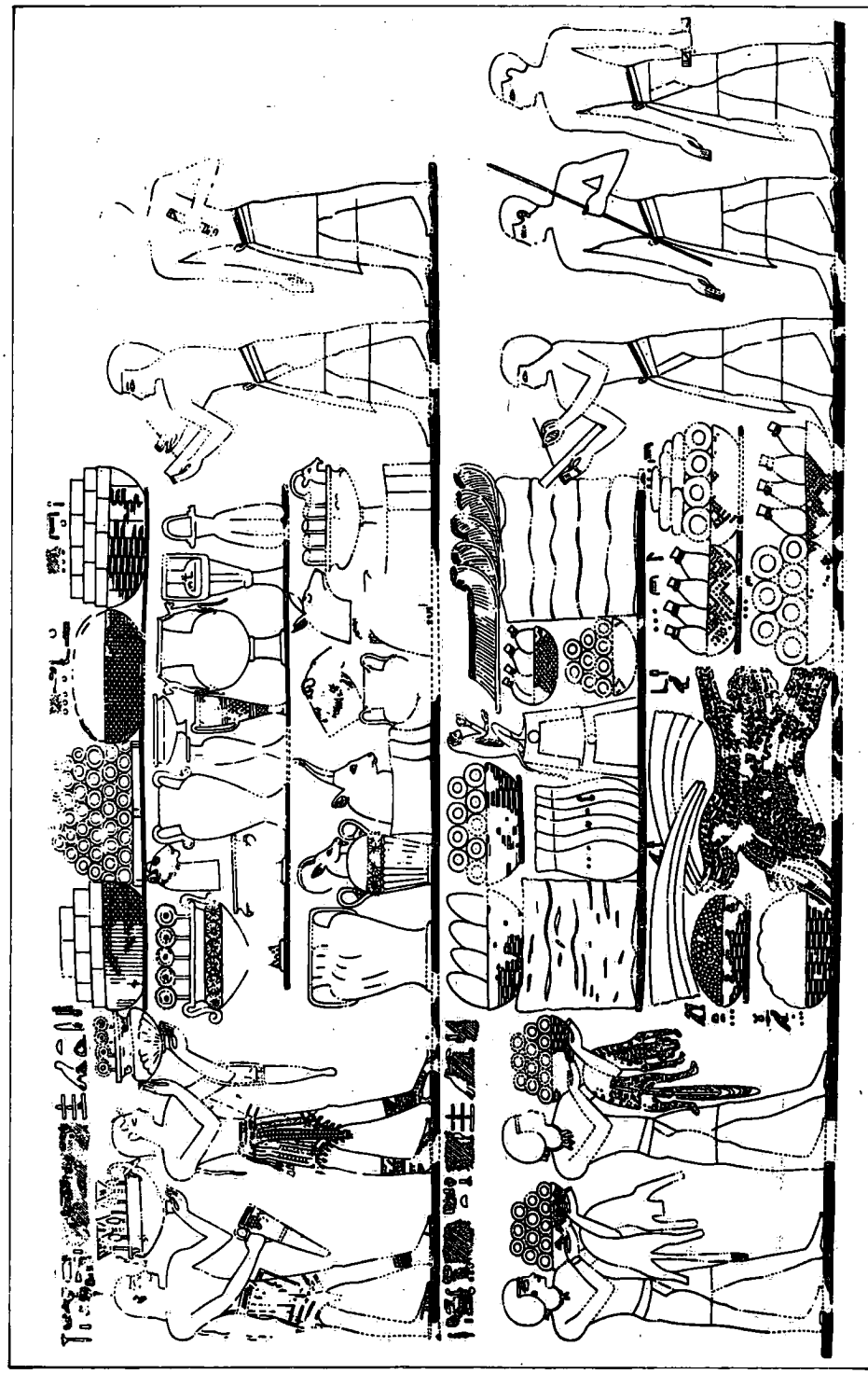
Poco a poco, los egipcios van designando a esa cultura el nombre de *Kush*, conocido desde −2000, pero utilizado por ellos para caracterizar al reino organizado al sur de la 2.ª Catarata después de −1700.

Al ser amenazado Egipto por beduinos asiáticos, al comienzo del Imperio Medio, sus reyes habrían pedido ayuda a los habitantes de Sudán. Mentuhotep III, fundador de la XI dinastía, era quizá negro de piel lo que aportaría la prueba del retorno de relaciones entre Egipto y Sudán, interrumpidas durante el Primer Período Intermedio. Es probable que los egipcios se hubieran dirigido hacia Sudán. Los monumentos monolíticos encontrados en Buhén nos muestran que algunas familias egipcias vivieron largo tiempo en Nubia durante el Imperio Medio[17]. Llevan nombres egipcios y adoran a dioses locales[18]. Los reyes del Imperio Medio construyeron catorce ciudadelas en Nubia para proteger las fronteras y las expediciones comerciales.

Cuando los hicsos se apoderaron de las zonas septentrional y media de Egipto, Kush aumentó su independencia y su poder. El reino de Kush representaba un peligro latente para los faraones. Un texto egipcio recientemente descubierto lo muestra: en el transcurso de la reconquista contra los hicsos, Kamose, último faraón de la XVII dinastía es avisado de la captura de un mensajero del rey de los hicsos invitando al rey de Kush a aliarse con él contra los egipcios. Con la XVIII dinastía, la presión sobre

[17] J. Vercoutter, V, 1957, págs. 61-69. La datación adoptada por J. Vercoutter en este artículo ha sido recientemente puesta en duda. J. Vercoutter cree ahora que esas estelas datan más bien del II Período Intermedio, y son casi contemporáneas de los hicsos.

[18] Georges Posener, 1958, pág. 65: «Ese país [Kush] ha sido colonizado por el Estado faraónico y ha sufrido durante siglos la superioridad de la civilización egipcia, las costumbres, la lengua, las creencias y las instituciones; todo el curso de la historia de Nubia lleva la huella de su vecina del norte».



• *Tributo nubio de Rekh-mi-rè (Fuente: N. de G. Davies, 1943, pl. XVIII. Fotografía The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

Sudán se hace de nuevo muy fuerte y la expansión mucho más amplia que antes [19]. Al mismo tiempo, la egiptización de las regiones entre la 2.ª y 4.ª Cataratas ha progresado. Durante el reinado de Tutmosis III las tumbas de esa región cambiaron de forma y, en lugar de tumbas en túmulos, se construyeron tumbas de forma egipcia; en lugar de tumbas rupestres, pequeñas pirámides como las que fueron encontradas en Deir el-Medineh. De aquí, la semejanza entre las ciudades de Buhén y Aniba y las ciudades egipcias. Asimismo, se encuentran en las tumbas de Sudán *shauabtis* y escarabajos. Los dibujos de las tumbas de los príncipes y sus nombres eran inscritos de un modo típicamente egipcio. La tumba de Heka-Nefer [20], el príncipe de Aniba durante el reinado de Tut-Ank-Ammón se parecía a las tumbas rupestres en Egipto. Simpson ha supuesto incluso que esa tumba estaba rematada con una pirámide del tipo de las de Deir el-Medina. Igualmente, la tumba de Dhuty-Hotep, príncipe de Debeira bajo el reinado de la reina Hatsepsut, es muy parecida a las de Tebas.

La unión de Nubia y de Egipto nunca había sido tan estrecha como en ese momento: en −1400 es edificado el templo de Soleb. Recíprocamente los sudaneses desempeñan un papel militar y a veces administrativo más fuerte que antes. La unión culmina cuando la XXV dinastía «etíope» domina a Egipto. Sin embargo, egiptizados, los habitantes de los altos valles no han llegado a ser egipcios. Bajo una forma egipcia, existe una cultura original que se expresa hasta la época de la XXV dinastía.

Esta última da a Egipto una «profundidad africana» que ha recogido la Biblia: Dios protege a los hebreos del asalto de los asirios, inspirando a éstos, en sueños, el temor de una intervención de Taharca [21]; el rey judío Ezequías busca la alianza con el faraón y su pueblo [22]. Son éstos los últimos grandes momentos de la unidad.

La conquista de Tebas por los asirios responde al desarrollo, en el sur, del imperio meroítico. La defensa de esta zona contra los asaltos del norte se hace tanto más necesaria cuanto que los ejércitos «egipcios» están comprendidos de fuertes contingentes de judíos, fenicios y mercenarios helénicos. Se conoce mal, por falta de investigaciones suficientes, las relaciones, ciertamente difíciles, entre el nuevo imperio nilótico y Egipto.

PUNT

La localización del «fabuloso» país de Punt con el que los egipcios tenían relaciones, al menos en el Imperio Nuevo, y del que hablan las «imágenes» de Deir el-Bahari, ha hecho, como tantos otros problemas de la historia africana, correr mucha tinta. No siempre de excelente calidad. Se ha intentado colocar ese país en Marruecos, en Mauritania, en el Zambeze, etc. [23]. Actualmente casi se ha llegado a un acuerdo.

[19] Esta es la época en la que, sin razones aparentemente claras aún hoy día, la inconografía egipcia señala una ruptura importante en la representación de los negros de Africa. Diversas hipótesis han sido formuladas a partir de esa constante, como la de una intensificación y de una extensión de los contactos con el resto del continente en ese momento.

[20] W. K. Simpson, 1963, n.º 1.

[21] II Reyes 19, 9 e Isaías 37, 9.

[22] W. Reichhold, 1967. El autor proporciona una interesante traducción de un pasaje del capítulo 18 de Isaías, en el que se habla del envío de una embajada ante el faraón negro: «Id, mensajeros rápidos, hacia el pueblo esbelto y bronceado, hacia un pueblo temido desde siempre, pueblo poderoso y dominador en el país surcado por ríos».

[23] Ultimo estado de la cuestión que hace una relación detallada de las hipótesis. R. Herzog, 1968, páginas 42-43.

para situar a Punt «en el Cuerno de Africa», con muchas dudas todavía sobre el lugar exacto en el que fijar el territorio[24]. Una hipótesis seductora lo fija en la parte de la costa africana que va desde el río Poitialeh, al norte de Somalia, hasta el cabo Guardafui. Esa zona es montañosa y comprende terrazas de cultivos que recuerdan las que están representadas en Deir el-Bahari. En ellas crecen numerosos árboles, entre los que está el balsamero productor del incienso. Hay un golfo en esa región que sería el muelle de los barcos de la reina Hatsepsut. Esta región se llama actualmente Golwin y es allí donde desemboca el antiguo río llamado Elefas. Esta localización y la evocación de los navíos de Hatsepsut destinados a Punt requieren la utilización de la vía marítima para las relaciones de los egipcios con ese país exterior.

Recientemente, R. Herzog (1968) se ha esforzado en demostrar que no había ocurrido así y que las relaciones de los egipcios con Punt sólo habían sido posibles por vía terrestre. Las reacciones contra este intento han sido muy fuertes[25].

Recientes investigaciones[26] han permitido encontrar en la costa del mar Rojo, al norte de Quseir junto a la desembocadura del Wadi Gasus, las huellas de la actividad de los egipcios en relación con Punt. Una de las inscripciones encontradas es descrita así por el autor del descubrimiento: «King of Upper and Lower Egypt, Kheperkare[27] boloved of the God Khenty-Khety, son of Re, Sesotris boloved of Hathor, mistress of Pwenet» (Punt). Otra contiene ese párrafo: «... the Mine of Punt to reach [it] in peace [and] to return in peace».

Esos descubrimientos confirman —añadiéndose a aquellas otras inscripciones para reforzar su certeza— la utilización de la vía marítima para llegar a Punt. Desgraciadamente no aportan, sobre el lugar donde han sido realizadas, ninguna indicación nueva sobre la localización geográfica de Punt.

El acuerdo parece, pues, casi logrado sobre la idea de que los navíos egipcios iban a buscar a Punt el valioso incienso y otros muchos productos hasta hacía poco prestados por la Arabia meridional. Al menos, se puede tratar de señalar el espacio visitado, sin duda, por esos navíos.

Se supone que algunos faraones intentaron llegar a regiones más lejanas. Una expedición a Punt bajo Ramsés III es descrita en el gran papiro Harris. «La flota, [...] pasó por el mar Muqad». Sus barcos llegaron al sur del cabo Guardafui, y tal vez hasta el cabo de Hafun que da al océano Indico. Pero esa ruta era bastante peligrosa para los navíos egipcios, a causa de las tempestades que se desencadenaban en esa región. Sin duda, hay que concluir que el cabo Guardafui constituía un límite meridional de la navegación hacia Punt, y que las fronteras meridionales de Punt se situaban cerca del cabo. En cuanto a sus límites septentrionales, puede decirse que han cambiado de siglo en siglo.

Si hemos de creer a P. Montet, existiría otro modo de analizar el problema. P. Montet escribe[28]: «[...] el país de Punt era un país africano, porque si llueve en la

---

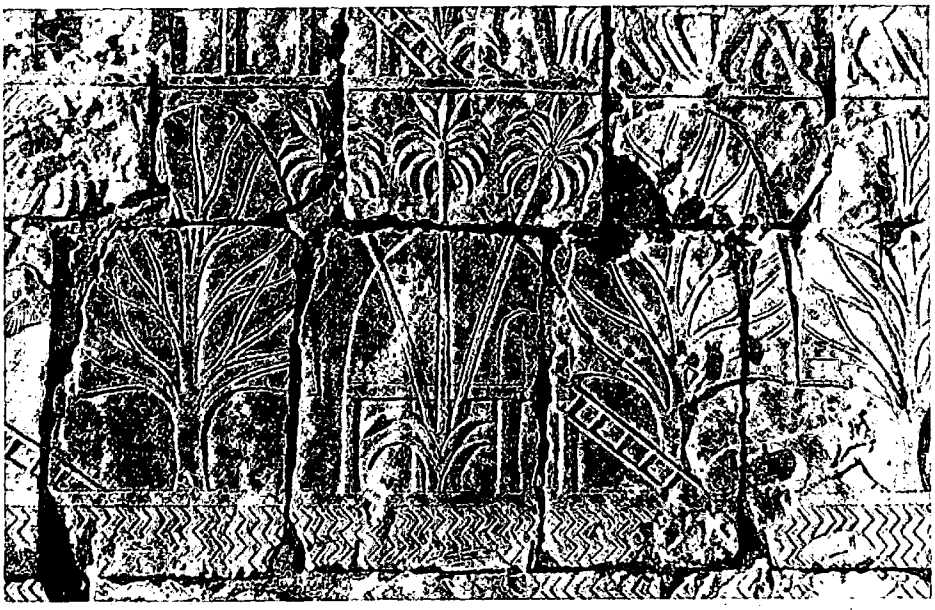
[24] Cf. por ejemplo: K. A. Kitchen, 1971. Sin embargo, los descubrimientos arqueológicos recientes, en las regiones que separan a Punt de Egipto no permiten rechazar sin un examen profundo la hipótesis formulada por Herzog.

[25] Abd-el-Halim Fayyd, *Mana'im* (texis), Alejandría, 1976.

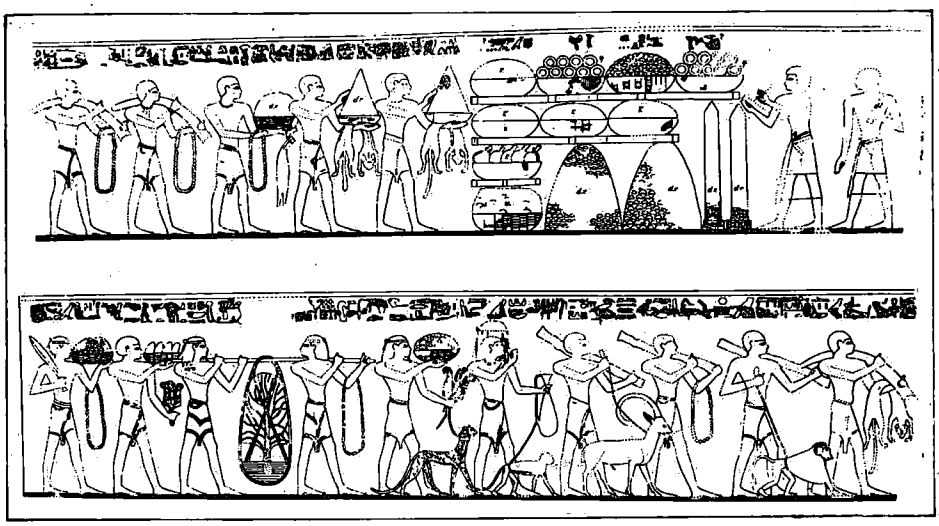
[26] Se trata de Sesostris I (aproximadamente −1970 a −1930). Los textos egipcios mencionan expediciones a Punt mucho antes de esa fecha, desde el Imperio Antiguo.

[27] Eso es lo que hace K. A. Kitchen, 1971.

[28] P. Montet, 1970, pág. 132.



1



2

• *1. Casa del país de Punt (Fuente: W. Wolf,* Le Monde des Egyptiens, *1955, pl. 72 [abajo], Correâ-Buchet-Chastel. Fotografía A. Brack).*

• *2. El tributo de Punt (Fuente: N. de G. Davies, 1943, pl. XVII. Fotografía The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

montaña de Punt, según una estela de época saíta, el régimen del Nilo queda afectado; se extendía hasta Asia, porque una expresión geográfica, cuyo único ejemplo inédito aún se encuentra en Soleb, es Punt de Asia. Para tener en cuenta este doble dato, es preciso identificar los dos ríos de los países del dios con los dos ríos del estrecho de Bab el-Mandeb, así como que el árbol del incienso crece tanto en la feliz Arabia como en Africa» [29].

Las relaciones entre Egipto y Punt han conocido etapas sucesivas.

La primera precede al reinado de Hatsepsut. Los egipcios no tenían entonces bastante información sobre Punt; obtenían el incienso por intermediarios que multiplicaban las leyendas sobre este país a fin de aumentar el precio del incienso. Escasos e intrépidos son los pocos egipcios conocidos por haber realizado el viaje a Punt». Un hombre de Assuán, en el Imperio Antiguo, dice: «Habiendo partido con mis señores, los príncipes y notarios del dios Teti y Khuri a Biblos y a Punt, once veces he visitado esos países» [30].

Hatsepsut abrió el segundo período. Una flota de cinco navíos, si hemos de creer al decorador del templo de Deir el-Bahari, ha sido enviada para volver con árboles del incienso.

Parehu y su mujer —ésta última era deforme— [31] con su hija, así como un grupo de indígenas están allí para recibir la expedición. Intercambian cumplidos, regalos y productos conocidos por proceder de Punt. Tres grandes árboles han sido llevados y plantados a continuación en el jardín del dios Amón; han crecido hasta tal extremo que los animales pasan por debajo [32]. Al pie de esos grandes árboles, los demás regalos están representados amontonados: marfil, caparazones de tortugas, ganado de pequeños y grandes cuernos, «árboles del incienso con sus raíces y su tierra de origen, embalados como lo haría en nuestros días un buen jardinero, incienso seco, ébano, pieles de pantera, zambos, cercopitecos y liebres, una jirafa, etc.».

Existe también en una sala del mismo templo de Deir el-Bahari una representación del nacimiento divino de Hatsepsut, en el que su madre Ahmosé se despierta al olor de incienso del país de Punt. Allí, el nombre de Punt ha sido unido al de su nacimiento divino, una prueba de la amistad entre la reina de Egipto y Punt y los habitantes de éste que adoraban a Amón.

La representación de esta expedición nos ha permitido conocer la vida del país de Punt, sus plantas, sus animales y sus habitantes. Las chozas cónicas levantadas sobre pilotes entre palmeras, ébanos y árboles balsameros.

Después de Hatsepsut, si hemos de creer las representaciones de Punt que figuran en los templos, no ocurre ninguna novedad. Posteriormente los textos hablan de la

---

[29] K. A. Kitchen, 1971, pág. 185, subraya que esa hipótesis resulta inaceptable por la sola presencia de la *jirafa* entre los animales característicos de Punt.

[30] J. H. Breasted, 1906-1907, I, parag. 361.

[31] Principalmente por su esteatopigia.

[32] Dixon, 1969, pág. 55, encuentra que el éxito de la plantación de los árboles para incienso llevados por la expedición de Hatshepsut a su templo era temporal. En la pág. 64 dice: «Notwithstanding a partial and temporary success, the transplantation experiments were a failure. The precise reasons for this failure will be clear only when the botanical identity of the tree(s) producing the incense has been established. These cannot be done on the basis of the conventionalized Egytian representations. In the meantime it is suggested that for reasons of commercial self-interested the Puntites may have deliberately frustated the Egyptian experiment». Parece que ese éxito fue momentáneo, y los rreyes que siguieron a Hashepsut no habrían continuado llevando esos árboles: por ejemplo Amenhotep II los llevó (cf. tumba n.° 143 en Tebas) o Ramsés II y III quienes pidieron su importación.

llegada de habitantes de Punt a Egipto. Punt figura en los sucesivo en las listas de los pueblos vencidos, lo cual dada la distancia de ese país, parece bastante poco realista. Los jefes de Punt son considerados como si tuvieran obligación de llevar regalos al faraón; éste encarga a uno de sus subordinados recibir a sus jefes y sus regalos. Aparecen indicios de tráfico en los puertos del mar Rojo entre puntianos y egipcios y de tránsito de mercancías llegadas de Punt por vía terrestre entre el mar Rojo y el Nilo (Tumba de Amón-Mose en Tebas y tumba núm. 143).

Hacia el final del reinado de Ramsés IV, las relaciones con Punt se interrumpen. Pero la memoria y el recuerdo de Punt sigue presente en el espíritu de los egipcios.

Quizá hay que contar, entre las huellas por esas antiguas relaciones el hecho de que el reposacabezas tiene, en la lengua somalí actual, un nombre *(barchi* o *barki)* parecido al que tenía en egipcio antiguo; asimismo los somalíes llamaban al nuevo año «la fiesta del faraón».

EL RESTO DE AFRICA

La búsqueda de relaciones exteriores mantenidas por un pueblo o por sus dirigentes, puede responder a motivaciones extraordinariamente variadas, aunque éstas sean debidas, en definitiva, lo más frecuentemente, a simples mecanismos.

Las *necesidades* constituyen un poderoso móvil en la exploración y en la búsqueda de relaciones estables. Ahora bien, Egipto tiene necesidad de productos africanos; el marfil, incienso, ébano y generalmente las maderas se cuentan entre aquéllos; el Próximo Oriente puede constituir, para la madera, una excelente solución de recambio. También convendría investigar, estadísticamente, en el conjunto de la producción cultural egipcia, si no existen huellas de utilización de madera llegada del interior de Africa.

Con mucha frecuencia se plantea el problema de las relaciones entre Egipto y Africa en términos unilaterales, difundiendo Egipto su propia cultura hacia el exterior. Esto es olvidar que, materialmente, dicha cultura depende de la venta de ciertos productos africanos y que, desde entonces, las influencias han podido ser muy bien recíprocas. En este terreno todo está por hacer y la investigación es muy difícil. La ecología ha cambiado desde las épocas remotas del Imperio Antiguo hasta la aparición de los griegos en Egipto; serán precisas pacientes y largas investigaciones, fundadas en la arqueología y en la lingüística, para reconstruir las redes antiguas de intercambios, cuyos textos e imágenes han conservado tal vez huellas muy indirectas. En este terreno, lo que nosotros hemos conocido en estos últimos años, por la arqueología, por ejemplo, del comercio lejano de la obsidiana, material privilegiado en los tiempos prehistóricos, debe incitarnos a la paciencia y a la prudencia, pero también a la esperanza de llegar a unos resultados hoy insospechables...

La curiosidad científica puede constituir un segundo móvil, poderoso, de búsqueda de contactos.

Una exploración naval de las costas africanas, en la época del faraón Nekao II (−610 a −595) llama la atención de los investigadores, aunque todos están de acuerdo en la historicidad de los hechos relatados por Herodoto, un siglo después.

«Libia está completamente rodeada por el mar, excepto por el lado por el que confina con Asia. Nekau, rey de Egipto, es, no obstante, como ya lo sabíamos, el

primero que nos ha proporcionado la prueba. Cuando mandó detener la excavación del canal que iba a llevar las aguas del Nilo al golfo Arábigo, envió navíos al mando de fenicios, dándoles la orden de efectuar su retorno por las Columnas de Hércules y el mar situado al norte, y entrar así en Egipto. Los fenicios habiendo embarcado, pues, en el mar de Eritrea, se adentraron en el mar Austral. Llegado el otoño, arribaron a la parte de Libia donde ellos estaban y allí sembraron trigo. Esperaron luego la época de la recolección y, después de recoger la cosecha, se hicieron a la mar. Tras haber viajado así durante dos años, doblaron las Columnas de Hércules en el año tercero de viaje, y volvieron a Egipto.

»A su regreso, refirieron, que durante su viaje de circunnavegación alrededor de Libia, habían tenido el sol a su derecha. Eso me parece absolutamente increíble, pero tal vez parezca admisible a otros. Así es cómo Libia ha sido conocida por primera vez» [33].

Naturalmente, en ese texto, Libia designa el continente africano entero, las Columnas de Hércules son el estrecho de Gibraltar y los fenicios proceden de su país recientemente conquistado por Nekao II. Así las cosas, el problema permanece sin resolver. J. Yoyotte [34] cree en la autenticidad de ese relato y de los sucesos que refiere. Recientemente ha sido creada una asociación en Francia —con el nombre de *Association Pount*— que tiene como finalidad volver a realizar, en un barco especialmente construido según las técnicas egipcias, la vuelta de Africa descrita aquí. Pero no faltan escépticos, que explican tal o cual párrafo del relato de Herodoto de otro modo que por la circunnavegación del continente; o quienes, incluso, ponen completamente en duda la autenticidad de ese asunto. Como para el periplo de Hannon, la batalla entre investigadores probablemente no ha terminado, ni mucho menos, en este tema.

Nekao II, que más tarde se sitúa en la larga cadena de los faraones, había emprendido otros muchos trabajos. Se le atribuyen los primeros e importantes trabajos de construcción de un canal sobre cuyo trazado los historiadores dudan una vez más. Podría ser este un canal que uniese el Mediterráneo y el mar Rojo, y más probablemente hay que pensar en el canal que unía el Nilo con el mar Rojo, canal que estuvo efectivamente abierto, durante muchos siglos, a la navegación y que tuvo, en la época islámica, una gran importancia para las relaciones de Egipto y de Arabia.

También es a la curiosidad y al afán de exotismo a los que hay que atribuir la expedición de Hirkhuf, en el cuento de Pepi II, de donde se sacan conclusiones contradictorias, difícilmente admisibles. Hirkhuf, como hemos visto [35], llevó del «país de Yam» un enano danzarín para Pepi II. A veces se ha pensado que ese ejemplo —único— proporciona la prueba de la existencia de *relaciones* entre Egipto, el Alto Nilo y Chad, por la improcedente conclusión de que el enano era un pigmeo [36].

Ciertas expediciones de Hirkhuf tienen un carácter histórico, en tanto que otras muchas tienen un aspecto legendario o ficticio [37]; pero, de una parte, el hábitat antiguo de los pigmeos es muy mal conocido y sigue siendo aventurado atribuirles

---

[33] Herodoto.

[34] J. Yoyotte, 1958, pág. 370.

[35] Cf. capítulos 8, 9, 10 y 11.

[36] P. Montet, 1970, pág. 129, dice mucho más prudentemente sobre ese tema: «Antes de [Hirkhuf] un viajero llamado Baurded había llevado un enano danzante originario del país de Punt».

[37] Mattha Girgis, El Cairo, 1963.

una presencia importante en las zonas superiores de las cuencas del Nilo [38] y, de otra, nada prueba que el enano en cuestión haya sido un pigmeo; finalmente, la localización del país de Yam es también muy incierta.[39].

Este tema, como vemos, está todavía poco verificado y no es consistente, desde el punto de vista de la curiosidad de la mente humana y del exotismo. La observación, frecuentemente recordada, de que la fauna africana está presente en la iconografía egipcia, no constituye en modo alguno una prueba decisiva, de momento, de la existencia de relaciones profundas con Africa. El babuino, animal de Thot y las pieles «de pantera», que forman parte del ritual del culto dado por Horus a Osiris y del vestuario faraónico, pueden proceder de países limítrofes o de un comercio segmentario, de mano en mano. Ninguna conclusión seria es posible, ya que, de una parte, el área exacta de los animales «citados» por los egipcios mediante los textos o imágenes, no es conocida en las fechas contemporáneas; y por otra parte, ya que, estadística y cronológicamente, el estudio cualitativo y cuantitativo de esas citas no permite tener una idea precisa de los verdaderos conocimientos egipcios sobre ese punto.

Ya se trate de necesidades o de curiosidad, las informaciones actuales reunidas son, pues, muy escasas y de interpretación demasiado difícil y controvertida para sacar ahora conclusiones, hasta que otros caminos numerosos y originales sean abiertos a una investigación rentable e incontestable.

Por eso, es totalmente legítimo suscitar algunas hipótesis e insistir en algunas investigaciones deseables, sin dar al lector la impresión de que los datos conseguidos son ciertos y menos aún que están demostrados.

Podemos preguntarnos —apenas lo hemos hecho hasta ahora— sobre la posibilidad de que los egipcios hubieran usado el estaño de Nigeria. En el mundo antiguo existían dos grandes áreas conocidas de producción de estaño y que proveían al comercio internacional de ese producto: Cornualles e Insulindia. ¿Es totalmente descabellado pensar que Nok habría podido nacer de una antigua explotación del estaño de Bauchi, al encontrarse esta explotación en una salida del valle del Nilo? [40]. Simple y gratuita hipótesis, de momento, que merecería ser verificada, ya que aclararía, si los resultados de la investigación no fueran negativos, muchos aspectos difíciles de comprender y muchas antiguas relaciones entre Egipto y el Africa más meridional. Para verificar esa hipótesis, sería indispensable evidentemente investigar muy en serio, en todos los planos y con la ayuda de todas las disciplinas, los vestigios que podrían conservar las regiones de paso como Darfur y Bahr el-Ghazal. En ese terreno como en tantos otros, casi todo está por hacer.

Los etnólogos podrían aportar, mediante investigaciones muy largas y muy rigurosas, más de una información en este difícil asunto.

Frecuentemente se ha preguntado si el cabezal, inventado por los egipcios, no se habría extendido desde su civilización hacia las otras regiones de Africa [41]. Una vez

---

[38] Sobre las variaciones en la localización de los pigmeos, cf.: Claire Preaux, 1957, págs. 284-312.

[39] Herzog (1968) cree que Hirkhuf alcanzó las marismas del Sueddi o las colinas de Darfur. T. Säve-Söderbergh, El Cairo, 1953, pág. 177, sitúa el país de Yam al sur de la 2.ª Catarata y cree que los oasis «libios», al oeste del Nilo, han podido servir de escalas en los viajes de exploración hacia el sur, que anuncian las futuras caravanas de Darfur.

[40] En contra de esa hipótesis, cf. el reciente artículo de H. Schaffer *(J. E. A.)*; que estima que el estaño utilizado por los egipcios procedía de Siria.

[41] Nota sobre los cabezales o cabeceras de los antiguos egipcios y sobre las afinidades etnográficas que manifiesta su empleo, por E. T. Hamy, en el libro de Geoffrey Parrinder, 1969, pág. 61, quien nos ofrece un

más, conviene ser prudente y no ceder al vértigo del difusionismo. ¿El cabezal, el reposacabezas, son exclusivamente africanos partiendo de Egipto? ¿Existen en otras culturas alejadas de Africa? ¿No serían, en principio, funcionales y como tales susceptibles de haber sido «inventados» en puntos muy alejados unos de otros?

¿En ese terreno, habrá que concluir, como lo hacen algo precipitadamente algunos investigadores, que toda forma de «realeza sagrada» es, en Africa, de origen egipcio por la relación física e histórica entre el antiguo Egipto y sus creadores africanos? [42] ¿No habrá que pensar en herencias más o menos desfasadas en el tiempo?

¿Cuáles han sido los caminos del culto del carnero, animal de Amón, presente también en Kush, en el Sáhara, entre, los yoruba y los fon? De momento es necesario inventariar esas semejanzas y esas presencias, sin dar conclusiones demasiado rápidas [43].

En muchos temas es posible relacionar técnicas, prácticas o antiguas creencias egipcias con hechos africanos similares, más o menos recientes.

Uno de los ejemplos más seductores, a primera vista, es el de los «dobles» de la persona física a los que los egipcios y muchas sociedades africanas actuales conceden importancia. Las formas de supervivencia de esos dobles tras la apariencia de la muerte física, por ejemplo, entre los bantú o los ulé, y también entre los akán, evidentemente hacen muy tentadora una aproximación con las concepciones egipcias de la época faraónica [44].

Desde hace mucho tiempo se ha señalado que los dogón enterraban objetos de alfarería para embrujamientos —por otra parte, ellos no son los únicos, ni mucho menos— y se ha relacionado este hecho con la costumbre que tenían los egipcios de colocar cascos de cerámica con los nombres de sus enemigos en otros objetos de cerámica que enterraban en sitios muy precisos. El paralelismo se ha realizado también entre los ritos de inhumación egipcios y los que describe Al-Bakri para los reyes de Ghana en el siglo XI.

No se acabarían de descubrir, en una literatura más o menos científica, hechos de la misma naturaleza acumulados desde hace décadas. La lingüística por sí sola proporciona, por otra parte, un inmenso campo de investigación donde las probabilidades son actualmente más numerosas aún que los hechos ciertos.

Todo eso nos lleva a concluir que *la influencia* de la civilización egipcia sobre las civilizaciones africanas más recientes es probable, pero está muy mal evaluada hoy y sin la prudencia necesaria que consiste en plantearse la cuestión de la influencia ejercida, *en el otro sentido*, sobre Egipto. Influencia de cinco mil años no es prueba de contactos sincrónicos; huellas de contactos no es prueba de permanencia de esos contactos. Este tema es apasionante, pero apenas comienza a iniciarse.

De modo general, y para concluir, esta cuestión de las relaciones entre Egipto y el continente africano en la época faraónica es una de las más importantes que se le plantean hoy a la historiografía africana. Pone en duda un gran número de postula-

---

bello ejemplo de un reposa-cabezas africano. Está expuesto en el British Museum. En Fezzán se ha descubierto uno: C. M. Daniels, 1968, 267, pls. 7, 6 y fig. 10.

[42] Cf. G. W. B. Huntingford, *in* R. Oliver, y G. Mathew, 1963, págs. 88-89. Y también Basil Davidson, 1965, pág. 44.

[43] G. A. Wainwright, 1951.

[44] G. Posener, S. Sauneron y J. Yoyotte, 1959, pág. 113, han subrayado el interés de esa aproximación con la prudencia necesaria.

dos científicos o filosóficos, por ejemplo, la aceptación o el rechazo del exclusivo carácter negro de la población más antigua de Egipto y la aceptación o el rechazo del difusionismo. Pone en duda también la metodología de la investigación, por ejemplo, para la circulación de los inventos, del cobre o del hierro, de los textiles para los soportes de escritura. En fin, pone en duda la posibilidad hasta ahora tranquilamente asumida, para un investigador aislado de llevar a buen término tan largas investigaciones sin el concurso de las disciplinas vecinas.

Esa cuestión es, desde todos los puntos de vista, un *test* capital de la seriedad, del rigor y de la apertura del espíritu científico de los africanos qué van a esforzarse en desbrozarla, con el concurso, más ilustrado de lo que ha sido hasta hace poco, de los investigadores extranjeros en Africa.

Capítulo 5

EL LEGADO DEL EGIPTO FARAONICO

RASHID EL-NADOURY

Con la colaboración de
J. VERCOUTTER

La valiosa herencia legada a la humanidad por el Egipto faraónico se encuentra en numerosos ámbitos, tales como la historia, la economía, la ciencia, el arte y la filosofía. Los especialistas de cada una de esas materias, entre otros muchos, han reconocido desde hace mucho tiempo su importancia, aunque frecuentemente sea difícil, e incluso imposible, determinar de qué modo el «legado» egipcio ha pasado a las culturas vecinas o posteriores. En efecto, esa «herencia», tan importante para la historia de la humanidad, o al menos el testimonio que tenemos de ella, en gran parte se ha transmitido por mediación de la Antigüedad clásica, primero griega y luego latina, antes de pasar al dominio árabe. Ahora bien, prehelenos y griegos no han entrado en contacto con Egipto más que a partir de −1600, aproximadamente. Vínculos estrechos se han establecido sólo en el siglo VII antes de la era cristiana con la dispersión de aventureros, viajeros y después de colonos griegos en la Cuenca mediterránea y en Egipto particularmente. Por otra parte, los griegos y sus predecesores, en esas mismas épocas del II milenio y luego de I antes de la era cristiana, estaban en contacto con las civilizaciones de Asia Menor y a través de ellas con el antiguo mundo mesopotámico que ellas continuaban. Ahora bien, con frecuencia es muy difícil precisar en qué ámbito cultural, asiático o egipcio, siempre estrechamente unidos, apareció tal o cual «invento», tal o cual técnica.

Además, las dificultades de la cronología en las épocas remotas hacen las atribuciones de «paternidad» tanto más aventuradas cuanto que las dataciones del carbono 14 son demasiado vagas para permitir decidir, en un medio en el que los conocimientos se han transmitido siempre rápidamente, cual de los dos ámbitos, el asiático o el africano, debe ser considerado, con una diferencia de uno o dos siglos, como el iniciador. En fin, no se deberían despreciar las *convergencias* posibles. Por poner sólo un ejemplo: todo hace suponer (cf. Introducción) que la escritura fue descubierta casi en la misma época en Egipto y en Mesopotamia, sin que haya habido necesariamente *influencia* de una civilización sobre la otra.

Dicho esto, no es menos cierto que el legado egipcio a la civilización en general, y a las antiguas civilizaciones de Africa en particular, no debería ser subestimado.

EPOCA PREHISTORICA

Una de las contribuciones más antiguas y valiosas de Egipto a la historia de la humanidad se sitúa en el ámbito de la economía. Al final del período neolítico, unos 5000 años antes de la era cristiana, los antiguos egipcios habían trasformado poco a poco el valle del Nilo (cf. cap. 1), permitiendo a sus habitantes pasar de una economía de recogida o recolección a una economía de producción de alimentos, y esa importante etapa de desarrollo del Valle tuvo unas consecuencias materiales y morales considerables. El crecimiento de la agricultura tuvo como primera consecuencia la adopción de un modo de vida aldeano estable e integrado, y ese importante progreso debía influir en la evolución social y moral durante los largos períodos dinásticos tanto como durante la prehistoria.

No es cierto que, en la «revolución» neolítica, Asia haya jugado el papel predominante y único que se le atribuía hace poco (cf. *Historia de Africa,* Unesco, vol. I, cap. 27). Sea lo que fuere, uno de los primeros resultados de esa «revolución» neolítica en el Valle fue orientar el pensamiento de los antiguos egipcios hacia las fuerzas naturales que les rodeaban. Consideraban a éstas, particularmente al sol y a la inundación, como divinidades simbolizadas bajo numerosas formas, especialmente las de los animales y de los pájaros que les eran más familiares. El desarrollo de la agricultura tuvo igualmente como consecuencia el establecimiento del principio de la cooperación en el interior de la comunidad aldeana, sin el cual la producción agrícola habría quedado bastante limitada. Eso entrañó otra consecuencia importante: la introducción en el interior de la comunidad de un nuevo sistema social y la especialización del trabajo. Apareció una clase de trabajadores especializados: en la agricultura, el riego, las industrias agrícolas, la cerámica y numerosas actividades conexas. La masa importante de los vestigios arqueológicos testimonia sus antiguas tradiciones en esas materias.

Uno de los rasgos importantes de la civilización faraónica es su continuidad. Lo que se ha adquirido una vez se transmite, frecuentemente prefeccionándose, desde el comienzo hasta el final de la historia de Egipto. Así es como técnicas del Neolítico se transmitieron y se enriquecieron en el Predinástico (−3500 a −3000), y después de mantuvieron en pleno período histórico. No necesitamos más pruebas que la talla de la piedra.

Los egipcios, herederos del Neolítico del Valle, utilizando los yacimientos del Valle, en Tebas principalmente, tallan desde −3500 sílex de una calidad incomparable, de la que el cuchillo de Djebel el-Arak no es más que una muestra entre otros cientos. Obtenidas por presión, las finas y regulares ranuras de la piedra dan al objeto una superficie ligeramente ondulada, perfectamente pulida, inimitable. La fabricación de semejantes armas exige una importante habilidad manual. Esta no se pierde en Egipto y una escena pintada en una tumba de Beni Hasan muestra a artesanos del Imperio Medio (hacia −1900) tallando aún esos mismos cuchillos de lámina curvada.

Este dominio de la materia se vuelve a encontrar en la talla de vasijas de piedra. También ahí la técnica pasa del Neolítico al Predinástico, y luego en el Imperio Antiguo se perpetúa hasta el final de la historia egipcia. Todas las piedras, incluso las más duras son utilizadas por el escultor egipcio; basalto, brecha, diorita, granito y pórfido no les ofrecen más dificultades que los alabastros calcáreos, esquistos, serpentinas y esteatitas más blandas.

Las técnicas de talla de las piedras duras pasarán de Egipto al mundo mediterráneo. Es difícil, en efecto, no pensar que, si no en Egipto mismo, al menos en el ambiente profundamente impregnado de cultura egipcia como el pasillo sirio-palestino, es donde los tallistas de vasijas cretenses aprendieron su oficio: las formas mismas de los jarrones que aquéllos tallan en el antiguo Mioceno [1] revelan el origen egipcio.

La habilidad del tallista de piedra dura pasará a los escultores. Esta se manifiesta en la gran escultura egipcia en piedra dura, desde el Kefrén de El Cairo, en diorita, hasta los grandes sarcófagos en basalto negro de los toros Apis; y se transmitirá a los escultores tolemaicos y luego a las estatuas del Imperio romano.

Los cambios que se producen así en el Neolítico se traducen de manera ejemplar en la aparición en Egipto del urbanismo, del que se encuentra un ejemplo sorprendente en una de las aldeas más antiguas del valle del Nilo, Merimdé Beni Salamé, en el límite oeste del Delta.

Con la creencia muy antigua en el más allá y en la inmortalidad, tenemos un conjunto de importantes progresos culturales y sociales que podemos seguir a través del Neolítico y del Calcolítico, el período predinástico y el protodinástico. Ellos han contribuido a la formación y al desarrollo de la tradición faraónica.

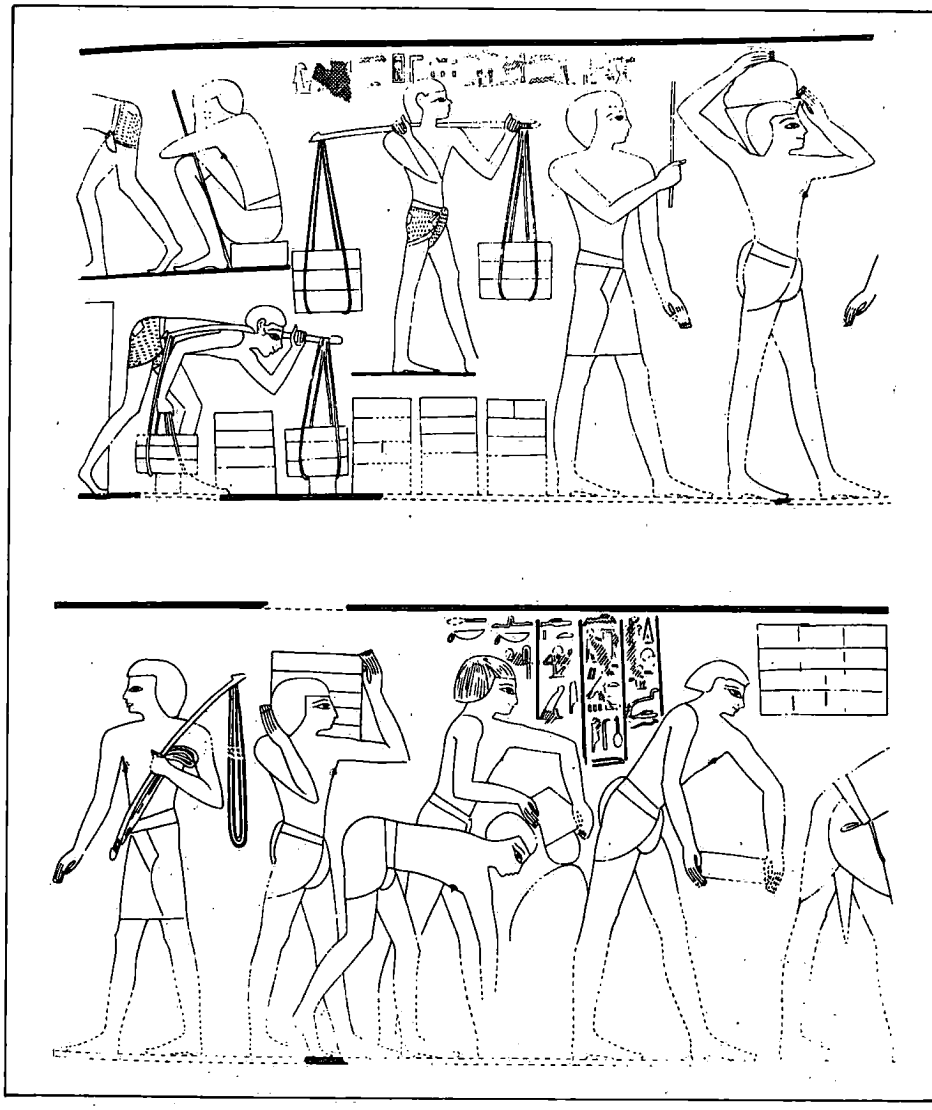
EPOCA HISTORICA

En la civilización faraónica de los tiempos históricos se pueden distinguir dos corrientes principales, una de las cuales está constituida por la herencia material neolítica y predinástica. La otra, llegada también del pasado más remoto, es de naturaleza más abstracta. Esos dos aspectos están unidos entre sí y constituyen el fenómeno cultural egipcio. La parte material de esa herencia está formada por las realizaciones en los dominios del artesanado, de la ciencia (geometría, astronomía, química), de las matemáticas aplicadas (medicina, «cirugía») y del arte. La parte cultural comprende las teorías religiosas, literarias y filosóficas.

EL ARTESANADO

La contribución del antiguo Egipto en el dominio del artesanado aparece en el trabajo de la piedra como acabamos de ver, pero también, de los metales, de la madera, del vidrio, del marfil, del hueso y de muchos otros materiales. Los antiguos egipcios, tras haber descubierto los diversos recursos naturales del país, procedieron a su extracción y perfeccionaron poco a poco las técnicas. Las de la agricultura y las de la construcción, por una necesidad vital de la comunidad, exigían la fabricación de herramientas de piedra y de cobre tales como hachas, cinceles, mazos y azuelas. Esas herramientas eran hechas con una gran habilidad para satisfacer las diversas exigencias de la arquitectura y de la industria, como la perforación de agujeros o la fijación de los bloques. Fabricaban igualmente arcos, flechas, puñales, escudos y estacas para disparar objetos. Durante mucho tiempo, y hasta en la época histórica, herramientas y armamento, heredados de la época neolítica, seguirán siendo, sobre todo, líticos. Los acantilados calcáreos que bordean el Nilo son ricos en sílex de gran tamaño y de

[1] Cf. Pendleburg, Aegyptium.



• *Fabricación de ladrillos (Fuente: N. de G. Davies, 1943, pl. LIX. Fotografía The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

excelente calidad, que los egipcios continuaron utilizando durante mucho tiempo después de la aparición del cobre y del bronce. Por lo demás, con mucha frecuencia el ritual religioso exigía el empleo de instrumentos de piedra, lo que contribuyó poderosamente al mantenimiento de las técnicas de la talla de la piedra, y en particular del sílex.

Para las herramientas metálicas, el hierro prácticamente no había sido utilizado antes del final de la época faraónica, y las técnicas metalúrgicas de Egipto se reducen a las del oro, la plata, el cobre y sus aleaciones, bronce y latón. En el Sinaí se han encontrado huellas de la explotación y del tratamiento del cobre por los egipcios; asimismo en Nubia, en Buhén, donde los faraones del Imperio Antiguo disponían de fundiciones para el cobre.

En el Sinaí, como en Nubia, los egipcios trabajaban en colaboración con las poblaciones locales y las técnicas utilizadas para el tratamiento del metal pudieron, pues, pasar fácilmente de un área cultural a otra. Quizá en esta ocasión es cuando, de una parte, la escritura faraónica por la interpretación de la escritura protosinaítica, que ella influenció, pudo desempeñar un papel importante en la invención del alfabeto, y cuando, de otra parte, la metalurgia del cobre pudo extenderse ampliamente al Africa nilótica en primer lugar y después más allá.

Desde la época arcaica, hacia −3000, los egipcios conocieron y utilizaron para sus herramientas de cobre, todas las técnicas básicas de la metalurgia: forjado, martilleo, vaciado, troquelado, soldadura y remache. Las dominaron muy pronto, e independientemente de las herramientas, se han encontrado grandes estatuas egipcias de cobre que datan de −2300; desde −2900, los textos presentan estatuas del mismo tipo y desde la época más remotas, las escenas de las mastabas muestran talleres en los que el oro y el electro, mezcla de oro y de plata, son transformados en joyas. Aunque la metalurgia del oro, así como la del cobre no nació en Egipto, no es menos cierto que Egipto ha contribuido ampliamente a su perfeccionamiento y a su expansión.

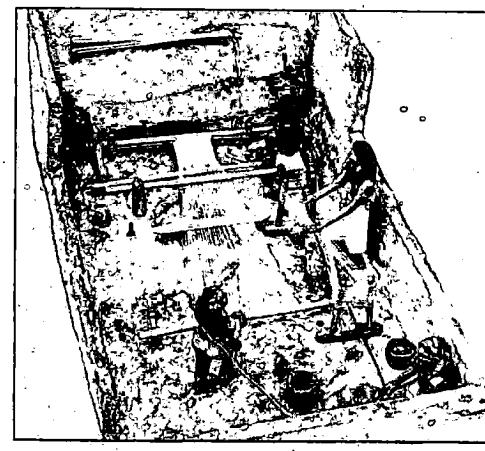
Como hemos subrayado al comienzo de este capítulo, con frecuencia es difícil determinar qué ámbito cultural asiático o africano ha «inventado» tal o cual técnica. Egipto tiene una gran ventaja; gracias a las representaciones de las tumbas, nos ha transmitido numerosísimas informaciones sobre las técnicas empleadas por sus artesanos. En los talleres, representados en pintura o en bajorrelieve sobre las paredes de las sepulturas, ya sean construidas o hipogeos, vemos, por ejemplo, carpinteros y ebanistas afanándose en la fabricación de muebles, armas, barcos, etc.; gracias a esas escenas descubrimos no solamente las herramientas: tenazas, martillos, sierras, brocas, azuelas, cinceles, mazos, todos fielmente representados con los menores detalles, sino también el modo cómo eran empleados. Así es como sabemos que la sierra egipcia era una sierra «de tirar» y no sierra «de apretar», como la sierra moderna. Allí hay para la historia de las técnicas y de su transmisión una mina de informaciones que no ha sido plenamente utilizada.

Al lado de las representaciones figuradas, los egipcios antiguos han dejado en sus sepulturas «modelos reducidos» que representan diferentes talleres con los obreros en los diferentes estadios de su trabajo, que son también para el historiador de un valor inestimable para la interpretación de las técnicas y el desarrollo de éstas. Por otra parte, las importantes cantidades de objetos fabricados a mano o con la ayuda de herramientas que han sido encontrados atestiguan la diversidad de las industrias en el antiguo Egipto. Por ejemplo, utilizaban para la joyería materias preciosas y semipre-

1

• *1. Fabricación de cerveza, Imperio Antiguo (Fotografía Otonoz).*

• *2. Modelo de taller de tejido (XII dinastía, hacia −2000) (Fuente: W. Wolf, 1955, pl. 45. Fotografía The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*



2

ciosas, como el oro, la plata, el feldespato, el lapislázuli, la turquesa, la amatista y la coralina, y fabricaban con una notable precisión coronas, collares y otros adornos.

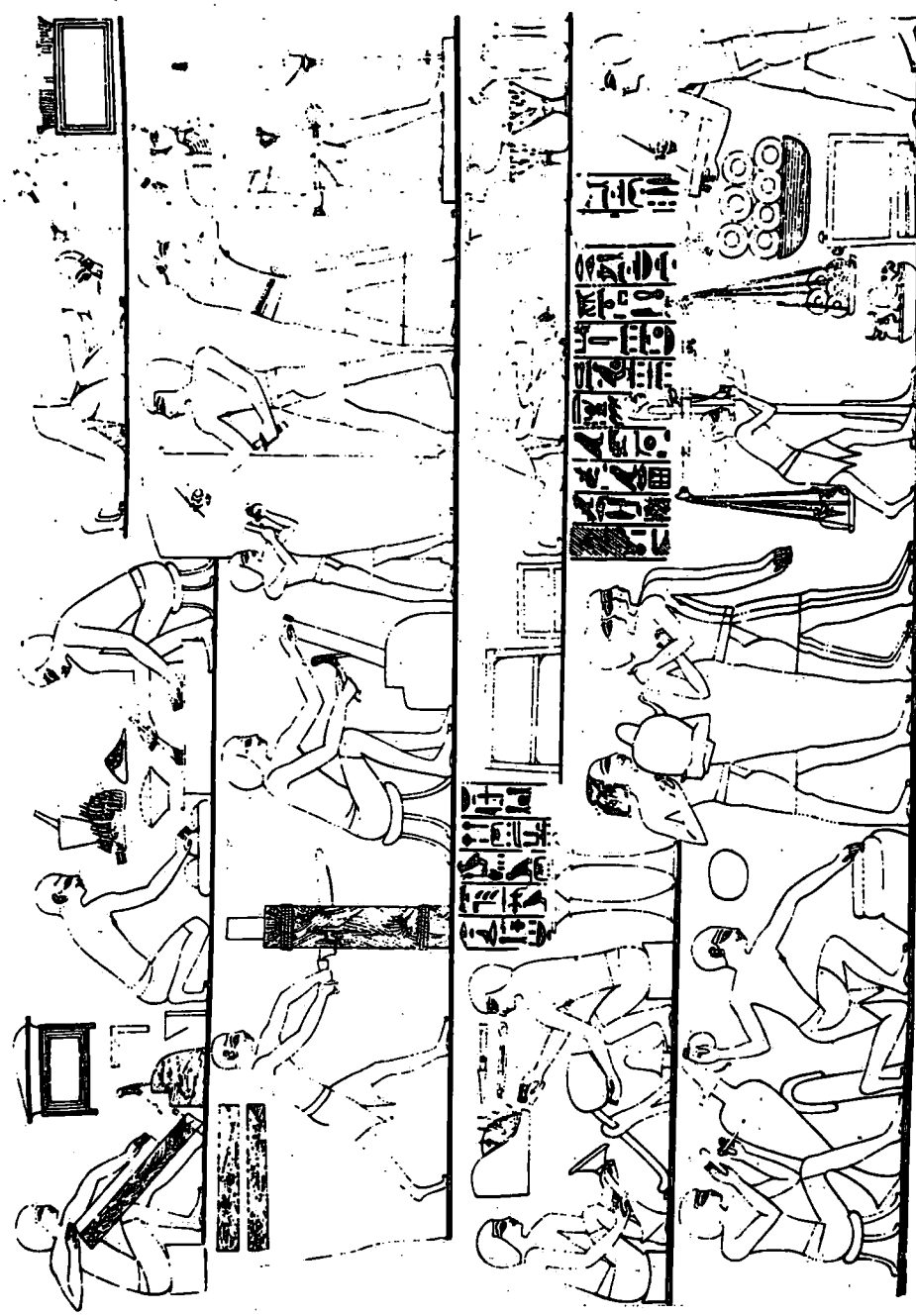
La cultura precoz del lino les hizo adquirir muy pronto una gran habilidad en el hilado y el tejido. Este último es conocido desde el Neolítico, hacia −5000, y su origen se confunde, pues, con la aparición de la civilización en el valle del Nilo. Las mujeres hilan el lino, de manera muy hábil, ya que manejan frecuentemente dos husos a la vez. Una de las características de la técnica del hilado egipcio es la gran distancia entre la estopa bruta, contenida en recipientes colocados en el suelo, y el huso que la transforma en hilo. Para aumentar más esa distancia las hilanderas se encaraman sobre taburetes. Los telares, primero, horizontales y luego verticales a partir del Imperio Medio, les permitieron la confección de paños de gran largura que exigía tanto la amplia vestimenta cotidiana como el ritual funerario: bandas y sudarios para momias. Los tejidos constituían para los faraones uno de los medios de intercambio más preciados en el extranjero. El más fino de ellos, el *viso*, fabricado en los templos, era particularmente apreciado. Los Ptolomeos vigilaban los talleres del tejido y controlaban la calidad de la fabricación y sus administración central es la que, siguiendo sin duda el uso de los faraones autóctonos, organizaba la venta en el extranjero, que proporciona al rey enormes beneficios, debido a la calidad del trabajo de los tejedores egipcios. Ahí tenemos al natural una de las maneras cómo el «legado egipcio» se ha transmitido.

Las industrias de la madera, del cobre y del metal fueron igualmente perfeccionadas y sus productos han llegado hasta nosotros en buen estado de conservación.

Entre los demás objetos, producidos por el artesano egipcio, figuran jarrones de plata, ataúdes de madera, peines y mangos de marfil decorados. Los egipcios antiguos sabían igualmente tejer muy bien las cañas silvestres para la fabricación de esteras; la fibra tejida de la palmera les permitía confeccionar cuerdas y sogas robustas. Citaremos igualmente la fabricación de cerámica, que comenzó en la prehistoria por una alfarería tosca, seguida de una alfarería más fina, de color rojo con bordes negros, y después por una alfarería pulimentada y con incisiones. Esos recipientes eran utilizados para almacenar diversas materias, pero algunos tenían un fin decorativo. La creencia de los egipcios en ciertos valores, y particularmente en la vida eterna, hacía necesaria la fabricación de objetos frecuentemente decorados y en gran número para el uso de los muertos, y fue el motivo de un alto nivel de perfección y de producción artística.

Entre las aportaciones de Egipto a la civilización mundial figuran las técnicas del vidrio. Aunque es verdad que Mesopotamia y las civilizaciones del Indo conocieron también, muy pronto, la técnica del esmaltado, que es el origen del vidrio, nada permite, no obstante, afirmar que sean ellas las que lo hayan propagado. A lo sumo se puede suponer que una vez más existe ahí un fenómeno de convergencia y que el vidrio ha sido descubierto independientemente en Asia y en el valle del Nilo.

Un hecho es cierto: la habilidad de que los vidrieros egipcios dieron testimonio bastante pronto. Desde el Predinástico (hacia −3500) la existencia de objetos de vidrio (perlas) parece atestiguada en Egipto, aunque no sea cierto que resulte de una creación voluntaria del artesano. El vidrio, como tal, conocido en la V dinastía (hacia −2500), se extiende a partir del Imperio Nuevo (hacia −1600). Entonces no sólo es empleado para perlas, sino para la fabricación de vasos, cuyas formas varían mucho, del elegante cáliz con pie a los vasos en forma de pez. Frecuentemente son polícromos



• *Ebanistas en el trabajo (Fuente: N. de G. Davies, 1943, pl. LV, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*

y siempre opacos. El vidrio transparente aparece con Tut-Ank-Ammón (hacia −1300). A partir de −700 aproximadamente, los vasos de vidrio egipcios de la forma llamada «alabastro», policromos, se extiende por todo el Mediterráneo. Son copiados por los fenicios que hacen de ellos una de sus industrias.

En la Baja Epoca, signos jeroglíficos, modelados en vidrio de color, son engastados en la madera o en la piedra para formar inscripciones. Las técnicas de los vidrieros faraónicos pasan a los artesanos de la época helenística que inventan el vidrio «soplado». Alejandría de Egipto se convierte entonces en el mayor centro de fabricación de objetos de vidrio que son exportados hasta China, y Aureliano gravará los vasos egipcios importados a Roma. El imperio meroítico importará objetos de vidrio de Alejandría, pero sobre todo adoptará las técnicas de fabricación y las extenderá por el alto valle del Nilo.

Una de las industrias más importantes de los antiguos egipcios fue la del papiro, de la que fueron sus inventores.

No existe otra planta que haya jugado un papel tan importante en Egipto como el papiro. Sus fibras servían para fabricar o para calafatear los barcos, para hacer mechas para las lámparas de aceite, esteras, canastas, cuerdas y cables. Los cables, que sirvieron para amarrar el puente de los barcos que Jerjes intentó enviar a través del Helesponto, habían sido trenzados en Egipto con fibras de papiro. Unidos en haces, sus troncos habían servido de pilares a la arquitectura primitiva antes de que los arquitectos clásicos se inspirasen en ellos para hacer sus columnas estriadas o simples y sus capiteles en forma de flores cerradas o abiertas. Sobre todo, el papiro servía para la fabricación del «papiro» de donde procede nuestra palabra «papel», reflejo, sin duda, de la antigua palabra egipcia *paperâ*, «El de la gran Mansión» (el Palacio Real), que nos ha sido transmitido por la Antigüedad clásica.

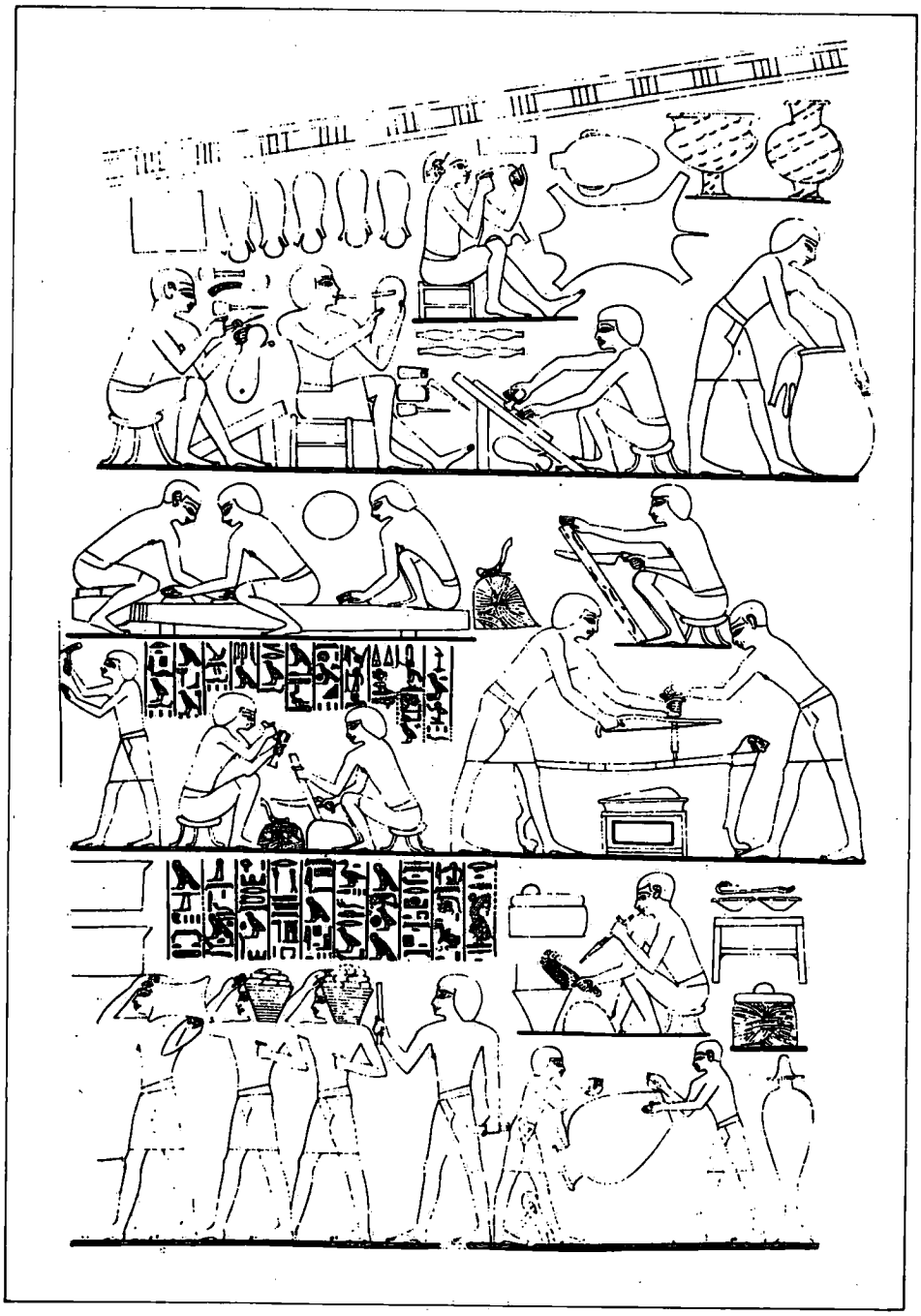
El papiro era fabricado cruzando sucesivas capas de finas bandas sacadas del tronco de la planta que, después de prensadas y secadas, permitían producir una gran hoja.

Veinte hojas unidas entre sí, cuando estaban aún frescas, constituían un rollo, cuya largura variaba de tres a seis metros. Se podían colocar, uno tras otro, varios rollos, midiendo algunos papiros 30 y 40 metros de largo.

Ese rollo es el que constituye el «libro» egipcio. Se le cogía con la mano izquierda y se le desenrollaba a medida que se iba leyendo. El «volumen» de la Antigüedad clásica es su heredero directo.

De todos los soportes utilizados para escribir en la Antigüedad, el papiro es ciertamente el más práctico. Es flexible y ligero; su único inconveniente es su fragilidad. A la larga resiste mal la humedad y es un combustible extraordinario. Se ha calculado que, para tener al día las listas de material de un pequeño templo egipcio, se necesitaban 10 metros de papiro por mes. Los notarios de provincias, en la época ptolemaica, utilizaban de seis a trece rollos o sea, de 25 a 57 metros por día: de 750 a 1.600 metros por mes. Ahora bien, cada gran hacienda, el palacio real y todos los templos, tenían sus registros, sus inventarios, sus bibliotecas, lo que representa centenares de kilómetros de papiros que ciertamente han existido, aunque solamente algunos centenares de metros han sido encontrados.

El papiro, utilizado en Egipto desde la I dinastía, hacia −3000 hasta el final de la historia faraónica, será adoptado por los griegos, los romanos, los coptos, los bizantinos, los arameos y los árabes. Una gran parte de la literatura helenística y



• *Fabricación de recipientes de metal (Fuente: N. de G. Davies, 1943, The Metropolitan Museum of Art, Egypt Expedition, v. XI, New York, pl. LIII. Fotografía The Metropolitan Museum of Arte, Nueva York).*

latina nos ha llegado en papiros. Los rollos de papiro constituían una de las exportaciones importantes de Egipto; indudablemente ese es uno de los legados mayores del Egipto faraónico a la civilización.

Todas esas industrias exigían técnica y pericia, y han llevado a la creación de una nueva clase de artesanos y de nuevas técnicas. Los museos y las colecciones privadas del mundo entero contienen centenares, y hasta millares, de especímenes arqueológicos de los diversos productos del antiguo Egipto.

La tradición y la pericia de los antiguos egipcios en el terreno de la construcción de piedra no fue la menor de sus contribuciones a la historia de las técnicas de la humanidad. No era tarea fácil transformar los enormes bloques en bruto de granito, de calcárea, de basalto y de diorita en bloques bien hechos y pulidos, dispuestos para la utilización en sus diferentes empresas arquitectónicas.

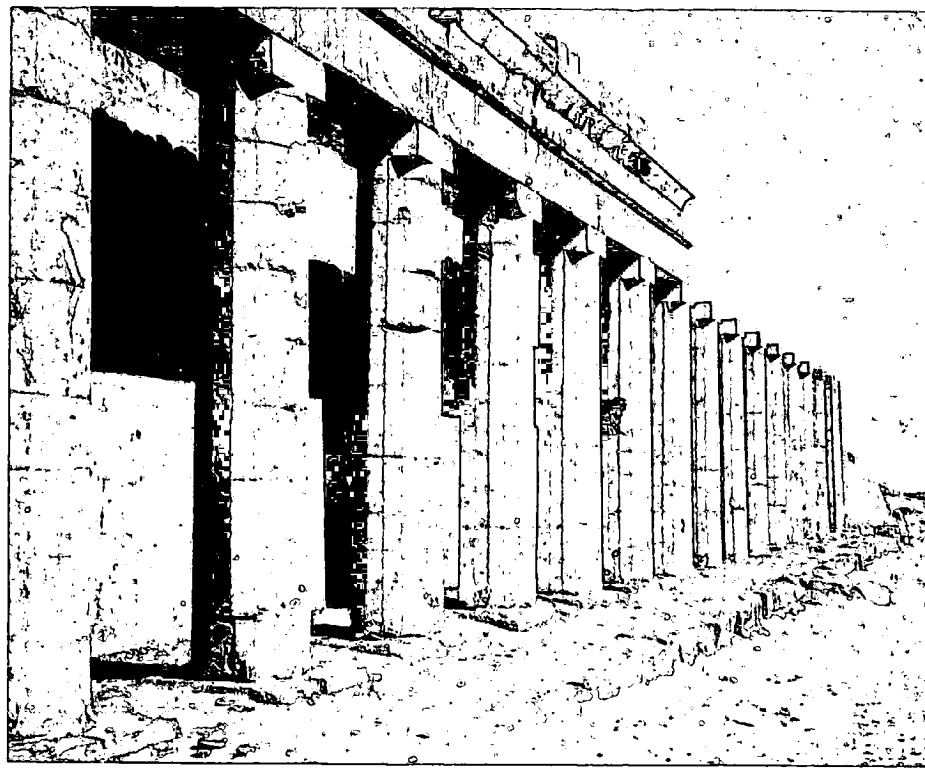
En resumen, la búsqueda de las piedras para los monumentos contribuyó, así como la prospección de los minerales metálicos, de las fibras y piedras semipreciosas y de los pigmentos de color, a la difusión de las técnicas egipcias tanto en el ámbito cultural asiático como africano.

En efecto, los egipcios no dudaban en ir a buscar sus piedras al desierto, a veces a un centenar de kilómetros del Nilo. La cantera de la que procede la estatua de diorita bien conocida de Kefrén, del museo de El Cairo, ha sido localizada en el desierto nubio, a unos 65 kilómetros al noroeste de Abu Simbel. La explotación de las canteras aparece desde el inicio de la historia de Egipto hacia −2800.

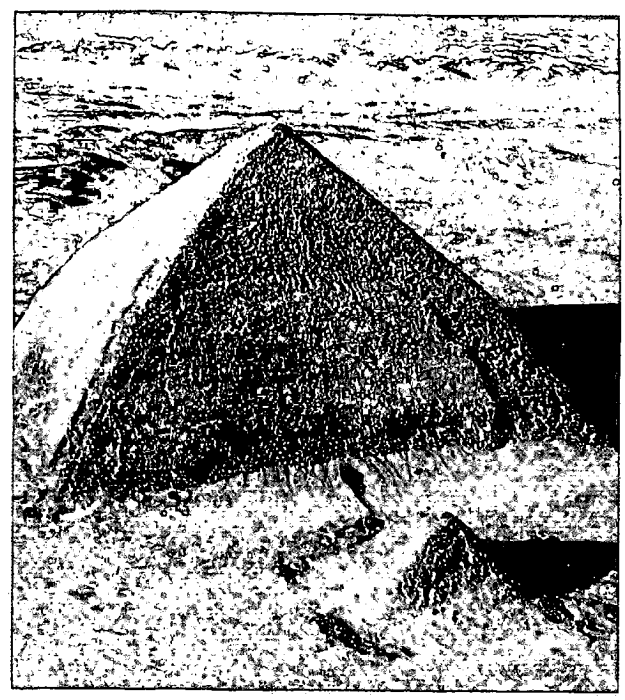
Las técnicas de los canteros egipcios variaban según la naturaleza de la piedra. Para la calcárea, excavaban galerías en los anchos bancos de los acantilados eocenos que bordean el Nilo. Así es como obtuvieron los magníficos bloques de piedra fina con los que eran construidas las grandes pirámides, recubiertas con bloques de granito. La arenisca, llevada de El-Kab, en el Alto Egipto, como de Nubia, era extraída a cielo abierto. Para las piedras duras, los canteros tallaban una ranura alrededor del bloque que querían separar. Después, excavaban de trecho en trecho en esa ranura profundas muescas en las que metían cuñas de madera que luego mojaban. La dilatación de la madera bastaba para abrir el bloque a lo largo de la ranura. Esa ténica todavía es empleada por los canteros modernos para el granito. ¿Nos viene de Egipto?

Las únicas herramientas de los canteros egipcios son el mazo de madera y el cincel de cobre para las piedras blandas: calcárea y arenisca; el pico, el cincel y el martillo de piedra dura para las rocas metamórficas: granito, gneiss, diorita y basalto. Cuando la cantera estaba situada lejos del Nilo, una expedición era enviada y podía comprender hasta 14.000 hombres, oficiales y soldados, mozos de cuerda y canteros, escribas y médicos. Estas expediciones, que podían permanecer mucho tiempo fuera de Egipto, han debido contribuir a la difusión de la civilización egipcia, principalmente en Africa.

La habilidad adquirida en la explotación de las piedras de construcción en la época arcaica ha llevado a los egipcios, desde el final del Imperio Antiguo (hacia −2400), a excavar en plena roca sus mansiones eternas, es decir, sus tumbas. Mucho antes de esa fecha, de −3000 a −2400, el establecimiento de sus sepulturas construidas, concebidas como la habitación del muerto, les había llevado ya a construir encima de ellas imponentes superestructuras cuya evolución arquitectónica, en el transcurso de los tiempos, ha producido la pirámide de gradas y después la pirámide.



• *1. Columnas «protodóricas» de Deir el-Bahari (Fuente: J. Pirenne, v. II, fig. 36, p. 156-157. Fotografía J. Capart).*



• *2. Pirámide de Snefrou en Dashour (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, Fig. 25, p. 100).*

El dominio de los egipcios en el trabajo de la madera se afianza de manera manifiesta en la construcción naval. Las mismas necesidades de la vida cotidiana en el valle del Nilo, donde la única vía de comunicación cómoda es el río, han hecho de los egipcios unos expertos en navegación desde el comienzo de la historia. Los barcos ocupan un lugar privilegiado en todas las primeras obras de arte desde la época prehistórica. Tampoco es sorprendente que su creencia en una vida de ultratumba estrechamente calcada sobre la vida terrestre les haya incitado, bien a realizar en las tumbas los modelos de barcos, bien a representar construcciones de barcos y escenas de navegación en las paredes de las tumbas. Llegaban hasta enterrar auténticos barcos en la proximidad de las sepulturas para ponerlos a disposición de los muertos. Tal fue el caso en Heluán, en una necrópolis de las dos primeras dinastías y en Dashur, cerca de la pirámide de Sesostris III, pero es extraordinario un descubrimiento más reciente. En efecto, en 1954 se descubrieron a lo largo de un lado de la gran pirámide dos fosas excavadas en plena roca y cubiertas de enormes losas de calcárea. En esas fosas habían sido depositados, desmontados pero completos, con remos, cabinas y timones, los mismos barcos que habían servido a Keops. Uno de esos barcos ha sido sacado de la fosa y montado de nuevo. El otro espera aún que se le saque de su «tumba».

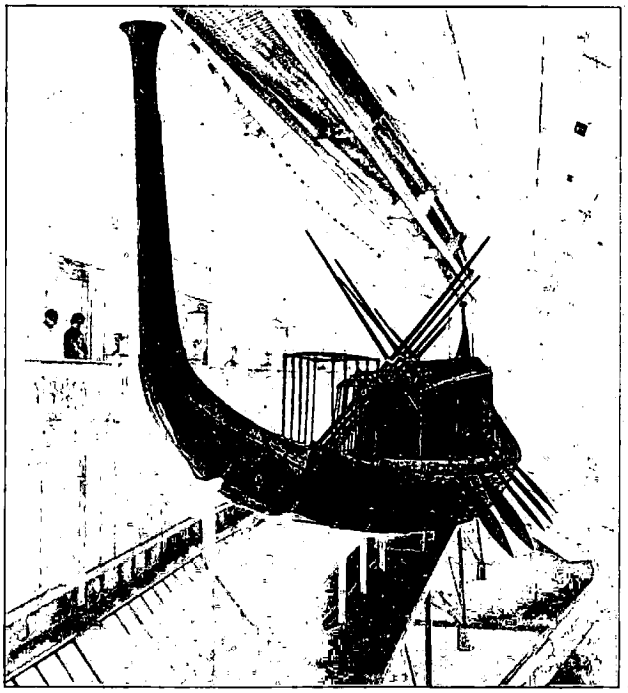
El barco de Keops, que ocupa ahora un museo especial, ha sido montado de nuevo. Está compuesto de 1.224 piezas de madera que habían sido parcialmente desmontadas, y colocadas en trece capas superpuestas en la fosa. Mide 43,40 m. de largo y 5,90 m. de ancho, y cargaba un tonelaje de 40 toneladas. Las planchas del casco tienen de 13 a 14 cm. de espesor. Su calado, difícil de calcular con precisión, era manifiestamente muy pequeño con relación a la masa del barco. Aunque tiene cuadernas rudimentarias, el barco de Keops no tiene quilla, su fondo es plano y estrecho. El hecho más notable es que ha sido construido sin la ayuda de ningún clavo: las piezas de madera están completamente ensambladas entre sí con la ayuda de espigas y muescas. Los elementos básicos: bordas, cuadernas y travesaños están unidos entre sí por cuerdas. Lo cual, en definitiva, ha facilitado su montaje. El barco tiene una cabina central grande y espaciosa, así como un refugio cubierto en la proa. No tenía mástil, y era únicamente propulsado por remos o remolcado, aunque la vela haya sido utilizada por los egipcios antes del reinado de Keops. El método de construcción por piezas ensambladas entre sí por medio de ataduras, explica las expediciones militares anfibias lejos de Egipto por el mar Rojo, como por el Eúfrates. El ejército egipcio llevaba con él, desmontados, los barcos de los que podía tener necesidad.

Como testimonia su anchura con relación a su largura y sobre todo su pequeño calado, los barcos egipcios han sido claramente concebidos para la navegación fluvial. Se trataba, ante todo, de obtener la mayor capacidad posible evitando totalmente los encallamientos. Sin embargo, desde la V dinastía, y sin duda antes, los egipcios habían sabido adaptar sus barcos a la navegación de altura. Los barcos de Sahuré muestran que para la navegación por mar la altura de la proa, como la de la popa, que sobrepasa ampliamente la línea de flotación del barco de Keops, ha sido muy disminuida. En efecto, constituía un obstáculo cuando el barco tenía que afrontar las olas del Mediterráneo o del mar Rojo. Por otra parte, los ingenieros navales egipcios supieron dar una gran solidez al conjunto del barco dotándolo de un «cable de torsión» que unía, por encima del puente, la parte de delante con la de atrás.

1

• *1. Karnak: lugar de descanso de la barca de Amón.*

• *2. Gizeh: lugar de descanso de la barca de Keops.*



2

Ese cable desempeñaba así el papel de una auténtica quilla asegurando la rigidez del conjunto y paliando el peligro de partirse por la mitad.

Modificado así, el barco egipcio era capaz de asegurar las conexiones marítimas más lejanas que hubieran emprendido los faraones, ya fuera en el Mediterráneo hacia Palestina, Siria, Chipre y Creta, o en el mar Rojo, hacia el país lejano de Punt. Nada permite creer que en esa materia los egipcios hayan sido influenciados por los fenicios. Todo lo contrario, es muy probable, aunque imposible de probar en el estado actual de nuestros conocimientos, que hayan sido los egipcios, de una parte, los iniciadores de la navegación marítima a vela: vergas y velas egipcias son orientables y permiten diversas «velocidades», y de otra, los inventos del timón: desde el Imperio Antiguo los grandes remos de dirección situados en la parte trasera del barco están provistos de barras verticales que hacen de auténticos timones.

LA CIENCIA

La contribución faraónica en el terreno de la ciencia y de las matemáticas aplicadas constituye una valiosa herencia, en física, en química, en zoología, en medicina, en farmacología, en geometría y en matemáticas aplicadas. En cada una de esas materias, ellos han legado a la humanidad una cantidad considerable de experiencias, que a veces ellos mismos habían combinado para la realización de objetivos particulares.

La momificación

Uno de los mejores ejemplos del genio de los antiguos egipcios es la momificación, que ilustra su perfecto, dominio de numerosas ciencias como la física, la química, la medicina y la cirugía, resultado de la acumulación de una larga experiencia. Por ejemplo, su descubrimiento de las propiedades químicas del natrón, que se encontraba en ciertas regiones de Egipto, en particular en el Wadi Natrún, ha sido seguido de progresos en la utilización de aquéllas para la realización práctica de las exigencias de sus creencias en la vida de ultratumba. Creían en la prolongación de la vida en el más allá y trataban de probar esa creencia de manera práctica conservando para siempre el cuerpo humano. El natrón ha sido analizado como un compuesto de carbonato de sodio, de bicarbonato de sodio, de sal y de sulfato de sodio. Los egipcios antiguos conocían las funciones químicas de esas substancias. En el proceso de momificación, metían el cuerpo en natrón durante setenta días. Extraían el cerebro por las narices y retiraban los intestinos por una incisión en el costado. Esas operaciones exigían un conocimiento exacto de la estructura del organismo. La buena conservación de las momias ilustra un conocimiento íntimo de la anatomía humana y una familiaridad con la cirugía.

Cirugía

Los conocimientos del cuerpo humano adquiridos, sin duda, por la momificación son los que permitieron a los egipcios desarrollar las técnicas quirúrgicas desde una

• *Ramsés II (técnica de los fluidos). (Fotografía Comisariado para la energía atónica).*

época remota. La cirugía egipcia es, en efecto, bastante bien conocida gracias al *Papiro Smith*, copia de un original compuesto en el Imperio Antiguo, entre −2600 y −2400. Es un auténtico tratado de cirugía ósea y de patología externa. Cuarenta y ocho «casos» son examinados en él sistemáticamente. Cada vez, el autor del tratado comienza por un título general: «Instrucciones *referentes* (tal o cual caso), luego sigue una descripción clínica: «*Si observas* (tales síntomas)». Las descripciones son siempre precisas y justas. Van seguidas del diagnóstico «*Dirás a ese individuo: un caso de* (tal o cual herida); y, según el caso, «*un caso que yo trataría*» o «*un caso por el que nada se puede hacer*». Si el cirujano puede actuar, el tratamiento a seguir es entonces descrito con precisión, por ejemplo: «*te vendarás el trozo de carne herida el primer día, luego pondrás dos vendas de tejido de modo que se unan los labios de la herida, etc.*».

Varios de los tratamientos indicados por el Papiro Smith son todavía aplicados en nuestros días. Los cirujanos egipcios sabían cerrar las heridas por medio de puntos de sutura, y reducir las fracturas mediante tablillas de madera o de cartonaje. En fin, llegaban a recomendar que se dejase actuar a la naturaleza. Por dos veces, en efecto, el Papiro Smith ordena dejar al herido que siga su régimen dietético habitual.

Entre los casos estudiados por el Papiro Smith figuran las heridas superficiales del cráneo y del rostro, sobre todo, y las lesiones que afectan a los huesos o a las articulaciones: contusiones de la vértebras cervicales o espinales, luxaciones, perforaciones de cráneo o del esternón, fracturas diversas: nariz, maxilar, clavícula, húmero, costillas, cráneo, vértebras. El examen de las momias ha permitido a veces encontrar las huellas del trabajo de los cirujanos, como ese maxilar del Imperio Antiguo que lleva dos agujeros para drenar un absceso, o ese cráneo en el que la fractura producida por un golpe de hacha o de espada ha sido reducida y el paciente curado. Por otra parte, los dentistas realizaban empastes con un cemento mineral y se ha encontrado en una momia un intento de prótesis (hilo de oro sujetando dos dientes movidos).

Por su sentido del método, el Papiro de Smith testimonia el dominio adquirido por los antiguos cirujanos egipcios. Un dominio que, se puede creer, fue transmitido poco a poco, tanto en Africa como en Asia, y en la Antigüedad clásica, principalmente por los médicos que acompañaban siempre las expediciones egipcias en territorio extranjero. Se sabe, por otra parte, que soberanos extranjeros, como el príncipe asiático de Bakhtan, Bactriana, o Cambises mismo, hacían ir ante ellos a médicos egipcios y que Hipócrates «tenía acceso a la biblioteca del templo de Imhotep, en Menfis» y que otros médicos griegos siguieron su ejemplo.

Medicina

El conocimiento de la medicina puede ser considerado como una de las más importantes contribuciones de los antiguos egipcios a la historia de la humanidad. Los documentos indican de manera detallada los títulos de los médicos egipcios y sus diferentes materias de especialización. Las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo y del mundo clásico han reconocido la capacidad y la reputación de los antiguos egipcios en las especialidades de la medicina y de la farmacología. Una de la personalidades egipcias más importantes de la historia de la medicina es Imhotep, visir, arquitecto y médico del rey Djeser de la III dinastía. Su fama se ha transmitido a través de toda la historia antigua de Egipto hasta la época griega. Divinizado por los

egipcios con el nombre de Imuthes, fue asimilado por los griegos a Asklepios, el dios de la medicina. La influencia egipcia sobre el mundo griego, a la vez en medicina y en farmacología, es fácilmente discernible en los remedios y en las prescripciones. Las excavaciones han permitido descubrir ciertos instrumentos médicos utilizados en las operaciones quirúrgicas.

El testimonio escrito sobre la medicina antigua egipcia está constituido por documentos médicos como el Papiro Ebers, el Papiro de Berlín, el Papiro quirúrgico Edwin Smith y muchos otros, que ilustran las técnicas de operaciones y describen los tratamientos que eran prescritos.

Esos textos son copias de originales que se remontan al Imperio Antiguo (hacia −2500). A diferencia del Papiro quirúrgico Edwin Smith (cf. anteriormente), muy científico, los textos puramente médicos están influenciados por la magia. Para los egipcios la enfermedad era obra de los dioses o de los espíritus maléficos, lo que justifica el recurso a la magia y explica que algunos remedios del Papiro Ebers, por ejemplo, se parezcan más a un encantamiento mágico que a una prescripción médica.

A pesar de ese aspecto, la medicina egipcia al seguir siendo común a las de las demás civilizaciones de la Antigüedad, dista mucho de ser desechable y se ha descubierto en ella un embrión de método, principalmente en la observación de los síntomas, método que, sin duda alguna, pasará a la posteridad debido a su importancia.

El médico egipcio examinaba al enfermo y constataba los síntomas del dolor. Luego establecía su diagnóstico y después prescribía el remedio. Todos los textos conocidos siguen ese esquema, por consiguiente, se trata de una práctica corriente. El examen podía hacerse en dos veces con unos días de intervalo para los casos dudosos.

Entre las enfermedades reconocidas y bien descritas por los médicos egipcios, incluso tratadas por ellos, figuran: los empachos o indigestiones, la dilatación de estómago, los cánceres cutáneos, el romadizo, la laringitis, la angina de pecho, la diabetes, el enfriamiento, las enfermedades del recto, la bronquitis, la retención y la incontinencia de la orina, el exceso de bilis, las oftalmias, etc.

En sus tratamientos, los médicos egipcios utilizaban: supositorios, ungüentos, electuarios, pócimas, unturas, masajes, lavativas, purgas, cataplasmas y hasta inhalaciones que ellos enseñaron a los griegos. La farmacopea comprende muchas «plantas», cuyos nombres desgraciadamente no sabemos traducir. Así, debido a su método y a los recursos de los que la medicina griega disponía en su farmacopea, se comprende el prestigio que tenía en la Antigüedad; prestigio del que Herodoto nos ha dejado su eco.

Los nombres de casi un centenar de médicos egipcios antiguos nos son conocidos gracias a los textos. Entre éstos se citan oculistas, dentistas entre los cuales está Hesy-Ra, que vivió bajo la IV dinastía hacia −2600, y puede ser considerado como uno de los más antiguos. También había veterinarios entre los «especialistas». Los médicos utilizaban en sus operaciones instrumentos diferenciados.

Matemáticas (aritmética, álgebra y geometría)

Las matemáticas constituyen una materia importante de la ciencia en la que trabajaron los egipcios antiguos. La precisión de las medidas de sus monumentos y de

sus gigantescas esculturas es una buena prueba de su gusto por la exactitud. Nunca hubieran podido alcanzar esa perfección sin un mínimo espíritu matemático.

Dos importantes papiros matemáticos del Imperio Medio (−2000 a −1750), han llegado hasta nosotros. Son los Papiros de Moscú y de Rhind. El método de numeración egipcia, de base decimal, consistía en repetir los signos de los números: unidades, decenas, centenas y millares, tantas veces como fuera necesario para obtener la cifra deseada. El «cero» no existía. Es interesante observar que los símbolos de fracciones egipcias para la 1/2, 1/3, 1/4, etc. tienen su origen en el mito de Horus y Seth, en el que el ojo del halcón Horus fue arrancado por Seth, y cortado en trozos. Esos trozos son los que simbolizan algunas fracciones.

Se puede considerar a las matemáticas egipcias en tres aspectos: la aritmética, el álgebra y la geometría.

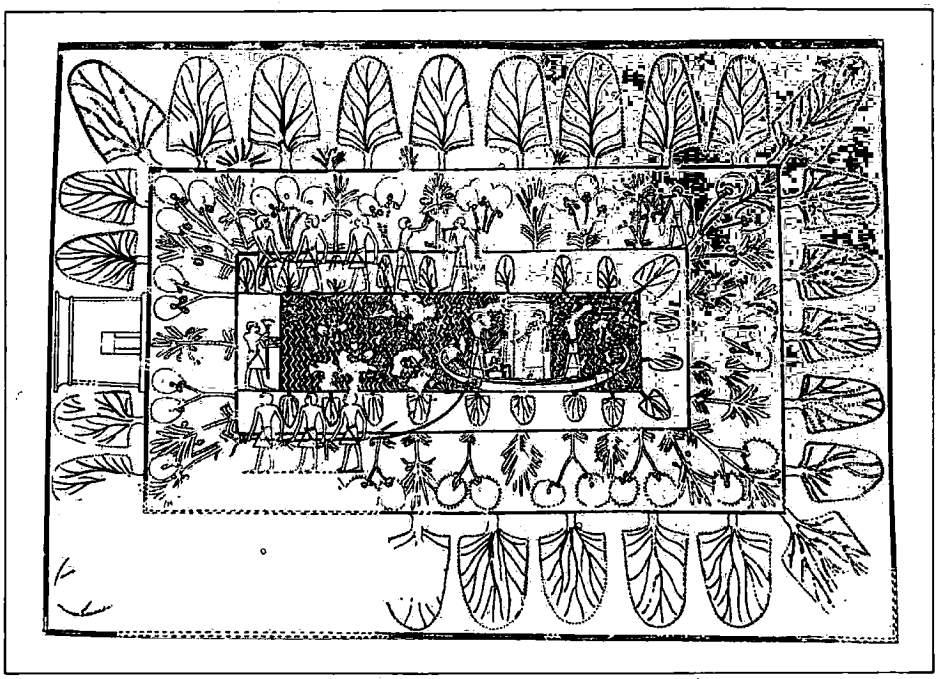
El cálculo *aritmético* era una necesidad de la organización administrativa egipcia. Esta, muy centralizada, debía conocer, para ser eficaz, lo que había en cada provincia y en cada propiedad; los escribas pasaban también un tiempo infinito haciendo cálculos: superficie de las tierras cultivadas, cantidades y repartos de los productos disponibles, número y cantidad del personal, etc.

Para sus cálculos, los egipcios utilizaban un método simple: reducían todas las operaciones a series de multiplicación o de división por dos *(duplicación)*, sistema lento pero que sólo exige un esfuerzo mínimo de memoria y hace inútil toda tabla de multiplicación. En las divisiones, cuando el dividendo no es exactamente divisible por el divisor, el escriba hace intervenir las fracciones, pero el sistema empleado no encierra más que fracciones cuyo numerador sea un *1*. Las operaciones sobre fracciones se hacen también por duplicaciones sistemáticas. En los textos se encuentran numerosos repartos proporcionales así obtenidos, y el escriba añade al final de sus cálculos la fórmula «está bien», que equivale a nuestra s.e.u.o.

Todos los problemas planteados y resueltos por los «tratados» egipcios tienen un rasgo común: son problemas materiales del tipo de los que el escriba, solo en un lugar lejano, tendrá que resolver diariamente, como el reparto de siete panes entre diez hombres proporcionalmente a su categoría jerárquica, o el cálculo del número de ladrillos necesarios en la construcción de un plano inclinado. Es, pues, un sistema esencialmente empírico tan poco abstracto como es posible, y es difícil saber o conocer lo que, de tal sistema, ha podido pasar a los dominios culturales vecinos.

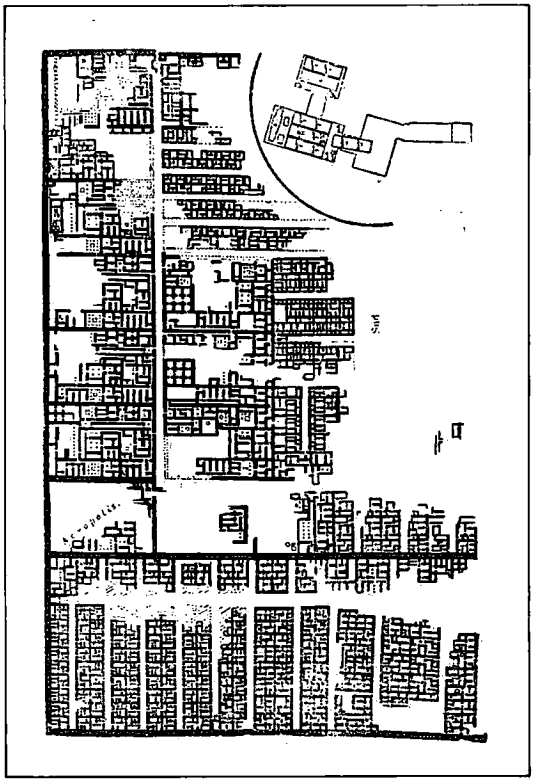
No es seguro que se pueda hablar de un *álgebra* egipcia: los especialistas de la historia de las ciencias no están de acuerdo en este punto. Algunos problemas del Papiro Rhind están redactados utilizando la fórmula: «Una *cantidad* (en egipcio ahâ) a la que se añade (o se quita) tal o cual parte (n) se convierte en (N), ¿cuál es esa cantidad?», lo cual viene a plantearse así: $x \pm x/n = N$.

Esto ha incitado a algunos historiadores de las ciencias a admitir que los egipcios utilizaron el cálculo algebraico. Pero las soluciones propuestas por el escriba del Papiro Rhind para ese tipo de problemas son obtenidas siempre por la aritmética simple y el único caso en que el álgebra hubiera podido ser utilizada es un problema de reparto que implica la existencia de una ecuación de segundo grado. El escriba, para resolverlo, ha operado como un algebrista moderno, pero ha tomado como base de cálculo, no un símbolo abstracto como x, sino la cifra 1. Según se admita o no que es posible practicar el álgebra sin símbolos abstractos, se aceptará o se rechazará la existencia del álgebra egipcia.



1

• *1. Jardin egipcio (Fuente: N. de G. Davies, 1943, The Metropolitan Museum of Art, Egypt Expedition, V. XI, New York, pl. CX. Fotografía The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).*



2

• *2. Urbanismo: plano de Kahoun, dibujo según Petrie: La ciudad de Illahun, que muestra la aglomeración de los barrios pobres (en el medallón, tumba de Maket, XIX-XX dinastía) (Fuente: J. H. Breasted,* Histoire de l'Egipte, *I, p. 87, reproducido en J. Pirenne II, p. 74, Editions de la Baconnière, Neuchâtel).*

Los escritores griegos, desde Herodoto a Estrabón, están de acuerdo en admitir que los egipcios han inventado la *geometría*. A ello les habría llevado la necesidad de calcular cada año la superficie de tierras arrastradas o llevadas por la crecida del Nilo. En realidad, como las matemáticas, la geometría egipcia es empírica. Se trata, ante todo, en los tratados antiguos, de facilitar al escriba la «receta» para hallar rápidamente la superficie de un campo, el volúmen de semillas contenidas en un silo, el número de ladrillos necesarios en la construcción de un edificio. Para llegar a ello, el escriba no sigue nunca un razonamiento abstracto, él tiene los medios prácticos de llegar a la solución: él da cifras. Dicho esto, se constata que los egipcios sabían perfectamente calcular la superficie del triángulo y del círculo, el volumen del cilindro, de la pirámide, del tronco de pirámide, y, probablemente el de la semiesfera. Su éxito mayor es el cálculo de la superficie del círculo. Procedían restando 1/9 del diámetro y elevando el resultado al cuadrado, lo que viene a dar a π el valor 3,1605, muy superior al valor 3 que le dan los demás pueblos de la Antigüedad.

Esos conocimientos geométricos eran aplicados prácticamente en la *agrimensura* que desempeña un gran papel en Egipto. Son numerosas las escenas figuradas de las tumbas que representan al equipo de agrimensores ocupados en controlar que los lindes de los campos no han sido desplazados y en medir después con la ayuda de una cuerda de nudos, antepasado de nuestra cinta de agrimensura, la superficie del campo cultivado. La cinta de agrimensura, *nuh*, aparece en los textos más antiguos, hacia -2800. El gobierno central poseía archivos catastrales que, por otra parte, fueron estropeados por la revolución menfita en las proximidades de -2150, pero puestos en orden en el Imperio Medio, hacia -1990.

Astronomía

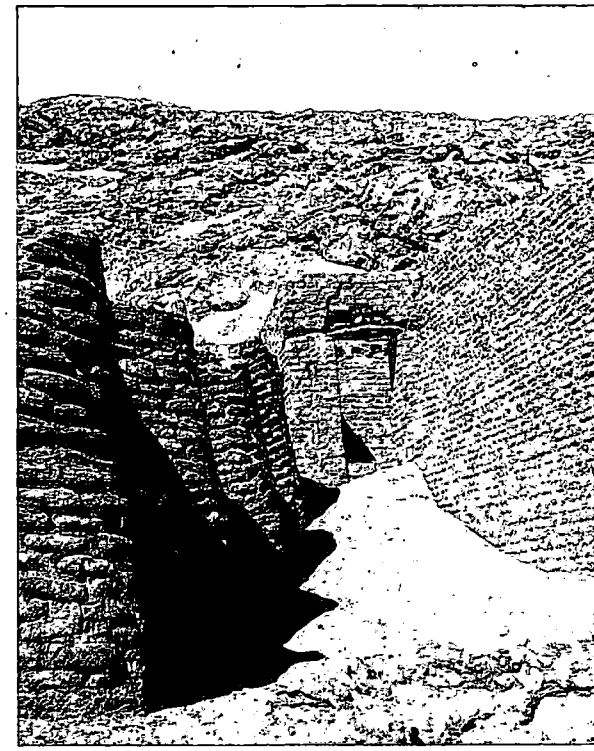
Para la astronomía egipcia no disponemos de informes de conjunto de los conocimientos comparables a los que tenemos para las matemáticas (Papiros Rhind y de Moscú), o para la cirugía y la medicina (Papiros Edwin Smith y Ebers). Sin embargo, es probable que tales «tratados» hayan existido; en efecto, el Papiro Carlsberg 9, que describe un método de determinación de las fases de la luna, ha sido escrito ciertamente en la época romana, pero proviene de fuentes mucho más antiguas y no está influido por la ciencia helenística; lo mismo se puede decir para el Papiro Carlsberg 1. Desgraciadamente las fuentes más antiguas no han llegado hasta nosotros y la aportación egipcia en el terreno de la astronomía debe deducirse de las aplicaciones prácticas hechas a partir de observaciones. Esa aportación dista mucho de ser desdeñable.

Hemos visto (cf. Introducción) que el año civil egipcio estaba dividido en tres estaciones, de cuatro meses de treinta días cada uno; a esos 360 días se añadían cinco días al final del año. Ese año de 365 días, el más exacto que conoció la Antigüedad, ha dado origen al nuestro, puesto que sirve de base a la reforma juliana de -47, primero, y después a la reforma gregoriana de 1582. Junto al calendario civil, los egipcios utilizaban también un calendario litúrgico lunar y sabían prever las fases lunares con una aproximación suficiente.

Después de la expedición a Egipto de Bonaparte, los europeos quedaron sorprendidos por la exactitud de la orientación de los edificios faraónicos y particularmente de la de las pirámides, cuyas fachadas están orientadas hacia los cuatro puntos

1

• *1 y 2. Vista parcial de Mirgissa, fortaleza militar, construida hace unos 4.000 años (Fotografía R. Keating).*



2

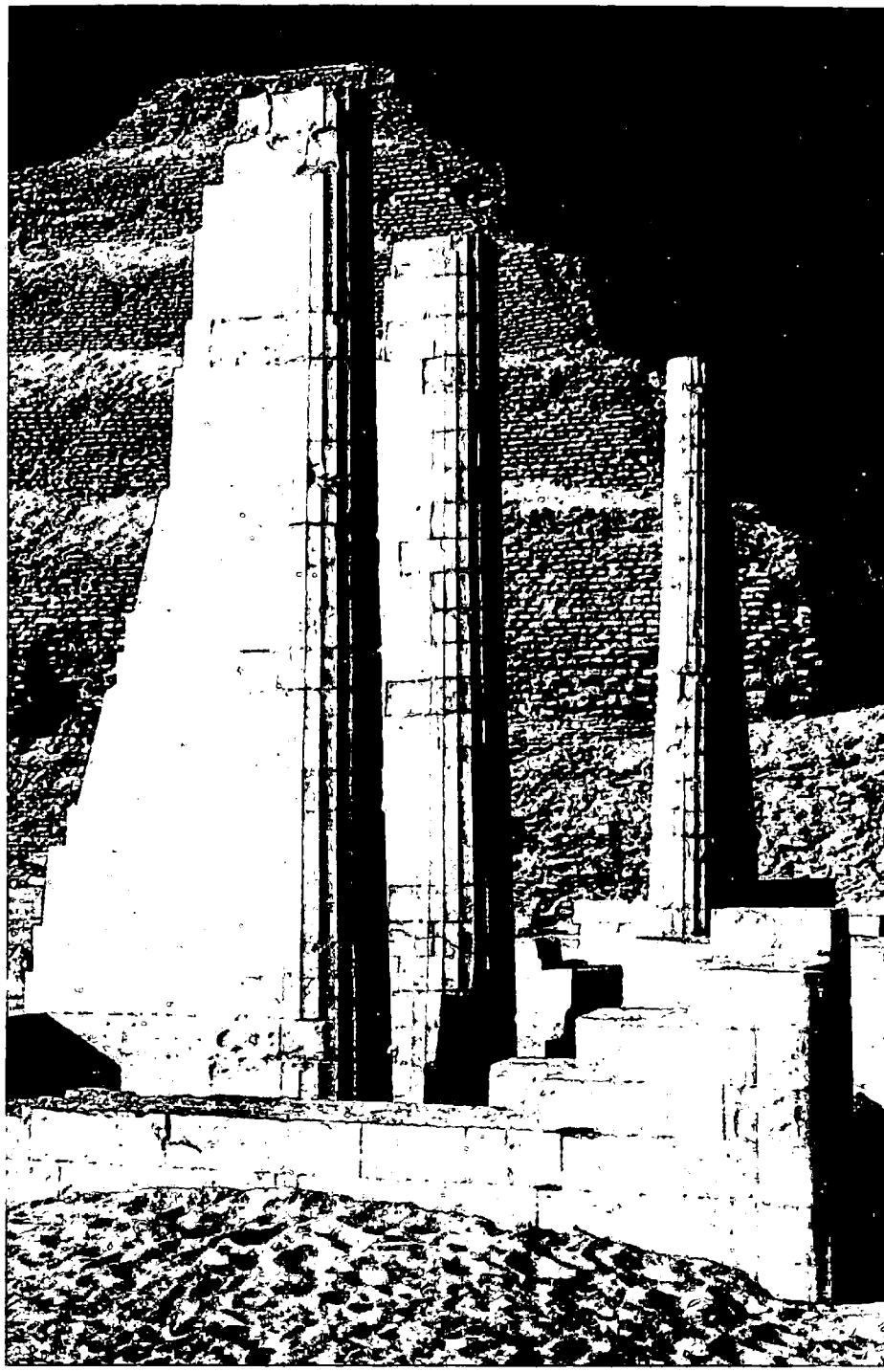
cardinales. En efecto, la desviación con relación al norte verdadero de las grandes pirámides es siempre inferior a un grado. Semejante precisión sólo ha podido ser obtenida por observación astronómica: dirección de la estrella polar de la época; culminación de una estrella fija; bisectriz del ángulo formado por la dirección de una estrella con doce horas de intervalo; bisectriz del ángulo de salida y de puesta de una estrella fija; o también observación de la desviación máxima de una estrella fija (que habría sido 7 de la Osa Mayor, según Z. Zorba). En todos esos casos una observación astronómica precisa es la base de orientación. Observación que los egipcios eran muy capaces de realizar, puesto que disponían, bajo la autoridad del visir, de un cuerpo de «astrónomos», encargados de observar diariamente el cielo nocturno para anotar la salida de las estrellas, principalmente de Sirio (Sothis); pero, sobre todo, para determinar el desarrollo de las horas nocturnas. Estas, para ellos, tenían duración variable según las estaciones; la noche, que debía tener doce horas, comenzaba siempre con la puesta del sol para acabar con su salida. Sobre unas tablas que han llegado hasta nosotros, cada hora nocturna era precisada mes tras mes, de diez en diez días, por la aparición de una constelación o de una estrella de primera magnitud. Distinguían treinta y seis de esas constelaciones o estrellas que constituían *decans*, siendo cada uno de éstos jefe de una *década* (diez días).

Ese sistema se remonta, al menos, a la III dinastía (hacia −2600). Los sacerdotes astrónomos, independientemente de las «tablas», disponían de instrumentos de observación simples: una mira y una escuadra provista de una plomada que exigían la participación de un equipo de dos observadores. A pesar de esa técnica rudimentaria, las observaciones eran exactas como lo testimonia la precisión de las orientaciones. Representaciones del cielo figuran en algunas tumbas, que están llenas de imágenes, lo que ha permitido identificar algunas de las constelaciones reconocidas por los egipcios. La Osa Mayor es llamada la «Pierna de Buey»; las estrellas agrupadas en torno a Arturo están representadas por un cocodrilo y un hipopótamo pegados, el Cisne está figurado por un hombre con los brazos extendidos, Orión por un personaje que corre con la cabeza vuelta hacia atrás, Casiopea por una figura con los brazos extendidos, y en formas diferentes, el Dragón, las Pléyades, el Escorpión y el Carnero.

Para la determinación de las horas diurnas, variables también según las estaciones, los egipcios utilizaban el *gnomon:* simple tallo plantado verticalmente sobre una tablilla graduada, provista de una plomada. Este instrumento servía para controlar el tiempo durante el cual se regaban los campos, debiendo ser el agua repartida imparcialmente. Independientemente del gnomon, los egipcios disponían también, en los templos, de «relojes de agua» que los griegos copiaron y perfeccionaron: son las clepsidras de la Antigüedad. Se fabricaban en Egipto desde −1580.

Arquitectura

Los egipcios antiguos aplicaron sus conocimientos matemáticos a la extracción, al transporte y a la colocación de enormes bloques de piedra que utilizaban para sus empresas arquitectónicas. Poseían una larga tradición del empleo del adobe y de diversas clases de piedra, que databa de una época muy remota. Comenzaron a utilizar el granito al comienzo del III milenio antes de la era cristiana, para el suelo de algunas tumbas de la I dinastía, en Abidos. Durante la II dinastía, la calcárea fue utilizada para la construcción de los muros de las tumbas.



• *Columnas fasciculadas del templo de Saqqarah (Fuente: J. Pirenne, 1961, v. I, fig. 17, p. 64).*

Una nueva fase arquitectónica fue inaugurada durante la III dinastía. Fue un acontecimiento capital de la historia de Egipto porque se trataba de la construcción del primer edificio realizado totalmente de piedra: la pirámide de gradas de Sakkare, que constituye una parte del gran complejo funerario del rey Djeser.

A Imhotep, arquitecto y, sin duda, visir del rey Djeser (hacia −2580), se debe ese complejo de la pirámide con gradas en la que aparece, por vez primera, la piedra tallada. Entonces es de pequeñas dimensiones. Todo ocurre como si fuera una imitación en calcárea del adobe, utilizado anteriormente en la arquitectura funeraria. Asimismo, columnas entramadas y vigas del techo son copias en piedra de los haces de plantas y de los troncos utilizados en la construcción primitiva. Todo indica, pues, que es a Egipto a quien debemos la primera arquitectura en piedra tallada, colocada en hileras regulares.

Numerosas son las formas arquitectónicas inventadas por Egipto: la más característica es, sin duda, la *pirámide*. Primero de gradas, y sólo progresivamente bajo la IV dinastía, hacia −2300, toma su forma triangular. Desde esa época los arquitectos sustituyen la obra con piezas pequeñas de la III dinastía por los bloques de grandes dimensiones, tanto de calcárea como de granito.

La arquitectura civil, hasta la conquista romana, sigue siendo fiel al adobe, que es empleado hasta en los palacios reales. Los edificios anexos del Ramesseum, en Tebas, como las grandes fortalezas, en Nubia, permiten hacerse una idea de las posibilidades que ofrece ese material. Consigue alcanzar un extraordinario refinamiento, como lo testimonia el palacio de Amenofis IV en Tell el-Amarna, con sus pavimentos y sus techos decorados con pinturas.

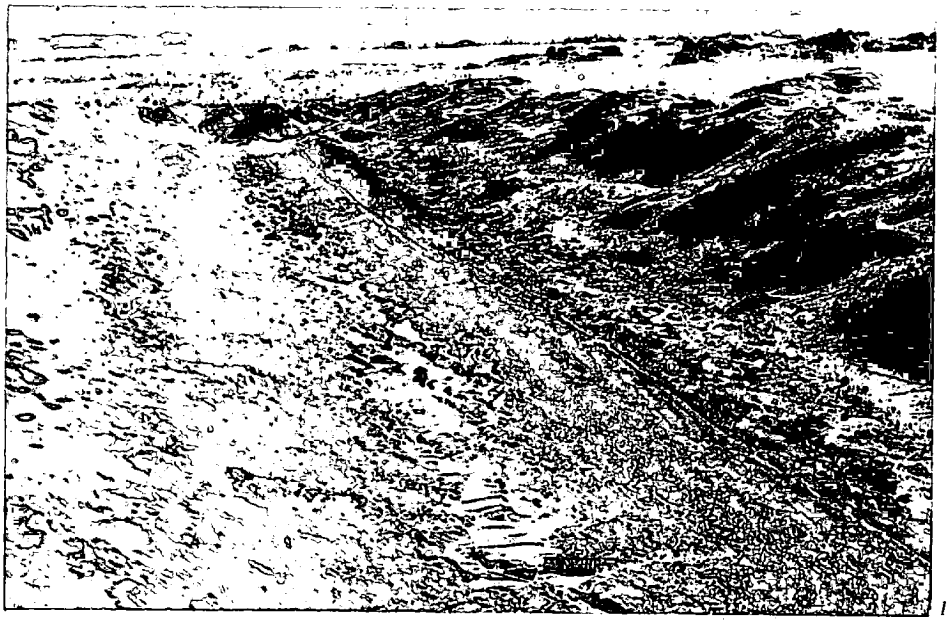
Otra contribución de Egipto en el terreno de la arquitectura es la invención de la columna. Primero fue la columna entramada, que fue seguida por la columna libre.

Esas técnicas se apoyaban en la experiencia del entorno local, que ejerció una gran influencia en el desarrollo de la arquitectura. Por ejemplo, los antiguos egipcios tomaron la idea de la columna de los haces de plantas silvestres como la caña y el papiro. Tallaron los capiteles de las columnas en forma de flores de loto, de papiro y de plantas. Las columnas acanaladas y los capiteles en forma de loto, de papiro y de palma son igualmente innovaciones arquitectónicas que constituyen una contribución a la arquitectura mundial.

Parece que han sido los antiguos egipcios los que inventaron la bóveda, que fue primero una bóveda de ladrillos, dede la II dinastía, hacia −2900, para llegar a la bóveda de piedra en la VI dinastía.

Notemos, sin embargo, que la bóveda «de cañón» de adobes aparece también muy pronto en Mesopotamia. Es un caso en el que el lis asiático y el lis africano se confunden y en el que es casi imposible determinar cual es el iniciador, si es que no ha habido, en efecto, simple fenómeno de «convergencia», habiendo inventado esas dos zonas por separado la misma técnica.

La gran pirámide de Gizeh era una de las siete maravillas del mundo antiguo. La realización de una construcción de proporciones tan enormes es una prueba de la capacidad arquitectónica y administrativa de los egipcios antiguos. La construcción de los pasillos ascendentes que conducen a la cámara real de granito, y la presencia de dos aberturas comunicadas con el exterior sobre los lados norte y sur de la cámara real, para asegurar la ventilación, pueden ser consideradas como buenos ejemplos de su ingeniosidad.



1

• *1 y 2. Mirgissa: «La pista de deslizamiento para barcos». (Fotografía Misión arq. franc. a Sudán).*

2

La exactitud de las proporciones, de las medidas y de la orientación de las cámaras y los pasillos de las pirámides, sin hablar del tamaño y de la erección de obeliscos de piedra maciza, indican un alto grado de desarrollo técnico desde una época remota.

Para el transtorte y la colocación de los bloques de piedra, los egipcios utilizaban palancas, rulos o rodillos y travesaños de madera. En sus realizaciones arquitectónicas, a pesar de sus dimensiones considerables, no utilizan en realidad más que la fuerza de los brazos humanos, sin la ayuda de ningún medio mecánico que no fuera el principio de la palanca en sus diversas formas.

Los conocimientos técnicos adquiridos por los egipcios tanto en la construcción como en el riego, gracias a la excavación de canales y al establecimiento de diques o de presas, se encuentran en otras materias próximas a la arquitectura.

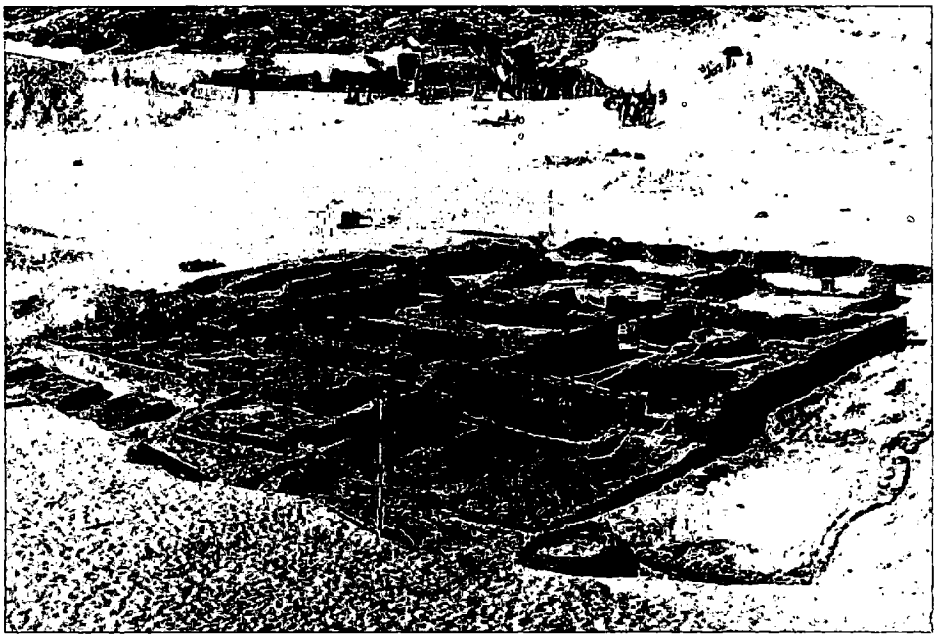
Desde −2550, eran capaces de construir, en piedra tallada, una presa de contención en un ouadi cerca de El Cairo. Poco más tarde, sus ingenieros abrían unos canales navegables en las rocas de la 1.ª Catarata, en Assuán. Todo hace suponer que hacia −1740 lograron levantar una presa sobre el Nilo, en Semneh, Nubia, para facilitar la navegación hacia el sur. En fin, siempre en la misma época, construyeron paralelamente a la 2.ª Catarata, un «camino de tierra» sobre el que, utilizando la fluidez... del limo del Nilo, hacían deslizar sus barcos. Ese camino de varios kilómetros, auténtica prefiguración de lo que será el *diolkos* griego del istmo de Corinto, les permitía no ser detenidos nunca por el obstáculo de los rápidos de la 2.ª Catarata (cf. ilustración p. 172).

También en el terreno arquitectónico hay que pensar en el arte de los jardines y en el urbanismo egipcio.

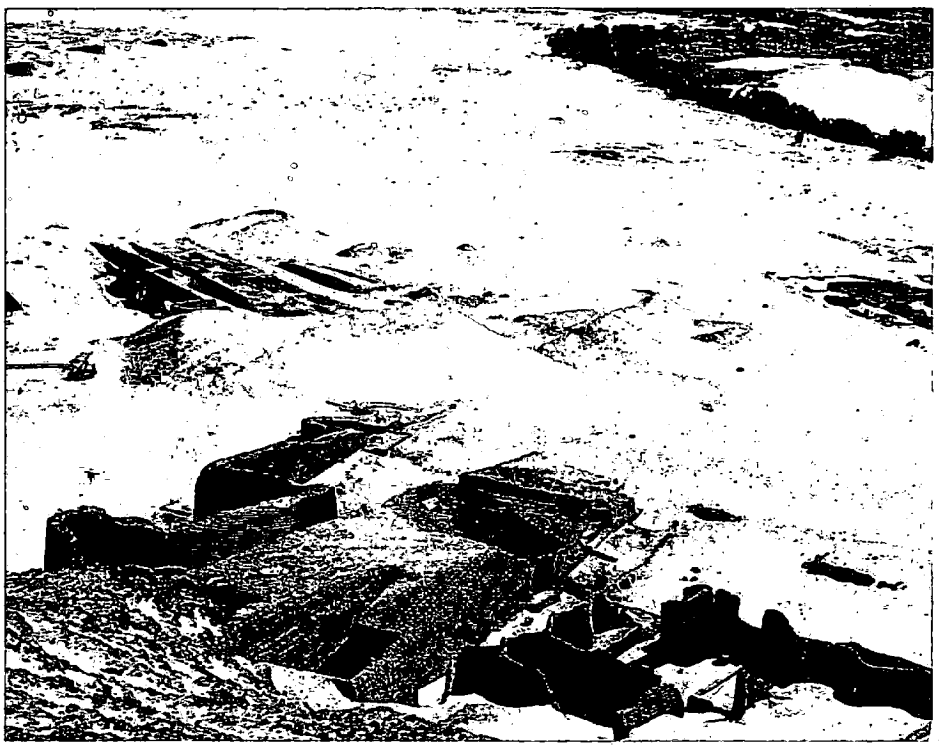
A los egipcios les gustaban los jardines. Los pobres se las arreglaban para hacer crecer uno o dos árboles en el estrecho patio de sus casas. Los ricos llegaban hasta el punto de que sus jardines rivalizaban en importancia y en lujo con la mansión propiamente dicha. Bajo la III dinastía (hacia −2800), un alto funcionario posee un jardín de más de una hectárea, con un estanque que es el signo distintivo del jardín egipcio. Este, en efecto, se ordena sistemáticamente alrededor del estanque o de los estanques, porque en el jardín puede haber varios. Estos son a la vez viveros y depósitos de agua para el riego, y una fuente de frescor para la casa, muy próxima: cerca del estanque el dueño de la casa hace construir también frecuentemente un ligero templete o cubierta de madera para tomar el fresco del atardecer y recibir a sus amigos y beber algo refrescante (cf. ilust. pág. 66).

Los estanques artificiales pueden ser de grandes dimensiones. Snefru navega sobre el lago de su palacio en compañía de jóvenes remeras poco vestidas, y Amenofis III mandará construir uno inmenso en su palacio tebano. Ese gusto tan egipcio por el jardín-parque se transmitirá a Roma.

El «genio» griego parece que no sintió el primor por el «urbanismo». Desde −1895, bajo el reinado de Sesostris II, vemos una aglomeración como Kahun, rodeada de un recinto rectangular. La ciudad contiene a la vez edificios administrativos y habitáculos. Las casas «obreras» —se han descubierto en excavaciones cerca de 250— están construidas en «bloque» a lo largo de las calles de 4 m. de anchura, que dan a una avenida central de 8 m. de anchura. Cada casa ocupa una superficie —en el suelo— de 100 a 125 m^2. y comprende unas diez habitaciones al mismo nivel. En otra parte de la ciudad se elevan las mansiones de los «dirigentes», «hoteles» que pueden tener hasta 70 habitaciones, o casas mucho más modestas, mucho mayores no



1



2

- *1. Mirgissa (Fotografía Misión arq. franc. a Sudán).*
- *2. Mirgissa (Fotografía R. Keating).*

obstantes que las casas «obreras». También esas casas están dispuestas a lo largo de avenidas rectilíneas, paralelas a los muros del recinto. Esas calles están provistas en el centro de una acequia para la evacuación de las aguas (cf. ilust. pág. 174).

Ese dispositivo urbano se encuentra en las grandes fortalezas construidas en Nubia, y también es adoptado en el Imperio Nuevo, en Tell el-Amarna principalmente, donde las calles se cortan en ángulos rectos, aunque la disposición de la ciudad sea menos rigurosamente geométrica que en Kahun.

Ciertamente sería peligroso creer que todas las ciudades egipcias eran construidas como las de Kahun y las de Tell el-Amarna. Estas fueron construidas de una sola vez bajo la orden de un soberano. Las ciudades que se desarrollaron poco a poco debían tener un aspecto menos regular. No por eso es menos cierto que los planos geométricos y las casas, estandarizadas, si así se puede decir, nos ilustran sobre las tendencias egipcias en urbanismo. ¿Son ellas el origen del urbanismo helenístico? Se puede plantear la pregunta.

Si es indudable que la arquitectura es uno de los temas en los que Egipto ha aportado mucho, en cambio, es difícil determinar qué parte de esa obra ha pasado al dominio universal. Ciertamente, los arquitectos del mundo entero —y hasta en nuestros días— han utilizado pórticos con columnas, pirámides y obeliscos, creaciones indiscutiblemente egipcias. ¿No ha habido aquí, además, una influencia más lejana gracias a la mediación griega? Parece difícil no ver en las columnas fasciculadas de Sakkara y en las «proto-dóricas» de Beni Hassan los antepasados lejanos de las columnas del arte clásico griego, y después romano. Un hecho al menos parece cierto: las tradiciones arquitectónicas faraónicas penetran en Africa por mediación napatiense primero y después meroítica, que transmite formas —pirámides y pilones entre otras— y técnicas: construcción con piedras pequeñas de tamaño bien proporcionado.

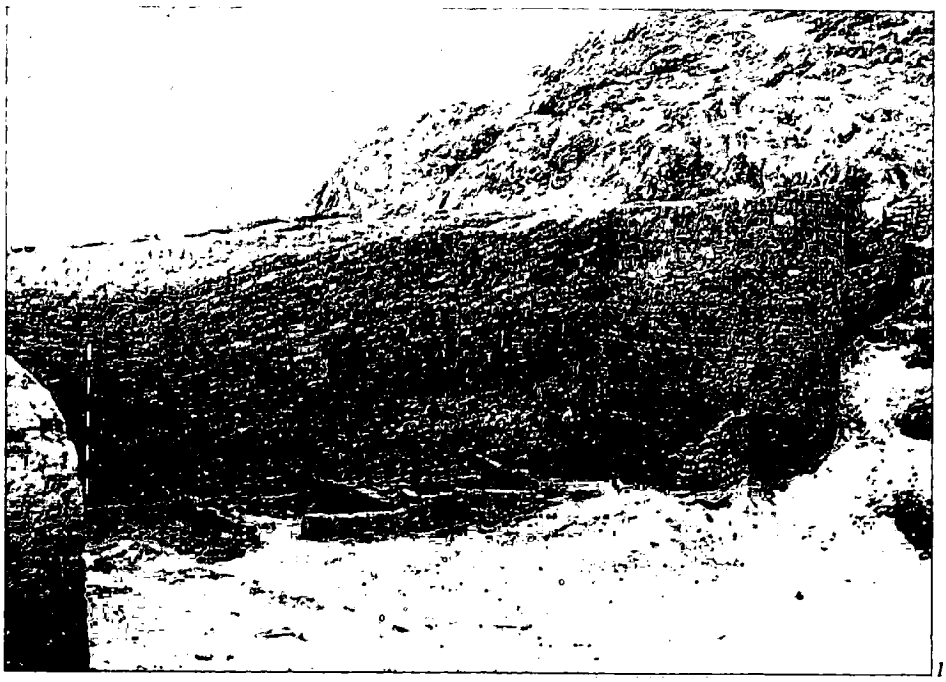
CONTRIBUCION CULTURAL

Ese aspecto abstracto de la herencia faraónica está constituído por las contribuciones en los terrenos de la escritura, de la literatura, del arte y de la religión.

LITERATURA

Los egipcios pusieron a punto un sistema de escritura jeroglífica en el que muchos signos provienen de su entorno africano, lo que permitiría suponer una creación original por su parte más bien que una copia (cf. anteriormente Introducción). Primeramente expresaron sus ideas por medio de ideogramas, luego esa forma de escritura evolucionó rápidamente hacia la expresión de elementos fonéticos que, a su vez, condujo a un sistema de abreviaturas que podrían, tal vez, ser considerado como una etapa hacia la escritura alfabética.

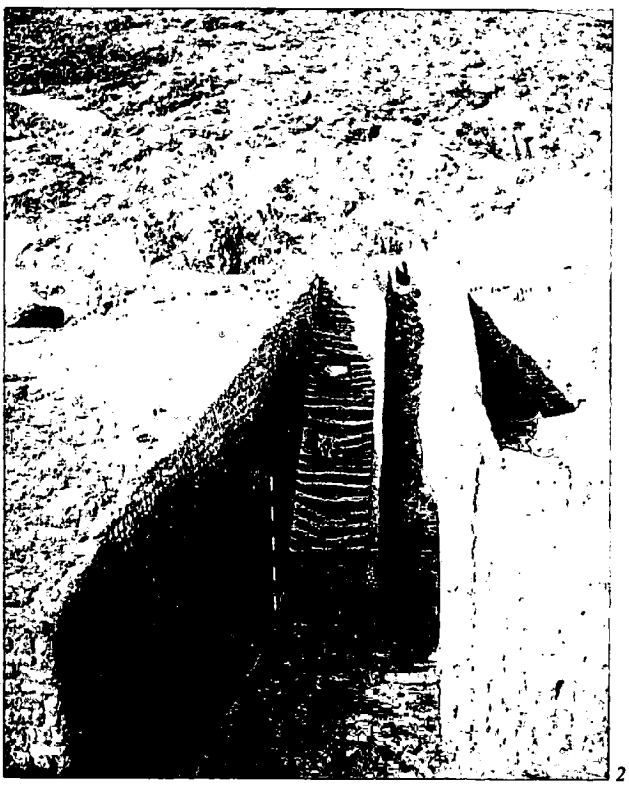
Los contactos culturales con la escritura semítica en el Sinaí, donde grafías particulares aparecen y toman formas emparentadas con la escritura jeroglífica han podido contribuir a la invención del verdadero alfabeto que fue tomado por los griegos y ejerció una influencia en Europa. Los egipcios habían inventado igualmente



1

• *1. Mirgissa, muro del cerco exterior.*

• *2. Mirgissa, muro del cerco septentrional (Fotografía de la Misión arq. franc. a Sudán).*



2

los instrumentos de la escritura (que ya hemos descrito a propósito de sus actividades industriales); su descubrimiento del «papiro», transmitido a la Antigüedad clásica gracias a la ligereza, a la flexibilidad y a las dimensiones prácticamente ilimitadas que se podía dar a los «rollos» de papiro, desempeñó un papel cierto en la difusión del pensamiento y de los conocimientos.

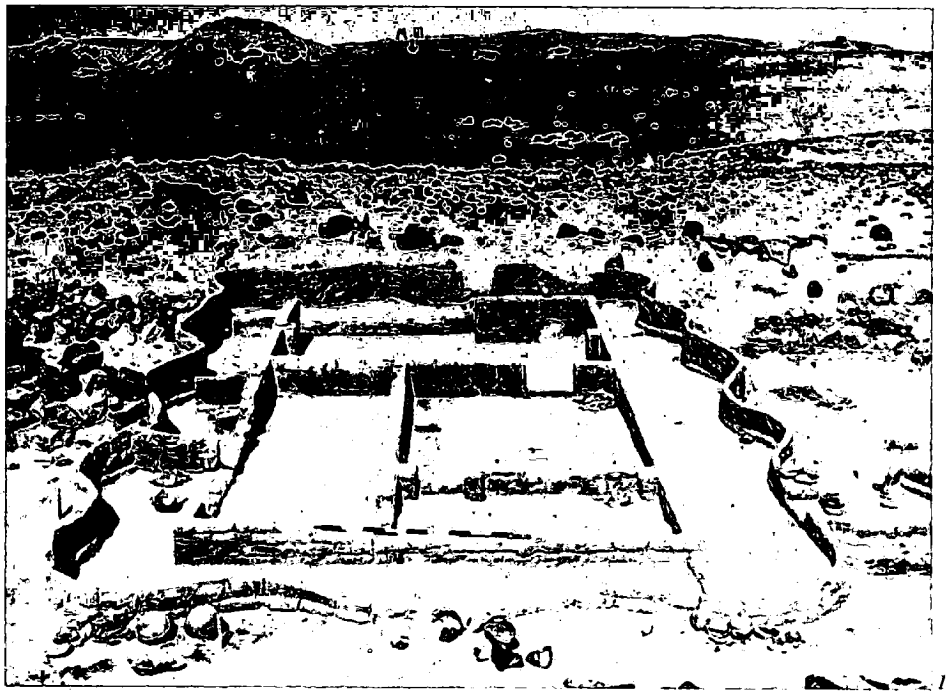
Existe una importante literatura de los tiempos faraónicos, que abarca todos los aspectos de la vida de los antiguos egipcios: teorías religiosas, literatura como relatos, teatro, poesía, diálogos y sátiras. Esa literatura puede ser considerada como una de las partes más importantes de la herencia cultural de Egipto, aunque sea imposible determinar en qué medida fue recogida por las culturas africanas vecinas. Un etnólogo contemporáneo ha podido recoger entre los nilotas de la provincia de Ecuatoria, en la República de Sudán, una leyenda de origen egipcio, conocida también por un texto de Herodoto.

Algunas de las muestras más destacadas de la literatura egipcia son obras del Primer Periodo Intermedio y del comienzo del Imperio Medio. Un egiptólogo eminente, James Henry Breasted, ha considerado esa literatura como un signo precoz de madurez social e intelectual. Ha descrito este período como la aurora de la conciencia, en la que el hombre podía dialogar con su propio espíritu sobre temas metafísicos. Citaremos también una obra escrita: *El campesino elocuente* que expresa el descontento a propósito de la comunidad y de la situación del país, y podría ser considerada como un primer paso hacia la revolución social y la democracia. Un buen ejemplo de la literatura egipcia es el texto inscrito sobre cuatro ataúdes de madera encontrados en El-Bersheh en el Medio Egipto. «Yo he creado los cuatro vientos a fin de que cada hombre pueda respirar... Yo he producido la inundación a fin de que el pobre pueda aprovecharse de ella tanto como el rico... Yo he creado cada hombre igual a su vecino...».

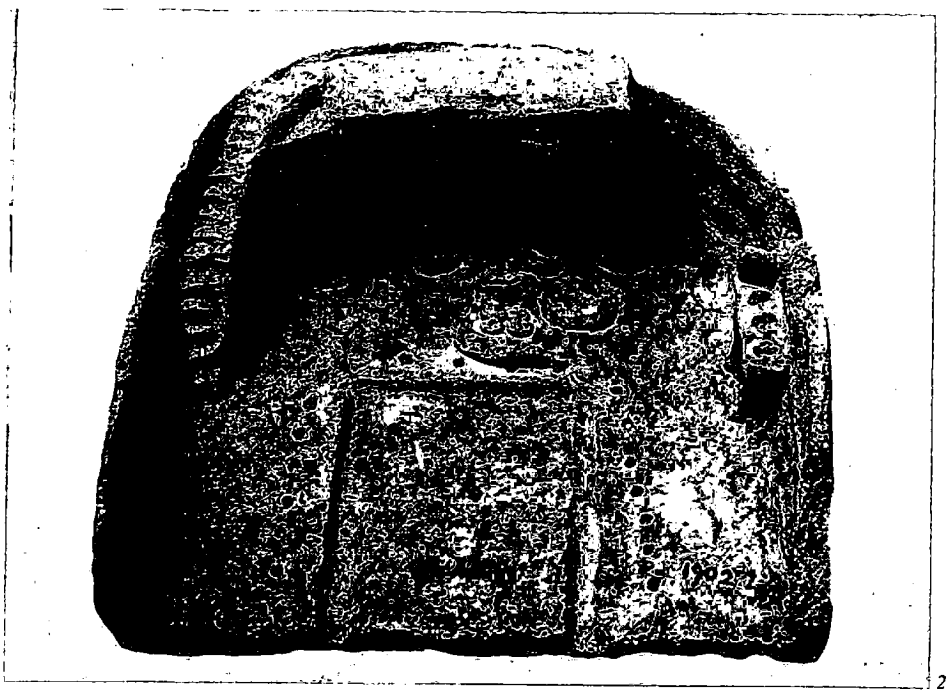
En fin, es probable que algunos elementos de la literatura egipcia se hayan perpetuado hasta nosotros, gracias a los relatos maravillosos de la literatura árabe. Estos, en efecto, parece que han bebido en la tradición oral egipcia. Así se ha podido asemejar el relato de Alí Babá y los cuarenta ladrones en la *Mil y unas noches* con un texto faraónico de −1450, *La Conquista de Joppé*, y el relato de Simbad el marino ha sido relacionados con el cuento faraónico del Imperio Medio, *El Náufrago*.

ARTE

En el terreno del arte, los antiguos egipcios utilizaron numerosos medios de expresión como la escultura, la pintura, el bajorrelieve y la arquitectura. Mezclan los asuntos y las actividades terrestres con las esperanzas en el más allá. En efecto, si su arte es particularmente expresivo, es porque ese arte responde a la expresión de creencias profundas. La muerte para un egipcio sólo es aparente; cuando todo signo de vida ha cesado, la persona humana subsiste, no obstante, íntegramente. Sin embargo, para conservarse tienen necesidad de un soporte: el cuerpo gracias a la momificación o, en su defecto, su imagen. Estatuas y estatuillas, bajorrelieves y pinturas de las tumbas no tienen más finalidad que perpetuar la vida del individuo en el más allá. Eso explica por qué los detalles del cuerpo humano son proporcionados con exactitud. Para dar más vivacidad a la mirada, los ojos de las estatuas eran



1



2

- *1. Mirgissa. Casa particular (Fotografía Misión arq. franc. a Sudán).*
- *2. Modelo de casa en el Imperio Medio (Fotografía proporcionada por el doctor G. Mokhtar).*

incrustados y las cejas mismas eran hechas de cobre o de plata. Las pupilas eran de cuarzo blanco y las niñas de resina. Los artistas egipcios fabricaban a veces estatuas de oro o de cobre martilleado sobre un soporte de madera, que exigían una gran habilidad y una gran experiencia en la manipulación del metal. Esa habilidad está ilustrada por un gran número de estatuas descubiertas en los diferentes yacimientos arqueológicos a lo largo de todo el período histórico.

En el dominio de las artes menores, los egipcios antiguos han producido un gran número de amuletos, de escarabajos y de sellos, así como objetos de adorno y de joyería que, aunque son de tamaño pequeño, no por eso son menos bellos. Sin duda, son esos pequeños objetos los que más se han extendido y han sido más apreciados en el mundo africano y en el Próximo Oriente, y hasta en Europa. Gracias a ellos es cómo se pueden descubrir los vínculos que unían antiguamente a Egipto con otros pueblos.

El conjunto de la actividad artística no expresa solamente una preocupación por el arte, sino que constituye, sobre todo, una expresión de las creencias egipcias en la repetición de la vida terrestre en el más alla.

RELIGION

La religión puede ser considerada como una de las contribuciones filosóficas de Egipto. Los egipcios antiguos concibieron numerosas teorías sobre la creación de la vida, el papel de los poderes naturales y el comportamiento de la comunidad humana para con ellos, así como sobre el mundo de los dioses y su influencia en el pensamiento humano, los aspectos divinos de la realeza, la misión de los sacerdotes en la comunidad, la creencia en la eternidad y en la vida del más allá.

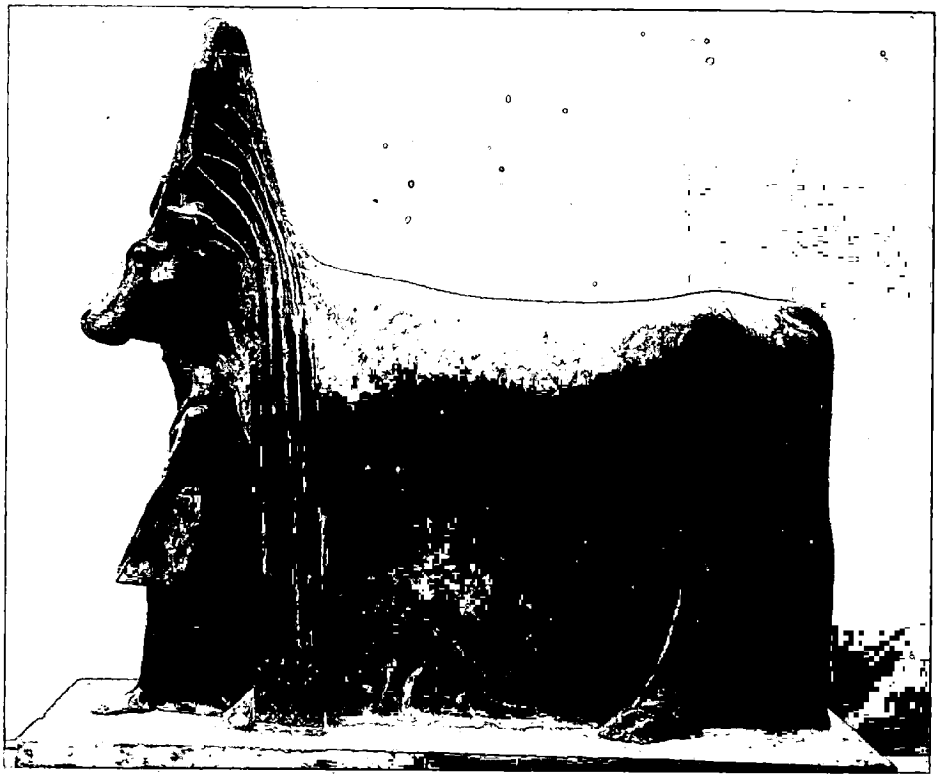
Esa profunda experiencia del pensamiento abstracto ha ejercido en la comunidad egipcia una influencia que produjo un efecto duradero en el mundo exterior. La influencia religiosa egipcia sobre algunos aspectos de la religión greco-romana es particularmente notoria para el historiador, como lo testimonia la popularidad de la diosa Isis y de su culto en la Antigüedad clásica.

TRANSMISION DE LA HERENCIA FARAONICA. PAPEL DEL PASILLO SIRIO-PALESTINO

En la transmisión de la «herencia» faraónica al resto del mundo, Fenicia desempeña un papel particular e importante.

La influencia de Egipto sobre Fenicia es el resultado de los contactos económicos y culturales entre las dos regiones. Esa relación se muestra con el desarrollo del comercio y de la exploración desde los tiempos pre y protodinásticos, para satisfacer las necesidades importantes de esos períodos. La invención de la escritura como medio esencial de comunicación fue en parte indispensable para la importación de materias primas esenciales, como la madera, que era necesaria para la construcción de los templos y monumentos religiosos.

Los comerciantes egipcios habían establecido su propio santuario en Biblos, una ciudad con la que mantenían contactos comerciales muy estrechos. Por mediación



• *Diosa Hathor protegiendo al faraón.*

fenicia, ideas y culturas egipcias se extendieron en el conjunto de la cuenca del Mediterráneo. La influencia de la cultura egipcia sobre la sabiduría bíblica, entre otras, merece ser subrayada (cf. cap. 3).

Las relaciones comerciales y culturales entre Egipto y el Levante prosiguieron a los largo del II y del I milenio antes de la era cristiana, que comprenden el Imperio Nuevo y el Medio así como en las últimas dinastías. Las relaciones se desarrollaron naturalmente tras la expansión política y militar egipcia y los rasgos del estilo artístico egipcio aparecen en diversos yacimientos de Siria y de Palestina, como Ras Shamra, Qatna y Megiddo, como lo demuestran estatuas, esfinges y motivos decorativos. Los intercambios de regalos han contribuido a desarrollar esas relaciones culturales y comerciales.

Conviene señalar que esa influencia artística egipcia es la que ha afectado al arte local de Siria, que es una consecuencia directa de los contactos entre Egipto y el Levante.

En Mittani, en el nordeste de Siria, es igualmente posible observar elementos artísticos egipcios como, por ejemplo, representaciones de la diosa Hathor en las pinturas murales. Parece que la influencia artística egipcia se extendió a partir de Siria a las comunidades vecinas. Esto es ilustrado por los mangos y apliques de marfil, así como por las presencia de motivos egipcios en la decoración de algunos tazones o escudillas de bronce y, particularmente, por los intentos de imitar las costumbres egipcias: los escarabajos con alas y las esfinges con cabeza de halcón.

La influencia artística egipcia observada en el arte de Fenicia y de Siria se combina con motivos artísticos locales, así como con otros elementos extranjeros, a la vez en la escultura en altorrelieve y en bajorrelieve. Ese fenómeno puede ser observado no sólo en Siria, sino también en los objetos fenicios descubiertos en Chipre y en Grecia, porque los fenicios desempeñaron un papel muy importante, tanto cultural como comercial, en el mundo mediterráneo y llevaron elementos de la cultura egipcia a otras regiones.

La influencia de la escritura jeroglífica egipcia se encuentra en las escrituras semíticas del Levante, como lo muestra la comparación de algunos jeroglíficos egipcios típicos con signos proto-sinaíticos y del alfabeto fenicio. Los elementos proto-sinaíticos han sido influenciados por los ideogramas jeroglíficos egipcios, y simplificaron a éstos de tal modo que puede parecer como una etapa hacia los signos alfabéticos. La escritura proto-sinaítica podría ser considerada como una etapa hacia el alfabeto fenicio, y, por consiguiente, hacia los alfabetos europeos. Esa vasta herencia faraónica extendida por las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente ha sido a su vez transmitida a Europa por mediación del mundo clásico.

Los contactos económicos y políticos entre Egipto y el mundo mediterráneo oriental, en la época histórica, tuvieron como resultado la difusión de algunos elementos de la civilización faraónica hasta Anatolia y en el mundo egeo prehelénico. Así es como una copa que lleva el nombre del templo solar de Userkaf, primer faraón de la V dinastía, ha sido encontrada en la isla de Citera. Fragmentos que han pertenecido a un sillón chapado en oro y que lleva los títulos de Sahuré han sido encontrados en Dorak, Anatolia.

Junto a las relaciones entre el Egipto faraónico y el mundo mediterráneo, hay que subrayar la importancia de las relaciones culturales que han unido a Egipto con el Africa profunda. Esas relaciones existen también durante los períodos prehistóricos

más lejanos, como en la época histórica. Bajo los faraones la civilización egipcia impregnó las culturas africanas vecinas. Los estudios comparativos muestran la existencia de elementos culturales comunes entre el Africa negra y Egipto, así como las relaciones entre la realeza y las fuerzas de la Naturaleza. Esto se hace patente por los restos arqueológicos observados en el antiguo dominio del país de Kush: pirámides reales han sido construidas en El-Kurru, Nuri, Djebel Barkal y Meroé. Testimonian la importancia de la irradiación egipcia en el dominio africano. Desgraciadamente nuestra ignorancia de la lengua meroítica, como de la extensión de su Imperio, nos oculta todavía el impacto que ha podido tener esa irradiación sobre las culturas antiguas africanas en su conjunto, tanto en el este como en el oeste y en el sur del Imperio meroítico.

Capítulo 6

EGIPTO EN LA EPOCA HELENISTICA

H. RIAD

Con la colaboración de
J. DEVISSE

A la muerte de Alejandro Magno, su imperio comprendía Macedonia, una gran parte del Asia Menor, la costa este del Mediterráneo, Egipto y se extendía hacia el este hasta Punjab. Tras su muerte, ocurrida en −323, tres dinastías salidas de sus generales se habían implantado para dirigir el imperio: los Antigónidas en Macedonia, los Seléucidas en lo que había sido el Imperio persa en Asia, y los Ptolomeos en Egipto.

Los Ptolomeos reinaron durante tres siglos en Egipto, abriendo un período muy diferente a los precedentes en la historia de ese país, al menos en las formas externas de su vida y de su geografía política. Egipto iba a pasar después bajo la dominación romana [1].

UN ESTADO DE UN NUEVO TIPO EN EGIPTO

En poco más de doce soberanos lágidas, Egipto comenzó a estar marcado vigorosamente con el sello extranjero y con el de las necesidades de la nueva política, con riesgo, como otras veces, de asimilar después lentamente a los nuevos dueños [2] del Delta [3].

La defensa avanzada de la capital, Alejandría, situada por vez primera en la historia de Egipto en la orilla del mar, a partir de Ptolomeo II probablemente, necesita el control militar y naval del Mediterráneo oriental. El doble peligro de los

---

[1] Esos límites son convencionales; cf.: W. Tarn, Londres, 1930, págs. 1 y siguientes, K. Biber, Nueva York, 1955, pág. 1, da como límites −330 a −300; y menciona otros autores, como Droysen: −280 hasta el comienzo de la época de Augusto, y Richard Lagueur que señala para el comienzo −400.

[2] Ese es el caso, sobre todo, en tiempos del fundador de la familia Ptolomeo Sóter I (−367 a −283), de su hijo Ptolomeo II Filadelfo (−285 a −246) y de Ptolomeo III Evergete (−246 a −221) que son los hombres más importantes de guerra y quizá del gobierno de toda la familia.

[3] Claire Preaux (1950, pág. 111) ha hecho observar muy acertadamente la importancia totalmente nueva del Delta en las relaciones exteriores de Egipto.

asaltos de sus rivales de Siria y de los nubios obliga a los lágidas a una política militar muy costosa. Por otra parte, ha sido necesario distribuir tierras a los mercenarios, pero también pagar en metálico grandes cantidades; además, los lágidas han tenido que buscar muy lejos de Egipto las bases de un poder militar suficiente. La búsqueda de madera para construir navíos ha llevado a veces a retardar los trabajos de construcción en Egipto, y a desarrollar, en el valle del Nilo, plantaciones reales y a importar la madera del Egeo y de las islas; ha sido también necesario importar alquitrán, pez e hierro necesarios para las construcciones navales[4]. Una de las constantes de la vida económica egipcia durante más de un milenio se pone entonces en práctica. El aspecto más espectacular del «esfuerzo de armamento» reside en la instalación de bases para la caza de elefantes en toda la costa africana hasta Somalia[5] y en la construcción de barcos destinados al transporte de los paquidermos que es muy costoso. Se necesitan elefantes, que se consiguen en Asia, para luchar contra los rivales seléucidas[6]. También es preciso ir a la India en busca de domadores capaces de adiestrar a los paquidermos capturados. Las consecuencias culturales de semejante esfuerzo son la única huella durable que ha permanecido: el descubrimiento del mecanismo de los monzones por Hippalo, en la época de Ptolomeo III, acorta el viaje a las Indias y lo hace menos peligroso y menos costoso. Naturalmente las relaciones comerciales con Asia aumentan[7]. Los ptolomeos no han escatimado esfuerzos para mejorar las relaciones entre el mar Rojo y el Delta. El canal que Darío I había mandado abrir desde el brazo oriental del Nilo hacia los lagos Amargos es excavado más y la navegación de grandes barcos se hace más fácil bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo. Este manda también abrir una ruta entre Coptos, en Tebaida, y Berenice, sobre el mar Rojo.

La política exterior ha llevado a los lágidas a fuertes gastos, que es preciso compensar por medio de rentas muy importantes en beneficio del poder. La dirección estricta de la economía, la vigilancia de las exportaciones y el desarrollo sistemático de algunas de ellas, bajo monopolio real, han aportado una primera solución. El trigo es almacenado en inmensos graneros en Alejandría. El rey dispone así de productos para exportar hacia el norte, a cambio de materias primas estratégicas; dispone también de medios para recompensar a la enorme población de Alejandría con repartos periódicos de trigo; en particular, en los momentos de escasez. El crecimiento de la producción de mercancías exportables ha conducido a una revelación sistemática de tierras nuevas, pagadas al tesoro real. Pero el poder sigue siendo indiferente a la suerte de los cultivadores egipcios. No desempeña ya, al menos al comienzo, el papel faraónico de coordinador de la producción, sino solamente el de depredador de los productos de los que su tesoro tiene necesidad[8].

Otro medio de compensar los enormes gastos de armamento y de importación consiste en favorecer la exportación hacia el Mediterráneo de productos africanos:

---

[4] Claire Preaux (1939) subraya la importancia del esfuerzo: en −306, Ptolomeo I dispone de 200 naves. Ptolomeo Filadelfo dispersa a más de 400 naves en su «imperio».

[5] J. Leclant, 1976 (b), pág. 230. Ptolomeo Filadelfo ha mandado crear puertos en Arsinoe, Myos Hormos y Berenice. Además, ha hecho jalonar las rutas entre el Nilo y el mar Rojo (C. Preaux, 1939).

[6] C. Preaux, 1939.

[7] «Ptolomeo Filadelfo trata de desviar del camino de las caravanas de Arabia las mercancías que, por allí, circulaban de Etiopía, de Arabia misma y —por mediación de los árabes— de la India. También Alejandría se beneficia de esa política», citado en A. Bernand, 1966, págs. 258-259.

[8] Naturalmente, el papiro es uno de esos productos.

marfil, oro y huevos de avestruz son comprados en el sur de Egipto y en el Cuerno de Africa y revendidos en el Mediterráneo. Del océano Indico llegan también otros productos: maderas finas, colorantes, seda, piedras preciosas que, trabajados de nuevo por los alejandrinos, son reexportados hacia Grecia, a las colonias griegas, a Italia y a todo el Mediterráneo oriental, y hasta el mar Negro. Una vez más, como veremos, las consecuencias de esta actividad comercial son grandes en el plano cultural.

Sin duda, incluso los lágidas venden esclavos: aunque menos que Cartago en esas mismas fechas[9].

Al mismo tiempo se ha intentado disminuir los gastos de compra de productos que exigía la importante colonia griega que ocupaba Egipto: para satisfacer los gustos y las costumbres de los griegos, los lágidas han tratado de implantar en Egipto nuevos cultivos, como el del bálsamo. Pero los campesinos egipcios se han mostrado refractarios a esas novedades.

Esos esfuerzos no podían dar sus frutos más que al precio de una tensión militar constante y de un control permanente del Mediterráneo oriental, del mar Rojo y del océano Indico: los lágidas nunca tuvieron de un modo duradero los triunfos en la mano; desde el cuarto soberano, los triunfos se les escapan poco a poco y Egipto, lentamente, se repliega una vez más sobre su economía tradicional.

Añadamos que los lágidas han dado a la economía egipcia un impulso vigoroso, pero bastante artificial, puesto que el Estado y la clase dominante griega eran sus principales beneficiarios. La industria de transformación es desarrollada particularmente en el Delta y en la región de Alejandría. Se procura muy particularmente obtener lana y aclimatar los corderos árabes y de Mileto. Los talleres de tejer trabajan esa nueva materia prima, junto con el lino: se sabe entonces fabricar catorce variedades diferentes de tejidos. Alejandría tiene el monopolio de la manufactura del papiro, planta particular de Egipto que crece en las marismas del Delta, no lejos de la capital. El arte del vidrio, ya conocido en tiempos de los faraones, alcanza un alto grado de perfección y nuevos métodos son puestos a punto bajo los Ptolomeos. Durante siglos, Alejandría es un centro de fabricación de artículos de vidrio. En Alejandría existen también trabajadores muy hábiles para trabajar metales como el oro, la plata y el bronce y los jarrones con incrustraciones son altamente estimados.

Alejandría exporta no sólo mercancías que ella produce (tejidos, papiro, vidrio, joyería), sino también las que llegan de Arabia, del Africa oriental y de la India.

Sin duda, una de las contrapartidas del desarrollo de la producción «industrial» en el Delta ha consistido en el desarrollo de la esclavitud[10].

Para resolver tantos problemas de financiación, se necesitaba una moneda fuerte[11]; ésta, para facilitar los cambios con el resto del mundo helenístico debía estar relacionada con patrones monetarios de ese mundo, que son extraños en Egipto. Todo un sistema financiero es puesto en práctica. Los bancos desempeñan un papel importante en la vida económica del país. Un banco central del Estado es instalado en Alejandría con filiales en las capitales de los nomos y subfiliales en las aldeas

9 J. Leclant, 1976 (b), pág. 230.

10 C. Preaux, 1939.

11 La búsqueda de oro se intensifica, bajo los lágidas, en los valles de los afluentes del Nilo, en dirección de Etiopía: las condiciones de extracción son descritas como espantosas por Estrabón. El oro recogido no basta para cubrir la demanda: su precio sube (C. Preaux, 1939).

importantes. Toda clase de transaciones bancarias se realizan en esos bancos reales. Igualmente existen bancos privados que desempeñan un papel secundario en la vida económica del país. El funcionamiento de los monopolios reales y la pesada administración fiscal cuestan muy caro y pesan mucho sobre la población [12]. Esa limitada economía no aporta elemento alguno de enriquecimiento a los egipcios.

Los conflictos son muy frecuentes entre los indígenas y los extranjeros en el terreno de la agricultura. Algunos de esos conflictos terminan con la retirada de agricultores a los templos para ponerse bajo la protección de los dioses o para huir lejos de sus casas.

Los lágidas son considerados como los reyes más ricos de su época. Su riqueza es ciertamente repartida entre un gran número de griegos que pertenecen a la clase dirigente. Todos viven confortablemente. Para su bienestar, los lágidas y los griegos de Alejandría pueden, por ejemplo, procurarse fácilmente «en provincias» flores y frutas de Egipto [13].

Ptolomeo Filadelfo ha visto, el primero, que el peso de ese sistema corría el riesgo de resultar insoportable a los egipcios. Quiso convertirse en un verdadero soberano egipcio, heredero de los faraones: se le ve, por ejemplo, visitar los trabajos de reconstrucción de Fayum. Después de sus fracasos exteriores, sus sucesores acentuaron esa tendencia.

Pero los lágidas nunca lograron borrar la desigualdad original de la sociedad sobre la que ellos reinaban.

Desde el punto de vista social, político y económico, la situación de los extranjeros era muy diferente de la de los autóctonos y mucho más ventajosa. Los altos funcionarios del palacio y los miembros del gobierno eran extranjeros lo mismo que, en el ejército, los oficiales y los soldados. En el terreno agrícola, los extranjeros tenían más probabilidades que los indígenas de convertirse en propietarios de las tierras. En la industria, aquéllos eran empresarios y no obreros. La mayor parte de los bancos reales y privados estaban dirigidos por ellos. En resumen, los extranjeros eran ricos mientras que los indígenas eran pobres. Si un indígena quería cambiar plata o cereales, lo hacía generalmente con un extranjero; si deseaba alquilar o arrendar un pedazo de terreno, era habitualmente del que pertencía a los extranjeros. Aunque los indígenas se convirtieron en instrumentos dóciles en mano de los extranjeros. Además de su trabajo habitual, los egipcios autóctonos tenían otras muchas obligaciones que cumplir. Obligatoriamente tenían que trabajar en los canales y en los diques, y de tiempo en tiempo en las minas y en las canteras. Por favor especial, los extranjeros estaban probablemente exentos del trabajo obligatorio, y algunas de sus clases disfrutaban de privilegios especiales en materia de impuestos.

Sin embargo, no habría que exagerar este análisis: los egipcios de nacimiento han llegado, al enriquecerse y colaborar con los griegos, a ocupar un lugar entre las clases dominantes. Ese es, por ejemplo, el caso de Manetón.

La arqueología proporciona a veces hallazgos difíciles de interpretar, tratándose de esa sociedad; E. Bernand ha publicado el epitafio, redactado por un poeta local de cultura griega, de un esclavo negro [14].

---

[12] Como ocurre casi siempre, esa fiscalización se hace más dura cuando los fracasos han seguido a los éxitos iniciales (C. Preaux, 1939).

[13] Sobre el conjunto de la economía lagida, cf., recientemente: Edouard Will, 1966, págs. 133 y siguientes.

[14] E. Bernand, 1969, págs. 143-147.

• *Relieve representando a la diosa Isis con su hijo Harpocrates en segundo plano (Fotografía Museo de El Cairo).*

Una de las consecuencias más imprevistas de la llegada de numerosos griegos a Egipto ha consistido en la difusión de ciertos cultos egipcios en el conjunto del mundo helénico.

Los griegos, al llegar, tienen sus dioses y sus concepciones religiosas, muy diferentes de las de los egipcios. Muy pronto, no obstante, aparece un esfuerzo de asociación de algunos dioses griegos y egipcios: se crea una nueva tríada, formada por Serapis el Dios-Padre, Isis la Diosa-Madre y Harpócrates el Dios-Hijo. Para los egipcios, Serapis es el antiguo dios Osir-Hapi, Osirapis (de donde viene el nombre de Serapis). Para los griegos, Serapis, representando bajo los rasgos de un anciano barbudo, se parece a su dios Zeus. Y cada una de las dos comunidades lo adora a su manera. Isis es una diosa puramente egipcia, pero en lo sucesivo es representada con vestimenta griega adornada con el nudo característico sobre el pecho. Harpócrates, Horus niño, hijo de Isis, es representado como un niño, con el dedo en la boca.

El centro de esa nueva religión es el Serapeion de Alejandría, edificado en la parte oeste de la ciudad. Poseemos muy pocas informaciones sobre la forma de ese templo, pero sabemos por los historiadores romanos que se levantaba sobre una plataforma a la que se llegaba por una escalera de cien gradas. Ya en el siglo III, el culto de Serapis se extiende rápidamente a las islas del mar Egeo. En el siglo I, por todas partes los hombres invocan a Serapis y a Isis, como salvadores. Su culto se ha extendido hasta muy lejos, llegando el de Isis a Uruk, en Babilonia, mientras que el de Serapis llega a la India. De todas las divinidades del mundo helenístico, Isis-la-de-Innumerables-Nombres es probablemente la más grande. Se ha descubierto en Zos un himno a Isis que dice: «Yo soy aquella a la que las mujeres llaman diosa. Yo he decretado que las mujeres sean amadas por los hombres, yo he unido al marido y a la mujer y he inventado el matrimonio. Yo he decretado que las mujeres tengan hijos y que los hijos amen a sus padres» [15].

Cuando el cristianismo triunfa, Isis es la única en sobrevivir; sus estatuas sirven de imágenes para la Virgen María.

Jean Leclant anota, en una obra reciente, que una cabeza esculpida de un sacerdote de Isis encontrada en Atenas y que corresponde al siglo I, es tal vez la de un mulato [16]; el mismo autor insiste sobre el papel de los negros en la difusión del culto isíaco [17].

UNA CAPITAL PRESTIGIOSA, JUNTO AL MAR «AL LADO DE EGIPTO»

En el transcurso del reinado de los Ptolomeos es fundada Alejandría; y es tan floreciente que se convierte no sólo en la capital de Egipto, sino también en la ciudad más importante del mundo helenístico. Conviene insistir en la idea de que Egipto, militarmente vencido y políticamente incorporado al imperio macedónico, ha ejercido una fascinación incomparable sobre Alejandro que ha querido realizar allí una de sus creaciones urbanas más prestigiosas y que tal vez ha soñado en establecer allí la capital de su imperio. La ciencia egipcia, por una parte, tiene una reputación tan

[15] W. Tarn, 1930, pág. 324; G. Dittemberger, 1893-1901.
[16] J. Leclant, 1976 (b).
[17] J. Leclant, 1976 (b), pág. 282. Cf. también Snowden, 1976, págs. 112-116.

• *Cabeza de Alejandro Magno (Fotografía Museo Greco-romano de Alejandria).*

considerable que los científicos y sabios del Imperio van muy pronto a instalarse en Alejandría. Bajo los Ptolomeos, Alejandría puede ser considerada como la capital intelectual del mundo mediterráneo. Se habla de ella como si no estuviera situada *en* Egipto, sino *cerca* de Egipto (Alexandrea ad Aegyptum). Estrabón la define así: «La principal ventaja que presenta la ciudad, es la de ser el único lugar de todo Egipto situado igualmente para el comercio del mar a causa de la belleza de sus puertos y para el comercio interior ya que el río transporta fácilmente todas las mercancías y las reúne en ese lugar, convertido en el mayor mercado de la tierra habitable» [18].

En realidad, Estrabón es optimista en cuanto a la excelencia del lugar elegido y está muy lejos de dar, en esas pocas líneas, un retrato completo de Alejandría.

La creación de la ciudad y de sus puertos ha exigido en realidad enormes y largos trabajos [19].

El emplazamiento de la nueva ciudad había sido elegido por Alejandro Magno, en tanto que él se trasladaba de Menfis al Oasis de Amón (Siouah) para consultar el célebre oráculo del Templo de Zeus-Amón en el año −311. Le había llamado la atención la excelente posición de la franja de tierra situada entre el Mediterráneo, al norte, y al lago Marut, al sur, bien apartada de las marismas del Delta y al mismo tiempo muy cerca del brazo canópico del Nilo. El lugar estaba ocupado por una pequeña aldea llamada Rakot, bien protegida de las olas y de las tempestades por la isla de Faros. Los planos de la futura ciudad que inmortaliza el nombre de Alejandro fueron trazados por el arquitecto Dinócrates y los trabajos comenzaron inmediatamente. En el momento de la muerte de Alejandro, los trabajos estaban poco adelantados y parece que la ciudad no estuvo acabada antes del reinado de Ptolomeo II (−285 a −246).

El arquitecto tiene el proyecto de unir la isla de Faros con la tierra firme por medio de un gran espigón llamado Heptastadion (tenía siete estadios de largo, o sea, unos 1.200 metros). Ese espigón ha desaparecido bajo los aluviones acumulados en las dos costas.

La construcción del Heptastadion exige la creación de dos puertos de mar: uno al oeste, el «Portus Magnus», más importante que el llamado «Portus Eunostos» o «Puerto del buen regreso». Un tercer puerto sobre el lago Mareotis es destinado al comercio interior.

Los planos de la nueva ciudad son trazados según el estilo más moderno de las ciudades griegas. Su rasgo es el predominio de las líneas rectas. Por regla general, las calles son rectilíneas y se cortan en ángulo recto.

Bajo Ptolomeo I Sóter, Menfis conserva aún el papel político principal. Pero se dice que trasladado el cuerpo de Alejandro a la nueva capital [20], Ptolomeo II instala allí definitivamente la sede del poder lágida.

La ciudad está dividida en distritos. Fion de Alejandría (−30 a +45), dice que tenía cinco distritos, cuyos nombres eran los de las cinco primeras letras del alfabeto griego. Desgraciadamente no conocemos muchas cosas sobre esos distritos. El barrio real ocupa casi una tercera parte de la superficie de la ciudad y está en la parte oriental. Es el barrio más bonito con los palacios reales, rodeados de jardines, en los

[18] Citado por A. Bernand, 1966, pág. 92.

[19] Para no citar más que un ejemplo, inmensas cisternas conservaban agua dulce para los habitantes. Al comienzo del siglo XIX, trescientas de ellas todavía eran visibles (A. Bernand, 1966, pág. 42).

[20] A. Bernand, 1966, pág. 299; la tumba nunca ha sido encontrada, si es que existe.

que hay magníficas fuentes y jaulas que encierran animales llevados de todas las partes del mundo. Ese distrito engloba también el célebre Museo, la Biblioteca y el cementerio real.

Los habitantes de la ciudad viven en comunidades: los griegos y los extranjeros en la parte este, los judíos en el distrito del Delta, muy cerca del barrio real, mientras que los egipcios propiamente dichos habitan la parte oeste, en el barrio Rakoti. El conjunto de esta población tiene una reputación de inestabilidad, aunque las características de cada uno de los grupos étnicos o sociales son muy diferentes unas de otras.

El abanico social es extraordinariamente amplio en la ciudad. Allí está el rey y su corte, los altos funcionarios y el ejército. Hay también eruditos, sabios y hombres de letras, hombres ricos de negocios, modestos tenderos, artesanos, marinos y esclavos. Los egipcios autóctonos constituyen el elemento principal de la población de Alejandría; hay entre ellos agricultores, artesanos, pequeños comerciantes, pastores, marinos, etc.

En las calles de la ciudad se hablan varias lenguas: el griego con sus diversos dialectos, naturalmente, es el más extendido; pero en los barrios indígenas el egipcio es la lengua de los habitantes, mientras que en el barrio judío, predominan el arameo y el hebreo. Se escuchan también lenguas semíticas.

Alejandría es célebre, en particular, por algunos monumentos, cuya localización no es fácil hoy en día. Algunas de las partes más importantes de la ciudad helenística están hoy bajo el nivel del mar y el resto está profundamente enterrado bajo la ciudad moderna. También, hablando de los monumentos de la ciudad antigua, nos basaremos con frecuencia en las descripciones de autores antiguos, tanto como en lo que los arqueólogos han descubierto.

Al sudeste de la isla de Faros, a la entrada del puerto situado al este, se levantaba el célebre *faro* que era considerado como una de las siete maravillas del mundo. El faro de Alejandría dio su nombre y su forma fundamental a todos los faros de la Antigüedad.

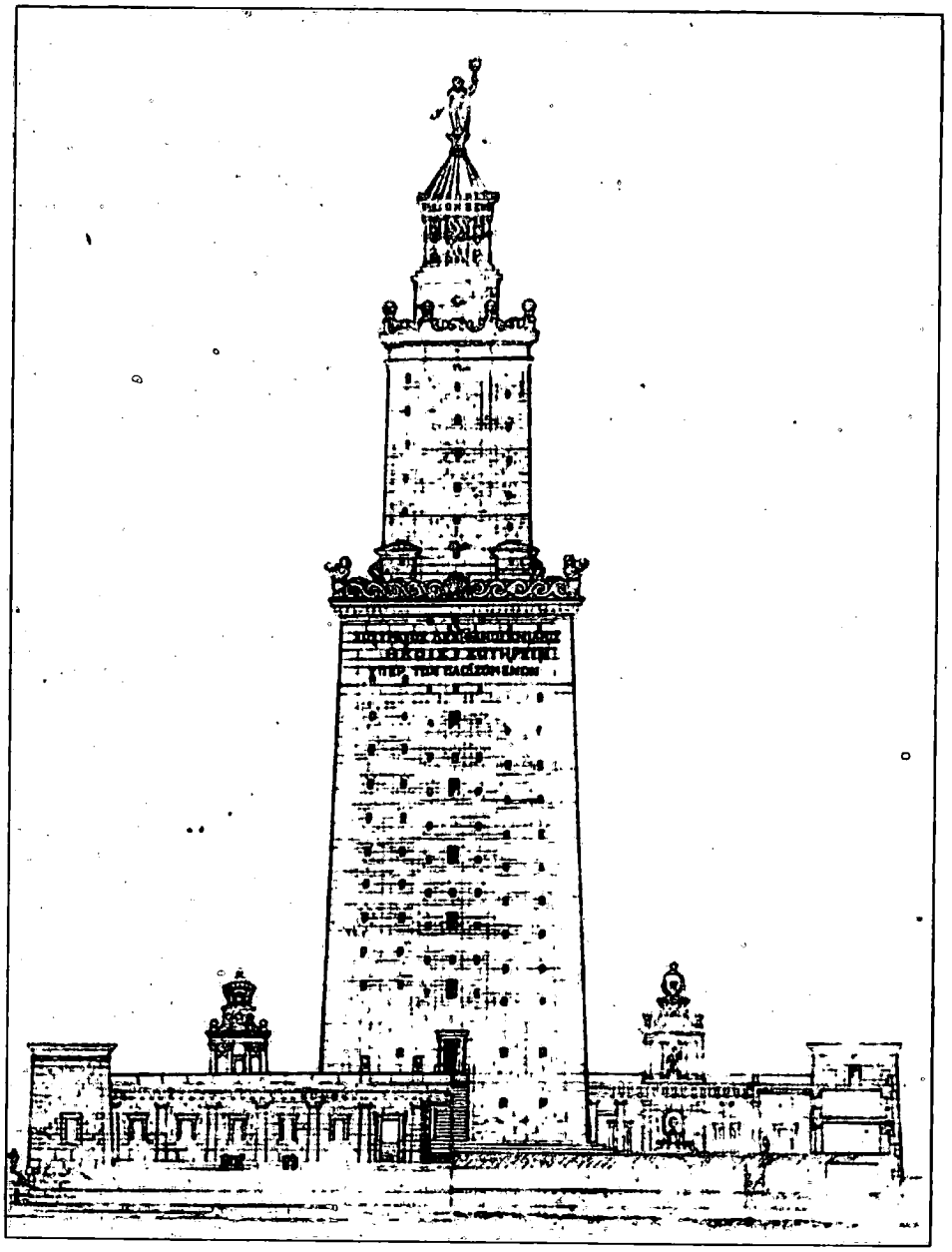
Este faro fue completamente destruido en el siglo XIV, si bien cuanto sabemos de su forma y de su disposición se basa en algunas referencias clásicas y en algunas descripciones de historiadores árabes[21].

Monedas antiguas y reproducciones efectuadas sobre mosaicos nos dan una idea de su forma. Sóstrates de Cnide es su arquitecto, hacia −280, bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo. Su altura era de unos 135 metros. La piedra calcárea es el material principal utilizado para su construcción. Los frisos y los adornos eran en parte de mármol y en parte de bronce.

El faro funciona hasta la época de la conquista árabe en 642. Después comienza una serie de catástrofes que se suceden hasta el siglo XIV. En 1480, el sultán mameluco Kait Bey utiliza las ruinas para construir un fuerte que sirve de defensa costera contra los turcos que amenazaban Egipto en esa época; ese fuerte se conserva aún en pie y lleva el nombre del sultán.

---

[21] En +1166, Abul-l-Hajjy Yussuf Ibn Muhammad al-Balawi al-Andalusi va como turista a Alejandría. Ha dejado una descripción exacta de las medidas del faro. La sección de la base es un cuadrado de 8,55 m. de lado; el primer piso llega hasta 56,73 m. del suelo; el segundo piso, de sección octogonal, se eleva 27,45 m. más por encima del primero; el tercero, un cilindro, mide 7,32 m. de altura. Cf. A. Bernand, 1966, pág. 106; las medidas proporcionadas por este autor árabe no coinciden con las que se atribuyen tradicionalmente al Faro de Alejandría.



• *Faro de Alejandria (Fuente: Thieresch,* Der Pharos Antike Islam und Occident*).*

La misma palabra árabe —*al-Manarah*— designa a la vez faro y minarete. Frecuentemente se ha querido ver en el faro de Alejandría el prototipo del minarete de las mezquitas. Todo eso no está demostrado con una certeza total; al menos, hay relaciones interesantes entre las proporciones del faro y las de algunos minaretes.

El *Museo*, con su enorme *Biblioteca* es, con mucho, la realización más importante de los lágidas en Alejandría. Ptolomeo I Sóter comienza su edificación siguiendo los consejos de un refugiado ateniense, Demetrios de Falero. El Museo toma su nombre de las Musas, cuyo culto simboliza el espíritu científico. Los edificios son descritos por Estrabón así:

«Los palacios reales comprenden igualmente el Museo que tiene un paseo, una exedra y una amplia sala en la que se sirve la comida en común para los filólogos adscritos al Museo. Existen también fondos generales para la conservación del colegio y un sacerdote está al frente de la dirección del Museo, nombrado por los reyes y en nuestros días por César» [22]. Así, eruditos y hombres de letras viven en esa institución, alojados y alimentados; se dedican completamente a sus investigaciones y a sus estudios, sin tener tarea alguna material que realizar. Esa organización se parece a la de las Universidades modernas, excepto en que los pensionados no están obligados a dar clases [23].

En el siglo II de la era cristiana, el título de pensionado del Museo de Alejandría era objeto de envidia.

Demetrios de Falero había aconsejado a Ptolomeo Sóter la creación de una biblioteca que reuniese el conjunto de la cultura contemporánea por medio de la compra y copia sistemática de manuscritos: rápidamente se reunieron más de 200.000 volúmenes. La gestión de ese depósito cultural es confiada a especialistas ilustres en el mundo griego contemporáneo [24].

Otra biblioteca de menor importancia, en el Serapeion, contenía 45.000 volúmenes.

En el mundo helenístico no existió otra institución semejante al Museo de Alejandría, según nuestros conocimientos. Sólo la Biblioteca de Pérgamo podía rivalizar con la de Alejandría. Si hoy nosotros podemos leer las tragedias de Esquilo, las comedias de Aristófanes, las odas de Píndaro y de Baquílides, la historia de Herodoto y de Tucídides, lo debemos en buena parte a la Biblioteca de Alejandría.

Semejante «equipamiento cultural» evidentemente debía atraer a los sabios del mundo griego. En efecto, éstos llegaron en gran número a Alejandría e hicieron en el Museo algunos de los descubrimientos más importantes de la Antigüedad.

Algunos poetas realizan allí la función de secretarios y también de cortesanos. Calímaco compone allí, entre otras, una elegía célebre: «El bucle de los cabellos de Berenice». Berenice, esposa de Ptolomeo III Evergete, promete a los dioses un bucle o rizo de sus cabellos si su marido vuelve sano y salvo de la guerra en Siria. Cuando regresa, la reina cumple su promesa. Al día siguiente el bucle real desaparece del templo. En esa época, Conon el astrónomo acaba de descubrir una nueva constela-

22 Estrabón, ed. Londres, 1917, págs. 17-18.

23 Como nuestras Universidades, el Museo es criticado también a veces. Un alejandrino se lamenta de que «en el Egipto populoso, se ceba a los escribas, grandes aficionados a escribir galimatías, que se entregan a querellas interminables en la pajarera de los Museos», citado por A. Bernand, 1966.

24 Uno de esos, Calímaco de Cirene (−310 a −240) redacta un catálogo en 120 libros de todo lo que contiene la Biblioteca.

ción entre las estrellas del cielo; también se le llama «El bucle de Berenice», y él inventa el mito de que los dioses mismos han retirado el bucle del templo para colocarlo en el cielo. Todavía en nuestros días la constelación lleva ese nombre. Esa galante invención del astrónomo, la celebra Calímaco en una elegía que sólo poseemos en la traducción latina de Cátulo (hacia 84 / hacia −54).

Los geógrafos, los cosmógrafos y los astrónomos ocupan un gran lugar en el desarrollo de la ciencia alejandrina. Pero, como veremos, es principalmente a Egipto al que deben algunos de sus descubrimientos, y no sólo a la Biblioteca de Alejandría.

Eratóstenes, padre de la geografía científica, nació en Cirene hacia −285. Hacia −245 Ptolomeo le ofrece el cargo de bibliotecario, que ocupa hasta su muerte. El esfuerzo más importante de Eratóstenes es el realizado para medir la circunferencia de la tierra, fundándose en la relación entre la sombra proyectada en el solsticio de verano sobre el cuadrante solar de Alejandría y la ausencia de esa sombra en Syene (Assuán). Llega a la conclusión de que la circunferencia de la tierra entera es de 252.000 estadios (46.695 kilómetros), lo que sobrepasa en una séptima parte la circunferencia real de la tierra, que es de 40.008 kilómetros. El mismo Eratóstenes redacta un catálogo de 675 estrellas.

El geógrafo Estrabón (hacia −63 / +24), a quien debemos el tratado más antiguo de la geografía de Egipto, nace en Capadocia, pasa la mayor parte de su vida en Roma y en Asia Menor y va finalmente a establecerse a Alejandría. Aunque Estrabón pertenezca al período romano, lo esencial de su obra es helenístico. Su tratado de geografía comprende diecisiete volúmenes; su descripción de Egipto se encuentra en el último volumen y ocupa casi sus dos terceras partes.

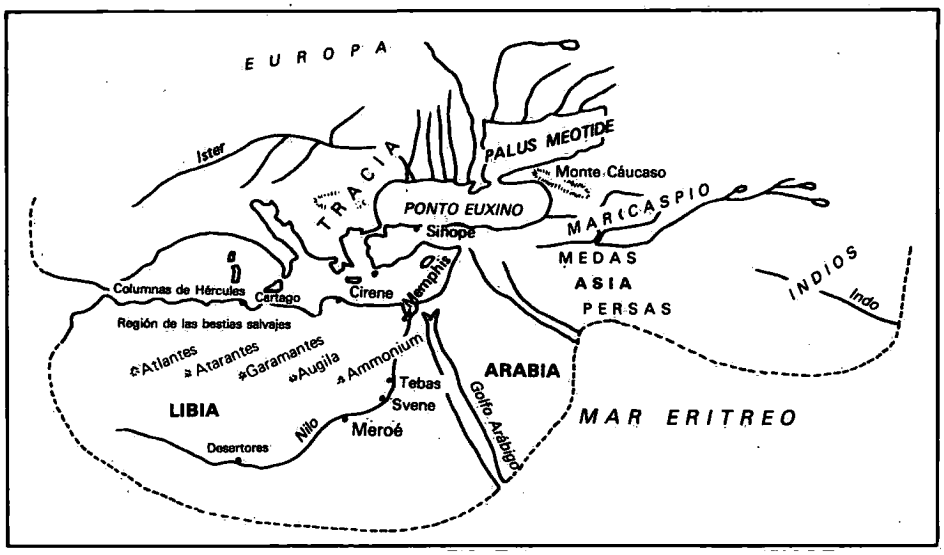
La geografía y la astronomía presuponen conocimientos muy avanzados en matemáticas. Entre los hombres eminentes del Museo se encuentra el célebre matemático Euclides (−330 / −275); es el primero a quien se le confía la dirección de la sección de matemáticas y escribe una obra importante sobre astronomía (los «Fenómenos») al mismo tiempo que el célebre tratado de geometría (los «Elementos») que seguirá siendo después una obra fundamental, traducido en latín y en árabe. Arquímedes de Siracusa (−287 / −212), uno de los mayores matemáticos de la escuela de Euclides, descubre la relación entre el diámetro y la circunferencia, la teoría de la espiral y la ley de la gravedad. Pero su más importante contribución a las matemáticas y a la mecánica es su invento: el «tornillo de Arquímedes» que se utiliza aún en Egipto para elevar el agua.

Apolonio de Perga, el gran geómetra, va de Palmira a Alejandría hacia −240 para trabajar en la escuela matemática y debe su renombre a su importante tratado sobre las «Secciones Cónicas». Es el fundador de la trigonometría.

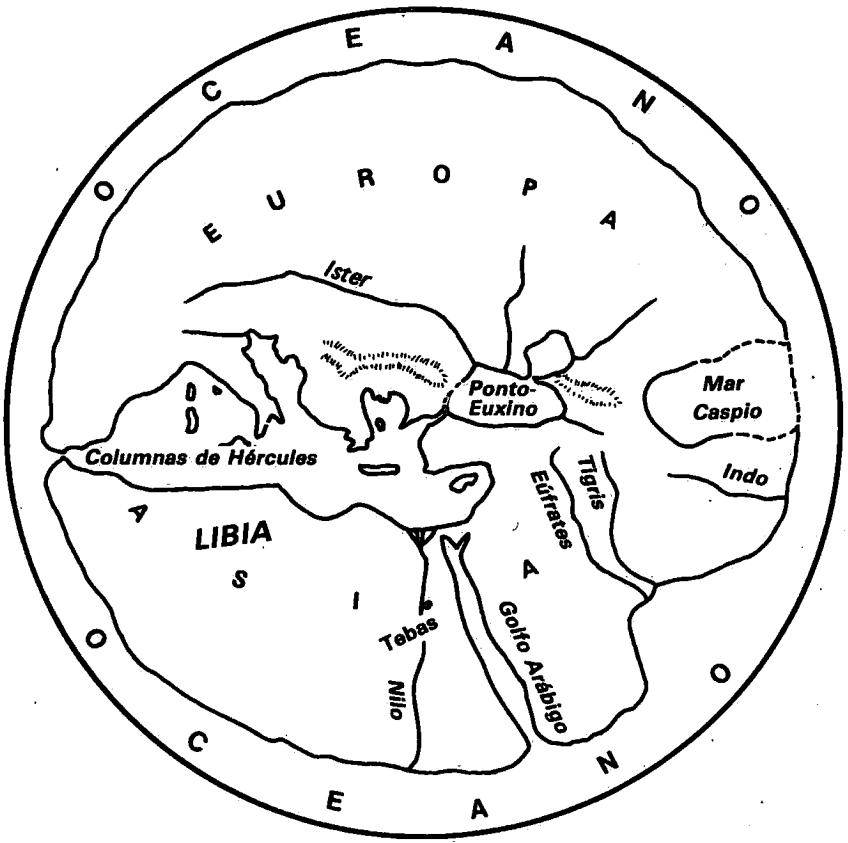
Muy dependiente, al principio, de los discípulos de Eudoxio y de Pitágoras, la escuela matemática de Alejandría adquiere desde el siglo III su personalidad propia; se convierte en el principal centro de las matemáticas griegas.

Teofrasto vivió en la época de Ptolomeo I; es considerado como el fundador de la botánica científica, debido a su historia y a su fisiología de las plantas.

El historiador Diodoro de Sicilia llega a Egipto en −59. El primer libro de su obra, *Biblioteca histórica*, escrito en griego, está dedicado a un estudio de los mitos, reyes y costumbres de Egipto. Escribe (I. 10): «Al comienzo del mundo, el hombre aparece por vez primera en Egipto, debido al clima favorable de ese país y a la naturaleza del Nilo».



1



2

- *1. El mundo según Herodoto (según Bunbury,* History of Ancient Geography, *pl. III).*
- *2. El mundo según Hecateo (según Bunbury, id., pl. II).*

También los médicos van a trabajar al Museo y a la Biblioteca; la libertad intelectual que allí reina les permite estudiar mucho antes la anatomía gracias a la disección de los cadáveres. Herófilo de Asia Menor llega a Egipto en la primera mitad del siglo III; es el primero en descubrir la relación entre los latidos del corazón y el pulso, en distinguir entre las arterias y las venas. Algunos de los nombres que él da a las partes del cuerpo todavía son utilizadas en nuestros días; tales son, por ejemplo, el duodeno y el torcular de Herófilo.

Erasístrato, otro cirujano eminente, nacido también en Asia Menor, perfecciona en Alejandría el conocimiento anatómico del corazón.

En este caso, la fama de la escuela médica de Alejandría va a sobrevivir durante mucho tiempo; un epitafio funerario de Milán dice del médico a quien está destinado: «Tenía por patria a todo el divino Egipto».

Con el tiempo, el elemento de origen propiamente egipcio se hace sentir cada vez más. Manetón, un egipcio de Samanud en el Delta, es uno de los más célebres sacerdotes eruditos que vivieron al comienzo del siglo III antes de la era cristiana. Su principal obra, *Aegyptiaca*, habría sido nuestra mejor fuente de información sobre la historia del Egipto antiguo si nos hubiera llegado en su integridad. Los fragmentos que poseemos aún contienen listas de nombres de reyes agrupados en dinastías y mencionan la duración del reinado de cada uno, método adoptado por los historiadores modernos.

El Museo y su Biblioteca han conocido, sin embargo, un fin deplorable. Se supone que la primera catástrofe tuvo lugar durante la campaña en Alejandría de Julio César. Este mandó incendiar los barcos que se encontraban en el puerto para impedir a sus enemigos que se apoderasen de ellos. Las llamas fueron tan violentas que alcanzaron los depósitos de los libros, aunque algunos creen que no llegaron a la Biblioteca y que el fuego destruyó solamente las tiendas de los libreros.

Después de la conquista de Egipto por los romanos, el declive y la ruina debieron ser progresivos. El Museo y la Biblioteca sufrieron los disturbios de esa época. Entre los sabios, muchos abandonaron el país y los libros fueron llevados a Roma. En 270, el emperador Aureliano destruyó gran parte del Bruchium, el barrio de Alejandría donde estaban situados el Museo y la Biblioteca. Además, el desarrollo y el triunfo del cristianismo les dieron un golpe fatal. Es absolutamente imposible admitir su existencia después del siglo V. La acusación de que la Biblioteca de Alejandría fue mandada quemar por Amr Ubn al-As, acusación hecha por el historiador sirio y cristiano Abu al-Faraj ibu al-Ibri (conocido en Egipto como Barhebraeus) del siglo XIII, carece de fundamento.

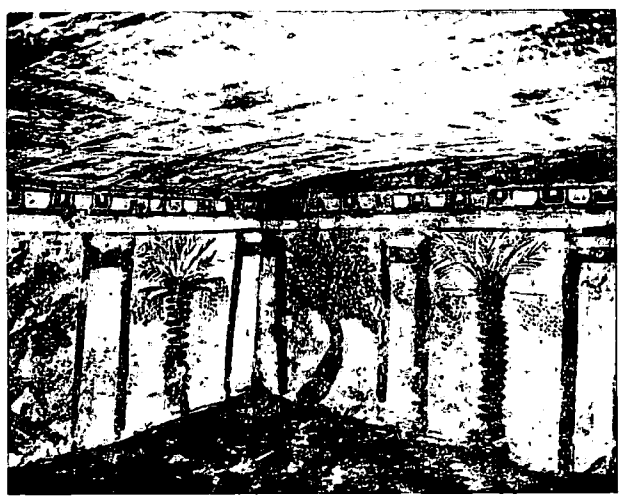
LA IMPREGNACION EGIPCIA DE LA CULTURA HELENISTICA

Los Ptolomeos, como hemos visto, se esforzaron en desarrollar las relaciones entre Egipto y el Océano Indico. Se discute todavía hoy vivamente la cuestión de si realizaron una política sistemática de exploración terrestre para reconocer el curso del Nilo y hacer del río, en su gran recorrido y hacia el sur, un eje de penetración y de relaciones económicas. En cualquier caso, la actividad de exploración al sur de Egipto es cierta: Timóstenes, navarca de Filadelfo, visita Nubia; Aristón recorre las costas de Arabia; Satiros recorre la costa africana hasta el sur del cabo Guardafui. Los relatos

1

• *1. Ulises escapa de Polifemo escondido bajo el vientre de un carnero (escultura antigua). Edit. Alinari, Roma, n.º 29773.*

• *2. Pintura de una tumba en Anfushi, Alejandría.*



2

de esos reconocimientos están consignados, y documentan la obra de sabios como Agatárquides [25].

Los exploradores, por otra parte, tienen ilustres predecesores. Hecateo de Mileto ha sido el primer geógrafo griego en visitar Egipto; él redactó hacia −500 la primera descripción sistemática del mundo. Desgraciadamente, sólo nos han llegado fragmentos de su tratado de geografía. En Egipto, él había llegado hasta Tebas, y parece que había incluido en su tratado una descripción detallada de Egipto. Hecateo consideraba a la Tierra como un disco plano que tenía por centro a Grecia. Dividía al mundo en dos continentes: Europa y Asia. Esta comprendía a Egipto y al conjunto del Africa del norte, conocido en esa época con el nombre de Libia. Imaginaba que el Nilo estaba unido en la parte sur con el río Océano, el cual rodeaba al mundo entero. Herodoto de Halicarnaso había visitado Egipto hacia −450. Había llegado hacia el sur, hasta Elefantina, que él describe como la frontera entre Egipto y Etiopía. Herodoto dedica el segundo de los nueve libros de sus «Historias» a Egipto. Es el primer geógrafo que mencionó Meroé por su nombre: se encontró realmente con meroítas en Assuán.

Herodoto creía que la Tierra era plana, pero contrariamente a Hecateo, no creía que tenía forma circular; tampoco creía que estaba rodeada por el río Océano. Dividía el mundo en tres continentes: Europa, Asia y Libia (es decir, Africa); y declaraba que ésta estaba rodeada por todos lados por el mar, menos por el que tocaba con Asia.

Mucho tiempo después de ellos, Diodoro visita Egipto en −59. Describe el curso del Nilo en el primer libro de su obra. El río, para él, tiene sus fuentes en Etiopía; baña numerosas islas entre las que él nombra a Meroé. Diodoro dedica el tercer libro entero a Etiopía, es decir, al país que se llama en nuestros días Sudán. Como él, Estrabón llama «Isla» a la región de Meroé; también da detalles sobre los habitantes.

Aunque los griegos en general consideraron como una hazaña, que conmemoraron grabando su nombre en los monumentos egipcios, llegar a visitar la 1.ª Catarata y pasar algo más al sur [26], los sabios se interesaron mucho por el valle del Nilo al sur de Assuán (llamado entonces Syene). Desde la época de Ptolomeo Filadelfo, la latitud exacta de Meroé es conocida [27]. Eratóstenes quien, como ya hemos visto, ha trabajado en Syene, calcula la distancia de Meroé al ecuador. El mismo Eratóstenes describe con igual lujo de detalles las condiciones de navegación sobre el Nilo. Conoce, al menos indirectamente, el Nilo Azul y el Atbara. Sus conocimientos y los de muchos otros «exploradores» son vertidos en las obras posteriores. Los de Estrabón en primer lugar y luego los de Plinio, ávido de detalles pintorescos sobre el interior de Africa y el valle del Nilo. En fin, es el gran cosmógrafo Ptolomeo, quien más tarde va a sistematizar los datos de la herencia helenístico-egipcia. A su vez estos autores transmiten esos datos, colmados a veces de detalles o de observaciones más o menos legendarios, a las culturas bizantina, occidental o musulmana. Lo esencial de los conocimientos sobre el valle medio del Nilo queda, pues, registrado por mucho

[25] Cf. C. Preaux, 1939, pág. 356. En ese momento los pueblos visitados son descritos según las costumbres observadas y designados en función de sus costumbres alimenticias: esos rasgos han pasado después a los textos latinos antiguos y medievales y en parte a las fuentes árabes.

[26] C. Preaux, 1957, págs. 310 y siguientes.

[27] Ibid.

tiempo, en la época de los lágidas. Puede decirse que ese valle medio es el «punto de reunión de los astrónomos y de los etnógrafos» y que las misiones científicas acompañan regularmente a las expediciones militares [28].

Más sorprendente aún es la absorción lenta del ambiente griego por el egipcio. Los egipcios parece que no han cedido a la presión cultural; han permanecido independientes de espíritu respecto a los lágidas, a diferencia de los griegos, cuya adulación de la realeza es sorprendente [29]. Sin embargo, la lengua griega goza entonces de un carácter internacional y de una facilidad de grafía que no conoce la egipcia. Oficialmente todo el mundo habla o escribe el griego. Los arqueólogos constatan, no obstante, que descubren casi tantos papiros en demótico como en griego [30]. El Derecho griego afecta muy lentamente los actos jurídicos egipcios. Al contrario, es el calendario egipcio el que se impone poco a poco. Finalmente, toda una herencia egipcia es puesta en griego a disposición de un mundo al que nunca hubiera llegado sin la nueva herramienta lingüística que le sirve de vehículo.

Probablemente es en el arte griego donde la impregnación egipcia y hasta negra de la cultura helénica es más sorprendente y espectacular. Los griegos, amigos del teatro, como en Atenas, han instalado en Egipto monumentos adaptados a sus gustos. Pero se han contagiado, al contacto de los templos egipcios, del sentido de lo colosal. La misma tendencia les ha influïdo también en el terreno de la escultura: se ha encontrado una cabeza de Serapis que mide cincuenta y un centímetros de alto; las estatuas gigantescas son numerosas en el museo greco-romano de Alejandría.

Es cierto que las técnicas y el gusto artístico son al principio, en el ambiente griego de Egipto, comparables a las de los demás ambientes griegos del resplandeciente imperio. Es cierto también que la producción de los talleres alejandrinos se parece, por un lado, a la de Grecia y experimenta la influencia de las modas exteriores de Africa. Ejemplos de este arte importado existen en gran número en el museo de Alejandría. Uno de los más importantes es la cabeza de Alejandro que se inscribe en la tradición de la escuela de Lisipo. Pero también en Alejandría se innova: la innovación más importante es la que los arqueólogos llaman, sirviéndose de una palabra italiana, el *sfumato*, es decir, una mezcla de luz y de sombra sobre los contornos suaves de los rasgos del rostro, sin conceder mucha atención a la representación de los cabellos o de las mejillas. Cabellos y mejillas son en general modelados en estuco, porque éste se presta al modelado en grabado, preferido por los artistas de Alejandría. Cuando se realizaba algo de ese modo, generalmente era coloreado. A todos los niveles, escultores y pintores se inspiran en modelos egipcios. Puede imaginarse qué ocurriría a nivel de los dioses. Isis lleva una vestimenta muy ajustada, adornada con el nudo característico entre los senos; en la cabeza lleva una corona egipcia, pero el modelado del cuerpo es típicamente griego. Entre las diosas griegas, Afrodita era muy popular. Las figurillas la representan frecuentemente desnuda, en diferentes actitudes: saliendo del mar, retorciendose los cabellos, levantando el pie e inclinándose para quitarse la sandalia, o bien tratando de mantener con los dos brazos su manto alrededor de la parte inferior de su cuerpo.

---

[28] Ibid.

[29] C. Preaux, 1939.

[30] La gran diferencia entre ellos es la de los trabajos que les están dedicados: muy numerosos para los papiros griegos, pero escasos para los demás. Sin embargo, habría ahí una fuente abundante de informaciones sobre la gestión de los templos y sobre la vida de las familias egipcias.

Entre los héroes griegos, Heracles es representado frecuentemente. Sobre unos jarros o lámparas encontradas en Alejandría figuran sus trabajos: se le ve luchar contra un león, contra el toro y contra las Amazonas.

El Nilo estaba representado en el Egipto faraónico como un hombre fuerte, con las tetillas portadoras de loto y de papiro, las plantas que crecen en el valle del Nilo. Los griegos le ven como a un hombre fuerte y barbudo, sentado o acostado, rodeado de hipopótamos, de cocodrilos o de una esfinge, símbolos de Egipto. Las representaciones reales siguen el mismo camino. La pintura, muy fiel a los modelos griegos todavía en los siglos IV y III, presenta en el siglo II escenas de estilo egipcio, que se codean con otras de estilo griego como en Alejandría, en una de las tumbas de Anfushi. La principal cámara mortuoria está decorada desde la entrada con una mezcla de los estilos egipcio y griego a la vez en la arquitectura y en la pintura.

El siglo I está marcado por la falta de precisión lineal de las palmeras pintadas en alguna tumba de Anfushi. La decoración de la segunda tumba de Anfushi encierra muchos elementos egipcios y nuevas escenas de tipo egipcio.

El mosaico es conocido primero en el este del Mediterráneo y tal vez en la misma Alejandría. Varios pavimentos en mosaico con motivos pictóricos han sido descubiertos en Alejandría y sus alrededores. El más importante lleva el nombre de «Sofilos» y representa, en el rectángulo central, una cabeza de mujer que lleva un mástil y un áncora; esa cabeza está coronada con un peinado en forma de proa de barco: se ha pensado que era una personificación de la ciudad de Alejandría. Este rectángulo central está rodeado de ricos bordados decorativos. Ha sido encontrado en el este del Delta y data del siglo II.

Pero, sin duda es en la proliferación de las estatuillas humorísticas, grotescas [31] o realistas que representan escenas de la vida cotidiana y ponen en escena a egipcios y africanos negros, donde la producción helenística de Egipto sorprende más por la variedad de sus invenciones y de sus gustos. Pequeñas figurillas de bronce, marfil, tierra cocida o estuco representan la parte popular de ese arte. Pero producciones de mayor valor muestran el éxito general de esos temas.

Bes, el más egipcio de los dioses adoptados por los griegos, está representado en formas grotescas. Se le busca entonces una esposa: Besa o Beset, también graciosa y fea como él. La atracción de los griegos de Egipto por todo lo que no es griego les lleva a encargar objetos de uso diario de lujo o de adorno que representen negros. El realismo de la observación alcanza a veces una gran calidad artística; con frecuencia manifiesta más las cualidades de observación del escultor que su gusto. A veces, una escena revela algunos sucesos de la calle como esa estatuilla que representa a una joven negra dormida cerca de una ánfora. Los negros son asociados a toda clase de objetos de uso cotidiano, por ejemplo, los vasos de agua. No aparece miedo alguno, ni sentido malsano de exotismo en tales representaciones. Las asociaciones del negro a los elefantes y su lucha contra los cocodrilos se convierten en tópicos de esa producción; en tanto que la representación de enanos constituye un eco tenue de los temas literarios antiguos relativos a los pigmeos. Luchadores, bailarines, malabaristas, oradores y músicos negros revelan una presencia captada del natural por los escultores, pero también el gusto de un público por esas representaciones. Cabezas y retratos de negros, a veces muy bellos, muestran también que personajes de rango

[31] A. Badary, 1965, págs. 189-198.

social más elevado, que proceden del Africa negra, viven o pasan por la Alejandría de los lágidas [32].

Tal vez el interés puesto por los lágidas en los grandes oasis presaharianos, vía de acceso hacia el mundo negro, explica parcialmente esta atención dada a los negros por los alejandrinos.

A través del arte helenístico de Egipto, la figura negra penetra más que nunca con anterioridad en el mundo mediterráneo.

EGIPTO EN LA EPOCA HELENISTICA: SUS RELACIONES CON SUS VECINOS

Algunos aspectos de la civilización helenística llegan de Egipto, a través de Cirenaica (la parte este de Libia), al Africa del Norte [33]. La civilización griega no aparece en Cirenaica por vez primera en ese período: sabemos que griegos llegados de la isla dórica de Thena emigraron a Cirenaica, donde fundaron en −631 Cirene, su primera colonia, que fue seguida de otras cuatro: el puerto de Cirene (más tarde Apollonia), Tauchira, Barca (hoy Al-Marj) y Euhespérides. Estas colonias, especialmente Cirene, eran productos de la civilización griega. Con la fundación de Cirene comenzó el reinado de la dinastía battiada que puso fin a la serie de luchas internas alrededor de −440. Después tuvo lugar el conflicto tradicional entre la aristocracia y la democracia, y Cirenaica se convirtió en tierra de confusión y de revueltas.

Durante ese tiempo, la totalidad del mundo antiguo vivía en vísperas de una conmoción con la llegada de Alejandro Magno. Este, en el otoño de −332 invade Egipto y se dirige hacia el oeste hasta Praetonium (hoy Masa-Matruh) encaminándose al oasis de Siuah para consultar al oráculo de Zeus-Amón. Como Cirene y probablemente otras ciudades deseaban evitar la invasión de Cirenaica por Alejandro (en realidad, habían sido menospreciadas en las intenciones de éste), enviaron embajadores que iban a encontrarle en Praetonium para asegurarle la lealtad de sus ciudades, tratando de salvaguardar su independencia. Pero no pudieron conservarla indefinidamente. En efecto, en −322, tras la muerte de Alejandro, Ptolomeo, todavía sátrapa de Egipto, se aprovechó de las luchas intestinas en Cirene y se anexionó Cirenaica; este fue el comienzo del período helenístico en ese país. Excepto un breve período de independencia (hacia −258 a −246), el dominio de los Ptolomeos en Cirenaica se mantuvo de −332 a −96, fecha en la que Ptolomeo Apión (hijo de Ptolomeo III Evergete) que reinaba en Cirenaica la legó al pueblo romano; emparejada con Creta, se convirtió en una provincia romana.

Al principio de la época helenística, Cirenaica era un país de pequeñas aldeas con muy pocas ciudades. Bajo el reinado de los Ptolomeos, esas ciudades reciben nuevos nombres, algunos de los cuales son nombres dinásticos de los Ptolomeos. Mientras que Cirene conserva su nombre, Tauchira es rebautizada Arsinoe (hoy Tokra), el puerto de Barca recibe el nombre de Ptolemais (hoy Tolmeta) y se convierte en el centro oficial de la ciudad.

Euhespérides es abandonada por una nueva ciudad que recibe el nombre de Berenice (hoy Bengasi) en honor de la princesa cirenaica y esposa de Ptolomeo III.

[32] Sobre este tema cf.: F. M. Snowden Jr., 1976, págs. 187-212.

[33] Sobre Libia, el autor de este capítulo ha recibido la colaboración del doctor Nostapha Kamel Abdel Alim.

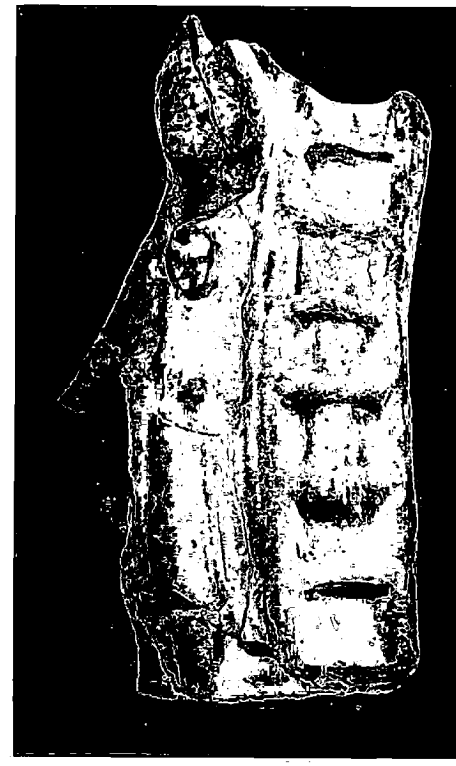
1

2

• *1. Fragmento de un balsamarium en bronce (Fuente:* La imagen del negro en el arte occidental, *v. I, 1976, il. n.º 237, fotografía Menil Foundation/Hickey and Robertson, Houston; D. and J. de Menil Collection).*

• *2. Cabeza grotesca (Fotografía Museo Greco-romano de Alejandría).*

• *3. Estatuilla (fragmento): «Farolero» negro, de pie, en marcha, vestido con túnica y llevando una pequeña escalera en el brazo izquierdo (faltan el brazo derecho y los pies) (Fotografía Museo Greco-romano de Alejandría, Inv. 16422).*



3

El puerto de Cirene es elevado a la categoría de ciudad y recibe el nombre de Apollonia (hoy Susa).

Cirenaica estaba poblada por una mezcla de razas. En las ciudades, además de los griegos, ciudadanos con plenos derechos, y los griegos que disfrutaban de derechos limitados, existe una población no griega, compuesta sobre todo de judíos y de muchos otros extranjeros. Fuera de las ciudades, la población rural *(georgoi)* comprende libios de nacimiento y soldados mercenarios establecidos como *clérouques* (del griego Klêros).

Esos georgoi cultivan las tierras arables de Cirenaica, que comprenden las tierras reales *(gê basilikê)*, las tierras de las ciudades *(gê politikê)* y las dejadas a los libios de nacimiento. Esa estructura social provoca el conflicto entre los libios de nacimiento y los colonos griegos.

Desde el punto de vista económico, Cirenaica era, en el período helenístico, un país de gran importancia. Estaba considerada como uno de los graneros del antiguo mundo. Cirene habría enviado un donativo de 800.000 medimnes de cereales a las ciudades griegas situadas en Grecia propiamente dicha durante el hambre que azotó de −330 a −326. Se ha hablado mucho de la lana, de la cría de caballos y del célebre silphium de Cirenaica que fue un monopolio de los reyes battiades y que probablemente siguió siendo también un monopolio para los Ptolomeos.

Ese donativo de cereales no es la única prueba de las estrechas relaciones de amistad entre los griegos de Cirenaica y los de Grecia. Es bien conocido que Cirene había contribuido ampliamente a la vida intelectual de los griegos, principalmente en el siglo IV por medio de sus filósofos y matemáticos de gran renombre. Gracias a sus estrechos contactos intelectuales con Atenas, Cirene permite a la filosofía y a numerosas ramas del saber florecer sobre la meseta de Cirenaica. En Cirene se desarrolló la escuela filosófica de Cirenaica, llamada «Cirenense», escuela socrática menor fundada por Aristico (hacia −400 a −365), nieto de Aristipo, amigo y compañero de Sócrates. Esa actividad y esa riqueza de producción intelectual se manifestaron también en la época helenística. Para convencerse de ello basta citar el nombre de Calímaco (−305 a −240) y el de Eratóstenes (−275 a −194) quienes, entre otros, abandonaron Cirene por Alejandría para enriquecer la actitud de ésta en el terreno de las ciencias y de la literatura. En la Academia, en el Museo y en la Biblioteca, aportaron su participación a la inteligencia creadora de Alejandría, permitiendo a esa ciudad convertirse en el principal polo de atracción intelectual de la época helenística. Y en la misma Atenas, Carneade el Cirenense (−305 a −240), uno de los principales «filósofos escépticos», fundó la Nueva Academia. En Cirene, tanto como en las demás ciudades griegas, el sistema griego de educación fue conservado. Un gran número de inscripciones hacen referencia al gimnasio y al efebeion.

Muchas estatuas de filósofos, de poetas y de las nueve Musas han sido descubiertas en Cirene. El descubrimiento de un busto de Demóstenes, aunque se trate de una copia romana, ofrece un gran interés, porque muestra en qué alta estima tenía la población griega de Cirene a tan gran orador.

Algunos buenos ejemplos de la escultura alejandrina han sido descubiertos entre las numerosas estatuas de mármol de Cirene. Los escasos retratos originales de la época helenística muestran afinidades muy estrechas con «el arte helenístico» de Alejandría. Es muy natural que la técnica utilizada en Alejandría haya sido seguida hasta cierto punto en Cirene. Otra semejanza entre la escultura griega de Cirenaica y

• *Cleopatra VII.*

la de Alejandría se encuentra en los bustos de Cirene. Comparando los bustos funerarios cirenenses y los retratos de momias egipcias, no se puede dejar de observar la estrecha semejanza que existe entre ellos. Aunque los ejemplares daten de la época romana, su origen ptolomeico no podría ser negado.

De Cirene procedía la cerámica helenística pintada y las figurillas de tierra cocida. Estas últimas estaban fabricadas en los talleres locales que habían comenzado por reproducir e imitar las creaciones griegas de tierra cocida, pero poco a poco crearon un tipo y un estilo que les eran propios. El estudio de esas figurillas es importante porque son el reflejo de la vida cotidiana de los habitantes de Cirenaica, sobre todo de los que vivían en las ciudades.

En el terreno de la religión, el culto dinástico de los Ptolomeos llegó a Cirenaica como lo muestran tantas inscripciones dedicadas a los reyes y a las reinas de esa dinastía. Las ciudades de Cirenaica adoptaron también el culto de Serapis. En Cirene y en Ptolemais se han descubierto templos de Isis y de Osiris.

Desde Cirenaica, ese culto greco-egipcio llegó probablemente a Tripolitania, que nunca fue gobernada por los Ptolomeos en tiempos de los pre-romanos. En Leptis-Magna se ha descubierto el santuario de Serapis y de Isis y es interesante observar que en Sabratha el culto de Isis estaba acompañado de misterios isíacos. El culto de Isis y de Serapis debió extenderse más lejos, hacia el oeste, a medida que el culto de Isis se universalizaba y que el culto de Serapis daba al mundo antiguo una nueva esperanza de vida mejor.

Una gran parte de lo que se ha dicho de la Cirenaica helenística no concierne más que a los griegos, porque es difícil descubrir informaciones considerables sobre los libios autóctonos y conocer hasta qué punto fueron influenciados por la civilización helenística. Sabemos que los libios de origen no veían con buenos ojos la presencia de los griegos, debido a que aquéllos eran expulsados de las tierras costeras fértiles y retenidos en el interior de su país. Sin embargo, la civilización helenística debe mucho a esa región del Africa del Norte que le permitió desarrollarse y florecer durante tres siglos.

Las relaciones amistosas entre Egipto y Meroé han sido ciertamente la causa esencial de la gran prosperidad de Meroé, sobre todo, durante el reinado de Ergamenes y de sus sucesores. Hasta ahora se han encontrado pocas huellas de la influencia helenística en los templos y en las pirámides de Meroé [34]. Ergamenes mandó edificar en Dakka, Baja Nubia, un templo de estilo puramente egipcio. Cuando murió, su momia fue encerrada en una pirámide cerca de Meroé, que estaba decorada con escenas inspiradas en el Libro de los Muertos. Su sucesor, Azekranón (Ezekher-Amón), mandó construir un templo de estilo egipcio cerca de Debôd, no lejos de Philae.

Las gentes de Meroé llevaban una vida parecida a la de los egipcios. Nuestras informaciones sobre la vida y la sociedad de esa época no pueden proceder más que del estudio de documentos arqueológicos, ya que no sabemos aún leer la lengua meroítica [35], y puesto que no poseemos esa riqueza de informaciones sobre la vida diaria que nos ofrecen las pinturas de las tumbas del antiguo Egipto.

[34] Cf. F. y U. Hintze, 1966, págs. 23-28.
[35] Sobre esa cuestión, cf. cap. 10.

Como en Egipto, el rey era considerado divino. Las reinas desempeñaban un papel importante en la vida del país, y gobernaban a veces. Los sacerdotes tenían una influencia considerable y los templos poseían grandes bienes. Las poblaciones meroíticas se inspiraron durante la mayor parte del tiempo, para sus ideas religiosas oficiales, en Egipto: pero tenían también sus propios dioses.

Las costumbres funerarias meroíticas revelan una mezcla de tradiciones locales y egipcias. El mobiliario que se ha descubierto muestra que los lechos son de estilo *angareeb*, semejantes a los lechos del antiguo Egipto y utilizados aún en nuestros días en el valle del Nilo.

La principal actividad de la mayor parte de la población meroítica era la agricultura. Para regar sus tierras, utilizaban la *shoduf* y la *sakkieh* (o *saqia*, cf. pág. 300), dos dispositivos utilizados aún en Egipto y en Sudán para llevar el agua de las tierras bajas a las altas.

Acá y allá se han encontrado semejanzas en útiles y armas tales como azuelas, láminas de azada, hachas y cinceles, así como un gran número de artículos, como pequeñas tenazas. Todos esos instrumentos eran de bronce. Pero se han descubierto también en Meroé grandes herramientas de hierro; la presencia de grandes montones de armazones de hierro cerca del emplazamiento de la ciudad demuestra que la producción y el uso del hierro era muy común. El mineral se fundía en simples hornos calentados con carbón de madera, producido con acacias que crecían a lo largo del Nilo.

Existen huellas de objetos parecidos en Egipto y en Sudán. Pero los hay que son, de modo sorprendente, de hechura egipcia, tales como reposacabezas e instrumentos de música, y puede ser que el origen de esos objetos sea Meroé.

Capítulo 7

EGIPTO BAJO LA DOMINACION ROMANA

S. DONADONI

ROMA, DE LA ALIANZA A LA DOMINACION DE EGIPTO

El paso de Egipto de la dominación ptolomeica a la de Roma se efectuó prácticamente sin sacudidas. Desde hacía mucho tiempo las relaciones entre Alejandría y Roma habían estado marcadas por una cordialidad que remontaba a la época de Ptolomeo Filadelfo. Este había firmado el primer tratado de amistad y enviado una embajada a Roma en −273. Medio siglo más tarde, Ptolomeo Filopátor había mantenido su benevolencia hacia Roma durante la guerra con Aníbal (−218 / −201). Roma, a su vez, había salvado la independencia egipcia durante la invasión de Antíoco III en −168. Sin embargo, tras esa toma de posición, la República prácticamente había adquirido la posibilidad y la costumbre de un control en los asuntos egipcios que sólo se mostró de manera clara en los últimos años del reinado de los Ptolomeos. Las intrigas entre Cleopatra VII (−51 / −30) y los generales romanos habían tenido probablemente como finalidad hacer que coincidieran los intereses de su reinado, pero su apoyo incondicional a Marco Antonio le valió, al fin, la pérdida definitiva del trono en el momento en que su amigo fue vencido por Octavio (−31).

La actitud hacia Egipto del nuevo señor y dueño muestra perfectamente la importancia que él concedía a esa nueva provincia del Imperio romano. Tres legiones (con casi 15.000 hombres) fueron allí destacadas. Se les confió, ante todo, el control sobre el país, víctima de la anarquía que había padecido durante los últimos reinados de los Ptolomeos y que había producido la destrucción de Tebas en −88. Cornelio Galo, el primer «prefecto» romano, condujo las tropas al Alto Egipto y les mandó pasar la 1.ª Catarata. Después de él, el prefecto Petronio reconquistó esa provincia de la Baja Nubia que se llamaba Dodecesqueno, puesto que medía «12 esquenos» (o sea, casi 120 km.) desde Syene (Assuán) hasta Hiéra Sykaminos (Maharaqa). Antiguamente había sido un territorio bajo la jurisdición de los Ptolomeos, pero desde hacía mucho tiempo ya los soberanos de Meroé (en el Sudán actual) lo habían anexionado a su reino. El exceso de coraje que el hombre de confianza del emperador romano, el prefecto Galo, puso en sus empresas acabó por costarle la vida (−28): lo que puso en

evidencia el carácter muy especial que Octavio, convertido en Augusto, atribuía a su conquista. La provincia de Egipto, en efecto, fue celosamente reservada a la administración directa del emperador, y el Senado no tenía en modo alguno el derecho de ocuparse de ella bajo ningún título. Se llegó hasta prohibir formalmente a los senadores que la visitasen y la orden fue llevada con mucha severidad. En Egipto, el emperador romano se convertía, pues, en el sucesor de los Ptolomeos e intentaba asumir su función en la estructura del país. El asume la responsabilidad de los cultos, y Augusto fue reconocido como constructor de numerosos templos (los mejor conservados entre los cuales están los de Nubia, los de Debod, los de Talmis, los de Dendur, los de Pselkis). Asume también la responsabilidad del bienestar común, y el ejército es empleado no sólo en garantizar el orden público, sino también en reparar la red de los canales que había sufrido mucho durante el período de desorden de los últimos Ptolomeos [ese ejemplo será general, y un empleo semejante de las tropas se encuentra en tiempos de Nerón (+54 / +68), de Trajano (+98 / +117), de Probo (+276 / +282)].

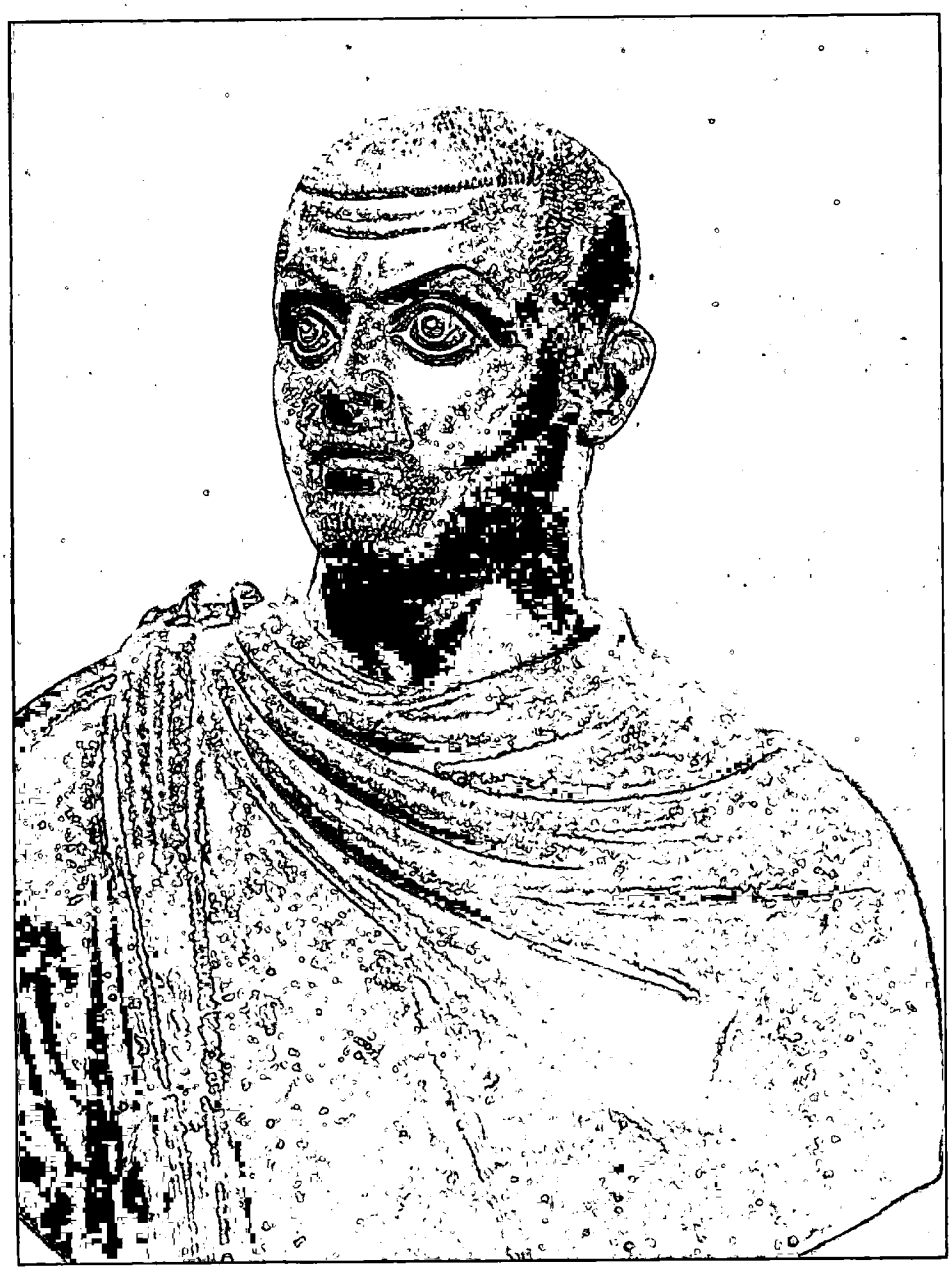
LA ADMINISTRACION ROMANA

El emperador romano toma de los Ptolomeos el modelo de administración de Egipto, concebido como si éste formase en realidad una especie de vasto dominio personal, cuyas rentas fuesen globalmente administradas por el rey. La explotación del país se convierte, bajo Augusto, en el punto de partida de toda la política programada para el país, y continuará, aunque su sucesor llegue a reprochar al prefecto haber impuesto demasiadas tasas, recordándole que es necesario esquilar las ovejas, pero no desollarlas.

La autoridad, ejercida directamente por el emperador, se manifiesta ya que la más alta autoridad del país es el «prefecto» nombrado directamente por él, y entre personas de rango «ecuestre» (¡no senadores!), como ocurre para los demás funcionarios *(procuratores)* [1] que actúan en nombre del emperador. Desde el punto de vista administrativo, un pequeño detalle dice mucho sobre el carácter particular de Egipto: éste es, en efecto, el único país en todo el Imperio donde se cuentan los años según el «reinado» del emperador y no según los nombres de los cónsules en el cargo. Así se continúa la antigua costumbre ptolomeica y faraónica, reconociendo al jefe del Estado romano un carácter «real» que no se le reconoce en ninguna otra parte en la organización del Imperio.

Lo que, sin embargo, da un carácter nuevo a la explotación imperial con relación a la de los Ptolomeos, es el que con éstos los productos del campo y de la industria egipcia servían para enriquecer una dinastía que de un modo o de otro tenían sus intereses en el país, mientras que los emperadores veían en Egipto la reserva de ese trigo que se tenía la costumbre de distribuir a la plebe de Roma para merecer su benevolencia. Esa función de «granero del Imperio» despoja al país del fruto de su suelo sin que se le beneficie con contrapartidas sustanciales a través de un comercio regular.

[1] O sea, «representantes»: *pro:* en lugar de, y *curare:* ocuparse de.



• *Cabeza de tetrarca (Fuente: Grimm y Johannes, 1975,* o. c., *pl. 5:. Fotografía Museo de El Cairo).*

El paso de Egipto de la condición de Estado independiente al de «provincia» comporta en realidad otras diferencias de estructura más importantes.

Podemos hablar con mucho detalle de esta cuestión, ya que estamos ampliamente informados sobre todo lo que afecta a la vida diaria por valiosos y particulares documentos de Egipto: los papiros. Se trata de cartas públicas y privadas que el seco suelo de Egipto ha conservado durante milenios y ha transmitido a los eruditos, que después de siglo y medio los someten a su examen filológico e histórico. Son pues, textos originales que están en la base de nuestros conocimientos y que aclaran las narraciones de los historiadores con una precisión de datos raramente alcanzada en otros dominios del mundo antiguo.

La administración básica mantiene como unidad geográfica el «nomo» (hoy se diría una *moudiriyah),* subdividido a su vez en dos «toparquías», que reunían cierto número de aldeas *(kome).* Los nomos del Alto Egipto están reunidos en una unidad superior, la Tebaida, así como los «Siete Nomos» del Medio Egipto (el Heptanomis) y los nomos del Delta. A la cabeza del nomo está un «estratega», según el título ptolomeico de origen militar, que tiene a su lado como técnico administrativo un «escriba real» (todavía un título ptolomeico). Además, pequeños funcionarios son encargados de la administración de las unidades menores, y también ahí se mantienen las tradiciones más antiguas.

La administración central es nueva, cuyo núcleo está instalado en Alejandría, la antigua ciudad real, que asegura ahora el papel de capital en lugar de Menfis. Ese estado mayor de la administración está compuesto totalmente por ciudadanos romanos y es nombrado directamente por el emperador. El prefecto en primer lugar: él es el jefe de todas las ramas de la administración, de la de las finanzas, así como del ejército y de la justicia. Su poder sólo está limitado por la posibilidad que existe de apelar sus decisiones ante el mismo emperador. Para hacer frente a sus deberes, el prefecto dispone de un consejo compuesto también de «caballeros» romanos. El *juridicus,* el *dikaiodotes,* el *archidikastes,* el asistente en la administración de la justicia, el *procurator usiacus*[2] en la administración financiera de los bienes pagados personalmente al emperador, y un caballero controla los templos. Los grupos de los nomos están también bajo la autoridad de los tres «epistrategas» que son caballeros y tienen el rango de *procuratores.* La tradición organizadora romana quiere que el mismo personaje que tiene la responsabilidad militar tenga la de la administración en general y la de la justicia en particular. Eso afectó profundamente al antiguo mecanismo jurídico, que reconocía la autoridad de los jueces, según el Derecho local egipcio, para las causas cuya documentación estaba en la lengua del país y la de los jueces griegos en los demás casos. Ahora el único juez es el prefecto, que puede evidentemente delegar su poder en otros (el «estratega» sobre todo), pero que es el único responsable. Cada año realiza una gira a través del país para resolver los casos más complejos (es lo que se llama el *conventus* que tiene lugar en Peluse, cerca de Alejandría, en Menfis y en Arsino en el Fayum). Aplica el Derecho romano para los ciudadanos romanos, y para los demás el «derecho de los extranjeros», que tiene en cuenta usos y costumbres del país, con cierto número de limitaciones, no obstante.

Se entrevé ya por esas indicaciones que la presencia romana tiene dónde modificar la estructura del Egipto ptolomeico. Pero desde la época de Augusto, otros hechos

[2] De *ousia:* «el dominio o propiedad».

producen consecuencias aún más duras. La administración ptolomeica estaba muy centralizada, y en principio formada por funcionarios pagados, cuyos emolumentos provenían del derecho de explotar propiedades agrícolas de dimensiones diferentes en proporción con la importancia de la función. Paralelamente, el ejército era una organización hereditaria, a la que correspondía el beneficio igualmente hereditario de cultivar propiedades, también diferenciadas según que el titular fuera griego o egipcio, que tuviera que alimentar a un caballo o no, etc. El sistema había padecido ya durante la época ptolomeica un desgaste inevitable: en la época romana cambia totalmente.

La idea del «funcionario» pagado se sustituye por la del «magistrado» gratuito. Al mismo tiempo se instituyen «colegios» de personas que tienen las mismas funciones y todos son solidariamente responsables. Junto al «estratega» se encontrarán los *archontes* (los «comandantes»); junto al «escriba de la aldea» *(komogrammateus)*, los «ancianos» *(presbyteroi)*.

Si bien el Estado no toma a su cuenta la administración y sus gastos, se asiste en cambio a una ampliación de la importancia de la pequeña y de la mediana propiedad privada, que se deriva de la distribución de las tierras que hasta entonces eran «reales» o estaban en usufructo (las *kleroi* que resarcían a los empleados públicos). Se tendrá pues, una clase de propietarios entre los que serán elegidos los magistrados no pagados, que van a ejercer su función como un deber *(munus)*, del que han sido resarcidos de antemano por los derechos de propiedad que les han sido dados. Esa clase de propietarios y de potenciales administradores es a la que el Imperio confía la defensa de sus intereses eligiendo a un grupo social como favorito y oponiéndolo a los demás,

Bajo los primeros Ptolomeos, los griegos habían tenido de hecho una posición de privilegio que había disminuido mucho después de la batalla de Rafia (−217), en la que las tropas egipcias nacionales se habían batido bien, y sobre todo después de las dificultades de los últimos reyes de la dinastía.

La ocupación romana, en su necesidad de oponer un grupo al otro, prosigue la antigua tradición, y da a los griegos una posición de privilegio, y esta vez no sólo en la práctica, sino también en un plano jurídico.

Los egipcios pagan un impuesto de «capitación» (la *laographie)* a la que se está obligado por el hecho mismo de existir, del que los griegos están exentos; los habitantes de las capitales de los nomos (las «metrópolis») pagan impuestos menos elevados que los habitantes de las aldeas; a los campesinos se les prohíbe abandonar el suelo que ellos trabajan *(idia);* es importante, sobre todo, que se proceda de una familia de educación griega, y eso sólo se puede probar demostrando, por medio de documentos, que los dos abuelos varones han frecuentado el «gimnasio», es decir, la escuela griega; ésta era una institución libre en la época ptolomeica: ahora se convierte en una institución limitada a las «metrópolis» y controlada por el Estado. Los «procedentes del gimnasio» (los *apo tou gymnasiou)* no tienen derecho a esa denominación más que después de un examen de sus títulos genealógicos *(epikrisis)*, y forman una burguesía urbana helenizante en oposición con los habitantes del campo, campesinos egipcios en su mayor parte.

Los derechos de los egipcios como tales desaparecen en este nuevo contexto social, que se esfuerza ante todo en organizar una clase media sólida y cointeresada en la suerte del Imperio.

No es quizá el lugar de subrayar el estatuto particular de las que, bajo los Ptolomeos, eran «ciudades autónomas» *(poleis)*, tales como Ptolemais, en el Alto Egipto y la antigua y gloriosa Naucratis[3], en el Delta. La tercera *polis*, Alejandría, sigue siendo el mayor puerto del Mediterráneo y rivaliza con Roma en población y en importancia. Sin embargo, pierde su Senado; y su puerto se convierte en la base de la *classis Augusta Alexandrina*, una unidad naval militar, mientras que muy cerca de la ciudad, en Nicópolis, campea el ejército romano. Los alejandrinos, cuya inspiración cáustica y su espíritu turbulento eran célebres, nunca tienen buenas relaciones con los nuevos amos y se esfuerzan en demostrarlo en cada ocasión.

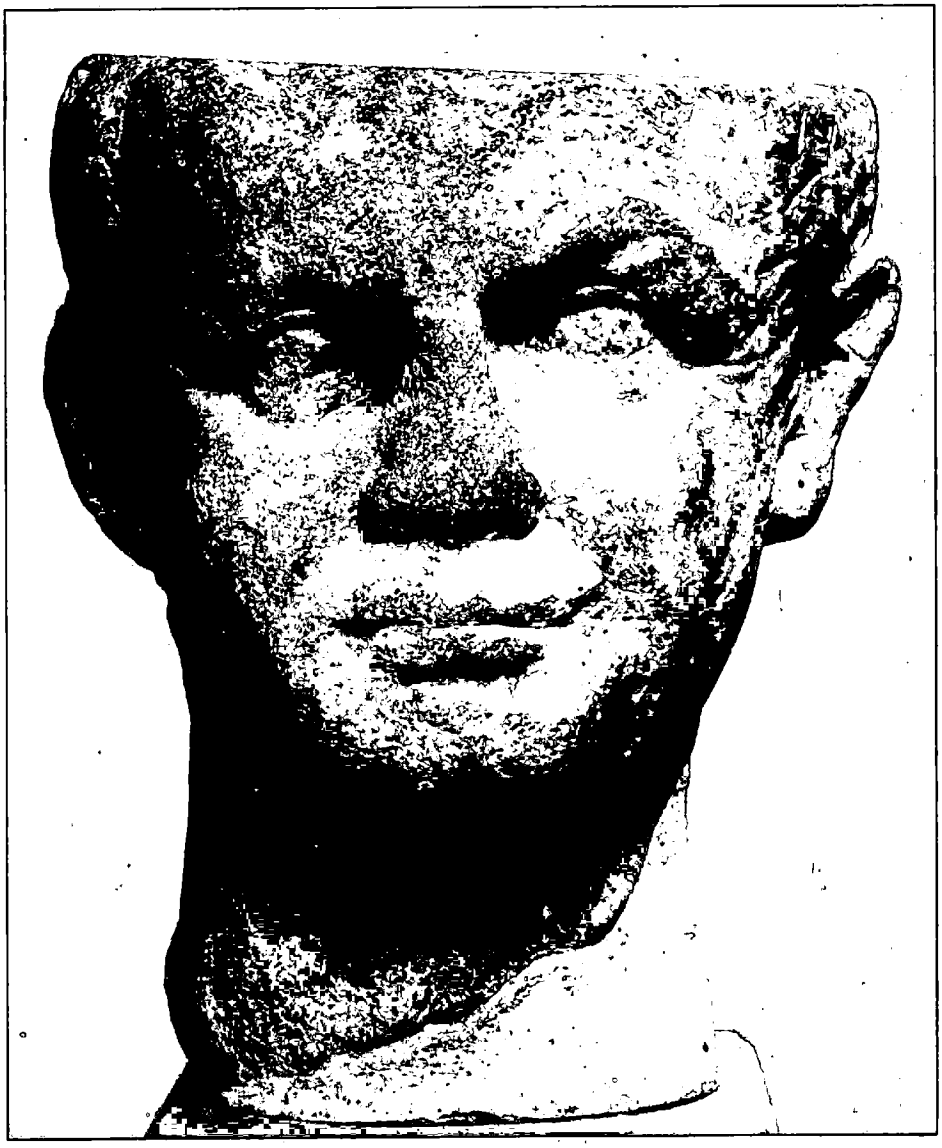
EGIPTO BAJO LA DOMINACIÓN ROMANA

Durante mucho tiempo no se cambia nada en estas bases de la dominación romana. La vida provincial se desarrolla en una *pax romana* que es pagada mediante las obligaciones relativas a la entrega del trigo *(annona)* y que periódicamente da lugar a movimientos de rebelión y de protesta. Sin embargo, Tiberio (+14 / +37), el sucesor de Augusto, puede reducir ya a dos el número de legiones destacadas en Egipto. Bajo su sucesor se manifiestan por vez primera desórdenes que enfrentan a los griegos de Alejandría y a los judíos, numerosos en la ciudad. Así aparece una rivalidad que se manifiesta alternativamente por las luchas más sangrientas y las querellas oficiales llevadas ante el emperador a Roma. Una literatura edificante (las presuntas *Actas de los mártires de Alejandría)* refiere con colores apologéticos los procesos de los judíos. En realidad, Roma ha tratado de imponer soluciones de equilibrio que no han satisfecho a ninguna de las dos partes, cada una de las cuales ha creído ser la perjudicada.

Las relaciones entre el gobierno y los judíos de Egipto se enconan durante la revolución en Judea. Vespasiano (+69 / +79), convertido en emperador de Siria y aclamado en Alejandría, llama a las legiones de Nicopolis para sitiar Jerusalén; y tras la destrucción de esa ciudad, bajo el reinado de Trajano (+98 / +117), los judíos de Egipto organizan una rebelión que llega a poner a Alejandría en estado de sitio y que se recuerda durante mucho tiempo como «la guerra de los judíos». Cuando el general Marcio Turbo derrota a los rebeldes, la colonia judía de Alejandría deja de existir.

Si dejamos a un lado estos casos particulares, el primer siglo del Imperio y los primeros años del segundo constituyen un período de calma y bienestar relativos. El emperador Nerón (+54 / +68) envía exploradores al reino de Meroé, con el que se mantenían relaciones de paz y de comercio; Vespasiano (+69 / +79) se hace muy popular en Alejandría, donde se le llegan a atribuir cualidades milagrosas; Trajano (+98 / +117) reduce el número de las legiones que residen en Egipto y deja una sola debido a la tranquilidad de la situación. A Trajano se le debe también la excavación de un canal entre el Nilo y el mar Rojo que debe facilitar el comercio oriental, en competencia con las rutas de caravanas que se dirigen a Siria y pasan a través de los países fuera del control romano. Todo esto beneficia a Alejandría, que sigue siendo el principal puerto de todo el Mediterráneo. Incluso se puede subrayar que, con ocasión

[3] Una colonia griega que se remonta a la época saita.



• *Cabeza de una estatua de Vespasiano (Fuente: Grimm y Johannes,* Kunst der Ptolemäer und Römerzeit im Agypt, *pl. 36, 1975. Fotografía Museo de El Cairo).*

de una época de hambre que asoló el país, el mismo Trajano se ocupa de hacer llegar el trigo necesario, invirtiendo por una vez el principio según el cual Egipto debe pagar la *annona* a Roma.

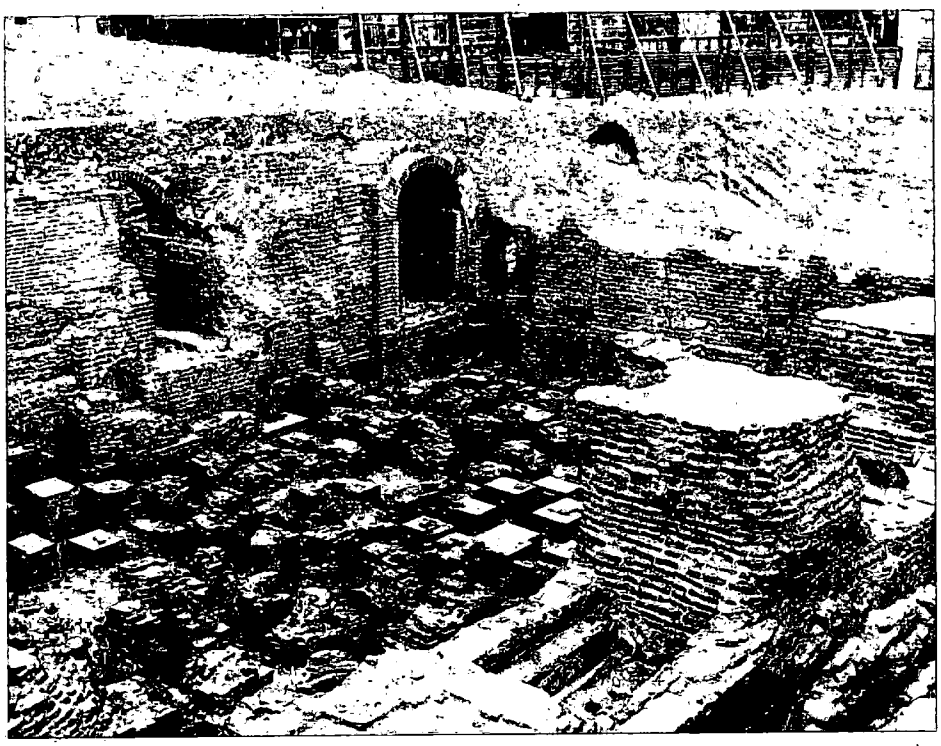
El sucesor de Trajano, Adriano (+117 / +138) muestra aún más interés por el país. Realiza un viaje bastante largo en + 130 y + 131 con su esposa. A él se le debe la reparación de las destrucciones ocasionadas en Alejandría por la «guerra de los judíos», y la fundación de una ciudad, Antinópolis, en el Medio Egipto, fundada para commemorar a su favorito Antinoos en el lugar mismo donde éste se había ahogado voluntariamente por salvar a su señor —se dice— de una oscura amenaza del oráculo. El joven mártir fue considerado como un dios y asemejado a Osiris, y esto se realiza ciertamente de acuerdo con la tradición egipcia de la apoteosis «por ahogamiento»; pero razones prácticas han aconsejado la fundación de esa ciudad, a la que se le ha dado el estatuto de las *poleis* («ciudades libres») y que va a ser al mismo tiempo un centro filorromano en el interior de Egipto y el punto de partida de una ruta de caravanas que unen el mar Rojo con el valle del Nilo.

La situación económica de los campesinos y de los pequeños propietarios, que podemos controlar bastante de cerca por los documentos originales representados por los papiros, muestra, no obstante, que la discriminación en beneficio de la burguesía que había sido requisito indispensable en la política romana iba a producir malos frutos. Las clases bajas se empobrecen y una inquietud comienza a manifestarse, cuya señal premonitoria es el asesinato del prefecto de Alejandría bajo el reinado del sucesor de Adriano, Antonino Pío (+138 / +161). Este debe marchar a Egipto para imponer el orden. Su hijo, el filósofo y filántropo Marco Aurelio (+161 / +180), se encuentra con una situación aún más crítica cuando los *boukoloi,* los boyeros del Delta, se sublevan en una insurrección, que fue a la vez un feroz motín y un brote de nacionalismo, bajo la dirección de un sacerdote egipcio, Isidoro. Un entusiasmo místico une a los rebeldes que llegan (se dice) a prácticas de antropofagia ritual, pero que saben defender con heroísmo sus derechos a una vida menos miserable y a su caracterización étnica. Los alejandrinos están esta vez al lado de los romanos, como privilegiados con relación a los egipcios. La rebelión no puede ser dominada por las tropas locales y es preciso que el general Avidio Cassio llegue de Siria con sus legiones. No puede vencer a los «boyeros» más que sembrando entre ellos la discordia.

Es muy importante recordar que ese mismo Avidio Cassio en +175, mientras que circulaban rumores de la muerte de Marco Aurelio, se hizo aclamar emperador por sus tropas de Alejandría: es el primer intento en este sentido que tuvo lugar en Egipto, y termina sin graves daños, ya que Marco Aurelio perdonó al imprudente.

La tensión entre Roma y Egipto no cesa de aumentar a pesar de la reforma de Septimio Severo (+193 / +211) quien restituye a los alejandrinos el «Senado» (la *boulé,* señal de autonomía) que Augusto había suprimido. Cuando su sucesor Caracalla (+211 / +217) va a visitar Alejandría, es vejado de tal modo por las ocurrencias injuriosas de sus ciudadanos que no duda en organizar una matanza general de los jóvenes de la ciudad, tras haberlos hecho reunirse so pretexto de querer enrolarlos en el ejército. Tras la matanza, las tropas abandonan sus barrios de Nicópolis y permanecen en la misma ciudad para obligarla a someterse.

Estos sangrientos episodios disminuyen en parte la importancia del más famoso gesto del príncipe, la concesión de la *Constitutio Antoniana* en +212. Ese documento



1

• *Excavaciones polacas en Kom el-Dikka, Alejandría:*
1. Termas romanas e hipocausto.
2. Pasillo alrededor del teatro.

2

capital concede el derecho de ciudadanía a todos los habitantes del Imperio, y abole las barreras que separaban hasta entonces a los ciudadanos romanos de los de las provincias. Los ciudadanos romanos en Egipto eran hasta entonces muy escasos, a excepción de los funcionarios llegados de fuera. En la mayoría de los casos se trataba de egipcios que habían servido en el ejército romano, quienes, en el momento en que eran licenciados tras 20 ó 25 años de servicio, obtenían su derecho de ciudadanía y volvían a su ciudad de origen para ocupar una posición con miras al pequeño marco de las «metrópolis».

Con la *Constitutio* el Imperio pierde, en principio, esa duplicidad de estatuto para sus habitantes, el Derecho común es ahora el de Roma y la estructura general de la sociedad se ve por eso cambiada. Sin embargo, si ha habido un país en donde la revolución social se sintió menos es Egipto. En efecto, una cláusula de la *Constitutio* excluía de los beneficios de ciudadanía a los *dediticii,* aquellos que se habían rendido tras una derrota militar, y los egipcios fueron considerados como tales.

Una vez más, la clase media, la burguesía urbana helenizada, es favorecida por los emperadores en detrimento de la plebe campesina autóctona. Un rescripto del mismo Caracalla llega a prohibir el acceso de los egipcios a la ciudad de Alejandría, excepto cuando llevan allí el combustible para las termas y los bueyes para la carnicería. Sin embargo, se hace una excepción para aquellos que quisieran (y que pudieran) vivir allí para perfeccionar una educación que les asemejase a los griegos. No se podría, pues, demostrar más elocuentemente el carácter económico de la discriminación.

En concomitancia con la *Constitutio,* se cambia el sistema general de la administración. En el momento en que Alejandría estrena de nuevo su Senado, una reforma general cambia el estatuto de las ciudades. Las «metrópolis» se convierten en «ciudades» *(poleis)* y asumen directamente la administración del nomo. Los cargos públicos no son confiados ya a aquellos que entre los «ricos y capacitados» *(euporei kai epitedeoi)* han salido en suerte por el epiestratega, sino a los miembros del Senado *(boulé)* del que en lo sucesivo toda ciudad está provista. Cada uno debe a su vez prestar su ayuda a la administración y encargarse de los gastos necesarios. En los papiros tenemos los procesos verbales de sesiones de los colegios superiores, donde los *prytanes* (tal es el título de los miembros que componen la *boulé)* establecen quién debe ocupar los cargos públicos. Los candidatos, a pesar de todo, tratan de sustraerse a ello. Esos honores, en efecto, se han hecho intolerablemente pesados en una economía que ha padecido la rebelión de los «boyeros» y las destrucciones que han producido, y por la esclerosis del sistema que ha perdido de ese modo la mayor parte de su primitivo esplendor.

Egipto no es ya el granero del Imperio: esa función es ahora realizada por *Africa* (el Magreb actual), a partir de finales del siglo II. Esto no puede significar otra cosa, sino que Egipto está agotado. Se empieza a asistir a un fenómeno que cada vez se extiende más y se hace más peligroso, la «huida» *(anachoresis)* de los cultivadores que abandonan sus campos y se van a vivir al desierto, por ser incapaces de pagar los impuestos que el Estado les exige.

El siglo III ve, hacia su mitad, una serie de acontecimientos espectaculares: un prefecto de Egipto, Marco Julio Emiliano, que se hace nombrar emperador (+262); su derrota sangrienta por Galiano unos meses después de reinado; la aparición en el horizonte de Egipto de pueblos extranjeros que llegan hasta allí haciendo saqueos, y hasta ocupando el terreno durante algún tiempo.

No es una casualidad si, durante el reinado de Claudio II (+268 / +270), un egipcio, Thimagenes, acude al país de Palmira. Los palmiranos, en su opulenta ciudad caravanera, son aliados, pero independientes del Imperio. Sin romper con éste, su reina Zenobia envía un ejército de 70.000 hombres, que da mucho trabajo a la guarnición romana, cuyas victorias son inútiles, al tomar la población el partido de los invasores. Incluso cuando Aureliano ha dominado la situación y cuando los palmiranos han sido rechazados, elementos antirromanos de la población, bajo el mando de un tal Firmus, se alían con los invasores que quedan en Egipto. Además, se unen con unas tribus de las que entonces se comienza a hablar con terror, los blemmyes, es decir, los nómadas que están a punto de ocupar la Baja Nubia, y que aparecen frecuentemente en el Alto Egipto, surgiendo del desierto que ellos dominan y aterrorizando a las poblaciones agrícolas.

El general que ha resistido a los palmiranos, a los blemíes y a sus aliados de la guerrilla egipcia es Probo (+276 / +282), sucesor de Aureliano después de haber mandado sus tropas. A él se le deben serios intentos para mejorar la situación de un país que corría hacia la ruina y que ya no tenía interés por una vida social cuyo centro era la administración tradicional. Los favores con los que habrían sido recibidos hasta los blemíes, que se comportaban no obstante como nómadas merodeadores, habían mostrado perfectamente que el país debía ser protegido desde el interior, dando una nueva confianza a sus habitantes. Sin duda, con ese espíritu se ve al general Probo, vencedor de los bárbaros invasores, emplear sus tropas (una vez que se ha convertido en emperador) en excavar canales para mejorar la agricultura.

La crisis de Egipto no hace más que preceder, en realidad, en un terreno bien definido, a una crisis mucho más vasta, la del Imperio mismo. El hombre que tiene el coraje de afrontarla es Diocleciano (+284 / +305), quien reestructura de nuevo todo el sistema del Estado. No se trata aquí de tocar un tema tan amplio si no es por lo que concierne a Egipto. El espíritu realista del nuevo emperador le hace abandonar Nubia, abierta a la invasión de los blemíes, dándola a los nóbadas —una población africana vecina de los blemíes— a condición de que monten guardia en la frontera meridional del Imperio. Para dicho servicio el Imperio está dispuesto a pagar sumas que esos reyezuelos *(reguli, basiliskoi)* se complacen en considerar como tributos.

Egipto está dividido en tres provincias, cada una de las cuales comprende una antigua epiestrategia. Las dos provincias septentrionales (el Delta y el «Heptanomis»), llamadas ahora *Aegyptus Jovia* y *Aegyptus Herculia,* están bajo el control de un funcionario civil *(praeses)* que no tiene poder sobre las tropas, mientras que la provincia meridional, la Tebaida, que está más expuesta a las invasiones eventuales, está sometida a un *dux,* que reúne en sus manos el poder civil y militar. Egipto pierde sus características de provincia diferente y se acuña allí una moneda que es análoga a la del resto del Imperio. La administración ve surgir, en todas partes, los nuevos personajes del *curator civitatis,* al «cuidador de la ciudad», el del *defensor civitatis,* el «defensor de la ciudad» a quien se dirigen las reclamaciones, el del *exactor civitatis,* el «preceptor de la ciudad», que se ocupa de los problemas fiscales. Sin entrar en los detalles se debe notar que se inaugura en este momento un nuevo sistema de impuestos, que son fijados por períodos de quince años («indictions»), lo que constituye cierto progreso con relación al desorden de los impuestos arbitrarios o inesperados, pero que no tiene sentido más que si todo el sistema de producción de la riqueza sigue siendo rigurosamente igual. La sociedad tiende, lentamente al principio,

1

2

• *1. Estatuilla: Gladiador negro de pie, vestido de túnica, con una coraza y casco, armado de escudo y de un puñal (Fuente: E. Breccia,* Terracota *II, 1934. Fotografía Museo Greco-romano de Alejandría, Inv. 23241).*

• *2. Estatuilla: Guerrero negro de pie, que lleva un hacha doble (Fuente: E. Breccia, 1934. Fotografía Museo Greco-romano de Alejandría, Inv. 23099).*

• *3. Azulejo: Negro arrodillado soplando en un instrumento de música (Fotografía Allard Pierson Museum, Amsterdam, Inv. 1991).*

3

y de un modo cada vez más vivo después, a estabilizarse en unos marcos fijos, de los que trata de escapar cuando la carga fiscal se hace demasiado pesada. El Estado es obligado así a vigilar para que nadie abandone su puesto, y si los campesinos deben seguir siendo campesinos y estar siempre sobre las mismas tierras convirtiéndose de ese modo modo en siervos de la gleba, los *honestiores* (los «respetables») también están vinculados a su deber de contribuyentes y de administradores. La *anachoresis* se hace pronto una necesidad a todos los niveles de la escala social. Solamente los personajes que tienen una autoridad política bastante concreta llegan a defender su posición. Es muy natural que los menos afortunados busquen colocarse cerca de esos poderosos, suplicándoles ayuda contra el fisco, para que así les faciliten la disponibilidad de sus bienes. El gobierno se opone con todos sus recursos legales a ese deslizamiento hacia una sociedad dominada y organizada por la gran propiedad territorial: pero las leyes resultan inútiles allí donde no se tienen en cuenta las razones que están en la base del proceso que se quería bloquear. Cuando los grandes propietarios tengan el derecho de considerarse como los perceptores de los impuestos que ellos deben al Estado (lo cual se llama *autopragia*), el sistema de la propiedad habrá cambiado definitivamente: la pequeña propiedad que había sido la fuerza de la clase media al comienzo del Imperio desaparece ante la propiedad (y la autoridad) baronal, y éste dispersa las antiguas unidades administrativas de tipo municipal y otras unidades económicas de subsistencia.

EL CRISTIANISMO, FERMENTO DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD EGIPCIA

Este proceso exige evidentemente un largo período de desarrollo, y no debería ser separado de toda otra serie de consideraciones sobre un acontecimiento que le es contemporáneo: el desarrollo del cristianismo en Egipto.

Ese fenómeno se puede considerar, en un marco histórico bastante amplio, como uno de los momentos de intercambio entre Egipto y el resto del antiguo mundo en el terreno de la religión. Se conoce bien, en efecto, la difusión y la importancia de los cultos del valle del Nilo en el Imperio romano. Isis y Osiris o Serapis, que constituyen una forma del culto, se convierten en los dioses a los que se venera en todas partes y que ofrecen a pueblos alejados entre sí las mismas esperanzas místicas de salvación y las mismas experiencias de fe ardiente.

Tales cultos, cuyo impacto en las conciencias y en los sentimientos de las masas era difícilmente controlable por el poder político, conocieron en varias ocasiones momentos difíciles. Augusto, que, no obstante, fue en Egipto un constructor de templos, no ocultó su desconfianza hacia los dioses de ese país, que habían sostenido a su adversario Antonio, de quien la propaganda había dicho que la relación con Cleopatra iba a amenazar incluso la posición imperial de Roma. La derrota de Actium también había sido oficialmente una derrota de los dioses egipcios. Pero ya Calígula cambia de actitud frente a las divinidades extranjeras; Tito (+79 / +81) consagra un toro a Apis; su sucesor Domiciano (+81 / +96) es un adepto ferviente de los dioses de Egipto a quienes está obligado por deuda de supersticiosa gratitud a partir del momento en que, en una situación peligrosa, ha podido salvarse camuflándose de sacerdote isíaco. Desde entonces, la pasión de Osiris, el duelo de Isis y la

resurrección de su esposo se convierten en garantías para aquellos que sufren, y se reconoce en esas divinidades una profunda consonancia con la naturaleza humana, al mismo tiempo que unas cualidades que la transcienden.

En este sentido la experiencia religiosa egipcia puede haber ayudado a la difusión de otra religión de salvación, y así es como el cristianismo puede ser considerado bajo ciertos aspectos. Todo ello, evidentemente, tanto más en un país donde las preocupaciones por el más allá han tenido siempre un peso preponderante en la especulación religiosa.

Pero no hay que olvidar que Egipto tenía, desde hacía muchos siglos, una colonia judía, de la que ya hemos hablado y cuya presencia, ya en la época de Ptolomeo Filadelfo, había motivado una traducción griega del texto de la Biblia, llamada la «traducción de los Setenta». Un conocimiento de los datos escrituarios sobre los que se inserta el cristianismo era, pues, posible en Egipto bastante pronto y en diferentes ambientes, lo que puede haber facilitado su difusión al principio.

De todo eso sabemos muy poco en realidad. Lo que parece que se puede señalar es que la difusión del cristianismo es un hecho que tiene su paralelismo con el desarrollo de otras experiencias religiosas, tales como la de los gnósticos o la de los maniqueos, de los que Egipto ha conservado las obras originales en papiros o en pergaminos salidos de su suelo.

Todo esto es consecuencia de la crisis del mundo pagano que ya no llega, con su religión tradicional, a satisfacer las necesidades espirituales de los hombres de esa época; pero en el contexto egipcio no resulta demasiado difícil observar que el cristianismo, así como el gnosticismo o el maniqueísmo, adoptan como lengua de predicación la del país, los dialectos coptos recogidos en sus variantes provinciales región por región según la exigencia de la propaganda religiosa. Por una parte, si eso significa que aquél se dirige a las capas más humildes de la población, las que habían sido excluidas de la cultura griega de las clases dominates, significa también que en el plano religioso se concede el primer lugar a ese elemento indígena y a esa cultura nacional que, prácticamente en los mismos años, eran excluidas de los beneficios de la *Constitutio Antoniana* y eran rechazadas fuera de los nuevos marcos del Imperio en el que la mayor parte de los súbditos se habían convertido en «ciudadanos». Allí donde según el punto de vista oficial, el egipcio de origen es un *dediticius* al que no se preocupa de asimilar, para los cristianos, en cambio, la designación de «heleno» se convierte en sinónimo de «pagano» y por lo tanto en designación de desprecio.

El número y la importancia de los cristianos se manifiesta, por una singular paradoja pero no rara, a través de las persecuciones lanzadas contra ellos en varias ocasiones por los emperadores. La de Decio (+249 / +251) nos ha dejado en Egipto singulares documentos: se trata de los certificados que se concedían a aquellos que, en presencia de las autoridades, habían realizado el sacrificio pagano, quemando granos de incienso por la salvación del emperador: los que se negaban eran cristianos, y podían ser castigados como súbditos desleales. Pero la persecución que supera el recuerdo de todas las demás en la memoria popular, hasta el extremo que señala el punto de partida de la era copta («era de los mártires») es la desencadenada por Diocleciano con toda la energía y el rigor de que ese príncipe era capaz (+303). Esa fue la última prueba que demostró lo inútil que era oponerse en lo sucesivo a una situación consolidada. Pocos años después, Constantino reconocía en Milán (+313) el derecho de ser cristiano, y emprendía la larga obra de asimilación de la sociedad de

los cristianos a las necesidades del Imperio. La historia del cristianismo egipcio, a partir de ese momento, está estrechamente unida con las relaciones entre Alejandría y Constantinopla, la nueva ciudad imperial.

LA ORIGINALIDAD DE EGIPTO DENTRO DEL IMPERIO CRISTIANO

A partir del momento en que, bajo Teodosio, el Imperio se proclama oficialmente cristiano, la historia de Egipto está directamente afectada por la actitud oficial de los emperadores que, desde Constantinopla, pretenden definir cada vez más lo que debe ser el dogma enseñado y recibido en todo el Imperio. El deseo de la unidad jurídica va acompañado pronto de la voluntad de uniformidad religiosa a la que se da el nombre de ortodoxia.

Como religión, el cristianismo está caracterizado por un determinado número de puntos de fe: desde los primeros siglos de su existencia aquéllos han sido objeto de meditación y de interpretaciones diferentes, oponiéndose a veces de un modo feroz los correligionarios entre sí.

Mientras que la Iglesia no había podido aparecer a la luz pública, las disputas entre fieles carecían de peso político. Pero desde que la comunidad de los cristianos acaba por coincidir con la masa de los súbditos del Imperio, sus altercados se convierten en asuntos de Estado. Constantino ya se ha visto obligado con frecuencia a intervenir para arreglar las diferencias que enconaban las relaciones entre grupos de cristianos, quienes, so pretexto de la teología, amenazaban frecuentemente el orden público. Para el espíritu práctico y autoritario del emperador, la discusión religiosa —la «herejía»— es algo que debe desaparecer para dar lugar a una concepción ordenada y definitivamente reconocida de lo que es verdadero y, por consiguiente, legítimo. Sus sucesores siguieron su ejemplo, y esa actitud fue la base de continuas tensiones entre la corte constantinopolitana y el obispado alejandrino, al considerarse ambos responsables de la rectitud de la fe y de la «ortodoxia».

En esos debates religiosos las tradiciones locales profundamente sentidas, conservadas y veneradas se oponen frecuentemente a las decisiones abstractas y lejanas del poder. En Alejandría como en Antioquía, el prestigio de las sedes episcopales más antiguas de la cristiandad está reforzado por las cualidades de algunos prelados que las ocupan. Más aún, quizá las dos capitales intelectuales del mundo grecorromano imponen a los debates teológicos que allí se desarrollan un sesgo difícilmente conciliable con las concepciones imperiales y a veces hasta con las concepciones del obispo de Roma.

En Alejandría, el cristianismo tomó muy pronto y de manera orgánica un carácter bastante diferente del que ostentaba en el resto del país. La cultura griega de la que la ciudad está impregnada se manifiesta por la forma misma en que la nueva religión ha sido recibida allí. Más que un acto revolucionario de fe, se trata de un intento de justificar y de encuadrar concepciones nuevas en las grandes experiencias de la filosofía y de la filología antiguas. Se tiene ante los ojos el modelo de lo que había realizado en Alejandría el judío Filón en el siglo I de la era cristiana, cuanto trató de dar un sentido griego y universal a la Escritura. Así se organiza un *Didaskaleion*, cuyo fundador parece que fue un tal Panteno, estoico converso, que tiene buena experien-

cia de la filosofía griega. La persecución de Septimio Severo obliga a cerrar la escuela durante algún tiempo, pero se abre de nuevo bajo la dirección de personajes tales como Clemente de Alejandría (c. 145 / +210), un prodigio de erudición, y de su alumno Orígenes (+185 / +252). Con este último, la especulación filosófica y el interés filológico alcanzan su punto culminante; sigue, aunque como cristiano, la enseñanza del fundador del neoplatonismo, Ammonio Sacca. Esos personajes son los que más han influido para insertar el cristianismo, todavía en formación, en la tradición clásica, y los que le han dado la capacidad de recoger la herencia de una civilización (la de Grecia y de Roma) que en principio parecían no poder asimilar. Esa es la aportación más importante de Egipto al cristianismo naciente. Pero esta actitud no llega a seducir a la parte no griega del país, que vive su experiencia religiosa de una manera más instintiva. Por su parte, el obispo de Alejandría se encuentra en una posición muy particular frente a sus sacerdotes *(presbyteroi)* que forman un colegio muy fuerte como en la Iglesia de los orígenes. También se apoya en los obispos provinciales (los *chorepiskopoi* los obispos de la *chora*, término por el que se designa a Egipto fuera de Alejandría), que dependen de él para su consagración.

En medio de esa tensión de intereses y de actitudes estallan diferencias muy graves. La primera fue obra del obispo Melecio de Licópolis (Assiut) que reúne en torno a él a los rigoristas.

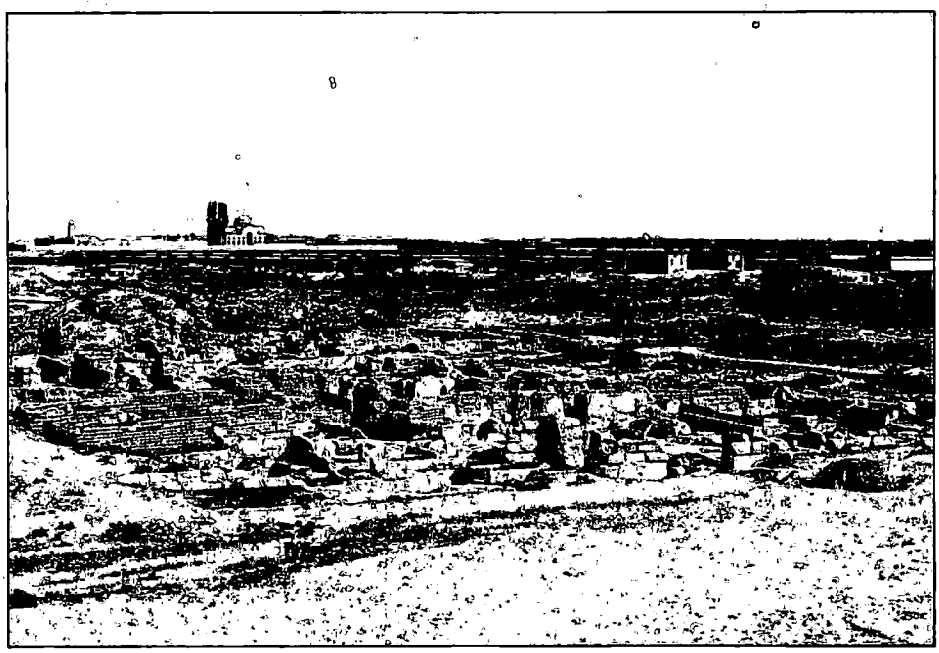
Estos se niegan a admitir en el seno de la Iglesia a los que han flaqueado durante las persecuciones.

Otro debate de consecuencias mucho más duras resulta de las divergencias de interpretación entre clérigos y entre escuelas filosóficas sobre la presencia compartida de humanidad y de divinidad en Cristo. Hay que creer que hay en El dos naturalezas indisociables, una divina, siendo la humana sólo aparente, o dos, separadas. Un sacerdote, Arrio, se inclina, en Siria, por esta última solución. Arrio suscita la réplica oficial de la Iglesia que lo condena. El defensor más ardiente de la ortodoxia, San Atanasio (+283 / +373), patriarca de Alejandría, en esta tempestad, se enfrenta triunfalmente hasta con los emperadores favorables al arrianismo; él es el campeón reconocido de la Iglesia, tanto entre los griegos como entre los latinos. Medio siglo después, es también un patriarca de Alejandría, Cirilo (+412 / +444), quien se opone a las doctrinas de Nestorio, patriarca de Constantinopla, y quien sabe enfrentarse al emperador Teodosio II. En esta ocasión, Cirilo corrige las afirmaciones anteriores de los teólogos subrayando que en Cristo hay una persona y dos naturalezas. Después de su muerte, el monje Eutiques, apoyado por el sucesor de Cirilo, Dióscoro, franquea una nueva etapa declarando que en Cristo hay una sola naturaleza. El Concilio de Calcedonia ha condenado esa doctrina en +451. Más tarde, los alejandrinos, orgullosos de la ciencia y de la santidad de sus patriarcas, la conservaron como verdad de fe. Posteriormente se dio a esa tendencia filosófico-teológica el nombre de monofisismo.

Las decisiones del Concilio de Calcedonia (+451), que zanja definitivamente la cuestión haciendo obligatoria la creencia en la unión íntima de dos naturalezas en Cristo, abre en Alejandría una crisis que sólo encontró su epílogo con la conquista musulmana. En lo sucesivo al patriarca nombrado por Constantinopla, y que dependiendo del rey *(malik* en árabe) es llamado melquita, patriarca dotado de poderes administrativos, judiciales y policiales, se opone normalmente un patriarca monofisita, defensor, a los ojos de los egipcios, de la única verdad teológica tolerable: la unicidad de la naturaleza de Cristo. Al poder del patriarca melquita basado en la

100 Himmelfahrt Christi mit stillender Maria, Apsismalerei aus Baouit

1



2

• *1. Pintura de Baouit (Fuente: K. Wessel,* Koptische Kunst, *Recklinghausen, 1963, fig. 100. Fotografía Museo de El Cairo).*

• *2. La antigua residencia que comunicaba con el monasterio de Mari-Mina.*

legitimidad y en la fuerza imperiales, se opone el del patriarca monofisita que tiene el apoyo de un «sentimiento nacional» cada vez más antibizantino.

Los altercados encarnizados y a veces sangrientos de los fieles tienen por escenario, sobre todo, Alenjandría. Los ecos de los acontecimientos frecuentemente escandalosos que ocurren en esa ciudad llegan a las provincias. En realidad, el cristianismo del Valle ha sabido manifestar su gusto práctico, como contrapeso de las especulaciones de los alejandrinos, por una experiencia que iba a ser fundamental en el desarrollo de la Iglesia. Al considerar la vida mundana como fuente y ocasión de pecado, los cristianos de Egipto desarrollan de manera natural el rechazo del mundo y se reúnen en colectividades religiosas. Estas tenían quizá ejemplos tanto en el Egipto pagano como entre los judíos de Egipto (recordemos a los *Therapeutes*, cuyas costumbres virtuosas describe Filón), pero se convierten ahora en elementos portadores de la nueva religión. Podemos distinguir diferentes momentos en la historia de ese movimiento: el monaquismo. Su primer representante ilustre es Pablo de Tebas (+234 / +347), eremita que dejó el mundo seguido de su discípulo Antonio (+251 / +356) que organiza a los anacoretas, y finalmente y sobre todo Pacomio (+251 / +349) quien, con un sentido práctico muy avanzado, crea grupos que viven en común *(koinonia)* y que trabajan en común, sometidos a cierta disciplina con unas responsabilidades y una vida social muy pujante. Se llega así a Esqueneuta de Atripe (+348 / +466) quien en el Convento Blanco (el Deir el-Abiad) somete a la disciplina más estricta a hombres y mujeres, y lleva a la perfección en Egipto el sistema que iba a conocer otras manifestaciones en la Europa medieval.

Es evidente que ese rechazo del mundo, por un lado, y esa agrupación de un gran número de personas, por otro, no son solamente gestos de fe. Se trata más bien del traslado a un marco religioso de esos hechos que ya hemos señalado como típicos del Egipto bizantino. La *anachoresis* es un término tanto religioso como fiscal *(anachoretes* designa tanto al ermitaño o eremita como al que huye para escapar de los impuestos que ya no puede pagar); y el entusiasmo con el que se va al desierto para vivir en él denuncia la amargura de la vida cotidiana. Al mismo tiempo, numerosos documentos originales relativos a la vida en los monasterios nos los muestran como grandes administradores y propietarios de tierras, de animales, talleres, almacenes e instalaciones agrícolas. El convento puede ser rico y activo, al mismo tiempo que los monjes pueden ser personalmente pobres y dedicados a la vida contemplativa. Fácilmente se advierte que se está en presencia de una solución análoga a la que determina la desaparición de la pequeña propiedad en beneficio del *latifundium*. No es una casualidad que los emperadores traten de impedir que se hagan monjes las personas inscritas en las listas de administradores: los que viven en un convento encuentran en él no solamente con qué satisfacer sus sentimientos religiosos, sino también una protección contra la autoridad y las dificultades de la vida que es la última aspiración de esa época.

Bajo esa perspectiva se puede comprender la significación de las cifras relativas a la población de los monasterios que nos trasmiten las fuentes. Se trata frecuentemente de varias decenas de millares de personas. El estatuto de monje se ha convertido en el de una gran parte de la población, una manera de organizar la vida colectiva para hacer frente al Estado o suplantar su incapacidad de cumplir sus obligaciones para con la población. En ese marco, las autoridades eclesiásticas tienden cada vez más a sustituir a las autoridades civiles.

Se advierte fácilmente que este ambiente está menos inclinado que en el pasado a renovar las tradiciones de helenismo, tanto en sus formas clásicas como en sus nuevas manifestaciones constantinopolitanas. Las tradiciones figurativas de la época romana se desarrollan *in situ* en lo que se llama, de un modo bastante vago, el arte cópto. La literatura nacional, que ahora no tiene más que intereses religiosos, se expresa en la lengua hablada del país, y una rica floración de textos piadosos testimonia el desarrollo de una tradición que quizá hasta ahora no ha encontrado plena justicia en el medio de los historiadores.

Finalmente, a pesar de todo, el espíritu de resistencia alejandrino, esencialmente teológico, se une en el siglo VI con el de los anacoretas. El poder de Constantinopla ejerce una presión creciente para imponer, a Egipto, que no las quiere, las fórmulas de Calcedonia y otras muchas, nacidas en Constantinopla después. Todo concurre en desacreditar en Egipto a la «Iglesia oficial» rica y autoritaria, encargada de mantener el orden y en hacer populares a los perseguidos monofisitas que han recibido en el siglo V grandes refuerzos doctrinales de Siria mientras, a su vez, éstos reciben a otros perseguidos sirios en el siglo VI. Un sentimiento común de lasitud embarga a los egipcios de los diversos ambientes sociales. La certeza de la ecuanimidad y de la justicia de las posturas egipcias está reforzada por la multiplicación de textos apócrifos relativos a los episodios de la vida de Cristo en Egipto. El bizantino se ha convertido en un extranjero indeseable y en ocupante mal soportado.

Los papiros nos han conservado informaciones muy precisas sobre el estado de ánimo de las diversas capas de la población. Por todas partes cunde el mismo sentimiento de temor, de insuficiencia, de lasitud. Se comprende perfectamente que el país ya no tiene fuerza económica, agotado como está por una administración rapaz e inepta, dividido en el interior por disputas, y separado de Constantinopla por una mutua desconfianza.

En pocos años dos conquistas militares van a revelar la fragilidad de la dominación bizantina.

El rey sasanida Cosroes II quiere debilitar a Bizancio. Los sasanidas dominan ya el sur de Arabia y dificultan el comercio bizantino en el mar Rojo. Después de +615 atacan en tres direcciones: hacia Anatolia y Bizancio, hacia Alep y Antioquía y hacia Akaba y Egipto. El Delta es alcanzado en +615. La ocupación persa se traduce en la insurrección de los judíos liberados de la larga opresión romana. Y también por la reaparición a la luz pública de la Iglesia monofisita, la única oficial durante algunos años.

La reconquista de Egipto por Heraclio en +629 sólo abre un corto respiro para los bizantinos, obligados a vigilar atentamente a una colonia en adelante ingobernable. Reina el terror, aplicado por el patriarca melquita, cuando Bizancio decide imponer, en +632, una nueva ortodoxia que no es ni la de Calcedonia ni la de Roma, ni el monofisismo. Desde +639, los musulmanes aparecen amenazantes. En +642, Egipto se ha entregado a los nuevos conquistadores quienes han prometido establecer una situación económica y fiscal más justa. La conquista árabe abre un nuevo período de la historia egipcia.

Capítulo 8

NUBIA, ESLABON ENTRE EL AFRICA CENTRAL Y EL MEDITERRANEO FACTOR GEOGRAFICO DE CIVILIZACION

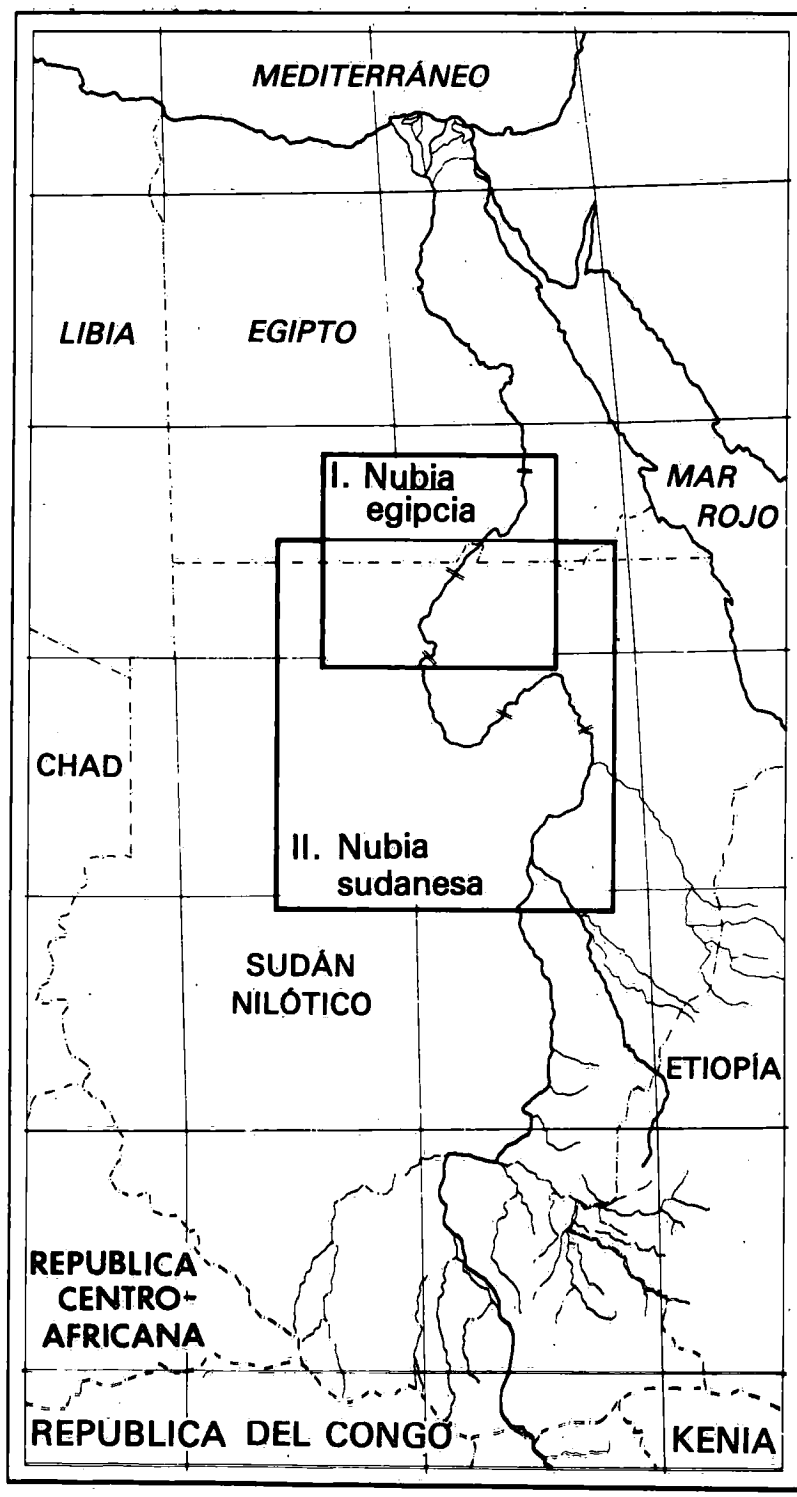
SHEHATA ADAM

Con la colaboración de
J. VERCOUTTER

Una simple mirada sobre un mapa general, físico, de Africa basta para mostrar la importancia de Nubia para las relaciones del Africa central, la de los Grandes Lagos y de la cuenca congolesa, con el mundo mediterráneo. El valle del Nilo, paralelo en gran parte al mar Rojo, al excavar el «Pasillo» nubio entre el Sáhara, al oeste, y el desierto arábigo o nubio, al este, pone en contacto directo, si así se puede decir, las antiguas civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo con las del mundo negro. No es una casualidad que una admirable cabeza de bronce de Augusto haya sido encontrada en Meroé, a menos de 200 km. de Jartum.

Ciertamente, aunque la ruta así creada por el Nilo permite la travesía segura de una de las regiones más desérticas del mundo, sin embargo, no ha sido tan fácil como podría parecer a primera vista. Las «cataratas», desde Assuán en los alrededores de Omdurman, dificultan considerablemente la subida del Nilo de norte a sur; pueden incluso interrumpir completamente la navegación. Por otra parte, los meandros del río alargan mucho el camino; las cataratas pueden constituir también un obstáculo serio, como entre Abu Hamed y el Wadi el-Milk, cuando el curso del Nilo, de la dirección sur-norte que lleva, vuelve hacia el sur-oeste. Corrientes y vientos, dominantes se unen entonces para oponerse durante una gran parte del año a la subida de los barcos hacia el sur; sin embargo, se observará que favorecen el descenso hacia el Mediterráneo. Más al sur, la región de las grandes marismas de los «Sudds», sin ser impenetrable, no facilita sin embargo los intercambios culturales o económicos.

Nubia, no obstante, muy bien considerada, sigue siendo en Africa una zona de contactos muy privilegiada, no sólo entre el sur y el norte del continente, sino también entre el este y el oeste. En efecto, en su parte meridional, por el Nilo Azul, el Atbara y sus afluentes, así como por las llanuras al pie de las montañas etíopes y la depresión perpendicular a la costa del mar Rojo, Nubia ofrece cómodos accesos no sólo hacia las altas tierras etíopes, sino también hacia el mar Rojo y el océano Indico. Por



• *El valle del nilo y el «pasillo» nubio (Mapa proporcionado por J. Vercoutter).*

último, tanto por los afluentes occidentales del Nilo, los Wadis Howar y el-Milk, actualmente secos, pero que no lo estuvieron siempre y que desembocan en el valle principal entre la 3.ª y 4.ª Cataratas, como por las llanuras de Kordofán y del Darfur, Nubia tiene también un acceso fácil a la depresión del Chad y, por ella, a la cuenca del Níger y, por lo tanto, con el Africa atlántica.

Como se ve, Nubia es una auténtica encrucijada de rutas africanas. Las civilizaciones del este como las del oeste, del sur y del norte del continente, sin olvidar las del Próximo Oriente, del Asia más lejana y de la Europa mediterránea, pueden encontrarse en Nubia.

Desde hace algunos años, la palabra «Nubia» tiene tendencia a restringirse sólo a la parte septentrional del país situada entre la 1.ª y 2.ª Cataratas. La campaña de la Unesco para la «Salvaguarda de Nubia» ha acentuado, ya que no creado, esa tendencia. En realidad, Nubia no termina en el temible Batn-el-Haggar, árido y rocoso, sino que llega mucho más al sur. Ya en 1820, en la *Descripción de Egipto,* Costaz la definía como «la parte del valle del Nilo que se extiende desde la 1.ª Catarata hasta el Reino de Sennar», cuya capital está más de 280 km. al sur de Jartum. Siendo ellos tan anchos, los límites geográficos de Nubia así delimitados son aún demasiado estrechos.

Históricamente, como atestiguan los textos egipcios más antiguos, Nubia comenzaba, cuando se venía del norte, poco después de El-Kab. En efecto, la provincia egipcia situada entre Tebas y Assuán llevó durante mucho tiempo el nombre de «País del Arco», en egipto antiguo *Ta-Seti,* que tradicionalmente en los documentos jeroglíficos designa lo que nosotros llamamos Nubia. La Gran Nubia, en el comienzo de la historia, comenzaba, pues, en la parte arenisca del valle del Nilo, aquella en la que las «rocas areniscas nubias» reemplazan a las formaciones calcáreas aguas abajo. Al principio incluía la 1.ª Catarata. Su límite sur es más difícil de fijar. Sin embargo, la arqueología muestra que, desde el IV milenio antes de la era cristiana, las mismas culturas emparentadas entre sí habían cubierto toda la región que se extiende desde los confines del macizo etíope al sur, hasta la parte egipcia del valle del Nilo, al norte. En definitiva, repitiendo y precisando la frase de Costaz, se podría definir la Nubia histórica como la parte de la cuenca del Nilo que se extiende desde la frontera oeste-norte-oeste de la actual Etiopía hasta Egipto. Eso comprende no sólo el valle del Nilo principal, sino también una parte de los del Nilo Blanco y del Nilo Azul, así como de todos los afluentes situados al norte del paralelo 12, como el Atbara, el Rahad y el Dinder (cf. mapas).

Era importante precisar los límites de Nubia, a fin de analizar, por una parte, lo que ya conocemos del país y, por otra, de apreciar el papel de intermediario que ella ha desempeñado entre el Africa central y el Mediterráneo.

Hay que notar enseguida un enorme desequilibrio en nuestros conocimientos sobre las diversas partes de Nubia. Gracias a las prospecciones arqueológicas realizadas antes de la construcción o elevación de las presas de Assuán, la Baja Nubia, la que se extiende entre Assuán y la Catarata de Dal (cf. mapa), es sin duda la parte del valle del Nilo mejor conocida desde el punto de vista arqueológico. Sin embargo hay que advertir que ninguna prospección fue realizada antes de la edificación de la primera presa de Assuán, en 1896, de suerte que todos los vestigios antiguos situados cerca del río, en los límites de la primera retención de agua, fueron destruidos sin que se tenga una idea de su número, de su naturaleza o de su importancia. Sólo a partir de la

primera sobreelevación de la presa, en 1902, es cuando las prospecciones fueron emprendidas y renovadas sistemáticamente ante cada nueva sobreelevación; tras la última, en 1929-1938, más de cincuenta volúmenes, casi todos de tamaño folio, habían sido dedicados a los monumentos y a la arqueología de la Nubia «egipcia». Antes de la inundación de la nueva presa de Shellal, el Sadd-el-Aly, una nueva y última prospección previa fue realizada hasta Batn-el-Haggar. Los informes completos de este último esfuerzo comienzan a aparecer.

Por consiguiente, se puede considerar que la historia y la arqueología de la Baja Nubia son bastante bien conocidas y, cuando todos los estudios históricos, arqueológicos y antropológicos en curso de redacción sean publicados, se podrá apreciar en su justo valor el papel que esa parte de Nubia ha desempeñado en las relaciones entre el sur y el norte del continente africano.

En lo que concierne a la Nubia al sur del Batn-el-Haggar, la situación es muy diferente y mucho menos satisfactoria. Algunas regiones, muy limitadas por otra parte, son privilegiadas con relación al conjunto del país que sigue siendo en gran parte *terra incognita* desde el punto de vista arqueológico, y, por tanto, histórico. Ciertamente, los lugares «faraónicos» importantes entre la 2.ª y 4.ª Cataratas han sido excavados o están en vías de serlo; asimismo cierto número de lugares más específicamente «sudaneses», de norte a sur, tales como: Djebel Moya, algunos hábitats neolíticos en Jartum o próximos a la ciudad, los centros de Naque, Mussawarat es-Sufra, Uad ben Naga, Meroé, Ghasali, Napata, Dongola y Kerma. También hay que subrayar que alguno de esos lugares no ha sido explorado de manera exhaustiva, y que lugares mayores, como Kerma o Meroé, centros políticos de importancia capital para el estudio de la irradiación «nubia» en Africa, apenas han sido mirados.

Independientemente de las excavaciones arqueológicas, las fuentes literarias antiguas faraónicas tanto como las griegas y latinas aportan algunas informaciones sobre la historia y la civilización de la antigua Nubia. Y permiten formarse una idea del papel que ésta ha desempeñado en la evolución de Africa. Sin embargo, esas fuentes no bastan para colmar las lagunas que resultan de la ausencia total de informaciones arqueológicas y literarias, sobre la mayor parte de Nubia, aunque se trate de los grandes valles del país: los del Nilo principal, al sur de la 2.ª Catarata, los del Nilo Azul, del Nilo Blanco y del Atbara, tanto como los de los territorios limítrofes como Darfur, Kordofán y rutas orientales hacia el mar Rojo y Etiopía.

Así, por su situación geográfica, Nubia es el país de Africa que debería proporcionar el mayor número de informaciones bien datadas sobre los vínculos que no han dejado de establecerse simultáneamente entre el Africa central y el norte del continente, como entre el Africa oriental y el Africa occidental. Pero la insuficiencia de las fuentes a nuestra disposición, salvo para el norte del país, no nos permite más que unas ideas rudimentarias sobre la naturaleza, la duración y la importancia de esos vínculos.

Un hecho que ha sorprendido a todos los observadores antiguos llegados del Mediterráneo merece ser subrayado desde el principio: Nubia es un país poblado de negros. Los egipcios representan siempre a sus habitantes con un color mucho más oscuro que el suyo. Los griegos y luego los romanos los designan con el nombre de «etíopes», es decir, «de la piel quemada» y los primeros viajeros árabes calificaron a Nubia de «Bilad al Sudan», el «País de los negros». En los textos medievales el título de «Prefecto de los nubios» se dirá «Praefectus Negritorum» y los nubios serán

1

• *1. Los monumentos nubios de Filae en curso de traslado a la isla vecina de Agilkia.*

• *2. El templo de Isis en el momento del traslado a Agilkia. A la izquierda columnata de «Mammisi» o «Casa del nacimiento» en la que nació Horus el dios-sol (Fotografía Unesco, A. H. Vorontzoff).*

2

llamados «nigritas». En las pinturas murales de Faras los habitantes del país se distinguirán por el color oscuro de su piel de los personajes celestes: Cristo, la Virgen, santos y santas de color claro.

No es nuestra intención, ni pertenece a nuestro cometido, entrar aquí en el debate puramente antropológico de la pertenencia étnica de los nubios: «negros» o «hamitas» (sic). Notemos, no obstante, que las representaciones egipcias distinguen claramente el tipo físico de los *nehesyu* de la Baja Nubia, antes de −1580, que no se diferencia del de los egipcios más que por el color de la piel, y el de los «kushitas» que aparecen en el valle del Nilo a partir de esa época en calidad de invasores, o más probablemente, porque egipcios y nubios nehesyu han entrado entonces en contacto con ellos en regiones situadas más al sur. Esos nuevos «kushitas», no sólo tienen la piel extraordinariamente negra, sino que tienen también muchos rasgos faciales que se encuentran todavía hoy en la población del Africa central y occidental: pero difieren de los nubios antiguos y modernos.

Las poblaciones nubias, africanas de lengua como de civilización, eran capaces de servir útilmente de intermediarias entre las diversas culturas que las rodeaban y que estaban ciertamente muy próximas de la suya. En capítulos siguientes (cap. 9 a 12) se encontrará la historia detallada de Nubia, desde el VII milenio *antes* de la era cristiana al siglo VII *después* de ella. Es, pues, inútil exponerla de nuevo. Recordemos brevemente, no obstante, lo que en esa larga historia afecta más particularmente a las relaciones del país con las civilizaciones vecinas.

Del VII al IV milenio y, sobre todo, durante la fase húmeda del Neolítico que acababa, hubo, según parece, comunidad de cultura material entre el conjunto de Nubia, desde los confines del macizo montañoso etíope hasta la región de El-Kab, y seguramente más al norte aún hasta el Medio Egipto. Sólo a partir del final del IV milenio es cuando se nota una clara diferenciación de civilización entre el bajo valle egipcio del Nilo y el alto valle nubio. Hasta esa fecha, costumbres funerarias, cerámica, instrumentos líticos y luego metálicos son, si no idénticos, al menos muy similares desde Jartum, al sur, hasta Matmar, cerca de Assiout, al norte. Y testimonian un fuerte parentesco de organización social de creencias religiosas y funerarias, así como del modo de vida que asocia caza, pesca y ganadería a una agricultura aún rudimentaria.

Hacia −3200, aparece la escritura en Egipto mientras que Nubia, al sur de la 1.ª Catarata, permanece fiel a sus sistemas sociales y a su cultura oral propia. En efecto, probablemente la organización política fuertemente centralizada es la que entraña la generalización de la escritura desde −2800 y la que permite el desarrollo del riego y, en consecuencia, de la agricultura comunitaria en detrimento de la caza, de la pesca y de la ganadería; lo que poco a poco va a acentuar las diferencias de civilización entre el sur y el norte del valle, entre Nubia en el sentido más amplio de la palabra y Egipto.

En el sur, las poblaciones negras de Nubia, con su cultura oral, conservan una organización social y política fragmentada en pequeños grupos que no sienten la necesidad de adoptar la escritura, cuya existencia, sin embargo, no pueden ignorar, ya que permanecen en contacto directo, a veces violento, con el mundo «faraónico». Este último, por su parte, y en razón de las necesidades mismas del riego, va a tender poco a poco a una organización de tipo monárquico muy centralizada. Sólo una autoridad central potente es, en efecto, capaz de imponer en un tiempo útil los trabajos colectivos que exige la puesta en cultivo del conjunto del bajo valle del Nilo:

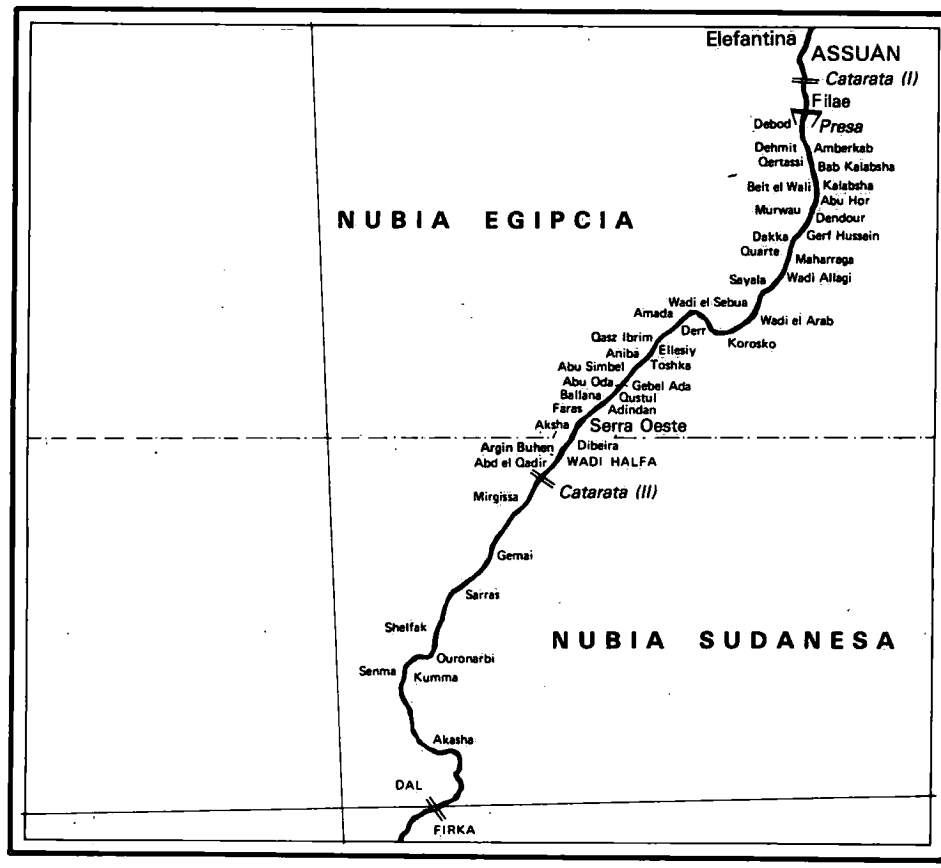
establecimiento y conservación de los diques laterales al río, allanamiento de las «cuencas», excavación de los canales y de las presas para el mejor reparto posible de las aguas de una inundación siempre variable. Así, por la fuerza de las cosas, dos tipos de sociedades muy diferenciadas van a crearse progresivamente y a coexistir en el valle del Nilo: una en Nubia, de tipo pastoril y quizá también seminómada, aunque no ignora la agricultura, y la otra esencialmente agrícola, estrechamente vinculada a la explotación intensiva de la tierra, y políticamente centralizada. Esas dos civilizaciones así «especializadas», si se puede decir, de similares y autárquicas que eran al principio, antes del III milenio, van a convertirse en complementarias desde el punto de vista económico, facilitando en realidad los intercambios entre sí.

Desgraciadamente es muy difícil conocer con detalle los lazos que se tejen entre las dos sociedades. En efecto, las relaciones entre los dos ámbitos culturales, a partir del final de ese III milenio, sólo son conocidas por las fuentes egipcias, deformadas cuando son literarias, porque los textos egipcios tienen tendencia a mencionar solamente las expediciones militares y muy incompletas cuando son arqueológicas, excepto para la Baja Nubia, puesto que se limitan al material arqueológico nubio encontrado en Egipto o, en el mejor de los casos, a los objetos egipcios encontrados en los yacimientos nubios que han sido excavados entre Assuán y la Catarata de Dal.

Tal y como son, estas fuentes nos permiten entrever vínculos bastante estrechos entre el alto y el bajo valle del río. La comunidad de origen de las dos culturas, no hay que olvidarlo, favorece en definitiva los intercambios. La alfarería común egipcia protodinástica y tinita penetra hasta la Catarata de Dal y más allá. Ella testimonia el intercambio de productos fabricados entre el norte y el sur, porque a los objetos egipcios encontrados en Nubia: vasos, perlas, amuletos, responden el ébano, el marfil, el incienso, y tal vez la obsidiana, abundantes en el mobiliario funerario egipcio en esa época. Con motivo de estos intercambios, pudieron extenderse técnicas e ideas y pasar de una a otra parte. Nuestros conocimientos son aún demasiado fragmentarios para poder evaluar la importancia, y hasta el sentido, de esas influencias. Para no poner más que dos ejemplos: ¿la técnica del esmaltado —perlas y amuletos— pasó del norte al sur, o del sur al norte? Prácticamente aparece en la misma época en las dos sociedades.

Lo mismo puede decirse de la cerámica de color rojo con los bordes en negro tan característica del arte alfarero en todo el ámbito nilótico antiguo. Parece que la citada cerámica surge en el alto valle del Nilo, entre la 4.ª y la 6.ª Catarata, antes de estar testificada en el bajo valle, en Egipto; pero también allí las marcas o señales cronológicas son demasiado inciertas para que se puedan hacer afirmaciones.

En cambio, la cerámica hecha partiendo de una arcilla fósil de color claro, «gamuza», que los especialistas designan con el nombre de «cerámica qena» (qena ware), es indiscutiblemente egipcia, tanto por la materia de la que está hecha como por su técnica de fabricación. Esa cerámica es casi toda importada, al menos en la Baja Nubia, desde el final del IV milenio hasta comienzos del III antes de la era cristiana. Su presencia, muy frecuente en los establecimientos nubios al sur de la 1.ª Catarata, testimonia un comercio activo entre la región tebana y la Baja Nubia. La arcilla de qena, en efecto, permite la fabricación de vasijas de grandes dimensiones, receptáculos de materias, líquidos o sólidos, cuya naturaleza ignoramos desgraciadamente: aceites, grasas, quesos (?), pero que constituyen el testimonio innegable de reiterados intercambios entre el Pasillo nubio y Egipto. Intercambios que sobrepasan,



• *La antigua Nubia (según K. Michalowski,* Faras. Die Kathedral aus dem Wüstendand, *Benziger Verlag, 1967, p. 29).*

sin duda, en importancia histórica las incursiones episódicas que, desde el final del IV milenio, los faraones tienen la costumbre de lanzar a la región situada entre la 1.ª y la 2.ª Catarata, el Ta-Seti, el «País del Arco».

Esas incursiones, de las que nos hablan los primeros textos egipcios (cf. cap. 9), son, sin embargo, el primer testimonio del doble aspecto, a la vez militar y económico, de las relaciones, por ambiguas que sean, conceden toda su importancia al «Pasillo nubio» como nexo de unión —por medio de intermediarios— entre Africa y el Mediterráneo.

Desde —3200, bajo la I dinastía, los egipcios conocen bastante bien el país para atreverse a aventurar una tropa hasta la entrada de la 2.ª Catarata. Se adivinan ya las razones de esa penetración: en primer lugar la búsqueda de materias primas que faltan —o comienzan a escasear— en Egipto. La madera principalmente: el bosque-galería, que en épocas remotas debió abundar a lo largo del río, está amenazado, y va a desaparecer poco a poco con los progresos del control del Nilo en el bajo valle, así como por la elaboración progresiva del sistema de riego por embalses (cf. cap. 1).

La voluntad de asegurar la libertad de paso hacia el sur es, sin duda, una segunda y poderosa razón de la intervención armada egipcia en Nubia: incienso, goma, marfil, ébano y panteras, no proceden de la región entre la 1.ª y 2.ª Cataratas, sino de mucho más al sur. Ahora bien, la Baja Nubia posee entonces una población densa, como lo prueban el número y la extensión de los cementerios del Grupo A (cf. cap. 9).

Esa población, contrariamente a lo que se creía hace algunos años, no ha llegado del norte; es la descendiente de los grupos neolíticos instalados en el valle entre la 1.ª y 3.ª Cataratas. Sin duda está también emparentada con las que ocupaban el alto valle entre la 4.ª y la 6.ª Cataratas, a juzgar por el *mobiliario* arqueológico recogido en una y otra parte. Esta población, que cuenta aún con cazadores y pescadores entre sus miembros, es agrícola a lo largo del río, pero esencialmente pastoril, y quizá hasta seminómada, por los elementos que habitan en la sabana que se extiende tanto al oeste como al este del Nilo. En efecto, estamos aún en la fase climática húmeda del final del Neolítico africano, de suerte que el «Pasillo nubio» no se limita al estrecho valle del río, sino que se extiende, sin duda, ampliamente a ambas partes, de manera que sus habitantes son capaces de interceptar, si quieren, el paso de los convoyes egipcios hacia el sur, no sólo a lo largo del río, sino también por tierra.

En resumen, el interés que tienen los egipcios en la Baja Nubia está probado por el número de los nombres —étnicos o topónimos— referentes a esa región que los textos faraónicos más antiguos nos han conservado para una parte limitada del Valle, puesto que no hay más que unos 325 km. entre Elefantina, al norte, y los primeros rápidos de la 2.ª Catarata, al sur, en Buhén, a donde los egipcios han llegado, al menos bajo el reinado del rey Djer de la I dinastía, si no es bajo el mismo rey Escorpión, al final de la época predinástica.

A partir de —2700 desaparece bruscamente la fuente de información sobre los contactos norte-sur que constituían los yacimientos excavados del Grupo A, al menos, en la Baja Nubia. En efecto, allí ya no se encuentran entonces prácticamente sepulturas ni habitantes nubios. Parece como si el país hubiera sido bruscamente abandonado por sus habitantes. Esa desaparición de poblaciones en otros tiempos densas, entre la 1.ª y 2.ª Catarata, está aún mal explicada. ¿Se debe a una superexplotación del país por los faraones o a una retirada voluntaria de los nubios, bien a la sabana, a ambas partes del valle, o bien al sur? Es tanto más difícil responder a estas

preguntas cuanto que la región que se extiende al sur de la 2.ª Catarata, así como en las proximidades orientales y occidentales del Nilo, están prácticamente inexploradas desde el punto de vista arqueológico.

Por tanto, para el período que va de −2700 a −2200 aproximadamente estamos limitados a las indicaciones, muy escasas, que nos proporcionan las fuentes literarias egipcias. Estas tratan de las campañas militares en Nubia, en el Ta-Seti, que podrían ser el origen del abandono del país por sus habitantes. Así nos señalan que bajo Snefru (hacia −2680) las tropas del faraón habrían capturado un gran número de prisioneros (11.000) y de cabezas de ganado (200.000), lo que confirma a la vez la densidad de la población nubia, al final del Grupo A, antes del abandono del país, y la importancia de la ganadería en su sociedad. Una importancia que se ha podido comparar con el «Cattle-Complex» de los africanos modernos del nordeste del continente. En resumen, semejante cantidad de animales no puede explicarse más que si, no sólo el valle del Nilo sino igualmente la estepa o la sabana que entonces lo encuadraba, eran explotados por esas poblaciones en una franja, sin duda muy amplia, a ambas partes del río.

Una fuente arqueológica importante aclara algo la historia que no se refiere a los acontecimientos del Pasillo nubio durante ese oscuro período. En efecto, en 1961-1962, en Buhén se ha encontrado un hábitat del Imperio Antiguo egipcio: ha proporcionado huellas de sellos de los faraones del final de la IV y sobre todo de la V dinastía. Ese hábitat estaba unido a un conjunto de altos hornos para el tratamiento del mineral de cobre.

Este descubrimiento muestra, de una parte, que los egipcios no dependían únicamente del mineral asiático, principalmente del Sinaí, para su aprovisionamiento de metal y que ellos ya habían estudiado perfectamente la Nubia africana para conocer sus posibilidades en materias primas metalíferas. Por otra parte, y sobre todo, indica que los egipcios han podido —ya que no debido— introducir las técnicas de fundición en el alto valle del Nilo. La explotación de cobre africano, cuya prueba la aporta el hallazgo de Buhén, exigía, en efecto, la localización y explotación del filón metálico, la construcción de hornos especiales, su aprovisionamiento de combustible adecuado, la fabricación de crisoles y la conducción de la colada y el refinamiento, al menos tosco, del metal obtenido y su transformación en lingotes. Es imposible que los nubios que asistieron a esas operaciones, aunque no participaran directamente en ellas, no hayan adquirido entonces los rudimentos de la metalurgia. Esa iniciación precoz, en la mitad del III milenio antes de la era cristiana, explicaría, lo mejor posible, el dominio que testimoniaron medio milenio más tarde, hacia −2000, tanto en la fabricación de los objetos de cobre como en la metalurgia del oro.

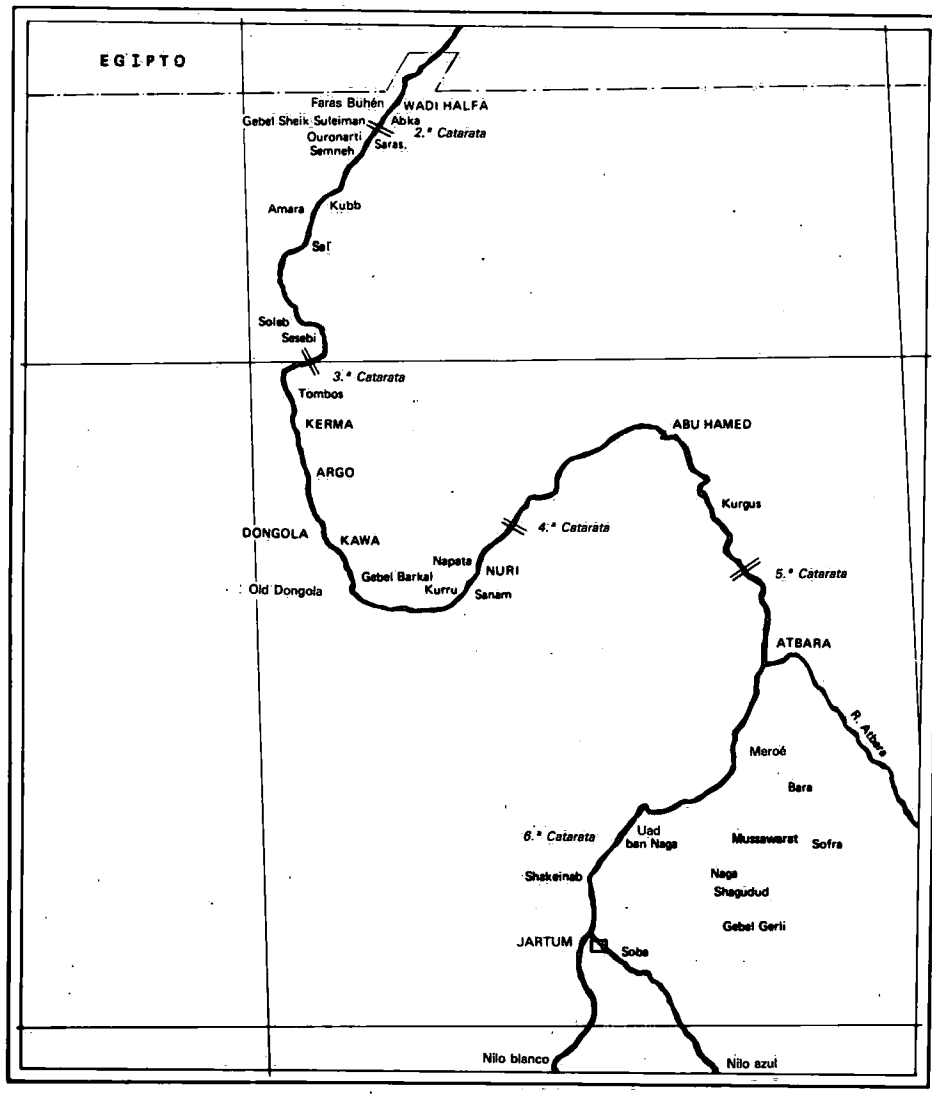
Poco antes de −2200, el oscuro período que acaba de ser evocado termina y reaparecen las fuentes, tanto arqueológicas como textuales. Por su parte, los textos egipcios de la VI dinastía, la última del Imperio Antiguo, nos han conservado varios relatos de expediciones realizadas en la Alta Nubia (cf. cap. 9). Esas expediciones, al comienzo de la dinastía, tienen un carácter económico y pacífico muy claro. Para los egipcios se trata de procurarse en Nubia, bien las piedras que están escasas y son necesarias para las construcciones reales, o simplemente madera, siguiendo una técnica que será reutilizada después; la búsqueda de productos escasos o voluminosos y la de la madera están asociados. En el alto valle se construye con la madera barcos que servirán para el transporte de productos intercambiados. Una vez que ha llegado

la flota felizmente a puerto, la madera que ha servido para la construcción de los barcos es recuperada para ser empleada en otras cosas. No hay duda de que con ocasión de esos intercambios, ideas y técnicas, también esta vez, hayan circulado por ambas partes del valle. El panteón egipcio se enriquece hasta con el paso de un dios africano, Dedun, proveedor de incienso. Para facilitar las relaciones con el sur, los egipcios excavan canales navegables en los rápidos de la 1.ª Catarata, en Assuán, inaugurando así en el III milenio de la era cristiana una política de aprovechamiento de las vías de comunicación, política que será después imitada por los faraones del Imperio Medio, y por los del Imperio Nuevo.

Paralelamente a la ruta del río, las expediciones egipcias aprovechan también las rutas de tierra, que sería ciertamente inexacto, en esa época, calificar de desérticas, puesto que la fase húmeda «neolítica» apenas ha terminado y puesto que las pistas hacia el sur debían estar aún, si no sombreadas, al menos jalonadas de numerosos puntos de agua, lo que explica que hayan podido ser aprovechadas regularmente por animales de albarda, como el asno, que exigen un aprovisionamiento de agua regular. Por una de estas rutas terrestres, llamadas oasis —descubrimientos recientes parecen indicar que una de ellas al menos tenía su punto de partida en el oasis de Dakhlan, siendo todavía el oasis de Kharga un lago—, es por donde llegan a Egipto, a lomo de asnos, el incienso, el ébano, ciertos aceites, las pieles de leopardo, el marfil, etcétera. Desgraciadamente, los textos egipcios no nos dicen ni lo que los egipcios daban a cambio de esos productos ni, sobre todo, donde se los procuraban exactamente. Los nombres de los países africanos que mencionan esos textos son aún objeto de discusiones entre especialistas para determinar su localización. También aquí, hay que esperar mucho de la exploración arqueológica sistemática no sólo del valle nubio del Nilo, al sur de la 2.ª Catarata, sino también —sobre todo quizás— de las rutas terrestres que al oeste del valle unen la cadena de los oasis, llamados libios, con Selima y con los valles o depresiones que conducen a Ennedi, a Tibesti, a Kordofán, a Darfur y a Chad (cf. mapa).

Ya fuera siguiendo la ruta del Valle o por vía de tierra adentro, parece muy probable admitir que desde esa alta época los egipcios estaban ya en contacto con el África al sur del Sáhara y que el Pasillo nubio desempeña un papel esencial en esas relaciones. En efecto, bajo Pepi II, hacia −2200, una expedición egipcia lleva del sur lejano un «enano danzante del dios» (cf. cap. 9). La palabra empleada para designar a ese personaje es *deneg*, en tanto que la palabra habitual para «enano» en los textos jeroglíficos es «nemu». La pregunta es por tanto —y la respuesta es frecuentemente afirmativa— si no hay que ver en ese *deneg* a un pigmeo. Si ese es el caso, y la traducción de *deneg* = pigmeo es ampliamente aceptada hoy, los egipcios del Imperio Antiguo habrían estado en contacto directo o por intermediarios con ese pueblo del bosque ecuatorial. Incluso si, lo que es posible —ya que no probable en razón de la diferencia del clima en el III milenio—, el hábitat de los pigmeos se extendía mucho más al norte que hoy, no por eso resulta menos cierto que esa zona se encontraba muy al sur de Nubia y que, en consecuencia, los egipcios del Imperio Antiguo tenían contactos con el África central por una parte y, por otra, que Nubia y sus habitantes desempeñaban un papel importante en el establecimiento de esas relaciones.

En resumen, los contactos África central-Egipto debieron llegar muy lejos, puesto que la palabra *deneg* aparece ya en los Textos de las Pirámides. La fecha de composición de esos textos es controvertida, ciertamente, pero, dentro de la hipótesis



• *La Alta Nubia sudanesa (según F. y U. Hintze,* Alte Kulturen im Sudan, *Munich, 1966, p. 26).*

más conservadora, no pueden ser más recientes que la V dinastía y, con toda probabilidad, son mucho más antiguos.

Así, bajo la V dinastía, lo más tarde, los egipcios habrían conocido la existencia de los pigmeos, lo que está confirmado por el texto de la VI dinastía que recuerda que un deneg había llegado ya a Egipto en tiempo del faraón Isesi, penúltimo rey de la V dinastía, al haber sido encontrado ese pigmeo en el país de Punt, lo que apoya la localización de su país de origen muy al sur de Nubia, ya que Punt debe encontrarse en la costa eritrea o somalí. También ahí, el «enano danzante» debía haber sido proporcionado a los egipcios por intermediarios. En todos los casos se ve que la presencia presencia probable de pigmeos en Egipto implica relaciones entre el bajo valle del Nilo y el Africa subecuatorial.

Al final de la VI dinastía, bajo el reinado de Pepi II, las relaciones entre Egipto y Nubia, fundadas pacíficamente sobre el interés mutuo y la necesidad para los faraones de tener libre acceso a los recursos de la lejana Africa, parece que se deterioran. Los textos del final del reinado de Pepi II hacen suponer conflictos entre las expediciones egipcias y los habitantes del «Pasillo». Así, un jefe de expedición egipcia es asesinado en el curso de un viaje hacia el sur y su hijo dirigirá una incursión de auxilio para recuperar el cadáver y enterrarlo según los ritos de Egipto.

Es difícil no aproximar esta tensión a la de los cambios climáticos que se producen a partir de −2400 y que entrañan ciertamente movimientos de población. Hasta −2400, en efecto, la humedad, más fuerte que hoy día, hacía habitable toda la zona situada entre los paralelos 30 y 15 norte. Aunque la densidad de la población era escasa en razón de su extensión, esa zona debía contener un número importante de habitantes.

El secamiento progresivo del clima tuvo como resultado obligar a esas poblaciones a refugiarse en regiones más hospitalarias: el sur, de una parte, y naturalmente el valle del Nilo, de otra. Parece que la iconografía egipcia ha conservado el recuerdo de esas migraciones. Hacia −2350, en efecto, a partir de la V dinastía, se ve aparecer en las escenas de la vida cotidiana que adornan las mastabas el tema de los pastores de una delgadez esquelética. Uno está tentado, por no decir algo más, a ver en esos «hambrientos» a los pastores nómadas o seminómadas huyendo de las regiones en vías de desertificación para encontrar alimentos y trabajo en Egipto.

Parece, pues, inútil buscar, como se ha hecho, un origen lejano a las poblaciones llamadas del Grupo C (cf. cap. 9) que aparecen hacia −2300 en el Pasillo nubio. En realidad, esas poblaciones estaban próximas al Valle, donde sólo condiciones climáticas nuevas les han empujado a instalarse allí. Sin embargo, ese movimiento convergente del desierto en formación hacia las orillas del río ha debido entrañar conflictos entre los habitantes ya establecidos en el Valle y los recién llegados. Sería un eco de esos conflictos que los textos del final de la VI dinastía nos habrían conservado.

Sea lo que sea, esas nuevas poblaciones son los descendientes directos de las del Grupo A, como lo muestran las fuentes arqueológicas. Estas conservan las tradiciones de intercambios mutuos con el bajo valle del Nilo, y van a servir de intermediarios entre Africa y el mundo egipcio y mediterráneo.

A partir de −2300, hasta que la arqueología permita conocerlo, la población del Pasillo nubio se amplía en varias «familias» muy próximas unas de otras y sin embargo distintas, por la cultura material: cerámica, tipos de instrumentos, armas o herramientas empleadas, y por el ritual observado entonces en los enterramientos:

tipos de tumbas, reparto del mobiliario funerario en el interior y en el exterior de la sepultura, etc. Sin embargo, las semejanzas son mucho más numerosas que las divergencias: importancia de la ganadería, empleo general de la cerámica de color rojo con bordes, sepulturas de tipo «túmulo», etc.

De Assuán a Batn-el-Haggar (cf. mapa) las poblaciones del Grupo C permanecen, de −2200 a −1580, en contacto estrecho con Egipto, bien porque éste administre directamente la región, de −2000 a −1700 aproximadamente, o porque, de −1650 a −1580, numerosos egipcios viven de modo estable en el país, sin duda al servicio del nuevo reino de Kush (cf. párrafos siguientes y cap. 9), manteniendo vínculos con la región tebana de la que ellos proceden, y contribuyendo así a la difusión de las ideas y de las técnicas egipcias.

Más al sur, a partir de Batn-el-Haggar, comienza el dominio del reino de Kerma, el nombre del centro más importante encontrado hasta ahora (cf. cap. 9). La civilización de Kerma no difiere de la del Grupo C más que en los detalles. El material arqueológico descubierto en los escasos yacimientos excavados testimonia vínculos estrechos no sólo con Egipto sino también, a partir de −1600, con los hicsos asiáticos que han tenido con ellos contactos directos, según parece.

Parece bastante fácil determinar el límite norte de la zona administrada directamente por las poblaciones «Kerma» que se establece en Batn-el-Haggar. En cambio, es mucho más difícil precisar el límite sur. Hallazgos recientes (1973) de cerámica kerma al sur de Jartum, entre el Nilo Azul y el Nilo Blanco, parecían indicar que, si no el reino de Kerma mismo, al menos su influencia, se extendía hasta el Gezira actual. Por consiguiente, habría estado en contacto directo con el mundo nilótico de las zonas de la parte sur (cf. mapa).

Esa incertidumbre que tenemos de la extensión del reino de Kerma hacia el Africa ecuatorial es tanto más lamentable cuanto que ese reino, que fue sin duda el primer «imperio» africano conocido de la historia, estaba en condiciones de ejercer, por el grado de civilización que había alcanzado, una profunda influencia sobre los países situados tanto al sur, en el alto Nilo y en Africa central, como en las regiones vecinas del este y del oeste. Si se admite que el reino de Kerma se extendía de la 3.ª Catarata hasta el Nilo Blanco, dominaba no sólo la vía africana norte-sur, por el valle del Nilo, sino también las rutas transversales este-oeste hacia el Africa atlántica y hacia el mar Rojo y el océano Indico (cf. mapa y lo dicho anteriormente). Podía, pues, transmitir a las culturas africanas de esas regiones técnicas e ideas llegadas de Egipto, o de los hicsos del Asia Menor, con los que, como hemos visto, estaba en contacto.

No es el momento de proseguir aquí la discusión sobre el origen egipcio o nubio de los grandes edificios que todavía hoy dominan el lugar de Kerma (cf. cap. 9); aunque la técnica de fabricación de ladrillos sea faraónica, los edificios tienen un plano totalmente diferente de lo que está atestiguado en el bajo valle en la misma época. Hasta que estemos mejor informados, es preferible ver en ellos construcciones «kushitas» que han experimentado la influencia egipcia. Parece que ese lugar fue el centro urbano más importante del reino de Kush, cuyo nombre aparece en los rextos faraónicos desde −2000. Importa subrayar solamente que ese reino podía influenciar profundamente las culturas vecinas por medio de sus técnicas, principalmente en metalurgia, y que, gracias a su poder político, indicado por la importancia de su capital, tenía la posibilidad de extender más lejos su influencia. Desgraciadamente, la arqueología periférica, si se puede llamar así, de su área está aún mal explorada y

hasta es completamente desconocida, de tal manera que, en el estado actual de nuestros conocimientos, toda especulación sobre el papel desempañado por el reino de Kerma en la transmisión de las ideas, de las lenguas o de las técnicas pertenece al terreno de las hipótesis.

Acabamos de subrayar un hecho que parece cierto: el poder material del reino de Kush. Ese poder está atestiguado por las precauciones que toman contra él los faraones de la XII dinastía, desde Sesostris I hasta Amenemhat III. Para apreciar la amenaza latente que representa Kerma para Egipto, hay que haber visto la cadena de fortalezas que, desde Semneh al sur, hasta Debeira al norte (cf. mapa), defendía la frontera sur de Egipto frente a los ejércitos kushitas. Todas esas fortalezas, once en total, con sus gruesas murallas de seis a ocho metros por diez a doce de altura, con sus defensas avanzadas con bastiones redondos y sus accesos protegidos hacia el río, no sólo aseguraban la protección de éste, sino que constituían también bases de partida para las campañas militares al desierto o hacia el sur, expediciones que se suceden sin cesar bajo los seis primeros faraones de la dinastía y que testimonian la irreductible energía de las poblaciones kerma, empujadas quizá ellas mismas por movimientos étnicos llegados del lejano sur. Una de las tragedias de la construcción de la nueva presa de Assuán es haber provocado la desaparición de esas fortalezas, obras maestras del arte de la fortificación, sin que haya sido posible salvarlas.

De −2000 a −1750, los trabajos de acondicionamiento realizados por los egipcios sobre la ruta norte-sur prueban abundantemente que el Pasillo nubio sigue siendo el nexo de unión principal entre Africa, el bajo valle del Nilo y el mundo mediterráneo: limpieza de los canales navegables en la 1.ª Catarata, establecimiento de un *doilkos* —pista terrestre para barcos— paralelo a los infranqueables rápidos de la 2.ª Catarata, presa en Semnech para facilitar el paso de los rápidos menores de Batn-el-Haggar; todo muestra que los faraones de la XII dinastía pretenden mejorar al máximo la ruta hacia el sur.

Al fijar la frontera de Egipto en Semneh, Sesostris III refuerza también las defensas militares contra un eventual y poderoso agresor meridional, y recuerda en un texto célebre (cf. cap. 9) que esa barrera fortificada no debe dificultar el tráfico comercial, provechoso para los egipcios y para los nubios.

El revuelto período, aún mal conocido, de −1780 a −1580, que los egiptólogos han llamado «Segundo Período Intermedio» parece haber sido la edad de oro del reino de Kush. Su capital, Kerma, habría sacado entonces partido de la debilidad del reino egipcio para intensificar y conseguir en su provecho los intercambios entre el bajo y el alto valle del Nilo.

La importancia de esos intercambios no debería ser minimizada. Las innumerables huellas de tierra sigilaria que han servido para sellar correspondencia y envíos diversos llegados del norte lo testimonian; dichas huellas han sido encontradas tanto en Kerma como en las fortalezas egipcias que, contrariamente a lo que se creía hasta hace poco, no fueron abandonadas en el Segundo Período Intermedio, o lo fueron sólo muy tardíamente y por poco tiempo. Mientras que en el Imperio Medio las guarniciones eran relevadas regularmente, bajo el Segundo Período Intermedio los ocupantes de las fortalezas siguen permanentemente en Nubia, allí tienen a sus familias y son enterrados en el lugar; hasta es probable que poco a poco hayan reconocido la soberanía del rey de Kush. En cuanto a la cultura egipcia, ellos

debieron contribuir ampliamente a extenderla en una sociedad en la que estaban integrados.

Parece que las relaciones entre el reino africano de Kush y Egipto han conocido su máxima intensidad en la época de los hicsos (−1650 / −1580). A lo largo de todo el Pasillo nubio, se encuentran escarabajos y huellas de sellos con los nombres de los soberanos asiáticos que ocupaban entonces Egipto. Son tan numerosos en Kerma que incluso se ha creído durante algún tiempo que Nubia había sido conquistada por los hicsos tras la sumisión del Alto Egipto. Nada de eso ha habido, pero los vínculos entre africanos del Nilo medio y asiáticos del Delta eran tales que, cuando los faraones tebanos de la XVII dinastía emprendieron la reconquista del Medio y del Bajo Egipto, el rey Hyksos se volverá naturalmente hacia su aliado de Africa para proponerle una acción militar concertada contra su enemigo común, el faraón de Egipto (cf. cap. 9).

Después de todo, los contactos entre el Alto Egipto tebano y los kushitas de Kerma son ambivalentes, hostiles y a la vez complementarios. De −1650 a −1580, tebanos al servicio del rey de Kush en la Media Nubia le aportan sus conocimientos técnicos; numerosos egipcios permanecen en las fortalezas de la Baja Nubia, donde aseguran con su presencia la continuidad de las relaciones entre Kush al sur y la hegemonía de los hicsos al norte. Por otra parte, los últimos farones de la dinastía XVII emplean mercenarios africanos, los medjaiu, tanto en las luchas entre egipcios para la unificación del Alto Egipto, como en la guerra de liberación contra los hicsos. Esos medjaiu del desierto nubio son primos hermanos de los nehesyu sedentarios que ocupan las orillas del río; de la misma raza, tienen prácticamente la misma cultura.

Así, durante todo el Segundo Período Intermedio, movimientos constantes de personas entre Nubia y Egipto fueron ciertamente favorables a los intercambios comerciales y culturales entre los dos países. El Pasillo nubio se convierte entonces en un crisol donde se elabora una cultura mista, africana y mediterránea a la vez. Esos contactos muy estrechos tuvieron, sin embargo, repercusiones dramáticas en la evolución del primer reino Kush de Kerma.

Los faraones de la XVIII dinastía, los Tutmosidas, herederos y descendientes de los que restablecieron la unidad de Egipto y emprendieron la liberación del país contra los invasores hicsos, se dieron cuenta del peligro que representaba para Egipto la presencia, al sur de sus fronteras, de un reino africano unido, porque faltó poco sin duda para que una alianza hicsos-kushitas redujese a la nada las ambiciones tebanas. Por otra parte, la amenaza asiática subsistía incluso después de la retirada de los hicsos a Palestina. Para protegerse de ellos, Egipto va a emprender una política sistemática de intervención en el Próximo Oriente.

Reducido a sus solas fuerzas en hombres y en materias primas, Egipto es débil frente a las posibilidades del Asia Menor, como probará la evolución de la historia. Conociendo las riquezas de Africa al sur de Semneh, tanto en hombres como en materias primas, que les faltan a los faraones tebanos, éstos no pararán hasta que controlen completamente el Pasillo nubio, única vía de acceso a esa Africa, cuyos recursos son necesarios para su política asiática.

Contrariamente a lo que se ha escrito frecuentemente, la conquista del Pasillo nubio por los ejércitos egipcios no fue fácil. Para realizarla, se sucedieron campañas tras campañas con cada uno de los faraones del Imperio Nuevo, desde Amosis hasta Seti I y Ramsés II incluido.

Es probable que la resistencia manifestada por las poblaciones nubias, se tradujese no sólo por los disturbios contra el dominio egipcio en el país, sino también por una huida más o menos general hacia el sur abandonando sus tierras. El país se vacía poco a poco de sus habitantes como lo atestigua el número decreciente de tumbas tanto en la Alta como en la Baja Nubia. Los faraones fueron entonces obligados a avanzar cada vez más hacia el sur, para conseguir lo que buscaban en Africa y que necesitaban con urgencia para su política de hegemonía en el Próximo Oriente.

Los egipcios habiendo conquistado desde Tutmosis I toda la región situada entre la 2.ª y la 4.ª Catarata, dominaban directamente las pistas que conducían a Darfur, a Kordofán y al Chad, por Selima y el Wadi Howar a partir de Sai, o por el Wadi El-Milk partiendo del actual Debba. Por otra parte, en adelante podían penetrar hacia el Africa de los Grandes Lagos, siguiendo simplemente el valle del Nilo partiendo de Abu Hamed, cerca del cual se han encontrado inscripciones rupestres en los papeles de Tutmosis I y Tutmosis III, o cortando por el desierto de Bayuda partiendo de Korti y llegando al Nilo principal a la altura de la 6.ª Catarata, pasando por los ouadis Moqaddam y Abu Dom, itinerario mucho más corto y que, además, ofrece la ventaja de evitar las dificultades de la subida del Nilo, sur-oeste/norte-oeste, entre Korti y Abu Hamed, así como la travesía de los rápidos de las 4.ª y 6.ª Cataratas.

¿Los faraones del Imperio Nuevo aprovecharon realmente esas posibilidades excepcionales de llegar al Africa profunda? Nada permite afirmarlo. Una vez más, sin embargo, tenemos que subrayar la ausencia de todo reconocimiento arqueológico serio a lo largo de esas vías de penetración, tanto en los ouadis occidentales (Howar y El-Milk, como en el ramal del Nilo entre la 4.ª y la 5.ª Cataratas y en Bayuda. Sin embargo, a partir del reinado de Tutmosis IV, hacia −1450, el profundo cambio en la iconografía de los negros representados en las tumbas y en los monumentos parece indicar que los egipcios han utilizado en realidad esas rutas, ya porque sus expediciones las hayan recorrido, o porque algunos intermediarios lo hayan hecho para ellos.

Los negros que figuran en las tumbas y en los monumentos faraónicos presentan tipos físicos totalmente nuevos. Esos tipos recuerdan a veces los de los nilotas actuales, shilluks y dinkas (tumba de Sebekhotep), pero también los de los habitantes de Kordofán y de los nuba, «montes» del Sudán moderno.

Los escasos estudios antropológicos válidos, realizados sobre las poblaciones que continuaron habitando el valle nubio entre la 2.ª y la 4.ª Catarata a pesar de la ocupación faraónica en el II milenio, no parecen aportar indicios de importantes cambios étnicos en Nubia en esa época. Por el contrario, muestran una importante continuidad en el tipo físico de los habitantes de la región. Por tanto, se podría admitir, hasta que tengamos más amplia información, que esos negros que aparecen en la iconografía egipcia del Imperio Nuevo entraron en contacto con los egipcios en el mismo lugar donde habitaban, y concluir que, aunque limitados a los cortos períodos de expediciones militares, se produjeron contactos directos en el Africa profunda, entre egipcios y negros, entre −1450 y −1200.

El rápido cuadro que acabamos de esbozar del papel de intermediario privilegiado, a veces involuntario, que desempeña Nubia en razón de su posición geográfica entre el Africa central y el Mediterráneo, muestra que ese papel está bien establecido a partir de −1800. Las constantes de ese cuadro (importancia para Egipto de asegurarse recursos africanos, de una parte, y de otra, la atracción de Nubia hacia las culturas septentrionales) hacen que se establezca una corriente permanente de intercambios,

corriente que se mantiene con etapas de intensidad variable en el curso de los períodos siguientes, de −1200 a +700.

Que sea el reino de Napata de −800 a −300, o el imperio de Meroé de −300 a +300, las civilizaciones de Ballana y Qustul (Grupo X) de +300 a +600, o los reinos cristianos a partir de +600, en todos los casos Nubia sigue siendo el vínculo esencial entre el Africa central y la civilización mediterránea. Como los hicsos, también después los persas, griegos, romanos, cristianos y musulmanes, descubrieron en Nubia el mundo africano negro. En esa tierra privilegiada cristalizan así culturas mixtas de la misma manera que, de −7000 a −1200, una civilización con rasgos nubios fundamentales se había establecido poco a poco y desempeñaba una influencia egipcia y septentrional evidente.

A través de Nubia, objetos, técnicas e ideas se infiltran de norte a sur y viceversa. Desgraciadamente, lo hemos dicho en varias ocasiones pero se debería repetir más, hasta que la arqueología de Africa, al sur del paralelo 20, sea mejor conocida, el cuadro que acabamos de trazar no será más que un esbozo muy incompleto y hasta engañoso, en el que la parte atribuida al norte, con relación a la que pertenece al sur, es sin duda exagerada sencillamente porque no conocemos aún a ésta última. Todas las hipótesis, frecuentemente elaboradas, de difusión de las lenguas y de las culturas a ambas partes del valle del Nilo, como entre el norte y el sur, seguirán siendo... hipótesis, hasta que dispongamos de conocimientos más precisos de las culturas «negras» que han existido de −7000 a +700 en las regiones del sur del Nilo, Kordofán, Darfur y Chad, tanto en el este en los confines etíopes, como entre el Nilo y el mar Rojo.

Capítulo 9

NUBIA ANTE NAPATA (2100 a 750 ANTES DE LA ERA CRISTIANA)

NAGM-EL-DIN MOHAMED SHERIF

EL PERIODO DEL GRUPO A

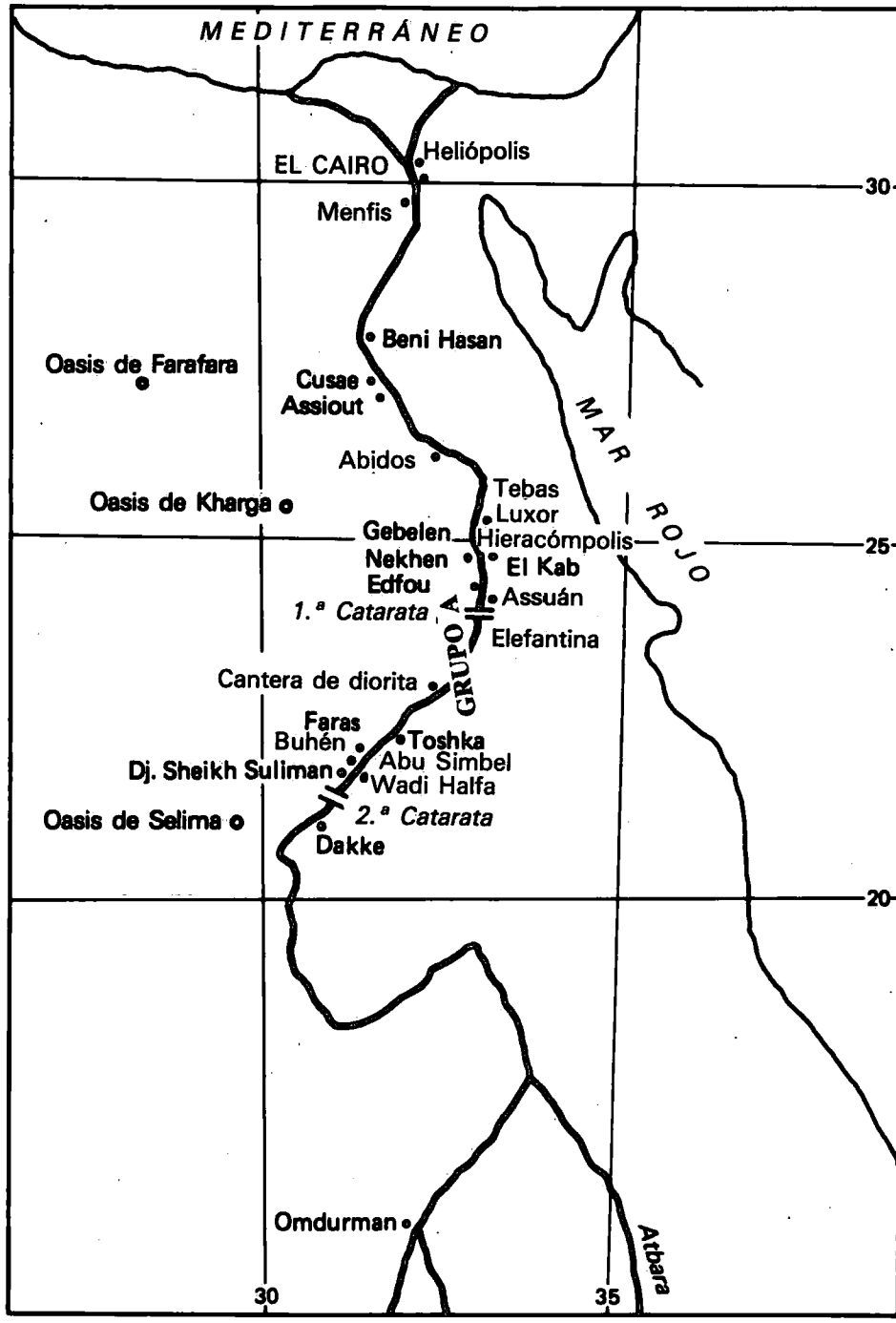
Hacia el final del IV milenio antes de la era cristiana florecía en Nubia una importante cultura llamada por los arqueólogos cultura del Grupo A [1]. Las herramientas y útiles de cobre (los útiles de metal más antiguos encontrados actualmente en Sudán) y los objetos de cerámica de origen egipcio exhumados de las tumbas del Grupo A muestran que el desarrollo de esa cultura fue contemporáneo de la I dinastía en Egipto (−3100). Esta cultura es designada por una simple letra porque ignoraba la escritura, porque no se han encontrado alusiones a ella en ninguna cultura que posea escritura y porque no se puede asociar a ningún lugar preciso descubierto ni a ningún centro importante. Ese fue, no obstante, un período de prosperidad, marcado por un aumento considerable de la población.

Descubrimientos arqueológicos que pertenecen ciertamente al Grupo A han sido realizados hasta ahora en Nubia, entre la 1.ª Catarata al norte y Batn-el-Haggar (el Vientre de piedras) al sur. Pero también se han encontrado cerámicas semejantes a las del Grupo A en la superficie de diversos establecimientos más al sur, en el Sudán septentrional. Una tumba situada cerca del puente de Omdurman [2] ha proporcionado un jarro que es imposible distinguir de otro encontrado en Faras en una tumba del Grupo A [3].

Desde el punto de vista étnico, el Grupo A era muy parecido físicamente a los egipcios predinásticos [4]. Era un pueblo seminómada, que criaba probablemente carneros, cabras y algunos bovinos. Vivía habitualmente en pequeños campamentos, desplazándose cada vez que un lugar de pastos estaba agotado.

Desde el punto de vista cultural, el Grupo A pertenece al Calcolítico, es decir, que era esencialmente nilótico, pero hacía un uso limitado de útiles de cobre, siendo todos

[1] G. A. Von Reisner, 1910.
[2] A. J. Arkell, 1949, XVI, págs. 145, 99, 106 y pl. 91-100.
[3] F. L. Griffith, 1921, págs. 1-13, 83.
[4] W. B. Emery, 1965, pág. 124.



• *Nubia y Egipto (Mapa facilitado por el autor).*

importados de Egipto. Una de las características importantes de la cultura del Grupo A es la cerámica que encontramos en las tumbas de las tribus pertenecientes a este grupo. Se pueden distinguir varios tipos, pero los rasgos constantes de la alfarería del Grupo A son la hábil hechura y los dibujos y la decoración artística, que ponen a ese arte de la cerámica muy por encima del de la mayor parte de las culturas contemporáneas [5]. Uno de los ejemplos típicos de la alfarería del Grupo A es una bella cerámica fina con un interior pulido de color negro y en el exterior decoraciones pintadas en rojo imitando a la cestería. Junto a este tipo de alfarería se encuentran grandes jarras con forma de bulbos con una base picuda [6], vasijas con asas de «bordes ondulados» y jarras cónicas de loza de color rosa oscuro [7] de origen egipcio.

En lo que se refiere a las sepulturas del Grupo A, conocemos dos tipos de tumbas. El primer tipo es una simple fosa ovalada de unos 0,80 m. de profundidad, y el segundo una fosa ovalada de 1,30 m. de profundidad con una cámara más profunda al lado. El cuerpo, en un sudario de cuero, era colocado en posición encogida, sobre el lado derecho, normalmente con la cabeza hacia el oeste. Además de la cerámica, los artículos colocados en las tumbas comprendían paletas de piedra en forma de placas ovaladas o romboides, abanicos de plumas de avestruz, ruedas de alabastro, hachas y punzones de cobre, bumerangs de madera, brazaletes de hueso, ídolos femeninos de arcilla y cuentas de collares de conchas, de coralina y de esteatita esmaltada azul.

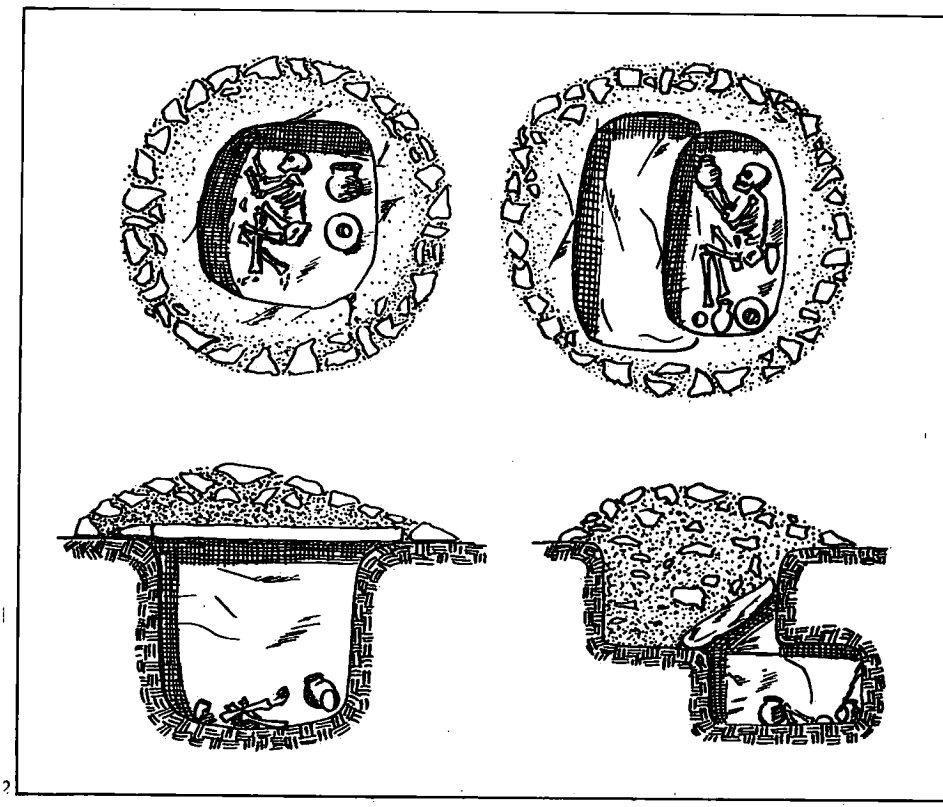
EL FINAL DEL GRUPO A

Al Grupo A, que probablemente sobrevivió en Nubia hasta el final de la II dinastía de Egipto (−2780), sucedió un período de pobreza y de declive cultural muy claro, que duró desde el comienzo de la III dinastía de Egipto (−2780) hasta la VI dinastía (−2258). Por tanto, ha sido contemporáneo del período conocido en Egipto con el nombre de Imperio Antiguo [8]. La cultura encontrada en Nubia durante ese período ha sido llamada Grupo B por los primeros arqueólogos que han trabajado en esa región. Estos creían que la Baja Nubia, durante el período del Imperio Antiguo egipcio, estaba habitada por un grupo distinto del Grupo A que le había precedido [9].

Esta hipótesis, que algunos científicos [10] continúan teniendo como válida [11], ha sido rechazada por otros [12], y la existencia del Grupo B es ahora considerada generalmente como dudosa [13].

La persistencia de las características del Grupo A en las tumbas atribuidas al Grupo B muestra que es más probable que éstas fueran simplemente tumbas del pueblo del Grupo A empobrecido, en un momento en el que su cultura estaba en declive. Las nuevas características propias del Grupo B, por las que difiere de su

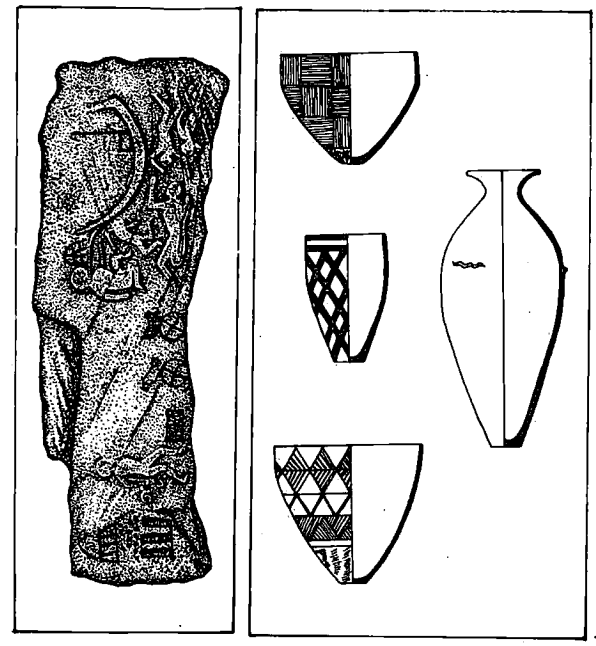
5 B. Schonback, 1965, pág. 43.
6 W. B. Emery, 1965, *o. c.*, pág. 125.
7 W. B. Emery, 1965, *o. c.*, pág. 125.
8 W. B. Emery, 1965, *o. c.*, págs. 124-127.
9 G. A. von Reisner, 1910, *o. c.*, págs. 313-348.
10 W. B. Emery, 1965, *o. c.*, págs. 127-129.
11 B. G. Trigger, 1965, pág. 78.
12 H. S. Smith, 1966, pág. 118.
13 F. Hintze, 1968.



• *1. Tipos de sepulturas del Grupo A (según W. B. Emery, 1965).*

• *2. La inscripción del rey Djer en Djebel Sheikh Suliman.*

• *3. Tipos de cerámica del Grupo A.*



predecesor pueden haber sido sólo el resultado del declive general y de la pobreza. La causa de ese declive puede ser buscada en las repetidas actividades hostiles de Egipto contra Nubia tras la unificación del primero y su transformación en un Estado fuerte y centralizado bajo un soberano único.

EGIPTO EN NUBIA

Desde los primeros tiempos, los antiguos egipcios estaban deslumbrados por las riquezas que encerraban Nubia en forma de oro, incienso, marfil, ébano, aceites, piedras semipreciosas y otras mercancías de lujo; por tanto, habían intentado constantemente que el comercio pasase a su dominio así como los recursos económicos de ese país [14]. Por eso, vemos que la historia de Nubia es casi inseparable de la de Egipto. Una tablilla de ébano que data de la época de Hor-aha, primer rey de la I dinastía egipcia, parece celebrar una victoria sobre Nubia [15], pero la naturaleza exacta de las actividades del rey contra los nubios no es aún conocida. Podría tratarse solamente de una expedición militar destinada a proteger su frontera a la altura de la 1.ª Catarata [16]. Los objetos de hechura egipcia descubiertos en Faras [17], en las tumbas del Grupo A que databan del reinado de Djer y Wadji (el tercero y cuarto rey de la I dinastía), testimonian también contactos entre los dos países incluso en esos tiempos remotos.

Sin embargo, la prueba más antigua de conquista egipcia, propiamente dicha, en Nubia es el importante documento expuesto ahora en el jardín de Antigüedades del Museo nacional de Sudán, en Jartum. Es una escena grabada en una placa de roca arenisca que se encontraba, originalmente, en la cima de un pequeño montículo llamado Djebel Sheikh Suliman, en la orilla izquierda del Nilo, a unos once kilómetros al sur de la ciudad de Wadi Halfa [18]. Data del reinado del rey Djer, tercer rey de la I dinastía, como hemos dicho antes. La escena describe una batalla librada sobre el Nilo contra los nubios por el rey Djer.

En el extremo de la parte derecha de la escena se ve un barco del estilo de la I dinastía, con una popa vertical y una proa elevada. Varios cadáveres flotan encima del barco y un personaje (quizá un jefe nubio) está colgado en la proa. A la izquierda de ese barco, hay dos dibujos que semejan ruedas, que son los jeroglíficos que representan una aldea con una encrucijada de calles, lo que significa una ciudad. A la izquierda de los signos de las ciudades se encuentra el signo de loa olas pequeñas que representan el agua (lo que indica probablemente que el campo de operaciones era la región de la Catarata). Después, se ve la imágen de un hombre con los brazos atados a la espalda, que tiene un arco (en egipcio *seti*), que personifica a «Ta-Seti», el País del arco, (es decir, Nubia). Detrás de ese hombre, se ve el nombre del rey Djer sobre lo que es, probablemente, la fachada de un palacio [19].

Otro testimonio de las empresas hostiles de Egipto contra Nubia se encuentra en un fragmento de piedra que lleva inscripciones procedentes de Hieracómpolis (El-

[14] B. G. Trigger, *o. c.*, pág. 79.
[15] W. M. F. Petrie, 1901, pág. 20 y pl. 1 y 2.
[16] T. Säve-Söderbergh, 1941.
[17] F. L. Griffith, *o. c.*, págs. 1-18.
[18] A. J. Arkell, 1950, págs. 27-30.
[19] N. M. Sherif, 1971, págs. 17-18.

Kom-el-Ahmar, sobre la orilla izquierda del Nilo, al norte de Edfú), que muestra al rey Khasékhem, de la II dinastía, arrodillado sobre un prisionero que representa a Nubia. Pero la verdadera conquista de Nubia parece que tuvo lugar bajo el reinado de Snefru, el fundador de la IV dinastía. La Piedra de Palermo [20] nos dice que el rey Snefru ha destruido Ta-Nehesyu, «el País de los Nubios» [21], y ha capturado a 7.000 prisioneros y 200 000 carneros y bovinos.

Tras las operaciones militares de Khasékhem y de Snefru, los nubios parece que aceptaron la supremacía de los egipcios, porque es evidente que los egipcios no tuvieron dificultad alguna para aprovechar los vastos recursos minerales de Nubia. Se abren canteras de diorita al oeste de Toshka que proporcionaban piedra para las estatuas reales y las diferentes expediciones grabaron sobre la roca inscripciones de Keops —el constructor de la gran pirámide de Gizeh—, Didufri y Sahure de la V dinastía (−2563 / −2423). Para poder explotar los recursos minerales del país que habían conquistado, los egipcios colonizaron Nubia. Los recientes descubrimientos arqueológicos en Buhén, justo debajo de la 2.ª Catarata, han mostrado la existencia de una colonia puramente egipcia en Buhén en la época de la IV y V dinastías. Una de las industrias de esa colonia egipcia era el trabajo del cobre, porque allí se han encontrado hornos y mineral de cobre; eso indica la existencia de yacimientos de cobre en la región. Varios nombres de reyes de la IV y de la V dinastía han sido encontrados allí en papiros y sellos de vasijas [22].

Además es muy probable que los egipcios extendieran su autoridad sobre el país situado al sur de la 2.ª Catarata, al menos hasta Dakka, a unos 133 km. al sur de Buhén. Una inscripción del Imperio Antiguo, descubierta por el autor en Dakka, muestra que los egipcios buscaban minerales en esa parte de Nubia [23].

Dos inscripciones que mencionan al rey Merenre, de la VI dinastía, descubiertas al nivel de la 1.ª Catarata [24], indican que la frontera sur de Egipto estaba quizá en Assuán durante la VI dinastía (−2423 / −2242); sin embargo, parece que los egipcios ejercían cierta influencia política sobre las tribus nubias, porque se puede deducir de esas inscripciones que el rey Merenre había ido a la región de la 1.ª Catarata para recibir allí el homenaje de los jefes de Medju, Irtet y Ouauat, que eran probablemente regiones tribales al sur de la 1.ª Catarata.

Sea lo que fuere, la paz reinó en Nubia durante la VI dinastía.

Los egipcios concedían una gran importancia a las posibilidades comerciales de ese país y a su influencia sobre la prosperidad económica de Egipto. El comercio estaba bien organizado y dirigido por los competentes nomarcas de Assuán, cuya importancia había aumentado mucho en esa época, debido a su situación como centro de intercambios entre el norte y el sur y como puesto de control fronterizo. Las crónicas de esos reyes, inscritas en sus tumbas sobre la orilla izquierda del Nilo en Assuán, proporcionan a los investigadores gran cantidad de informaciones interesantes sobre las condiciones de vida en Nubia en esa época. Según esas crónicas, Nubia parece que estuvo dividida en esta época en regiones gobernadas por príncipes independientes.

---

[20] J. H. Breasted, 1906, pág. 146.
[21] A. H. Gardiner, 1961, págs. 34, 133.
[22] W. B. Emery, 1963, págs. 116-120.
[23] F. Hintze, 1965, pág. 14.
[24] J. H. Breasted, 1906, *o. c.*, págs. 317-318.

Entre las inscripciones de esos señores de Assuán, la más reveladora es la biografía de Herkhuf, el célebre jefe de caravanas que sirvió a los reyes Merenre y Pepi II. El condujo cuatro misiones al país de Yam, región todavía no identificada, pero ciertamente situada más al sur de la 2.ª Catarata. Tres de esas expediciones[25] tuvieron lugar bajo el reinado de Merenre y la cuarta bajo el de Pepi II. Durante el primer viaje, Herkhuf y su padre estaban encargados de «encontrar una ruta para ir a Yam», misión que les costó siete meses. El segundo viaje, que Herkhuf hizo solo, duró ocho meses. Para este viaje siguió «la ruta elefantina» (la ruta del desierto que parte de la orilla occidental en Assuán) y regresó por Irtet, Mekker y Tereres. Herkhuf dice claramente que el país de Irtet y de Setou estaban gobernados por un mismo jefe. Su tercer viaje pasó por la «ruta de los oasis». En el curso de este viaje se enteró en ese país que el jefe de Yam había partido a conquistar Libia. El lo siguió y logró apaciguarlo. Volvió de este viaje «con 300 asnos cargados de incienso, ébano, aceite, pieles de leopardo, colmillos de elefante, troncos de árboles y muchos otros bellos objetos». Cuando pasó al norte por los territorios de Irtet, Setou y Ouauat, que estaban entonces bajo la dominación de un solo jefe, iba acompañado por una escolta militar de Yam. Del cuarto y último viaje, Herkhuf llevó de Yam un enano danzante para el joven rey Pepi II, quien quedó encantado por ese regalo.

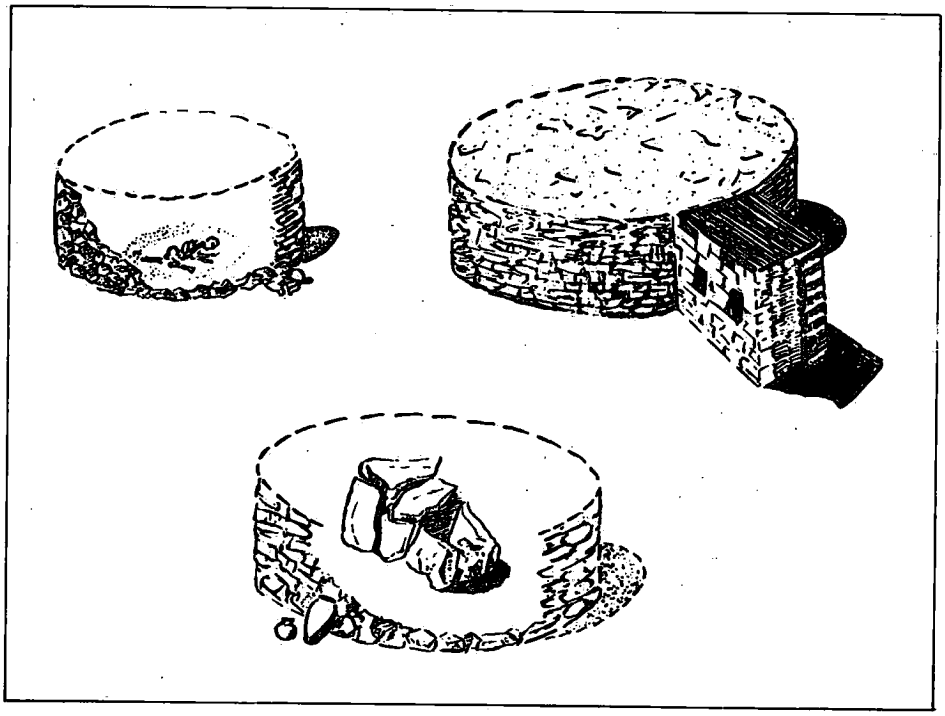
Pero, por la tumba de Pepinakht, otro nomarca de Elefantina que era vasallo de Pepi II, sabemos que, aunque las relaciones entre nubios y egipcios fueron en general buenas durante la VI dinastía, la paz podía estar seriamente perturbada en Nubia. Parece que hubo períodos de disturbios en los que Egipto debió recurrir a las armas. Pepinakht fue enviado una vez «para hacer trizas a Ouauat y a Irtet». Su misión fue coronada por el éxito, porque logró matar y hacer prisioneros a un gran número de nubios. Realizó una segunda expedición hacia el sur para «pacificar a esas regiones». Esa vez llevó dos jefes nubios a la corte de Egipto.

EL PERIODO DEL GRUPO C

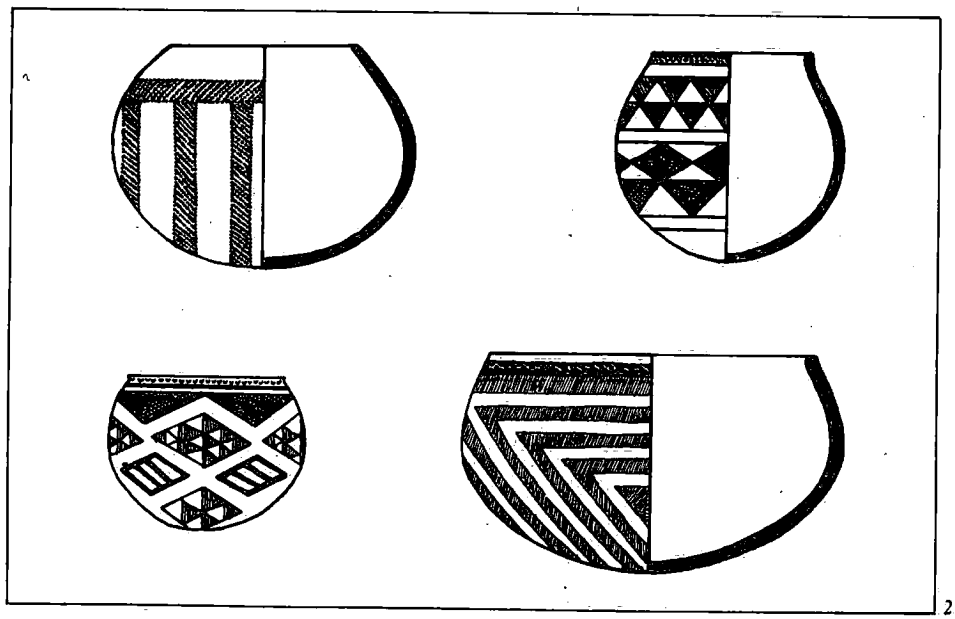
Hacia el final del Imperio Antiguo de Egipto[26], o durante el período llamado por los egiptólogos Primer Período Intermedio (−2240 / −2150)[27], apareció en Nubia una nueva cultura independiente (con objetos característicos y ritos funerarios diferentes), llamada por los arqueólogos el Grupo C. Análogo a su predecesor el Grupo A, esa cultura era también calcolítica. Duró en esa parte del valle del Nilo hasta el momento en que Nubia fue completamente egiptizada, en el siglo XVI antes de la era cristiana. El límite norte de la cultura del Grupo C, se encontraba en la aldea de Kubanieh norte, en Egipto[28]; la frontera sur no es aún conocida con certeza, pero se han encontrado restos de esa cultura hacia el sur hasta Akasha, en el límite sur de la región de la 2.ª Catarata, lo que hace probable que esa frontera del Grupo C estuviera en alguna parte de la región de Batn-el-Haggar.

Nada se sabe aún de cierto sobre las afinidades étnicas del Grupo C, ni sobre el origen de su cultura. En ausencia de todo indicio preciso a este respecto, los

25 J. H. Breasted, 1906, *o. c.*, págs. 333-335.
26 B. G. Trigger, 1965, *o. c.*, pág. 87.
27 A. J. Arkell, 1961, pág. 46.
28 H. Junker, 1920, pág. 35.



1



2

- *1. Tumbas típicas del Grupo C (según Steindorff).*
- *2. Tipos de cerámica del Grupo C.*

arqueólogos se han visto obligados a formular diversas teorías hipotéticas[29]. Una de esas teorías propone que el Grupo C podría ser una continuación del Grupo A, porque esas dos culturas están emparentadas[30]. Otra teoría sostiene que el grupo C proviene de una influencia extranjera, introducida en Nubia por la llegada de una nueva tribu. Los partidarios de esa teoría difieren entre sí en cuanto al origen de ese pueblo y la dirección de la que proviene. Los diversos argumentos han sido apoyados por indicios culturales y anatómicos. Algunos avanzan que esa nueva tribu entró en la Baja Nubia por el desierto del este o por la región del río Atbara[31]. Otros piensan que venía del oeste y más precisamente de Libia[32]. Una teoría reciente rechaza la hipótesis de una migración y cree que la cultura del Grupo C es el resultado de una evolución. Sea lo que fuere, queda mucho por conocer sobre la arqueología de las regiones en cuestión y, en tanto que las excavaciones no hayan dado resultados más importantes, las teorías esbozadas anteriormente seguirán siendo meras hipótesis.

El pueblo del Grupo C era esencialmente pastor y habitaba pequeños campamentos o, en ocasiones, se instalaba en aldeas. Las casas descubiertas en la región de Wadi Halfa pertenecen a dos tipos: uno con habitaciones redondas, cuyos muros estaban hechos de piedras sujetas con barro, y el otro formado por habitaciones cuadradas, y cuyos muros eran de adobes[33]. Sus principales características son deducidas del gran número de pinturas rupestres que representan ganado y por la importancia del ganado en sus ritos funerarios.

Las sepulturas más antiguas de la cultura del Grupo C están caracterizadas por pequeñas estructuras de piedra sobre fosas redondas u ovaladas. El cuerpo, semiencorvado, estaba acostado sobre el lado derecho, con la cabeza orientada hacia el este y frecuentemente colocada sobre una almohada de paja. Con frecuencia estaba envuelto con un vestido de piel. Este tipo de sepultura fue seguido de otro, que comprendía grandes superestructuras de piedra sobre fosas rectangulares, frecuentemente con los ángulos redondeados y a veces provistas de losas de piedra. Un tercer tipo, más tardío, es también considerado como perteneciente al Grupo C. En él se encuentran capillas de ladrillos, frecuentemente adosadas al norte y al este de las superestructuras de piedra. Las tumbas estaban hábilmente orientadas de norte a sur. Algunos animales eran enterrados en las tumbas. A veces cráneos de bueyes o de cabras, con motivos pintados en color rojo y negro, eran colocados alrededor de las superestructuras. Los objetos contenidos en las tumbas comprendían diferentes tipos de objetos de cerámica, brazaletes de piedra, de hueso y de marfil, pendientes de conchas, cuentas de collar de hueso y de loza, sandalias de cuero, discos de nácar para brazaletes y escarabajos egipcios. Allí se encuentran a veces también espejos de bronce y armas (puñales, espadas cortas y hachas de combate)[34].

A pesar de los contactos cada vez más numerosos con Egipto, la cultura del Grupo C continúa desarrollándose de manera independiente, sin adoptar ni la tecnología, ni las creencias religiosas, ni la escritura de Egipto. Una de las características más importantes de esa cultura es su alfarería. Se hace a mano y normalmente en

[29] M. Bietak, 1965, págs. 1-82.
[30] G. A. von Reisner, 1910, *o. c.*, pág. 333.
[31] C. M. Firth, El Cairo, págs. 11-12.
[32] W. B. Emery y L. P. Kirwan, 1935, pág. 4.
[33] T. Säve-Söderbergh, 1965, págs. 44-45.
[34] T. Säve-Söderbergh, 1965, *o. c.*, págs. 49-50.

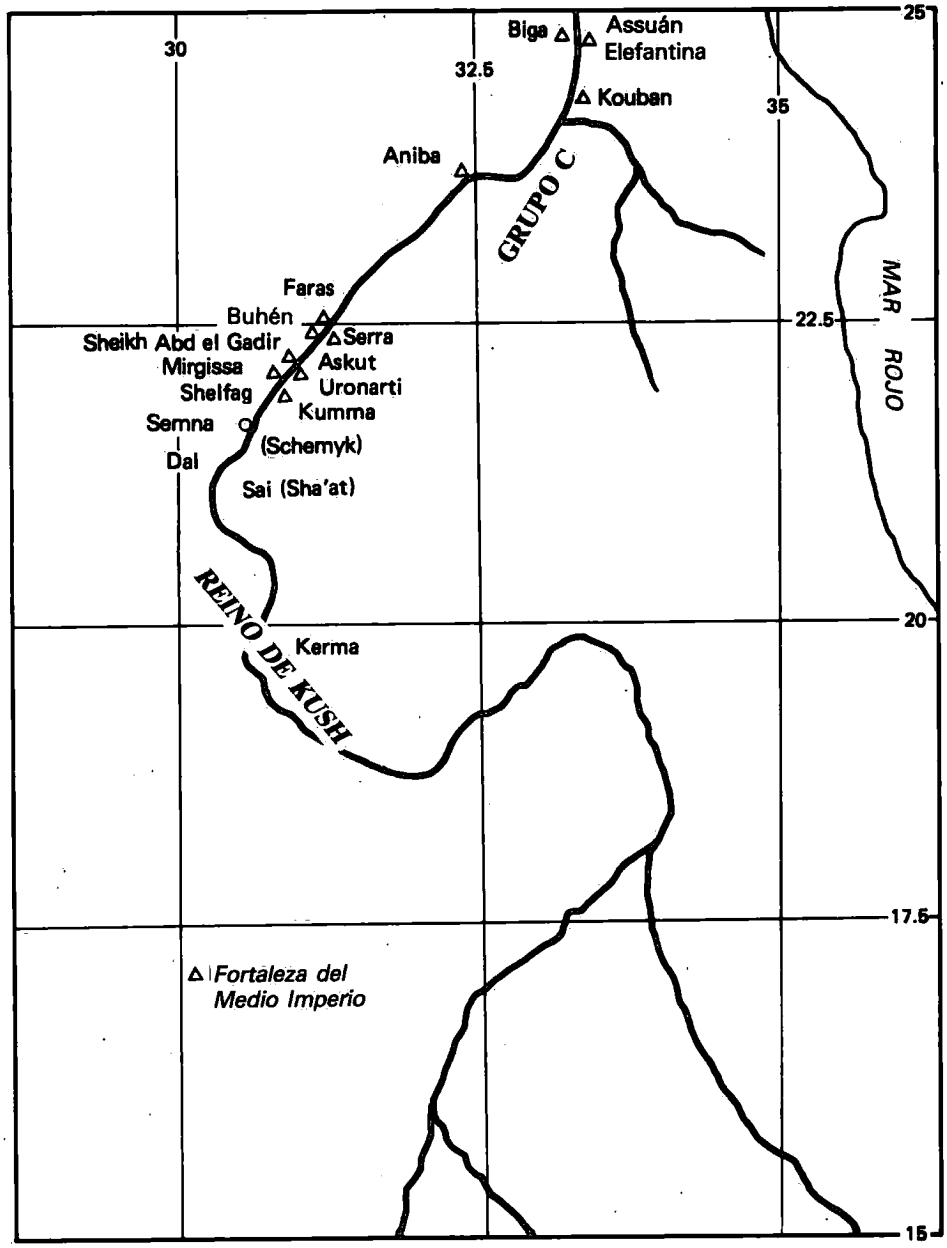
forma de cuenco; esos cuencos son frecuentemente decorados con motivos geométricos impresos o grabados sobre la superficie y a menudo rellenados con un pigmento blanco. Uno de los útiles de piedra típicos del Grupo C es el hacha de piedra verde (nefrita).

EL IMPERIO MEDIO

Los soberanos del Imperio Medio de Egipto, tras haber puesto fin a los disturbios internos de su país y haberlo unificado bajo su poder, volvieron su atención hacia el país situado al sur, Nubia. Esta empresa comenzó bajo los reyes de la XI dinastía de Tebas. En un fragmento que procede del templo de Gebelein, en el Alto Egipto, Mentuhotep II está representado a punto de atacar a sus enemigos, entre los que se ve a nubios. Una inscripción sobre roca relativa a Mentuhotep III, cerca de la 1.ª Catarata, menciona una expedición «con barcos hacia Ouauat», el sector Shellal-Wadi Halfa. Además, la existencia de varias inscripciones sobre las dos colinas al este y al norte de la aldea de Abd el-Gedir, en la orilla izquierda del Nilo justo debajo de la 2.ª Catarata, inscripciones que mencionan los nombres de Antef, Mentuhotep y Sebekhotep (nombres comunes durante la XI dinastía) y que revelan actividades ligadas con explotación de canteras, la caza y el trabajo de los escribas [35], muestran que los egipcios de la XI dinastía probablemente habían ocupado Nubia hasta Wadi Halfa, hacia el sur. En cualquier caso, cualquiera que haya sido la situación de Nubia bajo la XI dinastía, es bajo la XII dinastía (−1991 a −1786) cuando Nubia fue efectivamente ocupada hasta Semneh donde la frontera sur del reino fue sólidamente establecida. Para señalar la frontera de modo cierto fue erigida en ese lugar la importante estela de Sesostris III, el quinto rey de la dinastía. Dicha estela defendía el paso de cualquier nubio «descendiendo por la corriente, por camino de tierra o por barco, y también a todos los rebaños de los nubios, excepto a los nubios que fueran a realizar el comercio a Iken o para cualquier asunto legítimo que pudiera ser tratado con ellos» [36]. Sabemos ahora que Iken es la fortaleza de Mirgissa, a unos cuarenta kilómetros al norte de Semneh [37].

Varios documentos indican que Amenemhat I, fundador de la XII dinastía, comenzó la ocupación permanente de esa parte de Nubia. Se cree que él es, en parte, de origen nubio, lo que se deduce del contenido de un papiro, conservado actualmente en el Museo de Leningrado, cuyo único objeto era legitimar su ascensión al trono de Egipto. Según ese papiro, el rey Snefru, de la IV dinastía, llamó a un sacerdote para que lo instruyese. Cuando el rey preguntó sobre su futuro, el sacerdote le predijo un período de sufrimientos y de miseria en Egipto, que acabaría «cuando llegase un rey procedente del sur, con el nombre de Ameny, hijo de una mujer de Ta-Seti» (Nubia). El nombre Ameny es una abreviatura del nombre Amenemhat [38]. Una inscripción rupestre encontrada cerca de Korosko, en la Baja Nubia, y que data del año veintidós del reinado de Amenemhat declara que sus tropas han alcanzado Korosko a fin de «conquistar Ouauat». En las instrucciones que dejó a su hijo, Amenemhat declara:

[35] A. J. Arkell, 1961, págs. 56, 58-59.
[36] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 135.
[37] J. Vercoutter, 1964, pág. 62.
[38] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 126.



• *Nubia antes del año −1580 (Mapa facilitado por el autor).*

«Yo he conquistado el pueblo de Ouauat y capturado al pueblo de Medju» [39]. Otras inscripciones del mismo rey, al oeste de Abu Simbel, tratan de la explotación de canteras en la Baja Nubia durante la última parte de su reinado.

La ocupación de Nubia comenzada por Amenemhat I fue acabada por su hijo y sucesor Sesostris I [40]. Sobre una gran piedra grabada —levantada en el año dieciocho del reinado de Sesostris I en Buhén por un oficial llamado Mentuhotep— el dios de la guerra, Montu, está representado entregando al rey una fila de prisioneros de guerra atados, procedentes de diez localidades nubias. El nombre de cada localidad está inscrito en un ovalo encima de la cabeza y de los hombros del cautivo representando al pueblo de esa localidad. Entre los países conquistados mencionados sobre esa estela de arenisca figuran Kush, Sha'at y Shemyk. Sha'at se llama ahora a la isla de Sai [41], a unos 190 kilómetros al sur de Buhén, y Shemyk, según una inscripción recientemente descubierta, es la región de la Catarata de Dal, cuarenta kilómetros aguas abajo de la isla de Sai.

Kush es un nombre que los egipcios utilizaron pronto para designar un gran territorio en la parte sur; sin embargo, al principio era un pequeño territorio nubio que es mencionado por vez primera en el Imperio Medio [42]. Aunque la estela de Buhén enumera los nombres de lugares por orden, de norte a sur, como otros documentos conocidos del mismo período [43], Kush se situaba en ese caso no sólo al norte de Sha'at, sino también al norte de Shemyk. Ahora bien, sabemos que este último lugar es la isla de Dal o la región de la catarata de Dal, al norte de la isla de Sai; podemos situar a Kush, sin temor a equivocarnos, en alguna parte al norte de Dal y al sur de la 2.ª Catarata o de Semneh [44].

Un segundo testimonio de la victoria de Sesostris I sobre Nubia, asegurando a los faraones de la XII dinastía la dominación completa de la región al norte de Semneh, es facilitado por la inscripción encontrada en la tumba de Ameny, el nomarca de Beni Hassan, en Egipto. Esta nos da a conocer que Ameny es llevado en barco hacia el sur en compañía del rey mismo y que él había «ido más allá de Kush y llegado al extremo de la Tierra» [45].

Las razones que empujaban a los egipcios a ocupar una parte de Nubia eran a la vez económicas y defensivas. Las razones económicas eran el deseo de asegurar, de un parte, la importación de los productos del sur, tales como plumas de avestruz, pieles de leopardo, marfil y ébano y, de otra, la explotación de las riquezas mineras de Nubia [46]. Además, la seguridad de su reinado exigía la defensa de su frontera meridional contra los nubios y los habitantes del desierto al este de Nubia. Su estrategia consistía en mantener una región que hiciera de tapón entre el verdadero límite de Egipto propiamente dicho, al nivel de la 1.ª Catarata, y el país situado al sur de Semneh que constituía la fuente de la auténtica amenaza para los egipcios, lo que les permitía dominar el paso a lo largo del Nilo y prevenir las amenazas que podían venir para ellos del país de Kush.

---

[39] J. H. Breasted, 1906, *o. c.*, pág. 483.
[40] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, págs. 59-60.
[41] J. Vercoutter, 1958, págs. 147-148.
[42] G. Posener, 1958, pág. 47.
[43] G. Posener, 1958, *o. c.*, pág. 60.
[44] G. Posener, 1958, *o. c.*, pág. 50.
[45] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 134.
[46] B. G. Trigger, 1965, *o. c.*, pág. 94.

• *Una fortaleza del Imperio Medio en Bouhen: fortificaciones oestes (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

La naturaleza defensiva de la ocupación egipcia en Nubia durante el período del Imperio Medio está claramente demostrada por el número y la resistencia de las fortalezas que los reyes de la XII dinastía debieron construir en el territorio ocupado. Un papiro del final del Imperio Medio, descubierto en una tumba cerca del Rameseum de Luxor [47] enumera diecisiete fuertes nubios entre Semneh, al sur, y Shellal, al norte. Hay dos clases de fuertes: los que están al norte de la 2.ª Catarata, destinados a sujetar a la población indígena [48], es decir, el pueblo del Grupo C, y los que están construidos sobre altozanos entre la 2.ª Catarata y Semneh, que tienen por función proteger a los barcos en dificultad sobre las grandes profundidades y defender la frontera [49]. El hecho de que esos fuertes fueran construidos con vistas a la defensa está indicado, por otra parte, por los mismos nombres que les han sido dados, tales como: «rechazar las tribus», «reprimir», «dominar los desiertos», «rechazar a los inu» y «rechazar a los mezaiu» [50].

Para ilustrar la solidez de estas fortalezas y los esfuerzos realizados para hacerlas inexpugnables, basta describir la fortaleza de Buhén, que era una de las mejor conservadas en Nubia antes de ser inundada por las aguas de la nueva presa de Assuán. Esa formidable fortaleza del Imperio Medio estaba compuesta de una serie compleja de fortificaciones construidas según un plano rectangular de 176 metros por 160 [51]. El sistema de defensa comprendía un muro de ladrillos de 4,80 m. de espesor y al menos 10 m. de altura con torres regulares a intervalos. Al pie de ese muro principal había una muralla de ladrillos, protegida por una serie de bastiones redondos con dos hileras de saeteras. Todo el fuerte estaba rodeado de una fosa seca excavada en la roca, con una profundidad de 6,50 m. Esa fosa tenía 8,40 m. de anchura y la escarpadura exterior estaba protegida con ladrillos. Había dos puertas en la fachada este que mira hacia el Nilo y una tercera, bien fortificada, al oeste hacia el desierto.

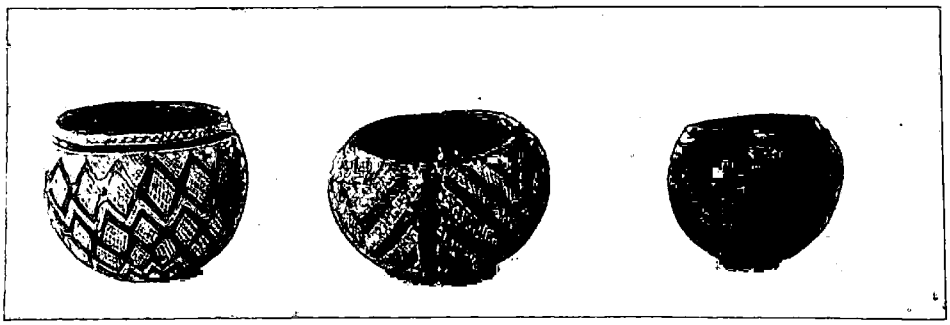
Tras la caída del Imperio Medio y la invasión de los hicsos (tribus asiáticas), los egipcios perdieron el poder en Nubia. Los fuertes fueron saqueados y derribados por los indígenas que parece que se aprovecharon de la caída del gobierno central de Egipto para alcanzar su independencia.

KERMA (−1730 / −1580)

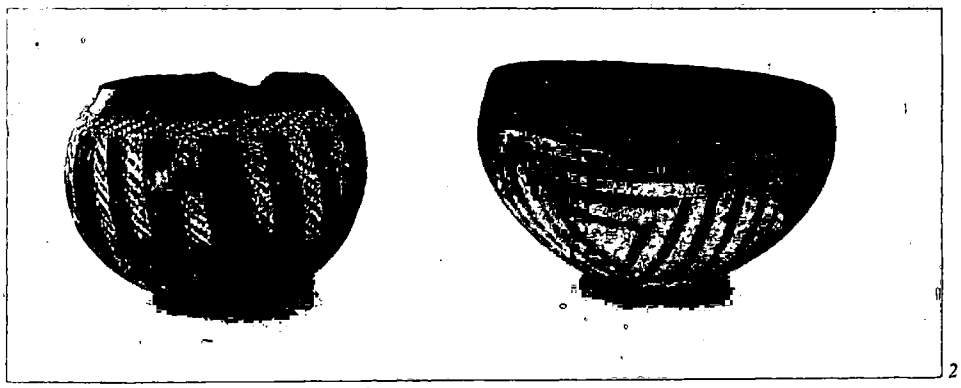
Como ya hemos visto, la frontera sur del Imperio Medio egipcio indudablemente había sido fijada en Semneh por Sesostris III. Pero las importantes excavaciones del arqueólogo americano G. A. Reisner entre 1913 y 1916 en Kerma, un poco aguas arriba de la 3.ª Catarata y a 240 kms. a vuelo de pájaro al sur de Semneh, han descubierto una cultura, llamada cultura de Kerma, cuyos especialistas han dado interpretaciones divergentes.

El antiguo establecimiento de Kerma comprende dos edificios importantes, conocidos localmente bajo los nombres de Doufoufa del Oeste y Doufoufa del Este. El primero es una masa compacta de adobes y el segundo una capilla funeraria, también de adobes, rodeada de un cementerio de túmulos. El modo de construcción de los dos

[47] W. B. Emery, 1965, *o. c.*, pág. 143.
[48] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 134.
[49] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 61.
[50] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 135.
[51] W. B. Emery, 1960, págs. 7-8.



1



2

3

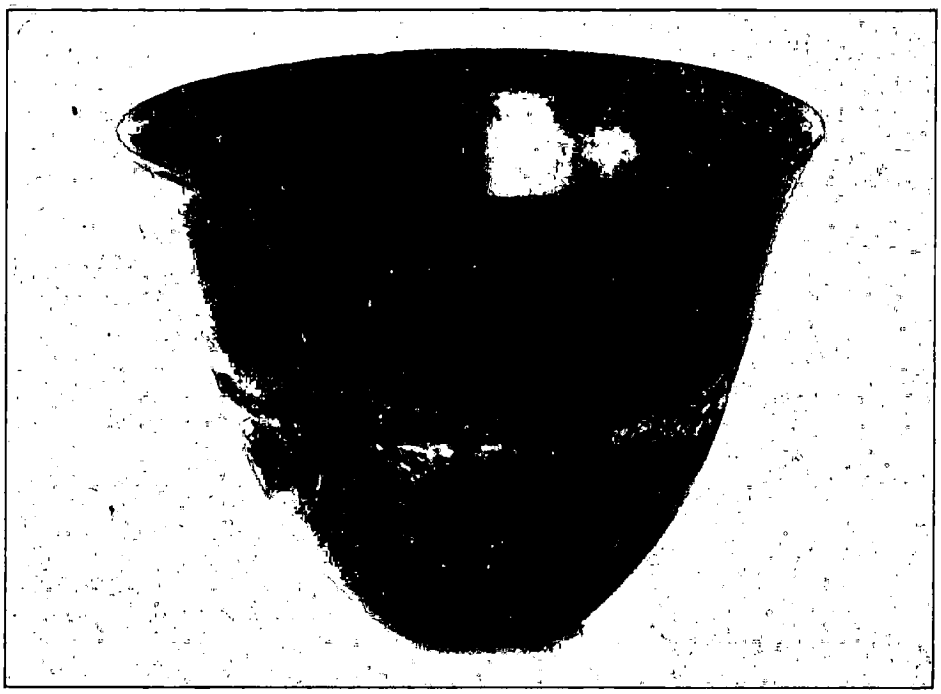
• *1, 2 y 3. Objetos de cerámica de Kerma (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

edificios es típico del Imperio Medio. En Doufoufa del Oeste, Reisner ha encontrado fragmentos de vasijas de alabastro con las cartelas de Pepi I y Pepi II, de la VI dinastía, así como los de Amenemhat I y Sesostris I. Cerca de Doufoufa del Este se ha encontrado una inscripción sobre piedra que relata que Antef, compañero único del rey, había sido enviado para reparar un edificio en «Inebu - Amenemhat maa Kherou», «los muros de Amenemhat el justificado». En un túmulo cerca de esta capilla funeraria, se ha encontrado la parte inferior de una estatua de Hapidjefa (Príncipe de Assiout en Egipto, donde se encuentra su tumba), una estatua de su mujer Sennouwy y fragmentos de otras estatuas de reyes y de altos funcionarios egipcios. A la luz de estos descubrimientos, Reisner concluye[52] que: *a)* los muros situados debajo de Doufoufa del Oeste son los del puesto de comercio del Imperio Antiguo; *b)* Doufoufa del Oeste era, durante el Imperio Medio, el más avanzado al sur de la cadena de fuertes construidos por los egipcios entre Assuán y Kerma para proteger sus intereses en Nubia; *c)* Kerma era el cuartel general de los gobernadores-generales, el primero de los cuales ha podido ser Hapidjefa; *d)* los gobernadores-generales egipcios eran enterrados en el cementerio cerca de Doufoufa del Este según ritos diferentes de los de los egipcios; *e)* cuando los hicsos invadieron Egipto, el puesto fortificado de Kerma, el más avanzado, fue destruido por los nubios.

Junker[53] es el primero en dudar de la interpretación dada por Reisner para los materiales descubiertos en Kerma. Doufoufa del Oeste era demasiado pequeño para ser un fuerte y al mismo tiempo, estando a 400 kms. del fuerte egipcio más próximo, en Semneh, estaba peligrosamente aislado. Además, las materias primas, tales como el grafito, el óxido de cobre, hematites, mica, resina, cristal de roca, cornalina y conchas de huevos de avestruz, descubiertas en diversos lugares, indican que Doufoufa del Oeste era un puesto comercial fortificado más bien que un puesto administrativo.

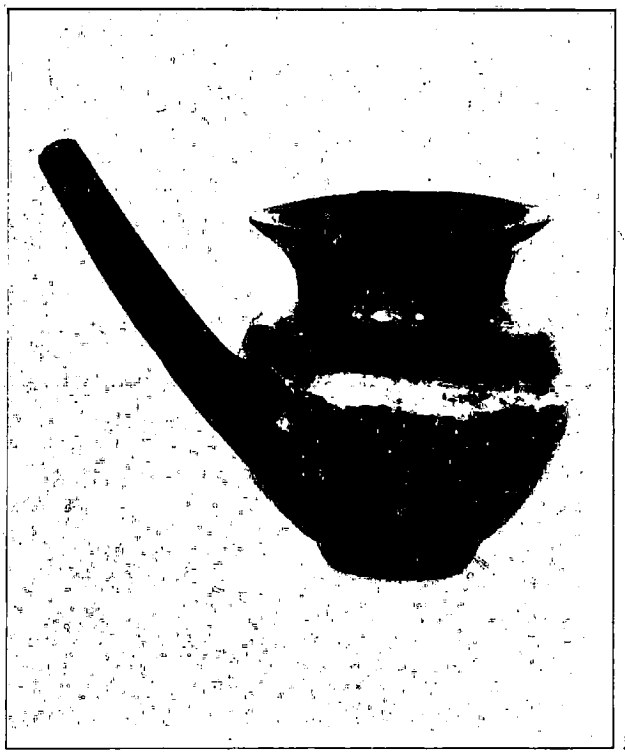
Por lo que se refiere al cementerio, la opinión de Reisner, a saber, que era el lugar de sepultura de los gobernadores egipcios, estaba fundada solamente en el descubrimiento de las estatuas de Hapidjefa y de su mujer en uno de los grandes túmulos, como hemos dicho anteriormente. El modo de sepultura en esas grandes tumbas de Kerma era completamente nubio. Los cuerpos no estaban momificados y el difunto era enterrado sobre un lecho, con sus mujeres, hijos y sus domésticos en la misma tumba. Sabiendo que esas tumbas no son egipcias ni por su construcción, ni por su modo de sepultura y que los egipcios temían ser enterrados en el extranjero, principalmente porque los ritos allí no eran respetados, se hace difícil creer que un hombre del rango social y político de Hapidjefa hubiera sido enterrado en el extranjero según un rito completamente diferente de las creencias religiosas egipcias. Además, entre los objetos encontrados en el túmulo atribuido a Hapidjefa, se encontraban numerosos objetos que datan sin duda alguna del Segundo Período Intermedio, o período de los hicsos[54]. Säve-Söderbergh y Arkell[55] han concluido de todo eso que las estatuas encontradas en ese túmulo habían sido cambiadas por los comerciantes egipcios por mercancías nubias procedentes de los príncipes locales de Kerma durante el Segundo Período Intermedio.

[52] G. A. von Reisner, 1923. *H.A.S.*
[53] H. Junker, 1921.
[54] T. Säve-Söderbergh, 1941, III-13, 1956, pág. 59.
[55] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 71.



1

• *Cerámica de Kerma (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*



2

Así, la idea de Reisner respecto a Doufoufa del Oeste y del cementerio en torno a Doufoufa del Este ha sido generalmente rechazada. La mayor parte de los especialistas han sostenido que Doufoufa del Oeste era solamente un puesto de comercio egipcio, y que el cementerio estaba destinado a la sepultura de los príncipes locales.

Hintze, al reexaminar las diversas ideas que han sido avanzadas respecto a Kerma, constata que «contienen contradiciones internas que hacen dudar de que sean correctas» [56]. Nota en primer lugar que los argumentos presentados por Junker contra la interpretación de Reisner son igualmente válidos contra la hipótesis de Junker mismo, según la cual Doufoufa del Oeste era un puesto de comercio fortificado. Hintze considera también que la existencia de un puesto de comercio fortificado egipcio en esa parte de Nubia es improbable en la hipótesis donde Kerma sería (como sostienen algunos adversarios de Reisner) [57] el centro político de Kush, el enemigo tradicional de Egipto durante el Imperio Medio. Y como todos los eruditos, cuyas opiniones él ha examinado, están de acuerdo en considerar que el cementerio es nubio y que Doufoufa del Este es una capilla funeraria que está adosada a él, Hintze hace notar lo inverosímil del envío por el faraón de un funcionario egipcio al «despreciable Kush» para reparar una capilla aneja a un cementerio nubio. En fin, Hintze subraya que, como ya había mostrado Säve-Söderbergh, el cementerio pertenece al Segundo Período Intermedio; por tanto, es posterior a Doufoufa del Oeste y por consiguiente, los gobernadores supuestos de Doufoufa del Oeste durante el Imperio Medio no pueden ser enterrados allí.

Todas esas observaciones han llevado, pues, a Hintze a abandonar completamente la idea de un puesto de comercio egipcio en Kerma. Para él, Kerma es simplemente «el centro de una cultura indígena nubia y la residencia de una dinastía local». Doufoufa del Oeste era la residencia del príncipe indígena de Kush y ha sido destruido por las tropas egipcias al comienzo del Imperio Nuevo.

Es ésta una teoría sencilla y que parece más próxima a la verdad, sobre todo, si se tienen en cuenta indicios proporcionados por el cementerio. La fecha de los objetos encontrados en las tumbas, el modo de construcción de éstas últimas y los ritos de enterramiento muestran que esas tumbas no estan destinadas a gobernadores-generales egipcios del Imperio Medio. Pero habrá que encontrar aún pruebas convincentes antes de concluir que Doufoufa del Oeste era la residencia del príncipe indígena de Kush. La existencia de un puesto de comercio ordinario egipcio en Kerma durante el Imperio Medio no puede ser rechazada tan fácilmente como Hintze querría hacerlo. El yacimiento excavado por Reisner es el único que ha sido explorado hasta en la región de Dongola y ni siquiera allí han sido terminadas las excavaciones. La región de Dongola es rica en establecimientos de la época de Kerma y, en tanto que allí no se hayan realizado investigaciones arqueológicas sistemáticas, muchas cosas quedarán por conocer sobre la cultura de Kerma.

EL REINO DE KUSH

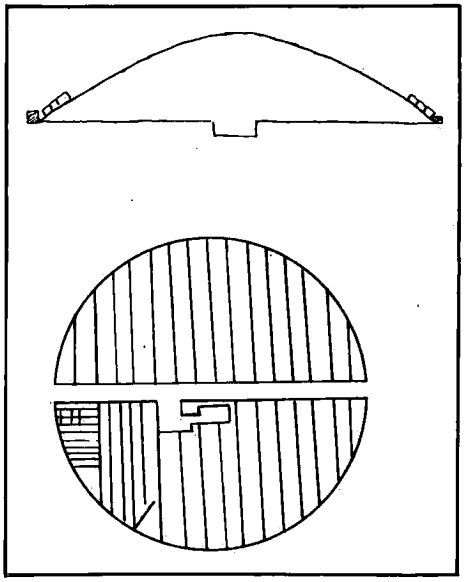
Como el nombre geográfico de Kush está unido a Kerma [58] y como los túmulos de Kerma muestran claramente que servían para la sepultura de poderosos reyes

[56] F. Hintze, 1964, págs. 79-86.
[57] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 72.
[58] G. Posener, 1958, *o. c.*, págs. 39, 68; A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 72.

1

• *1. Kerma: la fachada este de Dufufa, con una tumba en primer plano (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

• *2. Sepultura de Kerma.*



2

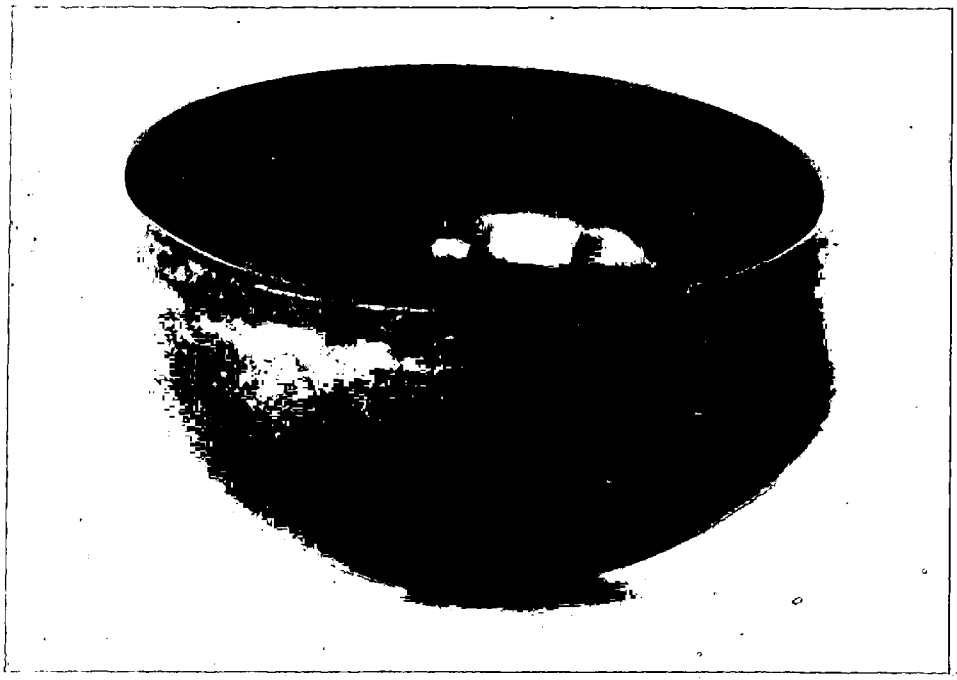
indígenas que tenían relaciones diplomáticas y comerciales con los reyes hicsos en Egipto, parece más verosímil que Kerma sea la capital del reino de Kush. Este reino ha conocido su era de prosperidad en la época de la historia de Egipto, llamada Segundo Período Intermedio (−1730/−1580). La existencia de este reino, cuyo soberano era llamado «Príncipe de Kush», está atestiguada por varios documentos. La primera estela de Kamose[59], último rey de la XVII dinastía egipcia y probablemente el primer rey que había izado la bandera de la lucha organizada contra los hicsos, describe la situación política en el valle del Nilo durante esa época. Y muestra la existencia de un reino independiente de Kush, cuya frontera norte estaba fijada en Elefantina; de un Estado egipcio, en el Alto Egipto, entre Elefantina al sur y Cusae al norte, y en fin, del reino hicso en el Bajo Egipto. Otra estela[60] nos dice que Kamose interceptó en la ruta de los oasis un mensaje enviado por Apofis, el rey hicso, «al príncipe de Kush», pidiendo su ayuda contra el rey egipcio. Además, dos estelas descubiertas en Buhén muestran que dos funcionarios llamados Sepedher[61] y Ka[62] estaban al servicio del ««príncipe de Kush». El reino de Kush, que comprende toda Nubia al sur de Elefantina tras la caída del Imperio Medio en Egipto (a continuación de la invasión hicsa), se derrumbó cuando Tutmosis I conquistó Nubia más allá de la 4.ª Catarata.

LA CULTURA DE KERMA

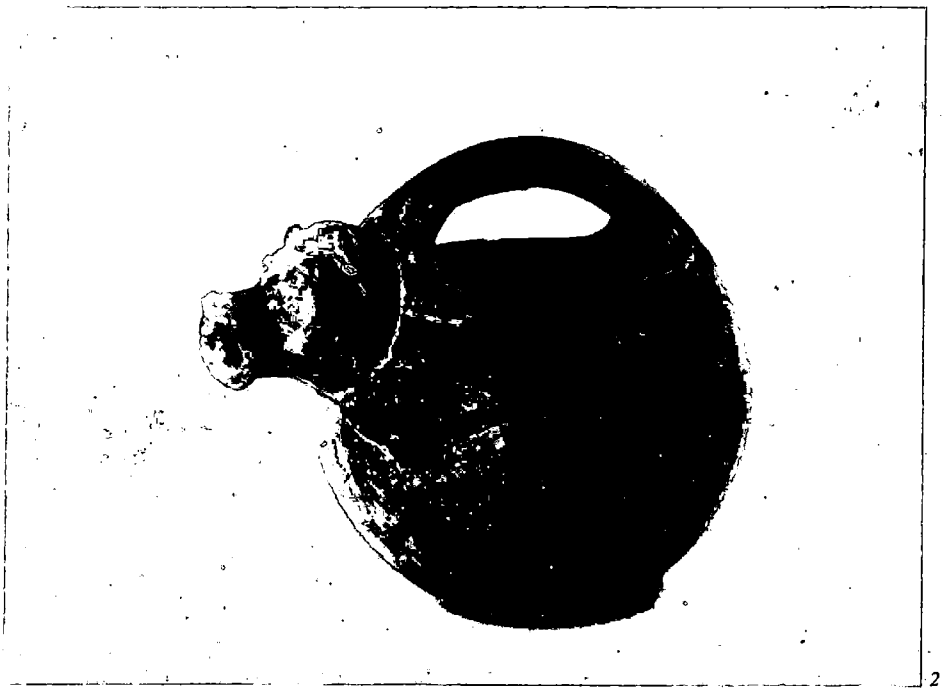
Los yacimientos típicos de la cultura de Kerma descubiertos en Nubia no llegan más allá del norte de Mirgissa[63], lo que indica que la 2.ª Catarata era la frontera entre la cultura de Kerma y la cultura del Grupo C. Los elementos característicos de la cultura de Kerma son una alfarería torneada, fina y muy pulida, de color rojo con un negro fuerte, vasijas en forma de animales, así como otros adornos de dibujos de animales, puñales especiales de cobre, y de madera trabada y decorada con figuras incrustadas de marfil y adornos de mica cosidos sobre sombreros de cuero. Aunque una gran parte de los objetos descubiertos en Kerma muestran, sin duda alguna, una tradición cultural indígena, no se puede ignorar la influencia de las técnicas y del artesanado egipcios[64]. Se ha dicho que una gran parte de esos objetos habían sido fabricados por artesanos egipcios[65], pero también se puede creer que han sido hechos, según el gusto local, por artesanos indígenas que habían aprendido las técnicas egipcias.

En el terreno religioso, son los ritos funerarios los que caracterizan la cultura de Kerma. La tumba de Kerma está señalada por un túmulo de tierra en forma de cúpula bordeada por un círculo de piedras negras salpicadas de cantos blancos. Uno de los grandes túmulos del cementerio de Kerma (K III) consistía en muros de ladrillos formando un círculo de 90 metros de diámetro[66]. Dos muros paralelos, que

[59] L. Habachi, 1955, pág. 195.
[60] T. Säve-Söderbergh, 1956, págs. 54-61.
[61] Filadelfia, 10984.
[62] Jartum, n.° 18.
[63] J. Vercoutter, 1964, págs. 57-63.
[64] B. G. Trigger, 1965, *o. c.*, pág. 103.
[65] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 74.
[66] G. A. von Reisner, 1923, *H.A.S.*, pág. 135.



1



2

• *1 y 2. Cerámica de Kerma (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

atravesaban el túmulo de este a oeste en su mitad, formaban un pasillo central que lo dividía en dos secciones. Un gran número de muros paralelos partían en ángulo recto de los dos lados de ese pasillo hasta la circunferencia hacia el norte y hacia el sur. En la mitad del muro sur de ese pasillo, una puerta se abría sobre un vestíbulo que conducía hacia el este a la cámara principal de la sepultura. En Kerma, el principal personaje enterrado reposaba en un lecho, acostado sobre el lado derecho. Sobre ese lecho se habían colocado una almohada de madera, un abanico de plumas de avestruz y un par de sandalias. Un gran número de vasijas de tierra estaban colocadas al lado del lecho y a lo largo de los muros de la fosa. La más sorprendente de las costumbres funerarias de Kerma era la de los sacrificios humanos, cuyas víctimas eran enterradas con su dueño. El titular de la tumba estaba acompañado de 200 a 300 personas, la mayor parte de las cuales eran mujeres y niños. Eran enterrados vivos en el pasillo descrito anteriormente.

EL IMPERIO NUEVO (−1580 / −1050)

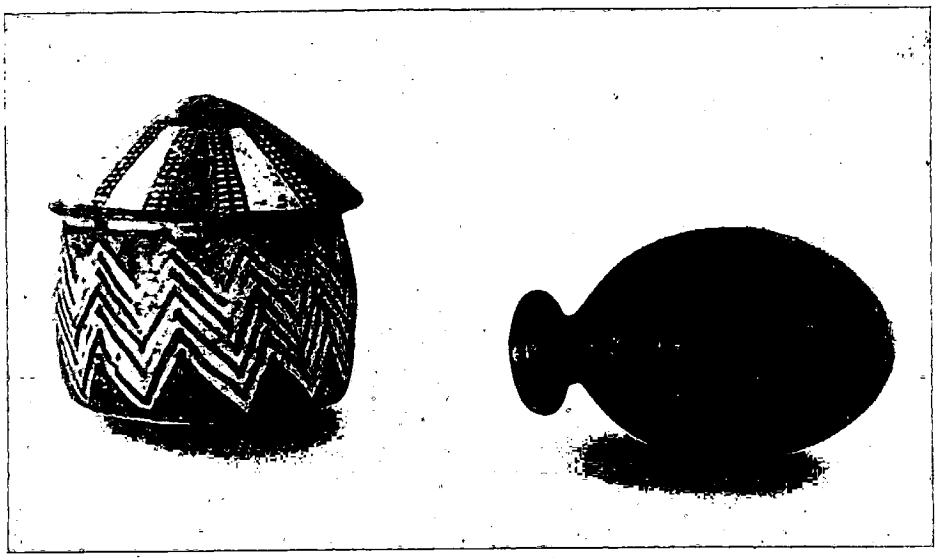
Cuando los egipcios volvieron a instalarse tras haber liberado completamente a su país de los hicsos, comenzaron a poner su atención en la frontera sur, y ese fue el comienzo de la conquista más completa de Nubia por Egipto desde el comienzo de su antigua historia.

La primera estela del rey Kamose, ya mencionada, explica cómo Kamose estaba situado entre un rey en el Bajo Egipto y otro en el país de Kush. Declara también que sus cortesanos estaban satisfechos de la situación sobre la frontera sur de Egipto, ya que Elefantina estaba fuertemente protegida. Pero un párrafo de la segunda estela [67] muestra que Kamose hizo la guerra contra los libios antes de atacar a los hicsos. Teniendo en cuenta la declaración de los cortesanos (que dicen que la frontera en Elefantina estaba fortificada y bien guardada), es verosímil que Kamose no hiciese más que una expedición punitiva contra los nubios, lo que puede explicar la existencia de los nombres reales de Kamose cerca de Toshka, en la Baja Nubia. La ocupación verdadera de Nubia fue realizada por Amosis, sucesor de Kamose y fundador de la XVIII dinastía egipcia. Nuestra principal fuente de información sobre sus actividades militares en Nubia y la de sus sucesores inmediatos es la autobiografía del almirante Ahmose, simple patrón de barco (comandante), hijo de Ebana, que está inscrita sobre los muros de su tumba en El-Kab, en Egipto. Por ella sabemos que «Su Majestad subió hasta Hent Hennefer (localidad no identificada en Nubia) para derrotar a los nubios después que dicha localidad fue destruida por los asiáticos». Amosis logró reconstruir y agrandar la fortaleza de Buhén y levantar un templo. Incluso él pudo llegar hasta la isla de Sai, 190 kms. aguas arriba de Buhén, porque allí se ha encontrado una estatua suya e inscripciones que llevan su nombre y el de su mujer [68].

Sin embargo, fue Tutmosis I (−1530/ −1520) quien llevó a cabo la conquista del norte de Sudán, poniendo así fin a la independencia del reino de Kush. Al llegar a Tumbus, en la extremidad sur de la 3.ª Catarata, grabó allí una gran inscripción. A continuación, continuó su marcha hacia el sur, ocupando efectivamente toda la longitud del río entre Kerma y Kurgus, a 80 kms. al sur de Abu Hamed, donde dejó

[67] T. Säve-Söderbergh, 1956, *o. c.*, pág. 57.
[68] J. Vercoutter, 1956 y 1958, *o. c.*

1



2

- *1. Adornos individuales.*
- *2. Cerámica de Kerma (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

una inscripción y tal vez construyó un fuerte[69]. Así, Nubia fue completamente conquistada por Egipto y ese fue el comienzo de una era nueva y brillante de su historia, que ha dejado sobre su vida cultural huellas que han persistido durante los períodos siguientes.

NUBIA BAJO LA XVIII DINASTIA

Sabemos por una inscripción rupestre entre Assuán y Filae, fechada en el primer año del reinado de Tutmosis II[70], que hubo una rebelión en Nubia tras la muerte de Tutmosis I. Según esta inscripción, llegó un mensajero para dar a Su Majestad la noticia de que Kush había comenzado a sublevarse y que el jefe de Kush y otros príncipes establecidos más al norte conspiraban de común acuerdo. Nos dice también que una expedición había sido enviada y la rebelión dominada. Tras esa expedición punitiva, la paz fue reinstaurada y sólidamente establecida en Nubia durante muchos años.

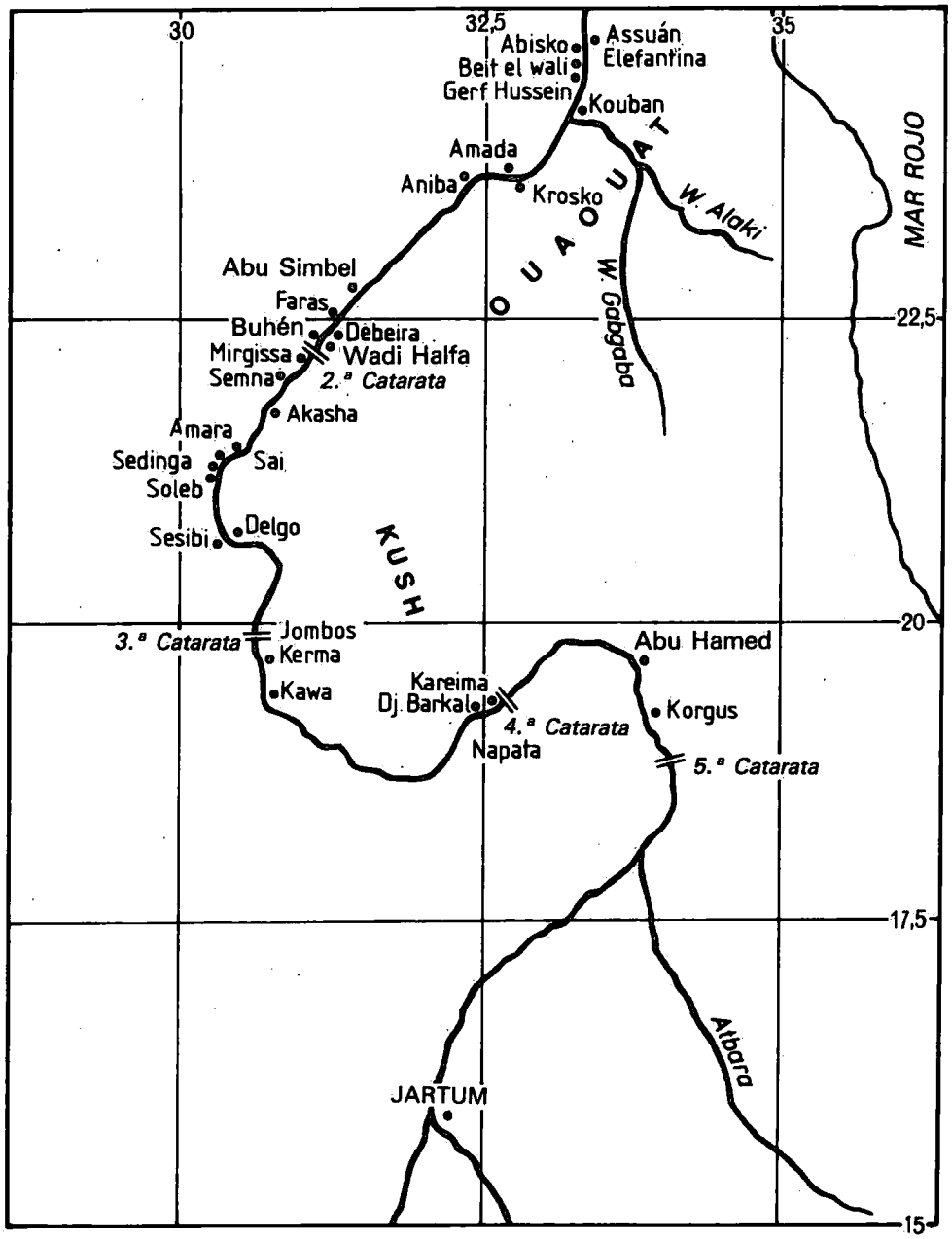
Todo el reinado de Hatsepsut, quien sucedió a Tutmosis II, conoció la paz. El monumento más importante de la época de esta reina en Nubia es el magnífico templo que ella construyó en Buhén, en el interior de los muros de la ciudadela del Imperio Medio[71]. Estaba dedicado a Horus, el dios con cabeza de halcón, «Señor de Buhén». Ese templo presenta un gran interés, a la vez histórico y artístico. En él se encuentran relieves del mejor estilo y de la más bella hechura de la XVIII dinastía, y los colores sobre los muros están aún bien conservados. Más tarde, el templo fue usurpado por Tutmosis III, quien cambió el plano original y borró sistemática y despiadadamente las cartelas y los retratos de la reina Hatsepsut.

El templo está construido en roca arenisca nubia y comprende dos partes principales: un antepatio y una construcción rectangular con una fila de columnas a cada uno de los lados norte, sur y este. La reina Hatsepsut construyó también un templo dedicado a la diosa Hathor, en Faras, sobre la orilla occidental del Nilo, justo en la zona de la frontera moderna entre Egipto y Sudán[72].

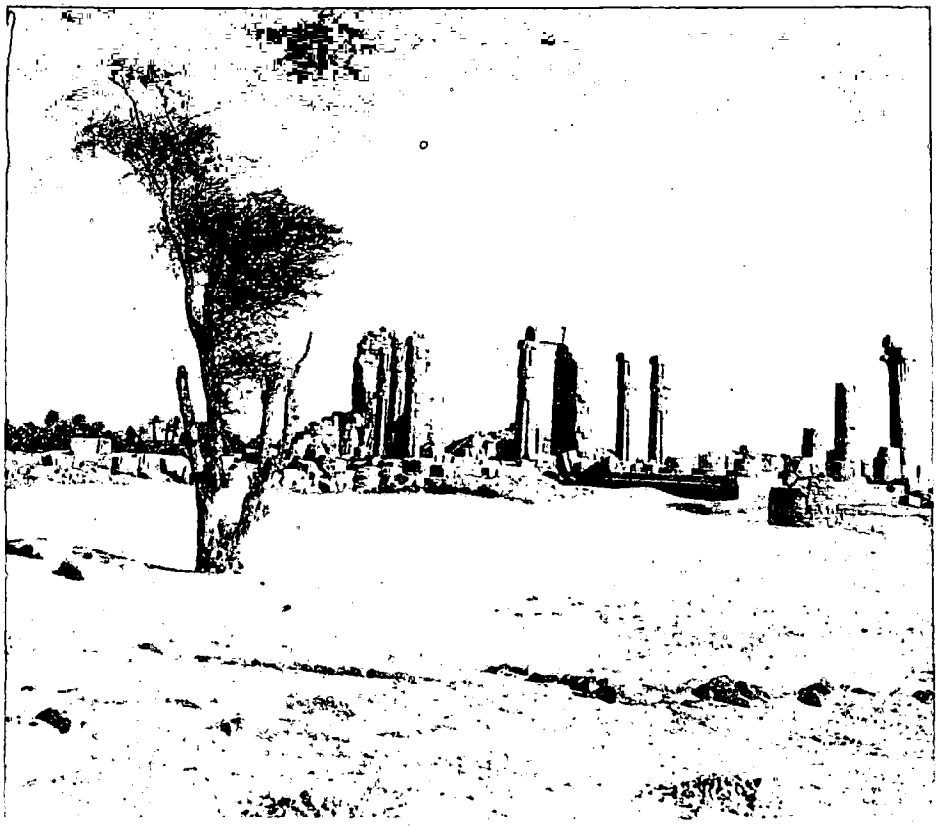
Los anales de Tutmosis III, inscritos sobre los muros del gran templo de Amón en Karnak, hablan del pago de los tributos de Ouauat y de Kush durante ocho y cinco años respectivamente. Esto indica claramente que el tributo de Nubia llegaba regularmente a los cofres del rey[73] y, por consiguiente, que la paz continuó reinando bajo Tutmosis III. En el segundo año de su reinado, reconstruyó en piedra el templo construido de ladrillos por Sesostris III en Semneh-Oeste, que estaba en ruinas, y lo dedicó al dios nubio Dedun, a Khnum y a Sesostris deificado. Este templo es uno de los mejor conservados de los templos independientes preptolomeicos de todo el valle del Nilo. Sus muros están cubiertos de escenas en relieve, de inscripciones jeroglíficas y de pinturas. Los textos y las escenas son, indudablemente, obra de artesanos de primera clase[74]. Construyó también pequeños templos en los fuertes de Semneh-Este, Uronarti, Faras y tal vez en el de la isla de Sai.

---

[69] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 84.
[70] J. A. Breasted, 1906, págs. 119-122.
[71] D. Randall MacIver y C. L. Woollfy, 1911.
[72] F. L. Griffith, 1921, *o. c.*, pág. 83.
[73] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 88.
[74] R. A. Caminos, 1964, *Kusk*, pág. 85.



• *Nubia durante el Imperio Nuevo (Mapa facilitado por el autor).*



• *El templo de Amenofis III en Soleb (Fuente: Ministerio de Información y Cultura, República Democrática de Sudán).*

A Tutmosis III le sucedió Amenofis II, y durante su reinado continuó la paz en Nubia. Terminó la construcción del templo de Amada (ciudad importante de la Baja Nubia), comenzado por su padre Tutmosis III. Una estela fechada en el tercer año de su reinado, levantada en ese templo, relata su regreso victorioso de una campaña en Asia con los cuerpos de siete príncipes «a los que él había abatido con su propia maza». Mandó colgar seis príncipes cautivos ante las murallas de su capital en Tebas. La estela nos dice que el séptimo príncipe fue «enviado por barco hasta Nubia y colgado en el muro del recinto de Napata, a fin de que la prueba visible del poder victorioso de Su Majestad perdurase eternamente» [75].

Del reinado de Tutmosis IV, que sucedió a Amenofis II, tenemos en la isla de Konosso, cerca de Filae, una inscripción que recuerda una expedición victoriosa para reprimir una rebelión en Nubia. Está fechada en el año octavo del reinado de Tutmosis IV.

A Thutmosis IV le sucedió su hijo Amenofis III quien dirigió, en el quinto año de su reinado, una campaña contra Nubia hasta Karei. Erigió en Soleb, en la orilla izquierda del Nilo a 220 kms. al sur de Wadi Halfa, el templo más magnífico de toda Nubia. Este templo estaba dedicado a su propia imagen viviente. Amenofis III construyó también un templo para la reina Tii, en Sedinga, 21 kms. al norte de Soleb en la misma orilla del Nilo.

La sublevación política provocada en Egipto por la revolución religiosa de Amenofis IV o Akenatón (−1370/ −1352) no turbó la paz en Nubia y los trabajos de construcción continuaron como antes. Amenofis IV, antes de cambiar su nombre por el de Akenatón, construyó en Sesebi, al sur de Soleb y frente a Delgo, un grupo de tres templos sobre un mismo basamento [76]. Estaban en el interior de una pequeña ciudad rodeada de muros, que comprendía una pequeña capilla dedicada a Atón, el nuevo dios. Parece que fundó también la ciudad de Gematón, situada en Kawa, frente a la actual Dongola. En Kawa fue también construido un pequeño templo por su sucesor Tut-Ank-Ammón [77]. En Faras, Huy, virrey de Tut-Ammón para Nubia, construyó un templo y una colonia rodeada de muros [78].

El final de la XVIII dinastía, aunque marcado por disturbios en Egipto, parece que no afectó a la continuidad de la paz y de la estabilidad en Nubia. En resumen, Nubia se desarrolló apaciblemente durante la XVIII dinastía.

NUBIA BAJO LA XIX DINASTIA

A partir de la época de Akenatón, la posición de Egipto se debilita continuamente en el interior y en el exterior. Akenatón era un soñador y su movimiento religioso causó muchas dificultades al Imperio. Además, los faraones que le sucedieron fueron débiles, completamente incapaces de encontrar soluciones a los problemas de la época. El malestar había invadido todo el país. Había muchos motivos para temer que se declarara una guerra civil y el país estaba amenazado por una anarquía general. En ese momento crítico, Egipto tuvo la suerte de encontrar un libertador en

[75] A. H. Gardiner, 1961, *o. c.*, pág. 200.
[76] H. W. Fairman, 1938, págs. 151-156.
[77] M. F. L. Macadam, 1955, pág. 12.
[78] F. L. Griffith, 1921, *o. c.*, pág. 83.

la persona de un general llamado Horemheb, que era un jefe capacitado y experimentado. Durante el reinado de Tut-Ank-Ammón, Horemheb recorrió Nubia en calidad de jefe del ejército para verificar la lealtad de la administración después de la restauración del antiguo régimen [79]. Cuando él usurpó el trono de Egipto, hizo una segunda aparición en Nubia. Aunque ese viaje, según las inscripciones sobre los muros de su templo conmemorativo excavado en la roca en Silsila del Alto Egipto, hubiera sido una expedición militar, parece que se trataba más bien de una simple visita del usurpador que quería asegurarse su posición en una región de vital importancia para él en Egipto. En cualquier caso, Horemheb se aseguró la lealtad de la administración egipcia de Nubia, como lo muestra el hecho de que Aser, virrey de Nubia en el reinado precedente, continuó ocupando el mismo puesto bajo Horembeb.

Ramsés I (−1320 / −1318), que sucedió a Horemheb, fue el verdadero fundador de la XIX dinastía. Durante el segundo año de su reinado erigió una estela en el templo de Hatsepsut, en Buhén, que nos informa de que aumentó el número de sacerdotes y de esclavos del templo y que le añadió nuevos edificios.

Tras la muerte de Ramsés I, su hijo Seti I (−1318/ −1298) subió al trono. Explotó sistemáticamente las minas de oro de Nubia para aumentar su tesoro, a fin de poder llevar a cabo sus inmensos proyectos de construcción. Para aumentar la producción de las minas de Wadi-el-Alaki, excavó un pozo en la ruta que va de Kouban, en la Baja Nubia hacia el sudeste, pero no encuentra agua y no consigue aumentar la producción de oro en esta región. En la Alta Nubia, Seti I construyó una ciudad en Amara-Oeste, a unos 180 kms. al sur de Wadi Halfa. Probablemente construyó también el gran templo de Amón en Djebel Barkal (el *dw-w3b* de los antiguos egipcios: la montaña sagrada) cerca de Kereima Apenas se han encontrado huellas de actividades militares en Nubia durante el reinado de Seti I. Parece que él nunca tuvo necesidad de expediciones militares importantes, pero eso no excluye que hubiera habido pequeñas expediciones punitivas enviadas a Nubia por una u otra razón.

A Seti le sucedió su hijo Ramsés II (−1298/ −1232). Tenemos numerosas representaciones de actividades militares en Nubia bajo el reinado de este faraón, pero, como no ofrecen fechas, ni nombres de lugares, son consideradas carentes de valor histórico [80]. En conjunto, la paz ha reinado en Nubia bajo Ramsés II, como lo confirman los enormes trabajos de construcción emprendidos por él en toda Nubia.

En el transcurso del tercer año de su reinado, encontramos a Ramsés II en Menfis, en consulta con sus altos funcionarios con motivo de ver la posibilidad de abrirse hacia el país Alaki para desarrollar en él las minas de oro que su padre había tratado en vano de explotar. El virrey de Kush, que estaba presente, explicó las dificultades al rey y le refirió los vanos intentos de su padre para proveer de agua la ruta. Sin embargo, el rey ordenó un nuevo intento que dio resultado: se encontró agua a sólo doce codos por debajo de la profundidad alcanzada por su padre Seti I. Una estela fue levantada en Kouban, en la ruta que conduce a las minas de Wadi-el-Alaki, allí donde parte el valle del Nilo, para conmemorar ese éxito.

Ramsés II, como ya hemos dicho, construyó mucho en Nubia. Edificó templos en Beir-el-Wali, Gerf Husseis, Wadi-es-Sebua, Derr, Abu Simbel y Akasha, en la Baja Nubia y en Amara y Barkal, en la Alta Nubia.

---

[79] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 94.
[80] W. R. Emery, 1968, *o. c.*, pág. 193.

Las excavaciones realizadas hasta ahora en Amara [81] han mostrado que la ciudad fue fundada por Seti I y que el templo fue obra de Ramsés II. La ciudad fue habitada de manera continua durante las XIX y XX dinastías. Se cree que Amara era la residencia del virrey de Kush [82].

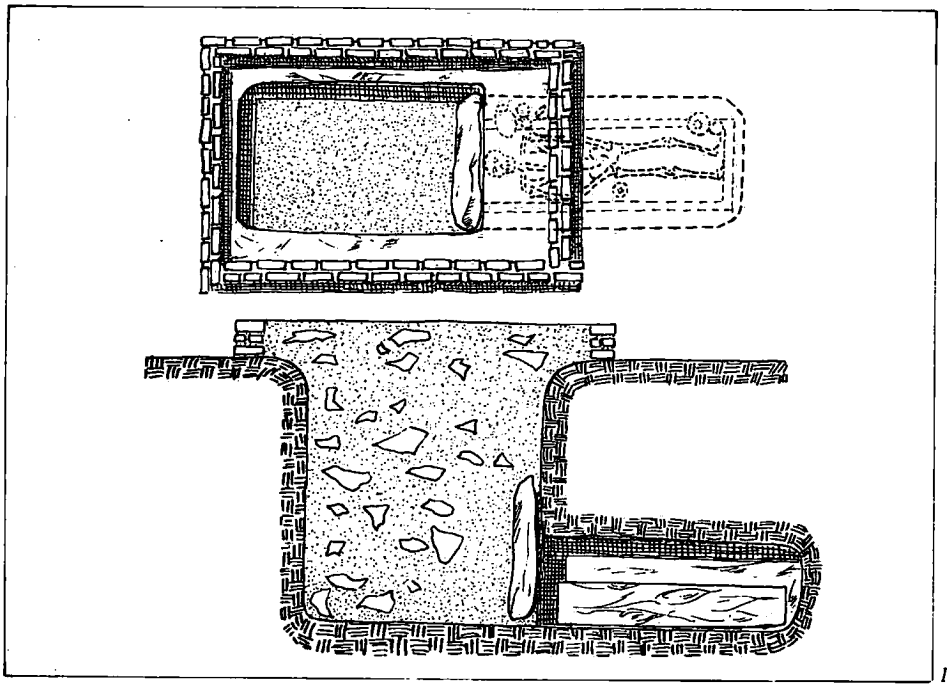
El templo de Abu Simbel, una de las mayores obras del mundo hechas en roca, es sin duda una pieza arquitectónica única [83]. Está tallada en un promontorio de arenisca en la orilla izquierda del Nilo. La razón de la elección de ese lugar es quizá que era considerado como sagrado desde hacía mucho tiempo. Estaba dedicado a Ra-Harakhte, dios del sol saliente, que está representado por un hombre con cabeza de halcón llevando el disco solar.

Sobre la fachada del templo de Abu Simbel se encuentran cuatro estatuas colosales de personajes sentados, tallados igualmente en la roca. Esas estatuas, dos a cada lado de la entrada, representan a Ramsés II llevando la doble corona de Egipto. La entrada da directamente a la gran sala en la que se ven dos filas de cuatro pilares con base cuadrada. Delante de esos pilares se encuentran gigantescas estatuas del rey de pie y llevando siempre la doble corona. Sobre los muros de la gran sala, que tienen nueve metros de altura, se ven escenas e inscripciones relativas a ceremonias religiosas y a las actividades militares del faraón contra los hititas, en Siria, y contra los nubios, en el sur. En los muros norte y este de esta sala se abren puertas que conducen a varios almacenes, cuyos muros están completamente cubiertos de bajorrelieves religiosos. Saliendo de la gran sala, por la puerta central del muro oeste, se entra en una pequeña sala, cuyo techo está soportado por cuatro pilares cuadrados y cuyos muros están adornados con bajorrelieves religiosos. Entre esa sala y el santuario, hay también una habitación que tiene tres puertas en su muro oeste: las dos puertas laterales, que dan acceso a habitaciones más pequeñas, sin inscripciones sobre los muros, y la de en medio que conduce al santasanctórum, donde Ramsés II está representado en su Amón-Ra como un dios, junto a los tres dioses más poderosos de Egipto, a saber, Amón-Ra de Tebas, Ra-Harakhte de Heliópolis, la ciudad del sol, y Ptah de Menfis, la antigua capital.

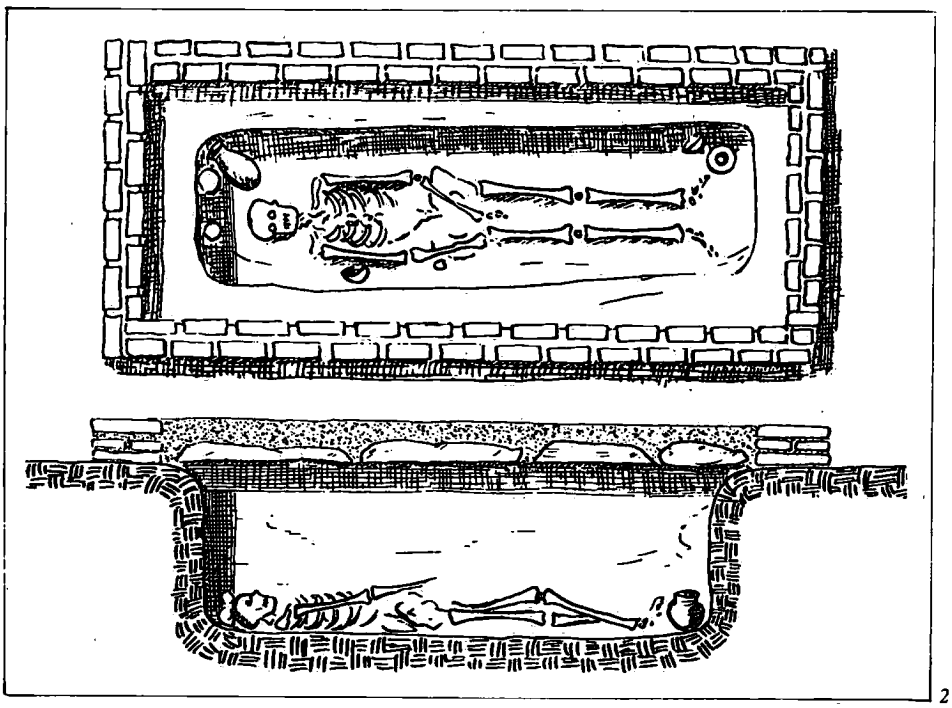
ADMINISTRACION DE NUBIA

A la cabeza de la máquina administrativa en Nubia durante el período del Imperio Nuevo se encontraba el virrey de Nubia. Desde el comienzo, ese personaje llevó el título de «gobernador de los países meridionales» al mismo tiempo que el de «Hijo del rey». Es el primer título que corresponde a sus funciones reales. En la época de Tutmosis IV, el virrey de Nubia tenía el mismo nombre que el príncipe heredero, Amenofis. Para distinguir uno de otro, se llamó al virrey de Nubia «el hijo kushita del rey». Después ese título fue dado a todos lo virreyes que sucedieron a Amenofis. Este título no indica, necesariamente, que los virreyes de Nubia fueran de familia real; pero puede indicar la importancia de ese oficio y la gran autoridad de la que gozaba el virrey. Estos altos funcionarios eran elegidos entre hombres de confianza, completa-

[81] H. W. Fairman, 1938, *o. c.*; 1939, págs. 139-144; 1948, págs. 1-11.
[82] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*pág. 194.
[83] W. B. Emery, 1965, *o. c.*, pág. 194.



1



2

• *1 y 2. Tipos de sepultura del Imperio Nuevo (según W. B. Amery, 1965).*

mente afectos al faraón, ante el cual eran directamente responsables; y eran unos administradores competentes.

Nubia estaba dividida en dos vastos territorios: el país entre Nekhen (en el Alto Egipto) y la 2.ª Catarata, llamada Ouauat, y el conjunto del país, más al sur, entre la 2.ª y la 4.ª Cataratas, llamado Kush. El virrey estaba al frente de un gran número de departamentos administrativos que imitaban perfectamente a los de Egipto. Era ayudado por funcionarios colocados al frente de los diversos departamentos necesarios para la administración de Nubia. Las ciudades nubias estaban dirigidas por gobernadores, responsables ante el virrey. El virrey de Nubia era también el jefe religioso del país. Su personal comprendía un «comandante de los arqueros de Kush» y dos adjuntos, uno para Ouauat y otro para Kush. Tenía bajo sus órdenes a las fuerzas de policía para la seguridad interior, guarniciones en las ciudades y un pequeño ejército para proteger las diversas expediciones hacia las minas de oro. La principal responsabilidad del virrey era la entrega puntual del tributo de Nubia, personalmente, al visir de Tebas [84].

Los jefes de tribus indígenas participaban también en la administración de Nubia. La política egipcia de la época era asegurar la lealtad de los príncipes locales [85], lealtad que los egipcios obtenían permitiéndoles conservar la soberanía en sus distritos.

LA EGIPTIZACION DE NUBIA

En los primeros momentos de la ocupación egipcia en Nubia, durante el Imperio Nuevo, los egipcios encontraron naturalmente resistencia. Pero los nubios se acomodaron pronto al desarrollo pacífico, sin precedentes en su país, bajo la nueva administración egipcia. Ya hemos visto en las páginas anteriores que fueron construidos templos en toda Nubia por los reyes de las XVIII y XIX dinastías. Después, en torno a esos templos, se desarrollaron ciudades y centros religiosos, comerciales y administrativos. El conjunto de Nubia fue reorganizado según una línea puramente egipcia, y un modo de administración completamente egipcio fue puesto en práctica, lo que entrañó la presencia en estos centros de un número considerable de escribas, sacerdotes, soldados y artesanos egipcios. Esa situación condujo finalmente a la egiptización completa de Nubia. Los indígenas adoptaron la religión egipcia y comenzaron a adorar a las divinidades egipcias. Las antiguas costumbres funerarias cedieron el lugar a los ritos egipcios típicos. En lugar de colocar a los muertos de costado en una postura semiencorbada, se les puso estirados boca arriba o se les colocó en un ataúd de madera. Las tumbas de esa época son de tres tipos [86]: una fosa rectangular simple, un pozo excavado en la roca con una cámara funeraria subterránea en un extremo y una fosa rectangular con un nicho lateral excavado a lo largo de uno de los lados mayores. Los objetos depositados en esas tumbas son objetos egipcios típicos de la época. Las técnicas egipcias en arte y en arquitectura fueron adoptadas también por los nubios.

---

[84] A. J. Arkell, 1961, *o. c.*, pág. 98.
[85] B. G. Trigger, 1965, *o. c.*, pág. 107.
[86] W. B. Emery, 1965, *o. c.*, pág. 178.

El proceso de egiptización, que en realidad había comenzado en Nubia durante el Segundo Período Intermedio, fue entonces acelerado sencillamente para alcanzar su máximo. Entre los principales factores que han contribuido a favorecer la asimilación rápida del modo de vida egipcio por los nubios, se puede citar la política de administración faraónica en Nubia durante el Imperio Nuevo. Como ya hemos dicho, la política oficial era asegurarse la lealtad y el apoyo de los jefes indígenas. Sus hijos eran educados en la corte real de Egipto, donde «escuchaban la lengua de los egipcios del séquito del rey, lo que les hacía olvidar su propia lengua» [87]. De ese modo eran fuertemente egiptizados y eso contribuía naturalmente a reforzar la lealtad de los príncipes nubios hacia Egipto y la cultura egipcia. Eso produjo naturalmente que, al haberse convertido el jefe a una religión extranjera y aceptado en su vida cotidiana las reglas de otra cultura, sus súbditos imitarán su ejemplo. La egiptización alcanzó primero a las clases superiores, lo que preparó el camino para una egiptización rápida de la población local de Nubia.

Uno de los príncipes locales que vivían del mismo modo que un egipcio de la clase superior de la época fue Djehutyhotep, príncipe del distrito de Serra (el antiguo Tehkhet), al norte de Wadi Halfa. Vivió durante el reinado de la reina Hatsepsut y heredó de su padre su cargo que después pasó a su hermano Amenemhat. Por una estatuilla que había pertenecido a Amenemhat (y que ahora está en el Museo Nacional de Sudán), sabemos que había trabajado como escriba en la ciudad de Buhén antes de llegar a ser príncipe de «Tehkhet». Esto muestra que la clase superior participaba en la administración de Nubia, durante el Imperio Nuevo, con el mismo título que los egipcios.

La tumba de Djehutyhotep ha sido descubierta a un kilómetro y medio al este del Nilo cerca de la aldea de Debeira, a unos veinte kilómetros al norte de la ciudad de Wadi Halfa [88]. Fue tallada en una pequeña colina de arenisca y está concebida y decorada de modo totalmente egipcio. Las escenas de esa tumba nos muestran al príncipe Djehutyhotep inspeccionando los trabajos en su granja, recibiendo el homenaje de sus siervos al modo egipcio, montado sobre un carro tirado por un caballo para cazar con un arco y flechas, y finalmente participando en un banquete con sus invitados. Sería casi imposible distinguirlo de un noble egipcio del Imperio Nuevo si no se mencionase su nombre nubio junto con su nombre egipcio. Las inscripciones jeroglíficas sobre los motantes de las puertas de la tumba mencionan a Horus, probablemente a la diosa Hathor, a la Dama de Faras, en otros tiempos «Ibshek» [89], y a Anubis, el dios con cabeza de perro de la Necrópolis.

LA ECONOMIA DE NUBIA

La importancia económica de Nubia durante el Imperio Nuevo se deduce principalmente de las listas de tributos en los muros de los templos y también de las representaciones pictóricas de mercancías nubias en las tumbas de los funcionarios egipcios que tenían obligación de llevarlas a los faraones. En esa época los egipcios

[87] T. Säve-Söderbergh, 1941, *o. c.*, pág. 185.
[88] H. T. Thabit, 1957, págs. 81-86.
[89] T. Säve-Söderbergh, 1960, pág. 30.

intensificaron la explotación de las minas de Nubia, más de lo que lo habían hecho antes, para procurarse cornalina, hematites, feldespato verde, turquesa, malaquita, granito y amatista. Pero el principal producto de Nubia era siempre el oro. Durante el reinado de Tutmosis III el tributo anual sólo del país de Ouauat ascendía a 550 libras de metal precioso[90]. El oro de nubia procedía de las minas de la región situada alrededor de Wadi-el-Alaki y Wadi Gabgaba, en el desierto del este, y también de las minas situadas a lo largo del valle del Nilo hasta Abu Hamed, al sur[91].

Las demás importaciones de Egipto procedentes de Nubia comprendían el ébano, marfil, incienso, aceites, ganado, leopardos, huevos y plumas de avestruz, pieles de panteras, jirafas y cazamoscas hechos con las colas de jirafa, galgos, zambos y cereales. Al final de la XVIII dinastía vemos, entre las representaciones de los productos que constituían el tributo de Nubia, productos manufacturados. En la tumba de Huy, virrey de Nubia durante el reinado de Tut-Ank-Ammón, vemos que el tributo procedente del sur comprendía escudos, taburetes, lechos y sillones[92].

FIN DEL IMPERIO NUEVO

Como consecuencia de sus riquezas y también del poder de sus tropas, Nubia comenzó hacia el final del Imperio Nuevo a desempeñar un importante papel en los asuntos políticos interiores de Egipto mismo. El desorden, la falta de autoridad, la corrupción y las luchas por el poder han caracterizado esta época en Egipto. Los que tomaban parte en esas luchas, comprendiendo perfectamente la importancia que tenía Nubia para sus empresas, se esforzaban en ganarse el apoyo de la administración. El rey Ramsés-Siptah de la XIX dinastía fue en persona a Nubia, durante el primer año de su reinado, para nombrar a Seti virrey de Nubia[93]. Su delegado aportó regalos y recompensas a los altos funcionarios de Nubia. Mineptah-Siptah, el último rey de la XIX dinastía, fue obligado incluso a enviar a uno de sus funcionarios para llevar el tributo de Nubia[94], lo cual figuraba entre los deberes del virrey de Nubia cuando el faraón tenía un poder real en el conjunto de su imperio.

Durante la XX dinastía, la situación se deterioró considerablemente en Egipto. Hubo una conspiración del harén bajo Ramsés III (−1198/−1166), que trataba de derrocarlo. Entre los conspiradores, estaba la hermana del comandante de los arqueros de Nubia, que se puso en contacto con su hermano para que prestase su ayuda en la ejecución del complot. Pero es evidente que el virrey de Nubia siguió siendo fiel al faraón. Bajo Ramsés XI, último rey de la XX dinastía, estalló una rebelión en la región de Assiout. El rey logró, con la ayuda de Pa-nehesi, virrey de Kush, y de sus tropas, reprimir la rebelión y restaurar el orden en el Alto Egipto. Tras esa sublevación un tal Herihor llegó a ser el gran sacerdote de Amón en Tebas. Parece que Herihor ha sido nombrado gran sacerdote por Pa-nehesi y sus soldados nubios. Probablemente formaba parte del séquito de Pa-nehesi. En el año diecinueve del reinado de Ramsés XI, tras la muerte de Pa-nehesi, Herihor fue nombrado virrey de

90 F. Hintze, 1968, *o. c.*, pág. 17.
91 J. Vercoutter, 1959, *o. c.*, pág. 128.
92 N. M. Davies y A. H. Gardiner, 1926, pág. 22.
93 J. A. Breasted, 1906, *o. c.* III, pág. 642.
94 D. Randall MacIver y C. L. Woolley, 1911, *o. c.*, 26 pl. 12.

Nubia y visir de Tebas. Así se convirtió en el dueño y señor del Alto Egipto y de Nubia. Tras la muerte de Ramsés XI, Herihor llegó a ser rey (−1085) y con él comenzó una nueva línea de reyes en Egipto. Después, el caos reinó en Egipto y supuso para Nubia un sombrío período que duró hasta el siglo VIII antes de la era cristiana: en ese momento Kush se convierte súbitamente en una potencia mundial.

Capítulo 10

EL IMPERIO DE KUSH: NAPATA Y MEROE

J. LECLANT

Región actualmente muy aislada por los desiertos y por las barreras tan difícilmente franqueables de las 2.ª, 3.ª y 4.ª Cataratas del Nilo, el Dongola y las cuencas vecinas del Nilo medio fueron en otro tiempo centro de formaciones políticas poderosas y ricas. En la primera mitad del II milenio, la cultura llamada de Kerma corresponde a un reino fuerte y próspero: Kush según los textos egipcios. La prospección arqueológica, muy deficiente, de esa zona, hoy todavía mal conocida, apenas permite precisar la historia de este sector, tras la fase brillante, pero relativamente corta, de la dominación por Egipto del Imperio Nuevo (−1580/ −1085); casi durante tres siglos, el vínculo parece que quedó cortado entre Africa y el mundo mediterráneo; un silencio casi total reina en Nubia. Pero despierta a partir del final del siglo IX antes de la era cristiana; las excavaciones por G.A. Reisner de la necrópolis de Kurru [1], cerca de Napata aguas abajo de la 4.ª Catarata, han dado a conocer las tumbas de una serie de príncipes: túmulos al principio, y después a manera de mastabas de mampostería.

LA DOMINACION SUDANESA EN EGIPTO. LA XXV DINASTIA LLAMADA «ETIOPE»

Estos son los antiguos reyes de la raza que realizó la unión de Egipto y de Sudán, conocida en la historia con el nombre de XXV dinastía de Egipto o «dinastía etíope» [2]. Durante mucho tiempo se ha creído que ésta descendía de tránsfugos egipcios que habían huido a la región tebana. La semejanza de algunos nombres, el papel desempeñado por el dios Amón y su clero eran los argumentos invocados. Después algunas puntas de flecha de tipo sahariano hicieron pensar en un origen libio de la dinastía. En realidad, ésta es indígena; y puede que proceda de los sucesores de los antiguos soberanos de Kerma.

[1] D. Dunham I, 1950.
[2] J. Leclant, El Cairo, 1965, págs. 354-359.

Los primeros príncipes permanecen anónimos. Luego, a Alara le sucede Kashta, cuyo nombre parece tomado del de Kush; sus cartelas, al estilo egipcio, figuran en una estela encontrada en Elefantina; los nubios ocupaban entonces (hacia −750), parcialmente al menos, el Alto Egipcio.

LA ESTELA DE PEYE (PIANKHY)

Con el rey siguiente (Piankhy), cuyo nombre debe leerse en adelante Peye[3], se entra en la gran historia: una de las inscripciones que él ha hecho grabar en Napata y que, encontrada a mediados del último siglo, se conserva en el Museo de El Cairo, la estela de la Victoria[4], es uno de los textos más largos y más detallados del Antigua Egipto; en las dos caras y en los cantos, 159 líneas de jerógligos narran deliberaciones del rey en su palacio y etapas de su campaña contra los príncipes libios, dueños del Medio Egipto y del Delta, y se suceden escenas piadosas y discursos; Peye sabe mostrarse clemente; gran aficionado a los caballos, se irrita en Hermópolis al encontrar animales muertos en la caballeriza, pero perdona; se niega, no obstante, a encontrarse con «impuros», los dinastas del Delta, que comían pescado. Y de repente, en medio del ambiente de júbilo, tiene lugar el regreso hacia el sur, hasta Sudán. Sin embargo, en Tebas es instalada entonces como Divina Adoratriz de Amón la propia hija de Kashta, Amenirdis la antigua[5]. Otra gran estela de Peye[6], descubierta en 1920, define el carácter federativo del Imperio kushita al mismo tiempo que afirma la preponderancia del dios Amón: «Amón de Napata me ha hecho soberano de todo el pueblo; al que yo digo: tú eres rey, será rey; al que yo digo: no seas rey, no será rey. Amón de Tebas me ha hecho soberano de Egipto; al que yo digo: aparece como rey, se muestra como rey; al que yo digo: no aparezcas como rey, no se mostrará como rey ...Los dioses nombran a un rey, el pueblo nombra a un rey, pero es Amón quien me ha hecho rey».

EL REY SHABAKA

Hacia −713, Shabaka, hermano de Peye, sube al trono. Somete al Imperio de Kush[7] a todo el valle del Nilo hasta el Delta. Expulsará a Bocchoris, el dinasta de Sais, que le resistía; los compiladores de las listas reales de Egipto lo consideran como el fundador de la XV dinastía. La gran política del Próximo Oriente empuja a los kushitas hacia Asia, donde el avance de los asirios comienza a dejarse sentir; se hacen

[3] El nombre leído antaño Piankhy lleva en escritura jeroflífica el signo de la «cruz con asa», que se leía *ankh* en egipcio; pero el signo parece que ha sido considerado por meroítas como un simple ideograma, el de la «vida», que corresponde al sentido de la raíz meroítica *p(e)y(e)*; de ahí la lectura *peye* adoptada generalmente hoy día. Cf. A. Heyler y J. Leclant, 1966, pág. 552; K. B. Priesse, 1968, págs. 165-191; G. Vittmann, 1974, págs. 12-16.

[4] J. H. Breasted, 1906-1907, págs. 406 y siguientes; K. H. Priese, 1970, págs. 16-32; J. Leclant, 1974, páginas 122-123.

[5] J. Leclant, 1973 (b).

[6] Museo de Jartum, n.º 1851: G. A. von Reisner, 1931, págs. 89-100 y pl. V.

[7] Egipcios y nubios han designado a esa formación política con el nombre de «Kush» que era utilizada tradicionalmente para la región del Nilo medio, desde el Imperio Medio. Ese nombre figura en la Biblia, y los autores anglosajones utilizan el adjetivo «kushita». En la tradición de la historiografía francesa, en cambio, designamos la dinastía correspondiente, la XXV de Egipto, como «etíope» (cf. nota 2). Evitaremos aquí este último término para suprimer todo riesgo de confusión con la Etiopía contemporánea.

apremiantes llamamientos por parte de los príncipes así como de las ciudades siro-palestinas, y en particular de Jerusalén [8]. Pero al principio Shabaka parece mantener buenas relaciones con Asiria. En Sudán y en Egipto comienza una política monumental que se desarrolla bajo sus sucesores, los dos hijos de Peye: Shabataka, primero (−698/−690), y después el glorioso Taharqa (−690/−664) [9].

EL REY TAHARQA, LA LUCHA CONTRA LOS ASIRIOS

El nombre de Taharqa se encuentra en numerosos monumentos a lo largo de todo el Valle. Construye santuarios al pie de Djebel Barkal, montaña venerada, especie de mesa de arenisca que domina la gran cuenca fértil de Napata, levanta columnatas en los cuatro puntos cardinales del templo de Karnak y en el edifica numerosas capillitas en las que se asocian los cultos de Amón y de Osiris. Su presencia está asegurada en Menfis y en el Delta. Abandonando la necrópolis tradicional de Kurru, Taharqa edificó en Nuri lo que parece un cenotafio comparable al Osireion de Abidos [10]; una tumba que presenta elementos del elenco de títulos ha sido encontrada en Sedinga [11]. Varias estatuas de una calidad excepcional nos dan a conocer los rasgos del monarca, caminando con paso firme; el granito espléndidamente tallado estaba realzado con elementos de oro; el rostro es duro, la nariz carnosa desaparece encima de una gran boca con labios gruesos; el mentón corto y muy saliente subraya la extraordinaria fuerza de la mirada. Algunos textos, en particular varias estelas grandes, decubiertas por Griffih en Kawa, dan a conocer mejor la política del rey: construcciones religiosas, donaciones suntuosas en vajilla, objetos cultuales y materias preciosas, dotaciones en personal. El año VI es particularmente célebre: una alta crecida del Nilo permite subrayar la prosperidad del reino [12]. El rey que con ese motivo ha insistido en las circunstancias de su acceso al trono relata la llegada de la reina-madre Abailé [13].

Frente a los asirios, Raharqa había aceptado la lucha: su nombre suena en la Biblia [14] donde se percibe el terror ante los guerreros negros del país de Kush. Asarhadon (−681/−669) fracasa en su intento de penetrar en Egipto; es su sucesor Asurbanipal quien, a la cabeza de un enorme ejército, se apodera de Tebas en −663 y entra a saco en la ciudad.

EL REY TANUTAMON, EL FINAL DE LA DOMINACION SUDANESA SOBRE EGIPTO

A Taharqa le sucede su sobrino Tanutamón, el hijo de Shabataka. La estela llamada del Sueño narra sucesivamente la aparición de dos serpientes —alusión

8 H. von Zeissl, 1955, págs. 21-26.

9 J. Leclant, 1965, index, pág. 407.

10 D. Dunham II, págs. 6-16.

11 Tumba WT 1 de Sedinga: M. S. Giorgini, 1965, págs. 116-123.

12 Provocada por enormes cantidades de agua, esa «inundación para atraer a los animales» sumergió a todo el país; pero la voluntad providencial de Amón evitó otras calamidades anejas, destruyendo roedores y animales rastreros, rechazando las depredaciones de las langostas y no permitiendo el desencadenamiento de los vientos del sur.

13 M. F. L. Macadam, 1949, Inscr. IV, págs. 18-21.

14 II Libro de los Reyes, 19, 9, Isaías, 37, 9.

evidente al doble *uraeus* de los soberanos kushitas—, la coronación de Tanutamón en Napata, su marcha hacia el norte, la toma de Menfis, construcciones en Napata, y una campaña en el Delta con la sumisión de los príncipes locales. Pero en realidad, con la derrota infligida por los asirios, los kushitas se repliegan hacia el sur y eso supone el final de su dinastía en Egipto. En adelante esta dinastía se volverá definitivamente hacia el Mediterráneo, y la unidad del país es realizada por una dinastía del Delta, el saíta Psametico I quien lo libera de los asirios. En el año IX de Psamético I (−654), éste hace sancionar a su hija Nitocris como Divina Adoratriz en Tebas [15].

UNA MONARQUIA DOBLE

Conviene detenerse, sin duda, en estos cincuenta años durante los cuales Egipto y Sudán unidos fueron una gran potencia africana. El reino kushita aparece como una monarquía doble; su símbolo es el doble *uraeus,* esas dos serpientes que aparecen en la frente del faraón y lo protegen. Por su aspecto general, sus vestimentas y sus actitudes, los soberanos de la XXV dinastía copian a los faraones de Egipto que les han precedido y de los que se declaran sus sucesores, incluso sus descendientes. El estilo de sus monumentos es típicamente faraónico. Las inscripciones son egipcias con reminiscencias de la tradición más clásica. Los relieves y las estatuas muestran los rasgos siguientes: pómulos salientes, maxilares potentes, labios fuertes. Llevan también adornos propios de Sudán: ostentan gustosamente una especie de gorro que sujeta estrechamente su nuca y una banda de dicho gorro protege la sien; una gruesa venda anudada sujeta la cabeza y deja flotar dos flecos detrás, sobre los hombros. Cabezas de carneros, animal sagrado de Amón, adornan sus pendientes o los colgantes de sus collares. Amón es, en efecto, el gran dios dinástico, adorado en cuatro grandes santuarios: Napata, Tore (sin duda Sanam), Kawa y Pnubs (Tabo, en la isla de Argo). Al culto de cada uno de esos santuarios estaban consagradas princesas, que tocaban instrumentos de música en honor de Amón. En la parte sudanesa de su Imperio, los kushitas están frecuentemente rodeados de sus madres, esposas, hermanas y primas. Eso no ocurre en Egipto mismo, donde no obstante los faraones kushitas son asistidos en Tebas por las Divinas Adoratrices, princesas consagradas vírgenes porque eran esposas exclusivas del dios Amón; provistas de privilegios reales, las Amenirdis y las Shepenupet constituyen una especie de dinastía paralela, sucediendose de tía a sobrina; pero no son epónimas y no tienen que actuar en las crecidas del Nilo. Al frente de una importante casa, su poder está, no obstante, limitado por la presencia en Tebas de un Prefecto de la Ciudad, que representa al faraón.

La gloria de la XXV dinastía ha sido grande; toda una tradición a este respecto se ha elaborado entre los autores clásicos. Y de hecho, el arte de esa época testimonia un gran vigor. Retornando lo mejor de la tradición anterior, los kushitas han aportado al arte un poder nuevo y una fuerza importante.

[15] R. A. Caminos, 1964, págs. 71-101.

NAPATA, PRIMERA CAPITAL DEL IMPERIO KUSHITA

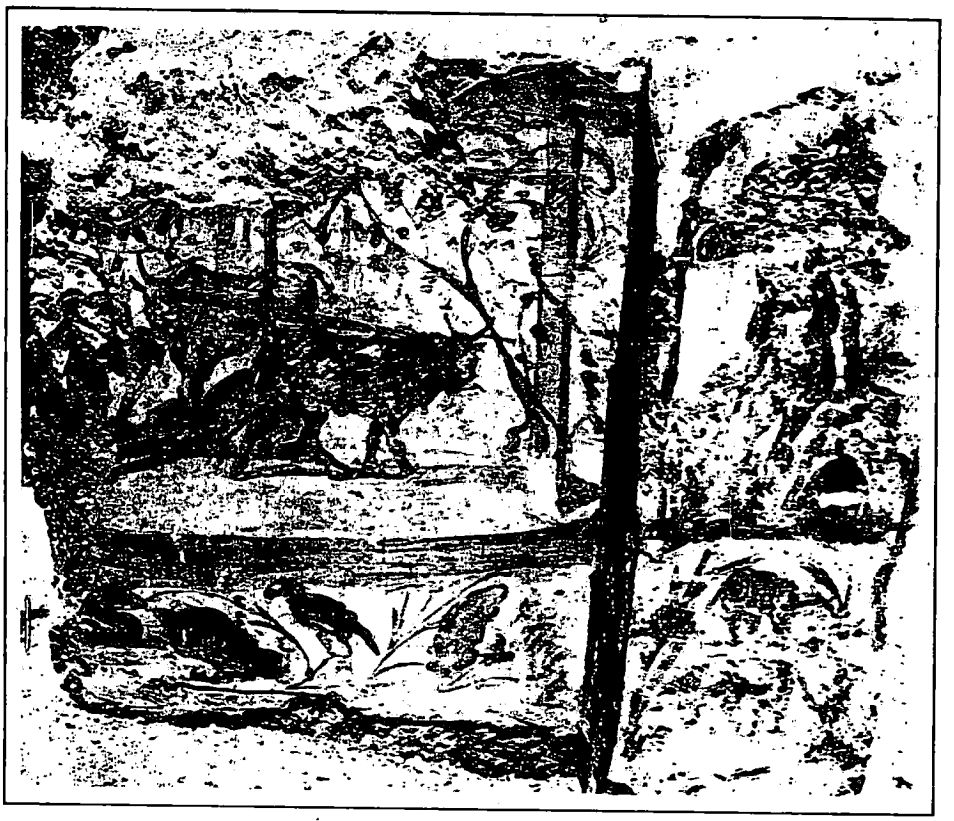
Después que los kushitas se hubieron retirado de Egipto por las derrotas de los asirios, su historia es muy difícil de establecer; la cronología misma permanece muy incierta. Durante un milenio prosigue el destino de un Estado en adelante cada vez más africano: el reino de Kush, como él mismo se designa según el antiguo nombre indígena de la región. Desde el punto de vista de la egiptología tradicional, es una larga decadencia durante la cual las influencias faraónicas habrían degenerado. En realidad, es una cultura de Africa que unas veces se afirma más en su especificidad y otras quiere ponerse al unísono de la civilización egipcia, siendo, por otra parte, ella misma africana; llegan a veces ecos del Mediterráneo, en particular después de la fundación de Alejandría.

La capital se mantiene al principio en Napata, al pie de la montaña santa del Djebel Barkal. Después, sin duda en el siglo VI de la era cristiana, es trasladada más al sur, a Meroé. La extensión del reino kushita apenas está precisada, y la diversidad de sus regiones todavía está mal explicada. En el extremo norte, la Baja Nubia, especie de paso fronterizo permanece en litigio entre los meroítas y los dueños de Egipto: saítas, persas, ptolomeos y después romanos; zona de silencio desde el final del Imperio Nuevo egipcio (hacia −1085), esa región poco favorecida, en la soledad de los desiertos del Trópico, parece haber quedado muy poco poblada hasta el momento de la llegada de la era cristiana; su renacimiento entonces se debió realmente a la introducción de la *saqia* (cf. cap. 11) (noria). En el corazón del Imperio, la Nubia propiamente dicha, extendida a lo largo del río (cuencas de Napata, de Letti, de Dongola y de Kerma), fue siempre, parece, bastante diferente de la región de estepas de la «isla de Meroé». En dirección al este, el Butana oculta numerosos establecimientos, mientras que las pistas y los ríos del mar Rojo esperan aún ser explorados. Las prospecciones arqueológicas están insuficientemente desarrolladas para que se puedan indicar los límites del reino kushita hacia el sur, en las sabanas y las tierras muy fértiles de la Gezira; sin embargo, se admite que comprendía al Sudán central y se extendía al menos hasta Sennar, en el Nilo Azul, y hasta Kosti, en el Nilo Blanco; también hay que tener en cuenta elementos exhumados en Djebel Moya. Hacia el oeste, su influencia iba a llegar a Kordofán; se puede esperar mucho de exploraciones realizadas a través de la vasta franja de las sabanas nilo-chadianas.

En Napata, las tumbas del cementerio de Nuri[16] están entre los elementos esenciales para establecer la historia, aún muy poco conocida, de los reyes de la dinastía napatense. Los primeros soberanos permanecen muy egiptizados. Como en los reyes de la XXV dinastía, sus sepulturas están dominadas por pirámides de estilo egipcio, cuya forma recuerda más las de los altos dignatarios del final del Imperio Nuevo que las pirámides reales de la IV dinastía; el ornato de sus cámaras funerarias y sus sarcófagos macizos de granito son de estilo egipcio totalmente: textos religiosos, cuya tradición remonta hasta los Textos de la Pirámides, cubren sus paredes; los objetos del material mortuorio que han escapado al saqueo de las tumbas: copas para la libación, shauabtis y figurillas, no difieren tampoco de los de Egipto.

Los dos primeros reyes no son apenas más que nombres: Atlanarsa (−653 / −643), hijo de Taharqa, y su hijo Senkamanisken (−643/ −623), cuyas estatuas más

[16] D. Dunham, 1955.



• *Saqia (Fuente:* Archaelogy, *otoño 1977, v. 17, n.º3).*

bellas han sido encontradas en Djebel Barkal. Los dos hijos y sucesores de este último, Anlamani (−623/ −593), y después Aspelta (−593/ −568), son mejor conocidos. En Kawa, una estela de Anlamani[17] relata la gira del rey a través de las provincias a las que provee de templos: dirige una campaña contra un pueblo que podrían ser los blemíes; después son recordadas la llegada de la reina-madre Nasalsa y la consagración de las hermanas del rey como instrumentistas del sistro ante el dios Amón en cada uno de sus cuatro grandes santuarios.

Su hermano y sucesor Aspelta (−593/ −568) ha dejado dos grandes textos encontrados hace mucho tiempo. El de la entronización o coronación data del año 1[18]; el ejército está reunido cerca de Djebel Barkal; los jefes deciden consultar a Amón de Napata, quien designa a Aspelta cuya descendencia por las «hermanas reales» es particularmente gloriosa; toma las insignias reales, da gracias e invoca al dios; recibido con alegría por el ejército, hace donaciones a los templos; tales son los fundamentos militares y religiosos de la monarquía kushita. La estela del infantado de las princesas, del año 3, se conserva en el Museo del Louvre: es el proceso verbal de la investidura de una princesa como sacerdotisa. Según otro texto descubierto por G. A. Reisner en Djebel Barkal, el soberano establece un servicio mortuorio en honor de Khaliut, hijo de Peye, mucho tiempo después de su muerte. En cambio, se puede dudar de la atribución hecha a veces a Aspelta de la estela de la excomunión; los nombres del rey han dido martilleados; el texto oscuro refiere como son excluidos, del templo de Amón de Napata, los miembros de una familia que había planeado un asesinato; el dios los condena a ser quemados y el rey pone en guardia a los sacerdotes contra la repetición de semejantes hechos.

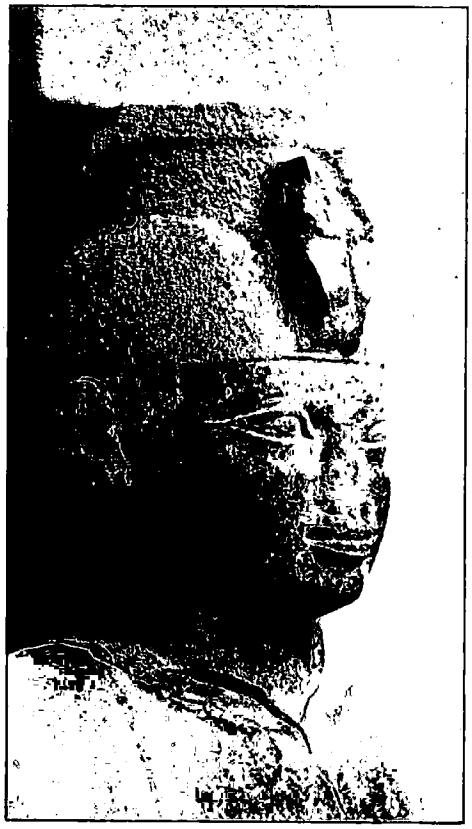
LA EXPEDICION DE PSAMETICO II, LA CAIDA DE NAPATA

Aspelta es un contemporáneo de Psamético II. Es uno de los rarísimos sincronismos realmente seguros, casi el único, de un milenio de historia. En el año −591, o sea, el año 2 del rey, el país Kush es invadido por una expedición egipcia, compuesta de mercenarios griegos y carienos bajo el mando de los generales Amasis y Potasimto[19]. Napata es tomada.

TRASLADO DE LA CAPITAL A MEROE

Los kushitas decidieron desde entonces poner una distancia mayor entre ellos y sus poderosos vecinos del norte; sin duda a la incursión egipcia, cuya importancia se había subestimado tanto tiempo, hay que atribuir el traslado de la capital de Napata a Meroé, es decir, mucho más al sur, no lejos de la 6.ª Catarata. Aspelta es, en efecto, el primer soberano, cuyo nombre está atestiguado en Meroé. Sin embargo, Napata siguió siendo, sin duda, la capital religiosa del reino: los soberanos continuaron haciéndose enterrar en la necrópolis de Nuri hasta el final del siglo IV antes de la era cristiana.

17. M. F. L. Macadam, *o. c.*, 1949, págs. 44-50, pl. 15-16.
18. I. Hoffmann, 1971.
19. S. Sauneron y J. Yoyotte, 1952, págs. 157-207. Una nueva versión de este libro ha sido publicada por H. S. Bakry, 6, 1967, págs 225 y siguientes, pl. 56-59.



1

2

• *1. Estatua en pie de Aspelta, en granito negro de Etiopia.*

• *2. Detalle (busto) (Fotografia Museum of Fine Arts, Boston).*

En el año −525 se perfila la amenaza persa. Se conoce la respuesta del soberano nubio a los enviados de Cambises[20]: «Cuando los persas tensen, tan fácilmente como yo lo hago, arcos tan grandes como éste, que marchen entonces con fuerzas superiores contra los etíopes». Cambises no tomó en consideración el consejo; su ejército no pudo franquear Batn el-Haggar y tuvo que replegarse con importantes pérdidas. Sin embargo, los persas contaron a los habitantes de Kush entre sus súbditos. Un escudo les está dedicado sobre el zócalo, decorado en honor de los pueblos del Imperio, de la magnífica estatua de Darío recientemente descubierta en Susa[21]. Se puede admitir que una franja de Nubia quedó bajo su dominio. Contingentes kushitas se encuentran en los ejércitos de Darío y de Jerjes. También se mencionan regalos de oro, de ébano, de colmillos de elefante y hasta de niños, los antiguos «tributos», en otro tiempo impuestos por Egipto, se habrían ido hacia Persépolis y Susa.

El traslado de la capital se explicaría también por razones climáticas y económicas. Las estepas ofrecían a Meroé una extensión mucho más vasta que las cuencas vecinas de Napata encerradas en el corazón del desierto. A los recursos de la ganadería se añadían los de la agricultura, muy posible en esa zona de lluvias de verano. Vastas cuencas de riego *(hafirs)* fueron adaptadas en la proximidad de los grandes emplazamientos. El comercio iba a ser activo: Meroé constituía una encrucijada elegida para las rutas de caravanas entre el mar Rojo, el alto Nilo y Chad. Sobre todo, la abundancia relativa de árboles y de matorrales proporcionaba el combustible necesario para el tratamiento del hierro, cuyo mineral se encuentra en la arenisca nubia. Los montones de escorias atestiguan la amplitud de la actividad industrial; pero los autores más recientes denuncian la exageración que habría en llamar a Meroé la Birmingham de Africa[22].

Para los largos siglos que permanecen oscuros, el historiador no dispone apenas más que de las sepulturas reales. Su descubridor, G.A. Reisner, se ha dedicado a hacer coincidir la lista de los nombres reales atestiguados con las pirámides descubiertas; trabajo aleatorio que ha experimentado después numerosos retoques y puede ser aún objeto de modificaciones. El último soberano enterrado en Nuri es Nastasen (poco antes del año −300). Después, los cementerios de Meroé reciben las inhumaciones reales y de príncipes. Sin embargo, varios soberanos retornan a Djebel, lo que ha podido hacer pensar a ciertos historiadores que en la Nubia del norte habría habido dos dinastías paralelas a las de Meroé, una inmediatamente después de Nastasen, y otra en el siglo I antes de la era cristiana[23].

Sólo algunos textos importantes arrojan luz, —aunque sobre aspectos parciales—. El largo período egipcio se altera; más exactamente quizá, en las grafías jeroglíficas que pueden tomar aspectos algo fantásticos, hay que buscar anotaciones del estado contemporáneo de la lengua —en realidad el demótico— y también reflejos del meroítico, la lengua propia de los kusitas.

Disponemos de varias inscripciones del rey Amannoteyeriké (poco antes del año −400). La mejor de ellas relata la elección del rey, un «buen mozo de 41 años», luego expediciones militares entremezcladas con festividades religiosas, un desfile con

[20] Herodoto III, 21.

[21] J. Perrot y otr., 1972, págs. 235-266.

[22] Cf. orientación bibliográfica dada más adelante, en particular: B. G. Trigger, 1969, págs. 23-50 y H. Amborn, 1970, págs. 74-95.

[23] Sobre la cronología meroítica, cf. más adelante la orientación bibliográfica.

antorchas, la visita de la reina madre, restauraciones de edificios y donaciones a los santuarios.

Luego viene Harsiotef, cuya célebre inscripción, se divide entre ceremonias y campañas contra numerosos enemigos. Lo mismo se puede decir de la estela de Nastasen, llevada por Lepsius a Berlín; quizá ofrezca un sincronismo, aunque falta mucho para leerse allí el nombre de Khababash, reyezuelo efímero de Egipto (segunda mitad del siglo IV antes de la era cristiana). En una de sus campañas, Nastasen capturó 202.120 cabezas de ganado mayor y 505.200 de ganado menor. Sería conveniente poder situar a todos los pueblos mencionados en las inscripciones; los botines frecuentemente son enormes; evidentemente algunas etnias deben ser buscadas en la sabana nilo-chadiana. El grabado de la estela es de bellísima calidad y testimonia la permanencia —o el retorno— de una influencia egipcia directa.

ERGAMENE EL FILHELENO

El renacimiento que parecen marcar las décadas siguientes se afirma en la historiografía griega bajo el nombre de Ergamene. Tras haber mencionado la omnipotencia del clero kushita, que puede obligar al rey al suicidio si ha dejado de agradar, Diodoro de Sicilia[24] refiere cómo un soberano impregnado de cultura griega, Ergamene, osó resistir y mandó dar muerte a algunos sacerdotes. No obstante, subsisten dudas sobre la identidad de Ergamene; ¿cuál de los tres soberanos meroíticos, Arkakamani, Arnekhamani o Arcemani, se debe reconocer en él? Arnekhamani es el rey constructor del Templo del León en Mussawarat es-Sufra[25]. En él se leen himnos en buena lengua egipcia ptolomeica; artistas y escribas egipcios debieron estar presentes. Sin embargo, nos encontramos frente a unos relieves de estilo propiamente meroítico, el peinado, adornos e insignias del rey son de inspiración local, y los rostros se apartan de los cánones egipcios; junto a divinidades faraónicas, se adora a dioses propiamente meroíticos, Apedemak, el dios-león[26] y Sbomeker. Ciertamente, las relaciones con Egipto no están cortadas, ya que varios santuarios están dedicados en común a Philae y a Dakka en la Baja Nubia. Pero las rebeliones al sur del Egipto lágida, al final del siglo III antes de la era cristiana, pueden haber sido sostenidas por reyezuelos nubios; Ptolomeo V debió realizar campañas en el país y Ptolomeo VI fundó colonias en Triacontaschena[27].

LA LENGUA Y LA ESCRITURA MEROITICAS

Con la reina Shanakdakhete (−170/−160) parece que se afirma plenamente el poder de un matriarcado[28] —típicamente local—. En una construcción a su nombre

[24] Diodoro de Sicilia III, 6. No se posee otra indicación sobre un eventual asesinato del rey.

[25] F. Hintze, 1976.

[26] L. V. Zabkar, 1975.

[27] Los griegos han designado con el nombre de Dodecaschene a la región al sur de Filae sobre una longitud de «12 schenes», o sea, aproximadamente 120 km. Se discute si había que contar los 320 km. de la «Triacontaschene» también a partir de Filae, o por el contrario, a partir del límite sur de la región anteriormente definida.

[28] Cf. B. G. Haycock, 1965, págs. 461-480; I. S. Katznelson, 1966, págs. 35-40 (en ruso); M. F. L. Macadam, 1966, págs. 46-47; J. Desanges, 1968, págs. 89-104 y 1971, págs. 2-5.

en Naga, se encuentran grabadas inscripciones en jeroglíficos meroíticos que son de las más antiguas que se conocen. Esos jeroglíficos son tomados del egipcio, pero con valores diferentes. Por un cambio, que puede testimoniar una voluntad deliberada de diferenciación, deben ser leídos según la dirección inversa de los de Egipto. A esos jeroglíficos corresponde una escritura cursiva de una grafía a menudo elemental; los signos parecen derivar, de una parte, de la escritura demótica en uso en el Egipto de entonces para documentos administrativos y privados. De todos modos, la lengua meroítica, cuya naturaleza aún no conocemos, y el sistema gráfico difieren totalmente del egipcio; los veintitrés signos representan las consonantes, algunas vocales y sonidos silábicos; grupos de dos puntos separan generalmente unas palabras de otras. En 1909, el inglés F. Ll. Griffith encontró la clave de la transliteración. Después, se han clasificado los diferentes tipos de textos, poniendo en paralelo las fórmulas que se han encontrado, comparables entre sí, en particular en los textos funerarios. Tras una invocación a Isis y a Osiris, los textos citados reproducen el nombre del difunto, los de su madre (al principio, generalmente) y de su padre, cierto número de parientes o de pertenencias que proporcionan una abundancia de títulos y de dignidades, de nombres de lugares y de divinidades. Sin embargo, es difícil llegar más lejos. El estudio del uso del artículo en particular ha permitido la división de los textos en unidades manejables para el análisis, los bastones flexibles. El esfuerzo se ha realizado igualmente sobre el verbo por lo que el uso de sufijos y prefijos ha podido ser puesto en evidencia. Muy recientemente la informática ha permitido el registro sistemático de los textos transliterados con los elementos de análisis correspondientes [29]. Pero, de momento, la traducción, propiamente dicha, de unos ochocientos textos recogidos sigue siendo en conjunto imposible.

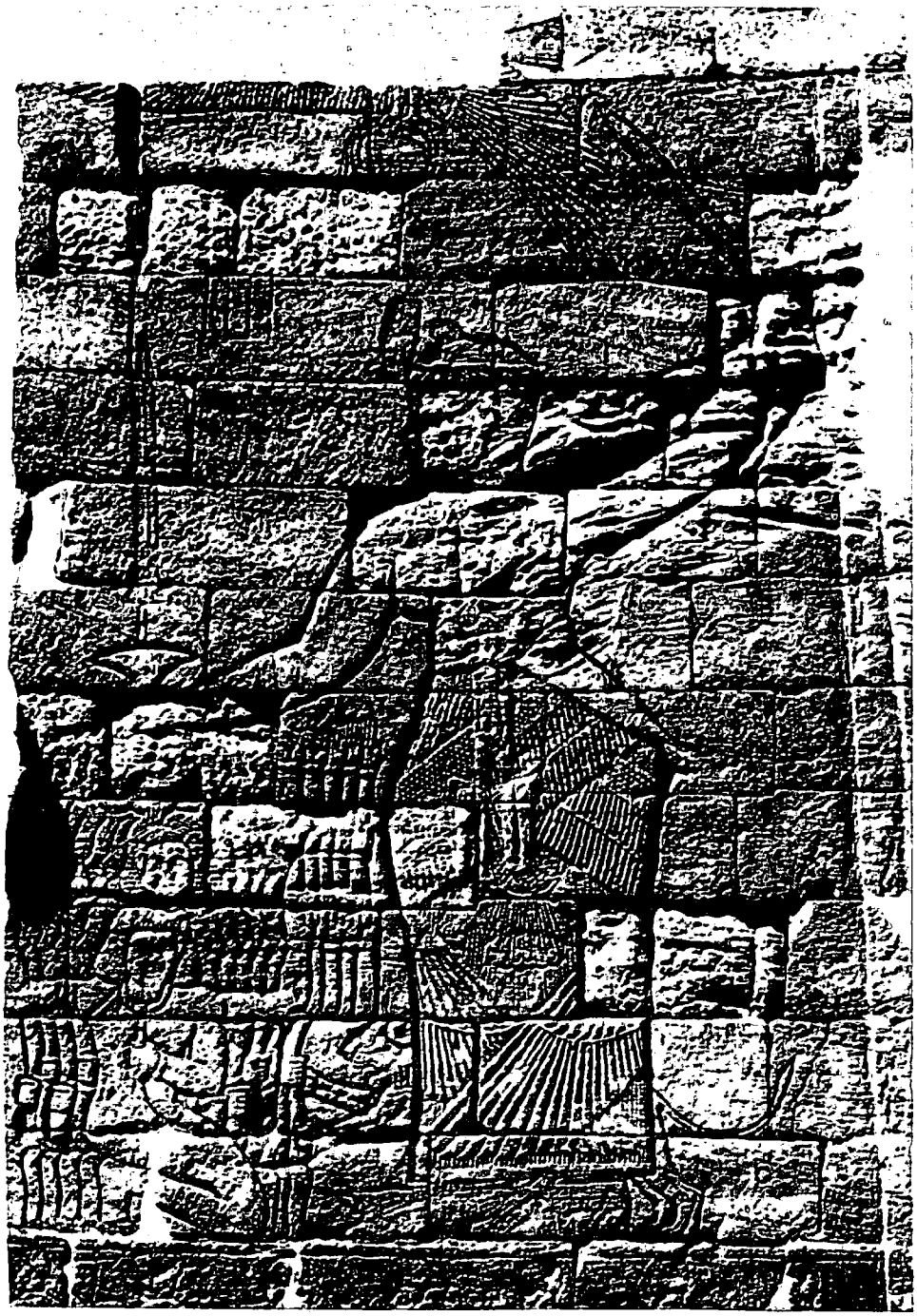
Los primeros textos meroíticos largos figuran en dos estelas del rey Taniydamani, que se fecha hacia el final del siglo II antes de la era cristiana. Las incertidumbres de la cronología meroítica son particularmente graves en este período. Hasta el punto que, como hemos visto, algunos especialistas han creído en la existencia de un Estado independiente en Napata, lo que parece muy improbable. Dos reinas alcanzan entonces un lugar preponderante: Amanirenas y Amanishaketo. Sus esposos siguen sin tener importancia, se ignora incluso el nombre del de la segunda. El trono está igualmente ocupado durante algunos años por el príncipe, convertido en rey, Akinidad, hijo de la reina Amanirenas y del rey Teriteqas. Sin embargo, es importante el orden de sucesión de esas dos reinas, esas dos «Candaces» (es la transcripción del título meroítico *Kdke*, en la tradición de los autores clásicos) [30].

ROMA Y MEROE

Una de las dos reinas tuvo contacto con Augusto en un famoso episodio, uno de los pocos en los que Meroé aparece en la escena de la historia universal: como consecuencia del saqueo de Assuán por los meroítas (sin duda, es entonces cuando fue cogida la estatua de Augusto, cuya cabeza fue encontrada después enterrada bajo el

[29] El Grupo de estudios meroíticos de París ha emprendido el registro, por mediación de la informática, de los textos meroíticos agrupados en el Repertorio de epigrafía meroítica. Cf. orientación bibliográfica, *infra*, en particular los artículos publicados en Répertoire d'épigraphie méroïtique, Jartum, 1974, págs. 17-60.

[30] Cf. nota 28.



• *La reina Amanishakheto: relieve de la pirámide Beg N6 de Meroë.*

umbral de uno de los palacios de Meroé), el prefecto del Egipto convertido en romano, Petronio, emprende una expedición de represalias y se apodera de Napata en −23. Una guarnición romana permanente se instala en Primis (Qasr Ibrim), que resiste a los ataques de los meroítas [31]. Se llega a un tratado de paz negociado en Samos, donde residía entonces Augusto (−21/ −20).

La guarnición romana parece que había sido retirada, se renuncia a exigir a los meroítas un tributo y, finalmente, la frontera entre el Imperio romano y Meroé se establece en Hierasykaminos (Maharraqa). ¿Se sabrá alguna vez si Amanirenas o Amanishaketo era la Candace de mirada y de figura «hombruna», esa mujer vigorosa y heroica que, al decir de Estrabón, Plinio y Dion Cassio, dirigió las negociaciones con los invasores romanos?

EL APOGEO DEL IMPERIO MEROITICO

Este período de los alrededores de la era cristiana es uno de los puntos culminantes de la civilización meroítica, como testimonian diversas construcciones. Los nombres de Akinidad y de la reina Amanishakheto se leen en el templo T de Kawa. Se ha atribuido a la soberana un palacio descubierto estos últimos años en Uad ben Naga, en la parte inmediata del río [32]. Se admira la bella sepultura en la necrópolis Norte de Meroé [33]. Su pirámide, precedida al este por la capilla y el pilón tradicionales, es una de las más imponentes de la capital; en 1834 proporcionó al aventurero italiano Ferlini joyas de un lujo extraordinario que hacen hoy la gloria de los museos de Munich y de Berlín. Aderezos semejantes adornan los relieves donde reinas y príncipes ostentan un lujo algo llamativo, que nos hace recordar el de otra civilización de mercaderes enriquecidos en los límites del mundo helenizado, la de Palmira. A ello se añade un toque de violencia: escenas crueles de prisioneros desgarrados por leones, traspasados por venablos y devorados por aves de presa.

Natakamani, yerno y sucesor de Amanishakheto, y su esposa, la reina Amanitere (−12/ +12) fueron también grandes constructores: sus nombres son sin duda mencionados muy frecuentemente en los monumentos kushitas. A través de las grandes ciudades del Imperio, testimonian el poder de una dinastía en su apogeo. Al norte, en la parte sur de la 2.ª Catarata, los soberanos edificaron un templo en Amara; los relieves de ese templo eran de ejecución y estilo egipcio, si se exceptúa el detalle del tocado real meroítico, gorro que sujeta una cinta que flota en la parte de atrás. En la isla de Argo, justamente aguas arriba de la 3.ª Catarata, los dos colosos han pasado durante mucho tiempo por los de Natakamani [34]. La pareja real emprende igualmente la restauración de Napata, devastada por la expedición de Petronio, y en particular la del templo de Amón. En Meroé mismo, los nombres de Natakamani y de su esposa se leen en el gran templo de Amón, conjuntamente con el del príncipe Arikankharor. En Uad ben Naga, el templo Sur es obra de los dos soberanos. Estos están vinculados con Naga, el gran centro de las estepas, al sur de Meroé; el templo de Amón comenzaba en su fachada con un pilón, cuya decoración une influencias egipcias y

[31] J. Desanges, 1949, págs. 139-147 y M. J. Plumey, 1971, págs. 7-24, mapa 1, il 11.
[32] J. Vercoutter, 1962, págs. 263-299.
[33] D. Dunham, IV, 1957, págs. 106-111.
[34] S. Wenig propone ver en ellos en adelante a los dioses Arensnuphis y Sebiumeker, 1967, págs. 143-144.

características propiamente meroíticas; el edificio más célebre es el templo del León de Naga, cuyos relieves son los más representativos del arte meroítico. Las pirámides del rey, de la reina y de los príncipes han sido identificadas en Meroé. A los dos soberanos les gusta estar acompañados en las representaciones por uno de los príncipes reales Arikankharor, Arikakhatani o Shorkaror, variando según los monumentos; ¿acaso los príncipes eran virreyes de las provincias en cuyos templos principales eran representados? Shorkaror parece que subió al trono a continuación de sus padres, poco después de la era cristiana; un relieve rupestre del Djebel Qeili, en el sur de Butana, lo muestra como triunfador ante numerosos enemigos bajo la protección de un dios solar.

MEROE Y LOS PAISES VECINOS

En los años siguientes, se sitúa el famoso episodio de los *Hechos de los Apóstoles* (8, 28-39): en el camino de Jerusalén a Gaza, el diácono Felipe convierte a un «etíope», un eunuco alto funcionario de Candace, reina de Etiopía, y superintendente de todos sus tesoros[35]. Cualesquiera que sean el valor y el sentido de este testimonio, atestigua que Meroé era conocido muy lejos.

En otro sentido, durante mucho tiempo se ha intentado buscar conexiones exteriores: una representación de Apedemak, el dios-león, lo muestra con un triple hocico leonino y cuatro brazos[36]. Se ha citado en este caso a la India, lo mismo que para los relieves de Naga que representan una flor de loto de la que brota una serpiente; su cuello se transforma en un cuerpo humano provisto de un brazo que rebasa el hocico de Apedemak, tocado con una triple corona. En las ruinas de Mussawarat es-Sufra, se observan numerosas representaciones de elefantes; una de las más curiosas es la de un paquidermo que sirve de apoyo a un ancho muro. Las investigaciones más recientes tienden a eliminar la hipótesis india y a considerarlas como hechos estrictamente locales y por tanto más interesantes, del reinado de Kush[37].

Ese país lejano continúa intrigando a los romanos. Nerón, hacia +60, envía a dos centuriones que remontan el Nilo; a su regreso, declaran que la región es demasiado pobre para ser digna de conquista[38]. Una inscripción en latín está grabada en uno de los muros de Mussawarat. Monedas romanas han llegado, en número muy reducido, hasta algunos puntos de Nubia y de Sudán: una moneda de Claudio a Meroé, una de Nerón a Karanog, una moneda de Diocleciano más lejos, a Kordofán (El Obeid), y otra de la mitad del siglo IV a Sennar. Estos modestos vestigios ocupan un lugar importante en los descubrimientos de las cuencas de Meroé, así como los bronces de algunas tumbas o el magnífico lote de objetos de vidrio recientemente encontrado en Sedinga[39].

---

[35] Traducción de la Biblia, llamada de Jerusalén, en la que las notas precisan que se trata de la región: «más allá de la 1.ª Catarata: Nubia o Sudán egipcio», es decir, el país de Kush que hemos definido, cf. nota 7.

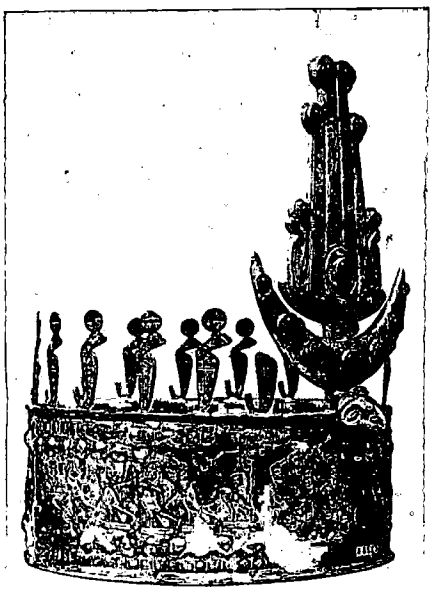
[36] Cf. nota 26.

[37] Cf. orientación bibliográfica *infra*. Nota sobre las relaciones eventuales con la India, cf. A. J. Arkell, 1951; I. Hoffmann, 1975.

[38] Sobre las fuentes que se refieren a la expedición de Nerón, cf. F. Hintze, págs. 70-71.

[39] Cf. *Orientalia* 40, 1971, págs. 252-255, pl. XLIII-XLVII; J. Leclant, 1973, págs. 52-68, fig. 16; y J. Leclant, *in* K. Michalowski, 1975, págs. 85-87, fig. 19.

1



2

• *1. Objetos de vidrio azul con adornos pintados, de Sedinga (Fotografía Museo de Jartum).*

• *2. Una corona de Ballana (Fuente: W. B. Emery,* The Royal Tombs of Ballana and Qustul, *El Cairo, 1938. Fotografía Museo de El Cairo).*

Las relaciones más constantes de Meroé fueron las que mantuvo con el templo de Isis, de Filae; regularmente fueron enviadas embajadas con ricos presentes para el santuario de la diosa; numerosas inscripciones, hechas a mano, han sido conservadas en demótico, en griego y en meroítico, que permiten establecer el único sincronismo de uno de los últimos reinados meroíticos, el de Teqerideamani (+246/ +266), que, en +253, envió embajadores a Filae. Sabemos muy poco de los últimos siglos de Meroé. La parte indígena llega a ser cada vez más importante. El control de las rutas de caravanas entre el valle del Nilo, el mar Rojo y la sabana nilo-chadiana —fundamento económico de este imperio—, no funcionaba probablemente sin dificultades. Las pirámides reales se hacen cada vez más pequeñas y más pobres. La escasez de objetos egipcios o mediterráneos indica un corte de las influencias exteriores, causa o consecuencia de la decadencia.

LA DECADENCIA Y LA CAIDA DE MEROE

Los meroítas que hasta entonces habían triunfado ante las incursiones de las tribus nómadas, se convierten en lo sucesivo en presa tentadora para sus vecinos: axumitas al sur, nómadas blemíes al este y nubas al oeste. Sin duda es a estos últimos, citados por vez primera por Eratóstenes el año 200 antes de la era cristiana, a quienes conviene atribuir la caída del Imperio meroítico.

A este respecto solamente poseemos un testimonio indirecto. Hacia +330, el reino de Axum, que se había desarrollado en las altas mesetas de la actual Etiopía, había llegado rápidamente a la cima de su poder; Ezana [40], el primero de sus soberanos en abrazar el cristianismo, alcanza el afluente del Atbara y se jacta de haber realizado una expedición fructuosa en botín «contra los nubas»; de esto se puede concluir que el reino meroítico se había derrumbado ya cuando la campaña de Ezana. Desde entonces cesaron las inscripciones en meroítico; quizás la lengua meroítica cedió, entonces, el lugar a la antepasada del actual nubio. La alfarería misma, manteniéndose totalmente fiel a su tradición milenaria, toma unas características nuevas.

Algunas han supuesto que la familia real kushita había huido al oeste y se había establecido en Darfur, donde habría huellas de supervivencia de tradiciones meroíticas [41]. En todo caso, investigaciones en esas regiones y en el Sudán meridional deberían permitir comprender mejor cómo las influencias egipcias se han transmitido hacia el Africa profunda por mediación de Meroé. La gloria de Kush se refleja, sin duda alguna, en algunas leyendas del Africa central y del oeste. Entre los sao se conservaría el recuerdo de una iniciación debida a hombres llegados del este. Han circulado técnicas; algunos pueblos funden el bronce por el procedimiento del carácter absorbente, como en el reino kushita; pero sobre todo, sería gracias a Meroé como la industria del hierro, aportación principal, se habría extendido por el continente africano [42].

Cualquiera que sea la importancia de esa penetración de las influencias meroíticas a través del resto de Africa, no se debería subestimar el papel de Kush: durante un

[40] L. B. Kirvan, 1960, págs. 163-173; I. Hoffmann, 1971, págs. 342-352.

[41] En particular, A. J. Arkell, 1961, págs. 174 y siguientes, ha presentado esa hipótesis, apoyándose en la presencia de ruinas y en los indicios onomásticos. Pero, parece que el estadio de la simple hipótesis ha sido sobrepasado.

[42] Cf. nota 18 y orientación bibliográfica, *infra*.

milenio, en Napata, y después en Meroé, se desarrolla una civilización muy original que, bajo un ornato al estilo egipcio afirmado de un modo más o menos constante, siguió siendo profundamente africano.

NUBIA TRAS LA CAIDA DE MEROE. EL «GRUPO X»

Se puede estimar que los nubas, que llegaban del oeste o del sudoeste, eran los portadores de la lengua nubia, cuyas ramas constituyen todavía hoy dialectos en uso, tanto en algunas regiones montañosas de Darfur, como en las diversas zonas de la Alta y de la Baja Nubia.

Como acabamos de ver, algunos grupos nubas se habían instalado en la parte meridional del reino meroítico. Se distinguen arqueológicamente por una alfarería de un tipo bastante africano. Sus tumbas son túmulos; algunos han sido excavados en Tanqassi[43], cerca del Djebel Barkal, y en Ushara; otros quedan por explorar, en particular a lo largo de la orilla oeste del Nilo. Hacia +570 parece que esos nubas se convirtieron al cristianismo por el obispo monofisita Longino.

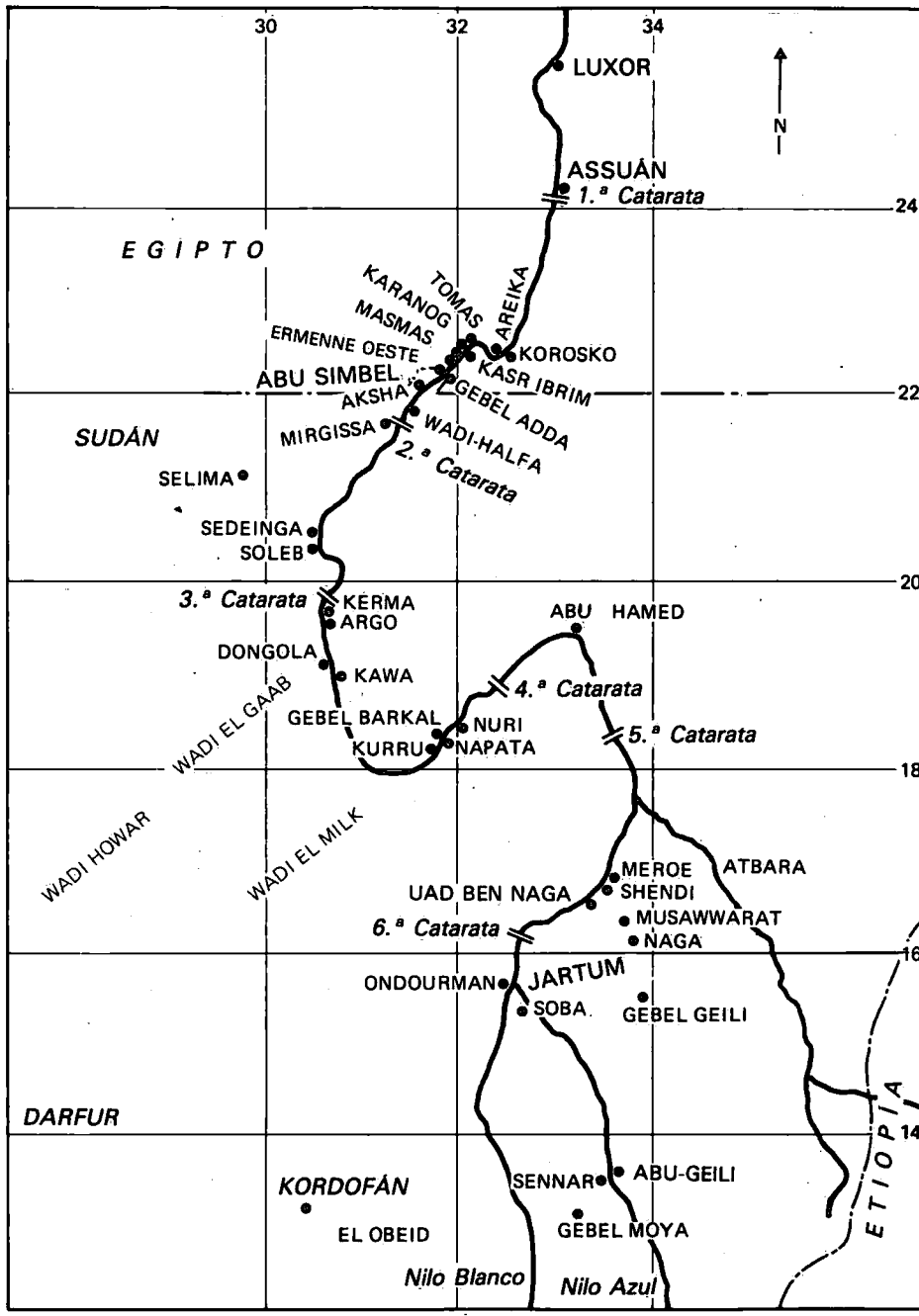
En el norte, los restos del reino meroítico parece que conocieron un destino, hasta cierto punto, diferente. Después del estudio de G.A. Reisner en 1907, una simple letra designa allí la fase cultural que sigue a la caída de Meroé: el «grupo X» —lo cual es evidentemente una confesión de ignorancia—. Esa cultura ocupa toda la Baja Nubia, hasta Sai y Kawa al sur, en dirección de la 3.ª Catarata; en esta área se desarrolla, desde la primera mitad del siglo IV hasta la mitad del siglo VI, es decir, hasta la introducción del cristianismo y el florecimiento rápido de los reinos cristianos de Nubia.

El lujo bárbaro de los reyezuelos del grupo X ha sido revelado en 1931-1933, cuando los arqueólogos ingleses Emery y Kirwan excavaron en Ballana y Qustul[44], algunos kilómetros al sur de Abu Simbel, vastos túmulos que J.-L. Burchkardt, el infatigable descubridor de Nubia, ya había advertido, desde principios del último siglo. Acompañados de sus mujeres, de sus criados y de sus caballos ricamente enjaezados, los difuntos reposaban sobre literas, como en los tiempos antiguos de Kerma. Sus pesadas diademas y los brazaletes de plata en los cabuchones de piedras de color están sobrecargados de reminiscencias egipcias o meroíticas, como la cabeza del carnero de Amón, rematada por una gran corona *atef*, los frisos de *uraei* o los bustos de Isis. Las influencias alejandrinas son muy claras en los resores de platería que tapizan el suelo: entre los aguamaniles, copas y patenas, un plato cincelado muestra a Hermes sentado sobre un globo y flanqueado por un grifo; se observan también grandes lámparas de bronce y un cofre de madera incrustrado con entrepaños de marfil grabados. En cuanto a la alfarería, sigue siendo de tradición meroítica; así persisten, a través de milenios, las cualidades de una técnica propiamente nubia.

NOBADAS O BLEMIES

¿Quiénes eran las poblaciones del grupo X: nóbadas o blemíes? Los blemíes[45] son nómadas belicosos a los que se identifica habitualmente con las tribus bedjas del

[43] P. L. Shinnie, *Kush*, 1954 y L. P. Kirwan, 1957, págs. 37-41.
[44] Cf. *infra* orientación bibliográfica, y en particular W. E. Emery y L. B. Kirwan, 1938.
[45] L. Castiglione, 1970, págs. 90-103.


30
32
34
LUXOR
N
ASSUÁN
1.ª Catarata
24
EGIPTO
KARANOG
TOMAS
AREIKA
MASMAS
ERMENNE OESTE
KOROSKO
ABU SIMBEL
KASR IBRIM
AKSHA
GEBEL ADDA
22
SUDÁN
MIRGISSA
WADI-HALFA
2.ª Catarata
SELIMA
SEDEINGA
SOLEB
20
3.ª Catarata
KERMA
ARGO
ABU HAMED
DONGOLA
KAWA
4.ª Catarata
WADI EL GAAB
GEBEL BARKAL
NURI
NAPATA
KURRU
5.ª Catarata
18
WADI HOWAR
WADI EL MILK
MEROE
ATBARA
UAD BEN NAGA
SHENDI
MUSAWWARAT
6.ª Catarata
NAGA
16
ONDOURMAN
JARTUM
SOBA
GEBEL GEILI
ETIOPÍA
DARFUR
14
KORDOFÁN
SENNAR
ABU-GEILI
EL OBEID
GEBEL MOYA
Nilo Blanco
Nilo Azul

desierto oriental. En cuanto a los nóbadas —o nóbatas—, después de muchas controversias, se reconoce en ellos a los nubas; estaríamos tentados de ver en ellos a los dueños de Ballana y de Qustul. De todos modos, blemíes y nóbatas no son apenas para nosotros más que nombres; parece preferible usar el término del grupo X o de «la cultura de Ballana».

Testimonios literarios antiguos y documentos epigráficos permiten fijar las grandes líneas. Según el historiador Procopio, el emperador romano Diocleciano, hacia el final del siglo III, al fijar la frontera en la 1.ª Catarata, había obligado a los nóbatas a abandonar la región de los oasis y a instalarse en el Nilo; confiaba que así pondría a Egipto al amparo de las incursiones de los blemíes. En realidad, bajo Teodosio, hacia +450, Filae fue atacada por los blemíes y por los nóbatas; el general Maximino y, después, el prefecto los derrotaron. Sin embargo, los que todavía no se habían convertido fueron autorizados a seguir volviendo a Filae, al santuario de Isis; podían sacar la estatua de la diosa con ocasión de algunas grandes fiestas. ¿Qasr Ibrim era una de las estaciones de ese peregrinaje? Allí se ha encontrado lo que parece haber sido una estatuilla de Isis de tierra cocida. Sólo bajo Justiniano, entre +535 y +537, el general Narsés cerró el templo de Filae y expulsó de él a los últimos sacerdotes.

Al mismo tiempo fue emprendida la evangelización de Nubia. Si hemos de creer a Juan de Efeso, los enviados del emperador, ortodoxos melquitas, fueron aventajados por el misionero monofisita Juliano, alentado por la emperatriz Teodora, quien logró en +543 convertir al rey de los nóbatas. En una inscripción en griego bárbaro del templo de Kalabsha, desgraciadamente no fechada, el soberano nóbata Silko se vanagloria de haber vencido, gracias a Dios, a los blemíes, borrados así de la historia.

Capítulo 11

LA CIVILIZACION DE NAPATA Y DE MEROE

A. M. ALI HAKEM

con la colaboración de
I. HRBEK y J. VERCOUTTER

ORGANIZACION POLITICA

El rasgo más notable del poder político en Nubia y en Sudán central, desde el siglo VIII antes de la era cristiana al siglo IV de la misma era, parece haber sido su estabilidad y su continuidad excepcionales. A diferencia de muchos otros reinos de la Antigüedad, ese país escapó a las conmociones que acompañan a los cambios dinásticos violentos. Podemos considerar que esencialmente es la misma familia real la que continuó reinando sin interrupción, siguiendo la misma tradición.

LA NATURALEZA DE LA REALEZA

Hasta una época reciente, la teoría más corrientemente extendida era que la dinastía de Napata había sido origen extranjero, libia [1] o egipcia y que, esta última, tenía su origen en los Grandes Sacerdotes de Tebas [2]. Sin embargo, los argumentos sobre los que se basan esas teorías son bastante débiles hoy día y la mayor parte de los especialistas se inclinan a creer que esa dinastía era, por el contrario, de origen local [3]. Dejando a un lado los rasgos somáticos que se observan en las estatuas de los reyes [4], gran número de otras características —el sistema de elección, el papel de las reinas madres, las costumbres funerarias y algunas otras indicaciones— hacen resaltar claramente la existencia de una cultura y de un origen indígenas que no se han alterado con ninguna influencia exterior.

Gran número de esos rasgos nos permiten llegar a algunas conclusiones válidas sobre el carácter y la naturaleza de la estructura política y social del Imperio de Kush.

---

1 G. A. Reisner, 1919, págs. 41-44; 1923, *J. E. A.*, págs. 61-64, y muchos de sus otros estudios. Cf. también F. L. Griffith, 1917, págs. 27.

2 G. Maspero, 1895, pág. 169; E. Meyer, 1931, pág. 52; S. Curto, 1965.

3 Un informe de esta controversia es proporcionado por M. Dixon, 1964, págs. 121-132.

4 Cf. J. Leclant, 1976 (b).

Una de las características particulares del sistema político meroítico ha sido la forma de elección del nuevo soberano. Los autores clásicos, desde Herodoto (siglo V antes de la era cristiana) hasta Diodoro de Sicilia (siglo I antes de la era cristiana), han expresado en sus narraciones referentes a los «etíopes», nombre con el que conocían generalmente a los habitantes del Imperio de Kush, su sorpresa ante esa práctica tan diferente de la que estaba en uso en los demás reinos de la Antigüedad. Insistieron en la elección del oráculo del nuevo rey; Diodoro afirma que «los sacerdotes eligen antes a los mejores de entre ellos y, entre los que les son presentados, el pueblo toma por rey a aquel a quien Dios elige mientras es llevado en procesión (...) Desde entonces, el pueblo se dirige al rey y lo honra como si fuera un dios, puesto que el reino le ha sido confiado por voluntad divina» [5].

Diodoro sólo describe aquí, sin duda alguna de oídas, la ceremonia oficial que acompañaba el comienzo de un nuevo reinado y que incorporaba símbolos religiosos, pero el mecanismo de la elección propiamente dicho le ha seguido siendo desconocido, así como a sus informadores.

Felizmente, estamos en condiciones de reconstruir el mecanismo de la sucesión gracias a algunas inscripciones encontradas en Napata que señalan con detalle ceremonias de la elección y de la coronación. Las más antiguas pertenecen al rey Peye (Piankhy) (−751/ −716) y las más recientes a Nastasen (−335/ −310). Quizá existan inscripciones de coronación posteriores a esta fecha, pero la escritura y la lengua empleadas son meroíticas, y todavía no han sido descifradas, de suerte que no nos son de utilidad alguna. Las inscripciones de la coronación de Napata son, pues, nuestra mejor fuente para conocer las instituciones políticas y en particular las características de la realeza y de las instituciones que a ella se refieren; aunque estos documentos hayan sido escritos en el estilo de los jeroglíficos egipcios contemporáneos, presentan grandes diferencias con relación a las inscripciones similares del Imperio Nuevo. Se las considerará, pues, como un producto de su propia cultura [6].

Entre esas inscripciones, las tres más recientes, las de Amaninete-Yerike (−431/ −405), Harsiotet (−404/ −369), y Nastasen (−335/ −310) muestran que los reyes estaban deseosos de observar unas prácticas tradicionales estrictas y de proclamar su apego a las tradiciones y a las costumbres de sus antepasados. Al mismo tiempo, dichas tradiciones dan más detalles que las inscripciones más antiguas aunque su lenguaje sea difícil de comprender, y presentan una gran homogeneidad en su contenido y hasta a veces en su fraseología. Así, en los tres casos, el rey antes de su nombramiento es descrito viviendo en Meroé, entre los otros «Hermanos Reales». Primero sube al trono en Meroé y viaja después hacia el norte hasta Napata para las ceremonias. En realidad, Amaninete-Yerike declara categóricamente que fue elegido rey por los jefes de sus ejércitos a la edad de cuarenta y un años y que él había realizado una campaña militar antes de poder volver a Napata para ser coronado allí; e incluso, cuando llega a Napata, se dirige al palacio real donde recibe la corona de *Ta-Seti* en confirmación suplementaria de su llegada a la realeza. A continuación,

[5] Diodoro de Sicilia, libro III, 5; J. Desanges, 1968, pág. 90.

[6] Para la Estela de la Conquista de Peye y la Estela del Sueño de Tanwetamani, cf. J. H. Breasted, 1962, págs. 406-473; Estela de Taharqa, Estelas del rey Anlamani, Gran Inscripción del rey Amaninete-Yerike, traducidas por M. F. L. Macadam, 1949, vol. I, págs. 4-80. Para la Estela de la Elección de Aspelta, la Estela de Dedicatoria de la reina Madiquen, la Estela de la Excomunión del rey Aspelta, los Anales de Harsiotef y los Anales del rey Nastasen, cf. E. A. Budge, 1912.

entró en el templo para la ceremonia en el curso de la cual suplicó al dios (es decir, a la estatua o al santuario) que le concediese la realeza, y la divinidad se la concedió enseguida como una simple formalidad.

Las inscripciones más antiguas confirman las conclusiones según las cuales la incorporación al trono estaba ya regulada antes de que el rey entrase en el templo. Así, la sucesión de Taharqa (−689/ −664) ha sido decidida por Shebitku (−701 / −689) que residía en Menfis, Egipto. Taharqa fue elegido entre sus «Hermanos Reales» y emprendió el viaje hacia el norte (pasando ciertamente por Napata) y rindió homenaje a Gematón (Kawa) antes de llegar a Tebas[7].

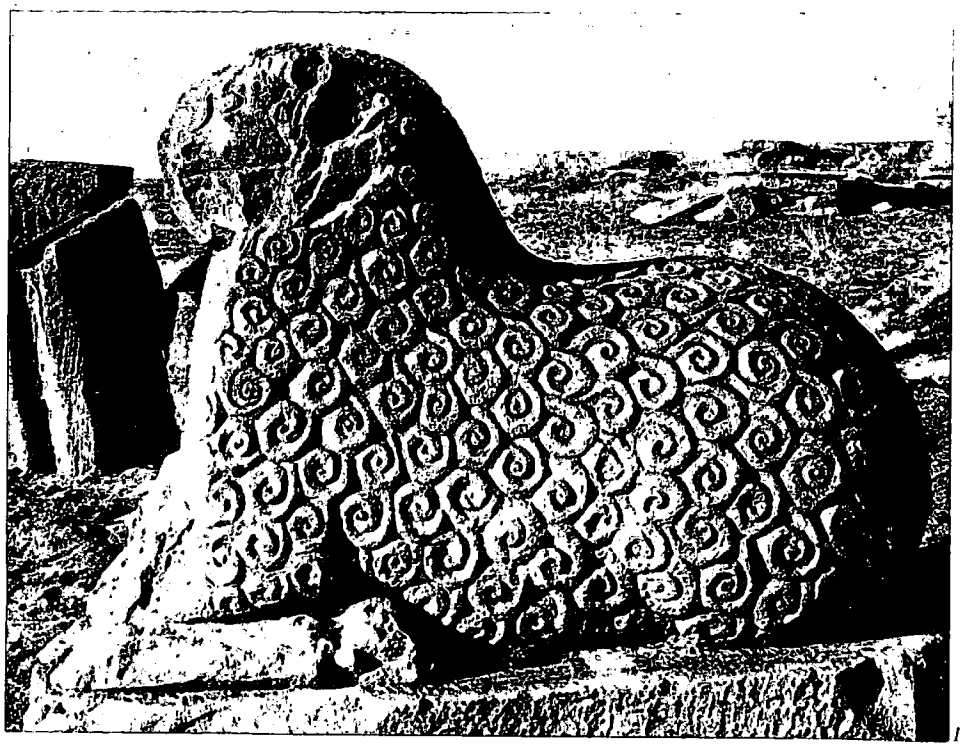
Los hechos destacados de las ceremonias, tal como nos los refiere la estela de Tanwetamani (−664/ −653) nos indican que residía en cualquier parte fuera de Napata, quizá entre sus «Hermanos Reales» con su madre Qalhata; allí fue primero proclamado rey, y después partió en procesión en dirección norte hacia Napata, y por fin a Elefantina. Es, pues, probable que el lugar donde se encontraba antes de la salida de la procesión estuviera al sur de Napata, es decir, en Meroé. Por consiguiente, la decisión de la sucesión fue tomada fuera de Napata según una práctica normal. Anlamani (−623 / −593) describe los episodios de las fiestas de su coronación en Gematon (donde fue descubierta la estela) en términos idénticos y añade que iba allí acompañado por su madre para que ella asistiese a las ceremonias como Taharqa lo había hecho antes que él[8].

En una estela célebre, Aspelta (−593/ −568) da detalles suplementarios sobre esa ceremonia. Y confirma que él sucedió a su hermano Anlamani y que fue elegido entre sus «Hermanos Reales» por un grupo de veinticuatro altos personajes civiles y militares. Para justificar sus pretensiones al trono, Aspelta no se limitó a invocar la voluntad del dios Amón-Ra, sino también su origen para afirmar sus derechos hereditarios de sucesión por las mujeres. Es, pues, evidente que, a pesar de las prolongadas acciones de gracias dadas a Amón-Ra, el papel de los sacerdotes era limitado. Aspelta da también otros detalles más exactos sobre el modo como entra en el interior del templo donde encuentra los cetros y las coronas de sus predecesores y recibe la corona de su hermano Anlamani. Esa relación es bastante parecida a las de Amaninete-Yerike y a la de Nastasen mencionadas anteriormente.

Del estudio de las inscripciones se desprenden importantes conclusiones. Una de ellas es que el viaje efectuado hacia el norte para dirijirse a esos templos era una parte importante del ceremonial de la coronación que cada rey debía observar cuando tenía lugar su llegada al trono; la segunda, es que el templo de Amón, en Napata, desempeñaba una función particular en ese ceremonial y que su preeminencia era indiscutida. Tales conclusiones están en relación directa con la teoría de Reisner, recientemente adoptada por Hintze, en lo referente a le existencia de dos reinos independientes de Napata[9].

Esa teoría ha sido propuesta por G. A. Reisner para explicar la distribución de las sepulturas reales. Reisner partía del supuesto de que la localización de esas sepulturas estaba directamente ligada con la capital, es decir, que un rey debía tener su tumba bastante cerca de su residencia. El cementerio de El-Kuru, que es el cementerio real

[7] M. F. L. Macadam, 1955, pág. 28.
[8] M. F. L. Macadam, 1955, *o. c.*, pág. 46.
[9] F. Hintze, 1971 (b).



1

• *1. Carnero de granito, en Naga.*

• *2. Pirámide del rey Natakamani, en Meroé, ruinas de capilla y de pilón en primer plano (Fuente de las dos fotografías: W. S. Shinnie,* Meroe, a civilization of the Sudan, *1967. Fotografía Oriental Institute, Universidad de Chicago).*

2

más antiguo, y el cementerio de Nuri, que le sucedió, fueron sepulturas reales hasta Nastasen, en tanto que la capital estaba en Napata; posteriormente, los dos cementerios de Begrawiya Sur y Norte se convirtieron en cementerios reales cuando la capital fue trasladada a Meroé, después de Nastasen, hacia −300. En Djebel Barkal, es decir, en Napata, existen dos grupos de pirámides. Las consideraciones arqueológicas y arquitectónicas han llevado a Reisner a sugerir que el primer grupo es inmediatamente posterior a Nastasen y que el segundo data del primer siglo antes de la era cristiana y terminó con el saqueo de Napata por los romanos el año 23 antes de la era cristiana o poco después. Cada grupo estaba vinculado a una rama de la familia real que reinaba en Napata independientemente de la familia principal reinante de Meroé [10].

La mayor parte de los especialistas han abandonado, no obstante, esa división del reino [11]; y, según el presente estudio de la sucesión y de las ceremonias de la coronación que en él se relacionan, la hipótesis de Reisner no es muy admisible. En efecto, es inconcebible que un rey proclamado como tal en su capital se traslade después a la capital de un reino independiente para allí ser coronado, sobre todo, cuando esa capital es la de un reino totalmente insignificante como lo sugiere la hipótesis de Reisner. Por otra parte, no existe testimonio alguno de discontinuidad en la tradición que permita suponer que el ceremonial haya sido abandonado, incluso durante el período propuesto para esa división, porque los autores griegos han confirmado la persistencia del ceremonial durante los siglos III y II (cf. Bion*) y I antes de la era cristiana (cf. Diodoro de Sicilia). Por el contrario, es posible afirmar que Napata ha desempeñado un papel importante en el reino meroítico: los reyes se trasladaban a Napata para recibir las insignias de su reinado conforme a una tradición establecida y allí tenían también su sepultura.

El análisis de todos los textos muestra que el oficio del rey era hereditario por linaje real; contrariamente al sistema faraónico y a todo otro sistema oriental de la Antigüedad en el que el hijo sucedía normalmente a su padre, el rey en Napata y Meroé era elegido entre sus «Hermanos Reales». La iniciativa de la elección del nuevo soberano procedía de los jefes militares, de los altos personajes de la administración civil y/o de los jefes del clan. Todo pretendiente, cuya capacidad fuera puesta en duda o que fuera impopular al lado de esos grupos, podía ser eliminado fácilmente. La confirmación del oráculo, que no servía más que para ratificar de manera formal una elección que ya estaba hecha, tenía un carácter sobre todo simbólico, destinado al público que estaba persuadido de que era el mismo dios quien había elegido al nuevo soberano. Además, está claro que en teoría la corona debía pasar a los hermanos de un rey antes de pasar a la generación siguiente: de los veintisiete reyes que reinaron antes de Nastasen, catorce fueron los hermanos de los reyes precedentes. Evidentemente hubo algunas excepciones cuando tal o cual rey usurpó el trono, pero en tales casos, aquel trató siempre de justificar y legalizar su acto. Existen también ciertos signos según los cuales el derecho al trono podía depender también más de las pretensiones fundadas sobre la línea materna que de la paternidad real; muchas inscripciones testimonian el papel de la reina madre en la elección de un nuevo rey. Se

[10] G. A. Reisner, 1923, *J. E. A., o. c.*, págs. 34-37.

[11] S. Wenig, 1967, págs. 9-27.

* Bion es el autor de varios tratados de geografía y de historia natural, de los que sólo quedan fragmentos conocidos por diversos autores antiguos. Se conoce en particular en Plinio el viejo, *Historia natural*, libro IV, una lista de las ciudades a lo largo del Nilo, realizada por Bion.

encuentran algunas características muy parecidas en los reinos y en las jefaturas de diversas partes de Africa[12].

Todas las ceremonias de la coronación subrayan el carácter sagrado que revestía la realeza en Napata y en Meroé; el rey era considerado como el hijo adoptivo de varias divinidades. Es difícil decir en qué medida él se consideraba a sí mismo como un dios o como su encarnación, pero, elegido por los dioses, eran los dioses los que guiaban su mano por mediación de los preceptos del derecho consuetudinario. Aquí encontramos un concepto muy elaborado de un rey de designación divina que dispensa sentencias y justicia conforme a la voluntad del dios (o de los dioses), concepto que constituye la esencia de toda realeza absoluta antigua y moderna. Aunque en teoría, su poder fue absoluto y sin compartir, el rey debía reinar conformándose estrictamente al derecho consuetudinario del que le estaba prohibido apartarse; además estaba limitado en sus acciones por numerosos tabúes. Estrabón y Diodoro de Sicilia nos narran casos en los que los sacerdotes, afirmando haber recibido instrucciones divinas, ordenaron al rey suicidarse[13]. Según ellos, esa costumbre habría persistido hasta la época de Ergamenes (hacia −250/−215) quién asesinó a todos los miembros del alto clero para castigarlos por su pretensión, ya que él había recibido una educación griega que le había liberado de la superstición; después, la costumbre del suicidio real fue abolida[14].

Los soberanos de Napata y Meroé utilizaron en sus inscripciones los títulos faraónicos tradicionales; no encontramos en ninguna parte el enunciado de sus títulos, ni la palabra meroítica para «rey». Ese título —*kwr* (leer *qere, qer* o *geren*)— no aparece más que en la relación que Psamético II hace de la conquista de Kush en la que menciona al rey Aspelta[15]. Aunque ese título ha debido ser el término habitual por el que todos se dirigían a los soberanos kushitas, no se le ha transcrito en los monumentos de Kush.

LA CANDACE O EL PAPEL DE LA REINA MADRE

El papel exacto desempeñado en el reino por las mujeres de sangre real en el transcurso de los anteriores períodos no aparece claramente en ninguna parte, pero existen, no obstante, numerosas indicaciones que muestran que ellas ocupaban puestos relevantes y desempeñaban altas funciones en el reino. En el transcurso de la dominación kushita de Egipto, la función de gran sacerdotisa *(Dewat Neter)* del dios Amón en Tebas era ostentada por la hija del rey, lo que le confería una gran influencia económica y política. Incluso, después de la pérdida de Egipto y la desaparición de esa función, las mujeres de rango real continuaron ocupando puestos muy importantes en el clero de los templos de Amón en Napata y en otras partes, y ejerciendo al mismo tiempo un poder considerable.

---

[12] Por ejemplo, en Kaffa, en Buganda, en Ankola, entre los shilluk, en Monomotapa y en otros lugares.

[13] Estrabon, XVII, 2, 3; Diodoro de Sicilia, III, 6.

[14] Diodoro, *loc. cit.*, subraya que los sacrificios rituales de los reyes por orden de los sacerdotes o de los notables son frecuentes en Africa, cf. L. Frobenius, 1931.

[15] S. Sauneron y J. Toyotte, 1952, págs. 157-207, han reconocido por vez primera en *kwr* el título meroítico para «rey». La palabra moderna *Alur ker* —«la cualidad de jefe»— se refiere probablemente en el plano etimológico a la palabra meroítica, cf. B. G. Haycock, 1954, pág. 471, n. 34.

La reina madre continuó desempeñando un papel tan importante en la ceremonia de la coronación de su hijo, como lo indican Taharqa y Anlamani, que no se puede dudar de su decisiva influencia y de su misión específica. Ella desempeñaba igualmente un papel importante por medio de un sistema complicado de adopción, en el que la reina madre, llevando el título de «Señora de Kush», adoptada a la esposa de su hijo. Así, Nasalsa adoptó a Madiqen, esposa de Anlamani, que murió poco después y al que sucedió su hermano Aspelta, cuya esposa Henuttakhabit fue finalmente adoptada a la vez por Nasalta y por Madiqen. Eso está repetido en la estela de Nastasen (−335/−310), cuya escena superior muestra a su madre Pelekha y a su esposa Sakhmakh llevando cada una un sistro que parece haber sido la insignia de la función; la inscripción de Anlamani dice que él había consagrado cuatro de sus hermanas a cada uno de los cuatro templos de Amón para en ellos ser instrumentistas del sistro y orar al dios por él.

La iconografía confirma el prestigio que se otorgaba al estado de reina madre: en las escenas religiosas sobre los muros de los templos, ellas ocupan una posición preeminente, ocupando el lugar inmediato después del rey. En los muros de las capillas de las pirámides, la reina aparece detrás del rey difunto como el principal portador de ofrendas.

Más tarde, esas reinas —madres o esposas— comenzaron a asumir el poder político y se proclamaron ellas mismas soberanas, llegando hasta adoptar el título real del «Hijo de Ra, Señor de las Dos Tierras» *(sa Re, neb tawy)* o «Hijo de Ra y Rey» *(Sa Re, nswbit)* [16]. Gran número de ellas llegaron a ser célebres y, en la época greco-romana, Meroé era conocido por haber sido gobernado por una línea de *Candaces (Kandake)* o reinas madres reinantes.

Este título procede de la palabra meroítica *ktke* o *kdke* [17] que significa «reina madre». El otro título —*gere*, «jefe»— no ha sido utilizado hasta la aparición de la escritura meroítica; en realidad, sólo cuatro reinas son conocidas por haberlo utilizado: Amanirenas, Amanishekhete, Nawidemak y Maleqereabar, y todas por definición son Candaces [18]. Es interesante anotar aquí que las sepulturas reales de Nuri, la primera de las cuales es la de Taharqa (hacia −664) y la última la de Nastasen (hacia −310), no proporcionan ningún testimonio a propósito de una reina que haya recibido una sepultura de monarca reinante: por consiguiente, no habría habido reina reinando durante ese período. La reina reinante atestiguada más antigua es Shanakdekhete a principios del siglo II antes de la era cristiana, que recibió una sepultura real en Begrawiya Norte. Muy probablemente, el título y la función no significaban al comienzo apenas otra cosa que reina madre. Esta estaba encargada de la educación de los hijos reales, porque la estela de Taharqa indica que él vivió con su madre, la reina Abar, hasta la edad de veintiún años, así como sus hermanos reales, «esos jóvenes de naturaleza divina», entre los que era elegido el heredero de la corona. Por ese medio, la reina disponía de un poder y de una influencia considerables como lo testimonia muy pronto su especial papel en la ceremonia de la coronación y en la adopción de la esposa de su hijo. Estas mujeres, en un momento u otro, debieron alcanzar más importancia que sus hijos o que sus maridos y, en el momento favorable, se

16 F. Hintze, 1959, págs. 36-39.

17 La *n* con frecuencia se elude en los nombres propios meroíticos, cf. F. L. Griffith, 1911, pág. 55.

18 M. F. L. Macadam, 1966.

1

• *1. Placa de arenisca que representa al Príncipe Arikhankerer asesinando a sus enemigos (puede ser del siglo II de la era cristiana (Fuente: W. S. Shinnie, 1967, pl. 33. Fotografía Worcester Art Museum, Massachusetts).*

• *2. Rey Arnekhamani, del templo del León en Mussawarat es-Sufra (Fuente: F. y U. Hitze,* Alte Kulturen im Sudan, *1966, pl. 91).*

2

apoderaron de la totalidad del poder. A partir de Shanakdekhete, tenemos una serie de reinas reinantes, pero, a partir de Amanirenas (siglo I antes de la era cristiana) parece que se produce un nuevo hecho. Se trata de la asociación estrecha, en numerosos monumentos importantes, de la primera esposa del rey y de su hijo primogénito (?) lo que sugiere la idea de cierto grado de corregencia, puesto que la esposa, que con frecuencia se convierte en la Candace reinante, sobrevive a su marido. Sin embargo, este sistema no duró más de tres generaciones y parece que termina después de Natakamani, Amanitere y Sherakarer hacia la primera mitad del siglo I de la era cristiana. Puede ser, pues, que estemos aquí en presencia de la evolución interna de una institución local y no de un hecho súbito, copiado del exterior, por ejemplo de los Ptolomeos de Egipto (cf. Cleopatra). Podemos observar, por el contrario, que esas instituciones han revestido en el curso de los siglos una complejidad creciente.

Este sistema de realeza que se encuentra en Kush presenta algunas ventajas con relación a las obligaciones rígidas de la estricta sucesión directa, porque elimina el peligro de un sucesor indeseable, ya se trate de un menor de edad o de una personalidad impopular. La inyección de sangre nueva en la familia real estaba asegurada por el sistema de adopción, mientras que los diferentes contrapesos y controles incorporados en el sistema, la posición preeminente de la reina madre y la importancia concedida a la legitimidad mantienen la misma familia real en el poder. Aquí hay que ver, quizá, una de las causas de la continuidad y de la estabilidad de las que se han beneficiado Napata y Meroé durante tantos siglos.

ADMINISTRACION CENTRAL Y PROVINCIAL

Nuestro conocimiento de la estructura y de la administración central y provincial es aún incompleto y fragmentario. No tenemos documentos biográficos relativos a personas privadas que nos habrían informado sobre el título de los puestos, su significación y las funciones que allí se les atribuían.

En el centro de la administración se encontraba el rey, autócrata absoluto, cuya palabra tenía fuerza de ley. No delegaba su poder en nadie y no lo compartía con nadie. En realidad, no había un solo administrador que concentrase en sus manos ciertos poderes como un gran sacerdote para todos los templos, o un visir. La residencia real era el centro del sistema administativo. Según recientes investigaciones [19], parece que Meroé fue la única ciudad que se puede considerar como la sede principal de la realeza y el centro de la administración. Peye es bastante impreciso en cuanto a su lugar de residencia, en tanto que es evidente que Menfis fue la capital de sus sucesores inmediatos de la XXV dinastía de Egipto. Sin embargo, Taharqa indica claramente que él vivía entre sus «Hermanos Reales» con su madre; según otras inscripciones, está claro que esos «Hermanos Reales» constituían un grupo que residía en Meroé. Según eso, es notable que sólo se encuentren en Meroé, y en particular en el cementerio de Begrawiya Oeste, sepulturas de jóvenes o de niños de corta edad, con objetos funerarios que muestran que aquellos habían sido niños que vivían en la corte, mientras que esas sepulturas no se encuentran en ningún de los otros cementerios reales de El-Kuru y de Nuri. Es, pues, en Meroé donde residía la familia real y esa ciudad es la que debió ser el lugar de residencia permanente del rey.

[19] A. M. Ali Hakem, 1972 (a), págs. 30 y siguientes, Jartum.

La administración central estaba dirigida por cierto número de altos funcionarios, cuyos títulos (egipcios) nos han sido transmitidos por dos estelas de Aspelta; entre esas inscripciones encontramos —dejando a un lado los mandos militares— los jefes del tesoro, los ministros de justicia, el jefe de los archivos, los jefes de los graneros, el escriba principal de Kush y otros escribas [20]. Es difícil decir si esos títulos correspondían a las funciones reales de sus titulares o si no reflejan más que los modelos egipcios. En cualquier caso, desempeñaron un papel importante en la elección de un nuevo rey, así como en la administración del reino; puede ser que el desciframiento de la escritura meroítica nos ilustre algún día sobre este punto importante.

Los jefes militares aparecen, en varias ocasiones, sobre esas inscripciones en momentos críticos. Estaban encargados de proclamar el nombramiento de un nuevo rey y de efectuar las ceremonias tradicionales de la coronación. En realidad, pueden haber desempeñado un papel significativo en la elección del sucesor y, probablemente, la mayoría de ellos pertenecían a la familia real y ni siquiera eran tal vez príncipes de alto rango [21]. La costumbre exigía que el rey no fuese al campo de batalla, sino que permaneciese en su palacio, mientras que la dirección de la guerra era confiada a uno de los generales; ese fue el caso, por ejemplo, de la campaña de Peye en Egipto, de la guerra hecha por Amaninete-Yerike contra los Reherehas en Butana y de la campaña de Nastasen. Sin embargo, no sabemos lo que les sucedía a esos generales; incluso tras una campaña victoriosa, desaparecerían y sólo el rey recogía todos los honores de las victorias de aquellos.

En lo que se refiere a la administración de las provincias, la existencia de palacios reales es mencionada en numerosas localidades y cada palacio constituía una pequeña unidad administrativa dirigida tal vez por un ministro de justicia que administraba los almacenes y las cuentas de la Residencia [22].

Sin embargo, para el período más reciente, es decir, a partir del final del I siglo antes de la era cristiana, disponemos de un número suficiente de documentos de administradores provinciales para reconstruir, al menos en grandes líneas, la organización de la provincia septentrional del reino, que parece haberse desarrollado muy rápidamente quizás por las circunstancias especiales nacidas de la inestabilidad que siguió a la conquista de Egipto por los romanos y al intento infructuoso de éstos de penetrar más al sur en Nubia. Para hacer frente a esa situación, los reyes meroíticos instalaron una organización administrativa particular en la Baja Nubia; a la cabeza de la administración se encontraba uno de los principales personajes de la corte, el *Paqar (pqr)* que tal vez era el príncipe heredero, porque ese título fue por vez primera llevado por Akinidad, hijo de Teritiqas y Amanirenas, adversarios de los romanos en Nubia. El mismo título fue llevado también por los tres hijos de Natakamani y Amanitere (en −12 y en +12) que se llemaban Arikankharor, Arikakhatani y Shereka-rer (conocidos como reyes por las pinturas rupestres de Djebel Qeili) [23]. Sus nombres, acompañados del título *pqr*, han sido encontrados en Napata, Meroé y Naga [24]; sin embargo, ninguno estaba asociado con la Baja Nubia y el término parece ser un título genérico para un príncipe y no un título específico para el virrey del Norte.

[20] H. Schafer, 1905-1908, págs. 86, 103-104, *in* Steindorff, ed., 1903-191.
[21] E. A. W. Budge, 1912, págs. 105 y siguientes.
[22] M. F. L. Macadam, 1949, pág. 58.
[23] F. Hintze, 1959, págs. 189-192.
[24] A. J. Arkell, 1964, pág. 163.

Sin embargo, el *Paqar* es mencionado varias veces con otros títulos menos importantes, como *taraheb* y *anhararab* de la pequeña ciudad de Taketer, o *harapan*, jefe de la región de Faras[25], de donde podemos concluir que el poseedor del título era el jefe provincial de la Baja Nubia meroítica. Bajo la autoridad del *Paqar*, el principal funcionario encargado de la administración era en realidad el *peshte*[26] que aparece a partir del siglo I antes de la era cristiana y llegó a ser importante durante el siglo III de la era cristiana.

La región dependiente de la jurisdición del *peshte* era *Akin*, o sea, el conjunto de la Nubia meroítica hasta el sur de Napata. No sabemos claramente cómo se llegaba a ser *peshte*, si era hereditariamente, por decreto real, o nombrado por el *Paqar*. Sin embargo, su gran número hace pensar que no ocupan sus funciones más que durante un período bastante corto. Al título de *peshte* estaban asociados otros títulos, a veces religiosos de muy alto rango, no sólo a nivel local, sino incluso en Napata o en Meroé. Otros dos puestos importantes dependían del *Peshte:* el *Pelmes-ate* (general del agua) y el *Pelmes-adab* (general de la tierra). La función exacta correspondiente a esos dos títulos parece haber sido vigilar los escasos, pero vitales, recursos de Nubia, es decir, las comunicaciones por tierra y por agua, para asegurar el comercio con Egipto, controlar las fronteras y contener los peligrosos movimientos de las tribus nómadas al este y al oeste del Nilo. Esos funcionarios estaban ayudados por un personal de escribas, sacerdotes y administradores locales. Ignoramos si un sistema similar de administración provincial existía en las demás provincias. Es cierto, no obstante, que el tipo de medio y de población de Butana exigía una forma de administración diferente del de la Baja Nubia a lo largo del valle del Nilo. Desgraciadamente, no poseemos documentos, si no es la presencia de templos imponentes que han debido constituir una base sólida para unas unidades administrativas, y también para sus funciones religiosas.

En su apogeo, el reino meroítico era tan vasto y las comunicaciones, probablemente, tan malas que una importante cesión de poder a los gobernadores provinciales debió ser indispensable para asegurar el funcionamiento de la administración. Los jefes de los diferentes grupos étnicos exteriores al centro del reino mantenían con el gobierno central relaciones mucho menos estrechas; en el curso de períodos más recientes, el Estado englobaba cierto número de principados. Plinio escribe que, en la «isla de Meroé», reinaron otros cuarenta y cinco reyes etíopes[27] (sin incluir a las Candaces) y otros autores clásicos hablan de «tyrannoi», que eran los vasallos de los reyes meroíticos[28].

Al sur de Meroé se habían instalado los *simbriti* (refugiados de supuesto origen egipcio) que tenían por soberano a una reina establecida bajo la soberanía meroítica; pero, en la orilla izquierda del Nilo (en Kordofán), vivían numerosos grupos de *nubai* que tenían por jefes diferentes a pequeños príncipes independientes de Meroé[29]. Parece que la misma situación se presentó en el desierto oriental donde habitaban numerosos grupos nómadas distintos de los meroítas por la cultura y la lengua.

---

[25] F. L. Griffith, 1911, pág. 62.

[26] F. L. Griffith, 1919, *o. c.*, pág. 120 e Indice. Corresponde al egipcio p: s: *nsw, psentew*, cf. M. F. L. Macadam, 1950, págs. 45-46.

[27] Plinio.

[28] Cf. Bion y Nicolás de Damasco, vol. III, pág. 463, vol. IV, pág. 351; Seneca, VI, 8, 3.

[29] Estrabon, XVII, 1, 2, quien cita a Eratóstenes.

Como indican numerosas inscripciones, los reyes meroíticos tomaban con frecuencia la dirección de expediciones militares contra esos grupos étnicos independientes o semiindependientes, bien para obligarles a aceptar su soberanía, o a fin de librarse de las represalias por incursiones que ellos habían cometido, o bien para preocuparse botín en forma de ganado o de esclavos. Los pueblos más frecuentemente nombrados eran los *reheres* y los *majai*, que vivían probablemente entre el Nilo y el mar Rojo y que han podido ser los antepasados de los *beja*.

Estas diferentes indicaciones muestran que Kush no ha sido un Estado centralizado y que, en el curso del período ulterior, ese reino comprendía cierto número de principados que estaban colocados bajo la dependencia de los reyes meroíticos[30].

VIDA ECONOMICA Y SOCIAL

ECOLOGIA

El reino de Kush se basaba en una economía muy diversificada. Esa diversidad económica respondía a la diversidad geográfica de un territorio que se extendía de la Baja Nubia hasta el sur de Sennar y hasta la región de Djebel Moya, en la llanura meridional de Jezira, y comprendía vastas regiones situadas entre el valle del Nilo y el mar Rojo; asimismo, amplias zonas al oeste del Nilo estaban probablemente bajo dominación meroítica, pero su extensión todavía nos es desconocida. Este vasto territorio va desde las zonas áridas a las que reciben cantidades de lluvia apreciables en verano. En Nubia, la actividad económica estaba regida por el tipo de agricultura del valle del Nilo, en el que el río es la única fuente de agua. Aunque, en algunas regiones la tierra arable no existe, o se limita a una franja estrecha, en algunas zonas de la Alta Nubia se extiende en anchas cuencas. Ese tipo de agricultura ribereña se prolonga más al sur a lo largo de los ríos del Nilo y de sus afluentes. Semejante situación geográfica de la Baja Nubia ha tenido una influencia directa en la vida política y socio-económica. Trabajos arqueológicos recientes han revelado niveles más bajos para el Nilo y, dado que Nubia se situaba fuera de la zona de las lluvias, la ecología no se prestaba a una agricultura que pudiese alimentar a una población de cierta importancia. En realidad, en el transcurso de la primera parte del período de Napata, la Baja Nubia se habría desplazado durante un largo período para repoblarse a partir del siglo III ó II antes de la era cristiana, gracias a la introducción de la *saqia*[31].

En la Alta Nubia, la presencia de llanuras inundables, por ejemplo, la cuenca de Kerma, la de Letti, de Kush, etc. —que pueden ser cultivadas gracias al desbordamiento del Nilo o, en su ausencia, gracias a dispositivos de elevación de agua que pueden ser utilizados más eficazmente— ha permitido la existencia de grandes centros urbanos de una importancia histórica considerable, como Barkal, Kawa, Tabo, Soleb, Amara, etc. En esta región, la economía agraria ha desempeñado un importantísimo papel, siendo mencionados los vergeles de palmeras datileras y las viñas, en particular, en varias ocasiones en las inscripciones de Taharqa, Harsiotef y Nastasen.

[30] Hasta en el periodo de Napata, el Imperio de Kush tenia un carácter federativo, cf. cap. 10, pág. 2.
[31] B. G. Trigger, 1965, pág. 123.

Sin embargo, a partir de la mitad del siglo V antes de la era cristiana, esa región conoce una serie de períodos de sequía y de extensión de zonas de arena, unidos a los cambios ecológicos que reducían la extensión de los pastos en las tierras del interior. Tales condiciones pueden haber incitado a los nómadas del desierto oriental a penetrar en el valle del Nilo, donde entraron en conflicto con la población. Esta ha podido ser la razón de las guerras que se extendieron hasta la parte norte de Meroé bajo el reinado de Amaninete-Yerike (−431/−404) y de los soberanos siguientes. Estos factores hicieron perder de nuevo a la Alta Nubia una gran parte de su importancia en el curso de los últimos siglos de la monarquía meroítica.

A partir de la confluencia del Nilo y del Atbara con el Nilo principal que se extiende hacia el sur, este río no es ya la vía obligatoria que corre a través del desierto. Cada una uno de los afluentes del Nilo, Atbara, Nilo Azul, Nilo Blanco, Dinder, Rahad, etc., es igualmente importante y ofrece las mismas ventajas agrícolas y económicas, lo que permite aumentar la extensión de las tierras cultivadas. Además, el territorio situado entre esos afluentes recibe una cantidad apreciable de agua en verano, de tal modo que vastas extensiones pueden servir de pastos y también ser cultivadas. En realidad, Butana (es decir, la isla de Meroé entre el Atbara, el Nilo Azul y el Nilo Blanco) constituía el corazón del reino meroítico, y el tipo principal de actividad económica era pastoril, nómada y seminómada.

AGRICULTURA Y GANADERIA

En la época de desarrollo del reino de Napata, la ganadería era ya una tradición milenaria y formaba, con la agricultura, la principal fuente de subsistencia de la población. Dejando aparte el ganado de cuernos largos y cortos, la población criaba ovejas, cabras y en menor cantidad caballos y asnos, como bestias de carga [32]. El camello fue introducido relativamente tarde, al final del siglo I antes de la era cristiana [33].

En la vida económica del país, la ganadería desempeñaba un papel tan importante que el traslado de la residencia de Napata a Meroé ha podido explicarse igualmente por el deseo de aproximarse a las regiones en las que se encontraban las principales zonas de pastos, ya que la zona de lluvia comienza al sur de la nueva capital. El pastoreo intensivo en la parte norte también provocó poco a poco la erosión del suelo en las dos orillas del Nilo. Parece que el traslado del centro del Estado, en el transcurso del siglo IV, produjo un nuevo impulso en el desarrollo de la ganadería, pero, tras cierto tiempo, el mismo fenómeno se repitió destruyendo los rebaños, además de la hierba, los arbustos y los árboles, y provocando así el inicio del proceso de desecación. A partir del siglo I de la era cristiana las tierras de pastoreo al sur de Meroé no pudieron alimentar a la antigua población, muy densa, de pastores que emigraron entonces hacia el oeste o hacia el sur. A largo plazo, esa evolución fue probablemente una de las principales razones de la debilidad y finalmente de la caída del imperio meroítico.

---

32 Existe un cementerio de caballos en El-Kouron, D. Dunham, I, págs. 110-117.

33 Una figura de camello en bronce ha sido descubierta en la tumba del Rey Arikankharer (−25/−15), cf. D. Dunham, IV, 1957, cuadro XLIX.

Numerosos indicios atestiguan la primacía de la ganadería en el imperio de Kush: la iconografía, los ritos funerarios, las metáforas (un ejército sin jefe es comparado a un rebaño sin pastor) [34], etc.

Las ofrendas en los templos estaban constituidas principalmente por animales de ganadería y parece que la riqueza de los reyes, de la aristocracia y del clero se medía en rebaños. Los relatos de los autores clásicos (Estrabón y Diodoro de Sicilia) no dejan lugar a dudas sobre el carácter pastoril de la sociedad meroítica que se entronca en numerosos aspectos con las sociedades de cría de ganado africanas de épocas ulteriores.

Durante toda la época de la historia de Napata y Meroé, el desarrollo de la agricultura en la parte norte del país ha estado influenciada a la vez por el clima y por la escasez de las tierras fértiles en el estrecho valle del Nilo. La falta de tierra ha sido una de las causas que llevó a los habitantes —contrariamente a sus vecinos del norte, los egipcios— a no sentir la necesidad de practicar un sistema de riego, con todas las consecuencias que eso puede tener en el plano social y político. No quiere decir esto que el riego haya sido desconocido en esta parte de Nubia; los vestigios de antiguas obras de riego han sido descubiertos en la meseta de Kerma y datan del siglo XV antes de la era cristiana. La máquina principal de riego era el *shadouf*, que sería reemplazado más tarde por la *saqia*. Esta última, llamada en nubio *kole* [35], no hizo su aparición en la Baja Nubia hasta la época meroítica pero es difícil precisar la fecha. Los yacimientos de Dakka y de Gammai, fechados en el siglo III antes de la era cristiana, parece que son los más antiguos que contienen vestigios de *saqia* [36]. La introducción de esa máquina de riego tuvo una influencia determinante sobre la agricultura, en particular, en Dongola, porque esa rueda permite elevar el agua de 3 a 8 metros con mucho menos esfuerzo y tiempo que el *shadouf*, que necesita un trabajo humano, mientras que la *saqia* es accionada por el búfalo o por otro animal. Hasta las partes meridionales del país, al menos, al final del siglo VI antes de la era cristiana, estaban sobre todo pobladas de pastores, si hemos de creer a Herodoto, quien describe la isla de Meroé como habitada principalmente por ganaderos y que tenía una agricultura bastante poco desarrollada [37]. Los trabajos arqueológicos parecen confirmar la opinión de Herodoto, ya que en el nivel B de Djebel Moya, datado como del período de Napata y de un período más tardío (del siglo VI al V) no se encuentra huella alguna de trabajos agrícolas [38].

Con el desplazamiento progresivo del centro del Imperio hacia el sur y el aumento de la superficie de las tierras regadas, la situación quedó modificada. En el transcurso del período de prosperidad del reino meroítico, la «isla de Meroé» fue cultivada de manera intensiva; una red de canales y de *hafirs* (estanques de riego) es prueba de ello. Uno de los emblemas de los reyes meroíticos de la época era un cetro en forma de arado (o mejor, de azada) semejante a la que era utilizada ampliamente en Egipto.

---

[34] M. F. L. Macadam, 1949, Inscr. IX.

[35] Un gran número de nombres de localidades entre Shellal y Es-Sebua están formados con esa palabra, tales como Kolebul, Koleyseg, Arisman-Kole, Sulwi-Kole, etc. Cf. U. Monneret de Villard, 1941, págs. 46 y siguientes.

[36] O. Bates y D. Dunham, 1927, pág. 105; R. Herzog, 1957, pág. 136.

[37] Herodoto, III, 22-23.

[38] F. Addison, 1949, pág. 104.

Los principales cereales eran la cebada, el trigo, y sobre todo el sorgo o zaina, de origen local; entre los otros cultivos encontramos las lentejas *(lens esculenta)*, el pepino, el melón y la calabaza.

Entre los cultivos técnicos, el primer lugar lo ocupa el algodón: esta planta era desconocida en el antiguo Egipto, pero numerosos indicios muestran que su cultivo en el valle del Nilo comenzó ya en el Imperio de Kush, en el transcurso de los siglos que preceden al inicio de la era cristiana. Los indicios que datan de las épocas anteriores son raros, pero, hacia el siglo IV antes de la era cristiana el cultivo del algodón y la técnica de su hilado y de su tejido en Meroé habían alcanzado un nivel muy elevado. Algunos pretenden incluso que la exportación de textiles ha sido una de las riquezas de Meroé [39]. El rey axumita Ezana se enorgullecía en sus inscripciones de haber destruido vastas plantaciones de algodón en Meroé [40].

Nuestras fuentes no dicen nada del régimen territorial y de explotación de las tierras; pero, dado que la comunidad aldeana continuó existiendo hasta un período avanzado del siglo XIX, podemos suponer que existía igualmente en el transcurso de los períodos de Napata y de Meroé. El rey era considerado como único propietario de todas las tierras: una característica —común a muchas sociedades de la Antigüedad— que permitió tener diferentes formas de régimen territorial, de suerte que es absolutamente imposible sacar de ellos una conclusión en lo que se refiere a las relaciones efectivas en el ámbito de la producción.

El cultivo de frutas y el de la vid fueron uno de los sectores importantes de la agricultura. Un gran número de esos huertos y de esos viñedos pertenecían a los templos y eran cultivados por esclavos.

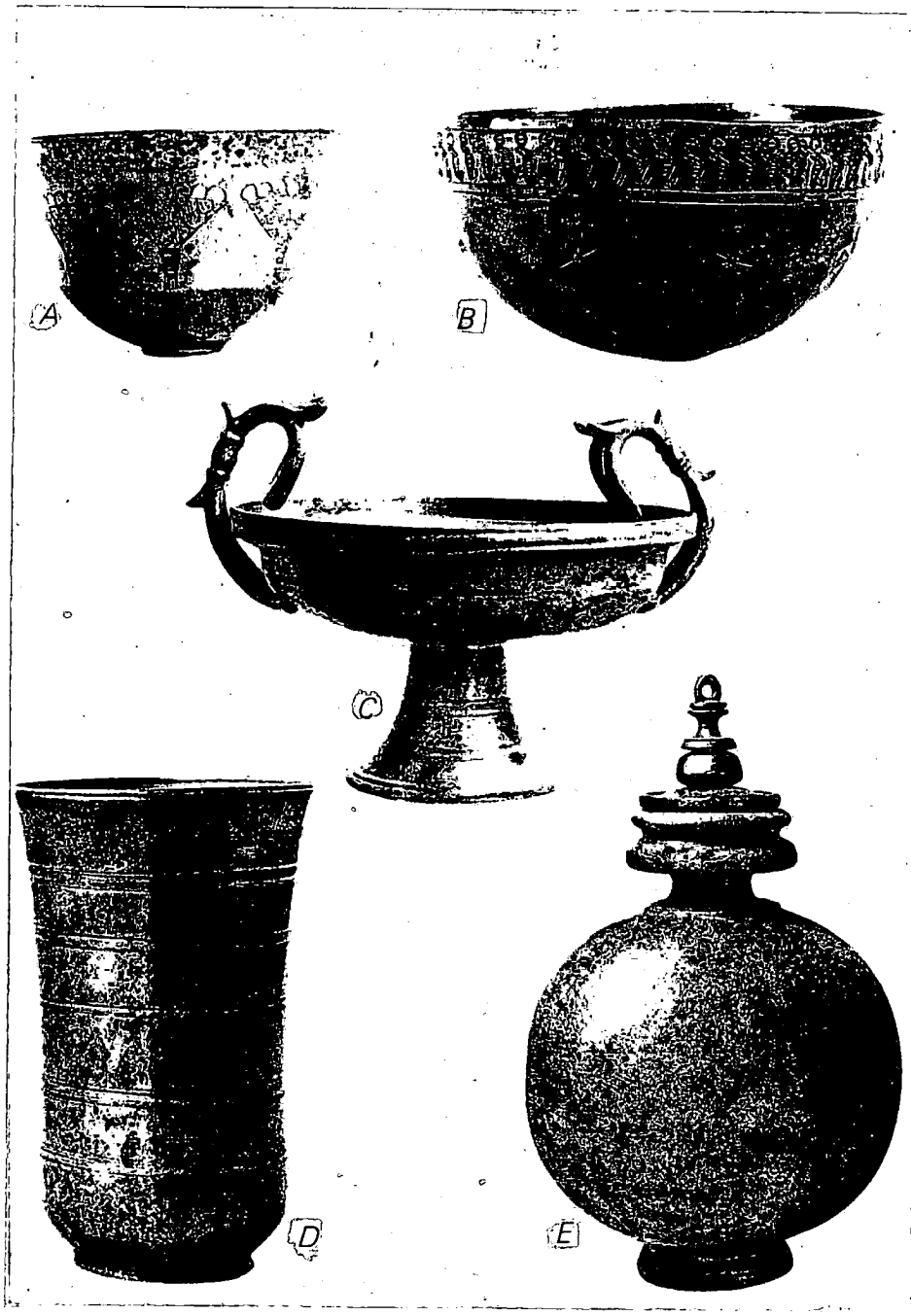
De modo general, existían en los períodos de Napata y de Meroé las mismas ramas de la agricultura que las que se encuentran en el antiguo Egipto, pero en una relación diferente. La ganadería predominaba sobre la agricultura y la horticultura, así como los cultivos de frutales estaban menos desarrollados. Pero el algodón comenzó a ser cultivado en esa región mucho antes que en Egipto. Por cuanto sabemos, los productos agrícolas no eran exportados, porque apenas bastaban para el consumo local.

RECURSOS MINERALES

En el transcurso de la Antigüedad, el imperio de Kush fue considerado como uno de los más ricos del mundo conocido. Esa fama se debía más a las riquezas minerales de las tierras fronterizas al este del Nilo que a las del interior del reino mismo.

Kush ha sido una de las grandes regiones productoras de oro en el mundo antiguo. El oro era extraído entre el Nilo y el mar Rojo, sobre todo, en la parte norte del paralelo 18, donde se han encontrado numerosas huellas de minas antiguas. La producción de oro ha debido ser una ocupación importante bajo el Imperio meroítico y los templos parece que poseyeron grandes cantidades de él; así Taharqa dotó a uno de sus numerosos templos con 110 kg. de oro en nueve años [41]. Recientes excavacio-

[39] J. W. Crowfoot, 1911, pág. 37.
[40] E. Littmann, 1950, pág. 116.
[41] J. Vercoutter, 1959, pág. 137.



• *Recipientes y copas procedentes de Meroé (Fuente: W. S. Shinnie, 1967, pl. 64-68. Fotografías* a, c, d: *Shinnie, Profesor de Arqueología, Jartum;* b): *British Museum;* e): *Ashmolean Museum).*

nes efectuadas en Meroé y en Mussawarat es-Sufra han mostrado templos con sus muros y estatuas cubiertos con hojas de oro. Las riquezas y las exportaciones de oro no han sido sólo una de las principales fuentes de la riqueza y de la grandeza del reino, pero han influido en gran medida sobre sus relaciones con Egipto y Roma. Se ha calculado que, en el transcurso de la Antigüedad, Kush produjo aproximadamente 1.600.000 kg. de oro puro [42]. Ese oro debió estar en posesión de los pueblos nómadas, como lo atestiguan diversas narraciones; el rey Nastasen exigió a diversas tribus, a las que había vencido cerca de Meroé, la entrega de 300 kg. de oro [43]. Aunque numerosos objetos de plata y de bronce han sido descubiertos en las sepulturas y aunque las ofrendas a los templos han contenido con frecuencia objetos de artesanía de plata, a veces de una gran calidad artística, parece que ni la plata ni el cobre han sido producidos localmente, sino importados del extranjero.

En cambio, el desierto oriental abundaba en piedras preciosas y semipreciosas, tales como la amatista, el carbunclo, el jacinto, la crisolita, el berilo y otras. Aunque no todas esas minas estaban situadas bajo el dominio del reino meroítico, todos los productos que se sacaban de ellas pasaban finalmente por el circuito comercial meroítico, aumentando así el renombre de Meroé como uno de los países más ricos del mundo antiguo.

EL TRABAJO DEL HIERRO

Las importantes zonas de escorias encontradas cerca de la antigua ciudad de Meroé y en otras regiones de Butana han proporcionado materia para numerosas especulaciones sobre la importancia del hierro en la civilización meroítica. Además, se ha sostenido que el conocimiento de la técnica de la fundición y del trabajo del hierro en numerosas partes del Africa sahariana había partido precisamente de Meroé. Ya en 1911, A. H. Sayce declaró que Meroé había debido ser el «Birmingham de la antigua Africa» [44]; esa opinión ha sido defendida hasta fechas muy recientes por otros muchos especialistas y se ha convertido en una teoría generalmente aceptada en la mayoría de las obras sobre la historia africana y sudanesa [45].

En estos últimos años, esa opinión generalmente aceptada ha sido refutada por algunos especialistas que han presentado un gran número de serias objeciones sobre este particular [46]. Dichos autores han hecho observar que los objetos de hierro descubiertos en numerosas tumbas lo han sido en cantidades muy pequeñas. Wainwright ha advertido que hacia −400 solamente existían huellas de hierro y que, incluso después, y hasta la caída del Imperio meroítico (aproximadamente hacia 320), los objetos de hierro distan mucho de estar extendidos. Por su parte, Tylecote ha afirmado categóricamente que se encontraban huellas de fundición de hierro antes de −200, en tanto que Amborn, gracias a un análisis minucioso de todos los objetos metálicos descubiertos en la necrópolis, ha señalado el predominio de los objetos de bronce sobre los objetos de hierro, hasta en el transcurso del período ulterior. De esto

[42] H. Quiring, 1946, pág. 56.
[43] H. Shafer, 1901, págs. 20-21.
[44] A. H. Sayce, 1911, pág. 55.
[45] G. A. Wainwright, 1945, págs. 5-36; A. J. Arkell, en muchos de sus escritos y 1966, págs. 451 y siguientes; P. L. Schinnie, 1967, págs. 160 y siguientes; I. S. Katznelson, 1970, págs. 289 y siguientes *y otr.*
[46] Cf. B. G. Trigger, 1969, págs. 23-50; R. F. Tylecote, 1970, págs. 67-72, H. Amborn, 1970, págs. 71-95.

ha sacado la conclusión de que es más probable que todos los descubrimientos de hierro consistan en metal importado que habría sido trabajado en Nubia por los herreros locales, cuya existencia no es conocida, no obstante, más que a partir de la cultura del Grupo X postmeroítico. Sin embargo, en modo alguno se puede deducir de la presencia de objetos de hierro trabajado que existiese una auténtica metalurgia del hierro.

Por lo que se refiere a las zonas de escorias encontradas en Meroé, Amborn estima que se trata de vestigios de otras industrias que no son las del hierro porque, aunque esos montones de deshechos eran realmente de fundición, al encontrarse la zona alrededor de Meroé hubiera estado literalmente sembrada de hornos, mientras que ningún arqueólogo hasta ahora ha descubierto ni siquiera la huella de un horno de esa naturaleza [47].

La controversia dista mucho de estar cerrada. Son necesarias investigaciones arqueológicas más avanzadas para poder llegar a una prueba categórica de la existencia de la metalurgia del hierro en Meroé; la escasez de los objetos de hierro que se encuentran en los sitios funerarios no permite concluir sobre una producción de hierro importante y debilita así la teoría que quiere hacer de Meroé el «Birmingham de Africa». En cambio, eso no significa que la fundición de hierro haya sido totalmente desconocida en esa región y que aquella no haya podido extenderse a algunas partes vecinas de Africa. El tema del hierro de Meroé forma parte de los problemas más importantes de la historia africana y merece ser estudiado en profundidad por medio de todas las técnicas modernas de las que disponen el arqueólogo y el historiador. Sólo después de ese estudio estaremos en condiciones de apreciar completamente el papel de Meroé en la edad del Hierro africano.

CIUDADES, ARTESANADO Y COMERCIO

El carácter permanente de la vida a lo largo del valle del Nilo regulado por la inundación anual hace posible la vida sedentaria y el desarrollo de las grandes o de las pequeñas ciudades. Este tipo de establecimiento alentaba el desarrollo del artesanado; cuando esos centros urbanos del valle del Nilo estaban situados en puntos estratégicos creaban posibilidades económicas para las tierras del interior así como centros comerciales. Muchos de esos establecimientos urbanos desempeñaron un papel como centros administrativos y religiosos [48].

Se puede pensar que en la Baja Nubia el desarrollo urbano fue el resultado de una evolución política y aumentó el interés de los meroítas por sus fronteras del norte con Egipto. Los ejércitos meroíticos fueron enviados en muchas ocasiones a la Baja Nubia y, finalmente, los soldados se quedaron en esa región para crear allí una economía independiente. También practicaron relaciones comerciales con Egipto y, por esa causa, grandes centros urbanos y comunidades locales prósperas se multiplicaron en la Baja Nubia en puntos estratégicos tales como Qasr Ibrim o Djebel Adda. La vida

[47] H. Amborn, *o. c.*, págs. 83-87 y 92; P. L. Shinnie y F. Y. Kense acaban de presentar en la Third International Meroitic Conference, Toronto, 1977, un comunicado en el que ponen en duda la afirmación de H. Amborn: han sido descubiertos hornos para el hierro en Meroé (Begrawija) en el curso de recientes excavaciones.

[48] A. M. Ali Hakem, 1972 (b), págs. 639-646.

política y religiosa se concentraba en torno a un magnate local o una familia que ostentaba a título hereditario puestos administrativos y/o militares. Esa aristocracia vivía en «castillos» como el de Karanog, o en palacios como el «Palacio del Gobernador» de Mussawarat es-Sufra.

Plinio (apoyándose en Bion y Juba) nos ha transmitido el nombre de muchas ciudades meroíticas en las dos orillas del Nilo, situadas entre la 1.ª Catarata y la ciudad de Meroé[49].

El monumento meroítico más septentrional es la capilla de Arqamani, en Dakka (antigua Pselchis), pero la auténtica ciudad fronteriza parece que se encontró al sur de Ouadi es-Sebua, donde se han encontrado los vestigios de una gran población con un cementerio. Otros habitats urbanos importantes de esa región fueron Karanog (cerca de la ciudad actual de Aniba) y, frente a ella, el gran fuerte de Qasr Ibrim, pero los edificios que han subsistido hasta ahora datan casi todos de la época meroítica.

La ciudad de Faras (Pakhoras) ha sido el principal centro administrativo de la provincia llamada *Akin*, que corresponde a la Baja Nubia. Las excavaciones han descubierto algunos edificios oficiales entre los que está el llamado «Palacio del Oeste» (que se remonta al siglo I de la era cristiana), construcción hecha de ladrillos secados al sol, así como una fortificación que se encuentra justo en la orilla del río.

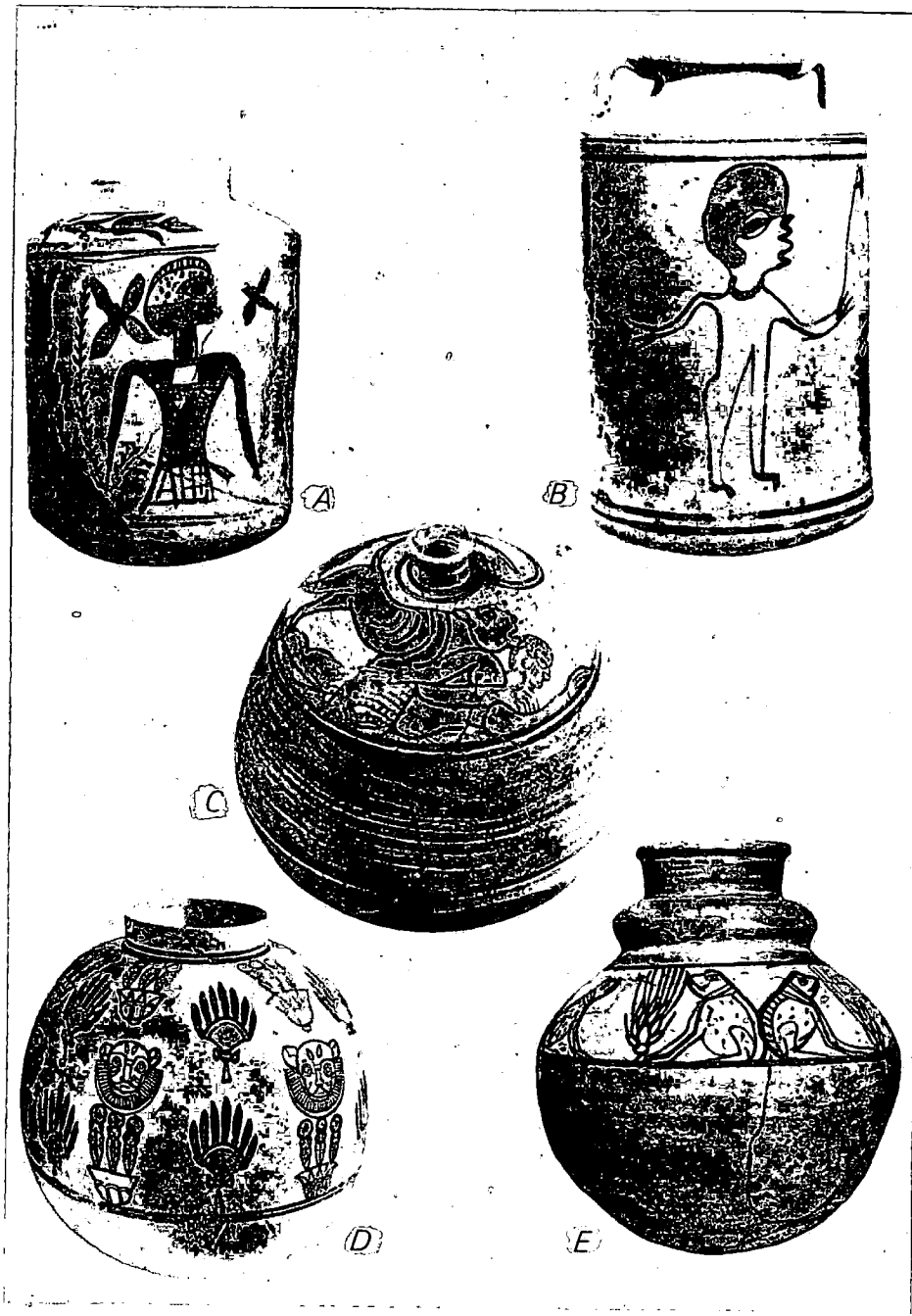
Al sur de Faras, las poblaciones meroíticas son escasas, al ser la región inhóspita y el valle demasiado estrecho para una importante población productiva. Sólo en la proximidad de Dongola es donde encontramos tierras más amplias y señales más numerosas de antigua ocupación. Frente a la ciudad moderna de Dongola, está Kawa, donde una ciudad importante dotada de numerosos templos atestigua una larga historia y donde las excavaciones han descubierto numerosos monumentos e importantes inscripciones de origen meroítico.

Más arriba de Kawa, no se encuentra establecimiento alguno importante antes de Napata. El lugar que esa ciudad ocupa en las ceremonias reales y en las costumbres religiosas ha sido subrayado en las páginas anteriores; la importancia de esta ciudad ha sido realzada por su emplazamiento, en el extremo norte de la ruta de las caravanas, que permitía evitar tres cataratas difíciles de franquear. Todas las mercancías procedentes de las regiones meridionales y centrales del reino, así como del interior de Africa pasaban por Napata. Aunque el emplazamiento de la ciudad de Napata está aún en parte por descubrir, los cementerios reales de El-Kuru, Nuri y Djebel Barkal, así como los templos de Djebel Barkal y de Sanam todos han sido explorados, lo que permite evaluar la importancia de Napata como centro real y religioso en el transcurso del período anterior de la historia de Kush. Hasta la época de Nastasen, los cementerios que se encuentran alrededor de Napata eran utilizados para las sepulturas reales e, incluso después, cuando los reyes fueron normalmente enterrados en Meroé, algunos prefirieron ser trasladados a Djebel Barkal.

El centro urbano más importante del valle del Nilo después de éste se encuentra en Dangeil (a unos 8 km. al norte de Berber) donde fueron descubiertos vestigios de construcciones y de muros de ladrillos; el emplazamiento mismo parece que se encontró sobre una ruta importante que conducía de Meroé hacia el norte.

En la «isla de Meroé», que casi corresponde a la meseta actual de Butana (entre el Atbara y el Nilo Azul), se han encontrado numerosas huellas de población meroíti-

[49] *Hist. Nat.*, VI, 178, 179.



• *Piezas de cerámica meroítica.* a) *y* b): *Recipientes pintados que representan figuras caricaturescas.* c): *Recipiente pintado que representa a un león devorando a un hombre.* d): *Recipiente pintado y decorado con cabezas del dios-león Aledemak.* e): *Recipiente de arcilla roja decorada con una franja de ramas dorso con dorso y separadas por plantas (Fuente: W. S. Shinnie, 1967, pl. 44-48. Fotografía Ashmolean Museum, Oxford).*

ca[50]. Aunque la ciudad de Meroé sea mencionada por vez primera en el curso del último cuarto del siglo V antes de la era cristiana (inscripción de Amannateieriko del templo de Kawa) por la palabra *B:rw:t*, los estratos inferiores muestran que una población importante existía ya en ese lugar en el siglo VIII; Herodoto (II, 29) la llama una «gran ciudad» y las excavaciones han confirmado que esa ciudad ocupaba una gran superficie con una parte central rodeada de suburbios, y quizá también de una muralla. Además de que durante muchos siglos fue capital y residencia real, Meroé funcionó como uno de los grandes centros económicos y comerciales del país, al encontrarse en la encrucijada de las rutas de las caravanas y al servir igualmente de puerto fluvial. La mayor parte de la zona cubierta por la ciudad, que se compone de muchos montículos recubiertos de fragmentos de ladrillo rojo, está a la espera de los arqueólogos[51]. Pero la parte excavada y examinada hasta ahora es suficiente para llegar a la conclusión de que Meroé, cuando estaba en su apogeo, fue una ciudad enorme dotada de todos los elementos relativos a la vida urbana. Como monumento, Meroé pertenece a los más importantes de los comienzos de la civilización del continente africano. Los principales elementos de los sectores de la ciudad descubiertos contienen la «ciudad real» con sus palacios, termas reales y otros edificios, así como el templo de Amón. En sus proximidades, se ha descubierto el templo de Isis, el templo de los Leones, el templo del Sol, un gran número de pirámides y cementerios destinados a otros personajes distintos del rey.

No lejos de Meroé se encuentra el lugar de Uad ben Naga, que se compone de ruinas de al menos dos templos; recientes excavaciones han descubierto un gran edificio, quizá un palacio, y una estructura en forma de colmena que pudo haber sido un enorme silo. Esto, así como muchos montículos en sus proximidades, indica la importancia de esa ciudad que era la residencia de las Candaces y un puerto del Nilo[52].

En cuanto a los otros yacimientos, sólo algunos se pueden destacar. Basa, que se encuentra en el Wadi Hawad, tiene un templo y un enorme *hafir* rodeado de estatuas de leones de piedra. Pero el rasgo más interesante de este lugar es que la citada ciudad no se ha desarrollado de un modo anárquico, sino según un plano más estrictamente adaptado al terreno, que en aquella época estaba cubierto de árboles y de monte bajo[53].

En muchos aspectos, Mussawarat es-Sufra en el Wadi el-Banat, a escasa distancia del Nilo, reviste una importancia excepcional. Su principal característica, el Gran Recinto, consiste en numerosos edificios y muros de cerco que rodean un templo construido en el primer siglo de la era cristiana o un poco antes. El número de elefantes representados sobre esos muros hace pensar que ese animal ha desempeñado un papel de primera importancia. Existe cierto número de templos entre los cuales el más importante es el de los Leones dedicado al dios Apedemak. Las recientes excavaciones efectuadas por F. Hintze[54] aportan nuevos elementos sobre gran

[50] A. M. Ali Hakem, *o. c.*

[51] Hay que mencionar aquí los trabajos recientes (1972-1975) de las Universidades de Calgary y de Jartum en el transcurso de los cuales han sido descubiertos numerosos templos nuevos.

[52] Cf. J. Vercoutter, 1962.

[53] J. W. Crowfoot, 1911, págs. 11-20.

[54] Cf. F. Hintze, 1962 y 1971 (a).

número de aspectos de la historia, del arte y de la religión meroíticos, pero gran parte de sus características siguen siendo, no obstante, misteriosas.

Dejando aparte sus funciones administrativas y religiosas, las ciudades meroíticas han sido también importantes centros de artesanado y de comercio. Ningún estudio particular ha sido dedicado hasta ahora a esos aspectos de la historia meroítica, pero los indicios de los que disponemos actualmente atestiguan un alto nivel tecnológico y artístico de los productos del artesanado. La presencia de diferentes cuerpos de oficios ha sido necesaria para la construcción y la decoración de numerosos monumentos (palacios, templos, pirámides, etc.); aunque no se pueda dudar de la importancia de la influencia egipcia en el transcurso del período anterior, gran número de elementos autóctonos han hecho su aparición a partir del siglo III antes de la era cristiana y muestran que los artesanos y artistas meroíticos se han librado de los modelos extranjeros y han comenzado a producir una tradición artística completamente original e independiente.

La alfarería pertenece a los productos mejor conocidos de la civilización meroítica; y debe su celebridad a una alta calidad, tanto de su materia como de su decoración. En ella podemos distinguir dos tradiciones: la alfarería hecha a mano por las mujeres, que muestra una importante continuidad de forma y de estilo y una tradición africana profundamente enraizada[55], mientras que la alfarería hecha con torno por el hombre es más variada y responde más a los cambios de estilo. Esta distinción permite igualmente concluir que, desde los primeros tiempos, la alfarería hecha con torno se desarrolló como un arte distinto que se producía para el mercado y que podía, por tanto, responder a los cambios de la moda y de la demanda de las clases medias y superiores de la sociedad meroítica, mientras que la clase modesta continuaba utilizando la alfarería tradicional hecha en casa por las mujeres.

Otro artesanado que había alcanzado un alto grado de desarrollo era la joyería. En las tumbas reales se han descubierto sobre todo joyas en cantidad considerable. Como en los demás objetos del artesanado las joyas primeras estaban fielmente copiadas del estilo egipcio y, sólo más tarde, se encuentran joyas específicamente meroíticas en su estilo y en sus adornos. Estas piezas estaban hechas principalmente de oro, plata y piedras semipreciosas; comprendían placas, collares, brazaletes, pendientes y anillos. Sus modelos eran también muy variados, algunos de inspiración egipcia, mientras que otros mostraban claramente que eran de origen local y producto del artesanado y de los artistas meroíticos. La escultura de marfil era también un arte estrechamente ligado al de la joyería; en razón de la abundancia y de la accesibilidad de esa materia en Meroé, no es sorprendente que los escultores hayan puesto a punto sus propias técnicas y sus propias tradiciones, que utilizan principalmente los motivos animales (jirafas, rinocerontes y avestruces).

Los ebanistas fabricaban diferentes clases de muebles, en particular camas, pero también cajas de madera, cofres y hasta instrumentos de música; los tejedores fabrican tejidos de algodón y de lino, y los curtidores trabajaban las pieles y el cuero. Vestigios de su trabajo han sido descubiertos en varias tumbas reales y no reales.

Todas estas indicaciones muestran que existía en Meroé una clase relativamente numerosa de artesanos a la que pertenecían igualmente los artistas, arquitectos y

[55] P. L. Shinnie, 1967, pág. 116: el autor subraya que esa cerámica se realiza actualmente en el mismo estilo no sólo en Sudán, sino en otras muchas partes de Africa.

escultores. Cómo estaba organizado ese artesanado, no se sabe aún, puesto que los nombres de oficios han sido poco descifrados por encontrarse en las inscripciones meroíticas. Es probable que existiesen talleres reservados al servicio del templo, como en Egipto[56], y quizá también en la corte real.

El imperio de Kush constituyó en el transcurso de su historia un depósito ideal para las rutas de las caravanas entre el mar Rojo, el Alto Nilo y la sabana nilo-chadiana. Por tanto, no es extraño que el comercio exterior haya desempeñado un importante papel en la economía y en la política meroíticas. Disponemos de indicaciones suficientes sobre el comercio con Egipto para poder evaluar la importancia de éste y conocer sus productos y sus itinerarios; en cambio, sólo se pueden formular hipótesis para el comercio con las demás partes de Africa y un gran número de cuestiones siguen aún sin respuesta. Desde los tiempos antiguos, los principales productos de exportación procedentes de Nubia han sido el oro, el incienso, el marfil, el ébano, los aceites, las piedras semipreciosas, las plumas de avestruz, las pieles de leopardo, etc. Aunque una parte de esas mercancías haya tenido por origen el territorio meroítico, se puede constatar que muchas otras procedían de países situados al sur.

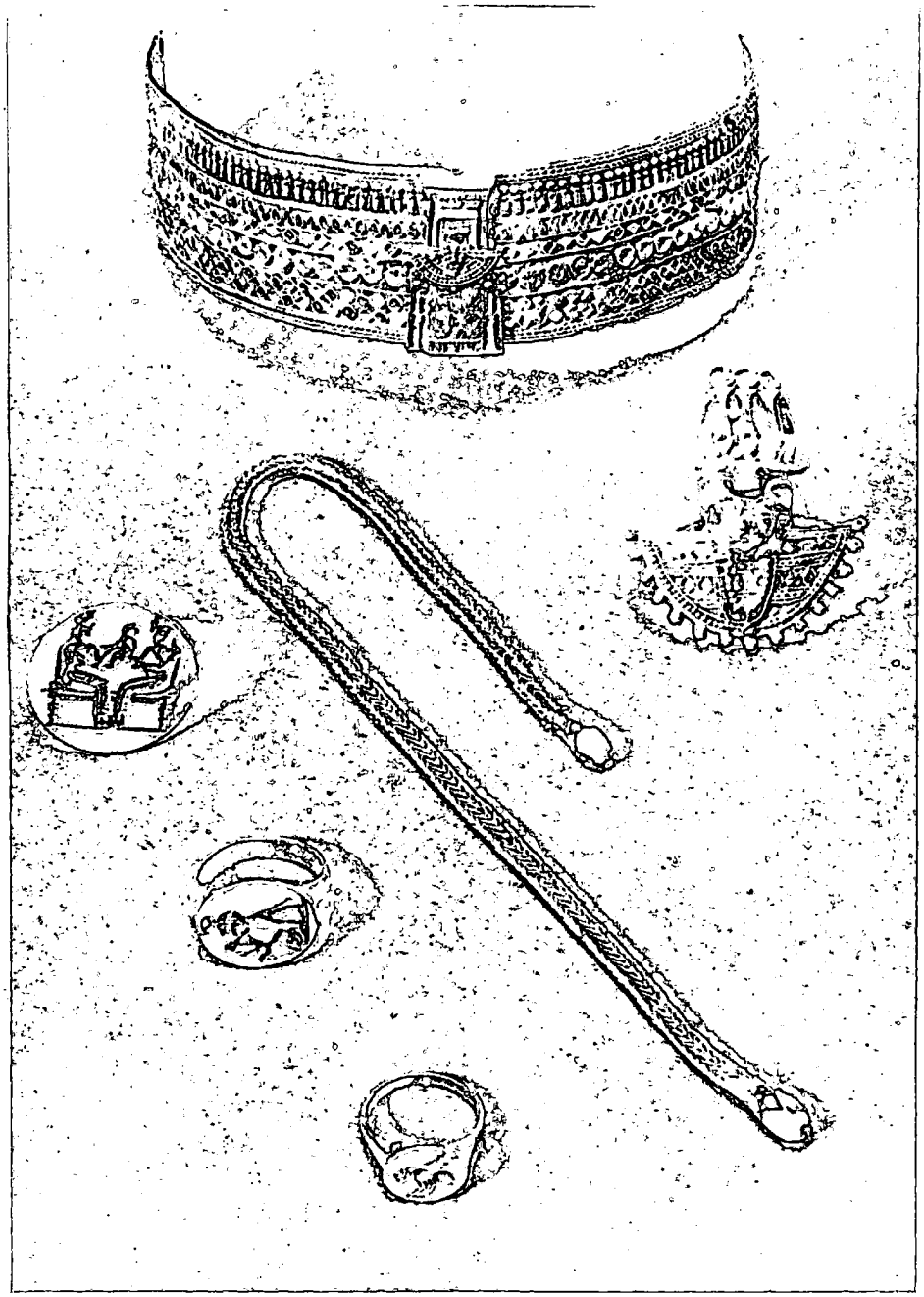
El comercio exterior estaba dirigido principalmente hacia Egipto y el mundo mediterráneo y quizá más tarde hacia Arabia del Sur. La gran ruta comercial iba a lo largo del Nilo, aunque, en ciertas partes, atravesase la sabana (por ejemplo, entre Meroé y Napata, y Napata y la Baja Nubia). La «isla de Meroé» debió ser recorrida en todas las direcciones por un gran número de caravanas; también fue el punto de partida para las caravanas en dirección al mar Rojo, a Etiopía del Norte, a Kordofán y a Darfur. El control de esa vasta red de rutas ha sido una preocupación constante para los reyes, porque los pueblos nómadas atacaban muy frecuentemente a las caravanas; para aumentar la seguridad de las rutas comerciales, los soberanos construyeron fortalezas en los puntos estratégicos más importantes (en las estepas de Bayuda entre Meroé y Napata) y allí mandaron excavar pozos.

Los pocos indicios de los que disponemos no nos permite seguir de cerca la evolución del comercio exterior de Meroé en el transcurso de toda su historia. Sólo podemos suponer que ese comercio alcanzó su apogeo a comienzos del período helenístico, cuando la demanda de la dinastía de los Ptolomeos por los productos exóticos procedentes de Africa aumentó. Más tarde, al comienzo del siglo I de la era cristiana, la principal ruta fue trasladada del eje del Nilo al mar Rojo, disminuyendo así el volumen de mercancías directamente exportadas de Meroé, puesto que un gran número podían ser obtenidas en las regiones de Etiopía del Norte, donde Axum acababa justamente de iniciar su ascensión. Los últimos siglos del reino meroítico coincidieron con la crisis general del Imperio romano, lo que condujo inmediatamente a un declive brutal y luego a una interrupción casi total de las relaciones comerciales entre Meroé y Egipto. Gran número de ciudades de la Baja Nubia que dependían de ese comercio se vieron arruinadas; además, ni Roma ni Meroé estaban en esa época en condiciones de defender las rutas comerciales contra ataques de los blemíes y nóbadas nómadas[57].

---

[56] Se encuentran esos talleres en el templo T. en Kawa que data de los siglos VII o VI antes de la era cristiana, cf. M. F. L. Macadam, 1955, págs. 211-232.

[57] Para un análisis de las causas de ese declive, cf. I. S. Katsnelson, *o. c.*, págs. 249 y siguientes.



o *Joyas de oro de la reina Amanishabete (41-12 antes de la era cristiana) (Fuente: F. y U. Hintze, 1966, pl. 132. Fotografía Staattiche Museum, Berlin).*

LA ESTRUCTURA SOCIAL

Al carecer de información directa, es casi imposible presentar un cuadro coherente de la estructura social de Meroé. Sólo sabemos que existía una clase superior o dirigente compuesta por el rey y su familia, por una corte y una aristocracia provincial que desempeñaba diversas funciones administrativas y militares y por un clero muy influyente; en el otro extremo de la escala social, las fuentes de las que disponemos tratan, en numerosas ocasiones, de la existencia de esclavos reclutados entre los prisioneros de guerra. Testimonios indirectos hacen pensar que, dejando aparte los agricultores y los ganaderos que debían formar la mayor parte de la población meroítica, existía una clase media de artesanos, comerciantes, pequeños funcionarios y domésticos, pero se ignora todo sobre su condición social. En tanto que no dispongamos de informaciones más precisas, sería prematuro querer definir el tipo de relaciones que existía entre las diversas clases en el plano social y en el plano de la producción.

Los documentos epigráficos y otros permiten suponer que las actividades guerreras han jugado un papel nada despreciable en el reino, pero resulta difícil decir cómo eran llamados y organizados los ejércitos. Parece que, dejando a un lado la guardia real permanente, todos los habitantes de sexo masculino eran movilizados en caso de necesidad. Las narraciones que datan del período romano indican que el ejército estaba dividido en infantería y en caballería pero que, comparados con las legiones romanes, los soldados meroíticos estaban poco disciplinados. Fueron llevadas a cabo guerras contra los grupos nómadas del desierto oriental, que nunca estuvieron completamente sometidos y estaban dispuestos a apoderarse en el momento oportuno de las tierras cultivadas. Al mismo tiempo, numerosas guerras de agresión se realizaron para agrandar el territorio y apoderarse de un botín (ganado y esclavos) que debía constituir una fuente importante de riquezas para las clases dominantes y para el clero.

Gran número de los prisioneros de guerra era regularmente enviado por los reyes a los templos, incluso a veces con los territorios o las tierras nuevamente ocupados. El número de los esclavos debió ser relativamente muy elevado y, en la época romana, muchos esclavos negros fueron deportados a Egipto y a los países mediterráneos. La mano de obra servil ha sido utilizada para la construcción de pirámides, de templos, de palacios y otros monumentos, así como para el cultivo de los huertos y jardines de los templos. Quizá también era empleada para la excavación y la reparación de los canales y embalses de riego *(hafirs)*. La esclavitud se desarrolló en Meroé como en los demás reinos orientales, pero bastante lentamente y nunca constituyó la principal base de producción, dado que la mano de obra servil tenía una esfera de utilización relativamente limitada; en las inscripciones, el número de las mujeres esclavas es siempre superior al de los hombres, lo que indica que la esclavitud doméstica era la forma más extendida.

RELIGION

CARACTERISTICAS GENERALES

El pueblo meroítico tomaba la mayor parte de sus ideas religiosas oficiales de Egipto. La mayoría de los dioses que eran objeto de culto en los templos meroíticos,

correspondían a los de Egipto y los primeros reyes consideraron a Amón como al dios soberano de quien recibían sus derechos al trono. Los sacerdotes de Amón ejercieron una influencia considerable, al menos hasta la época del rey Ergamenes que parece que rompió con el poder absoluto de aquéllos. Sin embargo, incluso más tarde, los reyes dieron pruebas —al menos en sus inscripciones— de una veneración por Amón y sus sacerdotes a los que favorecían de diversas maneras concediéndoles donativos de oro, esclavos, ganado y tierras.

Al mismo tiempo que los habitantes de Meroé daban culto a las divinidades farónicas (Isis, Horus, Thoth, Arensnufis, Satis, etc.) con sus símbolos originales, practicaban el culto de dioses puramente meroíticos, como el dios-león Apedemak o el dios Sebewyemeker (Sbomeker). El culto de estos dioses no llegó a ser oficial más que en el siglo III antes de la era cristiana; parece que, antes, fueron dioses locales de la parte meridional del imperio y que no llegaron a ocupar un lugar principal más que en la época en la que la influencia egipcia comenzó a declinar para ser reemplazada por unos rasgos culturales más auténticamente meroíticos. (No hay que olvidar que es también hacia esa época cuando la escritura y la lengua meroíticas fueron introducidas en las inscripciones.)

El dios guerrero Apedemak era una divinidad de gran importancia para los meroítas. Se le pinta con una cabeza de león, y los leones desempeñaron un papel en las ceremonias del templo, sobre todo, en Mussawarat es-Sufra [58]. En el mismo lugar, encontramos otro dios meroítico que no tiene correspondiente egipcio: Sebewyemeker, que era tal vez el principal dios local, siendo considerado como un creador. Algunas diosas estan también pintadas en Naga, pero su nombre y el lugar que ocupaban en el panteón meroítico nos son desconocidos.

La presencia de dos clases de divinidades, una de origen egipcio y otra de origen local, se refleja también en la arquitectura de los templos.

LOS TEMPLOS DE AMON

El simbolismo religioso ha desempeñado un papel importante en el plano de los templos del antiguo Egipto. El culto se expresa en unos rituales complejos y elaborados y cada parte del templo tiene una misión particular en el desarrollo del ritual. Esas diferentes partes (por ejemplo, salas, patios, cámaras, capillas, etc.) estaban dispuestas según un eje y constituían un largo corredor de procesión. Templos de este tipo han sido edificados en la región de Dongola por Peye, Taharqa y sus sucesores; Napata era el centro donde el más importante de esos templos fue construido y dedicado a Amón-Ra de Djebel Barkal. Sin embargo, Meroé no figura, en las inscripciones de la coronación más antiguas, como un lugar donde fuera construido un templo de Amón.

Sin embargo, hacia el final del siglo I antes de la era cristiana, la ciudad de Meroé fue distinguida con la construcción de uno de esos templos ante el cual fue colocada una larga inscripción en meroítico. Los nombres más antiguos que están asociados con dicha inscripción son los del rey Amanikhabale (−65/−41) y de la reina Amanishakhte (−41/−12). Ese templo llegó a ser, tal vez, el más importante en la

[58] L. W. Zabkar, 1975.

última mitad de la historia del reino. Sin embargo, debemos notar que a partir de esa época, otros templos de Amón-Ra similares y de menores dimesiones fueron construidos en Meroé, Mussawarat es-Sufra, Naga y Uad ben-Naga. El templo de Amón en Meroé ha desempeñado un papel semejante al de Napata y de Djebel Barkal, y debió llegar a ser un rival temible para el templo de Napata al que acaba por suplantar. Incluso durante el período anterior a la construcción del templo de Amón en Meroé, Napata no tenía el monopolio como templo religioso, porque existían otros tipos de templos que dominaban la vida religiosa en todo Butana y de allí irradiaban hacia el norte. Ahora debemos hablar del templo de los Leones.

EL TEMPLO DE LOS LEONES

El nombre de «templo de los Leones» se debe a una marcada preponderancia de representaciones de leones, esculpidas en relieve, guardando los accesos y la entrada de los templos, u ocupando un lugar importante en los bajorrelieves. El león representa igualmente el gran dios meroítico Apedemak. Sin embargo, no hay que concluir de esto que todos esos templos estaban dedicados únicamente a Apedemak. La existencia de esos templos ha sido observada por diferentes autores [59], pero en la descripción de templos particulares se les ha dado nombres diferentes [60]: templo de Apis, templo de Isis, templo del Sol, templo principal de Augusto (Fesco Chamber), etc. El empleo de términos semejantes, en algunos casos, ha causado confusiones y conclusiones erróneas [61]. El uso de la expresión templo de los Leones eliminaría otras confusiones, al ser la representación del león su señal más distintiva. Las estatuas del carnero están asociadas a los templos de Amón (Barkal, Kawa, Meroé, Naga) mientras que las estatuas del león están en ellos completamente ausentes, aunque el dios-león Apedemak debe quizá figurar entre las divinidades que en ellos eran adoradas y su imagen aparezca entre la de otros dioses. Asimismo, a pesar de que las divinidades con cabeza de carnero (Amón-Ra y Khnoum) aparecen frecuentemente en los bajorrelieves de esos templos de los Leones, no existe ejemplo alguno de estatua de carnero asociada a un templo de los Leones.

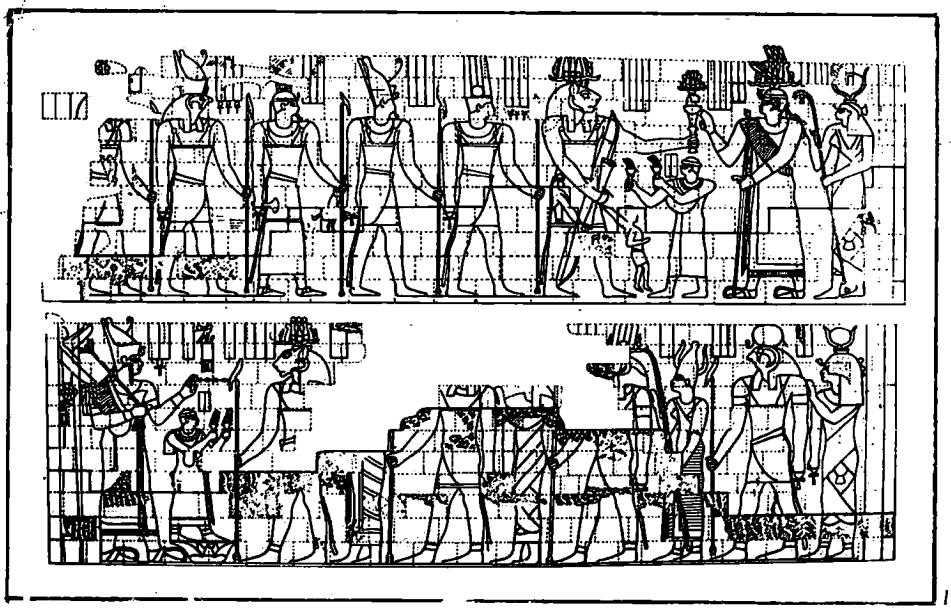
Reparto y tipos de los templos de los Leones

Además de los 32 templos de los Leones conocidos, existen 14 yacimientos donde la presencia de un templo de los Leones es casi cierta. Si añadimos la existencia, en los textos meroíticos, de títulos religiosos asociados a esos templos en localidades como Nalete, Tiye, etc., el número de estos templos ha debido ser en realidad muy importante. Parece que han estado repartidos en el conjunto del reino de Meroé. Su distribución presenta dos características muy claras. La primera es que existen cuatro

[59] J. Garstang, *y otr.*, 1911, pág. 57; M. F. L. Macadam, 1955, pág. 114; F. Hintze, *o. c.*, pág. 170.

[60] B. Porter y R. Moss, 1951, págs. 264 y siguientes.

[61] Por ejemplo, el Templo del Sol, llamado así por Sayce basándose en una indicación de Herodoto a propósito de la presencia de una «Mesa del Sol», ha llevado a algunos autores a sugerir la existencia de Meroé de un culto especial al sol. Asimismo, términos como templo de Isis y templo de Apis podrían ser la causa de conclusiones igualmente erróneas.



1

• *1. El dios Apedemak acompañando a otros dioses meroíticos (Fuente: F. Hintze,* Die Inschriften des Löwentempels von Mussawarat es-Sufra, Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, *Kl. für Spr., Lit. und Ku. Jahrgang, 1962, Nr., 1, Berlin 1962, pl. II).*

• *2. Dios meroítico Sebewyemeker, del templo del León en Mussawarat es-Sufra (Fuente: F. y U. Hintze, 1966, pl. 101).*

2

yacimientos en los que han sido descubiertos numerosos templos: Naga (ocho templos), Mussawarat (seis), Meroé (seis) y Barkal (tres).

La presencia de varios templos en una misma localidad denota la importancia religiosa del lugar. En realidad, los templos más elaborados y quizá los más importantes del reino son el de Mussawarat es-Sufra y el Templo del Sol, de Meroé (M. 250). Sin embargo, Naga tiene más templos que las otras ciudades y Barkal posee los objetos fechados más antiguos. El primero (B. 900) construido por Peye (−750 / −716) poseía al principio dos cámaras que han sido transformadas posteriormente en un templo con pilón y una sola cámara. El segundo templo es B. 700, comenzado por Atlanerse (−653 / −643) y terminado por Senkamanisken (−643 / −623).

El segundo rasgo importante es que los centros de los dos tipos de templos no coinciden. Es posible adelantar que, de modo general, los templos de Amón estaban concentrados en la región de Napata, mientras que los templos de los Leones se encontraban en la isla de Meroé, donde los templos de Amón sólo fueron construidos a partir del siglo I antes de la era cristiana.

Todos los templos de los Leones pueden ser divididos en dos tipos principales. El primero es un templo con dos cámaras; los templos más antiguos de ese tipo son de adobes y no tenían pilón. El segundo tenía una sola cámara; la mayoría tenían un pilón en la fachada, pero los antiguos no tenían ninguno.

El segundo tipo de templo de los Leones podría remontar a dos orígenes locales. De una parte, se refiere al primer tipo, como lo muestra el hecho de que B. 900 fue posteriormente reconstruido sobre un plano del segundo tipo. Por otra parte, existen a la vez en Barkal[62] y en Kerma[63] varias construcciones pequeñas con una sola cámara que pueden ser el origen del segundo tipo. Los ejemplares más antiguos de este tipo se encontrarían quizá bajo Meroé M. 250, que datan tal vez de Aspelta y bajo el templo 100 de Mussawarat es-Sufra, que data de antes del año 500 de la era cristiana[64].

El otro lugar, que puede haber influido en la elección del templo de los Leones, es Egipto, donde algunas capillas fueron construidas en diversas épocas en el interior del recinto de otros templos o en las orillas del desierto. Sirven de paradas para el barco o para la estatua del dios durante diversas procesiones. Sin embargo, la mayor parte de ellas están bien hechas y comprenden varias cámaras[65], y aunque, entre los monumentos tebanos, la XXV dinastía construyó o añadió diversas capillas pequeñas en Karnak y en otras partes[66], éstas no se parecen al plano del templo de los Leones. Un origen indígena parecería, pues, más probable. Por su sencillez, este tipo de monumento era, a fin de cuentas, adaptable a regiones como Butana, donde la falta de mano de obra cualificada y de materiales impedía la creación de edificios elaborados como los templos de Amón, al menos en el período más antiguo. La sencillez del templo refleja quizá un tipo simple de culto, probable en las comunidades nómadas de Butana y de otras regiones.

Esos dos tipos de templo, los templos de Amón y los templos de los Leones, sugieren en primer lugar la existencia de dos tipos de religión, pero un segundo

62 G. A. Reisner, 1918, pág. 224.
63 G. A. Reisner, *H. A. S.*, 1923, pág. 243.
64 F. Hintze, 1970.
65 A. Badary, 1968, pág. 282.
66 J. Leclant, 1965, pág. 18.

examen atento muestra que se trata en realidad de una religión única. La dualidad religiosa supondría o una gran tolerancia, altamente improbable en esa época, o una lucha feroz de guerras religiosas continuas, de las que no conocemos huella alguna. Por el contrario, el panteón de los templos de Amón parece que ha sido el mismo que el de los templos de los Leones, con la diferencia de que algunos dioses tenían la preeminencia en tal o cual templo. Esos dioses son, por otra parte, una mezcla de dioses indígenas locales como Apedemak, Mandulis, Sebewyemeker, etc.[67]. Por consiguiente, la diferencia de plano indica una diferencia de ritos más bien que de religión. Así, el ritual de las ceremonias de la coronación exigía para las procesiones y las fiestas un templo del tipo de los de Amón. Esa forma de práctica religiosa ha hecho posible la incorporación, sin conflictos, de diversas divinidades y creencias locales y ha contribuido, de ese modo, a la cohesión estable de un sustrato que, en caso contrario, hubiese sido demasiado diversificado.

[67] L. Leclant, 1970 (b), págs. 141-153.

Capítulo 12

LA CRISTIANIZACION DE NUBIA

K. MICHALOWSKY

Por una parte, la decadencia del reino de Meroé, que ocupaba el territorio de Nubia del siglo III antes de la era cristiana al siglo III de la citada era, y por otra, la romanización y después la cristianización de la parte norte de Egipto fueron los dos factores básicos del origen de las estructuras sociales y de los acontecimientos históricos en Nubia en el período cristiano. Tras la caída del reino de Meroé, se formó en la Nubia septentrional, entre la 1.ª Catarata y Dal, es decir, en la región que se extiende entre la 2.ª y la 3.ª Catarata, un Estado nóbada. Nació tras largas luchas entre los pueblos de los blemíes y los nóbadas, luchas que acabaron con el dominio de éstos últimos en el valle del Nilo. Los nóbadas, rechazaron a los belemíes (bedjas o buga) hacia el desierto al este del río.

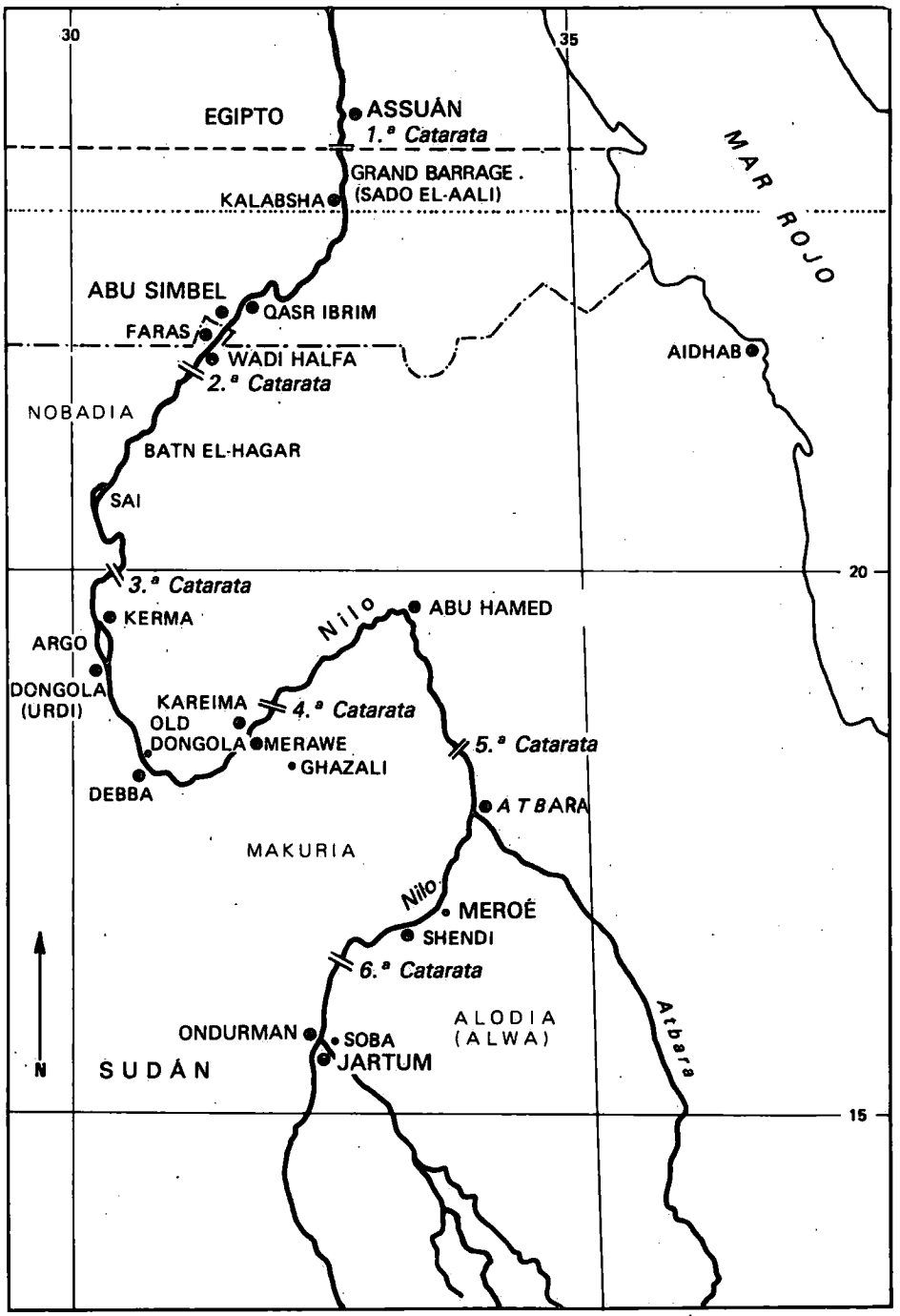
Las excavaciones realizadas por diversas misiones internacionales, con ocasión de la campaña de salvamento de los monumentos de Nubia, han aportado numerosas informaciones nuevas sobre ese período de la historia nubia.

En Faras, las excavaciones polacas han aportado la prueba de que la antigua Pakhoras fue, hacia el final del período de los nóbadas, la capital de su reino. Allí se encontraba el palacio de los soberanos transformado más tarde en una primera catedral [1].

Como demuestran las huellas de su cultura material, los contrastes del nivel de vida de la sociedad eran extremos. Las masas eran relativamente pobres. Sus modestas sepulturas hicieron llamar a su cultura, a falta de la posibilidad de una definición histórica más exacta, cultura del Grupo X por el primer descubridor de esa civilización, el arqueólogo americano G. A. Reisner [2]. En oposición al bajo nivel de vida de la población las clases dirigentes, los príncipes y la corte, cultivaban las tradiciones del arte y de la cultura meroítica. Los restos más representativos de la cultura material de esa escasa capa social son los ricos mobiliarios funerarios de los famosos túmulos de Ballana, descubiertos en 1938 por W. B. Emery [3], así como el palacio de los soberanos de Nobadia en Faras, mencionado anteriormente.

---

[1] K. Michalowski, 1967 (b), págs. 49-52.
[2] G. A. Reisner, 1910, págs. 345 y siguientes.
[3] W. B. Emery y L. P. Kirwan, 1938.



• *El Nilo desde la 1.ª a la 4.ª Catarata (Mapa facilitado por el autor).*

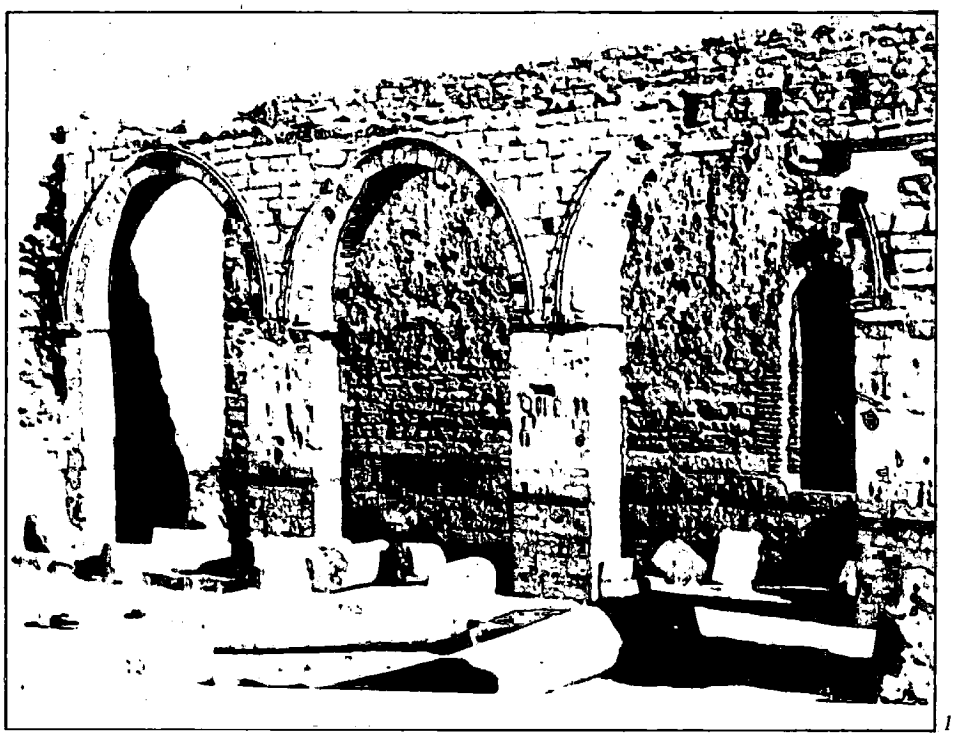
La interdependencia entre la citada cultura de Ballana y la cultura del Grupo X no ha sido aclarada hasta muy recientemente [4]. En efecto, hace poco tiempo esta cuestión era todavía objeto de controversias entre los eruditos. Algunos afirmaban que el Grupo X es, en la historia de Nubia, un enigma [5], siendo atribuidos los túmulos de Ballana a los jefes de las tribus blemíes [6], y los demás objetos de ese período al arte y a la cultura meroíticos tardíos [7]. También se trató de llamar a todo ese período «Civilización Ballana» [8].

Las excavaciones polacas en Faras han conducido al descubrimiento, bajo el palacio de los soberanos de los nóbadas, de una iglesia cristiana de adobes que se debe remontar a antes del final del siglo V. Es verdad que la alta datación de esa construcción ha sido puesta en duda recientemente [9], pero el hecho es que entre las tumbas del citado Grupo X se encuentran sepulturas cristianas [10], así como lámparas de aceite cristianas y cerámica decorada con inscripciones en forma de cruz que aprecen en las capas del Grupo X en la isla de Meinarti [11]. Todo esto es prueba evidente de que muy pronto, incluso antes de la cristianización oficial de Nubia por la misión del sacerdote Juliano, enviado por la emperatriz Teodora de Bizancio, la fe cristiana había llegado a los nóbadas, encontrando fácilmente neófitos entre los pobres. Un argumento complementario, para una antigua penetración de la fe cristiana en Nubia, es la existencia en ese país desde el final del siglo V de monasterios y ermitas [12]. Por consiguiente, se puede afirmar tranquilamente que la religión cristiana se infiltró poco a poco en Nubia antes de su conversión oficial que tuvo lugar en el año 543, según la información transmitida por Juan de Efeso [13].

Muchos factores explican esa precoz cristianización del país de los nóbadas. El Imperio romano, aún hostil al cristianismo en el siglo III, así como el Imperio cristiano de los siglos IV, V y VI, persigue a aquellos que no obedecen las órdenes oficiales en materia de religión. Muchos egipcios tal vez, y también nubios que huían a Egipto, probablemente han llevado su fe a los nóbadas que residían al sur de Assuán. Las caravanas de los comerciantes llegaban al sur por Assuán, transportando también ellos las creencias al mismo tiempo que a los hombres. La diplomacia bizantina de los siglos V y VI, deseosa de entendimiento con Axum contra la amenaza persa en el mar Rojo, ciertamente no ha desempeñado un papel menor. En el año 524, un tratado formal había permitido a Axum el envío de blemíes y de nóbadas para la expedición proyectada al Yemen. Los sacerdotes, sin duda, no permanecían inactivos en esos tratos y relaciones.

En 543, por orden de la emperatriz Teodora, el sacerdote Juliano no bautizó, en realidad, según el rito monofisita, más que a los soberanos del país. Ya mucho antes, bajo la influencia del Egipto cristiano, la mayor parte de la población había adoptado la nueva fe llena de atractivo para esa población. En el siglo VI, una iglesia próxima a

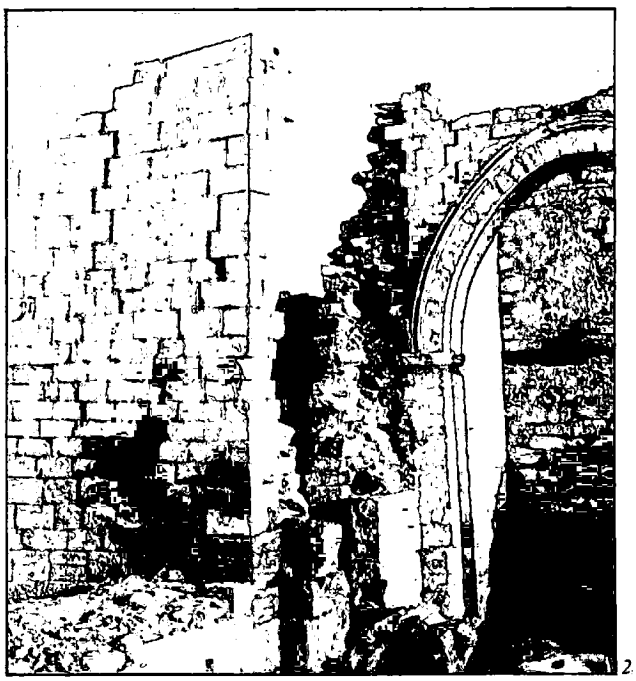
4 K. Michalowski, 1967 (a), págs. 104-211.
5 L. P. Kirwan, 1963, págas. 55-78.
6 W. B. Emery, 1965, págs. 57-90.
7 F. L. Griffith, 1926, págs. 21 y siguientes.
8 B. G. Trigger, 1955, págs. 127 y siguientes.
9 P. Grossmann, 1971, págs. 330-350.
10 T. Säve-Söderbergh, 1963, pág. 67.
11 W. I. Adams, 1965 (a), pág. 155; *id.*, 1965 (c), pág. 172; *id.*, 1967, pág. 13.
12 S. Jakobielski, 1972, pág. 21.
13 L. P. Kirwan, 1939, págs. 49-51.



1

• *1. Fachada este de la iglesia de Kasr Ibrim: «Los Arcos» (Fotografía facilitada por el doctor Gamal Mokhtar).*

• *2. Catedral de Faras (Fotografía Museo Nacional de Varsovia).*



2

la orilla del Nilo, en un barrio alejado del centro, atendía a una cristiandad popular. La conversión de los soberanos nóbadas al cristianismo fue, por su parte, un acto político de peso. En aquel tiempo, aquéllos no disponían de una ideología religiosa bien definida que les habría facilitado el dominio sobre la población. Ahora el cristianismo les abría el camino hacia Egipto donde, desde el siglo IV, algunos obispos residían en la isla de Filae[14]. A través de Egipto, éstos podían tener acceso al Mediterráneo y al centro de la civilización de esa época, Bizancio.

El reino de los nóbadas (en árabe Nuba), la Nobadia, se extendía desde Filae hasta la 2.ª Catarata, y tenía a Faras por capital.

Al sur, hasta la antigua Meroé, otro reino nubio se ha afirmado en el siglo VI, cuya capital fue el Antiguo Dongola (en árabe Dungula); más tarde ese reino fue llamado Makuria (en árabe Mukurra). Contrariamente a la Nubia septentrional que había adoptado el cristianismo de rito monofisita, Makuria fue convertida por una misión del emperador Justino II, en 567-570, al rito ortodoxo melquita[15]. Las excavaciones polacas realizadas en Old Dongola desde 1964 han permitido identificar cuatro iglesias y el palacio real cristiano[16]. Uno de los edificios data del final del siglo VII o de comienzos del VIII; debajo de él han sido localizados los vestigios de una iglesia más antigua de adobes. Ese edificio religioso, que no era la catedral, tenía cinco naves y dieciséis columnas de soporte de granito de 5,20 m. de altura. La amplitud de los vestigios descubiertos permite pensar que las descripciones hechas con entusiasmo en el siglo XI por un viajero árabe, corresponden a la realidad histórica: Dongola era una capital importante al menos en sus monumentos.

Finalmente, entre 660 y 700, los makuritas adoptaron también el monofisimo y el hecho no ha dejado de tener importantes consecuencias.

Al sur, en la región de la 6.ª Catarata, se formó un tercer Estado cristiano en Nubia, teniendo por capital a Soba, no lejos de la actual Jartum. Se llamaba Alodia (en árabe Alwa).

Con el apoyo de los nóbadas, hacia el 580, llegó una misión bizantina. Su jefe, el obispo Longino, constata que el país había sido ya parcialmente convertido por los axumitas. Así pues, hacia el final del siglo VI, Nubia era un país cristiano compuesto de tres reinos: al norte, Nobadia; al centro, Makuria y al sur, Alodia. Todavía hoy sus relaciones mutuas no están totalmente claras, al menos en lo que se refiere al primer período de su existencia autónoma[17].

Recientemente aún la historia de la Nubia cristiana estaba alienada en la periferia de la egiptología, de la historia antigua y paleocristiana. Con frecuencia era tratada en función de la historia del Egipto copto.

Un resumen de los conocimientos sobre la Nubia cristiana hasta 1938 está contenido en el estudio principal de Ugo Monneret de Villard[18]. La publicación, en cuatro volúmenes, sobre la Nubia medieval del mismo autor[19] proporcionaba un

[14] U. Monneret de Villard, 1938; H. Munier, 1943, págs. 8 y siguientes.

[15] U. Monneret de Villard, 1938, pág. 64; L. P. Kirwan, 1966.

[16] K. Michalowski, 1966, págs. 189-299: *id.*, 1969, págs. 30-33; S. Jakobielski y A. Ostrasz, 1967; S. Jakobielski y L. Krzyaniak, 1967; K. Michalowski, 1969, págs. 167 y siguientes y págs. 70-75; P. Gartkiewicz, págs. 49-64; M. Martens, 1973, págs. 263-271; S. Jakobielski, 1975, págs. 349-360.

[17] W. Y. Adams, 1955, pág. 170.

[18] U. Monneret de Villard, 1938, *o. c.*

[19] U. Monneret de Villard, 1935-1957.

material ilustrativo rico para aquel tiempo; hasta hoy, sirve a los investigadores para el estudio detallado de numerosos puntos. En sus trabajos, Monneret de Villard tuvo en cuenta los resultados de las excavaciones arqueológicas, pero también realizó investigaciones minuciosas sobre los textos de escritores árabes que con frecuencia siguen siendo hasta nuestros días las únicas fuentes de información sobre hechos importantes de la historia de Nubia y de la cronología de los reyes nubios. Entre los más importantes, se cuentan los textos de Ya'kub (874), Al-Más'udi (956), Ibn Haw Kal (hacia 960), Selim al-Asvani (hacia 970), Abu Salih (hacia 1200), Al-Makin (1272), Ibn Khaldum (1342-1406) y sobre todo Makrisi (1364-1442)[20].

Después de la investigaciones de Monneret de Villard, numerosos descubrimientos arqueológicos se han acumulado, sobre todo, debido a la citada campaña de Nubia, organizada bajo el patronazgo de la Unesco en 1960-1965 para la exploración de los terrenos destinados a ser cubiertos por las aguas del Nilo embalsadas por la presa de Sadd el-'Ali.

En algunas zonas de la Nubia septentrional, la lenta elevación del nivel de las aguas del lago de retención permite durante bastante tiempo realizar excavaciones, hasta 1971 y, en Qasr Ibrim que no ha sido inundado, hasta ahora.

El resultado de las investigaciones de estos últimos años, frecuentemente de un valor excepcional, han puesto en primer plano los problemas de la Nubia cristiana. Los primeros informes de excavaciones fueron publicados primeramente en *Kush,* para la Nubia sudanesa, y en los *Annales* del Servicio de antigüedades de Egipto, para la Nubia egipcia. Algunos informes de excavaciones han dado materia a series de publicaciones independientes[21]. Nuevos estudios de síntesis han aparecido después y las investigaciones arqueológicas se han desplazado al sur de la zona amenazada por las aguas.

Un nuevo enfoque del problema se debe a W.Y. Adams (sobre todo en el terreno de la clasificación de la cerámica)[22] y a los autores B. Trigger, L. P. Kirwan, P.L. Shinnie, J.M. Plumley, K. Michalowski, S. Jakobielski y W.H.C. Frend[23]. Las informaciones detalladas sobre los recientes descubrimientos en Nubia, publicadas cada año por J. Lecland en *Orientalia,* merecen una atención particular[24].

Informaciones muy abundantes, en parte hipotéticas, fueron proporcionadas por el primer simposio sobre la Nubia cristiana, que se celebró en 1969 en la villa Hügel, de Essen. Esos materiales han sido publicados en un volumen aparte, bajo la dirección de E. Dinkler[25]. Los resultados del segundo coloquio, que tuvo lugar en 1972, en Varsovia, han aparecido en 1975[26].

---

[20] G. Vantini ha realizado recientemente una lista de los textos árabes y cristianos más importantes sobre la historia de Nubia cristiana.

[21] T. Säve-Söderbergh, 1970 (c); M. Almadro, 1963-1965; K. Michalowski, 1965 (c).

[22] W. Y. Adams y C. J. Verwers, 1961, págs. 7-43; W. Y. Adams, 1962 (a) págs. 62-75; 1962 (b), págs. 245-288; W. Y. Adams y A. A. Nordström, 1963, págs. 1-10; W. Y. Adams, 1964 (a) págs. 227-247; 1965 (b), páginas 87-139; 1966 (a), págs. 13-30; 1967, págs. 11-19; 1968, págs. 194-215; T. Säve-Söderbergh, 1970 (a), págs. 224, 225, 227, 232, 235; 1970 (c), págs. 11-17.

[23] B. G. Trigger, 1965, págs. 347-387; P. L. Kirwan, 1966, págs. 121-128; R. L. Shinnie, 1965, págs. 87-139 y 1971, págs. 42-50; J. M. Plumley, 1970, págs. 129-134 y 1971, págs. 8-24; K. Michalowski, 1965, págs. 9-25; *id.,* 1967 (b), págs. 194-211; *id.,* 1967 (a), págs. 104-211; *id.,* 1967 (c); S. Jakobielski, 1972; W. H. C. Frend, 1968, pág. 319; *id.,* 1972 (a), págs. 224-229; *id.,* 1972 (b), págs. 297-308.

[24] J. Leclant, *Orientalia,* 1968-1974.

[25] K. Michalowski, 1975.

[26] K. Michalowski, 1975, *o. c.*

Aunque Nubia, contrariamente a Egipto, no había formado parte del Imperio bizantino, indudablemente existían entre ellos vínculos específicos, iniciados por las misiones de los sacerdotes Juliano y Longino. La organización de las administraciones nubias, como lo revela la nomenclatura, estaba estrictamente calcada de la burocracia bizantina. Aun cuando la invasión persa en Egipto del año 616 se detuvo en la frontera norte de Nubia, algunos hechos prueban que el reino septentrional experimentó incursiones de destacamento sasanidas al sur de la 1.ª Catarata. De todos modos, la invasión de Cosroes II puso fin a los vínculos directos entre Nubia y Egipto, entonces cristiano, y en particular a los contactos entre el clero nubio y el Patriarcado de Alejandría que oficialmente supervisaba la Iglesia de Nubia.

En 641, Egipto pasó a poder de los árabes. Durante siglos Nubia estuvo separada de la cultura mediterránea.

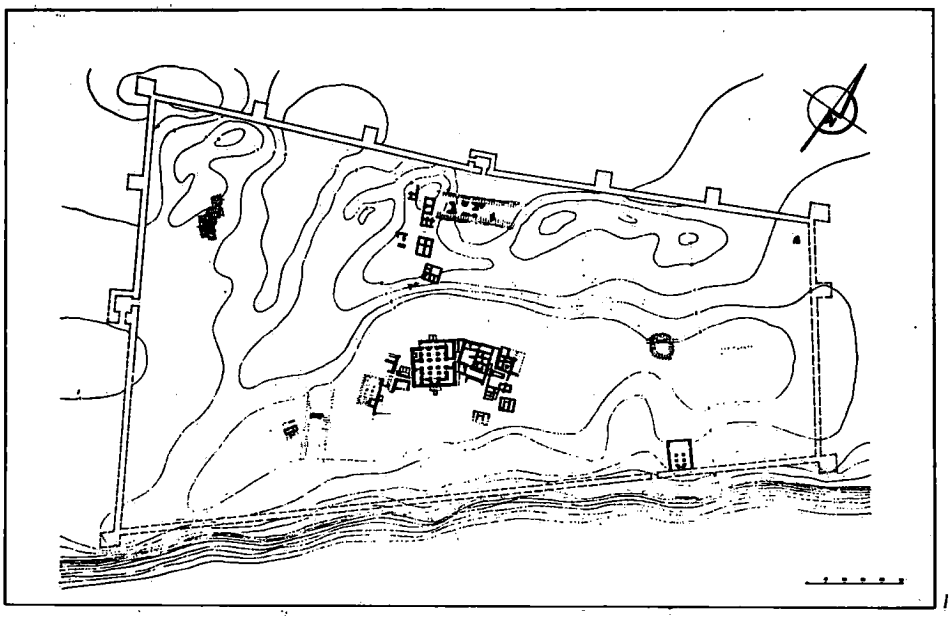
Al principio los árabes no concedieron importancia alguna a la conquista de Nubia, limitándose a incursiones armadas en el norte. Pero, una vez sometido Egipto, firmaron con Nubia un tratado, llamado *baqt*, disponiendo el pago por parte de los nubios de un tributo anual en forma de esclavos y de algunos productos, mientras que los árabes se comprometían a proporcionar una cantidad apropiada de alimentos y de vestidos. Durante los siete siglos de existencia de la Nubia cristiana e independiente, en principio, las dos partes consideraron ese tratado como en vigor. Sin embargo, más de una vez se produjeron choques. Así, casi inmediatamente después de la firma del *baqt*, oímos hablar de una incursión del emir Abdallah ibn Abu Sarh hasta Dongola en 651-652. Eso no impidió la existencia entre Nubia y el Egipto musulmán de vínculos comerciales constantes [27].

Sin duda, como consecuencia de los primeros incidentes armados entre los árabes de Egipto y los nubios, se realizó la unión de la Nubia septentrional y central en un solo Estado. Refiriéndose a fuentes árabes más antiguas, Makrisi afirma que, desde la mitad del siglo VII, toda Nubia central y septentrional, hasta las fronteras de Alodia, se encontraba bajo la dominación del mismo rey Qalidurut [28]. Las fuentes cristianas parecen probar que la unión de Nubia fue obra del rey Mercurios que subió al trono en 697. Mercurios habría introducido el monofisismo en Makuria e instaló la capital del reino unido en Dongola.

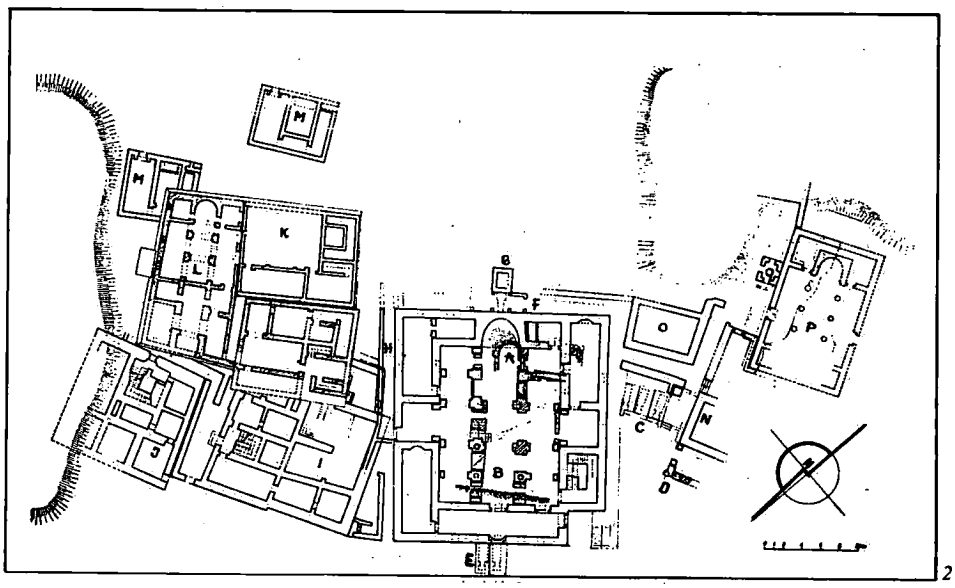
Hasta hoy la cuestión del monofisismo en Nubia no está totalmente clara, sobre todo en lo que se refiere a sus relaciones con la Iglesia ortodoxa melquita. Es posible que en el interior del reino el rito melquita en cierto modo fuese continuado. En efecto, sabemos que, todavía en el siglo XIV, la provincia Maris, o sea, el antiguo reino de Nubia septentrional, estaba sometido a un obispo melquita que, como metropolita residía en Tafa, controlaba una diócesis que englobaba a toda Nubia. Por otra parte, excepto en el siglo VIII, Alejandría siempre ha tenido dos patriarcas, uno monofisita y otro melquita [29].

La unión de los dos reinos nubios aseguró un destacado desarrollo económico y político del país. El sucesor de Mercurios, el rey Ciríacos, estaba considerado como un «gran» rey gobernando por medio de treinta gobernadores. Igual que los faraones del Imperio Antiguo en Egipto, los reyes de Nubia eran también sacerdotes de alto

[27] W. Y. Adams, 1965 (c), pág. 173.
[28] K. Michalowski, 1967 (b).
[29] U. Monneret de Villard, 1938, *o. c.*, págs. 81, 158-159; L. P. Shinnie, Jartum, 1954, pág. 5.



1



2

• *1. Faras. Plano general del establecimiento en el interior de los muros del recinto. En el centro: el Gran Kom: arriba a la izquierda: vestigios de la Gran iglesia; abajo a la derecha: la iglesia de la Puerta del Río.*

• *2. Faras. Edificios cristianos descubiertos más tarde por la expedición polaca (1961-1964).* **A.** *Iglesia construida de arcilla;* **B.** *la catedral;* **C.** *tumbas de obispos de los siglos VIII-IX;* **D.** *pilar que soportaba la cruz;* **E.** *tumbas de obispos del siglo X;* **F.** *capillas conmemorativas de Joannes;* **G.** *tumbas de Joannes;* **H.** *pasillo norte;* **I** *y* **J.** *antiguo monasterio y palacio;* **K.** *monasterio norte;* **L.** *iglesia del monasterio;* **M.** *casas;* **N.** *residencia del obispo (puede ser un monasterio);* **O.** *edificio no identificado;* **P.** *iglesia sobre la pendiente sur de Kom;* **Q.** *tumba del obispo Petros (Fotografías Museo Nacional de Varsovia).*

rango. No sólo tenían derecho de fiscalización sobre las cuestiones religiosas, sino que también podían desempeñar ciertas funciones religiosas, a condición de que sus manos no estuviesen manchadas de sangre humana [30].

El mismo rey Ciríacos, al conocer el aprisionamiento del patriarca de Alejandría por el gobernador umayyade, atacó bajo ese pretexto Egipto y llegó hasta Fustat [31]. Una vez liberado el patriarca, los nubios volvieron a su país. La expedición de Ciríacos hasta Fustat prueba que Nubia no se limitaba estrictamente a estar a la defensiva, sino que emprendía también acciones ofensivas contra el Egipto musulmán.

Importantes documentos sobre papiros, que descubren las relaciones entre Egipto y Nubia en ese período, han sido encontrados recientemente en Qasr Ibrim. Se trata de la correspondencia entre el rey de Nubia y el gobernador de Egipto. El rollo más largo, fechado en 758, contiene una querella en árabe de Musa K'ah Ibn Uyayna contra los nubios que no respetaban el *baqt* [32].

Pero las expediciones guerreras no son las únicas pruebas del florecimiento del Estado nubio desde comienzos del siglo VIII. Los hallazgos arqueológicos han proporcionado testimonios del extraordinario desarrollo de la cultura, del arte y de la arquitectura monumental en Nubia precisamente en este período. En 707 el obispo Pablo reconstruye la catedral de Faras, adornándola con espléndidas pinturas murales [33]. Al mismo período se remontan importantes edificios religiosos en Old Dongola [34]. Otras iglesias de Nubia, como por ejemplo, Abdallah Nirqi [35] o es-Sebua [36] se cubren entonces de una espléndida decoración pintada que desde entonces será un elemento constante de la decoración de los interiores.

Más humildemente las excavaciones han revelado la amplitud de la implantación cristiana en las aldeas, sobre unos yacimientos antiguamente conocidos o más recientemente explorados, desde el siglo VIII [37].

Probablemente al final del siglo VIII o comienzos del siglo IX, el rey nubio Yoannes añadió igualmente al reino unido de Nubia la provincia meridional de Alodia [38].

El período cristiano fue para Nubia un tiempo de claro desarrollo económico. Sólo la población de Nubia septentrional se elevaba aproximadamente a 50.000 habitantes [39]. La introducción en la agricultura de la *saqia*, desde la época ptolomeica y romana, permite aumentar la superficie de las tierras cultivables, lo que también estaba en relación con las crecidas del Nilo, abundantes en aquel tiempo [40]. Se cultivaba el trigo, la cebada, el sorgo y la vid. Las abundantes cosechas de dátiles en las plantaciones de palmeras aseguraban también un nivel de vida más elevado.

---

30 U. Monneret de Villard, 1938, *o. c.*, pág. 99.

31 U. Monneret de Villard, 1938, *o. c.*, pág. 98.

32 J. P. Plumley y W. Y. Adams, 1974, págs. 237-238; P. van Moorsel, J. Jacquet, H. Schneider, 1975.

33 K. Michalowski, 1964, págs. 79-94; J. Leclant y J. Leroy, 1968, págs. 36-362; F. y U. Hintze, págs. 31-33, fig. 140-147; K. Weitzmann, 1970, págs. 325-346; T. Golgowski, 1968, págs. 293-312; M. Martens, 1972, págs. 207-250; *id.*, 1973; K. Michalowski, 1974.

34 U. Monneret de Villard, 1938, *o. c.*

35 A. Klasens, 1964, págs. 147-156; P. van Moorsel, J. 1967, págs. 388-392; *id.*, 1966, págs. 297-316; *id.*, Actas VIII Congr. Intern Arqueo Christ., págs. 349-395; *id.*, págs. 103-110, 1970.

36 F. Daumas, 1967, págs. 40 y siguientes; M. Medic, 1965, págs. 41-50.

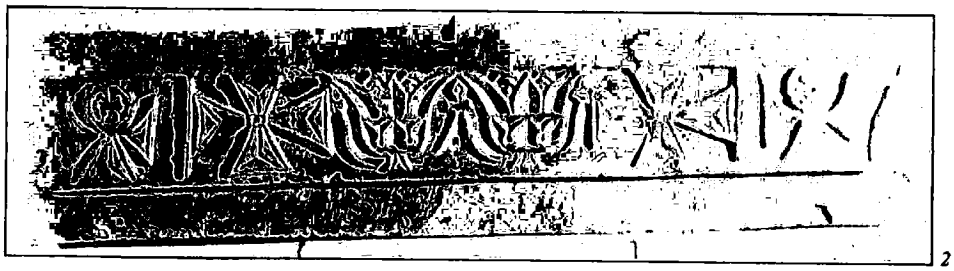
37 J. Vercoutter, 1970, págs. 155-160.

38 U. Monneret de Villerd, 1938, *o. c.*, pág. 102; K. Michalowski, 1965, pág. 17.

39 B. G. Trigger, 1965, pág. 168.

40 B. G. Trigger, 1965, *o. c.*, pág. 166.

1



2

• *1. Cabeza de Santa Ana, pintura mural de la nave lateral norte de la catedral de Faras (siglo VIII) (Fotografía Unesco).*

• *2. Faras: Dintel de puerta decorado, del comienzo de la era cristiana (segunda mitad del siglo VI o comienzos del siglo VII) (Fotografía Museo Nacional de Varsovia).*

El comercio se desarrollaba con los países vecinos, pero llegaba también más lejos, y los habitantes de Makuria vendía marfil a Bizancio, y el cobre y el oro llegaban hasta Egipto. Las caravanas de mercaderes llegaban hasta el corazón de Africa y los Estados de la costa atlántica, como los actuales Nigeria y Ghana. Los medios de transporte eran barcos a remos, o caravanas de camellos.

Las clases ricas de la población preferían el vestido bizantino. Las mujeres llevaban largos vestidos, con frecuencia adornados de bordados de colores [41].

Como hemos dicho anteriormente, la organización del poder en la Nubia cristiana estaba copiada de Bizancio. El gobernador civil de la provincia era el eparca, cuyos atributos de poder comportaban la diadema de cuernos colocada sobre un casco adornado con la medialuna [42]; en general llevaba un vestido ahuecado, sujeto con un fajín. En las vestiduras litúrgicas, ricas y complejas de los obispos, el extremo de las franjas que terminan la estola estaba adornado con campanillas.

Los nubios eran famosos arqueros, lo cual está confirmado por numerosos autores antiguos y árabes. Además del arco, utilizaban la espada y la jabalina.

Los edificios privados, de adobes, tenían varias habitaciones, y estaban provistos de bóvedas o de techos planos de madera, cañizos y arcilla. En el período de florecimiento de Nubia, los muros de esas casas son más macizos y blancos. Las casas de pisos tenían un papel defensivo. En algunos barrios existía un sistema de canalización. En las islas de la 2.ª Catarata se han encontrado muros de casas de piedras no talladas. En la Nubia septentrional, con frecuencia las aglomeraciones rurales estaban rodeadas de murallas para proteger a los habitantes de las incursiones árabes. A veces, la población preveía reservas comunes para los casos de asedio. La iglesia ocupaba una situación central en las aglomeraciones.

En la arquitectura sagrada se utilizaba como material el adobe, menos en algunos casos excepcionales. Precisamente en las catedrales de Qasr Ibrim, Faras y en Dongola los muros de los santuarios eran de piedra o de ladrillo. En la mayor parte de las iglesias predominaba el tipo basilical, aunque a veces encontramos en la arquitectura nubia iglesias cruciformes o de plano central. En lo referente a la decoración del primer período, o sea, hasta el final del siglo VII no podemos hablar más que sobre la base de las monumentales catedrales citadas anteriormente.

Además de los elementos de edificios paganos reutilizados, como por ejemplo en Faras, existía una decoración en roca arenisca que repetía el motivo tradicional del follaje que fue desarrollado por el arte meroítico durante el arte helénico del Oriente romano. Hay que mencionar las bellas volutas esculpidas de los capiteles con los cuellos adornados de hojas. Probablemente iconos pintados sobre madera o esculpidos servían entonces de imágenes del culto.

Los monumentos más antiguos de arte cristiano en Nubia revelan fuertes influencias del Egipto copto [43]. Se trata, ante todo, de los temas de frisos con palomas, por ejemplo, o de águilas que recuerdan las imágenes de esos pájaros en las estelas coptas [44].

---

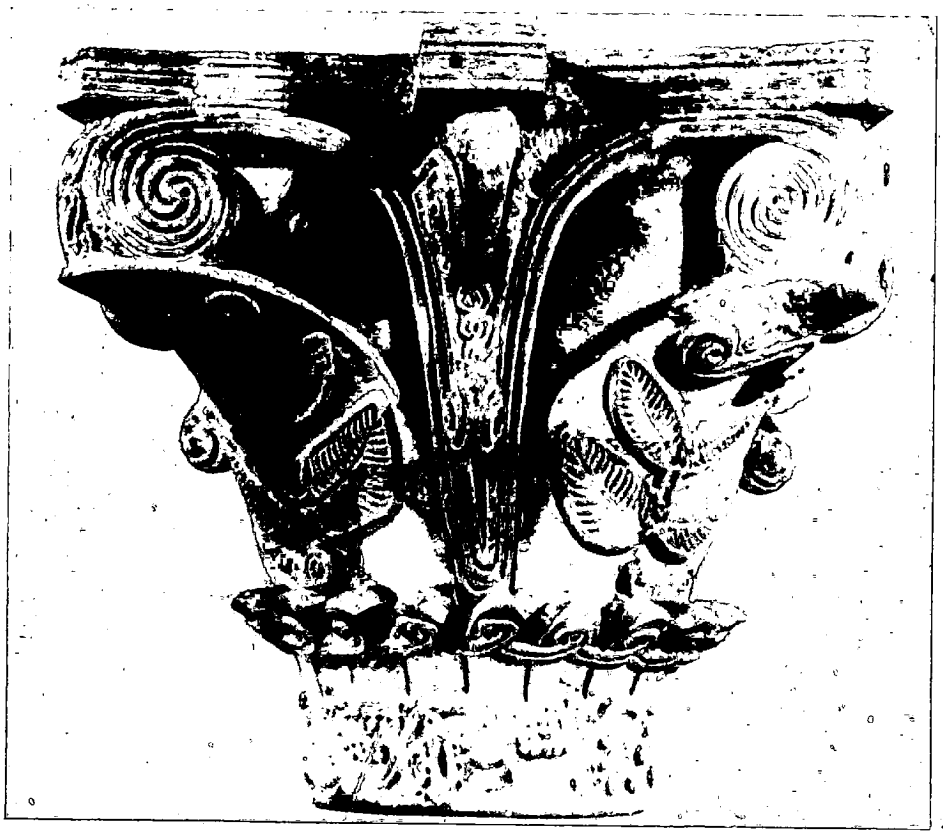
41 I. Hofmann, 1967, págs. 522-592.

42 K. Michalowski, 1974, *o. c.*, págs. 44-45.

43 P. du Bourguet, 1964 (b), págs. 221 y siguientes; Kessel, 1964, págs. 223 y siguientes; *id.*, 1963; P. du Bourguet, 1964 (a), págs. 25-38.

44 J. M. Plumley, 1970, págs. 132-133; fig. 109-119; N. Jansma, M. de Grooth, 1971, págs. 2-9; L. Török, 1971.

1



2

• *1. Fragmento de un friso decorativo en arenisca de la catedral de Faras (primera mitad del siglo VII) (Fotografía Museo Nacional de Varsovia).*

• *2. Faras: Capitel en arenisca (primera mitad del siglo VII) (Fotografía Museo Nacional de Varsovia).*

A partir del siglo VIII, las iglesias nubias están adornadas con pinturas de técnica *al fresco-seco*. Gracias a los descubrimientos de Faras en 1961-1964, sobre la base de más de 120 pinturas murales en perfecto estado, entre las cuales hay retratos de obispos, y con la ayuda de la lista de los obispos que permiten definir las fechas de su episcopado, se puede determinar una evolución general del estilo de la pintura nubia [45] que está también confirmada en los fragmentos procedentes de otras iglesias nubias.

Indudablemente, en este tiempo, Faras era el centro artístico, al menos de la Nubia septentrional [46]. Las pinturas descubiertas al norte de Faras, en Abdallah Nirqi [47] y Tami [48] al sur, y en Sonqi Tino [49], revelan claramente un carácter provincial de esas obras con relación a las grandes composiciones de Faras.

A partir del comienzo del siglo VII hasta la mitad del IX los pintores nubios prefirieron en sus composiciones las tonalidades violetas. Este período de la pintura nubia prosigue bajo la fuerte influencia del arte copto, cuyas tradiciones remontaban al estilo expresivo de los retratos de Fayum. Entre las obras más representativas de ese período, mencionemos la cabeza de santa Ana de Faras (actualmente en el museo de Varsovia) [50]. Pero también en ella se observa una aportación del arte bizantino y de sus temas [51]. Después, ese estilo sufre una evolución y hasta la mitad del siglo X predomina claramente el tono blanco. Quizá sea una influencia de la pintura siro-palestina que se distingue sobre todo por la característica repetición de los dobles pliegues de las vestiduras y por algunos elementos iconográficos [52]. Quizá el hecho de que en aquel tiempo Jerusalén era una meta de peregrinación de todos los países del Oriente cristiano explique las fuentes de esa evolución en la pintura nubia de entonces.

Se sabe igualmente que en esa época existían vínculos muy estrechos entre el reino de Nubia monofisita y la secta monofisita de los jacobitas de Antioquía. Se menciona también por el diácono Juan [53] y por Abu Salih [54] que entonces, bajo el reinado del rey Ciríacos, el patriarca monofisita (jacobita) de Alejandría era el superior de la Iglesia de Nubia. En aquel tiempo, en la pintura nubia aparece por vez primera una corriente realista muy fuerte, cuya mejor ilustración es el retrato del obispo Cirios de Faras (actualmente en el museo de Jartum) [55].

Las excavaciones han descubierto enormes cantidades de objetos. Los más abundantes son evidentemente los de cerámica. W. Y. Adams ha realizado el estudio

45 K. Michalowski, 1964, págs. 79-94; cf. también nota 32.

46 K. Michalowski, 1967 (c).

47 A. Klasens, 1967, págs. 85 y siguientes; L. Castiglione, 1967, págs. 14-19; P. van Moorsel, 1967, páginas 388-392; *id.*, 1966, págs. 297-316; *id.*, 1970, págs. 103-110; *id.*, Actas VIII Congr. Intern. Arqueo. Christ., páginas 349-395; P. van Moorsel, J. Jacquet y R. Schneider, 1975.

48 Mission archéologique de l'université de Rome en Egypte, Roma, 1967.

49 S. Donadoni, G. Vantini, 1967, págs. 247-273; S. Donadoni y S. Curto, págs. 123 y siguientes; S. Donadoni, 1970, págs. 209-218.

50 K. Michalowski, 1965, pág. 188, pl. XLI b; *id.*, 1967 (b), pág. 109, pl. 27 y 32; T. Zawadzki, 1967, página 289; K. Michalowski, 1970, fig. 16; M. Martens, 1972, pág. 216, fig. 5.

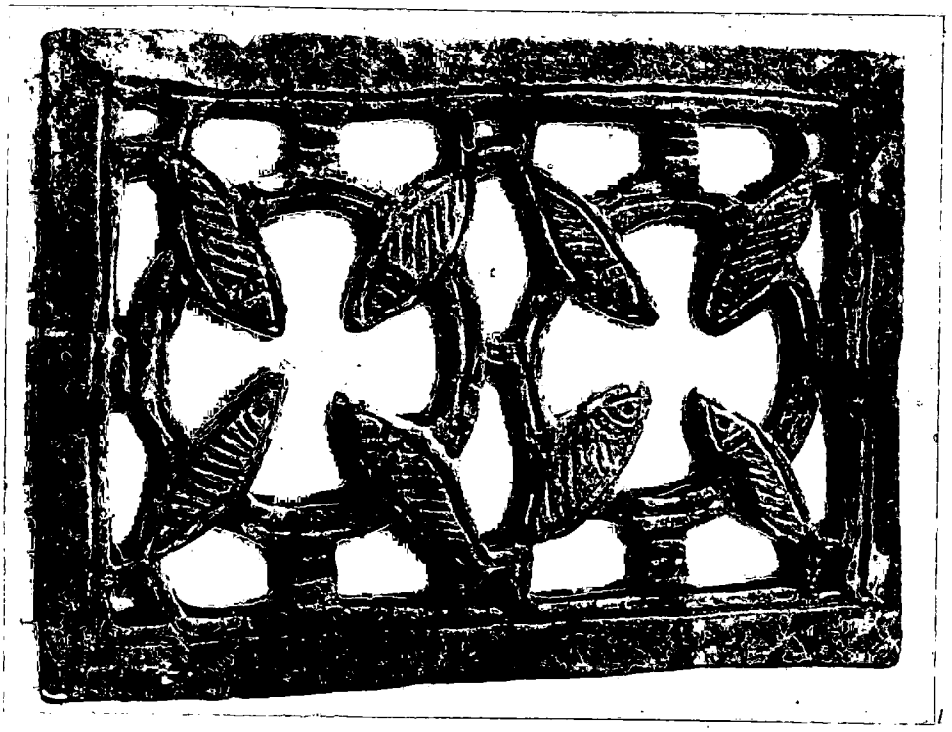
51 K. Michalowski, 1967 (b), pág. 74; S. Jakobielski, 1972, págs. 67-69; M. Martens, *o. c.*, págs. 234 y 249.

52 K. Weitzmann, pág. 337.

53 *Patrologia Orientalis*, págs. 140-143.

54 B. T. A. Evetts y A. J. Butler, 1895; U. Monneret de Villard, págs. 135-136; F. L. Griffith, 1925, página 265.

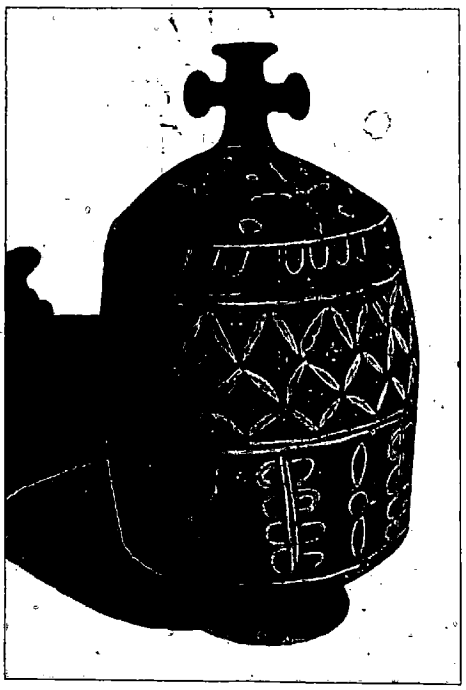
55 K. Michalowski, 1967 (c). pág. 14, pl. VI, 2; *id.*, 1967 (b), pág. 117, pl. 37; S. Jakobielski, 1966, páginas 159-160, fig. 2 (lista); K. Michalowski, 1970, pl. 9; M. Martens, 1973, *o. c.*, págs. 240-241, 248 y siguientes; S. Jakobielski, 1972, págs. 86-88, fig. 13.



1

• *1. Ventana en tierra cocida procedente de la «Iglesia de las columnas de granito», Old Dongola (Sudán), final del siglo VII (Fotografía Museo Nacional de Varsovia).*

• *2. Nubia cristiana: cerámica (Fotografía facilitada por el doctor Gamal Mokhtar).*



2

sistemático de ellos[56]. Y reconoce que tienen las huellas de evoluciones técnicas, formales y económico-sociales interesantes.

La fabricación local de la cerámica modelada revela, después de los éxitos de la época del Grupo X, una cierta disminución del número de las formas y una disminución de los adornos en la época cristiana antigua, de la que aquí hablamos. La cerámica hecha a torno evoluciona también: a causa de la interrupción de las relaciones con el Mediterráneo, el número de recipientes destinados a la conversión y al consumo del vino parece que disminuye; al mismo tiempo son introducidos diversos refinamientos, como la generalización de bases que facilitan la utilización de las vasijas.

Antes del 750, Assuán proporciona, ya en el sur, una parte no despreciable de la cerámica utilizada. El establecimiento de los musulmanes en Egipto no ha interrumpido ese comercio.

En resumen, Nubia conoce, hasta el siglo IX, un primer desarrollo que no resulta dificultado por la vecindad, pacífica lo más frecuentemente, de los musulmanes. La unidad cultural de la Nubia cristiana es difícil de descubrir. En Faras, la aristocracia y la administración hablan griego, como también el alto clero. Pero el clero entiende también el copto, que puede ser la lengua de numerosos refugiados. En cuanto al nubio, aunque es muy hablado por la población, no deja huellas escritas más que tardíamente, probablemente antes de la mitad del siglo IX.

La edad de oro de Nubia cristiana está, hacia el año 800, todavía por llegar.

[56] En último lugar: W. Y. Adams, 1970, págs. 111-123.

Capítulo 13

LA CULTURA PREAXUMITA

H. DE CONTENSON

Las regiones septentrionales de Etiopía, que iban a salir de la prehistoria hacia el siglo V antes de la era cristiana, parece que no conocieron antes una fuerte densidad de población. Sus primeros habitantes nos son aún mal conocidos; los escasos indicios recogidos permiten decir que la evolución de los grupos humanos apenas difiere allí de la del resto del Cuerno de Africa.

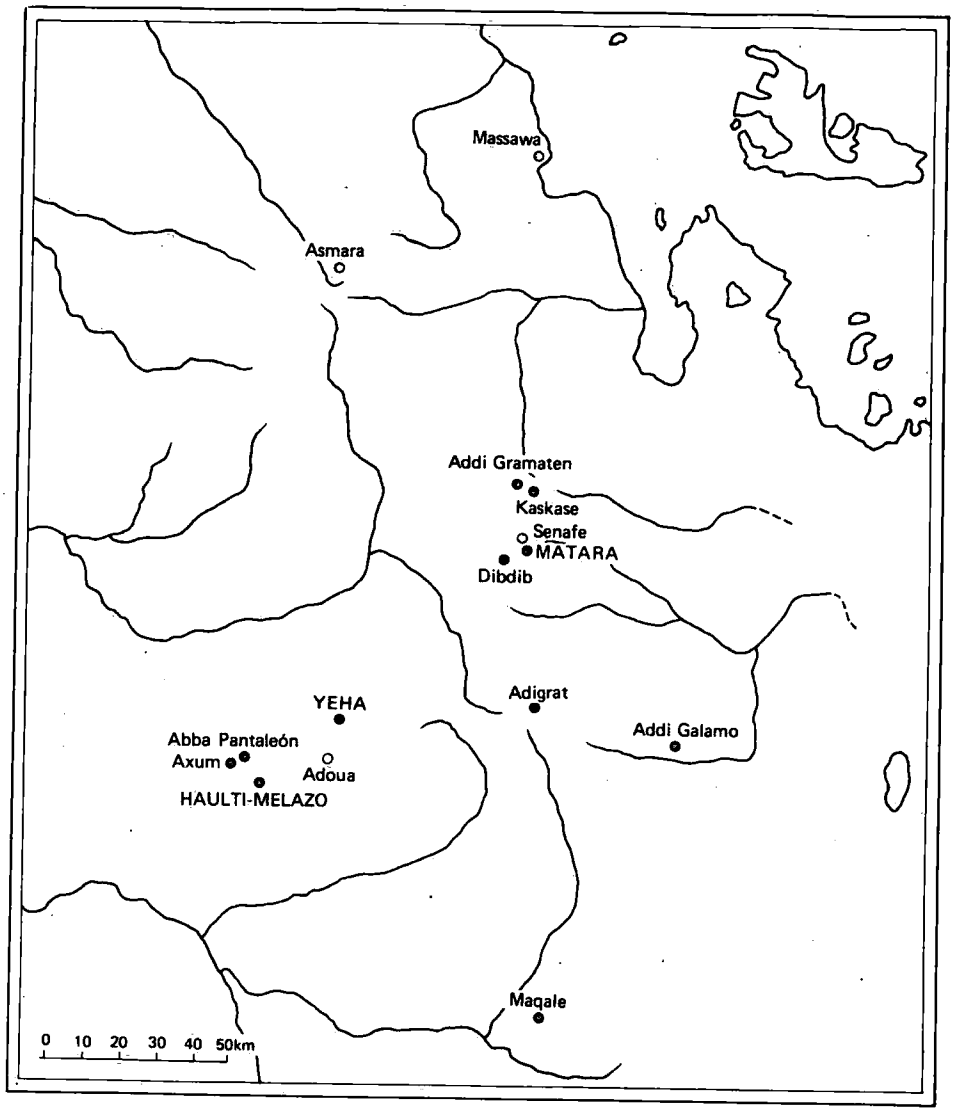
Durante los diez últimos milenios antes de la era cristiana, los vestigios de utillaje lítico se integran en las industrias de la Late Stone Age del Africa austral. Durante ese período, se adivina la existencia de pueblos pastoriles, que han dibujado su ganado sin giba y con cuernos largos en las paredes rocosas desde el norte de Eritrea hasta el país de Harrar; sus rebaños son parecidos a los que eran criados en la misma época en el Sáhara y en la cuenca del Nilo. Muy pronto se entablaron allí relaciones con el mundo egipcio.

En el plano lingüístico, tampoco hay que olvidar el elemento kushítico, que corresponde a un fondo local, y que comienza a manifestarse en otras materias; en efecto, los descubrimientos recientes en Gobedra, cerca de Axum (Philipson, 1977), revelan la aparición del cultivo del mijo y del uso de la cerámica en los milenios III y IV; junto a las actividades pastoriles, se habría desarrollado, pues, en esa época, una agricultura específicamente etíope. Estas técnicas nuevas estarían unidas a un modo de vida más sedentario, que creaba unas condiciones más favorables para la creación de una civilización más evolucionada.

Aunque la fundación de la ciudad de Axum y la llegada de una dinastía real axumita pueden situarse en el siglo II de la era cristiana por el testimonio del geógrafo Claudio Ptolomeo [1] confirmando, casi un siglo más tarde, por el *Periplo del mar de Eritrea* [2] así como por los descubrimientos arqueológicos [3], los autores antiguos griegos y latinos permanecieron casi mudos en los siglos que precedieron a esos acontecimientos.

---

[1] C. Ptolomeo, 1901; H. de Contenson, 1960, págs. 77, 79, fig. 2.
[2] H. de Contenson, 1960, págs. 75-80; J. Pirenne, 1961, págs. 441, 450.
[3] H. de Contenson, 1960, págs. 80-95.



• *Etiopía en el período subarabizante. Los puntos representan los yacimientos arqueológicos, estando en mayúsculas los principales. Los círculos indican las ciudades actuales (Mapa facilitado por el autor).*

Nos enseñan solamente que Ptolomeo Filadelfo fundó, a mitad del siglo III antes de la era cristiana, el puerto de Adulis, que fue ampliado por su sucesor Ptolomeo III Evergete al que Plinio, hacia el año 75 de la era cristiana, considera como una de las escalas más importantes del mar Rojo *(maximum hic emporium Troglodytarum, etiam Aethiopum);* menciona también las numerosas tribus de los asaches que viven de la caza del elefante en unas montañas situadas a cinco días del mar *(Inter montes autem et Nilum Simbarri sunt, Palugges in ipsis vero montibus asachae multis nationibus; abesse a mari dicuntur diem V itinere; vivunt elephantorum venatu)* [4]. El parecido, señalado frecuentemente, entre ese término étnico y el nombre de Axum sigue siendo totalmente hipotético.

Las otras fuentes escritas contemporáneas, en particular los textos sudarábigos conocidos hasta ahora, parece que no contienen la menor alusión sobre lo que ocurría en esta época en la orilla africana del mar Rojo.

Si no tenemos en cuenta los relatos legendarios, que no tienen lugar en este capítulo, hay que buscar, pues, informaciones en los descubrimientos arqueológicos que se han sucedido desde comienzos del siglo XX. Estos han hecho revivir una época preaxumita, en la que se puede distinguir después de F. Anfray un período sudarabizante y un período intermedio [5].

PERIODO SUDARABIZANTE

Es el período en el que «la influencia sudarábiga se ejerce fuertemente en Etiopía del Norte». Esa influencia se traduce, sobre todo, por la presencia en Eritrea y en Tigre de monumentos y de inscripciones, que están emparentados con los que conoce Arabia del Sur en la época de la supremacía del reino de Saba. Estos paralelos sudarábigos están fechados gracias a los estudios paleográficos y estilísticos de J. Pirenne, en los siglos V y IV antes de la era cristiana, cronología que ha sido adoptada por el conjunto de los especialistas de esta materia de investigación [6]. Se admite generalmente que esas fechas se aplican igualmente a los hallazgos que han tenido lugar en Etiopía, pero la hipótesis, hecha por C. Conti-Rossini, de un desfase entre las dos orillas del mar Rojo no puede ser definitivamente excluida [7]; según F. Anfray, «hay razones para creer que en el futuro se deba reducir la cronología, y restablecer tal vez las fechas del período sudarábigo».

El único monumento arquitectónico que ha sido conservado de ese período es el templo de Yeha, trasformado más tarde en iglesia cristiana. Edificado con grandes bloques cuidadosamente ajustados con paredes y almohadillado, se compone de una celda rectangular de unos 18,60 m. por 15 m., colocada sobre un basamento piramidal de ocho gradas. Como ha subrayado J. Pirenne, el tratamiento de las fachadas, conservadas sobre casi 9 m. de altura, se encuentran en varias construcciones de Marib, capital del reino de Saba, cuyo templo principal, se levanta igualmente sobre gradas; pero el plano de Yeha no corresponde a ninguno de los santuarios sudárabes

[4] Plinio, ed. 1947; H. de Contenson, 1960, págs. 77, 78, fig. 1.
[5] F. Anfray, 1967, págs. 48-50; F. Anfray, 1968, págs. 353-356.
[6] J. Pirenne, 1955; J. Pirenne, 1956.
[7] C. Conti-Rossini, 1928, I, págs. 110-111.

conocidos[8]. Otro edificio de Yeha, casi en ruinas, tiene pilares cuadrangulares megalíticos sobre una terraza alta; situado en el lugar llamado Grat-Beal-Guebri, está actualmente en curso de estudio y parece que se remonta igualmente a ese período[9]. Pilares semejantes se encuentran en otros dos yacimientos. En la cima de la colina de Haulti, al sur de Axum, hay otros construidos sin orden aparente y quizá no están en su posición original[10]. En Kaskasé, en la carretera de Yeha a Adulis, seis pilares no han dado aún la clave de sus alienaciones, porque el emplazamiento no ha sido todavía excavado[11]. Ciertamente hacen pensar en las filas de gigantescos pilares cuadrangulares que adornan los santuarios de Marib (Awwam, Bar'am) y de Timna' (templo de Ashtar).

También hacia Marib nos orientan los demás elementos esculpidos encontrados en Yeha, tales como el friso de machos cabríos o las placas con ranuras y dentículos, que se encuentran en la región de Melazo, en Haulti y Enda Cerqos, y que han podido servir de revestimentos murales. Ese sector de Melazo, a unos diez kilómetros al sur de Axum, se ha revelado como un centro importante de esculturas que se remontan al período sudarabizante. A las estelas de Haulti y a las placas decoradas ya mencionadas hay que añadir cierto número de obras igualmente reutilizadas en las transformaciones posteriores; las más notables son la *naos* y las estatuas descubiertas en Haulti.

El monumento, al que la denomincación de *naos,* propuesta por J. Pirenne, parece que le conviene mejor que la anteriormente sugerida de trono, está esculpido en un solo bloque de calcárea fina de origen local de 140 cm. de altura aproximadamente[12]. Cuatro pies en forma de patas de toro, de las que dos están dirigidas hacia adelante y dos hacia atrás, sostienen un zócalo sobre el que están representados dos barrotes y que está rematado por un nicho, completamente decorado, excepto en el dorso que es completamente liso. Ese nicho está rematado por un dosel en forma de arco rebajado de 67 cm. de ancho por 57 de profundidad; en el canto, de 7 cm. de altura, hay dos filas de machos cabríos acostados que convergen en un árbol estilizado, plantado en el punto culminante de la *naos;* los mismos machos cabríos, vueltos hacia el interior del nicho, recubren con metopas superpuestas de 13 cm. de anchura el canto de los dos lados.

La cara exterior de cada uno de los lados está adornada con la misma escena, esculpida en bajorrelieve: un pequeño personaje imberbe, sosteniendo un bastón, precede a un hombre mayor barbudo que tiene una especie de abanico; los dos parecen en actitud de marcha. La nariz, ligeramente aguileña, les da un aspecto semítico, mientras que el cabello está representado por pequeñas ondas. El personaje pequeño lleva un vestido sin costura que desciende ensanchándose hasta los tobillos y un manto que cubre sus espaldas; en el lado derecho del monumento, su cabeza está rematada con un nombre propio masculino en escritura sabea, que se lee RFS (Rafash). El personaje mayor está vestido con un pantalón bombacho, provisto de un faldón que cae por detrás y sujeto en la cintura por un cinturón que parece anudado en la parte de atrás con un extremo colgante; un manto, colocado sobre los hombros,

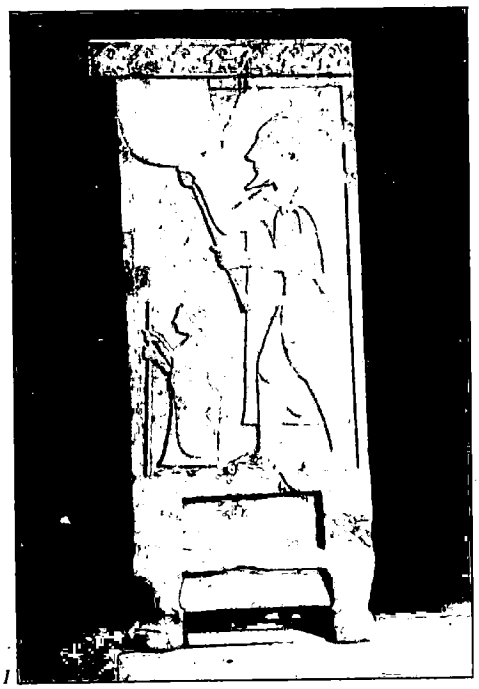
[8] D. Krencker, 1913, págs. 79-84, fig. 164-176; J. Pirenne, 1965, págs. 1044-1048.

[9] D. Krencker, 1913, págs. 87-89, fig. 195-199; F. Anfray, 1963; *id.*, 1972 (a), págs. 57-64; R. Fattovich, 1972, págs. 65-86.

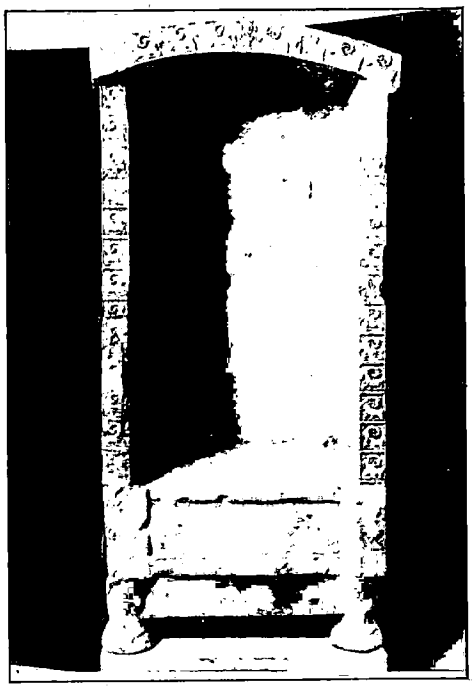
[10] H. de Contenson, 1963, págs. 41-86; J. Pirenne, 1970 (a), págs. 121-122.

[11] D. Krencker, 1913, págs. 143-144, fig. 298-301.

[12] H. de Contenson, vol. 39, 1962, págs. 68-83; J. Pirenne, vol. 7, 1967, págs. 125-133.



1



2

• *El «trono» o «naos» de Haulti (1. lado izquierdo; 2. de frente; 3. lado derecho) (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

3

está sujeto por dos de sus extremos en un gran nudo aplastado sobre el pecho. En el bajorrelieve de la izquierda, tiene con las dos manos el objeto designado como un abanico, pero en el bajorrelieve de la derecha, su muñeca izquierda lleva una cuádruple pulsera y su mano derecha tiene igualmente una especie de maza. Las pocas diferencias constatadas entre los dos bajorrelieves no parecen suficientes para suponer que no se trata, en los dos casos, de la representación de la misma escena, cuya interpretación será examinada más adelante.

El mismo yacimiento de Haulti ha proporcionado varias estatuas del mismo tipo, de las que sólo una está casi completa. Se encontró en trozos, mezclados con los de la *naos;* hecha de calcárea fina blanca con vetas de color malva y de origen local, mide 82 cm. de altura. Representa una mujer sentada, con las manos colocadas sobre las rodillas, completamente vestida con un amplio traje de ligeros pliegues verticales representados por estrías que siguen el movimiento del cuerpo; un cordón rodea el cuello, ligeramente escotado por delante; en la parte baja del vestido otro cordón remata una estrecha franja de una pieza. Sobre este vestido, lleva un collar, hecho con tres gruesos cordones en forma de anillos; un pectoral, hecho con una placa escultiforme, está colgado de ese collar, que tiene también entre los homoplatos un contrapeso compuesto de un trapecio que contiene seis tallos verticales. Las muñecas están rodeadas por una cuádruple pulsera tórica. Las manos están colocadas extendidas sobre las rodillas; los pies desnudos reposan sobre un pequeño zócalo rectangular. La cabeza, igualmente descubierta, está intacta, a excepción de la nariz y de la oreja derecha; filas de pequeñas ondas representan el cabello; los ojos están subrayados por una franja en relieve. El mentón abultado y las mejillas bastante llenas dibujan alrededor de la boca unos hoyuelos, que les dan el aspecto de un rostro y una fisonomía sonriente quizá involuntaria. Esta estatua estaba destinada a encajarse en un asiento, porque la parte posterior de las piernas está plana y tiene en su mitad una espiga vertical, muy deteriorada.

Además de los fragmentos de, al menos, otras dos estatuas parecidas, hay una acéfala no tan finamente ejecutada que no difiere de la precedente más que por el hecho de que ésta sólo lleva el triple collar y porque formaba un todo con un pequeño taburete con barrotes.

La actitud de las estatuas de Haulti recuerda la de una estatuilla encontrada accidentalmente, con un lote de otras antigüedades, en Addi Galamo, en la orilla occidental de la meseta del Tigre (lugar designado antes con los nombres de Azbi, Derä o Hauilé-Assarau) [13]. Esta no mide más que unos 40 cm. y presenta un aspecto más gastado; las manos están colocadas sobre las rodillas, pero tienen dos cubiletes cilíndricos, sin duda destinados a contener ofrendas. También tiene los cabellos ondulados; unas ranuras conservan las huellas de un collar con contrapeso y pulseras, quizá de metal precioso; el vestido no está plisado, pero sí adornado con rosetones, probablemente incrustrados, que semejan tal vez bordados, y termina en una franja; el asiento es un simple taburete con barrotes.

Las excavaciones realizadas por F. Anfray en Matara, yacimiento importante en la proximidad de Kaskasé, han descubierto en una capa preaxumita del cerro B un

[13] A. Shiferacu, 1955, págs. 13-15; A. Caquot et A. J. Drewes, 1955, págs. 18-26, pl. V-VIII; J. Doresse, 1957, págs. 64-65.

1

2

• *La estatua de Haulti. 1. lado izquierdo; 2. busto.*

3

• *3. Ara para incienso en Addi Galamo (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

fragmento de cabeza del tipo de la de las Haulti, pero de hechura más rudimentaria y en alto relieve [14].

Otra estatuilla, expuesta en el Museo Nacional de Roma (MNR 12113), presenta numerosos puntos comunes con las de Haulti: representa una mujer sentada, en calcárea amarillenta, cuya cabeza y brazos están rotos; la altura que se conserva es de 13,7 cm.; lleva un largo vestido estriado, un doble collar anillado del que están suspendidos una fila de colgantes esféricos, un pectoral y un contrapeso. La parte inferior tiene la forma de un zócalo, sobre el que está inscrito un nombre sudárabe, Kanan, cuya grafía, según J. Pirenne, datarfa del final del siglo IV antes de la era cristiana [15]. La procedencia atribuida a esa estatuilla, de un estilo bastante tosco, es Arabia del Sur, pero, en ausencia de una localización más exacta, es lícito preguntarse si no se trata en realidad de una producción etíope sudarabizante.

Arabia del Sur, en efecto, no ha proporcionado hasta ahora más que semejanzas, tan generales como la de la actitud sentada que no representa nada particularmente específico: estatuillas llamadas «estatuas de antepasados» algunas de las cuales son femeninas, representaciones de mujeres sentadas sobre bajorrelieves funerarios de Marib, Haz o del Museo de Adén, y estatua de «Lady Bar'at» en Timna', en la que J. Pirenne ve la gran diosa sudárabe [16].

Ya en los siglos IX y VIII antes de la era cristiana, el tipo de la diosa o de la mujer sentada, que tiene con frecuencia un cubilete, está muy extendido en la región sirohitita (Tell Halaf, Zindjirli, Marash, Neirab). Una impresión de parentesco real se nota entre las estatuas etíopes y las de Asia Menor al final del siglo VII y al comienzo del VI antes de la era cristiana (bránquidas, efigies funerarias de Mileto), que representan personajes corpulentos sentados, con las manos colocadas en las rodillas y cubiertos con un amplio vestido. En aquella época se ven en esa región rostros con ojos saltones, con mejillas llenas y con la boca en arco de círculo con las extremidades levantadas, fisonomía muy próxima de la de Haulti; esos rasgos son comunes a una diosa frigia de Boghaz Keuy, que han sido subrayados por H. Seyrig, a una cabeza de Mileto y a otras esculturas jónicas. Esa expresión llega a ser realmente una sonrisa en las obras de Atica, en la primera mitad del siglo VI antes de la era cristiana [17]. J. Pirenne ya había subrayado algunas afinidades entre el arte griego orientalizante del siglo VI, o entre los estilos derivados del siglo V y el arte sudárabe.

Una cabeza de la Acrópolis presenta igualmente una cabellera estilizada que hace pensar en la de Haulti. El mismo tratamiento del peinado se encuentra en una pequeña cabeza grecopersa de Amrit y en Apadana de Persépolis, donde sirve para representar indiferentemente los cabellos crespos de los kushitas negroides y los bucles rizados del criado medo que les precede [18]. Es, pues, difícil saber si tales cabellos pegados son la estilización de cabellos rizados o la reproducción fiel de cabellos crespos, y sacar de ello conclusiones de orden étnico.

Aunque las estatuas sentadas encuentran, sobre todo, partidarios del lado de la costa del Próximo Oriente semítico y del helenismo orientalizante, queda una influencia egipcia y más exactamente meroítica en los collares con contrapeso, inspirados en

[14] F. Anfray y G. Annequin, 1965, págs. 60-61.
[15] A. Jamme, pág. 67; H. de Contenson, 1962, págs. 74-75, fig. 9; J. Pirenne, 1965, págs. 1046-1047.
[16] H. de Contenson, 1962, pág. 76; J. Pirenne, 1967, pág. 131.
[17] H. de Contenson, 1962, pág. 77.
[18] H. de Contenson, 1962, pág. 82.

la «mankhit», así como en el vestido plisado que, como ha señalado J. Pirenne, recuerda la túnica de las reinas de Meroé y la corpulencia que éstas han heredado de Ati de Punt, contemporánea de Hatsepsut [19].

Estas semejanzas ponen de relieve la diversidad de influencias que se reflejan en esas mujeres sentadas de Tigre, pero no proporcionan una respuesta decisiva a la pregunta de saber qué representan. Tampoco se puede deducir argumento alguno del zócalo inscrito encontrado en Addi Galamo y que parece asociado a la estatuilla, a la que el texto se refiere, como creía A. J. Drewes, «Con el fin de que conceda a YMNT un niño», o según G. Ryckmans, «A aquel que presta ayuda a Yamanat. Walidum», e incluso, según J. Pirenne, «A la (divinidad) protección del Yemen. Walidum». Aunque se puede dudar de ver allí reinas o grandes personajes o, como sostiene J. Pirenne, representaciones de la gran diosa. A pesar de la dificultad surgida por la presencia simultánea de varias efigies casi idénticas, hay que recordar, en apoyo de esta última interpretación, la mezcla de los restos de la estatua completa y del *naos*, así como sus proporciones concordantes, constataciones que nos habían hecho suponer, en el momento de su descubrimiento, que los dos monumentos se adaptaban entre sí.

Estaríamos, pues, dispuestos a renunciar a la hipótesis de un trono vacío del tipo de los de Fenicia, de Adulis o de Tacazzé, para volver a nuestra primera impresión y ver en él, con J. Pirenne, «la reproducción en piedra de una *naos* de procesión», el basamento de una estatua de culto. Dejando aparte algunos fragmentos encontrados en Haulti y que podrían proceder de un monumento parecido, éste sigue siendo único en su género. Aunque Arabia del Sur no ha proporcionado nada análogo, lo cual podría explicarse, no obstante, por el estado actual de las investigaciones arqueológicas en el Yemen, allí se reconoce cierto número de elementos con un tratamiento rigurosamente idéntico.

Las patas del toro se encuentran en muebles de piedra, identificados por G. van Beek, y en una estatuilla de marfil de Marib [20]. Los machos cabríos, acostados, y frecuentemente colocados en metopas superpuestas y en las orillas de una estela plana, cuyo ejemplar ha sido descubierto recientemente en Matara, son frecuentes en el área sabea (Marib, Hatz) [21]. También se encuentran machos cabríos asociados a un árbol estilizado, cuyos frutos parecen comer, en un altar de Marib. La significación religiosa de esos machos cabríos, asociados o no a un «árbol de la vida», no parece dudosa: Grohmann parece que ha demostrado que el macho cabrío era el símbolo del dios lunar Almaqah, al que también estaba dedicado al toro [22].

Aunque la técnica de los bajorrelieves laterales se parece más a la de la Persia aqueménida que a las obras sudárabes actualmente conocidas, y aparentemente más tardías, existen paralelos entre los personajes representados y el alto relieve en bronce de Marib: cabellos, ojos, orejas, pantalón y sandalias [23]. El tratamiento del peinado, de la mirada y de la boca no difiere del de la estatua de Haulti; la nariz, que le falta a ésta última, acentúa el tipo semítico del gran personaje, tipo que también está bastante extendido en Tigre. Se parece mucho al rey de Punt de Deir el-Bahari, con su

[19] H. de Contenson 1962, pág. 78; J. Pirenne, 1967, pág. 132.
[20] H. de Contenson, 1962, pág. 79.
[21] H. de Contenson, 1962, pág. 80; F. Anfray, 1965, pág. 59, pl. LXIII, 2.
[22] A. Grohmann, 1914, págs. 40, 56-67.
[23] F. P. Albright, 1958.

talle delgado, sus cabellos cortos, su barba puntiaguda, su nariz aguileña, su cinturón abrochado atrás y su pantalón con faldón colgante [24].

La interpretación de la escena representada se presta todavía a discusión. De las dos hipótesis ofrecidas en la primera publicación, una, realista, proponía ver en ella a un criado que lleva un abanico o un estandarte y, en la mano derecha, una maza o un cazamoscas, precedido de un niño, cuyo sexo estaba determinado por el nombre masculino RFS. La otra, más conforme con las convenciones antiguas, sugería ver en ella a una personalidad importante, divinidad o poderoso, protegiendo a un personaje interior [25]. A. Jamme adoptaba este último punto de vista, al atribuir el nombre RFS al alto personaje que sería una divinidad que tiene una criba y una maza, prestando su protección a una mujer encinta, que no sería otra más que la mujer sentada, estrechamente asociada al «trono» [26]. J. Pirenne concluye, por su parte, que es un personaje importante, «si no es incluso un *mukarrib* o un jefe», de nombre RFS ofreciendo a la diosa, cuya estatua se encontraba en el interior de la *naos*, las insignias del poder: abanico o quitasol y maza, y precedido de una mujer corpulenta que sería su esposa y que ofrecía el bastón [27]. Aunque esta explicación parece actualmente la más plausible, sigue siendo difícil admitir que el nombre RFS se aplique a un alto personaje, dado su emplazamiento. Por otra parte, habría que explicar la asociación de la diosa-madre con los símbolos del dios lunar masculino.

La escultura del período sudarabizante está igualmente representada por las *esfinges*, que a excepción de un pequeño fragmento recogido en Melazo [28], no han sido encontradas hasta ahora más que en Eritrea. La mejor conservada proviene de Addi Gramaten, al nordeste de Kaskasé; sus cabellos están trenzados, como más tarde los tendrán algunas cabezas axumitas de tierra cocida y las mujeres actuales de Tigre; lleva un triple collar [29]. Este último detalle se encuentra en dos armones de esfinges con el rostro martilleado, que se destacan en una placa de piedra encontrada en Matara [30]. Otra esfinge, muy mutilada, ha sido descubierta en Dibdib, al sur de Matara [31]. J. Pirenne hace observar que esos leones con cabeza humana no tienen nada de común con los grifos y esfinges aladas de tradición fenicia, que se encuentran en Arabia del Sur en una época más tardía [32]. Quizá haya que buscarles unos prototipos egipcios o meroíticos, orígenes ya propuestos para una cabeza sudárabe de cabellos trenzados y con collar [33].

Una clase de objetos esculpidos en piedra, particularmente bien representada en Etiopía del Norte, es la de los altares para incienso. La mayor parte pertenecen a un tipo conocido en Arabia del Sur, el *altar cúbico con decoración arquitectónica, frecuentemente colocado sobre un zócalo piramidal;* el ejemplo más bello que, según J. Pirenne, superaría a todos los ejemplares sudárabes, es el de Addi Galamo, pero

[24] H. de Contenson, 1962, págs. 82-83.
[25] H. de Contenson, 1962, pág. 73.
[26] A. Jamme, 1963, págs. 324-327 (no se ve en qué se funda este autor para precisar que la mujer que está en la pared del lado derecho está embarazada, pero no la está en la pared del lado izquierdo, siendo las dos figuras rigurosamente idénticas).
[27] J. Pirenne, 1967, pág. 132.
[28] J. Leclant, 1959 (b), pág. 51, pl. XLII, a.
[29] A. Davico, 1946, págs. 1-6.
[30] F. Anfray, 1965, pág. 59, pl. LXIII, 4.
[31] C. Conti-Rossini, 1928, pág. 225, pl. XLIII, n.° 128-129; V. Franchini 1954, págs. 5-16, fig. 7-8, 11-14.
[32] J. Pirenne, 1965, págs. 1046-1047.
[33] A. Grohmann, 1927, fig. 55.

una serie de altares más o menos completos han sido encontrados en Gobochela de Melazo, varios en Yeha y fragmentos en Matara, o procedentes de localidades no identificadas[34]. Un grupo de cuatro altares descubiertos en Gobochela representa una variante hasta entonces *desconocida, el altar para incienso cilíndrico sobre pie troncónico*[35]; la decoración se limita allí al símbolo divino sudárabe de la media luna rematada con el disco y un friso de triángulos. En cuanto al pequeño *altar cúbico* de Arabia del Sur, no se le puede relacionar más que dos objetos que, a pesar de su gastado carácter, pertenecerían no obstante, al período sudarabizante. Uno, exhumado en Matara, es el primero en Etiopía que ha sido designado explícitamente como altar pebetero, «mqte»[36]. El segundo, encontrado cerca del yacimiento precedente en el lugar llamado Zala Kesedmai, se distingue por los bajorrelieves que adornan sus caras: en una el símbolo divino del disco y de la media luna, y en la cara opuesta, un «árbol de vida» estilizado que no deja de recordar al de Haulti, hacia el que se dirigen los machos cabríos que ocupan las otras dos caras[37].

Como en Arabia del Sur, junto a esas piras, se encuentran *altares para libaciones*, reconocibles por el canalillo que permitía que escurriera el líquido ofrecido. Yeha ha proporcionado varias aras análogas a las de Hureigha o de la región de Marib, cuyo canalillo tiene la forma de cráneo de buey; en la otra había también una cabeza de animal, pero el desgaste no permite identificarlo[38]. Otras tienen bellas inscripciones en relieve y frisos de «cabezas de vigas», como los pebeteros[39]. El primer ejemplar citado, uno de los del segundo grupo, y un altar para libaciones inédito de Matara dan el nombre local de esa serie de objetos, «mtryn», término que no está atestiguado en Arabia del Sur. Del yacimiento de Matara proceden también mesas de ofrendas gruesas, análogas a la primera Yeha[40]. El altar para libaciones de Addi Gramaten se parece mucho más al tipo más elaborado con friso de «cabezas de viga» y zócalo con gradas[41]. El de Fikya, cerca de Kaskasé, en forma de recipiente con protomas de esfinge o de leones, se parecería más bien, según J. Pirenne, a formas meroíticas[42].

En forma de vestigios materiales, las excavaciones arqueológicas no han proporcionado, además de esas esculturas, más que una cerámica mal conocida. F. Anfray atribuye a ese período vasijas en forma de tulipa y grandes jarras con asas y cordones horizontales de Matara y Yeha. Ese material se parece al recogido en Es-Soba, unos kilómetros al norte de Aden, que datarían del siglo VI antes de la era cristiana[43].

Los documentos epigráficos que la paleografía permite atribuir al período más antiguo están todos en escritura sudarábiga, pero, según A.J. Drewes, se reparten en dos grupos: el primero está formado por inscripciones monumentales cuya lengua es la del país de Saba auténtico con algunas particularidades locales, y el segundo grupo

[34] *Addi Galamo:* A. Caquot y A. J. Drewes, 1955, págs. 26-32, pl. IX-XI; *Gobochela:* J. Leclant, 1959, págs. 47-53; A. J. Drewes, 1959, págs. 90-97, pl. XXX, XXXI, XXXIV, c, XXXVIII; J. Pirenne, 1970 (a), página 119, pl. XXIV, b; *Yeha:* A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 58-59, pl. XVI, pág. 62, pl. XIX; *Matara:* F. Anfray y G. Annequin, 1965, págs. 59, 75, 89-91, pl. LXIII, 3, LXXI; *Localités indeterminees;* R. Schneider, 1961, pág. 64, pl. XXXVIII, b.

[35] J. Leclant, 1959, págs. 48-49; A. J. Drewes, 1959, págs. 88, 89, 91, 94, pl. XXXV-XXXVII.

[36] A. J. Drewes y R. Schneider, 1967, págs. 89-91, pl. XLIII, 1-2.

[37] F. Anfray el G. Annequin, 1965, pág. 76, pl. LXXIV.

[38] A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 59-60, pl. XVI, b-e.

[39] A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 60-62, pl. XVIII, a-b.

[41] A. Davico, 1946, p. 1-3.

[42] A. J. Drewes, 1956, págs. 179-182, pl. I; F. Anfray, 1965, págs. 6-7, pl. III. D.

[43] F. Anfray, 1966, págs. 1-74, y 1970, pág. 58.

comprende inscripciones rupestres, cuya grafía está imitada del grupo precedente, pero transcribe una lengua semítica, que estaría solamente emparentada con el sabeo[44]. En el estado actual de las investigaciones, la extensión geográfica del segundo grupo estaría limitada al distrito eritreo de Acchele Guzai, en la parte norte de la alta meseta. Aunque el conjunto de esas inscripciones aporta ante todo informaciones sobre la onomástica, en la que se ve predominar los nombres propios de aspecto sudárabe, el primer grupo proporciona, igualmente, información sobre las creencias y sobre la estructura social de la época.

Esos textos mencionan no sólo, como hemos visto anteriormente, los términos que designan objetos cultuales tales como pebeteros o mesas de ofrendas, sino también cierto número de divinidades, que constituyen un panteón casi idéntico al del reino de Saba. La lista más completa actualmente conocida figura sobre un bloque reutilizado en la iglesia de Enda Cerqos de Melazo: «... Astar y Awbas y Almaqah y Dat-Himyam y Dat-Ba'dan...»[45].

Astar es conocido en otras dos inscripciones, una de las cuales procede de Yeha y la otra de procedencia desconocida[46]. Esa no es otra que la forma etíope del nombre del dios estelar Athar, que está igualmente asociado a Almaqah en tres textos votivos, uno en Yeha y dos en Matara[47]. En este último lugar, un altar está dedicado a ShRQN, que es un epíteto de ese dios identificado con el planeta Venus[48].

Awbas, divinidad lunar, parece que no es conocido en Etiopía, exceptuando el texto de Enda Cerqos, más que en la esfinge y en el altar de Dibdib[49].

Sin embargo, la divinidad lunar, que parece ser la más venerada tanto entre los sabeos como en Etiopía, es Almaqah (o Ilumquh, según A. Jamme). Además de la inscripciones ya citadas de Matara, Yeha y Enda Cerqos, a ella sola están dedicados todos los textos encontrados en Gobochela de Melazo, así como el altar de Addi Galamo y un altar para libaciones de Yeha[50]. También a ella estaba dedicado el templo de esa localidad, así como los grandes santuarios Awwam y Bar'am, en Marib. En fin, es Almaqah el que está simbolizado por los machos cabríos de Matara, Meha y Haulti, por las patas de toro esculpidas en la *naos* de este último lugar, así como por el toro en alabastro de Gobochela[51].

El culto solar está representado por una pareja de diosas, Dat-Himyan y Dat-Ba'Dan, que corresponderían al «sol de verano» y al «sol de invierno». La primera está mencionada igualmente en otro altar para libaciones de Addi Gramaten, así como en Yeha y Fikya. La segunda aparece sobre inscripciones fragmentarias de Matara y Abba Pantaleón, cerca de Axum[52].

Otras divinidades atestiguadas sobre altares para libaciones de Yeha parece que desempeñan un papel mucho más difuso. NRW, asociado en un caso a Astar, es citado dos veces y corresponde al sudárabe Nawraw, igualmente dios estelar[53]. El

[44] A. J. Drewes, 1962.
[45] A. J. Drewes, 1959, pág. 99; R. Schneider, 1961, págs. 61-62.
[46] R. Schneider, 1961, págs. 64-65 (JE 671, grafía B 1-B 2); A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 60-61.
[47] A. J. Drewes, 1959, págs. 89-91; A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 58-59.
[48] A. J. Drewes y R. Schneider, 1967, págs. 89-90.
[49] C. Conti-Rossini, 1928, pág. 225, pl. XLIII, n.° 128-129; V. Franchini, 1954, págs. 5-16, fig. 7-8, 11-14; A. J. Drewes, 1954, págs. 185-186.
[50] A. J. Drewes, 1959, págs. 89-94, 97-99; A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 61-62.
[51] G. Hailemariam, 1955, pág. 50, pl. XV; J. Leclant, 1959, pág. 51, pl. LI.
[52] R. Schneider, 1965, pág. 90.
[53] A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 62 y 61.

mismo altar que menciona esas dos divinidades, añade YF'M, que sería, según Littmann, un nombre de divinidad. Otro altar está dedicado a SDQN y NSBTHW[54]. Finalmente, el nombre que está inscrito sobre la *naos* de Haulti, NFS, está considerado por A. Jamme como el de una divinidad. Una religión tan elaborada supone una organización social compleja.

Mientras que los textos de dedicatorias sólo ofrecen por lo general la filiación de los personajes, los de Gobochela revelan una población organizada en clanes. Cuatro textos de ese lugar y uno de Yeha mencionan «LHY, del clan de GRB, de la familia (o hijo de) YQDM'L FQMM, de Marib»; ese personaje se asocia a su hermano SBHHMW en algunas dedicatorias; en Yeha, éste consagra a Attar y Almaqah sus bienes y su hijo HYRHM[55]. Aunque es probable, pero no cierto, que los términos YQDM'L y FQMM designen grupos étnicos, es seguro en GRB. Las expresiones «de Marib», así como «de Hadaqan» en dos textos de Matara[56] recuerdan más bien topónimos que «tribus»; se trata, quizá, de localidades fundadas, en el norte de Etiopía, por colonos sudárabes, pero esos términos indicarían más bien, según L. Ricci, que esos grupos eran originarios de Arabia propiamente dicha[57].

La organización política de Etiopía del Norte en el período sudarabizante es conocida por algunas inscripciones, en particular por el altar de Addi Galamo y por un bloque encontrado en Enda Cerqos de Melazo[58]. Se trataría de una monarquía hereditaria, de la que dos dinastías RBH y su hijo LMN, llevan el mismo título: «rey SR'N, de la tribu de YG'D, murrakib de D'iamat y de Saba'»; el primero de esos dos soberanos se añade, en el altar de Addi Galamo, «descendiente de la tribu W'RN de Raydan». El segundo está igualmente mencionado en un altar de procedencia desconocida consagrado a Astar; el mismo LMN, o un soberano homónimo, es citado en dos textos de Matara, en uno de los cuales está asociado a un tal Sumu'alay, nombre que lleva un mukarrib sabeo[59]. La atribución explícita a la tribu Waren de Raydan indica la importancia para esos reyes de su filiación sudárabe. El título de mukarrib de D'iamat y de Saba puede explicarse de diversas maneras; podría tratarse de regiones sudárabes, cuyos príncipes habrían ejercido también su dominio sobre el norte de Etiopía; esos términos podrían representar distritos africanos a los que unos colonos sudárabes habrían dado los nombres de sus provincias de origen; en fin, podrían tener solamente una significación política y no territorial. La primera hipótesis parece muy improbable y hay que pensar con A.J. Drewes, que esos dinastas ejercían el poder de mukarrib de Saba sobre sus súbditos sudárabes o de extracción sudárabe. Los títulos de «rey AR'N, de la tribu de YG'D» podrían leerse: «rey de los tsar'ané, de la tribu de los ig'azyan»; e indicarían que gobiernan también la parte autóctona de la población y que han salido de la tribu local de YG'D (o IGZ), en la que A.J. Drewes ve los antepasados de los guezos.

Tres inscripciones fragmentarias, la de Abba Pantaleón, la del altar de Addi Galamo y la del panteón de Enda Cerqos, hacen alusión a un acontecimiento histórico que parece que se produjo bajo el reinado de Rbh. Se trata de la conquista y

[54] A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 59-60.
[55] A. J. Drewes, 1959, págs. 89, 91, 97-99; A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 58-59.
[56] R. Schneider, 1965 (a), págs. 89-91.
[57] L. Ricci, 1961, pág. 133; A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, pág. 59.
[58] A. Caquot y A. J. Drewes, 1955, págs. 26-33; R. Scheider, 1965 (b), págs. 221-222.
[59] R. Schneider, 1961, págs. 64-65; 1965 (a), pág. 90; A. J. Drewes y R. Schneider, 1967, págs. 89-91.

del saqueo de D'iamat, «su parte oriental y su parte occidental, sus rojos y sus negros». Desgraciadamente, la identificación de esa región y de los agresores sigue siendo dudosa.

El testimonio de la arquitectura, de las obras de arte, de la epigrafía así como los datos proporcionados por los textos sobre las creencias religiosas y la organización social de Etiopía del Norte revelan una fuerte influencia sudarábiga en los siglos V y IV antes de la era cristiana. Como ha recordado F. Anfray, la emergencia de esa cultura con predominio semítico ha estado precedida durante varios siglos de una penetración silenciosa; sin duda, bajo el efecto de presiones económicas y demográficas, que aún no podemos conocer, «inmigrantes en pequeños grupos divulgaron la cultura sudarábiga»[60]. No es imposible, como sugiere el mismo investigador que esos colonos hayan introducido nuevas técnicas agrícolas, y en particular el uso del arado y construido las primeras aldeas de piedra de Etiopía.

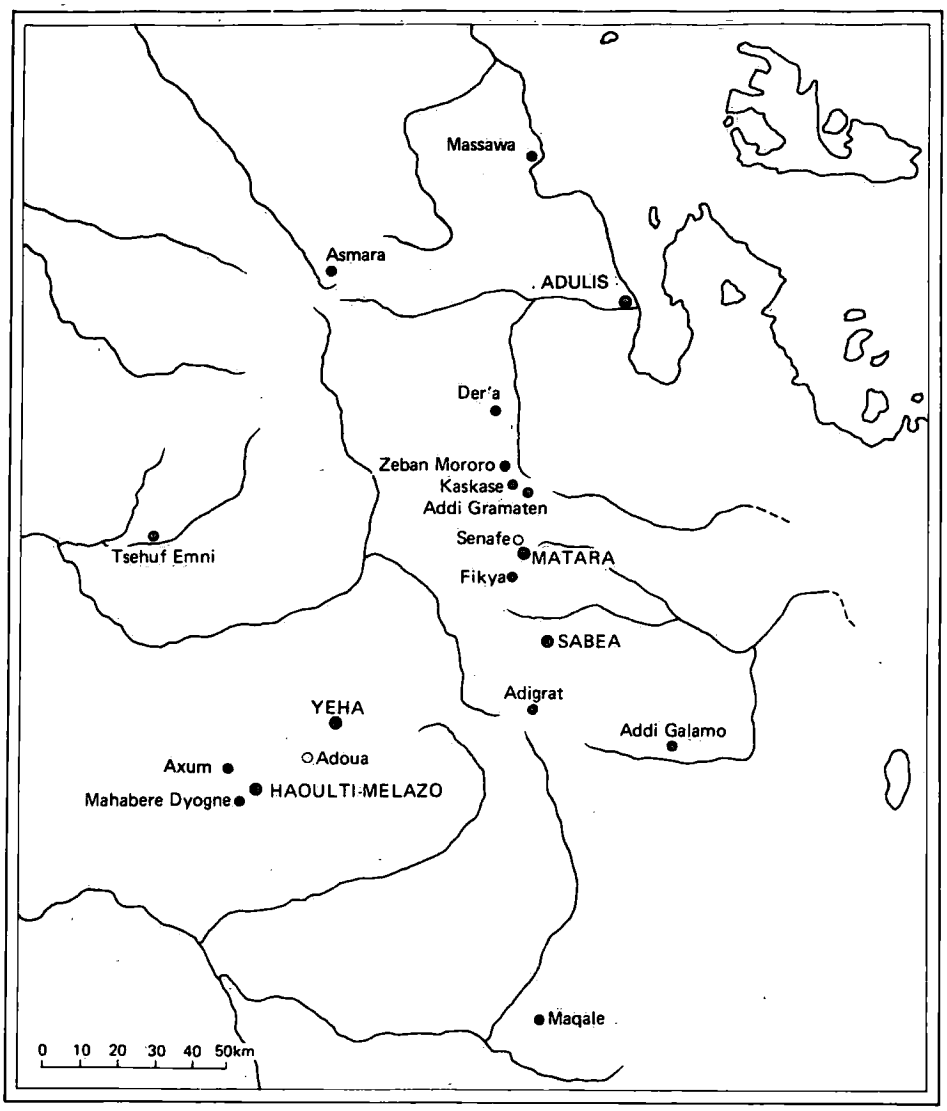
Los trabajos de L. Ricci y de A. J. Drewes dan la impresión de que el elemento sudárabe era preponderante en algunos centros, en los que un embrión de vida urbana se formaba en torno a un santuario, como en Yeha, en la región de Melazo y quizá también en Addi Galamo y en Matara, mientras que el fondo local, con algunas aportaciones nilóticas, estaría mejor representado en la parte eritrea, con los establecimientos de Acchele Guzai, Addi Gramaten y Dibdib.

La aparición de una unidad cultural, cuya coherencia interna es evidente no obstante sobre toda la parte septentrional de la meseta etíope, coincide ciertamente con el acceso al poder y con la conservación de la calidad de clase dominante de un grupo del que no sabremos nunca, seguramente, si estaba formado por descendientes de colonos sudárabes o por autóctonos, que habiendo asimilado también esa cultura superior, se la habían apropiado. C. Conti-Rossini ha insistido, sobre todo, en el predominio del carácter sudárabe de esa primera civilización etíope. Reaccionando contra esa tendencia. J. Pirenne y F. Anfray han puesto de relieve los aspectos originales de esa cultura, que representa la síntesis de influencias variadas y que, cuando se inspira en formas sudárabigas, se muestra superior a sus modelos; el término de «período etíope-sabeo» explicaba mejor el carácter específico de esa cultura. Como reconocía, no obstante, F. Anfray, la superioridad aparente de la producciones africanas no es más que el efecto de la discontinuidad que ha caracterizado hasta ahora la investigación arqueológica en el Yemen. Nuevos descubrimientos, tanto más allá del mar Rojo y de Etiopía como en el antiguo reino de Meroé, permitirán, sin duda, apreciar mejor los fenómenos de aculturización que han podido producirse en la segunda mitad del último milenio antes de la era cristiana. No es, pues, dudoso que Etiopía fuera desde esos momentos una encrucijada de corrientes comerciales y de influencias culturales.

PERIODO INTERMEDIO

La afirmación de una cultura local que ha asimilado las aportaciones extranjeras se hace mucho más fuerte en el segundo período preaxumita que ha sido llamado período intermedio.

[60] F. Anfray, 1967, págs, 49-50; 1968, págs. 353-356.



• *Etiopía en el período preaxumita intermedio. Los puntos representan los yacimientos arqueológicos, estando en mayúsculas los principales. Los círculos indican las ciudades actuales (Mapa facilitado por el autor).*

Sin duda un elemento de origen sudárabe es aún sensible, pero, como ha subrayado F. Anfray, no se trata ya de una influencia directa, sino de una evolución interna, partiendo de las aportaciones anteriores. Inscripciones de una grafía mucho más borrosa sirven para transcribir una lengua que se aparta cada vez más del dialecto sudárabe primitivo [61]. No se trata de mukarribs, pero un texto encontrado en Kaskasé menciona a un rey que lleva un nombre sudárabe, Waren Hayanat (W'RN HYNT), descendiente de Salamat [62]. El clan de GRB, bien atestiguado en Gobochela de Melazo durante la fase sudarabizante, existe siempre aunque ya no se precisan sus vínculos con Marib, puesto que uno de sus miembros dedica a Almaqah un altar para incienso del tipo cúbico con pie piramidal [63]; a la misma divinidad está también dedicada una estatuilla de toro en esquisto de un tosco estilo [64]. En Addi Gramaten, una mano tardía ha añadido sobre el altar una segunda dedicatoria a Dat-Himyam y sobre la esfinge un nombre: «Wahab-Wadd». La documentación epigráfica está completada por inscripciones en sudarábigo cursivo, como las de Der'a y Zeban Mororo y por la losa inscrita de Tsehuf Emni, cuya lengua no sería ni sudarábiga ni etíope [65].

La arquitectura del período intermedio apenas está representada más que por edificios para el culto descubiertos en la región de Melazo. Todos los objetos de Gobochela han sido encontrados, bien reutilizados o bien *in situ,* por J. Leclant en una construcción rectangular orientada este-oeste; comprende un recinto de 18,10 por 7,30 m., en cuyo interior hay una explanada que precede a una celda de 8,90 por 6,75 m.; esta última se abre por una puerta axial que da al oeste y su parte oriental está ocupada por una banqueta sobre la que se encuentran los objetos consagrados [66].

La estatua y la *naos* de Haulti han sido encontradas en un pasillo entre dos construcciones muy arruinadas, igualmente orientadas este-oeste [67]. Sólo las dimensiones este-oeste son ciertas: 11 m. para la construcción norte y 10,50 m. para el edificio sur. Cada uno tiene una escalinata en su fachada oriental, probablemente en medio, lo que daría de norte a sur 13 m. para el edificio del norte, y 11 m. para el del sur. Cada escalinata permite llegar a una terraza de la que resulta difícil saber si estaba cubierta o no. Las construcciones estaban rodeadas de un banco de piedra que no se interrumpe más que por la escalinata y sobre la que estaban colocados exvotos de cerámica y de metal. La mayor parte de esos objetos votivos de tierra cocida son animales, generalmente muy estilizados, pero a veces también de un estilo totalmente naturalista: bóvidos, asociados a veces a modelos reducidos con yugo, animales de carga llevando un fardo, cuadrúpedos extraños con la lengua fuera, jabalíes, leopardos, pintadas [68]. También se encuentran allí cuencos para abluciones, modelos de casas, algunas mujeres sentadas y, cerca de las escalinatas, esfinges igualmente de tierra cocida. Además de la orientación según los puntos cardinales, otro rasgo común a las diversas construcciones de ese período es que ya no están edificadas en calcárea, sino en granito azul o en esquisto local; ese carácter se encontrará en la

61 L. Ricci, 1959, págs. 55-59; 1960, págs. 77-119; A. J. Drewes, 1962, *passim.*
62 *D. A. E.*, Berlín, págs. 62-63.
63 J. Leclant, 1959, pág. 47; A. J. Drewes, 1959, pág. 92, pl. XXXII-XXXIII.
64 A. J. Drewes, 1959, págs. 95-97, pl. XXXIX-XL.
65 C. Conti-Rossini, 1947, pág. 12, pl. II-III; A. J. Drewes y R. Schneider, 1970, págs. 66-77.
66 J. Leclant, 1959, págs. 44, 45, pl. XXIII-XXVI.
67 H. de Contenson, 1963 (b), págs. 41-42, pl. XXVI-XXIX.
68 H. de Contenson, 1963 (b), págs. 43-44, pl. XXXV-XL.

arquitectura axumita y aparece en Eritrea en el período 2 de Matara y en las ruinas todavía sin explorar de Fikya, que pertenecen tal vez también a la fase intermedia [69].

Otra característica de este período es la acumulación de objetos en unos depósitos subterráneos, bien en tumbas en los pozos de Yeha o de Matara, bien en las fosas de Sabea y de Haulti [70]. Hay que notar que en tres fosas vacías en Sabea, cuyo nombre parece recordar a Arabia del Sur, dos aparecen, según la descripción de J. Leclant, teniendo la misma forma que las tumbas con pozo contemporáneas. La importancia de los objetos de metal en esos depósitos, como en la colina de Haulti en torno a los santuarios, es digna de notar y sugiere un desarrollo considerable de la metalurgia local a partir del siglo III antes de la era cristiana.

Los utensilios de hierro, cuya fabricación, sin duda, ha sido introducida durante esta fase, están representados sobre todo en Yeha por unos anillos, cinceles, espadas y puñales, a los que hay que añadir una espada y anillos de Matara. Varios fragmentos de objetos de hierro han sido recogidos también en torno a los templos de Haulti.

El bronce, sin embargo, es mucho más abundante, quizá debido a su mayor resistencia a la corrosión. Otra cantidad de gruesos anillos abiertos con sección rectangular ha sido encontrada en Sabea, y un objeto del mismo tipo yacía sobre el banco de piedra de uno de los santuarios de Haulti; todos ellos han podido servir de pulseras o de anillos de clavija según la moda meroítica; pero podemos preguntarnos si no serían utilizados como moneda [71]. En Yeha y en Matara, son reemplazados por anillos más ligeros, que pueden ser considerados como pulseras o como pendientes. Cierto número de útiles de corte ancho han podido ser utilizados para el trabajo de la madera: hachas de Haulti y Yeha y azuelas curvas con espiga de Yeha y Sabea, a los que se puede añadir el instrumento de Mai Mafalu, en Eritrea [72]: cinceles rectos de Yeha y cinceles curvos del mismo lugar, cuyo modo de utilización no está claro; los trabajos agrícolas son recordados por las hoces con remaches en Yeha, Haulti y también en Gobochela. El armamento está ilustrado por una hacha o alabarda en forma creciente y dos puñales con remaches de Haulti, así como por dos cuchillos de Matara, de los cuales uno tiene remaches y el otro una empuñadura con pomo en forma creciente. Las tumbas de Yeha han proporcionado también marmitas, platillos de balanza y un cascabel; fragmentos de recipientes han sido encontrados asimismo en la cima de Haulti. Agujas y pinzas provienen de Haulti, Yeha y Matara. Pequeñas perlas de bronce están atestiguadas en Sabea, Haulti y Yeha.

Una última clase de objetos de bronce refleja una tradición sudarábiga: se trata de placas caladas a las que se designa con el nombre de marcas de identidad [73]. A. J. Drewes y R. Schneider distinguen dos series: una comprende objetos pequeños y delgados, de forma geométrica, provistos de un anillo de prensar, con un repliegue simétrico, en los que se reconoce a veces monogramas o letras aisladas; esa clase agrupa los documentos de Sabea, Haulti y la mayor parte de los de Yeha. Otra serie, que no es más conocida que la de ese último lugar, está formada por objetos mayores

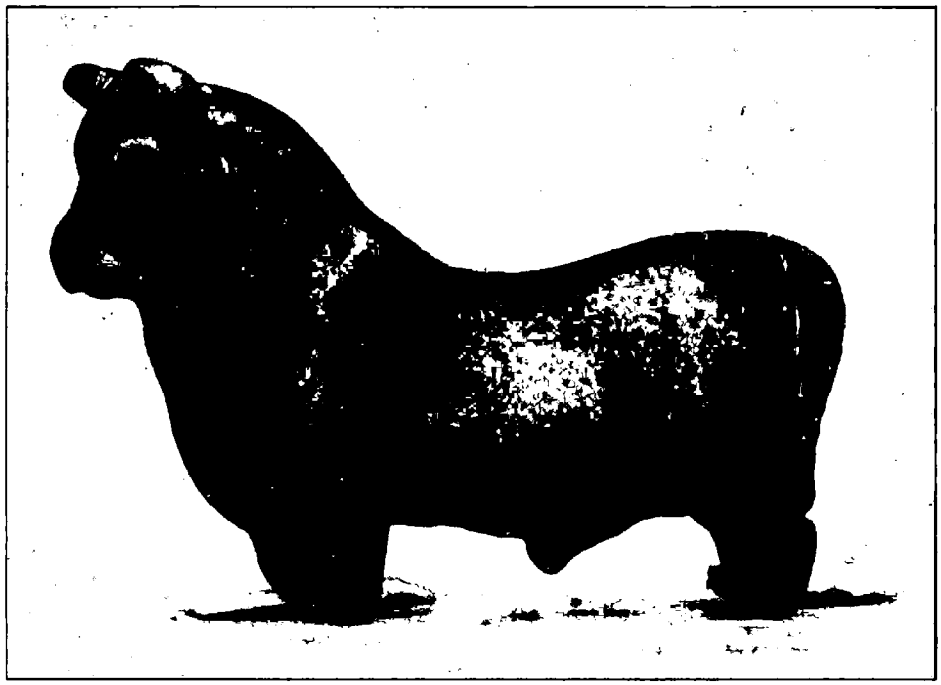
[69] F. Anfray, 1965, págs. 6-7, pl. III, y págs. 59, 61, 72, 74.

[70] *Yeha:* F. Anfray, 1963, págs. 171-192, pl. CXIV-CLVI; *Matara:* F. Anfray, 1967, págs. 33-42, pl. IX-XVII, XXX-XXXIV, XLII; H. de Contenson, 1969, págs. 162-163; *Sabéa;* J. Leclant y A. Miquel, 1969, págs. 109-114, pl. LI-LXIII; *Haoulti:* H. de Contenson, 1963 (b), págs. 48-51, pl. XLIX-LX.

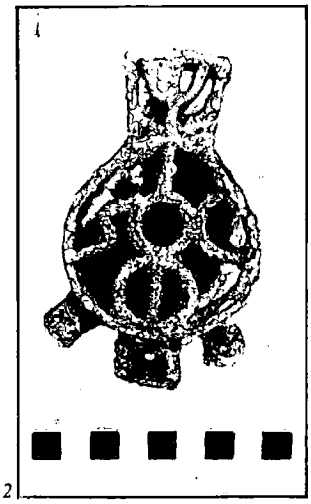
[71] O. Tufnell, 1958, págs. 37-54.

[72] C. Conti-Rossini, 1928.

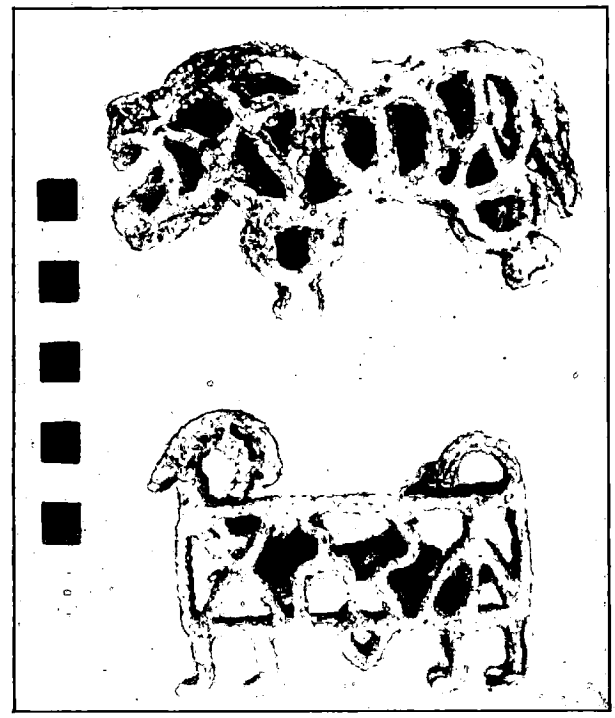
[73] A. J. Drewes y R. Schneider, 1967, págs. 92-96, pl. XLIV.



1



2



3

• *1. Toro de bronce, de Mahabere Dyogwe.*

• *2, 3 y 4. Marcas de identidad en bronce de Yeha, en forma de pájaro, de león y de macho cabrío (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

y más gruesos, provistos de una empuñadura, y cuya forma recuerda a un animal estilizado: toro, macho cabrío, león, pájaro; las placas de esa clase contienen nombres propios escritos en sudarábigo cursivo; también ahí, se tiene la impresión de una lengua intermedia entre el sabeo y el guezo; la lectura más clara es la del nombre «W'RN HYWT», que es precisamente el del rey mencionado en Kaskasé. Hay que notar que han sido encontradas representaciones análogas en inscripciones rupestres, o en cascotes de Haulti, pero no en forma de huellas, sino en relieve. Fuera de Etiopía, no se conocen objetos de bronce semejantes más que en Arabia del Sur.

Cuando se considera el alto nivel técnico que revelan esos objetos, parece lógico, de acuerdo con F. Anfray, atribuir a los broncistas etíopes de esa fase intermedia otras obras, como un par de pezuñas de toro en miniatura, encontradas cerca de los santuarios de Haulti, y la poderosa figura de toro de Mahabere Dyogwe[74], que sería también un testimonio del culto de Almaqah. F. Anfray deduce de esto, con fundamento, que las representaciones de bóvidos con joroba, como las de Addi Galamo, Matara y Zeban Kutur, no serían anteriores a la época axumita; en el primero de esos lugares, serían contemporáneos de los altares trípodes de alabastro y del cetro de bronce de Gadar.

El oro sirve para fabricar objetos de adorno: joyas anulares en Yeha y en Haulti, pendientes, perlas e hilo enrollado en éste último lugar. Muchos elementos pequeños de collar de diversos colores son de pasta de vidrio o de *fritte* en todos los yacimientos de ese período, y también de piedra en Sabea y en Matara.

Como otros objetos de piedra, se pueden señalar morteros o pebeteros en roca arenisca de forma circular o rectangular en Yeha, Matara y Haulti, un cincel en Sabea, un vaso de alabastro y un anillo inciso en forma de serpentina en Yeha.

El depósito de Haulti contenía, en fin, dos amuletos de loza que representan un Ptah-pateco y una cabeza athórica, mientras que los niveles inferiores de Matara proporcionaban un amuleto de coralina, que representa un Harpócrata. Entre los objetos recogidos en Addi Galamo se encontraban cuatro recipientes de bronce, de los cuales uno es un bol con decoración finamente gravada de flores de loto y de ranas, y un fragmento de vaso con un desfile de bóvidos repujado. Esta serie de objetos es particularmente interesante, puesto que son de origen meroítico y atestiguan las relaciones entre la antigua Etiopía y el valle del Nilo[75].

Algunas influencias meroíticas se manifiestan también en la cerámica característica de ese período[76]. Las formas son de una variedad y de una elegancia que ya no se encontrarán después en Etiopía. La pasta es generalmente micácea, de color negro o rojo; las superficies están frecuentemente lustradas. Los adornos geométricos generalmente son incisos pero, a veces, incluso están pintados en color rojo y blanco; también se encuentran adornos incisos llenos de una pasta, casi siempre blanca, pero también azul y roja. Al material de las fosas hay que añadir una abundante documentación, inédita aún en gran parte, de la cima de la colina de Haulti, de las capas profundas de Yeha y de Matara, y probablemente la alfarería más antigua de Adulis.

[74] H. de Contenson, 1961, págs. 21-22, pl. XXII; F. Anfray, 1967, págs. 44-46.

[75] H. de Contenson, 1963, pág. 48, pl. XLIX, b, c; I. P. Kirwan, 1960, pág. 172; J. Leclant, 1961, pág. 392; J. Leclant, 1962, págs. 295-298, pl. IX-X.

[76] R. Paribeni, 1908, págs. 446-451; J. Leclant et A., Miquel, 1959, págs. 109-114, pl. LI-LXII; H. de Contenson, 1963, págs. 44, 49-50, pl. XLI, LIII, b-LX; F. Anfray, 1963, págs, 190-191, pl. CXXVIII-CXLV; 1966, págs. 13-15, pl. XLVII-L, fig. 1, 2, 11; 1967, pág. 42, pl. XXX-XXXIX, XLII.

Aunque los exvotos de Haulti indican que la base de la economía es esencialmente agrícola y pastoril, el desarrollo de la metalurgia del bronce, del hierro y del oro, de la fabricación en serie de objetos de piedra o de pasta de vidrio, así como de cerámica, atestiguan el desarrollo de un artesanado especializado. Parece que el proceso de ubanización esté en curso de desarrollo en algunos centros fundados en el período sudarabizante, tales como Melazo o Matara, o en algunos centros más recientes, como Adulis. Aunque el recuerdo de las tradiciones sudárabes no se ha perdido aún, el nuevo impulso parece que viene del reino de Meroé, que ha desempeñado un papel primordial para la difusión en Africa de las técnicas del metal.

No es imposible que el declive de Meroé, por una parte, y el debilitamiento de los reinos sudárabes, por otra, hayan permitido a los etíopes controlar el comercio del oro, del incienso y del marfil, así como el de los productos importados del océano Indico, instaurando así en el siglo II de la era cristiana las condiciones favorables para la creación del reino axumita.

Capítulo 14

LA CIVILIZACION DE AXUM, DEL SIGLO I AL VII

F. ANFRAY

Según las fuentes básicas, la historia del reino de Axum se extiende durante casi un milenio a partir del siglo I de la era cristiana, y registra cierto número de grandes acontecimientos mayores, tales como tres intervenciones armadas en Arabia del Sur en los siglos III, IV y VI, una expedición a Meroé en el siglo IV y, en el transcurso de la primera mitad de ese mismo siglo, la introducción del cristianismo.

Una veintena de reyes, la mayor parte de los cuales sólo son conocidos por las monedas que ellos emitieron, se sucedieron en el trono de Axum. Entre ellos, los nombres de Ezana, y de Caleb (o Kaleb) brillan con un resplandor particular. Otros monarcas han conservado también sus nombres por las tradiciones que los siglos han legado. Esas tradiciones, desgraciadamente, encierran una gran parte de incertidumbre. El testimonio más antiguo de esos reyes es Zoskales al que menciona un texto griego del final del siglo I. ¿Ese nombre corresponde al de Za-Hakale de las listas reales tradicionales? La pregunta sigue en el aire.

Las fuentes de información sobre la civilización axumita son de diversa naturaleza. Comprenden pasajes de autores antiguos desde Plinio, quien habla de Adulis, hasta los cronistas árabes, Ibn Hischac, Ibn Hischam e Ibn Hawkal. Esos textos son, en general, poco explícitos. Lo esencial de la documentación está proporcionado naturalmente por la epigrafía local y el material arqueológico aumentado por el desarrollo de la investigación en el transcurso de los años. Las inscripciones, poco numerosas, han sido reunidas desde el siglo XIX. Largos textos de Ezana, grabados en la piedra, se alinean en gran número entre los más importantes. Hace poco, el descubrimiento de nuevas inscripciones de Ezana, de Caleb y de uno de sus hijos (Waazeba), en griego, en guezo y en Sseudoabeo, ha proporcionado indicaciones múltiples. Durante estos últimos veinte años han sido reunidos, otros testimonios, principalmente inscripciones rupestres y textos sobre pizarras de esquisto descubiertos en Eritrea. Constituyen los escritos más antiguos del período axumita, a datar en el siglo II de la era cristiana.

La observación arqueológica y el resultado de las excavaciones componen seguramente la fuente mayor de documentación sobre la civilización de Axum. A partir del

• *Fotografia aérea de Axum (Fotografia Instituto Etiope de Arqueologia).*

siglo XIX, los viajeros advierten la existencia de emplazamientos, de monumentos y de inscripciones. Aparecen algunos estudios del mayor interés, como la obra abundantemente documentada de la misión alemana de Axum en 1906. El Instituto Etíope de Arqueología es creado en 1952. Trabajos metódicos son emprendidos entonces. Varios yacimientos han sido objeto de investigaciones profundas: Axum, Melazo, Haulti, Yeha y Matara. Al mismo tiempo, el mapa de los antiguos establecimientos aumenta notablemente. Actualmente muestra unos cuarenta yacimientos mayores y seguro que algunas prospecciones aumentarán la lista. Pero nuestra información sigue siendo defectuosa en conjunto. Porque las investigaciones han sido aún insuficientes. Los vestigios descubiertos que pueden entrar en un cuadro cronológico, no siempre fijo. Hacen falta muchos más datos para que se pueda presentar, no sólo a grandes rasgos, el panorama de la civilización de Axum.

EL AREA AXUMITA

El territorio axumita, según la localización de la arqueología, se inscribe en un rectángulo vertical de 300 kms. de largo y 160 kms. de ancho, aproximadamente. Ese rectángulo está comprendido entre los 13 y 17 grados de latitud norte, y 38 y 40 grados de longitud este. Y se extiende desde la región al norte de Keron hasta el Alagui al sur, y desde Adulis en la costa hasta los parajes de Takkazé al oeste. Addi-Dahno es prácticamente el último emplazamiento en esa parte, a unos treinta kilómetros de Axum.

EPOCA PROTOAXUMITA

El nombre de Axum aparece por vez primera en el *Periplo del mar de Eritrea*, guía marítima y comercial compuesta por un mercader oriundo de Egipto. La obra data del final del siglo I. Ptolomeo el Geógrafo, en el siglo II, indica también el lugar.

El *Periplo* proporciona también informaciones sobre Adulis, hoy un lugar cubierto por la arena, a unos cincuenta kilómetros al sur de Massaoua. Especifica que es «una gran aldea desde donde hay tres días de viaje hasta Koloé, una ciudad del interior y el principal mercado del marfil. De ese lugar a la ciudad del pueblo llamado los axumitas, hay cinco días más de viaje. Allí es llevado todo el marfil de la región de más allá del Nilo a través de la región llamada Cyenum y de allí se va a Adulis». Esa aldea era, por tanto, el lugar de salida de Axum, principalmente para el marfil. El texto dice que allí se traficaba también con los cuernos de rinoceronte, los caparazones de tortuga y la obsidiana. Artículos que, por otro lado, figuran en el número de exportaciones que Plinio señalaba ya antes que el autor del *Periplo*, a propósito del comercio de Adulis, cuyo nombre es así mencionado anteriormente al de Axum. Para Plinio, Adulis está en el país de los trogloditas. «*Maximum hic emporium Troglodytarum, etiam Aethiopum...*» Así, desde el siglo I, los romanos y los griegos conocían la existencia del pueblo de los axumitas y de sus «ciudades» en las tierras del interior de Adulis.

La arqueología nos proporciona pocas informaciones sobre la cultura material de los primeros siglos de la era cristiana. Algunas inscripciones del siglo II constituyen

prácticamente los únicos testimonios que se pueden datar de esa época. Poco numerosos y lacónicos ofrecen, sin embargo, particularidades importantes. En ellos se descubren las primeras formas del alfabeto etíope, cuyo uso se conserva hasta nuestros días. Ciertamente, esas inscripciones no son las más antiguas encontradas en el área axumita, porque varias otras de tipo sudarábigo, allí recogidas, pertenecen a la segunda mitad del último milenio antes de la era cristiana. En el siglo II de nuestra era, la forma de las letras ha evolucionado considerablemente, y se separa de la escritura sudarábiga.

Además de la escritura es cierto que existen vestigios de esos primeros siglos, tales como ruinas de edificios, de alfarería y de otros objetos. El estado actual de la investigación no ha permitido identificarlos. Algunos monumentos del siglo III o del comienzo del IV, como las estelas de Matara y de Anza, muestran que la civilización axumita no estuvo desconectada completamente de la cultura del período preaxumita. En ellas se observa, en hueco o en relieve, el símbolo lunar, disco sobre media luna, de la misma forma que se ve sobre los perfumadores del siglo V antes de la era cristiana. También figura sobre las monedas. Y aparece aún una escritura de aspecto sudarábigo sobre las grandes piedras de Ezana y de Caleb. Sin embargo, se observan transformaciones importantes. Según las inscripciones, se ve que la naturaleza de la religión ha cambiado. Los dioses antiguos no son ya invocados y, a excepción del símbolo lunar, todos los otros emblemas han sido abandonados, como por ejemplo el íbice, el león y la esfinge. Es porque en esa época, realmente, tiene lugar una nueva forma de civilización claramente distinta de la del período precedente, llamada por esa razón preaxumita. El fenómeno se observa en muchos otros aspectos de la vida cultural, como permiten observar los yacimientos.

EMPLAZAMIENTOS AXUMITAS

En los extremos de la antigua ruta, según el *Periplo,* Adulis y Axum son los lugares, sin duda, más importante. También son los únicos, cuyo nombre antiguo, confirmado en los textos y en las inscripciones, ha sido conservado en las localidades hasta nuestros días. Adulis es un lugar desierto, pero los habitantes de las aldeas vecinas llaman aún Axuli al campo de ruinas. Todos los demás lugares antiguos son designados por unos nombres que ciertamente no son los de la antigüedad axumita, al menos, la mayor parte de ellos. Esos lugares se encuentran, en gran número principalmente en la región oriental donde, desde Aratou al norte hasta Nazaret al sur están los grandes yacimientos de Kohaito (identificado no sin verosimilitud con Koloé), Tokonda, Matara, Etch-Maré (cf. mapa del cap. 16).

AXUM

En el siglo III de la era cristiana esta ciudad, así como el reino del mismo nombre, tenían una reputación confirmada, si hemos de creer un texto de esa época, atribuido a Mani, quien califica ese reino como «tercero del mundo». Es cierto que en la aldea incluso grandes monumentos y numerosos testimonios materiales conservan la memoria de una gran época histórica. Estelas gigantescas —una de ellas es el monolito

esculpido más alto que se puede ver—, una enorme mesa de piedra, basas de tronos macizos, trozos de pilares, hipogeos reales, vestigios que se adivinan importantes bajo una basílica del siglo XVIII y, en fin, tradiciones y leyendas reciben al visitante y le hablan de un pasado prestigioso.

A principios de siglo, una misión alemana efectuaba la relación gráfica y fotográfica de todos los monumentos visibles. En el sector oeste descubría los cimientos de tres conjuntos arquitectónicos considerados, con razón, como los restos de un palacio. Después, otros trabajos arqueológicos, principalmente los del Instituto de Arqueología, han descubierto nuevos monumentos y han observado una gran cantidad de hechos relativos a la antigua ciudad real.

De los tres edificios a los que la tradicción denomina Enda-Simon, Enda-Michael y Taakha-Maryam, no quedan más que los basamentos. Actualmente ya no se les ve más que en los dibujos y en las fotografías de la misión alemana. El mayor de esos palacios o castillos, Enda-Simon, tenía 35 m. de lado; Enda-Michael, 27 m. y Taakha-Maryam, 24 m. Esos castillos estaban rodeados de patios y de construcciones anejas, formando conjuntos de plano rectangular que medían, en Taakha-Maryam, unos 120 m. de largo por 85 m. de ancho.

Las ruinas de otro edificio de dimensiones imponentes se encuentran bajo la iglesia Maryam-Tsion, al este de la cual se distinguen aún, debajo de la terraza, partes conservadas: un basamento macizo de 30 m. de ancho en su extremo y 42 m. en el centro.

En la parte oeste de la aldea, una misión del Instituto Etíope de Arqueología descubría y estudiaba, de 1966 a 1968, los restos de otro conjunto arquitectónico. Situados en el lugar llamado Dongur, al norte de la carretera de Gondar, esas ruinas son las de otro castillo cuya fecha está próxima al siglo VII.

Un cerro redondo se elevaba por encima del terreno en declive. Su parte superior mostraba una superficie plana (una tradición local refería que esa colina de piedras y de tierra cubría la tumba de la reina de Saba). Los vestigios del edificio descubierto ocupan una superficie de unos tres mil metros cuadrados. Los muros forman un cuadrilátero irregular, uno de cuyos lados mide 57 m. y otro 56,50 m. En el centro de las ruinas, unos muros tienen aún 5 m. de alto.

Ordenadas en cuatro manzanas simétricas, una cuarentena de habitaciones, dispuestas en cuadro, encierran un edificio central. Construido sobre un zócalo con gradas de 1,80 m. de altura, el pabellón central comprende siete salas a las que dan acceso tres escaleras exteriores. Tres patios separan a ese pabellón de sus dependencias. Los muros del perímetro exterior comprenden partes entrantes y salientes, alternativamente. En varias habitaciones del edificio y de las habitaciones secundarias, pilares de mampostería, agrupados de dos en dos o de cuatro en cuatro, estaban enterrados. Servían de zócalos a unos pilares de piedra o más probablemente a unos postes de madera para sostener las estructuras superiores. En los vestíbulos del pabellón central, anchas bases de mampostería desempeñaban el mismo papel bajo un enlosado geométrico. Al nordeste y al sudoeste, distribuciones particulares sugieren que, en esos emplazamientos, varias escaleras daban acceso a un piso en el que se encontraba el verdadero lugar de habitar.

Tres hornos de ladrillos cocidos han sido descubiertos en la parte oeste del monumento. En una sala de las dependencias, al sur, una instalación de ladrillos lamidos por las llamas parece que han sido un dispositivo de calefacción.

Ese monumento de Dongur representa el ejemplo más bello de arquitectura axumita visible actualmente. Dada su situación periférica, y también sus dimensiones relativamente modestas, es poco probable que haya servido de mansión real. Sin duda, con más motivos hay que ver en él la residencia de un notable.

Otro edificio de primer plano se levantaba en una colina al nordeste de Axum. La tradición atribuye sus restos a Caleb y a su hijo Guebr. Dos especies de capillas paralelas estaban construidas sobre unas criptas compuestas de varios panteones, cubiertos por gruesas losas de piedra. Cinco panteones en la cripta de Guebra-Masqal al sur, y tres panteones en la de Caleb al norte. La parte superior del edificio es posterior. Ofrece, por otra parte, numerosas pruebas de arreglos. Eso hace pensar que las criptas son más antiguas, habiendo sido reutilizados los panteones hacia el siglo VII u VIII. En la tumba de Caleb, en la escalera, gruesos bloques de piedra de forma poligonal evocan algunos monumentos de la Siria del Norte de los siglos II y III. Una vasta necrópolis rodeaba ese monumento. Varias tumbas con pozo han sido descubiertas hace poco en su proximidad. Y existen otras bastante lejos, hacia el este.

Al este de la aldea, en el lugar llamado Bazen, algunas tumbas con horno están excavadas en la roca, en la falda de las colinas. Algunas tienen un pozo y panteones en el fondo, a ambas partes. Una tumba múltiple con escalera de diecisiete peldaños, excavada también en la roca, está en el mismo sector que domina una estela que antiguamente no estaba aislada puesto que, en ese lugar, un viajero inglés a comienzos del siglo XIV vio catorce «obeliscos» invertidos.

La ciudad antigua se extendía en un espacio comprendido entre las estelas gigantes y el monumento de Dongur. En este lugar las ruinas están enterradas por todas partes. Afloramientos de muros aquí y allá indican construcciones axumitas. Las excavaciones arqueológicas, cuando puedan ser realizadas en las zonas que la tradición llama Addi-Kilté y Tchaanadug revelarán un vasto panorama del pasado de Axum.

ADULIS

Pocos vestigios de superficie señalan el emplazamiento de ese lugar que no se encuentra en las orillas de la costa marina, sino a unos 4 kms. al interior. La piedra, la arena y la vegetación cubren, no obstante, un conjunto considerable de ruinas que se ocultan, hasta que los elementos de la superficie permitan descubirlas, en un rectángulo de 500 m. de largo, por 400 m. de ancho aproximadamente. En algunos sitios, pequeños cerros señalan desmontes dejados por diversas misiones arqueológicas. Hacia el nordeste, trozos de pilares y cascotes de alfarería llenan el suelo profusamente. De los trabajos efectuados desde el año 1868 en el lugar, donde hombres de un grupo expedicionario británico desembarcados no lejos de allí exhumaron algunos restos de construcciones, apenas subsisten más que los muros descubiertos por la misión de Paribeni en 1906, y los que un sondeo de la misión del Instituto Etíope de Arqueología descubrió en 1961-1962.

A comienzos de 1906, el sueco Sundström descubrió en el sector norte un edificio de grandes dimensiones. Poco después Paribeni, al este y al oeste de ese monumento, descubrió otras dos ruinas de edificios de menores dimensiones. Todos estos monumentos son basamentos con gradas y salientes de construcciones rectangulares. Los

encuadran construcciones laterales. Sundström llamó «Palacio» al monumento que él descubrió. Es un vasto conjunto de 38 m. de largo y 22 m. de ancho, de una superficie más importante que el castillo de Axum, y Enda-Simon, cuyo pabellón central media 35 m. de largo. Sobre el basamento, dos hileras de pilares dividen el largo en tres secciones. Lo mismo puede decirse de la anchura. Es un plano basilical que naturalmente podría incitar a ver en ese edificio no un «palacio» sino un santuario cristiano.

El basamento que Paribeni descubrió al oeste del monumento precedente presenta la misma forma arquitectónica. Su largura es de unos 18,50 m. La parte superior estaba cubierta de un pavimento y mostraba vestigios de pilares de nave. En el extremo este, entre dos salas, un ábside semicircular indicaba suficientemente que las ruinas eran las de una basílica. Un nivel inferior del edificio pertenecía a un edificio más antiguo que el excavador italiano designaba con el nombre de Altar del Sol. A la luz de otras constataciones, es lícito ver allí el vestigio de una construcción —religiosa probablemente— de una época anterior a la de la basílica superpuesta.

Al este del monumento de Sundström, Paribeni descubrió el basamento de otra iglesia, de 25 m. de largo. En el plano se distingue la huella de un ábside semicircular. El edificio ofrecía dos particularidades importantes: la presencia de una pila bautismal en la habitación al sur del ábside y, en el centro del edificio, restos de ocho pilares en octógono. En el mismo edificio se combinaban también el plano rectangular y el plano cuadrado.

MATARA

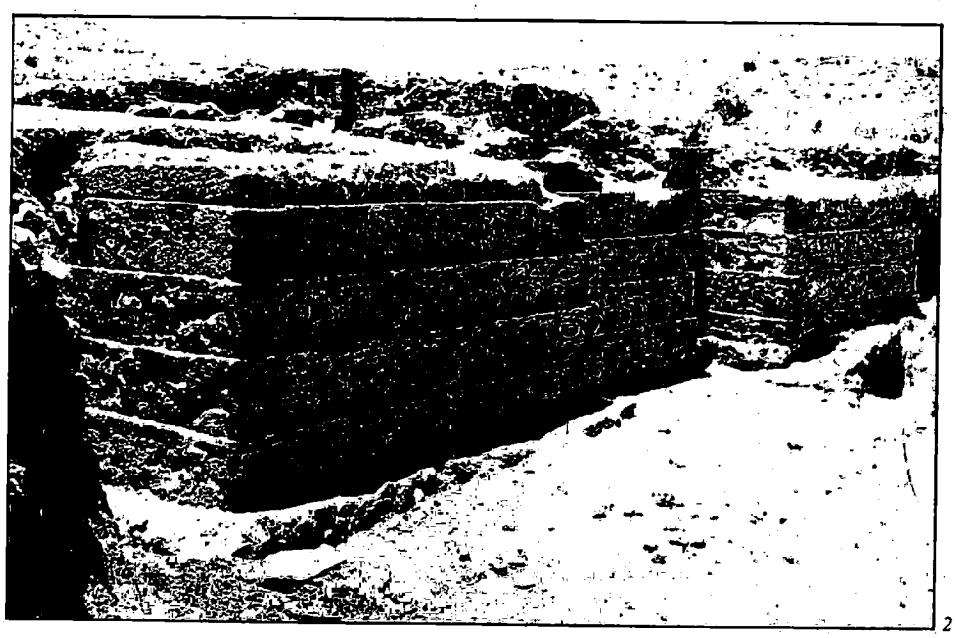
En la meseta eritrea, a 135 kms. al sur de Asmara, cerca de Senafe, se encuentra uno de los yacimientos etíopes más antiguos, puesto que sus profundos niveles son los de un establecimiento importante del período sudarabizante.

De 1959 a 1970, el Instituto de Arqueología ha efectuado una excavación metódica del yacimiento de Matara. Falta mucho para que los trabajos hayan agotado el interés de ese lugar. Los niveles preaxumitas sólo han sido objeto de simples sondeos, principalmente debido a la existencia, encima de ellos, de estructuras arquitectónicas numerosas. Aproximadamente a la mitad del nivel axumita ha sido explorado. Se han descubierto cuatro grandes villas, tres santuarios cristianos, un barrio de casas ordinarias formando una treintena de moradas familiares. Las cuatro villas están construidas según el tipo que sería habitual en lo sucesivo: un cuerpo de casa central sobre basamento de gradas que encuadran las dependencias. Como en otras partes, bloques de mampostería estaban dispuestas en el suelo de las salas del pabellón central para sostener los pilares de los vestíbulos. La escalinata de las entradas principales debía estar protegida por unos tejadillos; en los ángulos de las escalinatas se observan cavidades en las que, quizá, se empotraban los montantes de madera de esos tejadillos.

Las casas ordinarias comprenden dos o tres habitaciones. Los muros tienen por término medio un espesor de 70 cms. Vestigios de fogones, hornos de tierra y numerosas vasijas han permitido la localización de suelos de habitaciones.

De dimensiones intermedias entre las de la villa y las de la habitación ordinaria, un tipo de casa presenta algunos rasgos de pabellón central de la villa: plano similar y gradas exteriores. Se puede pensar que esa tipología arquitectónica refleja una jerarquía social.

1



2

• *1. León esculpido en el flanco de una roca, periodo axumita.*

• *2. Matara: Basamento de un edificio axumita (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

Al sur y al este de la aglomeración, los edificios religiosos tienen un aspecto exterior que los distingue poco de otras construcciones: edificio central rodeado de patios y de dependencias; modo de construcción idéntico. Uno de esos edificios es una especie de capilla funeraria no sin analogía con la «Tumba de Caleb» en Axum, aunque de proporciones más reducidas. Esta capilla, de 15 m. de largo y 10 de ancho, está situada sobre una cripta a la que se llega por una escalera de catorce peldaños.

Además, en dirección este, otra iglesia —tercera en cuanto a la altura de una superposición de ruinas de cuatro edificios— tenía una nave central y dos laterales divididas por dos filas de cuatro pilares, cuyas bases subsisten. Un ábside está encerrado entre dos salas, en el eje de la nave, orientada como todos los edificios de ese tipo. Los muros exteriores del monumento tienen 22,40 m. de largo y 13,50 m. de ancho. En una habitación situada al este de la iglesia, detrás del ábside, se ha descubierto una pila bautismal. Un conducto de alimentación de agua desemboca allí, compuesto de ánforas encajadas las unas en las otras y dispuestas verticalmente contra el muro exterior de la sala bautismal.

Otra iglesia se levantaba al sur del yacimiento, en la colina de Gual-Saim. El plano apenas es discernible, al estar los muros destruidos en gran parte. No obstante subsisten los restos de un enlosado de esquisto y de los basamentos de pilares. Era un edificio de pequeñas dimensiones.

KOHAITO

Al norte de Matara, a una altura de 2.600 m., ese lugar ofrece a la mirada numerosos vestigios arquitectónicos. Unos diez cerros, sobre una amplia superficie, conservan restos de importantes construcciones del final del período axumita y, algo que parece que no ofrece dudas, ruinas más antiguas. Varios pilares se levantan todavía hoy sobre esos cerros. Se cree que en su mayor parte pertenecían a iglesias de dimensiones parecidas a las de Matara. En todos los montículos los muros presentan el modo de construcción axumita y una ordenación rectangular parecida a las de otros establecimientos de la época. Siete de esos conjuntos se distinguen fácilmente. Además de esas ruinas de edificios, al norte-noroeste, una presa hecha con piedras y bloques perfectamente ajustados en hileras regulares estaba destinada a retener el agua al sudeste de una cuenca natural, comúnmente llamada «cuenca de Safra». Esa presa tiene una longitud de 67 m., y 3 m. de altura aproximadamente en su sección central. En ese lugar, dos series de piedras salientes en gradas de escalera constituían un dispositivo que permitía el acceso desde la parte alta de la presa al nivel del agua.

Además, hacia el oeste, una tumba con pozo hecha en la roca contiene dos cámaras o panteones funerarios. Una cruz de tipo axumita, esculpida en vaciado en la roca, adorna una de las paredes de la tumba.

En un barranco próximo, la roca está pintada y grabada con figuras que representan bueyes, camellos, etc.

CIUDADES, MERCADOS

Los grandes establecimientos —los que acabamos de recordar y otros varios— forman aglomeraciones densas y compactas, con edificios que se yuxtaponen y que encierran habitaciones con funciones varias. Eso es lo que las excavaciones de Axum, de Adulis y de Matara han permitido constatar. Son auténticos centros urbanos. En el barrio popular de Matara, una cellejuela serpea entre las casas. Se adivina una población relativamente numerosa, cuyas actividades no son solamente agrícolas. La presencia de monedas arroja una luz sobre el movimiento de la economía, así como sobre la naturaleza de los objetos que se han descubierto: vasos, ánforas mediterráneas; también se observa la presencia de obras de arte (lámpara de bronce y objetos de oro) que reflejan cierto lujo.

Un punto hay que anotar: la mayor parte de los edificios habitualmente visibles o los que han sido descubiertos por las excavaciones pertenecen al período axumita tardío, pero existen, no obstante, elementos más antiguos —aunque no siempre se pueden fechar con precisión— sobre los que se han colocado las construcciones de la última época y, esos elementos, atestiguan que la situación, en fechas remotas, no debía ser muy diferente. El autor del *Periplo*, en el siglo I de la era cristiana habla de la «ciudad del interior» a propósito de Koloé. Dice también que ese es el «principal mercado del marfil». Designa a Adulis con una ciudad-mercado. Esa ciudad recibe el marfil de «la ciudad del pueblo llamado axumita» donde primeramente es recogido; hay, pues, motivos para ver en esa ciudad otra ciudad-mercado. Y es conveniente considerar como mercados y lugares de negocio a los demás centros urbanos (Aratu, Tokonda, Etch-Maré, Degum, Haghwero-Deragueh, Henzat, etc.). No es cierto que los intercambios se realizasen en el interior de las ciudades, sino más bien en los alrededores inmediatos. Se constata, en efecto, que esas antiguas ciudades no están rodeadas de murallas. Ninguna indicación a este respecto ha sido hecha hasta ahora.

LA ARQUITECTURA AXUMITA

El empleo de la piedra, el plano cuadrado o rectangular, la alternancia sistemática de partes salientes y de partes entrantes, la elevación en gradas de basamentos sobre los que se levantan los grandes edificios y un tipo de mampostería sin otro mortero que la tierra, son los rasgos principales de la arquitectura axumita. A lo que hay que añadir una característica notable: una reproducción generalizada de esos rasgos distintivos. Ya hemos notado que esa constante de las fórmulas arquitectónicas se extiende a todos los edificios mayores, ya sean religiosos o no. Se construyen edificios sobre los mismos zócalos con gradas. Escaleras monumentales, de siete escalones en muchos casos, les dan acceso. Y varias dependencias los encuadran al otro lado de patios minúsculos.

Puede asegurarse que los castillos y las villas comprendían un piso sobre la planta baja, que por otra parte sería mejor llamar piso alto, habida cuenta de su elevación. Si deseamos considerar la pequeñez de las habitaciones de ese primer piso llenas de pilares y de postes, es probable que las auténticas habitaciones se encontrasen en el piso superior. Falta por conocer si los grandes castillos de Axum tenían varios pisos. Al comienzo de siglo, el arquitecto de la misión alemana intentó una reconstrucción.

El dibujo del monumento de Enda-Michael presenta en los ángulos del pabellón torres de cuatro pisos. Al no subsistir casi nada de ese edificio (hoy menos aún que en 1906), no es fácil juzgar bien fundado el intento, pero si se observa la naturaleza de la mampostería, tal como las fotografías y los dibujos la muestran y también como otros monumentos la dan a conocer —muros sin gran espesor a los que la mampostería de piedras unidas por un simple mortero de tierra les daba una estabilidad precaria—, parece lógico dudar de que Enda-Michael, como también los demás castillos, hayan tenido más de dos pisos. Quizá algunos de ellos, de solidez especial, tenían tres, lo cual es dudoso. En cualquier caso, no parece pertinente imaginar más. En el siglo VI, Cosmas Indicopleustes en su *Topografía cristiana* refiere que él vio en Etiopía (no dice, por otra parte, si en Axum, a donde es probable que él se dirigiera) una «mansión real con cuatro torres». Esa sucinta observación no precisa la posición de esas torres. Sin embargo, hay que recordar que subraya construcciones realizadas en altura.

La madera formaba parte de la construcción axumita. Los marcos de las aberturas eran de madera y, en algunas partes de los muros, principalmente en los ángulos de las habitaciones, se empotraban travesaños en la mampostería para asegurar su cohesión. Las vigas que soportaban las planchas del piso o los techos —sin duda en forma de terraza— eran naturalmente de madera. A este respecto, las estelas esculpidas que muestran extremos de vigas reproducen fielmente, de lo cual no se puede dudar, la costumbre de la época.

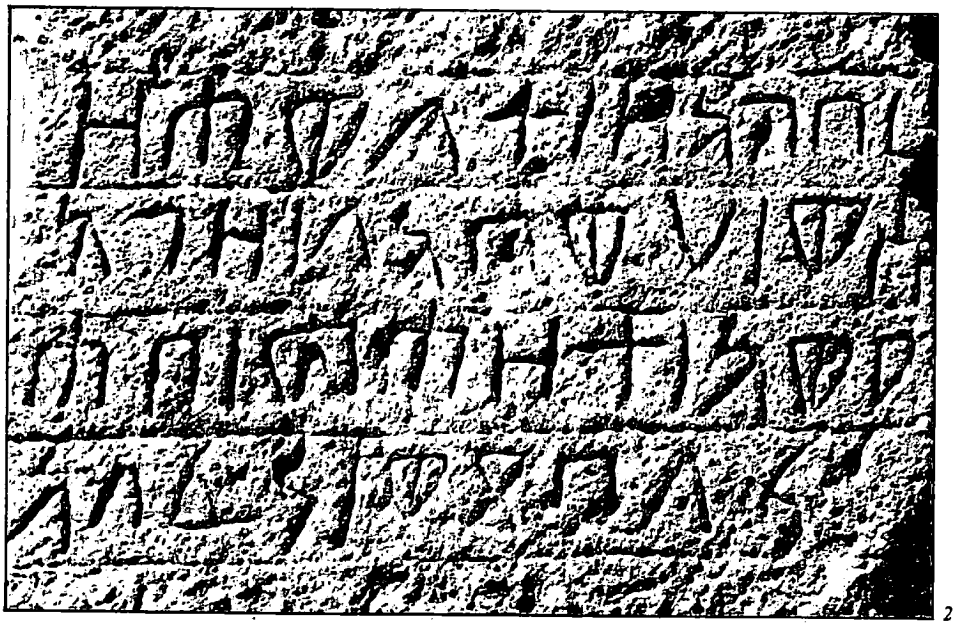
También se acostumbraba, para poner un cimiento tan sólido como fuera posible a las grandes construcciones, colocar en los ángulos de los basamentos, o en largas bandas de su cima, gruesos bloques de piedra tallada. Se ven muchos de esos bloques en las construcciones del período axumita tardío. Algunos de ellos son reutilizados en otras partes. Es cierto que los constructores de la primera época axumita, de los siglos III y IV particularmente, tenían preferencia por los bloques macizos. Las estelas y la losa gigantesca que vemos en la foto ilustran singularmente esa predilección.

MONUMENTOS MONOLITICOS

Estas estelas de Axum son de varios tipos. Muchas de las que se ven en la localidad son grandes piedras simplemente desvastadas. Así ocurre en el lugar llamado Gudit, en el sector sur de Dongur. Dispersas en un terreno de labor, no hay duda de que en la antigüedad señalaban el emplazamiento de tumbas. Otras estelas tienen superficies lisas y su parte superior con frecuencia está cimbrada. Las hay cuya altura sobrepasa los 20 m. Se las encuentra también en diversos lugares. La mayor parte de ellas se parecen al conjunto de las estelas gigantes. Estas son siete. Su particularidad es que presentan una decoración esculpida. Una sola se encuentra aún en pie, y cinco yacen en tierra, rotas. La séptima ha sido trasladada a Roma y, desde 1937 ha sido erigida cerca del teatro de Caracalla, donde aún se encuentra.

Su decoración imita una arquitectura de pisos múltiples. La más alta de esas estelas, que alcanzaba unos 33 m., superpone nueve pisos en una de sus caras. Puerta, ventanas y extremos de vigas perfectamente esculpidos en una piedra dura, representan una casa alta. La significación de esa arquitectura ficticia se nos escapa completamente. Prácticamente no tiene comparación con ejemplos que podrían existir en otras

1



2

- *1. Basamentos de trono.*
- *2. Matara: Inscripción del siglo III de la era cristiana (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología.*

regiones. En el frontón de una de esas estelas hay lanzas esculpidas. Otra, que no pertenece a esta categoría de las estelas arquitectónicas, presenta una especie de escudo —¿acaso es un escudo?— bajo un tejado de doble pendiente —¿pero es un tejado?—. Las cavidades o bien unos clavos metálicos servían para fijar emblemas —desaparecidos— que no sabemos qué eran, ni siquiera si han sido añadidos posteriormente. Apenas se puede dudar de que esos monumentos sean votivos funerarios. Pero sí se duda en precisar que sean sede de un poder divino o memorial de una existencia humana. El simbolismo de la decoración produce una incertidumbre total. En cuanto a la diferencia de sus dimensiones quizá no sea inútil decir que corresponde a una jerarquía de estatutos sociales.

La incertidumbre impera también en lo referente al sentido de esa enorme losa de piedra, enfrente de las grandes estelas, que estaba colocada, al menos en su origen, sobre gruesos pilares. Sus dimensiones (largo: más de 17 m.; ancho: 6,50 m.; grueso: 1,30 m.) desafían la imaginación si se trata de pensar la cantidad de energía que ha podido costar el desplazamiento de esa piedra en una distancia que se calcula en centenares de metros. Como en las estelas, tampoco se sabe de dónde han sido extraídos esos bloques. Un antiguo taller de talla existe cerca de una colina alta al oeste de Axum, donde, por otra parte, un gran bloque de unos 27 m. de largo ha sido inicialmente desvastado. No es seguro, sin embargo, que la losa gigantesca y las estelas esculpidas procedan de este lugar que dista más de dos kilómetros. Sea cual fuere la forma del transporte, su levantamiento sugiere la idea de una poderosa organización colectiva.

En la meseta oriental, en Matara y en Anza, dos estelas con la cima cimbrada tienen aproximadamente 5 m. de altura. Ofrecen dos particularidades: el disco sobre la media luna, símbolo de la religión sudarábiga y una inscripción en guezo. Esas inscripciones tienen una significación conmemorativa, y eso es cierto, al menos, en la de Matara. Según el criterio paleográfico, datan del siglo III o de comienzos del IV. La hechura de esos monolitos es la de las estelas con superficies lisas de Axum.

También en Axum, otros monolitos están dispersos en diversos lugares. Se trata de grandes losas de piedra. Se ve una docena de ellas, alineadas en grupos, en el sector de las estelas gigantes, cerca de la basílica de Maryam-Tsion. Con toda probabilidad son bases de tronos. Algunas de esas losas tienen más de 2,50 m. de largo y un grosor medio de 40 a 50 cms. En el centro de la superficie superior, una prominencia tiene vaciadas unas cavidades para recibir los soportes de un asiento. Una de esas bases existía antiguamente en el yacimiento de Matara. Hasta ahora se han inventariado un total de veintisiete.

Estos tronos ocupaban un lugar importante en la cultura axumita. Dos inscripciones de Ezana lo demuestran. En el siglo VI, Cosmas advierte en Adulis la presencia de un trono cerca del cual se levantaba una estela. «El trono tiene una base cuadrada», «es de un excelente mármol blanco» y «todo él... tallado en un solo bloque de piedra». Los dos monumentos están «cubiertos de caracteres griegos». La significación de esos monumentos no está clara. ¿Tronos conmemorativos de victorias, púlpitos votivos o símbolos del poder real? Son enigmáticos como las grandes estelas.

El grupo dispuesto cerca de Maryam-Tsion está alineado de tal suerte que los púlpitos estaban orientados hacia el este, en la misma dirección que las caras esculpidas de las estelas. Si esa disposición es antigua, se puede pensar que estaban

vueltos hacia un templo, que podía encontrarse entonces en el emplazamiento de la iglesia actual. Allí hay ruinas considerables.

Las inscripciones están grabadas en piedra dura, una especie de granito. Uno de los textos de Ezana está trazado en tres escrituras diferentes —etíope, sudarábiga y griega— sobre los dos lados de una piedra de más de dos metros de altura.

Esta predilección por los monumentos de grandes dimensiones parece haber prevalecido en lo que se refiere a las estatuas. Al principio de este siglo una piedra plana ha sido observada en Axum; presentaba en vaciado la señal de pies de 92 cm. de largo. La piedra había sido utilizada como soporte de una estatua, probablemente de metal. Las inscripciones de Ezana dicen que éste levantaba estatuas en honor de los dioses. Uno de esos textos indica: «En señal de reconocimiento a Aquel que nos ha engendrado, a Ares, el invicto, le hemos levantado estatuas, una de oro, la segunda de plata y otras tres de bronce, para su gloria». Ninguna estatua axumita ha sido encontrada, pero las investigaciones arqueológicas distan mucho de estar terminadas. Pocas reproducciones, tanto de piedra como de metal han sido descubiertas. Cosmas refiere que él vio «cuatro estatuas de bronce» de unicornios (rinocerontes, sin duda) «en el palacio real».

LA ALFARERIA

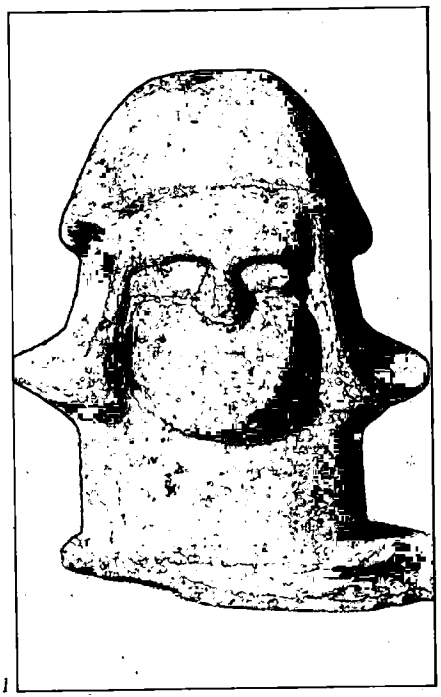
Los yacimientos axumitas proporcionan una gran cantidad de vasijas de tierra cocida, enteras o en trozos.

Se trata principalmente de una alfarería utilitaria de tierra cocida roja o negra, predominando ampliamente la de tierra cocida roja. Muchos jarros tienen su pared exterior de color mate; algunos han sido alisados con una piedra, y otros con un barniz de color rojo. Nada indica el uso de torno.

Las dimensiones de las vasijas son variadas, desde los minúsculos cubiletes hasta las cubetas de 80 cm. de altura. Las jarras, tazones, cántaros, cuencos, marmitas y tazas no siempre están decorados. Cuando lo están, la decoración se compone habitualmente de motivos geométricos incisos, pintados, moldeados en relieve o estampados. Los dibujos son simples en su mayor parte: festones, dientes de sierra, círculos agrupados, cuadrículas, enrejillados, travesaños, etc., y algunos motivos naturalistas: espigas de trigo, pájaros y serpientes modelados. Algunos de esos adornos tienen una significación simbólica aparente, como los brazos modelados sobre el borde de los cuencos. Finalmente, la cruz cristiana es reproducida profusamente en el borde, en las paredes o en el fondo de los vasos.

Una diferencia se observa en las colecciones cerámicas procedentes del este o del oeste de la meseta. En la región de Axum se observa un tipo de vasija cuya pared está picoteada de incisiones lineales. Ese tipo aparece poco en la meseta oriental. Un tazón ventrudo y acanalado bajo el borde, procedente de Matara, aún no ha sido catalogado en la región de Axum. Por el contrario aquí se encuentra una jarra con gollete en forma de cabeza humana que, en el estado actual de las investigaciones, no se ve en otras partes.

Trabajos en curso de realización permiten clasificar grupos de alfarería en series cronológicas. Sin embargo, será necesario que las excavaciones se desarrollen más para que podamos estar en condiciones de llegar a dataciones algo precisas.



1

2

• *1. Gollete de jarra.*

• *2. Pebetero de inspiración alejandrina.*

• *3. Colmillo de elefante (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

3

En la capa axumida de todos los yacimientos, se descubren también objetos de alfarería de importación, principalmente ánforas con asas y con casco de canutillo. Estas ánforas, numerosas en Adulis, son de origen mediterráneo. A veces, eran utilizadas como urnas funerarias para los recién nacidos, hecho que ha sido observado en Adulis, Matara y Axum. No se encuentran vestigios de esas ánforas en los niveles preaxumitas. Numerosos fragmentos de botellas pequeñas, frascos y cubiletes de vidrio pertenecen también a la capa axumita, así como vasos de vidriado azul. Esos vasos de vidriado datan del final del período axumita. La mayor parte de ellos eran importados del océano Indico. (En realidad más frecuentemente se recogen casos que vasos enteros.) Pequeños copas que tienen aspecto de «terra sigillata» han sido probablemente importados de Egipto.

La abundancia de alfarería en los yacimientos supone un importante consumo de madera. En la Antigüedad, el país debía estar más poblado de árboles que hoy.

ALGUNOS OBJETOS PARTICULARES

Las investigaciones arqueológicas han logrado el descubrimiento de objetos diversos: sellos de piedra o de tierra cocida con motivos geométricos grabados con perfiles de animales, pequeños útiles de metal, dados de tierra cocida, restos de láminas, figurillas de animales, estatuillas femeninas análogas a las fecundidades de la prehistoria, etc. Entre esos objetos conviene citar aparte una lámpara de bronce y un tesoro descubierto en las excavaciones de Matara.

Una copa oblonga que reposa sobre un pie que imita una columnata de palmeras estilizadas es rematada con un motivo en altorrelieve. Ese motivo representa un perro provisto de un collar que agarra a una cabra montesa corriendo. En el dorso de la copa una cabeza de toro aparece en ligero relieve. El objeto mide 41 cm. de alto. Y la copa 31 cm. Si juzgamos por su simbolismo —la caza ritual— que refuerza la cabeza del toro, esa lámpara es, sin duda, originaria de Arabia del Sur, donde, por otra parte, han sido encontrados objetos parecidos.

El tesoro estaba en un jarrón de bronce de 18 cm. de alto. Y comprendía: dos cruces, tres cadenas, un broche, sesenta y ocho colgantes, sesenta y cuatro perlas de collar, catorce monedas de emperadores romanos de los siglos II y III, de los Antoninos principalmente, y dos hojas de metal. Todos estos objetos son de oro y están en buen estado de conservación. Según el lugar donde han sido encontrados, estos objetos debieron ser reunidos alrededor del siglo VII. (Las monedas en este caso no constituyen un criterio de datación porque a excepción de una, las demás llevan anillas, lo que las convierte en joyas.)

Sucede que los niveles axumitas proporcionan inscripciones sudarábigas y trozos de pebeteros del siglo V antes de la era cristiana. Esas piedras están generalmente rotas y han sido reutilizadas en construcciones axumitas. Estos niveles también proporcionan, aunque en pequeño número, objetos importados de Egipto y de Nubia o, como en Haulti, figurillas de tierra cocida que, según Henri de Contenson, «parecen emparentadas con las que se encuentran en la India en los períodos de Mathurá y de Gupta». El excavador de Haulti observa a este propósito de manera pertinente que «los dos primeros siglos de la era cristiana son precisamente el período más floreciente de los contactos comerciales entre la India y el Mediterráneo, por medio del mar Rojo».

LA NUMISMATICA

Las monedas axumitas revisten una importancia especial. Sólo por medio de ellas, en efecto, conocemos dieciocho nombres de reyes de Axum.

Han sido encontrados algunos millares de esas monedas. Alrededor de Axum, los campos de labor proporcionan muchas, principalmente en época de lluvias que lavan la tierra. La mayor parte de ellas son de bronce. Sus dimensiones varían de 22 a 8 mm. Los reyes figuran en esas monedas, frecuentemente de busto, con o sin corona. Solo uno está representado sentado en el trono, de perfil. En esa moneda se ven diversos símbolos: el disco y la media luna en las de los primeros reyes (Endybis, Afilas, Casanas I, Wazeba y Ezana). A partir de Ezana y su conversión al cristianismo, todas las monedas llevan la cruz, ya ocupando el centro de una cara, o mezclándose con las letras de la leyenda en toda la superficie. En algunos casos dos espigas inclinadas enmarcan el busto real, o bien una espiga recta figura en el centro de la moneda. Así ocurre en las monedas de Afilas y de Ezana. ¿Esas espigas son el emblema de un poder agrario?

Las leyendas están escritas en griego o en etíope, nunca en sudarábigo. El griego aparece desde la moneda más antigua; sólo a partir de Wazeba es empleado el etíope. Las fórmulas son diversas: «Por la gracia de Dios», «Regocijo y salud al pueblo», «El vencerá por Cristo», etc. Naturalmente se lee el nombre del rey con la mención «Rey de los axumitas» o «Rey de Axum».

Las monedas no están fechadas, lo cual, para su clasificación, origina numerosas conjeturas. El tipo más antiguo —Endybis, parece— no se remonta más allá del siglo III. El más tardío —Hataza— data del siglo VIII.

LA ESCRITURA Y LA LENGUA DE LOS AXUMITAS

El alfabeto más antiguo utilizado en Etiopía antes del siglo V de la era cristiana, es de tipo sudarábigo. Transcribe una lengua muy parecida a algunos dialectos semíticos de la Arabia meridional.

La escritura de los axumitas es diferente de la escritura sudarábiga. Sin embargo se deriva de ella.

Los primeros testimonios de la escritura etíope propiamente dicha aparecen en el curso del siglo II de la era cristiana. Presentan una forma consonántica. Los caracteres conservan aún un aspecto sudarábigo, pero evolucionan progresivamente hacia formas particulares. Variable al principio, la dirección de la grafía se fija y va de izquierda a derecha. Esas primeras inscripciones están grabadas en placas de esquisto. Son poco numerosas y sólo contienen algunas palabras. La más antigua ha sido descubierta en Matara, Eritrea. Del siglo III se conoce una inscripción grabada en un objeto de metal. Menciona al rey Gadara y, por vez primera, se encuentra el nombre de Axum en una inscripción etíope. Otros textos están grabados en piedra. Al siglo IV, pertenecen las largas inscripciones del rey Ezana. Con ellas hace su aparición el silabismo y se convierte en la regla de la escritura etíope. Signos vocálicos se integran en el sistema consomántico, que distinguen los diversos timbres de la lengua.

Esa lengua que las inscripciones revelan es el guezo y pertenece al grupo meridional de la familia semítica. Esa es la lengua de los axumitas.

Durante la época axumita, las escrituras sudarábiga y griega están en uso; de modo limitado, no obstante. La escritura sudarábiga figura aún en el siglo VI en las inscripciones de Kaleb y de uno de sus hijos, Wazeba.

Hacia el siglo V, la traducción de la Biblia se realizó en guezo.

EL DESARROLLO AXUMITA

Cinco siglos antes de la era cristiana, una forma particular de civilización marcada con la huella sudarábiga, se estableció en la meseta etíope del norte. Esencialmente agrícola, se desarrolla en el transcurso de los siglos V y VI. En los siglos siguientes la citada civilización está en peligro, a juzgar por la indigencia actual de la documentación arqueológica. Sin embargo, esa cultura no desaparece. Elementos que le son propios se perpetúan en el seno de la civilización axumita. La realidad de la lengua y de la escritura, un emblema religioso, el nombre de una divinidad (Astar aparece también en una inscripción de Ezana) y tradiciones arquitectónicas y agrícolas (probablemente, y entre otras cosas, el uso del arado) manifiestan que en los primeros siglos de la era cristiana sigue en pie una antigua herencia. Por otra parte, es importante el que, en la meseta oriental principalmente, la mayor parte de los establecimientos axumitas ocupen los mismos sitios del período preaxumita. Se confirma así una especie de continuidad.

Sin embargo, está claro que los testimonios arqueológicos de los primeros siglos revelan una abundancia de aspectos nuevos. Aunque la grafía de las inscripciones derive de una escritura sudarábiga, denota un cambio importante. La religión se ha modificado. Excepto Astar, el nombre de las antiguas divinidades ha desaparecido. Por el contrario, otros nombres las reemplazan en los textos de Ezana; los de la tríada Mahrem, Beher y Meder. La construcción, aunque conserva el empleo de la piedra y la madera y el dispositivo de gradas en la base de los edificios, presenta varios rasgos nuevos. La alfarería es variada ampliamente en su modo de fabricación, sus formas y sus adornos. Va acompañada de una cerámica de importación y el vidrio se encuentra en todos los sitios. Allí donde no había más que aldeas, se construyen pueblos y ciudades. El nombre de Axum aparece en la historia en esa época y es, sin duda, significativo que ese lugar parece no haber tenido un pasado apreciable antes del siglo I.

FACTORES ECONOMICOS

Durante la edad axumita, como en los siglos anteriores, la agricultura y la ganadería forman la base de la vida económica. El desarrollo axumita adquiere, no obstante, un aspecto particular. Dos factores permiten explicarlo, los cuales, entre otros, parece que han desempeñado un papel en esa evolución.

Todas las fuentes antiguas indican que el tráfico marítimo se intensifica en el mar Rojo en el curso de los dos primeros siglos. Este hecho se debe a la expansión romana favorecida en esa región por el progreso de la navegación. Se sabe que los métodos de navegación no han mejorado desde comienzos del siglo I. El navegante Hippalo ha dado a conocer la ventaja que los navegantes podían sacar de la utilización de los

vientos. Nadie duda que de ello ha resultado un impulso para la circulación marítima. Estrabón nota que «cada año, en tiempos de Augusto, ciento veinte naves partían de Nyos Hormos».

Las relaciones comerciales se multiplican. Las naves transportan mercancías. Hacen posibles los intercambios con la India y con el mundo mediterráneo. Adulis es el punto de encuentro para el tráfico marítimo; también lo es —segundo factor— para el comercio terrestre. En las tierras del interior una corriente de negocios va tomando importancia; una mercancía de mucho valor es objeto de ese negocio: el marfil. Plinio y el autor del *Periplo* no dejan, por otra parte, de concederle el primer lugar en la lista de las exportaciones de Adulis. Axum es el centro comercial de ese marfil, que llega allí de diversas regiones. Ese artículo era indispensable para el lujo romano. En la época de los Ptolomeos, el elefante de Etiopía era ya estimado en particular. Los ejércitos lo utilizaban como carro de asalto. Después se le aprecia por sus colmillos. Todos los autores antiguos, cuando hablan de Adulis, de Axum y de Etiopía (Africa oriental) conceden gran importancia al elefante y a su marfil. Otras mercancías llaman también su atención, como los hipopótamos, los cuernos de rinoceronte, los caparazones de las tortugas, el oro, los esclavos y las plantas aromáticas. El elefante es, sin embargo, el objeto que tiene un interés especial. Según el *Periplo,* vive en el interior de las tierras, lo mismo que el rinoceronte, pero se llega a cazarlo «en las costas mismas, cerca de Adulis». Bajo el reinado de Justiniano, Nonnosus llega a Axum; en el camino observa un rebaño de cinco mil elefantes. Cosmas advierte que se ve allí «una multitud, y son elefantes que tienen grandes colmillos; desde Etiopía se envían esos colmillos por barco a la India, a Persia, al país de los himiaritas y a Rumanía» *(Topografía cristiana,* XI m 33). En 1962, la misión del Instituto Etíope de Arqueología descubría en Adulis un colmillo de elefante en las ruinas axumitas y, en 1967, una figurilla (fragmentaria) en tierra cocida del paquidermo en los muros del castillo de Dongur.

EL TRONCO AFRICANO

La civilización de Axum se desarrolla en el curso de los primeros siglos, pero sus lejanas raíces se manifiestan en la cultura de los cinco siglos anteriores de la era cristiana. La arqueología se ocupa de distinguir sus rasgos diferenciales. Hay que notar que las investigaciones hasta ahora sólo han sido parcelarias. Por eso el recuento de las realidades antiguas dista mucho de ser completo. La tarea principal sigue siendo determinar lo que procede de las influencias exteriores y lo que es la parte propiamente autóctona, porque es tan cierto, como en otras civilizaciones, que la axumita es el resultado de una evolución ayudada por las condiciones del entorno geográfico y de las circunstancias históricas. Esa parte autóctona es naturalmente considerable porque es cierto que esa civilización es ante todo el producto de un pueblo, del que la epigrafía, lingüística y estudio de las tradiciones permiten progresivamente distinguir la identidad étnica. La investigación arqueológica descubre poco a poco la singularidad de su creación material. Queda mucho por hacer y los trabajos futuros se dedicarán a precisar esa parte de las realidades nacidas del suelo, pero se sabe que es el tronco africano el que ha dado a esa civilización de Axum su fisonomía particular.

Capítulo 15

AXUM: DEL SIGLO I AL IV. ECONOMIA, SISTEMA POLITICO, CULTURA

Y. M. KOBISHANOV

Fuentes históricos que datan de los siglos II y III hablan de la rápida ascensión de una nueva potencia africana, Axum. Hacia la mitad del siglo II, Claudio Ptolomeo, que fue el primero que citó a los axumitas entre los pueblos de Etiopía, conoce las ciudades de Meroé y de Adulis, pero ignora la de Axum. En esa época, la situación del Africa del Nordeste se asemeja a la que describe Heliodoro, autor greco-fenicio del siglo III, en su relato *Aethiopica*, donde se ven a embajadores axumitas presentarse al rey de Meroé como amigos y aliados, y no como súbditos o tributarios. El «Periplus maris erythraei» *(Periplo del mar de Eritrea)*, que nos informa sobre el período que va desde antes del año 105 de la era cristiana hasta comienzos del siglo III, dice de la «metrópoli de los que se llaman axumitas» que es una ciudad poco conocida y que el reino de su soberano Zoscales (se trata manifiestamente de Za-Hekalé de la lista de los reyes axumitas) es de fundación muy reciente. Zoscales reinaba en toda la costa eritrea del mar Rojo, pero el desierto bedja estaba sometido a Meroé. Ese equilibrio entre las dos potencias —la antigua metrópoli de los meroíticos y la joven metrópoli de los axumitas— se encuentra en la novela de Heliodoro. El *Periplo* no hace alusión alguna a la expansión axumita hacia Arabia del Sur. Las primeras fuentes a tener en cuenta son inscripciones sabeas del final del siglo II y de comienzos del III, donde se dice que los «abisinios» o axumitas están en guerra con el Yemen, donde ocupan una parte del territorio. Parece que, de 183 a 213, el rey axumita Gadara y su hijo fueron los soberanos más poderosos de la Arabia meridional y los jefes auténticos de la coalición antisabea. A finales del siglo III y comienzos del IV, Azbah, rey de Axun, iba también a combatir en Arabia del Sur [1].

Después los himiaritas unificaron el país, pero los reyes axumitas pretendieron seguir siendo sus soberanos, como lo indican sus títulos.

[1] Las principales inscripciones están contenidas en: *Corpus inscriptionum semiticarum* ab Academia inscriptionum... Pars quarta, A. Jamme, 1962; G. Ryckmans, 1955 y 1956. Se encontrarán algunas inscripciones en: G. Ryckmans y A. Jamme, 1964. Para una exposición circunstancial, cf. también H. von Wissmann, 1964. Para la cronología, cf. A. G. Louidine y G. Ryckmans, 1964.

Dos inscripciones griegas hechas por reyes de Axum, cuyos nombres y fechas de su reinado ignoramos, relatan también guerras en Arabia meridional. La más larga de esas inscripciones fue copiada otra vez en la mitad del siglo VI por Cosmas Indicopleustes. Su autor había conquistado las regiones costeras del Yemen, «hasta los países de los sabeos», así como vastos territorios en Africa, desde «las fronteras de Egipto» hasta la región del incienso, en Somalia[2].

Hacia el año 270, la fama del nuevo Estado había llegado a Persia. El *Kephalaia* del profeta Mani (216-276) describe a Axum, como a uno de los cuatro mayores imperios del mundo.

¿De qué recursos y de qué organización disponía Axum para asegurar semejantes éxitos?

ACTIVIDADES

La gran mayoría de los axumitas practicaban la agricultura y la ganadería y llevaban una vida prácticamente idéntica a la que llevan hoy los campesinos de Tigre. Habían preparado las pendientes montañosas en forma de terrazas y recogido las aguas de los torrentes para regar sus campos. En los contrafuertes y en las llanuras, habían construido cisternas y presas para almacenar el agua de la lluvia y excavado canales de riego. Según las inscripciones, cultivaban el trigo[3] y otros cereales; conocían también la viticultura. Utilizaban arados tirados por bueyes. Tenían grandes rebaños de bueyes, carneros y cabras, así como asnos y mulos. Como los meroíticos, los axumitas habían aprendido a capturar y a domesticar los elefantes, aunque estaban reservados para uso de la corte del rey[4]. Según las inscripciones, se alimentaban de tortas de trigo, de miel, de carne, de mantequilla y de aceite vegetal, y bebían vino, cerveza y aguamiel[5].

Los oficios artesanales, practicados principalmente por los herreros y otros artesanos metalúrgicos, los alfareros, los albañiles, los canteros y los escultores, revelan un altísimo grado de destreza y de sentido artístico. La innovación técnica más importante es la utilización de útiles de hierro, mucho más extendidos que en el primer milenio antes de la era cristiana; éstos contribuyeron inevitablemente a la expansión de la agricultura, del comercio y del arte militar. Otra innovación era la utilización en albañilería de un mortero que facilitaba la cimentación, y que iba a permitir el desarrollo de un tipo de construcción a base de piedra y de madera.

ESTRUCTURA POLITICA

En sus comienzos parece que Axum fue un principado que, con el tiempo, iba a convertirse en la primera provincia de un reino «feudal». La historia ha impuesto a sus dirigentes tareas diversas, la más urgente de las cuales era la afirmación de su

[2] E. O. Winstedt, 1909, págs. 74-75.

[3] *D. A. E. 4*, 21: *D. A. E.* 10: *D. A. E.* 7.12 (E. Littmann, 1913); A. J. Drewes, 73 A. B. (A. J. Drewes, 1962, págs. 30 y siguientes).

[4] L. A. Dindorff, 1831, págs. 457-458; E. O. Winstedt, 1909, *o. c.*, págs. 324.

[5] *D. A. E. 4*, 13-21; *D. A. E. 6*, 7-11; *D. A. E. 7*, 9-13.

hegemonía sobre los estados «segmentarios» de la Etiopía septentrional y la reunión de éstos en un solo reino. El éxito dependía del poder del soberano de Axum y de superioridad sobre los demás príncipes de la antigua Etiopía. A veces ocurría que, en el momento de la ascensión al trono, un nuevo monarca estaba en la obligación de inaugurar su reinado por medio de una campaña, dirigida de un extremo a otro de su reino, para conseguir de los principados aunque solamente fuese una sumisión formal. Eso es lo que debió hacer Ezana desde el comienzo de su reinado, aunque un monarca de Axum, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros pero que nos ha dejado el *Monumentum Adulitanum*, lo hizo ya antes que él[6].

La fundación de un reino sirve de base para la edificación de un imperio. Desde el final del siglo II hasta el comienzo del IV, Axum tomó parte en las luchas diplomáticas y militares que enfrentaban a los estados de la Arabia meridional. Después, los axumitas sometieron a las regiones situadas entre la meseta de Tigre y el valle del Nilo. En el siglo IV, llevaban a cabo la conquista del reino de Meroé, entonces en decadencia.

Así se construyó un imperio que se extendía sobre las ricas tierras cultivadas de la Etiopía septentrional, Sudán y Arabia meridional; comprendía a todos los pueblos que ocupaban los países situados al sur de los límites del Imperio romano, entre el Sáhara al oeste y el desierto de Rub'el Hali, en el centro, al este.

El Estado se divide entre Axum propiamente dicho y sus «reinos vasallos», cuyos monarcas son súbditos del «Rey de reyes» de Axum, al que pagan tributo. Los griegos designaban al poderoso de Axum con el nombre de «basileus» (sólo Atanasio el Grande y Filostogius lo han calificado de tirano): los reyes vasallos son denominados arcontes, tiranos o etnarcas. Los autores sirios, como Juan de Efeso, Simeón de Beth-Arsam y el autor del *Libro de los himiaritas*, otorgaron el título de rey (mlk') al «Rey de reyes» de Axum, pero también a los reyes de Himyar y de Alwa, que eran sus súbditos. Hay que pensar, no obstante, que el término axumita que les era aplicado a todos era «negus». Las variantes terminológicas eran empleadas en realidad en los textos destinados a lectores extranjeros[7].

Cada «pueblo», reino, principado, ciudad-común o «tribu» tenía su propio «negus»[8]. Se menciona al negus en el ejército axumita (*D.A.E.* 9, 13: nägästa särawit). Además del comandante de los ejércitos en tiempo de guerra, esos negus asumen la dirección de las empresas de construcción[9]. Entre los negus, las inscripciones muestran los nombres de «reyes» de cuatro tribus bega (bedja) cada uno de los cuales reina sobre unos 1.000 súbditos (*D.A.E* 4, 19-2; *D.A.E* 6, 7-17; *D.A.E* 7, 6-18), y el del señor del principado de Agabo que no dispone apenas más que de 200 a 275 hombres adultos; o sea, en total, de 1.000 a 1.500 personas. Los reinos vasallos estaban

[6] E. O. Winstedt, 1909, *o. c.*, págs. 72-77; *D. A. E. 8; D. A. E. 9.*

[7] Así, en el texto griego de las inscripciones bilingües de Ezana (*D. A. E. 4+6+7*),el monarca de Axum tiene derecho a que se le llame «Rey de reyes», como también «rey de los axumitas» y a otros títulos, mientras que los monarcas bedja son llamados «pequeños reyes o reyezuelos». En el texto, «seudosabeo», se alude al rey de Axum utilizando términos de origen sabeo —*mlk, mlk mlkn*— mientras que se emplea el término etiope —*nägäst*— para los reyes bedja. En la inscripción griega que describe su campaña de Nubia, Ezana se llama simplemente «rey» y no «rey de reyes», quizá por razones de política exterior. (Cf. A. Caquot y P. P. Nautin, 1970).

[8] *D.A.E. 8*, 7-12, 27, 29; *D.A.E. 9*, 9-12; *D.A.E. 11*, 36; A. J. Drewes, 1962, *o. c.*, págs. 30 y siguientes, 65-67; R. Schneider, 1974, págs. 771-775.

[9] A. J. Drewes, 1962, *o. c.*, pág. 65; A. E. Vasilyev, 1907, págs. 63-64.

situados en la meseta de Tigre y en la región de la bahía de Zula (Agabo, Metin, Agame, etc.) más allá del río Takkaze (Walqu'it, Samen, Agaw), en la aridez de las tierras altas etíopes (Agwezat) y de la península arábiga. Después de la victoria de Ezana, esos reinos se extendieron hasta la Alta Nubia, entre la 6.ª Catarata y Sennar. Algunos reyes feudatarios (los de la Arabia meridional y de la Alta Nubia, por ejemplo) tenían sus propios vasallos, señores feudatarios de un rango inferior al suyo. Así, desde el Rey de reyes de Axum hasta los jefes de comunidades distintas, se había creado una jerarquía del poder.

Existían dos maneras de recolectar el tributo. O bien los monarcas vasallos (como Abraha, rey de los himyaritas) enviaban a Axum un tributo anual; o bien, acompañado de una escolta numerosa, el rey recorría sus dominios recogiendo de paso el tributo y víveres para su séquito. Los reyes vasallos hacían lo mismo. Se acabó por llegar a un compromiso entre los dos métodos, aportando los vasallos su tributo en puntos específicos del recorrido real.

Las fuentes permanecen mudas sobre el sistema administrativo de Axum que parece que no estaba muy desarrollado. Los parientes próximos del rey asumían una parte importante de la gestión de los asuntos públicos. Desde entonces, se comprende que el emperador romano Constantino II hubiera dirigido su carta no sólo a Ezana, sino también a su hermano Se'azana [10]. Era reglamentario que las expediciones militares fuesen dirigidas por el rey, su hermano [11] u otros parientes [12]. Ejércitos de menor importancia, mandados por unos «reyes de ejército», estaban compuestos de guerreros de las comunidades o de las tribus. En boca de un rey de Axum, la expresión «mi pueblo» es sinónimo de «mis ejércitos» [13].

Los monarcas axumitas pacificaron las «tribus» guerreras establecidas en las fronteras del Estado: los «abisinios» en Arabia del Sur [14]; cuatro tribus bega en la región de Matlia o en el país de «BYRN» (quizá en la provincia de Begameder) (*D.A.E* 4, *D.A.E* 6, *D.A.E* 7). Además, es evidente que el «Rey de reyes» disponía de un séquito armado: su corte en tiempos de paz y sus guardias en tiempos de guerra (lo mismo que ocurrirá en Etiopía durante el siglo XIV). Aparentemente, el personal al servicio de la corte desempeñaba las funciones de agente del gobierno, encargado de misiones, etc. Los sirios helenizados, Edesio y Frumentius (Frumencio), esclavos del rey, fueron promovidos a continuación, uno a las funciones de copero, y el otro a las de secretario y tesorero del rey de Axum [15].

Conocemos muy poco la historia de ese reino para poder describir el desarrollo de su sistema político. Sin embargo, parece probable que en el apogeo de la monarquía axumita, una especie de proceso de centralización modificara su estructura. En el siglo IV, la actividad de Ezana consistía principalmente en someter o en capturar a los vasallos rebeldes, soberanos hereditarios de los principados distintos de Axum. Pero, desde el siglo VI, un rey de Axum nombraba a los reyes de Arabia del Sur: Ma dikarib y Sumayfa Aswa en Himyar, Ibn Harith (el hijo de St Aretha) en Nagran.

[10] J. P. Migne, 1884, pág. 635.

[11] *D.A.E. 4*, 9; *D.A.E. 6*, 3; *D.A.E. 7*, 5.

[12] Procopio, ed. 1876, pág. 275.

[13] *D.A.E. 4*; *D.A.E. 6*; *D.A.E. 7*; *D.A.E. 9*, 12-13; *D.A.E. 10*, 9-10 y 23; *D.A.E. 11*, 18, 30-35, 37-38; A. Caquot, 1965, págs. 223-225; R. Schneider, 1974, *o. c.*, págs. 771, 774, 778, 781, 783, 784, 785.

[14] Procopio, *o. c.*, pág. 274; A. Moberg, 1924, pág. CV; *Martyrium sancti Arethae et sociorum in civitate Negran.* Acta sanctorum, octobris, t. X, Bruselas, 1861, pág. 7; Ry, 504 4 (G. Ryckmans, 1953).

[15] T. Mommsen, 1908, págs. 972-973.

Además, al instalar tropas en los reinos de sus vasallos, el «Rey de reyes» aseguraba la sumisión directa a Axum de sus comandantes militares.

Las reglas jurídicas en vigor en el reino pueden ser estudiadas en los primeros textos jurídicos de Axum, que son las cuatro leyes de Safra (Drewes, 73).

COMERCIO Y POLITICA COMERCIAL

El reino de Axum ocupa en el comercio mundial de la época el lugar de una potencia de primer orden, que acuña su propia moneda de oro, de plata y de cobre y está dotado de una red de transporte por medio de embarcaciones de todos tamaños. Axum fue el primer Estado del Africa tropical en acuñar moneda; en aquella época la moneda no existía en ninguno de los países vasallos, ni siquiera en Himyar o en Alwa. Acuñar moneda, en particular moneda de oro, constituye un acto no sólo económico, sino político. Es proclamar ante el mundo entero la independencia y la prosperidad del estado de Axum, el nombre de sus monarcas y las divisas de su reinado. El primer rey de Axum en poner en circulación su propia moneda es Endybis, en la segunda mitad del siglo III. El sistema monetario de Axum es comparable al de Bizancio: ya se trate de peso, de modelo o de forma, las monedas axumitas ofrecen iguales características que las monedas bizantinas de la misma época.

A pesar del predominio de una producción interior natural, existe cierta unión entre la capacidad de producción de Axum y su importancia comercial. Se trata de una relación indirecta más bien que directa dependiendo, como veremos más adelante, de la superestructura política. Los autores latinos y bizantinos son los que nos dan una idea de las exportaciones de la Etiopía axumita. Plinio menciona los navíos saliendo de los puertos etíopes del mar Rojo cargados de obsidiana, marfil, cuernos de rinoceronte, pieles de hipopótamos, monos *(sphingia)* y también esclavos. El *Periplo del mar de Eritrea* enumera los productos enviados que partían de Adulis, principalmente tortugas, obsidiana, marfil y cuernos de rinoceronte. Nonnosius hace alusión al polvo de oro como uno de los productos exportados por la Etiopía axumita. Cosmas Indicopleustes habla de perfumes, de oro, de marfil y de animales vivos enviados de Etiopía. Refiere también que los axumitas adquirían, entre los blemíes del desierto de Nubia, esmeraldas que ellos enviaban a la India septentrional para que allí fuesen vendidas. Cosmas afirma, incluso, haber comprado en Etiopía un colmillo de hipopótamo [16].

A excepción del oro y de las esmeraldas, los artículos enumerados no pueden provenir más que de la caza, con trampas o sin ellas, o de la recolección. No se trata de productos agrícolas, ni lácteos, ni de artículos producidos por artesanos. Estos, si han sido exportados, debieron serlo en pequeñas cantidades y hacia interior de los límites del imperio romano-bizantino. No es imposible que el famoso trigo de Etiopía haya sido exportado a los países vecinos, aunque la primera alusión, extraordinariamente vaga, a esas exportaciones data del siglo X. En cambio, si hemos de creer al *Periplo del mar de Eritrea,* Adulis importaba algunos productos alimenticios: vino de Laodicea (Siria) y de Italia, en pequeñas cantidades, así como aceite de oliva. Los

[16] Cosmas; *Periplus maris Eryhraei,* 3-7. E. O. Winstedt, 1909, *o. c.*, págs. 69, 320, 322, 324, 325; L. A. Dindorff, 1870, pág. 474.

1

• *1. Moneda de oro del rey Endybis (siglo III de la era cristiana).*

• *2. Moneda de oro del rey Usanas (Fotografías Instituto Etiope de Arqueología).*

2

puertos del Cuerno de Africa recibían de Egipto cereales, vino y el mosto de uvas frescas de Dióspolis; de la India les llegaba trigo, arroz, caña de azúcar, eleusina y aceite de sésamo. Es probable que algunos de esos productos, principalmente la caña de azúcar, fueran también enviados a Adulis[17].

En esa época, estaba excluido exportar ganado hacia los países relativamente lejanos. Cosmas Indicopleustes nos dice que los axumitas proporcionaban bueyes, sal e hierro para fomentar el comercio con Sassu, donde había zonas auríferas (con toda evidencia, en el sudoeste etíope). Pero Cosmas debió inspirarse en una leyenda muy extendida cuando él relata el cambio de carne por pepitas de oro[18]. Trabajos aislados nos informan sobre el descubrimiento en Arabia de vestigios que ilustran el trabajo de metales en Axum: esos restos comprenden una lámpara de alabastro[19], monedas y una lanza samhariana que el poeta árabe pre-islámico Labid menciona en sus «mu allaqa»[20].

Sabemos un poco más sobre los artículos fabricados por artesanos extranjeros e importados a Axum. Al recordar los dominios del rey Zoscales, el *Periplo* precisa: «En esos lugares se importa tejidos primitivos, fabricados en Egipto, para esos barbaroi; vestidos de Arsinoe; mantos de mediocre calidad teñidos de diversos colores; mantas de lino con dobles franjas; numerosos artículos de cristal; otros de múrrina hechos en Dióspolis; latón [...], chapas de cobre blando [...], de hierro [...]. Además de eso, se importan pequeñas hachas, azuelas y sables, copas para beber de cobre, redondas y grandes; algunas monedas para aquellos que van al mercado; vino de Laodicea y de Italia, pero poco; aceite de oliva, pero poco; para el rey, vajilla de oro y de plata hecha al modo del país y para vestir capas militares y finos vestidos de piel de escaso valor. Asimismo, de la región de Ariaca del otro lado de ese mar, se obtiene hierro indio, acero y tela de algodón indios, tejido monacal de gran anchura y el llamado sagmatógeno, cinturones, vestidos de piel, paño de color malva, un poco de muselina y laca de color.»

Es posible que esta lista omita algunos de los artículos importados por la Etiopía axumita. Así, el *Periplo* anota que «un poco de estaño», objetos de vidrio, túnicas y «vestidos surtidos para los barbaroi», mantos de lana de Arsinoe y productos egipcios eran desembarcados en los puertos del Cuerno de Africa. Objetos de vidrio y de metal producidos en Muza (Al-Muha), Arabia del Sur[21], eran enviados a Azania.

Con el tiempo, las grandes corrientes de importación se modifican. Desde el final del siglo V y el comienzo del VI, el embargo decretado por los emperadores romanos sobre las exportaciones de metales preciosos, hierro y productos alimenticios con destino «a los omeritas (himiaritas) y a los axumitas»[22] debió modificar considerablemente, para Adulis, la lista de sus importaciones procedentes del imperio romano-bizantino, aunque bajo el reinado de Justiniano la alianza entre Bizancio y Axum haya templado algo las restricciones. Sin embargo, los axumitas debieron dirigirse hacia otros lugares para obtener los productos afectados por el embargo de Roma.

De modo general, los datos arqueológicos confirman y completan las indicaciones del *Periplo*. Las excavaciones practicadas en Axum, Adulis y Matara en los estratos

[17] *Periplus...*, 6, 7, 17.
[18] E. O. Winstedt, 1909, *o. c.*, págs. 71-72.
[19] A. Grohmann, Bd. XXV, págs. 410-422.
[20] A. Huber, 1891, pág. 74.
[21] *Periplus maris Erythaei*, 6, 7, 17 *in* R. Mauny, 1968, págs. 19 y siguientes.
[22] *Codex Theodosianus*, XII, 2, 12.

que datan del período en cuestión, así como los descubrimientos realizados en Hawila-Asseraw (en el distrito de Asbi-Derä) y en Debre-Damo, han permirido descubrir numerosos objetos de origen no etíope, algunos de los cuales no pueden haber entrado en el país sino por medio de intercambios comerciales. La mayor parte de esos artículos extranjeros procedían del imperio romano de Bizancio y sobre todo de Egipto; allí se encuentran ánforas que con toda evidencia han contenido vino y aceite, fragmentos de vidrio, joyas de oro, collares de monedas (en Matara), una soberbia gema (en Adulis), lámparas de bronce, una balanza de bronce y pesas (en Adulis y en Axum)[23].

También se han descubierto objetos originarios de la India: un sello (Adulis), figurillas de tierra cocida (Axum)[24], 104 monedas de oro que datan del reinado de los reyes Kuchana, o sea, anteriores a 220 (Debre Damo)[25].

La Arabia preislámica es la que ha producido las monedas de plata y de bronce encontradas al azar en Eritrea, o las descubiertas en Axum en el curso de excavaciones[26], y también la lámpara de bronce descubierta en Matara[27].

Abundan las muestran del arte meroítico: fragmentos de recipientes de cerámica (en numerosos lugares); estatuillas-amuletos en loza de Athor y de Ptah (en Axum), en coralina de Horus (Matara)[28]; estelas esculpidas que representan a Horus sobre unos cocodrilos (vistas en Axum y descritas por James Bruce, en el siglo XVIII)[29], tazones de bronce (Hawila-Asseraw)[30], etc. Tal vez es gracias al comercio como esos objetos pasaron de Sudán a Etiopía, pero la mayor parte de ellos proceden probablemente de capturas de guerra y hasta de tributos. Es posible que los axumitas hayan importado de la región de Meroé una buena parte de los artículos de algodón y de hierro de los que tenían necesidad. Otros países de Africa enviaban a Axum oro (procedente de Sassu y tal vez del país de los bedja), incienso y especias (procedentes de Somalia septentrional).

Pronto la unificación, por medio de Axum, de una gran parte de Africa del Nordeste enriqueció a la aristocracia axumita. En esa clase afortunada es donde los mercaderes romanos, árabes e indios, encontraban los clientes de artículos de lujo, que eran los que más ganancias les reportaban.

Algunas de las mercancías, inventariadas en el *Periplo* del Seudo-Arriano, estaban reservadas, como lo subraya su autor, al uso exclusivo del rey de Axum. A comienzos del siglo III, los mercaderes extranjeros estaban aparentemente obligados a enviar al rey de Axum y al gobernador de Adulis regalos de acuerdo con su riqueza. En vida del Seudo-Arriano esos regalos eran vasos de oro y de plata «sin gran valor» *abolla* y *kaunakes,* que no eran más que «toscas imitaciones».

Es interesante anotar que, hacia el 524, el patriarca de Alejandría hizo un regalo al rey de Axum de un vaso de plata[31]. Según las descripciones que nos han dejado

[23] F. Anfray y G. Annequin, 1965, págs. 68 y siguientes; H. de Contenson, 1963, pág. 12, pl. XX; F. Anfray, 1972 (b), pág. 752.

[24] R. Paribani, 1908, fig. 49; H. de Contenson, 1963 (c), págs. 45-46, pl. XLVII-XLVIII a-c.

[25] A. Mordini, 1960, pág. 253.

[26] A. Gaudio, 1953, págs. 4-5; H. de Contenson, 1963 (c), *o. c.*, pág. 8, pl. XIV, pág. 12, pl. XIV.

[27] F. Anfray, 1967, págs. 46 y siguientes.

[28] H. de Contenson, 1963 (b), pág. 43; J. Leclant, 1965, págs. 86-87, pl. LXVII, 1.

[29] B. van de Walle, 1953, págs. 238-247.

[30] J. Dnresse, 1960, págs. 229-248; A. Caquot y J. Leclant, 1956, págs. 226-234; A. Caquot y A. J. Drewes, 1955, págs. 17-41.

[31] *Martyriam sancti Arethae...*, pág. 743, cf. nota 14.

Cosmas, Juan Malalas y Nonnosius de la prosperidad creciente y de las costumbres de lujo de la corte real de Axum, se puede pensar que ésta esperaba regalos de mayor valor y de mejor calidad. Quizá un sistema de derechos de aduana fuese establecido en esa época.

La acumulación de los beneficios que resultaban de la creación del poderoso reino de Axum no sólo enriquecía a la aristocracia, sino también al conjunto del grupo etnico-social privilegiado (los ciudadanos de la capital). Gran parte de las importaciones enumeradas en el *Periplo* estaban destinadas a las amplias capas de la población. Pulseras de cobre importado, trabajado por artesanos locales, lanzas de hierro de importación y otros artículos de metal utilizados *in situ*, así como vestidos de paños extranjeros, iban a aprovisionar a los mercados locales y así se hacían accesibles al conjunto de la población urbana y rural. A fin de cuentas los extranjeros, mercaderes o no, establecidos en Adulis, en Axum y en diferentes ciudades etíopes, importaban grandes cantidades de mercancías. Entre éstas, el vino y aceite de oliva encontraban pronto compradores. Los objetos exhumados como la balanza, las pesas, el sello y las monedas son claramente los vestigios dejados por mercaderes romano-bizantinos o indios que han vivido en Axum y en Adulis. El *Periplo* es explícito: los *denarii* (denarios) eran introducidos en Axum para uso de los extranjeros que allí vivían, es decir, las personas que no eran súbditos africanos o romanos. Es bien conocido que la acaparación de la moneda romana hecho por la Arabia meridional, India o Ceilán y otros países orientales alcanzaba proporciones catastróficas. Los extranjeros que introducían esos denarios podían ser mercaderes indios, cíngalos o árabes.

Entre los que comerciaban con el reino axumita, la tradición árabe menciona a los banu-kuraish de La Meca; Cosmas Indicopleustes habla de los habitantes de la isla de Socotora, y el Seudo-Calisteno, de indios. La importancia relativa que las ciudades y países de ultramar daban al comercio etíope a comienzos del siglo VI puede ser ilustrada por la enumeración de los navíos que entran en el puerto etíope de Gabaza en el curso del año 525. Esa lista se encuentra en el *Mártir de Aretas*[32] y un análisis detallado ha sido realizado por N. V. Pigulevskaya[33]: nueve navíos son descritos como «indios», término que admite diferentes interpretaciones. Siete navíos proceden de la isla de Farasan-al-Kabir habitada por los farisianos, tribu cristiana sudarábiga que desempeñaba un importante papel comercial en el mar Rojo. Quince navíos llegan de Elat, Palestina, primer puerto de la región siro-palestina. Veintidós navíos proceden de puertos egipcios: veinte de Clysme y sólo dos de Berenice. Otros siete proceden de la isla isla de Iotoba (Thiran). Todos los ciudadanos romanos, cuyos viajes a Adulis y a Axum nos son conocidos con certeza, habían nacido en Egipto o en Siria.

Los principales proveedores de los mercaderes extranjeros eran los monarcas axumitas y los vasallos que gobernaban zonas del reino de Axum (comenzando por Adulis y Arabia meridional). Solamente ellos disponían de reservas suficientes de mercancías destinadas a la exportación. Quizá, en ese reino, como en la Arabia meridional vecina o en Bizancio, monopolios comerciales habían existido en esa época. Es muy posible que la caza del elefante y la venta de marfil y de oro hayan

[32] *Martyrium sancti Arethae...*, pág. 747, cf. nota 14.
[33] N. V. Pigulevskaya, 1951, págs. 300-301.

estado reservadas en gran parte a los soberanos. Sólo el rey y los «arcontes» de Axum tenían los medios para comprar productos extranjeros.

Los soberanos poseían inmensos rebaños. En las inscripciones de Ezana, se mencionan capturas realizadas durante dos campañas axumitas a Afán y a Nubia; en total: 32.500 cabezas de ganado mayor, por lo menos, y más de 51.000 carneros, sin contar centenares de animales de carga. Las inscripciones no precisan si ese botín era el del ejército entero, o sólo la parte del rey, lo que parece más verosímil. En las inscripciones relativas al nuevo establecimiento de cuatro tribus bedja, Ezana declara haberlas dotado con 25.000 cabezas de ganado [34], cifra que nos permite juzgar la inmensidad de los rebaños pertenecientes al rey. Es interesante advertir que todos los números expuestos en esas inscripciones figuran primero en letras y luego en cifras, exactamente como en los efectos bancarios de los tiempos modernos. Quizá durante la era axumita es cuando fue creado el cargo de «Jefe de los rebaños» (sahafe-lahm), título que estuvo en práctica hasta el siglo XIV entre los gobernadores de algunas provincias.

En Axum, como en los demás reinos africanos de la antigüedad, los rebaños constituían una riqueza que era muy difícil convertirla en dinero. No se podían exportar sistemáticamente los rebaños por mar (los axumitas lograron, no obstante, exportar aisladamente algunos animales, incluso los elefantes del ejército de Abreha). Naturalmente se podía llevar el ganado hacia el interior del continente, para venderlo a los pueblos de la región —Cosmas Indicopleustes refiere así que caravanas de Axum llevaban ganado hasta Sassu— pero una parte considerable de los animales debía servir inevitablemente para alimentar al personal de las caravanas.

Existe una mercancía para la cual la demanda nunca ha escaseado en el curso de los siglos, los esclavos. Los prisioneros de guerra (de los que se hace mención en las inscripciones de Ezana y en las fuentes que se refieren a las guerras entre axumitas e himyaritas) eran particularmente buscados por los mercaderes de esclavos extranjeros.

El oro y la plata procedentes de las conquistas de guerra o del tributo pagado por los nubios, los bedja, los agaw (o aguews), himiaritas y otros, o que llegaban de Sassu por caravana, se convertían en moneda y servían para el pago de los productos extranjeros destinados al rey y a sus nobles.

Aunque la producción de Axum no haya permitido vender un volumen importante de mercancías en el mercado, la abundancia de los productos agrícolas y del ganado permitía a los axumitas armar navíos mercantes y equipar caravanas; así podían hacer frente directamente a sus necesidades alimenticias y producir mercancías de fabricación local, pero también comerciar con los países lejanos.

El relato de Cosmas Indicopleustes, relativo al aprovisionamiento de Axum en oro de Sassu, da una idea de su organización comercial: «(En Sassu) existen numerosas minas auríferas. Cada año (¿o quizá cada dos años?) el rey de Axum envía, bajo la responsabilidad del arconte de Agaw, mensajeros encargados de llevar el oro. Muchos los acompañan por el mismo motivo, de tal suerte que, todos juntos, hacen tal vez un total de quinientos». A continuación, Cosmas subraya que todo el personal de la caravana está armado y que se esfuerza en llegar al destino antes de las copiosas lluvias; e indica, con exactitud, el momento en que se deben esperar esas lluvias. Bajo

[34] *D.A.E. 10*, 17-22; *D.A.E. 11*, 43-44; *D.A.E. 4*, 13-15; *D.A.E. 6*, 7-8; *D.A.E. 7*, 9-10.

la forma de pepitas del tamaño de una semilla de altramuz, conocidas con el nombre de *tankharas,* el oro es llevado de Sassu [35].

Parece que los agentes del rey han constituido el núcleo de esas caravanas. Iban acompañados, no por extranjeros, sino por agentes, nobles o ricos axumitas. En aquella época, los monarcas de Axum conocían perfectamente sus intereses comerciales. En el *Periplo,* el rey Zoscales es tratado de «avaro y de ávido». El comercio era considerado como un asunto de Estado y todos conocían la completa responsabilidad asumida por el arconte de Agaw, a quien incumbía equipar y poner en ruta hacia Sassu la caravana axumita. La inscripción de Ezana relativa a la campaña de Afan, que describe la derrota de cuatro tribus de Afan y la captura de su jefe, recuerda la suerte que espera a los agresores de las caravanas axumitas; las tribus de Afan, en efecto, había asesinado a los miembros de una caravana comercial de Axum [36].

La hegemonía política del reino de Axum sobre las rutas del comercio mundial se manifestaba no menos provechosa que su participación directa en él.

Tras haber sometido a la Alta Nubia, la Arabia meridional, la región del lago Tana y las tribus de los desiertos que rodean a Etiopía, el rey de Axum se aseguraba el control de las vías de comunicación que unen Egipto y Siria con los países del océano Indico y con las regiones interiores del Africa del Nordeste. El estrecho de Bab-el-Mandeb, una de las tres importantes encrucijadas marítimas del mundo antiguo (con Gibraltar y el estrecho de Malaca), estaba también bajo el control de Axum. En la antigüedad, es por Bab-el-Mandeb por donde transitaba el importante tráfico marítimo del mar Rojo al golfo Pérsico, a la India y de allí a Ceilán, al estrecho de Malaca y a los países del sudeste de Asia y de Asia oriental. Del dolfo de Aden, otra ruta seguía la costa de Somalia hasta Africa oriental (la Azania de Claudio Ptolomeo y del Seudo-Arriano). Esa ruta había sido explorada por los marinos de la Arabia meridional y después frecuentaba también, en el curso de los primeros siglos de la era cristiana, por los de la India y del Imperio romano.

En la época que nos interesa, el comercio en el mar Rojo estaba floreciente, y la piratería era entonces menos corriente. Pero era una realidad para los pueblos africanos o arábigos de las costas meridionales del mar Rojo y del golfo de Aden. Es significativo que los autores romanos atribuyan los ataques de los piratas en esa región a las fluctuaciones de la política de Axum y de los otros estados del mar Rojo para con Roma [37].

Los mercaderes romanos tenían un interés acuciante en que todo tipo de seguridad reinase sin trabas a lo largo de todas las vías comerciales situadas en la zona de influencia de Axum; por eso mismo, estaban interesados en su política de unificación. También se convirtieron en los defensores de la alianza del Imperio romano-bizantino con el reino de Axum. Por eso no hay que presentar a los reyes de Axum como simples artesanos de la política romano-bizantina, incluso en sus aspectos religiosos y comerciales. Su política era independiente y no coincidía con la de Bizancio, más que cuando los intereses, sobre todo económicos, de las dos potencias se confundían. El siglo VI ofrece ejemplos típicos de ello. A pesar de sus frecuentes viajes a la India, los

[35] E. O. Winstedt, 1909, *o. c.*, págs. 70-71.
[36] *D.A.E. 10.*
[37] *Periplus...*, 4; T. Mommsen, *o. c.*, pág. 972.

• *Inscripciones griegas de Ezana (siglo IV de la era cristiana) (Fotografía Instituto Etíope de Arqueología).*

bizantinos estimaban que las relaciones comerciales de los etíopes con ese país eran más estables que las suyas [38].

Como los axumitas habían ocultado celosamente a los bizantinos su monopolio comercial con Sassu, Cosmas Indicopleustes no podía conocer ese país más que de oídas, por mediación de los etíopes. Parece claro que, desde el comienzo del siglo V al del siglo VI, son diáconos etíopes (axumitas) los responsables de la colonia mercante de etíopes instalada en Libia [39] y en Nagram [40]. Cuando Moisés, obispo de Adulis, se embarca para la India [41] al comienzo del siglo V, es probablemente para visitar a sus fieles que, en esa época, tienen establecimientos en los puertos de la India y de Ceilán. El Seudo-Calliesteno y Cosmas Indicapleustes relatan las expediciones comerciales efectuadas a Ceilán y a la India meridional y septentrional [42] por habitantes de Adulis, y más generalmente por etíopes. El crecimiento de Adulis y su posición reforzada en el comercio mundial reflejan el poder y la expansión del reino de Axum. Para Plinio (hacia el año 60) y para Claudio Ptolomeo (hacia 150) [43], Adulis no era más que uno de los pequeños establecimientos de Africa; el Seudo-Arriano no ve en él más que una aldea. Conocía también los puertos del Cuerno de Africa [44]. Sin embargo, en el siglo IV y al comienzo del V, es raro que esos puertos llamen la atención de los geógrafos romanos. En el curso del siglo V, Adulis se convertirá en la ciudad portuaria más importante entre Clysme y los puertos de la India, mientras que los nombres de otros puertos africanos han desaparecido de las fuentes escritas [45].

El hecho de que Adulis haya alcanzado un nivel de prosperidad jamás antes conocido ni visto después no se explica por un fenomeno elemental de competencia, sino que se debe únicamente al patronazgo activo del Estado protofeudal de Axum. Desde entonces se comprende que Adulis sea llamado «establecimiento oficial» en el *Periplo del Mar de Erites*.

CULTURA

La evolución del imperio protofeudal se refleja en la ideología y en la cultura de Axum durante el período que va del siglo II al IV. Las breves inscripciones consagradas a los dioses se transformaron poco a poco en informes detallados de las victorias alcanzadas por el «Rey de reyes». En ese terreno, las inscripciones de Ezana en etíope y en griego son particularmente interesantes. El estilo de la epigrafía alcanza su apogeo con una inscripción en la que Ezana refiere, con muchos detalles, su campaña en Nubia [46]. Y en ella revela una elocuencia y auténticos sentimientos religiosos, así como una perfecta facilidad en la expresión de ideas complejas. Los temas subyacentes en ella son la glorificación de un monarca poderoso, invencible, cuya ira sería locura evocar; otro tema es la alabanza dispensada a ese dios que asegura al rey una

[38] Procopio, *o. c.*, págs. 275-277.
[39] A. Caquot y J. Leclant, 1959, pág. 174.
[40] A. Moberg, 1924, *o. c.*, pág. 14 b; S. Irfann, 1971, pág. 64.
[41] B. Priaulx, 1863, págs. 277-278.
[42] *Ibid.*; E. O. Winstedt, *o. c.*, pág. 324.
[43] C. Ptolomaos, *Geographia*, IV, 7, 10.
[44] *Periplus...*, 4-15.
[45] B. Priaulx, 1863, *o. c.*, pág. 277; J. Desanges, 1967, págs. 141-158.
[46] *D.A.E. 11.*

protección muy particular y permanente. Argumentos pertinentes son adelantados para justificar las campañas axumitas en Nubia y otras represalias. Ezana mismo es descrito ostentando una objetividad y una magnamidad irreprochable. Esa inscripción puede ser considerada justamente como una obra maestra literaria. Es comparable a la poesía popular y a la literatura etíope de una época más reciente.

Las divisas que figuran en las monedas de Axum siguen una evolución paralela. Desde el siglo III hasta la mitad del IV, las monedas llevan el «mote» étnico particular de cada monarca, formado por la palabra be'esi (hombre) y por un «etnónimo» que corresponde al nombre de uno de los «ejércitos» axumitas. De un modo o de otro, ese mote estaba unido con la estructura tribal y militar del estado axumita; quizá emanaba de la democracia militar de la antigua Etiopía. Más tarde, las monedas acuñadas bajo el reinado de Ezana y de sus sucesores llevan una divisa griega que significaba: «Pueda el país sentirse satisfecho». Es evidente que esa astucia «demagógica» refleja una doctrina oficial, cuyos primeros signos se ven en las inscripciones de Ezana[47]. (*D.A.E* 11, 48). Está claro que él deseaba hacerse amar por la nación, intención que se acomodaba con la evolución del poder hacia la monarquía. Luego, las versiones griega y etíope de esa divisa dan origen a piadosas fórmulas cristianas.

Gracias a esa evolución de las leyendas de monedas y de las inscripciones reales podemos distinguir en la ideología de la administración axumita los signos de dos tendencias opuestas: la idea monárquica unida a la unidad cristiana y la propensión «demagógica» procedente de las tradiciones locales.

Con el concepto de imperio, lo gigantesco se introduce en la arquitectura y en las artes figurativas: estelas monolíticas colosales de 33,5 m. de altura, levantadas sobre una plataforma de 114 m. de largo; losa monolítica de basalto de 17,3 × 6,7 × 1,12 metros; inmensas estatuas de metal (de las cuales ha sido conservado un zócalo, y las dimensiones de las otras nos son conocidas gracias a las inscripciones); enormes palacios de los reyes de Axum, Enda-Michael y Enda-Simon, y también el conjunto de los edificios reales, el Taakha-Maryam, que cubre una superficie de 120 m. por 80; nada comparable existe en Africa tropical. La manía por lo gigantesco refleja los gustos de la monarquía axumita, cuyas aspiraciones ideológicas se concretaban en los monumentos destinados a inspirar una admiración temerosa por la grandeza y el poder del poderoso al que estaban dedicados. Paralelamente al gusto por lo gigantesco, la arquitectura muestra una tendencia cada vez más señalada por el arte decorativo. La combinación de la piedra y de la madera, las alternancias de bloques de piedra más o menos trabajados en tal o cual punto del edificio, las piezas de madera y el ajuste realizado en el mortero contribuían a simplificar considerablemente la tarea de los constructores y permitía obtener efectos altamente decorativos. Del ensamblaje de piedras brutas y de piedras talladas en las superficies murales con los pesados travesaños de madera que terminaban en las «cabezas de mono», resultaba una sorprendente armonía de contextura variada y una riqueza plástica natural. El efecto decorativo estaba realzado por la aternancia de salientes y entrantes, por soportales borneados y pesadas puertas de madera a las que conducía una escalera y, en fin, por unos canalones adornados con gárgolas que ostentaban cabezas de león. A los interiores se les concedía más atención que en el pasado. La tendencia innegable hacia una arquitectura más decorativa respondía a las exigencias de confort y de lujo cada

[47] *D.A.E. 7*, 24; *D.A.E. 11*, 48.

vez más acusadas en la clase dirigente axumita enriquecida por la formación del imperio. Durante ese período, la arquitectura y la escultura etíopes dieron pruebas de una originalidad notorias, que no excluía sin embargo una asimilación de las diferentes influencias culturales llegadas del Imperio romano, de Arabia meridional, de la India y de Meroé. Las influencias sirias, nacidas de la expanción del cristianismo, fueron particularmente importantes a este respecto.

Cosmas Indicopleustes menciona el «palacio de las cuatro torres» del rey de Axum [48]. Según la reconstrucción de Daniel Krencker, se trataba de un castillo-fortaleza, y los edificios vecinos —palacios, templos y otros santuarios— estaban dispuestos de tal modo que hacían de él el lugar más inaccesible de la ciudad; lugar que, a juzgar por los resultados de las excavaciones de Henri de Contenson, siguió estando fortificado hasta la época cristiana [49].

El paganismo de los axumitas se parecía mucho a la religión de la antigua Arabia del Sur. Era un politeísmo evolucionado, que presenta algunos aspectos de los cultos inspirados en la ganadería y en los trabajos agrícolas. Adoraban a Astar, encarnación del planeta Venus, a Beher y a Meder (divinidades que simbolizan la Tierra). El culto de Astar fue tan popular en el período preaxumita como en tiempos del Axum pagano [50]. Ha dejado huellas durante mucho tiempo. Neher y Meder (formado una sola deidad) han ocupado el lugar de Astar en las inscripciones [51]. El término Egzi'abher (Dios, o literalmente el dios Beher, o dios de la Tierra) de la Etiopía cristiana es un vestigio de ese culto [52].

La divinidad lunar, Awbas, ha sido adorada en Arabia del Sur y en la Etiopía preaxumita. Carlo Conti-Rossini ha establecido que el «dios Gad», cuyo culto fue combatido por los santos de la Edad Media, no era otro que el dios de la luna [53]. Conti-Rossini relacionaba ese culto de la luna con el carácter sagrado reconocido al antílope macho en la Eritrea actual. El estudio de las creencias tradicionales de este país en el siglo XX ha mostrado que los cultos de la antigüedad supervivían en el norte de Etiopía y que la luna aún era adorada allí como deidad [54]. Tal vez los axumitas asociaban los rasgos de la divinidad lunar a la imagen del dios Mahrem.

Se encuentran símbolos del sol y de la luna en estelas de Axum, de Matara y de Anza, así como en las monedas de los reyes axumitas de la época precristiana. Sin duda, se refieren a Mahrem, divinidad étnica y dinástica de los axumitas. En la inscripción bilingüe de Ezana, al Mahrem del texto etíope [55] corresponde el nombre griego Ares [56]. Durante la época pagana, todas las inscripciones griegas de los reyes de Axum [57] (excepción hecha de las inscripciones de Sembrythe, en las que no figura el nombre del dios) utilizan el nombre Ares. Se sabe que en Atenas, Ares era el dios de la guerra. De ello se desprende que su doble, Mahrem, era también adorado como el dios de la guerra. En las inscripciones axumitas, Ares-Mahrem, dios de la guerra, es

48 E. O. Winstedt, *o. c.*, pág. 72.

49 D. M. Krencker, 1913, págs. 107 y siguientes; H. de Contenson, 1963 (c), *o. c.*, pág. 9, pl. IX.

50 *D.A.E. 6*, 20; *D.A.E. 7*, 21; *D.A.E. 10*, 25; *D.A.E. 27*, I. A. J. Drewes, 1962, *o. c.*, págs. 26-27, pl. VI, XXI.

51 *D.A.E. 6*, 21; *D.A.E. 7*, 21; *D.A.E. 10*, 25-26.

52 W. Vichichl, 1957, págs. 249-250.

53 C. Conti-Rossini, 1947-1948.

54 E. Littmann, 1910, págs. 65 (n.° 50), 69 (n.° 52).

55 *D.A.E. 6*, 2, 18, 26; *D.A.E. 7* 3, 19, 21, 25.

56 *D.A.E. 4*, 6, 29.

57 *D.A.E. 2*, 8; *Monumentum Adulitanum;* E. O. Winstedt, *o. c.*, pág. 77; A. H. Sayce, 1909, págs. 189, 190.

• *Inscripción en caracteres seudo-sabeos de Wa'azeb (siglo VI de la era cristiana).*

calificado de «invencible», de «indomable ante sus enemigos», y el que asegura la victoria[58]. En su calidad de dios-antepasado étnico, Ares es llamado «el dios de los axumitas» en las inscripciones de Abba Pantaleón[59]. Como divinidad dinástica, Mahrem-Ares era llamado por los reyes «el mayor de los dioses», el antepasado de los reyes[60]. Mahrem era, ante todo, considerado como el dios progenitor y protector de los axumitas; en segundo lugar como el dios invencible de la guerra y, en tercer lugar, como el antepasado y el padre del rey; finalmente, parece que ha sido considerado como el rey de los dioses. A él es a quien los reyes de Axum consagraban sus tronos victoriosos tanto en el mismo Axum como en las regiones que ellos habían conquistado.

Como dios de la guerra y de la monarquía, está claro que Mahrem reinaba soberanamente sobre las divinidades astrales y cristianas, como una monarquía consagrada reina sobre un pueblo. Al mismo tiempo, la guerra, personificada por Mahrem, le arrebataba de los trabajos pacíficos; a la guerra se la consideraba como un deber más honroso y más sagrado que el trabajo de los campesinos, a pesar de lo santificado que éste fue por los preceptos de sus antepasados. Así aparecen claramente en la religión de Axum las características de la ideología de clase de antaño y las de una sociedad «feudal» en formación.

Los axumitas ofrecían sacrificios a sus dioses. Los animales domésticos eran las víctimas habituales de esas inmolaciones. Una de las inscripciones de Ezana[61] nos dice que cien bueyes fueron ofrecidos a Mahrem en un solo sacrificio. Según las investigaciones efectuadas por A. J. Drewes[62] en la inscripción Safra, las vacas y los corderos estériles eran la ofrenda común (ese tipo de sacrificio se practica aún entre algunas poblaciones etíopes). Esa inscripción, anota A. J. Drewes, contiene algunos de los términos específicos utilizados durante el sacrificio ritual, cuyo oficiante era el sacerdote-inmolador. En otras inscripciones, se encuentran observaciones sobre la matanza de los animales quemados en ofrenda a Astar. Según la antigua costumbre semita, eran exigidos vestidos ritualmente inmaculados durante la realización de ciertas ofrendas; en otros casos no eran obligatorios. Pero, ya en la época preaxumita, el animal vivo para sacrificar tiende a ser reemplazado por su imagen consagrada. Reproduciones en bronce y en piedra de toros, carneros y otros animales de sacrificio, muchos de los cuales tienen inscripciones, han sido conservados hasta nuestros días.

El culto de los antepasados, particularmente el de los reyes muertos, tiene un lugar importante en la religión axumita. La costumbre exigía que se les dedicasen estelas: *häwelt*, palabra derivada de la raíz *h w l*, significa «dar vueltas alrededor» o «adorar»; tradición comparable a la oración islámica ante la Ka'ba. Las víctimas eran llevadas sobre los altares y sobre el pedestal de estelas, esculpido en forma de altar, y la sangre corría a las cavidades talladas en forma de copas. Las tumbas de los reyes axumitas eran consideradas como los lugares santos de la ciudad. Los vasos y otros objetos descubiertos en los emplazamientos funerarios indican la creencia en una vida más allá de la tumba. Algunos elementos, indirectamente unidos con este tema, evocan la

58 *D.A.E. 2*, 8; *D.A.E. 4*, 6; 29; *D.A.E. 6*, 2-3; *D.A.E. 7*, 3-4; *D.A.E. 8*, 4-5; *D.A.E. 9*, 4; *D.A.E. 10*, 5-6.
59 *D.A.E. 2*, 8.
60 E. O. Winstedt, *o. c.*, pág. 77; *D.A.E. 10*, 5, 29-30; *D.A.E. 8*, 4; *D.A.E. 9*, 3-4; *D.A.E. 6*, 2; *D.A.E. 7*, 3.
61 *D.A.E. 10*, 29-30.
62 A. J. Drewes, *o. c.*, págs. 50-54.

existencia de un culto de los «soberanos de la montaña», que recuerdan cultos análogos de Arabia.

Aunque nuestra documentación es aún extraordinariamente fragmentaria, la religión pagana de los axumitas puede ser considerada como una religión relativamente evolucionada, que comprende un ritual complicado y un cuerpo sacerdotal profesional.

En los comienzos del período axumita, las ideas religiosas de países vecinos o alejados penetraron en Etiopía. En el *Monumentum Adulitanum,* se hace mención de Poseidón, dios marino manifiestamente venerado por los habitantes de Adulis y de la costa meridional del mar Rojo[63]. En Melazo y en Hawila-Asseraw (o Hauilé Assarau) están situados los santuarios de Almaqah, dios «nacional» de los sabeos reverenciado por el rey de Axum, Gadara[64]. La estela recientemente descubierta en Axum, donde figura el símbolo egipcio de la vida (ankh)[65], los objetos que han servido para el culto de Hathor, Ptah y Horus, y los escarabajos, hacen pensar que adeptos de la relición egipto-meroítica han residido, en un momento cualquiera, en Adulis, en Axum y en Matara. Las estatuillas de Buda encontrada en Axum[66], probablemente han sido llevadas allí por mercaderes budistas llegados de la India. De Arabia del Sur, donde vivían numerosos grupos que profesaban el judaísmo, algunos debieron ir a instalarse a Etiopía antes de los sucesos del siglo VI referidos aquí. El predominio del cristianismo se ha mantenido, no obstante (cf. cap. 14 y 16).

Consecuencia de la influencia ejercida en Etiopía y en Arabia por el cristianismo y por otras religiones monoteístas es que esos países han adquirido una visión monoteísta original atestiguada por inscripciones en guezo, como las de Ezana, referentes a la campaña de Nubia *(D.A.E* 11), o como la de Abreha Tekle Axum, en Wadi Minih[67] (personaje que no hay que confundir con el rey Abreha). Lo mismo puede decirse de las últimas inscripciones sabeas de la Arabia meridional.

Entre esa forma de monoteísmo y el cristianismo no existen divergencias fundamentales: Ezana, en la inscripción antes citada, Wa'azeb, en una inscripción recientemente descubierta, y Abreha, rey de Himyar en las suyas, emplean para propagar el cristianismo los términos y los conceptos de un «monoteísmo indefinido».

Bajo el efecto de las influencias culturales extranjeras, la «subcultura» de la monarquía axumita presentaba un carácter internacional tanto como nacional. El griego era utilizado en igualdad con el guezo como lengua nacional e internacional. Parece que reyes como Za-Hekalé o Ezana sabían el griego (según el *Periplo* el «rey Zoscales» sabía leer y escribir el griego, y el consejero de Ezana, Frumencio, que llegará a ser el primer obispo de Axum, era de origen greco-fenicio). Las monedas acuñadas por la mayor parte de los reyes de Axum de los siglos III y IV llevaban leyendas griegas. Y conocemos seis inscripciones hechas en griego por monarcas de Axum.

¿El sabeo pertenecía al número de las lenguas oficiales del reino axumita naciente? No tenemos razón alguna para creerlo. Uno de los tres textos supuestamente trilingües de Ezana (en realidad, bilingües guezo-griego) está en escritura himyarítica

63 E. O. Winstedt, *o. c.*, pág. 77.
64 A. Jamme, t. I;.1957, pág. 79.
65 F. Anfray, 1972 (b), pág. 71.
66 H. de Contenson, 1963 (b), págs. 45-46, pl. XLVII-XLVIII a-c.
67 E. Litmann, 1954, págs. 120-121.

tardía y realza algunas características propias de la ortografía sabeo-himyarítica. Esa escritura se encuentra en otras tres inscripciones reales axumitas de Ezana, de Caleb y de Wa'azeb (o Waazeba)[68]. Si se le añade una inscripción de Tsehuf-Emni (en Eritrea)[69] tenemos cinco textos «seudo-himyaríticos», que proceden de Etiopía. Su lengua es el guezo con algunas pocas palabras sabeas.

No sabemos claramente por qué razón los reyes axumitas utilizaban conjuntamente textos «seudo-himyaríticos» y textos escritos en etíope clásico en inscripciones con carácter estrictamente oficial, pero en cualquier caso eso es la prueba de una influencia sudarábiga.

Puede suponerse que el empleo de la escritura himyarítica como la del etíope vocalizado y la introducción de cifras son innovaciones que se deben al reinado de Ezana y que esas innovaciones están unidas entre sí.

Los principios fundamentales de la escritura etíope vocalizada no tienen equivalente en todo el dominio camito-semítico, pero son característicos de los alfabetos indios. En el siglo XIX, B. Johns, R. Lepsius y E. Glaser han establecido relaciones entre el alfabeto etíope y la India. En 1915, A. Grohmann mostraba las semejanzas fundamentales que existen entre la concepción del alfabeto etíope vocalizado y el alfabeto del brahmi y del kharoshti, y hacía resaltar algunos detalles comunes, como los signos que sirven para poner *u* y *e* breve[70]. La hipótesis de la influencia india sobre los reformadores del antiguo alfabeto consonántico etíope es pues muy probable.

La influencia de Grecia en la creación del alfabeto etíope no ha sido establecida, mientras que es cierta en lo que se refiere al origen del sistema numérico y de las principales cifras etíopes, tal como aparecen por vez primera en las inscripciones de Ezana.

Sin embargo, el alfabeto etíope vocalizado reproduce tan estrechamente el sistema fonológico del guezo que necesariamente ha debido ser inventado por un etíope.

Ese alfabeto (aumentado en algunos signos) ha estado en uso en Etiopía hasta nuestros días y se le considera como una gran realización de la civilización axumita.

Poco tiempo después de su creación, la escritura etíope vocalizada comenzó a ejercer una influencia sobre las escrituras de Transcaucasia. D. A. Olderogge avanza la hipótesis según la cual Mesrop Mashtotz habría utilizado la escritura etíope vocalizada para inventar el alfabeto armenio. Es posible que la escritura etíope haya sido introducida en Armenia poco antes (al final del siglo V) por el obispo sirio Daniel[71].

Por medio de Siria septentrional Axum y Armenia han tenido relaciones culturales en esa época. Tenemos testimonios de la presencia de sirios en Axum y de la influencia siria en la arquitectura axumita[72] que se puede relacionar también (principalmente en lo que se refiere a la gran estela monolítica de Axum, cuya decoración arquitectónica evoca la de casas de muchos pisos) con la arquitectura sudarábiga o india de la época. Podemos pensar que la influencia meroítica ha predominado durante los siglos II y III. Todos los objetos artesanales meroíticos encontrados en Etiopía datan en esa época; un cetro de bronce con la inscripción de Gadara, rey de

[68] *D.A.E. 8*, 18-19; R. Schneider, 1974, págs. 767-770.
[69] C. Conti-Rossini, 1903.
[70] A. Grohmann, 1915, págs. 57-87.
[71] D. A. Olderogge, págs. 195-203.
[72] F. Anfray, 1974, págs. 761-765.

Axum, recuerda los cetros de los reyes meroíticos[73]. Los elefantes han podido ser introducidos en el ritual real de Axum bajo la influencia de la India o de Meroé.

El reino axumita no fue solamente una importante potencia comercial sobre las rutas que unían el mundo romano con la India, y Arabia con Africa del Nordeste, sino también un gran centro de difusión cultural, que ejercía su influencia a lo largo de esas rutas, y esa posición, así como su dominio sobre los países de antigua civilización del nordeste del Africa y del sur de Arabia, ha determinado muchos rasgos de la cultura axumita.

[73] A. Caquot y A. J. Drewes, 1955; J. Doresse, 1960.

Capítulo 16

AXUM CRISTIANO

TEKLE TSADIK MEKOURIA

Hasta el siglo XVIII, la religión, cualquiera que sea, ha desempeñado un gran papel en todas las sociedades humanas. El politeísmo ha precedido generalmente al monoteísmo. Los centros del cristianismo actual fueron antiguamente la cuna del paganismo. Ninguna nación ha recibido al cristianismo sin pasar previamente por el paganismo.

Etiopía no constituye una excepción y no ha tenido el privilegio de entrar directamente en un mundo monoteísta sin pasar previamente por los cultos más diversos. En un país como este, que no ha sufrido dominación extranjera prolongada, la existencia de varios cultos transmitidos de padres a hijos es de lo más natural.

EL CULTO TRADICIONAL PRECRISTIANO EN AXUM

Entre los habitantes de la antigua Etiopía, los grupos kushíticos (bedjas y aguews) que habían escapado a la asimilación semítica de la clase dirigente adoraban diferentes objetos de la naturaleza: árboles gigantescos, ríos, lagos, montañas impresionantes o animales, albergando todos más o menos a unos espíritus benéficos y maléficos a los que se debían ofrecer ofrendas y sacrificios anuales o estacionales de todo tipo.

Las «tribus» de origen semítico, que no habían heredado el culto kushítico o los kushíticos semitizados relativamente evolucionados con relación a los primeros, veneraban a la naturaleza celeste (la luna, las estrellas, el sol) y terrestre (el país y la tierra) bajo los nombres de Mahrem, Beher y Meder (Tríada), en competencia con dioses extranjeros o seminacionales (sudárabes, asirio-babilónicos) tales como Almaqah, Awbas y Astar, que eran asimilados a su vez, a los dioses griegos (Zeus, Ares, y Poseidón)[1].

Asimilación quizá arbitraria, propuesta por viajeros influyentes que hacían propaganda en favor de sus propios dioses, y admitida por algunos reyes axumitas de cultura helénica, que no obstante, no ha tenido por efecto cambiar el fundamento de

[1] E. Littmann et D. Krencker, 1913, págs. 4-35; C. Conti-Rossini, 1928, págs. 141-144; E. A. Drouin, 1882; Longperrier, 1868, pág. 28.

la divinidad de Mahrem, que era el dios nacional. Al expresarse cada uno en su lengua materna, el Mahrem de los axumitas podía ser llamado Zeus por un griego y Amón por un nubio de cultura egipcia.

Durante su entrada triunfal en Egipto en 332, Alejandro Magno, que se decía hijo de Zeus, fue recibido por los sacerdotes como el hijo de Amón.

Los textos tradicionales etíopes, redactados sobre la base de las tradiciones orales y de las informaciones a partir de la época del rey Amde Tsion (1312-1342), afirman la existencia de un culto a la Serpiente «ARWe», junto a la práctica de la ley de Moisés [2]. Esa serpiente era considerada unas veces como un dragón divino, y otras como el primer rey reinante «Arwé-Negus», padre de la reina de Saba, lo que ninguno de los lectores actuales podría tomar en serio. Esa imaginación popular es más bien digna de ser clasificada en la historia legendaria de la antigua Etiopía, que se sitúa habitualmente en la víspera de su historia auténtica. La historia antigua de la Edad Media de todas las naciones está precedida igualmente de una historia legendaria, como en Etiopía. La loba amamantando a los dos primeros reyes entre los romanos, es un ejemplo entre otros. Más frecuentemente, las historias verídicas y los milagros de los que aquellas están cargadas se encuentran tan inseparablemente mezcladas que no se pueden distinguir fácilmente.

Entre los semitas llegados de Arabia del Sur, antepasados de los habitantes de las regiones de Tigre y de los amharas que habitan en la alta meseta, la presencia de varios cultos de inspiración sudarábiga, citados confusamente por los viajeros, está confirmada por unos documentos epigráficos y numismáticos.

Después de los trabajos de Bruce, Salt, E. Dillmann, etc., la obra monumental de la misión alemana de 1906 (impresa en 1913) y los descubrimientos sucesivos de los arqueólogos del Instituto Etíope de Arqueología, realizada en Addis Abeba en 1952, forman la base de nuestros conocimientos profundos de los cultos axumitas de la época precristiana. El templo de Yeha, que todavía está en pie; estelas dispersas, emplazamientos de castillos y objetos votivos atestiguan la práctica de esos cultos en la corte de Axum antes de su conversión al cristianismo.

Sin embargo, hay que precisar bien si esa clase de culto, relativamente evolucionado, es exclusivamente del dominio real y aristocrático o también popular. En lo que se refiere a la existencia del judaísmo en Etiopía, varios factores testimonian la presencia de un grupo que profesaba la religión hebraica, como la historia de los reyes, *Tarike Neguest*, lo recuerda brevemente. Un grupo que poseyó incluso el poder durante cierto tiempo.

Aun dejando aparte la narración fantástica del *Kbre Neguest* («Gloria de los reyes»), considerado por la masa clerical en Etiopía como un libro de base histórica y literaria, en el que todos los reyes de Axum son calificados sin fundamento descendientes de Salomón y de Moisés, resulta que algunas costumbres que se han transmitido a través de los siglos hacen mención a la presencia de fieles de la religión judía; los indicios son la circuncisión y la excisión desde edad muy temprana, en tanto que el respeto relativo al sábado, el canto sagrado y las danzas litúrgicas acompañadas de tambores, de sistros y de batir de palmas recuerdan la danza de los judíos y la del rey David detrás del Arca de la Alianza.

[2] *Collection du Degiazmetch Haylou*, Tarike Neguest, depositada en París. N.º 143, págs. 23-35; Tadesse Tamrat, 1971, págs. 21-30.

Pero, después de la introducción del cristianismo que fue precedida o seguida de un traslado del poder a manos de otros grupos (sabeos, habesanos, etc.), los judíos fueron víctimas, como en todas partes, de prejuicios y de violencias, y se arrinconaron en regiones difícilmente accesibles. La matanza de los cristianos de Nagran, durante el siglo VI en Arabia del Sur, y el sublevamiento de los falacha en el siglo X parece que van unidos a los malos tratos infligidos a los judíos que vivían en el imperio cristiano de Axum, o constituyen réplicas a la hegemonía económica y política de éste en Arabia.

LA INTRODUCCIÓN DEL CRISTIANISMO EN AXUM

En el ambiente de un culto politeísta entre los khusitas, y de la religión de inspiración sudarábiga entre los semitas y entre los semitizantes kushitas, es cómo la nueva religión cristiana fundada en Palestina por Cristo y propagada por sus apóstoles en todos los imperios de Oriente y de Occidente, llega, pues, a su vez al corazón de Axum.

Fundándose en los textos apócrifos de los Hechos de los Apóstoles redactados por un tal Abdia, una parte de la población cree sin fundamento que san Mateo habría sido el primero en llevar a Etiopía la religión cristiana. Esa tesis no se basa en ningún documento digno de fe.

La historia de los reyes, *Tarike Neguest*, concede al famoso Frumencio el privilegio de haber introducido el cristianismo en nuestro país. Frumencio es llamado después «iluminador» («Kessaté Brhan») o «Abba Selama», lo que quiere decir «padre de la paz». La llegada de Frumencio a Etiopía, su partida para Alejandría y su regreso a Axum han sido descritos detalladamente por Eusebio y por Rufino. La obra de este último, que se refiere particularmente a la introducción del cristianismo en Etiopía, ha sido traducida posteriormente al guezo, y después al amharico.

Según Rufino, un tal Meropio de Tiro había querido ir a las Indias (siguiendo el ejemplo del filósofo Metrodoro) con dos jóvenes parientes próximos, Frumencio y Edesio; al regreso, su barco se aproximó a un puerto (en el mar Rojo) y fue atacado por la población. Meropio murió y los dos jóvenes fueron llevados ante el rey de Axum. El más joven, Edesio, fue nombrado copero, mientras que Frumencio, debido a su cultura griega, se convirtió en consejero y tesorero del rey, al mismo tiempo que en tutor de sus hijos. Según la fecha de su llegada, ese rey parece que fue Elle Ameda, padre del rey Izana (Ezana). Tras la muerte de Elle Ameda, su mujer fue regente y rogó a los dos jóvenes que se quedasen con ella para administrar el país hasta que su hijo tuviese edad para reinar.

Frumencio educó, pues, al hijo de la reina en el amor de la nueva religión cristiana. Una vez que preparó así el terreno, se marchó con su hermano Edesio. En tanto que Edesio regresaba a Tiro para ayudar a sus padres que ya eran ancianos. Frumencio se dirigió a Alejandría, fue a visitar al patriarca Atanasio, le habló de las buenas disposiciones de la familia real de Axum para con el cristianismo y le rogó que enviase allí un obispo. El patriarca, no queriendo enviar un obispo que desconociese la lengua y costumbres del país, consagró a Frumencio como obispo de la iglesia de Axum y lo envió a Etiopía. Frumencio bautizó al rey y a toda la familia real [3].

[3] Cosmas Indicopleustes, págs. 77-78; W. Budge, 1966, págs. 142-150; C. Conti-Rossini, 1928, págs. 145-160.

A partir, pues, de esa fecha el cristianismo se extendió en Axum. El primer rey cristiano educado y después bautizado por el obispo Frumencio, sería Izana, hijo de Elle Ameda. Y con razón se puede pensar que el ejemplo del rey y de la familia real fue seguido por muchas personas. Sin embargo, podemos preguntarnos cómo un simple secretario y tesorero del rey, y luego consejero de la reina madre (¿Sofía?) habría podido enseñar la nueva religión cristiana, que no era la religión de la corte, es decir, del estado, a los hijos reales, en detrimento del Mahrem invencible, el mayor de los dioses, el antepasado del rey. Puede ser que Frumencio haya sido un secretario hábil y un administrador de talento y que, así como afirma Rufino, hubiera influenciado indirectamente en favor de la religión cristiana a los jóvenes príncipes confiados a su tutela. Sin embargo, esa influencia no habría sido suficiente para suplantar una religión sólidamente implantada desde hacía tiempo y reemplazarla por otra sin crear alborotos.

Sin negar la acción de Frumencio, creo que hay que atribuir el cambio de religión a otro factor. Gracias a los documentos epigráficos y numismáticos y a las narraciones de los viajeros, sabemos que la corte de Axum mantenía relaciones amistosas con Constantinopla. Los intercambios comerciales y culturales entre los dos países eran importantes. La presencia de etíopes en Constantinopla durante el reinado de Constantino está indicada en el libro *Vita Constantini* de Eusebio. El empleo de la escritura y de la lengua griegas en la corte de Axum es también muy significativo: el rey Zoscales, del primer siglo de la era cristiana, hablaba o escribía el griego como el mismo Izana. Todo esto muestra perfectamente la preponderancia de la cultura griega en el reino axumita [4].

Ahora bien, el emperador de Constantinopla, Constantino el Grande, vencedor de Majencio en 312 y presidente del Concilio de Nicea (325), era contemporáneo del rey Elle Ameda y de Izana. El lujo de su corte y su inclinación al cristianismo, referidas y desarrolladas por otros viajeros distintos a Frumencio que no son citados en los Anales, ejerció una gran influencia en la corte de Axum; y Frumencio, grecofenicio de nacimiento, fruto él mismo de esa cultura y de esa religión, encontró finalmente al rey y a su familia dispuestos a abrazar la nueva religión, ya propagada en la corte de Constantinopla.

Sin duda, que para ello encontraron dificultades. La partida de Frumencio a Alejandría y su regreso a Axum como obispo parece ser que se sitúa en un clima de duda y de preparación sobre el que el prelado juega un papel fundamental.

En cualquier caso, traicionado por su propio hijo, el Mahren «invencible ante el enemigo» fue vencido por Cristo. El triunfo del signo de la cruz sobre la media luna está atestiguado por las inscripciones y por las monedas.

Ciertamente, el cambio de una religión por otra nunca ha sido fácil y menos debió serlo aún para los reyes, que amaban a su dios como a su propio padre. El honor de un rey iba siempre unido a su dios; los intereses de la corte y de los jefes religiosos estaban identificados casi en todas partes entre sí. Cuando un rey como Izana calificaba a su dios «de invencible», en el fondo no pensaba más que en él mismo. A través de esa calificación, él buscaba su propia invencibilidad.

Se ve, pues, qué dificultades debió encontrar Izana, como su contemporáneo Constantino el Grande. Por lo demás, el emperador de Constantinopla, aun mostran-

[4] W. H. Schoff, 1912, págs. 60-67.

• *El obispo Frumencio, el rey Abraha (Izana) y su hermano Atsbaha, iglesia de Abraha we Atsbaha (siglo XVII).*

do una viva simpatía por los cristianos, presidiendo los concilios y arbitrando las diferencias religiosas de los patriarcas por miedo a ser traicionado por los adictos de los antiguos cultos de Zeus, Ares, etc., con todo, no recibió el bautismo más que en el lecho de su muerte[5].

Asimismo, como Guidi y Conti-Rossini han hecho notar, el rey Izana y su familia por miedo o por amor propio no abandonaron de golpe el culto de su antiguo dios en favor de la religión cristiana. La famosa inscripción registrada por *D.A.E* en el número 2, que comienza por las palabras «Por la fuerza de Dios de la tierra y del cielo...» y que está considerada por todos los etíopes como el primer testimonio dado por Izana de su cristianismo, muestra explícitamente su voluntad de asimilar la nueva religión a la vieja creencia en los dioses Beher y Meder, evitando mencionar el nombre de Cristo, su unidad con Dios y la trinidad que forma con el Padre y el Espíritu Santo[6]. La expresión «Dios de la tierra y del cielo» —IGZIA SEMAY WemDR—, enunciada en el siglo IV por el primer rey cristiano, ha permanecido en vigor hasta nuestros días.

Ni las obras extranjeras ni los escritos locales aparecidos hasta ahora ofrecen indicaciones precisas sobre la fecha de introducción del cristianismo en Axum. La historia de los reyes *Tarike Neguest*, así como *Guedle Tekle Haymanot* afirman que la llegada de los hermanos Frumencio y Edesio habría tenido lugar en 257 y el regreso de Frumencio a Axum, como obispo, en 315[7]. En otras fuentes del mismo orden, encontramos 333, 343, 350, etc. Todas esas fechas parecen arbitrarias. Por otra parte, algunas obras extranjeras señalan que el rey Elle Ameda, padre de Izana, habría muerto alrededor de 320-335. Si fijamos en los 15 años la mayoría de edad y teniendo en cuenta la ida y regreso de Frumencio, el bautismo del rey Izana debería, pues, situarse en tre 350 y 360[8].

A falta de documentos auténticos, los autores actuales, por prudencia, se limitan a indicar que la introducción del cristianismo en Etiopía ha tenido lugar «en el siglo IV».

En realidad, una inscripción en caracteres griegos encontrada en Filae menciona la visita hecha en 360 por un virrey de Axum de religión cristiana, nombrado Abratoeis, al emperador romano, que le recibió con todos los honores debidos a su rango[9]. Ese emperador debía ser Constancio II (341-368), hijo de Constantino el Grande. Aunque cristiano, había adoptado la doctrina de Arrio, quien negaba la unidad y consustancialidad de las tres personas de la Santísima Trinidad y, por consiguiente, la igualdad perfecta de Jesucristo con el Padre. El concilio de Nicea celebrado en 325 y presidido por el propio padre de Constantino II había condenado esa doctrina.

El adversario implacable de Arrio era precisamente Atanasio, quien consagró a Frumencio obispo de Axum. Este patriarca fue luego destituido de sus funciones por orden del emperador semiapóstata, quien puso en su lugar a un tal Jorge, muy favorable al arrianismo.

La noticia de la llegada de Frumencio a Axum, ferviente partidario del patriarca Atanasio, de quien habría recibido la consagración, no estaba encaminada a agradar

[5] Eusebio de Panfilia, págs. 65, 366-368, 418-422.
[6] E. Cerulli, 1956, págs. 16-21.
[7] W. Budge, 1928 (b); págs. 147-150; I. Guidi, 1896, págs. 427-430; *id.*, 1906.
[8] C. Conti-Rossini, 1928, *o. c.*, págs. 148-149.
[9] *Atti IV Congr. intern. Stud. Et.*, 1974, Vol. I, pág. 174.

al emperador de Constantinopla, quien envió enseguida una carta al rey Aizana (Izana) y a su hermano Saizana tratándolos generosamente de «hermanos muy estimados». Les rogaba amistosamente que enviasen a Frumencio a Alejandría ante el nuevo patriarca, para que su caso fuese examinado por éste y por sus colegas quienes, ellos solos, tendrían el poder de decir si Frumencio era digno o no de dirigir el episcopado de Axum.

Desgraciadamente, no poseemos el documento que nos revelaría la reacción de los dos hermanos al recibo de esa carta. Aunque el interés nacional les obligase a conservar relaciones amistosas con el poderoso emperador de Constantinopla, parece que no dieron curso a su petición. Todas las fuentes locales afirman que Frumencio prosiguió pacíficamente su obra episcopal hasta el fin de su vida. El *Synaxarium* (especie de biografía de santos) que narra su apostolado termina así «[...] (Frumencio) llegó al país Ag'Azi (Etiopía) durante el reinado de Abraha y Atsbaha (Izana y su hermano Atsbaha) y predicó la paz de Nuestro Señor Jesucristo en todo el país. Por eso es llamado «Abba Selama» (padre de la paz). Tras haber llevado al pueblo a la fe (cristiana), murió en la paz divina [...]» [10].

LA EXPANSION DEL CRISTIANISMO

La introducción y la propagación del cristianismo por el obispo Frumencio y los dos reyes-hermanos (Abraha-Atsbaha) son ampliamente reconocidas. Todas las fuentes locales lo confirman. Lo curioso es que en los numerosos textos que se refieren a esa época y que han sido redactados antes del final del siglo XIX, no se encuentra el nombre de Izana, que parece haber sido su nombre pagano. Asimismo, ninguna inscripción epigráfica y numismática, de las que yo conozco, menciona el nombre «Abraha», que se supone fue su nombre de bautismo. Tenemos, pues, nombres diferentes para designar al mismo hombre, quien, por una especie de suerte o de mala suerte, ha sido, como Constantino el Grande, semipagano y semicristiano durante su reinado. Los textos están frecuentemente en flagrante contradición. Los nombres de varios reyes que están grabados claramente en las estelas y en las monedas axumitas no figuran en las listas redactadas por los autores del país. Fulano que era pagano para unos era creyente según la ley de Moisés para otros.

Mientras que el nombre de Abraha es considerado como el nombre de bautismo de Izana por unos, la famosa inscripción en guezo vocalizado, registrada N. II en el *D.A.E* y considerada por todos los etiopizantes como la epigrafía del tiempo de su conversión al cristianismo, no menciona más que «Izana». En ese caso, «Abraha» no puede haber sido su nombre de bautismo. Evidentemente no sabemos cuál era el sistema onomástico en vigor en el reino de Axum en el siglo IV. Tampoco sabemos si, además de su nombre de bautismo y de su nombre real, los soberanos axumitas llevaban un nombre propio de infancia, como sucedía en los emperadores de las dinastías amhara de origen llamado salomónico (en el siglo XIII y en el siglo XX).

La influencia de los dos hermanos, particularmente la de Abraha, fue inmensa en el país. La ciudad de Axum y la primera construcción de su catedral se deben a él.

10 Tekle Tsadik Mekouria, 1966 (a), págs. 203-217.

Varias iglesias y conventos se vanaglorían de haber sido fundados por él, sin olvidar la gran ayuda a esta obra de su hermano Atsbaha y del obispo Frumencio, así como de otros religiosos cuyos nombres no han conservado las fuentes.

Parece que el reino cristiano de Axum ha estado mandado por una especie de triunvirato de tipo teocrático «ABRAHA-ATSBAHA-SELAMA», siendo Selama el nombre atribuido por los hombres de iglesia a Frumencio.

La primera acción de propaganda en favor de la nueva religión habría encontrado una acogida favorable ante una parte de la población unida a la corte por vínculos étnicos y culturales. Se trata de los sabeos, habesanos, himyaritas de origen semítico, antepasados de los habitantes de Tigre de los amharas, que aceptaron sin dificultad la religión de sus dominadores.

Tras la introducción del cristianismo, y a medida que las adhesiones a la nueva fe se multiplicaron, los viajes de religiosos a los Santos Lugares se hicieron frecuentes. En una carta enviada desde Jerusalén en 386, cierta Paula escribe a su amiga, llamada Marcela, que vive en Roma: «Qué diremos de los armenios [...] del pueblo indio y etíope, que acuden presurosos a ese lugar (Jerusalén) donde muestran una virtud ejemplar [...]». Por su parte, san Jerónimo, doctor de la iglesia latina, señala igualmente la llegada continua de etíopes a los Santos Lugares [11].

Pero la expansión del cristianismo en el reino de Axum, en el transcurso de los siglos V y VI, fue obra de religiosos, a los que todos los textos tradicionales califican de «TSADKAN» (justos) o de «TESSEATOU KIDOUSSAN» (9 santos). Su llegada al reino de Axum se halla relacionada con las disputas teológicas que se desarrollaban en la época en las grandes ciudades del Imperio bizantino.

La religión cristiana, nacida en una pequeña localidad de Palestina, que parecía ser la religión de los pobres y de los perseguidos, se convirtió en una religión de los estados a partir del momento en que Constantino promulgó el edicto en favor del cristianismo en Milán, en 313. Apoyados por los emperadores cristianos, las iglesias se organizaron. Los papas y los patriarcas se repartieron las regiones del imperio cristiano de Oriente y de Occidente. La época de las persecuciones y de la caza de brujas bajo Diocleciano había pasado para siempre. La paz reinaba en Roma, Alejandría, Damasco, Antioquía y en todas partes donde antes la persecución había sido la más violenta [12].

Los patriarcas y los doctores de la Iglesia llevaban una vida relativamente agradable, pasando la mayor parte de su tiempo leyendo libros santos y estudiando ciertos pasajes susceptibles de aclarar el tema de la naturaleza de Aquel que había fundado la religión cristiana. Lecturas y meditaciones inspiraban ideas que podían sembrar la división antre los cristianos. Así es cómo la religión fundada sobre el amor, la paz y la fraternidad se transformó en un terreno de lucha, hasta el punto que los sucesores de los apóstoles y de los mártires llegaban de vez en cuando a las manos.

La búsqueda profunda de la naturaleza de Cristo (Hombre-Dios) y de la Trinidad se convirtió en una gran fuente de discordia, como veremos.

Después de Arrio, condenado en 325, fue el patriarca de Constantinopla, Nestorio, el que suscita la polémica, profesando públicamente la humanidad de Cristo, en

[11] E. Ceruli, 1953, págs. 1-2.

[12] Sin embargo, no hay que olvidar que los siglos V, VI y VII han estado marcados por controversias teológicas muy violentas, acompañadas de nuevas persecuciones de minorías que eran condenadas.

• *Pintura de la iglesia de Goh, los apóstoles (siglo XV).*

oposición con la doctrina, establecida en Nicea, de la divinidad de Cristo [13]. Según él, las dos naturalezas de Cristo (humana y divina) eran distintas y estaban separadas. La Virgen María sólo era madre de la humanidad, no de la divinidad, y debería ser llamada no «madre de Dios» («Theotocos»), sino simplemente «madre de Cristo («Christo-tokos»).

Esta proposición encontró la enérgica oposición de Cirilo, patriarca de Alejandría, y del Papa Celestino de Roma. En Efeso (431), Nestorio fue juzgado hereje y condenado a prisión.

Su sucesor, Flavio, patriarca de Constantinopla, sin llegar a negar que Cristo fuera verdadero Dios, avanzó otra idea sobre las dos naturalezas de Cristo (humana y divina), siendo cada una según él, perfecta y distinta, aunque estén unidas en la única persona de Cristo. Dióscoro, patriarca de Alejandría se opuso al instante. Cristo, decía, no tiene más que una naturaleza, a la vez humana y divina; es el «monofisismo» que tuvo por principal defensor al erudito Eutiques. La acalorada discusión degeneró en tumultos durante el Concilio celebrado en Efeso en 442. De ese debate tumultuoso, Dióscoro y Eutiques salieron victoriosos. El perdedor, tras haber sufrido una derrota por parte de sus adversarios, no tarda en morir. Dióscoro regresó triunfalmente a Alejandría.

Mas, esta victoria pírrica de los adeptos del monofisismo no duró mucho tiempo. Cuando Teodosio II, que les ofrecía apoyo imperial, murió, su general Marciano tomó el poder. La cuestión candente de la naturaleza de Cristo fue de nuevo suscitada. Un concilio que agrupaba a 636 prelados y doctores de la Iglesia tuvo lugar en 451, en Calcedonia, bajo la presidencia del emperador Marciano. La discusión fue de tal modo reñida que no se pudo distinguir ni vencedor ni vencido, y la cuestión debió ser llevada al Papa de Roma, quien era considerado como el jefe supremo de todas las Iglesias. El Papa León el Grande se declaró en una carta a favor de la doctrina de las dos naturalezas separadas de Cristo. El concilio condenó, pues, a Dióscoro. Sus adversarios, armados de un lado con el testimonio del jefe supremo de la Iglesia Universal, y de otro, apoyados por el emperador Marciano, llegaron hasta maltratarlo y golpearlo para vengar los golpes dados antes al patriarca Flavio, tras lo cual Dióscoro fue, a su vez, exilado en una isla de Galacia.

Ahora bien, desde la época de Frumencio, el reino de Axum estaba, como sabemos, bajo dependencia jurisdicional del patriarca de Alejandría, de donde recibía canónicamente a su obispo. Los reyes y los obispos de Axum era, pues, partidarios del monofisismo, que en Etiopía tomará posteriormente el nombre de «TEWAHDO». La noticia de los malos tratos infligidos a su patriarca les inspiró un gran odio hacia los partidarios de las dos naturalezas de Cristo. Se les hizo insoportable la vida en todo el imperio de Constantinopla, porque los vencedores de Calcedonia no cesaban de proferir amenazas e injurias hacia ellos. No pudiendo soportar semejante existencia, los partidarios del monofisismo fueron obligados a huir hacia Egipto y Arabia. Es entonces cuando los famosos nueve santos llegaron al reino de Axum, donde buscaron refugio entre aquellos que profesaban la misma doctrina que ellos.

La historia de los reyes, *Tarike Neguest*, menciona brevemente la llegada de los nueve santos: «Sal'adoba dio a luz a All'Ameda, y durante el reinado de éste llegaron

[13] Esa es una mala reducción muy esquemática de la evolución conocida por la Iglesia durante ese periodo.

de Roma (Constantinopla) los nueve santos. Ellos restablecieron (asterat'u) la religión y las leyes monásticas [...]»[14]. All' Ameda, según las fuentes locales, reinó entre 460 y 470 según unos, o entre 487 y 497 según otros; la llegada de los santos se situó, pues, entre esas mismas fechas. Algunos autores la sitúan al comienzo del siglo VI (en la época de Galeb y de Guebre Meskel), pero eso parece menos verosímil.

La llegada y el apostolado de algunos de esos santos, Aregawi, Pantaleón, Guerima y Aftsé han sido descritos posteriormente con detalle por algunos religiosos en forma de biografías. Desgraciadamente, se encuentran en esos textos tantos milagros y tantas manifestaciones de austeridad y de penitencia que el lector de hoy permanece un poco escéptico.

Los lugares de su apostolado fueron diversos: Abba Aregawi subió a Debre Damo, donde el culto de Python parecía estar enraizado en la población local. Abba Guerima se estableció en Mettera (Madera), cerca de Senafé, y Abba Aftsé en Yeha, donde aún se ve el antiguo templo dedicado al dios Almaqah (del siglo V). Pantaleón y Likanos permanecieron en la ciudad de Axum, mientras que Alef y Tsihma iban a Bhzan y a Tsédéniya; Ym'ata y Guba se establecieron en la región de Guerealta.

En los lugares en los que ellos vivieron se encuentran actualmente conventos e iglesias que les están dedicados. Algunos están excavados en rocas gigantescas y sólo se puede llegar a ellos por medio de una soga. En el convento de Abba Ym'ata, construido también sobre una roca en Goh (Guerealta), se ve una pintura en círculo que representa a los nueve santos.

Introducido en el siglo IV por Frumencio, el cristianismo fue, pues, consolidado por los santos mencionados anteriormente, con la ayuda, naturalmente de los sucesores del rey Izana, como Caleb y Guebre Meskel, que eran fervientes cristianos. En la enseñanza del evangelio, los nueve santos defendían la tesis del monofisismo, por el que tantos cristianos habían sufrido y habían sido desterrados.

Sin embargo, la difusión del cristianismo no sólo fue debida a esos nueve religiosos llegados del Imperio bizantino. Bajo la dirección de obispos tales como el famoso Abba Metta'e, centenares de religiosos nativos y extranjeros que no han tenido el privilegio, como los nueve santos, de ver sus nombres consignados en los anales, tomaron parte ciertamente en la propagación de la fe cristiana[15]. Partiendo de las regiones septentrionales, ésta se implantó en otras provincias (Beguemdr, Gogiam y Choa, etc.) entre los bedjas y los amharas. La fe cristiana se beneficiaba del apoyo indefectible de los reyes, de las reinas, de los príncipes, de los gobernadores y de las altas autoridades eclesiásticas, que al mismo tiempo mandaban construir conventos e iglesias en lugares donde antiguamente los cultos tradicionales habían sido florecientes.

Los templos de los dioses de la época preaxumita o axumita precristiana eran construidos frecuentemente en lugares elevados, con grandes árboles y arroyos: Debre Damo, Abba Pantaleón, Abba Metta'e de Chimzana y Yeha son prueba de ello. Tras la conversión de los reyes axumitas todos esos templos fueron transformados en iglesias.

Falta por saber en qué lengua, esos religiosos llegados de todos los rincones del Imperio bizantino, enseñaron el Evangelio. La gente de las clases superiores vincula-

[14] Emin Bey-Studdi-Storico-Dogmatici sulla chiesa giacobina. Roma, Tip. Caluneta Tarique Neguest... Manusc. depositado en la Bibl. Nac. n.° P. 90.

[15] I. Guidi, 1896, págs. 19-30.

1

• *1. Debre Damo visto de lejos.*

• *2. Para llegar al convento de Debre Damo.*

2

das a la corte, eran más o menos políglotas y hablaban el griego, el sirio o el árabe; parece que el problema lingüístico no fue tal para ellos. Pero los religiosos extranjeros debieron estudiar la lengua del país para llegar a hacerse entender por las masas. Quizá entre los devotos que se dirigían a los Santos Lugares, a Jerusalén, Constantinopla y Alejandría, se encontraban quienes sabían el griego o el sirio, y podían hacer la función de intérpretes, o también enseñaban directamente.

Esto explicaría que se encuentren en varios de los textos religiosos etíopes nombres de consonancia griega y palabras sirias, como Arami (aramené), Arb, Haymanot, Hatti, Mehaynen, Melak, Melekot, etc. (pagano, viernes, la fe, pecado, creyente, ángel, divinidad).

EL REINO DE AXUM Y ARABIA DEL SUR

Se sabe, desde hace mucho tiempo, que grupos de origen semítico, probablemente a la búsqueda de tierras más ricas y fértiles que su país desértico, atravesaron el mar Rojo y se instalaron en Etiopía septentrional. Al poseer una civilización superior a la de los autóctonos, en su mayor parte bedja, aguew, etc. de origen kushítico, los recién llegados acabaron por arrogarse el poder central con la fundación de las ciudades de Yeha, Matara, Axum, etc.

Otros grupos del mismo origen (sabeos, himyaritas) permanecieron en su lugar de origen, en tanto que los que habían atravesado el mar Rojo se hacían cada vez más poderosos hasta el punto que el gobierno central de Axum se mostró fuerte y adquirió para algunos el renombre de «tercera potencia del mundo». Los castillos de los reyes, los templos, los dioses y las media lunas, símbolos del dios Mahrem o de Almaqah, todo eso confirma la identidad de los dos pueblos que vivían a una y otra parte del mar Rojo [16].

En gran medida, esa comunidad étnica y cultural es la que estuvo en el origen de la conquista axumita de la Arabia meridional al considerar los axumitas este país como un patrimonio ancestral. El rey Izana, en sus títulos protocolarios, mencionaba precisamente con fuerza «Rey de Axum, de Himyar, de Saba [...]», junto a los que se llamaban «Kasu, Siyamo, y Bedja»... y que venían de regiones occidentales o eran simplemente nativos del país kushítico.

Hasta comienzos del siglo IV, el pueblo (de origen semítico) de las dos orillas del mar Rojo profesó la misma cultura tradicional, es decir, el culto de la luna que tiene por símbolo la media luna, al que los actuales Estados árabe-musulmanes honran siempre. El profeta Muhammad tal vez no obligó a abandonar ese símbolo, mientras que los obispos de Axum presionaron a los reyes cristianos para reemplazarlo por la cruz, símbolo del cristianismo.

LUCHA ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS JUDIOS EN ARABIA DEL SUR

En esa misma región de Arabia del Sur, otros grupos de religión hebraica vivían desde hacía mucho tiempo (quizá desde la destrucción de Jerusalén en el año −587

16. C. Conti-Rossini, *o. c.*, cap. IV.

por Nabucodonosor, o su ocupación por los lágidas). Pero su número aumentó sobre todo tras la tercera destrucción de la ciudad por el emperador Tito en el año 70: los judíos perseguidos por los romanos encontraron entonces en esa parte de Arabia del Sur a compatriotas acogedores.

Por otra parte, después de los concilios de Nicea y sobre todo del de Calcedonia, que fueron seguidos por la condena y la persecución de los arrianos y de los adeptos del monofisismo, estos últimos abandonaron el Imperio bizantino y se refugiaron en Arabia donde, con la ayuda del reino de Axum y de los cristianos de la zona, fundaron una poderosa comunidad. Bajo el reinado del emperador Justino I (518-527), muchos sirios monofisitas expulsados por orden imperial partieron para Hira (Najef, actualmente en Irak) y de allí llegaron a Arabia del Sur para instalarse definitivamente en Nagran [17].

Ahora bien, entre las dos comunidades judía y cristiana, se encontraban los árabes-yemenitas, catabanes, hadramoutes, etc., que habían conservado el culto tradicional de la luna y a los que el recinto floreciente de la KA'ABA atraía naturalmente. Mahoma, fundador del Islám y destructor de los ídolos aún no había nacido. Las tres confesiones estaban, pues, condenadas a vivir juntas. Pero los cristianos, gracias al apoyo que les prestaban de lejos y de cerca los axumitas, aumentaban en número, se desarrollaban y se organizaban. Muchas iglesias fueron construidas. Nagran y Zafare (Tafare) se habían convertido en los grandes centros culturales de los cristianos [18] y en postas comerciales importantes [19].

Por su lado, los judíos, con el talento que les caracteriza en todos los terrenos, también habían formado una comunidad en Saba y en Himyar y trataban igualmente de controlar el comercio. Entre los dos grupos (judíos y cristianos) existía, pues, una áspera rivalidad. Los cristianos consideraban a los judíos como los deicidas que serían abrasados en el infierno y los judíos ultrajaban a los cristianos tratándolos de «goym», de gentiles y de paganos adoradores del hombre.

Los éxitos conseguidos por los cristianos, aliados de Axum y de Bizancio y los malos tratos sufridos en Bizancio y en el mundo axumita, por aquellos que practicaban la religión judía, desarrollaban una capacidad de respuesta violenta en las comunidades judías de Arabia meridional. Amenazados también por la monopolización de las relaciones económicas por los cristianizados [20], los árabes, fieles a los cultos tradicionales, se alinearon al lado de los judíos. Tal vez también el proselitismo de los cristianos aproximó a las otras dos religiones, amenazadas por el imperialismo cultural y religioso del cristianismo.

ASESINATO DE LOS CRISTIANOS DE NAGRAN POR LOS JUDIOS

Mientras reina en Bizancio el emperador Justino I (518-527), Caleb es emperador de Axum. Entonces es cuando los judíos, ayudados por los himyaritas, asesinaron a los cristianos de Zafare y de Nagran. Este hecho es relatado principalmente por los

[17] W. Budge, 1966, I, págs. 261-269.
[18] W. Budge, 1928 (a), págs. 743-747.
[19] Cf. sobre este punto el importantísimo estudio de N. Pigulevskaya, 1969. Ese estudio está traducido del ruso.
[20] N. Pigulevskaya, 1969, *o. c.*, págs. 211 y siguientes.

autores religiosos de la época: Procopio y Sergio[21]. En sus textos, el rey que es llamado Caleb en el texto guezo lleva el nombre griego de «Hellesthaios». A veces, ese nombre se convierte en «Elle Atsbaha» (¿término arabizado?): también se encuentra la variante «Hellesbaios»; asimismo, el rey judío de Himyar que se llamaba Zurah o Masruc, en el momento de su ascensión al poder tomó el nombre de Yusuf, nombre judío, y los autores árabes le llaman Dhu-Nuwas, o también Dunaas, Dimnos, Dimion o Damianos[22]. En el texto etíope que refiere la historia de las matanzas de Nagran, lleva el nombre de «FINHAS». Para no sembrar la confusión en el espíritu de los lectores, le llamaremos aquí el rey de Axum «Caleb» y el rey judío «Dhu-Nuwas».

Sergio, que pretende haber obtenido sus informaciones de testigos oculares, da la versión siguiente del acontecimiento, que Conti-Rossini ha traducido en italiano en su *Storia di Etiopia*. El rey de los himyaritas Dhu-Nuwas (Masruc), apoyado por los judíos y por los paganos, perseguía a los cristianos. El obispo Tomás se dirige entonces a Abisinia para buscar allí ayuda y la obtiene. Los abisinios, mandados por un tal Haywana, atravesaron el mar Rojo y se prepararon a atacar a Dhu-Nuwas. Este, al no poder oponerse a semejante fuerza, firmó un tratado de paz con el jefe abisinio, quien, después de haber dejado una parte de su ejército en ese lugar, retornó a su país. Una vez que hubo partido el grueso de las tropas, Dhu-Nuwas asesinó traidoramente a los cristianos de Zafare y quemó todas las iglesias, con los trescientos soldados cristianos dejados en guarnición.

Pero la matanza más terrible relatada por los autores de esa época fue la que tuvo lugar el año 523, en Nagran, que era el centro más desarrollado de los cristianos. Entre los mártires se encontraba un noble venerado, el anciano Harité (Aretas) al que el texto guezo llama Hiruth[23].

EXPEDICION MARITIMA DEL REY CALEB

Caleb (Elle Atsbaha), hijo de Tazena, fue el emperador más famoso de su época, comparable quizá a Izana. Una de las razones de su celebridad reside en su expedición marítima, relatada más adelante.

Tras la matanza del año 523, un noble, llamado Umayyah, logró volver a Axum y contó al rey Caleb y al obispo lo que había sucedido a los cristianos. Otros cristianos huyeron hacia Constantinopla a fin de avisar al emperador Justino, quien, por mediación del patriarca Timoteo de Alejandría, envió una carta a Caleb, en la que le urgía a vengar la sangre cristiana.

Es fácil imaginar el efecto que debió producir la noticia de la matanza de los cristianos en los dos emperadores. Sin embargo, el país de Saba y de Himyar, como es sabido, estaba más unido, en el plano étnico y cultural, al imperio de Axum que al de Bizancio. El rey Caleb reunió, pues, apresuradamente un ejército que pudo asegurarle la victoria. Se le estima en 120.000 hombres y 60 barcos de guerra[24], que él había conseguido del emperador Justino[25]. Sin embargo, algunos autores afirman que el

[21] Otras fuentes han sido utilizadas por N. Pigulevskaya, 1964.
[22] C. Conti-Rossini, 1928, *o. c.*, págs. 171-173.
[23] C. Conti-Rossini, 1928, *o. c.*, pág. 172.
[24] Esas cifras con razón son estimadas inaceptables por N. Pigulevskaya, 1969, *o. c.*, pág. 243.
[25] Otras estimaciones sobre la procedencia de esa flota en N. Pigulevskaya, 1969, pág. 243.

rey Caleb parte con sus propios barcos anclados en Adulis y que su ejército no superaba los 30.000 soldados[26].

Las fuentes tradicionales indican que el rey, tras haber terminado los preparativos militares, se retiró al convento de Abba Pantaleón, uno de los nueve santos que aún vivía, a fin de obtener su bendición para él y para el éxito de la batalla que iba a entablarse. El anciano monje le aseguró el éxito. El rey se dirigió hacia la playa de Gabazas, cerca de Adulis, donde se desarrollaban intensos preparativos militares.

Hacia el final del mes de mayo (525), Caleb se embarcó y todos los barcos se dirigieron hacia Arabia del Sur, donde el rey himyarita les esperaba, para prohibirles el paso hacia tierra firme. En realidad, cuando el rey y su ejército llegaron, encontraron el puerto enemigo cruzado por cadenas que custodiaban soldados dispuestos a defenderse.

Sin esperar el resultado de la batalla, el rey Caleb buscó otro lugar más propicio para el desembarco de sus tropas. Por suerte, uno de los parientes de Dhu-Nuwas, capturado durante la batalla, le informó de la existencia de tal lugar. Así, el rey, al que acompañaban unos veinte barcos, llegó a desembarcar en tierra firme, lo que le permitió derrotar al resto de los soldados del rey de Himyar. Y cuando el grueso del contingente continuaba batiéndose, Dhu-Nuwas cayó entre sus manos con siete de sus colaboradores; Caleb, queriendo vengar la sangre cristiana, no dudó en matarlo al instante.

Al término de la batalla, las tropas cristianas cercaron primero la ciudad de Tafare (¿Zafare?) y después Nagran.

Los soldados cristianos devastaron el país y a su vez asesinaron a los enemigos de su religión. Algunos cristianos, que en esa matanza no acertaban a hacerse comprender de los soldados, dibujaban en sus manos una cruz para mostrar que ellos eran cristianos y así salvar su vida[27].

En Nagran el rey asistió a una ceremonia solemne en memoria de todos los que habían sido martirizados en esa ciudad y, antes de su regreso a Axum, mandó erigir en Marib un monumento conmemorativo de su victoria[28]. Cabeb hizo erigir en Marib un monumento para eternizar su nombre en la memoria de las generaciones futuras[29].

Antes de su regreso a Axum, el rey deja en Tafare a un tal Summyafa Awsa, bajo la dirección de Abraha, el general cristiano más conocido tanto la corte de Axum como en Arabia del Sur.

Un contingente de 10.000 hombres se quedó como guarnición. Tras el feliz resultado de su campaña, Caleb, de regreso a Axum, recibió, como se puede imaginar, una acogida triunfal. Sin embargo, en lugar de saborear los frutos de la victoria, ese rey religioso y combativo a la vez se retiró al convento de Abba Pantaleón para llevar allí una vida monástica y juró no salir jamás de él. Envió su corona a Jerusalén, rogando al obispo Juan que la colgase ante la puerta del Santo Sepulcro, según el voto que él había hecho antes de su partida.

Las fuentes antiguas, unas de origen griego y otras árabes, y las terceras, redactadas localmente a partir del siglo XIV, se contradicen entre sí sobre le desarrollo

[26] A. Caquot, 1965, págs. 223-225.
[27] S. Irfann, 1971, págs. 242-276.
[28] C. Conti-Rossini, 1928, *o. c.*, págs. 167-201.
[29] W. Budge, 1928, págs. 261-264.

de la expedición, así como sobre los nombres de aquellos que desempeñaron un papel en esa campaña marítima vengativa. Además, mientras que algunos textos afirman que sólo hubo una expedición, otros relatan que Caleb hizo un segundo viaje a Arabia y que el éxito final no fue obtenido más que como resultado de esa segunda expedición, pero eso carece de importancia para el lector de hoy.

En lo referente a la decisión del rey de renunciar inmediatamente al poder tras semejante victoria, es admirable si el hecho proporcionado por el texto tradicional es exacto. Pero otro texto afirma que Caleb siguió en el poder hasta el año 542 de la era cristiana. En efecto, es muy posible, si la guerra emprendida entre él y Dhu-Nuwas tuvo lugar en Arabia el año 525 (542 − 525 = 17), que reinase aún diecisiete años después de su regreso a Axum, a menos que no se trate de un error de fecha [30].

LA LITERATURA

Axum estaba dotada de varios alfabetos de los que la corte y los hombres de letras se servían para la administración. Entre las estelas axumitas, las hay que tienen inscripciones únicamente en sabeo, o en guezo y a veces en griego, pero raramente en esas tres lenguas a la vez. El sabeo es el alfabeto de las tribus sabeas que pasan por ser uno de los grupos de los antepasados de los axumitas a los que el texto tradicional llama «Neguede Yoktan» (Tribu de Yoktan) [31], de la que descienden los actuales amharas, tigrinos, gouragués, argobas y hararis (aderés).

El griego en cierto modo no era más que el inglés de aquella época, era una lengua extranjera introducida en el reino de Axum gracias a las relaciones culturales, económicas y políticas que éste mantenía con el Imperio bizantino, sobre todo, bajo el reinado de aquellos reyes que parece que llevaron nombres griegos: Zoscales, Aphilas, Andibis, Sombrotus, etc. A fin de cuentas es, pues, el guezo, primero sin signos vocálicos y después vocalizado, el que se convierte, sobre todo a partir de los siglos VI y VII, en la lengua nacional y oficial de los axumitas, la lengua de los aga'izyan (otro nombre dado por los nativos, que significa libertadores) [32].

Generalmente la lengua proporciona una huella a los investigadores, pero no permite en sí misma descubrir la etnia. En efecto, un nativo podía ser de origen semítico, de nacionalidad axumita y de cultura griega, y otro hedja o blemie de origen, nubio de nacimiento o de nacionalidad y de cultura egipcia. Por tanto, el que escribía o hablaba el guezo no era necesariamente un axumita.

Después de la conquista árabe en el Medio Oriente y en Africa del Norte en el siglo VII, el griego y el sabeo cedieron el paso al guezo, que no cesó de difundirse en todos los círculos civiles, militares y religiosos. El griego no experimentó influencia más que a través de la traducción de la Biblia del griego al guezo y de algunas obras de los antiguos Padres de la Iglesia, tales como Cirilo, Juan Crisóstomo, etc. Los traductores, como sucede en todas partes, al no encontrar siempre la palabra exacta en guezo, empleaban a veces palabras griegas. Así es como se forjó la forma de denominación griega empleada en Etiopía hasta ahora.

[30] Tekle Tsadik Mekouria, 1966 (b), págs. 2-7; C. Conti-Rissini, 1928, *o. c.*, págs. 108-109.
[31] E. Cerulli, 1956, págs. 18-21.
[32] W. Budge, 1928, págs. 136-137; C. Conti-Rossini, 1928, *o. c.*, Monete axoumite Tabola LX.

Dada la ausencia total de manuscritos sobre pergaminos que daten de antes del siglo XIII de la era cristiana, la verdadera y auténtica literatura axumita conocida hasta ahora se limita a las inscripciones epigráficas y numismáticas. Algunas veces ciertos epígrafes, casi desparecidos o mal grabados, no llegan a proporcionar el sentido literario que permita realizar una reconstrucción continua de una auténtica literatura.

En lo que se refiere a los comienzos de la literatura axumita de la época cristiana, la primera inscripción es la que el *D.A.E* ha registrado con el número 2, y en la que el rey Izana, recientemente convertido, refiere su victoria sobre el pueblo de Noba (los nubios) que había osado discutir su poder más allá del río Takkaze y matar a sus emisarios. Se puede creer en el sentido moral de ese emperador conquistador, cuando acusa a «los noba de haber maltrado y oprimido a las gentes de Mengurto, de Hasa, de Baria, y a las gentes de color negro y rojo (SEB'A TSELIME, SEB'A QUE'YH), y haber violado el juramento dado dos veces [...]». ¿Era ese el fruto de su nueva religión?

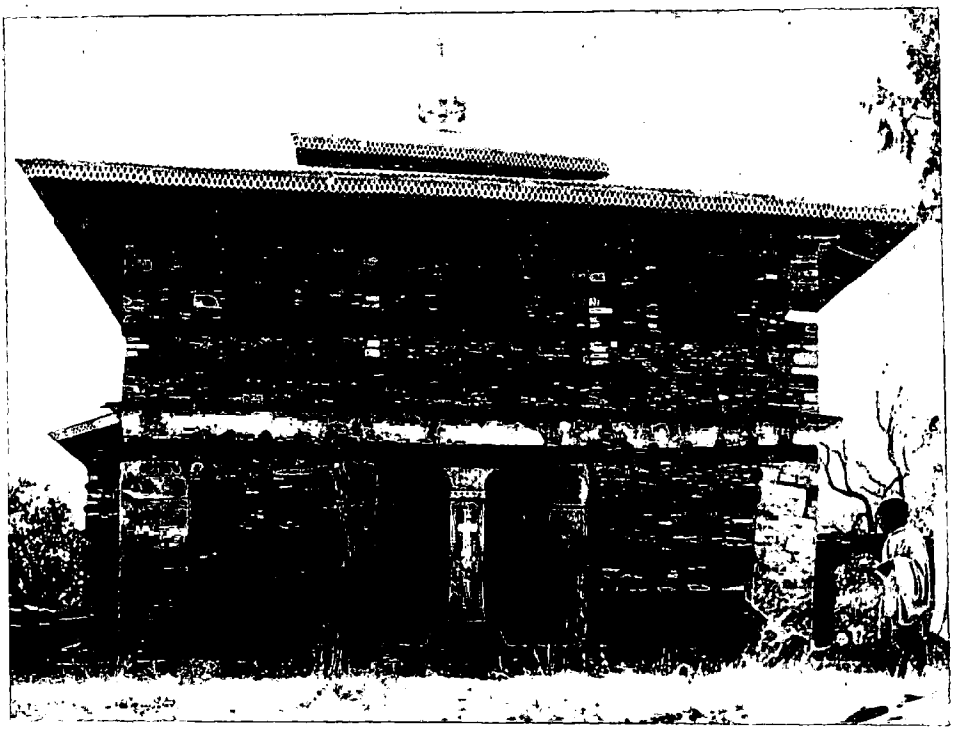
Sin embargo, Izana se jacta de haber matado 602 hombres, 415 mujeres y niños, gracias al poder de su nuevo Dios, a quien llama «dios del cielo y de la tierra, que fue vencedor», pero sin haber cometido él injusticia alguna. Con eso, parece que quiere decir que el pueblo pérfido de Noba, que había provocado el *casus belli*, merecía ese castigo [33].

Asimismo, la influencia del cristianismo aparece en numerosas monedas de los reyes de Axum, en las que la cruz, símbolo del cristianismo, reemplaza a la media luna, símbolo de la antigua religión. Algunos reyes de Axum, en búsqueda de publicidad, o para atraerse la simpatía de su pueblo, ponían en sus monedas leyendas insólitas. Así, la moneda del rey Wazeb o Wazeba (hijo del rey Caleb, siglo VI) lleva en un lado su efigie y en el reverso esta inscripción: «Que haya alegría en el pueblo». Las más significativas son las monedas del rey Iyouel que llevan en un lado su efigie coronada (a la derecha de la corona se ve una cruz pequeña) y una cruz en el reverso lo que parece indicar que él era un cristiano ferviente. En otra moneda, del mismo rey, figura la inscripción: «Cristo está con nosotros» [34] en guezo, sin signos vocálicos. Es la primera vez que el nombre de Cristo es mencionado.

El Antiguo Testamento fue traducido progresivamente del griego al guezo en el transcurso de los siglos V y VI. La Biblia comenzó a leerse en Etiopía y su enseñanza tomó una importancia capital en la corte y en la sociedad eclesiástica. Y poco a poco se convirtió en la base única de la ciencia y de la filosofía sin que, no obstante, diversas obras de los santos Padres de la Iglesia fueran olvidadas.

Después del Concilio de Calcedonia (451), los nuevos santos y sus partidarios llegados a Etiopía, consolidaron la influencia del monofisismo entre el clero etíope. Por eso, la Iglesia etíope evitó sistemáticamente todas las demás obras, cualquiera que fuese su valor, si eran de procedencia occidental. Se recuerda el buen entendimiento entre Amr Ibn al-As, el compañero del profeta Mahoma, de un lado, y el patriarca Benjamín y Chenouda, de otro, durante la conquista de Egipto (la toma de Heliópolis) en el año 640. En su odio contra aquellos que profesan la doctrina de las dos naturalezas de Cristo y contra el patriarca Mukaukis, los monofisitas de Egipto se unieron con los musulmanes.

[33] E. Cerulli, 1956, *o. c.*, págs. 222-223.
[34] J. B. Coulbeaux, 1928, págs. 59-60; Tekle Tsadik Mekouria, 1967.



1

• *1. La iglesia de Abba Aregawi en Debre Damo.*

• *2. Cantores inclinándose religiosamente.*

2

Como ya hemos dicho anteriormente, la Biblia acabó por convertirse en la base de todo conocimiento. Desde la consolidación del cristianismo hasta el comienzo del siglo XX, un erudito etíope digno de ese nombre no era aquel que estaba versado en la ciencia y en la filosofía greco-romana, sino el que conocía la Biblia o las obras de los patriarcas Cirilo, Juan Crisóstomo, etc., y los comentaba en versiones es diferentes, aquel que interpretaba como debían ser los misterios de la encarnación de Cristo y de la Trinidad de Dios.

Para la dinastía amhara del llamado origen salomónico, heredera legítima de los reyes de Axum, los reyes más venerados eran David y su hijo Salomón. Después venían Alejandro Magno, Constantino el Grande y Teodosio II, a causa del apoyo que los dos últimos habían prestado al cristianismo. No se conocía a Carlomagno, ni a Carlos Martel, ni a Carlos el Gordo. Los personajes más célebres para los religiosos de cultura bíblica son Josué, Sansón o Gedeón. El *Cantar de los Cantares,* los *Proverbios,* el libro de la *Sabiduría* de Salomón, el libro del *Eclesiástico,* etc., eran considerados como los libros de la verdadera Filosofía, más que las obras de Platón y de Aristóteles. No se conocían en absoluto a Virgilio, a Séneca o a Cicerón, ni a los eruditos occidentales de la Edad Media.

La sociedad cristiana de Etiopía estima y admira más que a nadie a David, considerado como el antepasado de María y de la dinastía llamada salomónica. Los salmos hacen caer en extasis a todos los religiosos etíopes que, al leer por la mañana los fijados para cada día, creen estar así defendidos de todo mal. Leyendo constantemente los salmos, creen como David, que el Dios todopoderoso es su aliado exclusivo.

El libro de los *Salmos,* más que ningún otro, juega un gran papel en la sociedad cristiana que cita y recita los salmos en las ocasiones más diversas, así durante los funerales, los cantores «Debterotches» se reparten entre ellos los salmos para recitarlos religiosamente junto al ataúd, mientras que otros sacerdotes se dedican a la lectura del «GUENZETE» (libro de enterramientos), que se parece mucho al Libro de los Muertos de los antiguos egipcios.

Así, cuando los religiosos recurren a los salmos para la oración pura, otros los utilizan con fines mágico-religiosos. El erudito sabe de memoria los salmos que convienen para cada circunstancia, tanto para pedir la felicidad como para evitar la desgracia, para desviar una calamidad amenazante y para estar al amparo del fuego. Generalmente se refiere a los salmos 6, 7, 10, 57, etc.

En 1927, la llegada del primer avión a Addis Abeba fue considerada como un gran acontecimiento. Al día siguiente fue organizada una ceremonia en presencia de la emperatriz Zewditu y del Ras Teferi (futuro Haile Selassie). Los sacerdotes y los cantores en su totalidad, vestidos con sus hábitos de ceremonias estaban allí. Un jefe religioso, preguntado sobre qué había que cantar en esa ocasión, propuso al instante los versículos siguientes: «Tú... despliegas los cielos como tienda... el que toma las nubes por su carro y camina en las alas del viento;... inclina los cielos y desciende,... y vuela en las olas del viento. De las tinieblas hace su escondrijo» (Salmos 104 y 18).

Entre la herencia que Etiopía ha recibido del Axum cristiano se encuentran los cánticos litúrgicos, agrupados en los que se llama DEGOUA (colección). El autor, según las fuentes locales redactadas en el siglo XIV, sería una nativo de Axum, llamado Yared, contemporáneo del rey Guebre Meskel y de Abba Aregawi, uno de los nueve santos.

Al leer ese libro de cánticos religiosos en todos sus detalles, se observa que los textos son sacados de la Biblia, de las obras de los antiguos patriarcas, de los teólogos afamados de los tiempos antiguos (siglos III-VIII) y de los libros apócrifos. Están redactados de modo poético y conciso. Y forman una gran colección dividida en varios libros, capítulos y versículos. Luego, todos los versículos están separados (la primera línea generalmente está en color rojo) y existe uno para cada fiesta anual y mensual. Todos ellos son en honor de los ángeles, santos, mártires, la Virgen María, Dios, etc., y para el servicio de la mañana y de la tarde.

El canto litúrgico está dividido en cuatro cadencias (simbolizando a los cuatro animales que rodean el trono de Dios) (*Apoc* 4, 6), de modo que el mismo texto destinado a una fiesta cualquiera sea cantado y danzado de varias maneras diferentes. Intentaré dar aquí una idea de esas cuatro cadencias:

1. *Kum-Zema* — es el canto directo, el canto más simple.

2. *Zemane-Oscilante* — es el canto más largo, en el que los cantores juegan con su bastón largo, cogido con la mano derecha, que agitan moviéndose ellos mismos en todos los sentidos, según la cadencia más o menos lenta del canto.

3. *Meregde-Salto* (¿Alto y bajo?) — este canto es algo más acelerado que los otros dos. Aquí, el cantor religioso tiene en su mano izquierda su bastón, que le sirve a veces de apoyo, y en su mano derecha su sistro, que es de hierro, de plata o de plata dorada según su posición. Lo agita hacia arriba abajo. Dos jóvenes sentados golpean su tambor de acompañamiento, siguiendo atentamente el ritmo regular del canto. El imprudente que da una nota falsa es reemplazado inmediatamente.

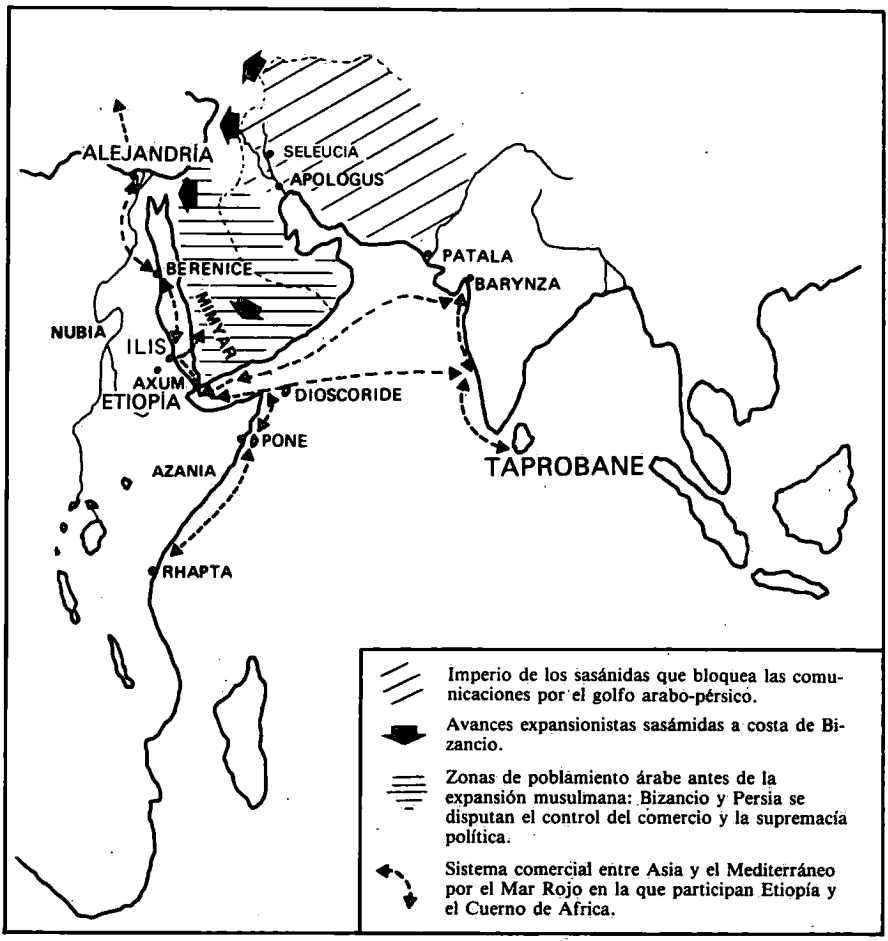
4. *Tsfat* («batir de palmas») — es el canto más rápido, que se puede continuar tocando al son de los sistros durante cierto tiempo. Hacia el final, el Tsfat es seguido de un WEREBE, especie de modulación variada y graciosa, que un cantor bien dotado y de voz agradable ejecuta solo; los demás lo escuchan atentamente, antes de cantar en coro con él y al unísono, pasando gradualmente del moderato (LEZEBE) al allegro (DIMKETE), y del presto al prestísimo (TCHEBTCHEBO). Esta vez los dos jóvenes que golpeaban el tambor se levantan, se pasan la cuerda del tambor por encima del cuello y golpean fuerte para dar a ese canto sagrado calor y alegría.

Entonces, los cantores, con la cabeza cubierta con un turbante (de muselina) y ataviados con las vestiduras de fiesta, con el bastón sobre el hombro izquierdo y el sistro empuñado en la mano derecha, cantan y danzan con un ritmo acelerado.

Esa es la parte más movida, en la que el cantor ejecuta movimientos espectaculares y en la que las mujeres embelesadas lanzan de vez en cuando, desde sus lugares, gritos de júbilo, ILILILI.

Todo eso se realiza tanto en el interior como en el exterior de la iglesia, durante las fiestas religiosas, o bien para celebrar la salida y la entrada tradicional del famoso Tabot (Tabla santa, que, a ejemplo de la Arca de la Alianza de Moisés, representa al santo al que está dedicada la iglesia) en presencia del emperador, del obispo y de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Cuando el jefe de la iglesia, de acuerdo con el gran maestro de ceremonias, que es al mismo tiempo el jefe eclesiástico LIKE KAHNAT, comprueba que los asistentes están satisfechos, hace con la mano la señal de detenerse. En ese momento, un gran silencio reemplaza a ese tumulto religioso. El obispo se levanta entonces y da su



• *Expansión de Axum (Mapa facilitado por el autor).*

bendición final. La entrada del Tabot provoca, como en la salida, un tumulto de cantos y de ILILTA y todo el mundo se postra.

La literatura bíblica y los cantos religiosos tienen una larga historia tradicional, hecha de autenticidad y de leyendas que sólo, en resumen, tratamos de presentar. Entre tantas otras, es la herencia que el Axum cristiano nos ha legado generosamente, a través de los siglos.

Capítulo 17

LOS PROTOBEREBERES

J. DESANGES

Antes de la llegada de los fenicios a las costas de Africa, al comienzo del primer milenio antes de la era cristiana, los componentes étnicos de las poblaciones libias casi estaban fijados. No iban a variar sensiblemente durante todo el período antiguo, porque desde el punto de vista cuantitativo, parece que las aportaciones demográficas fenicia y romana no han sido importantes. En efecto, la aportación demográfica fenicia en el Africa menor no puede ser evaluada con precisión. Sin embargo, es probable que Cartago no habría recurrido de manera tan constante a mercenarios en los campos de batalla, si los cartagineses de raza fenicia hubieran sido numerosos. La aportación demográfica romana es difícil también de precisar. Se ha evaluado en 15.000 el número de italianos que se instalaron en Africa en la época de Augusto que fue la de la colonización más intensa [1]. A esa cifra hay que añadir unos millares de italianos que se fijaron en Africa por su propia iniciativa. A nuestro parecer, apenas se sobrepasa las 20.000 personas para la época de Augusto. Africa romana no fue en modo alguno una colonia de poblamiento. En cuanto a las aportaciones demográficas vándala y bizantina, seguramente fueron mucho más modestas.

Trecemil años, al menos, antes de la era cristiana [2], se constata la presencia de una civilización llamada impropiamente iberomaurasiense (la navegación por el estrecho de Gibraltar no habría sido practicada más que 9.000 años más tarde), cuyos portadores, la raza de Mechta el-Arbi, son altos (1,72 m. de media), dolicocéfalos, con una frente baja y miembros largos; sería la primera raza en representar al *homo sapiens* en el Magreb [3]. Practican frecuentemente la extracción de los incisivos. Una evolución hacia la mesobraquicefalia y de los signos de gracilización han sido reconocidos en algunos yacimientos, en Columnata (Argelia occidental), principalmente [4], hacia el año 6000 antes de la era cristiana. La desaparición de la civilización iberomaurasiense propiamente dicha se produce al final del milenio IX. Pero no es

[1] P. Romanelli, 1959, pág. 207.
[2] G. Camps, 1947 (b), pág. 262 b.
[3] Cf. L. Balout 1955, págs. 375-377; cf. también G. Camps 1974 (d), págs. 81-86.
[4] M. C. Chamla, 1970, págs. 113-114.

brusca en ninguna parte. Suplantada en Cirenaica por el Capsiense, en Argelia occidental y en Marruecos, el iberomaurasiense se desvanece de la manera más indecisa ante las culturas locales. Por otra parte, está ausente de las costas nororientales de Tunicia y de las pequeñas islas del litoral [5] y poco representado en la región de Tánger. Es muy improbable que haya llegado a las Canarias, como se cree comúnmente, porque los guanches, aunque se parecen antropológicamente a los hombres de Mechta el-Arbi no tenían nada que recordase su industria y sus costumbres. Esta civilización no puede llegar de Europa, puesto que es anterior a los comienzos de la navegación en los estrechos de Gibraltar y de Sicilia. Se ha tratado de admitir que es de origen oriental, quizá más exactamente procede del norte del Sudán nilótico, si hemos de seguir a J. Tixier. Bajo la presión de las oleadas humanas posteriores, los iberomaurasienses se refugiaron, sin duda, en las montañas, y se puede considerar que constituyen uno de los componentes antropológicos de la población de las *djebels*.

Hacia el año 7000 antes de la era cristiana [6] aparecen unos hombres de estatura bastante alta, de raza mediterránea, pero no exentos de carácter negroide [7]. Se les llama capsienses, por el nombre del lugar de Capsa (Gafsa). Vivían en un área que no está exactamente definida, en país interior en todo caso, sin alcanzar, parece, el extremo occidental del Africa del Norte, ni el Sáhara meridional. Asentados lo más frecuentemente sobre un cerro o aferrados en una vertiente en la proximidad de un punto de agua, pero a veces desperdigados en las llanuras lacustres o pantanosas, se alimentaban principalmente de caracoles. Es igualmente una civilización llegada del este y no ha podido propagarse por medio de la navegación. Su límite debe ser fijado hacia el año −4500. Aunque los cráneos de los capsienses sean idénticos a muchos de los cráneos de las poblaciones actuales, se cree que los auténticos protobereberes no aparecen más que en el Neolítico, porque las costumbres funerarias capsienses parece que no han sobrevivido en el mundo libio-bereber [8]. Se observará, sin embargo, que la costumbre capsiense de la utilización y de la decoración de los huevos de avestruz que caracterizaba al «Capsian way of life», según la enérgica expresión de Camps-Fabrer [9], se ha mantenido a través del Neolítico hasta las poblaciones libias de época histórica, como los garamantes que, según Lucien (*Dips.*, 2 y 6) utilizaban esos huevos para múltiples fines; esta afirmación ha sido confirmada por las excavaciones de Abu N'jem en Tripolitania interior [10]. Sin duda, los hombres neolíticos del Africa menor pueden ser considerados como los primos de los capsienses. En cualquier caso, la población histórica del Magreb resulta ciertamente de la fusión, en unas proporciones que están aún por precisar, de esos tres elementos: iberomaurasiense, capsiense y neolítico.

Se ha convenido en hacer comenzar la época neolítica con la aparición de la cerámica. Dataciones recientes por el C 14 ponen en evidencia que el empleo de la cerámica se difundió a partir del Sáhara central y oriental. En esa área, el Neolítico más antiguo es de tradición sudanesa. Los inicios de la cerámica puede ser fijados en

[5] L. Balout, 1967, pág. 23.
[6] G. Camps, 1974 (b) *o. c.*, pág. 265.
[7] Se notarán las reservas de G. Camps, 1974, *o. c.*, pág. 159.
[8] L. Balout, 1955, *o. c.*, págs. 435-437.
[9] H. Camps-Fabrer, 1966, pág. 7.
[10] Cf. R. Rebuffat, IV, 1969-1970, pág. 12.

el VII milenio desde Ennedi a Hoggar [11]. Aquellos que la fabricaban eran probablemente negros o negroides emparentados con los sudaneses de la región de Jartum. El buey es, sin duda, domesticado hacia el año −4000, lo más tarde. No es imposible que los bóvidos hayan sido domesticados más antiguamente en Acacus [12]. El Neolítico de tradición capsiense es un poco más tardío. Comienza también por el Sáhara, hacia −5350 en Fort Flatters [13], incluso un poco antes en el valle del Saoura, y no se afianza en la parte norte del área capsiense antes del año −4500. Entre esas dos corrientes que interesan «al Magreb de las tierras altas y al Sáhara septentrional», el Neolítico sólo se manifiesta sensiblemente más tarde. Una influencia europea sólo es admisible en una tercera civilización neolítica puesta en evidencia en las costas de Marruecos y de Orán a partir del VI milenio antes de la era cristiana [14], aunque se duda en remontar a una época tan antigua los orígenes de la navegación en el estrecho de Gibraltar. L. Balout [14] admitiría remontar al IV milenio antes de la era cristiana los comienzos de la navegación por el estrecho de Gibraltar.

Hacia la mitad del III milenio, finaliza el período húmedo del Neolítico, como lo atestigua la datación de guano de Taessa, en Atakor, en Hoggar [15]. Los trabajos de Arkell sobre la fauna y la flora fósiles de los yacimientos mesolíticos y neolíticos de la región de Jartum casi confirman esa fecha para el alto valle del Nilo. Desde entonces, Africa del Norte, separada casi totalmente del conjunto del continente por un desierto, se encontró en una posición casi insular, no comunicándose fácilmente con el resto de Africa más que por el estrecho pasillo tripolitano. Pero esa ruptura grave de la antigua unidad africana fue compensada por las relaciones, inauguradas precisamente en esa época, entre las dos alas del Magreb con el sur de la Península Ibérica, de una parte, y con Sicilia, Cerdeña, Malta y el sur de Italia, de otra [16].

Desde el final del III milenio antes de la era cristiana, los cascotes pintados de Gar Cahal, en la región de Ceuta, tienen algún parecido con la cerámica calcolítica de Los Hillares; por lo tanto, hay que suponer relaciones por vía marítima [17] que remontan quizá al IV milenio. A partir del año −2000, marfil y huevos de avestruz son importados en España, a pesar de que las vasijas campaniformes de origen ibérico aparecen en las regiones de Ceuta y Tetuán. Hacia −1500 se constata en el oeste del Africa menor la presencia de puntas de flechas de cobre o de bronce importadas en su origen, sin duda, por cazadores de Iberia. Parece que no se extendieron hacia el oeste más allá de la región de Argel. El uso del bronce apenas se desarrolló en Africa del Norte, debido a la falta de estaño. En el otro extremo del Africa menor, desde Korba a Bizerta, la presencia de fragmentos de obsidiana, procedente de las islas Lipari y elaborada en Sicilia y en Pantelleria, atestigua los comienzos de la navegación en el estrecho de Sicilia. G. Camps [18] ha subrayado los numerosos préstamos hechos desde entonces por Africa menor oriental a sus vecinos europeos: las tumbas rectangulares

[11] Cf. H.-J. Hugot, 1963, págs. 134 y siguientes, 138 y nota 3 y pág. 185. Sobre las dataciones recientes al carbono 14, G. Camps, 1974 (b), *o. c.*, pág. 269.

[12] W. Resch, 1967, pág. 52, cf. también P. Beck y P. Huard, 1969, pág. 193. Cf. F. Mori 1964, págs. 233-241; J. P. Maitre, 1971, págs. 57-57.

[13] G. Camps, G. Delibrias y J. Tommeret, 1968, pág. 23.

[14] L. Balout, 1967, *o. c.*, pág. 28 y G. Camps, 1974 (b), pág. 272.

[15] A Pons y P. Quezel, 1957, págs. 34-35; G. Delibrias H. J. Hugot y P. Quezel, 1957, págs. 267-270.

[16] G. Camps 1960 (a), págs. 31-35; y 1961.

[17] G. Souville, 1958-1959, págs. 315-344.

[18] G. Camps, 1974 (d), *o. c.*, pág. 206.

• *Cráneo de Columnata. Arriba:* cranium norma lateralis; *abajo:* calva norma lateralis dextra *(Fuente: L. Balout, 1955, pl. VI, p. 79. Fotografía Bovis, Museo de Bardo, Argel, col. Cadenat).*

con pasadizo estrecho y hueco, igualmente rectangular, excavadas en los acantilados llamados *haounanet* existen en Sicilia desde el año −1300; los dólmenes de Argelia y de Tunicia son de un tipo propagado en Cerdeña y en Italia; la cerámica de Castellucio difundida en Sicilia hacia el año −1500, con sus motivos geométricos pintados en gris oscuro o negro sobre fondo más claro, anuncia la alfarería kabila, etc. Por Malta, Pantelleria y Sicilia transitaron las más lejanas influencias, chipriotas o micrasiáticas, desde que los navegantes egeos, y después los fenicios arribaron a esas islas. Así se insertaba en el conjunto mediterráneo, mucho antes de la fundación de Cartago, esa tierra de Africa del Norte, gigantesca península que recibía, no obstante, por el pasillo tripolitano otros rasgos de civilización, como esos monumentos funerarios con nicho y con capilla extendidos en épocas remotas sobre la orilla meridional del Atlas y en los que se practicaba quizá el ritual de la incubación. La tumba de Tin Hinan es una variante de ese tipo de monumento [19].

Era necesario subrayar la originalidad profunda del Africa menor a orillas del continente africano, que resulta, a la vez, de la desecación del Sáhara y de la aparición de la navegación. Sin embargo, no todo vínculo fue cortado con el Africa profunda. Aunque el clima de Africa del Norte en la Antigüedad era sensiblemente como es en nuestros días, la orilla sahariana siguió siendo durante mucho tiempo regada por la lluvia y más poblada de árboles en sus relieves [20], con una capa freática mucho menos baja que permitía un aprovisionamiento de agua más fácil y, por consiguiente, la utilización del caballo para las comunidades saharianas. Principalmente en Fezzán han subsistido mucho tiempo afloramientos lacustres de la capa freática, según Plinio el Viejo (H. N. XXXI, 22) quien habla del lago salado Apuscidamo (=apud Cidamum) y al-Bakri (*Description del'Africa Septentrionale*, trad. de Slane, pág. 116), quien menciona regiones de marismas desde Nefzaoua hasta Ghadames. Se puede considerar como un recuerdo viviente de la unidad africana original la presencia en la Antigüedad, en contacto con el mundo libio-berebere en la mayor parte de los oasis del Sáhara, en Fezzán y en toda la vertiente sahariana del Atlas, de hombres de piel oscura a los que los griegos llamaron «etiopes», es decir, «rostros quemados» [21]. Llevaban una existencia apacible dedicada no sólo a la recolección y a la caza, sino también a una agricultura fundada sobre antiquísimos métodos de riego [22].

Ciertamente, sería erróneo imaginar un Sáhara totalmente etíope en el Neolítico y en la época protohistórica, aunque se tenga la precaución de dar a la palabra «etíope» su significado muy general de hombre de color, no debiendo traducirlo por «negro». M.-Cl. Chamla [23] recientemente ha creído poder establecer que sólo la cuarta parte de los esqueletos de ese período podía ser atribuida a negros, mientras que más del 40%

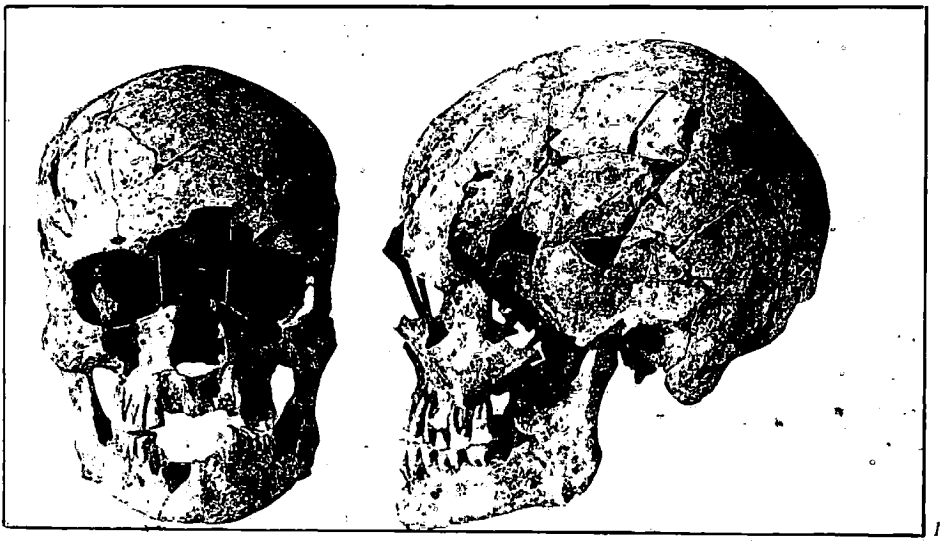
[19] G. Camps, 1974 (d), *o. c.*, págs. 207 y 568; y 1965, págs. 65-83.

[20] K. W. Butzer, 1961, pág. 48, cree en una ligera mejoría climática en el primer milenio antes de la era cristiana; opinan lo contrario P. Quezel y C. Martínez, 1958, pág. 224, quienes creen que la desertización ha sido constante desde −2700.

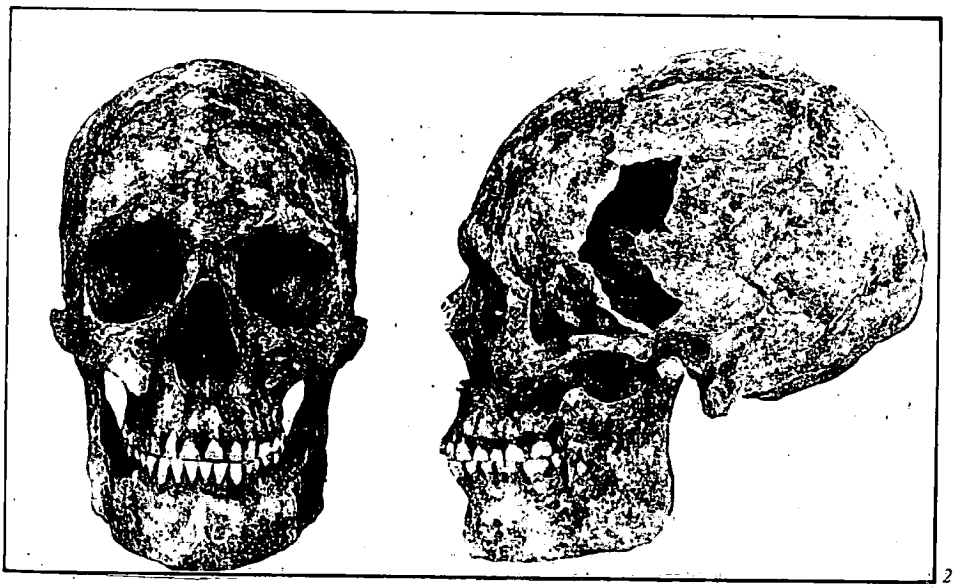
[21] Sobre los etíopes de Africa del Norte, cf. Gsell, *H.A.A.N.* I, págs. 293-304. Sobre el concepto de etíope (el nombre aparece ya en las tablillas de Pylos bajo la forma ai-ti-jo-qo), cf. M.F. Snowden, 1970, páginas 1-7 y 15-16, así como las observaciones de J. Desanges, 1970, págs. 88-89.

[22] Sobre el riego y el cultivo en los oasis del sur tunecino, cuya población era en parte «etíope», cf. Plinio el Viejo *H. N.* XVIII, pág. 188 y Bakri, pág. 116. Sobre la importancia de los canales subterráneos (foggaras) de los garamantes, población mixta, cf. C. Daniels, 1970, pág. 17. Sin embargo, pone reservas H. Lhote, 1967, págs. 67-68, quien cree que la recolección ha seguido siendo durante mucho tiempo el recurso esencial de esos «etíopes».

[23] M. C. Chamla, 1968.



1



2

• *1. Hombre de Champlain: cráneo iberomorosiense. Izquierda:* norma facialis: *derecha:* norma lateralis sinistra *(Fuente: L. Balout,* Les hommes préhistoriques du Maghreb et du Sahara», *1955, pl. VIII, p. 90. Fotografías M..Bovis, Museo de Etnología y Prehistoria de Bardo, Argel).*

• *2. Cráneo de hombre capsiense. A la izquierda:* norma facialis; *a la derecha:* norma lateralis sinistra *(Fuente: L. Balout, 1955, pl. X, p. 11;. Fotografías Delorme, Museo de Bardo, Argel).*

de ellos no presentan carácter alguno negroide. Pero los restos mortales de niños descubiertos en el depósito de un refugio bajo rocas del Acacus [24] y datados en 3446 ± 180 (antes de la era cristiana) son negroides.

En las necrópolis púnicas, los negroides no son raros y había auxiliares negros en el ejército de Cartago [25] que ciertamente no eran nilóticos. Más aún, si hemos de creer a Diodoro [26], en Tunicia del Norte, al final del siglo IV antes de la era cristiana, un lugarteniente de Agatocles sometió una población cuya piel era parecida a la de los etíopes. Durante toda la época clásica, son numerosos los testimonios que aseguran la presencia de «etíopes» en los límites meridionales del Africa menor. También se mencionan pueblos de razas intermedias, melanogétulos o leucoetíopes, principalmente en Ptolomeo (*Geogr.* IV, 6, 5 y 6) [26].

Los garamantes mismos eran considerados, a veces, como «un poco negros», y hasta como negros: «Un poco negros»: Ptol. I, 9, 7 [26]; son «más bien etíopes» según Ptol. I, 8, 5 [26]. Un esclavo garamante es evocado como teniendo un cuerpo del color de la pez: *Anthologia latina,* A. Riese [26]. Una investigación antropológica realizada en sus necrópolis confirma su carácter racial compuesto [27]; y es un prejuicio total y una afirmación improbable asegurar que los esqueletos negroides son los de sus esclavos, porque es arbitrario considerar que sólo dos grupos de esqueletos (los blancos) de los cuatro representan a los garamantes de la antigüedad.

Esas poblaciones de color parece que no tienen parentesco alguno con la mayor parte de las poblaciones actuales de las orillas del Senegal y del Níger. Se trata de un conjunto étnico original, recubierto hoy en gran medida por una aportación continua de africanos occidentales, provocada por el tráfico medieval de los esclavos. S. Gsell [28], siguiendo a R. Collignon, describe cómo sigue al «etíope» de la antigüedad, según la prosperidad que él habría dejado en los oasis del sur de Tunicia: «Estatura por encima de la media, cráneo muy largo y estrecho, cuya cima está proyectada hacia atrás, frente oblicua, arcos superciliares salientes, pómulos fuertes partiendo de los cuales la parte delantera del rostro se abre en triángulo, con labios gruesos, mentón deprimido, hombros anchos y cuadrados, tórax en forma de cono invertido y muy estrecho encima del pelvis. La piel es muy oscura, de un moreno rojizo, los ojos muy negros y los cabellos, que apenas son rizados, del color del azabache». En resumen, un tipo bastante próximo a algunos nilóticos. Pero el tipo físico de los pastores de bóvidos, los antepasados de los «etíopes» del Sáhara, dista mucho de ser uniforme. Una parte de ellos, según H. Lhote y G. Camps [29], harían pensar en los peul actuales; otros, en los tubus. H. von Fleischhacher [30] supone entre ellos la existencia de khoisánidas, así como descendientes de un *homo sapiens* indiferenciado (ni negro, ni blanco) procedente de Asia.

Libio-bereberes (moros y númidas en el litoral, gétulos en las mesetas), saharianos blancos, «etíopes» esparcidos desde Sous hasta el Djerid, así son los pueblos del Africa menor en la época de las primeras navegaciones fenicias, y así seguirán siendo durante toda la antigüedad.

[24] F. Sattin, 1964, pág. 8.
[25] Durante la campaña de Sicilia en −480 (Frontino, ed. 1888, I, 11, 18).
[26] Diodoro, XX, 57-5; Ptolomeo, ed. 1901, págs. 743-745, pág. 25, pág. 21; A. Riese, 1894.
[27] S. Sergi, 1951.
[28] S. Gsell, *H.A.A.N.* I, pág. 294.
[29] H. Lhote, *o. c.*, 1967, pág. 81; G. Camps, 1970, págs. 39-41.
[30] H. von Fleischhacher, 1969, págs. 12-53.

LOS PROTOBEREBERES EN SUS RELACIONES CON LOS EGIPCIOS Y LOS PUEBLOS DEL MAR

Las fuentes de la historia de Libia en el segundo milenio, inscripciones o documentos simbólicos, son esencialmente egipcias y se refieren a las poblaciones libias en contacto con Egipto [31] y que, anteriormente a la unificación del valle del Nilo, poblaron el noroeste del Delta.

Desde la época predinástica, hacia la mitad del IV milenio, el mango de marfil del cuchillo de Djebel-el-Arak tal vez habría representado a libios con cabellos largos llevando por toda vestimenta un cinturón que sostenía la funda fálica. Pero esa interpretación ha sido puesta en duda y no podemos estar seguros de la identidad de los libios en la iconografía más que con la aparición del primer nombre que les dieron los egipcios, el de tehenu. Según W. Hölscher [32], el nombre aparecería en un fragmento de paleta de esquisto del rey Escorpión y después en un cilindro de marfil de Hieracómpolis del reinado de Narmer (comienzo del III milenio). Este último documento representa el botín y los prisioneros del faraón. Pero, sobre todo, un bajorrelieve del templo mortuorio de Sahue (dinastía V, cerca del año −2500), nos informa sobre el aspecto físico y los vestidos de los tehenu.

Esos hombres de estatura alta, perfil fino, labios gruesos y sotabarba, tienen un peinado característico: un tosco «corte bajo» en la nuca, un largo mechón que llega a los hombros, y una pequeña mecha trenzada sobre la frente. Además del cinturón y la funda fálica ya citados, se distinguen por llevar anchas cintas que pasan sobre los hombros cruzándose en el pecho y un collar adornado con colgantes. En el III milenio poblaban el desierto libio y sus oasis.

Bajo la VI dinastía, hacia 2300 antes de la era cristiana, son mencionados los temehu; no se trata de una rama de los tehenu, como creía O. Bates [33], sino de un grupo nuevo étnico, de piel más clara y de ojos azules, con un porcentaje no desdeñable de rubios [34]. Su manto de cuero deja aparecer frecuentemente una espalda desnuda. Según la relación del tercer viaje de Hirkuf, parece que su país era vecino de la Baja Nubia, y debía englobar al Gran Oasis (Kharga) [35]. Se ha querido identificarlos con la población del Grupo C, instalada en la Baja Nubia durante el Imperio Medio y el comienzo del Imperio Nuevo [36], hipótesis reforzada por la semejanza de la cerámica de ese grupo con la cerámica encontrada en el Wadi Howar, a 400 kms. al suroeste de la 3.ª Catarata [37].

Esos temehu parece que han sido muy belicosos y los faraones del Imperio Medio debieron atacarlos frecuentemente. Bajo el Imperio Nuevo, están representados frecuentemente y son muy reconocibles por su coleta trenzada que cuelga delante de las orejas y se dobla sobre los hombros. Con frecuencia llevan plumas en sus cabellos y a veces están tatuados. Van armados con arco, y a veces con la espada o con el

[31] Cf. F. F. Gadallah, 1971, págs. 43-75.
[32] W. Holscher, 1955, pág. 12.
[33] O. Bates, 1914, pág. 46.
[34] G. Moller, 1924, pág. 38; W. Holscher, *o. c.*, pág. 24.
[35] O. Bates, *o. c.*, págs. 49-51.
[36] O. Bates, *o. c.*, pág. 249, nota 3 y 251; desde el punto de vista del vocabulario, cf. W. Vycichl, 1961, págs. 289-290.
[37] W. Holscher, *o. c.*, págs. 54-37; A. J. Arkell, ed. 1961, págs. 49-50; reservas de B. G. Trigger, 1965, páginas 88-90.

bumerang. Todos esos rasgos son también señalados por Herodoto en el siglo V en los libios de las Sirtes. Por tanto, se puede admitir que los temehu son los antepasados de los libios a quienes conocieron los griegos en Cirenaica. Pero, sin embargo, no se puede aceptar la hipótesis audaz de G. Möller[38], quien los identifica con los adurmakhidae, los vecinos inmediatos de los egipcios según Herodoto (IV, 168), aunque estos últimos hayan sido considerados por Silio Itálico (*Punica*, IX, hacia 223-225), como ribereños del Nilo bastante parecidos a los nubas y aunque tal vez en ocasiones hayan ocupado oasis meridionales. Según el mismo autor (*Punica*, III, 268-269), su cuerpo estaría ennegrecido por el sol, como el de los nubas, indicación que se referiría a los adurmakhidae de la Baja Nubia, de los que los temehu han sido vecinos; pero tales indicaciones no hacen alusión al color claro de la piel de los temehu. Su presencia en Kawa es una hipótesis que ha sido considerada[39].

Las empresas de los temehu se hicieron más peligrosas bajo la XIX dinastía. Después que Seti I los hubo rechazado hacia −1317, Ramsés II incorporó contingentes libios en el ejército egipcio y organizó una línea de defensa a lo largo del litoral del Mediterráneo hasta El-Alamein[40]. La estela de El-Alamein, que nos informa sobre la ocupación de la región por Ramsés II, es el primer documento que menciona a los libu. A partir del nombre de ese pueblo, los griegos llamaron Libia a su área de recorrido primero, y después poco a poco a toda Africa. Bajo Mineptah, en −1227, son mencionados los maschwesch (o meshwesh), vecinos occidentales de los libu[41]. Los libu, como los maschwesch, parece que formaban parte del grupo más general de los temehu[42]; pero las representaciones simbólicas muestran que los maschwesch llevan la funda fálica (sin duda, porque están circunscidados), mientras que los libu llevan taparrabos. Tras haber ocupado los oasis de Baharieh y de Farafara, las tribu coligadas fueron vencidas al nordeste de Menfis por los egipcios. Una inscripción del templo de Karnak señala la presencia en las costas de libios de diversos pueblos del norte: akaiwesh, tursha, shardanes y shakalesh. Pertenecen al grupo de los pueblos del mar que desvastaban entonces a Palestina. Su aparición al oeste de Egipto es bastante inesperada, y a veces se ha supuesto que la inscripción de Karnak mezclaba dos campañas casi contemporáneas realizadas una al este y otra al oeste del Delta[43], o que esos contingentes nórdicos eran simplemente mercenarios desertores del ejército egipcio.

Pero las dos guerras egipcio-libias mejor conocidas datan del reinado de Ramsés III, en −1194 y −1188. Están relatadas por el gran Papiro Harris y por las inscripciones y bajorrelieves del templo funerario de ese faraón en Medinet-Habu. Los libu, y después los maschwesch, intentaron en vano forzar en el Nilo la resistencia

[38] G. Moller, *o. c.*, pág. 48; refutación filológica de W. Holscher, *o. c.*, pág. 50.

[39] Cf. M. F. L. Macadam, 1949, 1, pág. 100.

[40] J. Y. Brinton, 1942, vol. 35, págs. 78-81, 163-165 y pl. XX, fig. 4; A. Rowe, 1948, págs. 6 y 7, fig. 4; sobre seis nuevas estelas que representan escenas de victoria de Ramsés II sobre los libios, descubiertas después en Zawyet y en Rackam por Labib Habachi, cf. J. Leclant, 1954, pág. 75 y pl. XVIII.

[41] G. A. Wainwright, 1962, págs. 89-99. Sobre los nombres de los jefes libou y maschwesch, cf. J. Yoyotte, 1958 pág. 23; J. Yoyotte considera a los libou más próximos al Delta. F. Chamoux, 1953, pág. 55, los fija por el contrario al oeste de los maschwesch, erróneamente a nuestro parecer. Libia, en sentido estricto, siguió siendo una región vecina de Mareotis, cf. Ptolomeo, ed. 1901, *o. c.*, págs. 696-698. Los libou habían debido establecerse, por tanto, más cerca de Egipto. Sobre los destinos posteriores de esas poblaciones, cf. J. Yoyotte, 1961, págs. 122-151.

[42] W. Holscher, 1955, *o. c.*, págs. 47-48.

[43] F. Chamoux, *o. c.*, pág. 52.

egipcia. Fueron vencidos sucesivamente. Numerosos prisioneros fueron incorporados al ejército del faraón y sus cualidades militares fueron tan apreciadas que los oficiales libios, al final del Imperio Nuevo, habían adquirido en el seno de ese ejército una influencia preponderante. Entre los libios con los que se enfrentó Ramsés III, son mencionados los esbet y los beken. Estaríamos tentados a relacionar con esas etnias a los asbites (var. asbistes) y los bakales de Herodoto (IV, 170, 171). Pero la lectura esbet es en realidad dudosa [44] y la semejanza se hace, pues, frágil. En cualquier caso es poco razonable identificar a los maschwesch con los maxues de Herodoto (IV, 191), sedentarios y establecidos en Tunicia [45].

Las victorias de Ramsés III tuvieron, entre otras, una consecuencia importante: le permitieron controlar los oasis occidentales donde se propagaba el culto de Amón de Tebas. Ese culto se implantó muy particularmente en el oasis de Siuah, y después por las «pistas de la sed» llegó poco a poco a Tripolitania [46] y, en la época púnica, no dejó de influenciar el culto del dios Ba'al Hammon [47], su casi homónimo.

Tales son los primeros testimonios que nos informan sobre los libios en el extremo oriental de su amplia área de implantación. Hay que observar que los pueblos del mar no son mencionados más que una sola vez en contacto con los libios, bajo el reinado de Mineptah, en −1227, por una inscripción de Karnak, y que incluso esa mención puede resultar de la amalgama de varias campañas [48]. Pero admitiendo la presencia de varios destacamentos de los pueblos del mar entre los libios, ¿se debe pensar que son esos pueblos los que han transmitido el uso de los carros a los libios, primero en las proximidades de Egipto y luego en todo el Sáhara?

Esa tesis goza del favor de excelentes especialistas del Sáhara [49]. Sin embargo, apenas hay semejanza entre las representaciones egeas y las saharianas de carros, como ha demostrado perfectamente un arqueólogo de la Antigüedad clásica, G. Charles-Picard [50] y un especialista del caballo, como J. Spruytte [51]. Los carros del Sáhara son vistos desde la perspectiva de los caballos y no de perfil. Su plataforma no está elevada y tiene el centro del eje bastante lejos de las ruedas, lo que limita prácticamente la carga a un ocupante, que lleva entre las manos una especie de martinete y no un arma. Los caballos, con frecuencia de raza bereber, enganchados por un yugo de nuca y no de cruz, están representados ciertamente en extensión

[44] H. Gauthier, 1927, I, págs. 104 y 217; J. Leclant, 1950 (b), pág. 338; W. Holscher, 1955, *o. c.*, pág. 65, nota 2. Esa lectura hace pensar en los isebeten de los relatos tuareg, cf. W. Wycichl, 1956, págs. 211-220.

[45] Cf. Las reservas justificadas de S. Gsell, *H.A.A.N.* I, pág. 354; *id.*, 1915, págs. 133-134.

[46] J. Leclant, 1950 (b), págs. 193-233; R. Rebuffat, 1970, págs. 1-20; sobre el culto de Amón alrededor de las Syrtes, cf. S. Gsell, *o. c.*, IV, pág. 286.

[47] M. Leglay, 1966, págs. 428-431, no cree que el Amón de Siouah haya servido de intermediario entre el Amón de Tebas y Ba'al Hammon: cree que los libio-bereberes del Africa menor hasta Orán han sido afectados por las influencias egipcias en una época anterior a la fundación del santuario de Siouah. El culto de Ba'al Hammon púnico se habría superimpuesto a un culto local del carnero asemejado ya al Amón egipcio.

[48] Así, las representaciones figuradas de Médinet-Habou mezclan los asaltos de los libios en −1194 y en −1188 y la invasión de los Pueblos del mar en −1191, cf. E. Drioton y J. Vandier, 1962, págs. 434-436.

[49] R. Perret, 1936, págs. 50-51.

[50] G. Charles-Picard, 1958 (a), pág. 46. Se notará, no obstante, que aunque las observaciones del autor sobre la originalidad de la iconografía del carro en el Sáhara son totalmente razonables, su tesis según la cual esa inconografía habría sido influenciada por el arte imperial romano es incaceptable, como lo han subrayado G. Camps, 1960 (b), pág. 21, nota 46, y H. Lhote, 1953, págs. 225-238. Desde la época de Ramsés III hasta los testimonios de Diodoro, XX, 38, 2 y de Estrabón, XVIII, 3, 7, que dependen de las fuentes anteriores al Imperio romano, los libios, desde las orillas de las Syrtes hasta el sur de Marruecos, han estado en posesión de carros, cf. O. Bates, 1914, *o. c.*, pág. 149.

[51] J. Spruytte, 1968, págs. 32-42.

(«galope flotante»), pero sin que sus corvejones, ni sus patas estén representados. Además, en los documentos egeos, el «galope flotante» no es la actitud de los caballos enganchados. Los carros saharianos parecen, pues, que tienen una gran originalidad. Se trata de vehículos «deportivos» bastante frágiles.

En consecuencia hay que disociar probablemente los carros saharianos de los carros de guerra atestiguados en la Antigüedad entre los adversarios de Ramsés III, y después entre los garamantes (carros de cuatro caballos), los asbites, los zaueces, los libios, vecinos de Cartago al servicio de Agatocles, los farusianos y los nigritas. En lugar de suponer un préstamo a los pueblos del mar, es más probable admitir con W. Hölscher [52] que los libios copiaron el carro de los egipcios, que hacían uso de él desde la invasión de los hicsos, es decir, desde hacía cuatro o cinco siglos. En cuanto a los carros saharianos, su origen permanece misterioso. Completamente de madera y de una concepción muy simple, pueden haber sido fabricados según una técnica original [53]. Además, el caballo bereber (mongol), de pequeña talla, de línea frente-testuz convexa, de lomo fino y curvo con cinco vértebras lumbares y grupa en pendiente, no podría proceder del caballo árabe-oriental, de perfil rectilíneo, utilizado tanto por los hicsos como por los egeos [54]. Quizá se difunció a partir del Africa oriental y del Sudán [55], pero eso no es más que una hipótesis. Notemos que en las pinturas rupestres saharianas y en las representaciones de la época romana en el interior del *limes*, las representaciones del caballo árabe-asiático son muy escasas, pero existen [56]. Sin embargo, aun admitiendo que no tenemos que acudir en estos casos a un acuerdo extraño entre las realidades africanas, resulta que hasta la llegada de los árabes, el caballo bereber es el que sigue siendo dominante en el África menor.

Aunque se puede admitir que los libios orientales han prestado la espada larga a los pueblos del mar, parece que ésta no ha sido ampliamente difundida [57]. En resumen, parece que los pueblos del mar no han ejercido sobre la civilización libia la gran influencia que les atribuyen muchos eruditos. En cambio, la influencia egipcia, favorecida por afinidades étnicas en el Delta en la época protohistórica, no debe ser despreciada, aunque su difusión sea aún poco conocida.

LA VIDA DE LOS BEREBERES ANTES DE LA FUNDACION DE CARTAGO

No son los fenicios los que enseñaron a los libio-bereberes la agricultura, como han subrayado no sin razón H. Basset [58] y G. Camps [59]. Estos la practicaban, en

[52] W. Holscher, 1955, *o. c.*, pág. 40; G. Camps, 1961, pág. 406, nota 3. Una representación del carro libio, bajo Ramsés III, es imposible de distinguir de las representaciones de los carros egipcios, cf. W. M. Muller, 1910, pág. 121.

[53] J. Spruytte, 1967, págs. 279-281. Sin embargo, P. Huard y J. Leclant, págs. 74-75, suponen que los carros de los equidianos del Sáhara han nacido de la imitación de los carros egipcios, pero se habrían convertido rápidamente en vahículos de deporte y de prestigio, según un proceso que permanece oscuro.

[54] J. Spruytte, 1968, *o. c.*, págs. 32-33. Las acertadas observaciones del autor conducen no obstante, página 35, a una hipótesis poco verosímil: el caballo árabe provendría, en época muy remota y por el estrecho de Gibraltar, de España, e incluso del sudeste de Francia.

[55] P. Beck y P. Huard, 1969, pág. 225.

[56] G. Esperandieu, 1957, pág. 15.

[57] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, pág. 112 y notas 371-373.

[58] H. Basset, 1921, págs. 340 y siguientes.

[59] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, págs. 69 y siguientes.

efecto, desde el final del Neolítico. Suponer que los cananeos introdujeron la agricultura en Africa menor en el transcurso del segundo milenio antes de la era cristiana es una hipótesis muy aventurada. Grabados y pinturas de la edad de los metales representan, más o menos sistemáticamente, un arado común en Cheffia (este de Constantina) y en el Alto Atlas[60]. Al oeste de Tebessa, en la región del aduar Tazbent, divisiones en cuadrícula constituyen en nuestros días los vestigios de instalaciones hidráulicas primitivas muy anteriores a la época de los reinos indígenas. Los usuarios de esas instalaciones tenían unas herramientas aún parcialmente líticas.

En tanto que los fenicios iban a introducir en Africa menor un arado de rejas de hierro triangulares, los bereberes usaban ya un tipo original de arado, aunque menos eficaz, que consistía en una simple estaca en pico de madera arrastrada y clavada en el suelo[61]. Ese arado debía haber acabado con el uso exclusivo de la azada, puesto que los guanches, usuarios de la azada, no conocieron el arado. Parece que al principio los libios tiraban frecuentemente ellos mismos de sus arados mediante cuerdas pasadas en torno a sus hombros. Pero sabían también desde hacía mucho tiempo uncir a los bueyes, como está representado en los frescos egipcios y en los grabados del Alto Atlas. En cambio, parece que no usaron trillos[62] antes de la época púnica: se limitaban a hacer patear la era por el ganado mayor.

Los botánicos han establecido que el trigo duro (llegado quizá de Abisinia) y la cebada[63] existían en Africa del Norte mucho antes de la llegada de los fenicios, así como las habas y los garbanzos[64], aunque este último debe su nombre bereber *ikiker* al latín *cicer*.

En materia de arboricultura, por el contrario, la influencia fenicio-púnica fue decisiva, sin embargo, los bereberes sabían quizá injertar el oleastro mucho antes que los cartagineses propagasen el cultivo del olivo. En cambio, no hay indicios de que la vid, que existía desde el comienzo del Cuaternario en la región de Argel, haya sido cultivada antes de la llegada de los fenicios. Los bereberes presaharianos, tales como los nasamones de Herodoto (IV, 172 y 182), y los «etíopes» explotaban la palmera datilera, menos extendida en las orillas del Africa menor que en nuestros días. En cuanto al higo, era para los bereberes el fruto por excelencia[65], aunque es un higo púnico muy fresco el que exhibió Catón el Viejo en Roma para preconizar la destrucción de una ciudad rival demasiado próxima.

La arqueología de los monumentos funerarios confirma la existencia en época remota de grupos importantes de sedentarios que practicaban la agricultura en el Africa menor. Ciertamente, la datación de los monumentos protohistóricos es particularmente difícil en esa región, debido a que la cerámica berebere es muy conservadora. De todos modos, por falta de documentos antiguos suficientemente datables, se considerará como representativo de la «vida precartaginesa» de los bereberes el material recogido en las necrópolis de época antigua prerromana exentas de influencias cartaginesas.

---

[60] J. Bobo y J. Morel, 1955, págs. 163-181; J. Malhomme, 1953, págs. 373-385.

[61] G. Camps, 1960 (b), págs. 82-83, con la bibliografía de pág. 82, nota 287.

[62] Sobre el *plostellum poenicum*, originario de Palestina y de Fenicia, cf. en último lugar J. Kolendo, 1970, págs. 15-16.

[63] J. Erroux, 1957, págs. 239-253.

[64] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, pág. 80.

[65] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, pág. 90.

Ese mobiliario funerario, como ha puesto en evidencia G. Camps [66], testimonia la gran antigüedad de la «civilización rural berebere». Se puede estimar con ese erudito que un mapa de repartición de las necrópolis protohistóricas con cerámica no da una idea bastante justa del área de extensión de la agricultura. Es sorprendente que los túmulos del sur del Africa menor no contengan alfarería, como tampoco las necrópolis elevadas del Sáhara entre Zahrez y el Hodna, ni las de Marruecos oriental entre Muluya y la frontera argelina. El estudio de las formas de la cerámica ha permitido a G. Camps conocer un poco el género de vida de los libio-bereberes en esa época. La tipología es muy parecida a la cerámica actual: tazones, cuencos y cubiletes para conservar líquidos y productos blandos, platos más o menos hondos, grandes fuentes bastante parecidas a las que sirven en nuestros días para la cocción de las tortas, las galletas y las pastas; una especie de compotera con pie está igualmente identificada como de la protohistoria en nuestra época. Las perforaciones prueban que desde la alta antigüedad los bereberes colgaban la vajilla en los muros. En cambio, vasos para filtrar no tienen equivalentes modernos y G. Camps se pregunta si no servirían para la separación de la miel o para la decocción de tisanas.

La arqueología establece también que los nómadas de los lugares meridionales se adornaban, más que los sedentarios, con armas, pulseras y pendientes de metal o perlas de cornalina. Algunos restos de paños atestiguan el uso de franjas de colores alternos. Los vestidos de cuero están frecuentemente representados en las pinturas rupestres del Sáhara y confirman informaciones de Herodoto (IV, 189). Grabados rupestres próximos a Sigus atestiguan la existencia antigua del manto con capucha, que es tal vez el origen de leyendas sobre los hombres acéfalos o los que tienen el rostro en el pecho. Los blemíes del desierto arábigo, en los confines del Alto Egipto, parece que también lo han llevado.

Númidas y moros estaban armados con una jabalina de hierro de hoja larga y estrecha y con un cuchillo de brazo, pero los sedentarios, al contrario de las poblaciones más meridionales, se hicieron enterrar pocas veces con sus armas. Las poblaciones «etíopes» o mixtas (nigritas y farusianos principalmente) estaban armados con el arco y las flechas. Como dice Estrabón (XVII, 3, 7), Plinio el Viejo (*HN*, VI, 194) nombra a una población del desierto «encima» del gran Sirte, con el nombre de Longonpori, término transcrito del griego y que significa «portadores de jabalina».

La principal riqueza de los nómadas era la cría de ovejas, cabras y bovinos. Una escena de ordeño está grabada en Djorf Torba, al oeste de Colomb Béchar [67], en una región hoy completamente desértica. Entre esos nómadas, según Elien (*NA*, VII, 10, 1), los perros hacían las veces de esclavos, porque ignoraban la esclavitud; la misma observación vale para los troglodítas del mar Rojo y los etíopes de las marismas del Nilo. Otros etíopes, por el contrario, según Elien (*NA*, VII, 40), hacían de un perro su rey (la fuente parece que es Aristocreón). Naturalmente se practicaba mucho la caza y, en el sur tunecino, en los confines de Etiopía, Ptolomeo menciona a los cazadores oreipaei, vecinos de los etíopes nybgenites que andaban errantes al sur de Djerid [68].

[66] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, págs. 96-97, 101-104 y 107-111.

[67] G. Camps, 1960 (b), *o. c.*, pág. 115 y fig. 13, pág. 116.

[68] J. Desanges, 1962, págs. 89-90, 129, 228-229. Los oreipaei/eropaei son quizá los antepasados de los rebâya de piel morena.

Conocemos muy poco la organización social de los libio-bereberes en la época anterior a los testimonios de las fuentes clásicas, si ponemos en entredicho toda reconstrucción pertinente partiendo de los testimonios posteriores. Las proporciones imponentes de las colinas de Rharb en Marruecos o del mausoleo de Medracen en Constantina, sugieren que tanto al oeste como al este del Magreb independiente de Cartago, se habían constituido monarquías al menos desde el siglo IV. Pero eso es todo lo que podemos afirmar, porque el brillante cuadro de la organización social de los libios compuesto por S. Gsell se basa en general en documentos romanos de la época imperial, y hasta en el testimonio del poeta Coripo, contemporáneo de Justiniano.

LAS IDEAS RELIGIOSAS DE LOS LIBIO-BEREBERES

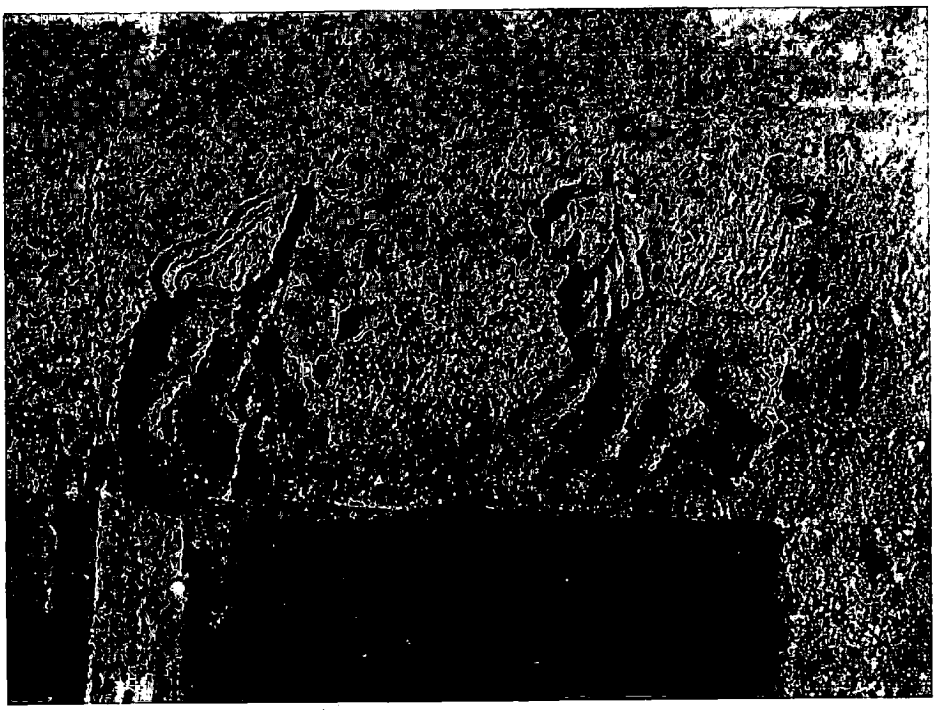
Es difícil aprehender las ideas religiosas de los libio-bereberes antes del impacto fenicio-púnico y luego romano. En efecto, la arqueología protohistórica no permite nunca reconstruir más que ritos y aún, en los que se refiere al Africa menor, esa posibilidad se limita al terreno funerario [69]. Por tanto, hay que recurrir de nuevo al testimonio de los autores clásicos y rebuscar en las inscripciones de la época romana, sin saber si las costumbres atestiguadas existían en épocas remotas, lo cual es el objeto de este capítulo. A posteriori, siempre es aventurado proyectar en el pasado las supervivencias preislámicas que se creen reconocer en las sociedades bereberes de las épocas medieval y moderna.

El sentimiento de lo sagrado entre los libios parece que estuvo fijado sobre principios muy variados. La fuerza sobrenatural frecuentemente era concebida como tópico, de donde surgen los numerosos genios fluviales o montañeses reverenciados en las inscripciones de la época romana [70]. Pero esa fuerza, una vez localizada, podía residir en objetos muy comunes. Piedras redondas (cantos de granito, por ejemplo) o puntiagudas, que simbolizan el rostro del hombre o su falo, han sido objeto de culto [71]. Pomponio Mela (Choz. I, 39) y Plinio (*HN*, II, 115) conocían en Cirenaica una roca que no se debía tocar ya que podía desencadenar el viento del sur. Las aguas dulces, y principalmente las fuentes y los pozos, daban lugar también a un culto. En el siglo IV de la era cristiana, Agustín nos dice que en la noche de san Juan, los númidas se bañaban ritualmente en el mar. La dendrolatría era practicada a veces: un concilio africano, en el siglo IV, pedía a los emperadores que destruyesen la idolatría «hasta en la madera y hasta en los árboles». Baños en mar en el solsticio de verano, culto al agua y a los árboles son la manifestación de una exaltación de la fecundidad que se expresa del modo más directo entre los dapsolibues, según Nicolás de Damasco (fragm. 135 = Müller C., *Fragmenta Hist. Graec.* III, pág. 462), un contemporáneo de Augusto: poco después de las Pléyades, a la caída de la noche, las mujeres se retiraban y encendían las luces. Los hombres iban a juntarse con ellas poseyendo cada uno la que el azar le ofrecía. Creemos que esos «dapsolibues» eran, en realidad dapsilolibues o «libios opulentos», lo cual hace muy comprensible su apego a los rituales de fecundidad, tales como la «noche del error».

[69] G. Camps, 1961, *o. c.*, pág. 461.

[70] Cf. en último lugar M. Leglay, 1966, *o. c.*, pág. 420 y nota 7, pág. 421 y nota 1, W. Vycichl, 1972, páginas 623-624.

[71] E. Gobert, 1948, págs. 24-110; W. Vycichl, 1972, *o. c.*, pág. 679.



• *Leones de Kbor Roumia (Fuente: Christofle,* La Tumba de la cristiana, *1851, fig. 102, p. 124).*

• *Estela libia de Abizar (al sudeste de Tigzirt) (Fotografía Museo de Antigüedades de Argel).*

• Losa irregular de arenisca; altura de 1,55 a 1,35 m.; anchura de 1,10 a 0,88 m.; grosor 0,10 m. Descubierta en un huerto de Abizar, en Kabilia.

Esta losa es la primera reproducción fotográfica que ha sido publicada de este monumento, cuya inscripción ha dado lugar a discusiones. El general Hanoteau veía en ella: «A Ioukas (o bien, Ioukar); Annoures rinde homenaje a su señor». Berbrugger proponía leer en ella el nombre de «Iakous». Aristide Letourneux reconocía más bien: «Babadjedel hijo de Kazrouz Radji». M. Halévy: «Ravai Mahanradun Bab hijo de Lal». M. Masqueray que ha leído en ella: «Babouadil hijo de Kenroun Ravai», ha relacionado, dubitativamente es cierto, el nombre de Babaouadil con el de Boabdil, último rey de Granada. Esa observación no ha encontrado el asentimiento de los eruditos, al ser el nombre de Boabdil, como todos sabemos, una deformación española del nombre árabe Abu-Abd-Allah.

El bajorrelieve representa a un caballero armado, con un escudo redondo y tres jabalinas en la mano izquierda, el brazo derecho levantado y la mano situada a la altura de la frente, con un objeto redondo, pero desconocido, entre el pulgar y el índice. Sobre la grupa del caballo hay un personaje de pequeña estatura, con la mano izquierda en contacto con el guerrero y la mano derecha levantada también: en esa mano sostiene un arma. El jinete tiene la barba triangular, puntiaguda, que le cae sobre el pecho. M. Masqueray ha propuesto ver en ella el velo de los tuareg, el *litam*. Esa asemejación parece tanto más difícil de admitir cuanto que el bigote está separado de esa barba para señalar la boca, parte del rostro que el *litam* tiene como finalidad taparlo. El caballo lleva en el cuello un amuleto [1] en el que Berbrugger veía un falo. Delante del caballo se encuentran dos animales: uno cuadrúpedo, quizá un perro, según M. Masqueray, y el otro, que parece un ave, puede ser un avestruz, como creía Berbrugger. El sentido de esas representaciones es incierto. Berbrugger ve a un cazador, «quizá al dios de la caza. El hombre pequeño que le sigue —creía este autor— acaba de batir los matorrales con su matrag y de lanzar los dos animales que figuran como muestra de caza de pelo y de plumas». Esa explicación anecdótica tiene pocas probabilidades de ser la auténtica.

El relieve está más grabado que esculpido. Se lo relacionará con interés con dos monumentos análogos, descubiertos por Masqueray en 1881, en Souama, entre los beni-bou-chaïb. Son éstas estelas toscas que representan, sin duda, jefes indígenas, aquellos, dice, a los que Roma había encargado la administración de las tribus de la montaña. Badagedel, célebre en lo sucesivo gracias a los trabajos que esta estela ha suscitado, era un personaje de la misma clase.

La estela de Abizar es un monumento capital para la historia del arte antiguo indígena. Representa, en la época romana, la tradición directa del arte bereber más antiguo. Los procesos de escultura y el sistema de dibujo de los que tal escultura da testimonio proceden directamente de la práctica a la que se deben las grandes esculturas rupestres de Hadjar el Khenga, como las de Moghar, Tyout, El Hadj Mimoun y de tantos lugares de Souf y del Sáhara.

[1] Cf. los caballos vencedores del mosaico de Hadrumete, *Col. Alaoui*, p. 20 ss y los medallones encontrados en la misma habitación, ibid., pp. 23 y 25, y los talismanes que llevan aún al cuello, colgados del mismo modo, los caballos y los mulos de los árabes.

Precisamente los animales que simbolizan del modo más evidente la fuerza fecundante son el toro, el león y el carnero, que fueron reverenciados por los libios. Coripo (Johannis IV, 666-673) nos narra cómo los laguantan (= Lewâta) de las Sirtes soltaban sobre sus enemigos un toro que representaba a su dios Gurzil, hijo de Amón. La tumba real de Kbor Rumia, cerca de Cherchel así como el mausoleo del príncipe de Dugga están decorados con imágenes del león. Pero el carnero sobre todo fue objeto de un culto [72], probablemente panafricano antes de la desecación del Sáhara. Atanasio (*Contra gentes,* 24) nos dice que ese animal era tenido por los libios como una divinidad, con el nombre de Amón. Hay que mencionar también el culto a los peces practicado en el área de la actual Tunicia y que explica en parte la abundancia de las representaciones de peces en los mosaicos de Tunicia. Como símbolo fálico, los peces eliminaban el mal de ojos. Un falo pisciforme está representado eyaculando entre dos sexos de mujer en un mosaico de Sussa. Al pez correspondía la concha, símbolo del sexo femenino muy extendido en la Africa menor que servía a los vivos de amuleto y reconfortaba a los muertos en sus tumbas.

Otras partes del cuerpo humano fueron consideradas como el receptáculo de fuerzas sobrenaturales, principalmente la cabellera. G. Charles-Picard [73] ha llamado la atención señalando que los libios llevaban una sola trenza en forma de casquete, como se ve desde los frescos egipcios hasta el Hermes libio de las termas de los Antoninos, pasando por los Maces de Herodoto (IV, 175). Si hemos de creer a Estrabón (XVII, 3, 7), los maurasienses evitaban aproximarse demasiado entre ellos en sus paseos para conservar la ordenación y compostura de sus cabelleras. Más que de coquetería, se trataba sin duda del temor religioso a un daño causado en su vitalidad. Por eso, sin duda, es por lo que entre las mujeres de los adyrmachides, la captura de los piojos iba acompañada de un ritual de venganza (Herodoto, IV, 168).

Más allá de la muerte, el hombre era rodeado de atenciones. El terreno del espacio religioso libio-berebere es el que la arqueología nos revela mejor. La monumental tesis de G. Camps [74] nos permite recordarlo brevemente. El cuerpo generalmente era enterrado, en posición lateral replegada o contraída. Con frecuencia los huesos habían sido previamente descarnados con cuidado. Más frecuentemente aún, la carne o los huesos eran cubiertos de un ocre rojo que creían que revivificaba al cadáver. Les dejaban alimentos para que el difunto se alimentara y amuletos que protegían su vida de ultratumba. Recibía numerosas ofrendas animales, por ejemplo, la de un caballo. Tal vez un asesinato ritual le permitía conservar a veces a sus fieles servidores. Los miembros de su familia iban a reunirse con él con mucha frecuencia, sobre todo en Orán y en Marruecos, su mujer, lo que prueba que la monogamia estaba muy extendida o, al menos, una poligamia selectiva.

Los sacrificios eran ofrecidos a los muertos ante sus tumbas o en cercados especiales orientados hacia el este, dirección del sol naciente. A veces, el poder vital del difunto era simbolizado por medio de menhires-obeliscos o por estelas-menhires. Herodoto (VI, 172) nos dice que los nasamones consultaban a sus antepasados sobre el futuro yendo a dormir en sus tumbas. G. Camps cree que ese ritual de incubación es

[72] G. Charles-Picard, 1958 (a), *o. c.*, pág. 11; M. Leglay, *o. c.*, págs. 421-423; G. Germain, págs. 93-124; W. Vycichl, *o. c.*, págs. 695-697.

[73] G. Charles-Picard, 1958 (a), *o. c.*, pág. 14.

[74] G. Camps, 1961, *o. c.*, págs. 461-566. No podemos intentar aquí más que un resumen muy sucinto de ese informe de los datos arqueológicos.

la razón de ser de los basinas y túmulos con plataforma. Pero, sobre todo, son los monumentos con capilla y cámara del Sáhara los que parecen apropiados para esa costumbre que estaba muy extendida entre los saharianos, puesto que la ausencia de visiones en sueños entre los atlantes (Herodoto, IV, 184) provocaba el asombro.

Herodoto (IV, 172) nos dice también que los nasamones prestaban juramento tocando las tumbas de los mejores y de los más justos. Ahí se puede ver el principio de un culto a los muertos. La arqueología protohistórica muestra que alrededor de algunas tumbas se han constituido cementerios enteros. Los muertos particularmente estimados en vida han podido reunir multitudes funerarias y sin duda también multitudes de vivos. G. Camps [75] se ha preguntado con razón si el culto a los muertos célebres no ha entrañado la formación o el remodelado de los conjuntos de poblaciones atestiguadas en las épocas púnica y romana. Una vez que se formaban los reinos, de modo natural aparecerá un culto al soberano difunto.

Los libios parece que no han creado grandes figuras divinas más o menos humanizadas. No ofrecían sacrificios, nos dice Herodoto (IV, 188), más que al sol y a la luna; sin embargo, los de región de Djerid ofrecían sacrificios a Atenas, a Tritón y a Poseidón, y los atarantes (Id., IV, 184), vecinos occidentales de los garamantes, maldecían al sol. Según Cicerón (*Rep.*, VI, 4), Massinisa daba gracias al sol y a las demás divinidades del cielo. En diversas ciudades del Africa romana, Mactar, Althiburos, Thugga y Sufetula, el sol siguió siendo reverenciado. Pero allí es posible una influencia púnica [76].

Además de los dos grandes astros, la epigrafía y las fuentes literarias nos revelan una multitud de divinidades, mencionadas frecuentemente una sola vez, y a veces incluso invocadas en forma colectiva, como los Dii Mauri [77]. Es cierto que un relieve descubierto cerca de Beja parece que representa una especie de panteón con siete divinidades. Pero se trata sin duda de un politeísmo organizado bajo la influencia púnica que llevó a los libios a personalizar las fuerzas divinas. Por su propia iniciativa, éstos estuvieron siempre más cerca de lo sagrado que de los dioses [78].

[75] G. Camps, 1961, *o. c.*, pág. 564.

[76] G. Charles-Picard, 1957, págs. 33-39.

[77] G. Camps, 1954, págs. 233-260.

[78] Sobre la hipótesis de que ha existido un gran dios principal entre los libio-bereberes, cf. M. Leglay, *o. c.*, págs. 425-431. Tras haber descartado a Iolaos, Baliddir y Iush, M. Leglay expresa la opinión de que el Amón de Tebas estaba a punto de imponerse en el Africa sahariana y en el Africa menor cuando los fenicios llegaron a este continente. Teoría muy interesante, pero que no parece totalmente demostrada.

Capítulo 18

EL PERIODO CARTAGINES

B. H. WARMINGTON

La entrada del Magreb en la historia escrita se inicia con el desembarco sobre sus costas de marinos y colonos llegados de Fenicia. Es tanto más difícil reconstruir la historia de esa época cuanto que casi todas las fuentes de información son griegas o romanas y puesto que, durante la mayor parte de ese período, los griegos y los romanos no tuvieron peores enemigos que los fenicios del oeste, principalmente los que estaban bajo la autoridad de Cartago. Eso explica por qué la imagen que de ellos nos dan Atenas y Roma es tan negativa. No subsiste nada de una literatura cartaginesa a pesar de los progresos registrados en el transcurso de las dos últimas décadas; la contribución arqueológica es igualmente limitada porque, en la mayor parte de los casos, los establecimientos fenicios están enterrados bajo ciudades romanas mucho mayores. Disponemos de un número importante de inscripciones en diversas versiones de la lengua fenicia, pero se trata sobre todo de inscripciones votivas o de epitafios de tumbas que nos proporcionan pocas informaciones.

El desarrollo de las civilizaciones libias autóctonas anteriormente al siglo III antes de la era cristiana [1] sigue siendo, en cierto modo, oscuro también. El Neolítico de tradición capsiense se prolonga más hacia atrás en el primer milenio antes de la era cristiana y pocos vestigios pueden ser atribuidos a una Edad de bronce distinta. Además, la historia arqueológica del primer milenio se caracteriza por una evolución lenta y continua, en la que las influencias fenicias se hacen cada vez más notorias casi a partir del siglo IV. El fenómeno particular de las tumbas cerradas por amplias losas dispuestas a nivel del suelo parece que no tiene relación con las civilizaciones megalíticas mucho más antiguas de la Europa del Norte y data probablemente de nuestra época. Los monumentos más importantes como los túmulos de Mzora y de Medracen están unidos, sin duda, con el crecimiento, en los siglos IV y III, de tribus más importantes. En todo el Magreb se da una uniformidad claramente marcada.

[1] En este capítulo, salvo indicaciones contrarias, las fechas se refieren a períodos anteriores a la era cristiana.

Los autores clásicos griegos y romanos citan, nombrándolas, un gran número de tribus distintas; sin embargo, para el período que nos ocupa, esos historiadores distinguían tres grupos principales en las poblaciones no fenicias del Magreb. En el oeste, entre la costa atlántica y Muluya (Mulucca), vivían los moros, de donde el nombre de Mauritania (antigua Maurusia) dado a ese territorio; pero, más tarde, esa denominación se extiende a regiones situadas mucho más al este, más allá de Chelif. Entre el territorio de los moros y el límite occidental extremo de la parte continental del territorio cartaginés (cf. a continuación) se extendía el país de los númidas o Numidia. Aunque los griegos y los romanos hayan hecho derivar, sin motivo, la palabra «númidas» del verbo «apacentar» y aunque hayan visto en él una evocación de la vida nómada propia de esos pueblos, no hay diferencia fundamental entre los habitantes de esas dos regiones. En ambos países prevalecía una cultura pastoril seminómada, aunque existiesen ya zonas de vida sedentaria y de agricultura permanente que continuaron extendiéndose. Además, habían comenzado contactos bastante estrechos entre Mauritania y el sur de la Península Ibérica, donde existían civilizaciones similares. El tercer grupo era el de los gétulos; así se designaba a los auténticos nómadas de los confines al norte del Sáhara. Los nombres clásicos de esos grupos y de las diversas tribus autónomas serán empleados a lo largo de este capítulo.

LOS PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS FENICIOS

Según la antigua tradición, Tiro fue el punto de partida de las expediciones hacia el oeste realizadas por los fenicios, quienes fundaron numerosos establecimientos. La Biblia, entre otras fuentes, confirma la preeminencia de Tiro sobre las demás ciudades fenicias durante el período que siguió, en el Próximo Oriente, al derrumbamiento de las civilizaciones de la Edad de bronce (siglo XIII). A partir del año 1000 aproximadamente, Tiro y las demás ciudades (Sidón y Biblos, por ejemplo) se convirtieron en los centros comerciales más activos de la zona oriental del mar Egeo y del Próximo Oriente y no sintieron apenas el crecimiento del Imperio asirio. La búsqueda de minerales, especialmente de oro, plata, cobre y estaño, atrajo a los mercaderes fenicios al Mediterráneo occidental. Esa búsqueda no tardó en conducirlos a España, que iba a ser una de las grandes fuentes de producción de plata en el Mediterráneo, hasta en la época romana. Debemos al historiador Diodoro de Sicilia (siglo I antes de la era cristiana) un análisis sin duda verídico de la situación general que reinaba en la época. Este refiere, en efecto, que «los autóctonos» (es decir, los habitantes de España) «desconocieron el uso de la plata hasta que los fenicios tomaron la costumbre, en el transcurso de sus expediciones comerciales, de cambiar pequeñas cantidades de mercancías por ese metal. Al transportar la plata a Grecia, Asia y otras partes, hicieron grandes fortunas. Gracias a una prolongada práctica en ese comercio su influencia aumentó, y pudieron fundar numerosas colonias en Sicilia, en las islas vecinas, en Africa, en Cerdeña y hasta en España». Según la tradición, el más antiguo de los establecimientos fenicios en Occidente se encontraba en el emplazamiento actual de Cádiz, cuyo nombre viene del fenicio «Gadir» (es decir «fuerte»), lo que hace pensar la existencia probable de un establecimiento comercial al principio.

La larga ruta marítima que conducía hasta los nuevos mercados de España necesitaba una protección, sobre todo dadas las condiciones de la navegación en la

Antigüedad, cuando era imperativo bordear las costas o tenían que echar el ancla o varar los barcos por la noche. Los fenicios seguían dos itinerarios. Uno pasaba al norte, a lo largo de las costas meridionales de Sicilia, de Cerdeña y de Baleares; la ruta sur bordeaba las costas de Africa del Norte. En esa ruta, los fenicios, se cree, disponían probablemente de un fondeadero cada 50 kms. aproximadamente, aunque diversos factores explican la transformación de esos puntos de escala en establecimientos permanentes: los lugares clásicos eran islotes en la proximidad de las costas o promontorios abordables por los dos lados. La utilización de esas escalas no ofrecía, por lo demás, dificultades especiales para los fenicios, porque las poblaciones del Magreb y, además, de casi todo el Mediterráneo occidental, tenían un nivel de desarrollo cultural, político y militar inferior al suyo. Además, factores estratégicos generales habían producido el desarrollo de algunos establecimientos con relación a otros. Es significativo, en efecto, que tres de los más importantes —Cartago y Utica (Utique) en Africa del Norte y Motyé (Mozia) en Sicilia— ocupan una posición estratégica en los estrechos que conducen del Mediterráneo oriental al Mediterráneo occidental, y que controlan las vías marítimas del norte y del sur.

FUNDACION DE CARTAGO

El nombre de Cartago (en latín, Carthago) es la traducción de «Kart Hadasht» que significa en fenicio «ciudad nueva». Eso puede hacer suponer que, desde el principio, ese lugar fue destinado a ser el principal establecimiento fenicio de Occidente, pero los datos arqueológicos que se refieren a sus orígenes son muy incompletos para que podamos estar ciertos de ello. Según la tradición, la ciudad fue fundada en −814, mucho después de Cádiz (−1110) y de Utique (−1101). Estas dos últimas fechas parecen legendarias. En cuanto al nacimiento de Cartago, los primeros datos arqueológicos fiables datan de la mitad del siglo VIII antes de la era cristiana, o sea, dos generaciones de diferencia con relación a la tradición. Ningún elemento histórico válido puede ser sacado de las diversas leyendas que los autores griegos y romanos nos han transmitido sobre la fundación de la ciudad. Indicios casi tan antiguos han sido descubiertos en Utique; y dataciones de los siglos VI y VII han sido efectuadas en Leptis Magna (Lebda), Hadrumeto (Sussa), Tipasa, Siga (Rachgoun), Lixus (en el ued Loukkos) y Essaouira (Mogador), la colonia fenicia más alejada que hasta ahora es conocida y ha sido clasificada. Descubrimientos datados en la misma época han sido realizados en Motyé, Sicilia, en Nora (Nurri o Norax), Sulcis y Tharros (Torre di San Giovani), en Cerdeña, en Cádiz y en Almuñecar, España. La concordancia general de los indicios arqueológicos muestra que aunque expediciones aisladas han podido ser efectuadas en una época más lejana ningún establecimiento permanente existía en la costa del Magreb antes del −800. Conviene subrayar que, a diferencia de las colonias que los griegos fundaron en Sicilia, en Italia y en otras partes en los siglos VI y VII, todos los establecimientos fenicios, incluido Cartago mismo, siguieron siendo pequeñas aldeas que, durante generaciones, no contaron sin duda más que con algunos centenares de colonos. Además, esas localidades permanecieron durante mucho tiempo dependientes políticamente de Tiro, lo que es normal, puesto que servían esencialmente de puntos de fondeamiento y de aprovisionamiento.

LA HEGEMONIA DE CARTAGO SOBRE LOS FENICIOS DEL OESTE

En el siglo VI antes de la era cristiana Cartago llegó a ser autónomo y estableció su supremacía sobre los demás establecimientos fenicios de Occidente, constituyéndose en cabeza de un imperio en Africa del Norte, cuya creación iba a tener profundas repercusiones sobre la historia de todos los pueblos del Mediterráneo occidental. Esa evolución se había visto favorecida principalmente por el debilitamiento del poder de Tiro y de Fenicia, la metrópoli, que cayeron bajo el yugo del imperio babilónico. Pero un factor más determinante aún había sido, según parece, la presión creciente ejercida por las colonias griegas de Sicilia. Las más importantes, como Siracusa, habían conocido un desarrollo demográfico y económico muy rápido; habían sido fundadas, sobre todo, para absorber el excedente de población que tenía la Grecia continental. Parece que en el siglo VII ningún conflicto importante enfrentó a los griegos con los fenicios, y se han encontrado huellas de importaciones griegas en numerosas colonias fenicias del Magreb. Pero en el año −580, la ciudad de Selinus (Selinonte) y otras poblaciones griegas de Sicilia intentaron expulsar a los fenicios de los establecimientos que éstos poseían en Motyé y en Palermo. Parece que Cartago dirigió las operaciones defensivas contra esa agresión que, en caso de éxito, hubiera permitido a los griegos amenazar a las ciudades fenicias de Cerdeña y les hubiera abierto la ruta del comercio hacia España, que hasta entonces les había sido cerrada. Ese éxito consolidó las colonias fenicias de Cerdeña. También, en el transcurso de ese siglo, Cartago concluyó una alianza con las ciudades etruscas de la costa occidental de Italia. Una victoria común hacia el año −535 impidió a los griegos implantarse en Córcega. Por fin, el último éxito que marcó ese período se produjo en el suelo mismo de Africa: un espartano llamado Dorieus trató de fundar un establecimiento en la desembocadura del Kynyps (Ued Oukirri), en Libia. Cartago consideró la empresa como una intrusión y, al cabo de tres años, logró expulsar a los griegos, con la ayuda de los libios.

La supremacía ejercida sobre los fenicios de Occidente acarreaba cargas que parece que eran demasiado pesadas con relación a los efectivos de los que Cartago disponía. Hasta el siglo VI, Cartago, siguiendo el ejemplo de los griegos citados, tuvo que contar con sus propios ciudadanos. A mitad del siglo VI, bajo el gobierno de Magón, fundador de una poderosa familia de la ciudad, se estableció una nueva política: consistía en reclutar tropas de mercenarios a gran escala y esa práctica siguió en vigor durante el resto de la historia de Cartago. Los libios proporcionaron la mayor parte de los reclutas extranjeros, cuyos efectivos aumentaron a medida que Cartago extendía sus posesiones hacia el interior y conforme instauraba allí el reclutamiento obligatorio (cf. a continuación). Los libios desempeñaron un papel eficaz como infantería ligera. Mercenarias al principio, y más tarde aliadas en virtud de tratados, las caballerías númida y mauritana (procedentes del norte de Argelia y de Marruecos actuales) proporcionaron importantes contingentes a los grandes ejércitos cartagineses. En diferentes épocas, Cartago se sirve de mercenarios llegados de España, de Galia, de Italia y finalmente de Grecia. Esa política se reveló más eficaz de lo que se creía generalmente, y es probable que Cartago nunca hubiera podido sostener las largas guerras de su historia, si hubiera tenido que contar con los escasos efectivos de su propia población.

Una generación aparece tras la victoria contra Dorieus; profundos cambios tuvieron lugar en las ciudades griegas de Sicilia, que reaccionaron vigorosamente contra Cartago. Gelón, rey de Gela —y de Siracusa a partir del año −405—, emprendió una guerra para vengar a Dorieus e inició una campaña para apoderarse de la zona de colonización fenicia en torno al golfo de Gabes. Ante esa amenaza, Cartago buscó alianzas en Sicilia entre los enemigos de Gelón y, en el año −480, una importante fuerza de mercenarios cartagineses desembarcó en la isla, aprovechando quizá el hecho de que, ese mismo año, Grecia misma era invadida por los persas. Se estiman en 200 naves la flota de Cartago en ese fecha, lo que la ponía en igualdad con Siracusa y casi al nivel de la flota griega. Sin embargo, esa intervención terminó con un desastre completo: el ejército y la flota de Cartago fueron aniquilados en la gran batalla de Himera. Gelón no pudo o no supo aprovechar su victoria; aceptó firmar la paz y se conformó con una modesta indemnización de guerra.

LA EXPANSION EN AFRICA DEL NORTE

A esa derrota siguieron setenta años de paz, durante los cuales Cartago evitó entrar en conflicto con los griegos, llegaron, no obstante, a mantener su monopolio comercial. Un hecho más importante aún fue que se preocupó de ampliar sus territorios sobre suelo africano. Esa política fue adoptada en tanto que los cartagineses se veían cada vez más aislados por los éxitos de los griegos en el Mediterráneo, primero durante las guerras Médicas contra los persas en las que los fenicios sufrieron grandes pérdidas, y luego contra los etruscos en Italia. Es posible que los cartagineses intentaran reducir sus propios intercambios comerciales con el mundo griego: el contenido de las tumbas que datan del siglo V parece pobre y austero y en ellas se han encontrado pocos artículos importados. Eso no quiere decir, no obstante, que toda la comunidad cartaginesa se hubiera empobrecido, no siendo en sí el contenido de las sepulturas un indicio absoluto del grado de riqueza o de pobreza. Esa nueva política territorial está asociada a la dinastía de los magónidas, dirigida en esa época por Hanón, hijo de Amílcar, el vencido de Himera, del que, más tarde, el historiador griego, Dion Crisóstomo, refiere sumariamente que «de tirios, él transformó a los cartagineses en africanos».

Aunque la superficie de los territorios conquistados en el siglo V y el número de las colonias que habían alcanzado la dimensión de ciudades, aunque modestas, sigue siendo poco conocida, el máximo de lo que Cartago nunca ha controlado no está lejos de ser conocido. Señalemos la gran importancia que tuvo la conquista de la península del cabo Bon y de un vasto territorio situado al sur de la ciudad, que se extendía al menos hasta Dougga, y abarcaba algunas de las tierras más fértiles de Tunicia. En esa región la colonización romana alcanzará, más tarde, una densidad particularmente amplia. Esas tierras proporcionaban lo esencial del aprovisionamiento de Cartago, y permitieron a la ciudad aumentar considerablemente su población. Más tarde, numerosos cartagineses poseyeron propiedades en cabo Bon. Las tierras del cabo Bon eran consideradas dominio público y sin duda sus habitantes estaban reducidos a una condición de servidumbre. En las demás regiones conquistadas, las poblaciones debían pagar tributo y proporcionar tropas.

El número de los establecimientos costeros fenicios superará en lo sucesivo las propias colonias de Cartago, la mayor parte de cuyos nombres nos son desconocidos.

Como en los primeros establecimientos, se trataba de pequeñas comunidades de algunos centenares de residentes, a los que las poblaciones locales de las regiones vecinas iban a vender sus productos, como indica el nombre que les dieron los griegos: «emporia» o mercados.

La frontera entre el imperio cartaginés y las colonias griegas de Cirenaica se situaba en el golfo de Sidra, pero los establecimientos eran poco numerosos en la costa de Libia. El más importante estaba en Leptis, donde es probable que se estableciese un puesto permanente cuando la expedición lanzada por Dorieus sobre la región vecina hubo mostrado un peligro de invasión griega. En Sabratha, la presencia cartaginesa se remontaba a comienzos del siglo IV. Leptis se convirtió en el centro administrativo de las diversas colonias del golfo de Gabes, y se sabe que esa ciudad era próspera al final del período cartaginés. La cultura fenicia permaneció dominante allí durante más de un siglo después de la ocupación romana. El origen de la prosperidad de Leptis se atribuye generalmente al comercio transahariano, ya que la ciudad estaba situada al final del itinerario más corto que, por Cydamus (Ghadames), conducía al Níger. Sin embargo, ignoramos la naturaleza de ese comercio, aunque se ha hecho mención de piedras semipreciosas. La región debe su riqueza agrícola, en la época romana, a los colonos cartagineses. En el golfo de Gabes, existían otros establecimientos: Zouchis, que se hizo célebre por su pescado salado y su tintura de púrpura; Gigthis (Bou Ghirarah) y Tacapae (Gabes). Más al norte, citemos a Thaenae (Tina) situada en el punto donde la frontera sur del territorio de Cartago se unía con el mar. Según la tradición, Leptis Minor y Hadrumeto (Sussa) han sido fundadas por Fenicia, no por Cartago. Hadrumeto llegó a ser la mayor ciudad de la costa este de Tunicia. Una ruta que cortaba la base del cabo Bon conducía de Neápolis (Nabeul) a Cartago.

Al oeste de Cartago se extendía Utique, que no cedía en importancia más que a la metrópoli. Como Cartago, Utique era un puerto, hoy en el interior a diez kilómetros de la costa. Durante mucho tiempo, Utique conservó su independencia al menos nominal frente a Cartago. Más allá y hasta el estrecho de Gibraltar, la costa ofrecía cierto número de fondeaderos, pero pocos alcanzaron un desarrollo comparable a las escalas de la costa tunecina, sin duda, porque permitían un acceso más difícil hacia el interior de la zona. He aquí algunos establecimientos ciertos o probables: Hippo Acra (Bizerta), Hippo Regius (Annaba), Rusicade (Skikda), Tipasa e Icosium (Argel). Durante la época romana, cierto número de localidades costeras (además de Rusicade) conservaron el prefijo fenicio «rus» que significa «cabo»: ejemplos, Rusucurru (Dellys) y Rusginiae (Matifou). Tingi (Tánger) es mencionado en el siglo V, pero ya era conocido, sin duda, de los fenicios desde sus primeros viajes reguladores a Cádiz.

EL IMPERIO DE CARTAGO

Cartago fue criticado por sus enemigos por el trato duro y la explotación a que sometía a los habitantes, que ciertamente estaban repartidos en diferentes categorías. Los más privilegiados fueron, sin duda, los antiguos establecimientos fenicios y las colonias fundadas por Cartago, cuyos habitantes eran llamados por los griegos libiofenicios, es decir, fenicios de Africa. Esos establecimientos parece que calcaron su sistema gubernamental y administrativo sobre el modelo de Cartago (cf. más adelan-

te). Ese fue el caso, como sabemos, de Gades (Cádiz), de Tharros (Cerdeña) y de los fenicios de Malta. Esas ciudades estaban sometidas al pago de tasas sobre las importaciones y exportaciones, y a veces tuvieron que huir de los reclutamientos militares. También es probable que en parte hubieran contribuido al equipamiento de la flota cartaginesa. A partir del −348, parece que les fue prohibido comerciar con otros que no fuera Cartago. La situación de los súbditos de Cartago en Sicilia esta afectada por la proximidad de las ciudades griegas. Estos tenían derecho a instituciones autónomas y acuñaban moneda desde el siglo V, en un período en el que Cartago aún no lo hacía. Su derecho al comercio parece que no experimentó restricciones; como más tarde, cuando Sicilia cayó en poder de los romanos, pagaban un tributo equivalente al 10% de los beneficios.

Los libios del interior eran los más duramente tratados, aun cuando aparentemente fueron autorizados a conservar su organización tribal. Parece que los funcionarios de Cartago habían controlado directamente la percepción del tributo y el enrolamiento de los reclutamientos. La tasa normal del tributo era, según parece, igual a la cuarta parte de las cosechas, y en el período crítico de las hostilidades contra Roma (primera guerra púnica) el impuesto exigido alcanzaba el 50%. Según el historiador griego Polibio (siglo II), numerosos libios participaron en la sangrienta rebelión de los mercenarios que siguió a la derrota de Cartago para vengarse de esa exacción y de otras muchas. «Los cartagineses estimaban y honraban no a los gobernadores que trataban a sus administradores con mesura y humanidad, sino a los que les arrebataban el máximo de recursos y los trataban con la mayor crueldad». Esta crítica parece fundada, al haberse producido en Libia cierto número de rebeliones, además de la ya mencionada. Así, los cartagineses parece que no se habían preocupado de practicar una política que pudiese incitar a las poblaciones conquistadas a aceptar su suerte.

EL COMERCIO CARTAGINES Y LA EXPLORACION MARITIMA

AFRICA DEL OESTE

Para los griegos y los romanos, Cartago era tributario del comercio más que cualquier otra ciudad, y la idea que ellos tenían del cartaginés típico era la de un negociante. Además, Cartago pasaba en esa época por ser la ciudad más rica del mundo mediterráneo. Sin embargo, hay que convenir que esos intercambios comerciales y esa supuesta riqueza han dejado al arqueólogo muy pocos vestigios, muchos menos que en el caso de las grandes ciudades etruscas y griegas de la misma época. Sin duda, eso se debe ante todo al hecho de que el grueso del comercio de Cartago consistía en productos que no dejan rastro: principalmente los metales en bruto que eran ya la finalidad principal de los primeros navegantes fenicios. A éstos hay que añadir los textiles, el tráfico de esclavos y, a medida de la puesta en cultivo de los suelos fértiles, los productos agrícolas. Los intercambios con las tribus atrasadas, que entregaban oro, plata, estaño y probablemente hierro (Cartago, como sabemos fabricaba sus propias armas) por artículos manufacturados sin valor, proporcionaban muchos beneficios a Cartago, como lo testimonian los grandes ejércitos de mercenarios que pudo armar en los siglos IV y III, así como la acuñación de monedas

de oro que fue mucho más importante que en las demás ciudades de desarrollo comparable. El Estado dirigía activamente las grandes empresas comerciales, como nos los indican diversas fuentes, principalmente las que se refieren a Africa occidental. Según Herodoto (siglo v), el faraón egipcio Nekao (hacia 610-594) envió una expedición de marinos fenicios a dar la vuelta completa al continente africano pasando por el mar Rojo. El periplo habría durado dos años, habiendo desembarcado la tripulación dos veces para sembrar y recoger el trigo. Herodoto cree que el viaje fue un éxito, lo cual no es imposible, pero no tuvo repercusión alguna en la época. Aunque semejante periplo fue realmente efectuado, la inmensidad del continente así descubierta debió hacer abandonar toda idea de llegar al Mediterráneo por el mar Rojo. Siempre según Herodoto, los cartagineses, que creían en la posibilidad de dar la vuelta a Africa, debieron estar al corriente de la empresa, así como de otro intento que remonta al comienzo del siglo v. Un príncipe persa había fletado, en efecto, un navío en Egipto que recibió la misión de intentar la circunnavegación en sentido contrario. El navío habría recorrido las costas de Marruecos mucho más allá del cabo Espartel, pero tuvo que desandar el camino. Herodoto menciona también el comercio que los cartagineses practicaban en las costas marroquíes. En una obra que data del año −430 aproximadamente, refiere esto: «Los cartagineses nos hablan también de una región de Africa y de sus habitantes, más allá del estrecho de Gibraltar. Cuando tocan las costas, descargan sus mercancías y las colocan en la playa. Luego vuelven a sus barcos y hacen una señal con humo. Cuando los indígenas ven el humo, bajan hasta la playa, colocan junto a las mercancías cierta cantidad de oro que ofrecen a cambio y después se retiran. Los cartagineses desembarcan de nuevo y examinan el oro. Si juzgan que su valor corresponde al de los productos ofrecidos, lo cogen y se hacen a la vela. Si no, vuelven a subir a bordo y esperan que los indígenas hayan colocado suficiente oro para darles satisfacción. Ninguna de las dos partes engaña a la otra; los cartagineses nuncan tocan el oro hasta que la cantidad ofrecida no corresponde al valor de sus mercancías. Por su parte, los indígenas no tocan las mercancías hasta que los cartagineses no han cogido el oro».

Esta es la descripción más antigua que poseemos de la práctica tradicional del «trueque ciego». Ese intercambio de oro está normalmente asociado a un texto griego muy controvertido, que pretende ser la traducción del informe de un viaje que habría realizado a lo largo de las costas marroquíes un tal Hanón, identificado como el jefe de la dinastía de los magónidas, a mitad del siglo v, y hombre de Estado al principio de la expansión de Cartago en el continente africano. De modo general, se puede decir que la publicación de un documento que divulga tantos hechos es poco verosímil, por lo que sabemos de la política comercial practicada por los cartagineses que descartaban la menor competencia de sus zonas de actividad. Además, la relación no menciona siquiera la finalidad del viaje. La parte más precisa trata de la implantación de establecimientos en la costa marroquí. Que allí hayan existido colonias, ya lo sabemos; Lixus —en la desembocadura del Ued Loukkos— era seguramente una de ellas, Hanón no habla de ella, y la historia ulterior de las tribus que viven en la región (cf. más adelante) testimonia también la influencia cultural de Cartago. El establecimiento más meridional mencionado en el documento es llamado Cerne, que generalmente se asocia con la isla de Hern, situada en la desembocadura del Río de Oro. Ese nombre se encuentra en otra fuente geográfica griega llamada Seudo-Scylax que data del año −338 aproximadamente. «En Cerne, los fenicios (es decir, los cartagineses)

anclan sus *gauloi* (así llamaban a sus naves mercantes) y levantan sus tiendas sobre la isla. Tras haber descargado la mercancía, transportan ésta en pequeñas canoas hasta el continente. Allí viven los etíopes (es decir, los negros) con los que aquéllos comercian. Los fenicios intercambian sus mercancías por pieles de ciervo, de león y de leopardo, pieles y colmillos de elefantes... y ellos ofrecen perfumes, piedras egipcias (¿cerámica?), objetos de alfarería y ánforas atenienses». Tampoco aquí se habla de oro. Cerne aparece como un lugar de fondeamiento más que como un establecimiento. La lista de las mercancías ofrecidas por los cartagineses parece exacta, pero la adquisición de pieles de animales salvajes ha sido discutida, porque era posible procurárselas mucho más cerca de Cartago. La información de Hanón termina con el relato de dos expediciones realizadas muy al sur de Cerne. En ella se encuentran descripciones pintorescas de poblaciones feroces, de «tambores en la noche», de «ríos de fuego», sin duda con la finalidad de alarmar a todo visitante eventual.

El destino alcanzado por esas expediciones ha sido fijado; hacia el sur, hasta el monte Camerún, pero eso parece realmente excesivo. Los indicios arqueológicos que constituyen un testimonio de las expediciones cartaginesas no se encuentran más allá de Essaouira (Mogador), pero se refieren a viajes ocasionales que datan solamente del siglo VI, y no se ha encontrado huella alguna de la información en cuestión.

Si el oro era el objeto buscado, es singular que todo recuerdo de ese comercio haya desaparecido con la caída de Cartago, mientras que algunos establecimientos de la costa marroquí se han conservado. El historiador griego Polibio navegó al sur de Cerne después del año −146, pero no descubrió nada interesante. En el siglo I de la era cristiana, el autor romano Plinio habla en estos términos del relato de Hanón: «Según ese documento, numerosos griegos y romanos evocan muchas comarcas fabulosas y relatan la fundación de muchas ciudades de las que no subsiste en realidad recuerdo ni vestigio alguno». Hecho singular, Essaouira iba a recibir más tarde la visita de otros extranjeros: marinos originarios de Mauritania (cf. más adelante), Estado vasallo de Roma, pero parece que su objetivo era la pesca más que el oro.

EL ATLANTICO

El mundo antiguo conocía el relato de otra expedición dirigida por Himilcon, contemporáneo de Hanón, pero las referencias que poseemos son fragmentarias. Esa expedición exploró las costas atlánticas de España y de Francia y alcanzó seguramente Bretaña. El objetivo era sin duda controlar más directamente el mercado del estaño extraído de diversas regiones próximas al litoral atlántico. Numerosos autores de la Antigüedad se interesaron por el comercio del estaño, probablemente porque los cartagineses dejaban filtrar pocas informaciones a este respecto. En realidad, el período cartaginés representa la última fase del estaño a lo largo de esa costa que se remontaba a la prehistoria, siendo el sudoeste de Inglaterra una de las principales fuentes de producción. Sin embargo, nada prueba que los fenicios hayan alcanzado las costas de Inglaterra; tampoco ha sido encontrado allí objeto alguno fenicio (ni tampoco en Bretaña, por otro lado). Si lograron procurarse el estaño de Inglaterra, probablemente fue por mediación de tribus de Bretaña. Es posible que la mayor parte de la producción de estaño inglés haya sido encaminada a través de la Galia, siguiendo el valle del Ródano para llegar hasta el Mediterráneo; en cuanto a los

cartagineses, se procuraban ese metal, sobre todo, en el norte de España. Sea lo que fuere, la principal riqueza minera explotada en España era la plata. Sabemos que en el siglo III, la producción era considerable y sobrepasaba seguramente con mucho a la del estaño. A partir del siglo V, Cádiz alcanzó rápidamente gran importancia. Esa fue la única posesión cartaginesa de Occidente (a excepción de Ibiza) en acuñar su propia moneda y, según el geógrafo griego Estrabón, sus carpinteros aventajaban a todos los demás en la construcción de navíos concebidos tanto para el Atlántico como para el Mediterráneo.

El comercio mediterráneo

Cartago, como hemos visto, poseía el monopolio del comercio en su imperio, hundiendo a todo barco intruso, o concluyendo tratados de comercio con eventuales competidores, tales como Roma y las ciudades etruscas. En principio, ningún extranjero estaba autorizado a comerciar al oeste de Cartago: eso implicaba que todas las mercancías importantes a esa ciudad eran transbordadas, y luego reexportadas sobre navíos cartagineses. Así fue como productos de Etruria, de Campania, de Egipto y de diversas ciudades griegas alcanzaron numerosos establecimientos de Africa del Norte. Los productos fabricados en Cartago son difíciles de identificar desde el punto de vista arqueológico, porque no tienen originalidad ni valor alguno. Esa fue quizá una ventaja económica en el siglo IV, sobre todo, tras los profundos cambios económicos y políticos provocados en el Mediterráneo occidental por las conquistas de Alejandro Magno. Entonces es, en efecto, cuando se abrieron amplios mercados cosmopolitas para artículos baratos que los cartagineses estaban bien preparados para explotar. Sólo en el siglo IV es cuando Cartago, cuyas transaciones con los países más adelantados se multiplicaban y a los que la evolución de la situación económica obligaba a pagar a los mercenarios en moneda, comenzó a acuñar su propia moneda.

El comercio sahariano

El problema de contactos entre los cartagineses y los pueblos del Sáhara y otras poblaciones establecidas más lejos al sur, aún no ha sido aclarada. Si existieron tales comunicaciones, debieron iniciarse a partir de Leptis Magna y de Sabratha, ya que esa región encierra menos obstáculos naturales. El afán de los cartagineses de mantener a los griegos apartados de esa zona ha sido propuesto como prueba de que ellos practicaban con el interior un comercio bastante importante, puesto que las tierras agrícolas propicias para la colonización son escasas allí. En el siglo V antes de la era cristiana Herodoto citaba dos tribus, los garamantes y los nasamones, que vivían en las tierras del interior, en el golfo de Sirte; y también precisaba que se tardaba treinta días para ir desde la costa hasta el territorio de los garamantes (se trata sin duda de la localidad de Garama, o Germa). Por medio de los garamantes, siglos más tarde los romanos se documentarían sobre el interior de Africa. Según un relato posterior, un cartaginés de nombre Magón habría realizado tres veces la travesía del desierto. Desgraciadamente, de ese comercio —si es que existió allí— no

queda vestigio alguno arqueológico, y los autores no mencionan más que un solo artículo con el que se comerciaba en el desierto: los rubíes. La trata de los esclavos quizá se practicaba. Se decía que los garamantes perseguían a los etíopes (es decir, a los negros), montados en carros de cuatro caballos. Tal vez se dedicaban al comercio del marfil y de las pieles, pues era fácil procurarse artículos en el Magreb. El transporte de oro procedente del Sudán es menos seguro aún, pero no es imposible que haya existido. Excavaciones arqueológicas recientes han permitido establecer que en Germa el crecimiento demográfico se inició a partir del siglo V o del IV y que, en el transcurso de los siglos siguientes, una importante población de agricultores sedentarios se desarrolló quizá bajo el efecto de las influencias culturales que se ejercieron partiendo de los establecimientos cartagineses del litoral. Tras la destrucción de Cartago, los romanos penetraron en Germa y en Ghadames, y en ocasiones penetraron incluso más al sur. Vestigios arqueológicos testimonian la existencia de modestas importaciones procedentes del Mediterráneo hacia el interior. La ausencia de camellos en Africa del Norte en esa época explica la dificultad y la irregularidad de las expediciones transaharianas. Aun cuando las condiciones naturales que imperaban en el Sáhara en la Antigüedad eran menos rudas que en nuestros días, la falta de animales de albarda debió hacer extraordinariamente difícil todo comercio de gran amplitud. La integración de las regiones saharianas y transharianas en un vasto conjunto cultural no puede, pues, remontarse más que al principio de la ocupación árabe.

LA CIUDAD DE CARTAGO

Aunque Cartago tuvo una reputación de fabulosas riquezas, no encontramos huella arqueológica alguna de tales riquezas, ni siquiera teniendo en cuenta la destrucción total de la ciudad por los romanos. Eso no significa que la ciudad no poseyese importantes monumentos como las demás aglomeraciones similares de la época. Cartago estaba dotada de un puerto artificial que funcionaba según un sistema perfeccionado: el antepuerto que estaba destinado a los navíos mercantes —ignoramos su capacidad— y el fondo del puerto cuyos muelles y dársenas podían recibir 220 barcos de guerra. Una torre de control suficientemente alta había sido levantada para dominar el panorama hacia alta mar por encima de los edificios de la ciudad. Las murallas, de dimensiones excepcionales, resistieron a todos los ataques hasta el asalto final de los romanos; su longitud total (incluida la parte frontal del mar) alcanzaba casi los 40 km. En la parte principal que defendía el istmo de Cartago, de 4 km. de ancho, los muros alcanzaban 12 m. de altura y tenían 9 m. de expesor. Una ciudadela interior, de más de 3 km. de perímetro, encerraba la colina de Byrsa, que constituía, sin duda alguna, el núcleo de la ciudad antigua. Entre el puerto y la colina de Byrsa se extendía una plaza pública que correspondía al ágora de los griegos, pero Cartago no tuvo nunca ese aspecto planificado o imponente que debía caracterizar a las ciudades griegas. La ciudad parece que se desarrolló de manera anárquica en un dédalo de callejuelas tortuosas; algunos edificios habrían tenido hasta seis pisos, como en Tiro mismo o en Motyé, Sicilia. En cuanto a los templos, aunque numerosos, se cree que es poco probable que hayan tenido dimensiones imponentes antes del último período de la historia de Cartago, cuando la influencia griega se dejó sentir claramente. En

efecto, la mayor parte de los indicios de los que disponemos confirman que los cartagineses eran esencialmente conservadores en el plano religioso y que durante mucho tiempo permanecieron aferrados al concepto de simples recintos desprovistos de monumentos grandiosos. Respecto a la población en el apogeo de Cartago, sólo puede ser objeto de suposiciones razonadas. La cifra de 700.000 habitantes adelantada por Estrabón es una concentración imposible, pero tal vez englobaba a la población de la ciudad misma y de toda la región del cabo Bon. Una población total de 400.000 personas, incluidas los esclavos, parece más verosímil y correspondería a la de Atenas en el siglo V antes de la era cristiana.

LAS INSTITUCIONES POLITICAS DE CARTAGO

El único aspecto de Cartago que llenó de admiración a los griegos y a los romanos era su régimen político que parecía garantizar la estabilidad a la que el mundo antiguo concedía tanto valor. El sistema todavía es mal conocido en sus detalles y no es cierto que siempre se hayan interpretado correctamente los hechos, pero, en grandes líneas, parece que funcionaba de la manera siguiente: la realeza hereditaria prevaleció en las ciudades fenicias hasta la época helenística, y, según todas las fuentes de las que disponemos, la realeza ha existido en Cartago. Así, Amílcar, vencido en Himera, y Hanón, promotor de la expansión de Cartago en Africa, son designados con el título de rey. Es probable que por el término de «rey», los autores clásicos pensaran tanto en los poderes sagrados y judiciales de los titulares como en su poder político y militar. El cargo era, en principio, electivo y no hereditario, pero varias generaciones de la dinastía magónida se transmitieron la corona. En los siglos VI y V los reyes, en ocasiones, parece que desempeñaron el papel de jefes militares de la nación. En el curso del siglo V se produjo una evolución que debilitó el poder de los reyes. Ese cambio se debió, sin duda, a la influencia creciente de los «sufetes», único término político cartaginés que los autores romanos nos han transmitido. Ese término comprende las nociones de «juez» y de «gobernador»; en efecto, dado que a partir del siglo III dos o varios sufetes eran elegidos cada año, fácilmente se puede comparar esa función con la de los cónsules romanos. El título de sufete siguió en uso en Africa del Norte, en las regiones colonizadas por Cartago, durante más de un siglo después de la conquista romana; designaba a los principales magistrados municipales. El debilitamiento del poder de los reyes corresponde a lo que ocurría en las ciudades griegas y en Roma. Paralelamente, la aristocracia ve crecer su riqueza y su poder. Además de su derecho exclusivo de asistir al Consejo de Estado (análogo al Senado romano), los nobles fundaron una «corte» de cien miembros, cuyo papel específico consistía aparentemente en controlar a todos los órganos del gobierno. Ciertamente, los ciudadanos participaban en cierta medida en la elección de los monarcas, de los sufetes y de otros dirigentes, pero no cabe duda de que la política en Cartago estuvo siempre dominada por los ricos. Aristóteles juzgaba nefasto el papel desempeñado por el dinero en Cartago. La cuna y la fortuna eran criterios determinantes en las elecciones. Todas las decisiones eran tomadas por los reyes o por los sufetes de acuerdo con el Consejo, y sólo en caso de desacuerdo los ciudadanos eran consultados. En los siglos IV ó III, el mando de las fuerzas armadas era totalmente independiente de los otros cargos; los generales eran nombrados para cada campaña según las

necesidades, puesto que Cartago no mantenía ejército regular que hubiera exigido un jefe permanente. Varias familias o dinastías, primero los magónidas y después los bárcidas (cf. más adelante), desarrollaron una tradición militar. Es interesante notar que Cartago nunca fue víctima de un golpe de Estado por parte de un general ambicioso, como ocurría tan frecuentemente en las ciudades griegas, sobre todo en Sicilia; sin duda, los sistemas de control político eran eficaces. El hecho de que, a partir del siglo V, los ciudadanos cartagineses fueron dispensados del servicio militar —salvo en raras ocasiones— les impidió probablemente tener conciencia de su propia fuerza, sentimiento que, en Grecia y en Roma, contribuyó poderosamente a la formación del espíritu democrático.

LA RELIGION DE LOS CARTAGINESES

Si las instituciones políticas de Cartago merecieron alabanzas, la vida religiosa fue, en cambio, severamente criticada por los autores clásicos, sobre todo debido a la persistencia de los sacrificios humanos. Se ha hablado también de la intensidad de las creencias religiosas. Por supuesto, los cultos practicados en Cartago ofrecían semejanzas con las tradiciones heredadas de Fenicia que constituían su origen. El dios masculino supremo de la religión fenicia era conocido en Africa con el nombre de Baal Hammon, el epíteto «Hammon» que significa probablemente «ardiente» y recordaba el aspecto del sol. En la época romana, esa divinidad fue asimilada a Saturno. En el siglo V, Baal fue destronado, al menos en el culto popular, por la diosa Tanit. El nombre parece de origen libio, y el desarrollo de su culto está asociado a la adquisición de territorios en Africa; en efecto, esa divinidad poseía caracteres netamente unidos a la fecundidad, recordando mucho a las diosas griegas Hera y Demeter. Representaciones toscas de una forma femenina con los brazos alzados pueden verse en algunas estelas de Cartago y de otros lugares. Esas dos divinidades eclipsaban a todas las demás, pero conocemos también a Astarté, Eshmun (identificado con Esculapio, dios de la medicina) y Melqart, protector oficial de Tiro, la ciudad madre. La práctica de los sacrificios humanos está atestiguada por los descubrimientos arqueológicos realizados no sólo en Cartago y en Hadrumeto, sino también en Cirta que se encuentra en Libia, donde la influencia de la cultura cartaginesa fue muy importante, así como en cierto número de colonias cartaginesas situadas fuera de Africa. El descubrimiento, en recintos sagrados, de urnas que contenían huesos calcinados de niños, que con frecuencia eran enterrados al pie de estelas, hace pensar que se trataba de sacrificios ofrecidos generalmente a Baal Hammon, pero también frecuentemente a Tanit. Según las fuentes de las que disponemos (que siguen siendo, en ciertos aspectos, dudosas), las víctimas eran siempre de sexo masculino y los sacrificios tenían lugar cada año y afectaban obligatoriamente a las familias influyentes. Ciertamente, esa práctica cayó en desuso, pero renacía en períodos de crisis, como el que se produjo en −310, cuando la cólera divina era atribuida al abandono de este rito. No cabe duda de que el fervor religioso de los cartagineses se fundaba en la necesidad de aplacar el humor caprichoso de los dioses. La mayor parte de los nombres cartagineses tenían una etimología sagrada, sin duda, con la misma intención: así «Amílcar» significa «favorito de Melqart», «Aníbal» «favorito de Baal». Además de los sacrificios humanos, un ritual complejo, que implicaba la ofrenda de

otras víctimas, estaba asegurado por un estamento de sacerdotes nombrados a título permanente y otros oficiantes que no pertenecían a una casta especial. A pesar de los contactos que mantuvieron con Egipto, los cartagineses parece que apenas concedieron importancia a la vida del más allá, lo que les asemeja a los primeros hebreos. En general, enterraban a sus muertos, y los objetos funerarios eran modestos. En numerosas tumbas, se han encontrado pequeñas máscaras grotescas de tierra cocida que, se cree, debían conjurar las influencias maléficas.

Incluso más tarde, los cartagineses experimentaron mucho menos la influencia de la cultura griega que los etruscos y los romanos, no obstante sin ser completamente refractarios a ella. El culto de Demeter y de Persefone fue instaurado oficialmente en Cartago, pero los cultos tradicionales nunca fueron allí totalmente helenizados. Desde el punto de vista artístico, las artes menores de Cartago sólo revelan escasas influencias exteriores, pero los pocos vestigios que subsisten del siglo II muestran que en esa época la influencia de la arquitectura griega se dejó sentir no sólo en la región de Cartago (Dar Essafi, en el cabo Bon), sino también en el territorio libio (en Dugga). El fenicio era usado como lengua literaria, pero nada de él ha subsistido. Conocemos la existencia de un tratado de agricultura debido a un tal Magón, del que poseemos una traducción latina; ahora bien, es mucho más evidente que Magón se ha inspirado en autores griegos en esa materia. Sabemos también que la filosofía griega tuvo algunos adeptos entre los cartagineses.

LOS CONFLICTOS CON LOS GRIEGOS DE SICILIA

El período de expansión en Africa y de paz en otras partes que había seguido al desastre de Himera tuvo fin en −410. Los establecimientos griegos de Sicilia estaban empeñados en la dura lucha por la supremacía en Grecia que enfrentaba a Atenas y a Esparta. Aunque una expedición dirigida por los atenienses en Sicilia acabó en un fracaso total en −413, Cartago fue arrastrada en el conflicto. En efecto, la ciudad de Segesta, comunidad autóctona de Sicilia, pero aliada de Cartago, que era responsable en parte de la llegada de los atenienses a la isla, y que fue entonces víctima de una incursión de represalias por parte de la ciudad griega de Selimonte, pidió ayuda a Cartago. Esta respondió al llamamiento, sin duda porque la derrota de Segesta aseguró la dominación griega y porque redujo las colonias fenicias a un solo promontorio en el oeste de la isla. Ahora bien, el general cartaginés Aníbal hizo de esa expedición una guerra de desquite por la derrota de Himera, en la que su antepasado había perecido. En −409, un ejército cartaginés compuesto de unos 50.000 mercenarios sitió Selimonte que, al noveno día, cayó bajo su asalto. Poco tiempo después, Himera fue conquistada a su vez y arrasada completamente; todos los habitantes que no habían podido huir fueron asesinados. Aníbal volvió entonces a Cartago y licenció a los mercenarios, lo que prueba que Cartago no tenía ningún afán territorial; es evidente, sin embargo, que a partir de esa fecha los fenicios de Sicilia, como los demás territorios ocupados, se convirtieron en una auténtica provincia cartaginesa. Sin embargo, en −406, Cartago cayó en la tentación, por una sola y única vez en su historia, de conquistar toda Sicilia como respuesta a los ataques que sufría de los siracusanos. Un ejército aún más poderoso fue enviado a la isla, y Acragas (Agrigento) segunda en importancia de las ciudades griegas de Sicilia, fue tomada en −406;

Gela sufrió la misma suerte al año siguiente. Pero Aníbal no pudo concluir su victoria con la conquista de Siracusa. Parece que una epidemia aniquiló a la mitad del ejército cartaginés, y el nuevo tirano de Siracusa se apresuró a firmar la paz para consolidar su propia posición. El tratado consagraba la dominación de Cartago sobre el oeste de Sicilia, incluso sobre un determinado número de ciudades sicilianas y sobre los supervivientes de Selimonte, Acragas e Himera. Cartago se vio entonces situada al frente del territorio más vasto que nunca había tenido, sobre el que cargó nuevos tributos. Además, la ciudad rompió así el aislamiento con el que había sido castigada durante una gran parte del siglo v. A partir de esa fecha, las importaciones, y de un modo general los intercambios con el mundo griego, prosiguieron a pesar de frecuentes períodos de hostilidades. Hay que decir que los griegos no estaban unidos, conservando celosamente su independencia cierto número de ciudades. Aun cuando en varias ocasiones los intentos de coalición fueron realizados en Sicilia para expulsar a los cartagineses de la isla, esas iniciativas nunca tuvieron consecuencias, porque se trataba de maniobras oportunistas dictadas por los intereses particulares de algunas ciudades o de sus dirigentes. Ese fue el caso de Dionisio de Siracusa que intentó en tres ocasiones, en −398/−392, −382 / −375 y −368, expulsar a los cartagineses. Cada vez conoció singulares reveses de fortuna. En −368, por ejemplo, la ciudad fenicia de Motyé fue tomada y destruida, pero al año siguiente, Siracusa, atacada a su vez, se salvó por segunda vez debido a una epidemia. La mayor parte del tiempo los cartagineses lograron mantenerse en el río Halycus (Platini), que marcaba la frontera oriental de su territorio. Las tropas de mercenarios, heterogéneas y apresuradamente reclutadas, bastaban en conjunto para hacer frente a los hoplitas griegos; la flota de Cartago además era generalmente superior. Lo más importante fue que Cartago nunca pudo ya ser aislada del mundo griego. En adelante los griegos residieron en Cartago, y su intervención fue incluso solicitada por hombres políticos griegos; así, no iba a tardar, de modo general, en ser reconocida como parte del mundo helénico. En el transcurso de los años −350, Cartago estaba en vías de extender su supremacía sobre toda Sicilia por medios pacíficos como consecuencia de las disensiones políticas que habían debilitado más aún a las ciudades griegas.

Los griegos sólo se salvaron por la expedición dirigida por un idealista, Timoleon de Corinto. Hay que advertir que en la batalla del río Crimisos, en −341, un cuerpo de élite compuesto de 3.000 ciudadanos cartagineses fue aniquilado. Este fue el peor desastre que nunca había sufrido Cartago, lo que muestra hasta qué punto debía contar con los mercenarios.

Africa permaneció naturalmente resguardada de las destrucciones, a excepción de una rebelión en −368/−367 que, se dice, fue fácilmente reprimida. En los años −340, un tal Hanón intentó un golpe de Estado haciendo un llamamiento a la población de esclavos, a las tribus africanas y mauritanas, pero la amenaza al parecer no era seria. No ocurrió lo mismo entre −310 y −307 en la época en que Cartago estaba empeñada en una nueva guerra contra Siracusa, dirigida entonces por Agatocles. Durante el asedio a la ciudad por los cartagineses, los griegos realizaron un intento desesperado; burlando la flota de Cartago, Agatocles desembarcó 14.000 hombres en el cabo Bon, quema sus barcos y marcha sobre Cartago. A excepción de la ciudad propiamente dicha, no existía ni plaza fuerte ni guarnición de defensa, y los griegos causaron durante tres años daños considerables en el territorio cartaginés antes de ser obligados a abandonar Africa.

LA PRIMERA GUERRA CON ROMA

Esos conflictos, no obstante, fueron menores con relación a las conmociones que iban a sacudir a Oriente en la misma época en que Alejandro Magno fundó un imperio que se extendía hasta la India. Pero Cartago no iba a tardar en verse comprometida en una lucha de tanta importancia histórica y mundial: las guerras contra Roma. Había sido firmado un tratado entre las dos ciudades desde −508, en tanto que Roma no constituía aún más que una de las numerosas comunidades de Italia, de modesta dimensión. En −348 fue firmado un nuevo acuerdo que reglamentaba el comercio entre los dos poderes; pero aunque Roma había llegado a ser mucho más poderosa, el tratado favorecía claramente a Cartago, por el solo hecho de que el comercio romano era insignificante. En el transcurso de las décadas siguientes, Roma experimentó una ascensión fulgurante hasta convertirse en la potencia dominante de Italia. Los intereses propios de las dos potencias se aproximaron más cuando en −293 el viejo enemigo de los cartagineses, Agatocles, dirigió una campaña contra el sur de Italia. Algunos años más tarde, Pirro, rey de Epiro, fue invitado a ir a Italia a fin de liberar del yugo romano a las ciudades griegas del sur de la península, guiadas por Tarento. Aunque fracasó en ese proyecto, Pirro fue llamado por los griegos de Sicilia, quienes intentaban hacer de él su protector contra Cartago. Para contrarrestar esa alianza, Cartago envió una flota impresionante a Roma, a fin de alentar a los romanos a continuar la lucha contra Pirro. Cartago tuvo éxito en su empresa, pero Pirro desembarcó a pesar de todo en Sicilia y consiguió algunos modestos éxitos, pero no decisivos, antes de regresar a Grecia en −276. Así, hasta esa fecha, ningún conflicto de interés enfrentó a Cartago con Roma. Ahora bien, diez años después, se enfrentaron en una guerra que provocó en los dos campos las pérdidas más graves hasta entonces conocidas en la historia.

Aunque ese conflicto tuvo profundas consecuencias geopolíticas, apenas cabe duda de que al principio fueron relativamente menores y que ni Roma ni Cartago perseguían objetivos concretos. En −264, Roma recibió la sumisión de Messina, que antes había estado aliada con Cartago contra Siracusa. Los dirigentes políticos romanos estaban en esa época seguros de sí mismos; parece que creían que Cartago no reaccionaría y que las ciudades griegas de Sicilia constituían una presa fácil. Además, algunos reavivaron los temores de los romanos de que Cartago, si conservaba Messina, llegase un día a dominar Italia, país por el que en realidad nunca se había interesado Cartago.

Cartago decidió resistir la intervención romana, porque ésta amenazaba con modificar radicalmente el equilibrio de las fuerzas existente en Sicilia desde hacía siglo y medio y, sin duda también, porque la política de los romanos les parecía peligrosamente oportunista. La guerra que siguió (primera guerra púnica) duró hasta −242 y causó enormes pérdidas en los dos campos.

Contrariamente a lo que se creyó, la flota cartaginesa no se mostró superior, aunque los romanos nunca habían poseído una flota tan importante hasta −261. La flota romana consiguió varias victorias, principalmente en Mila en −260, donde Cartago perdió 10.000 remeros, y en el cabo Ecnomos en −256. Pero en −255, una escuadra romana se hundió en una tempestad a lo largo del cabo Camarina: 25.000 soldados y 70.000 remeros perecieron. Posteriormente hubo otras derrotas en ambos lados. Al cabo de algunos años, los dos adversarios estaban agotados, y las operacio-

nes disminuyeron. Otra paradoja era que las legiones romanas, que constituían ya la mejor infantería conocida, no lograron arrojar a los cartagineses de Sicilia. En −256, Roma renovó la táctica de Agatocles, y desembarcó un ejército en la costa africana. Los cartagineses fueron derrotados en Adis (Oudna) y las legiones se apoderaron de Túnez para asegurar una base desde donde atacarían a Cartago.

Sin embargo, Roma no supo sacar ventaja de las rebeliones que estallaron entre los númidas, súbditos de Cartago. En −255, los cartagineses acudieron a los servicios de un mercenario griego de gran experiencia, el general Jantipo, que aniquiló al ejército romano. La guerra acabó en −242 tras la derrota sufrida por la flota de Cartago a lo largo de las islas Egatas. Ese revés interrumpe las comunicaciones entre Cartago y Sicilia, y la paz fue firmada por agotamiento. Cartago debió renunciar a Sicilia y pagar una pesada indemnización de guerra.

ANIBAL Y LA SEGUNDA GUERRA CON ROMA

Debido a las dificultades económicas provocadas por la guerra, Cartago debió diferir el pago de los sueldos debidos a los mercenarios, la mitad de los cuales eran libios. Una rebelión estalló en Africa y estuvo marcada por feroces atrocidades por ambas partes. Unos 20.000 mercenarios tomaron parte en ella, bajo la dirección principalmente de uno de sus jefes más capacitados, un libio llamado Mathon. Cartago misma fue amenazada y los rebeldes controlaron en un momento determinado Utique, Hippo Acra y Túnez. Estaban bastante bien organizados para acuñar su propia moneda con el signo *Libio* («de Libia») en griego.

La dureza de la lucha, que acabó en −237, confirma la crueldad con la que los cartagineses trataban a los libios. En la misma época, los romanos se apoderaron de Cerdeña sin combatir, en el momento en que Cartago era incapaz de defenderse. El espíritu de desquite ante esa agresión apagó sin duda la mínima oposición a los proyectos de Amílcar Barca, general que hacía poco se había distinguido en Sicilia. Este decidió establecer en España la dominación directa de Cartago, que hasta entonces se limitaba a las ciudades costeras. El objetivo de Amílcar era doble: de una parte, explotar directamente las minas españolas para compensar la pérdida de los ingresos de Sicilia y, de otra, alistar en ese país tropas que podrían hacer frente a los romanos. En menos de 20 años, Amílcar y su yerno Asdrúbal conquistaron más de la mitad de la Península Ibérica y crearon un ejército de unos 50.000 hombres. En el año −221, Asdrúbal fue reemplazado en el gobierno del nuevo imperio de España por el hijo de Amílcar, Aníbal. Pocos indicios apoyan la tesis, avanzada más tarde por los romanos, según la cual todo el asunto fue un proyecto personal de los Bárcidas (como se llamaba esa familia) que habrían querido vengarse de Roma y habrían actuado sin el acuerdo del gobierno de Cartago. En el año −220, Roma se inquietó ante el renacimiento de las fuerzas de Cartago y actuó para impedir que ésta ampliase o consolidase su poder en España.

Aníbal y su gobierno rechazaron las amenazas romanas y estimaron, a la luz de la política de aventura seguida ya por los romanos en −246 y en −237, que la guerra era inevitable. En −218, Aníbal franqueó el Ebro y se dirigió hacia los Alpes para descender hasta Italia. Esa estrategia se basaba en la idea de que Roma no podría ser vencida más que en su propio suelo, y en que llevar la guerra a Italia era necesario para prevenir una invasión de Africa por los romanos, que era posible puesto que

éstos poseerían en adelante el dominio del mar. Esta segunda guerra púnica duró hasta el −202, una vez más con enormes pérdidas por parte de los romanos. Gracias a su genio militar, Aníbal cimentó la cohesión de un soberbio ejército armado en el que, junto a numerosos españoles, servían también contingentes galos y africanos. El cartaginés consiguió importantes victorias en el lago Trasimeno (−217) y en Cannes (−216), la mayor derrota que Roma había conocido. Aníbal no pudo romper, no obstante, ni la determinación del Senado y del pueblo romano, ni la solidez de la alianza de las ciudades italianas que permanecieron en conjunto fieles a Roma, a pesar de las devastaciones que habían sufrido durante años, y que proporcionaron a los romanos reservas de efectivos aparentemente inagotables, que Aníbal nunca pudo igualar. Mientras que en Italia Fabio Máximo ponía en práctica una política defensiva, privando a Aníbal en lo sucesivo de toda ocasión de ejercer su genio en una batalla campal, el joven general romano Escipión el Africano realizaba en −206 la conquista de España. En adelante, Roma estaba dispuesta a atacar a Africa.

Los romanos fueron ayudados en ese proyecto por la situación que reinaba en Numidia. Las tribus locales estaban impregnadas de cultura cartaginesa desde hacía varios siglos. Unidades políticas más importantes se habían desarrollado con el tiempo, y las numerosas campañas de esos pueblos en las guerras de Cartago habían aumentado su poder y favorecido su evolución. La mayor tribu númida, la de los masesilianos, cuyo territorio se extendía de Ampsaga (Ued-el-Kebir), al este, hasta Mulacha (Muluya), al oeste, tenía por jefe a Syphax que se había retirado de la alianza cartaginesa en −213, para regresar en −208, tras su matrimonio con la hija de un notable de Cartago. En cambio, Gaia, jefe de los masilianos, cercado entre los masesilianos, de una parte, y por el territorio de Cartago, de la otra, había permanecido leal a esta última tras la deserción de Syphax, y el hijo de Gaia, Masinisa, había servido brillantemente en España. Cuando Roma quedó victoriosa, Masinisa decidió regresar al partido aparentemente más fuerte y firmó la paz con Escipión. A su regreso a Africa, Masinisa no pudo ponerse al frente de su tribu, pero reunió un ejército personal y, después de dos años de épicas aventuras, estuvo dispuesto para combatir al lado de Escipión, cuando éste desembarcó. Masinisa desempeñó un papel importante en los primeros éxitos de los romanos en −203, antes de que Aníbal fuese finalmente llamado de Italia. La última batalla se desarrolló en Zama (Sab Biar) en −202, Aníbal fue vencido. Massinisa, que entretanto había expulsado a Syphax de su territorio, proporcionó a los romanos un cuerpo de caballería de 4.000 hombres que contribuyó de manera decisiva a la victoria de Escipión. En los términos del tratado de paz, Cartago tuvo que entregar su flota, y su territorio en Africa fue limitado en lo sucesivo a una línea que iba aproximadamente de Thabraca (Tabarca) a Thaenae. También debió restituir a Masinisa todos los territorios antiguamente poseídos por sus antepasados, lo que ocasionó múltiples protestas. Finalmente, se prohibió a los cartagineses hacer la guerra fuera de Africa, e incluso sobre su suelo, sin la autorización de Roma.

MASINISA Y EL REINO DE NUMIDIA

Cartago sobrevivió aún durante medio siglo, pero ese período de la historia del Magreb estuvo marcado esencialmente por un desarrollo económico y social rápido de la mayor parte de las tribus de la costa mediterránea. Hay ahí una paradoja

histórica, porque esa evolución, que supuso una expansión sin precedentes de la cultura cartaginesa, se debió principalmente al peor enemigo de Cartago, a Masinisa. Personaje legendario, de un vigor físico prodigioso y colmado de dones naturales, éste había sido educado en Cartago y comprendió muy bien, sin duda, lo que la civilización de esta ciudad podría aportar a sus propios territorios. Su individualismo era tan fuerte que desde el año −206, en lugar de ser considerado como un simple desertor por los romanos, trabó estrechos vínculos de amistad con varios de sus hombres políticos más influyentes. En recompensa del papel que había desempeñado en Zama, recibió la parte oriental —la más fértil— del reino de Syphax y gobernó, en adelante, a partir de Cirta (Constantina), un territorio que se extendía del oeste de esa ciudad hasta la nueva frontera de Cartago (la región menos desarrollada comprendida entre el reino de Masinisa y Maluya fue dada al hijo de Syphax). Según varios escritores de la Antigüedad, gracias a Masinisa la producción agrícola aumentó notablemente en Numidia. Estrabón refiere que él transformó a los nómadas en cultivadores. Como toda generalización, ésta es exagerada, pero es cierto que las cantidades de cereales disponibles aumentaron de manera sensible, dejando un excedente para la exportación, aun cuando la ganadería era aún la actividad dominante. Esos progresos tuvieron una importancia grande para el desarrollo, aún más considerable, que el país iba a conocer posteriormente bajo la dominación romana. El comercio de los demás productos permaneció limitado, y las únicas monedas acuñadas eran piezas de bronce y de cobre. Cirta se convirtió, al parecer, en una auténtica ciudad (aunque parece exagerado atribuirle 200.000 habitantes bajo el reinado del hijo de Masinisa, como se ha hecho). Su arqueología es poco conocida, pero el aspecto de la ciudad debió ser casi totalmente cartaginés. Allí se han encontrado estelas púnicas en mayor número que en ningún otro establecimiento africano, excepto en la misma Cartago. No hay duda de que la lengua cartaginesa llegó a ser entonces cada vez más usual en Numidia y en Mauritania.

LA DESTRUCCION DE CARTAGO

En esa época, todo aliado de Roma era en realidad un vasallo al que le convenía, ante todo, obedecer la voluntad de los romanos y abstenerse de toda acción de la que éstos pudiesen sentirse resentidos con o sin razón. La sabiduría política de Masinisa ha quedado demostrada por el modo en que comprendió la situación. Durante cinco años, se esforzó en ejercer una presión creciente sobre las posesiones de Cartago, y sin duda esperaba que finalmente la ciudad misma caería en sus manos con el acuerdo de Roma. Al principio, los romanos no tenían interés en debilitar aún a Cartago que se había convertido en su vasallo, y hasta el −170 las ganancias territoriales del rey de Numidia fueron escasas. A partir del −167, no obstante, Roma se empeñó en una política cada vez más agresiva, tanto en Africa como en otras partes; por tanto favoreció a Masinisa quien influía para desconfiar de Cartago, y por otra parte no cesaba de proporcionarle hombres y aprovisionamientos cuando Roma se los pedía. Gracias a esa política, Masinisa llegó a añadir a sus posesiones los emporios (mercados) situados en el golfo de Gabes y una buena parte del valle de Bagradas (Mejerda). Los senadores romanos llegaron poco a poco a creer, como Catón el Viejo, que «Cartago debía ser destruida». En realidad, aunque Cartago se hubiese

rehecho completamente tras la segunda guerra púnica, todo temor de verla un día amenazar de nuevo a Roma era irracional. Se les propuso a los cartagineses abandonar su ciudad para retirarse al interior, o bien afrontar la guerra y sus consecuencias. Como adoptaron esta última opción, un ejército romano desembarcó en Africa en el año −149; a pesar de la enorme superioridad de los asaltantes, Cartago resistió hasta el −146. Algunos libios continuaron prestándole su ayuda, y Masinisa mismo estaba poco satisfecho de la iniciativa tomada por Roma, que le privaba de su más preciada esperanza; pero tuvo que doblegarse. La mayor parte de las ciudades fenicias y cartaginesas más antiguas —Utique, Hadrumeto, Thapsus, etc.— se unieron a los romanos, escapando así a una destrucción cierta. Cartago fue arrasada y su suelo fue declarado maldito en el curso de una ceremonia solemne que simbolizaba el temor y el odio que Roma había acumulado durante más de un siglo frente al poder más fuerte que se había opuesto a su dominación del mundo mediterráneo.

LOS ESTADOS SUCESORES DE CARTAGO

NUMIDIA

No obstante, hay que esperar aún más de un siglo antes de que Roma suplantase realmente a Cartago como potencia política y cultural dominante en el Magreb. Por diversas razones (cf. cap. 20), los romanos sólo tomaron posesión de una pequeña parte de la Tunicia del Noroeste tras la destrucción de Cartago y apenas se ocuparon de ese territorio. En el resto de Africa del Norte, admitieron entre su «clientela» a una serie de reinos vasallos que conservaron de modo general su autonomía interna. En esos diversos principados, la influencia cultural de Cartago persistió, y hasta creció debido a que las antiguas colonias costeras continuaban prosperando como consecuencia de la llegada de numerosos refugiados durante los últimos años de la lucha entre Cartago y Roma. La forma tardía de la lengua fenicia llamada «neopúnica» se extendió más ampliamente que nunca. Se cuenta incluso que los romanos enviaron a los reyes de Numidia los libros recuperados durante la destrucción de las bibliotecas de Cartago: tal vez algunas de esas obras, como el tratado de agricultura de Magón, tenían un valor práctico. Ninguno de los monarcas ulteriores fue tan poderoso como Masinisa, pero es casi seguro que, en lo esencial, el desarrollo de los reinos de Numidia y de Mauritania prosiguió. Conviene subrayar que en cierta medida el nombre de esos dos reinos siguió siendo una simple expresión geográfica, ya que muchas tribus que allí habitaban conservaron durante mucho tiempo su identidad propia bajo la dominación romana e incluso más tarde, mientras que la unidad política seguía siendo precaria. Ese estado de cosas fue agravado por la poligamia que practicaban las familias reales (Masinisa, se cuenta, dejó diez hijos que le sobrevivieron) y más tarde por la intervención de los romanos. Masinisa murió el año −148 a la edad de 90 años aproximadamente; tuvo por sucesor a Micipsa (−148/−118), bajo cuyo reinado el comercio de Numidia con Roma e Italia se hizo más activo; se ha dicho que numerosos comerciantes italianos vivían en Cirta. Tras la muerte de Micipsa, el reino fue administrado conjuntamente por dos de los hermanos de éste y por Yugurta, nieto de Masinisa, que era protegido por el hombre de Estado romano

Escipión Emiliano, así como su abuelo lo había sido por Escipión el Africano. Yugurta estaba dotado de una gran energía y quiso ostentar el poder por sí solo. Roma trató en principio de repartir oficialmente el territorio; sin embargo, cuando Yugurta hubo arrebatado la ciudad de Cirta a uno de sus rivales y matado a todos los residentes italianos, la ciudad le declaró la guerra. Yugurta organizó una resistencia encarnizada, manteniendo a raya a sus adversarios hasta que fue traicionado y entregado a los romanos por Bocchus, rey de Mauritania. Roma hizo entonces subir al trono a otro miembro de la familia de Masinisa, llamado Gauda, cuyo hijo y sucesor Hiempsal reinó tras haber sido exilado por un rival (desde el año −88 al −83) hasta el −60. Se sabe que él fue el autor de un libro sobre Africa redactado en lengua púnica, y parece que prosiguió la obra civilizadora iniciada por su dinastía. En el transcurso de los últimos años de independencia de Numidia, la citada dinastía se vio mezclada en guerras civiles que provocaron la caída de la República romana. El hijo de Hiempsal, Juba (−60/−46) que en su juventud había sido públicamente insultado por Julio César, tomó el año −49 el partido de Pompeyo, al que prestó grandes servicios en Africa, hasta tal punto que, según se dice, iba a ser colocado al frente de la provincia romana de Africa, si los partidarios de Pompeyo lo hubieran apoyado. Se suicidió tras la victoria de César en Tapso, y Roma decidió entonces administrar directamente Numidia.

MAURITANIA

En general se admite que el reino de Mauritania se desarrolló más lentamente que Numidia; pero quizá esta opinión se deba a una falta de información. Está claro que el macizo montañoso del Atlas siguió estando cerrado tanto a la influencia fenicia como más tarde a la cultura romana, pero la vida sedentaria se extendió un poco por las regiones fértiles como el valle del Muluya y a lo largo de la costa atlántica. En las zonas montañosas diversas tribus conservaron su identidad propia durante la dominación romana, e incluso después. El nombre de los moros es citado durante la expedición de Sicilia en el año −406, y luego durante la rebelión de Hanón (después del año −350) y la invasión romana de Africa (−256). Un rey moro ayudó a Masinisa en una época crítica de su vida, pero tropas moras combatieron también bajo las órdenes de Aníbal en Zama. Más tarde, Bocchus I, tras haber ayudado a Yugurta a luchar contra Roma, lo traicionó y recibió en recompensa un territorio bastante amplio situado al este del Muluya. A la generación siguiente, la región parece que fue repartida: Bocchus II, que gobernaba los territorios del este, combatió contra Juba con la ayuda de un aventurero italiano, P. Sittius, a favor de César, quien tenía también el apoyo de Bogud II, que reinaba al oeste de Muluya. Estos dos monarcas fueron recompensados por César, y Bocchus amplió aún más en esta ocasión sus posesiones a costa de Numidia. Algunos años después, Bogud II, al tomar partido por Antonio en la guerra civil romana, fue expulsado de su territorio por Bocchus II, que apoyaba a Octavio. Bocchus II murió el año −33 y Bogud fue asesinado el −31: toda Mauritania se encontró entonces sin dueño, pero el emperador Augusto creyó que aún no había llegado el momento para que Roma gobernase directamente el país; tal vez temía que las «tribus» de la montaña creasen allí dificultades militares. El año −25, colocó, pues, sobre el trono a Juba, hijo del último

rey de Numidia, que había vivido desde los cuatro años en Italia, y para quien el reino de Numidia había sido temporalmente reconstruido el año −30 y el −25. Juba gobernó durante más de cuarenta años como «cliente» leal de Roma, y realizó en cierta medida en Mauritania lo que Masinisa había hecho en Numidia. Era un hombre de gustos esencialmente pacíficos; fuertemente impregnado de cultura helenística había escrito numerosos libros (hoy desaparecidos) en griego. Su capital, Iol, rebautizada con el nombre de Cesarea (Cherchell), y sin duda también su segunda capital Volubilis, llegaron a ser bajo su reinado auténticas ciudades. Su hijo Ptolomeo reinó tras él hasta el año 40 de la era cristiana, fecha en la que el emperador Calígula que le había llamado a Roma, mandó darle muerte, por un motivo que desconocemos. Esa medida que preludiaba la transformación de Mauritania en provincia romana, desencadenó una rebelión que duró varios años. En el año 44 de la era cristiana, Mauritania fue dividida en dos provincias, y el conjunto de Magreb se encontró en adelante bajo la dominación directa de Roma.

LA HERENCIA FENICIA EN EL MAGREB

De modo general, el período durante el cual los reinos de Numidia y de Mauritania permanecieron independientes estuvo marcado por la elaboración y la consolidadión de una cultura de origen a la vez libio y fenicio, donde el segundo elemento desempeñaba un papel predominante, aunque sólo representase, desde luego, a una minoría de la población. Los progresos de la agricultura en Numidia, que hemos señalado anteriormente, se produjeron en regiones relativamente alejadas donde las condiciones geográficas eran favorables. Salvo en Cirta y más tarde en Iol Cesarea, el crecimiento de las ciudades siguió siendo pequeño, pero suficiente en algunas regiones para poner las bases de la importante urbanización que se produjo en la época romana. La potencia de esa cultura mixta está ilustrada por el hecho de que inscripciones del siglo II de la era cristiana están aún redactadas en neopúnico y porque en el curso del mismo período, el término «sufete» estaba, por lo que sabemos, en uso al menos en treinta ciudades o pueblos que podían estar situados tan lejos unos de otros como Volubilis, en el oeste marroquí, y Leptis Magna, en Libia. La supervivencia de la religión fenicio-libia bajo la dominación romana es también un hecho lleno de múltiples significaciones. La existencia, en el Magreb de la época, de una unidad cultural está confirmada por la misteriosa escritura libia: aparecida, según parece, durante el siglo II antes de la era cristiana (se la encuentra en dos inscripciones en Dugga), fue empleada después en tiempos de los romanos en estelas (sin duda imitando costumbres púnicas), algunas de las cuales han sido encontradas en Marruecos, en la frontera argelino-tunecina y en Libia. Tras la conquista romana, el libio y el neopúnico fueron reemplazados, en tanto que lenguas escritas, por el latín; una forma oral del púnico era aún muy corriente al final del período romano, pero es imposible determinar en qué medida y dónde se continuaba hablando el libio. La semejanza observada entre la escritura libia y el alfabeto tuareg de los tiempos modernos permanece sin explicar.

En el plano de la historia general, la fundación de las colonias fenicias en el Magreb constituye el único ejemplo de extensión en el Mediterráneo occidental de las culturas más antiguas originarias del Próximo y del Medio Oriente a las que Cartago

iba a sobrevivir. Ese fenómeno, conjuntamente con el empuje griego hacia el oeste, se relaciona con el movimiento más general que condujo a todo el oeste mediterráneo y también en cierta medida a Europa del Noroeste, habitada hasta entonces por «pueblos primitivos tribales» muy diversos, a la esfera de influencia de las civilizaciones del mar Egeo y de Oriente. En lo que se refiere a la historia del Africa propiamente dicha, el período fenicio señala la entrada del Magreb en la historia general del mundo mediterráneo y el estrechamiento de sus vínculos con las orillas situadas al norte y también al este. Los factores geográficos que, al menos hasta los tiempos modernos, asociaban ya al Magreb al mundo mediterráneo se encontraron así reforzados. Debido a la escasez de las fuentes históricas disponibles, habrá que esperar nuevos descubrimientos arqueológicos para conocer de manera más precisa la evolución de la cultura libia autóctona y el modo cómo reaccionó ante la penetración de la civilización fenicia.

Nota del Comité científico internacional

Se ha decidido estudiar en una edición posterior, de modo más detallado, la herencia y el papel de Libia durante el período comprendido en este volumen.

También está previsto celebrar un coloquio que versará sobre la contribución de Libia en la Antigüedad clásica, con una referencia particular al papel de Cirenaica durante el período helenístico, y de Libia durante el período fenicio, así como la civilización de los garamantes.

Capítulo 19

EL PERIODO ROMANO Y POSTROMANO EN AFRICA DEL NORTE

PARTE I
El período romano

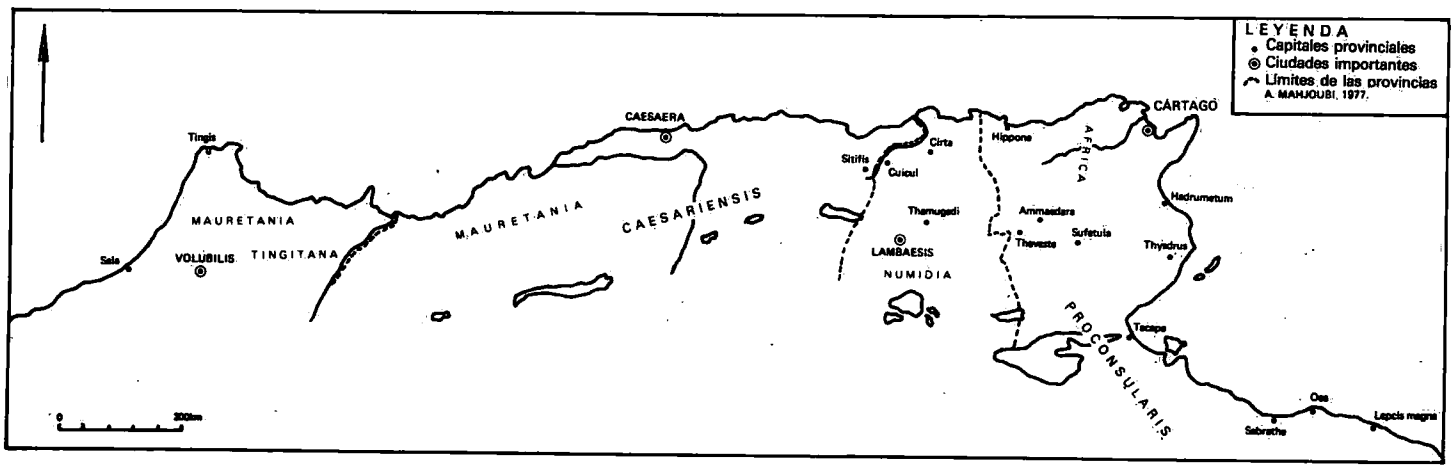
A. MAHJOUBI

Tras la destrucción de Cartago en el año −146 antes de la era cristiana y la reducción de su territorio a provincia romana, la suerte de Africa del Norte iba a depender en adelante de Roma y de los reinos indígenas. Habría sido deseable dedicar un capítulo especial al estudio de estos últimos, desde la llegada de los reinos númidas hasta la desaparición, en el año 40 de la era cristiana, del último rey de Mauritania. A partir de esa fecha, toda Africa del Norte se convierte en romana y lo seguirá siendo hasta la invasión vándala.

LA OCUPACION ROMANA Y LA RESISTENCIA INDIGENA

Sin embargo, ni la ocupación del país ni, sobre todo, lo que se llama por un eufemismo colonial la «pacificación» fueron fácilmente realizadas. El avance romano hacia el sur y hacia el oeste, partiendo del antiguo territorio de Cartago y del antiguo reino de Juba I, chocó con una resistencia obstinada, que nunca fue completamente aniquilada, pero de la que desgraciadamente sólo conocemos los episodios más sobresalientes. Tras el establecimiento y el afianzamiento de la dominación romana, una resistencia incesante, que reviste aspectos militares y también políticos, étnicos, sociales y religiosos, acaba por quebrantar la unidad económica y cultural que Roma había creado laboriosamente en Africa del Norte. Todo lo que se refiere a esa resistencia y a esas rebeliones es relatado por las fuentes literarias o epigráficas según el único punto de vista romano, y las dificultades del análisis histórico están más agravadas por algunos enfoques de la historiografía moderna: sobre todo, al comienzo del siglo y hasta una época muy reciente, ésta no había podido o no había querido liberarse de los puntos de vista más o menos influenciados por la ideología dominante colonial [1].

[1] Cf. a este respecto, la introducción de la obra de M. Benabou, 1976, principalmente, págs. 9-15.



• *Las provincias romanas de Africa del Norte al final del siglo II de la era cristiana.*

El carácter particular de las guerras africanas aparece principalmente durante la fase de la conquista: una serie de triunfos sucesivos, celebrados durante el último cuarto del siglo I antes de la era cristiana por los generales romanos entre los moros, musulmanes, gétulos y garamantes, muestra perfectamente que las poblaciones indígenas no fueron nunca subyugadas completamente, a pesar de las victorias romanas[2].

La más conocida de esas guerras es la del númida Tacfarinas, que se prolongó durante ocho años, bajo el reinado de Tiberio, y se extendió a todos los confines meridionales de Africa del Norte, desde Tripolitania hasta Mauritania. Con frecuencia es presentada por los historiadores modernos, de modo esquemático, como una lucha entre la Civilización y la Barbarie, y una oposición de los indígenas nómadas y seminómadas al avance romano, a la sedentarización y, por tanto, a los beneficios de una civilización y de un orden superiores[3]. Sin embargo, las reivindicaciones que Tácito atribuyó a Tacfarinas permiten ver de un modo más claro las causas profundas de la resistencia indígena. Con las armas en la mano, el jefe númida reclamaba tierras al Emperador todopoderoso, porque la conquista romana había sido seguida inmediatamente por una confiscación de las riquezas territoriales del país. Los sedentarios indígenas eran expoliados de sus campos; los terrenos de paso de los nómadas, reducidos y limitados sin cesar; veteranos y otros colonos romanos e italianos estaban instalados en todas partes, comenzando por las regiones más fértiles; compañías de colonos y miembros de la aristocracia romana, senadores y caballeros lograban vastos dominios. Al ser así explotado su país sistemáticamente, todos los autóctonos fueron obligados a convertirse en nómadas, y todos los sedentarios que no habitaban en las escasas ciudades no afectadas por las guerras sucesivas y por las expropiaciones, fueron, o reducidos a una condición miserable, o rechazados hacia la estepa y al desierto. La única salida era, por tanto, la resistencia armada, y la reivindicación principal era la tierra.

En el transcurso de los dos primeros siglos de la era cristiana, las operaciones militares prosiguieron y al avance romano hacia el sudoeste respondía la efervescencia de las tribus que se reunían y se dispersaban, desde el valle de Muluya hasta Djebel Amour y hasta Uarsenis. La ocupación romana establecida en las regiones costeras y al nordeste, franquea entonces etapas sucesivas en el sur de la Tunicia actual, como en las Altas Mesetas y el Atlas sahariano. Bajo los emperadores Julio-Claudios, la frontera territorial conquistada iba desde Cirta, al oeste, hasta Tacape, al sur, pasando por Ammaedara, donde esta instalada la III legión Augusta, Thelepte y Capsa. Bajo los Flavios, la legión se instaló en Theveste y la avanzadilla llegó hasta Sitis; la región de Nementcha fue anexionada bajo Trajano y allí se organizó, en el año 100, la colonia de Timgad; en fin, en el 128, la legión se estableció definitivamente en Lambese; Aures fue atravesado por rutas y su acceso fue prohibido a las «tribus» por la instalación del campamento de Gemellae. En la frontera entre las provincias romanas y los espacios desérticos del sur, a donde fueron rechazadas las «tribus», se constituyó una zona de límites —el *limes*— progresivamente desplazado hacia el sudoeste, y formada, sobre 50 a 100 kms. de profundidad, con fosos y con rutas jalonadas de postes y de fortines. Las investigaciones de arqueología aérea de

[2] P. Romanelli, 1959, págs. 175 y siguientes.
[3] P. Romanelli, 1959, *o. c.*, págs. 227 y siguientes.

J. Baradez han mostrado principalmente los tramos de un *fossatum,* bordeado de una elevación de tierra o de un muro y protegido a intervalos desiguales por torres cuadradas o rectangulares. Para vigilar los desplazamientos de las tribus nómadas e impedir que saqueasen los centros agrícolas y las caravanas que subían hacia el norte, para llegar a las ciudades comerciales de la costa de los Sirtes, los Severos, al final del siglo II, habían establecido una serie de fortines delante del *limes* propiamente dicho, como Dimmidi (Messad), Cydamus (Ghadames) y Golas (Bou N'jem). Los confines meridionales de las provincias africanas acabaron así por estar eficazmente defendidos en el transcurso de los dos primeros siglos de la era cristiana.

Pero Roma no fue capaz de eliminar radicalmente la resistencia berebere y nunca consiguió la fijación de los nómadas del sur y del oeste. A pesar de los esfuerzos de Trajano y de Adriano y a pesar de la seguridad de la política de Septimio Severo en los confines de Tripolitania, la crisis del siglo III interrumpe demasiado pronto esa empresa. El desierto y las comodidades de desplazamiento que ofrecía a los nómadas el dromedario, y la facilidad de las comunicaciones de oeste a este a lo largo del Atlas sahariano, permiten a los irreductibles bereberes posibilidades de maniobra. A este respecto, Mauritania Tingitana y, más tarde, las inmensidades desérticas del interior tripolitano fueron la reserva donde se apoyaron las tribus que acabarán por poner fin a la dominación romana. Hasta el primer cuarto del siglo III, a las alertas locales en el centro y sur del país se opuso la III legión Augusta, cuyos efectivos teóricos de 5.000 a 6.000 hombres fueron reforzados según las necesidades por medio de numerosos auxiliares. Se ha calculado que el número máximo de soldados pudo alcanzar de 25.000 a 30.000 hombres en el siglo II, cifra que, ciertamente, no es importante, aunque haya que tener en cuenta a los veteranos aún movilizados, que se establecían en las tierras ganadas a la agricultura en las orillas del *limes;* también, en caso de necesidad, se enviaban tropas reclutadas en las legiones de las demás provincias del Imperio, principalmente de España, para la defensa de Mauritania Tingitana. El procónsul de Africa disponía también en Cartago, para el mantenimiento del orden, de la XIII cohorte urbana, así como de un pequeño cuerpo de caballería, en tanto que la represión de la piratería y la vigilancia de las costas estaban confiadas a la flota de Alejandría. En cuanto al reclutamiento de los legionarios de Africa, al principio fue muy variado, pero llegó a ser casi completamente local, no obstante, con algunos cuerpos orientales —la *cohrs chalcidenorum,* los arqueros palmiranos— formados de sirios habituados a las guerras del desierto.

LA ORGANIZACION ADMINISTRATIVA Y LOS PROBLEMAS MILITARES

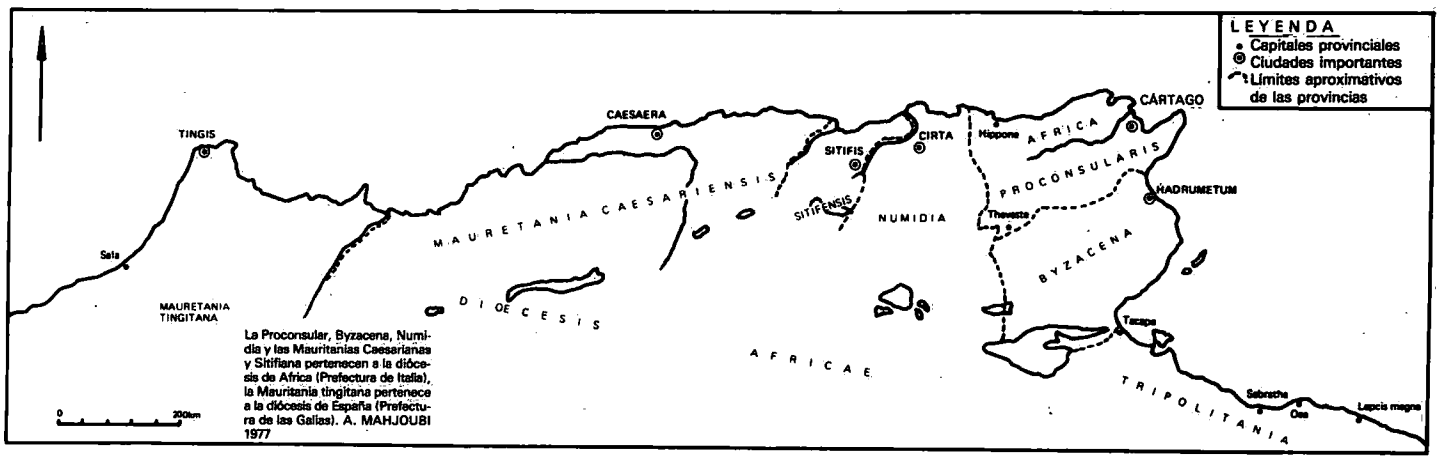
El 13 de enero del año 27 antes de la era cristiana, Octavio, que recibió tres días después el título de Augusto, compartió, según la tesis clásica, las provincias del Imperio con el Senado. Africa, conquistada desde hacía tiempo, «pacificada» y vinculada por tradiciones múltiples de orden económico tanto como político a la clase senatorial, cayó en suerte con otras provincias a la administración del Senado. Y estaba limitada al oeste por la línea Ampsaga - Cuicul - Zarai - Hodna, y se prolongaba al sudeste, en Tripolitania, por una meseta costera hasta las aras de los Filenos, en el límite de la Cirenaica. Esa *provincia Africa,* que fue designada también

con el epíteto de *proconsularis,* reagrupaba a las dos provincias que Roma había establecido sucesivamente en Africa del Norte; la que correspondía al territorio púnico conquistado en el año 146 antes de la era cristiana y que tenía el nombre de *Africa Vetus,* y la que César había creado tras su campaña africana contra los pompeyanos y su aliado el rey númida Juba I, y que fue llamada *Africa Nova.* A esos territorios se añadió también el de las cuatro colonias cirteanas, que César había cedido al condotiero italiano P. Sittius.

Como en la época republicana, el Senado romano continuó en la época imperial delegando en un gobernador en Africa. Este era un personaje de rango muy elevado, porque era elegido entre los dos consulares más antiguos presentes en Roma en el momento de echar a suerte las provincias; tenía, pues, el título de procónsul y, a menos de una prórroga excepcional, no permanecía en funciones en Cartago más que durante un solo año. A sus prerrogativas judiciales, que hacían de él el gran juez de la provincia en lo civil y en lo criminal, se añadían las tareas administrativas y financieras: vigilaba la administración y las autoridades municipales, en principio autónomos, y les comunicaba las leyes y reglamentos imperiales; ordenaba la ejecución de los trabajos públicos importantes, daba orden de pago de los gastos, mandaba en la administración encargada del aprovisionamiento de Roma de trigo africano, en el sistema fiscal cuyas rentas estaban destinadas en principio al *Aerarium Saturni,* en la caja del Senado... Estaba asistido de legados propietarios que residían uno en Cartago mismo y el otro en Hipona, y de un cuestor que administraba las finanzas; disponía, en fin, como ya hemos indicado, de un pequeño contingente de tropas de 1.600 hombres aproximadamente para el mantenimiento del orden.

El emperador podía intervenir en los asuntos de la provincia senatorial, bien directamente, bien sobre todo por la presencia de un procurador ecuestre, funcionario imperial encargado de la gestión de los vastos dominios imperiales, de la percepción de algunos impuestos indirectos, como la *vicesima hereditatium,* que alimentaba el tesoro militar colocado bajo el control del emperador. El procurador tenía también un poder judicial, limitado en principio a lo contencioso fiscal; reemplazado quizá a partir del 135, por un *procurador Patrimonii,* para la administración de los dominios, y por un *procurator IIII Publicorum Africae,* para la administración fiscal, sin embargo, eso no quiere decir que ese o esos funcionarios imperiales entrasen frecuentemente en conflicto con el procónsul, sin que se pueda afirmar que estaban encargados de vigilarlo.

Sin embargo, al contrario de la mayor parte de las provincias senatoriales, Africa proconsular no podía estar desguarnecida de tropas. En efecto, aunque la parte situada al nordeste, que correspondía a la antigua *Africa Vetus,* estaba muy tranquila, no ocurría lo mismo en las regiones meridionales, en las que la autoridad tenía necesidad de una guarnición militar para asegurar la defensa y ampliar gradualmente la zona «pacificada». Esas tropas, constituidas sobre todo por la III legión Augusta, estaban mandadas por un legado imperial subordinado al procónsul: éste conservaba, pues, excepcionalmente, los poderes militares de los gobernadores republicanos. Pero esa situación no podía prolongarse sin suscitar la desconfianza del emperador. Lo cual no tardó en producirse bajo Calígula, quien, en el marco de una política general que trataba de limitar los poderes de los gobernadores y de disminuir la autoridad y la autonomía del Senado, aportó un importante cambio de orden político-militar a la organización del Africa proconsular: el mando militar fue separado del gobierno civil;



• *Las provincias romanas de Africa del Norte en el siglo IV de la era cristiana.*

lo que condujo a la creación, en la práctica ya que no en derecho, de un territorio militar de Numidia, colocado bajo la autoridad del legado que mandaba la III legión Augusta. Ese mando extraordinario debió tener, desde el año 39 de la era cristiana, una titularidad intermedia entre la de los legados gobernadores provinciales y la de los legados lugartenientes generales de las legiones [4].

Pero la situación no estaba muy clara, y no podía dejar de suscitar conflictos de competencia y de autoridad entre el procónsul y al legado de la legión. Septimio Severo acabó por regularizarla, convirtiendo el territorio militar en provincia: eso supuso la creación de la provincia de Numidia, sin duda en 198-199 [5]. Estaba administrada por el legado de la legión, llamado también a veces *praeses* y directamente nombrado y enviado por el emperador, y su frontera occidental seguía siempre la orilla izquierda del Ampsaga (Ued-el-Kébir), pasaba al oeste de Cuicul y Zarai, cortaba la meseta del Hodna y bajaba hacia sur en dirección de Laghouat. Al este, la frontera iba del nordeste de Hipona al oeste de Calama, seguía la orilla derecha del Ued Cherf, pasaba al oeste de Magifa, y se dirigía hacia la orilla nordeste de Chott-el-Jerid.

Desde el Ampsaga hasta el Atlántico se extendía el reino de Mauritania, que el rey Bocchus el Joven había legado, el año 33 antes de la era cristiana, al Imperio romano [6]. Octavio, el futuro Augusto, aceptó el legado y lo aprovechó para instalar en el país a once colonias de veteranos; pero el año 25 antes de la era cristiana volvió a ceder el reino a Juba II, al que sucedió su hijo Ptolomeo el 23 de la citada era. Octavio, prudente, juzgaba sin duda que la ocupación sería prematura y que una preparación por jefes indígenas interpuestos era necesaria. En el 40, juzgando llegado el momento de la administración directa, Calígula mandó asesinar a Ptolomeo [7]. Finalmente, Claudio organizó, al final del año 42, las dos provincias de Mauritania: la Cesariana al este, y la Tingitana al oeste, separadas por Muluchat (Muluya). Como Numidia, las dos dependían directamente del emperador; estaban gobernadas por simples procuradores ecuestres que residían, uno en Iol-Cesarea, y el otro probablemente en Volubilis, y allí mandaban tropas militares, que disponían de poderes civiles y militares.

La organización militar y administrativa de las provincias africanas no conoció cambios mayores hasta la época de Diocleciano. Africa, aunque menos afectada que otras provincias, no podía, sin embargo, escapar a las repercusiones de la crisis general que abarcó al conjunto del mundo, y revistió aspectos múltiples políticos, económicos, religiosos y morales. Dicha organización hecha posible desde el final de la época antonina, distó mucho de ser desbaratada por las transformaciones de la época severiana, y degeneró a partir del 238, y hasta el final del siglo III, en una tormenta de una inquietante gravedad. En Africa del Norte, los ataques de las tribus moras, que se reanudaban cada vez más frecuentemente, entre 253 y 262 y después, de nuevo, bajo el reinado de Diocleciano [8], anunciaban ya la retirada progresiva de la dominación romana. A la crisis financiera, con perjuicios más o menos importantes causados a la prosperidad económica que el Africa Proconsular y Numidia conocie-

[4] M. Benabou, 1972, págs. 61-75.

[5] H. G. Pflaum, 1957, págs. 61-75.

[6] P. Romanelli, 1959, *o. c.*, págs. 156 y siguientes.

[7] J. Carcopino, 1955, págs. 191 y siguientes; *id.* 1948, págs. 288-301; M. Rostovtzev, págs. 321 y siguientes; T. Kotula, 1964, XV, págs. 76-92.

[8] Ver en último extremo M. Benabou, 1976, *o. c.*, págs. 218 y siguientes y 234 y siguientes.

ron en el siglo II y hasta el primer cuarto del siglo III, y a la acentuación del desequilibrio entre las diferentes categorías sociales, se añadieron los contragolpes de las usurpaciones y de la anarquía militar, que provocaron la fragmentación de la autoridad imperial en una multitud de reinados sucesivos o simultáneos.

Sin embargo, el Imperio conoció entonces sobresaltos que lo salvaron; desde el reinado de Galo, una acción multiforme, progresiva y empírica, englobó a todos los dominios, transformó al ejército y a los mandos, reforzó al gobierno y a la administración de las provincias y se extendió a la política social, a la religión y a la mística imperial. Esa fue la primera etapa de una obra de restauración que progresó con Aureliano y Probo, y acabó por sistematizarse en las profundas reformas de Diocleciano. Por fin las innovaciones de Constantino, al crear un mundo nuevo, constituyeron de algún modo una síntesis coherente de las aportaciones y de los fracasos de esas reformas, así como de la evolución religiosa de la época.

La separación de los poderes civiles y militares fue uno de los rasgos dominantes de la administración provincial en el Bajo Imperio. Y fue realizada progresivamente entre el reinado de Galo y el de Constantino, que le dio su forma definitiva y sistemática.

La reestructuración del aparato militar en Africa del norte se hizo necesaria desde la disolución, bajo Gordiano III, de la legión de Africa, la III legión Augusta[9]. El mando fue en definitiva confiado al conde de Africa, cuya autoridad ejerció sobre las tropas de las provincias africanas. Ese ejército del siglo IV era muy diferente del Alto Imperio; los ataques de las tribus moras impusieron la formación de un ejército móvil, cuerpo de maniobras siempre dispuesto a intervenir rápidamente en las zonas de inseguridad. Estaba compuesto de unidades de infantería legionaria y de destacamentos de caballería reclutados sobre todo entre la población campesina romanizada e instalada en las proximidades de los campamentos. Pero el servicio militar se hizo poco a poco una obligación hereditaria y fiscal, lo que no dejó de comprometer el valor de los contingentes. A ese ejército móvil, considerado como la tropa de élite, se añadían los *limitanei,* es decir, los soldados-campesinos a los que se distribuía lotes de tierra situados en el *limes;* estaban exentos de impuestos y debían, como contrapartida, asegurar la vigilancia de la frontera y rechazar eventualmente las incursiones de las tribus. Como los de Oriente, los *limitanei* de la Mauritania Tingitana estaban organizados en unidades clásicas, alas y cohortes, pero todos los de las otras provincias africanas se encontraban, en cambio, repartidos en sectores geográficos colocados cada uno bajo las órdenes de un *Praepositus limitis.* Diversos documentos arqueológicos, encontrados principalmente en el sector oriental del *limes,* muestran que los campesinos-*limitanei* estaban agrupados en torno a granjas fortificadas y se dedicaban a trabajos agrícolas; utilizando frecuentemente el dromedario, contribuyeron así al desarrollo de la agricultura y del poblamiento en los confines del Sáhara, e hicieron del *limes* una zona de intercambios económicos y de contactos culturales, mucho más que una línea de separación entre las provincias romanas y el país que seguía berebere e independiente; eso es lo que explica cómo la civilización romano-africana y el cristianismo pudieron llegar, en el sur, a regiones que escapaban a la administración directa de Roma. Por otra parte, el gobierno romano había manteni-

[9] M. Benabou, 1976, *o. c.*, págs. 207 y siguientes y, para reconstrucción de la legión bajo el reinado de Valeriano, págs. 214 y siguiente.

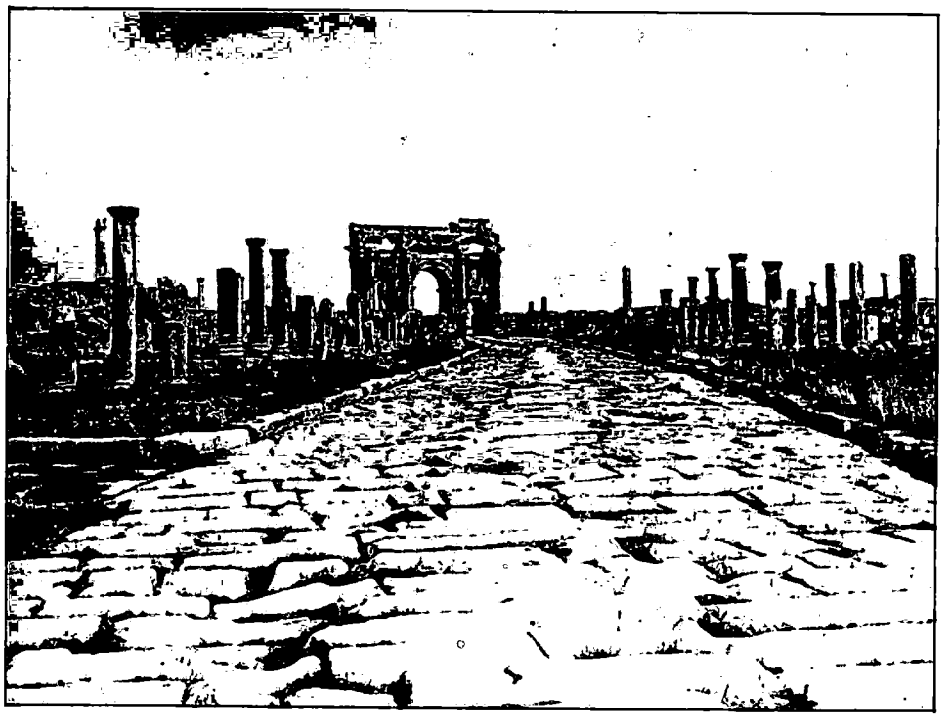
do siempre relaciones con los jefes de tribus quienes, mediante subsidios y una investidura imperial que reconocía sus poderes locales, proporcionaban con frecuencia contingentes que estaban dedicados a la custodia del *limes*.

Paralelamente a las reformas militares, la organización territorial de las provincias fue completamente trastocada. Pero ahora se había determinado que esa reorganización fuese realizado gradualmente, según las necesidades y las condiciones de cada provincia. A fin de reforzar la autoridad imperial, de disminuir por ese mismo motivo la del procónsul cuyo poder hacía con frecuencia el juego a los usurpadores y de aumentar los recursos fiscales para afrontar las amenazas exteriores, Africa proconsular fue dividida en tres provincias autónomas: al norte, la Zeuginata o Proconsular propiamente dicha, llegaba hasta el sur sobre una línea que unía Ammaedara con Pupput, cerca de Hammamet; al oeste, englobaba a Calama, Thubursicu Numidarum y Theveste. El procónsul seguía siendo, no obstante, en Cartago un personaje importante: era un *clarissimus* que, cuando tomaba cargo, llegaba con frecuencia a la cima de la jerarquía de los consulares y tomaba rango entre los *illustres;* no era raro que esos procónsules del siglo IV fuesen de origen africano. Siempre estaban asistidos por dos legados con los que generalmente estaban emparentados y residían uno en Cartago y el otro en Hipona. El procónsul conservaba sus prerrogativas judiciales y administrativas, pero el control de los asuntos municipales se hacía sin cesar más tiránico, y la administración tendía a complicarse por la multiplicidad de las oficinas y de los agentes que dependían del procónsul y de sus legados.

Separada de la Proconsular, la provincia de Byzacene abarcaba desde la línea Ammaedara-Pupput hasta las puertas de Tacape. Al oeste, englobaba las regiones de Mactar, Sufetula, Thelepte y Capsa. Sin embargo, al sur, los puestos del *limes* no dependían del gobernador de la Byzacene que, como la Proconsular, estaba desprovista de tropas; los puestos que se encontraban en las proximidades de Chott-el-Jerid dependían, pues, de Numidia, mientras que los del sudeste dependían de Tripolitania. El gobernador de Byzacene, que residía en Hadrumete, primero fue de rango ecuestre, con el título de *praeses;* pero tal vez desde el reinado de Constantino, y con seguridad, desde el 340, accedió a la dignidad de consular.

Al sudeste, la nueva provincia de Tripolitania comprendía dos zonas diferentes: una franja costera que se extendía de Tacape al ara de los Filenos y que, hasta el siglo III, dependía del procónsul y muy probablemente de la legación de Cartago; en el interior, la región del *limes* de Tripolitania estaba, hasta el siglo III, bajo la autoridad del comandante de la III legión Augusta, gobernador de la provincia de Numidia. Esa región comprendía Djeffara, los Matmata y llegaba hasta la punta norte del Chott-el-Jerid. Contrariamente a lo que se creía, las investigaciones recientes han mostrado que aunque los romanos habían evacuado posiciones avanzadas como la de Golas (Bou N'jem), siguieron manteniendo sus posiciones al sur de la costa durante el siglo IV y el comienzo del V [10]. Por eso, los gobernadores de Tripolitania pudieron, en diferentes ocasiones, desempeñar un importante papel militar: hasta los años 324-326, ostentaban con el título de *praeses* su competencia militar y residían en Leptis Magna. Después, el mando de las tropas estacionadas en el *limes* fue recuperado por el conde de Africa que no lo conservó, sin embargo, continuamente: poco antes de 360 y en el

[10] El abandono de la Tripolitania interior, afirmado por C. Courtois, 1955, págs. 70-79, está desmentido por la arqueología. Cf. A. de Vita, 1964, págs. 65-98 y G. Clemente, 1968, págs. 318-342.



1

2

• *1. Timgad (antigua Thamugadi, Argelia): avenida y arco de Trajano.*

• *2. Maktar (antigua Macoaris, Tunicia): Arco de Trajano que da acceso al foro.*

365, el *limes tripolitanus* fue quitado provisionalmente al *Comes Africae* y confiado al *praeses* de Tripolitania, quizá devido a la agitación de la tribu de los austuriani.

La provincia de Numidia tenía una estrecha abertura al mar, entre el macizo de Edough, al este, y la desembocadura del Ampsaga, al oeste; pero hacia el sur, su territorio se alargaba desde el extremo oriental del Chott-el-Hodna hasta las puertas de Theveste. Primero dividida en dos zonas, una de las cuales agrupaba la región tranquila de las ciudades de la antigua confederación cirteana en torno a la capital Cirta, y la otra, la región montañosa y agitada del sur, con el principal centro de Lambese, fue reunificada a partir del 314. Al frente de ella conservó a un gobernador de rango ecuestre que reunía los poderes civiles y militares, con el título de *praeses,* hasta el 316. El gobierno civil fue entonces confiado a senadores dotados del nuevo título de *consularis provinciae,* y luego colocados en el rango de *clarissimi;* la gran mayoría de ellos pertenecía a familias de la aristocracia romana, a causa de los intereses territoriales que unían a esta última con esa rica provincia. Cirta se convirtió en la única capital y tomó, en honor al emperador, el nombre de Constantina.

El problema de la reorganización administrativa de las provincias de Mauritania en el siglo IV está dominado por una cuestión primordial: Diocleciano, como se piensa generalmente, ¿había evacuado, poco antes de su llegada al poder, la tingitania interior y toda la parte occidental de la cesariana? Trabajos recientes permiten dudar seriamente del abandono de la región situada al oeste de la Mauritania cesariana [11]. En cambio, se admite que Diocleciano había evacuado, en el 285, todos los territorios al sur del Oued Loukkos, en la Mauritania Tingitana; Roma sólo habría conservado relaciones marítimas con las ciudades costeras, lo que explicaría que centros como Sala hubieran podido continuar existiendo, en tiempos de Constantino, dentro de la órbita romana [12]. Diocleciano destacó, por otra parte, la zona oriental de Mauritania Cesariana, para crear una nueva provincia: la Mauritania Sitifiana de la que Sétif fue la capital. Finalmente, Mauritania Tingitana fue separada administrativamente del resto de Africa para ser incorporada a la diócesis de las Españas.

Para asegurar la unión entre el gobierno central y las provincias convertidas así en más pequeñas y más numerosas, Diocleciano aumentó el número de altos funcionarios que ejercían las funciones, hasta hacía poco extraordinarias pero convertidas en permanentes, de viceprefecto del pretorio: esos vicarios eran en principio caballeros *perfectissimi,* pero promovidos a la categoría de *clarissimi* mientras que debían controlar a los gobernadores de clase senatorial.

A cada vicario se la atribuía una competencia fija, la diócesis, que agrupaba cierto número de provincias. La diócesis de Africa reunía así las provincias de Africa del Norte, a excepción de Mauritania Tingitana; los gobernadores de esas provincias estaban colocados bajo la autoridad del vicario que residía en Cartago y dependía de la prefectura del pretor de Italia-Africa-Iliria, excepto el procónsul de Africa que dependía directamente del emperador.

LA COLONIZACION Y LA ORGANIZACION MUNICIPAL

Como la civilización griega, la civilización romana era esencialmente un fenómeno urbano. El grado de romanización de una provincia estaba, por tanto, en función

[11] Cf. P. Salama, 1954 (a), págs. 224-229; *id.,* 1954 (b), págs. 1292-1311.
[12] J. Boubbe, 1959-1960, págs. 141-145; A. Jodin, 1966.

de la densidad de las ciudades [13]; ahora bien, en las provincias africanas, principalmente en la Proconsular, la vida urbana estaba particularmente desarrollada: se han contado al menos 500 ciudades para el conjunto de Africa del Norte, de las que 200 estaban sólo en la Proconsular [14]; pero no está suficientemente indicado que ese urbanismo no fuera heredado en gran parte de la época púnico-númida [15].

En la época republicana, no existía ciudad alguna de derecho romano; sólo había siete ciudades de origen fenicio, que gozaban de una autonomía al amparo de las vicisitudes políticas: eran las que habían elegido el partido de Roma, cuando la última guerra entre romanos y púnicos. Sus instituciones tradicionales fueron reconocidas y también fueron exentas de la contribución territorial, el *stipendium*. La autoridad romana toleró, no obstante, pero sin ninguna garantía jurídica, las instituciones de las demás ciudades africanas, que continuaron administrándose según el modo fenicio y teniendo al frente sufetes y consejos de notables, pagando todos el *stipendium* [16]. El primer intento de colonización oficial fue emprendido por C. Graco, en virtud de la *lex rubria*, en el año 123 antes de la era cristiana: 6.000 colonos, romanos y latinos, debían recibir lotes considerables, 200 yugadas por cabeza, es decir, 50 ha.; lo que, con las comunales suponía una extensión de tierra considerable. Se cree que las asignaciones alcanzaron al sur de Mejerda la *fossa regia*, frontera de la primera provincia romana de Africa. Los colonos no debían, pues, en consecuencia, habitar sólo en Cartago; sino dispersarse en determinado número de aldeas. También fue preciso, sin duda, expropiar y desplazar a los antiguos propietarios. Se conoce la suerte de esa primera colonización romana: fracasó por razones de orden político, por el odio de los aristócratas romanos hacia C. Graco, reformador y jefe del partido popular, y también por motivos económicos, al no ser los colonos más que gentes pobres y, en su mayor parte, sin origen campesino; así, esa colonización no fue en el fondo más que un pretexto para trastocar el partido popular y permitir a los ricos, senadores y ecuestres, parcelar las tierras africanas conquistadas por la República, adjudicándose vastas propiedades.

Tras la guerra de Yugurta, el año 103 antes de la era cristiana, Mario asignó a veteranos y a gétulos las tierras situadas quizá en la orilla de la *fossa regia*, entre Achella y Thaenae, en cualquier caso seguramente al oeste, en el valle medio de Mejerda; como indica la epigrafía, esas asignaciones serían las que recordarían la inscripción de Thuburnica, que hace de Mario el *conditor* de esa colonia, y los sobrenombres de *Mariana* y *Marianum*, que llevarán más tarde la colonia de Uchi Maius y el municipio de Thibar. En el −103 tuvo lugar también, según parece, un establecimiento de colonos en las islas Kerkena, por el padre de Julio César. Pero la colonización no tomó verdadero auge más que con la creación de la Colonia Julia Carthago sólo por Octavio, o por los triunviros en el 42, o más bien en el 44 antes de

[13] Para el papel y la evolución histórica de las estructuras urbanas, cf. M. Clavel y P. Leveque, 1971, págs. 7-94. Como escribía Courtois, todo ocurre «como si no se participara válidamente en la civilización más que en la medida en que la vida cotidiana era el reflejo más o menos claro de lo que sucedía en Roma», 1955, *o. c.*, pág. 111.

[14] G. Charles-Picard, 1959, págs. 45 y siguientes.

[15] Cf., por ejemplo, en el artículo de G. Camps, 1960 (b), VIII, págs. 52-54, la lista de las ciudades anteriores a la segunda guerra púnica, y la de las ciudades del reino numida, entre la *Fossa Regia* y *Mulucha*, págs. 275-277.

[16] G. Charles-Picard, 1959, *o. c.*, págs. 22 y siguientes.

la era cristiana, según la opinión comúnmente admitida. El primer siglo de ocupación romana fue, pues, para Africa una época de marcada regresión, principalmente por una explotación descarada de sus riquezas territoriales; la lentitud de la colonización se debía a la codicia de los hombres de negocios, ecuestres en su mayor parte, y senadores que obraban por intermediarios, cuando no podían procurarse en el lugar misiones políticas [17].

Al proseguir la obra concebida por César, su padre adoptivo, Octavio Augusto dio origen a un nuevo período en la historia de Africa, a una nueva orientación política y a un vasto programa administrativo, militar y religioso. Muy pronto hubo allí, según la lista de Plinio, cuyas fuentes son siempre discutidas [18], seis colonias romanas, quince *oppida civium romanorum*, un *oppidum latinum*, un *oppidum immune* y treinta *oppida libera*. Un texto epigráfico de Dugga [19] da autoridad, al menos en parte, a la teoría del alemán Kornemann respecto a los comienzos de la colonización y de la organización municipal [20]: o en el 29 antes de la era cristiana, cuando una nueva retirada de colonos en Cartago dio a la Colonia Julia su asiento definitivo, o incluso antes, cuando ciudadanos romanos que después de una inmigración más o menos importante iban a establecerse en los alrededores de las ciudades peregrinas agrupándose en *pagi* y apoderándose de vastos terrenos rurales, acabaron por reagrupar el territorio *(pertica)* de la colonia de Cartago. Augusto creó también no menos de trece colonias entre los años 33 y 25 en Mauritania.

Los emperadores que sucedieron a Augusto prosiguieron su política; así se contaron, bajo Marco Aurelio, más de treinta y cinco colonias repartidas sobre el conjunto de las provincias africanas. Los inmigrantes eran por regla general veteranos y elementos llegados de legiones disueltas con ocasión de la reorganización del ejército; hubo también italianos deposeídos o arruinados por la crisis de la agricultura hasta el punto de transformar las provincias africanas en colonias de poblamiento. Pero la implantación racional de esas colonias tenían en cuenta sobre todo consideraciones defensivas y económicas.

El reconocimiento real a los autóctonos de una amplia autonomía en sus asuntos municipales, teniendo en cuenta sus particularidades lingüísticas, étnicas y religiosas, en modo alguno era incompatible con una política de asimilación futura; porque la atracción de las ventajas y privilegios económicos y políticos de los que se beneficiaban los ciudadanos romanos no cesó de ejercerse sobre las clases superiores de la sociedad africana. También hubo, junto a colonias pobladas de inmigrantes, colonias honorarias cada vez más numerosas; eran antiguas comunas indígenas, que pretendían que se reconociese oficialmente, por la concesión del derecho romano, su evolución constante hacia las formas de la vida romana.

La cuestión del estatuto municipal plantea problemas complejos que sólo podemos resumir sumariamente [21]. Distingamos en primer lugar las ciudades peregrinas,

---

[17] Sobre la colonización de la provincia de Africa en la época republicana, cf. S. Gsell, 1913-1928, vol. V; así como P. Romanelli, 1959, *o. c.*, págs. 43-71.

[18] Además, las informaciones proporcionadas por Plinio el Viejo (V, 22-30) sobre el estatuto de esas ciudades son difíciles de interpretar. Una puesta a punto sobre el problema está realizado por P. A. Brunt, págs. 581-583.

[19] C. Poinssot, 1962, págs. 55-76.

[20] E. Kormenan, 1901.

[21] El problema de la política municipal de Roma en Africa ha sido objeto de dos estudios recientes que renuevan los trabajos más antiguos: L. Teutsch, 1962; J. Gascou, 1972.

muy numerosas, pobladas de no-ciudadanos; la mayor parte eran estipendiarias, pero algunas estaban dotadas de la *libertas*, es decir, que su autonomía estaba jurídicamente reconocida, y algunas incluso era *immunes*, exoneradas del *stipendium*, el impuesto de la conquista. Había después las ciudades latinas: habían recibido por concesión de conjunto, o porque habían sido pobladas de colonos latinos, bien el *jus latii majoris*, que otorgaba la ciudadanía romana tanto a los magistrados municipales como a los miembros de la asamblea de los decuriones, bien el *jus latii minoris* que restringía la ciudadanía a aquellos que estaban establecidos en una magistratura o en un *honos;* el resto de los habitantes tenía, no obstante, derechos civiles casi idénticos a los de los ciudadanos. Por último, en las colonias de derecho romano, cuyo estatuto fue organizado por una ley póstuma de César, los habitantes eran ciudadanos romanos salvo, por supuesto, los esclavos, los *incolae* (extranjeros domiciliados) y los *adtributi*, es decir, las poblaciones autóctonas de sectores vinculados administrativamente a esas colonias. Para estos últimos, que pertenecían a las comunidades campesinas a expensas de las que se formaban y se desarrollaban las colonias de inmigrantes, la ciudad aparecía más como un centro de represión que como un centro de romanización.

Había, por otra parte, los *vici, pagi*, quienes con frecuencia formaban parte de la *pertica* de una ciudad; en las grandes propiedades imperiales, los cultivadores ignoraban casi siempre la vida municipal y la administración estaba asegurada por procuradores imperiales. En fin, al sur de las provincias africanas, y sobre todo en las provincias mauritanas, las regiones desprovistas de ciudades y sometidas al régimen tribal eran vigiladas por destacamentos poco importantes mandados por *praefecti*.

Sin embargo, muchas cuestiones se plantean aún respecto a las instituciones municipales; para la definición de municipio de derecho romano, por ejemplo, durante mucho tiempo se ha aceptado la aplicación que procedía de la autoridad de Mommsen, quien pretendía que las comunidades de ciudadanos romanos habían sido llamadas municipios o colonias, siendo principalmente la diferencia de orden jerárquico y residiendo en el honor otorgado por el título de colonia. Prácticamente, no aparecía, pues, diferencia alguna entre los dos tipos de comunidades, lo que se explicaría por la uniformidad creciente de los estatutos colectivos. Una proposición de Ch. Saumagne, que, no obstante, dista mucho de ser aceptada unánimemente, tiende a mostrar que no existen municipios romanos más que en Italia; como consecuencia, todo municipio provincial sería solamente latino y no existirían, fuera de las colonias y de los *oppida civium romanorum*, otras comunidades de derecho romano en Africa. Lo que habría presentado la ventaja de clarificar el problema de la nacionalización de los nativos: el *jus latii*, que concede el derecho de ciudadano romano a los ricos, habría constituido así una etapa indispensable en la vía de integración colectiva [22].

Teniendo en cuenta esos matices, se constata que las ciudades africanas tendían cada vez más a parecerse a los municipios italianos; en todas partes existía una Asamblea del pueblo, un Senado y magistrados sujetos a la anualidad y a la colegialidad, *duoviri, quattuorviri, aediles, quaestores*. Se ha señalado, no obstante, la longevidad excepcional del *populus* en Africa, en tanto que la Asamblea popular

[22] C. Saumagne, 1965. Su tesis es refutada principalmente por J. Desanges, 1972, págs. 253-273.

había caído en desuso en otras partes. Los ciudadanos del *populus* estaban agrupados en cuerpos intermedios llamados curias; y éstas son consideradas por algunos como una supervivencia de una antigua institución cartaginesa; las curias africanas sólo habrían tenido en común el nombre con las de las otras regiones del Imperio. Sin embargo, la realidad del poder pertenecía no al *populus,* sino al senado municipal, compuesto de un centenar de miembros que formaban el *ordo decurionum,* un orden senatorial a escala local. Elegidos entre los antiguos magistrados de más de 25 años de edad y también, a veces, entre los ciudadanos ricos, esos decuriones disponían de las finanzas de la ciudad, decidían los gastos nuevos y administraban los bienes municipales. Estaban jerarquizados según su rango social; en cabeza figuraban los miembros honorarios, a los que estaba confiado el patronazgo de la ciudad: generalmente era un hijo del país al que la ascensión social había integrado por *adlectio* en las órdenes superiores del Imperio; en el caso más favorable, ese caballero o ese senador hacía carrera en Roma, podía acercarse al emperador y representaba así, ante él, los intereses de la ciudad y al que podía pedir una mejora del estatuto jurídico o una rebaja de los impuestos, todo ello intercediendo para favorecer la carrera de un joven ciudadano. Venían luego los antiguos magistrados, después los antiguos ediles, los antiguos cuestores, y finalmente los simples decuriones que no habían alcanzado aún dignidad alguna. Todos debían poseer una fortuna superior a una especie de censo, modesto en las numerosas pequeñas ciudades, pero muy elevado en las grandes, principalmente en Cartago donde igualaba al censo ecuestre. Así, sólo los ricos podían desempeñar un papel importante en la ciudad en la que los magistrados presidían la Asamblea del pueblo y el Senado, despachaban los asuntos corrientes, estaban en relación con las autoridades provinciales y ejercían un poder judicial limitado a los delitos menores y a los litigios poco importantes.

El ejercicio de los cargos públicos suponía la holgura económica y tiempo libre: los magistrados no recibían tratamiento alguno, sino, al contrario, a su toma de posesión del cargo debían pagar a la caja municipal una suma variable según el rango de la magistratura y la importancia de la ciudad; a esto se añadían varios detalles de generosidad ofreciendo festines, organizando juegos y financiando la construcción de monumentos; la mayor parte de los edificios públicos (termas, mercados, fuentes, templos, teatros...) de las ciudades africanas se debían a una auténtica emulación de los notables. El cargo civil más alto en la ciudad era el de los *duoviri quinquennales,* que eran elegidos cada cinco años y estaban encargados del censo, es decir, que debían determinar el número total de habitantes y el de los ciudadanos, evaluar las fortunas y determinar al mismo tiempo el lugar de los individuos en la jerarquía social y en el reparto de los impuestos.

Esa carga fiscal iba a ser cada vez más determinante y exigir la intervención del poder central en los asuntos municipales. Desde el siglo II, las finanzas de las ciudades, a veces en dificultades, fueron controladas poco a poco por unos *curatores civitatis,* a fin de paliar una situación que se había hecho difícil por el despilfarro y los gastos suntuosos. Esos fueron los primeros síntomas de una centralización y de un estatismo burocrático apremiante que, con la crisis del siglo III y sobre todo del IV, sucedieron al liberalismo y a la autonomía municipal.

LA VIDA ECONOMICA

LA POBLACION

No poseemos ninguna estimación más o menos exacta sobre la población en la época romana. Ciertamente había censos necesarios para el establecimiento de los impuestos fiscales, pero no han llegado hasta nosotros. Nos vemos, pues, limitados en esta materia a hipótesis más o menos satisfactorias: cálculo de la población por aplicación de un coeficiente de densidad media y, sobre todo, empleo del argumento topográfico sacado de diferentes consideraciones para evaluar principalmente la cifra de la población urbana. Por ello C. Courtois toma como punto de partida las listas episcopales y llega, no sin discusiones, a la cifra de 500 ciudades africanas; tras largas consideraciones para adoptar una superficie media y una densidad, obtiene un número medio de 5.000 habitantes por ciudad, lo que corresponde a 2.500.000 ciudadanos sobre un total de 4.000.000 de habitantes en el conjunto de las provincias africanas durante el Alto Imperio, y 3.000.000 solamente en el Bajo Imperio. Estas últimas cifras se fundan en las estimaciones de J. Beloch quien, a partir de los censos realizados en Italia por Augusto, había evaluado la población del Imperio romano. Pero C. Courtois había estimado que la densidad de 16 habitantes por kilómetro cuadrado calculada por el erudito alemán era muy alta para Africa del Norte que, a mediados del siglo XIX, no tenía más que 8 millones de habitantes aproximadamente; había llegado, pues, a 11 habitantes por km.^{2}, contando para las ciudades 250 habitantes por hectárea, como en las ciudades francesas de los siglos XVIII y XIX [23]. G. Charles-Picard hace diversas y numerosas objeciones a C. Courtois, para llegar a dos conclusiones: la densidad de la población africana alcanzaba en algunas regiones más de 100 habitantes por km.^{2} y, a pesar del número considerable de ciudades, la mayor parte de los habitantes, en ese país esencialmente agrícola, vivía en las aldeas y en grandes pueblos dispersos en el campo. Así, la Proconsular habría tenido un total de 3.500.000 habitantes; añadiendo Numidia y las Mauritanias, tendríamos 6.500.000 habitantes entre la mitad del siglo II y el primer tercio del siglo III, época de la gran prosperidad africana [24].

Más recientemente, A. Lézine ha presentado, a propósito de la población urbana, un punto de vista opuesto al de G. Charles-Picard; sosteniendo, según este último, que las condiciones de vida y de poblamiento del Sahel tunecino se aproximaban mucho en la Edad Media a las de la Antigüedad, ha tratado de calcular la cifra de la población de Sussa hacia el final del siglo X y la población de Cartago entre el año 150 y 238. Al fin de cuentas ha llegado, pues, a un número de 1.300.000 ciudadanos, lo que permitiría, manteniendo la cifra propuesta por C. Courtois para el conjunto de la población, hacer más aceptable la de los campesinos [25]. Las investigaciones recientes permiten estudiar de un nuevo modo esos problemas de demografía; no sólo se han hecho intervenir las cifras antiguas del *census*, las superficies habitadas, la proporción de las *domus* y de las *insulae* y el número de los beneficiarios de las distribuciones de

[23] C. Courtois, 1955, *o. c.*, págs. 104 y siguientes.
[24] G. Charles-Picard, 1959, *o. c.*, págs, 45 y siguientes.
[25] A. Lézine, 1960, págs. 69-82.

alimentos, sino también al número de las tumbas por generación y las *summae honorariae* pagadas por los magistrados al asumir el cargo, cuyo porcentaje variaba según el rango y la importancia de la ciudad[26].

LA AGRICULTURA

Se conoce la preponderancia de la agricultura en la economía antigua; en Africa, en la época romana, la tierra es la fuente principal y más estimada de la riqueza y del prestigio social. Se conoce también el tópico que hace de Africa el granero de Roma; a veces se ha querido sobreentender con eso una riqueza proverbial que se ha opuesto a la miseria moderna, para concluir sin otra forma de proceso y desconociendo totalmente los problemas complejos que han conducido al subdesarrollo y a la «decadencia de los hombres». En realidad, estamos obligados a repetir una verdad que no ha podido pasar inadvertida a los historiadores: Africa era el granero de Roma porque, una vez conquistada, era obligada a proporcionar a su vencedor su trigo, a título de tributo. Así es como en tiempos de Augusto, 200.000 romanos recibían gratuitamente una ración de 44 litros de trigo por mes, o sea, un total de un millón de celemines aproximadamente. De todos modos, la teoría de una prosperidad extraordinaria de Africa en la época romana y de un rendimiento excepcional de trigo ha sido destruida por el geógrafo F. Despois[27].

La conquista romana causó en primer lugar una regresión de la agricultura como también del conjunto de la economía africana, la devastación y el abandono de la arboricultura de la *Chora* cartaginesa, porque Italia dominaba entonces el mercado del vino y del aceite y procuraba apartar toda competencia relativa a los cultivos remuneradores. Sólo el trigo se mantuvo y se aumentó desde el reinado de Augusto, por una razón política que prevalecerá hasta el final de la dominación romana: la necesidad de asegurar el aprovisionamiento de la plebe romana. Después de la extensión de la dominación romana al oeste y al sur, y la ejecución de la política de acotamiento de las tribus, unida a una política activa de explotación de las tierras, principalmente por el desarrollo de los grandes trabajos hidráulicos, las cifras de la producción de cereales aumentaron considerablemente. En tiempos de Nerón, Africa ya proporciona a la capital del Imperio su aprovisionamiento para ocho meses del año: así la participación africana ha sido calculada en 18 millones de celemines, o sea, 1.260.000 quintales.

Considerando que esa cifra representaba el importe de la *annone*, es decir, las rentas de los dominios imperiales, que Nerón acababa de aumentar considerablemente confiscando las grandes propiedades territoriales de los senadores romanos, aumentada con el impuesto en especie cobrado en las demás tierras, G. Charles-Picard estimaba que la anona cubría algo más de la séptima parte del producto medio del cultivo de cereales africano. Este alcanzaba, pues, 126 millones de celemines

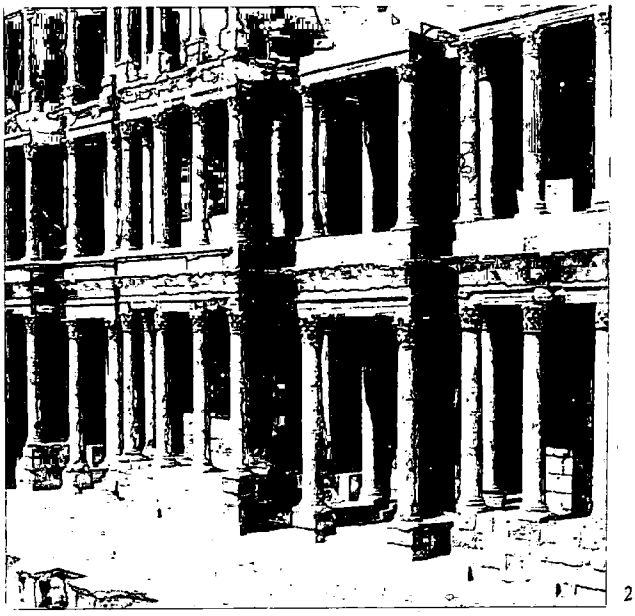
[26] Cf. principalmente la crítica de los métodos de evaluación demográfica realizada por R. P. Duncan-Jones, págs. 85 y siguientes. Gracias a una inscripción de Siagu, que menciona un legado para distribuirlo entre los ciudadanos de la ciudad, el autor concluye que el número de los ciudadanos era de 4.000, en tanto que el del conjunto de la población de la ciudad se sitúa entre 14.000 y 17.000.

[27] Para una puesta a punto relativa a los problemas de demografía, cf. M. Benabou, 1976, *o. c.*, págs, 385 y siguientes.

1

• *1. El acueducto Cherchel (Argelia).*

• *2. Sabratha (Libia): frente del escenario del teatro romano (Fotografías P. Salama).*



2

aproximadamente, o sea, 9 millones de quintales. Así el trigo que quedaba en Africa, al restar el que se empleaba para la siembra, no podía bastar para el consumo local, «y una buena parte de los campesinos estaba obligada a alimentarse con mijo o con cebada; además las sequías producían necesariamente períodos de hambre»[28]. Durante la época de la gran prosperidad africana, desde la mitad del siglo II hasta el año 238, la situación mejoró notablemente gracias a las tierras nuevas de Numidia y también de las Mauritanias; pero Africa debió satisfacer nuevas exigencias fiscales como la transformación, bajo Septimio Severo, de la annona militar como impuesto regular. A partir del siglo II, no obstante, las inversiones considerables de monumentos públicos denotan una prosperidad de las clases superiores y, principalmente, de la clase media de las ciudades. El gobierno dejó entonces que se desarrollara más libremente la iniciativa económica de las provincias, mientras que Italia conocía, desde el reinado de los emperadores Claudios, una crisis que no pudo ser frenada. La oleicultura y la viticultura no se habían desarrollado, sin embargo, al principio, más que para permitir la recuperación de las *subcessives* o de las tierras impropias para el cultivo de los cereales. Pero la rentabilidad de la vid y del olivo hizo el resto, lo que explica su extensión espectacular, particularmente la de los olivares que se desarrollaron ampliamente, incluso en las regiones esteparias.

Propiedades y paisajes rurales están representados en mosaicos que se escalonan desde el final del siglo I hasta la mitad del siglo IV; generalmente en medio de un vasto huerto o de un parque de recreo es donde se levanta la villa del señor, rodeada a veces de edificios utilitarios donde se apiñaban los esclavos. La propiedad representada, a veces está simbolizada por las actividades típicas o por una decoración que recuerda el paisaje regional: colinas, escenas de labores, aves, enjambres de abejas...

Desde los comienzos de la ocupación, la colonización romana se materializó por una división agraria a cuadros, la centuriación: el suelo africano fue dividido así en cuadrados de 710 metros de lado, por medio de una red de líneas rectas tiradas a cordel y que se cortaban en ángulo recto[29]. Las tierras convertidas en propiedad del pueblo romano, como consecuencia de la conquista *(ager publicus populi romani)*, se repartían en varias categorías, y su estatuto jurídico era complejo y no cesó de evolucionar. Excepto en Mauritania, donde el derecho de tránsito había quedado sin restricciones, la propiedad tribal no cesó de estar limitada en provecho de una extensión constantemente creciente de las tierras de colonización. Una vasta operación de acantonamiento de las tribus prosiguió sin interrupción durante el Alto Imperio, y se acentuó incluso bajo los Severos, con el avance del *limes* en Tripolitania, en Numidia y en Mauritania, avance que fue acompañado de una expropiación violenta y de un rechazo de las tribus hacia el desierto. Los propietarios indígenas que habitaban las ciudades y que no fueron expropiados en favor de los colonos romanos o latinos, conservaron, sin embargo, de modo general sus tierras, contra el pago del *stipendium*, del que muy pocas ciudades peregrinas estuvieron exentas. Otra categoría territorial estaba constituida por tierras distribuidas a los ciudadanos romanos veteranos, pequeños colonos romanos o italianos que se instalaron en las colonias, los *oppida civium romanorum*, los *pagi*. Sin embargo, con el tiempo, el estatuto de las tierras de las ciudades indígenas y el de las propiedades de las ciudades romanas

[28] G. Charles-Picard, 1959, *o. c.*, págs. 91.
[29] Cf. R. Chevallier y A. Cailemer, 1957, págs. 275-286.

acabaron por unificarse en función de la evolución del estatuto municipal hacia una integración de las comunidades autóctonas. Una última categoría comprendía, finalmente, las propiedades inmensas que los miembros de la aristocracia romana habían logrado adquirir, principalmente al final de la República y en los momentos en los que Africa constituía un vasto campo de inversiones territoriales. Así, en el siglo I de la era cristiana, seis senadores romanos poseían, ellos solos, la mitad del suelo provincial africano; pero Nerón los condenó a muerte e incorporó sus *fundi* al *patrimonium* imperial. Quedaba no obstante, en el Bajo Imperio, un buen número de grandes propiedades privadas de la aristocracia romana, principalmente en Numidia; y de modo general, las grandes propiedades tendían a absorver las pequeñas, sobre todo, en el Bajo Imperio.

El estatuto y la organización de las grandes propiedades imperiales son conocidas gracias a cuatro importantes inscripciones y a otras indicaciones proporcionadas por la rica epigrafía romana [30]. Ellas nos han transmitido textos de capital importancia, como el de la *lex manciana* y el de la *lex hadriana*, que no son leyes, en el sentido del derecho romano, sino reglamentos de cultivos y explotación. Para muchos autores, esos reglamentos se aplican al conjunto del *ager publicus*, en todo el Imperio según J. Carcopino, y en Africa solamente, según M. Rostovtzeff. Otros creen que se trata de reglamentos particulares para la región de los *saltus* imperiales de la Mejerda media, aunque esa interpretación esté en contradición con descubrimientos más recientes. De todos modos, las modalidades de explotación sólo son bien conocidas para las propiedades imperiales; éstas son arrendadas a empresarios llamados *conductores*, que las explotan por medio de los *villici*. El *villicus* hace fructificar directamente una parte de la propiedad; probablemente utiliza esclavos y obreros agrícolas, así como las prestaciones de trabajo y los servicios personales debidos por los colonos. Estos, los *coloni*, son cultivadores libres que subarriendan a los *conductores* la mayor parte de la propiedad. El fin principal de la *lex manciana* y de la *lex hadriana* es determinar los derechos y deberes de los *conductores* y de sus jefes de explotación *(villici)* de una parte, y de otra, los de los colonos *(coloni)*; el principio es que, mediante la entrega de la tercera parte de su cosecha y la prestación de un número determinado de días de trabajo gratuito en las tierras explotadas directamente por el *villicus*, los colonos disfrutan en sus parcelas respectivas de un derecho de uso que ellos pueden transmitir por herencia y vender incluso, a condición de que el nuevo poseedor no interrumpa el cultivo durante dos años consecutivos. Una administración imperial jerarquizada vigila la explotación de las propiedades: en la cúspide, el *procurador del patrimonio*, que reside en Roma con sus servidores, prepara los reglamentos generales y las circulares de aplicación. Es un ecuestre de rango superior. Otros procuradores, ecuestres también y de importante rango, residen en cada provincia y supervisan a los procuradores de los distritos *(tractus)*, que agrupan un determinado número de propiedades *(saltus)*; en la escala inferior, los procuradores de las propiedades no son en general más que simples emancipados. La tarea de estos procuradores de *saltus* es firmar el contrato con los *conductores*, vigilar la ejecución de los reglamentos, arbitrar los conflictos entre *conductores* y *coloni*, y ayudar a los primeros a aceptar los censos. Se observa en realidad, gracias a la inscripción de

[30] Una abundante bibliografía se refiere a esa cuestión. Cf. G. Charles-Picard, 1959, *o. c.*, págs. 61 y siguientes y nota 31, págs. 371-372.

Souk-el-Khemis que data de la época de Comodo, que los *conductores* y procuradores encargados de vigilar su gestión se ponen de acuerdo para privar a los colonos de los derechos que les otorgan los reglamentos y aumentar arbitrariamente las cargas. Esto es así, porque tales *conductores* son personajes poderosos, capitalistas cuya influencia produce su efecto en los procuradores. Muchos autores creen, junto a A. Piganiol, que la condición de los colonos descrita por esa inscripción anuncia ya la de los colonos del Bajo Imperio, En efecto, a partir del siglo IV, el término *coloni* designa a todos los campesinos que cultivan las propiedades imperiales o privadas en el conjunto del Imperio. En principio son hombres libres, pero su libertad está cada vez más restringida por las leyes que les prohíben abandonar la tierra que cultivan. El propietario, al ser responsable de los impuestos que el colono debe sobre su producción, no puede satisfacerlos más que si los cultivos no son interrumpidos: así llega a fijar al colono a la tierra, aunque su condición jurídica tiende a acercarse a la del esclavo. La evolución conducirá en Occidente a la servidumbre medieval, en la que se confunden descendientes de colonos y descendientes de esclavos rurales.

La evolución de la agricultura africana en el Bajo Imperio continúa alimentando las controversias; de modo general, los historiadores modernos se han visto sorprendidos por la importancia de las tierras no sometidas a prestaciones y, por consiguiente, sin cultivar, y de eso han concluido en un movimiento bastante rápido de extensión de eriales. C. Lepelley acaba de mostrar recientemente que el problema es más complejo, y que la situación no es tan alarmante como se creía, al menos para la provincia Proconsular y la de Byzacene; se puede hablar de éxodo rural masivo y de decadencia agrícola catastrófica. Africa seguirá siendo, hasta la invasión vándala, la fuente de aprovisionamiento de Roma, al estar privada desde la fundación de Constantinopla de la ayuda del trigo egipcio; además, la prosperidad de Ifrikya en los siglos VIII, IX y X, atestiguada por las fuentes árabes, no puede explicarse si se mantiene la tesis de un declive caracterizado [31]. Sin embargo, los períodos de hambre, debidos en todas partes a las condiciones naturales, no están ausentes y hay que indicar que la importancia económica de los cereales parece que disminuyó en provecho de la del olivar, excepto en Numidia que permaneció aferrada al cultivo de los cereales.

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

Generalmente se ha observado que la epigrafía y los monumentos representados ofrecen en Africa muchas menos indicaciones que en otras provincias occidentales sobre el mundo de los artesanos y de los obreros. Sin embargo, aunque el trabajo del metal parece menos extendido en las provincias africanas hay que desconfiar de toda generalización; porque se podría observar, por ejemplo, que la epigrafía se refiere muy pocas veces a los obreros de la construcción y a los arquitectos cuyas obras cubren, no obstante, innumerables yacimientos arqueológicos africanos. De todos modos, el estancamiento tecnológico de la época romana no podía permitir a la industria antigua desarrollarse mucho. En estas condiciones, la elección se habría orientado hacia las industrias de transformación de los productos agrícolas, y

[31] C. Lepelley, 1967, págs. 135-144.

• *Mosaico de Sousse: Virgilio escribiendo* La Eneida *(Fotografía Museo de Bardo, Túnez).*

principalmente a la oleicultura; las ruinas de lagares, extendidos de manera espectacular, por ejemplo, en la región de Sefetula, en Thelepte, y de Tebessa, testimonian la importancia del aceite en la economía antigua, como principal alimento graso, y también como único combustible de iluminación y producto de aseo personal esencial [32].

Más o menos unida con la oleicultura, la industria de la cerámica abarcaba, además del ámbito doméstico, los de la iluminación y de los envases. En la época púnica, se fabricaba sobre todo la cerámica usual, para importar, primero de Grecia y de Etruria y después de Italia del Sur, las vasijas más finas. Con la conquista romana, la dependencia frente a los centros de producción exteriores se hizo mayor: la región de Campania fue sustituida por Toscana y luego por los talleres galos, que aprovisionaban sobre todo a las Mauritanias; sin embargo, en la Proconsular y desde el comienzo del siglo II de la era cristiana, una nueva industria de la cerámica se desarrolló en unión con una reactivación económica general.

Los trabajos de J. P. Morel, que ha descubierto imitaciones africanas de la cerámica con barniz negro de Campania [33], los de P. A. Février y de J. W. Salomonson sobre la *terra sigillata,* y las últimas excavaciones de los investigadores del Instituto de Arqueología de Túnez han mostrado que los talleres africanos no han cesado de aumentar en número y en importancia [34]. Junto a las vasijas usuales, se producía la cerámica fina de color rojo anaranjado y luego naranja claro, cuya moda se habría extendido en todos los países del Mediterráneo occidental; se decoraban, desde la primera mitad del siglo III, bellas ánforas cilíndricas y vasos bicónicos con adornos en relieve inspirados sobre todo en los juegos del anfiteatro; se producían lámparas de bella calidad, estatuillas que se colocaban en las tumbas o en las capillas domésticas... Todavía en el siglo IV, se desarrolló la producción de un tipo de cerámica que los especialistas llaman sigilada clara D. Las importaciones extranjeras, en ese sector económico primordial de la alfarería, no tardaron en desaparecer, incluso las de las Mauritanias, y las ventas de los productos fabricados y de extracción (aceite, cerámicas, paños teñidos de color púrpura, vidrio, madera, productos de canteras como el mármol numídico...) a los que hay que añadir como seguros el trigo y también los esclavos, la madera y las fieras destinadas a los juegos del anfiteatro, debían exceder ampliamente a los productos importados constituidos, sin duda, de objetos fabricados en metal.

Africa había logrado también liberarse de su dependencia económica y su comercio exterior encontró, de algún modo, el desarrollo que conoció en la época púnica. El equipamiento portuario se desarrolló en función de los recursos exportables de las tierras del interior y del envío de cereales y aceite a Italia; las relaciones se hacían sobre todo con Ostia, el antepuerto de Roma: allí se han encontrado, entre las *scholae* (oficinas) corporaciones de navegaciones y no menos de nueve locales que pertenecían a las corporaciones africanas de Maritania Cesariana, de Musluvium, Hippo Diarrhytus, Cartago, Curubis, Missua, Gummi, Sullectum y Sabratha. Esos *dominii navium* o *navicularii,* agrupados en corporaciones, tenían la responsabilidad colectiva del transporte de las mercancías hacia Italia [35]; desde el reinado de Claudio, les fueron

[32] Cf. H. Camps, 1953.
[33] J. P. Morel, 1968, y 1962-1965.
[34] Cf., por ejemplo, A. Mahjoubi, A. Ennabli y J. W. Salomonson, 1970.
[35] C. Calza, 1916, págs. 178 y siguientes.

concedidos privilegios y permanecieron, hasta la época de Septimio Severo, en régimen de libre asociación. Pero pronto el control del Estado se ejerció en ese terreno como en los demás sectores de la economía, ya que el aprovisionamiento de Roma era demasiado importante para ser dejado en poder de la sola iniciativa de particulares; los *navicularii* fueron considerados también como si cumpliesen un servicio público. El tráfico con Italia siguió estando, no obstante, en manos de los africanos. En cuanto al comercio con Oriente, floreciente en la época cartaginesa, estaba en tiempos del Imperio en manos de los orientales quienes, en el siglo IV todavía, iban a traficar a los puertos africanos. Aunque se desconoce la naturaleza exacta de los productos que esos comerciantes, a los que se llamaba «sirios», desembarcaban, fácilmente se puede imaginar la diversidad y la abundancia de su flete de retorno, a juzgar por las numerosas monedas de oro con la efigie de los emperadores de Oriente encontradas en las excavaciones, y que aquéllos debían dejar para equilibrar sus cuentas. Finalmente, el comercio transahariano será estudiado aparte, en el marco de las relaciones entre las provincias africanas y los pueblos del Sáhara.

Los textos antiguos, así como la arqueología y la epigrafía, aportan numerosas informaciones relativas al comercio interior. Así sabemos que las aldeas rurales celebraban *nundines*, especie de ferias, que parecidas a los zocos modernos, se repartían entre los días de la semana. En las ciudades, se edificaban *macella* (mercados) con una plaza bordeada de pórticos en los que colocaban sus tenderetes los mercaderes; se han encontrado en excavaciones, principalmente en la de Leptis, una especie de kioskos equipados con patrones para las medidas de longitud y de capacidad, controlados por los ediles municipales [36]. Otros negocios y transacciones se celebraban en la plaza del foro o en las tiendas y mercados de las ciudades (banqueros y cambistas, taberneros, mercaderes de paños, etc.). Los caminos o rutas, cuya misión estuvo unida al principio a las necesidades de conquista y de colonización, no tardaron naturalmente en favorecer el comercio facilitando el transporte de las mercancías. En tiempos de Augusto y de sus sucesores dos rutas de interés estratégico unieron Cartago con el sudoeste, por el valle del Miliane, y con el sudeste por el litoral. El tercer lado del triángulo fue cerrado por la carretera de circunvalación Ammaedara-Tacapae, la primera vía señalada con mojones militares. Bajo los Flavios y los primeros Antoninos, una gran expansión de caminos fue realizada, principalmente, la construcción de la vía Cartago-Theveste; en torno a ese antiguo centro militar y al de Lambese, una red unió a Aures y los Nemencha y subió hacia Hippo-Regius. Las vías no cesaron entonces de extenderse y de diseminarse por la Proconsular y por Mauritania, donde el sector fortificado de Papidum fue unido, de una parte con Gemellae y con Lambese, y de otra con las ciudades costeras de Caesarea y de Saldae; pero después del año 235, la envejecida red de caminos planteó numerosos problemas de conservación y de reparación [37].

Las diversas cuestiones técnicas relativas a las vías romanas: trazado, estructura, obras de arte y construcciones anejas para uso de los viajeros han sido objeto de numerosos estudios; éstos ponen de manifiesto el espíritu «viajero» de la dominación romana insistiendo en el papel estratégico y colonizador de la vía, en su papel administrativo ilustrado por los relevos del correo del *cursus publicus* y finalmente

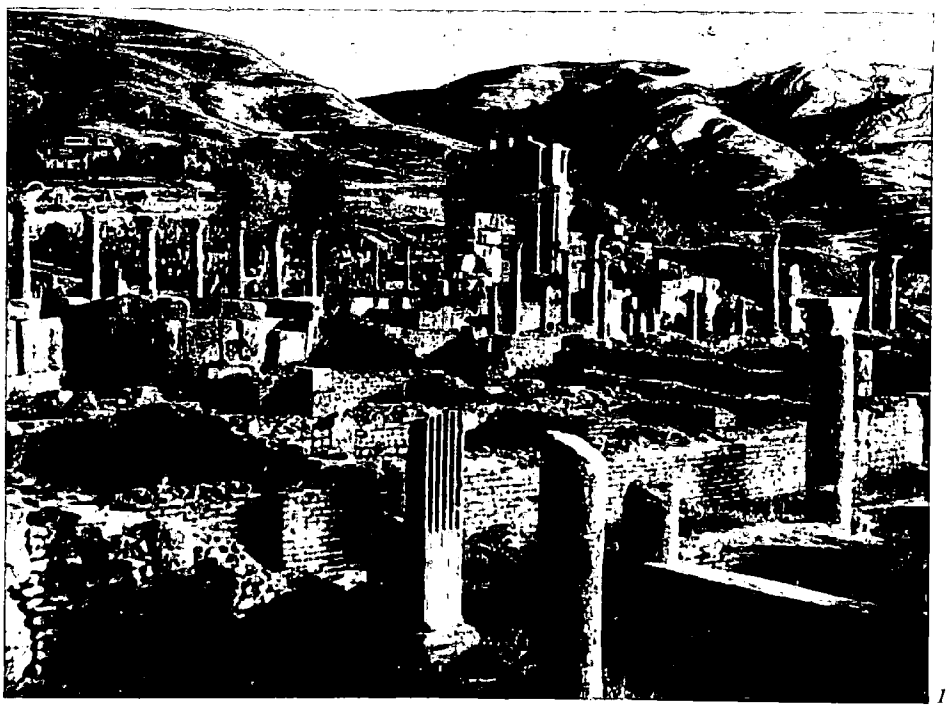
[36] N. Degrassi, 1951, págs. 37-70.
[37] P. Salama, 1951.

sobre su papel económico; a este respecto, se ha distinguido, por ejemplo, la ruta del mármol que unía Simitthu con Thabraca, y se ha estudiado la disposición de los *horrea* y de las *mansiones* (graneros y almacenes) dispuestos en las encrucijadas y a lo largo de las vías, para recibir los cereales y el aceite recogidos por los recaudadores.

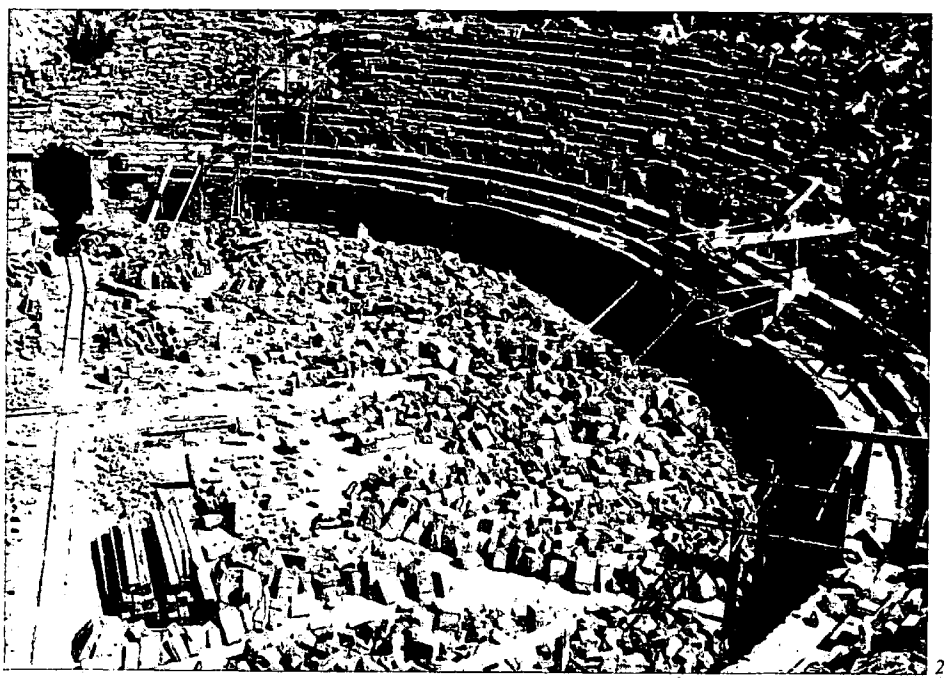
LAS RELACIONES ENTRE LAS PROVINCIAS AFRICANAS Y LOS PUEBLOS DEL SAHARA

Al sur de la Tripolitania, en los confines del desierto, se conocen desde hace mucho tiempo tres grandes fortalezas saharianas romanas: las de Bou N'jem, Gheria el-Gherbia y Ghadames, cuyo nombre antiguo era Cidamus. Consideradas durante mucho tiempo sólo como puestos avanzados del *limes*, se ha advertido más recientemente que se situaban en la frontera del desierto y de una zona controlada por los romanos poblada de sedentarios que residían en granjas fortificadas y cultivaban principalmente el olivo en las cuencas de los oueds. Esa región ha visto cómo se desarrollaba una civilización original muy marcada de tradiciones locales, a las que se han incorporado las influencias púnicas; tradiciones indígenas y huellas púnicas, ilustradas principalmente por numerosas inscripciones en alfabetos locales y por la supervivencia de la lengua púnica hasta la víspera de la invasión árabe, se han adaptado, no obstante, a las aportaciones de la civilización romana. Las fortalezas vigilaban las pistas principales que unían la costa con Fezzán, el país de los garamantes. Desde el año 19 antes de la era cristiana, Cornelio Balbo atacaba a esos garamantes y había sometido, según Plinio, ciudades y fortalezas, entre las cuales estaban Garama y Cidamus. Más tarde, quizá bajo el reinado de Domiciano, una expedición dirigida por Julio Materno parte de Leptis Magna y llegó al país de los etíopes y la región de Agisymba, donde se veían rinocerontes, según se dice. Eso muestra que los romanos estaban interesados en Fezzán, sobre todo, en la medida en que ese puerto permanente de las caravanas les permitía llegar a las orillas del Africa transahariana. Y eso muestra también por qué las crisis y las aproximaciones, referidas por textos lacónicos, han hecho del reino de los garamantes un motivo de preocupación permanente para los romanos. Añadidas a esas indicaciones fragmentarias de los textos, las prospecciones y las excavaciones arqueológicas de estos últimos años, han permitido precisar poco a poco nuestros conocimientos de los itinerarios de las caravanas que permitían llegar a los confines del Africa negra, y seguir mejor los progresos de los romanos en ese sentido; también han proporcionado amplias informaciones tanto sobre el aspecto militar como civil y comercial de la vida en esa zona de los confines, particularmente en Bou N'jem [38]. Los países transsaharianos proporcionaban oro en primer lugar: desde los tiempos púnicos hasta la época árabe-musulmana, las rutas del oro que unían los bancos de arena de Guinea con los países del Mediterráneo variaron, pero cada una de ellas marcó en cierto modo la historia de Africa del Norte. El comercio de las caravanas aportaba también esclavos negros, plumas de avestruz, fieras, esmeraldas y rubíes del Sáhara. A cambio, las provincias romanas proporcionaban vino, objetos de metal, vasijas de alfarería, textiles y objetos de vidrio, como han mostrado, principalmente, las excavaciones de Fezzán.

[38] Cf. principalmente, en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions* de los años 1969, 1972, 1975, las comunicaciones de R. Rebuffat relativas a las excavaciones de Bou-N'jem *(Goleas)*.



1



2

- *1. Djemila (antigua Cuicul, Argelia): barrio central de la ciudad.*
- *2. Lebda (antigua Leptis Magna, Libia): trabajos en curso de excavación en el anfiteatro romano.*

El uso cada vez más generalizado del dromedario, a partir de los siglos II y III, en la zona de los confines saharianos por donde pasan las pistas del sur y del este, reavivó sin duda el nomadismo facilitando los desplazamientos, la ganadería nómada y el saqueo de las caravanas y de los centros sedentarios más o menos adictos a la civilización romana. Al principio, sin duda, las mismas tribus se dividían en sedentarias a lo largo de las pistas y en el *limes*, y en nómadas con camellos al sur; después, hacia la mitad del siglo IV, el gobierno imperial no fue capaz de realizar la vigilancia policial del desierto y, sin que hubiese habido un repliegue deliberado, el florecimiento que los pequeños núcleos de los confines conocieron en el siglo III no hizo más que sobrevivir para decaer hacia el siglo V. Por tanto, sólo una brusca y masiva aparición del dromedario en el siglo III permite, como creía sistemáticamente E. F. Gautier, a los nómadas con camellos llegar a amenazar la seguridad de las fronteras meridionales. Más bien se trata de una evolución; primero, favorable a la política romana que había sabido adaptarse a las condiciones del medio ambiente para crear auténticos centros de penetración, y eso acaba por volverse contra dicha política permitiendo a las tribus nómadas, que habían encontrado los medios de transporte necesarios, volver al asalto de las regiones de las que habían sido rechazadas[39]. Podemos también preguntarnos si la inteligencia de la política sahariana de los Severos no se explica por los orígenes lepcitianos de esa dinastía, que le habrían permitido disponer de las informaciones de primera mano sobre las condiciones, los recursos y los itinerarios de las tierras desérticas del interior.

LA ASCENSION DE LOS ROMANOS-BEREBERES Y LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD AFRICANA

Bajo el reinado de Augusto y de sus sucesores, las provincias africanas estaban habitadas por tres poblaciones distintas, tanto por el derecho que las regía como por la lengua y las costumbres: romanos o italianos inmigrados; púnicos y, sobre todo, libios sedentarios que habían integrado en sus propias tradiciones las instituciones, así como los usos y costumbres púnicos, y libios nómadas severamente acantonados o rechazados y separados del país «útil».

Con frecuencia se ha dicho, con razón, que las provincias africanas no constituyen colonias de poblamiento: a partir del reinado de Adriano, la fundación de las colonias de veteranos se paralizó en la Proconsular, y en Numidia aprovecharon en lo sucesivo a militares reclutados en las ciudades africanas. Hemos visto que el estatuto de estos últimos no cesó de evolucionar hacia una romanización total; la integración de los ciudadanos autóctonos, sobre todo, los más ricos de ellos, que se esforzaron así en escapar a una condición de inferioridad socio-económica tanto como jurídica provocada por la conquista, estaba prácticamente realizada cuando fue promulgada en el 212 la *constitutio Antonina*. Esta concedía la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio que aún no la tenían, excepto a los dediticios. Ya Septimio Severo, tras los Antoninos, había acelerado las promociones municipales y hasta coloniales; los no ciudadanos eran una minoría, y las inferioridades jurídicas se hacían así cada vez menos razonables respecto a las exigencias de simplificación

[39] E. Demougeot, marzo-abril de 1960, págs. 209-247.

administrativa y fiscal y a las tendencias hacia el universialismo político, jurídico, moral y religioso. Sin embargo, todos los que no habitaban en un centro grande o pequeño de tipo municipal, principalmente los miembros de las tribus acantonadas en las regiones de la estepa o montañosas, debieron ser colocados entre los dediticios, cuyas instituciones y autonomía no habían sido siquiera implícitamente reconocidas en el momento de la capitulación; por consiguiente, permanecieron fuera de la romanidad.

Así, las distinciones étnicas no disminuyeron hasta desaparecer más que en las ciudades, continuando siendo muy numerosas, sobre todo, en la Proconsular. Sin embargo, en ésta fueron reemplazadas por las distinciones sociales. Los dos órdenes sociales superiores, el senatorial y el ecuestre, tenían un estatuto definido por el censo y manifestado por insignias y títulos. Pero aunque la posesión del censo era necesaria, no lo era suficiente, en tanto que la regla de la herencia siempre era aplicada; así, salvo favor especial del emperador, se nacía senador o ecuestre. Sin embargo, el estudio de las carreras individuales, gracias a los textos y sobre todo a la epigrafía, muestra la renovación rápida de esa aristocracia; la antigua *nobilitas* romana, que llevaba un tren de vida principesco y se arruinaba poco a poco, va cediendo un lugar cada vez más amplio, primero a los provincianos de las regiones occidentales del Imperio, y después a los greco-orientales. El primer senador de origen africano era natural de Cirta; pertenece a la época de Vespasiano. Pero un siglo más tarde, hacia el 170, los senadores africanos, cuyo número seguía inmediatamente al de los italianos de origen, eran un centenar. Asimismo, mientras que el primer ecuestre africano conocido, originario de Musti, recibió el anillo de oro de Tiberio, en tiempos de Adriano había ya varios millares de ecuestres en la Proconsular y en Numidia. En el Alto Imperio esa seminobleza de la orden ecuestre es la que proporcionaba la aplastante mayoría de los funcionarios con dos vocaciones que se desarrollaron a continuación de un modo separado poco a poco: civil una y militar la otra que, desde el siglo III, se distinguió difícilmente de una carrera surgida exclusivamente del ejército. Así, en el transcurso del período antonino-severo, la ascensión de los romano-bereberes se hizo manifiesta y el papel de los africanos en Roma y en el Imperio considerable.

La fuerza social principal que, en el Alto Imperio, y en interés incluso de los emperadores, había permitido la renovación de las órdenes nobles y garantizando principalmente a la orden ecuestre un nivel y unas cualidades susceptibles de permitirle asegurar sus dos vocaciones, era indudablemente la clase media de las ciudades, que se podría llamar la «burguesía» municipal. Los individuos procedentes de esa clase decurional pasaban, en efecto, a la aristocracia imperial a la que los emperadores acudían para proveer los puestos importantes, habida cuenta por otra parte, de la solidaridad que, en Roma, unía a aquellos que habían salido de la misma provincia: así se explica la preponderancia de los españoles al principio del siglo II, y después la de los africanos relevados por los sirios y luego por los panonianos.

La clase media de los decuriones constituyó en Africa, como se ha dicho con frecuencia, el armazón mismo de la romanidad. En el Alto Imperio, se limitó sobre todo a una estructura de propiedad territorial; el decurión vivía en la ciudad de las rentas de su propiedad, pero no era ni latifundista ni campesino, y aunque sentía el apego por su tierra, vivía más bien como «burgués»; podía ser rico: para adquirir un nombre en la ciudad y obtener la gratitud de sus conciudadanos, había que multiplicar con tanta vanidad como generosidad las donaciones: organización de juegos,

espórtulas y distribuciones de víveres a los pobres de una parte, y de otra, edificación y conservación de los edificios públicos; las ciudades más modestas manifestaron así un celo por los monumentos desproporcionado con su importancia. Todas ellas pretendían tener su foro con zócalos y estatuas, su curia, basílica judicial, sus termas, su biblioteca, sus monumentos de los juegos fastuosos y costosos, así como la multitud de los templos de los dioses oficiales o tradicionales. Pero, aunque ésta ofrecía algunas ventajas, como la protección jurídica de las instituciones municipales y la mejora del nivel de vida, la multiplicación de las ciudades grandes y pequeñas se basaba fatalmente, como la riqueza de las élites urbanas, en la explotación del campesino.

Aunque la teoría sobre el declive de la ciudades en el siglo IV también ha sido puesta en duda, puesto que la epigrafía muestra una actividad relativamente intensa en la construcción y la arqueología ha permitido descubrir las habitaciones suntuosamente decoradas incluso durante el siglo III, existían, no obstante, grandes diferencias en la situación social de las poblaciones urbanas entre las épocas del Alto y del Bajo Imperio. La agricultura era siempre la principal fuente de ingresos de las élites ciudadanas. Pero el lugar de los decuriones, clase media que hasta entonces gobernaba colectivamente las ciudades, fue ocupado por una oligarquía de grandes propietarios territoriales, los *primates* o *principales* municipales, enriquecidos gracias a la exportación de los cereales y del aceite de sus propiedades, lo que les había permitido integrarse en la nobleza imperial. Estos grandes, apoyados por el gobierno imperial, alcanzaron las dignidades más altas, municipales y provinciales; restauraron los monumentos destruidos en el siglo III o que amenazaban ruina por vetustez, y embellecieron sus ciudades, abriéndose por medio de esa actividad litúrgica al porvenir de una carrera. La política de los emperadores hacia las ciudades se adaptó a esas transformaciones sociales; lo esencial era sostener el desarrollo urbano, porque no sólo constituía una base principal del sistema fiscal del Imperio, sino que era, sobre todo, un sólido muro contra el peligro «bárbaro». En cuanto a la masa de curiales, término que durante el Bajo Imperio designaba el *ordo decurionum*, no cesó de empobrecerse. Y debió soportar, en tanto que colectividad, cargas cada vez más pesadas. Obligados a asegurar de modo apremiante los *numera* municipales (aprovisionamiento, servicios públicos, gastos necesarios para la conservación de los edificios y del culto...), los curiales se convirtieron en realidad en los recaudadores locales de los impuestos debidos por la ciudad, y sus propiedades fueron consideradas como fianza de las obligaciones fiscales colectivas. Los más ricos de ellos trataron de pasar al rango de los *primates*, refugiándose así en las órdenes privilegiadas, la nobleza senatorial o ecuestre. Otros curiales rehusaron los cargos municipales entrando en el ejército, en las *militiae* administrativas, o infiltrándose también en las filas del clero. El gobierno imperial debió recurrir a medidas draconianas para combatir la deserción de las *curies*, que atentaban contra la vida municipal, es decir, contra los fundamentos mismos del orden romano. Los curiales fueron obligados también a imponer la entrada en su cuerpo a cualquiera que tuviera la fortuna adecuada, prácticamente a todos los *possessores*, que constituyeron una auténtica clase hereditaria, cuyo declive progresivo se tradujo por el de la romanidad. Así, al conceder unos privilegios a un pequeño número grupo de *principales*, que acabaron por otra parte desertando de las ciudades, el Imperio destruía la masa de los curiales, lo que hacía la crisis social más aguda, y más graves sus repercusiones sobre el destino de las ciudades mismas.

• *Mosaico de Chebda: triunfo de Neptuno (Fotografía Museo de Bardo, Túnez).*

Mientras que en la época del principado los ciudadanos enriquecidos por los negocios pudieron acceder por fin a las magistraturas y convertirse en miembros del *ordo decurionum*, y la consideración rodeaba a los hombres de las profesiones liberales, médicos o arquitectos, esto no ocurrió durante el Bajo Imperio. Por debajo de los *curiales*, todas las categorías de la población urbana fueron niveladas al rango de la «plebe». Las profesiones indispensables se hicieron hereditarias: oficios alimentarios, profesiones de los transportes... de los que tampoco se podía uno evadir.

En el campo también era raro, en el siglo IV, que los grandes propietarios africanos se aislasen totalmente en sus propiedades; se ha visto que continuaban interesándose más o menos en el embellecimiento de las ciudades y en la vida municipal. Pero desde el final del siglo se inició un cambio progresivo hacia una agricultura de tipo señorial; el *dominus*, convertido cada vez en más independiente en sus tierras, acaparaba prerrogativas de un Estado débil organizando la policía de su propiedad y ejerciendo en ella hasta la justicia por su mano. Con el sistema fiscal de la *jugatio-capitatio* surge conjuntamente el interés del fisco imperial y de los grandes propietarios territoriales que no experimentaron cambios en una propiedad determinada, por los elementos humanos y territoriales que componían la explotación.

Los señores laicos y eclesiásticos encontraron así la ayuda de la administración imperial para fijar la condición de los *coloni* y esclavizarlos en la tierra. En cuanto a los pequeños y medianos propietarios que habitaban en las ciudades, hemos visto que trataban de huir de su condición de *curiales:* su elección era simple entre el regreso a la plebe urbana y una especie de ligamiento con las grandes propiedades vecinas. Por otra parte, la tendencia general era, desde hacía tiempo, la concentración territorial; ya en la mitad del siglo III Cipriano refería que «los ricos añaden propiedades a las propiedades, arrojan a los pobres de sus confines, y sus tierras se amplían sin medida y sin límites»[40].

En el marco de este breve esbozo, no podemos extendernos en el movimiento de las circonceliones que siempre es objeto de controversias entre los especialistas. Recordemos simplemente que esas bandas insurrecionales eran señaladas en Numidia, en el siglo IV, y que al ser violentamente anticatólico, ese movimiento que se desarrolló en las zonas agrícolas presenta un carácter evidente social.

LA VIDA RELIGIOSA Y LA LLEGADA DEL CRISTIANISMO

La dominación romana apenas impidió a los autóctonos manifestar una devoción fiel a sus divinidades tradicionales. Los viejos cultos bereberes de los genios conservaron frecuentemente, en humildes santuarios rurales, sus formas ancestrales; pero fueron también, a veces, absorbidos por los de las divinidades greco-romanas: el culto de los genios de las aguas fertilizantes o saludables fue, por ejemplo, absorbido a veces por el de Neptuno, Esculapio o Serapis. En las regiones que habían pertenecido a los reinos númidas, donde la influencia púnica fue profunda y duradera, un auténtico panteón indígena fue incluso iniciado. Pero la mayor parte de la población de las provincias africanas practicaba los cultos de Saturno[41] y de los equivalentes greco-

[40] Sobre esas cuestiones sociales, cf. principalmente J. Gage, 1964.
[41] M. Leglay, 1966 y 1967.

romanos de las antiguas divinidades de Cartago; la religión de ese Saturno africano no hacía más que prolongar la de Ba'al Hammón, así como Juno-Caelestis, divinidad de la Cartago romana, no era otro que Tanit, la gran diosa de la primitiva Cartago. El culto de las divinidades agrarias —las *Cereres*— había sido introducido también desde la época númido-púnica. Desde luego, la romanización transformó más o menos la religión africana: la lengua púnica desapareció de los exvotos, y los símbolos abstractos representados en las estelas fueron reemplazados frecuentemente por unas formas divinas derivadas en general del arte greco-romano, y la influencia de la arquitectura romana dominó en los edificios culturales. Pero el sentido profundo de la religión africana conservó vivo su particularismo que se manifestó principalmente en el ritual, en las representaciones figuradas de las estelas y hasta en el texto de las dedicatorias latinas, que conservaban con una constancia notable el recuerdo de los formularios tradicionales.

Respecto a los cultos oficiales del Imperio, no tardaron en ser practicados en las ciudades; en efecto, la lealtad para con Roma iba a expresarse principalmente bajo la forma religiosa, que era parte integrante de la civilización romana. Los miembros del *ordo decurionum* que llegaban a la cima de su carrera municipal aspiraban ardientemente ser revestidos de la dignidad de flamen perpetuo, sacerdote al que le correspondía el privilegio de ofrecer a la pareja imperial divinizada las oraciones y los votos de los habitantes de la ciudad. Por otra parte, la asamblea provincial, compuesta de los diputados de todas las asambleas municipales, se reunía anualmente en Cartago, y elegía al flamen provincial, sumo sacerdote encargado de celebrar el culto oficial en nombre de toda la provincia. En fin, en cada ciudad, el culto de la tríada capitolina, Júpiter, Juno y Minerva, el de Marte, padre y protector del pueblo romano, el de Venus, Ceres, Apolo, Mercurio, Hércules y Baco constituían también formas oficiales de la religión del Imperio y del espiritualismo greco-romano. Por todas partes, templos y estatuas, aras y sacrificios celebraban a las divinidades, y también a otras representaciones, como la Paz, la Concordia, la Fortuna, el genio del Imperio, el del Senado romano...

Las divinidades de las regiones orientales del Imperio, ampliamente acogidas en Roma, fueron también veneradas en Africa, e introducidas por los funcionarios, soldados y mercaderes, que difundían a su alrededor el culto de Isis, de Mithra o de Cibeles, asemejados a veces a las divinidades locales, como Isis a Demeter, o Cibeles a Caelestis. La gran corriente mística que conoció el conjunto del mundo romano alcanzó así a Africa. Pero las religiones de salvación orientales no tuvieron, ante las élites africanas, tanto éxito como las *thiases* báquicas o demetíacas; asimismo, las doctrinas espiritualistas, sobre todo el neoplatonismo, se extendieron en ciertos círculos y hasta fueron conciliadas con algunas tradiciones púnicas: las estelas de Chorfa, por ejemplo, ilustran esas tendencias influenciadas por el neoplatonismo. Algunos autores creen incluso que la idea expresada por esos monumentos de una divinidad suprema que actúa sobre el mundo terrestre por el intermediario hipostático, había preparado probablemente el camino al monoteísmo cristiano.

¿Explica eso que el cristianismo se haya desarrollado en Africa antes que en las demás provincias occidentales del Imperio? Las relaciones estrechas con Roma favorecían, sin embargo, la introducción rápida de la nueva religión, quizá lo mismo que la existencia de pequeñas comunidades judías que vivían en los puertos, particularmente en Cartago. Es notable, no obstante, que el latín se haya impuesto al

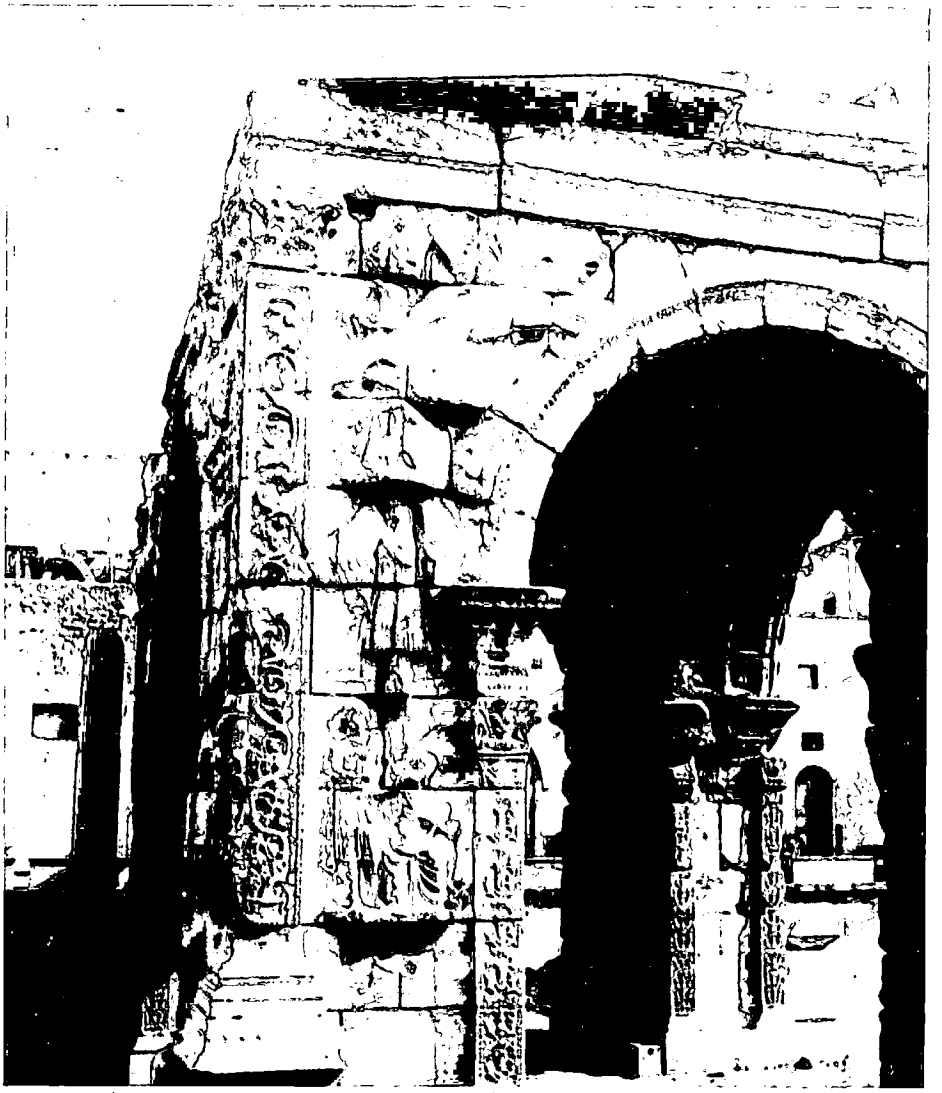
principio en el cristianismo africano, mientras que la Iglesia romana seguía aún fiel al griego. Si hemos de creer a Tertuliano, que vivió al final del siglo II y al comienzo del III, los cristianos de Africa eran entonces muy numerosos, en todas las clases y en todas las profesiones. Por eso se pudo reunir en Cartago un concilio de 71 obispos hacia el año 220; otro agrupó a 90 el año 240. Pequeñas comunidades cristianas estaban, pues, repartidas en numerosas ciudades africanas, lo que constituyó, sin duda, un grave peligro para el Imperio. En efecto, ante su negativa a aceptar la ideología imperial y a asociarse principalmente al culto del emperador, los cristianos se colocaban decididamente en la oposición. A pesar de su liberalismo y su tolerancia habitual hacia los cultos nuevos, Roma no podía más que manifestar su intransigencia respecto a una secta que quería crear, fuera de los cuadros del régimen, grupos cada vez más numerosos que cultivaban un ideal diferente. Los rigores de la represión se abatieron, pues, sobre los cristianos; en el año 180, el procónsul mandó decapitar a doce cristianos de la aldea de Scilli, mientras que el año 203 estuvo marcado por el martirio de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros, que fueron arrojados a las fieras en Cartago, en la arena del anfiteatro. Pero las medidas de represión, que por otra parte fueron esporádicas, no podían detener el celo y el ardor de los fieles, muchos de los cuales buscaban ávidamente el martirio.

En el marco de este breve esbozo no se puede escribir la historia del cristianismo africano, que floreció sobre todo desde la paz de la Iglesia en el siglo IV hasta el establecimiento de los árabes en Africa del Norte. De modo particular podría ser abordada esta compleja cuestión que comprende principalmente el estudio del cisma donatista y desde luego el de la literatura cristiana desde Tertuliano hasta san Agustín, cuya personalidad y obras han hecho brillar con un último resplandor la romanización africana. El supo recoger y transmitir a Occidente la herencia de la cultura latina, y transmitió igualmente a la cristiandad de todos los tiempos su doctrina de una riqueza raramente igualada.

LA CULTURA AFRICANA

Tras haber sido menospreciadas durante mucho tiempo por los historiadores de Roma las artes provinciales y las culturas «periféricas», actualmente están en el centro de las preocupaciones. Por eso, ahora son comprendidas, así como los límites de la romanización y los diferentes aspectos que aquélla debió poner en contacto de las sociedades indígenas, pues así de cierto es que no se puede disociar el arte de la vida económica, social y religiosa de una provincia determinada. A este respecto, se ha admitido que para estudiar y apreciar las artes que se habían desarrollado en las provincias africanas durante la dominación romana, era necesario tener en cuenta el sustrato libio-púnico existente, que por otra parte continuaba viviendo y evolucionando en el transcurso de los siglos.

No se trata aquí de estudiar los problemas complejos abordados, sobre todo, por los arqueólogos; para eso basta hacer alusión a la obra de G. Charles-Picard sobre la *Civilisation de l'Afrique romaine*, en la que un importante capítulo está dedicado a la literatura y al arte africanos; nos limitaremos, pues, a hacer solamente algunas observaciones. En primer lugar hay que indicar que los primeros elementos de esa cultura africana no se deben únicamente, como frecuentemente se ha dicho, a los



• *Trípoli (antigua Oea, Libia): Arco de Triunfo de Marco Aurelio. Detalle del Triunfo.*

fenicios y a los cartagineses. Cuando al comienzo del I milenio antes de la era cristiana los navegantes orientales comenzaron a frecuentar las costas africanas, encontraron un país en el que ya habían penetrado antes que ellos, gracias a su apertura sobre las islas mediterráneas, diferentes técnicas, como la que fue el origen de la alfarería pintada llamada kabila o berebere. La existencia en esa época de poblaciones sedentarias dispuestas a recoger los elementos de una civilización urbana está ahora probada tanto por los dólmenes argelino-tunecinos, por los hauanetes del norte de Tunicia, como por el mobiliario de los monumentos funerarios excavados en el noroeste de Marruecos[42]. Más tarde, la cultura fenicia y púnica, mezclada con elementos egipcios y asiáticos e impregnados tras el siglo IV antes de la era cristiana de influencias helenísticas, fue adoptada y adaptada por los autóctonos antes y sobre todo después de la destrucción de Cartago. En fin, las aportaciones italo-romanas más importantes y experimentadas de una manera más directa, no dejaron engendrar combinaciones con frecuencia delicadas de precisar. Sin embargo, se tiene costumbre de distinguir en Africa dos culturas: una oficial, de carácter romano, y otra popular, indígena y provincial. Naturalmente existen varios monumentos en los que las dos corrientes se encuentran, se influencian y se confunden.

Las obras arquitectónicas africanas reproducen generalmente tipos de monumentos públicos que se encontraban en todo el mundo romano, y se inspiraban así en una técnica y en un ideal esencialmente romano. Asimismo, las esculturas decorativas y las grandes estatuas de los dioses, de los emperadores y de los personajes importantes se diferenciaban muy poco de sus equivalentes erigidas en Italia o en otras provincias. Sin embargo, en las obras de arquitectura o de escultura vinculadas a las tradiciones religiosas o funerarias de la población, como en algunas técnicas de construcción o de decoración particulares, las huellas locales se hacían manifiestas: así, en los templos de las divinidades que siguen siendo indígenas, aunque asimiladas a unas divinidades romanas y a ciertas sepulturas monumentales, se encuentra una técnica particular llamada *opus africum* en las construcciones de muros, de la arquitectura doméstica y, en fin, unas estelas votivas donde las influencias prerromanas permanecieron siempre vivas. En la época de los Severos, las esculturas de Leptis Magna, las de otras ciudades de Tripolitania y también de la Proconsular estaban muy influenciadas por una poderosa corriente artística procedente de Oriente asiático, y recibida tanto más favorablemente cuanto que correspondía a unas tendencias antiguas, pero todavía vivas, del arte africano.

Los innumerables mosaicos exhumados desde el principio del siglo presentan también unas tendencias y unas características locales. También ahí, no podemos más que hacer alusión a las revistas especializadas y a la obra ya citada de G. Charles-Picard quien escribe, como conclusión del capítulo sobre el «barroco africano»: «Africa, pues, ha dado a Roma tanto, por lo menos, como había recibido de ella, y se ha mostrado capaz de hacer fructificar sus préstamos en un espíritu que no es el de Grecia, ni el de el Levante helenizado»[43].

[42] Los trabajos recientes han renovado completamente las posiciones tradicionales. Cf. por ejemplo, G. Camps, 1961; 1960; E. G. Gobert, *Kartago*, IX, 1958, págs. 1-44; J. Tixeront, 1960, págs. 1-50; P. A. Février, abril-junio de 1967, págs. 107-123.

[43] G. Charles-Picard, 1959, *o. c.*, pág. 353.

PARTE II

DE ROMA AL ISLAM

P. SALAMA

Cuando terminó en Africa del Norte la dominación romana implantada, según las regiones, hacía cuatro o cinco siglos, la situación interior ofrecía un aspecto complejo. Reveliones regionales, conflictos religiosos, y descontento social creaban allí, ciertamente, un clima degradado, pero la solidez de la experiencia administrativa, como el prestigio de la cultura latina garantizaba a esa civilización importada numerosas probabilidades de supervivencia.

Dividida en zonas sometidas o independientes, según las vicisitudes de las conquistas extranjeras o de las resistencias locales, el Africa del Norte postromana y preislámica vivió entonces uno de los períodos más originales de su historia [1].

LAS REGIONES BAJO OCUPACION EXTRANJERA

Por turno, durante casi tres siglos, dos invasiones extranjeras tomaron el relevo de la tutela romana, sin poder nunca reconstruir íntegramente sus fronteras.

EL EPISODIO VANDALO

Nada era más inesperado en Africa del Norte que ese conquistador de origen germánico. Ninguna dominación estuvo allí menos adaptada a las realidades del país. Dejando atrás a los otros pueblos germánicos que, como ellos, habían acudido en tropel hacia Europa occidental en el año 406, los vándalos se instalaron en primer lugar en el sur de la Península Ibérica que, según parece, conservó su nombre (Vandalusia = Andalucía). Solicitados o no para intervenir en las querellas intestinas del poder romano en Africa del Norte, franquearon el estrecho de Gibraltar en número de 80.000 y bajo el mando de su rey Geiserich (Genserico) en el año 429. Su avance fue fulminante. En el año 430, los vándalos asediaban ya la ciudad de Hipona, y los romanos les reconocieron en el 435 la posesión de Constantina. Tres años

[1] Nuestro título «De Roma al islám» está tomado de un estudio, bibliográfico sobre todo, de C. Courtois, *Revue Africaine*, 1942, págs. 24-55.

después, se apoderaban de Cartago y, tres un breve retroceso de territorio en el 442, realizaban desde el 455 tres operaciones de gran envergadura: la anexión definitiva de toda la zona oriental del Africa romana, la conquista de la mayor parte de las grandes islas del Mediterráneo occidental, Baleares, Cerdeña y Sicilia, y una audaz incursión de pillaje contra Roma misma. El imperio de Oriente, esperando desalojar a esos intrusos, sufrió un desastre naval en el año 468, y reconoció desde entonces el hecho consumado: un tratado del año 474 consagró definitivamente las buenas relaciones entre Bizancio y los vándalos, simbolizando éstos una gran potencia marítima en el Mediterráneo occidental.

¿Durante un siglo, esa ocupación germánica de una parte de Africa del Norte fue bélica? Al leer las fuentes literarias de la época francamente hostiles a los usurpadores, uno se queda horrorizado de sus brutalidades. Pero la crítica moderna ha sabido liberar el tema de un contexto pasional. La expresión de «vandalismo», sinónimo de espíritu destructor, sólo ha sido forjada al final del siglo XVIII, y hoy, a la luz de numerosos documentos arqueológicos parece que, en su mala gestión del territorio, los vándalos han faltado mucho más por carencia que por intención.

Cada vez se llega a conocer mejor la estructura jurídica del Estado vándalo: realeza salida de una aristocracia militar, poseedoras ambas de grandes propiedades públicas y privadas de la antigua Africa romana; manteniendo en su lugar las administraciones romanas, tanto regionales como locales, incluida la utilización en provecho del nuevo culto real, y las antiguas asambleas provinciales del culto imperial. Cartago se convirtió, pues, en la rica metrópoli del nuevo Estado. Ese mismo afán de tradicionalismo latino afectó también a la estructura agraria, en la que las antiguas leyes romanas de organización agrícola, principalmente la *lex manciana,* fueron ingeniosamente conservadas. El fenómeno de éxodo urbano hacia el campo, iniciado ya en todas partes durante el Bajo Imperio romano, se acentuó, entrañando paralelamente la decadencia y el empequeñecimiento de numerosas ciudades. Otras, como Ammaedara, Theveste o Hipona prosiguieron, por el contrario, sus obras monumentales. Parece incluso, y el mantenimiento de la economía monetaria lo testimonia que, durante ese período, ni la agricultura ni el comercio conocieron un manifiesto empobrecimiento. Las relaciones exteriores parece que fueron prósperas, y se ha podido calificar de «imperio del trigo» al conjunto de las posesiones vándalas. Testigo de la riqueza de las clases ricas son las bellas joyas de estilo germánico que a veces han sido encontradas, como en Hipona, Cartago, Thuburbo Maius o Mactar.

Más negativo parece el informe político y religioso. Al sur y al oeste de sus dominios norteafricanos, los vándalos sufrieron tales asaltos por parte de los «moros», denominación general de los norteafricanos sublevados, que casi nos es imposible fijar una frontera estable en su zona de control. Esta fue, ciertamente, fluctuante y probablemente no pasó nunca hacia el oeste la región de Djemila-Cuicul.

En el terreno religioso, el clima de crisis fue permanente. Los vándalos eran cristianos, pero profesaban el arrianismo, herejía que no podía admitir el clero católico tradicional. De ello siguió una represión casi sistemática de ese clero por un poder central poco inclinado a soportar resistencias dogmáticas. El furor anticatólico alcanzó su paroxismo como consecuencia de un supuesto concilio celebrado en Cartago en el 484.

Esa situación de crisis moral y social encerraba así un proceso de desmoronamiento, acelerado, en definitiva, por los excesos o por la impericia de los sucesores de

Genserico. En el año 530, la usurpación de Gelimer, eliminando al rey Hilderico aliado del emperador de Oriente, Justiniano, desencadenó la conquista bizantina [2].

EL EPISODIO BIZANTINO

Creyéndose la heredera legítima del Imperio romano, la corte de Constantinopla resolvió expulsar de los territorios usurpados a los nuevos Estados germánicos de Occidente. En Africa del Norte es donde su empresa fue menos ineficaz.

En el año 533, por orden de Justiniano, un cuerpo expedicionario mandado por Belisario eliminó en tres meses la autoridad vándala; y ese mismo pueblo desapareció de la historia. La primera medida bizantina, un célebre edicto del año 534, reorganizando las estructuras administrativas del país, marcó la tónica que se iba a seguir: una política a la vez militar y jurídica, inspirada demasiado fielmente en la de los romanos. Eso era desconocer que, después de más de cien años de relajamiento, las masas rurales no aceptarían ya la rigidez de un conservadurismo administrativo; y, en realidad, el siglo y medio de ocupación bizantina en Africa del Norte se tradujo en innegables realizaciones monumentales, hechas en un clima de inseguridad crónica.

La reconquista del país fue difícil, y su proceso aparece, en cierta medida, como una anticipación de las intervenciones árabes del siglo VII y francesa del XIX: una vez excluido el ilusorio poder vándalo, comparable a la futura administración turca, el conquistador chocó con la resistencia de los jefes indígenas y llegó a triunfar lentamente, bien por la fuerza o por la astucia. Del 534 al 539, el patricio Solomón, general de talento, pero violento, fue atacado y después muerto por los montañeses de Iavdas, en Aures, y por los nómadas de Coutzina y Antalas en las estepas tunecino-tripolitanas. Su sucesor, Juan Troglita, más flexible ante los príncipes bereberes, los dividió diplomáticamente o se liberó de ellos por asesinato, pero sólo consiguió una pacificación engañosa (544-548). La efervescencia persistió, pues, hasta el final del siglo VII. No hay más que mirar un mapa de la implantación bizantina en Africa del Norte para comprender que esa «estrategia de las fortalezas» interceptando las vías de invasión, ocupando todas las encrucijadas y defendiendo el país hasta su centro mismo, revelaba un perpetuo estado de alerta porque el enemigo surgía por todas partes. El espíritu ofensivo de antaño fue sustituido, pues, por una táctica defensiva sinónimo de inquietud.

[2] Los textos literarios antiguos relativos a la estancia de los vándalos en Africa del Norte se deben principalmente a tres autores «comprometidos», de una hostilidad manifiesta: de una parte, al obispo católico Víctor de Vita *(Histoire de la persécution dans les provinces africaines)*, y Fulgence de Ruspe *(Oeuvres)*; y de otra parte, al historiador bizantino Procopio *(La Guerre des Vandales)*. Ultimas ediciones: J. Fraipont, 1968; O. Veh, 1971.

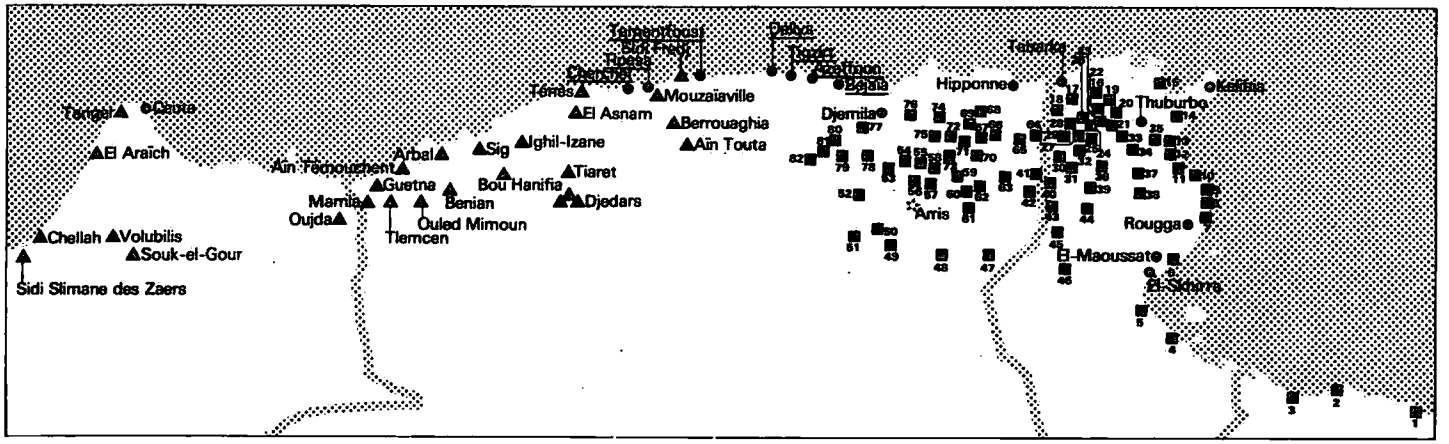
— El trabajo moderno básico es el de Christian Courtois, 1955, obra importante, corregida y aumentada en algunos puntos por numerosas aportaciones arqueológicas. La cuestión de conjunto está tratada por H. J. Diesner, 1965, págs. 957-992, y 1966.

— El problema básico ha sido ilustrado por el descubrimiento de actas jurídicas escritas sobre tablillas de madera o fragmentos de cerámica: C. Courtois, L. Lexchi, J. Miniconi, C. Ferrat y C. Saumagne, 1952; P. A. Février y J. Bonnal, 1966-1967, 1966-1976, II, págs. 239-250.

— Sobre la extensión territorial del reino vándalo hacia el sur y hacia el oeste de Numidia: P. A. Février, 1962-1965, I, págs. 214-222; cf. *Ibid.*, 1966-1967, II, págs. 247-248, 1965, págs. 88-91; H. J. Diesner, 1969, páginas 481-490.

— Sobre las instituciones: A. Chastagnol, 1967, págs. 130-134; A. Chastagnol y N. Duval, 1974, páginas 87-118.

— Sobre el estado del reino, y principalmente sobre la decadencia urbana: C. Courtois, 1954; C. Lepelley, 1968, págs. 189-204; numerosos trabajos de H. J. Diesner, citados en la Bibliografía analítica de J. Desanges, S. Lancel, 1970, págs. 486-487; J. L. Maier, 1973.



• *Período bizantino en Africa del Norte: construcciones utilitarias, fortalezas y ciudades (Mapa facilitado por P. Salama).*

TOPONIMOS NO SUBRAYADOS: ULTIMOS TESTIMONIOS, FECHAS, DE LAS CIUDADES Y MONUMENTOS DEL AFRICA INDEPENDIENTE

Sidi Fredj (Sidi Ferruch): Inscripción de iglesia; a. 449/538.
Mouzaiaville: inscripción funeraria; a. 495. Objetos siglo VI.
Berouaghia = Zaba: inscripción de iglesia; a. 474.
Aïn Touta: inscripción de iglesia; a. 461.
El Asnam = Castellum Tingitanum; inscripción de iglesia; a. 475.
Ighil Izane = Mina; texto eclesiástico; a. 525
Tiaret: inscripción funeraria; a. 509
Djedars de Frenda: monumentos funerarios; V o VII (?) siglo.
Sig = Tasaccura; inscripción funeraria: después del 450
Arbal = Regiae; inscripción funeraria: a. 494
Bou Hanifia = Aquae Sirenses; inscripción funeraria; a. 577
Benian = Alamiliaria; inscripción funeraria; final del siglo V
Aïn Témouchent = Albulae (¿Safar?), inscripción funeraria; a. 544
Ouled Mimoun = Altava; inscripción funeraria; a. 599; contexto epigráfico = a. 655
Tlemcen = Pomaria; inscripción funeraria: a. 651
Guetna: inscripción funeraria; a. 524
Marnia = Numerus Syrorum; inscripción funeraria; a. 460, pero ocupación comparable a la de Tlemcen.
Alrededores de Oujda: monedas; primera mitad del siglo VII
Volubilis (Walili): inscripción funeraria; a. 655, relativa a un personaje de Altava
Souk el Gour: monumento funerario del siglo VII
Sidi Slimane des Zaers: monedas: primera mitad del siglo VII
Chellah = Salá; peso bizantino del siglo VI
El Araïch (Larache) = Lixus: monedas; primera mitad del siglo VII
Tanger = Tingis: monedas; primera mitad del siglo VII

TOPONIMOS SEÑALADOS: CIUDADES DE OCUPACION BIZANTINA EXTERIORES AL TERRITORIO PROTEGIDO

Bajaïa = Saldae, ocupación probable
Tigzirt = Iomnium, muralla bizantina
Dellys = Rusuccuru, objetos bizantinos
Tamentfoust = Rusguniae, inscripciones bizantinas
Tipasa = Tipasa, monedas bizantinas
Cherchel = Caesarea, textos
Sebta (Ceuta) = Septem, textos

Fronteras modernas Marruecos-Argelia-Tunicia-Libia

PRINCIPALES OBRAS MILITARES Y PLAZAS FUERTES BIZANTINAS

1 - Lebda = antigua Leptis Magna
2 - Trípoli = Oea
3 - Sabratha = Sabratha
4 - Bou Ghrara = Gigthis
5 - Gabes = Tacapes
6 - Bordj Iunca = Macomades Minores
7 - Ras Kaboudia = Justinianópolis
8 - Ras Salakta = Sullecthum
9 - Ras Dimass = Thapsus
10 - Lemna = Leptiminus
11 - Sousse = Hadrumetum Justiniana
12 - Hergla = Horrea Caelia
13 - Henchir Fratis = Aphrodisium
14 - Aïn Tébornok = Tubermuc
15 - Cartago = Carthago Justiniana
16 - Béja = Vaga
17 - Hammam Darradji = Bulla Regia
18 - Bordj Hellal
19 - Aïn Tpunga = Tignica
20 - Henchir Dermoulia = Coreva
21 - Henchir Tembra = Thaborra
22 - Téboursouk = Thubursicu Bure
23 - Dougga = Thugga
24 - Aïn Hedja = Agbia
25 - El Krib = Mustis
26 - Kern el Kebch = Aunobari
27 - Henchir Douamis = Uchi Maius
28 - Sidi Bellaoui
29 - El Kef = Sicca Veneria
30 - Henchir Djezza = Aubuzza
31 - Ebba = Obba
32 - Lorbeus = Laribus
33 - Sidi Amara
34 - Ksar Lemsa = Limisa
35 - Henchir Sguidam
36 - El Kessra = Chusira
37 - Djelloula
38 - Henchir = Ogab
39 - Sbiba = Sufes
40 - Haïdra = Ammaedara
41 - Gastel
42 - Tébessa = Theveste
43 - Henchir Bou Driès
44 - Sbeïtla = Sufetula
45 - Fériana = Thelepte
46 - Gafsa = Capsa
47 - Négrine = Ad Maiores
48 - Badès = Badias
49 - Thouda = Thabudeos
50 - Biskra = Vescera
51 - Tolga
52 - Tobna = Thubunse
53 - Ksar Bellezma
54 - Aïn Zana = Diana Veteranorum
55 - Aïn el Ksar
56 - Lambèze = Lambaese
57 - Timgad = Thamugadi
58 - Henchir Guesses
59 - Baghaï = Bagai
60 - Khenchela = Mascula
61 - Henchir Oum Kif = Cedias
62 - Ksar el Kelb = ¿Vegesela?
63 - Henchir Cheragreg
64 - Taoura = Thagora
65 - Mdaourouch = Madauros
66 - Tifech = Tipasa
67 - Khamissa = Thubursicu Numidarum
68 - Guelma = Calama
69 - Announa = Thibilis
70 - Ksar Adjeledj
71 - Ksar Sbahi = Gadiafala
72 - Aïn el Bordj = Tigisis
73 - Djebel Ferroukh
74 - Constantine = Constantina
75 - Fedj Sila = Sila
76 - Mila = Milev
77 - Sétif = Sitifis
78 - Zraïa = Zarai
79 - Kherbert Zembia = Cellas
80 - Aïn Toumella = Thamafluia
81 - Oued Ksob
82 - Béchilga = Zabi Justiniana

En vano, al final del siglo VI, y a comienzos del VII, los emperadores Mauricio Tiberio y luego Heraclio trataron de acortar los frentes, restringiendo la ocupación del territorio. Pero nada consiguieron. La expansión bizantina nunca pudo sobrepasar, hacia el oeste, la región de Setif. Sólo algunas ciudades costeras más alejadas, recibieron guarniciones, pero, estrechamente bloqueadas por los «moros», prefigurando también ellas una célebre situación militar, la de los presidios españoles del siglo XVI.

En este contexto, la autoridad bizantina tuvo gran mérito al actuar en los terrenos administrativo y económico. Las ciudades romanas de antaño prosiguieron su decadencia y su desplazamiento, al amparo de poderosas fortalezas que constituían sus reductos, como en Tebessa, Haidra o Timgad. Las antiguas provincias, restauradas a veces artificialmente, recibieron gobernadores, sometidos a un prefecto del pretorio instalado en Cartago, mientras que el poder militar estaba disociado de él. Al final del siglo VI, un jefe supremo, el exarca o patricio, concentró prácticamente en sus manos todos los poderes.

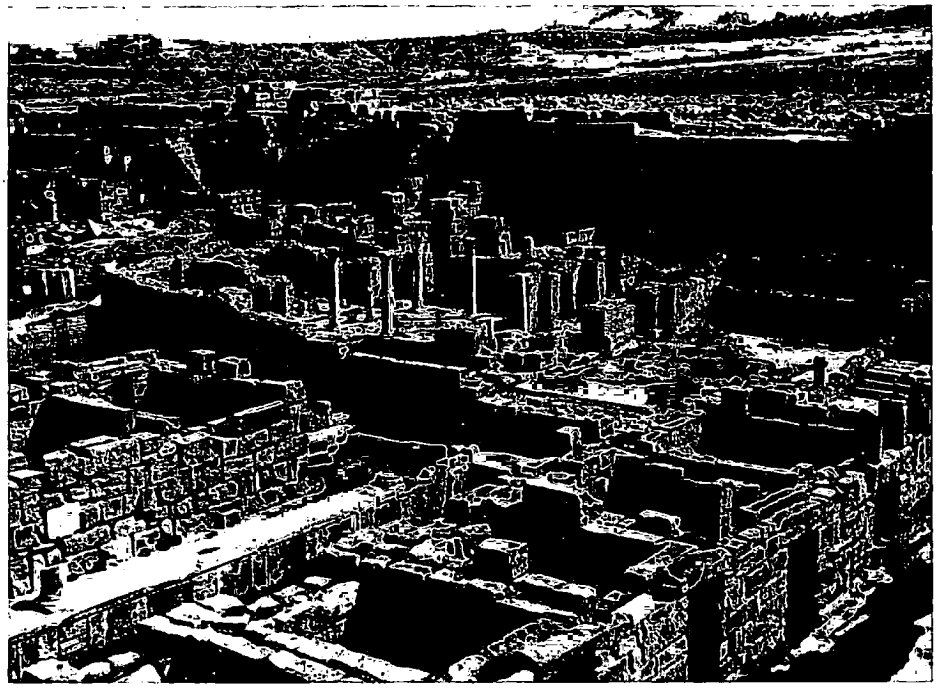
La política interior, procedente de los métodos romanos, tiende naturalmente a recobrar los rendimientos fiscales de antaño. La anona, impuesto anual pagadero en trigo fue, pues, restablecida. Una vez confiscadas las propiedades reales vándalas, se devuelven las explotaciones privadas a sus antiguos propietarios, buscados, si es preciso, hasta la tercera generación. Imaginamos la cantidad de conflictos jurídicos y materiales que la operación debió crear. En todos los terrenos, la fiscalidad se dejó sentir como algo abrumador. La vida económica, sin embargo, conoció una relativa prosperidad. El mantenimiento de la economía monetaria en todas las transacciones y la entrega del comercio exterior a unos agentes oficiales, los comerciantes, dieron a Cartago y a sus tierras del interior una reputación de gran riqueza en el mundo mediterráneo, sobre todo, porque las dos orillas del estrecho de Sicilia se encontraban en manos de la autoridad bizantina. Puede dudarse de que las masas rurales norteafricanas se hayan beneficiado considerablemente de esa situación general.

En el plano religioso el nuevo dueño restablece el culto tradicional, es decir, el catolicismo ortodoxo, y prohíbe el arrianismo. Una reaparición del donatismo, que antaño se había profesado en el Africa romana, fue duramente reprimido; en eso se veía claramente un fenómeno de contestación social. Bizancio busca incluso el lujo de una crisis dogmática, la del monotelismo, inútil discusión sobre las naturalezas divina y humana de Jesucristo y, en vísperas de la conquista musulmana, el clero norteafricano se divide profundamente por dichas discusiones.

En adelante, los numerosos casos de insumisiones administrativas o militares, los excesos de poder y la corrupción de los mandos frente al permanente peligro berebere, anunciaba la llegada, más o menos lejana, pero segura, del desmoronamiento. Un nuevo visitante inesperado, el conquistador árabe, tarda unos cincuenta años, del 647 a 698, en aniquilar definitivamente a los bizantinos.

Además de las enseñanzas históricas que ese período revela, han subsistido espléndidos vestigios arqueológicos. Así, la edificación de fortalezas considerables, y la creación o embellecimiento de iglesias, a veces suntuosas, como en Sabratha o Kelibia, demuestran un singular deseo de perseverancia y de fe [3].

[3] La literatura antigua referente al Africa bizantina está esencialmente representada por el historiador griego Procopio, auténtico «corresponsal de guerra» de la reconquista: *La Guerre des Vandales* y *Des Edifices*, ed. Dewing (Londres, Loeb, 1954); y por el poeta latino Corippus, cantor de la epopeya militar de Jean

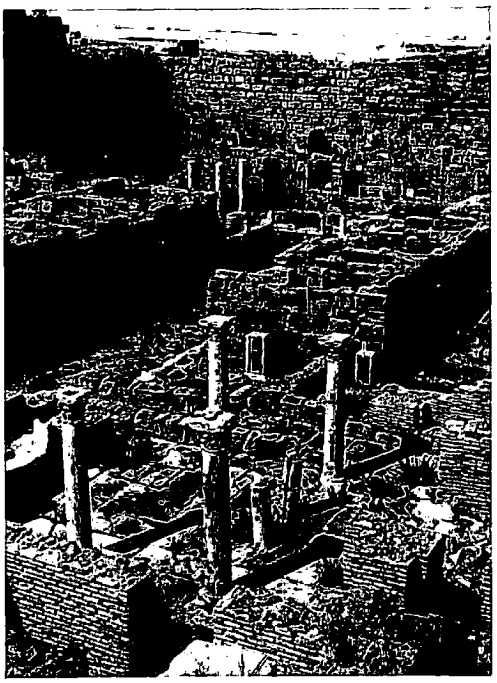


1

• *Timgad (Argelia). Fortaleza bizantina, siglo VI:*

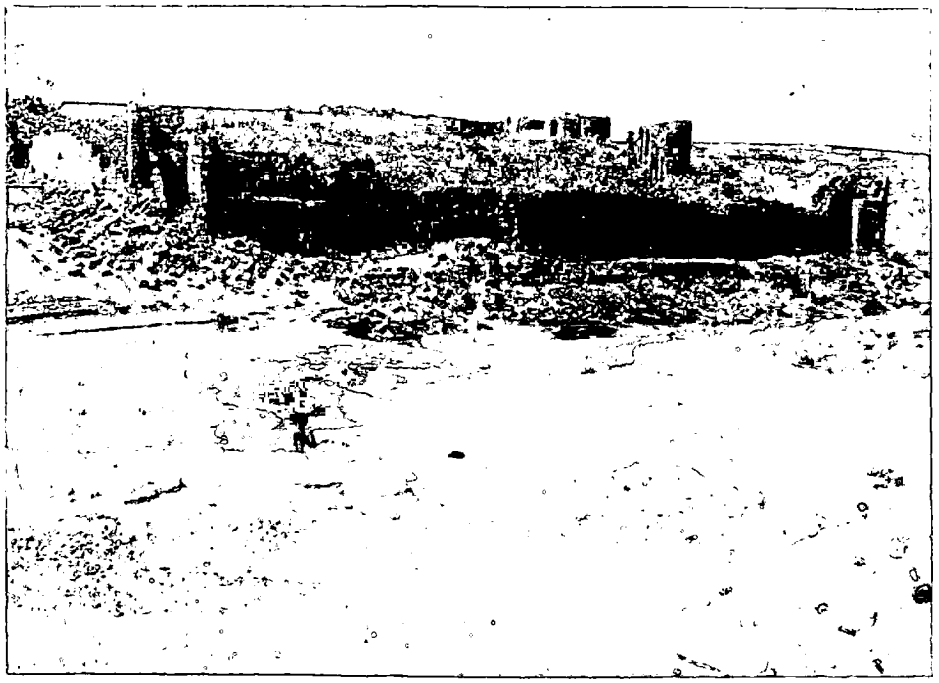
1. Muralla sur, construcciones de un cuartel y sala del Estado mayor.

2. Muralla norte, piscina, construcciones de un cuartel y sala del Estado mayor. (Fotografías P. Salama.)



2

1



2

• *Haïdra (Tunicia). Fortaleza bizantina, siglo VII. Vista general y detalle (Fotografía P. Salama).*

LAS REGIONES INDEPENDIENTES

Si recordamos frecuentemente que el África romana del Bajo Imperio conocía ya cierto número de cambios políticos y sociales, se comprenderá hasta qué punto la llegada de los vándalos sirvió de corriente liberadora a esas antiguas tendencias. La «eterna Africa» recobra sus derechos y la presencia extranjera, próxima o lejana, sólo fue mirada como una pesada carga. Sería, pues, ilusorio diferenciar, en el plano psicológico, las regiones gobernadas por príncipes bereberes y nominalmente vinculados a la soberanía vándala o bizantina de las regiones perfectamente autónomas. Las primeras, situadas en la periferia de las zonas de ocupación extranjera, están descentralizadas hasta tal punto que entran en disidencia a cada momento. Los bizantinos confieren una investidura oficial a Iavdas, en Aures, a Guenfan, Antales y Coutzina en la alta estepa tunecina, a Carcazan, en Tripolitania, y todos esos «vasallos» administran a su antojo los territorios concedidos, de los que apenas se habla ya de volver a dominarlos.

En cuanto a las zonas libres de toda ingerencia exterior, situadas a veces muy lejos de posiciones vándalas o bizantinas, en las antiguas Mauritanias Cesarea y Tingitana, conocían, desde el año 429, una independencia absoluta, y sus jefes no intervienen en los asuntos vecinos más que en el caso de obtener ventajas personales.

Aquí se encuentra, pues, uno de esos datos esenciales de la historia del Magreb clásico: la vocación por la división y las rivalidades territoriales, desde el momento en que una fuerza centralizadora ha desaparecido. El fraccionamiento político obedece entonces a los imperativos geográficos.

Desgraciadamente conocemos bastante mal la morfología de esa Africa del Norte independiente y postromana. Grandes confederaciones sociopolíticas forman allí varios reinos, que solamente escasas alusiones literarias o el azar de la arqueología nos han revelado. Al comienzo del siglo VI, en la región de Altaya y Tlemcen está el gobierno de Masuna, «rey de los moros y de los romanos»; poco más tarde, en Aures, el reinado de un tal Masties, «*dux* durante sesenta y siete años, *imperator* durante cuarenta años», y que nunca había renegado de su fe «ni de los romanos ni de los moros». Vartaia, otro jefe local, le rinde vasallaje y reina quizá en la zona del Hodna. La ciudad de Tiaret, antigua ciudadela del *limes* romano, admirablemente situada en

Troglita contra los moros: *La Johannide*, ed. Partsch (Leipzig, Teubner, 1879) y ed. Diggle-Goodyear (Cambridge Univ. Press. 1970). La obra crítica fundamental sobre el período sigue siendo la de C. Diehl, 1896, págs. 533-709. Después de esa fecha, los descubrimientos arqueológicos y publicaciones de detalle se han multiplicado. Sólo podemos citar los más recientes.

— Sobre la historia propiamente dicha: K. Belkhodja, 1970, págs. 55-65. Sobre los límites geográficos de la ocupación: J. Desanges, 1963, XXXIII, págs. 41-69.

— Las obras de fortificación son cada vez mejor estudiadas: R. G. Gooschild, 1966, págs. 225-250; A. H. M. Jones, 1968, págs. 289-297; S. Lancel y L. Pouthier, 1957, págs. 247-253; J. Lassus, 1956, páginas 232-239; P. Romanelli, 1970, págs. 398-407; J. Lassus, 1975, págs. 463-474.

— Sobre las cuestiones religiosas: P. Champetier, 1951, págs. 103-120; A. Berthier, 1968, págs. 283-292, y sobre todo. Y. Duval y P. A. Février, 1969, págs. 257-320.

— La arquitectura, el mosaico y la epigrafía religiosa de la misma época son estudiados fundamentalmente, para Haidra y Sbeitla, por N. Duval, 1971; cf. N. Duval y F. Baratte, que reenvían a la bibliografía completa, cf. Cintas y N. Duval, 1958, págs. 155-265; M. Fendri, 1961; N. Duval, 1974, págs. 157-173; G. de Angelis D'Ossat y R. Farioli, 1975, págs. 29-56.

— Los tesoros de monedas, y el numerario bizantino emitido por el taller de Cartago han sido inventariados por C. Morrisson, 1970. Se ha descubierto recientemente en las excavaciones de Rougga, cerca de El Djem, en Tunicia, un tesoro de monedas de oro ciertamente escondido en el momento del primer raid árabe sobre el país, en 647; R. Guery, 1972, págs. 318-319.

el punto de unión de los mundos nómada y sedentario, ha sido ciertamente también, desde el siglo V, la capital de una dinastía en la que los Djedars de Frenda, grandes tumbas de prestigio, simbolizan aún el poder. ¿Habrá que recordar al poderoso Garmul, rey de Mauritania, que destruyó un ejército bizantino en el año 571? En fin, durante los siglos VI y VII, existía en la lejana Tingitana, al norte de Marruecos actual, un principado indígena, del que las inscripciones de Volubilis y el mausoleo de Souk el-Gour atestiguan su vitalidad.

En la mayor parte de los casos, la organización socio-política revela una estructura que no es ni sumaria ni anárquica. Instituciones originales conjugan allí las tradiciones bereberes y el modelo administrativo romano. «Moros» y «romanos» se encuentran asociados, fórmula que, ciertamente implica una colaboración entre elementos campesinos, no romanizados, y ciudadanos procedentes de varios siglos de influencia latina. No se discute, pues, en modo alguno una herencia administrativa y cultural, de origen extranjero, de la que a veces es grato sentirse orgulloso. El mapa histórico que hemos trazado para esas regiones muestra así la supervivencia de pequeños centros urbanos, como Tiaret, Altaya, Tlemcen, y Volubilis, siempre cristianizados, y donde la práctica del latín sigue siendo corriente hasta el siglo VII.

Pero tampoco hay que hacerse muchas ilusiones sobre la presencia de esas secuelas. Entre el apego nostálgico de reyezuelos a un prestigio fenecido y la fuerza irresistible de independencia y de ruptura que llevan en sí las masas rurales, el futuro pertenece a estas últimas. El proceso de desromanización, y hasta de descristinización, está, pues, ineluctablemente empeñado, y revestirá, según los lugares, formas y duración variables. La manifestación más inmediata y más elemental del fenómeno fue en todas partes el ataque de los montañeses y de los nómadas a los símbolos tradicionales de riqueza, es decir, a las ciudades y a las propiedades. Así se sabe que Djemila, Timgad, Thelepte y varias ciudades célebres fueron devastadas antes de la llegada de los bizantinos. La comprobación de fuentes arqueológicas y literarias y, principalmente, el descubrimiento de varios tesoros de monedas no permiten entrever, entre otras perturbaciones, más que una insurrección general producida al final del siglo V. Por otra parte, la intervención de nómadas en el sur tunecino y en Tripolitania, como la tribu de los Levathes o Louata, testimonia el papel considerable del camello en la economía general y en la táctica guerrera en los siglos V y VI. Para triunfar de esos nómadas en campo raso, el ejército bizantino debe enfrentarse a una triple fila concéntrica de animales atados entre sí, auténtico bastión viviente y al que hay que franquear con la espada.

Todavía se realizan allí operaciones de ataque contra los extranjeros vándalos o bizantinos. Mas, una vez que el país es independiente, conoció parecidos tumultos, guerras interregionales o razzias locales.

A la luz de estos agitados acontecimientos, que perpetúan durante mucho tiempo la violencia hasta alcanzar finalmente un punto de equilibrio, se adivina todo un segundo plano económico y social, que se encamina hacia un estado de depauperación progresiva de las masas populares. Para el año 484, por ejemplo, poseemos una estadística del número de obispados de la Mauritania Cesarea en la que figuran aún la mayor parte de las ciudades del Africa romana clásica. Aun suponiendo que muchas de ellas hayan quedado reducidas a simples aldeas, no por eso han dejado de existir. Construcciones de iglesias, adornadas frecuentemente con bellos mosaicos como en El-Asnam, dan prueba de una actividad creadora, apoyada necesariamente en unos

1

• *1. Sbeitla (Tunicia): instalación de una prensa de aceite en una antigua calle de la ciudad romana (siglos VI-VII).*

• *2. Djedar de Ternaten, cerca de Frenda (Argelia), siglo VI: cámara funeraria. (Fotografías P. Salama.)*

2

restos de riquezas. Sin duda se aprovecha aún la «vitalidad adquirida» en la época precedente. Ahora bien, la arqueología no revela ya casi nada de lo perteneciente a los siglos VI y VII. La deserción urbana prosigue, pues, al mismo tiempo que se ha consolidado esa nueva sociedad, de tipo esencialmente rural, que será en todas partes la de la alta Edad media.

¿Qué vestigios monumentales pudo, pues, dejarnos ese último período? En las zonas próximas al litoral mauritano donde los bizantinos se obstinaban en seguir, intervinieron fácilmente algunas influencias. Así se encontraron hace tiempo, en las ruinas de Mouzaiaville al sur de Tipasa, admirables candelabros de bronce del siglo VI. El mismo lugar de Tenes se ha hecho célebre por el descubrimiento de uno de los más prestigiosos tesoros de orfebrería del mundo antiguo, que comprende principalmente adornos oficiales de las altas dignidades imperiales. El misterio se cierne aún sobre su presencia en ese lejano lugar. Personalmente creo que todas esas joyas fueron producto de un robo, y tal vez se puedan relacionar con el saqueo de Roma, perpetrado, según los textos, en el año 455 por las tropas vándalas, ayudadas por contingentes moros.

Pero cuando se aleja del litoral y de las zonas de ocupación extranjera, la actividad constructora cesa al final del siglo V. Dos excepciones de importancia escapan, no obstante, a esa regla. Se refieren a las célebres tumbas de tipo colosal en las que el arte de construir, y de construir bien, encontró sus tradiciones antiguas, sin experimentar necesariamente influencia alguna extranjera. Así, en Marruecos el mausoleo de Souk el-Gour, datable en el siglo VII y en Argelia los Djedars de Frenda, escalonados cronológicamente del siglo V al VII (?), testimonian un vigor arquitectónico que no podría explicarse si las situaciones locales hubieran sido lamentables. Apenas sorprende que los primeros reinos musulmanes del Magreb central y occidental, el de Rustemíes de Tiaret, y después el de los Idrisíes de Walili (Volubilis), habían echado sus raíces precisamente en esos mismos lugares.

Así acaba en esas regiones el período antiguo, episodio híbrido en el que el juego de las mutaciones políticas y sociales borró poco a poco la influencia latina, revelando para siempre, en la historia norteafricana, un espíritu permanente de independencia y la inmensa firmeza de sus mentes[4].

[4] La situación de las regiones independientes sólo aparece en las fuentes literarias episódicamente: Procopio y Corippus, por ejemplo, hacen alusión a ella cuando las interferencias políticas de los vándalos y bizantinos tienen relación con los moros. Así, *La Johannide* contiene mil detalles sobre la sociología indígena. Pero nuestra principal documentación proviene de los descubrimientos arqueológicos.

— Análisis extraordinariamente intuitivo del problema por C. Courtois, págs. 325-352. La inscripción honorífica de Msties, encontrada en 1941 en Arris, Aurés, ha sido comentada muchas veces. Cf. en último extremo J. Carcopino, 1956, págs. 339-348, en respuesta a las conclusiones de C. Courtois. Los «roumis» de Volubilis, en los siglos VI y VII, han sido estudiados por J. Carcopino, 1948, págs. 288-301.

— Para los últimos testimonios epigráficos, J. Marcillet-Jaubert, 1968.

— Sobre la gran insurrección del final del siglo V, P. Salama, 1959, págs. 238-239 = resumen.

— La situación económica y monetaria del territorio independiente está precisada por R. Turcan, 1961, págs. 201-257; J. Heurgon, 1958, estudia principalmente las joyas y emite la hipótesis de la pertenencia a una familia rica instalada en Tenes. Pero el carácter heteróclito del lote parece que corresponde más bien a la psicología de un ladrón.

— Para el mantenimiento de la actividad constructiva después del 429, cf. por ejemplo, P. A. Février, 1965.

— Las grandes tumbas dinásticas posromanas son objeto de trabajos analíticos muy recientes: G. Camps, 1974 (a), págs. 191-208; y sobre todo, F. Kadra, 1978.

— Sobre la supervivencia, durante gran parte de la Edad Media musulmana y principalmente en Tlemcen, Bedjaia, Kairouan y Trípoli, de comunidades cristianas que, generalmente, hablan aún latín: C. Courtois, 1945, págs. 97-122 y 193-226; A. Mahjoubi, 1966, I, págs. 85-104.

Capítulo 20

EL SAHARA DURANTE LA ANTIGÜEDAD CLASICA

P. SALAMA

La noción tradicional de «Antigüedad clásica» puede parecer, a primera vista, inconciliable con el estudio de los problemas saharianos. Estos se refieren, en efecto, a una clasificación muy particular. Por no citar más que un ejemplo, la Antigüedad clásica que en el ámbito de la arqueología mediterránea, abarca aproximadamente un período de mil años, del siglo V antes de la era cristiana al siglo V de la misma era, abarcaría, en la Protohistoria del Sáhara, el final de la época «caballar» y una parte de la época «libio-berebere», no siendo por otra parte esas dos épocas estrictamente datables. Toda cronología absoluta parecería, pues, que está excluida de este caso.

Sin embargo, en el transcurso de ese mismo milenio, el universo sahariano fue el teatro de acontecimientos de gran importancia, unidos en gran parte a la historia del mundo greco-romano. Tampoco dudamos al referirnos a los criterios cronológicos clásicos, válidos así para el conjunto del mundo conocido.

¿Cómo se plantea para el historiador la cuestión del Sáhara antiguo? En un primer momento, se trata de examinar las fuentes textuales greco-latinas: recogida de informaciones inciertas; operación peligrosa, incluso, pero teóricamente útil. En un segundo momento, la intervención de métodos científicos modernos debe corregir poco a poco los primeros datos, y aclarar el conjunto del problema. Entonces es cuando el Sáhara «antiguo» ya no será juzgado solamente desde el exterior. El mismo revelará su personalidad.

LAS FUENTES TEXTUALES ANTIGUAS Y SUS INTERPRETACIONES EXTREMAS

Se conoce el método analítico de los geógrafos e historiadores antiguos. Al no poder visitar regiones inaccesibles, aquéllos recogían informaciones de segunda mano sobre dichas regiones, en las que se daban gran parte de error y de fabulación. *Terra*

incognita, el gran desierto no tuvo siquiera designación. Fue precisa la llegada de los árabes para nombrar Sáhara a esa vasta zona que reúne una inmensa cuenca. Los griegos y después los romanos no hablaron más que de «Libia interior», expresión geográfica muy vaga que significa más allá de los territorios norteafricanos, o de «Etiopía interior», zona más meridional aún, y que debe su nombre a la piel oscura de sus habitantes. Las descripciones de esas regiones que, por su mismo misterio, asustaban a los contemporáneos, rebosan, pues, detalles fabulosos en los que hombres y animales toman frecuentemente el aspecto de monstruos ridículos o terroríficos.

Los autores serios, aunque no siempre pudieron evitar las leyendas, consignaron informaciones válidas; y poco a poco va mejorándose la calidad de sus escritos, en la medida, sin duda, en que la progresión de la colonización greco-romana en Africa tomaba conciencia de las realidades.

Desde la mitad del siglo V antes de la era cristiana, Herodoto consiguió en Egipto informaciones de primer orden sobre la existencia y las costumbres de las poblaciones saharianas que habitaban los confines meridionales de Tripolitania y de Cirenaica. En Herodoto se lee que los garamantes perseguían a los trogloditas sobre sus carros con cuatro caballos *(Historia,* IV, 183), y a los nasamones (ibid., IV, 172-175) que llegan más allá de las soledades de arena y descubren, en el país de los hombres de piel negra, un gran río lleno de cocodrilos semejante al Nilo [1]. Por el mismo autor conocemos también (ibid., IV, 43) la extraordinaria hazaña de marinos fenicios que, por cuenta del faraón Nekao, hacia el 600 antes de la era cristiana, realizaron la circunnavegación total del continente africano, en el sentido este-oeste; y después, el fracaso de los persas en el mismo intento, pero en sentido inverso, tras haber abordado el Atlántico (ibid., IV, 43). En Herodoto leemos, por fin, que los cartagineses cambian sus objetos poco valiosos por un valioso polvo de oro en las costas del Africa occidental (ibid., IV, 196).

Entonces es cuando aparece en nuestras fuentes un célebre documento, datable en la primera mitad del siglo IV antes de la era cristiana, el *Periplo de Hanón,* relación de viajes de un cartaginés encargado de reconocer y de colonizar esas mismas costas *(Geographi Graeci minores,* I). Ese corto relato, en el que abundan paisajes pintorescos, hombres salvajes, cocodrilos e hipopótamos señala, sin embargo, dos puntos de referencia importantes: la isla Cerne conocida, por otra parte, como un depósito de marfil y de pieles de fieras *(Periplo de Scylax,* siglo IV antes de la era cristiana, párrafo 112); y un gran volcán llamado «Carro de los dioses», última etapa del itinerario de Hanón en las costas africanas. La existencia de esos dos lugares será confirmada, en el siglo II antes de la era cristiana, por el viaje del historiador griego Polibio, aunque su relación no sea conocida más que a través de un texto de segunda mano (Plinio el Viejo, *Historia natural,* V, 9-10).

Estas son nuestras fuentes de información anteriores a la colonización romana en Africa. Paradójicamente, es la fuente más antigua que menos se presta a la crítica. Aparte de la circunnavegación africana, tema a tratar con precaución, la documentación de Herodoto es sólida y generalmente moderada y escapa a las interpretacio-

[1] Sobre esta expedición: cf. R. Lonis, a propósito de la expedición de los nasamones a través del Sáhara (Herodoto II, 32-33), 1974, págs. 165-179, confirmando la hipótesis de S. Gsell sobre los itinerarios de los nasamones hacia el valle del Saura.

nes excesivas[2]. El *Periplo de Hanón* en cambio, pródigo en detalles topográficos, dio lugar a comentarios eufóricos, y la doctrina clásica no duda en otorgar a los cartagineses el conocimiento de toda la costa de Africa occidental hasta Camerún[3].

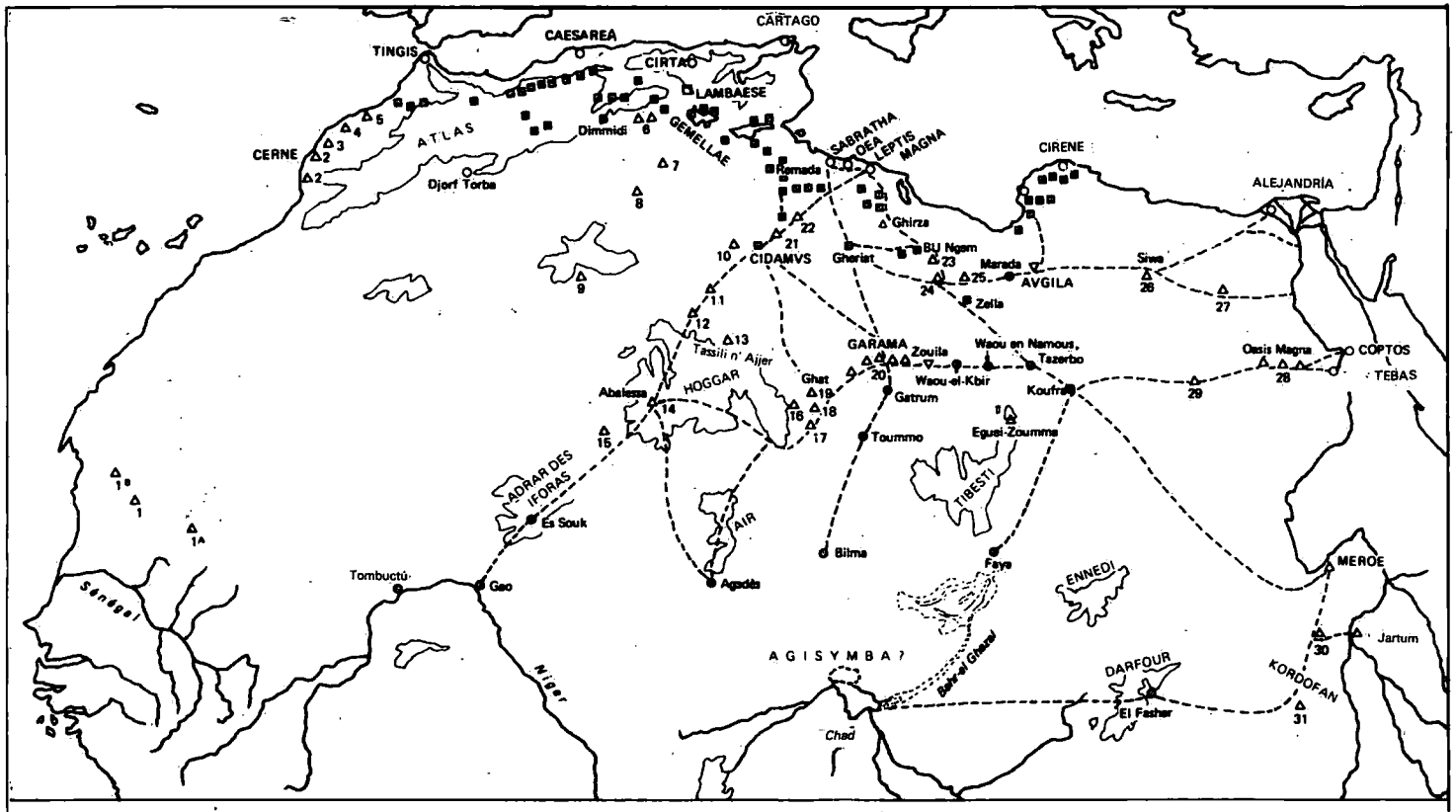
Con los romanos, la situación evoluciona. Sólidamente instalados en el Africa mediterránea y en Egipto, los conquistadores no tardaron en establecer contacto con las regiones limítrofes. Se trata, sin espíritu de colonización por otro lado, de campañas militares de intimidación o de reconocimientos comerciales y hasta científicos.

Un texto muy valioso de Plinio el Viejo (*Hist. nat.*, V, 5) relata la incursión realizada, en el año 19 antes de la era cristiana por el procónsul de Africa Cornelio Balbo contra el indisciplinado reino de los garamantes de Fezzán. Aparte de algunos topónimos perfectamente identificables como Rhapsa (Gafsa), Cidamus (Chadames) o Garama (Djarma), son numerosos los que, en la enumeración de las victorias romanas, se prestan a equívoco y recuerdan consonancias saharianas modernas. No hacía falta nada más para deducir la llegada de los romanos al Níger[4].

Más elocuentes aún aparecen, en la literatura de época latina, relaciones que contienen importantes incursiones romanas al interior del continente africano. El escritor Marino de Tiro (final del siglo I de la era cristiana) y su comentarista, el célebre geógrafo Claudio Ptolomeo, cuya documentación africana remonta a los años 110, 120, refieren que el gobernador Septimio Flaco «habiendo realizado varias campañas a partir de Libia, llegó al país de los garamantes entre los etíopes después de tres meses de camino en dirección mediodía; y que, por otra parte, Julio Materno que llegó de Leptis Magna y había caminado a partir de Garama en compañía del rey de los garamantes que marchaba contra los etíopes, llegó en cuatro meses, dirigiéndose sin descanso hacia el mediodía, a Agisymba, tierra de Etiopía, donde abundan los rinocerontes» (Ptolomeo, *Geografía*, 1, 8, 4). Ese relato tiene tanta más importancia cuanto que Ptolomeo apoya sus conocimientos geográficos africanos, los cuales parecen inmensos, en un sistema matemático en el que las longitudes y latitudes atestiguan los puntos de las ciudades. Centenares de nombres de montañas, ríos, tribus y ciudades, pueblan su mapa del interior de Africa y, debido a las semejanzas fonéticas, la impresión producida fue tal que se creyó, una vez más, tener la prueba de que los romanos tenían un perfecto conocimiento de las regiones tropicales africanas y principalmente del Níger y del Chad[5].

Esa visión demasiado liberal y excesiva de los problemas planteados no se sostiene actualmente. Los métodos modernos de análisis nos obligan a volver a plantear la historia del Sáhara.

[2] J. Leclant, 1950 (b), págs. 193-253; R. Carpentier, 1965, págs. 231-242; Plinio el viejo: V, 5.
[3] S. Gsell, 1918, págs. 272-519; J. Carcopino, 1948, págs. 73-163; Cf. H. Deschamps, 1970, págs. 203-210.
[4] H. Lhote, 1954, págs. 41-83.
[5] A. Berthelot, 1927; C. Ptolomeo: 1-8...



• *El Sahara durante la Antigüedad clásica. (Mapa (Mapa facilitado por el autor).*

■ Fortaleza del limes romano
△ Objetos romanos
○ Etapas señaladas en los textos antiguos

----Itinerario de caravanas
● Etapa medieval o moderna

1 - Resseremt, cerca de Akjoujt (Mauritania): 2 denarios AR República romana (R. Mauny, *Libica* B, 1956, p. 225).
1A - Tamkartkart (Mauritania): Denario romano del s. II de la era cristiana *(Notes africaines,* n.º 115, 1967, p. 101).
1B - Akjoujt (Mauritania): Fíbula romana de bronce *(Antiquités afr.,* 1970, pp. 51-54).
2 - Essaouira-Mogador (Marruecos): Material púnico y romano, siglo VII antes de la era cristiana/siglo V de la misma era (A. Jodin, 1966).
2A - Cabo Rhir (Marruecos): Cerámica púnica del s. III antes de la era cristiana (Rebuffat, *Ant. Afr.,* 1974, pp. 39-40).
3 - Safi (Marruecos): Tesoro de monedas romanas del siglo IV (P.S.A.A., 1934, p. 127). Jorf el Youdi (15 km. al sur de Safi): Pie de estatua púnica *(Ant. Afr.,* 1974, pp. 38-39).
4 - Azemmour (Marruecos): Cerámica púnica: monedas romanas del s. II de la era cristiana (R. Mauny, 1956, *o. c.,* p. 250; *Ant. Afr.,* 1974, p. 35). El Jedida (Mazagran) y Meharza (15 km. O. y 30 km. S. de Azemmour): Monedas romanas de los s. I y II de la era cristiana *(Art. Afri.,* 1974, p. 36).
5 - Casablanca - Rocas Negras: Tesoro de denarios AR República romana, procedente de una galera naufragada (R. Mauny, 1956, *o. c.,* p. 250). A 80 km. de la costa al este de Casablanca: establecimientos de Fedala, Sidi Slimane de los Zaers, Bouznika, Skhirat, Dchira, Temara y Dar el-Soltane: Cerámica romana; monedas romanas y bizantinas *(Art. Afr.,* 1974, pp. 29-32).
6 - Oued Itel (Argelia): Cerámica romana en tumbas indígenas *(CRAI,* 1896, p. 10).
7 - Ghourd el Oucif: Tesoro de denarios AR, s. II de la era cristiana (R. Mauny, 1956, *o. c.,* p. 252).
8 - Hassi el Hadjar (Argelia): Cerámicas y monedas romanas (inédito, Favergeat).
9 - Fuerte Miribel (Argelia): Fragmento de lámpara con pico alargado (¿bizantina?) (inédito, Huqot).
10 - El Menzeha (Argelia): Campanilla de bronce, cerámica romana (Morel, *Bull. Socl Préhist. française,* 1946, p. 228).
11 - Erg el Ouar, cerca de Temassinine (ex fortaleza Flatters) (Argelia) Rosetón de bronce romano (Inédito, Spruytte).
12 - Issaouane Tifernine, cerca de Tabelbalet (Argelia): Dos pulseras de bronce (Inédito, Spruytte).
13 - Ilezi (ex fortaleza Polignac) (Argelia): Monedas romanas (H. Lhote, *Bull. liaison saharienne,* abril 1953, p. 57).
14 - Abalessa (Argelia), conjunto monumental de Tin Hinan: Joyas y objetos romanos de los siglos III y IV (G. Camps, 1965);
15 - Timmissao (Argelia): Monedas romanas (R. Mauny, 1956, *o. c.,* p. 252).
16 - Chaaba-Arkouya - Djanet (Argelia): Cerámica romana y pulsera de bronce en un túmulo (H. Lhote, *Libyca* A, 1971, p. 187).
17 - Dider y Tadrart, Tassili N'Ajjer (Argelia): Monedas romanas del siglo IV; cerámica romana (R. Mauny, 1956, *o. c.,* p. 251; inédito, Spruytte).
18 - Tin Alkoum (Argelia): Cerámica y objetos de vidrio romanos en tumbas, s. IV de la era cristiana (L. Leschi, 1945).
19 - Ghat (Libia): Cerámica y objetos de vidrio romanos en tumbas, siglo IV de la era cristiana (Pace, Caputo y Sergi, 1951).
20 - Conjunto garamántico: Djerma, Zinchera, Tim Abunda, Taghit, el Charaig, el Abiod (Libia): Cerámica púnica tardía; cerámica y objetos de vidrio romanos, s. I al V de la era cristiana (M. Reygasse, 1950; H. Lhote, 1955, G. Camps, 1965; M. Gast, 1972).
21 - Materes (Libia): Establecimiento romanizado en el s. II de la era cristiana (R. Rebuffat, 1972, 322-326).
22 - Sinaouen (Libia): Fíbula de la Tène II (s. IV de la era cristiana); establecimiento romanizado en el s. II de la era cristiana (G. Camps, *Libyca* A, 1963, p. 169-174; R. Rebuffat, 1972, *o. c.).*
23 - Oued Neina (Libia): Establecimiento romanizado (Brogan, *Libya antiqua,* 1965, pp. 57-64).
24 - Ouaddan (Libia): Establecimiento romanizado (R. Rebuffat, 1970).
25 - Tagrift (Libia): Establecimiento romanizado (R. Rebuffat, *ibid.).*
26 - Siouah. Oasis de Amón (Egipto): Establecimiento helenizado y después romanizado.
27 - Uadi Rayan (Egipto): Establecimiento romanizado.
28 - Dakhla - Mehatta - Kharga (Egipto), Oasis Magna de los Antiguos: Esteblecimientos helenizados y después romanizados.
29 - Abu Ballas (Egipto): Cerámica romana tardía (Mitwally, *Amer. Journal of Arch.* pp. 114-126).
30 - Kordofán (Sudán): Establecimiento romanizado (A.J. Arkell, *ibid.,* 1951, p. 353).
31 - El-Obeid (Sudán): Monedas romanas (R. Mauny), 1956, *o. c.,* p. 254).

EL ENFOQUE CIENTIFICO ACTUAL

LA NUEVA CRITICA TEXTUAL

Se ha observado que tres obras principales estaban en juego: el *Periplo de Hanón,* el episodio de Cornelio Balbo y la *Geografía* de Ptolomeo.

Desde hace algunos años, la veracidad del *Periplo* ha experimentado asaltos casi decisivos. En primer lugar se ha establecido que naves antiguas, aventuradas más allá del cabo Juby, pero sometidas, en el trayecto de regreso, a la presión de los fuertes vientos alisios nunca habrían podido volver a sus bases [6]. Eso ha limitado, por tanto, el alcance geográfico del viaje de Hannón a las costas atlánticas de Marruecos, donde trabajos arqueológicos recientes identifican la isla antigua de Cerné con la isla de Essaouira-Mogador [7]. Más aún, un sutil método de confrontaciones filológicas tiende a probar que el relato del *Periplo* no es más que un torpe plagio de un pasaje de Herodoto y, por consiguiente, una falsificación íntegra [8].

Segunda víctima: el relato de Plinio de la incursión de Cornelio Balbo. El análisis de los manuscritos permite refutar sistemáticamente toda identificación topónima con las regiones del Sáhara central y meridional. La victoria romana no abarcó, pues, más que el sur de Magreb y Fezzán [9]. Por otra parte, un procónsul, cuyas funciones no duraron más que un año, apenas habría podido llegar más adelante.

La *Geografía* de Ptolomeo, obra con cierto rigor, se ve, en fin, limitada singularmente a su ámbito territorial. Sus longitudes y latitudes calculadas sobre criterios antiguos, como sus montañas, ríos, ciudades y tribus, se refieren a los confines meridionales del Magreb; y el Níger, por ejemplo, no es más que una corriente de agua en el sur argelino. Fezzán habría sido, pues, la zona más meridional conocida por los romanos; quedando en suspenso el problema de Agisymba, región limítrofe de las tierras desconocidas [10].

El informe de esas experiencias modernas de crítica textual es de los más interesantes, pero se detiene, sin embargo, en la cronología general, al comienzo del siglo segundo de la era cristiana. Ninguna obra geográfica posterior a esa fecha ha llegado hasta nosotros. Ahora bien la arqueología nos probará que en los siglos III y IV, objetos de origen romano llegaron mucho más profundamente hacia el interior del desierto. Los conocimientos geográficos antiguos debieron ser mejorados y no dudamos de que la documentación romana no ignorase ya la existencia de zonas húmedas más allá del gran desierto.

Libre así de coacciones textuales, torpes a veces, el Sáhara antiguo puede entonces tratar de expresarse por sí mismo.

¿Cuáles fueron sus marcos ecológicos, antropológicos y sociológicos? ¿Qué vestigios arqueológicos nos han sido revelados?

---

[6] R. Mauny, Dakar, 1945, págs. 503-508, tesis publicada en *Mém. IFAN,* 1961, págs. 95-101.

[7] A. Jodin, 1966; R. Rebuffat, 1974, págs. 25-49.

[8] G. Germain, 1957, págs. 207-248; la autenticidad de la obra es ahora defendida por G. Charles-Picard, 1968, págs. 27-31.

[9] J. Desanges, 1957, 5-43.

[10] R. Mauny, 1947, págs. 241-293, con un excelente mapa; J. Desanges, 1962.

EL PROBLEMA ECOLOGICO

Se sabe que, en el plano paleoclimático, el Sáhara ha alcanzado, en la época considerada, la fase última de su desecación [11]. Pero es preciso matizar también esa situación. Islotes de resistencia, principalmente las regiones montañosas y los grandes valles, conservaban aún suficiente humedad para permitir en él una vida mucho más intensa que en nuestros días. Hoggar, Fezzán, Tibesti y el Sáhara septentrional acusaban aún un nivel de habitabilidad de cierta importancia. Eso puede explicar la supervivencia de una fauna salvaje desaparecida hoy: cocodrilos en los ueds y en los gueltas, felinos en las zonas montañosas: pero se duda de que los grandes herbívoros, como el elefante o el rinoceronte pudieran vivir a este lado del Tibesti o incluso del país de Kouar, franja septentrional de las grandes sabanas tropicales chadianas donde, naturalmente, abundaban [12].

La fauna doméstica, a excepción del camello del que hablaremos más adelante, se mantiene con los hombres en las zonas-refugios de habitabilidad. Allí se encuentran razas bovinas y rebaños de caprinos y ovinos. Pero es curioso constatar que el asno, «animal para todo» de los oasis saharianos no ocupa casi lugar alguno en las representaciones rupestres.

EL PROBLEMA ANTROPOLOGICO

De modo general, la literatura antigua, a falta de criterios científicos, calificaba de «etíopes» a todos los pueblos de Africa interior. No se le puede reprochar nada. Ni siquiera los antropólogos e historiadores modernos siempre han analizado bien el problema (estando mal fijados los criterios de la negritud) [13], y se ha supuesto durante mucho tiempo que la presencia de una población blanca en el Sáhara no era más que un fenómeno reciente, una auténtica conquista, resultado de que los romanos rechazaran a los bereberes de la estepa fuera del territorio del Magreb [14].

En ese terreno, la situación se clarifica, a la luz de los trabajos recientes realizados tanto en Fezzán como en la Argelia sahariana. En adelante se considera que durante el período protohistórico —y la época antigua no es más que su término final— el Sáhara central y septentrional conocía un predominio «de elementos blancos de gran estatura, de rostro mediterranoide..., con capacidad craneal elevada..., de cara más o menos larga y estrecha..., y de miembros gráciles», caracteres morfológicos que les aproximan totalmente a los tuareg modernos. Ahora bien, el origen de ese tipo físico parece que no debe ser buscado hacia el Magreb, sino en dirección nordeste del continente africano [15]. En cuanto a los modernos haratin de los oasis saharianos, ante

[11] J. Dubief, 1963; R. Furon, 1972.

[12] R. Mauny, 1956 (b), págs. 246-279; cf. *id.*, 1970, págs. 124-145.

[13] Ordinariamente se traduce el griego *Aethiops* por «hombre de rostro quemado»; una discusión muy enconada ha tenido lugar durante el Coloquio celebrado en Dakar del 19 al 24 de enero de 1967 sobre el tema: Africa negra y mundo mediterráneo en la Antigüedad, sin que las posiciones se hayan modificado profundamente.

[14] S. Gsell, 1926, págs. 149-166; documentado análisis de toda la literatura e inconografía antiguas por F. N. Snowden, 1970. Cf. J. Desanges, 1970, págs. 87-95; L. Cracco-Ruffini, 1974, págs. 141-193.

[15] Pace, Caputo y Sergi, 1951, págs. 443-504; L. G. Zöhrer, 1952-1953, págs. 4-133; L. C. Briggs, 1955, págs. 195-199; M. C. Chamla, 1968, págs. 181-201, con el análisis del esqueleto de la «reina Tin Hinan», página 114; J. Desanges, 1975; *id.*, 1976; *id.*, 1977. Cf. la utilización de la literatura árabe de la Edad Media para interpretar los orígenes tuareg, en Boubou Hama, 1967.

todo serían, a pesar de algunos mestizajes, los descendientes locales de esos «etíopes» sedentarios de Herodoto, esclavizados por los ricos garamantes. El problema sería idéntico para los tubu del Tibesti[16]. Quizá sabremos más cuando la técnica de estudio de los grupos sanguíneos haya aportado conclusiones definitivas[17]. Pero es probable que el Sáhara meridional, durante el tiempo que estuvo suficientemente poblado, no albergase más que elementos negros, procedentes de las sabanas tropicales.

LA CIVILIZACION

En la incertidumbre de una cronología perfecta, parece difícil a primera vista apreciar los progresos de la civilización sahariana durante el período antiguo. Por lo demás, las diferentes zonas de ese gran territorio podían muy bien no comportarse uniformemente. Una buena base de partida para intentar conocer a fondo el problema es proporcionada por la situación cultural del Sáhara al final de la época neolítica[18]. Partiendo de ese dato, se podrán analizar fenómenos evolutivos en numerosos dominios.

La lengua y la escritura

Indudablemente para la época antigua disponemos de un acontecimiento importante en la historia de la civilización sahariana: la presencia de una lengua. Se la encuentra todavía en nuestros días aunque profundamente modificada con relación a sus orígenes lejanos. La lengua-madre, pluridialectal y que, por comodidad de lenguaje, se denomina «berebere», pertenece al tronco común llamado «camito-semítico», pero se ha separado de él hace tiempo. Su forma antigua, llamada «líbica», está atestiguada en todos los territorios del Africa mediterránea y en las islas Canarias, gracias al criterio de la escritura[19]. No es dudoso que la introducción de esa lengua en el Sáhara se produjera por el norte o por el nordeste con la migración de las poblaciones blancas. No se podría fechar el acontecimiento; pero, la escritura sahariana, llamada *tifinar*, derivada del alfabeto libio magrebino, es un fenómeno bastante tardío, no anterior al siglo I. Por otra parte, se admite que los bereberes habrían llegado a escribir su lengua bajo la influencia cartaginesa. La palabra «tifinar» se basa en la raíz FNR que, en todas las lenguas semíticas, designa al pueblo fenicio.

En el Sáhara, la escritura tifinar ha evolucionado progresivamente con relación a su antepasado libio, el «tifinar antiguo» estando aún bastante próximo a él. Por consiguiente, hay que mostrarse particularmente prudente en la datación de las representaciones rupestres llamadas «libio-bereberes» acompañadas de caracteres escritos. Ya que pueden cometerse graves errores. Por otra parte, la lengua y el alfabeto bereberes han podido ser utilizados también por poblaciones negras.

[16] G. Camps, 1969 (a), págs. 11-17. Sobre los tubu, J. Ki-Zerbo, 1972.

[17] R. Cabannes, 1964.

[18] Estado de la cuestión bien definido, en último extremo, por G. Camps, 1974 (d), págs, 221-261, 320-341, 345-347.

[19] Galand, 1969, págs. 171-173; crónicas anuales del mismo autor, 1965-1970; J. R. Applegate, 1970, páginas 586-661; J. Bynon, págs. 64-77; S. Chaker, 1973; L. Galand, 1974, págs. 131-153; G. Camps, 1975.

La organización socio-política

Las presiones climáticas redujeron ciertamente la mayor parte de las poblaciones saharianas al género de vida nómada, con hogares de sedentarización, tal como los primeros conquistadores árabes los conocieron. La organización «tribal», inherente a su estadio de evolución, constituía la regla política básica[20], pero entrañaba incesantes guerras exactamente anotadas en Herodoto y en Ptolomeo.

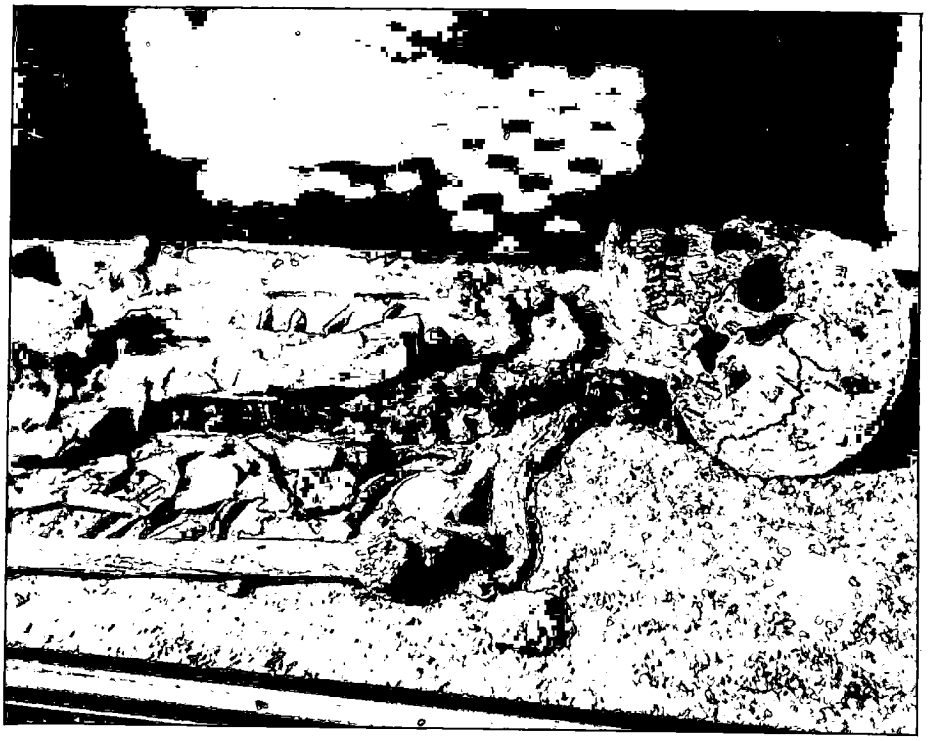
Para dos regiones, no obstante, poseemos datos más sólidos: Hoggar y la zona fezzanesa.

En Hoggar, en la segunda mitad del siglo IV de la era cristiana, la pirámide socio-política terminaba en una mujer. El descubrimiento de su tumba intacta, en Abalessa, suscitó inmediatamente una comparación con la leyenda local de una reina Tin Hinan, llegada del Tafilalet marroquí en tiempos remotos, y antepasada del pueblo targui (plural tauareg). Tin Hinan siguió siendo, pues, su nombre para la eternidad[21]. En el mundo bereber, la autoridad suprema atribuida a una santa mujer conoció varios ejemplos; pero, además, la sociedad targui mantiene una situación liberal con respecto a las mujeres. El mobiliario funerario de esa «princesa», siete pulseras de oro, ocho de plata y varias otras joyas valiosas, puede ser fechado aproximadamente por el relieve de una moneda romana del emperador Constantino, que se remonta a los años 313-324. En cuanto al lecho de madera sobre el que reposaba el cuerpo, sometido al *test* del radiocarbono, acaba de revelar la fecha de 470 (más o menos 130) de la era cristiana. Como veremos, no se puede explicar la riqueza del personaje más que por su situación privilegiada, a la vez en la jerarquía social y en el comercio transahariano.

En el valle estrecho y fértil, encerrado entre el Erg Oubari y el de Mourzouk, se escalonaban una serie de oasis, desde El-Abiod hasta Tin Abunda; la ciudad de Garama, la actual Djerma, era la cabeza de la zona. Partiendo de su guarida, esos garamantes no tardaron en ejercer una supremacía en todo Fezzán (¿antigua Phazania?) y en echar mano de un gran número de tribus nómadas o sedentarias de los alrededores. Esa gran entidad regional, llamada reino de los garamantes en la literatura greco-latina, aparece como el único Estado organizado del Africa interior, al sur de las posesiones cartaginesas y después romanas. Su prestigio y su riqueza, confirmados por la arqueología, le ha valido en nuestros días un gran renombre, y se habla de «civilización garamántica» en los dominios más diversos. Sin duda, se trataba, según los criterios socio-políticos bereberes, de una organización jerárquica de tribus que confluían bajo la autoridad de un aguellid supremo. Mencionados por Herodoto desde el siglo V antes de la era cristiana, esos garamantes se opusieron al avance romano en los confines meridionales del Magreb. Vencidos por Cornelio Balbo, en el año −19, y después definitivamente por el legado Valerio Festus en el año 69, parece que se convirtieron en una especie de Estado-cliente del Imperio. Las investigaciones arqueológicas realizadas en Garama y en sus alrededores, nos han revelado casi diez siglos de una civilización, en parte fundada sobre unas relaciones

[20] R. Capot-Rey, 1953, págs. 204-367.

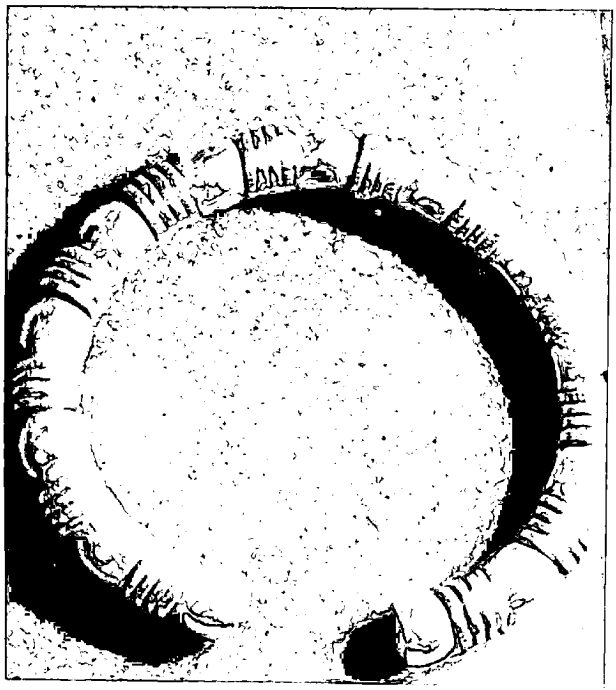
[21] M. Reygasse, 1950, págs. 88-108; H. Lhote, 1955; G. Camps, 1965, págs. 65-85; *id.*, 1974 (c), págs. 497-316; cf. M. Gast, 1972, págs. 395-400.



1

• *1. Esqueleto de la «Reina Tin Hinan».*

• *2. Pulsera de oro de la «Reina Tin Hinan» (Fotografías P. Salama, Museo de Bardo, Argel).*



2

exteriores, desde la última época púnica (siglo II antes de la era cristiana) hasta la llegada de los árabes (siglo VII de la era cristiana)[22].

Así, en Hoggar y en Fezzán, pero también en todo el Sáhara septentrional, en Tassili N'Ajjer durante su último período, y quizá hasta en el Adrar de los Iforas, es indudable que en la época antigua se asiste a la supremacía política de una aristocracia de raza blanca, o poco mestizada, armada con jabalinas, puñales y espadas, vestida con ropa de guerreros, montada sobre carros de lujo, cazando y guerreando, en detrimento de los pueblos sometidos más o menos negros. Por falta de documentos, ese fenómeno no es constatable en el Sáhara limítrofe de las sabanas nigerochadianas. Sin duda, la aportación blanca no se había manifestado allí.

En el terreno religioso, no hay duda de que todo el Sáhara central y meridional haya permanecido animista. Sólo las poblaciones del Sáhara septentrional, en relación directa con el mundo mediterráneo, habrían podido abrazar el cristianismo en la Antigüedad tardía. Un texto es tajante a propósito de los garamantes y de los maccuritae, evangelizados al final del siglo VI[23]. La arqueología no aporta aún su confirmación.

El arte sahariano de la época antigua

Los monumentos más bellos de Djerma, funerarios en su mayor parte, muestran una influencia romana que les priva en parte de originalidad. Hay que buscar en otros lugares para apreciar la personalidad sahariana.

Buen número de monumentos funerarios llamados «preislámicos» datan de nuestra época. Hoggar nos ha conservado el gran edificio de Abalessa, que alrededor de la tumba de Tin Hinan, muestra un dispositivo arquitectónico con deambulatorio específicamente africano[24]. En Tin Alkum, en la desembocadura sudeste del Tassili N'Ajjer, una serie de tumbas circulares, de hechura sahariana tradicional, han podido ser fechadas por un mobiliario funerario romano del siglo IV, particularidad que se encuentra en la necrópolis vecina de Ghat[25].

Sin estar específicamente fechados, los monumentos funerarios o culturales de piedra sin argamasa del Tassili y del Hoggar, enlosados, recintos circulares, abombados y «agujeros de cerradura» se escalonan en el tiempo hasta el momento en que el Islam sustituirá las tumbas planas por simples estelas. Para los más originales de ellos, los de Fadnoun, «es hacia Fezzán y en las regiones próximas de Egipto» donde habrá que buscar un origen estilístico.

En el Sáhara del Noroeste, la necrópolis de Djorf Torba, cerca de Bechar, devastada por los turistas, albergaba en el interior de los edificios curiosos exvotos figurados: losas planas, grabadas o pintadas y revestidas a veces con inscripciones libias, en las que caballos y personajes testimonian un arte emparentado sin duda con la Antigüedad tardía del «Magreb», porque aún no hay allí nada islamizado.

Menos cómodo resulta fechar los grandes recintos de monolitos levantados en Hoggar (¿quizá son ya musulmanes?) y sobre todo en Gona Orka y en Enneri-Mokto,

---

22 Pace, Caputo et Sergi, 1951; S. Ayoub, 1962, 1967, *id.*, 1966-1967, págs. 213-219; C. M. Daniels, 1968 (b), págs. 113-194; E. von Fleischacher, 1969, págs. 12-53; C. M. Daniels, 1972-1973, págs. 35-40.

23 Cf. J. Desanges, 1962, *o. c.*, 96 y 257.

24 G. Camps, cf. nota 21; *id.*, 1961, *passim*.

25 L. Leschi, 1945, págs. 183-186; Pace, Sergi y Caputo, págs. 120-440.

1

2

• *La tumba de la «Reina Tin Hinan» en Abalessa: 1. Puerta de entrada; 2. Losas de cubrimiento de la fosa (Fotografías P. Salamá).*

situados al Oeste del Tibesti. Me parece inútil buscar allí aportaciones extranjeras, al pertenecer en realidad el levantamiento de «menhires» funerarios o cultuales a todas las civilizaciones arcaicas. A este respecto, nada existe en el Sáhara igual en valor al yacimiento de Tondiadarou, cerca de Niafunké, a 150 kms. al suroeste de Tombouctou[26].

Pero el arte sahariano más impresionante hay que buscarlo sobre todo en las representaciones rupestres. Según la clasificación tradicional de los prehistoriadores, la época antigua pertenece al penúltimo «nivel» del arte rupestre, el período «libio-berebere» que sigue a la era «caballar» y precede al «árabe-berebere»[27]. Aunque ese encadenamiento es exacto en sí, faltan aún bases cronológicas precisas y la datación del «libio-berebere» entre −200 y +700 sigue siendo dudosa. La presencia de caracteres «tifinar antiguos» es quizá el criterio menos incierto, aunque ese tipo de escritura rebasa la época musulmana. Al coexistir aún el caballo y el carro, es muy difícil diferenciarlos cronológicamente. ¿Los carros de guerra al «galope volador» de Fezzán y del Tassili revelan una tradición egiptizante que podría remontar al siglo XIV antes de la era cristiana o una tradición cirenaica griega, adquirida a lo sumo hacia el siglo VI? Las representaciones de camellos abarcan a casi todas las regiones saharianas, pero la apreciación de su fecha es también problemática. Se cree que muy pocas pertenecen a nuestro cuadro histórico. Las obras «libio-bereberes», residuos de los admirables «neolíticos» cuyas tradiciones recogen, prueban el vigor del arte figurativo en el Sáhara, en el momento en que éste va a extenderse a los territorios del norte.

LA VIDA ECONOMICA, COMUNICACIONES INTERNAS Y RELACIONES EXTERIORES

La vida económica sahariana ha estado unida siempre al problema de sus comunicaciones. Existe, pues, para la Antigüedad clásica, una relación entre el enriquecimiento de ciertas zonas, como Fezzán, y su irradiación exterior. Eso presupone necesariamente la existencia de un tráfico de cierta importancia. Como sabemos que los intercambios interiores eran ya limitados, se buscará las causas de ese enriquecimiento en unas relaciones con el extranjero. Esa situación nueva resalta fundamentalmente con la del Sáhara húmedo de las épocas prehistóricas.

¿Pero, cómo se puede considerar en conjunto el problema? En nuestras disciplinas, para apreciar el papel económico de un territorio y su irradiación, se sigue un criterio que no falla: basta examinar el material arqueológico exhumado de las regiones limítrofes. Así, tesoros de monedas romanas en número considerable han sido descubiertos en Escandinavia y en la Europa nor-oriental; en resumen, en toda la periferia septentrional del mundo clásico, y, más lejos aún, en las orillas de la India y del Vietnam que atestiguan por todas partes la inmensidad del comercio exterior de Roma. Ahora bien, ¿qué sabemos de las regiones de Africa? A medida que uno se

[26] J. P. Savary, 1966. Sobre las estelas representadas de Djorf Torba, la literatura casi no dice nada: M. Reygasse, 1950, *o. c.*, pág. 104 y 107-108; informaciones complementarias amablemente prestadas por L. Balaout. Sobre los megalitos izados del Tibesti: P. Huard y J. M. Massip, 1967, págs. 1-27; para Tondidaru: R. Mauny, 1970, págs. 133-137.

[27] Clasificación generalmente aceptada (H. Breuil, P. Graziosi, P. Huard, H. Lhote, etc.). Cf. R. Mauny, 1954. *En contra:* J. P. Maitre, págs. 759-783.

aleja de Africa del Norte, el material arqueológico romano disminuye (cf. mapa página 524) hasta desaparecer totalmente en el Sáhara meridional. Según el estado actual de las prospecciones, las sabanas nigero-chadianas jamás han revelado la menor huella [28]. Al principio hubo, pues, aislamiento de los mundos romano y negro-africano en la Antigüedad clásica.

Sin duda se puede poner cierta moderación a ese rigor de análisis. Todavía esperamos descubrimientos arqueológicos futuros; pero una parte de la hipótesis seguirá siempre sensible.

La literatura antigua, por ejemplo, habla muy poco de producciones saharianas y la arqueología confirma ese vacío. Algunos textos griegos o latinos citan, con el nombre de escarbúnclos o calcedonias, piedras preciosas que proceden de los países de los garamantes, de los trogloditas o de los nasamones, regiones que hay que situar al sur de la Libia actual. Quizá se haya descubierto un yacimiento de tales piedras en forma de amazonita, en Egevi, Zumma, en el macizo del Dohone, al nordeste del Tibesti [29].

La captura de fieras pudo ser, según mi parecer, la principal fuente de beneficios del territorio. Ciertamente, en la misma época, Africa del Norte rebosaba aún de felinos, antílopes y avestruces; pero la importancia de la demanda romana era tal que requería obligatoriamente la intervención en el Africa interior. Poseemos a este respecto estadísticas elocuentes: para la inauguración del anfiteatro Flavio en Roma, al final del siglo I de la era cristiana, nueve mil fieras fueron puestas en combate. El emperador Trajano, cuando su triunfo del año 106, expuso once mil. La mayor parte de ellas eran «libias» o «africanas», es decir, animales salvajes exportados de Africa del Norte [30]. En ese inventario, elefantes y rinoceronte podía proceder de las zonas saharianas más meridionales o, incluso, del Chad y del Bahr el-Ghazal [31]. En cualquier caso, el marfil debió ocupar un lugar importante en el comercio transahariano, al haber desaparecido casi completamente el elefante norteafricano desde el segundo siglo de la era cristiana. No se puede olvidar, sin embargo, que Nubia proporcionaba también a Roma su contingente de animales salvajes.

Yo apenas creo en un tráfico sahariano de esclavos negros hacia Europa. El mundo romano occidental no los buscaba.

Frecuentemente se ha puesto el acento sobre los envíos del polvo de oro, procedentes del Malí actual y del golfo de Guinea, que habrían alimentado el mercado europeo, preparando la situación comercial de la época medieval [32]. Esta opinión es sólo hipotética. Poseemos los inventarios de todas las regiones productoras de oro en las épocas romana y bizantina, y Africa nunca es citada. No obstante se

[28] J. P. Lebeuf, 1970, con un importante comentario científico y bibliográfico. Algunas regiones del Africa tropical disponían ya desde hace tiempo de su propia cultura (Civilización de Nok en Nigeria septentrional): R. Mauny, 1970, *o. c.*, págs. 131-133; J. Ki-Zerbo, 1970, *o. c.*, págs. 89-90.

[29] T. Monod, 1948, págs. 151-154; *id.*, 1974, págs. 51-66. Piedras idénticas existen también en el valle del Nilo.

[30] G. Jennison, 1937; J. Aymard, 1951; J. M. C. Toynbee, 1973.

[31] R. Mauny (cf. nota 12); en Leptis Magna, capital portuaria de Tripolitania, el tótem de la ciudad era precisamente un elefante: S. Aurigemma, 1940, págs. 67-86; J. Desanges, 1964, págs. 713-725: monedas del emperador Domiciano, contemporaneas del anfiteatro Flavio y que representan rinocerontes bicornios africanos. Se ha relacionado Agisymba con la palabra Azbin, denominación local del Macizo del Air; pero no es seguro que en esa época el rinoceronte pudiera todavía sobrevivir en esa región sahariana. Por lo demás, los hombres de Agisymba y Azbin podían tener dobletes fonéticos extendidos sobre una gran área geográfica.

[32] J. Carcopino, 1948, *o. c.*, con bibliografía anterior.

• *Tipos «garamánticos» sobre un mosaico de Zliten, Tripolitania. Generalmente se interpreta esa escena de cautivos entregados a las fieras como el epílogo del aplastamiento de los garamantes por los romanos en el año 69 de la era cristiana (Fotografía P. Salama, Museo de Tripoli).*

puede sospechar la existencia de un tráfico aurífero más o menos secreto entre Senegal y el sur marroquí, zona productora y muy aislada de las fronteras romanas, puesto que con una extrema rapidez los árabes tomaron contacto con ese mercado desde el año 734.

Algunas relaciones comerciales, aún mal conocidas, hacen pensar en la utilización de itinerarios saharianos. También aquí hay que ser prudente. Nuestros elementos de apreciación para un intento de reconstrucción de la red son únicamente ciertos puntos del empalme de vías naturales, como Ghadames o Phazania, la dispersión territorial de los objetos romanos en el Sáhara, y por último una comparación con las pistas de caravanas anteriores o posteriores a le época antigua. Sólo las dos últimas cuestiones suponen dificultades.

Ciertamente, el descubrimiento de un objeto romano aislado, particularmente de una moneda, prueba muy poco en sí; las poblaciones saharianas septentrionales usaban aún monedas romanas en el siglo XIX [33]. Pero cuando los puntos de descubrimiento de esos mismos objetos se ordenan de manera coordinada en el espacio y trazan con verosimilitud una pista de caravanas conocida además, conviene tomarlas en consideración; y no sólo las monedas en cuestión, sino también las vasijas encerradas en las tumbas. También, el área de dispersión de esos testimonios expresa una auténtica proyección de la civilización garamántica, tributaria ella misma de sus relaciones con Roma, sobre centenares de kilómetros. Precisemos que se trata de una proyección garamántica, es decir, de un centro secundario de difusión de objetos romanos, y no de una proyección romana propiamente dicha. Aquí es donde la personalidad sahariana antigua se afirma al máximo: los pueblos locales se conocen poco a poco, cualquiera que sea la causa inicial de sus relaciones, habiendo sido tal vez ésta, en efecto, una búsqueda de mercancías en provecho de Roma. En un contexto semejante, el mobiliario funerario de Tin Hinan es sintomático: forma parte de una colección de objetos exóticos en beneficio de un jefe local que, sin duda, cobraba peaje por atravesar su territorio. Los tuareg de las épocas posteriores tuvieron el mismo comportamiento.

Parece que, de modo general, las comunicaciones saharianas de largo recorrido se orientaban sobre todo hacia el norte y al nordeste. Los garamantes y sus seguidores habrían dirigido así el tráfico hacia la zona fezzanesa. De allí, itinerarios bien atestiguados conducían hacia los grandes puertos sirticos (Sabratha, Oea y Leptis Magna), ciudades de gran opulencia desde la época púnica. También desde Garama, se podía llegar al valle del Nilo, bien por un itinerario septentrional a través de los oasis de Zuila, Zella, Augila y Siwa, —puntos todos conocidos ya por los autores antiguos— bien por un trayecto más meridional en el que Kufra desempeñaba el papel de encrucijada [34]. En esas regiones orientales del Sáhara, se encuentra inevitablemente el viejo problema de las comunicaciones neolíticas y protohistóricas en las que Tibesti aseguraba los relevos [35]. Pero parece que las relaciones con el Egipto helenístico y después romano habían tenido mucha menos importancia que antiguamente, desviadas en parte en beneficio de las riberas mediterráneas [36].

[33] R. Mauny, 1956 (a), págs. 249-261.

[34] J. Leclant, 1950 (b), *o. c.*; R. C. Law, 1967, págs. 181-200; R. Rebuffat, 1970, págs. 1-20; *id.*, 1969-1970, págs. 181-187.

[35] P. Beck y P. Huard, 1969; J. Gostynski, 1975.

[36] Unesco, 1963-1967, ef G. Camps, 1978, *o. c.*

Hacia el Sáhara oriental es donde aún hay que buscar probablemente el punto de unión de la introducción del hierro en el mundo negro en la época histórica, y por eso, además, el fenómeno no ha sido autónomo. Este problema del paso de la Edad de piedra a la Edad del metal en las regiones saharianas y nigerianas es de los más cruciales, y se manifiesta incontestablemente durante nuestro período. Tampoco ahí, la uniformidad geográfica se confirma. En una misma región, por ejemplo, en la de Mauritania, durante los últimos siglos que preceden a la era cristiana se constata a la vez la existencia de un material lítico en Zmeilet Barka, Hassi Bernous y en el Ued Zegag (indicaciones del radiocarbono sobre elementos de acompañamiento) y la presencia de la metalurgia del cobre en el sector de Akjoujt [37]. Quizá hubo allí, en este último caso, influencias de la industria del Sous (sur marroquí) que habría podido ser anterior a aquella; pero no se debe rechazar la hipótesis de una aparición puramente local del trabajo metalúrgico, al menos para el oro y el cobre.

Se presenta bajo otro aspecto la cuestión del hierro, industria que necesita de temperaturas más elevadas y de una técnica más ardua. No se olvide, en efecto, que la difusión de la metalugia del hierro a partir del Cáucaso exigió varios siglos antes de llegar a la Europa occidental. La aparición de ese metal en el mundo negro es, pues, un problema muy controvertido en el que se enfrentan los partidarios de una invención propiamente africana y los «intervencionistas». Incluso éstos últimos están divididos: algunos presuponen una influencia mediterránea, llegada a través del Sáhara central; otros atribuyen la técnica del hierro al país de Kush, y ponen en duda la gran vía natural que une el valle del Nilo con el Níger por Kordofán y el Darfur. En el siglo segundo o primero antes de la era cristiana en todo caso, (dataciones obtenidas por el carbono 14), la metalurgia del hierro está atestiguada en las regiones del Chad y de Nigeria, pero, en el caso contrario, es sin duda de parte de la civilización meroítica de donde hay que presumir su centro de transmisión [38]. Las rutas saharianas centrales no estarían, por consiguiente, incluidas.

¿UNA REVOLUCION DEL CAMELLO?

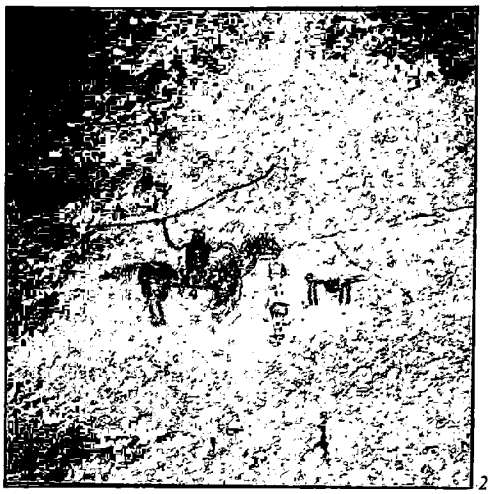
El estudio de los medios de transporte puede ayudarnos también a fijar mejor los itinerarios saharianos y recortar algunas hipótesis. Sabemos que el gran desierto ha sido conquistado por el caballo antes de serlo por el camello. Ese período «caballar» se tradujo en primer lugar, en la utilización de carros. No se conoce en qué época éstos desaparecieron, pero según Herodoto, los garamantes los utilizaban aún. La arqueología confirma su testimonio. Las representaciones más diversas de carros abundan en el Sáhara. Inventarios metódicos han permitido incluso proponer la reconstrucción cartográfica de «rutas de carros» transaharianos [39]. Sin dejarse des-

[37] N. Lambert, 1970, págs. 43-62; G. Camps, 1974 (d), págs. 322-323 y 343.

[38] Estudio general con bibliografía en R. Mauny, 1970, *o. c.*, págs. 66-76; cf. J. Leclant 1956, págs. 83-91; B. Davidson, 1962, págs. 62-67; P. Huard, 1966, págs. 377-404; R. Cornevin, 1967, págs. 453-454.

[39] Bibliografía general en R. Mauny, 1970, *o. c.*, págs. 61-65; H. Lhote, 1970, págs. 83-85. El esquematismo tanto como la heterogeneidad de esas representaciones suscita todavía muchas reservas. Sólo el estilo «garamántico» del carro tirado por caballos, y que sólo aparecen Fezzán y Tassili N'Ajjer, parece explícito. Parece que no es más un carro de adorno, hecho de madera y pieles, cuyo peso, según las reconstrucciones de J. Spruytte, no pasaba de los treinta kilos, material impropio, por tanto, para el transporte de mercancías (G. Camps, 1974 (d), *o. c.*, págs. 260-261 y J. Spruytte, 1977). Estoy poco persuadido de que ese estilo de los carros

1



2

• *La apreciación de la edad de las pinturas rupestres se basa en criterios de estilo y de pátina. Para las épocas tardías, sin embargo, la datación sigue siendo difícil. Esos tres ejemplos, que proceden de la región de Séfar (Tassili n'Ajjer), son considerados como pertenecientes a la época «libio-bereber». En realidad, su inscripción en «tifinar antiguo» hacen aparece los nombres islámicos de Hakim y Mohamed (Fotografías M. Gast).*

lumbrar demasiado por esos indicios, se debe reconocer que, excepto un itinerario occidental, paralelo al litoral atlántico, y que permanece en nuestras fuentes clásicas, varios trayectos antiguos, atestiguados por textos o por material arqueológico, coinciden con esas famosas «rutas protohistóricas». Añadamos que todo itinerario sahariano recorrido por caballos, enganchados o no, necesitaba un acondicionamiento de pozos de agua, de lo que estamos seguros para los garamantes, o el transporte de importantes provisiones.

El camello —se trata más exactamente del dromedario con una giba, originario del Próximo Oriente— sólo aparece tardíamente en el Africa sahariana. Se ha discutido hasta la saciedad sobre ese acontecimiento[40]. En realidad, su introducción en el continente africano era tardía. Sólo se le ve aparecer en Egipto en las épocas persa y helenística, (siglos V-IV antes de la era cristiana) y se supone con verosimilitud que fue difundida en el Sáhara a partir del valle bajo del Nilo. El hecho parece muy difícil de datar. No se dispone para ello más que de representaciones rupestres saharianas «libio-bereberes», poco utilizables en cronología, y de un importante número de inscripciones y esculturas del Africa del Norte romana posteriores todas, parece, al siglo II de la era cristiana. En cambio, un monumento gráfico de Ostia, puerto de Roma, monumento datado en los treinta últimos años del siglo primero de la era cristiana asocia el elefante y el camello en los espectáculos de anfiteatro. En el año 46 antes de la era cristiana, César ya había capturado en Africa veintidós camellos del rey númida Juba I, cuyos estados se extendían hasta los límites saharianos. Esos animales eran aún escasos. Pero si, ciento cincuenta años más tarde, los camellos importados en Roma son africanos, se comprenderá que ese animal, aún no difundido en los territorios del Magreb, vivía ya en número estimable en el Sáhara, donde no se le dedicaba a los juegos.

¡Mencionemos, de paso, la presencia simbólica de camellos sobre las famosas monedas romanas llamadas «spintrienas», emitidas probablemente para uso de los cortesanos, porque los antiguos atribuían a esos rumiantes instintos lúbricos excepcionales!

Tengo tendencia a compartir el entusiasmo de algunos historiadores en cuanto a la importancia que se desprende de la multiplicación del camello en el Sáhara. Ese animal, de patas flexibles, adaptable a todos los terrenos y de una sobriedad sorprendente gracias al «agua metabólica» segregada por su organismo, se convertía en una fortuna para todos los nómadas, dificultados por los inconvenientes del caballo, en una época en la que el clima se secaba de manera inquietante. El camello proporcionó una movilidad acrecentada de los individuos y de los grupos, ventaja conocida desde fechas remotas en Arabia. Se cree incluso que una transformación de los arreos, por desplazamiento de la silla, permite la doma de «meharis», animales de carrera y de combate[41].

«garamánticos» sea debido a la influencia de una invasión cretense que se habría extraviado en los desiertos de Libia hacia el final del II milenio antes de la era cristiana. Las «rutas» mismas, simples orientaciones de itinerarios, sin duda, son problemáticas. Sin hablar de la hipótesis fantasiosa de romanos que llegan en carro hasta el Niger (H. Lhote, 1954; *o. c.)* se ha constatado el mismo principio: R. Cornevin, 1967, *o. c.*, pág. 453 según P. Huard; G. Camps, 1974 (d), *o. c.*, págs. 346-347.

[40] Ch. Courtois, 1955, págs. 98-101; K. Schauenburg, 1955-1956, págs. 59-94; E. Demougeot, 1960, páginas 209-247; H. Lhote, 1967, págs. 57-89; J. Kolendo, 1970, págs. 287-298.

[41] T. Monod, 1967.

Durante algunos siglos, la difusión fue quizá lenta, pero sistemática, a juzgar por la abundancia en todas las regiones del gran desierto de los rupestres «camellares», desgraciadamente mal datables y de una técnica mucho más tardía que las bellas representaciones «caballares». No hay duda de que los garamantes y sus súbditos, de los que ningún texto clásico refiere la posesión del camello, acabaron por utilizar un auxiliar tan valioso. La regularidad de las relaciones comerciales con las zonas más lejanas han sido probablemente su resultado. Tal vez no es simple azar que el material romano de la región de Ghat y de Abalessa pertenezca en su totalidad al siglo IV: en esa misma época, los camellos pululaban también en Tripolitania septentrional donde la autoridad romana podía normalmente requisar 4.000 camellos en detrimento de la ciudad de Leptis. El potencial ofensivo de los nómadas frente a territorios de Roma estaba así considerablemente reforzado.

LA «POLITICA SAHARIANA» DE ROMA

Ignoramos, por falta de documentos, si la Cartago púnica tuvo que inquietarse mucho por la presencia de poderosas tribus sobre sus fronteras meridionales. Las excavaciones de Garama prueban al menos que durante los siglos II y I antes de la era cristiana, los puertos de la costa sírtica que dependían, en esa época, del reino de Numidia, mantenían relaciones comerciales con Fezzán. Su riqueza dependía de ellas en muchos aspectos.

La historia romana es mejor conocida. A grandes líneas, la política latina puede resumirse brevemente así: el afán de ocupación de los territorios agrícolas del Magreb necesitaba una cobertura estratégica meridional. Ahora bien, en esas regiones, los nómadas saharianos eran molestos. Sus migraciones de temporada al interior del territorio de colonización, migraciones inevitables ya que eran vitales, tenían un lado útil al procurar productos de la estepa y del desierto, pero tenían siempre el peligro de transformarse en conflictos con los sedentarios. Los garamantes mismos, a pesar de estar lejos, parecían peligrosos en la medida en que podían reforzar en cualquier momento el potencial agresivo de los nómadas. Su solo poder sonaba como desafío.

La historia romana, a lo largo de cuatro siglos, y particularmente en la época tardía, abunda en ejemplos en los que los saharianos de los confines meridionales tripolitanos y cirenaicos, nómadas camelleros como los austurianos, los marmáridas y sobre todo los mazices, llegan a inquietar a la vez a la Libia marítima y a los oasis de Egipto [42]. Así podemos tener una idea de la movilidad y de la extensión de su campo de acción.

La estrategia romana, para conjugar ese doble peligro, se empleó en separar primero a los nómadas de sus bases de retaguardia, destruyendo rápidamente los Estados saharianos más fuertes. Nasamones y garamantes fueron así reducidos a partir del Alto Imperio. En adelante sólo hacía falta organizar escrupulosamente, en los siglos II y III, la protección del territorio de colonización mediante una poderosa red de fortalezas, explanadas y vías de comunicación, implantados geográficamente en función de las ventajas locales del terreno. A eso se debe la configuración irregular del *limes* romano que abarcaba con una sorprendente virtuosidad estratégica, a todas

[42] Literatura y epigrafía reunidas por J. Desanges (nota 10), y L. Craccoruggini (nota 14).

las provincias del Africa mediterránea[43]. El control del nomadismo sahariano septentrional prometía así estar asegurado.

Pero no lo estuvo siempre. A partir del siglo IV, la gravedad del peligro de los camellos se redobló, debilitando diariamente las guarniciones del *limes*.

Conocemos las consecuencias. En el proceso de evicción por parte de Roma, debido a causas múltiples, la «cuestión sahariana» no había estado ausente.

Aunque incompletos, nuestros conocimientos del Sáhara antiguo son positivos. Se han conseguido varios puntos de referencia. El secamiento del clima no ha matado al desierto. La actividad humana aún se conserva en él. Las lenguas y la escritura se consolidan allí. Con la difusión del camello, los medios de transporte aumentan. El país participa a su manera en la historia de los grandes Estados mediterráneos. ¿Ocurre lo mismo en la parte del Africa tropical? En ese contexto evolutivo, el renacimiento medieval encontrará ciertamente sus raíces.

[43] Sobre la cuestión de los contactos romano-saharianos en función del *limes*: Para Mauritania: P. Salama, 1953, págs. 231-251, y 1955, págs. 329-367; *id.*, 1973, págs. 339-349; *id.*, 1967, págs. 577-595.
Para Numidia: J. Barades, 1949.
Para Tripolitania: A. di Vita, 1964, págs. 65-98; R. Rebuffat, 1972, págs. 319-339; *id.*, 1975, págs. 495-505; *id.*, 1977.
Para el conjunto de las provincias: M. Euzennat, 1976. págs. 533-543.

Capítulo 21

INTRODUCCION AL FINAL DE LA PREHISTORIA EN EL AFRICA SUBSAHARIANA

M. POSNANSKY

Una de las conclusiones principales de las investigaciones arqueológicas recientes en el Africa subsahariana es que pueblos contemporáneos entre sí, que habían alcanzado niveles de desarrollo técnico muy diferentes, han vivido en diversas partes de Africa. La Edad de piedra no conoció allí un final uniforme, las técnicas agrícolas fueron adoptadas en períodos variables y son numerosas las comunidades por las que nos interesamos en los capítulos siguientes que vivían aún de la caza y de la recolección utilizando, hasta el final del primer milenio de la era cristiana, una tecnología característica de la Edad de piedra. Sin embargo, ninguna sociedad quedó estática y, en la mayor parte de los casos, contactos culturales muy intensos existieron a pesar de distancias a veces considerables. Paradójicamente, esos contactos fueron singularmente vivos a través de lo que se podría creer que era una barrera de las más impenetrables, el desierto del Sáhara, y constituyeron un auténtico papel unificador para la historia de Africa.

INFORMACIONES PROPORCIONADAS POR LA ARQUEOLOGIA

Es imposible detenerse en una fecha precisa para limitar el período que estudiamos, en una área de la que no disponemos fechas históricas seguras. Las fechas conocidas nos son proporcionadas con frecuencia por el carbono 14. Estas dataciones son relativamente seguras, pero el margen de imprecisión para el período que nos interesa aquí puede alcanzar varios siglos. Más bien que sujetarse a una fecha fija para el final de ese período, los capítulos sobre el Africa subsahariana tratan esencialmente de lo que habitualmente se llama el «Neolítico» y el comienzo de la Edad del hierro. El período así definido termina en los alrededores del año 1000 en la

mayor parte de las regiones. El «Neolítico» es, en el Africa subsahariana, un término que se ha utilizado otras veces de manera vaga, para designar cierto tipo de economía agrícola. El término sirve también para hacer distinciones en el seno de conjuntos de instrumentos que incluyen útiles cortantes de piedra pulimentada o tallada, vasijas de alfarería y con frecuencia también muelas de diversos modelos. Frecuentemente ha servido para esos dos fines a la vez. Las primeras comunidades de agricultores no se parecían necesariamente por la utilización de un conjunto de útiles idénticos. Excavaciones recientes efectuadas en muchas partes del continente han determinado hasta qué punto herramientas de sílex tallado podían durar durante milenios; hicieron su aparición por ver primera entre los cazadores-recolectores de diversas regiones de Africa hace 7000 u 8000 años; piezas análogas eran aún utilizadas en algunas partes de la cuenca del Zaire (Uelian) hasta hace quizá mil años. La alfarería parece asimismo que ha estado en uso entre los cazadores-recolectores que viven cerca de los agricultores mucho antes de que esos nuevos usuarios se convirtiesen en agricultores. Las muelas o piedras de afilar que se encuentran por vez primera en diversas regiones de Africa, en establecimientos del final de la Edad de piedra, ilustran la utilización intensiva de los vegetales. Cuando hablamos del inicio de la Edad del hierro, nos referimos a la época en la que se recurrió, de modo duradero, a una tecnología fundada en el hierro, en lugar de emplear útiles de hierro sólo de vez en cuando. En conjunto, el inicio de la Edad de hierro corresponde, en el Africa subsahariana, a la aparición de establecimientos con efectivos escasos, relativamente dispersos, y no al nacimiento de Estados que sólo aparecieron al final de la Edad del hierro [1].

Hay que lamentar que conozcamos tan poco sobre el tipo físico de los habitantes del Africa al sur del Sáhara. Es cierto que en Africa occidental pueblos que presentan rasgos físicos semejantes a los de los habitantes actuales vivían ya en esas regiones desde el décimo milenio antes de la era cristiana (Iwo-Eluru, en Nigeria), y fueron llamados «protonegroides» [2]. Fragmentos de esqueletos negroides han sido descritos también tanto en el Sáhara como en los confines del Sahel y atribuidos a períodos tan remotos como el quinto milenio antes de la era cristiana [3]. En Africa austral, los antepasados de nuestros contemporáneos, los cazadores-recolectores khoisan y algunos pastores-ganaderos de Namibia y de Botswana san y khoi-khoi), eran más altos de estatura que sus descendientes y vivían en regiones tan septentrionales como Zambia, y algunos de ellos incluso en la cuenca del río Semliki, al este del Zaire. Se tienen pruebas de primera mano, procedentes de los establecimientos de Gwisho en Zambia, donde la gama de útiles así como el régimen alimentario que se puede deducir de él, hacen resaltar claramente que los pueblos en cuestión eran antepasados de los san; baste un detalle: la estatura media de ese grupo de hace 4000 años era más alta que la de los san actuales que viven inmediatamente al oeste en Botswana [4]. Excavaciones efectuadas principalmente en el Rift, en Kenia, han proporcionado algunos restos de esqueletos que datan del sexto milenio antes de la era cristiana. Leakey (1936) los ha identificado más próximos a los tipos físicos de la zona etíope, que a los de las poblaciones bantúfonas o de lengua nilótica. Pero esos estudios tienen ya casi medio siglo de vida y el informe debería haber sido actualizado hace tiempo.

[1] M. Posnansky, 1972, págs. 577-579.
[2] D. Brothwell y T. Shaw, 1971, págs. 221-227.
[3] M. C. Chamla, 1968.
[4] C. Gabel, 1965.

Trabajos de biogenética debidos a Singer y a Weiner [5] han probado que los san y los negroides están más próximos entre sí que de cualquier otro grupo exterior, lo cual hace pensar que ellos son los descendientes directos de los ocupantes primeros de Africa en la Edad de piedra. También han puesto de relieve la homogeneidad biológica de las poblaciones africanas del Africa occidental en Africa del Sur; Hiernaux [6], en un estudio profundo y completo sobre los datos genéticos conocidos actualmente, lo más frecuentemente gracias a la generalización de la investigación médica en Africa, ha subrayado el carácter compuesto de la mayor parte de las poblaciones africanas, lo que atestigua perfectamente la amplitud y la larga duración de las mezclas físicas y culturales, cuyo lugar de residencia estuvo al sur del Sáhara. Sólo las regiones alejadas, tales como el entorno forestal de los pigmeos en el Zaire, o el de los san en el Kalahari, albergan poblaciones de un tipo sensiblemente diferente, y las razones de esas particularidades deben ser buscadas en su aislamiento genético. En unas regiones como los confines del Sahel, el contorno del Africa del nordeste y Madagascar, se han observado cruzamientos entre poblaciones negras y otras, independientemente de las del sur, tales como los malayo-polinesios en Madagascar, y de los pueblos próximos de los del contorno mediterráneo o del Asia del Sudoeste, instalados en Africa del Nordeste y en el Sáhara.

LA APORTACION DE LA LINGÜISTICA

Una panorámica clara de las situaciones lingüística es necesaria si queremos conocer los comienzos de la Edad del hierro en el Africa subsahariana. La mayor parte de los arqueólogos han tenido que recurrir a datos lingüísticos para interpretar sus propios materiales. Dos series de acontecimientos nos interesan principalmente durante el período que estudiamos. En primer lugar el estallido de la familia de las lenguas congo-kordofanesas, para usar la terminología de Greenberg [7]; y después la dispersión de los pueblos de lengua bantú, que constituyen en nuestros días el 90 % de la población total al sur de una línea que va del golfo de Benin, en el litoral del Africa oriental, hasta la altura de Malindi. Sabemos muy poco de la primera serie de acontecimientos. Todo lo que es posible decir de ello es que las lenguas kordofanesas son muy antiguas, relativamente numerosas, y frecuentemente utilizadas por unos grupos de hablantes reducidos cuando no son minúsculos, siendo diferente cada lengua de la de los vecinos; su totalidad está presente en lo que ha llegado a ser la provincia de le moderna Kordofán, con una concentración principal alrededor del macizo de los montes Nuba. Las lenguas kordofanesas se han separado notablemente de las lenguas nigero-congolesas y están, por otra parte, aisladas de los otros grupos lingüísticos circundantes. No poseemos indicación alguna útil sobre la época de esa escisión entre las lenguas kordofanesas y los dialectos nigero-congoleses de la familia protocongo-kordofanesa, a no ser que fuese sin duda anterior a los milenios X al VIII antes de la era cristiana.

La diferenciación de las lenguas nigero-congolesas puede estar relacionada con la expansión gradual de los pueblos que la lenta desertificación del Sáhara empujaba del

[5] R. Singer y J. S. Weiner, 1963, págs. 168-176.
[6] J. Hiernaux, 1968 (a).
[7] Cf. vol. I., cap. 12.

Sahel hacia el sur. Painter [8] ha situado esa evolución entre −6000 y −3000, pero las opiniones divergen. Armstrong [9] ha emitido la hipótesis de que las lenguas de Nigeria meridional estarían ya formadas hace 10 000 años, lo cual implica una migración hacia el sur en una fecha mucho más remota. Esos dos puntos de vista estarían reconciliados si estuviera probado que algunos hablantes de lenguas nigero-congolesas se hubieran separado del tronco principal para encontrarse poteriormente aislados en su medio ambiente silvestre. Y podrían corresponder, en el plano lingüístico, a los habitantes protonegroides de Iwo-Eluru. Otros hablantes, de dialectos nigero-congoleses, habrían abandonado el Sahel más tardíamente, tras haber adoptado ya un modo de vida agrícola. Pero esa interpretación nos plantea un problema, porque parece que los primeros productores de víveres del Sahel han sido pastores y no cultivadores de labranza. La sugerencia de Sutton, en el capítulo 23 [10], permitiría salvar esa dificultad. Se admite que los pastores del Sahel poseían arpones y otros objetos asociados a las culturas lacustres y ribereñas. El fraccionamiento lingüístico en el seno de la familia nigero-congolesa parecería, sin embargo, que ha estado unido al aislamiento geográfico de diferentes grupos, que vivían principalmente de la agricultura. Ese aislamiento se produce en una fecha suficientemente antigua para que cada componente de esa familia nigero-congolesa adquiera una alta especificidad lingüística.

Cuando abordamos las lenguas bantúes encontramos una situación totalmente distinta. Actualmente existen más de 2.000 lenguas bantúes en el Africa oriental, austral y central, que tienen algunos elementos de vocabulario y un marco estructural comunes, y están por consiguiente emparentadas. Sus semejanzas han sido notadas en 1862 por Bleek, quien les dio el nombre genérico de bantú: el termino *bantu*, cuyo singular es *muntu*, significa «hombres» en el sentido de persona humana. Meinhof, desde 1889, había reconocido que las lenguas bantúes estaban emparentadas con las del Africa occidental, llamadas en su tiempo lenguas del Sudán occidental. Las diversas lenguas bantúes nunca se han separado tanto las unas de las otras, como lo han hecho las lenguas del Africa occidental. Generalmente se cree que su diferenciación es una realidad que tiene dos o tres milenios aproximadamente. De todas las teorías lingüísticas que quieren explicar la separación de las lenguas bantúes de las del Africa occidental, dos son más generalmente aceptadas. Joseph Greenberg [11] ha abordado la cuestión bajo el ángulo macroscópico estudiando el conjunto de las lenguas africanas partiendo de datos a la vez gramaticales y lexicales que se refieren a unas 800 lenguas. Ha tomado de cada una de ellas una media de unos 200 morfemas o términos básicos, que tiene como elementos de base del vocabulario, o sea, la especie de palabras que una madre enseña a su hijo, los miembros más simples, las partes del cuerpo, las funciones fisiológicas naturales como comer, beber, orinar, etc., y los componentes aparentes del universo físico que rodean al niño, tales como la tierra, el agua o el fuego. Esas palabras básicas le han hecho descubrir que las lenguas bantúes estaban más próximas de las demás lenguas del Africa occidental que el inglés lo está,

[8] C. Painter, 1966, págs. 58-66.

[9] R. G. Amstrond, 1964.

[10] J. E. G. Sutton, 1974, págs. 527-546; J. E. G. Sutton cree que un modo de vida acuático ha podido generalizarse en una época de condiciones higrométricas e hidrográficas óptimas, modo de vida del que los pueblos nilo-saharianos originarios habrían sido los agentes.

[11] J. H. Greenberg, 1966; *id.*, págs. 189-216.

por ejemplo, del protogermánico. Y ha calculado que el 42 % del vocabulario de las lenguas bantúes se encuentran en las lenguas del Africa occidental menos alejadas, en lugar del 34 % solamente de los vocablos ingleses en el protogermánico, en los que los lingüistas siempre han subrayado un estrecho parentesco. De ello concluye que «el bantú no constituye una subfamilia genética única..., sino que pertenece a una de las subfamilias... benué-cross o semibantú» [12]. Por consiguiente, ha situado firmemente el dominio original del bantú en la región frontal de Nigeria y de Camerún. El profesor Guthrie [13], muerto recientemente, había realizado trabajos microlingüísticos después de haberse dedicado durante años a los estudios comparativos sobre el área del bantú, del que había analizado unas 350 lenguas y dialectos. Había aislado los radicales de vocablos emparentados elegidos por su identidad semántica en tres lenguas distintas, por lo menos. Y ha comprobado que en las 2.400 series de radicales así identificados, el 23 % eran «generales», o sea, que se caracterizaban por una gran dispersión a través del área bantú, mientras que el 61 % de ellos eran «específicos», propios de un área particular. Partiendo de las series generales, ha establecido un «índice del bantú común», que dominaba el porcentaje de palabras generales presentes en cada lengua bantú. Las isoglosas (o líneas que unen puntos correspondientes a unos porcentajes idénticos con relación al bantú común) así obtenidos delimitaban una zona básica, en la que el porcentaje de presencia era superior al 50 %, situado en las tierras verdes del sur del bosque del Zaire, que se extiende entre los ríos Zambeze y Zaire. Y ha supuesto que el protobantú se desarrolló en esa zona básica, donde tuvo lugar el brote inicial, formándose la diferenciación del protobantú al principio en esa zona originaria. Además ha supuesto la existencia de dos dialectos protobantú, el bantú oriental y el bantú occidental, con un vocabulario que contiene más del 60 % de sus términos emparentados específicos. Ha recurrido a ciertos vocablos precisos para ver lo que habría podido ser el entorno en el que el protobantú era empleado y ha constatado que las palabras que significan «pescar con caña» y «forjar» eran bastante comunes, mientras que el término que corresponde a «bosque» en protobantú designa la maleza y no el bosque denso. De ello ha concluido que los pueblos que han hablado el protobantú, antes de su dispersión, habrían conocido la metalurgia del hierro, habrían vivido al sur del gran bosque propiamente dicho, y habrían utilizado comúnmente las embarcaciones y las vías de agua. Según ese esquema de Guthrie, las lenguas bantúes del noroeste (la del área originaria, según Greenberg) no sobrepasan los porcentajes del 11 %-18 % en su índice bantú común, y no serían, pues, más que los descendientes lejanos del protobantú y no los antepasados de todas las lenguas bantúes. Sin embargo, se ha admitido que, en un pasado muy remoto, una población que anunciaba a los bantú había vivido en la cuenca del Chad-Chari. Oliver [14] ha dado una representación diagramática de la teoría de Guthrie y ha propuesto la hipótesis de un pequeño grupo, que habría precedido a los bantú y utilizado embarcaciones, y que se habría desplazado lentamente a través del bosque hacia las tierras verdes del sur, donde habrían llegado a ser más numerosos antes de su diáspora final.

Aunque se está de acuerdo sobre el origen primero de las lenguas bantúes en Africa occidental, los puntos de vista difieren a propósito del centro de dispersión

[12] J. H. Greenberg, 1966, *o. c.*, pág. 7.
[13] M. Guthrie, 1967-1971, Londres, págs. 20-50.
[14] R. Oliver, 1966, págs. 361-376.

inmediato. Ehret [15] y otros lingüistas son favorables a las tesis de Greenberg, en su conjunto, estimando que, por razones específicamente lingüísticas, la zona de mayor diversidad lingüística (en ese caso, la que se sitúa al nordeste del área bantú principal) debería haber sido la de la instalación más antigua. Ehret, por otra parte, ha recomendado que se pondere los porcentajes de Guthrie para los radicales que él estudia, en la medida en que algunos de ellos deberían ser más significativos que otros cuando se trata de delimitar la extensión originaria del bantú. Apoyándose así parcialmente en el vocabulario básico atribuido a los primeros hablantes del bantú, Ehret cree que los bantúes originarios habrían vivido, hace 1.000 años, en el bosque en el que eran cultivadores y también pescadores. Dalby [16], que se opone vivamente a las conclusiones de Greenberg en algunos puntos de es en el autor de la teoría de un «cinturón de fragmentación» *(Fragmentation Belt)* en Africa occidental, allí donde se encuentran los bantú. Fuera de esa franja, se constataría cierta uniformidad y, contrasta con una gran diversidad en el interior. Ese sería el índice de migraciones que han conducido a la dispersión de los hablantes de lenguas tanto niger-congolesas como bantú. Los autores a los que la apuesta de una cronología no les parece mal han situado la expansión de los bantú en un período de un milenio, hace dos o tres mil años; y han convenido en que el hierro era ya conocido por los que se dispersaron, y todos han reconocido que esa expansión bantú habría sido rápida, aunque no fulminante según el parecer de algunos.

LUGAR DE LA AGRICULTURA

Antes de examinar la importancia del hierro durante la dispersión de los pueblos, queda por considerar otro factor, la agricultura. Se le dedicará un estudio detallado sobre una base regional en los capítulos siguientes, y aquí nos limitaremos a algunos comentarios generales. Se recordará que, en un capítulo introductorio como éste, lo mejor es proceder a generalizaciones, enviando al lector, para mayores precisiones, a las conclusiones del coloquio de 1972 sobre la aparición de la agricultura en Africa [17].

Quien dice agricultura dice cierto dominio de los aprovisionamientos de víveres y una existencia relativamente sedentaria, contrastando con los desplazamientos constantes de los cazadores-recolectores. Los efectivos de los grupos habrían, pues, aumentado, y unas estructuras más complejas, sociales y después políticas habrían podido desarrollarse. La agricultura, principalmente la que se practica en tierras de labor, y la horticultura implican una población más densa y más reunida. Los arqueólogos cuentan con datos a la vez directos e indirectos para decir si una sociedad fue agrícola. Las pruebas directas pueden ser semillas o granos, encontrados en un terreno de excavación, o provenir de técnicas de investigación arqueológica muy desarrolladas, como la flotación analítica o también la palinología que permite identificar los pólenes fosilizados de plantas cultivadas y las impresiones de granos en la alfarería. Entre los indicios indirectos o de apoyo, hay que citar el descubrimiento de instrumentos destinados a cultivar o a segar, o también a preparar alimentos a base de vegetales. Hay que lamentar que las condiciones climáticas que predominan casi en

[15] C. Ehert, 1972, págs. 1-12.
[16] D. Dalby, 1970, págs. 147-171.
[17] J. R. Harlan, 1975.

todo el sur del Sáhara no favorezcan particularmente el descubrimiento de datos directos. Las materias orgánicas abandonadas se descomponen normalmente en el espacio de algunos días. Los suelos de la mayor parte de los establecimientos tropicales contienen elementos aerobios que perjudican la conservación de los pólenes. Los lugares donde se encuentran pólenes, tales como las marismas y lagos de gran altura, están demasiado alejados de las tierras arables que convienen al cultivo con sistemas de labor para atestiguar la existencia, en otros tiempos, de la agricultura [18]. El destino incierto de numerosos útiles e instrumentos agrícolas aumentan también el problema. Un cuchillo para pelar vegetales puede servir para otros usos; las muelas pueden ser utilizadas para pulverizar el ocre de las pinturas o para majar y machacar los alimentos no cultivados, y se encuentran comúnmente en numerosos yacimientos del final de la Edad de la piedra. Numerosos vegetales consumidos en Africa, entre los cuales están los plátanos, el ñame y otros tubérculos, no son poliníferos, y también son numerosos los cultivos que se practican por medio de una estaca de madera para cavar, a fin de no perjudicar a las raíces. El alimento propiamente dicho es obtenido frecuentemente por trituración en unos morteros por medio de un pilón; al ser de madera apenas pueden durar mucho tiempo en los suelos de las regiones donde están en uso. Los arqueólogos se ven, pues, obligados a apoyarse en múltiples contingencias para deducir la existencia de prácticas agrícolas, de habitaciones aparentemente durables y de la utilización de vasijas de alfarería o de enterramiento de los muertos en las necrópolis permanentes. Como se verá claramente en el capítulo 26, los cazadores-recolectores de Africa vivieron a veces en comunidades importantes; con frecuencia empleaban objetos de alfarería y llegaban incluso, cuando la pesca y otras actividades especializadas de caza o de recogida de alimentos eran abundantes, hasta construir habitaciones relativamente permanentes, como las del antiguo Jartum y de Ishango, que remontan al final de la Edad de piedra. Sólo se puede constatar, aun lamentándolo, que los elementos poseídos por nosotros para conocer la historia de los orígenes de la agricultura en Africa subsahariana son más bien escasos, y que nuestras conclusiones no son más que conjeturales. Con el tiempo, gracias también a unas técnicas de excavación y de investigación perfeccionadas y a la intensificación de los estudios de botánica y de palinología, consagrados a la filiación genética y al reparto de las plantas cultivadas de Africa, tendremos por fin a nuestra disposición informaciones más substanciales.

Hasta final de los años 1950, se acostumbraba a suponer que la aparición de la agricultura no había sido, en la mayor parte de Africa subsahariana, más que un acontecimiento bastante tardío, contemporáneo en la práctica de la introducción de la tecnología del hierro en todas partes, a excepción de algunas zonas occidentales de Africa y que esa innovación, llegada del sudoeste de Asia, se había generalizado alcanzando el valle del Nilo y finalmente el resto del continente. Descubrimientos recientes realizados en el Sáhara y en otras partes sólo permiten, no obstante, referirse a un escenario tan simple. Murdock [19] ha sido el primero en dudar de ese punto de

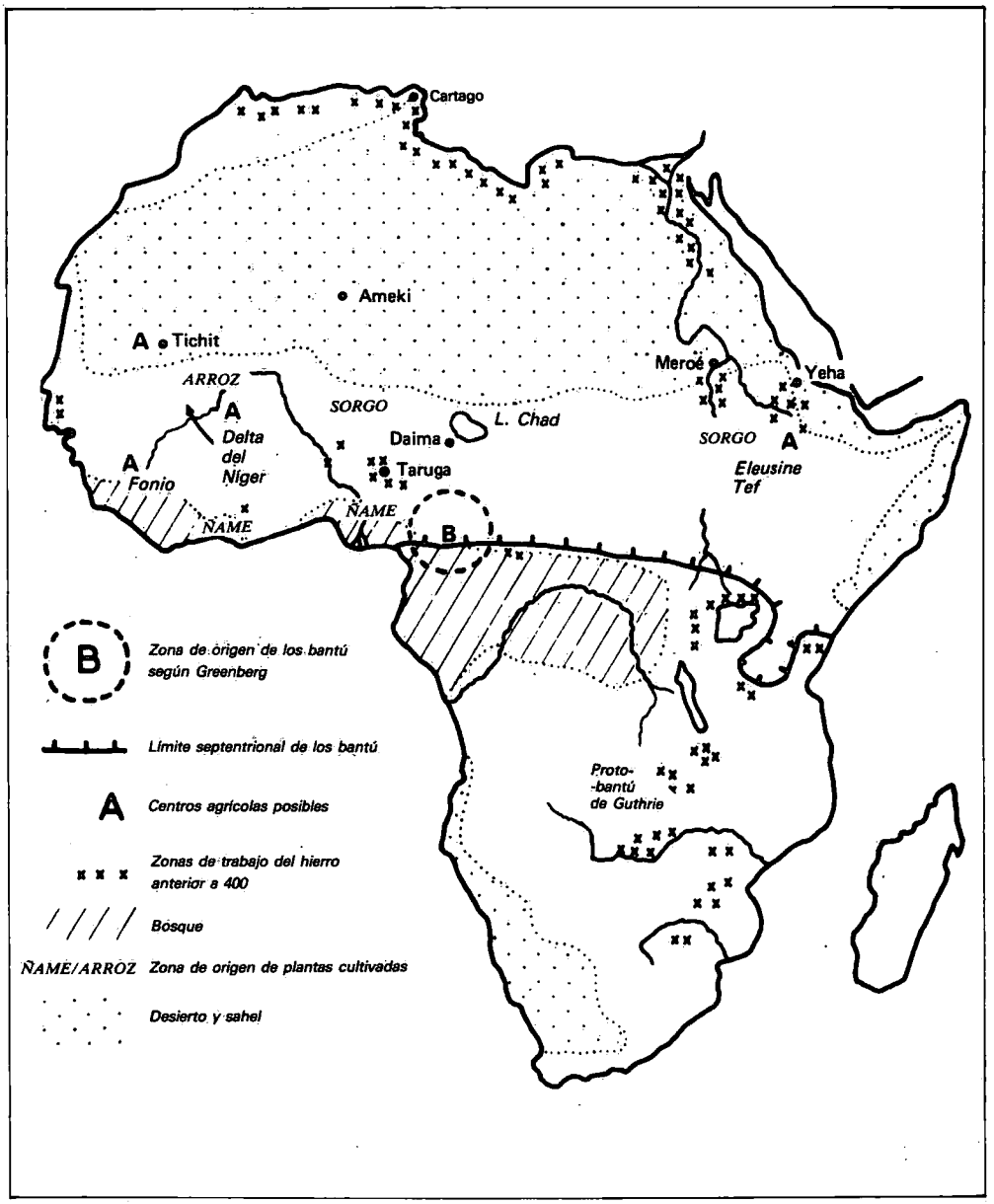
[18] Sucede, no obstante, que los estudios palinológicos proporcionan informaciones valiosas, como fue el caso para ese núcleo tomado en Pilkington Bay, en el lago Victoria, que testimonio una mutación de la vegetación dos o tres milenios antes, cuando las especies silvestres fueron reemplazada por hierbas, lo cual es indicio de una roza extensiva posterior a la llegada de las poblaciones agrícolas (R. L. Kendall y D. A. Livingstone, 1972, pág. 380.

[19] J. P. Murdock, 1959.

vista tradicional sobre los inicios de la agricultura en Africa, cuando afirma que los cultivos de vegetales habían aparecido en lo esencial en esa región del Africa occidental que corresponde a la cuenca superior del Níger y del Senegal en Futa Djalon. Aunque la hipótesis de Murdock no sea suceptible actualmente más que de una corroboración muy parcial, está claro que los ñames, cierta variedad de arroz *(Oryza glaberrima)*, el sorgo, la palmera de aceite y otras materias primas menos importantes son originarias de Africa occidental. El gran interrogante no se refiere sólo a la cuestión de saber si el consumo de esos alimentos vegetales en Africa occidental ha suscitado allí el desarrollo precoz de una agricultura que no debía nada a la practicada fuera de Africa. Algunos arqueólogos[20] se han declarado defensores convencidos de un cultivo de vegetales centrado en el del ñame, pero hay razones poderosas para rechazar las pruebas avanzadas actualmente[21]. Es evidente que aldeas como Amekni han existido en Africa desde el sexto milenio antes de la era cristiana, y que comunidades silvestres del Neolítico han conocido el uso de las palmeras de aceite, de los guisantes forrajeros y de otras mercancías locales de ese tipo. Y también que el sorgo y algunas variedades de *pennisetum* (mijo) están, en estado silvestre, muy extendidos por todas partes en ese ancho cinturón de zonas de vegetación de la sabana y del Sahel que se extiende del Atlántico a Etiopía. También es patente que Etiopía poseía varias mercancías básicas como el tef y otros cereales, así como el plátano silvestre no fructífero *(musa ensete)* y que la agricultura apareció allí en una fecha muy remota, probablemente, al menos hacia el tercer milenio antes de la era cristiana. Aunque existan razones para creer que la agricultura era conocida en Sudán desde el cuarto milenio, la prueba directa más antigua no permite hacerla remontar más que al segundo milenio en sitios como los de Tichit en Mauritania y Kintampo, en el norte de Ghana[22]. En cuanto a la ganadería, si podemos fiarnos de los testimonios del arte parietal[23], podría datar del sexto milenio y se han encontrado vestigios de ganado en varios lugares saharianos fechados con seguridad al comienzo del cuarto milenio.

Aunque los orígenes y el modo de desarrollo de la agricultura en Africa estén en general ampliamente controvertidos, se reconoce en conjunto que, excepto para algunas comunidades rigurosamente localizadas del Rift de Kenia que habrían podido cultivar el mijo, los comienzos de la agricultura practicada en tierras de labranza, al menos en la mayor parte de las regiones de Africa donde se habla bantú, fueron contemporáneos de la primera aparición de la metalurgia del hierro. Se admite también bastante comúnmente que buen número de los alimentos básicos consumidos muy antiguamente en el Africa bantú, tales como el plátano fructífero, la colacasia (ñame que crece en medio de los cacaotales), la eleusina cultivada y el sorgo, fueron al fin introducidos allí pasando por Africa occidental, o también, tratándose de los plátanos, indirectamente, desde Asia del Sudeste. El ganado más antiguo es cronológicamente anterior a la Edad de hierro y se encuentra en Africa del Este desde el comienzo del primer milenio antes de la era cristiana y parece, si admitimos la demostración que Parkington hace en el capítulo 26, que el carnero había llegado ya hasta El Cabo, en Africa del Sur, desde el comienzo del primer milenio de la citada

[20] O. Davies, 1962, págs. 291-302.
[21] M. Posnansky, 1969, págs. 101-107.
[22] P. J. Munson y C. Flight, *in* J. R. Harlan, 1975, *o. c.*
[23] F. Mori, 1972.



• *Hipótesis sobre el origen de los bantú y los inicios de la metalurgia del hierro (Mapa facilitado por el autor).*

era. Podría ser que la difusión de la ganadería haya tenido relaciones con la dispersión de las sociedades lacustres y ribereñas que describe Sutton en el capítulo 23; recordaremos también las precisiones muy convincentes que aporta Ehret[24] sobre las interacciones sociales que produjeron la influencia de las lenguas del Sudán central sobre las lenguas bantúes. El citado autor ha descrito principalmente cómo los bantú prestaron a sus vecinos del Sudán central palabras para la «vaca» y términos que se refieren a su ordeño, al mismo tiempo que probablemente habían imitado sus métodos de la cría de ganado propiamente dicha. Sobre la base de las diferencias lingüísticas observables en los hablantes de lo que se supone fueron lenguas protosudanesas del centro, Ehret[25] concluye que los ganaderos han precedido a los labradores. Por otra parte considera que esos cambios podrían haber tenido lugar por vez primera hacia la mitad del primer milenio antes de la era cristiana. Sugiere, además[26], que la zona que rodea el lago Tanganika fue estratégica para la ulterior dispersión del grupo oriental de los protobantú, porque era muy apropiada, tanto para el cultivo del sorgo y de la eleusina como para el ganado. Ehret[27] ha observado además que las palabras que designan la azada y el sorgo en protobantú se derivan de las lenguas del Sudán central, lo que nos lleva por consiguiente a considerar la doble eventualidad de una interacción social entre los pueblos nilo-saharianos y los antepasados de los bantú y de la difusión hacia el sur de una agricultura practicada mediante la azada, así como del cultivo del sorgo y, eso, principalmente en relación a los países ocupados por los bantú. Aunque haya podido haber allí, hacia el primer milenio antes de la era cristiana, cierta expansión demográfica consecutiva a esa evolución, los descubrimientos de los arqueólogos, descritos en los capítulos siguientes, muestran perfectamente que la expansión principal de los pueblos de agricultores fue un fenómeno que data del primer milenio de la era cristiana en la mayor parte del Africa bantú.

EL HIERRO

Es importante, en toda discusión sobre la conquista antigua del Africa austral por pueblos agrícolas, estudiar el origen y la difusión de la metalurgia del hierro. Cuando se trata de limpiar malezas y monte bajo, linderos y bosques, una herramienta cortante es el instrumento más cómodo. El hombre de la Edad de piedra no la poseía y, cuando incluso las hachuelas de piedra tallada y pulida de las industrias «neolíticas» podían permitirse cortar árboles y en todo caso trabajar la madera, esas herramientas no servían como el uso de las universales corta-tala, machetes de hierro y otras «panga» para todo de las que disponemos hoy. La Africa subsahariana no conoció Edad de bronce. La utilización del cobre está atestiguada por vez primera en Mauritaria y parece que inició la explotación de un ínfimo yacimiento de cobre, en los alrededores de Akjoujt, bien por medio de magrebinos, bien por gentes que habrían estado en contacto con los pueblos de la Edad de bronce del Africa del Noroeste. Las huellas más antiguas de un trabajo de cobre datan de un período situado entre los siglos IX y V antes de la era cristiana[28] y preceden, por consiguiente, en muy poco a los

[24] C. Ehret, 1967, págs. 1-17.
[25] C. Ehret, 1973, págs. 1-71.
[26] C. Ehret, 1973, *o. c.*, pág. 14.
[27] C. Ehret, 1973, *o. c.*, pág. 5.
[28] N. Lambert, 1970.

primeros vestigios de un trabajo de hierro atestiguados en Africa occidental, en Taruga, en la meseta de Jos, Nigeria, que remontan al siglo V o al VI antes de la era cristiana.

Las especulaciones, en realidad, han sido muy abundantes, y hay que insistir aquí en el carácter conjetural de los argumentos avanzados, puesto que no existen por así decirlo datos indiscutibles sobre los hornos y fuelles antiguos, cuando se trata de ver cómo la metalurgia del hierro apareció en Africa. Diversas escuelas teóricas proponen esquemas, válidos todos, pero ninguno ha podido establecer aún que ostente la verdad. La más antigua había afirmado que la metalurgia del hierro se habría generalizado desde el valle del Nilo, en concreto desde Meroé, al que Sayce [29] bautizó como la «Birmingham de Africa». Trigger [30] ha subrayado más recientemente que los objetos de hierro son relativamente escasos en Nubia hasta el año −400 y que, incluso después, sólo pequeñas piezas, como algunos adornos ligeros caracterizan al período meroítico. Tylecote [31] ha afirmado decididamente que no existe la menor huella de *fundición* de hierro en Meroé hasta el año 200 antes de la era cristiana. En Egipto, donde, no obstante, se encuentran objetos de hierro en los yacimientos más antiguos, adquiridos probablemente por intercambios o fabricados con meteoros, sólo llegan a ser importantes después del siglo VII antes de la era cristiana [32]. Los objetos de hierro meteórico se obtenían por métodos laboriosos utilizados más frecuentemente para trabajar la piedra [33]. Sin embargo existen pruebas irrefutables de una difusión de la metalugia del hierro desde el valle del Nilo hacia el oeste o el sur.

En Etiopía, donde el hierro se encuentra en el siglo V en varios centros axumitas, como Yeha, el metal procedía, sin duda, de Arabia, lo cual confirmaría los motivos que adornan los hierros de marcar el ganado, a menos que prevenga de uso de esos puertos sobre el mar Rojo de la época ptolomeica, como Adulis, con los que esos centros habían estado en contacto. Fundándose en un horno encontrado en Meroé, Williams [34] ha emitido la hipótesis de que el horno ordinario consistía en una cuba bastante estrecha, en la que el aire circulaba enviado por medio de fuelles. De ello deduce que la gran extensión actual de esos hornos revela la importancia del valle del Nilo como centro de dispersión inicial. Por otra parte, en las regiones de las altas mesetas de Borku-Ennedi-Tibesti, en el Sáhara, se encuentran grabados y pinturas de guerreros armados con escudos y lanzas que se califican de «libio-bereberes», mientras que otras armas presentan seguramente afinidades con los estilos del valle del Nilo. Sólo se conocen, no obstante, muy pocas pinturas de esa naturaleza cuya datación sea segura y, cuando es posible datarlas, parecen posteriores a los materiales metalúrgicos más antiguos de Nigeria.

El descubrimiento de yacimientos que atestigüen la presencia antigua de la metalurgia del hierro en Nigeria llamará la atención de los especialistas sobre la eventualidad de su origen en Africa del Norte. Los fenicios llevaron la tecnología del hierro desde Levante hasta algunos puertos de la costa de Africa del Norte durante la primera parte del primer milenio antes de la era cristiana. El reparto geográfico, desde

[29] A. H. Sayce, 1912, págs. 53-65.
[30] B. G. Trigger, 1969, págs. 23-50.
[31] R. F. Tylecote, 1970, págs. 67-72.
[32] Posición absolutamente opuesta a ese punto de vista en C. A. Diop, 1973, págs. 532-547.
[33] R. J. Forbes, 1950; *id.*, 1954, págs. 572-599.
[34] D. Williams, 1969, págs. 62-80.

la costa de Tripolitania hasta el Nilo medio, pasando por Tassili y Hoggar y desde las costas de Marruecos hasta Mauritania, de las pinturas y grabados en los que están representados carros con ruedas tirados por caballos, es indicación de contactos ciertos entre Africa del Norte y el Sáhara a partir de la primera mitad del primer milenio antes de la era cristiana. Los carros y los caballos son indiscutiblemente innovaciones exteriores en el Sáhara, y Lhote [35] había llegado hasta sugerir que esos caballos evocaban el mar Egeo por su galope alado. Connah [36] al comprobar que la metalurgia del hierro es tardía en los alrededores del lago Chad, donde no llega a Daima más que en los alrededores del año 500 de la era cristiana, precisamente en el pasillo por donde habrían llegado las influencias del valle del Nilo, dedujo de ello que el hierro habría venido del norte. De lo contrario, se deberían haber encontrado vestigios que atestigüasen su presencia en la región del Chad en una fecha anterior a la que se encuentran en las mesetas de Jos. Otras fechas, relativamente antiguas, están asociadas a la metalurgia del hierro en Ghana, en Hani (130 $\pm$ 80) y en Senegal. Ciertamente, también es muy probable que la metalurgia del hierro haya llegado a Mauritania desde el Africa del Norte, siguiendo las huellas de los que trabajaban el cobre, para progresar luego siguiendo el cinturón sudanés hacia el oeste y hacia el sur, aunque en ese caso los yacimientos de Senegal y de Mauritania deberían lógicamente ser anteriores a los de Nigeria. También es posible, evidentemente, conjeturar caminos múltiples por los que la metalurgia del hierro habría podido llegar al Africa tropical, uno hacia Mauritania desde el Africa del Norte, otro hacia Nigeria a través del Sáhara, un tercero por el mar Rojo hacia Etiopía, así como otros también desde los países del mar Rojo, India y Asia del Sudeste, hacia el Africa del Este por la costa oriental del continente.

Recientemente se ha sugerido que la metalurgia del hierro pudo nacer en Africa misma. C.A. Diop [37] es un partidario decidido de esa tesis que sigue el doctor Wai Andah en el capítulo 24 de este volúmen. El argumento principal en favor de semejante innovación es que los arqueólogos durante mucho tiempo han investigado los vestigios de la metalurgia del hierro refiriéndose al modelo mediterráneo, mientras que la manera local de trabajar el hierro ha podido ser muy diferente en Africa. Para fundir el hierro se necesitan temperaturas elevadas —hasta 1.150° C para transformar el mineral en una masa uniforme en lugar de los 1.100° C que corresponden al punto de fusión del cobre— así como ciertos conocimientos de química, ya que el hierro se obtiene añadiendo carbono y oxígeno al mineral en curso de fusión. Aquellos que afirman que la metalurgia del hierro ha sido una invención única y puntual, adelantan que los conocimientos especializados requeridos han sido adquiridos por experimentación partiendo de las técnicas utilizadas para el cobre y el bronce y para la cocción al horno de los objetos de alfarería. Y luego demuestran que la cronología corrobora sus palabras en el sentido de que no faltan pruebas de la existencia de la metalurgia del hierro en Anatolia desde el comienzo del segundo milenio antes de la era cristiana, mientras que sus técnicas siguen siendo desconocidas en el resto del Asia occidental hasta pasado el primer milenio. Pero los defensores de la invención en Africa replican que la fundición del mineral pudo ser descubierta con ocasión de la cocción de los

[35] H. Lhote, 1953, págs. 1138-1228.
[36] G. Connah, 1969 (a), págs. 30-36.
[37] C. A. Diop, 1968, págs. 10-38.

objetos de alfarería en una fosa, y que los minerales de los suelos rojizos africanos son más fáciles de trabajar y su empleo más cómodo que el de las rocas duras del Medio Oriente. Finalmente hay que resaltar que, en la medida en que numerosos lugares en los que se trabajaba el hierro en una fecha antigua en el Africa occidental, como los de la cultura de Nok, o los del Alto Volta, proporcionan simultáneamente herramientas de piedra, tenemos que reservar nuestro juicio y considerar que esa primera metalurgia del hierro ha podido existir en unos contextos que recuerdan al final de la Edad de piedra. Los hornos, recientes segun parece, en curso de prospección en el Congo desgraciadamente no aportan precisiones nuevas y probablemente no proporcionarán nunca huellas de producción de la primera época. Pero, una vez encontrados y datados, indicarían eventualmente la ruta del hierro entre Saba y el mar y algunas fechas de esta tardía progresión.

Desgraciadamente es imposible probar totalmente la validez de alguna de las teorías relativas a los orígenes de la metalurgia del hierro. Ninguno de los yacimientos donde se han encontrado antiguos hornos de fundición informa suficientemente sobre su naturaleza y menos aún sobre los tipos de fuelles empleados. Muy pocos de los emplazamientos que contengan un horno han sido explorados hasta ahora, y es evidente que el marco de nuestros conocimientos seguirá siendo aproximativo hasta que se hayan descubierto otros y hasta que la investigación haya progresado. Enormes regiones esperan todavía ser exploradas. Los emplazamientos donde se fundía el hierro, al estar frecuentemente bastante alejados de los lugares habitados, no son detectados más que por un azar feliz. Las prospecciones por medio de magnetómetros de protones podrían acelerar el ritmo de los descubrimientos, a no ser que una de las características de los hornos destinados a la fundición del mineral de hierro resulte excepcional: esté donde esté, hacer que sea posible reconstruirlos. En conjunto, conocemos aún muy pocos yacimientos que daten del comienzo de la Edad de hierro para poder decir sólo con alguna certeza cuando fue introducida la metalurgia del hierro en las diversas regiones del Africa tropical. Así, se había creído, al inicio de los años sesenta, que sólo había aparecido en Africa del Este en los aledaños del año 1000 de la era cristiana, pero ahora se sabe que todavía hay que remontarse en el pasado 750 años más. Lo mismo cabe decir de Ghana donde, antes del descubrimiento del horno de Hani que data del siglo II de la era cristiana, se citaba generalmente el año 900 de la misma era, aproximadamente. Sin embargo, es posible sacar ciertas conclusiones. En primer lugar, disponemos de muy pocas pruebas de contactos directos entre el valle del Nilo y el Africa occidental, de suerte que la tesis según la cual Meroé habría sido un centro de dispersión es la peor atestiguada de todas. En segundo, no disponemos de dato alguno cierto que apoye la práctica de la cocción de los objetos de alfarería en horno o en una fosa antes del inicio de la era cristiana en Africa occidental, y los datos etnográficos aportados en apoyo de un desarrollo endógeno de la metalurgia del hierro en el continente no siempre han recibido una presentación sistemática y no se refieren, en el mejor de los casos, más que a situaciones del segundo milenio de la era cristiana, lo que nos obliga a una lamentable prudencia cuando se trata de sus orígenes. Los escasos datos que poseemos confirman que los yacimientos conocidos en Africa occidental son de fecha más antigua que los de Africa oriental o central, lo que confirmaría más bien la idea de que esa técnica se extendió de Africa occidental hacia el sur y hacia el este. La metalurgia del hierro se generalizó muy pronto, como lo testimonian las fechas más antiguas que la testimo-

nian en Africa del Sur[38], próximas al año 400 de la era cristiana, y por consiguiente, posteriores en algunos siglos sólo a las de Africa occidental en fechas correspondientes.

Esa rápida difusión de la metalurgia del hierro, que algunos calificarían incluso de fulminante, encaja perfectamente con lo que nos enseña la lingüística. Los datos arqueológicos procedentes de Africa oriental y central no contradicen ese punto de vista. Los objetos de alfarería de comienzos de la Edad de hierro encontrados en Africa tropical presentan semejanzas formales y decorativas que no se explican más que si se admite una procedencia común para esos diferentes artículos (Soper, 1971, para Africa central, y Huffman, 1970, para Africa austral). A esas semejanzas iniciales se habrán añadido las marcas de fuertes particularismos regionales. Esa tendencia es concretamente razonable en Zambia (Phillipson, 1968) donde la alfarería de la Edad de hierro sin duda ha sido objeto de estudios más metódicos que en otras partes del Africa tropical. Ehret[39], partiendo de datos lingüísticos, cree que hubo allí una dispersión bastante escasa de «comunidades independientes, pero en situación de influenciarse mutuamente» coexistiendo con cazadores-recolectores no asimilados. Esa hipótesis es compatible con lo que dicen los arqueólogos. A medida que esas comunidades bantú se adaptaban a sus entornos específicos, dejaron de tener relaciones tan frecuentes con grupos más lejanos, y la lengua y la cultura de unos y de otros comenzaron a divergir.

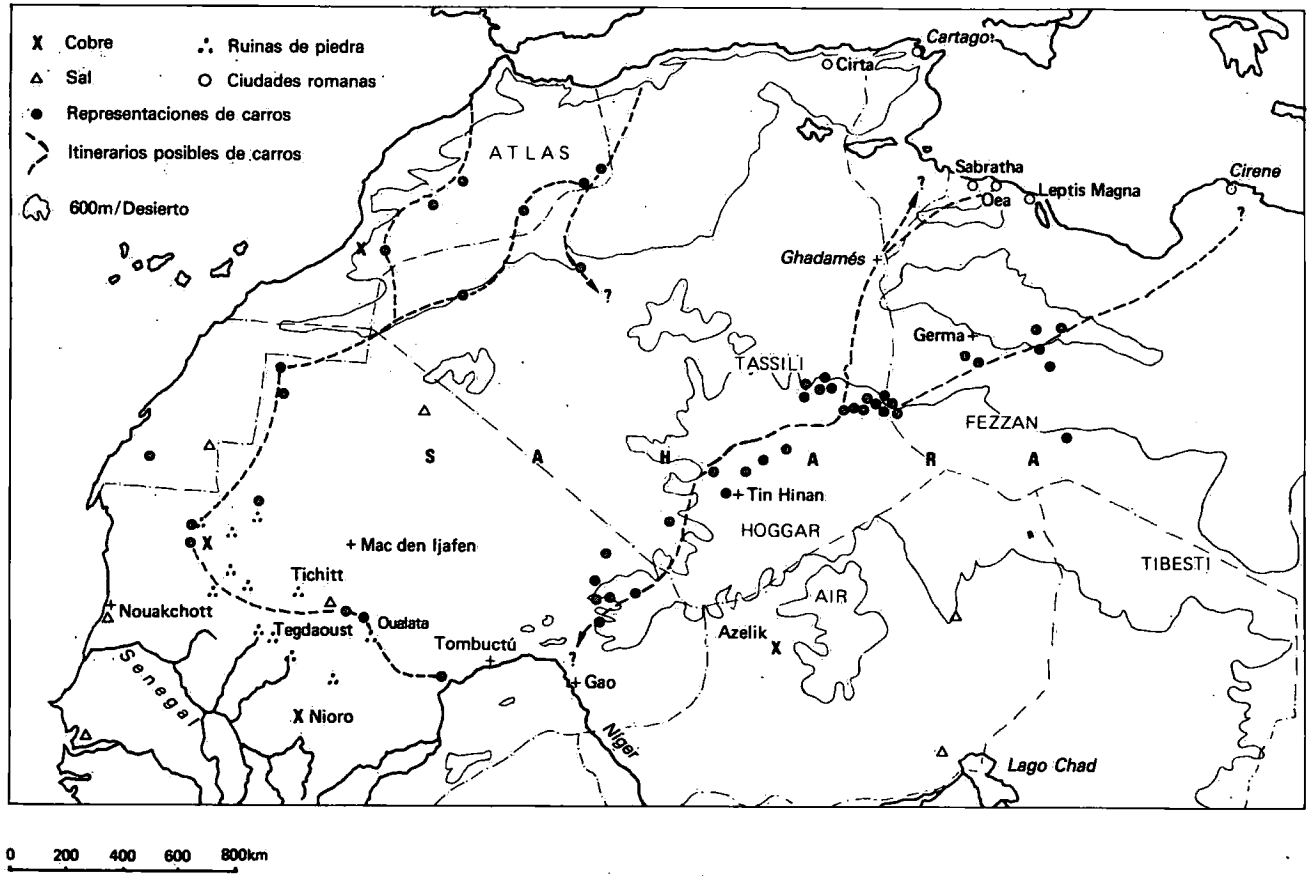
INTERCAMBIO ENTRE LAS REGIONES DEL CONTINENTE

Conviene insistir también sobre ese otro factor de la historia del Africa tropical, durante ese período: la influencia durable y creciente que ejerció Africa del Norte en el cinturón sudanés. Hablar de influencia podría, en realidad, prestarse a confusión, porque las mercancías y las ideas se intercambiaban realmente en los dos sentidos. Como se ha dicho en los capítulos anteriores, el Sáhara no fue ni un obstáculo ni un espacio muerto, sino una región que tiene su historia particular, rica, de la que faltan muchos hilos por desenredar. En ese desierto, la población era poco densa, nómada y consistía, sin duda, principalmente en pastores que se desplazaban entre el desierto y las altas mesetas, como Hoggar, Tassili y Tibesti, e iban hacia el norte o hacia el sur del cinturón saheliano según lo que exigía la estación. Resulta tan difícil dar una idea cuantitativa de los contactos que tuvieron lugar realmente como describir su amplitud y sus efectos, aunque los trabajos realizados en la zona sudanesa por los arqueólogos durante estos últimos años hayan establecido manifiestamente la realidad de tales contactos, tanto indirectos como los que van unidos al nomadismo, como directos nacidos de los intercambios comerciales y de la exploración de los minerales[40]. Cuanto sabemos de ellos proviene de textos de la Antigüedad, de pinturas y de grabados parietales del Sáhara, y del resultado de excavaciones arqueológicas. Aunque algunas piezas aludidas en esta información han sido ya mencionadas en el volumen I y en algunos capítulos anteriores, no está de más resumirlos ahora.

[38] R. J. Manson, 1974, págs. 211-225.

[39] C. Ehret, *o. c.*, 1973, pág. 24.

[40] Sin duda no hay que ceder sobre ese punto a una visión deformadora de algunos resultados conseguidos.



• *Origen de los aprovisionamientos de cobre y rutas de las caravanas a través del Sahara (según M. Posnanski, 1971).*

Pero antes de hablar de la información que contienen los textos sobre las relaciones tejidas a través del Sáhara, es necesario recordar los dos contactos marítimos que habrían sido establecidos entre el Mediterráneo y Africa occidental. El primero de ellos fue esa circunnavegación de casi tres años de los marinos fenicios que la habrían efectuado al servicio de Nekao. La relación de ese viaje, examinada en el capítulo 4, proviene de Herodoto, quien no le concede demasiado crédito porque los marinos decían que habían navegado teniendo el sol a su derecha; pero es eso precisamente lo que nos inclina a tenerla por verídica. Los pocos detalles conocidos en las fuentes escritas hacen imposible toda verificación. Es significativo que el geógrafo Estrabón y otros autores antiguos se hayan negado a tomar en consideración ese relato. Sin embargo, parece que un viaje tuvo lugar, pero no es cierto que fuese un periplo alrededor de Africa. Mauny (1960) ha estimado muy improbable que las lentas embarcaciones a remos de las que disponía Egipto hayan podido luchar contra las corrientes que es preciso remontar, bien en El Cabo, o bien a lo largo de las costas occidentales de Africa, donde además habrían conocido las peores dificultades para aprovisionarse de agua y de víveres a lo largo de un litoral frecuentemente árido, mientras que habrían tenido que subir hacia el norte durante meses y no semanas solamente[41]. No faltan detalles secundarios para quitar valor a la realidad de ese periplo. El segundo viaje es atribuido al cartaginés Hanón. Las leyendas que se contienen en un *Periplo* están llenas de exageraciones[42] y de fantasías y sus precisiones topográficas son ambiguas y frecuentemente contradictorias. Sin embargo, existen numerosos autores que toman la historia en serio y sugieren que la descripción de una montaña en llamas se refiere o al monte Camerún en erupción, o a fuego de la maleza en Sierra Leona, habiendo tomado al pie de la letra la mención de hombres peludos llamados «gorilas» en el *Periplo*, como la primera descripción del gorila[43]. Las investigaciones que Germain (1957) ha dedicado al contexto y a los detalles textuales del *Periplo* nos llevarían en cambio a rechazar la autenticidad, y a ver en lo esencial de él una falsificación que data del final de la Antigüedad. Pero Ferguson[44], que no ignoraba las objecciones de Germain y que conoce la geografía del Africa occidental, ha estimado que el viaje tuvo lugar y que el estuario de Gabón fue el punto más alejado que se alcanzó en esa navegación. Mauny (1960) ha precisado que los argumentos que él adelantaba contra el periplo de la época de Nekao permanecen verdaderos, tanto como contra el de Hanón. Si los dos se efectuaron realmente, en todo caso es cierto que no tuvieron influencia alguna en Africa occidental. Las excavaciones no han proporcionado en ninguna parte a lo largo de la costa occidental

[41] En el transcurso de un Coloquio celebrado en Dakar en enero de 1976 (Africa negra y mundo mediterráneo en la Antigüedad), M. Raoul Lonis ha presentado una información importante en ese terreno: las condiciones de la navegación en la costa atlántica de Africa en la Antigüedad: el problema del «retorno». Apoyándose en una documentación importante, escrita o iconográfica, M. R. Lonis se ha empeñado en demostrar que la tesis de R. Mauny estaba formulada quizá de un modo demasiado absoluto y que las naves de la Antigüedad estaban perfectamente en condiciones, técnicamente, de efectuar el viaje sur-norte a lo largo de las costas africanas.

[42] Se ha dicho, por ejemplo, de su flota que se componía de 600 naves que habrían transportado a pasajeros y tripulación, con un total de 30.000 personas.

[43] V. Reynolds, 1967, sostiene que los autores de la Antigüedad conocían los babuinos, que esas criaturas eran monos que no les eran familiares, y que era muy posible que el dominio del gorila que es de la misma estatura que el hombre, lo que no es cierto respecto al chimpancé, se habría extendido en otros tiempos hacia el oeste hasta Sierra Leona.

[44] J. Ferguson, 1969, págs. 1-25.

de Africa objetos cartagineses, fenicios o egipcios, de procedencia cierta o de fecha segura y de autenticidad probada.

Es cierto que los cartagineses llegaban a procurarse oro en la costa atlántica de Marruecos, de ahí se deduce la relación que Herodoto hace del «trueque silencioso», pero es dudoso que marinos de la Antigüedad hayan llegado más lejos, hacia el sur, de la desembocadura del Senegal, del que Warmington[45] ha dicho que él podría ser ese «Bambotum» mencionado por Polibio, un escritor griego del final del siglo II, que trabaja para los romanos. Esa atribución podría incluso ser discutida. Los documentos de la época dicen con mucha frecuencia de los cartagineses que éstos tienen en el más alto grado el sentido del secreto comercial, y por tanto es probable que si hubieran realizado un viaje de exploración o de comercio, no se hubieran jactado de él para evitar que sus competidores se beneficiaran. Nada prueba que se hayan aventurado por vía terrestre más al sur de donde habían llegado los romanos cuyos contactos activos, parece que, excepto para las expediciones de Septimio Flaco y de Julio Materno en el año 70 de la era cristiana, no sobrepasaron Hoggar. En los textos clásicos se encuentran referencias a los desplazamientos de los garamantes de los que nada, no obstante, indica que hayan llegado a regiones más meridionales que Fezzán.

El arte parietal y el producto de las excavaciones arqueológicas son el origen de una documentación mucho más rica sobre los intercambios de la época preislámica. El arte hace resaltar la existencia de vías de comunicación con el cinturón sudanés desde −500. La «leyenda de los nasamones» que se encuentra en Herodoto es quizá el relato de un viaje real a una región que fue al parecer la del Níger. Mayor interés en ese relato tiene la mención de una «ciudad negra» que Ferguson[46] ha creído poder situar en la región de Tombuctú. Los dibujos representan con frecuencia carretas o carros, precedidos a veces de un tiro de caballos o de bueyes[47]. Lhote (1953) ha observado que no había carros en Air ni en Tibesti, excepto en los alrededores de Fezzán. Las representaciones de bueyes se encuentran, en su mayor parte, en el itinerario occidental. Pero es preferible, sin duda, no sacar demasiadas conclusiones de esos dibujos de carros. Daniels[48] ha propuesto ver en ellos «el uso ampliamente extendido de un vehículo de tipo baladí, en lugar de indicaciones relativas a alguna red compleja de vías a través del Sáhara». Cuando es posible una datación, y lo es en el caso de aldeas del Neolítico tardío[49], éstas se remontan al período −1100 / −400. Ese arte nos obliga a admitir que las vías saharianas han debido ser practicables para los caballos, los bueyes y, de seguro, para ese cuadrúpedo cómodo en todas partes que es el asno. El itinerario por el este aparece más fuertemente reagrupado en Tassili, y Lhote ha subrayado que ha podido conducir eventualmente a unos puntos terminales en la costa de Tripolitania, tales como Leptis Magna, Cea y Sabratha. Bovill[50], al constatar que las tres ciudades de origen cartaginés están más próximas entre sí de lo que se creía, a juzgar por los recursos naturales de la costa y de la tierra del interior inmediata, cree que ellas eran el punto de partida del itinerario seguido por los garamantes en dirección de Fezzán. Se considera que los escarbunculos, que eran

[45] B. H. Warmington, 1969.
[46] J. Ferguson, 1969, *o. c.*, pág. 10.
[47] P. J. Munson, 1969, págs. 62-63.
[48] C. M. Daniels, 1970.
[49] P. J. Munson, 1969, *o. c.*, pág. 62.
[50] E. W. Bovill, 1968.

quizá una variedad de calcedonia de la que se hacían las perlas, fueron también [51] con las esmeraldas y las piedras semipreciosas una de las razones de ser de ese tráfico. Los esclavos, aunque de importancia secundaria en ese período, pudieron tenerla y grande, porque esqueletos de africanos han sido encontrados en necrópolis púnicas y los ejércitos de Cartago tenían seguramente soldados africanos. Entre los demás objetos de ese tráfico se encuentran también productos tropicales, como la cebolleta, los huevos y las plumas de avestruz.

Anteriormente, en este capítulo, hemos examinado los datos que se refieren al trabajo del cobre en Mauritania, y las excavaciones arqueológicas tendrían que conceder una importancia directa mayor al itinerario occidental que al que atraviesa Tassili en el este. La explotación del cobre ha podido estimular, en la misma época, el trabajo del oro más al sur. El estudio de los megalitos de Senegambia, mencionado en el capítulo 24, ha mostrado que el oro y el hierro eran ya muy conocidos antes del nacimiento del antiguo reino de Ghana y que muy bien habían podido ser uno de los factores de su desarrollo. Mauny [52] ha manifestado que los términos que designan el oro («urus») en wolof, en serete y en diula en el Sudán occidental, se parecen al púnico «haras», y se puede concebir que prospectores estimulados por el comercio del oro en la costa atlántica de Marruecos se hayan adentrado hacia el sur para explotar allí los yacimientos conocidos en Mauritania, y que así habrían extendido su propia terminología. Las excavaciones realizadas en los túmulos de Senegal prueban abundantemente la existencia de una influencia magrebina, y de eso hay que deducir que los intercambios comerciales se habrán aumentado progresivamente tras su institución inicial en el primero o segundo milenio antes de la era cristiana. Hasta es posible que los camellos hayan servido de bestias de tiro en el itinerario occidental de ese tráfico antes incluso de la llegada de los árabes, al final del siglo VIII de la era cristiana, porque ya eran conocidos en Africa del Norte desde, por lo menos, el siglo I de la era cristiana, puesto que César señaló su captura en −46, y muy extendidos desde el siglo IV de la citada era. Las riquezas ostentadas por los que levantaron los túmulos y los megalitos de los países de Senegambia y del Alto Volta [53], hacia el año 1000, son quizá lo que mejor permite comprender la medida de la realidad y la amplitud del comercio preislámico. Pero seguirá siendo difícil, mientras esperamos que sean emprendidas nuevas investigaciones arqueológicas, conocer la antigüedad exacta de ese tráfico o la importancia real de los contactos exteriores.

En resumen, particularmente en el terreno de los contactos entre regiones, lo esencial de la información proporcionada no permite apenas sobrepasar el estadio de las prudentes hipótesis. La existencia de megalitos antiguos en el Africa central, en la región de Bouar, y de otras piedras clavadas en la tierra, en otras muchas regiones de Africa, necesita, por ejemplo, una paciente investigación sobre el megalitismo.

[51] B. H. Warmington, 1969, *o. c.*, pág. 66.
[52] R. Mauny, 1952, pp. 545-595.
[53] M. Posnansky, 1973 (a) págs. 149-162.

Capítulo 22

LA COSTA DEL AFRICA ORIENTAL Y SU PAPEL EN EL COMERCIO MARITIMO

ABDUL M. H. SHERIFF

Una de las características notables de la geografía histórica de la costa del Africa oriental ha sido su relativa accesibilidad, no sólo desde el interior de las tierras, sino también por vía marítima. La accesibilidad desde el interior ha sido una consideración vital para el estudio de los movimientos de población hacia la franja costera y ha ayudado a explicar la complejidad étnica y cultural de ésta. El mar, por otro lado, ha sido un lugar de contactos y de interacción con el mundo. Uno de los temas dominantes de la histodria de la costa de Africa oriental en el transcurso de los dos últimos milenios ha sido, pues, no el aislamiento, sino la interpretación de dos corrientes culturales para formar una amalgama nueva, la civilización costera swahili. El vehículo de ese proceso fue el comercio, que facilitó la asimilación de la costa del Africa oriental en el sistema economómico internacional, con las consecuencias que se derivan de ello.

La escasez de fuentes históricas, no obstante, hace difícil la reconstrucción de la historia de la costa del Africa oriental antes del siglo VII de la era cristiana. Todas las fuentes de que disponemos, documentales o numismáticas, son producto del comercio internacional, y tenemos pocos datos que permitan reconstruir la historia de la costa antes del establecimiento de contactos internacionales. Las antiguas fuentes greco-romanas contienen solamente referencias indirectas a la costa oriental de Africa, pero con frecuencia son valiosas. Estrabón (−58/+21?), que asistió a la fase de expansión romana bajo Augusto, no sólo nos da un testimonio contemporáneo y a veces ocular sobre el comercio de la región del mar Rojo y del océano Indico, sino que incorpora igualmente fragmentos de obras geográficas anteriores que actualmente están perdidas completamente [1]. Plinio (+23/+79), describe el Imperio romano en su apogeo y es extraordinariamente valioso por su descripción de la navegación y del

[1] Estrabón, ed. 1960-1970; E. H. Bunbury, 1959, págs. 209-213.

comercio en el océano Indico, y de la vida de lujo y de la decadencia de la Roma imperial[2].

La fuente más importante referente al océano Indico durante ese período y la primera relación directa, aunque sumaria, que habla de la costa de Africa oriental es el *Periplo del mar de Eritrea*[3]. Escrito, según parece, por un agente comercial griego desconocido, y basado sobre Egipto, el *Periplo* es principalmente un testimonio ocular. Su datación ha sido durante mucho tiempo motivo de controversias. Numerosos científicos, entre los que se cuentan Schoff y Miller, han sostenido que parece ser la descripción de un comercio romano todavía próspero en el océano Indico en el apogeo del Imperio romano, aproximadamente contemporáneo de la descripción de Plinio durante la segunda mitad del siglo I de la era cristiana[4]. J. Pirenne, en cambio, es el único en sugerir una fecha del comienzo del siglo III de la misma era[5]. Un grupo intermedio ha aparecido proponiendo una fecha del comienzo de la era cristiana. Mathew estima que, si el *Periplo* es más antiguo que la *Geografía* de Ptolomeo, los pasajes relativos al Africa oriental en la citada *Geografía* no fueron escritos en la mitad del siglo II de la era cristiana como el resto de la obra, sino que fueron añadidos más tarde. Como veremos más adelante, no existen razones para aceptar la afirmación de Mathew, y por consiguiente, estamos obligados a concluir que el *Periplo* no puede ser posterior al final del siglo I de la era cristiana[6].

La *Geografía* de Ptolomeo, que fue escrita hacia el año 156 de la era cristiana, denota un aumento considerable de los conocimientos sobre el océano Indico en general, y de Africa oriental en particular. Mathew ha sugerido que la *Geografía* ha sido ulteriormente retocada y «que parece más seguro que trata de la sección relativa al Africa oriental como representando la suma de los conocimientos adquiridos en el mundo mediterráneo al final del siglo IV de la era cristiana»[7]. Sin embargo, Ptolomeo reconoce total y explícitamente que él debe las informaciones referentes al Africa oriental a Marino de Tiro, quien era indiscutiblemente su contemporáneo[8].

La fuente documental final para ese período es la *Topografía cristiana* de Cosmas Indicopleustes compuesta durante la primera mitad del siglo VI de la era cristiana. Pertenece con toda evidencia a una época en la que el Imperio romano y el comercio romano en el océano Indico habían entrado ya en un período de rápido declive. Pero es particularmente útil por las informaciones que da sobre Etiopía y sobre la supremacía de los persas en el océano Indico, a pesar de la ignorancia que muestra en lo que se refiere a la costa del Africa oriental al sur del cabo Guardafui[9].

[2] Plinio, ed. 1938-1963; E. H. Bunbury, *o. c.*, págs. 371-372.

[3] Traducciones inglesas por M. Vincent, 1809; J. W. McCrindle, 1879; W. H. Schoff, cuya traducción ha sido utilizada generalmente; J. I. Miller, 1969. Más recientemente: J. Pirenne, 1970 (b); y también el cap. 16 de este volumen. Mar Eritreo era el término empleado por los geógrafos greco-romanos para designar al océano Indico, al menos desde la época de Herodoto en el siglo V antes de la era cristiana. Cf. W. H. Schoff, tr., 1912, *o. c.*, págs. 50-51; E. H. Bunbury, 1959, *o. c.* I, págs. 219-221. Cf. también J. Pirenne, *o. c.*, 1970.

[4] W. H. Schoff, 1912, *o. c.*, págs. 8-15, ha sugerido hacia el año 60 de la era cristiana, pero luego ha propuesto los años 70-89. Cf. W. H. Schoff, para lo que se refiere a la fecha del *Periplo*, 1917, págs. 827-830. E. H. Warmington, 1928, pág. 52 (año 60 de la era cristiana); M. H. Wheeler, 1954, pág. 127 (tercer cuarto del siglo I de la era cristiana); M. P. Charlesworth, 1951, pág. 148 (50-65 de la era cristiana); J. I. Miller, *o. c.*, páginas 16-18 (79-84 de la era cristiana).

[5] Citada en G. Mathew, *in* R. I. Rotberg y N. Chittick, 1974, Cf. también J. Pirenne, 1970, *o. c.*

[6] G. Mathew, en R. Oliver y G. Matew, *o. c.*, 1974, *passim*. En contra de esa opinión: J. Pirenne, *o. c.*, 1970.

[7] G. Mathew, *o. c.*, 1963, pág. 96.

[8] C. Ptolomeo, E. L. Stevenson, tr. 1932, secciones 1-9 y 11-17. Los párrafos interesantes están reproducidos en J. W. T. Allen, 1949, págs. 53-55; E. H. Bunbury, 1959, *o. c.*, págs. 519-520, 610-611.

[9] J. W. McGrindle, tr., 1897.

Desgraciadamente, carecemos también de testimonios arqueológicos sólidos sobre la costa del Africa oriental durante ese período para confirmar y completar las fuentes documentales de las que disponemos. Tenemos algunas colecciones de monedas que han sido conocidas en el transcurso de los últimos setenta y cinco años. Conviene, sin embargo, subrayar que ninguna de esas colecciones ha sido descubierta en los lugares arqueológicos conocidos o excavados y las circunstancias de su descubrimiento han sido, desgraciadamente, mal registradas. En la mejor de las hipótesis, podemos decir que el testimonio numismático no contradice las fuentes documentales que tenemos y es valioso como indicio del ritmo del comercio internacional a lo largo de la costa del Africa oriental.

El hallazgo más antiguo consistía en seis monedas encontradas en Kimoni, al norte de Tanga, «en un montículo bajo árboles viejos de unos 200 años» y que aparentemente habían sido enterradas hacía tiempo. El hallazgo abarcaba un largo período entre los siglos III y XII de la era cristiana. Ese tesoro no podía, por tanto, haber sido enterrado antes de esta última fecha, pero no tenemos la certeza de que las piezas más antiguas fueran llevadas a Africa oriental durante los tiempos preislámicos[10]. El segundo hallazgo consistía en una sola pieza de plata de Ptolomeo Sóter (−116/−108) que fue puesta en venta en Dar es-Salam en 1901 por un mercader ambulante africano a un comerciante alemán, y que puede proceder de un punto cualquiera de la costa[11].

Algunas colecciones de procedencia desconocida fueron descubiertas en el museo de Zanzíbar en 1955. La primera, colocada en un sobre con la marca de Ctesifon (capital de los imperios parto y sasánida cerca de Bagdad), consistía en cinco monedas persas, cuyas fechas iban del siglo I al III de la era cristiana. Según Freeman-Grenville, «el tipo especial de polvo» que es típico de Zanzíbar estaba adherido aún sobre esas monedas cuando él las examinó y tuvo la certeza de que habían sido descubiertas en cualquier parte de Zanzíbar. Los otros dos grupos de monedas estaban también cubiertas del mismo tipo de polvo y probablemente han sido descubiertas en Zanzíbar o en Pemba. Abarcaban un período más extenso, del siglo II antes al XIV de la era cristiana lo que sugiere que no constituían tesoros, sino colecciones de hallazgos realizadas al azar[12].

Los otros dos hallazgos que quedan plantean problemas parecidos de interpretación. Haywood ha afirmado haber encontrado en 1913 en Bur Gao (Port Dunford) una importante colección de monedas y un recipiente en forma de ánfora griega. El recipiente se rompió en una tormenta y, desgraciadamente, Haywood tiró sus cascotes. Las monedas permanecieron veinte años sin ser conocidas y ni siquiera fueron mencionadas en el informe de su visita publicado en 1927. La colección puede ser dividida en dos partes distintas. La primera, que parece constituir el núcleo de la colección, consiste en setenta y cinco monedas del Egipto ptolomeico, de la Roma imperial y de Bizancio, abarcando el período entre el siglo III antes de la era cristiana y la primera mitad del siglo IV de la misma era. La segunda parte consiste en trece monedas del Egipto mameluco y otomano que datan del siglo XIII y de los siglos

[10] N. Chittick, 1966, págs. 156-157. Esas monedas pueden incluso no haber sido enterradas más que en el siglo XVI.

[11] G. S. P. Freeman-Grenville, 1962 (a), pág. 22.

[12] G. S. P. Freeman-Grenville, 1962 (a), *o. c.*; N. Chittick, 1969, págs. 24-130; M. H. Wheeler, 1954, *o. c.*, pág. 114.

siguientes. Durante la rápida visita al lugar por Wheeler y Mathew en 1955, y por Chittick en 1968 no encontraron nada en la superficie que pueda ser atribuido a una fecha anterior al siglo XV, pero todavía no se ha realizado allí ninguna excavación arqueológica. Chittick sostiene que si esas monedas constituían un tesoro, no pueden haber sido depositadas antes del siglo XVI. Wheeler, en cambio, sugiere que «la significación del descubrimiento no está necesariamente falseada» por la adición de monedas egipcias posteriores [13]. Esas monedas pueden haber sido añadidas a la colección durante el largo intervalo que transcurre antes de que pasasen a manos del numismático. El núcleo de la colección habría podido ser depositado en un momento dado, posterior a la primera mitad del siglo IV.

La última colección se cree que fue descubierta en Dimbani, en el sur de Zanzíbar, por un viejo granjero, Idi Usi, ya fallecido, y las monedas pasaron a manos de un coleccionista aficionado. Solamente se ha efectuado una identificación provisional de las monedas. El núcleo parece que consiste en 29 monedas romanas y una pieza suelta que datan del siglo I al IV de la era cristiana. La colección comprende igualmente una moneda china del final del siglo XII, y algunas islámicas, europeas y hasta del Africa colonial, más recientes, que llegan hasta el final del siglo XIX [14]. Como en el caso de la colección Haywood, es posible sugerir que las monedas más recientes han sido añadidas posteriormente a las más antiguas.

Tales son, pues, las escasas fuentes de las que disponemos para reconstruir la historia de la costa del Africa oriental antes del siglo VII. La reconstrucción que vamos a intentar no será tímida, pero no podrá ser más que conjetural en muchos aspectos, en tanto que los trabajos arqueológicos sobre la costa no hayan logrado algunos progresos para que ese antiguo período.

EL FACTOR CONTINENTAL

La región costera del Africa oriental constituye una región geográfica bien distinta, bordeada al oeste por una franja de matorrales mal regada por la lluvia, llamada *nyika*. Se extiende cerca de la franja costera a Kenia, y llega más al interior a Tanzania, donde también está entrecortada por las cuencas de los ríos Ruaha, Rufiji y Pangani, y por la falda este de las montañas. Los movimientos de población siguieron probablemente los pasillos donde el entorno era más favorable, alrededor o a través de la *nyika*, como el que existe a lo largo de Tana en Kenia, del Pangani y de la cadena de montañas cercana al nordeste de Tanzania.

El testimonio más antiguo relativo a la población de la costa de Africa oriental nos viene del *Periplo* que describe a los habitantes de la costa como una población «de muy alta estatura» [15]. Oliver sugiere que eran cuchitas, comparables a los agricultores de la Edad superior de piedra, que habitaron las tierras altas de Kenia a partir de −1000, y que tenían gran estatura, según los testimonios arqueológicos de los que disponemos. La presencia de los objetos de hierro entre las importaciones sugiere que los pueblos costeros no conocían aún el trabajo del hierro. Cerca de la costa y en los

[13] G.S.P. Freeman-Grenville, 1962 (a), *o. c.*, N. Chittick, 1969, págs. 24-130; M. H. Wheeler, 1954, *o. c.*, pág. 114.

[14] El actual propietario de la colección desea permanecer anónimo, pero le estoy agradecido por haberme permitido examinar las monedas. Identificación por la señora Unwin, en una carta fechada el 23-8-72.

[15] *Periplo*, pár. 16.

pasillos mencionados anteriormente existen varios enclaves de lengua cuchita, como los pueblos sanye cerca de Tana, y los mbugu en Usambara, que pueden ser vestigios de esa antigua población costera [16].

El testimonio de la arqueología indica una infiltración rápida, en la parte interior de la costa, de poblaciones que conocían la utilización del hierro, probablemente de lengua bantú, durante los primeros siglos de la era cristiana. Es muy posible que, al venir del sur, hubieran remontado la franja costera y ocupado las regiones de South Pare y Kwale, la parte más interior de Mombasa. Parece que luego, hacia la mitad del primer milenio, remontaron la costa hasta Barawa, y el pasillo de Pangani hasta North Pare y hasta la región del Kilimanjaro. En el curso de su expansión, asimilaron probablemente las poblaciones de la franja costera que les habían precedido [17].

Es difícil trazar con los testimonios de los que disponemos un cuadro satisfactorio de la economía y de la sociedad costeras antes del establecimiento de las conexiones comerciales internacionales. Esas poblaciones pueden haber sido agricultores, como lo eran quizá los cuchitas de la Edad reciente de piedra en el interior. El *Periplo* nos indica claramente que la pesca desempeñaba un papel importante en la economía y ese documento ofrece una descripción muy precisa de trampas de mimbre que todavía se usan en la costa. Sin embargo, la población parece que ha sido esencialmente costera. Poseía canoas hechas con troncos ahuecados y pequeñas «barcas de palos cosidos», pero según parece no tenían barcos de vela de alta mar. En una época tan tardía como el siglo XII de la era cristiana al-Idrisi indica que «los zanj no tienen navío alguno para desplazarse, pero utilizan los de Omán y de otros países» [18]. Desgraciadamente, no poseemos testimonio alguno relativo a su organización socio-política durante ese período, porque aunque el *Periplo* menciona la existencia de jefes en cada una de las ciudades-mercados, el comercio internacional puede haber sido un factor crucial para la aparición de los jefes tanto como de las ciudades-mercados [19]. Así aparece que la población de la costa africana oriental antes del establecimiento de vínculos comerciales internacionales tenía un nivel bastante bajo de desarrollo tecnológico y también, probablemente, socio-político. Y cuando se establecieron relaciones comerciales internacionales la iniciativa perteneció a los marinos que llegaban de las costas septentrionales del océano Indico, con todas las consecuencias que resultan de esa situación.

EL FACTOR OCEANICO

Su accesibilidad por tierra ha hecho de la costa oriental de Africa, históricamente, una parte integrante del continente y su accesibilidad por mar ha hecho de ella el tema de una larga historia de contactos comerciales, de influencias culturales y de movimientos de población procedentes de las costas del océano Indico. Para estudiar esa historia es necesario examinar a la vez las posibilidades y las ocasiones de comunica-

[16] R. Oliver, 1966, pág. 368; J. E. G. Sutton, 1966, pág. 42. El *Periplo* no proporciona testimonio alguno de inmigración indonesia sobre la costa, y el testimonio musicológico de A. M. Jones no ha sido aceptado generalmente; A. M. Jones, 1969, págs. 131-190.

[17] R. Soper, 1967 (a), págs. 3, 16, 24, 33-34; N. Chittick, 1969, *o. c.*, pág. 122; K. Odner, 1971 y 1971, páginas 107, 145.

[18] *Periplo*, par. 15, 16; G. F. Hourani, 1963, págs. 91-93; G. S. P. Freeman-Grenville, ed., 1962 (b), pág. 19.

[19] *Periplo*, pár. 16.

ciones interregionales. Kirk define, en términos muy generales, tres entornos geográficos alrededor del océano Indico: el «bosque» del sudoeste que cubre las costas de Kenia, de Tanzania, de Mozambique y de Madagascar; la región intermedia desértica que va desde el Cuerno somalí hasta la cuenca del Indo, y el «bosque» del sudeste que va desde India hasta Indonesia [20]. El potencial de intercambios entre las dos regiones de «bosque» es muy pequeña, aunque puede ser aumentado si consideramos las mercancías de lujo o los productos manufacturados cuya procedencia está más localizada como consecuencia de circunstancias naturales o históricas. El potencial de intercambios entre el «desierto» y los dos «bosques» es mucho más importante porque, además de los intercambios de mercancías de lujo y de productos manufacturados, el «desierto» experimenta frecuentemente una penuria seria de productos alimenticios y de madera que puede procurarse en la región del «bosque». Además, la región del «desierto» ocupa una posición estratégica intermedia entre las regiones del «bosque» y el mundo mediterráneo. La historia del océano Indico occidental hasta el siglo VII es, pues, en gran medida, la de la interacción que sigue dos direcciones distintas, entre el Africa oriental y el Medio Oriente y entre éste y la India, así como la del papel de intermediario desempeñado por el Medio Oriente entre el océano Indico y el Mediterráneo.

Semejante interacción fue posible por el desarrollo de una tecnología marítima apropiada y por el dominio de los vientos y de las corrientes del océano Indico. La característica geográfica más importante del océano Indico es el cambio estacional de los vientos monzones. Durante el invierno boreal, el monzón del nordeste sopla de manera continua y se deja sentir hasta en Zanzíbar, pero su intensidad decrece hacia el sur y es raramente regular más allá del cabo Delgado. Ese sistema de circulación se reforzó por la corriente ecuatorial que, tras haber chocado contra la costa de Somalia, se desliza hacia el sur y así facilita el viaje de las naves a vela a partir de la costa de Arabia. Las embarcaciones a vela árabes pueden abandonar sus puertos de atraque a finales de noviembre, pero la mayoría parte a principios de enero, cuando el monzón está bien establecido, y emplean de veinticinco a treinta días para efectuar el viaje. En marzo, el monzón comienza a disminuir y como el Africa oriental se encuentra en las orillas del sistema, aquél baja antes al sur. En abril, el viento ha vuelto para convertirse en el monzón del sudoeste. La corriente ecuatorial choca entonces con la costa cerca del cabo Delgado y se divide entre una fuerte corriente dirigida hacia el norte, que facilita el viaje hacia el norte, y una corriente dirigida hacia el sur que dificulta la salida del canal de Mozambique. Esa es la estación de salida de las naves a vela de Africa oriental, pero existe una interrupción durante el período que va de la mitad de mayo a la mitad de agosto, durante el cual el viento es demasiado fuerte para la navegación en el océano Indico. Las embarcaciones a vela parten, pues, con la presencia del monzón en abril si las transacciones comerciales han podido terminar en ese tiempo, o con la «cola» del monzón en agosto que se convierte cada vez más apremiante con el alargamiento del viaje hacia el sur de Zanzíbar. Está claro que al principio de la era cristiana los marinos del océano Indico estaban ya familiarizados con la utilización de esos vientos [21]. También habían superado el problema técnico de

[20] W. Kirk, 1962, págs. 265-266.

[21] W. Kirk, 1962, *o. c.*, págs. 263-265; B. A. Datoo, 1970 (a), págs. 1-10; D. N. McMaster, 1966, págs. 13-24; B. Datoo y Z. M. H. Sheriff, 1971, pág. 102.

la construcción de navíos bastante grandes en una región que carece de hierro recurriendo a la «costura» de las tablas entre sí por medio de fibras vegetales[22].

La extensión del espacio de un sistema de monzón regular y el nivel de la organización comercial en Africa oriental ayudan así a definir la zona normal de actividad de las naves a vela que utilizaban el sistema de los monzones. Con una organización comercial relativamente simple, que comprende intercambios directos entre las embarcaciones a vela extranjeras y las ciudades-mercados, lo cual parece haber sido el caso antes del siglo VII, las naves a vela llegadas del norte no descendían probablemente mucho más al sur de Zanzíbar. Hay que esperar el período medieval para que se establezca en Kilwa un puerto franco con vistas a una mejor explotación de las costas del sur.

DESARROLLO DEL COMERCIO EN EL OCEANO INDICO OCCIDENTAL

Los testimonios históricos más antiguos relativos al océano Indico occidental sugieren que, contrariamente a lo que indican habitualmente los manuales, no existía relación alguna comercial, directa o indirecta, entre Africa oriental y la India antes del siglo VII de la era cristiana. Incluso el comercio entre la India y el Medio Oriente en la época del *Periplo* parece que estuvo limitado a algunos productos de lujo[23]. Tenemos la impresión que, dejando aparte el oro y algunas otras mercancías valiosas, la India se bastaba en gran parte por sí misma, particularmente en lo que se refiere a las materias primas del «bosque» que habría podido proporcionar el Africa oriental. Por el contrario, la India parece fue un activo exportador de marfil en esa época, lo que retrasa probablemente la explotación de los recursos de marfil en Africa.

Esa explotación parece que fue estimulada por la intensa rivalidad entre los Estados griegos sucesores de Alejandro. El estrecho control ejercido por los Seleúcidas sobre las rutas terrestres hacia la India incitó a los Ptolomeos a buscar en otras partes una apertura. Su necesidad inmediata era procurarse elefantes de guerra, pero los Ptolomeos querían también romper el monopolio de los Seleúcidas en el aprovisionamiento de marfil de la India en el Mediterráneo. Por tanto se volvieron hacia la explotación de la costa africana del mar Rojo y establecieron una serie de puestos de caza de elefantes hasta la entrada del mar Rojo. La política de los Ptolomeos tuvo como resultado una enorme expansión del comercio del marfil[24].

La pérdida de Siria bajo Ptolomeo V (−204/−181) y el crecimiento en Italia de la demanda de productos de Arabia y de las Indias, en una época en la que las tierras del interior inmediatas de la costa del mar Rojo estaba aparentemente vacía de su marfil, forzó a Egipto a volverse hacia las rutas marítimas del sur para mantener cierto contacto comercial con la India. Hacia el final del siglo II antes de la era cristiana, Socotora estaba habitado por comerciantes extranjeros, entre los que había cretenses, y Eudoxio se valió de un piloto indio que había naufragado para efectuar el primer

22 G. F. Hourani, 1963, págs. 4-6.

23 H. M. Wheeler, 1966, pág. 67; G. F. Hourani, 1963, *o. c.*, pág. 309; A. L. Basham, 1959, pág. 230; *Periplo*, pár. 49, 56, 62.

24 M. F. Tozer, 1964, págs. 146-147; Estrabón, vol. VII, 319, 331; Plinio, vol. II, 465-469; G. F. Hourani, *o. c.*, págs. 19-20; W. W. Tarn y G. T. Griffith, 1966, págs. 245-246; H. G. Rawlinson, 1926, págs. 90-92.

viaje directo hacia la India. El comercio indio continuó desarrollándose suficientemente para que sean llamados unos funcionarios «responsables de los mares Rojo e Indio» entre −110 y −51 [25]. Sin embargo, la iniciativa de Eudoxio parece que no se repitió de manera regular. Estrabón deja entender que debido a la debilidad y a la anarquía que reinaban en tiempos de los últimos Ptolomeos, «por lo menos veinte embarcaciones osaban atravesar el golfo arábigo (el mar Rojo) bastante lejos para indagar qué había más allá de los estrechos» [26].

El comercio de Egipto con la India era en esa época en gran parte indirecto y pasaba por la mediación de los depósitos del sudoeste de Arabia. En el *Periplo* leemos a propósito de Aden: «En los primeros tiempos de la ciudad, cuando aún no se realizaba el viaje de la India a Egipto, y cuando no se atrevían a hacer el viaje de Egipto a los puertos de la otra costa del océano y todos iban a reunirse en ese lugar, Aden recibía mercancías procedentes de los dos países» [27].

Arabia del sudoeste ocupaba, pues, una posición clave de intermediaria y se apropiaba de una parte de los beneficios comerciales que se hicieron proverbiales [28]. Los sabeos fueron suplantados hacia −115 por los himyaritas que llegaron progresivamente a centralizar el comercio de puerto franco en el de Muza que estaba bajo la autoridad del Estado dependiente de Maafir [29].

Los habitantes de Arabia del Suroeste parece que controlaron también la otra rama del comercio que descendía hacia la costa del Africa oriental. Ya ha sido sugerido que uno de los motores de la expanción comercial de los Ptolomeos a lo largo del mar Rojo era el crecimiento de la demanda de mercancías de lujo procedentes de Oriente, como el marfil. Por consiguiente, es posible que los árabes hubieran extendido en esa época sus actividades comerciales hacia la costa del Africa oriental para responder a esa demanda de marfil. Es significativo que hacia el final del siglo segundo antes de la era cristiana, cuando Eudoxio fue aparentemente empujado por el monzón sobre la costa de Africa a alguna parte al sur del cabo Guardafui, pudo conseguir un piloto, probablemente un árabe, que le condujo al mar Rojo [30]. Esos vínculos comerciales precedieron sin duda al establecimiento de toda dominación formal de los árabes sobre la costa del Africa oriental, que el *Periplo*, en la segunda mitad del siglo I antes de la era cristiana, describe como «antigua» [31]. En ausencia de testimonios arqueológicos, es difícil determinar exactamente la fecha de establecimiento de esos vínculos comerciales y su extensión hacia el sur. Hasta ahora, una sola moneda de plata de los Ptolomeos que data del final del siglo segundo antes de la era cristiana ha sido encontrada, se supone, en las proximidades de Dar es-Salam,

[25] Estrabón, vol. I, págs. 377-379; Diodoro de Sicilia tr. por C. H. Oldfather, 1961, págs. 213-215; *Periplo*, pár. 30; W. W. Tarn y G. T. Griffith, *o. c.*, 1966, págs. 247-248; H. G. Rawlinson, *o. c.*, 1966, págs. 94-96; E. H. Bunbury, *o. c.* I, 649 y II, 74-78; E. H. Warmington, 1963, págs. 61-62; G. F. Hourani, pág. 94.

[26] Estrabón, VIII, 53.

[27] *Periplo*, pár. 26.

[28] Estrabón, vol. VII y I, 143-145; cf. también Diodoro, vol. II, 231; Plinio, vol. II, 459. La riqueza de los árabes del sur no provenía exclusivamente del comercio, porque también ellos han creado un sistema de riego perfeccionado; G. W. van Beek, diciembre de 1969, pág. 43.

[29] *Periplo*, pár. 21-26; W. H. Schoff, 1912, *o. c.*, págs. 30-32, 106-109. *Encyclopaedia Britannica*, 2.ª ed., Nueva York, 1911, vol. II, pág. 264 y vol. III, págs. 955-957; E. H. Warmington, 1928, *o. c.*, pág. 11.

[30] Estrabón I, 377-379.

[31] *Periplo*, pár. 16; B. A. Datoo (b), pág. 73, adopta una fecha posterior basada en una datación posterior del *Periplo*; G. Mathew, 1963, *o. c.*, pág. 98, sugiere el siglo III antes de la era cristiana, pero se funda en la colección Haywood cuya significación histórica es dudosa. Cf. pág. 563.

mientras que las veintidos monedas ptolomeicas de la colección Haywood no pueden haber sido depositadas antes el siglo IV de la era cristiana [32].

En el estado actual de nuestros conocimientos, quizá podamos hacer remontar la expansión comercial árabe en el Africa oriental todo lo más hasta el siglo segundo antes de la era cristiana. Miller, sin embargo, sostiene que el Africa oriental constituía un vínculo vital en el comercio del cinamomo entre Asia oriental, habitat natural del cinamomo, y la costa septentrional de Somalia, donde los greco-romanos y también los egipcios obtenían esa especia desde el segundo milenio de la era cristiana. Fundándose sobre la referencia de Plinio en el transporte del cinamomo «sobre vastos mares por medio de balsas», Miller deduce viajes transoceánicos por los indonesios hacia Madagascar y la costa de Africa oriental, seguidos por medio de transportes costeros o terrestres hasta los puertos somalíes [33]. Es posible que la migración de los indonesios hacia Madagascar haya tenido esa forma, pero actualmente se admite que tuvo lugar en el transcurso del primer milenio de la era cristiana. Además, nada permite establecer una relación entre esa migración y la ruta comercial descrita por Plinio, que parece claramente que seguía la costa septentrional del océano Indico y que terminaba en el puerto de Ocilia, al sur de Arabia [34]. Por consiguiente, nada apoya el complicado circuito del cinamomo avanzado por Miller, ni una antigüedad tan larga de los vínculos comerciales de Africa oriental con las tierras de más allá del océano Indico.

LA EXPANSION DEL COMERCIO BAJO LOS ROMANOS

El establecimiento del Imperio romano bajo Augusto tuvo como consecuencia un aumento enorme de la demanda de mercancías procedentes de Oriente en el mundo mediterráneo. Gran número de economías separadas, a la vez en el interior del Imperio y más allá, se encontraron progresivamente integradas en un vasto sistema de comercio internacional en el que los productores de materias primas y de mercancías de lujo se encontraban implicados en unas relaciones de intercambios con los consumidores situados en el centro del Imperio. Ese sistema amplió así el mercado y permitió el traslado de riquezas hacia el centro del Imperio [35]. La concentración de la riqueza en manos de la clase guerrera dominante que había abandonado el comercio y la industria en manos de las poblaciones dominadas tuvo como resultado único un brote desenfrenado de extravagancias. Plinio se lamenta: «La estimación más modesta indica que las Indias, China y la península (de Arabia) sacaron de nuestro Imperio 100 millones de sestercios por año; eso es lo que nos cuestan nuestro lujo y nuestras mujeres» [36].

La expansión del mercado en tiempos de Augusto condujo a una política más agresiva en el mar Rojo con vistas a romper el monopolio de los árabes en el comercio oriental. Los romanos trataron de establecer una ruta marítima directa con la India y de controlar el extremo sur de la ruta del incienso por medio de una expedición

32 Cf. pág. 563.

33 J. I. Miller, 1969, *o. c.*, págs. 42-43, 53-57, 153-172. El profesor N. Chittik, consultado por el Comité, expresa reservas sobre la existencia de ese comercio de cinamomo.

34 B. A. Datoo, 1970 (b), *o. c.*, pág. 71; Plinio XII, 87-88.

35 F. Orteil, 1952, págs. 382-291.

36 Plinio, V, IV, 63.

dirigida por Galo el año 24 antes de la era cristiana. Aunque esa expedición fue un fracaso, el comercio romano llegó a desarrollarse rápidamente, probablemente en parte porque la ruta marítima directa pudo competir muy eficazmente con la ruta árabe. Estrabón dice hacia el año 26-24 antes de la era cristiana que «no menos de ciento veinte naves partían de Myos Hormos hacia la India en tanto que, anteriormente, bajo los Ptolomeos, muy pocos eran las que osaban emprender el viaje para efectuar el tráfico de las mercancías indias» [37]. Es razonable suponer que un tráfico anual tan importante implicaba una utilización regular del monzón para efectuar un viaje más directo desde la entrada del mar Rojo hasta el norte de la India. En el transcurso de los setenta y cinco años que siguieron, un mejor conocimiento del trazado de la costa occidental de la India permite a los navegantes romanos atajar a través del mar de Arabia hacia la costa de Malabar, fuente de la pimienta, principal riqueza de la India [38].

A pesar de la entrada de los romanos en el comercio del océano Indico, el *Periplo* mismo ofrece el marco de un comercio aún muy animado entre los indios y los árabes. Los indios realizaban un comercio activo en el golfo Pérsico y en el mar Rojo, pero no llegaban al parecer al sur del cabo Guardafui. Exportaban pimienta de la costa de Malabar, marfil del noroeste, del sur y del este de la India, y grandes cantidades de tejidos de algodón para el mercado romano; hierro y acero para los puertos al norte de Somalia y de Etiopía. De regreso, llevaban diversos metales, tejidos «de calidad inferior», vino y «gran cantidad de monedas» [39]. Los árabes, por otro lado, aparte de la exportación del incienso y de la mirra, eran los intermediarios más importantes en el comercio entre el océano Indico y el Mediterráneo. Mientras compartían el comercio de la India con los indios y, cada vez más, con los romanos, parece que se beneficiaron de un monopolio virtual en el comercio con la costa oriental de Africa. Ese monopolio está corroborado por la ignorancia de los romanos en lo que concierne a la costa africana al sur del cabo Guardafui antes del *Periplo*. Además, aunque este último documento es indiscutiblemente un testimonio ocular sobre una parte mal determinada de la costa de Africa oriental, los cuatro párrafos que están dedicados sólo a dicha costa parece que indican que esa región se encontraba aún en el exterior de los límites de las actividades normales de los greco-romanos [40].

LA INTEGRACIÓN DE LA COSTA DEL AFRICA ORIENTAL EN EL SISTEMA ECONOMICO ROMANO

Cualquiera que haya sido el nivel de las actividades comerciales árabes a lo largo de la costa del Africa oriental durante el período prerromano, es casi cierto que la unificación económica y la opulencia del Imperio romano les dieron un impulso nuevo. La demanda de marfil aumentó de manera enorme, no sólo para la fabricación de estatuas y de peines, sino también para la de mesas, asientos, jaulas de pájaros, carrozas y hasta para una cuadra de marfil para el caballo imperial [41]. En el siglo

[37] Estrabón, vol. I, 453-455; VII, 353-363.
[38] Plinio V, II, 415-419.
[39] *Periplo*, pár. 6, 14, 36, 49, 56, 62; J. I. Miller, 1969, *o. c.*, págs. 136-137.
[40] Estrabón, V, VII, 333; *Periplo*, pár. 15-18.
[41] E. H. Warmington, 1928, *o. c.*, pág. 163.

primero de la era cristiana, el marfil procedía solamente de regiones situadas muy lejos, en el interior, sobre el Nilo superior, de donde era llevado a Adulis. La importación de marfil de la costa oriental de Africa tiene más importancia, aunque haya sido considerado de calidad inferior[42]. La región se encontró así más integrada en el sistema de comercio internacional centrado en el Mediterráneo, por mediación del Estado de Himyar al sudoeste de Arabia. El *Periplo* indica que cada una de las ciudades-mercados de la costa del Africa oriental tenía su propio jefe, pero que Himyar ejercía su soberanía por mediación de su «dependiente» de Muza que, a su vez, lo arrendaba a las gentes de Muza. Estos últimos «enviaban allí grandes barcos y utilizaban capitanes y agentes árabes, que se trataban con los indígenas y se casaban entre sí, conocían toda la costa y comprendían la lengua»[43]. La asimilación de la costa oriental de Africa no se producía, pues, sólo a nivel del comercio, sino que implicaba una dominación política y una penetración social. Esta última puede haber entablado el proceso de creación de un tipo de población costera mestiza y orientada hacia la navegación y el comercio, que servía de agente local del sistema comercial internacional.

Azania[44], nombre dado por los romanos a la costa oriental de Africa al sur de Ras Hafun, probablemente no estaba unificada en el plano económico. Más bien consistía en una serie de ciudades —mercados—, que tenía cada una su propio jefe, dependiendo de sus propias tierras del interior para las limitadas mercancías que dichas ciudades exportaban y eran visitadas directamente por los barcos a vela que navegaban con el monzón. El *Periplo* menciona cierto número de lugares como Sarapión, probablemente a pocas millas al norte de Merca, Nikon, quizá Bur Gao (Port Dunford) y las islas Myraleanas, que han sido identificadas como el archipiélago de Lamu. Los barcos podían fondear allí, pero todavía no hay en ese lugar mención alguna de actividades comerciales. Al sur del archipiélago de Lamu, la tendencia es claramente diferente, como describe el *Periplo* tan precisamente. Dos días de mar más lejos se encontraba la isla de Menouthias, «a unos 300 estadios del continente (unos 55 kilómetros), baja y boscosa»[45]. Pemba es la primera isla importante que los navegantes llegados del norte pueden encontrar y probablemente la única que puede ser alcanzada en dos jornadas de mar desde Lamu. Además, Pemba está en realidad a 50 kilómetros del continente, contra 36 kilómetros en el caso de Zanzíbar. Menouthias, sin embargo, no era un puerto comercialmente importante. Proporcionaba conchas de tortuga que eran las más buscadas después de las procedentes de la India, pero la única actividad económica de la isla que describe el *Periplo* es la pesca[46].

[42] *Periplo*, pár. 4, 17.

[43] *Ibid.*, pár. 16.

[44] El término aparece por vez primera en Plinio, VI, 172, donde parece que se refiere vagamente al mar que está en el exterior del mar Rojo. En el *Periplo*, pár. 15, 16 y 18 y en C. Ptolomeo, I, 17, 121, el término se refiere específicamente a la costa oriental de Africa. Se ha sugerido que se trata de una deformación de *Zanj* que más tarde ha sido utilizada por los geógrafos árabes y que aparece en C. Ptolomeo y en Cosmas con la forma *Zingisa* y *Zingion* respectivamente; G. Fresman-Grenville, 1968. Cf. también W. H. Schoff, pág. 92. No he tomado en consideración los puertos del golfo de Aden que constituían una región económica separada, cuyas principales actividades económicas comprendían la exportación del incienso y de la mirra y la reexportación del cinamomo del sudoeste asiático que no constituían una característica del comercio de la costa al sur de Ras Hafun. Cf. B. A. Datoo, 1970 (b), págs. 71-72, *o. c.*

[45] *Periplo*, pár. 15; B. A. Datoo, *o. c.*, 1970 (b), pág. 68; G. Mathew, *o. c.*, 1963, pág. 95.

[46] *Periplo*, pár. 15.

La única ciudad-mercado sobre la costa al sur de Ras Hafun que menciona el *Periplo* es Rhapta. Según ese documento, ese emporio se encontraba a dos jornadas de mar de Menouthias, y Ptolomeo indica que se encontraba junto a un río del mismo nombre «no lejos del mar»[47]. Baxter y Allan sostienen que aunque el viaje de dos jornadas comienza en el extremo norte de Pemba y termina en un río a alguna distancia del mar, la localización más probable de Rhapta debería estar en alguna parte junto al río Pangani que en otros tiempos tenía una desembocadura al norte. Datoo sostiene que debido a las condiciones de navegación, Rhapta se encontraba probablemente entre Pangani y Dar es-Salam[48]. Rhapta probablemente estaba gobernada por un jefe local que estaba bajo la dominación general del Estado del sudoeste de Arabia. Sin embargo, el *Periplo* da la impresión de que esa dominación no era ya más que un monopolio sobre el comercio realizado por los capitanes árabes y los agentes de Muza. La función económica más importante del puerto era la importación «de una gran cantidad de marfil», de colmillos de rinoceronte, de conchas de gran calidad y de algo de aceite de coco. Esas mercancías eran intercambiadas por artículos de hierro, particularmente «lanzas fabricadas en Muza especialmente para ese comercio», hachas pequeñas, puñales y punzones, diversos artículos de vidrio, y «algo de vino y de trigo, no ya para el comercio sino para ganarse la benevolencia de los salvajes»[49].

A lo largo de la costa de Somalia había aparecido un nuevo emporio llamado Essina, y Sarapión y Nikon (Toniki) son descritos ahora como un puerto y un emporio respectivamente. Pero el desarrollo más espectacular se había producido en Rhapta que es descrita como «una metrópoli», lo que, según el uso ptolomeico, designa la capital de un estado y no se ha hecho referencia alguna a la dominación árabe. Aunque se trate de una prueba negativa, es muy verosímil que el crecimiento del comercio haya permitido a Rhapta adquirir suficientes riquezas y poder para abolir la dominación árabe y establecer un estado políticamente independiente. Ese crecimiento del comercio fue posible probablemente por la extensión de las tierras del interior de Rhapta en la época de Ptolomeo. Este situaba al oeste de Rhapta, no sólo las montañas de la Luna frecuentemente citadas, sino también el monte Maste cerca de las fuentes del río, en el que se encontraba Rhapta, y los montes Pylae en alguna parte al noroeste[50]. Las informaciones referentes a esa montaña deben haber llegado a los navegantes greco-romanos por mediación de africanos o de árabes locales y parece que indican ciertas formas de contacto comercial con el interior desde Rhapta. El pasillo más evidente a través de la extensión silvestre de la *nyika* desde la mitad norte de la costa de Tanzania, y las tierras del interior más apropiadas para cualquier puerto importante en esa región, está formado por el valle de Pangani y la cadena de montañas que va de Usumbura y Upare a las cimas nevadas del Kilimanjaro donde, en realidad, nace el Pangani. Recientes excavaciones en las Pare Hills han proporcionado a Gonja conchas marinas y perlas de concha que hacen pensar en vínculos comerciales con la costa, pero los testimonios de los que disponemos no pueden ser

[47] *Periplo*, pár. 16; C. Prolomeo I, 17, citado en J. W. T. Allen, *o. c.*, 1949, pág. 55.

[48] H. C. Baxter, 1944, pág. 17; J. W. T. Allen, 1949, *o. c.*, págs. 55-59; B. A. Datoo, 1970 (b), *o. c.*, páginas 68-69.

[49] *Periplo*, pár. 16, 17.

[50] C. Prolomeo I, 17, 121; IV, 7, 31; E. H. Warmington, 1963, *o. c.*, págs. 66-68.

fechados antes del año 500 aproximadamente antes de la era cristiana [51]. Todas estas consideraciones ayudan en favor de una localización de Rhapta cerca de Pangani [52]. El comercio parece que se extendió también a lo largo de la costa hacia el sur y hasta el cabo Delgado. Mientras que, para el autor del *Periplo,* Rhapta estaba en el extremo del mundo conocido, Ptolomeo cita a un navegante griego con motivo de la extensión que llega al sur muy lejos hasta el cabo Prason en el extremo de una vasta bahía poco profunda, probablemente la costa cóncava de Tanzania meridional en torno a la cual vivían «salvajes comedores de hombres» [53].

Así, a mitad del siglo II de la era cristiana, una gran parte de la costa de Africa oriental, y al menos una parte del pasillo del Pangani, habían sido incorporadas al sistema del comercio internacional. El impulso que había llevado la frontera comercial a las aguas del Africa oriental comenzó a debilitarse con la entrada del Imperio romano en un prolongado período de declive, en el siglo III. Las riquezas de la clase dominante fueron disueltas por la descentralización económica del Imperio y las confiscaciones de los emperadores; la clase de consumidores comenzó a debilitarse y la clase media burguesa se empobreció, lo que tuvo como consecuencia una reducción considerable del mercado especialmente en lo que concierne a los artículos de lujo y un retorno a una economía feudal de subsistencia. Se produjo un desplazamiento del comercio internacional, en detrimento de las especias, de las piedras preciosas y del marfil, y en provecho del algodón y de los productos industriales. El comercio directo puede haber cesado completamente, como hace pensar un corte señalado en el testimonio numismático, pero un breve resurgimiento se produjo al final del siglo III y al comienzo del IV con la consolidación política del Imperio. El testimonio numismático del que disponemos para Africa oriental no es satisfactorio, pero parece indicar una fluctuación similar. La colección Haywood, ya mencionada, comprende seis piezas desde el final del siglo III al siglo IV y comprende sesenta y nueve monedas. La colección Dimbani parece que no contiene más que una sola moneda del siglo I y el resto de las monedas romanas identificadas parece que pertenecen a los siglos III y IV de la era cristiana [54].

¿Cuáles fueron las consecuencias de la asimilación del Africa oriental en ese sistema comercial? En su apogeo, pudo haber estimulado el crecimiento económico por el abastecimiento de objetos de hierro (aunque la mayor parte parece que fueron instrumentos de guerra) y quizá por el conocimiento de la metalurgia que habría sido de una importancia capital para la historia de Africa oriental [55]. Por otra parte, la demanda de marfil, de colmillos de rinoceronte y de conchas de tortuga revalorizó unos recursos que probablemente tenían localmente poco valor y así aumentó las fuentes de riqueza de los habitantes del Africa oriental, mientras que la referencia a la exportación de aceite y de coco sugiere a la vez la introducción de esa importante planta procedente del este y la creación de cierta actividad industrial para la extracción del aceite. El comercio internacional puedo haber provocado también la

[51] Soper, págs. 24-27. Información personal fechada el 13-10-1972.

[52] Todos los autores no están de acuerdo sobre esa localización, lejos de ahí. Ninguna ruina antigua ha sido encontrada hasta ahora cerca de Pangani. A veces se ha propuesto identificar a Rhapta con un establecimiento desaparecido del estuario del río Rufiji.

[53] *Periplo*, pár. 16, 18; C. Ptolomeo, 1, 9, 1-3, I, 17, 121.

[54] F. Orteil, 1956, págs. 250, 266-267, 273-275, 279; M. P. Charlesworth, 1926, pág. 61. Para los testimonios numismáticos en el Africa oriental, cf. también págs. 597-598 de este volumen.

[55] M. Posnansky, 1966 (a), 87, 90.

urbanización naciente en las ciudades-mercados que recibían las visitas de comerciantes extranjeros, pero estaban habitadas principalmente por africanos y por la clase en desarrollo de los mestizos de la costa, que cada vez estaban más orientados hacia el extranjero y dependían del comercio exterior, cuyos contactos locales eran ellos. La riqueza aportada por ese comercio beneficia a esa clase y puede haber llevado a una concentración de riqueza y de poder suficiente para permitir a Rhapta proclamar su autonomía. Pero Rhapta no buscaba en modo alguno desligarse del comercio internacional del que que dependía su prosperidad. En la medida en que ella había llegado a depender del comercio internacional, su economía pudo haber sido deformada y desequilibrada por dar una importancia demasiado grande a la exportación de algunos productos de lujo hacia el opulento Imperio romano, haciéndose así vulnerable a toda fluctuación del comercio internacional. Cuando los godos comenzaron a atacar a Roma (que sucumbió en el 410), mataban también un sistema económico centrado en Roma con unas consecuencias de gran alcance para todas las regiones que en adelante iban a depender de ese sistema. La lejana Rhapta en consecuencia pudo haber perecido. Ninguna huella de esa «metrópoli» ha sido aún descubierta en la costa del Africa oriental.

EL REAJUSTE DE LAS RELACIONES EXTERIORES DEL AFRICA ORIENTAL

La desintegración del sistema de comercio internacional probablemente tuvo un efecto catastrófico semejante en un estado que había llegado a depender de él, Himyar al sudoeste de Arabia. El declive de la demanda por parte de Roma del incienso que Arabia producía y de otros productos de lujo para los que servía de intermediario afectó sin duda alguna a su equilibrio, dejándola a merced de las invasiones llegadas de Etiopía y, más tarde, de Persia. En el mar, Arabia perdió la mayor parte de su posición de intermediaria, en parte en favor de los etíopes, cuyo puerto de Adulis apareció entonces como centro de exportación del marfil del Nilo superior, no sólo hacia el Mediterráneo, sino hacia el este en dirección de Persia y hasta de la India que hasta entonces se había autoabastecido en sus propias necesidades, lo que marca un desplazamiento importante de las corrientes del comercio del marfil[56].

Los etíopes, sin embargo, parece que no pudieron suplantar completamente a los árabes como agentes del comercio en el oeste del océano Indico. Más al este, Persia hacía su aparición como poder marítimo. Los sasánidas comenzaron en el siglo III de la era cristiana a activar la navegación de sus nativos, a monopolizar el comercio con la India en el siglo VI y a extender su comercio hasta China, al menos, en el siglo VII. Se extendieron hacia el oeste para hacerse con el control de la otra ruta del comercio por el mar Rojo, efectuando el comienzo del siglo VII la conquista a la vez del suroeste de Arabia y de Egipto. Aunque el Imperio persa pereció bajo el asalto musulmán hacia el año 635, existen muchos testimonios de la prolongación, durante mucho tiempo, de la dominación del comercio del océano Indico por los navegantes persas

[56] G. W. van Beck, 1969, *o. c.*, pág. 46; R. Pankhurst, 1961, págs. 26-27; Cosmas, ed. Londres, 1897; ed. París, 1968; G. F. Hourani, *o. c.*, págs. 42-46.

que han legado al conjunto del mundo ribereño del océano Indico un importante vocabulario náutico y comercial [57].

Esa dominación del oeste del océano Indico por los persas en los siglos VI y VII, particularmente teniendo en cuenta el declive de los árabes y la incapacidad de los etíopes para ocupar su lugar, hace pensar en una influencia comercial dominante en la costa de Africa oriental. Aunque quizá la costa no cayó bajo la hegemonía persa como se ha creído por algún tiempo, no es improbable que la fuerte tradición de una emigración shirazi (persa) hacia la costa de Africa oriental pueda tener su origen en ese período. Desgraciadamente, existe un vacío en las fuentes documentales entre los autores greco-romanos y los escritores árabes a partir del siglo IX y ningún testimonio arqueológico relativo al período reislámico ha sido descubierto en la costa, a excepción de las cuatro monedas partas y sasánidas de los tres primeros siglos de la era cristiana que pueden haber sido exhumadas en alguna parte de Zanzíbar. Existe, no obstante, testimonios de contactos comerciales entre la costa del Africa oriental y el golfo de Persia, al menos, a partir del siglo VII, que se sitúan ya en el período islámico, pero pueden ser extendidos igualmente al período preislámico. Ya encontramos referencias a algunas importanciones de esclavos del Africa oriental (Zanj) y de otros lugares, para servir de soldados, de domésticos y de trabajadores agrícolas para la explotación de las regiones pantanosas del sur de Irak. Al final del siglo, se encontraban aparentemente en número suficiente para rebelarse por vez primera, aunque la rebelión más espectacular se produjo dos siglos más tarde. También existen indicios de esclavos zanj que habrían sido llevados a China desde el siglo VII [58].

Los persas y el golfo Pérsico pueden haber comenzado a desempeñar también un papel importante de intermediarios entre Africa oriental y la India. La caída del Imperio romano había privado al Africa oriental de su principal mercado para el marfil en un momento en el que la India se bastaba ampliamente por sí misma. Ya a comienzos del siglo VI, no obstante, la demanda india de marfil para la fabricación de adornos de casamiento parece que comenzó a exceder las disponibilidades locales. Esa demanda estaba garantizada por la destrucción ritual regular de esos adornos cuando ocurría la disolución del matrimonio hindú a la muerte de uno de los miembros de la pareja. En el siglo X, India y China eran los mercados más importantes para el marfil del Africa oriental [59].

Al final del siglo VII, por consiguiente, vínculos comerciales sólidos habían sido restablecidos entre la costa del Africa oriental y las orillas septentrionales del océano Indico. La demanda creciente de marfil en la India había permitido, al menos, la creación de lazos comerciales entre las dos regiones de «bosque» y el Africa oriental recibía probablemente a cambio una variedad de artículos manufacturados, como tejidos y perlas. Esos intercambios sostuvieron las ciudades-estados que se construían de nuevo en la costa. Sin embargo, en gran medida, durante ese período, la costa de Africa oriental registró sólo un cambio de orientación de su comercio, cuyo carácter

[57] H. Hasan, 1928; G. F. Hourani, *o. c.*, págs. 38-41, 44-65; Procopio de Cesarea, Nueva York, 1954, páginas 9-12 (vol. I, págs. 193-195); T. M. Ricks, 1970, págs. 342-343; una fuente china del siglo IX menciona las actividades comerciales de los persas en la costa de Somalia. J. L. Duyvendak, 1949.

[58] T. M. Ricks, 1970, *o. c.*, págs. 339-343; S. A. Rizvi, 1967, págs. 200-201; G. Mathew, 1963, *o. c.*, páginas 101, 107-108. Para los hallazgos numismáticos, cf. 597-598 de este volumen.

[59] Cosmas, pág. 372; G. Freeman-Grenville, 1962 (a), *o. c.*, pág. 25, Al-Mas'udi, *in* G. Freeman-Greenville, 1962 (b), *o. c.*, págs. 15-16.

siguió siendo el mismo: diversificó el mercado de su marfil, pero no liberó su economía de su dependencia del intercambio de algunas materias primas por artículos manufacturados de lujo. La exportación de esclavos, aunque no fuese en esa época una sangría ininterrumpida, reducía los recursos humanos y puede haber sido un factor de importancia crítica en algunos ambientes y en ciertas épocas antes incluso del siglo XIX. El comercio, sin embargo, estaba bajo el control de un tipo de población costera que era ella misma un producto del comercio internacional y dependía para su prosperidad del mantenimiento de éste. Era difícil esperar que la población tomase la iniciativa para liberarse de esas relaciones de dependencia y de subdesarrollo.

Capítulo 23

EL AFRICA ORIENTAL ANTES DEL SIGLO VII

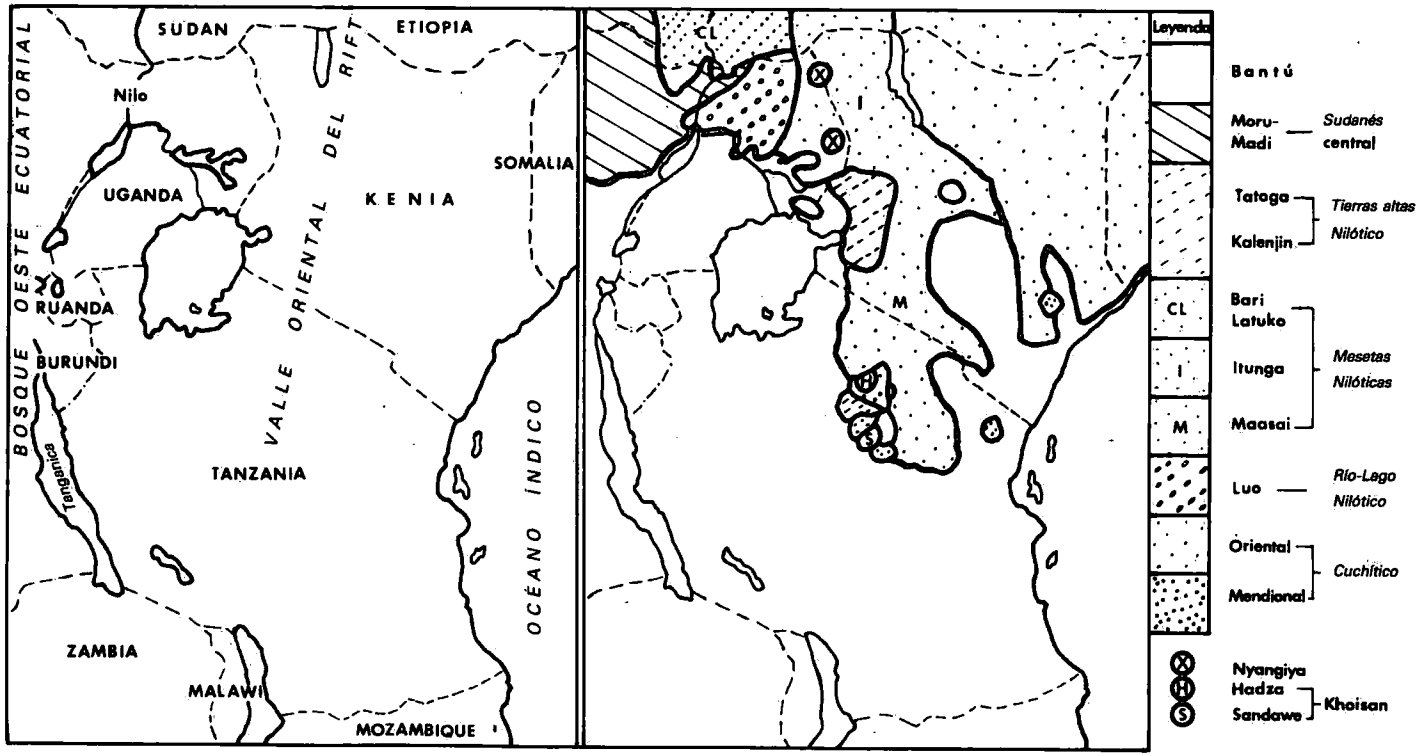
J. E. G. SUTTON

Resulta más fácil conocer la situación, en el Africa oriental, de los pueblos y de las sociedades después del año +100 que en los períodos más antiguos. Para estos últimos, se están realizando muchas investigaciones, cuyos resultados conducen a modificar, poco a poco, todo o parte de las conclusiones anteriores.

La investigación sobre los dos milenios (−1000 a +1000) es difícil. Reclama métodos muy afinados y una gran cantidad de informaciones que la arqueología dista mucho de tenerlas actualmente reunidas.

El estudio que sigue es, pues, en más de un punto, conjetural, hipotético y hasta «provocante», y tiene como fin estimular la reflexión y la investigación. El método al que recurriremos para abordar la historia antigua del Africa del Este será principalmente cultural; intentaremos recrear el o los modos de vida tanto como puedan permitirlo el conjunto de los testimonios arqueológicos, antropológicos y lingüísticos. Recurriremos frecuentemente a los grupos lingüísticos. Quizá ellos sean, en sí mismos, menos importantes que unas consideraciones culturales y económicas más amplias. Sin embargo, la lengua es un elemento de la cultura y de la historia, un elemento transmitido (a pesar de incesantes modificaciones) de generación en generación en una misma comunidad; es éste un medio gracias al cual las poblaciones se identifican claramente como grupos y se distinguen entre sí, unos de otros. (Esos «otros» pueden ser considerados como emparentados, en cierto modo, por poco que las lenguas sean parcialmente comprendidas, o que presentan ciertos rasgos comunes; o inversamente, si no existe ningún parentesco evidente, pueden ser considerados como complemento extranjero.) Por estas razones, en gran parte, las definiciones lingüísticas y las clasificaciones de las poblaciones ofrecen generalmente a los antropólogos y a los historiadores un máximo de claridad y de comodidad. Aquellas de las que hablamos en este capítulo están precisadas en el mapa y en el cuadro que figura a continuación. Generalmente se inspiran en el esquema reproducido en *Zamani* [1], fundado en la clasificación de las lenguas africanas de Greenberg.

[1] B. A. Ogot y J. A. Kieran, 1968.



• *Africa oriental: mapa político y mapa etnolingüístico (Mapas facilitados por el autor).*

LA CIVILIZACION DE LA CAZA EN LA SABANA AUSTRAL

De un extremo a otro de las sabanas y del bosque claro que recubren la mayor parte de Africa al este y al sur del gran bosque ecuatorial, la población, durante muchos milenios antes de la Edad de hierro, estaba formada principalmente por cazadores-recolectores, utilizando el arco, la flecha y las avanzadas técnicas del trabajo de la piedra (principalmente las de la gran cultura «wiltoniense» de los arqueólogos, cf. vol. I). Esas poblaciones pertenecían generalmente a un tipo cuyos descendientes son, en nuestros días, los khoi-khoi y los san, que habitan el Kalahari y sus alrededores. Su lengua se clasificaría entre las de la familia khoisana que se distingue por sus «chasquidos». Actualmente esas lenguas se limitan a los khoi y a los san del Africa del Sudeste y del Sudoeste, así como a dos pequeños grupos independientes del Africa oriental, que viven en el norte de Tanzania central, los sandawé y los hadza [2].

Los hadza han permanecido en el estadio de la recolección y de la caza. Poco numerosos, y dotados de una movilidad relativa, son expertos en el arte de localizar y de procurarse los recursos alimenticios silvestres que existen en su territorio [3]. Desde hace algún tiempo, los sandawé cultivan la tierra y crían cabras y ganado mayor; pero conservan un apego cultural por el monte bajo y tienen un sentido instintivo de sus posibilidades. Por su tipo físico general, esas dos «tribus» son negras.

Sin embargo, algunos especialistas creen haber encontrado en los sandawé y tal vez también en los hadza, huellas de otra ascendencia; un mestizaje con las poblaciones negras vecinas explicaría un deslizamiento en esa última dirección.

No es menos interesante notar que, contrariamente al resto del Africa oriental, el territorio de los hadza y de los sandawé, así como el de aquel que los separa, ofrece numerosos ejemplares de pinturas rupestres. Se las encuentra en las paredes de los refugios naturales que servían de vez en cuando de campamentos temporales y de bases familiares en el transcurso de la reciente Edad de piedra. Esas pinturas [4] tienen una significación social y frecuentemente religiosa, aún mal comprendida; también proporcionan indicaciones interesantes sobre los métodos de caza, alimentación y la vida cotidiana. En varios sectores del Africa del Sur se encuentran manifestaciones artísticas de esa misma época, pintadas igualmente en las paredes de refugios bajo roca; aunque se puede discernir en ellas algunas diferencias manifiestamente regionales, se puede establecer cierto número de paralelismos entre los estilos, los motivos o temas y las técnicas utilizadas en Africa del Sur y en Tanzania. Los paralelismos artísticos son complementados por el parecido de familia que existe generalmente en las técnicas «wiltonienses» empleadas para tallar la piedra, por los ocupantes de los refugios bajo roca de las dos regiones. Aunque actualmente ni los hadza ni los sandawé practican muy en serio la pintura —como tampoco ninguno de los dos grupos ha abandonado la fabricación de útiles de piedra— parece que en un momento

[2] Esos hadza, que sólo son unos centenares, son designados frecuentemente con el nombre menos preciso de «tindiga». No se ha constatado la clasificación de su lengua entre las lenguas khoisanas, pero seguramente que lo es. En cuanto a la lengua sandawé, no se podría poner en duda de un modo serio su pertenencia a la familia khoisan.

[3] El Gobierno tanzano intenta actualmente instalar a los hadza en aldeas proporcionándoles una instrucción agrícola.

[4] Cf. vol. I, cap. 26.

dado de la reciente Edad de piedra, esa región ha compartido con las regiones más meridionales una misma tradición étnica y cultural.

Ese modo de vida ampliamente extendido de los cazadores-recolectores de la sabana, tenía su cultura y sus posibilidades económicas propias. Aunque esa recolección procuraba lo esencial de los alimentos consumidos (como lo indican recientes estudios sobre los san y otros grupos análogos) la búsqueda de carne, la tarea más difícil y la más respetada, era indispensable para el establecimiento de un régimen equilibrado y la satisfacción del apetito. Todo eso implicaba cierta movilidad, con campamentos estacionales, pero no con establecimientos permanentes, siguiendo los hombres los desplazamientos de la caza y aprovechando los recursos vegetales de un territorio; sin duda, esas prácticas han podido restringir el crecimiento de la población y quizá frenar la evolución. Eso permite explicar por qué esa antigua población de la sabana se ha encontrado, en el transcurso de los milenios recientes, asimilada en la mayor parte de las regiones por las comunidades de pescadores, pastores y agricultores que, utilizando métodos más intensivos y productivos para procurarse sus alimentos, han podido conservar bases más estables, crecer en número y aumentar su territorio.

Así, la mayor parte de la vasta región antiguamente ocupada por los cazadores-recolectores se ha convertido después en el dominio de los cultivadores bantú. En un determinado número de esas regiones bantúes, la tradición oral menciona encuentros accidentales con curiosos hombres pequeños que, en otros tiempos, habrían vivido y cazado en el monte bajo y en el bosque. Esas leyendas no ofrecen prueba alguna de precisión histórica. Sin embargo, es probable que reflejen, en el fondo, vagos recuerdos transmitidos desde hace más de mil años, y que daten del período en el curso del cual los bantú han colonizado ese sector del sur del Africa central desbordando y asimilando poco a poco a las poblaciones de tipo san, más desparramadas, y cuyo modo de vida era muy diferente del suyo. Por contraste, esa antigua tradición de la caza se refleja en la época agrícola más reciente gracias a la preeminencia otorgada por la leyenda bantú al arte y a las hazañas de la caza. El fundador de una línea real es muy frecuentemente un arquero errante o un jefe de tropa. Eso procede probablemente de una antigua ideología que exalta la fuerza y el valor, el juicio y la perseverancia del cazador victorioso, capaz de llevar a su hogar la carne tan apreciada.

Sin embargo, Africa oriental no ha sido toda ella parte integrante del mundo bantú. Como veremos más adelante, Uganda del Norte, una gran parte de Kenia y sectores del norte de Tanzania central han estado durante mucho tiempo ocupadas por poblaciones distintas, que hablaban las lenguas cuchíticas, nilóticas y otras. Algunas se establecieron allí durante la Edad de hierro y otras todavía antes. Ahí, como más al sur, existen huellas indiscutibles, etnográficas y arqueológicas, de la existencia en épocas a la vez lejanas y recientes, de numerosas comunidades que han obtenido su subsistencia de la caza y de la recolección. En su mayor parte, ya no presentaban probablemente las características de las tradiciones del monte bajo de las sabanas meridionales. Aunque sea difícil definir el límite septentrional de esa tradición, no hay motivos para situarla más allá del lago Victoria y del ecuador. La documentación hace pensar a veces que las poblaciones típicas del monte bajo se extendieron antiguamente hasta el Cuerno de Africa y hasta la altura del Nilo medio; pero esa tesis se basa en una argumentación y en pruebas precarias: algunos fragmen-

tos de esqueletos insuficientemente clasificados o que pertenecen a épocas muy anteriores a la diferenciación completa de los tipos africanos más recientes; reunión de útiles de la Edad de piedra reciente en Uganda del Norte, Kenia, Etiopía y Somalia, que presentan algunas vagas semejanzas con las industrias wiltonienses de las regiones del sur; existencia, en fin, en algunas zonas diseminadas de esas pequeñas comunidades de cazadores recientes y de habitantes de las regiones boscosas. La característica de esos diferentes grupos es que pocos de ellos se muestran social o económicamente independientes. Frecuentemente viven en las orillas, y hasta en el interior, del territorio de los agricultores y de los pastores que son los cuchitas y los nilóticos; hablan la lengua de éstos y les proporcionan los productos del monte bajo y del bosque, miel, pieles, carne, etc. Algunos de esos grupos —ciertas bandas dorobo en las tierras altas de Kenia, por ejemplo— no son obligatoriamente aborígenes cazadores y recolectores, sino más bien el resultado de posibilidades de especializaciones más recientes tanto como el retorno al bosque de individuos que no han podido adaptarse a la vida en sociedad. En algunas regiones de lenguas o de fuerte influencia cuchíticas, en Kenia y en Etiopía, grupos semejantes tienden a englobar las distintas castas del grupo principal más bien que a poblaciones que han adquirido una identidad señalada; y se dedican comúnmente a actividades «impuras», como las de alfarero y herrero, para el bien del conjunto de la comunidad. Las ocupaciones de ese género eran, naturalmente, extrañas en su totalidad a las viejas tradiciones de la caza y de la recolección en las sabanas.

Sin embargo, puede ser que esas regiones septentrionales del Africa del Este hayan constituido durante una gran parte de la reciente Edad de piedra una zona fronteriza móvil, parcialmente determinada por los cambios climáticos, entre las culturas de las poblaciones de tipo san de las sabanas meridionales y otras establecidas en Africa del Nordeste o del Centro. De esas regiones, queda aún mucho por aprender. Sin embargo, es posible identificar, en la orilla del Africa oriental, al menos otras dos tradiciones culturales y entidades étnicas que han ignorado a la vez la agricultura y la ganadería en el transcurso de los milenios recientes. Ellas serán objeto de las dos secciones siguientes.

LA CIVILIZACION DE LA RECOLECCION Y DE LA CAZA CON TRAMPAS EN EL BOSQUE ECUATORIAL

Los pigneos viven en el bosque pluvial de la cuenca del Congo, y especialmente en sus orillas orientales que limitan con Ruanda y al sudoeste con Uganda. Su importancia y su número han disminuido en el transcurso de los tiempos como consecuencia de la continua expansión de los agricultores sedentarios, principalmente bantú, que han roturado una buena parte del bosque y reducido los recursos alimentarios naturales de los que los pigmeos sacan su subsistencia. Muchos de ellos han sido asimilados; pero los hay que sobreviven en grupos independientes manteniendo relaciones con sus vecinos cuya lengua hablan.

Aunque la economía de los pigmeos que viven en el bosque haya estado, como la de los san, basada en la caza y en la recolección, exigía un tipo muy diferente de ajuste ecológico y de especialización tecnológica. Clasificar a pigmeos y a san en la misma

categoría de «cazadores-recolectores» sería ignorar la diferencia de sus modos de vida y de pensamiento, tan extraños entre sí como lo son a los cultivadores bantú. El modo de vida de los pigmeos, como el de los san, debe representar una tradición cultural y económica unida a cierto entorno, en especial al bosque denso, cuya naturaleza permite explicar las particularidades físicas y la pequeña estatura de esas poblaciones.

Sin embargo, existen muy pocos datos históricos referentes a los pigmeos y a su repartición geográfica anterior, aunque se ha intentado, en la cuenca del Congo, establecer una correlación entre algunos vestigios de la Edad media y la reciente de piedra (complejo Lupembo-Tshitoliense). La distribución y la datación de ese complejo indican al menos una importante tradición forestal de origen antiguo, que ha sobrevivido hasta una época reciente. Al este de Ruanda, se han encontrado pocas huellas de esas últimas fases; en realidad se trataría del trabajo de los pigmeos y sería difícil sostener la tesis de su expansión en el Africa oriental durante la Edad reciente de piedra, hasta las épocas en las que las precipitaciones eran más abundantes y el bosque más denso. Es cierto que acá y allá se encuentran, en obras históricas y antropológicas, alusiones a la presencia anterior de pigmeos diseminados en diversas regiones del Africa ecuatorial. Algunas parece que están fundadas en concepciones etnográficas erróneas, y otras en datos folklóricos o en vagas tradiciones orales que mencionan poblaciones poco numerosas que vivían de la caza y de la recolección en los tiempos antiguos. Por lo mismo que esos relatos se refieren a poblaciones precisas y a períodos determinados, posiblemente conciernen, en la mayor parte de los casos, a los cazadores del tipo san que se relacionan con la tradición de la sabana o, en la región septentrional del Africa del Este, a grupos distintos, los dorobo y a los demás pueblos silvestres ya mencionados.

Entre esos pueblos legendarios del bosque, los gumba, de los que hablan los kibuyu del Alto Kenia oriental, merecen una mención especial. La confusión es grande en lo que concierne a los gumba y a su modo de vida. En primer lugar todo es imputable a la falta de precisión de los testimonios y a la tendencia de los informadores a racionalizar las leyendas y, en segundo lugar, a los errores de registro y de análisis de los historiadores. Sin embargo, existen en el país kikuyu vestigios arqueológicos indiscutibles de poblaciones que, en el transcurso de los dos últimos milenios, han vivido en una época determinada en el bosque denso en el que ellas han construido y, al parecer, habitado, grupos de curiosas cavidades circulares sobre las crestas. Aunque hayan tallado la piedra, es probable que ni siquiera en su declive constituyeran sólo un vestigio local de la Edad reciente de piedra. Su alfarería y la posible utilización del hierro sugieren que han mantenido algunas relaciones culturales con los antiguos bantú de las tierras altas, para quienes esas poblaciones realizaban probablemente tareas económicas particulares.

¿Se trata de los gumba de las leyendas? La pregunta sigue en pie. Lo que sí es seguro, es que cuando esas poblaciones hayan sido mejor estudiadas, ofrecerán el ejemplo de una etnia localizada que ha producido una cultura forestal distinta, aunque en épocas muy recientes y más o menos en simbiosis con las de las poblaciones agrícolas vecinas. A este nivel muy general de adaptación al entorno, es posible hacer una comparación con los pigmeos de la cuenca del Congo. Pero, a pesar de las especulaciones de algunos autores, nada permite suponer que esos primeros habitantes de los bosques del país kikuyu, gumba u otros, hayan pertenecido a la raza pigmea.

LA CIVILIZACION ACUATICA DEL AFRICA MEDIA

Esta cuestión durante tanto tiempo desconocida ha sido examinada en el precedente volumen de esta *Historia*[5]. Aquí basta, por tanto, estudiar la evolución final de ese interesante modo de vida.

Hacia el −5000, el clima se había hecho sensiblemente más seco. Las aguas de los lagos, alimentadas por unos ríos menos numerosos y de menor caudal, habían descendido muy por debajo de las cotas máximas anteriores. Así la continuidad geográfica y, por zonas, los fudamentos económicos del modo de vida acuático estaban amenazados. Los días de su hegemonía cultural habían pasado. Sin embargo, en los alrededores de −3000, el clima se hizo durante algún tiempo húmedo y, como consecuencia de ello, los niveles de los lagos volvieron a subir (sin alcanzar, no obstante, las cotas del VIII milenio). En Kenia, en el Rift Valley oriental, hubo, en esa época, una resurrección de una cultura acuática modificada sin duda como consecuencia de nuevas migraciones y de nuevos contactos con el Medio y el Alto Nilo. Por encima de los lagos Rodolfo y Nakuru se han descubierto vestigios de esa fase acuática reciente. Comprenden vasijas de estilo original y tazones de piedra poco profundos. Generalmente parece que datan de −3000. A pesar de la ausencia aparente de arpones en los establecimientos de ese período, parece cierto que las poblaciones se dedicaban a la pesca. Pero es probable que el régimen era menos resueltamente acuático que durante la fase principal anterior de unos tres mil a cinco mil años. Hacia −2000, paralelamente al retorno de la tendencia a la aridez, las posibilidades de una cultura acuática fueron definitivamente aniquiladas en la mayor parte del Rift Valley oriental.

Parece que la población de esa última fase acuática ha sido fundamentalmente negra. No tenemos datos indiscutibles sobre su lengua. Pero es razonable pensar que pertenecía a una u otra de las ramas de la familia chari-nilo (rama oriental del nilo-sahariano).

Habría que esperar que la gran civilización acuática, ya se trate de la fase principal (entre −8000 y −5000) o de su renovación (en los alrededores de −3000) se encuentre a lo largo de los ríos y de las marismas de la cuenca del Alto Nilo, en particular sobre las orillas del mayor lago de Africa oriental, el Victoria Nyanza. Curiosamente, aparece que no hay vestigios para los milenios en cuestión. Sin embargo, en el transcurso del primer milenio antes de la era cristiana, algunos hombres acamparon en las islas y en abrigos bajo las rocas o en campo raso en las orillas del lago y de los ríos de la región. Se alimentaban de peces y de moluscos, y también de la caza de monte bajo y tal vez de bovinos y de corderos. No sabemos si algunos de ellos cultivaban la tierra; pero se han observado huellas interesantes de talas efectuadas en la época en el bosque que rodea al lago Victoria, lo que al menos indica una forma nueva y relativamente intensa de utilización de las tierras. Conocida con el nombre de «kansyoré», la cerámica de esas poblaciones presenta algunas afinidades notorias con las vasijas mucho más antiguas de la primera civilización acuática, las vasijas «con líneas sinuosas hechas de puntos». Por lo que sabemos, hacía mucho tiempo que esas vasijas habían sido reemplazadas por otras en el valle del Nilo; por tanto, es poco probable que los tipos «kansyoré» se hubieran introduci-

[5] Cf. cap. 20.

do en la región del lago Victoria en el primero o en el segundo milenio antes de la era cristiana. La tradición acuática se remonta a varios milenios, aquí como en otras partes, pero es más verosímil que todo lo que es considerado como perteneciente a ella no se refiera más que a su fase más reciente, la que justamente ha parecido antes de la Edad del hierro. En ese caso, podemos preguntarnos si vestigios de la antigua vida acuática no esperan a que se realice su descubrimiento en las orillas de los lagos más meridionales de Africa oriental, principalmente alrededor de todo el lago Tanganica.

Ningún indicio claro permite determinar el grupo lingüístico al que pertenecían esas poblaciones del lago Victoria en el primer milenio antes de la era cristiana, pero es posible que se trate del grupo sudanés central (rama del chari-nilo). Esa región y la situada más al sur han sido pobladas por unos bantú desde los comienzos de la Edad del hierro. Según algunos lingüistas, esos bantú habrían asimilado, en el curso de su instalación, una población más antigua y menos numerosa que hablaban una lengua del grupo sudanés central; de ellos habrían aprendido la cría de ganado ovino y bovino. Al no tener palabras que les sean propias para designar esas «novedades», los bantú las copiaron de los habitantes anteriores de esas regiones, cuyo lenguaje se ha extinguido. Sin embargo, al sur del lago Victoria, no se ha descubierto nada que pueda aportar a esa hipótesis una confirmación arqueológica; pero alrededor del mismo lago se pueden asociar los establecimientos que contienen cerámica «kansyoré» con el grupo lingüístico sudanés central, especialmente si, en algunos lugares, se encuentran vestigios de corderos y de ganado mayor que se remonten al primer milenio de la era cristiana. Tal vez en esa época una civilización acuática aislada y muy debilitada fue revigorizada por los contactos establecidos en el este con una civilización pastoril nueva que se habría fijado en las tierras altas de Kenia.

LA CIVILIZACION PASTORIL DE LOS CUCHITAS

En efecto, mientras que un régimen climático más seco se establecía en las proximidades del II milenio antes de la era cristiana, las aguas de los lagos comenzaban a bajar hasta alcanzar, aproximadamente, su nivel actual (en algunos casos desaparecieron los peces), y los bosques cedían también terreno, dando lugar, sobre todo en el Rift Valley oriental y en las mesetas vecinas, a excelentes pastizales de montaña. Aunque siempre se pudo pescar en las orillas del lago Victoria y de otros varios lagos y ríos, y conservar así algunos elementos del antiguo modo de vida acuática, esa civilización había perdido en adelante su gran continuidad geográfica y la confianza cultural que antes estaba relacionada con ella. En la mayor parte del Africa media y especialmente hacia su extremo oriental, lo más prestigiado era en lo sucesivo la ganadería: continuar viviendo cerca del agua y gracias a ella era considerado como retrógrado y como una señal de estancamiento intelectual. Y eso no sólo era un modo de vida arcaico; era también, a los ojos de los grupos pastoriles más favorecidos, bárbaro e impuro. Los primeros pastores de Africa oriental se reconocían no sólo por su lengua cuchítica y por la importancia que ellos concedían a la circuncisión, sino también por la prohibición de tocar el pescado.

Desde hace mucho tiempo en esa zona del Africa del Este donde la hierba es de buena calidad y crece en cantidad suficiente, protegida además de la mosca tsé-tsé y

de las enfermedades endémicas, el ganado es objeto de prestigio y signo de riqueza; pero importa comprender que esa ideología del ganado está basada en un sentido agudo de las realidades económicas. El ganado es proveedor de carne y, sobre todo, de leche. Incluso entre las poblaciones que sacan de sus campos la mayor parte de su alimentación, el ganado es un importante recurso de proteínas, así como de seguridad contra las épocas de hambre que la sequía produce periódicamente al igual que otras calamidades. Además, conviene no subestimar el importante papel de las cabras y de los corderos que generalmente son los principales proveedores de carne de las poblaciones que viven a la vez de la agricultura y la ganadería.

No han pasado menos de tres mil años desde que los primeros bovinos este-africanos fueron introducidos en las tierras altas del Rift Valley de Kenia. Se trataba, sin duda, de una clase de cuernos largos y sin joroba. Huesos de vacas y de cabras (o de corderos) han sido descubiertos en varios yacimientos arqueológicos anteriores a la Edad del hierro; la datación los hace remontar al primer milenio antes de la era cristiana. Algunos de esos yacimientos han sido habitados, pero con mayor frecuencia son sepulturas, descubiertas en grutas o, más comúnmente, bajo túmulos (montículos de piedras). Es evidente que un estudio más completo de la economía de esas poblaciones debe esperar el resultado y el examen minucioso de un número mayor de establecimientos que han sido ocupados por el hombre; sea lo que fuere, los objetos depositados en las tumbas, aunque evidentemente hayan sido elegidos con un fin especial y estén unidos a una significación religiosa, están con frecuencia mejor conservados y deben, de un modo o de otro, reflejar el modo de vida de la población o su actitud ante la existencia. Entre los descubrimientos efectuados hasta ahora, figuran muelas y mazos, cuencos y jarros de piedra profundos, calabazas y recipientes de madera que han debido contener leche, cestas y cuerdas, hachas de piedra pulida, fragmentos de marfil tallado, collares de diferentes clases de piedras, huesos, conchas o materia vegetal. En tanto que complejo cultural, eso es casi el equivalente de lo que antaño se llamó la *Stone bowl culture* (cultura de los cuencos de piedra) en su principal y última fase; pero se descubrirá, sin duda, que ese complejo engloba, en realidad, toda una serie de grupos y de variantes culturales.

La economía no era ya exclusivamente pastoril. Se cazaba el antílope y otras especies cinegéticas, y quizá sobre todo entre las poblaciones más pobres. El cultivo de ciertas variedades de mijo o de sorgo, o de otras plantas, no está atestiguada con certeza, pero es muy probable. En primer lugar, la abundancia de vasijas descubiertas en algunos de esos emplazamientos indica que una parte al menos de la población era más sedentaria que si se hubiera tratado de una sociedad únicamente pastoril; y las muelas suponen el cultivo, la preparación y el consumo de cereales. Sin embargo, esas grandes muelas llanas y los mazos que las acompañan pueden haber servido para moler plantas silvestres y hasta productos no alimenticios. Así, algunas de las que han sido descubiertas en las tumbas están teñidas de ocre rojo con los que los cuerpos habían sido adornados. Pero eso no elimina necesariamente la posibilidad de un empleo utilitario en la vida cotidiana. Hay otro argumento, más decisivo, en favor de cierta agricultura: si esas poblaciones no hubieran podido recurrir a otras fuentes de alimentación en caso de crisis grave como consecuencia de largos períodos de sequía o de epizootias, es poco probable que hubieran sobrevivido largo tiempo; la caza y la recolección no habrían podido servir de sustitutivo temporal y de principal recurso

alimenticio más que para grupos muy poco numerosos y muy diseminados[6]. Sin embargo, el predominio de la ganadería y de una economía fundada sobre el ganado está ilustrado por la repartición geográfica de esas poblaciones que virtualmente se confirmaron en las regiones ricas en pastos extensivos. En el norte de Tanzania, las tierras altas donde se encuentra la hondonada verdosa del cráter de Ngoron-goro con sus cementerios que datan de ese período, formaban el límite meridional de esa vasta zona pastoril. Una población más habituada a combinar su ganadería con la agricultura se habría extendido más allá, sobre las tierras fértiles que la rodeaban de este a oeste; y la población, sin duda, habría proseguido su camino más al sur.

Los diferentes estilos de cerámicas y algunas otras características de la cultura material de esos primeros pastores de las tierras altas y de Rift Valley de Kenia y de Tanzania septentrional parece que revelan influencias de la región del Nilo medio. Pero probablemente son influencias indirectas que sólo ofrecen un pálido reflejo del modelo original. No significan necesariamente que los rebaños y sus pastores sean originarios de esa región. Más bien parecería que ellos sean producto de contactos, seguidos de asimilación con la antigua población de civilización acuática y con las poblaciones nilóticas con las que aquéllas estaban desde hacía tiempo en relación por medio de los lagos de Rift Valley. Ahí se puede encontrar una ilustración en el hecho de que los extraños cuencos de piedra hayan persistido en esa región durante más de dos mil años, desde el final del período acuático hasta el principio del período pastoril.

Los contrastes regionales no son menos significativos. En efecto, se ha creado, desde el II milenio antes de la era cristiana, una línea de repartición cultural que corre de norte a sur entre las tierras altas de Etiopía y de Kenia (con sus llanuras áridas) al este, donde se encerró la tradición pastoril y, al oeste, la cuenca superior del Nilo, con el lago Victoria, donde una economía acuática siguió siendo practicada por poblaciones numéricamente poco importantes. En ningún momento, esa línea de repartición ha constituido una barrera infranqueable entre los pueblos y las ideas que, en realidad, no han cesado de atravesarla en los dos sentidos antes y durante la Edad de hierro. Sin embargo, representa el encuentro de dos tradiciones culturales importantes y generalmente distintas. Allí se encuentra su reflejo en los datos lingüísticos y, con menos precisión, en las observaciones de la antropología física.

Por difícil que sea generalizar hablando de tipos físicos, se tiene la clara impresión de que las poblaciones situadas al oeste de esa línea de partición son típicamente negras, mientras que las de las tierras altas y de las mesetas orientales parece que lo son mucho menos.

Los estudios lingüísticos hacen resaltar unas influencias que proceden de Etiopía hacia las tierras altas de Africa oriental, manteniéndose constantemente un poco al

[6] Es cierto que durante los últimos siglos, algunas sociedades pastoriles han logrado pasarse completamente a la agricultura (y hasta despreciar la caza). Ese resultado sólo ha podido lograrse gracias a un sistema de trueque con sus vecinos agricultores que les proporcionaban cereales y otros vegetales, y a la realización de saqueos en detrimento de otros pueblos de economía mixta agro-pastoril. Esta última solución era esencial para las tribus centrales de los masai quienes, a pesar del control que ejercían sobre grandes extensiones de ricos pastos de montaña, consideraban con frecuencia que sus recursos en carne no estaban a la altura de sus apetitos y que, además, se veían en la obligación, después de las pérdidas de ganado de años malos, de procurarse nuevos toros reproductores y rehacer sin demora sus rebaños de vacas de leche, lo cual no sería más que para asegurar la supervivencia de su comunidad y su modo de existencia. Ni una ni otra de tales posibilidades se les ofrecía a los ganaderos del Africa oriental en el transcurso del primer milenio antes de la era cristiana.

este de la línea de partición cultural. Etiopía es la antigua cuna de la familia de las lenguas cuchíticas y la mayor parte de las lenguas bantúes y nilóticas actuales, en Kenia y Tanzania del Nordeste y del Centro-Norte, llevan las huellas de préstamos tomados de las lenguas cuchíticas. En algunos lugares, principalmente en el extremo meridional de esa zona, esas lenguas cuchíticas han persistido hasta nuestros días, aunque naturalmente se hayan separado considerablemente de las formas cuchíticas primitivas. Entre los mensajes histórico-culturales engendrados por los préstamos de palabras de una lengua a otra, se encuentra la contribución, en cuanto a la ganadería de animales domésticos, aportadas por las poblaciones cuchíticas primitivas del Africa oriental.

El elemento cultural cuchítico en Africa del Este se manifiesta también en otras formas y se refleja hasta cierto punto en las instituciones que no son principalmente sociales ni políticas y que se fundan sobre una organización en clases de edad de los pueblos de las mesetas y las tierras altas de Kenia y de sectores de Tanzania septentrional. Sin embargo, esa señal es de orden muy general, y todos los aspectos de esos sistemas no remontan necesariamente a la población cuchita inicial[7]. Lo que parece más propiamente de origen cuchítico es la costumbre de la circuncisión en el momento de la iniciación. Su repartición coincide casi con la de numerosos préstamos léxicos al cuchita; lo mismo puede decirse de la aversión de que el pescado es objeto normalmente en la misma región; su significación en la experiencia histórica africana-oriental ha sido subrayada anteriormente.

Así adquirimos la imagen de una población pastoril de lengua cuchítica de estatura elevada y de tez clara. Se desplaza hacia el sur y se apropia de las ricas praderas, de las llanuras y, más aún, de las mesetas de Kenia y de Tanzania del Norte, hace unos tres mil años. Todas esas consideraciones pueden parecer que reafirman el «mito camítico», actualmente rechazado. En realidad, aunque los aspectos más ilógicos y los más románticos de las hipótesis «camíticas», tan diversas como vagas, derivan de los prejuicios universitarios europeos y de las ideas grotescas sobre Africa y las poblaciones negras, los hechos en las que se fundan no son totalmente ficticias. Algunas observaciones sorprenden por su precisión y algunas interpretaciones históricas son muy fundadas. El error de la escuela «camítica» reside en sus presupuestos y en su obsesión por los *orígenes* de los pueblos y de las ideas. Por no haber comprendido las condiciones locales, ha favorecido una gama particular de influencias exteriores, como el elemento cuchítico y el prestigio pastoril, en lugar de ver en ellos uno de los numerosos componentes de la experiencia histórica y cultural del Africa del Este, experiencia en la que la antigua civilización de los cazadores de la sabana, la civilización acuática establecida en el transcurso de los milenios húmedos y, más recientemente, la dedicación de los bantú al hierro y a la agricultura, han aportado sucesivamente complementos de igual importancia.

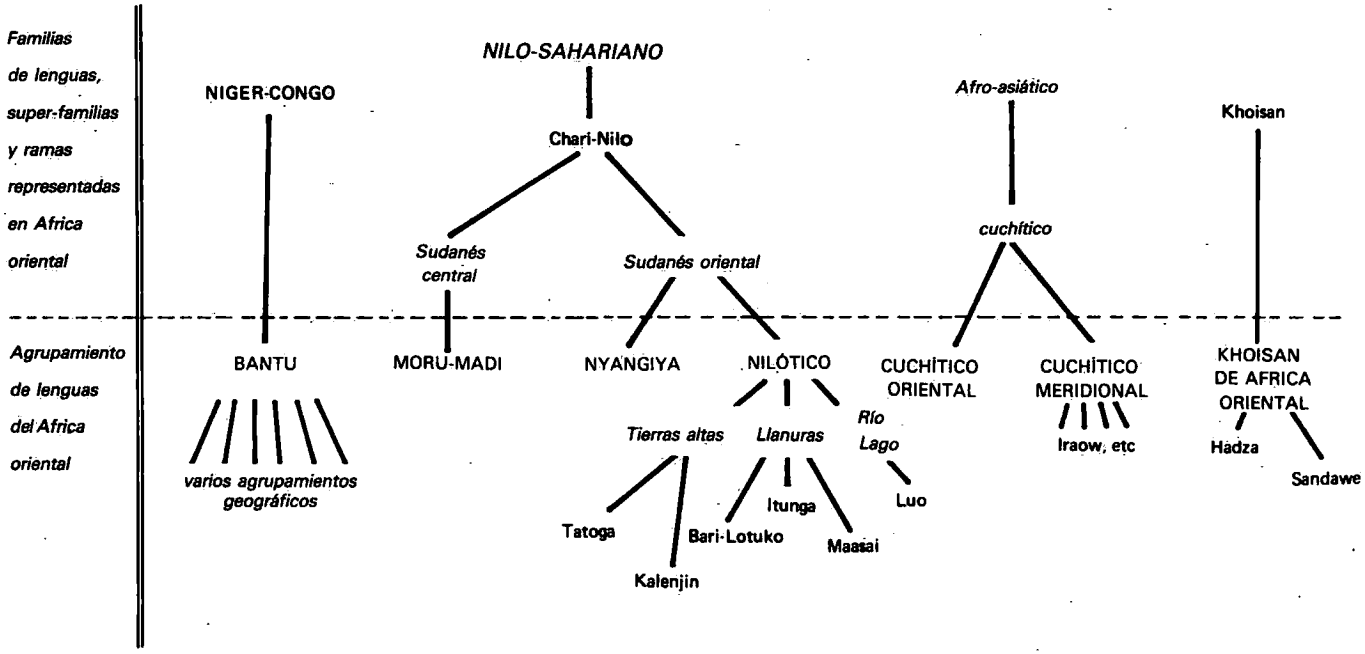
[7] Algunos de estos aspectos pueden resultar de los contactos posteriores con las poblaciones cuchíticas orientales de la Etiopía meridional y de la frontera de Kenia, principalmente en la región del lago Rodolfo. En el transcurso del presente milenio, la expansión de algunas poblaciones cuchíticas orientales, otros grupos de gallas y de somalíes, se ha manifestado en profundidad al norte y al este de Kenia. Conviene distinguir esas migraciones de la expansión cuchítica meridional, mucho más antigua, de la que aquí se trata.

LA CIVILIZACION BANTU: LA AGRICULTURA Y LA UTILIZACION DEL HIERRO

Mientras que, durante el primer milenio antes de la era cristiana, el pastoreo y el tabú del pescado del que iba acompañado ofrecían su señal distintiva a los cuchitas en una de las zonas del Africa oriental, el trabajo y la utilización del hierro caracterizaron a los bantú en el transcurso del milenio siguiente. No se sabe bien aún cómo y de dónde ha llegado esa noción, problema que es examinado en el capítulo 21. Mucho más importante que esa cuestión del origen es el hecho evidente de que los primeros bantú dependían del hierro y eran considerados como el pueblo que conocía los secretos de su metalurgia. Poblaciones más antiguas del Africa oriental sin duda no la había conocido. Ellas fabricaban sus útiles y sus armas con la ayuda de piedras que trabajaban según unas técnicas que remontan a la antigüedad más remota. En la zona cuchítica, el Rift Valley oriental, por ejemplo, está dotado felizmente de yacimientos de una piedra excepcional, la obsidiana (roca volcánica opaca) de la que fácilmente se podían sacar excelentes láminas de diferentes tamaños propias para toda clase de usos, incluidas las puntas de lanza y probablemente los cuchillos de circuncisión. Las comunidades contempodráneas, pero distintas, que vivían alrededor del lago Victoria, y entre las que la tradición acuática se había conservado en parte, estaban menos favorecidas que las del Rift Valley en lo que se refiere a las piedras que podían utilizar; sin embargo, han logrado fabricar herramientas perfeccionadas partiendo del cuarzo, del sílex negro y de otras piedras fáciles de tallar. Los mismo ocurría, más al sur, entre los cazadores de la sabana. En todas esas poblaciones, el primer contacto con extranjeros que practicaban una tecnología del hierro debió causar un choque intelectual.

La expansión principal de los bantú fue a la vez rápida y extensa, y no se realizó por fases progresivas como han sostenido algunos autores. Pero tampoco fue ya más un vagabundeo de nómadas errantes, ni una empresa de conquista militar. Fue un importante proceso de *colonización* —en el sentido pleno de la palabra— y la apertura del acceso a tierras esencialmente vacantes. Esa expansión bantú no ha absorbido la totalidad del territorio estudiado aquí. Cerca de una tercera parte del Africa oriental permaneció no bantú a consecuencia de la resistencia y de la adaptabilidad de algunas de las poblaciones primitivas, en particular en la larga franja del Rift Valley oriental con sus antiguas poblaciones cuchíticas, engrosadas durante la Edad de hierro por la llegada de algunos contingentes nilóticos (cf. mapa lingüístico, así como las secciones que preceden y que siguen).

Eso no significa que, durante esos dos milenios, no haya existido interacción alguna en Africa del Este, entre los bantú y diversos cuchitas o nilotas. Hubo tiempo para otra mezcla y asimilación en los dos sentidos, así como préstamos culturales y toda clase de enriquecimientos económicos. En esas regiones de buenos pastos, exentos de la mosca tsé-tsé, los bantú no tardaron en completar su régimen agrícola por medio de la leche y de la carne de ganados. Entre los bantú que vivían en torno al lago Victoria y en los ricos pastizales montañosos del oeste, el ganado desempeñaba hacía mucho tiempo un papel primordial. Inversamente, el papel del cultivo de los cereales entre las poblaciones cuchitas y nilotas de las tierras altas de Kenia y de Tanzania del Norte, con el tiempo se desarrolló considerablemente, aunque no fuese más que para responder a la necesidad de alimentar a una población siempre más



• *Agrupamientos de lenguas del Africa oriental y relaciones entre esos agrupamientos (Documento facilitado por el autor).*

numerosa, a la que se añadía la influencia o el ejemplo de los bantú vecinos y de sus técnicas. Ciertos sectores de las tierras altas llegaron a ser lingüísticamente bantúes reflejando, por ciertos aspectos culturales, la asimilación de un importante sustrato cuchítico. El hecho es totalmente sorprendente entre los kikuyu, cuya población es notablemente numerosa y densa. Hablan una lengua bantú y, en sus colinas y en sus calveros fértiles, la agricultura intensiva puede ser considerada como una adaptación local de los modos de vida bantú tradicionales. Pero, el sistema político kikuyu fundado sobre las clases de edad y la circuncisión, sin olvidar la aversión hacia el pescado, se adapta más a las antiguas costumbres cuchíticas de las tierras altas.

La zona cuchítica de las regiones montañosas y de Rift Valley, aunque conservaron su configuración fundamental (llegando a ser, según el reparto lingüístico actual, más nilótico que cuchítico durante la Edad de hierro) sufrió como consecuencia algunas intrusiones por parte de los bantú, particularmente en los sectores del bosque húmedo, dotados de un potencial agrícola excepcionalmente rico (lo que explicaría eventualmente que la población fuera allí más densa). En cambio, en otras zonas, la extensión de los hablantes bantúes experimentó un retroceso en el transcurso del segundo milenio antes de la era cristiana, en particular en algunos puntos de la costa, de las tierras del interior de Somalia meridional y del nordeste de Kenia; lo mismo ocurrió en las regiones afectadas por la extensión lwoo en el centro y al este de Uganda y, en Kenia, en las orillas del lago Victoria. Los movimientos y procesos de asimilación revisten una gran importancia para la posterior historia de esas regiones: serán estudiados más a fondo en los volúmenes siguientes. Sin embargo, hablando con relatividad, no se trata aquí más que de consideraciones secundarias. Es más importante observar ahora que los elementos principales del mapa lingüístico y de las tradiciones raciales y culturales de Africa oriental estaban ya fijados. La expansión bantú estaba prácticamente terminada y su límite septentrional en Africa del Este se estableció aproximadamente hace 5.500 años. En esa línea irregular y elástica, la colonización bantú ha estado determinada por unas culturas y unas economías vigorosas y suficientemente adaptables que se habían fijado anteriormente. Sin embargo, la situación era diferente en torno al lago Victoria y en toda la región que se extiende al sur.

En vísperas de la expansión bantú, las poblaciones instaladas en las orillas del lago Victoria y de los ríos próximos descendía, como hemos visto, de la antigua población de tradición acuática. Permaneciendo totalmente distintas, en el este, de los pastores cuchíticos de las tierras altas, se habían iniciado algo en la caza y, tal vez, un poco en la ganadería y hasta en la agricultura. Cualquiera que haya sido la facultad de adaptación de esas poblaciones, parece que fueron absorbidos rápidamente por las sociedades de los colonos bantú. Sin embargo, es posible que su herencia no haya sido desdeñable. En particular, varios aspectos de las creencias y de las técnicas de pesca de los bantú, instalados con las orillas y en las islas del lago Victoria, provienen muy probablemente de esos habitantes que les habían precedido. El culto de Mugasa, dios del lago y señor de las tempestades, cuya benevolencia asegura las pescas milagrosas y cuya ira suscita cataclismos, se remonta indiscutiblemente a la antigüedad.

También son muy interesantes los testimonios aportados por los descubrimientos arqueológicos y las dataciones cada vez más numerosas. Indican que alrededor del lago Victoria y en las tierras altas que dominan el Rift Valley occidental los bantú orientales se habían establecido sólidamente; allí adoptaron el modo de vida de la

sabana tras haber abandonado el bosque congolés. Y allí, en una zona de precipitaciones favorables, en la orilla del bosque, intentaron las primeras experiencias del cultivo del sorgo y del mijo (prestándose la sabana a un cultivo extensivo); allí es donde adquirieron las primeras nociones de ganadería; donde la cerámica característica de los bantú adquirió sus rasgos y sus adornos particulares («pequeños hoyos en la base»); donde la metalurgia fue perfeccionada, si no creada. Es significativo que ligeros hornos de ladrillos y señales de una industria del hierro altamente evolucionada y productiva hayan visto la luz en el noroeste de Tanzania, de Ruanda y de la provincia kivu del Zaire, que comprenden las regiones fértiles situadas a lo largo de la orilla oriental del gran bosque pluvial. Si se cree posible distinguir dos fases en la expansión de los bantú más allá de su bosque de origen, la fase de formación sería la primera que se remonta a unos dos mil años, tal vez más que menos [8].

Más al sur, en Tanzania y más allá, la expansión bantú encuentra en el curso de la primera mitad del primer milenio de la era cristiana un país en un estado más salvaje, pero quizá más sencillo. Extendiéndose a partir de una región muy poblada en la parte occidental del Africa oriental, armados de útiles, técnicas y las semillas indispensables, los bantú penetraban en lo sucesivo en los bosques claros y en las sabanas relativamente poco pobladas hasta entonces y explotadas por los cazadores-recolectores del monte bajo. Aunque tuvo sus consecuencias, la influencia de esos cazadores sobre los bantú parece que ha sido menor que la de poblaciones que ya se encontraban en Uganda y en Kenia. Sin embargo, flexibilidad y adaptación era necesarias en cada una de los nuevos sectores colonizados y dependían de la altura y de los suelos, de las lluvias y de su reparto anual [9]. Por lejos que se fuera, se conservaba el sentido de la «bantuidad»: ser bantú era emigrar perpetuamente, transportando consigo un saco de semillas y algunas herramientas para roturar y cultivar, y fijarse temporalmente en vez de establecerse definitivamente en aldeas permanentes. Ese proceso no acabó el día en que los bantú alcanzaron las orillas opuestas del subcontinente y los límites del desierto del Kalahari; seguía en las regiones atravesadas por numerosos terrenos no roturados, de tal modo que se podía aún durante algún tiempo hacer frente al crecimiento de la población sin tener que recurrir a métodos de cultivo más intensivos. Con frecuencia la historia bantú local está centrada sobre el clan más antiguo, cuyo fundador habría descubierto y roturado tal parcela de monte bajo.

No por eso los cazadores habían sido expulsados por la fuerza o la persecución; es más probable que sus conocimientos del país y su habilidad en el manejo del arco les valiese el respeto. Pero cuanto más densa se hacía la población, resultaba más difícil llevar una vida comunitaria fundada sobre la caza y la recolección. Una gran parte de los cazadores fueron absorbidos antes o después por la sociedad bantú, pero lo fueron en tanto que individuos, por el mecanismo del matrimonio, o quizá de la clientela: a una banda o a un grupo de cazadores no les era posible franquear el paso cultural y «bantuizarse».

[8] Para saber si se trata de un fenómeno propio del único sector oriental del bosque, o bien si se aplica también en su largo prolongamiento meridional que se extiende entre el lago Tanganica y la desembocadura del Congo, convendrá esperar un estudio más avanzado y a fondo de esa última región (cf. cap. 25).

[9] En las regiones septentrional y costera del Africa oriental, las sementeras habrían podido realizarse normalmente dos veces al año. Ahora bien, más al sur, el clima dominante no permitía más que una sola cosecha.

Con la nueva tecnología, el dominio mágico del suelo que producía cereales [10], permitiendo la cerámica cocinarlos de manera sabrosa, y los útiles de hierro y las puntas de flecha (que podían ser vendidas a los cazadores), el éxito y la superioridad bantúes estaban asegurados. Los bantú podían permitirse asimilar a los cazadores sin temor a perder su identidad o diluir su cultura. Parece que no fue necesario conservar unas señales distintas y artificiales o unas prohibiciones: aparentemente no existen mutilaciones corporales o tabúes comunes en los bantú. Su nueva lengua, que codificaba su modo de vida, bastaba. La economía, por lo que podemos juzgar, no carecía de flexibilidad; dependiendo de las condiciones locales, podía incluir la caza, la pesca o la ganadería de bovinos. Cuando ninguno de esos recursos estaba disponible o era insuficiente para asegurar las necesidades en proteínas, es probable que la ganadería de cabras o el cultivo de ciertas leguminosas pudieran hacerlo. El elemento básico era probablemente el sorgo: esta hipótesis se funda en el hecho observado de que el cultivo de ese cereal y de sus numerosas variedades adaptadas a los diferentes terrenos es tradicional desde hace mucho tiempo en Africa oriental y en el país bantú, mientras que, en Zambia, se ha identificado semillas de sorgo calcinadas en excavaciones arqueológicas de establecimientos de la primera Edad de hierro [11].

Esa interpretación de la expansión y del establecimiento de los bantú en Africa oriental (y en los países situados al sur y al oeste) al principio de la Edad de hierro está fundada en un conjunto de datos lingüísticos y arqueológicos, así como sobre consideraciones etnográficas generales. La característica más evidente de las numerosas lenguas bantúes, particularmente de las que son exteriores al bosque congolés, es su estrecho parentesco, que indica una separación y una diferenciación muy recientes, que remontan a mil o a dos mil años aproximadamente. El estudio comparativo de las lenguas bantúes hace aparecer también una relación con el hierro y sus técnicas desde la antigüedad. Esa es una de las razones que permiten asociar, en numerosos sectores del Africa oriental y del sur del Africa central, los establecimientos arqueológicos de la antigua Edad de hierro, fechados en la primera mitad del siglo I de la era cristiana con la colonización bantú. Pero todavía hay una razón de más peso que asegura que esos establecimientos son los de los primeros bantú: es sencillamente que su distribución coincide perfectamente con la de las poblaciones bantúes actuales. Ningún argumento mayor permite suponer que una población totalmente diferente habría vivido en esa misma extensa región para desaparecer completamente hace mil años.

Los objetos característicos encontrados más frecuentemente en esos antiguos establecimientos bantúes no son útiles ni armas de hierro (éstos eran generalmente demasiado valiosos para ser tirados y, hasta en ese caso, probablemente hubieran sido corroídos por la herrumbre), sino fragmentos de cerámica. De ello hemos tratado

[10] El papel del hacedor de lluvia era esencial en todas partes.

[11] Algunos autores han hablado mucho sobre el papel de los plátanos en la expansión bantú. Ese cultivo, originario del sudeste de Asia, parece que no ha sido introducido en la costa oriental de Africa antes del primer milenio de la era cristiana. Por tanto, no ha podido ser conocido de los bantú más que una vez terminada su gran expansión. Evidentemente se trata de un cultivo practicado por poblaciones instaladas más bien que por colonizadores. En el curso de la historia bantú más reciente, los plantanales permanentes han adquirido una importancia cada vez mayor en las regiones húmedas con población sedentaria densa, como las orillas meridional y occidental del lago Victoria y diferentes macizos de las tierras altas. En realidad, durante el último milenio, la expansión del plátano ha sido más notable en el Africa oriental que en el resto del mundo.

Los alimentos americanos a base de almidón, como el maíz y la mandioca, eran desconocidos en el Africa oriental hasta una época muy reciente.

anteriormente. Desde los primeros comienzos, esa cerámica distaba mucho de ser idéntica de uno a otro extremo del inmenso territorio habitado por los bantú. Los arqueólogos no cesan de descubrir nuevos tipos de ella. Quizá los más conocidos son los ejemplares con un pequeño hoyo en la base (o «urewé») descubiertos alrededor y en la parte oeste del lago Victoria; se los encuentra hasta en el extremo norte del lago Tanganica e incluso en las sabanas arbóreas situadas en el Zaire, al sur del bosque. Además de esos «pequeños hoyos», algunas de esas vasijas tienen bordes con complicados contornos y una notable decoración de arabescos y otros dibujos. Al sur y al este de la zona caracterizada por las vasijas con pequeños hoyos en la base, la alfarería de la Edad de hierro antigua se clasifica en dos grupos principales. En el nordeste de Tanzania y en el sudeste de Kenia, o sea, más allá del gran saliente cuchítico, se encuentra la alfarería llamada de Kwalé, desde las laderas montañosas descendiendo hasta la llanura costera. En el extremo meridional del lago Tanganica y en los países situados más al sur, se ha identificado una gran cantidad de cerámicas regionales. (Comprenden las que anteriormente han sido conocidas en Zambia con el nombre de vasijas con «estrías».)

Nadie duda de que todas esas cerámicas tengan generalmente un «parecido de familia»; pero se ha discutido mucho sobre lo que podía deducirse respecto a las direcciones de la expansión bantú. Porque no son las vasijas que pertenecen al «tipo medio», ni las más «típicas» las que parecen aportar el mayor número de datos, sino aquellas cuyas características son más extremas y más singulares. Echando una mirada sobre una colección de cerámicas de la primera Edad de hierro procedente de establecimientos diseminados entre el ecuador y las fronteras del Africa del Sur, se tiene inmediatamente la impresión de que las vasijas del norte, particularmente las vasijas con cavidad en la base, procedentes del contorno y del oeste del lago Victoria, tienen un sello de originalidad que tiende a desaparecer a medida que se desciende hacia el sur. Todo ocurre como si los alfareros del norte hubieran firmado cuidadosamente sus cerámicas «bantú», mientras que, separados de la gran corriente de la tradición, los del sur hubieran considerado ese punto como tan bien conseguido que se hubiera producido una simplificación progresiva de las formas, de los bordes y de los motivos decorativos. Eso era bastante natural: por todas partes, desde Tanzania central hacia el sur, donde la cerámica parece que es un arte nuevo introducido por los primeros colonos bantúes, los objetos pequeños de alfarería eran automáticamente considerados como bantúes. Pero en las tierras altas de Kenia y alrededor del lago Victoria, otras poblaciones habrían fabricado desde hacía mucho tiempo su propia cerámica. En realidad, aunque menos original que el tipo con cavidad en la base, la alfarería «kwalé» del este tenía necesidad de conservar y de subrayar ciertas características bantúes. Desde luego, al nordeste de Tanzania, en algunos lugares donde las colinas boscosas se encuentran con las llanuras, se da a la vez la cerámica kwalé y otra de la misma época. ¿Es ese el punto de encuentro de los bantú y de los cuchitas?

Es imposible establecer un mapa detallado de la expansión bantú partiendo de esos vestigios de cerámica, tanto más cuanto que los datos arqueológicos faltan en algunas regiones, como Tanzania meridional y Mozambique. Sin embargo, un mapa semejante indicaría una irradicación en las sabanas a partir de un núcleo común situado en alguna parte al oeste del lago Victoria, cerca del límite del bosque. Los descubrimientos más recientes sobre las relaciones lingüísticas de los bantú no forestales actuales presentan un esquema absolutamente idéntico al de la evolución

histórica de los bantú y de su dispersión al salir del bosque. Por todas partes donde esa salida del bosque ha sido realizada con éxito, ya sea al sur o al este, se ve claramente que primero se ha realizado a lo largo de sus orillas, en una o en las dos direcciones, hasta las regiones totalmente húmedas que rodean el lago Victoria. Sólo más tarde es cuando los bantú se han dirigido decididamente hacia las sabanas prácticamente ilimitadas del sur y del sudeste.

La región que rodea el extremo sur del lago Tanganica o el «pasillo» que lo separa del lago Niassa, ha podido ser un segundo centro de dispersión, común a los bantú del sur y del nordeste, es decir, a los pueblos de la cerámica kwalé. Pero para recontruir útilmente la historia de esa última región, hay que esperar a recoger informaciones más precisas sobre lo que ocurrió en Tanzania meridional en el I milenio antes de la era cristiana. Hay una tesis que defiende que los pueblos de lengua cuchítica se habrían extendido desde las tierras altas del norte a las del sur pasando por Tanzania central.

Entre los bantú actuales del Africa oriental, la alfarería es generalmente una ocupación femenina. Pero según indicaciones etnográficas recogidas en los países situados al oeste y al sur, la tradición original de la alfarería bantú habría sido difundida por artesanos varones que acompañaban a los invasores. Esa tesis es puramente conjetural, pero puede deducirse de testimonios arqueológicos recogidos por D. W. Phillipson en Zambia [12].

En este caso, estaría asociada muy probablemente a otros grandes oficios bantúes, como la metalurgia del hierro y la forja de las herramientas. Ninguna colonia nueva podía tener éxito sin especialistas que conociesen los secretos de la cerámica y de la forja. Sin embargo, parece que, por limitados que haya sido, habría habido allí intercambios comerciales desde ese estadio precoz. A pesar de que no escaseaba, el mineral de hierro no era, no obstante, universalmente disponible, y los yacimientos realmente ricos eran poco numerosos. Es posible que su repartición haya influido sobre la colonización bantú. La explotación muy antigua de minerales ricos y los hornos perfeccionados de Ruanda y de la parte adyacente de Tanzania ya han sido mencionados. En el nordeste de Tanzania, los establecimientos antiguos de los montes Paré y de sus alrededores revelan quizá el interés manifiesto por los ricos minerales de ese sector. No lejos de allí, en los contrafuertes del Kilimanjaro, donde el mineral de hierro es desconocido, los establecimientos de ese período son más numerosos. El tipo de comercio característico de una época reciente que consistía en transportar barras de hierro (y objetos de alfarería) de Paré hasta el Kilimanjaro para cambiarlos por productos alimenticios y por ganado, se practica quizá desde hace mil quinientos años. Sea lo que fuere, no hay que imaginar las primeras sociedades de colonos bantú dedicándose sobre un extenso territorio a un comercio de gran envergadura. Para ellas se trataba de afincarse y de subsistir. Ese comercio no se desarrolló realmente más que a partir del período «intermedio» de la historia de los bantú. En cuanto al período anterior mismo, los yacimientos donde han sido descubiertas las vasijas kwalé, algunas de las cuales están muy próximas del océano Indico, no han proporcionado objeto alguno de origen costero o extranjero.

Esas sociedades agrícolas también tenían necesidad de sal. En los tiempos modernos, han sido utilizados diferentes medios para procurarse ese producto indispensable

[12] D. W. Phillipson, 1974, págs. 1-25, en particular págs. 11-12.

en numerosas regiones de Africa oriental. Un método consiste en quemar ciertas cañas y ciertas hierbas que absorven la sal contenida en el suelo. Las cenizas son disueltas en agua, y la salmuera que resulta es filtrada después y se la deja evaporar. Procedimientos similares de extracción son utilizados en diversos lugares que tienen suelos salados. Se puede obtener sosa para la cocción de legumbres duras recurriendo a técnicas análogas. La productividad es generalmente escasa; la calidad de la sal deja con frecuencia mucho que desear. Además, en algunos sectores esas operaciones ni siquiera era posibles y era preciso recurrir al comercio. Este alcanzó toda su importancia allí donde estaban los ricos yacimientos de sal del Africa oriental, —sales salinas concentradas, fuentes saladas y lagos de agua mineral de Rift Valley—. Entre esas fuentes, sólo las fuentes saladas de Uvinza, en Tanzania oriental, parece que han sido explotadas en el transcurso de la primera Edad de hierro. Las investigaciones realizadas sobre otras salinas, en Kibiro cerca del lago Alberto, en Uganda y en Ivuno en el sudeste de Tanzania, no han revelado huella alguna de actividad anterior al presente milenio. Pero es posible que trabajos ulteriores realizados en los mismos lugares, especialmente en las orillas de los lagos salados de Kasenyi y de Katwé en el sudeste de Uganda, aporten más amplias informaciones sobre el período antiguo. Además, los bantú más orientales podían, sin duda, aprovisionarse en las pequeñas corrientes de agua costeras.

LOS NILOTAS: ADAPTACION Y CAMBIO

Además de los bantú, otro grupo lingüístico, o más exactamente, varias series de grupos lingüísticos emparentados desde mucho tiempo atrás, han ocupado una gran parte del Africa oriental durante la Edad de hierro. Son los nilotas. Aunque sus características físicas difieren en muchos aspectos de las de los bantú, los nilotas son claramente negros. Sin embargo, es exacto que las poblaciones de lengua nilótica, que han penetrado más profundamente al este y al sur en la antigua zona cuchítica de Kenia y de Tanzania septentrional, han asimilado una parte de la población «etiopoide» anterior, lo que permite explicar los rasgos originales de los agrupamientos itunga, masai, kalenjin y tatoga de hoy, poblaciones antaño clasificadas como «nilo-camitas». Su parcial ascendencia cuchítica se manifiesta también en su herencia cultural, pero diferentemente según los grupos. De ello resultan numerosísimos préstamos en las lenguas cuchíticas. Sus lenguas, no obstante, siguen siendo básicamente nilóticas [13].

No se sabe nada cierto sobre la protohistoria de los nilotas. Sin embargo, el reparto y las relaciones internas de sus tres ramas actuales indican que su patria de origen se situaría en las bajas praderas de la cuenca del Alto Nilo y en las orillas de sus lagos y de sus corrientes de agua. Se puede imaginar que su aparición en tanto que grupo dominante en la rama «sudanesa oriental» de la familia lingüística «chari-nilo» y sus expansiones periódicas rápidas, ya que no fulminantes, en diversas direcciones, resultan de su adopción de la ganadería en esa parte de la antigua zona acuática hace tres mil años. Quizá el ganado provenga de los cuchitas de las tierras altas etíopes del

[13] En su origen la palabra «nilótico» tenia naturalmente una acepción geográfica: «río Nilo». Pero, aquí como en los trabajos históricos contemporáneos, el término «nilótico» designa un grupo de lenguas definido exclusivamente por medio de criterios lingüísticos, fuera de toda idea de localización. Cf. mapa pág. 589.

este, o más probablemente de las poblaciones establecidas aguas arriba del Nilo. Allí, en la cuenca del Nilo Blanco, la práctica de la pesca ha proseguido paralelamente con la ganadería y con el cultivo de los cereales. Esa explotación económica tripartita del medio ambiente sigue siendo la de las poblaciones actuales ribereñas del Nilo Blanco y de sus afluentes.

Las divisiones entre lenguas nilóticas —entre los nilotas de las altas tierras, los de los lagos y de los ríos y los de las llanuras [14]— son antiguas y profundas (mucho más, por ejemplo, que las que separan las lenguas bantúes). Y, aunque sea difícil adelantar una fecha precisa para la escisión de la lengua nilótica madre, ésta no se puede remontar a menos de dos mil años. Es probable que esa escisión se produjese en algún lugar del Sudán meridional, probablemente cerca de la frontera etíope. Del conjunto de esa región, representantes de cada una de las tres divisiones han emigrado hacia los sectores septentrionales o hasta sectores centrales de Africa del este en el transcurso de los dos últimos milenios. Sin embargo, las ramas salidas de los nilotas de las llanuras (principalmente el grupo itunga de Uganda oriental y del nordeste de Kenia, y los masai de Kenia y de Tanzania septentrional) y de los nilotas de los ríos y de los lagos (los lwoo de Uganda y de las orillas lacustres de Kenia) pertenecen al milenio actual y forman parte por consiguiente de los volúmenes posteriores de esta *Historia*. En el presente volumen, nuestro objetivo se limita al nilótico de las tierras altas, representado en nuestros días por los kalenjin de las montañas occidentales de Kenia y los tagota diseminados en las praderas de Tanzania septentrional.

Los primeros nilotas de las tierras altas no son aún conocidos en el plano arqueológico; sin embargo, su reparto actual y comparaciones lingüísticas internas muestran que han debido instalarse en Kenia hace unos mil años, por lo menos. Es posible que su aparición, en tanto que grupo que tiene su identidad, su cultura y su lengua, haya coincidido con la llegada del hierro a la cuenca del Alto Nilo y a los confines de Etiopía. En esas regiones y en la zona cuchítica, el conocimiento y el trabajo del hierro probablemente han llegado del norte [15]. Este proceso habría sido independiente de su adopción por los antiguos bantú, a quienes se debe probablemente como hemos visto, la difusión del trabajo del hierro al sur y al oeste del Africa oriental.

Cualesquiera que hayan sido las razones del éxito de los nilotas de las tierras altas en el transcurso del primer milenio de la era cristiana, han llegado a controlar progresivamente una gran parte, sino la totalidad, de Rift Valley, de las regiones montañosas adyacentes y de las llanuras que hasta hacía poco habían sido territorio cuchítico. La asimilación desempeñó ahí un papel tan importante como la invasión y la expansión; el proceso debió continuar probablemente bastante antes del segundo milenio. Esos nilotas conocían ya la ganadería del ganado mayor y el cultivo de los cereales: sin embargo, mucho tenían que aprender sin duda de los cuchitas en lo que se refiere a la adaptación de esas formas de actividad en su nuevo entorno montañoso. Además, su organización social y sus clases de edad sucesivas parecen ser una

[14] Tales son los términos utilizados en *Zamani*. Corresponden a la nomeclatura de J. H. Greenberg: Nilótico «meridional», «occidental» y «oriental» respectivamente. Cf. la bibliografía.

[15] El hierro comienza a ser conocido en el norte de Etiopía y en las regiones del Nilo Medio hacia la mitad del primer milenio antes de la era cristiana. Artículos de hierro han sido importados en la costa de Africa durante los primeros siglos de la era cristiana (cf. cap. 22). Pero ningún elemento indica que el arte del herrero haya sido copiado de esas fuentes exteriores o importado hacia el interior.

amalgama de los elementos nilóticos y cuchíticos, mientras que la costumbre de la circuncisión, que señala la entrada del iniciado en una clase de edad especialmente designada es específicamente cuchítica. Lo mismo ocurre con la prohibición sorprendente del pescado. Aquel que trepaba las pendientes de las montañas abandonaba deliberadamente tras de sí los lagos, las marismas y los ríos del oeste.

La mayor parte de los nilotas han permanecido en la cuenca del Nilo, principalmente en el Sudán meridional. Allí no han experimentado directamente la influencia de los modos de vida cuchíticos y han combinado útilmente la ganadería, el cultivo de los cereales y la pesca. Sin embargo los nilotas de las llanuras han acabado por dividirse en tres ramas principales y es interesante observar cómo, desde el noroeste hasta el sudeste, su cultura se ha modificado y cómo se han adoptado al entorno. Un modo de vida bastante típicamente nilótico se ha conservado en el grupo bari-lotuko, en el Sudán meridional y en las fronteras de Uganda septentrional. En las colinas y en las llanuras más bien secas que se extienden desde el norte de Uganda hasta Kenia, dominadas por el agrupamiento itunga (Karamojong, Turkana, Tesso, etc.), la pesca es poco practicada, pero eso puede ser debido tanto a las dificultades naturales, como a una prohibición cultural. Más allá de los itunga, la tercera rama de los nilotas de las llanuras —los masai— se han establecido sobre una gran parte de las regiones montañosas y de las verdes mesetas de Kenia y de Tanzania septentrional. En el transcurso de los últimos siglos los masai han asimilado a los nilotas que les habían precedido allí. Han experimentado fuertemente su influencia así como, directa o indirectamente, la de los cuchitas del sur. Y entonces adoptaron no sólo el tabú del pescado, sino también la circuncisión. En esos ricos pastizales, son los masai del centro, en realidad, los que recientemente han logrado llevar la ética pastoril a su nivel más alto.

He aquí algunos de los numerosos ejemplos de expansión de los nilotas y de asimilación, debidos frecuentemente al azar: asimilación de otras ramas y subdivisiones de pueblos nilóticos o no nilóticos, y proceso de expansión que exigen frecuentemente una adaptación a la vez ecológica y cultural. En Sudán meridional y al norte y este de Uganda, las interacciones que se han producido en el transcurso del presente milenio (y probablemente también del precedente) entre algunas ramas de los nilotas de las llanuras y de los grupos de los ríos y de los lagos, han sido tan complejas como las que acaban de ser expuestas entre nilotas y cuchitas, así como entre nilotas antiguos y recientes, ya sea en Kenia o en las montañas de Tanzania septentrional. Los historiadores han estudiado más bien las presiones ejercidas por los lwoo, rama de los nilotas del grupo de los ríos y de los lagos, sobre los bantú de Uganda y de las orillas lacustres de Kenia durante los seis o siete últimos siglos. Pero se han interesado menos por otros dos grupos no nilóticos establecidos uno al nordeste de Uganda y el otro al noroeste de ese país y en los países vecinos, cuyo territorio es bastante pequeño actualmente, pero que han conocido hace más de un millar de años una extensión y una importancia mucho mayores.

El primero se compone de grupos étnicos de lengua nyangiya (incluyen a los tepeth, a los teuso y a los ik actuales) algunos de los cuales cazan, mientras que otros practican un cultivo intensivo en unas zonas montañosas aisladas, no lejos de la frontera nordeste de Uganda. Esta región ha conocido ciertamente una gran diversidad cultural, y se cree que algunas de las técnicas de fabricación de los útiles de la Edad de piedra reciente han sobrevivido entre las comunidades montañosas hasta el

presente milenio. La región vecina, bastante seca en su mayor parte, es la de los itunga, población nilótica de las llanuras, que, quizá después de otros agrupamientos nilóticos anteriores, han agrupado y, en gran medida, asimilado a esos nyangiya. Quizá la lengua de estos últimos esté emparentada desde hace mucho tiempo con la nilótica (en la rama sudanesa oriental de la familia chari-nilo) [16]. Quizá, anteriormente a los movimientos nilóticos, los nyangiya han constituido una importante población agro-pastoril ocupando una gran parte del territorio comprendido entre la zona cuchítica oriental y la de los últimos pueblos acuáticos del Alto Nilo.

Estos últimos representantes de la antigua tradición acuática bastante decadente pueden haber pertenecido, como se ha sugerido anteriormente, el grupo linguístico sudanés central (que constituye una rama distinta de la familia chari-nilo). Actualmente se trata de una subfamilia fragmentada, consistente en grupos separados diseminados alrededor del límite nordeste del bosque ecuatorial. Uno de esos grupos (los moru-madi) está establecido en los dos lados de la frontera, al nordeste de Uganda. Antes de la expansión de los bantú en Uganda central, hace casi dos mil años, y de los movimientos de los nilotas procedentes del norte y del nordeste, es probable que el uso de las lenguas del grupo sudanés central estuviera muy extendido en la cuenca del Alto Nilo y del lago Victoria. Algunas de las bases culturales de esa zona muy poblada de Africa oriental son más antiguas que las lenguas bantú y lwoo que se hablan allí actualmente.

EL PROBLEMA DEL «MEGALITICO» AFRICANO ORIENTAL

Las obras dedicadas en otro tiempo al Africa oriental y a su historia dedicaban un lugar importante en las grandes civilizaciones que se habrían desarrollado en la antigüedad.

Se las situaba en la región interlacustre, más particularmente en las tierras altas de Kenia y de Tanzania del Norte (es interesante observar que se trata de la antigua zona cuchítica). Esas fases históricas estaban fundadas en «tradiciones orales» recogidas al margen de todo método científico, o de las observaciones arqueológicas que versan sobre los vestigios de supuestas obras que trataban del arte de ingeniería y sobre las ruinas de construcciones y de terrazas de piedra en seco. Desgraciadamente, una gran parte de los datos han sido sacados de forma inexacta, o, en todo caso, interpretados sin gran lógica o referidos a hechos sin relaciones para encuadrar unas tesis históricas caprichosas, entonces de moda, como la famosa tesis «camítica». Esa tendencia ha sido con frecuencia fácilmente adoptada por unos autores de obras de segunda mano que han aceptado sin discernimiento datos presentados como originales y, en algunos casos, han exagerado su alcance. Así de ilógica es la tesis tan frecuentemente avanzada de que diversos tipos de características arqueológicas, auténticas o fantásticas, con o sin objetos, diseminados sobre una vasta región, podían ser atribuidos a una pueblo o a una cultura única en una época determinada del pasado. Semejante hipótesis sustenta la teoría de Huntingford sobre la «civilización azaniense» de Kenia y del norte de Tanzania, que él atribuía a los «camitas» y la de Murdock sobre los

[16] Esa clasificación ha sido discutida: según algunos autores, el nyangiya estaría más próximo de la gran familia afro-asiática (a la que pertenece, principalmente, el cuchítico).

«cuchitas megalíticos» que hace tiempo habrían poblado esa misma región. (Subrayemos de paso que Murdock se ha opuesto expresamente a los prejuicios «camíticos» de los autores que le habían precedido.)

La palabra «megalítico» es, pues, una palabra engañosa, sin significación cultural ni científica en Africa oriental. Sin embargo, no carece de interés recordar brevemente los datos sobre los que se fundaba para establecer la existencia de «culturas megalíticas» antiguas. ¡No siempre se trata de construcciones de piedra! Ya hemos mencionado en este capítulo los túmulos (o montículos de piedra) que representan tumbas; frecuentemente se los encuentra en los pastizales de Kenia y del norte de Tanzania. Muchos, si no la mayor parte, datan del final de la Edad reciente de piedra (o sea, de dos a tres mil años) y probablemente son obra de poblaciones que han hablado una lengua cuchítica. Otros pueden ser más recientes. Es posible, si no absolutamente cierto, que alguno de los pozos excavados en la roca de las praderas áridas del sur del país masai de Tanzania, así como al norte y al este de Kenia, se remonten al mismo período, en el momento de la introducción del ganado. Así ocurre en algunas de esas «rutas antiguas» de las tierras altas, que no son en realidad otra cosa que «pistas de ganado» accidentalmente erosionadas por el paso continuo, durante largos períodos, de los rebaños que atraviesan las crestas y descienden las pendientes hacia el agua. Son muchas las que aún se conservan y otras nuevas aparecen. Retrocediendo no tan atrás en el tiempo, se encuentran también las huellas de la agricultura con riego practicada en las laderas de Rift Valley y en los macizos montañosos de Tanzania septentrional y de Kenia. Pero se puede demostrar que, por zonas, éstas datan al menos de hace algunos siglos. Los cultivos en terrazas a lo largo de las pendientes son, a pesar de todo lo que se ha podido escribir a este respecto, mucho menos escasos y mucho menos importantes históricamente. Sólo se han realizado sobre emplazamientos completamente particulares o marginales. Algunas publicaciones mencionan incluso en el interior este-africano «monolitos» y «piedras fálicas», cuya presencia en esas regiones es extraordinariamente dudosa.

El problema del «megalítico» del Africa oriental no se limita, sin embargo, a las consideraciones que preceden. Se ha hablado también de «casas de piedra», de «cercados» y de «habitaciones excavadas en el suelo». Aunque también aquí nos enfrentamos con descripciones inexactas y con una interpretación errónea, existen, no obstante, algunos hechos arqueológicos que es necesario tener en cuenta. Los vestigios en cuestión son muros y revestimientos de piedras en seco que se encuentran en dos sectores distintos. Esos dos establecimientos son totalmente diferentes uno de otro en el plano cultural, aunque sean casi contemporáneos, ambos se remontan a la mitad del presente milenio (y por consiguiente están fuera del período estudiado en este volumen).

El primero de esos complejos comprende lo que se llama los «Sirikwa Holes» que son muy numerosos en el conjunto de las tierras altas occidentales de Kenia. Representan las ruinas de kraals para ganado fortificados, construidos por las primitivas poblaciones kalenjin: no son habitaciones excavadas en el suelo como se ha creído hace algún tiempo. Pero las casas, unidas a los kraals o cabañas, eran construidas de madera y de cañas, pero no de piedra. En realidad, los kraals eran construidos normalmente sin piedra y rodeados de tierra suelta y de empalizadas. En las zonas pedregosas losas y bloques han sido empleados como revestimientos de las tapias y de los sistemas de acceso. Así esta observación muestra perfectamente cómo

la presencia o la ausencia de construcciones de piedra debe ser explicada tanto por el entorno como por consideraciones culturales.

El segundo conjunto está situado en la vertiente occidental del gran Rift Valley, pero un poco más al sur, más allá de la frontera de Tanzania. Comprende varios establecimientos —el más importante de los cuales es Engaruka [17]— situados cerca de ríos apropiados para el riego al pie de las laderas de los «Crater Highlands». Allí las construcciones de piedra han sido utilizadas con fines diferentes: entre otros diversos tipos de trabajos de defensa, principalmente enormes parques para animales y recintos de aldeas. En el interior de esas aldeas apretujadas, construidas en la vertiente de la ladera, cada casa era construida sobre un cercado en plataforma, protegido por un magnífico revestimiento de piedras, al que se llegaba por un camino en terrazas igualmente revestido de piedras. Sin embargo, también allí, eran de madera y de cañas, y no de piedra. Lo más notable en Engaruka es la utilización de la piedra para revestir y proteger las paredes de centenares de canales de riego, y para dividir y allanar millares de campos que se extienden sobre más de veinte kilómetros cuadrados.

La identidad y el agrupamiento lingüístico de los habitantes de Engaruka no han sido aún definitivamente establecidas. Formaban un conjunto que ha sido desmembrado y asimilado por fragmentos hace aproximadamente dos siglos. A pesar de la importante calidad y de la extensión de las construcciones de piedra en seco, parece que la población de cultivadores que ha vivido en ese establecimiento se estancó en un relativo aislamiento, obligada a superexplotar los recursos de su suelo y de sus reservas de agua sobre superficies muy restringidas. Su modo de vida se había especializado hasta tal punto en una dirección determinada que no pudo adaptarse.

Tal es la respuesta que probablemente conviene dar a los historiadores de espíritu romántico que tratarán de buscar en Engaruka más de lo que podrán descubrir. Ese lugar no puede ser invocado para apoyar unas teorías sobre «grandes civilizaciones megalíticas». No era una ciudad de treinta mil habitantes o más, como se creía hace algún tiempo y como se ha repetido en varias obras. Se trataba más bien de una comunidad agrícola concentrada, que vivía de una agricultura excepcionalmente intensiva. Engaruka es importante, pero en su contexto local y como un ejemplo de desarrollo y de desfondamiento de una cultura rural en una situación muy particular. Además, la datación principal que la hace remontar al II milenio de la era cristiana, parece ahora suficientemente exacta después de las investigaciones y de las pruebas al radiocarbono. Fechar algunos de esos vestigios en el I milenio como se ha propuesto en los años 1960, habiendo dado el empleo del radiocarbono unas fechas mucho más antiguas, es actualmente considerado como un error, al menos para el conjunto del establecimiento.

[17] Una reciente puesta a punto se encontrará en Engaruka y en los establecimientos que han sido relacionados en los artículos de H. N. Chittick y J. E. G. Sutton, *Azania*, 1976.

Capítulo 24

EL AFRICA OCCIDENTAL ANTES DEL SIGLO VII

B. WAI ANDAH

El examen crítico de los datos arqueológicos y otros de los que disponemos no corrobora la creencia popular según la cual las sociedades neolíticas y de la Edad de hierro en el Africa occidental deberían esencialmente sus orígenes, su desarrollo y su carácter general a factores culturales exteriores. En un error, en particular, afirmar que, en la mayor parte de los casos, ideas y poblaciones llegadas del exterior, generalmente del norte a través del Sáhara, han estimulado o provocado todos los grandes acontecimientos de los primeros tiempos de la producción alimenticia o del trabajo del hierro y del cobre. De los datos disponibles se deduce más bien que varias categorías complejas de orden regional, subregional o local han desempeñado un papel más o menos importante: los establecimientos del Neolítico y de la Edad de hierro en el Africa oeste se explican mejor, en mayor o menor escala, como partes constituyentes de sistemas de establecimientos integrados en lo posible en el juego de los grandes acontecimientos ecológicos.

ORIGEN DE LA AGRICULTURA EN EL AFRICA OCCIDENTAL

No es insistir demasiado en el hecho de que, para tener una idea exacta de la historia y de la evolución de la aclimatación de las plantas y de la domesticación de los animales bajo los trópicos, convenga volver a examinar y, en algunos casos, abandonar completamente las concepciones y los sistemas de referencia tradicionales, es decir, europeos. Deberán realizarse experiencias para ayudar a descubrir cuánto tiempo ha sido necesario para obtener los cultivos africanos actuales a partir de sus diversos antepasados silvestres y en los diferentes nichos ecológicos. Además resulta necesario ampliar el alcance de los trabajos arqueológicos. Los estudios sobre la sucesión de las plantas y sobre los suelos en los establecimientos prehistóricos (demasiado descuidados hasta ahora) son esenciales (por la razón principal de que frecuentemente carecemos de indicaciones «directas») si se quiere comprender cuándo y cómo otras actividades han seguido a la caza y a la recolección en el Africa occidental.

En ese contexto, la domesticación significa las medidas que consisten en sustraer los animales a los procesos de selección natural, en dirigir su reproducción y en ponerlos al servicio del hombre haciéndolos trabajar o dar sus productos, y en hacerles adquirir, por medio de la ganadería selectiva, nuevos caracteres a cambio de la pérdida de algunos de los que poseían antes. El cultivo de las plantas se entiende aquí como la plantación de tubérculos o la siembra de granos, la protección de los árboles frutales y de las plantas trepadoras, etc., con vistas a obtener, para uso del hombre, una cantidad apreciable de esos mismos tubérculos y semillas.

En este estudio, nos abstendremos de utilizar términos como *vegecultura* y *arboricultura,* de usos corrientes en los textos, pero que implican la idea de una evolución gradual de realizaciones culturales. Asimismo, no tendremos en cuenta la definición de la agricultura (por ejemplo: Spencer [1]) en el sentido tecnológico de la palabra: «sistemas de producción alimenticia que hacen intervenir útiles *perfeccionados,* animales de tiro y medios mecánicos, métodos de cultivo *evolucionados* y técnicas de producción *experimentadas*». (Hemos subrayado algunas palabras para resaltar el carácter relativo de semejante definición.)

Estudios ecológicos indican, en primer lugar, que la domesticación de los animales es realizable en las zonas tropical y subtropical semiáridas de la sabana [2] porque el pH de los suelos en ellas es bastante elevado ($\pm$ 7,0); en consecuencia, los macroelementos nitrógeno y fósforo son bastante fácilmente asimilables y los pastos ofrecen una aportación de proteínas relativamente elevada. Por el contrario, esos estudios muestran que los animales domésticos no constituyen un elemento importante de la producción alimenticia en las regiones tropicales húmedas, porque, principalmente, el pH de los suelos es allí generalmente escaso y porque las posibilidades de asimilación de los macroelementos nitrógeno, fósforo y calcio son insuficientes; de lo cual resulta que los pastos abundan en fibras de celulosa indigestas y ofrecen un valor de fermentación elevado. La producción y la pérdida de calor entre los animales plantean así serios problemas para la cría del ganado en las regiones tropicales húmedas. Para mantener cierto equilibrio térmico, el ganado de esas regiones es generalmente de talla pequeña, de ahí la ventaja de una gran superficie por eso unitario que facilita la pérdida de calor. Efectivamente allí donde ha habido cría de ganado, el problema de las temperaturas elevadas ha sido resuelto aparentemente por la selección de animales (de talla pequeña) capaces de adaptarse a las condiciones tropicales.

En segundo lugar, los estudios ecológicos revelan que, contrariamente a los del Medio Oriente, las plantas anuales cultivadas en la mayor parte del Africa occidental estaban y están aún adaptadas al crecimiento en un clima estacional que comporta temperatura elevada y muy húmeda. Excepto en las tierras altas frescas y relativamente secas, la incapacidad de los cereales del Medio Oriente para resistir a los microbios patógenos que pululan donde hay altas temperaturas hace que su cultivo sea un fracaso total. Investigaciones botánicas [3] han indicado expresamente que algunas plantas tales como el mijo *(Pennisetum typhoideum);* leguminosas como los guisantes forrajeros *(Vigna sinensis);* la berza *(Voandzeia subterranea);* tubérculos

[1] J. E. Spencer, 1968, págs. 501-502.

[2] J. C. Bonsma, 1970, págs. 169-172.

[3] R. Porteres, 1950, págs. 489-507; *id.,* 1951 (a), págs. 16-21; *id.,* 1951 (b), págs. 38-42; *id.,* 1962, págs. 195-210; H. Dogget, 1965, págs. 50-59; M. A. Havinden, 1970, págs. 532-555.

como el ñame de Guinea (*Dioscorea cayenensis y Dioscorea rotundata);* la palmera de aceite *(Elaies guinensis);* el fonio *(Digitaria exilis);* el cacahuete *(Kerstingiella geocarpa)* y el arroz *(Oryza glaberrima)* son aborígenes y han sido cultivadas probablemente en una época muy remota en diferentes regiones del Africa occidental [4].

Datos paleontológicos, botánicos, ecológicos, etnográficos y arqueológicos concuerdan para indicar que, en el plano general, los primeros complejos de producción alimenticia adoptados han sido la explotación del suelo (cultivos), los pastizales y la explotación mixta (dicho de otro modo, la combinación del cultivo y de la ganadería). A nivel particular, esos complejos se diferenciaban según las especies de plantas cultivadas, las razas de animales criados y la manera cómo eran practicados el cultivo y la ganadería, así como los tipos de población y los sistema sociales adoptados.

Datos arqueológicos y etnográficos sugieren, en realidad, la existencia en el Africa occidental de los elementos siguientes: 1) una cría de ganado muy antigua en el Sáhara septentrional y oriental; 2) complejos primarios de cultivos de gramíneas, quizá permanentes, sobre las pendientes y las laderas de las tierras altas del Sáhara central; 3) complejos de cultivos de gramíneas en algunas partes del Sahel y de las sabanas septentrionales, sujetas a influencias procedentes a la vez del norte y del sur. A este respecto, parece que el delta interior del Níger y las orillas del macizo del Futa-Djalon en las cuencas superiores de Senegal, del Níger y del Gambia, y las inmediaciones sudanesas en general han podido formar el núcleo a partir del cual han irradiado los cultivos del arroz *(Oryza glaberrima),* del mijo *(Pennisetum),* del sorgo y del mijo de caña; 4) la explotación mixta y la cría de ganado en las regiones central y oriental del Sahel y en algunas partes septentrionales de la sabana, actividades respecto a las cuales la desecación del Sáhara ha podido jugar un papel importante; 5) complejos de cultivos de raíces y de árboles en los límites de los bosques en el extremo sur [5].

Estos primitivos complejos «neolíticos» están caracterizados por categorías muy variadas de objetos fabricados, así como (para una gran parte según algunas deducciones) por diversos tipos de población y sistemas sociales, y por diversos métodos de utilización de los suelos. En algunas zonas, no obstante (por ejemplo, Tiemassas, en el Senegal; Paratumbia, en Mauritania), se constata el reencuentro y la imbricación de dos o más tradiciones.

Por regla general, las entidades de cazadores y de pastores del norte tienen industrias líticas a base de láminas y están caracterizadas por unos microlitos geométricos, puntos proyectiles, un reducidísimo número o ausencia de herramientas pesadas, grabados sobre piedra o sobre cáscaras de huevo de avestruz y una selección reducida de vasijas de barro bastante primitivas. Por otra parte, los complejos de cultivos de siembra del Sáhara central y de las praderas septentrionales son ricas en herramientas de piedra tallada y pulida; poseen unas herramientas variadas y una gama de vasijas de barro morfológicamente diversificadas, pero pocos o ningun microlito y puntas proyectiles. Los complejos de plantación (de raíces) del sur presentan también útiles pulidos y afilados, pero se distinguen principalmente por unas industrias fundadas en la talla y cuyos productos consisten sobre todo en toscas

[4] Cf. vol. I, cap. 25.
[5] J. Alexander y D. G. Coursey, 1969, págs. 123-129.

bifaces y en cuchillas talladas. Esa originalidad de equipamiento técnico es igualmente evidente en los datos etnográficos actuales; y se manifiesta en el cultivo por el empleo de la azada y de la estaca para cavar, como también por el modo como se trabaja la tierra (en surcos profundos o no), la cual se prepara teniendo en cuenta cuidadosamente el tipo de plantas cultivadas, la naturaleza del suelo, así como la humedad potencial local.

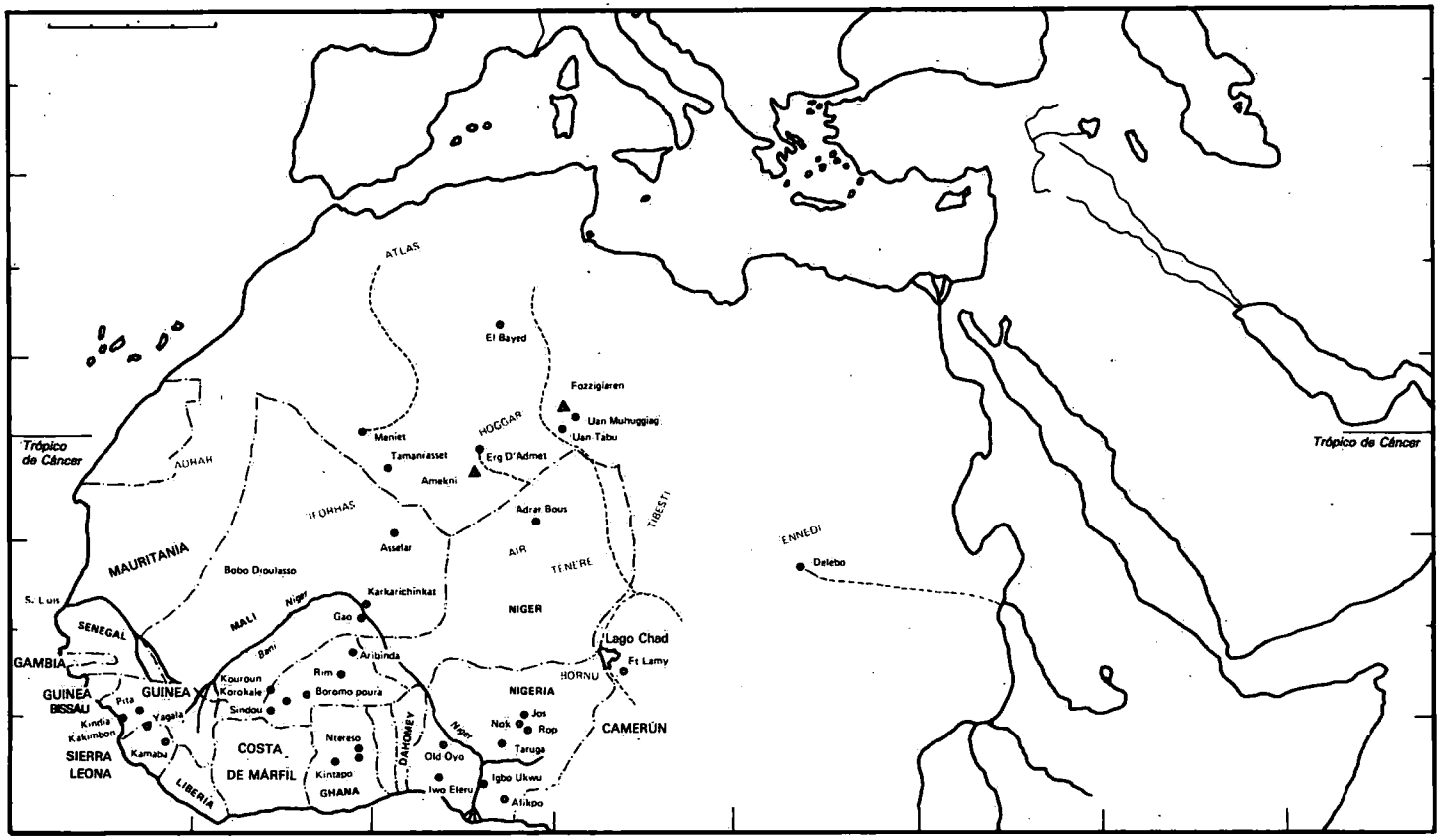
PRIMEROS COMPLEJOS DE GANADERIA EN EL NEOLITICO EN EL NORTE

En Uan Muhuggiag se han encontrado (en el sudoeste de Libia)[6] y en Adrar Bous (Air)[7] restos de animales de cuernos cortos domesticados, y los datos obtenidos sitúan esa domesticación del ganado a partir de -5590 ± 200 en el primer establecimiento y de $-3830/-3790$ en el segundo. En Uan Muhuggiag, se han encontrado también restos de corderos. Ahora bien, aunque se tienen indicios de la existencia, en Egipto y en Kom Ombo, de animales de cuernos largos contemporáneos del Pleistoceno, no parece que el ganado de cuernos cortos haya aparecido en el valle del Nilo antes de la construcción de la gran pirámide de Keops (-2600).

El hecho de que los animales de cuernos cortos hayan estado presentes en el Sáhara central al menos 1.200 años antes de aparecer en el Nilo excluye toda posibilidad de que sean originarios de Egipto o del Próximo Oriente. Actualmente, no se sabe aún si los progenitores del ganado sahariano de cuernos cortos provenían del Sáhara o del Magreb. Sin embargo, medidas de los metatarsos de los animales de esas dos regiones[8] indican claramente una disminución de su talla en el transcurso del tiempo, habiendo poseído los animales del Pleistoceno los mayores metatarsos.

Sin embargo, vestigios culturales hacen pensar que ha podido existir en Libia un primer ejemplo de paso de la caza y de la recolección al pastizal, prolongado en dirección del sudeste hasta Adrar Bous (Teneré $-4000/-2500$), y del sudoeste hasta Tichitt (fase Khimiya posterior a -1500). En esas otras zonas, los pastores han sido aparentemente los descendientes directos de los primeros habitantes; en Tichitt, en particular, esa nueva forma de existencia probablemente ha suplantado a la de neolíticos que practicaban el cultivo de gramíneas, a menos que no lo hayan tenido amalgamado. Y si hubiera sido así, es que el concepto de la domesticación del ganado ha sido transferido a esas zonas o que éstas se han encontrado en las orillas de un vasto centro de semejante domesticación. La datación por radiocarbono de establecimientos que presentan al *bos* domesticado (figura 1) indica la posibilidad de que la cría de ganado se haya extendido desde el corazón del Sáhara hasta los confines del Sáhara meridional y del Sahel africano occidental, extensión que no dejaría de tener relación con la desecación de la región desértica.

[6] F. Mori, 1965.
[7] J. D. Clarck, 1972.
[8] A. B. Smith, 1973, comunicación personal.



• *Fig. 1. Africa del oeste: establecimientos prehistóricos importantes (Mapa facilitado por el autor).*

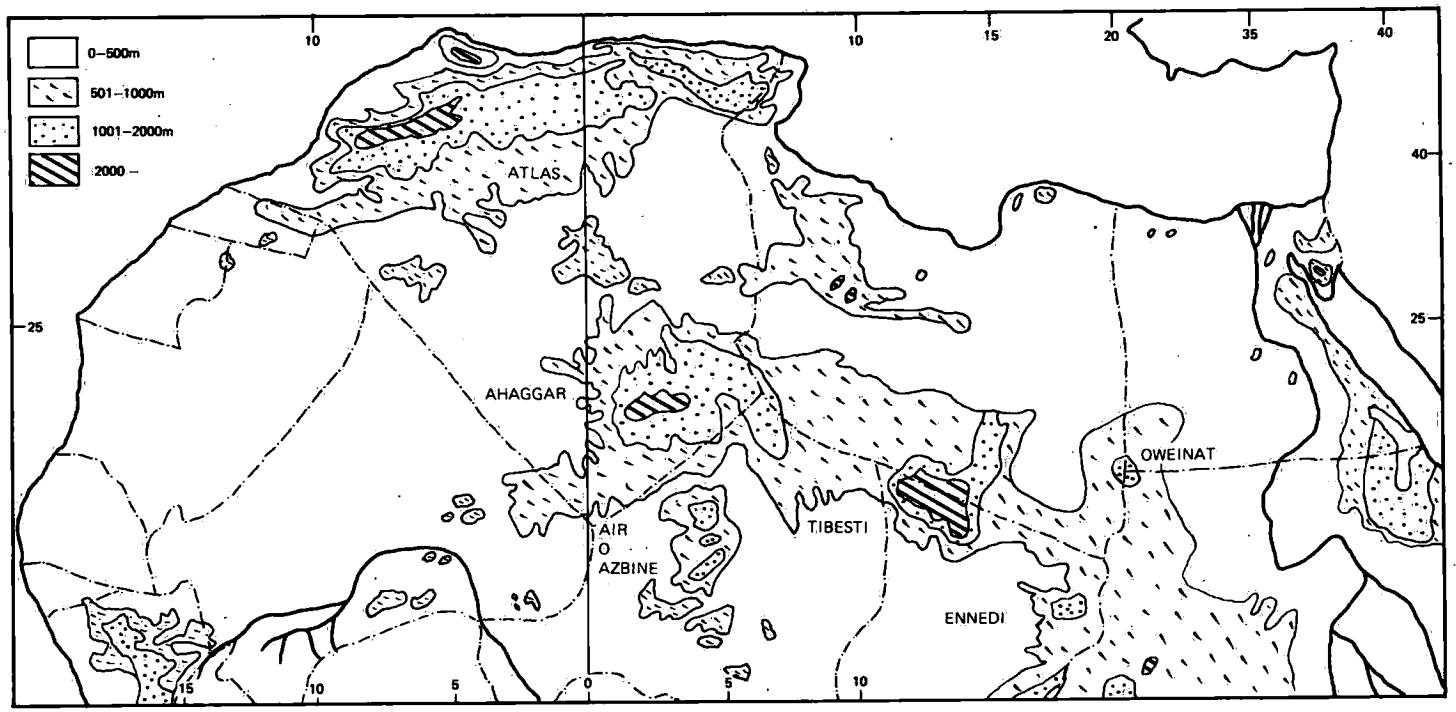
PRIMEROS COMPLEJOS DE CULTURAS DE GRAMINEAS EN EL NEOLITICO

Según nuestros actuales conocimientos, parece que los primeros cultivos de semillas, con *exclusión de cualquier otra forma de cultivo,* han aparecido en las tierras altas del Sáhara central (fig. 2) mucho antes que en cualquier otra parte del sur. Los primeros signos de esas manifestaciones primitivas del Neolítico provienen principalmente de los refugios bajo roca de Amekni y de Meniet, en Hoggar (fig. 1) En Amekni, Camps[9] ha encontrado dos granos de polen que, dado su tamaño y su forma, son considerados como pertenecientes a una variedad doméstica de *Pennisetum* y que la datación sitúa entre −6100 y −4850. Sobre el establecimiento de Meniet, Pons y Quezel[10] han identificado también dos granos de polen pertenecientes a un nivel que se remonta aproximadamente a −3600 y que parecen provenir de un cereal cultivado. Hugot[11] cree que se trata de trigo.

Otros indicios, menos concluyentes, relativos al cultivo de gramíneas en esta región proceden del refugio bajo roca de Sefar, en Tassili; el radiocarbono los sitúa hacia −3100. En ese refugio, pinturas rupestres[12] tienen aparentemente como tema el trabajo de la tierra, mientras que testimonios lingüísticos atribuyen al cultivo del sorgo en el Sáhara central[13] una antigüedad muy lejana. Independientemente de la utilización de refugios bajo roca, las poblaciones prehistóricas de esa región habitaban aldeas relativamente extensas y permanentes, o de instalaciones situadas en el flanco de laderas o en la orilla de declives que dominan lagos u oueds[14]. Los productos de su tecnología comprendían abundantes hachas de piedra tallada o pulida, majadores y muelas, cantos vaciados, rascadores, vasijas de barro y toda clase de fragmentos de herramientas.

Con demasiada frecuencia se ha sugerido sin grandes pruebas de apoyo[15] que ese complejo de culturas era indicio de una difusión-estimulación procedente del Próximo Oriente vía Egipto. Ante todo, el complejo cultural, asociado a los granos probablemente de recolección descubiertos en los establecimientos del Sáhara central, es muy diferente de los de Egipto y del Próximo Oriente. Después, las dataciones de las cosechas más lejanas en el plano arqueológico encontradas en Egipto son aparentemente posteriores a las de Amekni. En fin, las semejanzas culturales (por ejemplo, el gran número de muelas), entre el complejo del Sáhara central y el complejo precerámico descubierto por Hobler y Hester[16] en la proximidad de los oasis de Dungal y de Dineigil en el sudoeste de Libia, son muy insuficientes para que permitan suponer cualquier parentesco próximo. Por oposición al complejo de Hoggar, el de Libia ofrece una industria de láminas, pero no de fragmentos; comprende varias láminas combadas, cierta cantidad de proyectiles y útiles en formas de taladros y bifaces en forma de cuchillos. Ese complejo, que se remonta al menos a −6000 y tal vez hasta −8300, presenta una mayor semejanza con las industrias epipaleolíticas del nordeste de Africa y de la región nubia del Nilo. Así, aunque el

[9] G. Camps, 1969 (a), págs. 186-188.
[10] A. Pons y P. Quezel, 1957, págs. 27, 35.
[11] H. J. Hugot, 1968, págs. 485.
[12] H. Lhote, 1959, pág. 118.
[13] G. Camps, 1960 (b), pág. 79.
[14] J. P. Maitre, 1966, págs. 95-104.
[15] P. J. Munson, 1972.
[16] P. M. Hobler y J. J. Hester, 1969, págs. 120-130.



• *Fig. 2. Sáhara: mapa del relieve (Mapa facilitado por el autor).*

complejo libio esté situado en el extremo nordeste de la vasta meseta semicircular que se extiende a través del Sáhara central, no puede en forma alguna ser tenido como el precursor directo del «Neolítico» de Hoggar que se presenta en el extremo sudoreste de esa misma meseta. Parece que los arqueólogos que trabajan en la región adelantarían buscando en primer lugar al precursor en esa misma región de Hoggar.

Es corriente considerar al Neolítico en las diversas partes del oeste africano bajo el ángulo de influencias septentrionales, y eso sin razón, ya que en esa región algunas de las industrias de la Edad de piedra reciente presentan afinidades con los complejos pospaleolíticos de Hoggar o con los del Sáhara oriental y del Magreb. Sin embargo, las principales tradiciones arqueológicas características del Neolítico primario (Edad de piedra reciente) de esa región presentan unos rasgos que les son propios, principalmente en la cerámica, en las herramientas y en las dimensiones y la ordenación de los hábitat. En esta época, estos últimos estaban en su mayor parte instalados sobre las laderas o en terrenos lisos cerca de los lagos o de los oueds. Se distinguen tres tradiciones principales que corresponden probablemente a unas diferencias en el marco económico y social:

— en la orilla norte de esa región, se encuentran industrias como las de Teneré y de Bel-Air (Senegal); se basan en las láminas y comprenden una variedad de microlitos geométricos y/o proyectiles y pocos o ningún elemento de piedra pulida o afilada; en cuanto a las instalaciones, están agrupadas y son reducidas relativamente;

— en las partes centrales como las de Borku, de Ennedi, de Tilemsi, de Ntereso y Daima se encuentran industrias en las que no hay microlitos geométricos, pero que ofrecen una variedad de proyectiles, anzuelos y arpones, así como elementos de piedra pulida o afilada. Las zonas de hábitat son relativamente extensas;

— el tercer grupo de industrias, en el sur, está representado, sobre todo, por los complejos de Nok y de Kintampo; prácticamente está desprovisto de láminas, de microlitos geométricos y de proyectiles, pero es rico en útiles de piedra pulida o afilada. Se caracteriza por instalaciones más extensas y aparentemente más permanentes.

Las indicaciones recogidas a este fin en los establecimientos de Karkarichinkat [17] (fig. 3) muestran que, durante al menos los últimos tiempos de la fase húmeda más reciente del Sahara (−2000 a −1300), esa zona ha sido habitada por pastores que vivían de un modo poco diferente del de los pastores seminómadas de hoy, como los nuer de Sudán [18] y los peul del Africa occidental [19]. Los establecimientos de la parte sur de Karkarichinkat parecen campamentos de pescadores o de pastores, como lo testimonia la abundancia de conchas bivalvas y de espinas de peces, así como restos de *bos;* pero, dejando aparte los anzuelos, existen allí pocos o ningún objeto lítico labrado. Por el contrario, la abundancia de vasijas de cerámica, de figurillas de animales de arcilla y de objetos líticos labrados (principalmente una gran variedad de proyectiles) en la parte norte de Karkarichinkat hace pensar en un abandono de la pasividad y una dedicación más señalada en la actividad de la ganadería, de la caza y quizá también, en cierta medida, de la agricultura.

[17] A. B. Smith, 1974, págs. 33-56.
[18] E. E. Evans-Pritchard, 1940.
[19] M. Dupire, 1962 y 1972.

Los grupos culturales que vivían en el norte de Tilemsi, en los alrededores de Asselar, tenían una industria completamente parecida a la de Teneré en la región sahariana (Tixier, 1962[20]) y que data al menos de la misma época (algunos restos de esqueletos se remontan a −4440). Los dos grupos contienen muelas y piedras de afilar, hachas pulidas y raspadores. Las formas geométricas son más escasas en el Bajo Tilemsi y son aparentes las diferencias en elementos tales como las puntas proyectiles y la alfarería. En Asselar y en Karkarichinkat, además de la ganadería, parece que esos pueblos han practicado la caza (gacelas, jabalíes, jirafas, etc.). También han practicado la pesca, la búsqueda de moluscos y la recolección de las plantas (*Grewia sp., Celtis integrifolia, Vitex sp.*, y *Acacia nilotica*). La ecología actual y esas plantas hacen suponer precipitaciones de unos 200 mm., lo que representa el doble de las de los tiempos actuales en el valle del Bajo Tilemsi. Los estudios de Camps[21] en el Erg de Admer, al sur del Tassili N'Ajjer hacen pensar que los pastores que disponían de industrias semejantes a las del Teneré han vivido en una latitud septentrional y que han ocupado también el Tassili N'Ajjer y las llanuras próximas desde el IV milenio, si no desde antes.

Las investigaciones efectuadas en la región de Dhar Tichitt y Mauritania meridional (fig. 4) han revelado una secuencia en ocho fases, bien datadas, de la Edad de piedra reciente[22] que contiene datos alimenticios que aclaran un poco el problema de las primeras producciones alimentarias en esa zona en particular, y en la región de corrientes superiores del Senegal y del Níger, en general.

Una explicación de la tendencia en materia de agricultura en Tichitt, plausible porque está de acuerdo mucho más con los datos arqueológicos, probaría que un cultivo y una propagación especiales de *Cenchrus biflorus* habría tenido lugar después de la fase Khimiya (−1500), extendiéndose la intensificación y la ampliación de esa práctica inicial de producción y propagación de las plantas a otras diferentes en el transcurso de la fase seca de Naghez (−1100). Munson y otros muchos arqueólogos parece olvidar que la forma cultivada de una planta representa la *culminación* y no el inicio del proceso de mejoración. El tiempo requerido para el proceso de selección de los cultivos difiere según la planta y los factores culturales y ecológicos propios en la región. El hecho de que sólo el *Pennisetum* y el *Brachiaria deflexa* aporten los últimos testimonios de los esfuerzos de aclimatación desplegados por el hombre indica simplemente que es con esas plantas cómo él ha obtenido los mejores resultados y no que ellas han sido las únicas plantas cultivadas. Así se explica fácilmente la expansión notoria del *Pennisetum* y la continuidad de la presencia del *Brachiaria deflexa* en el transcurso de fases posteriores.

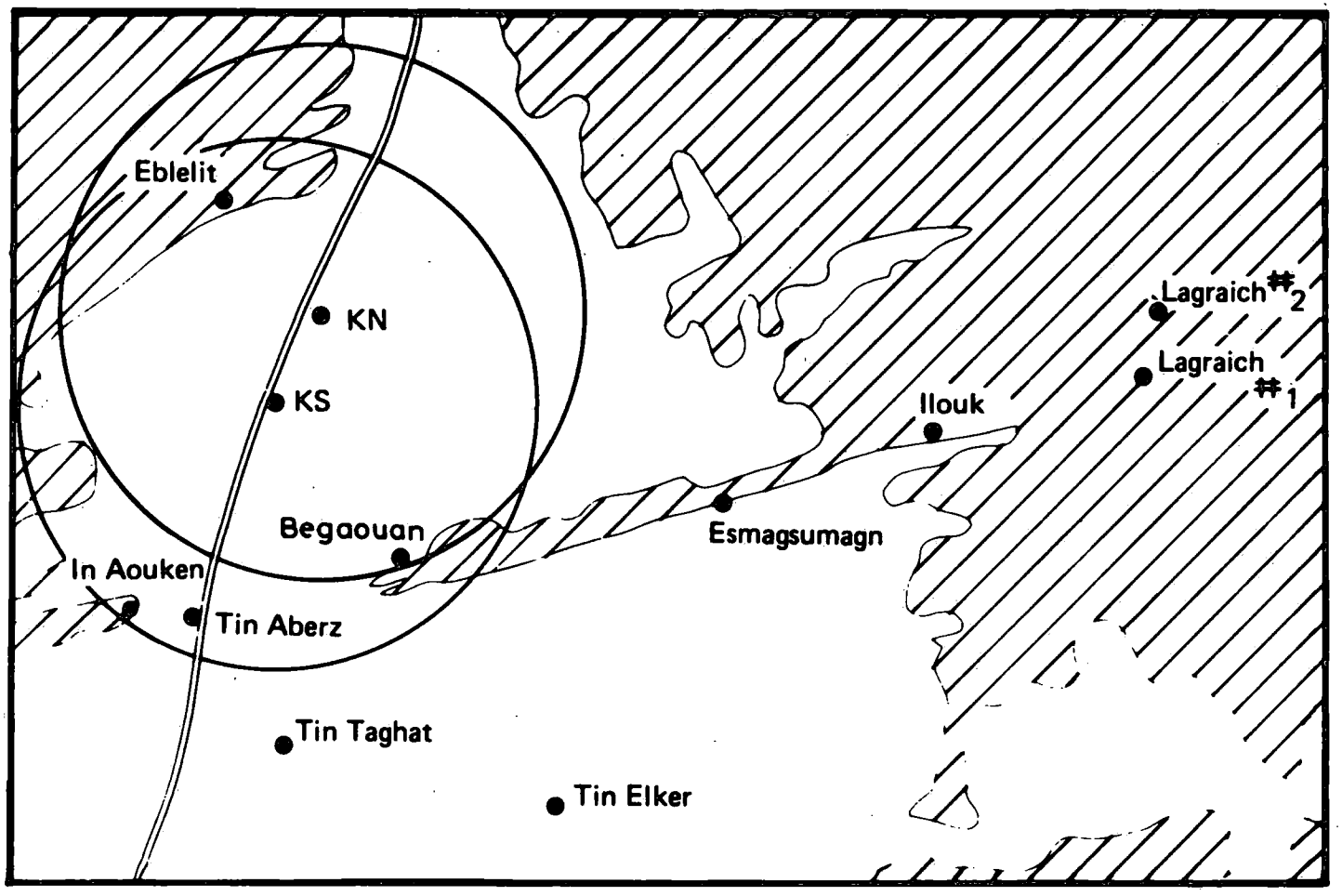
La región del sur del lago Chad, llamada a veces el *firki*, comprende llanuras de arcilla negra que se extienden a partir de las orillas meridionales del lago Chad y cuya formación podría ser debida a sedimentos lacustres amontonados en las orillas de un antiguo lago mayor[23]. Esa es también la región donde Porteres cree que el *Sorghum arundinaceum* y el *Pennisetum* (mijo perlado o mijo de caña) han sido aclimatados por vez primera. Esa zona es relativamente fértil y está bien regada. Aunque la media de

[20] Este autor no está citado en la bibliografía.

[21] G. Camps, 1969 (a), *o. c.*

[22] P. J. Munson, 1967, pág. 91; *id.*, 1968, págs. 6-13; *id.*, 1970, págs. 47-48; *id.*, 1972, *o. c.*; R. Mauny, 1950, págs. 35-43.

[23] R. A. Pullan, 1965.



• *Fig. 3. Complejo del Valle de Tilemsi (según A.B. Smith, 1974).*

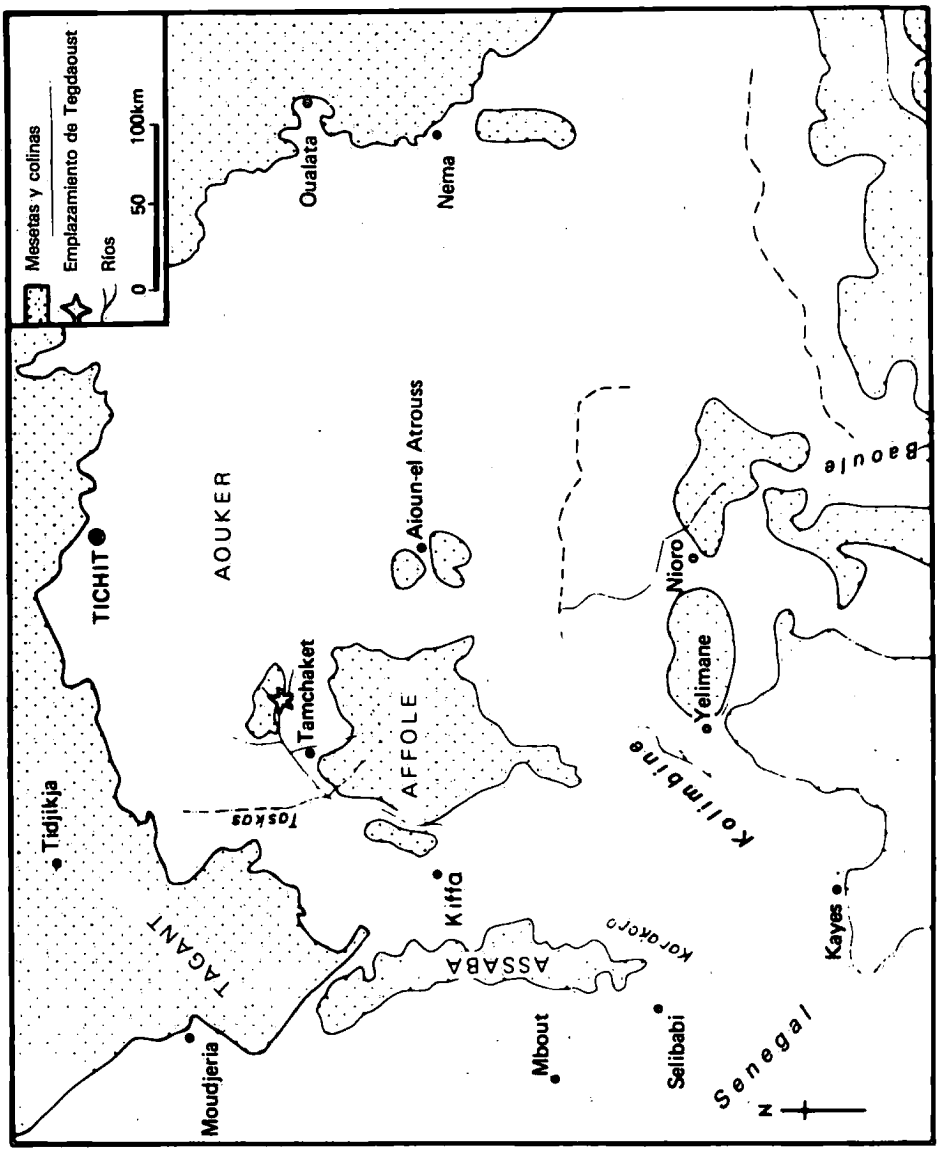
las precipitaciones anuales sea escasa (655 mm. en Maiduguri) y la estación seca suficientemente larga y cálida (hasta 43° C) para llegar a secar la mayor parte de las corrientes de agua, la región está inundada e impracticable durante las lluvias, como consecuencia principalmente de la impermeabilidad de las llanuras perfectamente horizontales. Por otra parte, los suelos conservan bien la humedad una vez que la han absorbido; actualmente, esa retención es facilitada por la construcción de ribazos de tierra de poca altura alrededor de los campos. Las inundaciones estacionales han hecho de esa región una zona de hábitat favorable, tanto para los cultivadores como para los pastores, pero el rigor extremo de las estaciones térmicas han reducido considerablemente el número de establecimientos habitables, y la utilización constante de esas zonas en el pasado ha entrañado la acumulación de habitaciones en forma de colinas o de cerros.

Las excavaciones realizadas en algunas de esas colinas diseminadas en el norte de Nigeria, en Camerún y en el Chad han permitido hasta ahora descubrir vestigios de ocupaciones escalonadas en largos períodos, de los que se sabe que, en algunos casos, se han aproximado e incluso sobrepasado los 2000 años. Lebeuf[24], que sobre todo ha trabajado en el Chad, está convencido que esos cerros están vinculados a los sao de la tradición oral. Aun cuando este término ofrece una gran significación cultural o étnica, el autor de este estudio siente los mismos escrúpulos que Connah[25] en recurrir a la tradición oral para identificar a poblaciones, algunas de las cuales vivían hace 2.500 años.

Connah[26] ha procedido también al estudio sistemático de uno de los más importantes cerros, el de Daima (14° 30'E y 12° 12,5'N). Esos vestigios de Daima hacen pensar que unos pastores de la Edad de piedra reciente han vivido en esa región a principios del siglo VI antes de la era cristiana, guardando rebaños de animales con cuernos, carneros y cabras. Habrían utilizado hachas de piedra pulida —cuyo material necesariamente debió ser transportado a través de largos recorridos hasta esa región completamente desprovista de piedras— y fabricado herramientas y armas de hueso pulido. Entre los descubrimientos más sorprendentes hechos a ese nivel figuran grandes cantidades de huesos de animales que testimonian la importancia del elemento pastoril, así como numerosas figurillas de arcilla que representan aparentemente animales domésticos. Los primeros habitantes de ese lugar probablemente sólo construyeron con madera y con vegetales, al carecer totalmente de todo metal.

Después de los descubrimientos realizados en lugares tales como Rop[27] y Dutsen Kongba[28], existen poderosas razones para creer que una fase neolítica perfectamente familiarizada con el uso de la piedra precedió inmediatamente a la famosa civilización de Nok de la Edad de hierro (es decir, antes de −2500) en el mosaico de sabanas de la meseta de Jos. Si así ocurrió, el nivel correspondiente comprendería probablemente productos de una industria microlítica, además de los útiles de piedra tallada y pulida igualmente encontrados en los niveles de la Edad de hierro reciente. Las poblaciones de Nok han podido realizar perfectamente el comercio de esos útiles con las que ocupaban, al norte, las regiones desprovistas de piedras, y lo mismo puede decirse de

[24] J. P. Lebeuf, 1962.
[25] G. Connah, 1969 (b), pág. 55.
[26] G. Connah, 1967 (a), págs. 146-147; *id.*, 1967 (b).
[27] E. Eyo, 1964-1965, págs. 5-13; *id.*, 1972, págs. 13-16.
[28] R. N. York, F. Bassey y otros, 1974.



• *Fig. 4. Región de Tichitt (Mapa facilitado por el autor).*

las vasijas de alfarería, cuya mejor representación en Daima consiste en una cerámica fina de superficies rojas satinadas, con frecuencia decoradas con peine y con ruleta.

Vestigios arqueológicos que indican la existencia de un grupo de negros que producen mercancías alimenticias desde −1400 / −1300, y quizá incluso antes, han sido descubiertos en cuatro regiones principales de Ghana central: al este de los montes Banda, en las tierras altas que rodean Kintampo, en unos establecimientos fluviales diseminados en las extensiones boscosas de la cuenca interior del Volta, y en las llanuras de Accra, en el extremo sur. Se trata de los complejos de Kintampo-Ntereso.

Sin duda, es sobre la base del entorno más que sobre la del material cultural cómo esos grupos de yacimientos pueden ser ahora diferenciados. Las capas adheridas al fuego son bastante corrientes en Kintampo e indican habitaciones más o menos fijas. Las planchas pulidas y los «rallos» (denominados también puros de tierra cocida) ampliamente extendidos, en unos sectores donde la piedra propia para la talla está ausente, son reveladores de una especie de comercio interregional. En tres de los establecimientos de Kintampo, algunos vestigios muestran también que el complejo de Kintampo ha sucedido a otro que poseía una tradición totalmente diferente del trabajo de la cerámica y que comprendía un conjunto de objetos líticos de origen animal sugiriendo la práctica a gran escala de la caza, de la recolección y de un cultivo alimentario naciente.

Ntereso representa en la región de Kintampo un establecimiento bastante particular, cuyo alcance es difícil de determinar. Se encuentra sobre una pequeña elevación de terreno que domina un establecimiento fluvial donde los recursos acuáticos (mariscos y peces) tenían una gran importancia. Por tanto, es probable que la presencia de arpones y de anzuelos en esa industria indique una adaptación especial a una situación ribereña. Se encuentran también una gran veriedad de puntas de flechas muy bien trabajadas, únicas en los aledaños y que testimonian afinidades saharianas. Las dataciones por radiocarbono (como término medio −1300) sitúan aproximadamente a ese establecimiento en la misma época que Kintampo (es decir, posteriormente a −1450). Los huesos de animales descubiertos pertenecen en su mayor parte a especies salvajes, a antílopes en particular. Sin embargo, se han identificado también cabras enanas[29]. Davies[30] ha afirmado que las espigas de *Pennisetum* servían de ruletas para decorar algunas cerámicas, pero esa observación apenas es concluyente, puesto que, como se le ha hecho notar[31], pequeñas oscilaciones rápidas de un peine con dientes finos pueden producir los mismos efectos.

LAS ORILLAS DEL BOSQUE

Un complejo industrial claramente local y cuyo carácter difiere del de las industrias anteriores de la Edad de piedra reciente ha sucedido directamente a estas últimas en las zonas de las orillas del bosque en el Africa occidental, así como en las grandes praderas del norte del Alto Volta central. Esa industria avanza sobre un complejo

[29] P. L. Carter y C. Flight, 1972, págs. 277-282.
[30] O. Davies, 1974.
[31] C. Flight, 1972.

neolítico más septentrional de algunas partes de Senegal, de Malí y de Mauritania (el Paratumbiense de Vaufrey).

Los primeros productores de alimentos de la región del bosque (llamados neolíticos de Guinea) habitaban en refugios bajo roca y en grutas tanto como en instalaciones al aire libre. Como refugios se pueden citar Yengema [32], Kamabai y Yagala, todos en Sierra Leona [33], Kakimbon, Blande y las «Monkey Caves» en Guinea, Bosumpra en Ghana, Iwo Eleru y Ukpa en Nigeria. De Iwo Eleru proceden unos indicios que permiten pensar que los predecesores de esas poblaciones eran, como las poblaciones neolíticas, negras. Los hábitat al aire libre más conocidos comprenden los establecimientos del valle, los contrafuertes del Rim en el norte del Alto Volta central, los establecimientos de Rarenne de Tiemassas y de cabo Manuel en el litoral de Senegal.

En muchas de esas zonas, los «neolíticos de Guinea» ocupaban o explotaban suelos rocosos que tenían afloramientos de cuarzo, de dolerita y de sílex metavolcánicos. Además, parece que, en establecimientos tales como Rim, las faldas de las colinas eran utilizadas para cultivos en terrazas. Las características más corrientes de ese complejo son pesadas herramientas en forma de picos tallados en bifaces, bifaces semicirculares (las azadas de Davies) y otras bifaces también primitivas, gran número y gran variedad de hachas pulidas, muelas o piedras de afilar, algunos pilones y pequeños fragmentos de cuarzo, principalmente «herramientas de esquirlas», y cerámica decorada con la ruleta. Las bifaces en forma de picos y de media luna parece que proceden de las bifaces y tipos nucleiformes sangos y, se ha apuntado [34], que servían probablemente para la plantación y la recolección de tubérculos y para excavar trampas para la caza. Los pilones y los morteros (que tenían sin duda su réplica en madera) debían ser utilizados para machacar los tubérculos tropicales fibrosos, casi como se hace aún en nuestros días [35].

Allí donde ese complejo se encuentra con una tradición más septentrional, como en el Paratumbiense de Malí y de Mauritania, y en el Senegal (entre Punta Sarenne y Tiemassas), se encuentran generalmente los tipos anteriormente citados de objetos trabajados mezclados con puntas foliáceas y con láminas que tienen muescas y bordes retocados. En Tiemassas, el complejo local (Neolítico meridional), situado gracias a la estratigrafía natural en una época comprendida entre -6000 y -2000 [36], precede claramente al Neolítico septentrional (Belariense) sobreimpuesto; procede directamente de las tradiciones locales de la Edad de piedra reciente.

Es significativo que esos indicios arqueológicos de la unión Malí-Mauritania-Senegal parecen apoyar la tesis de Porteres según la cual los arroces africanos de vaina roja *(Oryza glaberrima* y *Oryza stapfili)* podrían haber sido inicialmente aclimatados gracias a un método indígena de cultivo húmedo que tendría al menos 3.500 años en las vastas llanuras inundadas del Alto Níger, entre Segu y Tombuctú, región de Malí donde el Níger se ramifica en numerosas corrientes de agua y lagos (delta interior del Níger). De allí, ese cultivo ha podido extenderse a lo largo del curso del Gambia y del Casamance hasta las poblaciones costeras de Senegambia. No menos interesante es notar que la idea de que el cultivo del arroz ha podido resultar de

[32] C. S. Coon, 1968.
[33] J. H. Atherton, 1972, págs. 39 y siguientes.
[34] O. Davies, 1968, págs. 479-482.
[35] T. Shaw, 1972.
[36] C. Descamps, D. Demoulin y A. Abdallah, 1967, págs. 130-132.

la importación de conocimientos en materia de cultivos cerealistas no resiste el examen de los indicios botánicos. Porteres [37] ha hecho observar que, aunque la forma ancestral del trigo *(emmer)* producía semillas comestibles que podían ser recolectadas al madurar, lo que permitía cultivarlas después, no era ese el caso para el arroz africano, cuyas formas ancestrales no producían semillas recolectables.

Más al este, en particular en el caso de los establecimientos de Sierra Leona, de Iwo Eleru y de Bosumpra, las dataciones y la naturaleza de las estratificaciones arqueológicas en las zonas de las orillas del bosque hacen pensar que grandes cambios han intervenido en la tecnología (cerámica, útiles de piedra pulida, etc.), coincidiendo posiblemente con los inicios del cultivo indígena de plantas locales tales como los ñames de nueces y las palmeras de aceite. Esos cambios han subido desde allí hacia el norte.

Así, el conjunto de las informaciones tienden a mostrar que el Sáhara central y las tierras altas vecinas del Sahel han constituido el centro de los primeros cultivos espontáneos de ciertas gramíneas, en particular del *Pennisetum* y del sorgo, mientras que las zonas de Nigeria en las orillas del bosque han sido el lugar de los primeros cultivos indígenas de ciertas raíces (ñames y ñames de nueces) y de ciertos árboles (palmera de aceite). Por otra parte, los confines del bosque en el extremo oeste constituían el punto de partida del cultivo del arroz. Tratando más especialmente del sorgo, Porteres [38] ha anotado que, de las tres regiones que poseían reservas sustanciales de sorgo no cultivado (Africa del Oeste, Etiopía y Africa del Este), Africa del Oeste es la que presenta un interés particular, porque, a diferencia del Africa del Este (y de Asia), sus especímenes actuales son únicos en lugar de resultar de cruzamientos entre las tres formas primitivas. Más recientemente, Stemler y sus colaboradores [39] han propuesto considerar el *Candatum* como una variedad relativamente nueva de sorgo, obtenida por vez primera poco después del año 350 de la era cristiana por poblaciones de la actual República de Sudán que hablan una lengua de la familia chari-nilo.

Aun cuando indican que el hombre del Neolítico del Sáhara central (aproximadamente -7000) es el primero de todos los neolíticos cultivadores primitivos, las dataciones por radiocarbono revelan también que, en las zonas de los bordes del bosque, el paso a la producción alimenticia ha tenido lugar mucho antes que en las zonas de Sudán y del Sahel, al norte. En Iwo Eluru, esa transición ha abarcado un período que va desde casi -4000 / -3620, hasta -1500. En el refugio bajo roca de Upka, cerca de Afikpo (5°54N; 7°56'E) [40], la datación de la capa que contiene vasijas de alfarería y azadas neolíticas indica un período comprendido entre -2935 ± 140 y -95.

Poco más tarde es cuando el Neolítico de Guinea aparece en Sierra Leona, al este, y en el Alto Volta, al norte. En la cueva de Yengema, una datación termoluminiscente practicada sobre objetos de alfarería que representa «más o menos el comienzo y el final del Neolítico de la cerámica» indica una época que se extiende de -2500 a -1500. En Kamabai, los niveles neolíticos abarcan también un período que va de -2500 a $+340 \pm 100$. En el centro norte del Alto Volta (Rim) ese mismo tipo de industria se sitúa entre -1650 y $+1000$.

[37] R. Porteres, 1962, págs. 195-210.
[38] R. Porteres, 1962, *o. c.*
[39] A. B. L. Stemler, J. R. Harlan y J. M. J. Dewet, 1975, págs. 161-183.
[40] T. Shaw, 1969 (b), págs. 364-373.

El carácter específico del Neolítico guineano de las orillas del bosque y su datación con relación a los primeros complejos culturales de producción alimenticia en la sabana y en el Sahel sugieren no sólo que el paso a la producción alimenticia ha tenido lugar antes en las zonas forestales, sino también que ha sido independiente de las influencias septentrionales. Esos indicios vienen así en apoyo de la idea de que los cultivos indígenas tales como el arroz (en el oeste), los ñames y la palmera de aceite (en el este) en la región forestal son el resultado de iniciativas antiguas practicada independientemente por las poblaciones locales. A este respecto, conviene observar también que el desgaste de los dientes del esqueleto de Iwo Eleru [41] puede explicarse por la masticación de tubérculos cubiertos de arena que pertenecían a una especie tal como los ñames. Menos significativo es que los establecimientos neolíticos guineanos predominen claramente en las orillas del bosque, en los bosques-galerías a lo largo de los cursos de agua, o en los calveros, lugares todos que son el hábitat natural del ñame.

El hecho de que los neolíticos de Guinea hayan avanzado hacia el norte en el Alto Volta y de que se les encuentre aún más tarde allí (mientras que se mezclan con elementos del norte en algunas partes de Malí, de Mauritania y del Senegal) indica que influencias meridionales han penetrado en el norte. A semejanza de numerosos cultivadores del bosque tropical de nuestros días, puede ser que los neolíticos cultivadores de árboles y de tubérculos hayan practicado, al menos en los comienzos, la agricultura seminómada y, por consiguiente, hayan vivido en pequeños grupos y en instalaciones relativamente pequeñas y no lo contrario.

Por eso, afirmar que los complejos de los primeros neolíticos del oeste africano presentaban características locales bien determinadas, muchas de las cuales testimonian un esfuerzo de adaptación económica y social independientemente desarrollada, en respuesta a unas condiciones ecológicas particulares, no significa que cada uno de esos complejos constituya una dependencia aislada. Los pocos restos de esqueletos descubiertos hacen pensar que las poblaciones de la mayor parte de esas zonas eran negras.

En el Sáhara, el Neolítico aparece como una mezcla de mediterráneos y de negros; ellos son los que pueblan el Tassili neolítico. Al replegarse hacia el sur, probablemente dieron nacimiento a vastos grupos melanodermos que pueblan la sabana actual.

Que las primeras poblaciones negras neolíticas del Africa oeste no hayan vivido en enclaves culturales aislados, es también el resultado que se desprende de semejanzas en las características de la alfarería (por ejemplo, la técnica «oscilante» y la decoración por huellas de peine). Si la datación es exacta, es probable que esas particularidades de la alfarería se hayan propagado a partir del Sáhara central (donde era conocida la cultura de gramíneas) hasta regiones del Sahel y de la sabana. Por otra parte, la ruleta era más específicamente un objeto del sur, en tanto que las líneas onduladas puntilleadas o continuas, típicas de las regiones nilóticas, están totalmente ausentes en el sur y sólo aparecen en algunos complejos del Sáhara oriental y central (Hoggar, Bornu-Chad y sur de Ennedi).

También es importante insistir en el hecho de que los cambios ocurridos en la producción alimenticia no han entrañado obligatoriamente la utilización de unas herramientas visiblemente nuevas. Ejemplos etnográficos llevan al autor de este

[41] T. Shaw, 1971, pág. 65.

estudio a pensar que semejante evolución ha podido depender de intercambios en los métodos de trabajo y de utilización de los suelos, sin implicar necesariamente una modificación de las herramientas. Como ejemplos podemos citar la construcción de terrazas y el sistema de caballones muy mejorado, la utilización del estiércol, la binación, el trasplante, el policultivo, la utilización racional de los recursos de agua y la conservación de los suelos. Es posible que se haya recurrido a tales cambios en diversos lugares y en diversas épocas, cuando, por una u otra razón, las tierras cultivadas llegaban a ser realmente escasas. Esa evolución de los métodos agrícolas no ha dejado de influir en la organización social y en las características de poblamiento, pero no se debería generalizar, ya que ese factor ha actuado conjuntamente con otros cuyo tipo y carácter variaban probablemente de una región a otra.

Según los datos de los que disponemos actualmente, al menos han existido cuatro zonas principales de desarrollo en el Neolítico, dos de las cuales se situaban en el extremo norte del Africa occidental. Es sobre todo en las vastas llanuras de la región septentrional donde la forma pastoril de la transhumancia se estableció más pronto. En las regiones lacustres, en los valles y sobre las pendientes de las colinas próximas ha predominado el cultivo de gramíneas y, en algunos casos, la ganadería asociada al cultivo. Por otra parte, al sur, las tierras bajas y las orillas de los bosques han sido centros principales de cultivos de plantas y de árboles.

En el Africa occidental se distinguen dos centros principales: uno al norte, en la zona intermedia Sahel-Sudán, y otro al sur, en las orillas de la región forestal. Esas dos zonas claves estaban comprendidas en regiones con estaciones opuestas, con una estación desfavorable para el crecimiento vegetal (calor, sequía, frío). En semejante cuadro ecológico, las plantas acumulan reservas que les permiten resistir y reemprender con vigor una vida nueva cuando llega la estación «favorable». Esas reservas tomaban la forma de raíces y de tubérculos en el sur, y de semillas en el norte de la zona sudanesa.

En el bosque y en la sabana, donde las variaciones climáticas estacionales son casi inexistentes, las plantas crecían a un ritmo lento y regular. No tenían que luchar para vivir, ni acumular reservas, y eso es lo que probablemente promovió los ensayos de aclimatación en las dos zonas claves. Encerrada entre ellas, la sabana central ha sido, según todas apariencias, el punto de reencuentro de las influencias del norte y del sur.

Un factor importante lo constituye el hecho de que la estación del brote de las plantas era más larga en la región de las tierras bajas forestales, mientras que los suelos de las zonas lacustres y fluviales del norte eran a la vez más fértiles y también más fáciles de trabajar. El género de vida del hombre en esas regiones estaba influenciado en cierta medida, como también lo estaba su acción sobre la naturaleza. Aunque en las regiones del norte bastaba roturar algunos arpendes de maleza y monte bajo para poder después trabajar el suelo con la azada, una actividad agrícola en expansión en las zonas del bosque entrañaba frecuentemente una deforestación más intensa (o más extensa), lo que forzosamente no iba a la par con el aumento y la permanencia de las instalaciones. Allí donde, en el primer sistema, una superficie limitada de terreno podía ser explotada de manera continua, en el segundo había que practicar frecuentemente un tipo de cultivo seminómada. Esas diferencias fundamentales de sistemas de explotación han tenido, en el curso de las edades prehistórica e histórica, repercusiones importantes sobre las dimensiones y el carácter de los grupos sociales del Africa occidental, así como sobre la naturaleza de sus instalaciones. Pero

el desarrollo de las primeras producciones alimenticias como sus consecuencias han variado en cierta medida con el cuadro ecológico.

Sin embargo, en las tres principales regiones culturales, el paso de la recolección al cultivo alimenticio ha modificado de diversas maneras la actitud del hombre respecto a su entorno natural y a su grupo. De recolector se ha convertido en productor y «conservador», y ha podido, más tarde, cambiar a sus vecinos (gracias al comercio a gran distancia) los productos que les faltaban por las mercancías que necesitaba su grupo. La evolución económica ha alentado además al hombre a dedicarse a actividades artesanales y a poner a punto nuevas técnicas (cerámica, manufactura de los metales, etc.), así como a sentar las bases de redes comerciales activas y complejas y de transformaciones profundas de la sociedad. Pero esas transformaciones han cambiado, por su naturaleza y amplitud, con el tipo de base agrícola que había sido creado.

LA EDAD DE HIERRO PRIMITIVA

Las etapas del desarrollo de la Edad de hierro parece que no han variado mucho de las del Neolítico, a no ser porque los primeros ejemplos del paso a la Edad del metal, y en particular del hierro, en el Africa occidental hayan sido constatados en los dos extremos de la zona Sahel-sabana más que en los sectores forestales del sur. A este respecto, lo mismo que para los inicios de la producción alimenticia, el conjunto de los indicios culturales y cronológicos permite pensar que, en esa empresa que conduce al trabajo del metal, la parte indígena dista mucho de ser desdeñable.

Como se ha expuesto detalladamente en otro lugar [42], las huellas de la Edad de hierro primitiva en el Africa occidental se reparten, en el plano tipológico y, en cierta medida, crono-estratigráfico, en colecciones de objetos que comprenden: 1) vasijas de cerámica y útiles de hierro y de piedra pulida; 2) vasijas de cerámica y de hierro o de otros metales, a veces en relación con costumbres funerarias particulares (jarras); 3) objetos de cerámica exclusivamente.

Los establecimientos donde huellas del trabajo del hierro están mezcladas con las de una industria de la piedra más o menos floreciente constituyen ordinariamente los tipos de reunión más antiguos de la Edad de hierro e ilustran probablemente el paso de la Edad de piedra a la Edad de hierro. Establecimientos que corresponden a esas industrias tradicionales han sido descubiertos en diversas partes del Africa occidental y también en otros lugares (por ejemplo, en la región de los Grandes Lagos, en el Africa oriental. Esas industrias han dejado generalmente escorias de hierro, láminas de cuchillos, fragmentos de flechas y puntas de lanzas, anzuelos y brazaletes, piedras-martillos, una serie de útiles en forma de hacha o de azuela, discos o anillas de piedra, muelas y pulidores. Existen también diferentes tendencias regionales. Así, las figurillas de tierra cocida son particularmente características de Nigeria septentrional, pero también están presentes en algunos establecimientos de Ghana. Toberas y fragmentos de lo que se cree que eran paredes de hornos que han servido para la fundición del hierro han sido descubiertos en Nigeria septentrional. Por otra parte, herramientas bifaces toscamente talladas son totalmente típicas de los establecimientos de Kamabai y Yagala, en Sierra Leona. En Rim, Alto Volta, pesadas herramientas bifaces del

[42] B. W. Andah (ej. Wai-Ogosu B.), 1973.

mismo tipo, así como hachas y azuelas, aparecen con jarras funerarias, lo que testimonia un parentesco con el Neolítico de Guinea en tiempos anteriores.

Las características regionales están también manifiestas en la cerámica de la Edad de hierro primitiva. Así, la secuencia de Bailloud [43] que se refiere a Ennedi y que comprende dos estilos emparentados, Telimorou y Chigeou, que se extienden en el período de transición entre el Neolítico reciente y la Edad de hierro primitiva, está aparentemente unida con la «cerámica acanalada» de Coppens [44] para el Chad y con el estilo Taimanga de Courtin [45] para Borku. Telimorou está asociado con los más antiguos emplazamientos de aldeas al aire libre y datarían, se supone, del primer milenio antes de la era cristiana. Bailloud y Courtin subrayan los puntos comunes que existen entre esos estilos de cerámica y los del grupo C de Nubia, aunque éstos últimos parece que se remontan mucho más atrás (habiendo comenzado hacia −2000). La mayor parte de las características de la decoración de esos estilos: bandas de impresiones oblicuas hechas con el peine, rayas grabadas entrecruzadas, lazos o flecos, triángulos sombreados con trazos grabados, espiguillas en falso relieve, ranuras paralelas, etc., son también típicas de los complejos de la Edad de hierro primitiva descubiertos en Taruga, en los establecimientos reconocidos por Lebeuf en el lago Chad, en Sindu y en los niveles 2 y 3 de Ntereso, así como en las cuevas de Sierra Leona. Algunas de las características del estilo Taruga primitivo parece que anuncian el «complejo de Ife» en lo que se refiere a las tradiciones en materia tanto de cerámica como de figurillas.

Contrastando con lo que precede, los estilos de las cerámicas más recientes de Taruga se parecen más a los de los niveles del Neolítico y de la Edad de hierro inventariados en Rim. En ambos casos predominan una gran cantidad de decoraciones obtenidas por medio de ruletas grabadas y en espiral y se encuentran algunos ejemplos del uso de la ruleta en forma de mazorcas de maíz. La de Nok es quizá la mejor conocida hasta ahora de las sociedades de la Edad de hierro primitiva en el Africa occidental. Parece que esa sociedad fue también una de las más antiguas y de las más influyentes. Las gentes de Nok trabajaban el hierro sin duda alguna desde −500 y probablemente incluso poco antes. Lo mejor conocido de su cultura es su importante tradición artística y, en particular, las figurillas de tierra cocida. A pesar de sus conocimientos del trabajo de hierro, las poblaciones de Nok continuaron sirviéndose de herramientas de piedra cuando las consideraban más apropiadas. Entre éstas, hay que notar muelas, cantos vaciados, así como hachas talladas o pulidas. Incluso cuando han coexistido en la misma época y en el marco de la misma tradición artística, algunos de los establecimientos de Nok han presentado características originales que hacen suponer variantes regionales. Por eso, las hachas de piedra pulida estaban totalmente ausentes de Taruga y existen diferencias en la cerámica doméstica de Samum Dukiya, de Taruga y de Katsina Ala [46].

Además de que la cultura de Nok estaba firmemente arraigada hace más de 2.500 años, con toda evidencia tuvo una influencia profunda. Así, algunos de los rasgos propios del estilo Nok se encuentran en las figurillas de arcilla de Daima, donde el trabajo de hierro comenzó sólo hacia los siglos V o VI de la era cristiana.

[43] G. Bailloud, 1969, págs. 31-45.
[44] Y. Coppens, 1969, págs. 129-146.
[45] J. Courtin, 1969, págs. 147-159.
[46] A. Fagg, 1972, págs. 75-79.

Connah cree que, en los alrededores del siglo VIII de la era cristiana, los primeros habitantes de Daima fueron reemplazados por un pueblo que hacía un amplio uso del hierro, cultivaba sobre todo los cereales y mantenía con sus vecinos contactos más amplios que sus predecesores. Pero la tradición de la inhumación en la posición de cuclillas continuó, así como la fabricación de figurillas de arcilla. En ningún momento esas poblaciones enterraron a sus muertos en las enormes tinajas generalmente llamadas vasijas Sao, aunque ese tipo de alfarería haya estado presente en la parte superior de los cerros funerarios.

En un radio de 100 km. alrededor de Ndjamena (ex Fort Lamy) en la República del Chad, numerosos e importantes cerros de antiguas aldeas, alcanzando algunos hasta 500 m. de largura, han sido descubiertos sobre colinas naturales o artificiales a lo largo de las orillas de las corrientes de agua del valle del Bajo Chari. Encerraban casi los mismos objetos que en Nok y en Daima. Entre esos objetos se encontraban bellas figurillas de tierra cocida, que representan personajes o animales, adornos de piedra, armas de cobre y de bronce y millares de cascotes. Enormes vasijas funerarias eran utilizadas también en esas aldeas. que eran cerradas con muros defensivos.

Para esos establecimientos Sao, Lebeuf (1969) ha obtenido unas dataciones por radiocarbono que van de −425 a + 1700, lo que parecería que cubría el período completo de Sao I, II y III. Sin embargo, Shaw[47] cree que esas delimitaciones no están definidas de manera satisfactoria por la estratigrafía y el material cultural. Si la datación −425 correspondiera a un nivel que contuviese hierro, su importancia sería evidente.

Para Nigeria meridional, Willett[48] hace observar que «se encuentran tantas huellas de la cultura de Nok, y principalmente de su arte y en las culturas ulteriores en otras partes del Africa occidental que es difícil no creer que, tal como la conocemos, esa cultura representa la cepa ancestral de la que procede lo esencial de las tradiciones esculturales de esa parte de Africa». No sabemos si esa observación es acertada o no, lo que sí es cierto es que numerosas semejanzas constatadas en el arte de Nok y de Ife no se deben al azar[49]. Como en Nok, se encuentra en Ife, en Benin y, en menor grado, en otras ciudades antiguas del país Yoruba una tradición escultural naturalista que remonta al menos a + 960 (± 130), así como colgantes y collares complicados.

La cerámica doméstica que se encuentra en Ife representa un progreso sobre los ejemplares de Nok, sobre todo en que la decoración es más variada; aquella recurría, principalmente, al grabado (líneas rectas, zigzag, puntilleado, motivos curvilíneos), al pulimentado, a la pintura, a la impresión de rodillos o ruletas de madera tallada o de cuerda trenzada. La aplicación de franjas de arcilla servía también para la decoración, y fragmentos de cerámica pavimentaban suelos de habitaciones.

Las excavaciones de Igbo Ukwu[50] han revelado que ciertamente se trabaja el hierro en Nigeria del Sudeste desde el siglo IX de la era cristiana, pero nada impide pensar que se haya podido hacer antes. La práctica del arte del herrero, al exigir una gran habilidad, quedó como la herencia de ciertas comunidades y de algunos linajes. Los herreros igbo más renombrados son los de Awka (al este de Onitsha), que aparentemente obtuvieron en primer lugar su hierro (¿o su mineral?) de los fundidores

[47] T. Shaw, 1969 (a), págs. 226-229.
[48] F. Willet, 1967, pág. 117.
[49] F. Willet, 1967, *o. c.*, pág. 120.
[50] T. Shaw, 1970 (a).

igbo de Udi, al este de Awka, y sólo mucho más tarde fueron abastecidos de hierro europeo. Otros centros de metalurgia entre los igbo eran los de los abiriba —fundidores igbo del Cross River (al este)—, que trabajaban el hierro y el bronce, establecidos cerca de la cadena de colinas Okigwe-Arochunku, y de los herreros nkwerre, en la parte meridional de esa región.

Debido al número demasiado restringido de trabajos arqueológicos realizados en esa zona, es difícil comentar con detalle las modalidades de la evolución del trabajo del hierro. La proximidad de los establecimientos de Akwa y de Igbo Ukwu y, en general, la semejanza de muchos especímenes sugieren la posibilidad de relaciones, pero la separación en el tiempo es muy grande entre los dos complejos, y los herreros de Akwa no han dado muestras, al menos en épocas más recientes, de algunas de las cualidades artísticas y técnicas —principalmente en lo que concierne a la fundición del bronce— características de los productos de Igbo Ukwu.

En la zona de Akwa[51] algunas excavaciones han descubierto quince gongs de hierro y una espada del mismo metal parecida a las que fabrican aún en nuestros días los artesanos de hierro de Awka, así como un gran número de campanas de bronce colado y de otros objetos que no se pueden atribuir tan fácilmente a los artesanos de Awka y que datan de +1495 ($\pm$95).

Tampoco tenemos más precisión sobre la época en la que han podido ser mantenidas relaciones culturales entre Ife e Igbo Ukwu, aunque Willett cree que Ife se remonta quizá mucho más atrás de lo que nos imaginamos hoy y que incluso puede estar mucho más próximo de Nok de lo que sugieren las informaciones que tenemos actualmente a nuestra disposición (hacia el siglo XIII o XIV de la era cristiana). Si, como tienden a demostrar indicios etnográficos descubiertos en Nigeria meridional, y como estima Frobenius, los collares de Ife son los mismos que los «akori» de la costa de Guinea, entonces es concebible que los collares de abalorios de Igbo Ukwu hayan sido confeccionados en Ife. En ese caso, la cultura de Ife se remontaría al menos tan lejos como los descubrimientos realizados en Igbo Ukwu (siglo IX de la era cristiana). A este respecto, no resulta menos significativo que una discontinuidad de tradición registrada en Ife en las esculturas en piedra, en la industria del vidrio y en las figurillas de arcilla se encuentre en gran parte en Daima[52] y que la discontinuidad cultural constatada en Daima se situe entre los siglos VI y IX de la era cristiana. Y aunque algunos objetos funerarios descubiertos en Daima tienen a indicar la existencia de relaciones comerciales entre Ife y Daima, es muy posible que allí existiera a la vez paralelo cultural y coincidencia cronológica. Habría grandes posibilidades de que Ife se remonte al menos al siglo VI de la era cristiana.

LA EDAD DE HIERRO EN EXTREMO OCCIDENTE

La Edad de hierro en la parte extremo-occidental de Africa es aún menos conocida que lo es en Nok y en las zonas próximas. Así, las escasas informaciones que tenemos en lo que concierne a Mauritania se refieren no a una Edad de hierro, sino a

[51] D. Hartle, 1966, pág. 26; *id.*, 1968, pág. 73.
[52] G. Connah (a), *o. c.*, págs. 146-147.

una «Edad de cobre». En la región del medio Níger, y particularmente en Senegambia, sólo disponemos de una secuencia cronológica parcial[53].

Las excavaciones efectuadas por N. Lambert en Akjujt (Mauritania)[54] han revelado que la fundición del cobre en el Sáhara occidental data al menos de −570 a −400. Ese período puede ser también el del comercio del cobre a través del Sáhara. En uno de los yacimientos, se ha evaluado en 40 toneladas la cantidad de cobre extraída, y es posible que una parte de esa producción haya sido exportada del Sáhara occidental a Sudán. Aunque la importancia de Akjujt haya declinado en los comienzos de la época histórica, quizá como consecuencia del agotamiento de los recursos de madera utilizable para la fundición de los metales (como ocurre en Meroé), el negocio transahariano continuará asegurando los aprovisionamientos de cobre y de objetos de cobre a través del Sudán central.

Los innumerables objetos de cobre que proceden de yacimientos arqueológicos o que figuran en las colecciones de los museos, sin contar los que son mencionados en los escritos, hacen pensar que la utilización de ese metal, por escaso que fuese, ha estado durante mucho tiempo extendida en el Africa occidental, aunque no haya dado lugar a la fabricación de tantos objetos como la madera, el hierro y la arcilla. Las importaciones de cobre y de aleaciones de cobre se realizaban en formas que apenas han cambiado en el transcurso de los siglos: lingotes, anillas, rollos, hilo, campanas y recipientes, productos destinados probablemente, unos a alimentar de materia prima a la industria local y otros para ser fundidos por el método de la cera fundida, martilleados, estirados, retorcidos, etc.

Las poblaciones africanas distinguían el cobre rojo, es decir, el cobre en estado puro, del bronce y del cobre amarillo o latón. Desgraciadamente, esa precisión está ausente en la mayor parte de los escritos. En realidad, es indispensable proceder al análisis espectográfico para determinar la proporción real de tal o cual metal en un objeto y la preferencia señalada por los primeros utilizadores del cobre y de su aleación (el bronce).

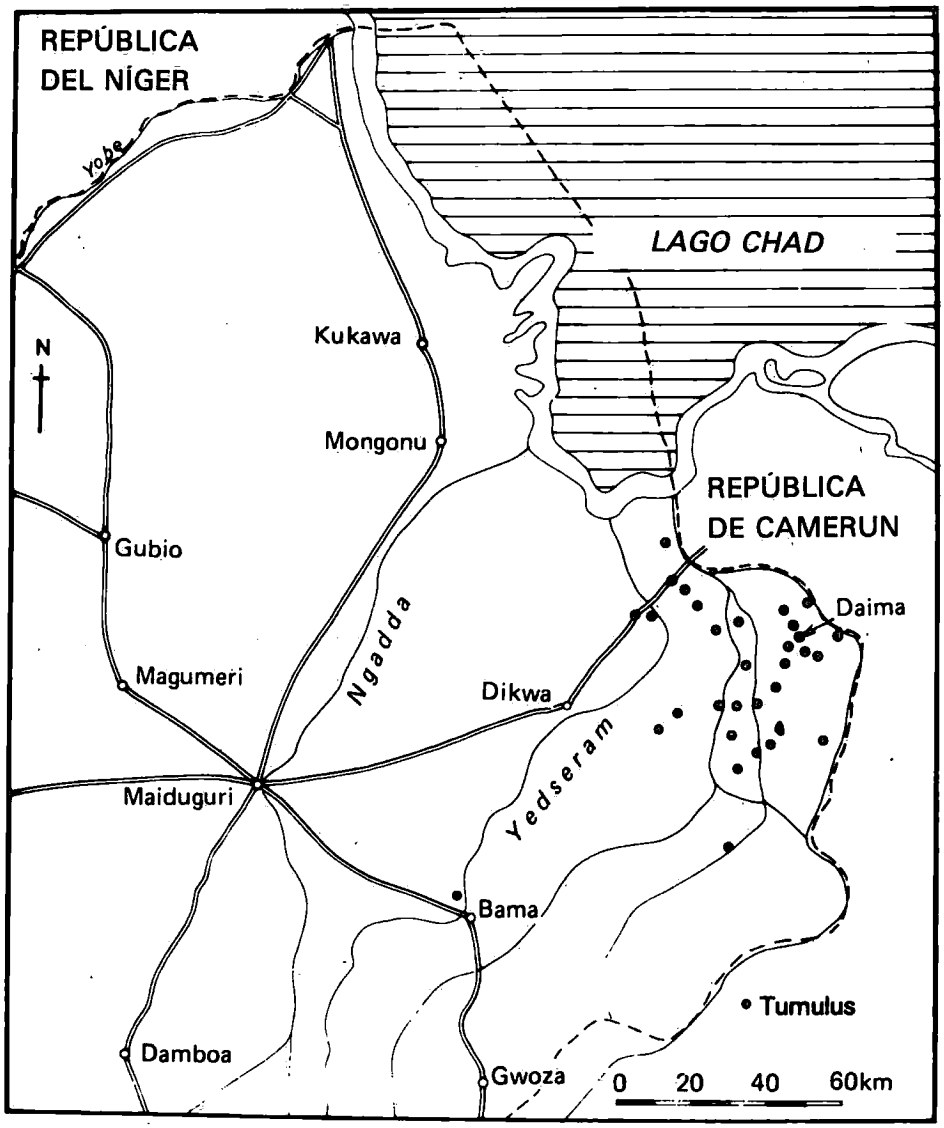
LA REGION DEL MEDIO NIGER

Se han encontrado montículos artificiales y lugares de hábitat o sepulturas (túmulos) en tres sectores principales de la región del Medio Níger, que están situados:

— en la confluencia Níger-Bani, en el valle del Bani;
— al norte y al nordeste del Macina y de Segu;
— en el extremo este en el interior del meandro del Níger, en el Alto Volta.

En estas tres zonas, se han encontrado vasijas de cerámica voluminosas y gruesas, empleadas frecuentemente como jarras funerarias decoradas casi siempre por medio de rollos de cuerda tranzada. Según las zonas, esas jarras funerarias se encuentran de

[53] O. Linares de Sapir, 1971, págs. 23-54.
[54] E. W. Herbert, 1973, págs. 170-194.



• *Fig. 5. Túmulo de desechos de Firki (Según G. Connah, 1969 [b]).*

dos en dos o de tres en tres, con los instrumentos domésticos. En el Alto Volta (Rim), los principales útiles así descubiertos son de hierro y de piedra pulida; con ellos se mezcla la cerámica casera. Se han encontrado también objetos de bronce y de cobre en el meandro del Níger. En el Macina y en la región de Segu, aunque no en Bani, ni en Rim (en el extremo este, en el Alto Volta), se ha descubierto una cerámica de molde característica que se presenta en diversas formas: platos y tazones muy bien elaborados, de poco espesor, y algunos de los cuales tienen nervios salientes, con un zócalo o con base plana, cubiletes con pie, cántaros y vasijas en forma de cono truncado [55].

En Segu y en Tombuctú, algunas de esas poblaciones de la «Edad de hierro» se componían principalmente de agricultores que cultivaban el mijo y el arroz; otras se dedicaban sobre todo a la pesca utilizando, preferentemente arpones de hueso e hilos lastrados con tierra cocida. En esa región existen numerosos monumentos preislámicos, de piedras artísticamente labradas con martillo y otros descubrimientos se extienden sobre decenas de hectáreas, testimoniando concentraciones importantes de población. Pero muy pocos de esos yacimientos han sido inventariados o, cuando lo han sido, sólo de manera superficial. Muchos, no obstante, han sido sometidos a un saqueo en toda regla por los franceses [56].

Solamente excavaciones extensas permitirán determinar las dimenxiones exactas y la naturaleza de esas instalaciones, y el género de economía de las poblaciones que allí vivieron. Tampoco se ha establecido aún la secuencia cronológica a propósito de esos establecimientos. Monod cree que esas culturas con jarras funerarias han formado parte de un «complejo lehim» más extenso, centrado en el Mediterráneo y limitando con las regiones del meandro del Níger, lo que implica que esas culturas de la Edad de hierro en Africa occidental son posteriores a la llegada del mundo árabe (es decir + 1000 y + 1400). Sin embargo, los resultados de investigaciones recientes no confirman esa opinión.

En Kuga, por ejemplo, las excavaciones realizadas en un túmulo han permitido atribuir una datación de + 950 ($\pm$ 120) a un nivel relativamente reciente que contiene objetos de cerámica pintados de blanco sobre fondo rojo. Cazos encontrados en la superficie tenían rastro de mijo, de trigo y quizá de maíz. Las indicaciones recogidas en ese lugar y en otros de esa parte del Africa occidental recuerdan un nivel de la Edad de hierro más antiguo principalmente caracterizado por unos cascotes que contenían huellas de decoración o que no tenían ninguna, y por herramientas de hueso y de piedra, así como por brazaletes. En el Alto Volta, una tradición cultural emparentada se remonta más atrás aún, al siglo V o al VI de la era cristiana [57].

LA REGION DE SENEGAMBIA

Túmulos funerarios han sido descubiertos también en algunos sectores de esa región, en particular en Rao situado en la desembocadura del Senegal [58], y en el norte del Senegal, a lo largo del río. También en ese caso, la mayor parte de ellos no han

[55] G. Szumowski, 1957, págs. 225-257.
[56] O. Davies, 1967 (a), pág. 260.
[57] B. W. Andah (ex. Wai-Ogosu B.), 1973, *o. c.*
[58] J. Joire, 1955, págs. 249-333.

sido inventariados con detalle; sin embargo, un estudio superficial ha indicado que los difuntos eran enterrados en habitáculos de madera recubiertos de montículos de al menos cuatro metros de altura y que contenían útiles de hierro, brazaletes de cobre, collares, joyas de oro y varios objetos de cerámica de formas simples: vasos, tazones, cubiletes y jarras, sin pintar, pero sí sobrecargados de motivos decorativos complicados, sobre todo realizados por incisiones y punteado, sin utilización del peine.

Según las excavaciones recientes, esos megalitos datarían del año 750 de la era cristiana [59], es decir, de un período posterior al que nos interesa en el presente capítulo.

Los principales establecimientos del litoral de esa región están comprendidos más directamente en nuestro período. Contienen, sobre todo, montones de conchas. Cerca de Saint-Louis y en el curso del Casamance, enormes baobabs han crecido a veces. Los montones de conchas de Saint-Louis estudiados por Joire [60] han revelado, como otros varios, una industria cuyos cascotes subsisten acá y allá y que tienen impresiones hechas con peine, una anilla de cobre y hierro trenzados, un hacha de hueso y otros objetos diversos elaborados también en hueso. Entre otras cosas, las poblaciones de las que proceden esos amontonamientos de desechos pescaban ostras y practicaban el comercio con las poblaciones del interior. Entre Saint-Louis y Joal el litoral de dunas y de rocas, considerado como impropio para la ostricultura [61], estaba habitado en la Edad de hierro y desde el Neolítico por una densa población. En Dakar (por ejemplo, en Bel-Air) se encuentran vestigios de la Edad de hierro claramente estratificados debajo del Neolítico. Las formas y la ornamentación de los objetos de cerámica han variado poco en el transcurso de los siglos, de modo que los yacimientos no estrarificados no pueden ser clasificados de modo satisfactorio.

En el Bajo Casamance, un estudio de varios montones de conchas realizado sobre una superficie de 22 km. por 6 km. revela una secuencia cultural que abarca de −200 a +1600 y está imbricada con elementos del comienzo de la cultura material moderna dyula. Sapir cree que la fase más antigua conocida hasta ahora (período de −1200 a +200), descubierta únicamente en los establecimientos de Ludia y de Quolof, pertenece al Neolítico reciente más que al antiguo. Los contactos y las influencias culturales son revelados por la cerámica de esa época, que comparte unas técnicas decorativas como el grabado de líneas onduladas con la cerámica neolítica ampliamente extendida desde Cabo Verde [62] hasta Argelia meridional [63] e incluso hasta el Africa central. En esos establecimientos no se han encontrado útiles de piedra, pero acumulaciones de hierro de las marismas se encuentran con frecuencia en ellos, que hacen suponer una utilización del hierro. Sin embargo se ha notado en los alrededores de Bignona la presencia de hachas de piedra prehistóricas que debían haber sido extraídas de montones de conchas.

Los datos arqueológicos de ese período recuerdan instalaciones dispersas constituidas en pequeños campamentos sobre unas crestas arenosas poco elevadas, cubiertas probablemente de hierbas y de arbustos y rodeadas de bosques. Allí se practicaba

59 C. Descamps y G. Thilmans, 1972.
60 J. Joire, 1947, págs. 170-340.
61 O. Davies, 1967 (a), *o. c.*; *id.*, 1967 (b), págs. 115-118.
62 R. Mauny, 1951, págs. 165-180.
63 H. J. Hugot, 1963.

la pesca de crustáceos y resulta difícil imaginarse cómo esas poblaciones aseguraban su subsistencia, al pertenecer los escasos huesos de animales descubiertos a algunos mamíferos que resulta imposible identificar.

La ausencia total de huellas de moluscos y de espinas de peces (en cuatro establecimientos que representan unos 400 años de ocupación de terreno), y la presencia de fragmentos de cerámica cuya materia no contiene conchas rotas, son consideradas por los primeros investigadores reveladoras de la inadaptación, de esos «primeros habitantes» de la costa, a la vista en el medio ambiente del litoral. Para Aubreville[64], bosques densos han cubierto en otros tiempos la región que rodea la llanura de Ussuyo antes de ser destruidos por el fuego y luego convertidos en campos de arroz. Si esa opinión está fundada, puede que esos habitantes del Período I fueran ya agricultores, que cultivaban quizá el arroz de montaña en zonas de secano.

En el transcurso de las ocupaciones que siguieron (Períodos II a IV), es decir, posteriores a +300, la abundante fauna de los manglares y de los brazos de ríos ha sido aprovechada y es posible que se haya practicado también la agricultura. Una investigación sistemática de huellas de arroz y de otras plantas no ha sido, sin embargo, realizada aún. A esos niveles, los arqueólogos consideran que sus descubrimientos «corresponden más bien a las prácticas dyula antiguas y modernas», mientras que la secuencia de los tipos de cerámica relaciona los antiguos montones de detritos alimentarios con montones modernos cercanos.

Esa secuencia, por lo que hoy conocemos, parece demasiado reciente para que nos informe sobre los orígenes del cultivo del arroz acuático en esa región. Sin embargo, puede ser útil aportar aquí que Porteres[65] ve a Senegambia como un centro secundario de propagación del *Oryza glaberrima*, situando el centro principal en alguna parte próxima al Medio Níger.

Los establecimientos del Bajo Casamance representan aparentemente una etapa avanzada del cultivo del arroz acuático. En esa época, la utilización de útiles de hierro ha permitido explotar las lagunas con manglares y cuadricular con caballones de tierra los terrenos aluviales de arcilla pesada para hacer de ellos campos de arroz. En realidad, convendría buscar los primeros centros del cultivo del *Oryza glaberrima* en los suelos más blandos de los valles interiores secos, donde habría sido posible cultivar el arroz de montaña que se hubiera podido sembrar al voleo o plantar a mano tras haber talado el terreno por medio de herramientas de piedra.

Sólo investigaciones arqueológicas de mayor alcance efectuadas en las zonas claves permitirán determinar qué había allí exactamente en materia de agricultura. De todos modos, ahora sabemos que unos aspectos identificables de la cultura dyula estaban presentes desde el Período II. Algunos grupos vivían exactamente como hoy, sobre las crestas arenosas en los valles de aluvión o no lejos de éstos, arrojando sus desechos en lugares determinados. Allí se formaban voluminosos montones que contenían fragmentos de cerámica y otros detritos que recuerdan la cultura material dyula. Durante todo el período, la cerámica tradicional del Bajo Casamance ha practicado las decoraciones grabadas, con puntos e impresas, más que pintadas, y las formas utilitarias más que ornamentales o propias de las ceremonias. En cuanto al

[64] A. Aubreville, 1948.
[65] R. Porteres, *o. c.*, 1950.

hecho de saber si esas poblaciones del Casamance enterraban objetos de cerámica con sus muertos, sigue siendo una incógnita, puesto que no ha sido descubierta ninguna tumba en esos establecimientos o en sus alrededores.

Arkell, entre otros, ha emitido la opinión de que las tradiciones del trabajo del hierro, de las que hemos hablado anteriormente, fueron introducidas en el Africa occidental a partir de la esfera egipcio-nubia, mientras que algunos, como Mayney, las hacen proceder de Cartago. Pero entre otras cosas, los que sostienen esas tesis no estiman en su justo valor las diferencias fundamentales que aparecen en el modo cómo la metalurgia del hierro se ha desarrollado en las dos regiones. En la esfera egipcio-nubia, el paso de la Edad de hierro se realizó por etapas del trabajo del cobre, del oro y de la plata, del hierro meteórico en el período dinástico, y después del hierro terrestre. En cambio, los centros del trabajo primitivo del hierro en Africa al sur del Sáhara pasaron directamente de la piedra al hierro sin intermediarios, o casi, del trabajo del cobre o del bronce, excepto tal vez en Mauritania. En realidad, el cobre y el bronce recibieron a continuación un tratamiento casi semejante al del hierro, mientras que, en la esfera egipcio-nubia, el cobre, y más tarde, el hierro, han sido trabajados con métodos muy diferentes. Las dataciones que se han podido realizar no apoyan tampoco las dos variantes de la teoría de la difusión, como no lo hacen los índices culturales recogidos directamente. Así es cómo los garamantes de Libia y las poblaciones meroíticas comenzaron a servirse de carros y, sin duda, de útiles de hierro aproximadamente en la misma época (−500) en la que el trabajo del hierro comenzó en la región de Nok, al norte de Nigeria. Además, la datación de algunos yacimientos autoriza pensar que el trabajo del hierro pudo incluso iniciarse en la región de Nok desde −1000.

En realidad, la tesis según la cual la metalurgia del hierro se había propagado desde el exterior al Africa occidental no concede bastante importancia a los numerosos problemas relativos a las modalidades, a la época y a los lugares (sólo ha habido un problema necesariamente) de la realización de los primeros pasos que se ha necesitado para pasar del material roca o tierra a los metales que, resistentes y durables, se revelaban más eficaces que la piedra para las armas, y se prestaban a utilizaciones mucho más numerosas. A este respeto Diop[66] y Trigger[67] han hecho observar precisamente que «las primeras dataciones relativas a los yacimientos de la Edad de hierro en el Africa occidental y meridional deberían recordarnos que no hay que rechazar la posibilidad de que el trabajo del hierro ha podido desarrollarse independientemente en uno o en varios lugares al sur del Sáhara». Con demasiada frecuencia, se ha confundido la cuestión de los comienzos con la del grado de refinamiento de las técnicas. Y lo que es más, los investigadores que han defendido la tesis según la cual el trabajo del hierro se habría propagado del Próximo Oriente a Africa generalmente han supuesto (sin razón, parece) que las etapas de la metalurgia ocurridas en el Próximo Oriente y en Europa obligatoriamente debieron existir en toda Africa.

[66] C. A. Diop, 1968, págs. 10-38.
[67] B. G. Trigger, 1969, pág. 50.

EL COMERCIO PREHISTORICO Y LOS PRIMEROS ESTADOS DEL AFRICA OCCIDENTAL

Artículos descubiertos en las tumbas de Fezzán nos muestran que, entre los siglos I y IV de la era cristiana, mercancías romanas eran importadas en esa región. Al parecer, tras haber reemplazado a los cartagineses en la costa tripolitana durante la segunda mitad del siglo II antes de la era cristiana, los romanos, a su vez, importaron de Sudán el marfil y los esclavos, continuando los garamantes desempeñando el papel de intermediarios. Fuentes literarias mencionan también expediciones de caza e incursiones en el sur, y se han descubierto objetos de origen romano a lo largo de la «ruta de los carros», al sudoeste de Fezzán. Tras el declive de Roma el comercio decayó, pero conoció un rebrote con la restauración del Imperio bizantino después del año 533 de la era cristiana y antes de la invasión de Fezzán por los árabes[68]. Así, recientes estudios arqueológicos muestran claramente la importancia, en los tiempos prehistóricos, de las relaciones comerciales a gran distancia con las poblaciones del Sáhara y de Africa septentrional. Pero afirmaciones como la de Posnansky[69], según la cual, «para descubrir los orígenes del comercio lejano en el Africa occidental, nuestras investigaciones deben comenzar en las arenas del Sáhara», no están por eso justificadas. Por bien intencionada que puede estar, semejante afirmación es errónea y puede producir consecuencias nefastas. Entre otras cosas, tiende a despreciar el hecho de que un sistema interno de comercio entre grandes distancias existía en el Africa occidental, mucho tiempo antes del comercio transahariano y había facilitado el desarrollo de éste.

Según el autor, los indicios recogidos testimonian la existencia, desde los comienzos de la Edad de hierro, de relaciones comerciales florecientes que formaban una red compleja y muy extensa, alimentada por los productos industriales locales y explotada entre las poblaciones del litoral (pescado, sal) y los agricultores del interior, por una parte, y entre esas poblaciones meridionales y las sociedades más específicamente pastoriles del norte, por otra. Ese comercio actuaba sobre importantes productos locales: el hierro y la piedra (para las herramientas y las armas), el cuero, la sal, los cereales, el pescado seco, los tejidos, la cerámica, la madera trabajada, las nueces de cola y los adornos de piedra y de hierro.

Como Posnansky mismo admite, en numerosas comunidades de Africa occidental, hachas de piedra pulida, conocidas en Ghana con el nombre local de *nyame akume*, y objetos de cerámica eran transportados a centenares de kilómetros en el Neolítico y en la Edad de hierro. Los ralladores de piedra de la «cultura» de Kintampo, que la datación sitúa hacia −1500, eran tallados en una marga dolomítica claramente transportada a grandes distancias, puesto que ha sido encontrada a la vez en la llanura de Accra y en el norte de Ghana. En Rim, cerca de Uahiguya, los niveles de la Edad de hierro/Neolítico están unidos a la existencia de fábricas de hachas y el establecimiento ha sido, según todas las apariencias, un centro importante del comercio de las hachas con destino a regiones desprovistas de la materia prima necesaria.

[68] Punto de vista opuesto al que se expresa en los caps. 17, 18 y 20 de este volumen. Nota del director del volumen.

[69] M. Posnansky, 1971, pág. 111.

Otra prueba de un comercio local de materias primas que data de la Edad de hierro nos es proporcionado por la presencia, en la materia utilizada para la fabricación de recipientes, de arcillas extranjeras en la región donde se las ha encontrado. Y sin duda, ese comercio local nos muestra ciertos aspectos del mecanismo de los principales hechos económicos, sociales y políticos inherentes a la fundación del antiguo imperio de Ghana. Es cierto que su importancia no se limita a indicar contactos culturales a escala regional y demostrar que muy pocas sociedades agrícolas nunca han sido totalmente independientes.

Las modalidades del desarrollo del comercio y del artesanado (industria) internas en el Africa occidental han determinado el trazado de las rutas comerciales entre el mundo de esa parte de Africa y la del Sáhara y le han proporcionado el tráfico. Ese comercio interior ha favorecido también la formación de aldeas y de ciudades de mayores dimensiones en el transcurso del Neolítico reciente y de la Edad de hierro. Informaciones arqueológicas cada vez más numerosas, incluso en lo que concierne a las regiones forestales del Africa occidental, continúan indicando que la posterior aparición de los reinos asante, de Benin y Yoruba, así como la de la cultura de Igbo Ukwu han dependido esencialmente de una explotación plenamente satisfactoria de su entorno por medio de los pueblos primitivos que utilizaban el hierro y, en algunos casos, por medio de hombres que no conocían su uso.

Capítulo 25

AFRICA CENTRAL

F. VAN NOTEN

Con la colaboración de
D.COHEN y P. DE MARET

La difusión de la metalurgia y la asombrosa expansión de las lenguas bantúes constituyen dos problemas fundamentales para la historia de Africa. Desde hace mucho tiempo, existe una clara tendencia a unir las dos cuestiones y a explicarlas una por medio de la otra. La difusión de la metalurgia sería una consecuencia de la expansión de las poblaciones de lengua bantú y, recíprocamente, esa expansión habría sido facilidada por la posesión de útiles de hierro que permitían trabajar en el bosque ecuatorial.

Los lingüistas [1] son los primeros que han emitido la hipótesis de un origen de las lenguas bantúes sobre las llanuras niger-camerunesas. A su vez, los arqueólogos, historiadores y antropólogos han intentado hacer coincidir esa hipótesis con los datos que competen a sus respectivas disciplinas [2].

Sin embargo, las materias exploradas por esas diferentes ciencias no coinciden exactamente. Por eso, se puede temer el deslizamiento del «bantú», noción lingüística, a la noción etnológica de poblaciones o de sociedades bantú y, de ahí, a la noción arqueológica de una Edad de hierro bantú [3].

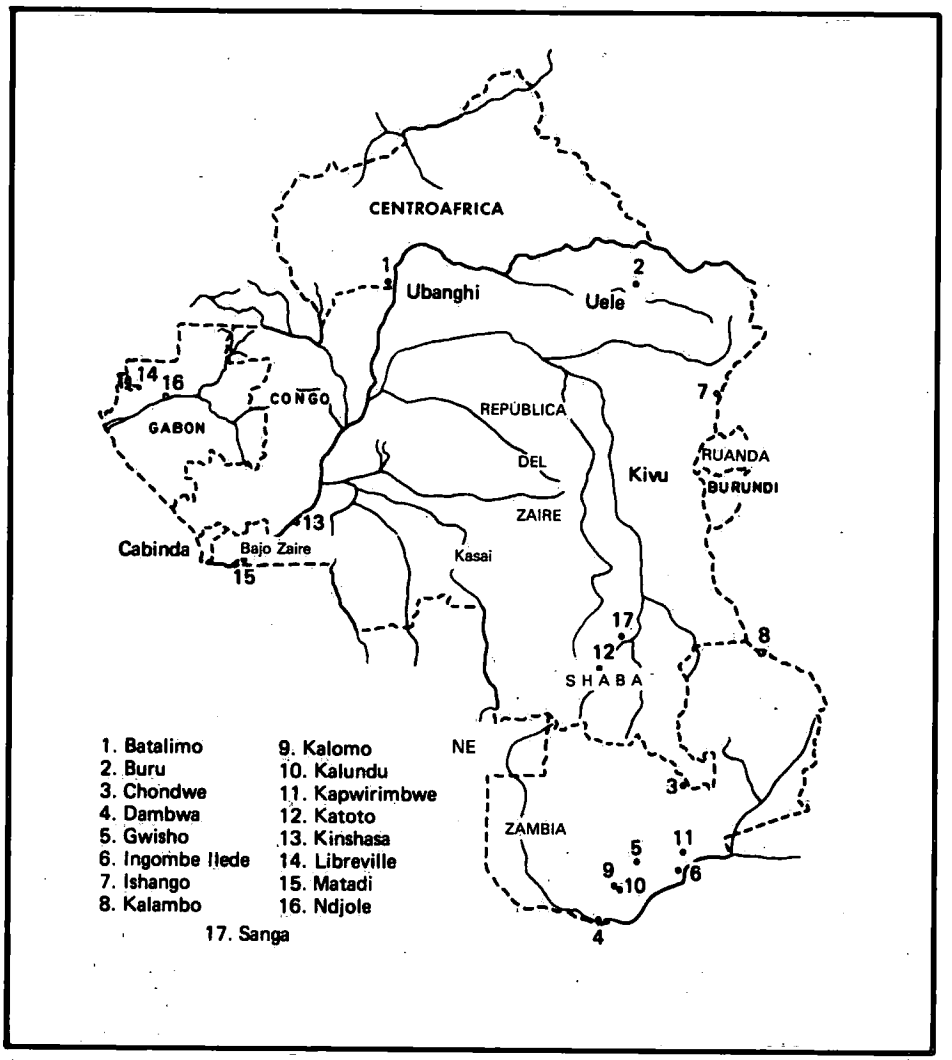
La región estudiada en este capítulo está formada por el Africa central, es decir, la República del Zaire y algunos países limítrofes: Gabón, Congo, República Centroafricana, Ruanda, Burundi y el norte de Zambia. Y se presenta como una vasta depresión de una altura media de 400 m. En torno a esa inmensa llanura, el suelo se eleva mediante rellanos sucesivos para formar unas montañas o mesetas. Las regiones próximas al ecuador tienen lluvias abundantes todo el año. Más al norte y al sur aparecen zonas con dos estaciones de lluvias que se confunden en una sola a partir de 5° o de 6° de latitud aproximadamente. Las temperaturas medias anuales son bastante elevadas y su amplitud aumenta a medida que se aleja del ecuador.

---

[1] J. H. Greenberg, 1955.

[2] R. Oliver, 1966; D. W. Phillipson, 1968 (a); M. Posnansky, 1968; T. N. Huffman, 1970; R. C. Soper, 1971.

[3] En este capítulo, utilizaremos el término bantú sólo como un concepto lingüístico por oposición al, arqueológico, de Edad de hierro.



• *Fig. 1. Mapa del Africa central con la indicación de los lugares mencionados en el texto (Mapa facilitado por el autor).*

La depresión central está cubierta por el bosque ecuatorial denso, en cuyas orillas se encuentra la sabana. En las regiones con estación seca bien señalada el manto herboso predomina pero las corrientes de agua están frecuentemente bordeadas de galerías forestales.

FIN DE LA EDAD DE PIEDRA

Las sociedades de cazadores-recolectores de la Edad de piedra reciente utilizan unas herramientas cada vez más especializadas. En general se distinguen dos tradiciones opuestas, la del complejo industrial tshitoliense y la del complejo de las industrial microlíticas de los que el nachikufiense y el wiltoniense son los ejemplos mejor conocidos.

Frecuentemente se opone la Edad de piedra reciente al Neolítico, siendo esa oposición o de naturaleza tecnológica (útiles pulidos asociados o no a la cerámica) o de naturaleza socio-económica (ganadería y agricultura, sedentarización y urbanización eventual). Actualmente, a la vista de la escasez de los datos socio-económicos, nos vemos obligados a hacer esa oposición a partir de los únicos elementos tecnológicos que se revelan poco pertinentes. En efecto, hachas pulidas y cerámica aparecen ya en unos contextos arqueológicos de la Edad de piedra reciente.

El tshitoliense se distingue bastante claramente de las demás industrias de la Edad de piedra reciente del Africa central. Geográficamente, está repartido en las regiones sur y, sobre todo, sudoeste de la cuenca del Zaire. El tshitoliense parece que prolonga la tradición del complejo lupembiense del que se separa esencialmente por una tendencia a la disminución de las dimensiones de los instrumentos y por la aparición de formas nuevas: puntas de flechas foliaceas y pedunculadas retocadas por presión, microlitos de forma geométrica (segmentos, trapecios). Hacia el final del tshitoliense se encuentran también algunos instrumentos pulidos [4]. Cronológicamente, el tshitoliense estaría comprendido aproximadamente entre −12 000 y −4000, y tal vez hasta −2000 o incluso, localmente, hasta el comienzo de la era cristiana [5].

El nachikufiense, esencialmente microlítico, parece instalado desde hace más de 16.000 años al norte de Zambia [6]. Tres estadios se han sucedido allí. En el más antiguo aparecen los útiles microlíticos asociados a numerosas piedras agujereadas y a material de triturar. El segundo estadio que comienza hacia −8000 está caracterizado por la presencia de útiles pulidos. En fin, a partir de −2000, el estadio final de ese industria está señalado por una gran abundancia de pequeños segmentos, de objetos de cerámica y, después, de algunos objetos de hierro; estos últimos proceden sin duda de intercambios comerciales. La tradición nachikufiense parece que ha perdurado hasta el siglo XIX [7].

El wiltoniense está atestiguado en Zambia meridional así como en buena parte de Africa del Sur. Se trata de una industria puramente microlítica. Hacia el final de su desarrollo aparecen también herramientas pulidas. En general se atribuye esa industria a grupos protosan. En Gwisho, Zambia central, condiciones excepcionales de

[4] D. Cohen y G. Mortelmans, 1973.
[5] J. P. Emphous, 1970.
[6] S. F. Miller, 1971.
[7] S. F. Miller, 1969.

conservación han permitido reconstruir el modo de vida de esa población en el transcurso del segundo milenio antes de la era cristiana [8]. La industria, extraordinariamente abundante y completa, comprende instrumentos de piedra, de madera y de hueso. Los utensilios microlíticos estaban principalmente destinados al trabajo de la madera, a reforzar las puntas de las flechas, de los arponen y de los cuchillos. Los útiles microlíticos comprenden entre otros objetos hachas pulidas, trituradores y muelas fijas. Entre los instrumentos de madera, se encuentran bastones para cavar y puntas de flechas comparables a las de los san actuales. Los utensilios de hueso comprenden agujas taladros y puntas de flechas.

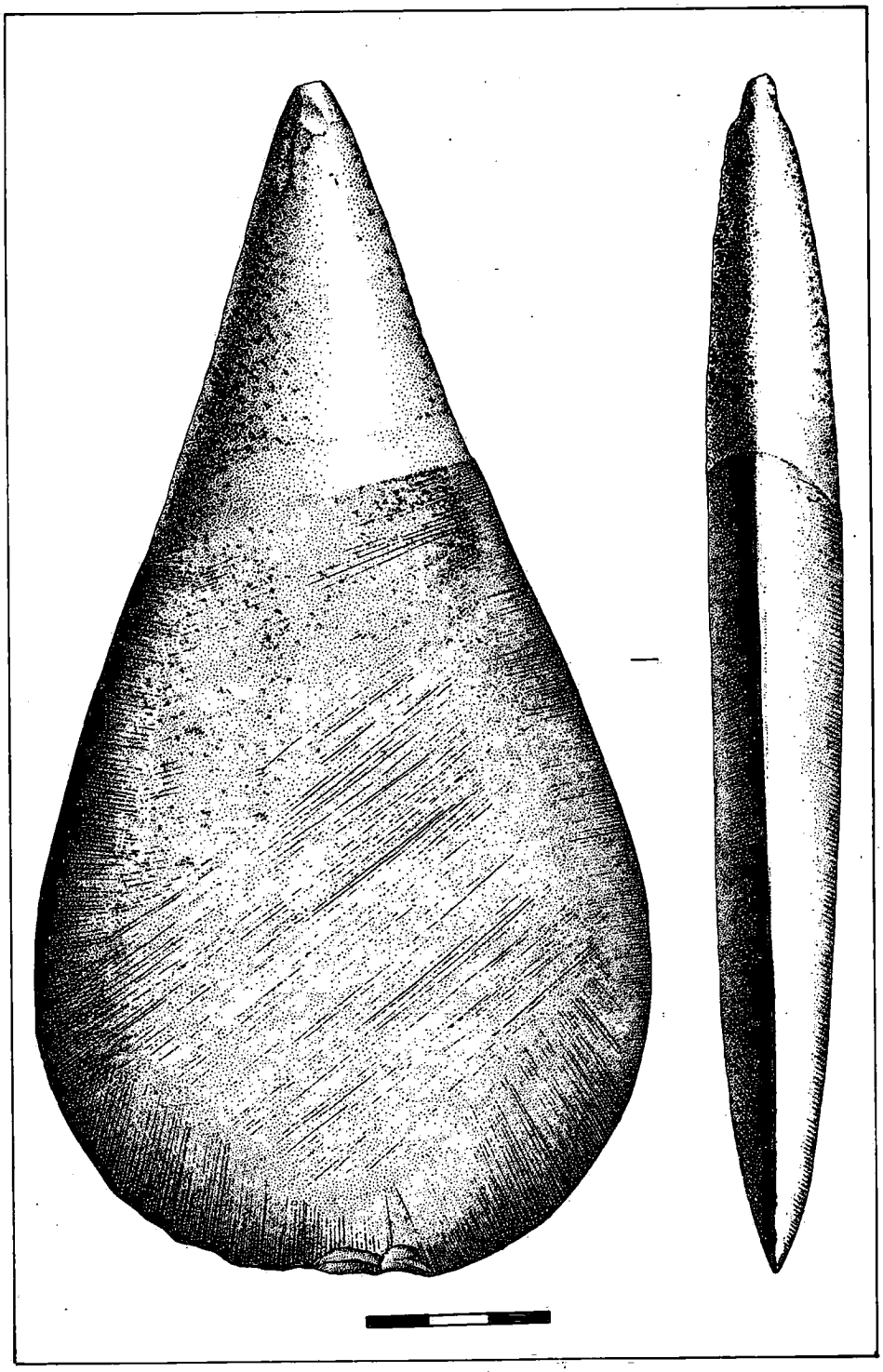
El hábitat parece que estaba formado por salientes o tejadillos hechos de ramas y de hierbas análogas a los de los san del desierto de Kalahari. Los muertos eran enterrados en el lugar. Se trata de sepulturas sin mobiliario. Los difuntos yacían en diversas posiciones. Ni la agricultura, ni la ganadería eran practicadas. Las excavaciones han revelado que la alimentación era comparable a la de las poblaciones actuales, fundada en una gran variedad de productos vegetales, asegurando la pesca y la caza el complemento indispensable. Los habitantes de Gwisho explotaban un territorio bastante vasto y cazaban especies animales tanto en la llanura herbosa como en el bosque.

En el Africa central existe un gran número de industrias microlíticas mal descritas que han podido ser asimiladas a una de las que preceden. Es probable que algunas no constituyan más que un aspecto local, en forma de un material, o de actividades especializadas.

Ya hemos visto que apenas existían datos que justifiquen la oposición entre la Edad de piedra reciente y el Neolítico. Sin embargo, los elementos tecnológicos tradicionalmente atribuidos al Neolítico predominan en ciertas regiones, tales como, por ejemplo, Uelé [9], Ubangui y, en menor medida, el Bajo Zaire. Esto ha conducido a los primeros arqueólogos del Africa central a distinguir un Neolítico ueliense, ubanguiense y leopoldiense. Sin embargo, esas pretendidas industrias no son prácticamente conocidas más que por sus herramientas pulidas reunidas en superficie o compradas. Cada vez que investigaciones más profundas han sido realizadas, han permitido modificar sensiblemente la idea que se tenía formada. Por eso, el ueliense, célebre por sus bellas hachas de hematites pulidas (fig. 2) pertenecería, al menos parcialmente, a la Edad de hierro. Recientemente, un taller de talla ha sido descubierto en Buru, Uelé. Dos fechas clasificadas al radiocarbono indican la primera mitad del siglo XVII para ese centro en el que esbozos de hachas se encontraban junto a fragmentos de toberas, escorias de hierro y objetos de cerámica.

En lo que concierne al ubanguiense, existe ahora un yacimiento excavado, Batalimo, al sur de Bangui, en la República Centroafricana. Allí se encuentran azuelas talladas y hachas —una con corte particalmente pulido, una abundante industria no microlítica y una cerámica ricamente decorada, grandes vasijas de amplia abertura (fig. 4), jarras y tazones de fondo plano [10]. Esa cerámica ha sido datada por termoluminiscencia en +380 (±200). En ausencia de otros datos, esa fecha, que pareció demasiado reciente a algunos, no puede ser rechazada.

[8] B. M. Fagan y F. van Noten, 1971.
[9] F. van Noten, 1968.
[10] R. de Bayle des Hermens, 1972 (a).



• *Fig. 2. Hacha pulida de hematites que pertenece al Ueliense.*

En el Bajo Zaire, desde Matadi hasta Kinshasa, se encuentran también hachas con corte más o menos pulido asociados a veces a cerámica con base plana [11]. Recientemente en el transcurso de un sondeo en una gruta de esa región, un hacha pulida ha sido encontrada asociada a esa cerámica y a carbón de madera, una muestra del cual, datada por el radiocarbono, ha dado una edad calculada de −390 a −160. Un sondeo en otra cueva, distante de la anterior en unos diez kilómetros, ha proporcionado también un hacha pulida asociada a esa misma cerámica [12]. En Gabón, diversos establecimientos [13], como el de Ndjole, a doscientos kilómetros al este de Libreville, habrían revelado en estratigrafía un nivel neolítico que comprende hachas con corte pulido, objetos de cerámica y fragmentos de cuarzo [14].

ANTIGUA EDAD DE HIERRO

Entre las poblaciones de la Edad de piedra que acaba y los primeros metalurgistas se realizaron algunos contactos. El hecho está generalmente bastante establecido. Sin embargo, ignoramos si ese intercambio tecnológico entrañó cambios profundos en la estructura de las sociedades que lo practicaban. Para Africa central, no disponemos, para conocer el período correspondiente a la antigua Edad de hierro, de ninguna fuente, ni histórica (como, por ejemplo, el *Periplo del mar de Eritrea)*, ni antropológica. Nuestros únicos datos son, pues, de naturaleza arqueológica.

Habitualmente se asocia la antigua Edad de hierro a la cerámica con cavidad en la base *(dimple based pottery)* [15]. Esa cerámica (fig. 4a), descrita por vez primera en 1948 [16], se conoce actualmente con el nombre de Urewe [17], y está atestiguada en una parte de Kenia, en Uganda y en la región interlacustre (fig. 3). Algunos objetos de cerámica, encontrados en Kasai, estarían comprendidos también en esa vasta área de distribución [18]. La mayor parte de las fechas para esos tipos de cerámicas están comprendidas entre 250 y 400 de la era cristiana. Sin embargo en un establecimiento al menos, en Katuruka, de Buhaya, Tanzania, fechas notablemente más antiguas han sido obtenidas [19]. Desgraciadamente, el alcance de ese descubrimiento es todavía difícil de apreciar. La cerámica de Urewe parece bastante homogénea y con frecuencia se han adelantado la idea de un origen común para las diferentes facies conocidas. Se trataría más bien de variantes locales que de estadios cronológicos. En efecto, esas facies no se superponen nunca en estratigrafía.

Desde su origen, parece que la metalurgia del hierro está asociada a cierto número de rasgos culturales, tales como la fabricación de cerámica y el establecimiento de aldeas con construcciones de adobes. Además, se admite generalmente que la ganadería y la agricultura eran practicadas.

En la zona interlacustre (Kenia, Uganda, Ruanda, Burundi y Tanzania) así como en Zaire, en la región del Kivu, la presencia de cerámica Urewe está atrestiguada. La

[11] G. Mortelmans, 1962.
[12] P. de Maret, 1975.
[13] Y. Pommeret, 1965.
[14] B. Blankoff, 1965.
[15] En Ruanda, esa cerámica es la del tipo A (J. Hiernaux y E. Maquet, 1960).
[16] M. D. Leakey, W. E. Owen y L. S. B. Leakey, 1948.
[17] M. Posnansky, 1967.
[18] J. Nenquin, 1959.
[19] J. E. G. Sutton, 1972.

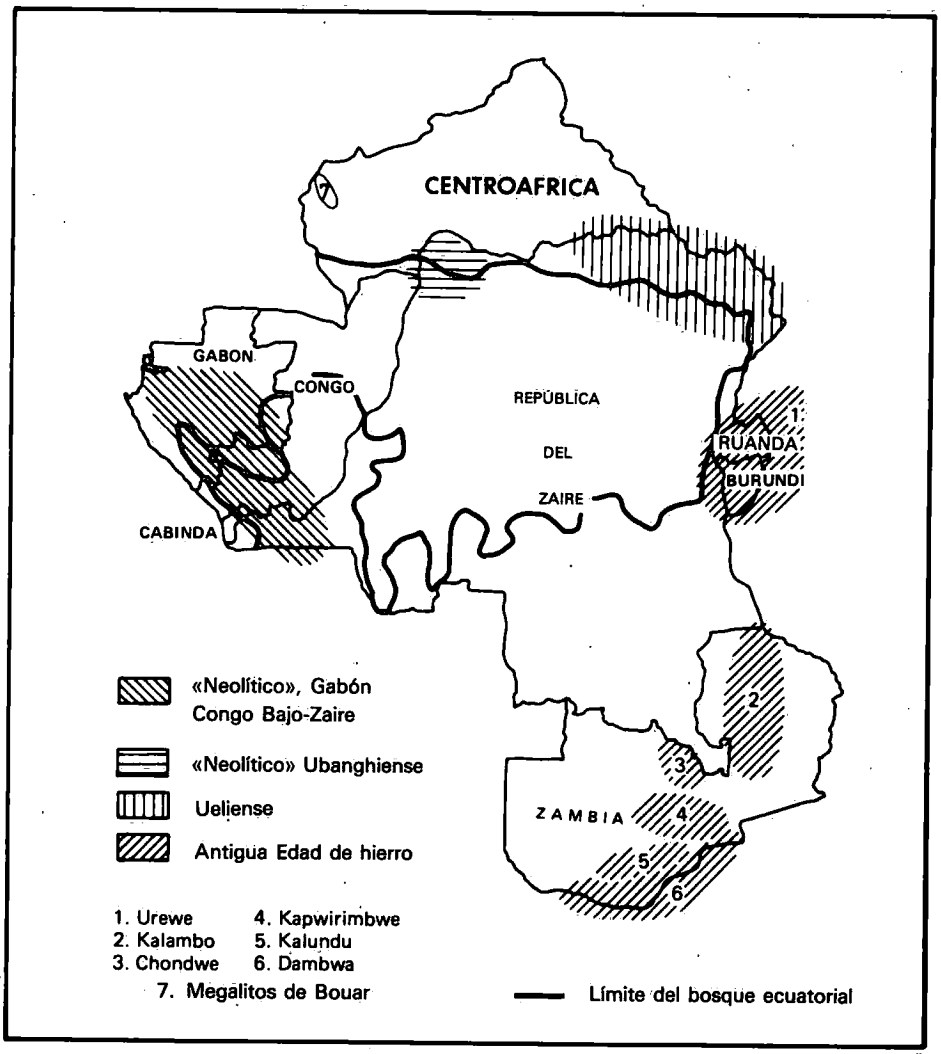
cerámica de la antigua Edad de hierro de Zambia *(channel-derorated ware)* ha sido comparada durante mucho tiempo con la cerámica con cavidad en la base. En realidad, parece que se pueden distinguir varias unidades regionales. Prácticamente, solo J. Hiernaux y E. Maquet han estudiado la antigua Edad de hierro en esas regiones. En una primera publicación (1957), describen dos establecimientos de Kivu. En Tshamfu, la cerámica urewe típica estaba asociada a restos de fundición, así como a ladrillos hechos a mano. En Bishange, ha sido excavado un horno destinado a la fundición de hierro. Ese horno estaba construido con ladrillos hechos a mano. Estos presentaban frecuentemente un lado ligeramente cóncavo decorado con impresiones digitales. La cerámica de Bishange pertenece también al tipo urewe. Posteriormente (1960), esos autores han descrito varios establecimientos de la Edad de hierro descubiertos en Ruanda y en Burundi. La cerámica ha sido clasificada en tres grupos: A, B y C. Sólo el primero, A, idéntico a la cerámica urewe, pertenecería a la antigua Edad de hierro, y los otros dos serían más recientes.

La cerámica del tipo A está asociada a escorias de hierro y a toberas, así como a ladrillos hechos a mano, a veces decorados semejantes a los de Kivu. En dos establecimientos por lo menos, esos ladrillos habrían pertenecido a un horno destinado a la fundición del hierro. Dos fechas han sido publicadas: para el establecimiento de Ndorwa, 250 ($\pm$100) de la era cristiana, y para el establecimiento de Cyamakuza, localidad en el municipio de Ndora, prefectura de Butaré, 300 ($\pm$80) de la era cristiana[20]. En Mukinanira, la cerámica de tipo A estaba justamente encima y mezclada parcialmente con una industria lítica de la Edad de piedra reciente[21]. Asimismo, en Masangano, los dos grupos de vestigios estaban mezclados. De eso, se podría deducir que los fabricantes de cerámica de tipo A han aportado la metalurgia en esa parte de Africa en una época en la que la región estaba aún habitada por los cazadores-recolectores de la Edad de piedra reciente. La coexistencia de grupos de poblaciones tecnológicamente tan diferentes está bastante ampliamente atestiguada[22]. En nuestros días, los twa llevan aún una vida de cazadores en el bosque ecuatorial de esa región.

Excavaciones recientes en unos establecimientos indicados por la tradición oral como el emplazamiento de tumbas reales Tutsi han revelado a veces estructuras de la antigua Edad de hierro. Así, en Burembo, un agujero excavado en la laterita contenía carbón de madera datado en 230 ($\pm$50) antes de la era cristiana. Encima de ese agujero había un vaso del tipo A. Un agujero parecido, en Rambura, ha proporcionado escorias de hierro, fragmentos de toberas, algunos cascotes de aspecto urewe, algunas piedras talladas de la Edad de piedra reciente, así como carbón de madera datado en 295 ($\pm$60) de la era cristiana[23]. Ese último resultado se corresponde perfectamente con los obtenidos anteriormente por J. Hiernaux.

Los artesanos de esa industria parece que han llegado hacia el año 300 de la era cristiana al valle de Kalambo y permanecieron allí durante 600 años y tal vez incluso 1.000. La población, que según parece fue bastante densa, llevaba una vida pacífica en las aldeas desprovistas de empalizadas o de fosas. El área de ocupación, cuyo plano es desconocido, abarca una superficie aproximadamente comprendida entre

[20] J. Hiernaux, 1968 (b).
[21] F. van Noten y J. Hiernaux, 1967.
[22] S. F. Miller, *o. c.*, 1969.
[23] F. van Noten, 1972 (b).



• *Fig. 3. Mapa de Africa con la indicación de las regiones con ocupaciones «neolíticas» y «edad de hierro antigua» (Mapa facilitado por el autor).*

cuatro y diecisiete hectáreas. Algunos vestigios de estructuras de hábitat o de graneros han sido conservados. Una serie de ocho fosas con lados paralelos y rectos, de un diámetro de un metro aproximadamente y de una profundidad media de 1,60 m., contenía vasijas y cascotes de cerámica, fragmentos de muelas, objetos varios y escoria de hierro. Cuatro de esas fosas estaban rodeadas de una fosa circular, y tal vez los restos de una superestructura. Sólo las pruebas indirectas hacen suponer la existencia de actividades agrícolas. Además, allí no existe huella alguna cierta de ganadería.

Numerosas escorias de hierro, en particular un bloque grande de escoria procedente de la base de un horno, así como varios fragmentos de toberas indican que la fundición del hierro era practicada si no dentro, al menos en los alrededores de los hábitat. Entre los objetos de hierro exhumados de las zanjas, mencionemos puntas de lanza o de cuchillo, puntas de flecha, anillas de los brazos o de las piernas, joyas para los dedos de la mano o del pie. El cobre era también utilizado para la fabricación de pulseras o de anillos para el tobillo y otros adornos.

El uso de la piedra se había mantenido, como lo testimonian numerosas muelas y moletas, mazos, martillos (entre los que hay uno de herrero), un yunque, así como numerosos objetos informes, pero utilizados para raspar, cortar o frotar. En fin, la arcilla blanca y el ocre rojo eran utilizados como pigmentos.

En la mayor parte de los objetos de cerámica el borde está redondeado y ancho, y es más grueso en su extremo. Todas las bases son redondas a excepción de dos jarros que tienen una cavidad ahuecada con los dedos. La decoración aplicada por cocción, aparece con más frecuencia en la parte superior o en un lado. Los motivos consisten en franjas de estrías paralelas y horizontales interrumpidas por espiguillas y espirales. Una zona de incisiones oblicuas y cruzadas, así como líneas de impresiones y de punteados triangulares, que forman a veces el motivo con espiguillas en falso relieve, cubren el cuello y los lados.

Objetos de cerámica similares a los de Kalambo Falls han sido encontrados en once emplazamientos repartidos en la provincia norte de Zambia. El área de distribución abarca aproximadamente 97.000 kilómetros cuadrados [24].

A excepción de las necrópolis de Sanga y de Katoto (que, vista su importancia, estudiaremos más adelante), ningún establecimiento de la antigua Edad de hierro ha sido aún descubierto en Shaba. Sin embargo, el conjunto de los vestigios exhumados en esos dos cementerios parecen de tal modo evolucionados que sería muy extraño que no hayan sido precedidos por una Edad de hierro más antigua. Además, en la zona cuprífera del noroeste de Zambia, a lo largo de la frontera del Zaire, varios hábitat al aire libre han sido explorados; algunos datarían del siglo IV de la era cristiana [25]. A falta de excavaciones extensas y de dataciones absolutas, los pocos datos de los que disponemos son muy conjeturales. Cuatro jarros, dos de los cuales tienen una cavidad en la base, encontrados cerca de Tshikapa pertenecerían al tipo Urewe [26]; por otra parte, numerosos vasos y cascotes descubiertos en una cueva cerca de Mbuji-Mayi [27] se parecen bastante a la cerámica de la industria de Kalambo Falls.

[24] J. D. Clark, 1974.
[25] D. W. Phillipson, *o. c.*, 1968.
[26] J. Nenquin, *o. c.*, 1959.
[27] A. Herin, 1973.

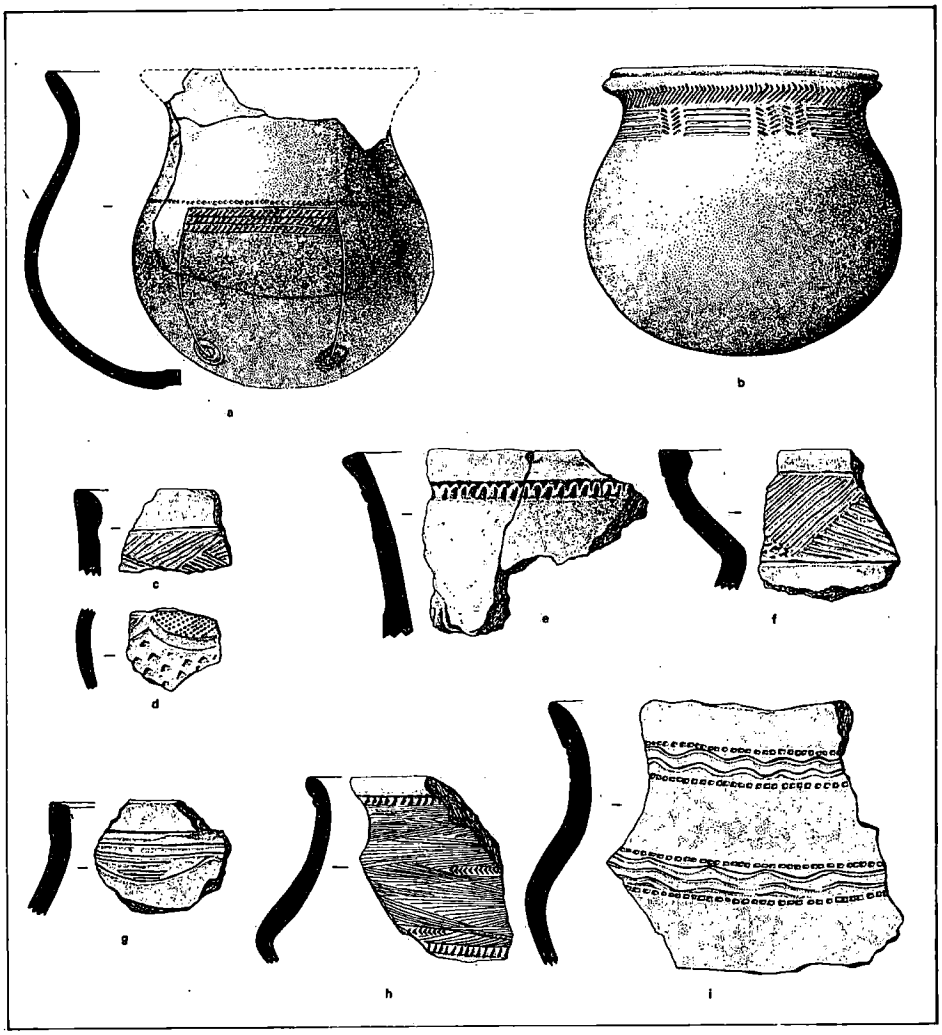
Fuera de la zona interlacustre y de Zambia, el Bajo Zaire es la única región en la que han sido descubiertos vestigios que se pueden probablemente atribuir a la antigua Edad de hierro. Los objetos encontrados en esas cuevas han permitido clasificar provisionalmente a seis grupos de cerámica (fig. 4, a, b) y algunos objetos de hierro [28]. Un estudio más profundo de la cerámica en las colecciones confirma la existencia de numerosos grupos, algunos de los cuales están ampliamente extendidos [29]. Parece también que ninguno de esos grupos entronca con la cerámica urewe. A falta de excavaciones extensas, aún no ha sido posible intentar una cronología de esos tipos de cerámica y asociar a ellos los objetos metálicos.

En Kinshasa, cerca de las fuentes del Funa, carbón de madera acompañado de un pequeño cascote atípico ha sido fechado en 270 ($\pm$90) antes de la era cristiana. Aunque no se pueda excluir que esa fecha pertenezca a la antigua Edad de hierro, conviene considerarla con la mayor prudencia, al no estar tampoco formalmente establecida la asociación del carbón de madera fechado con el cascote más que por otra fecha que procede de Kinshasa, de la isla de las Mimosas, en medio del río. Allí, carbones asociados a la cerámica han sido fechados en 410 ($\pm$ 100) de la era cristiana. Desgraciadamente, los cascotes así fechados nunca han sido dados a conocer [30].

Sin embargo, de esa isla de las Mimosas procede una cerámica idéntica a la encontrada en las capas superiores del cerro de Gombe (cerro de Kalina), lugar epónimo del Kaliniense excavado por J. Colette en 1925 y 1927. Vuelto a excavar en 1973 y 1974 [31], ese yacimiento iba a revelar un importante nivel de ocupación en la Edad de hierro, cuyos vestigios se encuentran sobre todo el promontorio. En la parte superior de los cortes, alineaciones de carbón de madera, de cerámica, de piedras y de tierra quemada, algunas escorias y trozos de muelas yacían en un suelo del hábitat. Con él están relacionadas diversas estructuras arqueológicas de grandes hogares, y, sobre todo, de fosas cuya profundidad puede alcanzar dos metros. Esas fosas contenían a veces un jarro más o menos completo y, en dos casos, pequeños fragmentos de un objeto de hierro. Podría, pues, tratarse de un hábitat de la antigua Edad de hierro. También aquí dataciones por radiocarbono en curso permitirán pronto conocer algo más sobre dicho hábitat.

En la región de Bouar, en la República Centroafricana, existen varios monumentos, túmulos de dimensiones variables, rematados con piedras levantadas que sobrepasan a veces los tres metros de altura. Filas de panteones pueden estar asociados con ellos. Según las observaciones efectuadas, parece que se trata de monumentos para uso funerario. Ningún hueso, no obstante, ha sido descubierto allí [32]. Sin embargo, se ha encontrado una serie de objetos de hierro [33]. Disponemos de seis dataciones por radiocarbono. Dos se sitúan entre los milenios V y VI antes del comienzo de la era cristiana, y los cuatro restantes se escalonan desde el siglo VII antes de la era cristiana hasta el siglo I de la misma era [34]. La primera fecha sería la de la construcción de los monumentos y la segunda, la de su reutilización en la Edad de hierro.

[28] G. Mortelmans, *o. c.*, 1962.
[29] P. de Maret, 1972.
[30] E. Gilot, N. Ancion y P. C. Capron, 1965.
[31] D. Cohen y P. de Maret, 1974.
[32] Salvo condiciones muy excepcionales, la acidez de los suelos del Africa central destruye rápidamente los huesos, en los lugares al aire libre.
[33] P. Vidal, 1969.
[34] R. de Bayle des Hermens, 1972 (b).



• *Fig. 4. Objetos encontrados en el establecimiento de Batalimo, al sur de Banguri (Rep. Centroafricana):*
a) *Vasija del tipo Urewe (Fuentes: M.D. Leakey, W.E. Owen, L.S.B. Leakey, 1948, pl. IV).*
b) *Vasija de Kalambo.*
c), d) Cascotes procedentes de Kangonga, establecimiento Chondwo (Fuente: D.W. Phillipson, 1968, fig. 4).
e), f) *Cascotes encontrados en Kapwirimbwe.*
g) *Cascote de Kalundu (Fuente: B.M. Fagan, 1967, fig. 122).*
h), i) *Cascotes de Dambwa.*

Los cementerios de Sanga y de Katoto están localizados en el valle del Zaire, en el *graben* del Upemba. Esas dos necrópolis constituyen los establecimientos mejor conocidos de la antigua Edad de hierro en la República del Zaire. Situado en las orillas del lago Kisale, cerca de Kinkonda, ese cementerio descubierto hace bastante tiempo fue excavado sistemáticamente en 1957 y 1958. Nuevas excavaciones fueron realizadas allí en 1974. Aunque 175 tumbas han sido exhumadas, en total, está claro que una gran parte del cementerio está aún por explorar [35].

Tras las excavaciones de 1958, tres grupos de cerámica habían sido reconocidos, entre los cuales parecía posible establecer una cronología. Así, el grupo kisaliense (el más abundante) parecía el más antiguo, seguido del grupo mulongo (del nombre de una localidad al nordeste de Sanga) y, por último, del grupo de cerámica con barniz rojo *(red slip ware)*. Las excavaciones de 1958 han mostrado que esos tres grupos eran, al menos parcialmente, contemporáneos.

A falta de cronología interna, dos fechas al radiocarbono permiten sin embargo una estimación de la edad del cementerio:

— 710 de la era cristiana ($\pm$120 años.)
— 880 de la era cristiana ($\pm$200 años.)

Notemos que la fecha antigua ha sido obtenida para una tumba en la que la posición del cuerpo era totalmente inhabitual y cuyo único jarro, aunque kisaliense, es poco típico. La otra fecha procede de una tumba desprovista de mobiliario que caracteriza a una de las tres culturas [36]. No sabemos, pues, exactamente cuál ha sido datada. Además, la imprecisión de esas fechas les quita mucho crédito. Todo lo que se puede afirmar, es que en casi dos siglos, una parte de las tumbas de Sanga se remonta a un período comprendido entre los siglos VII y IX de la era cristiana.

Las excavaciones nos dan una idea del cementerio y, por eso, un panorama general de la sociedad del Sanga antiguo (fig. 5). A pesar de la contemporaneidad de los tres grupos de cerámica, parece que no han pertenecido a la misma población. Así, las tumbas que encierran cerámica mulongo o de barniz rojo ostentan un semimonopolio de las crucecitas de cobre (especie de monedas), estando prácticamente ausentes éstas de las sepulturas kisalienses. En cambio, todas las tumbas son igualmente ricas en objetos de hierro y de cobre bien trabajados. Se puede suponer que la parte menor de los inhumados acompañados de crucecitas era diferente de la población «kisaliense» y que aseguraba quizá el aprovisionamiento de cobre, cuyos yacimientos más próximos están situados casi a 300 km. más al sur.

El ritual funerario parece bastante complejo. La mayor parte de las tumbas están orientadas hacia el nordeste, y hacia el sur las tumbas Mulongo-Red slip. El difunto yacía generalmente en decúbito dorsal. Además, el muerto estaba acompañado de objetos destinados sin duda a facilitar su vida en el más allá. La cerámica no tiene huellas de uso y las grandes semejanzas entre algunos recipientes de una misma tumba parecen indicar que esa cerámica fue realizada con un fin únicamente funerario. Esas vasijas estaban probablemente llenas de alimentos y de bebida. El muerto estaba adornado de joyas de cobre, de hierro y de marfil. También parece que se enterraba a

[35] J. Nenquin, 1963; J. Hiernaux, E. de Longrée y J. de Busyst, 1971.

[36] Además, parece que en laboratorio se han añadido a la muestra huesos procedentes de una tumba del grupo mulongo.

los prematuros. En algunos casos, paquetes de crucecitas eran depositados en la mano del difunto. En fin, se ha podido constatar una clara tendencia a proporcionar las dimensiones de los recipientes con el edad del muerto.

La imagen que podemos formarnos de la civilización de Sanga es la de una población que concede más importancia a la caza y a la pesca que a la agricultura. Sin embargo, azadas y muelas fijas han sido encontradas en las tumbas, así como restos de cabras y de aves. Ninguna tumba revela una riqueza particular que indicaría que los restos eran de un jefe importante. Sin embargo, el grado de refinamiento del mobiliario funerario atestigua la gran habilidad de los artesanos de Sanga que trabajaban el hueso, la piedra y la madera, que estiraban el cobre y el hierro y practicaban la fundición con molde abierto [37]. Su cerámica parece muy original.

A falta de exámenes osteológicos, no poseemos ningún dato antropológico, a no ser un estudio odontológico de una parte de los restos humanos. Ese estudio muestra principalmente la frecuencia de las mutilaciones dentarias [38]. Desconocemos la extensión del cementerio, que habría podido servir para medir la importancia de la población.

La civilización de Sanga aparece, pues, como una manifestación brillante, pero que, provisionalmente, permanece aislada. Es probable que el conjunto de los descubrimientos corresponda a un período más extenso que el indicado por las dos dataciones al radiocarbono. Por esas razones, nuevas excavaciones han sido realizadas en 1974. Principalmente tenían como finalidad precisar la duración de la utilización del cementerio y su cronología interna, delimitar su extensión y tratar de encontrar su lugar de hábitat. Treinta nuevas tumbas han sido excavadas y permitirán probablemente completar la cronología y hacerse una idea de la extensión de la necrópolis. En cambio, debido a la expansión de la aldea moderna, el lugar de hábitat no ha podido ser encontrado.

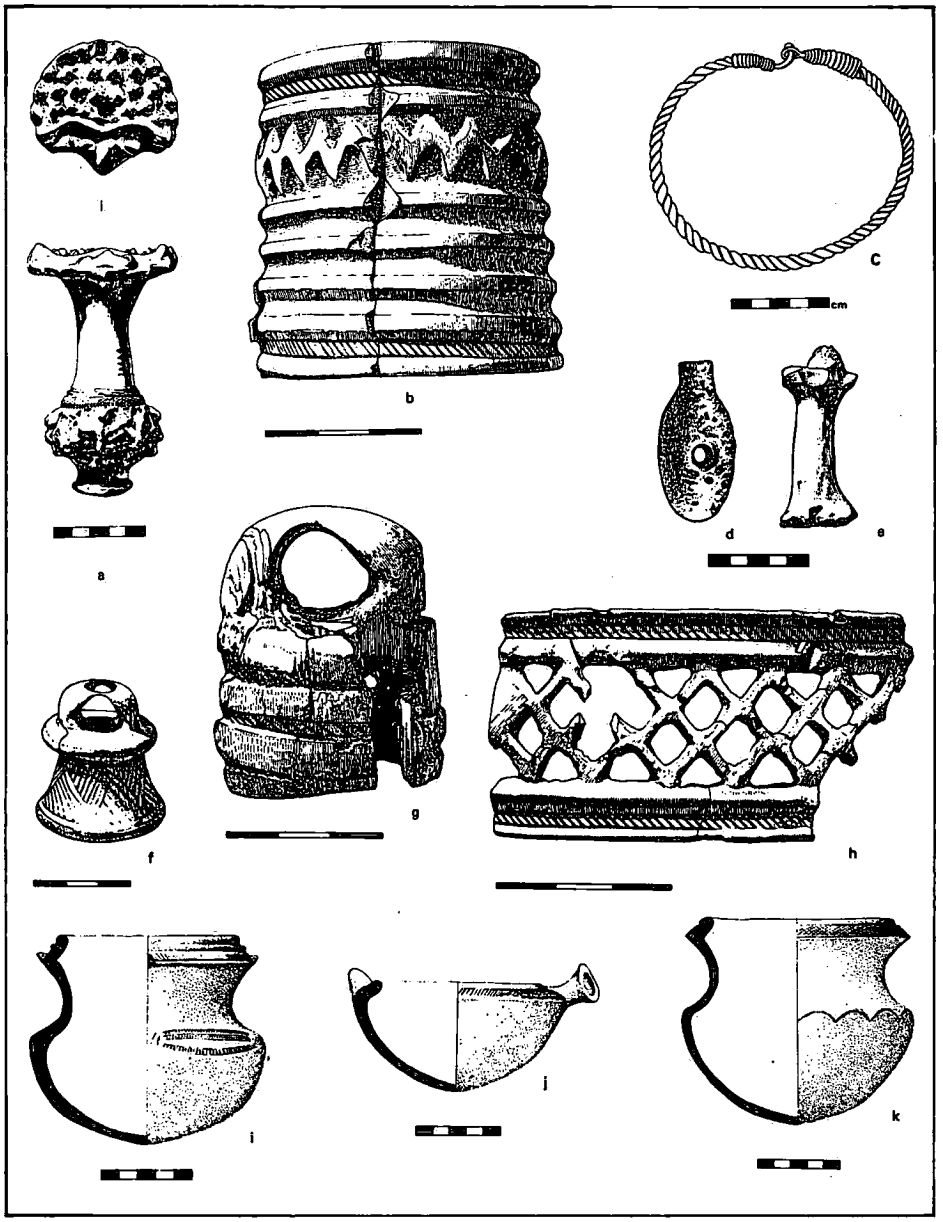
Sin embargo, a unos diez kilómetros de Sanga, en Katongo, las excavaciones, al parecer, han proporcionado un nivel de hábitat, situado al pie de una colina, a 500 m. de un cementerio; la excavación iba a mostrar también la existencia de los grupos de cerámica reconocidos en Sanga. Situado en la orilla derecha del Lualaba, cerca de Bukama, a unos 130 km. de Sanga, ha sido excavado parcialmente en 1959, lo que permite estudiar cuarenta y siete tumbas [39].

Las excavaciones han revelado tres conjuntos arqueológicos diferentes. En primer lugar, las tumbas; después, fosas que contienen un material diferente de las tumbas; y finalmente, la capa superficial que proporciona una cerámica distinta de la de las tumbas y de las fosas.

Con relación a la necrópolis de Sanga, la de Katoto se distingue en primer lugar por la existencia de tumbas con inhumaciones múltiples que pueden encerrar hasta siete individuos. En algunas de ellas, se ha encontrado un martillo de herrero, montones de puntas de hierro, así como un hacha de guerra. Se trataría de personajes poderosos, probablemente de herreros en cuyo honor se había sacrificado, en un caso, a dos mujeres y a cuatro niños, y en otro, a dos mujeres y a un niño.

El mobiliario funerario es tan rico como el de Sanga. Hace pensar también en una sociedad próspera que ha alcanzado un alto nivel de desarrollo tecnológico. La

[37] J. Nenquin, 1961.
[38] H. Brabant, 1965.
[39] J. Hiernaux; E. Maquet; J. de Buest, 1972.



• *Fig. 5. Objetos encontrados en Sanga:*
a) *Recipiente con decoración antropomorfa; vista superior y lateral.* b) *Pulsera de marfil.* c) *Collar de cobre.* d) *Silbato de hierro.* e) *péon (de ajedrez) de tierra cocida.* f) *Dije de piedra.* g) *Dije de marfil.* h) *Fragmento de semicollar de marfil.* i), j), k) *Tipos de cerámica.*
(Fuentes: J. Hiernaux, E. de Longrée, J. de Buyst, 1971, Museo de Tervuren).

presencia de numerosas azadas y muelas indica sin duda la importancia de la agricultura, pero la caza y la pesca debían practicarse también. Las crucecitas de cobre están totalmente ausentes de Katoto, así como la cerámica de Mulongo y la que tiene barniz rojo. Por el contrario, tres tazones kisalienses encontrados son aparentemente la única prueba de contactos entre Sanga y Katoto. La presencia de perlas de vidrio y de adornos de conchas que proceden tanto del Atlántico como del océano Indico indican la existencia de relaciones comerciales bastante extensas.

La cerámica de Katoto, como la de Sanga, es original. Por otra parte, parece menos estereotipada. Una parte del repertorio de los motivos decorativos evoca la cerámica urewe. Sin embargo, a falta de todo descubrimiento de esa cerámica en la región de Shaba, es difícil afirmar que se trata de una evolución del tipo urewe, más bien que de un simple fenómeno de convergencia. En efecto, la mayor parte de esos motivos comunes, tales como la espiral, el lazo, las espiguillas y los círculos concéntricos pertenecen al repertorio universal. Las fosas son posteriores a las tumbas que a veces suplanta. Una de ellas ha sido datada por el radiocarbono: 1190 de la era cristiana ($\pm$60 años). Entre los escasos cascotes contenidos en esas fosas, algunos tienen una cavidad en la base, característica que, de nuevo, evocaría la cerámica urewe.

En conclusión, el cementerio de Katoto completa las excavaciones de Sanga. Puede parecer sorprendente que dos localidades tan importantes, vecinas y aparentemente contemporáneas, hayan mantenido tan pocas relaciones.

A pesar de una gran riqueza mobiliaria, no conocemos en realidad gran cosa de las poblaciones que fueron enterradas en esas necrópolis. Ignoramos quiénes eran, de donde venían, de qué morían y tenemos pocos datos para imaginar cómo vivían. La importancia de esos dos cementerios indica que, hacia el final del primer milenio de la era cristiana las orillas del Alto Lualaba fueron el lugar de grandes concentraciones humanas que dieron nacimiento a brillantes civilizaciones que las excavaciones, en curso, de varios nuevos yacimientos acaso permitan conocer mejor.

ORIGENES DE LOS BANTU

Como ya hemos dicho, el término «bantú» designa, inicialmente, una comunidad de lenguas. Sólo más tarde adquirió progresivamente una connotación etnográfica e incluso antropológica. En efecto, las clasificaciones lingüísticas son las que han servido de base para los estudios de otras disciplinas.

En ausencia de escritura, la arqueología no permite establecer correlaciones directas entre los documentos de la Edad de hierro y la noción linguística de bantú. Las excavaciones nos muestran cerámicas, objetos de hierro, de cobre, restos de cocina y algunos, pocos, esqueletos. Así como es imposible afirmar que un jarro es más específicamente indoeuropeo que otro, también resulta imposible designar un jarro o vaso «bantú».

La lingüística es la que ha proporcionado hasta ahora las mayores precisiones sobre el origen y la expansión de los «bantú». Para algunos lingüistas, principalmente después de los trabajos de Greenberg (1955, 1966, 1972) y de Guthrie (1962, 1967 a 1971, 1970), las lenguas bantúes, que actualmente están extendidas sobre casi la mitad del continente, tienen su origen en la región del medio Benué, en los confines de Nigeria y Camerún.

Frecuentemente se ha querido relacionar el éxito de los grupos «bantú» con el conocimiento de la elaboración del hierro. Ahora bien, se constata en las lenguas bantúes, al comparar los términos en relación con la metalurgia, que existe una gran diversidad para términos importantes del vocabulario de la forja. Sin embargo, algunas reconstrucciones hacen pensar en un uso del hierro en el nivel del protobantú, como forjar, martillo y fuelle. ¿Esas palabras existían en la lengua antes de la división, o han penetrado, en un estadio de ramificación, en forma de préstamo? No parece imposible que los únicos vocablos ampliamente atestiguados resulten de un deslizamiento del sentido del protobantú a las lenguas actuales. Así, la palabra «forjar» no sería más que una especialización a partir de «batir». En fin, otros términos de la metalurgia parece que tienen un origen idéntico en las lenguas bantúes y no bantúes, lo que parece indicar que se trata de préstamos tanto en unas como en otras. Cuando se sabe la importancia que tiene el dominio de los metales en las sociedades tradicionales en Africa, resulta difícil admitir que, si los «bantú» trabajaban el hierro antes de su expansión, no encontraremos huellas lingüísticas evidentes.

Por otra parte, si se examinan los trabajos etnológicos, se advierte que aunque es posible distinguir áreas culturales en el mundo «bantú» nada permite encontrar un conjunto de rasgos comunes en los «bantú» que los diferenciase de las otras poblaciones africanas.

En fin, muy pocas investigaciones han sido efectuadas sobre los «bantú» en antropología física. Solamente, un artículo de J. Hiernaux (1968) proporciona algunas precisiones.

Ese autor ha puesto en evidencia la proximidad biológica de las poblaciones que hablan una lengua bantú. Pero se trata de conclusiones en relación con poblaciones actuales. La falta de investigaciones en ese terreno de la paleontología humana explica que sólo muy difícilmente se pueda distinguir un esqueleto «bantú» actual y completo del de otro grupo humano de Africa, e incluso de Europa. ¿Qué decir entonces de los esqueletos en mal estado o fragmentarios que son frecuentemente los únicos descubrimientos arqueológicos? Los únicos restos de hombres fósiles bien estudiados provinen de Ishango, en el parque de los Virunga, en el Zaire[40]. Desgraciadamente, la atribución a esos hallazgos, de edad imprecisa, a un tipo físico determinado, no ha sido posible.

NATURALEZA DE LAS SOCIEDADES EN LA ANTIGUA EDAD DE HIERRO

La vida de las poblaciones del comienzo de la Edad de hierro es mal conocida. Nuestras informaciones varían según la intensidad de las investigaciones. Los yacimientos de Zambia y las necrópolis de Sanga y de Katoto, en Shaba, nos proporcionan el mayor número de elementos concretos. Los lugares de hábitat son escasos en el Africa central. Sólo son conocidos los de Gombe, Kalambo Falls y, quizá, el de Katango.

El único indicio que prueba una actividad agrícola en los comienzos de la Edad de hierro reside en la existencia de azadas de hierro, cuya forma no difiere apenas de las

[40] F. Twisselmann, 1958.

azadas actuales. Por otra parte, cavidades realizadas en el suelo han sido consideradas como silos subterráneos, y restos de pequeñas construcciones de adobes como graneros. La presencia de numerosas muelas es menos convincente porque las sociedades de cazadores-recolectores disponen también de material de trituración.

Como en los vegetales, los restos de animales domésticos al comienzo de la Edad de hierro son muy escasos y difíciles de determinar. No disponemos de elemento alguno concreto para el Africa central a no ser los restos de huesos de caña de cabras en algunas tumbas de Sanga. La presencia de moscas tsé-tsé en algunas regiones constituye un serio obstáculo para la ganaderías. Ahora bien, las zonas infectadas por ese insecto han debido variar en el curso de los tiempos. Es, pues, difícil delimitar las zonas donde la ganadería podía ser practicada en épocas tan antiguas. La alimentación seguía siendo ampliamente tributaria de la caza y de la pesca.

Las excavaciones han proporcionado puntas de flechas y de lanzas y restos de perros que debían participar en la caza. Es probable que trampas y redes fueran también empleadas. Los anzuelos de las tumbas de Sanga y Katoto atestiguan la importancia de la pesca. Los braseros trebolados de Sanga se parecen extrañamente a los utilizados en sus piraguas por las gentes de las zonas acuáticas en la región ecuatorial del Zaire.

Cierto número de objetos, encontrados en excavaciones, muestran que desde la antigua Edad de hierro existían vastas redes de intercambio. Ese comercio parece que en esa época estuvo principalmente limitado a las zonas próximas de los grandes ríos, el Zaire y el Zambeze. Los yacimientos alejados de los ejes fluviales o de la zona interlacustre proporcionan muy pocos objetos importados.

Hay que distinguir dos clases de circuitos de intercambios. Un comercio regional de metales, de objetos de cerámica y de cestería, de pescado seco y de sal principalmente, y un comercio a larga distancia [41], realizándose éste último con conchas (cauris y conus), perlas de vidrio y algunos metales como el cobre. En el Zaire, en Sanga y en Katoto, todas las conchas y las perlas proceden de la costa este, salvo un conus de Katoto que procede del Atlántico, o sea a casi 1.400 km. en línea recta. Por último, crucecitas, especie de monedas de cobre, han sido encontradas bastante lejos de las zonas cupríferas. A pesar de las lagunas de nuestra información, nada indica que la economía de las poblaciones del comienzo de la Edad de hierro se diferenciase de la de las sociedades tradicionales de hoy.

Estaba fundada sobre la agricultura y la ganadería, pero sin duda dependía también ampliamente de la caza, de la pesca y de los productos silvestres. Esas sociedades vivían casi en autarquia.

Los restos de metalurgia, hasta los más antiguos, descubiertos en excavaciones no difieren fundamentalmente de los de las sociedades descritas por la etnografía [42]. Sin embargo, en una misma región se pueden constatar variaciones contemporáneas en las técnicas y en los productos de la forja. Las diferencias entre objetos metálicos o útiles de forja no son, pues, forzosamente cronológicas, pero sí pueden ser culturales. Para la fundición del hierro, hornos de ladrillos, asociados a la cerámica con cavidad en la base, han sido descubiertos en Kivu, en Ruanda, en Burundi, en Buhaya y en Tanzania nordoccidental [43]. Notemos, sin embargo, que en la única descripción de la

[41] J. Vansina, 1962; B. M. Fagan, 1969.
[42] B. M. Fagan, 1961.
[43] J. Hiernaux y E. Maquet, 1957; *id.*, 1960.

fundición de hierro en Ruanda, dada por Bourgeois [44], se habla de una bóveda de ladrillos cocidos para la edificación de un horno que tiene unas características bastante parecidas a las de los restos recogidos por Hiernaux y Maquet. El empleo del cobre hasta esa época está siempre atestiguado al mismo tiempo que el del hierro. El metal era extraído en Shaba, en el norte de Zambia [45] y sin duda también en el Bajo Zaire. El trabajo del cobre presenta ya un gran refinamiento, como lo muestran los objetos encontrados en Sanga y en Katoto. Desde esa época, parece que se utilizaba también, a veces, el plomo [46]. Ese metal era aún extraído por los kongo al comienzo de este siglo.

La cerámica no constituye un fósil clave para la Edad de hierro, puesto que como hemos visto, aparece tanto en el contexto de la Edad de piedra reciente como en el Neolítico. Generalmente, resulta imposible distinguir por sí misma la cerámica de la Edad de hierro y la de las épocas anteriores. Sin embargo, en la región interlacustre y en Zambia, existe cierto número de cerámicas típicas de la Edad de hierro, como las de Urewe, Kalambo, Chondwe, Kapwirimbwe, Kalundu y Dambwa. Las vasijas eran hechas mediante modelado y estiramiento, frecuentemente en color tornasolado. La variedad de las formas y de los adornos es tan grande que nos limitaremos a reproducir aquí algunas de las más características (fig. 5).

Debido a que la arqueología nos permite juzgarlas, sabemos que la naturaleza de las sociedades de la Edad de hierro no difería esencialmente de las de la época actual y debían presentar una diversidad comparable. Las técnicas agrícolas no favorecían el establecimiento de importantes aglomeraciones y entrañaban cierta movilidad de las poblaciones. Las necrópolis de Sanga y de Katoto constituyen, no obstante, una excepción ya que resultan o de una ocupación de muy larga duración, o de una importante concentración humana sobre las orillas del Lualaba. La riqueza del mobiliario funerario de algunas sepulturas, particularmente en Katoto, podría ser el signo de desigualdades sociales. La abundancia y la calidad de los objetos de hierro, de cobre, de piedra, de madera, de hueso o de cerámica reflejan probablemente, además de la habilidad de los artesanos, una cierta especialización del trabajo.

Todas las tumbas descubiertas atestiguan prácticas funerarias elaboradas. Los muertos llevaban numerosos adornos corporales, pulseras, joyas, collares, colgantes, adornos de perlas y de conchas. Cauris y conus, perlas de vidrio o de piedra pueden haber servido, entre otras cosas, de «monedas», al igual que las crucecitas. En fin, la escultura de madera de datación más antigua del Africa central proviene de Angola y ha sido fechada en el año 750 de la era cristiana [47].

CONCLUSION

En varias ocasiones, hemos subrayado el peligro de utilizar las informaciones provisionales de una ciencia para apoyar las conclusiones en otra parte del campo científico. Correlaciones apresuradas conducen, con demasiada frecuencia, a teorías generales difícilmente sostenibles en el marco estricto de las respectivas disciplinas.

[44] R. Bourgeois, 1957.
[45] J. D. Clark, 1957.
[46] B. M. Fagan, D. W. Phillipson y S. G. H. Daniels, 1969.
[47] F. van Noten, *o. c.*, 1972 (b).

Sin embargo, todo intento de interpretar la naturaleza de las sociedades de la antigua Edad de hierro o el origen de las poblaciones de lengua bantú implica confrontar los datos arqueológicos y los no arqueológicos.

Algunas teorías, como la de Guthri[48] nos proponen una interpretación de conjunto, extremadamente elaborada. El edificio histórico-geográfico de Guthrie ha influenciado manifiestamente, tal vez de una forma inconsciente, a toda una serie de arqueólogos y de antropólogos. La interpretación antropológica-arqueológica-lingüística, que unía la expansión de las lenguas bantú y la difusión de la metalurgia del hierro, completaba armoniosamente el esquema de la evolución a partir del Creciente fértil, negando totalmente a Africa la posibilidad de invenciones autónomas.

Los desarrollos recientes permiten reconsiderar el conjunto de las hipótesis. Los lingüistas ponen en duda los métodos y los resultados de la léxico-cronología. Nuevas dataciones iluminan con nueva luz el origen de la metalurgia en el Africa central. En efecto, en el yacimiento de Katuruka, vestigios de un trabajo del hierro han sido datados en las proximidades de 500-400 antes de la era cristiana[49]. Según nuestros actuales conocimientos, y teniendo en cuenta los nuevos datos, está claro que los problemas unidos a la difusión del hierro y al origen de las lenguas bantú son más complejos de lo que se había creído y no pueden ser reducidos a un esquema demasiado simplista, expuesto a numerosas contradicciones. Parece, pues, inútil continuar trazando nuevas hipótesis para las migraciones y para el origen de la metalurgia cada vez que una excavación aporta nuevas dataciones. Intentemos no obstante, relacionar algunos hechos. Para el origen del trabajo del hierro, las nuevas fechas del Katuruka parece que deben relacionarse con las, casi contemporáneas, de Meroé. Una difusión de la metalurgia hacia el sur partiendo de Meroé puede ser considerada, pero parece, sin embargo, muy rápida; no se puede excluir, pues, actualmente otro origen que podría incluso ser local.

Parece difícil continuar uniendo indisolublemente la difusión de la metalurgia con la expansión de los «bantú», aunque no está aún probado que esos dos fenómenos sean totalmente independientes. ¿Se podría admitir que los «bantú» no hubieran conocido el hierro al comienzo de sus peregrinaciones y sí lo hubieran descubierto en el transcurso de su expansión?

Como se ha podido constatar, nuestras informaciones sobre el comienzo de la Edad de hierro en el Africa central son de un valor desigual y muy fragmentario; las primeras investigaciones habrían permitido formular hipótesis que se ponen en duda ahora ante la acumulación de nuevos datos. Numerosos trabajos más extensos, más sistemáticos y mejor coordinados serán necesarios antes de llegar a una explicación coherente de los acontecimientos que se han desarrollado durante ese período crucial para la historia del Africa central.

---

[48] M. Guthrie, 1962 y 1970, *o. c.*

[49] Las fechas indicadas aquí están calculadas en años radiocarbono que no corresponden exactamente a los años del calendario. En realidad, habría que darles más antigüedad, en una proporción variable, para el período estudiado.

Capítulo 26

EL AFRICA MERIDIONAL: CAZADORES Y RECOLECTORES

J. E. PARKINGTON *

Investigaciones recientes han establecido que algunos pueblos que utilizaban el hierro habían ido a instalarse al sur del río Limpopo desde los siglos IV o V de la era cristiana, por lo menos [1]. Aunque muchos detalles de dicha instalación aún no han sido publicados, parece seguro que durante la Edad de hierro los habitantes del Transvaal y del Swaziland eran cultivadores y ganaderos, y fabricaban una cerámica parecida a la que se ha encontrado en Zimbabwe, en Zambia y en Malawi, casi en la misma época [2]. Se ignora si la expansión, aparentemente rápida, de esos pueblos prosiguió su marcha hacia el sur, pero la fecha más antigua en la que está atestiguada la metalurgia en Natal es sensiblemente más tardía, próxima al año −1050 [3].

Asimismo, tampoco es posible precisar la época en la que grupos que trabajaban el hierro alcanzaron los confines meridionales de su área geográfica, cerca del río Fish, en los distritos orientales de la provincia de El Cabo. A pesar de esas incertidumbres, que estimularán ciertamente en el futuro la curiosidad de numerosos investigadores, se sabe ya que esos mismos pueblos de la Edad de hierro arrollaron y dispersaron a poblaciones locales que vivían de la caza y de la recolección y que, en lo esencial, ignoraban la metalurgia, la domesticación de los animales y el cultivo de las plantas. Sólo en las tierras que eran adecuadas para la agricultura mixta, como los terrenos escarpados de la cadena del Drakensberg, es donde los cazadores llegaron a mantenerse ante la llegada de los maestros del hierro. Esas retiradas mismas se mostraron ilusorias a su vez para defenderlos contra las expropiaciones de la segunda mitad del último milenio.

* *Nota del Comité científico internacional.* El Comité científico internacional habría deseado que este capítulo estuviera presentado, como todos los demás, en el marco cronológico estrictamente definido en el volumen II. Se ha pedido al director del volumen que así lo hiciese notar al autor. Este no ha juzgado posible modificar profundamente su texto. El Comité lo publica, pues, tal y como ha sido redactado, tras una discusión con el autor. Pero, no por eso deja de mantener serias reservas sobre el método aquí empleado, en particular en el apartado I y sobre los inconvenientes que de ellos se derivan, para el lector, al ser tratados conjuntamente informaciones que se refieren al Paleolítico y a la época contemporánea.

[1] P. B. Beaumont y Y. O. Vogel, 1972, págs. 66-89; R. J. Mason, 1973, pág. 324; M. Klapwuk, 1974, páginas 19-23.

[2] D. W. Phillipson (cap. 27 de este vol.).

[3] O. Davies, 1971, págs. 165-178.

Una segunda oleada de recién llegados, en muchos aspectos más devastadora aún que la precedente, tuvo origen hace quinientos años en el departamento de El Cabo. Los primeros contactos los habían realizado viajeros portugueses del final del siglo XV, pero el movimiento se aceleró tras la decisión de la Compañía holandesa de las Indias orientales, en 1652, de instalar una base de avituallamiento en la bahía de la Table. En el espacio de 60 años, la mayor parte de los habitantes originales de El Cabo, en un radio de alrededor de 100 kilómetros habían cambiado de vida y emigrado a la colonia que se desarrollaba para allí convertirse en domésticos, o sucumbir ante las enfermedades introducidas por los colonos[4]. Antes de que el siglo XVII llegase a su fin, esa escala se había convertido en una colonia, y los colonos, en dos ocasiones al menos, habían librado largos combates como consecuencia de litigios territoriales con grupos indígenas. Inicialmente, las poblaciones autóctonas habían sido confundidas y designadas con un término único, «Ottentoo» u «Hottentot» (hotentote) pero poco a poco se aprende a reconocer y a distinguir los pastores (los hotentotes, cuyo nombre de las tribus de origen se conocía) de los cazadores (bosquimanos, o bushmen, del holandés Bosjesman —hombre del monte— llamados también hotentotes «Sonqua»). Esos grupos estaban manifiestamente emparentados, puesto que hablaban lenguas parecidas, tenían técnicas de subsistencia y una cultura material ampliamente comunes, y eran poco diferenciados en su aspecto físico. Como en todo aquellos en lo que se destacaban netamente en medio de las otras poblaciones locales, esos agricultores instalados en el norte y en el este que poseían el hierro, fueron identificados como los componentes de los elementos étnicos originales a los que se les llamó los khoi, tratándose de los pastores, y los san cuando eran cazadores, resultando el término khoisán, como yuxtaposición frecuente de los dos nombres[5].

Por razones evidentes de documentación, es imposible sujetarse, en semejante caso, a los límites cronológicos estrictamente fijados en este volumen. El autor ha tratado de descubrir un modo de vida, en lo que éste ha podido tener de duradero y de relativamente estable. Corresponderá a los autores de los otros volúmenes que investiguen en estas mismas regiones, subrayar, por el contrario, los cambios aportados, en el transcurso de los siglos, en la vida de esos grupos por los contactos exteriores; y también la parte que ellos mismos han tenido en la evolución de conjunto del Africa meridional. En esas condiciones, los peligros del doble empleo se encuentran estrictamente limitados.

LOS KHOISAN

Este capítulo está dedicado a la descripción de lo que se conoce del modo de vida de esos cazadores y recolectores tomado de los cultivadores de la Edad de hierro y los colonos europeos en las regiones meridionales del Africa austral. En la medida en la que los colonos sabían escribir, pero no los cultivadores de la Edad de hierro, nuestra documentación sobre la vida tradicional de los san y de los khoi y sobre las relaciones entre los khoisán y las otras etnias se basa fundamentalmente sobre las regiones occidentales de El Cabo. Ese punto de vista parcial es completado progresivamente

[4] R. H. Elphick, 1972; S. Marks, 1972, págs. 55-80.
[5] I. Schapera, 1930.

por la riqueza de lo que proporcionan y proporcionarán aún las excavaciones arqueológicas en las montañas que rodean El Cabo, en comparación con otras muchas partes del Africa austral. Las observaciones hechas aquí, aunque frecuentemente efectuadas en el sur y en el oeste, deberían no obstante ayudar a iluminar de modo diferente los modos de vida de los khoi y de los san en el conjunto de la región, aunque falten en este cuadro numerosos detalles auténticamente locales.

Por razones diversas, estamos bien informados sobre el modo cómo vivían esos grupos de khoisán. Estos han sobrevivido hasta una fecha relativamente reciente, y los arqueólogos encuentran, pues, cantidad de objetos materiales y de residuos alimenticios de origen vegetal o animal. Habían entrado en relación con sociedades que conocían la escritura y, por consiguiente, disponemos de un conjunto de documentos históricos que describen la vida de esas poblaciones. Además, algunos de ellos, al menos, nos han legado materiales de primera mano en forma de pinturas y de grabados parietales, que son una fuente apreciable de datos sobre la sociedad, la economía, las técnicas, y sin duda, la religión. Y el entorno que, en numerosas regiones del Africa austral, no ha conocido mutación alguna radical, es otra fuente de datos de gran valor. Después de 250 años de explotación agrícola, siempre es posible investigar o interpretar los factores espaciales y estacionales del entorno que, en parte al menos, han determinado la naturaleza de los establecimientos prehistóricos.

Las observaciones sobre la presencia de recursos alimenticios básicos, sobre los afloramientos de ciertos materiales o sobre las variaciones cíclicas que afectan a los pastos y a las aguas de superficie permanentes, son otras tantas indicaciones que ayudan a conjeturar las estrategias de instalación en el entorno que, sin duda, habrán gozado del favor de los cazadores y de los ganaderos. En fin, aunque no quedan ya cazadores ni pastores en la provincia de El Cabo, todavía se conocen grupos emparentados en Namibia y en Botswana que han sobrevivido allí durante suficiente tiempo para que los etnólogos hayan podido estudiarlos de manera sistemática. Los detalles que refieren sobre sus técnicas, su economía y su organización social son el origen de modelos globales muy útiles para el arqueólogo que debe interpretar en otra parte los vestigios culturales dejados por pueblos desaparecidos.

Puesto que ni los pastores khoi ni los cazadores san han recurrido a los metales para fabricar los útiles de los que se servían para cortar, raspar o romper, revelan por su cultura trabajos sobre el paleolítico, y su estudio del pasado ha versado principalmente sobre los objetos de piedra que ellos habían producido. De todo ello se ha deducido que los historiadores o los etnólogos que deseaban apoyarse sobre los inventarios establecidos por los arqueólogos debían abrirse camino a través de sus listas de producciones materiales y hacer encajar las descripciones de las industrias wiltonienses y smithfieldienses con el cuadro que ellos esbozaban de las condiciones de vida anteriores a la llegada de los europeos. Desde nuestro punto de vista, las diferencias secundarias constatadas en los conjuntos o grupos de objetos encontrados entre un lugar de excavaciones y las de otro no serán ni subrayadas ni utilizadas como criterio para constituir a los cazadores y a los pastores en grupos culturales distintos. Por el contrario, se supondrá que son los habitantes del Africa austral en el Paleolítico superior los que utilizaban unos útiles microlíticos consistentes en raspadores, puntas de armas arrojadizas, azuelas y taladros. Las diferencias en porcentaje en la composición de esos útiles según los yacimientos, y el encuentro ocasional de instrumentos de forma diferente serán considerados para reflejar las necesidades de útiles particulares

entre personas que debían realizar en diversos luggares toda clase de tareas cotidianas. Los ocupantes de territorios alejados unos de otros han podido tener acceso a materias primas muy variadas, o practicar actividades de subsistencia sensiblemente diferentes, lo que explica el contenido diferente de cada conjunto de útiles de piedra. No por eso dejaban de constituir comunidades unificadas por unas técnicas en su conjunto muy similares y por un bloque de rasgos no tecnológicos, tales como la lengua, el tipo físico y la economía.

LOS CAZADORES-RECOLECTORES SAN

Los trabajos etnográficos dedicados recientemente a los cazadores-recolectores han hecho resaltar toda la importancia, tan considerable en la alimentación de los grupos que pertenecían a esa categoría económica, de lo que ellos obtenían por recogida o búsqueda y por recolección [6]. Los informes de investigaciones sobre el terreno, relativos a los kung y a los g/wi del Kalahari [7] muestran claramente que los alimentos recogidos por las mujeres son los que aseguran la subsistencia del grupo día tras día, aunque los hombres y los niños aportan también los alimentos llamados «veldkos». La característica mayor de esos alimentos reunidos o recogidos que en lo esencial son, si no en la totalidad, de origen vegetal, es que se sabe de antemano donde encontrarlos, y que es posible confiar en ellos completamente para la alimentación cotidiana. Las carnes ricas en proteínas, producto de la caza con o sin trampas, que son actividades de hombres, también tienen importancia, pero su aportación es menos previsible y por tanto no son un alimento básico diario. De estos datos no se deduce que los «cazadores» deberían ser rebautizados con el nombre de «recolectores», sino más bien que es preciso reconocer el equilibrio que se establece entre unos recursos alimentarios complementarios que proceden del doble sistema de la caza y de la recolección. Las poblaciones en cuestión se conservan así con vida gracias a los alimentos recolectados, aprovechando además periódicamente la buena suerte de la caza.

Que ese modo de alimentación típica haya sido en otro tiempo la norma en todos los lugares del Africa austral está atestiguado explícitamente por los testimonios de viajeros europeos de los siglos XVII y XVIII y por la documentación fragmentaria que reúnen los arqueólogos. Así, Paterson refirió en agosto de 1778 que «algunos hotentotes» de Namaqualand «no tenían ganado y [...] se alimentaban de raíces y de resinas; celebraban con alegría la caza de un antílope que abatían en ocasiones con una de sus flechas envenenadas» [8]. Y Thompson, recorriendo el distrito de Crodock, cerca de la corriente superior del río Orange, en junio de 1823 y visitando un «kraal de bosquimanos», dice de sus habitantes que: «esas pobres criaturas se alimentan principalmente de ciertos bulbos silvestres que crecen en las llanuras y también de langostas, de hormigas blancas y otros insectos [...] Gracias a todo eso pueden subsistir allí, sobre todo, si de vez en cuando los hombres logran matar algún animal de caza con sus flechas envenenadas» [9].

[6] R. B. Lee, 1968.
[7] R. B. Lee, 1972; G. B. Silverbauer, 1972.
[8] W. Paterson, 1789, pág. 59.
[9] G. Thompson, 1827, págs. 55-58.

Otras citas análogas que abarcan un espacio geográfico que va desde Cape Town hasta los confines de la Colonia de El Cabo en esa época, y una cronología que abarca desde los primeros años 1650 hasta la década 1820, confirman unánimemente ese cuadro medio de la base de subsistencia de los san. Escasas son las descripciones que tratan de la caza sin calificarla de «captura ocasional» y todas señalan que bulbos y raíces son alimentos esenciales. En la práctica, los autores mencionan numerosos alimentos vegetales y principalmente hierbas, bayas y resinas, pero son las «raíces bulbosas» (las «uyntjes», cebollas literalmente) las más frecuentemente citadas en los textos de la época. No se trata de cebollas propiamente hablando, sino de la «carne», del tallo subterráneo bulboso de diversas variedades de la familia del lirio, como el *lirio* mismo, el *gladiolo*, la *ixia*, la *moraea*, plantas todas que son designadas por su nombre. Junto a ellas, se encuentran referencias numerosas de alimentos recogidos de origen animal, como las orugas, las hormigas, los saltamontes, las tortugas y también la miel. Ninguno de esos alimentos debería ser tenido por desdeñable en la lucha de todos los días contra el hambre.

Las excavaciones arqueológicas dan una importancia desmesurada a los tipos de alimentos que dejan, después de su consumo, residuos duraderos. Eso es lo que llevó a los arqueólogos a insistir en el papel de la caza entre los san del Africa austral. Pero, desde que unas condiciones de conservación favorables han permitido encontrar y analizar huellas de materias orgánicas, la parte de los vegetales en la alimentación se ha hecho reconocible. Refugios bajo roca y cuevas en Namibia [10], en el sudoeste de El Cabo [11], y en el este de El Cabo [12], en Natal [13] y en Lesotho [14], han asegurado la conservación de depósitos vegetales, en los que se encuentran sobre todo tallos, y las túnicas y capas de los bulbos de diversas iridáceas. La naturaleza de los alimentos vegetales así consumidos ciertamente ha variado en función de la riqueza de cada paisaje vegetal, pero las raíces y rizomas, «cebollas», bulbos y tubérculos, completados por los granos de especies fructíferas [15], predominan en el conjunto de los datos recogidos.

La mayor parte de los relatos históricos que tratan de la parte del reino animal en la alimentación de esos descendientes del hombre prehistórico hablan de «caza» sin más precisión, de donde surge la impresión de que las capturas podían ser ejemplares de múltiples especies. Eso es lo que confirman los inventarios fáunicos realizados con ocasión de excavaciones de gran envergadura como las de Die Kelders [16] y de Nelson Bay Cave [17], donde la gama va desde la musaraña al elefante e incluso a la ballena. Los vestigios de fauna encontrados en esos yacimientos muestran, sin embargo, la preponderancia notable de pequeños animales, como la tortuga, el conejo (dassie), el ratón-topo de las dunas (duna mole rat), y algunos pequeños herbívoros territoriales como el steenbock, el grysbok, el duikerbok (variedades australes de antílopes herbívoros). Los huesos de carnívoros son escasos, indicio quizá de cazas ocasionales solamente para obtener algunas pieles; los herbívoros de gran tamaño, como el

10 W. E. Wendt, 1972, págs. 1-45.
11 J. E. Parkington et C. Poggenpoel, 1971, págs. 3-36.
12 H. J. Deacon, 1969, págs. 141-169; H. J. y J. Deacon, 1963, págs. 96-121.
13 O. Davies, Comunicación personal.
14 P. L. Carter, Comunicación personal.
15 J. Deacon, 1969, *o. c.*; J. E. Parkington, 1972, págs. 223-243.
16 F. R. Schweitzer, 1970, págs. 136-138; F. R. Schweitzer y K. Scott, 1973, pág. 347.
17 R. G. Klein, 1972, págs. 177-208.

«caama» (hartebeest), el elán de El Cabo y el búfafo, están allí poco representados, en comparación de muchos animales más pequeños; los restos de elefantes, de hipopótamos o de rinocerontes son extraordinariamente escasos. Aunque esas cifras son, en parte, el reflejo de que las poblaciones prehistóricas tenían más bien costumbre de no llevar a sus campamentos más que los huesos de animales pequeños, al ser deshuesados lejos los animales grandes, es incontestable que la caza de pelo era el blanco preferido de los cazadores y proporcionaban sus víctimas más frecuentes.

Los recursos del mar habían sido plenamente aprovechados por esos grupos de san, como lo atestiguan las numerosas fosas de conchas del litoral, tanto dentro como fuera de las cuevas. Las relaciones entre los «rastreadores de playas» (strandlopers) y los grupos de san y de khoi serán examinadas más adelante, pero lo que ya conocemos de ellos nos convence de que muchas de esas cuevas de la orilla del mar y de esos campamentos de fosas en terreno descubierto habían sido el hábitat de los san. Aunque las conchas sean su característica más visible, la composición de los restos de fauna prueba que allí se había consumido también toda clase de animales marinos, principalmente focas, bogavantes, peces y pájaros. Los residuos de alimentos vegetales son escasos en los yacimientos de la costa. Los descubrimientos en las regiones tanto orientales como occidentales de El Cabo demuestran que, más lejos, en el interior, se tenía interés por los mariscos y crustáceos de agua dulce [18]; y peces de agua dulce han sido identificados a la vez en el oeste de El Cabo y en Lesotho [19]. Escenas de pesca son, en efecto, el tema de varias pinturas rupestres de Lesotho y de Griqualand oriental [20].

Los documentos históricos y las descripciones arqueológicas nos permiten conocer muy bien el modo de alimentación de los san, aun cuando el reparto geográfico de las labores de excavaciones es muy desigual y algunas regiones, por así decirlo, no han sido exploradas, o no contienen yacimientos bastante bien conservados. De modo general, la base de la alimentación diaria consistía en productos de la recolección o de la búsqueda, entre los que había raíces y rizomas, otros alimentos vegetales, miel e insectos como las langostas, saltamontes, termitas y orugas. El complemento era proporcionado por pequeños animales como tortugas, conejos y ratones-topos de las dunas, algunos pequeños herbívoros, y menos frecuentemente animales mayores. Los grupos instalados suficientemente cerca del mar para aprovechar sus recursos cogían en él peces, langostas, focas, atrapaban pájaros marinos y recogían cantidad de mariscos, principalmente bernicles y mejillones. Las corrientes de agua no eran olvidadas y proporcionaban principalmente moluscos y peces, y se han encontrado una referencia a peces secos en un relato histórico [21]. Thunberg, en su cuaderno de observaciones efectuadas en el oeste de El Cabo, después de 1770, describe una bebida que preparaban los cazadores, o los pastores, y a veces los dos indiferentemente: «La palabra «gli» designa, en la lengua de los hotentotes, una planta umbelífera cuya raíz, una vez seca y reducida a polvo, mezclada con agua y miel en un cubo produce, tras una noche de fermentación, una especie de hidromiel que ellos bebían a fin de llegar hasta la embriaguez» [22].

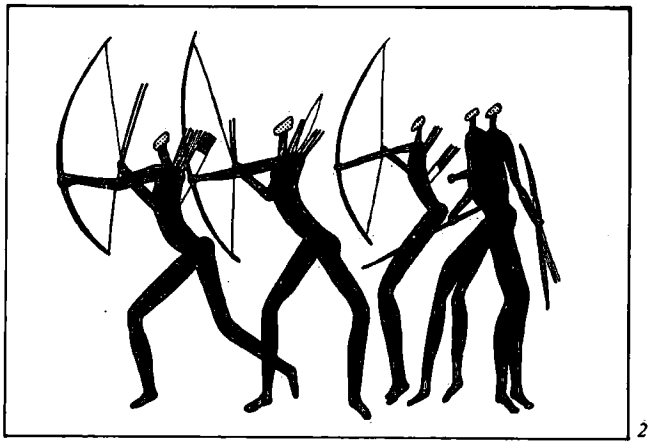
[18] H. J. Deacon, septiembre de 1972; J. Rudner, 1968, págs. 441-663.
[19] J. E. Parkington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*; P. L. Carter, 1969, págs. 1-11.
[20] H. S. Smits, 1967, págs. 60-67; P. Vinnicombe, 1965, págs. 578-581.
[21] H. B. Thom, 1952.
[22] C. P. Thunberg, 1975, pág. 31.

Las técnicas que permiten adquirir esos recursos alimentarios están ilustradas por los conjuntos de objetos de piedra, de hueso, de madera y de fibras encontrados en las cuevas y en los refugios del Africa austral, y por los testimonios de los primeros viajeros que recorrieron esa región. Los bulbos y los tubérculos eran desenterrados por medio de bastones o estacas para cavar, de madera, con la punta preparada por abrasión y calcinación para darle la forma de una espátula, y cuyo manejo con la mano estaba equilibrado por una piedra perforada que era colocada a media altura. Esos instrumentos han sido descritos por varios exploradores [23] y fragmentos de ellos han sido encontrados en De Hangen y en Diepkloof en el oeste de El Cabo [24] y en Scotts Cave, al sur de El Cabo [25]. Existen numerosas pinturas rupestres que representan mujeres, provistas de semejantes estacas para cavar, reconocibles por su dispositivo de equilibrio (cf. fig. 1), que frecuentemente parece que llevan sacos de piel destinados ciertamente para el transporte al campamento de los alimentos recogidos. Artículos de piel se encuentran con bastante frecuencia en terrenos secos de los refugios bajo roca y de las cuevas de El Cabo, pero no es posible, habitualmente, determinar si los fragmentos han pertenecido a sacos, a corazas o a taparrabos. Se conocen dos tipos de sacos o de mallas de cuerdas finas anudadas; el primero, descubierto en Melkhutboom y en Windhoek Farm Cave [26], es de malla fina (de unos 10 mm.) y ha podido servir para el transporte de las raíces y de los tubérculos; el segundo, de malla más gruesa, sólo es conocido por un fragmento de la cueva de Diepkloof en el oeste de El Cabo (Parkington, no publicado) y por una ilustración en la obra de Paterson [27]. Este último tipo ha podido ser utilizado para el transporte de huevos de avestruz que servían de recipientes de agua, a juzgar por la excelente reproducción señalada anteriormente. Todos los vestigios recogidos por los arqueólogos han sido fabricados con una cuerda fina procedente de las fibras del tallo de un carrizo, *Cyperus textilis,* bautizado así por Thunberg en el siglo XVIII, debido a ese empleo precisamente. Las piedras agujereadas o taladradas son hallazgos de superficie muy corrientes por todas partes en el Africa austral.

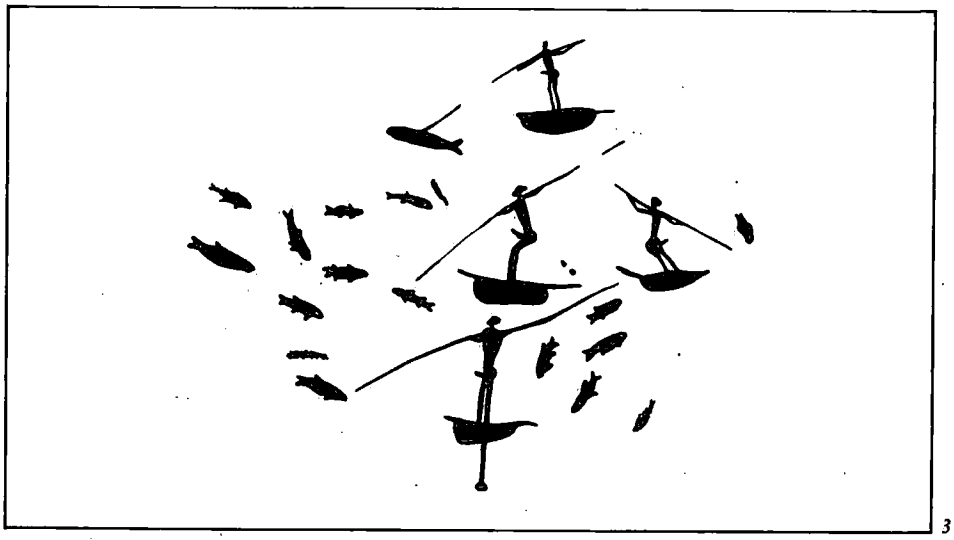
La casi totalidad de los autores que han tratado las técnicas de caza de los san subrayan principalmente el arco y las flechas envenenadas. Barrow visitó, en 1797, una parte de territorios que constituyen El Cabo oriental actual y escribió lo siguiente: «El arco era una pieza de madera sin pulir procedente del «guerrie bosch», una especie de *Rhus,* zumaque, al parecer [...]; la cuerda, de tres pies de larga, estaba hecha con nervios retorcidos de los tendones dorsales del «springbok». El tronco de un áloe había proporcionado el carcaj. La flecha consistía en un junco en cuyo extremo estaba insertada una esquirla de hueso duro, muy finamente pulido, cogido de la pata de un avestruz, redondo y de cinco pulgadas de largo [...]. La largura total de la flecha era exactamente de dos pies [...] el veneno, sacado de la cabeza de las serpientes y mezclado con jugos de ciertas plantas de raíces bulbosas, es con lo que ellos cuentan principalmente» [28].

[23] A. Sparrman, 1789; G. Thompson, 1827, *o. c.*, vol. I, pág. 57; J. de Grevenbroek, citado en I. Schapera, 1933, pág. 197, quien le atribuye una lontigud de tres pies.
[24] J. E. Parkington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*; J. E. Parkington, tesis inédita.
[25] H. J. y J. Deacon, 1963, *o. c.*
[26] H. J. Deacon, 1969, *o. c.*; C. S. Grobbelaar y A. J. H. Goodwin, 1952, págs. 95-101.
[27] W. Paterson, 1789, *o. c.*
[28] J. Barrow, 1801.

1



2



3

• *Fig. 1. Pintura rupestre: mujeres que llevan estacas para cavar, lastradas con una piedra vaciada. Esas mujeres estaban encargadas de desenterrar raíces, tubérculos y otros alimentos seguros cuando iban cada día a la sabana (pinturas en color rojo descolorido).*

• *Fig. 2. Grupo de hombres provistos de arcos, de flechas y de carcajes. A los hombres les correspondía cazar y poner las trampas para completar la alimentación, sobre todo, vegetal, proporcionada por las mujeres.*

• *Fig. 3. Escena de pesca de Tsoelike, Lesotho. Los cazadores-recolectores de Africa austral eran también pescadores de especies marinas y de peces de agua dulce, quienes utilizaban cierto número de técnicas diferentes. Aquí, se sirven al parecer de pequeñas barcas o de almadías.*

Aunque las excavaciones sólo raramente proporcionan ejemplares intactos de ese material, poseemos todas las partes componentes, encontradas en las cuevas de las provincias occidental y oriental de El Cabo. Fragmentos que han podido pertenecer a un arco, para tirar flechas de caña, y trozos de junco empalmado, puntas de hueso pulido y trozos de áloes pintados, constituyen otros tantos restos abandonados o perdidos de los pertrechos de caza de los san. Otras piezas de hueso, en forma de media-luna o de arco de círculo, son quizá los vestigios de una segunda categoría de puntas de armas arrojadizas, fijadas por medio de una masilla vegetal, para convertirse en la arista cortante de las flechas, como lo demostraron en Cape Town unos san capturados alrededor de 1920[29]. El arte parietal del Africa austral nos ofrece frecuentemente reproducciones de arcos, de flechas y carcajs (cf. fig. 2).

Numerosos animales no eran matados, sin embargo, con arco, sino capturados en las trampas hechas con cuerdas vegetales, que se ponían en lugares apropiados en la meseta esteparia. Paterson observó «varias trampas colocadas para la captura de los animales salvajes»[30] durante sus peregrinaciones por los alrededores del río Orange, en 1779, y es casi seguro que los restos de cuerda fina, hecha con dos fibras, encontrados en establecimientos como De Hangen[31], Scotts Cave[32] y Melkhutboom[33] son extremos de cuerda abandonados que servía para poner lazos y otras trampas con cuerda. Esas técnicas eran, sin duda, particularmente útiles para capturar pequeños herbívoros como el «steenbok» que viven en un terreno en donde siguen constantemente las mismas pistas y que por medio de vallas hechas con ramas se los podía conducir hacia las trampas ya preparadas. Dos ejemplares curiosos, en forma de horquilla, de madera, encontrados en Windhoek Farm Cave[34] y en Scotts Cave[35] podrían perfectamente haber sido los disparadores empleados en esas trampas.

Otras técnicas de caza, aunque mencionadas en los documentos de la época, no han sido atestiguadas aún en los yacimientos excavados por los arqueólogos. Varios viajeros del siglo XVIII, por ejemplo, describe grandes fosas excavadas cerca de las orillas de los ríos y llenas en su interior de palos verticales tallados en punta. Generalmente se ha pensado que estaban destinadas a la caza mayor, como el elefante, el rinoceronte, el hipopótamo y el búfalo; su distribución geográfica las hace aparecer desde el río Orange, al sur, hasta el río Gamtoos, al este. Con ocasión de una visita a los territorios fronterizos de la colonia, cerca de Graaff Reinet, Barrow describe otra técnica más: los san construían áreas de ojeo, hechas con pilas de piedras con intervalos vacíos o con hileras de estacas con los extremos provistos de plumas de avestruz, en los que abatían la caza perteneciente a las especies más gregarias de las llanuras del interior[36].

Los cazadores-recolectores recurrían manifiestamente a diversas técnicas de pesca, la mayor parte de las cuales han sido encontradas por los arqueólogos. La más impresionante quizá es la trampa de cañas trenzadas en forma de embudo en el curso inferior del río Orange, que describen a la vez Lichtenstein y Barrow y que atribuyeron

29 Véase A. J. H. Goodwin, 1946, pág. 195.
30 W. Paterson, 1789, *o. c.*, pág. 114.
31 J. E. Parkington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*
32 H. J. y J. Deacon, 1963, *o. c.*
33 H. J. Deacon, 1969, *o. c.*
34 C. S. Grobbelaar y A. J. H. Goodwin, 1952, *o. c.*, págs. 95-101.
35 H. J. y J. Deacon, 1963, *o. c.*
36 J. Barrow, 1801, *o. c.*, vol. I, pág. 284.

en los dos casos a «bosjesmans», que sin duda alguna fueron san [37]. Esas trampas estaban colocadas en la corriente y se dice de ellas con precisión que eran de «mimbres, de ramiza y de cañas» y de forma cónica, como un embudo, análogas ciertamente a esas trampas que se ven aún en el río Kafue y en el Limpopo [38]. Aunque no se hayan encontrado huellas durante las excavaciones, pinturas rupestres de Lesotho y de Griqualan oriental representan indiscutiblemente series de trampas unidas por cañas entrelazadas o por palos, y sus pescas eran fructuosas en peces de agua dulce, singularmente de un *Barbus (yellowfish)* [39]. Espinas de pescado de agua dulce han sido encontradas en unos establecimientos tan distantes como los de El Cabo occidental y de Lesotho, pero los métodos de pesca empleados no son siempre evidentes. Carter [40] sugiere que algunos ganchos de hueso sujetos en forma de V podrían haber sido anzuelos, admitiendo que también otras interpretaciones son concebibles. En las escenas de pesca de Tsoelike, en Lesotho, los pescadores parece que han sido representados con largos venablos, que podrían estar dentados, de pie en las embarcaciones (cf. fig. 3). Eso es sin duda lo que dio a Vinnicombe la sensación de que serían escenas de época «tardía», pero su datación sigue siendo un enigma. Las excavaciones no han permitido descubrir hasta ahora restos de barcos de ninguna forma, aunque es verdad, sin duda, que lo contrario hubiera sido lo sorprendente.

Lichtenstein refiere que, en esos emplazamientos del curso inferior del Orange de donde proceden los objetos de pesca en forma de trampa, «cuando (los bosquimanos) esperan una subida del río, levantan en el arenal, mientras que las aguas están bajas, una especie de vasto estanque, cuyo recinto está cercado por un dique de piedras que hace de presa y donde, por poco que la suerte les sonría, una gran cantidad de peces quedará retenida cuando suban las aguas» [41]. Se conocen homólogos de esas trampas de piedras para peces que se basan en la utilización de la subida y de la bajada de las corrientes de agua, aprovechando las mareas, que han sido observadas en el litoral del Africa austral desde Saint-Helene Bay hasta Algoa Bay [42]. En la medida en que numerosos ejemplares de tales trampas están aún en condiciones de funcionar (algunos hasta continúan en uso), se puede suponer con razón que las poblaciones costeras han continuado sirviéndose de ellas desde la Edad de piedra hasta una época muy reciente. Las variedades de peces que pertenecen a especies costeras que han sido encontradas en establecimientos próximos a esos objetos de trampas hacen pensar que esos dispositivos eran muy productivos cuando el caudal era lo bastante considerable como para sumergir los diques abundantemente.

Goodwin relata el descubrimiento, en la pared de una de esas presas de piedras, de un pequeño cebo para peces, de hueso, atado a una cuerda hecha de nervios, lo que hacía pensar que otras formas de pesca habrían podido ser practicadas. Pequeñas esquirlas de hueso, afiladas en punta en las dos extremidades, y de dos a seis cms. de largas han sido encontradas en gran número tanto en Elands Bay Cave (Parkington, no publicado), como en Nelson Bay Cave (Klein, no publicado). Esos objetos, sin embargo, han sido desenterrados en unos estratos de hace siete o diez mil años, y eran

[37] H. Lichtenstein, 1812, pág. 44; J. Barrow, 1801, *o. c.*, vol. I, págs. 290 y 300.
[38] L. Smits, 1967, *o. c.*
[39] L. Smits, 1967, *o. c.*; P. Vinnicombe, 1960, págs. 15-19; *id.*, 1965, *o. c.*
[40] P. L. Carter, comunicación personal.
[41] H. Lichtenstein, 1812, *o. c.*, vol. II, pág. 44.
[42] A. J. H. Goodwin, 1946, págs. 1-8; G. Avery, 1974.

extraordinariamente escasos, sin llegar, no obstante, a estar totalmente ausentes en los niveles superiores. Es posible que alguien haya enganchado los cebos, pero se impone una comparación con los ona de la Tierra de Fuego que fabricaban objetos parecidos de madera, en el siglo último, para atrapar a los cormoranes. Ahora bien, esos mismos palmípedos eran muy comunes en los alrededores de las dos cuevas citadas.

Las excavaciones realizadas en la costa del Africa austral no han proporcionado algo que sea indiscutiblemente un anzuelo, o algo de lo que estemos persuadidos que sea la punta de un arpón, aunque, en lo referente a este segundo instrumento, Barrow haya señalado algunos ejemplares de madera en la corriente inferior del río Orange. Dice textualmente: «Hemos encontrado varios arpones de madera, algunos de los cuales tienen puntas de hueso, que estaban fijas con cuerdas hechas al parecer de alguna fibra vegetal» [43]. Parece, pues, que hayan sido de madera, con una punta de hueso no necesariamente dentada. Dos puntas dentadas de hueso han sido descubiertas, en cambio, en las dunas del cabo Agulhas, pero los detalles de esos hallazgos no han sido publicados; a lo sumo sabemos que una de ellas estaba clavada en la vértebra lumbar de un esqueleto de mujer adulta (Parkington, no publicado). Objetos perforados de cerámica o de piedra han sido descritos como posibles tablillas de lastre, lo que probaría que los san costeros han practicado también la pesca con red, si esa interpretación se revela como cierta. Sabiendo que la cuerda fibrosa es abundante y que los establecimientos del interior han atestiguado indiscutiblemente la existencia de las redes, no habría habido motivos para asombrarse. Disponemos de pocos elementos que nos ayuden a conocer las otras técnicas de captura o de recogida de los recursos del litoral. Los objetos en forma de espátula de hueso que se encuentran en algunas zonas han podido servir perfectamente para separar las lapas de su hábitat rocoso, pero se espera aún la prueba irrefutable. Tampoco se ha podido comprobar cómo eran capturadas las langostas, pájaros marinos y focas, a lo sumo existe un testimonio histórico que habla de focas matadas con arco [44] y otro que describe a algunos khoi matando focas a garrotazos en un promontorio rocoso aislado, cerca de Saldanha Bay [45]. Es concebible que ese procedimiento sea responsable del estado de los fragmentos de cráneos recogidos en Elands Bay Cave y en otros yacimientos.

Aunque los san, de modo general, no han tenido animales domesticados ni plantas cultivadas, sin embargo, existen razones para creer que, al menos, en el siglo XVII tenían perros de los que se servían, al parecer, para la caza. Dapper, que nunca ha visitado personalmente El Cabo, pero que estaba bien informado por aquellos que habían estado allí, refirió en 1668 que los sonqua «crían numerosos perros de caza adiestrados para sacar los conejos de las rocas, que constituyen su alimento principal» [46]. Es cierto que los huesos de esos conejos se encuentran profusamente en los refugios bajo roca excavados en El Cabo occidental, y se subraya [47] que podrían encontrarse huesos de perro doméstico entre los depósitos de huesos más importantes.

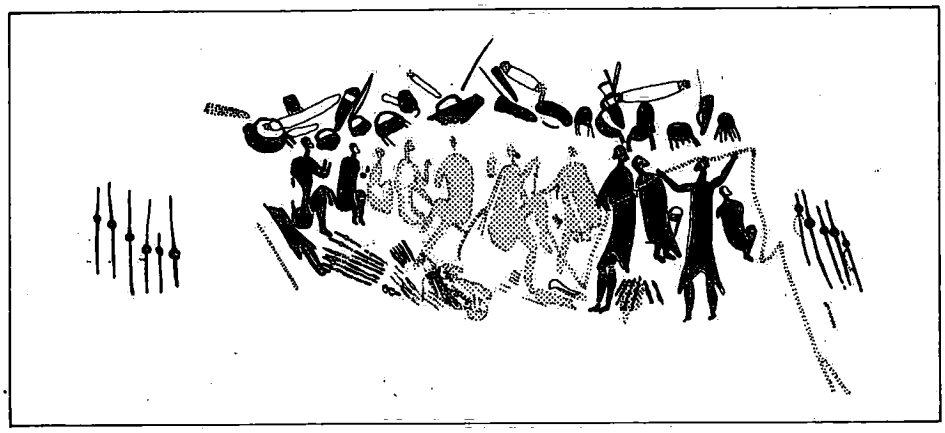
[43] J. Barrow, 1801, *o. c.*, pág. 300.
[44] W. Paterson, 1789, *o. c.*, pág. 116.
[45] H. B. Thom, 1952, *o. c.*
[46] I. Schapera, 1933, *o. c.*, pág. 31.
[47] K. Scott, comunicación personal.

Además de los alimentos obtenidos por medio de una caza activa, apenas cabe duda alguna de que la carroña proveía en parte a las necesidades de los san. Se ha dicho en particular que peces muertos y ballenas encalladas sobre la arena habrían sido comidas por los ocupantes del litoral. Un último aspecto, no desdeñable evidentemente, de su tecnología es la gama de los recipientes utilizados para transportar agua. Los recipientes de agua hechos con cáscaras de huevo de avestruz y a veces adornados con incisiones decorativas son mencionados en los relatos históricos, y fueron encontrados en muchos lugares, pero casi siempre en forma de fragmentos. Porque, aunque se conocen también intactos, hasta «nidos» enteros de varios de esos recipientes, manifiestamente enterrados en algún lugar estratégico, su descubrimiento se ha realizado siempre en unas circunstancias que no ofrecen suficientes garantías científicas. El agua era transportada también en las vejigas de algunos animales, función que parece que nunca han tenido los recipientes de tierra. La cerámica será objeto de una discusión detallada en la sección dedicada a los pastores khoi.

En resumen, parece que los san han dispuesto de una gama bastante amplia de métodos de caza o de recogida para los que utilizaban, de una parte, instrumentos confeccionados con una materia prima única, como piedra, hueso, madera, fibras, juncos, pieles, conchas, marfil, nervios y hojas [48]; por otra parte, utilizaban frecuentemente útiles complejos, en cuya fabricación entraban varias materias primas combinadas. La piedra parece que no proporcionó más que la punta o el corte, sirviendo para raspar, cortar o rascar, de los útiles más elaborados, y está establecido que los objetos de piedra han sido los más colocados sobre un mango de madera o de hueso [49]. Para fabricarlos, su preferencia iba al parecer a las rocas homogéneas de grano fino como la calcedonia, ágata, cortezas silíceas, arcilla endurecida, pero también el cuarzo más quebradizo, cuyos cantos pequeños y grandes proporcionaban los elementos superior e inferior de muelas para triturar pigmentos o alimentos. Notemos la escasez de los viajeros de los siglos XVII o XVIII que subrayen o describan la fabricación de objetos de piedra, lo que podría ser reflejo de un movimiento progresivo de reemplazamiento, al menos parcial, de la piedra por el hueso, la madera o el metal, en las producciones del hombre. La conclusión a la que así se llega de una amplia gama de materiales empleados no debería ser ignorada por aquellos cuyos principios de clasificación o de diferenciación de los grupos étnicos no se basan más que en la sola comparación de las composiciones de diferentes yacimientos de objetos de piedra.

Investigaciones arqueológicas cada vez más numerosas se proponen explicar cómo los san combinaban esas técnicas en una estrategia global en su entorno. Esas investigaciones ayudan a describir los modos de explotación de los recursos del medio ambiente que son los de esos cazadores-recolectores en unos términos que, por su orientación ecológica, no habían sido percibidos claramente por los primeros exploradores. Por tanto, es lícito añadir la información encontrada en los documentos históricos y en las representaciones parietales a los datos que proporcionan poco a poco las excavaciones de gran amplitud y el análisis minucioso de los vestigios animales y vegetales.

[48] Ver J. E. Parkington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*
[49] H. J. Deacon, 1966, págs. 87-90; H. J. Deacon, 1969, *o. c.*



4

5

6

- *Pinturas rupestres:*
- *Fig. 4. Grupo de cazadores en su cueva, rodeados de una fila de estacas para cavar, de sacos, carcajes, de arcos y de piedras vaciadas que sirven de lastre para las estacas.*
- *Fig. 5. Grupo numeroso de figuras, la mayor parte de las cuales son visiblemente masculinas, en lo que podría ser una escena de danza. Las escenas de ese género, en las que participan un gran número de personajes y que no tienen relación alguna con una actividad económica, hacen pensar en encuentros ocasionales, quizá estacionales, de pequeños grupos, reunidos para participar en actividades de intercambios o en otras ceremonias.*
- *Fig. 6. Los encuentros ocasionales de grupos terminaban más bien en rivalidades que en cooperación. Escena de enfrentamiento entre dos grupos de hombres, aparentemente igualados en fuerzas.*

Por analogía con los cazadores-recolectores del Kalahari o de regiones aún más alejadas, es probable que los san estuvieran repartidos en grupos poco numerosos y muy móviles. No hay, pues, que extrañarse al leer que las primeras expediciones que habían dirigido Van Riebeeck hayan encontrado tantos albergues desocupados, lo que comprobó de nuevo Paterson cien años después en la proximidad de la desembocadura del río Orange [50]. Las «cabañas» en cuestión, simples cobertizos de dramas destinados a proteger a sus ocupantes contra la inclemencia de los elementos, eran abandonadas manifiestamente tras haberlos usado, tal vez al cabo de algunos días. Asimismo, no será extraño que esos grupos de san hayan contado pocas veces con más de veinte individuos por término medio, y que sus encuentros hayan tenido lugar casi siempre en forma de bandas de diez hombres o mujeres por lo menos para el trabajo, y a veces también en los campamentos que contenían individuos de los dos sexos, incluso niños, algo más numerosos. Se consideran excepcionales los grupos de 150 y de 500 personas que describió Barrow, y el campamento de 50 cabañas que señaló Thunberg, los dos en los últimos años del siglo XVII, cuando los cazadores se agrupaban en número habitualmente poco importante a fin de defenderse contra las incursiones de «comandos» de europeos [51]. Los efectivos de los grupos representados en las pinturas rupestres tenderían más bien a confirmar que la unidad social más típica no sobrepasaba las veinte personas, aun cuando grupos más numerosos han sido anotados también (cf. fig. 4).

Numerosos autores han referido que los san ocupaban las cuevas y los refugios bajo roca allí donde se encontraban, y esos establecimientos son los que proporcionan el material de los informes arqueológicos. En Great Elephant Shelter, en los montes Erongo, Namibia, hay tres o quizá cuatro albergues análogos a los que describían los primeros viajeros de Veld, que han sido localizados, señalados en el mapa, y descritos [52]. Varios establecimientos de El Cabo han proporcionado la prueba de que grupos de san llevaban brazadas de hierba que depositaban contra las paredes laterales y detrás de sus cuevas para hacerse allí un camastro mullido. En dos casos al menos, se ha observado, para colocar ese camastro, un ligero vaciado de la roca o de los depósitos acumulados [53]. En establecimientos del litoral, los lechos se hacían con vegetales acuáticos del estuario, de *zostera* principalmente, y las excavaciones han mostrado allí que emplazamientos especiales estaban previstos para dormir, para la confección de los alimentos, para cocinar y para los desperdicios.

El porcentaje de correlaciones entre mujeres y estacas para cavar, entre hombres y arcos, en el arte parietal, confirma ampliamente la existencia de una división de tareas bastante estricta en el interior de los grupos de san. Se ha encontrado la confirmación repetida en los textos históricos, en Thompson, por ejemplo, quien, en los años 1820, «vio numerosas mujeres bosquimanas desenterrando raíces en los terrenos llanos», y en Dapper quien describe determinada especie de bulbo que «constituye la provisión cotidiana que las mujeres van cada día a arrancar en el fondo de los ríos» [54]. Es casi seguro que los hombres llevaban también alimentos vegetales de sus expediciones de

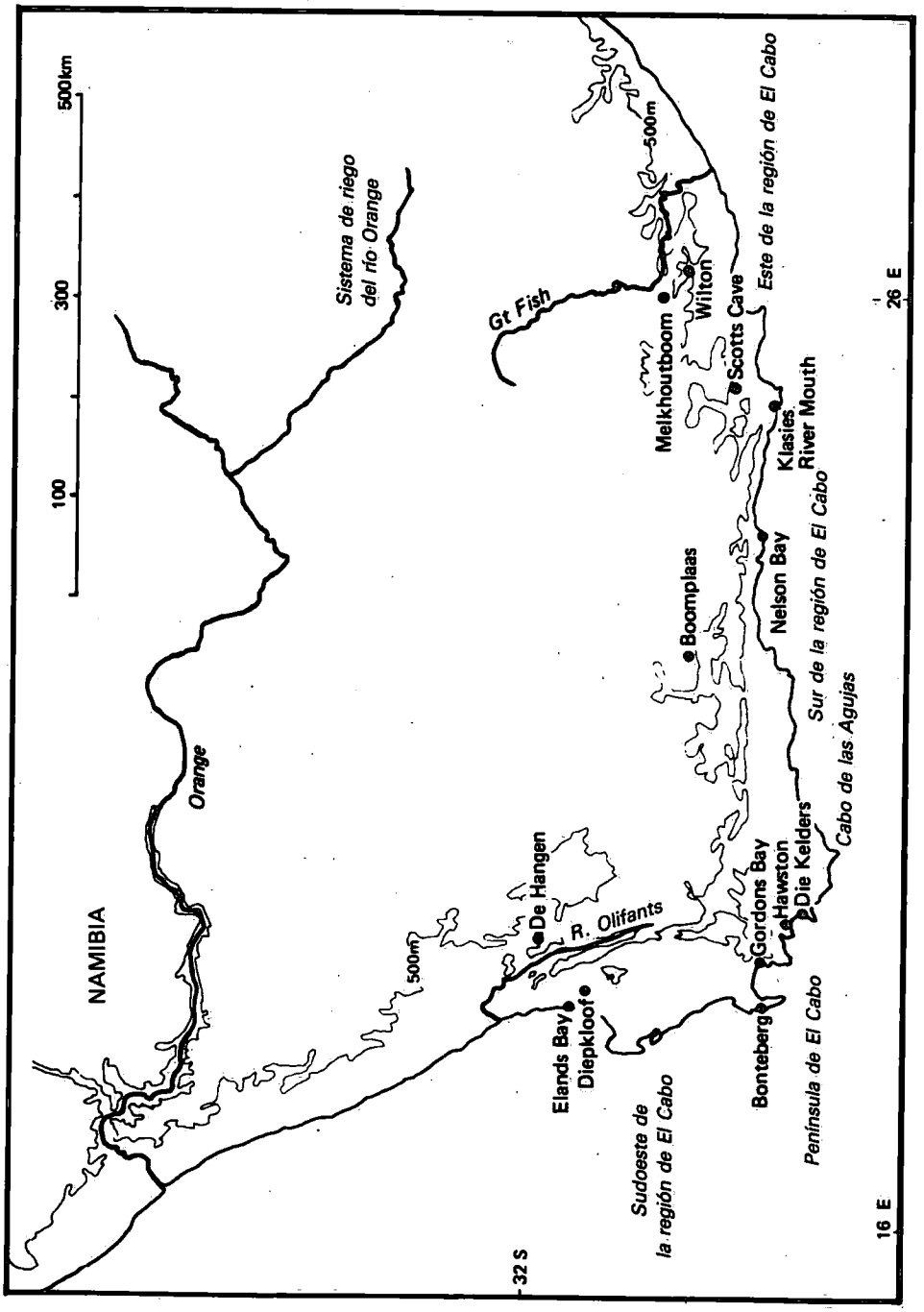
[50] H. B. Thom, 1952, *o. c.*; W. Paterson, 1789, *o. c.*, pág. 117.
[51] J. Barrow, 1801, *o. c.*, págs. 275 y 307; C. P. Thunberg, 1796, *o. c.*, pág. 174.
[52] J. D. Clark y J. Walton, 1962, págs. 1-16.
[53] J. E. Parrington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*
[54] G. Thompson, 1827, *o. c.*, pág. 58; I. Schapera, 1933, *o. c.*, pág. 55.

caza, pero la misión vital de las mujeres, como garantía de una alimentación cotidiana, debe ser subrayada.

Todo conduce a creer que lo esencial del aprovisionamiento de los san en alimentos recolectados o cazados, así como de agua, dependía de las fluctuaciones estacionales. Así, la zona de pluviosidad invernal en el sudoeste de El Cabo cambia mucho según la estación, en la que del sesenta al ochenta por ciento de las lluvias anuales caen de mayo a octubre, período que coincide con las temperaturas mensuales medias más bajas y con heladas localizadas. Esa situación tiene repercusiones numerosas e importantes, la menor de las cuales es la instauración de un ciclo relativamente rígido de la vegetación, con alternancia de crecimiento en invierno, floración en primavera, fructificación en verano, y persistencia o letargo de los órganos subterráneos de retención de las substancias nutritivas durante la etapa cálida y seca. Más sorprendente aún, quizá, es el modo cómo varían las cantidades de agua de superficie y las superficies de pastos, desde el verano seco hasta el invierno húmedo. Además de que aquél se traduce en la fluctuación de los recursos según la estación, hay que examinar siempre el aprovisionamiento local de algunos de ellos. Si se toma como ejemplo El Cabo occidental, numerosas agrupaciones vegetales o animales están caracterizadas por las variaciones de su distribución según las diversas microzonas fisiográficas, como las franjas costeras, las tierras próximas al litoral, el cinturón de montañas, los valles que las atraviesan y la cuenca árida del interior. Es lógico que los san que allí vivían hayan recurrido, como en otras partes del Africa austral, a estrategias de instalación en el medio ambiente que asegurase una explotación óptima de algunos recursos local o temporalmente abundantes y la ingestión de raciones alimenticias variadas y suficientes a lo largo de todo el año. Los testimonios históricos, los resultados acumulados por las excavaciones arqueológicas y la imaginería legada por el arte parietal, son otras tantas fuentes que nos permiten, en cierta medida, ilustrar algunas de esas estrategias.

Conociendo el lugar importante de los bulbos en la alimentación de los san, un aprovisionamiento inestable a este respecto debería haber influido en la elección del hábitat. Esas fluctuaciones, advertidas en algunas descripciones históricas, se deben al ciclo vegetativo descrito anteriormente. Un bulbo es, en realidad, un depósito de sustancias nutritivas acumuladas por la planta en verano, en previsión de nuevos períodos de crecimiento y de floración del invierno y de la primavera siguiente; sus dimensiones, su vitalidad y su sabor deberían en buena lógica presentar variaciones en el curso del ciclo. En la práctica, bulbos y tubérculos, una vez que ese depósito nutritivo ha sido agotado por el desarrollo y el crecimiento de las partes verdes y de las flores de la planta, vacíos o arrugados, no son de gran ayuda para alimentar a aquellos que los han cogido. Lichtenstein parece haber notado desigualdades en el aprovisionamiento, cuando dice del «bosjesman» que «durante meses seguidos éste subistirá gracias a algunos bulbos ínfimos que en ciertas épocas del año ha podido encontrar en las tierras bajas de la región» [55]. A propósito de esos «bulbos», precisa que «conviene comerlos en preferencia cuando la flor haya caído» [56]. Esa interpretación es aún corroborada por el modo único de medir el tiempo que tenían san (atribuido a los hotentotes, pero en realidad común, sin duda, a los san y a los khoi),

[55] H. Lichtenstein, 1812, *o. c.*, pág. 193.
[56] H. Lichtenstein, 1812, *o. c.*, pág. 45.



• *Fig. 7. Mapa del Africa austral que muestra el reparto de los establecimientos en el final de la edad de piedra, la mayor parte de los cuales revelan la existencia de fragmentos de cerámica o de restos de ganado doméstico que se remontan a los primeros siglos de la era cristiana.*

tal como lo describen Sparrman, Barrow y Thunberg al final del siglo XVIII [57]. Según los mismos términos de Barrow, «la época del año es determinada por el número de meses que precede o sigue al momento llamado "uyntjes tyd" (literalmente «tiempo de las cebollas») o por referencia a aquel en el que las raíces del *Iris edulis* están en temporada de fructificar; ese momento retiene toda su atención, porque esos bulbos han constituido una parte considerable de su alimentación vegetal». Esos comentarios, leídos a la luz de las observaciones modernas sobre el crecimiento y el desarrollo del bulbo, sugieren que al menos en el cinturón montañoso del «Cape Folded Belt», el aprovisionamiento básico estaba sometido a fluctuaciones importantes.

En otras regiones de Africa austral, donde la pluviosidad es más escasa y está bien repartida durante el año, o se caracteriza por la conjunción de sus máximos con las altas temperaturas del verano, el aprovisionamiento ha podido ofrecer puntos altos y bajos diferentes quizá, pero que tenían una incidencia también totalmente cierta. Los desplazamientos de los herbívoros gregarios como el elán de El Cabo, el búfalo «caama» y el «springbok», que entran o salen de las llanuras de los karroo o se desplazan entre sus pastizales según que éstos reciban las lluvias de verano o de invierno, al pertenecer o depender de esas regularidades sistemáticas, no han podido dejar de tener un efecto sobre la distribución espacial de las poblaciones de los san en la región. Entre las tácticas empleadas para prevenirse contra esas fluctuaciones, se ha realizado la movilidad estacional, el consumo programado de algunos recursos reservados para algunos momentos del año, la modificación del efectivo de las unidades sociales, la reserva de alimentos y la institución de una vasta red de relaciones de parentesco que son otros tantos medios contra los agotamientos del aprovisionamiento local.

Se ha adelantado la hipótesis de una ocupación estacional de los establecimientos, tanto en Lesotho [58] como en el sudoeste de El Cabo [59], tras un estudio del potencial de recursos explotables en los alrededores y de un análisis de los restos de plantas y de huesos que allí se encontraban. Es probable que los grupos de san de El Cabo occidental se dirigiesen hacia la costa para recoger allí alimentos tales como crustáceos y mariscos en las épocas en las que los bulbos, tubérculos y frutos eran escasos, es decir, en invierno y al comienzo de la primavera. Aunque su demostración dista mucho de estar acabada, la hipótesis parecería, no obstante, que coincide con los informes de la edad de las focas y de los conejos en el momento que fueron matados. Otras indicaciones relativas a movimientos estacionales proceden de los trabajos de Shackleton sobre las conchas de Nelson Bay Cave, en el extremo sur de El Cabo [60]. La medida de cantidades en isótopos de oxígeno de las conchas encontradas en las fosas para desperdicios y una comparación con las fluctuaciones modernas de la temperatura en la superficie del océano han persuadido a ese especialista de que los depósitos de las fosas que él ha estudiado sólo han podido ser acumuladas en invierno. Todavía serán necesarias muchas investigaciones sobre la naturaleza exacta de los comportamientos de ajustamiento de los san, deseosos de asegurarse un reparto igual de recursos durante todo el año. Pero el punto de vista ecológico de Lichtenstein nos

57 A. Sparrman, 1789, *o. c.*, pág. 104; J. Barrow, 1801, *o. c.*, pág. 159; C. P. Thunberg, 1796, *o. c.*, página 197.

58 P. L. Carter (P. L.), 1970, págs. 55-58.

59 J. E. Parkington, 1972, *o. c.*

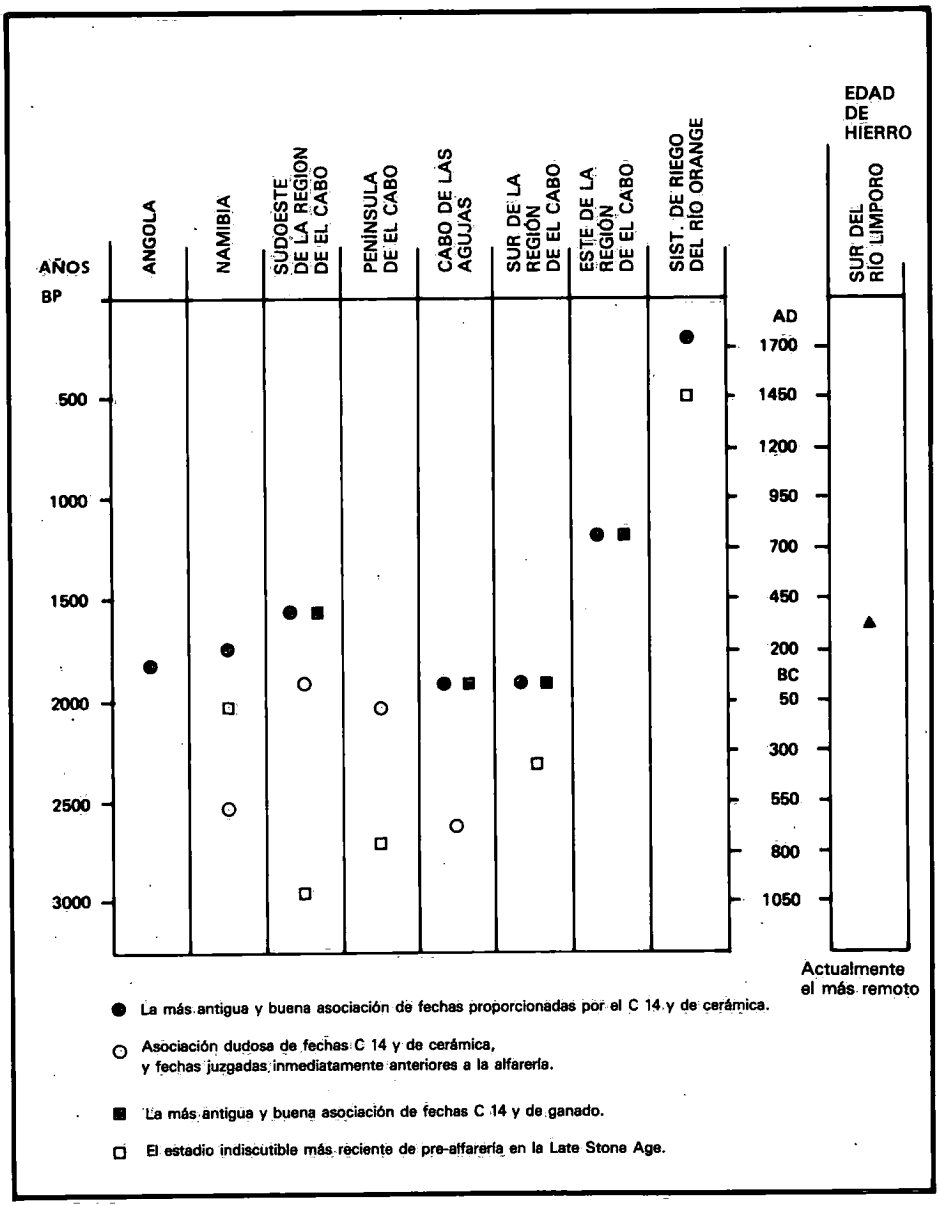
60 N. J. Shackleton, 1973, págs. 133-141.

indica ya una observación que podría ser una ilustración de la realidad de tales estrategias. Este autor refiere cómo «los individuos, incluso los más delgados y los más miserables que se pueda imaginar» podían transformarse en seres completamente diferentes nada más que «cambiando sus raciones»[61].

En el Kalahari, tanto los kung como los g/wi se organizan para no explotar algunos recursos más que durante los períodos del año en los que no es posible encontrar sustitutos al menos regularmente disponibles. Por eso, conviene ver en esa actitud que el valor de un recurso está estrechamente unido con el número de los que podrían reemplazarlo, pero también con su rapidez, con su valor nutritivo y con su obtención más o menos fácil. Parece normal que los san instalados más al sur hayan administrado sus recursos de modo semejante, procurando dar a la combinación de los víveres recolectados una composición tal que tengan asegurada una alimentación regular. Los resultados de las excavaciones sólo han aportado escasas pruebas, pero se observará, no obstante, el ejemplo de las diferencias constatadas en la frecuencia de los huesos de pequeños animales capturados, como los conejos y las tortugas, según se trate de un establecimiento en la costa o en el interior de El Cabo occidental. En las tierras del interior, en De Hangen por ejemplo, las tortugas y los conejos son los animales que se encuentran más frecuentemente, mientras que en Elands Bay Cave son muy escasos los dos[62]. Aunque una de las razones podría ser la presencia estacional de algunas especies, principalmente de invernantes como la tortuga, la diferencia se debe probablemente también a la presencia en el litoral de toda clase de alimentos de reemplazamiento, como peces, langostas y pájaros marinos. No se conoce aún ningún ejemplo apropiado para los alimentos vegetales, aunque podría ocurrir que ese razonamiento sea también la explicación de las diferencias de composición constatadas en los depósitos vegetales de los establecimientos del interior, como De Hangen, en Diepkloof, en la provincia occidental de El Cabo (Parkington, no publicado).

Se ha dicho en varias ocasiones[63] que los cazadores-recolectores tenían tendencia a desplazarse en grupos de efectivos variables a fin de utilizar del mejor modo posible los recursos disponibles: la excisión en pequeñas unidades familiares cuando éstas se hacen escasos, la reunión en grupos más numerosos cuando el tipo de víveres exige una mano de obra más importante o cuando los recursos son tan importantes en un lugar que éstos bastan para asegurar la subsistencia de una numerosa población. Esas estrategias sirven al mismo tiempo para reforzar la red de los vínculos de parentesco entre grupos vecinos para quienes esos grandes encuentros ocasionales son el momento de intercambiar noticias, objetos o innovaciones, y hasta las mujeres, gracias a las cuales queda establecido el entrelazamiento de las obligaciones vinculadas al parentesco. En tiempo de calamidades locales, esas obligaciones son el cordón nutricio que permite a un grupo sobrevivir temporalmente aprovechando los recursos de otro. Además, cuando surgen conflictos personales, una u otra parte afectada puede abandonar el grupo y unirse provisional o definitivamente a otro en el que existen parientes. En tanto que la arqueología deberá aún obstinarse en la búsqueda de indicios en los que se pueda reconocer los rasgos de esa reconstrucción, los datos más

[61] H. Lichtenstein, 1812, *o. c.*, pág. 45.
[62] J. E. Parkington, 1972, *o. c.*
[63] R. B. Lee y de Vore, 1968, *o. c.*



• *Fig. 8. Las fechas de aparición de cerámica y de ganado más antiguas conocidas al final de la edad de piedra en el Africa austral.*

explícitos que poseemos actualmente provienen de los relatos históricos, pero también, se apoyan para algunos casos, en el arte parietal.

Lichtenstein que fue quizá, de todos los viajeros del período de contactos, el observador más perspicaz de los hechos que se refieren a la organización social de los san, revela que «sólo las familias se asocian estrechamente en pequeñas cuadrillas o grupos particulares [...] los trabajos y dificultades que soportan para satisfacer hasta las necesidades más elementales de la vida excluyen que puedan formar sociedades más numerosas: esas familias se ven obligadas a veces a separarse, ya que un mismo lugar no producirá lo bastante para que puedan subsistir todas» [64]. Hablando siempre de los grupos de cazadores-recolectores, escribe: «Un grupo no comprende generalmente más que los miembros de una sola familia y nadie tiene poder ni distinción alguna que lo coloque por encima de los demás [...] cada uno tiene su grupo y se une a otro según su propia voluntad [...]; los grupos distintos mantienen muy pocas relaciones entre sí; se reúnen pocas veces, a no ser con miras a alguna empresa extraordinaria, para la que las fuerzas combinadas de un gran número sea necesarias. En lo esencial, los grupos conservan sus distancias entre sí, puesto que, cuanto más pequeño sea su número, tanto más fácil les será procurarse alimentos» [65]. Es notable que esos comentarios sobre los efectivos de los grupos, su composición, su escisión o su fusión, sus arreglos territoriales y su organización social igualitaria sean virtualmente idénticos a los que nos ofrecen etnólogos profesionales, doscientos años después, cuando éstos residen en medio de poblaciones manifiestamente emparentadas en el Kalahari [66].

Un estudio de los grupos representados en las pinturas rupestres de El Cabo occidental ha llevado a atribuirles por término medio catorce personas, cifra muy comparable a las que se dan en los cuadernos de ruta de los «comandos» del final del siglo XVIII [67]. Corresponden, sin duda, al «grupo» de Lichtenstein —que ha podido variar de diez a treinta personas—, los grupos más reducidos encontrados en ocasiones habiendo sido según todas las apariencias equipos de hombres y de mujeres que se dedicaban a sus tareas cotidianas. Se conocen también ilustraciones parietales de treinta y hasta de cuarenta hombres que figuran en una misma escena y que corresponderían quizá a una reunión de un centenar de personas o más (cf. fig. 5). Por eso, uno está tentado a interpretar esas pinturas que se distinguen de lo habitual como imágenes de fusiones periódicas entre varios grupos que ya se han descrito anteriormente. Su interés sería mayor aún si apareciese que los grupos numerosos que allí están representados se dedicaban casi siempre a actividades de carácter «no económico», como la danza, o que estuvieran instalados en unos lugares a los que sería posible atribuir un potencial alimenticio estacional particularmente elevado (cf. fig. 6). Desgraciadamente no disponemos aún de tales informaciones y la hipótesis no está demostrada. Las montañas que rodean El Cabo occidental son en realidad una zona de una naturaleza tal que la abundancia de los recursos a recolectar (miel, orugas, frutos, bulbos y tubérculos, tortugas) ha podido permitir a varios grupos acampar muy próximos unos de otros durante los meses de verano y reforzar así sus vínculos tradicionales e intercambiar regalos materiales. Una pequeña cantidad de conchas de

64 H. Lichtenstein, 1812, *o. c.*, pág. 193.
65 H. Lichtenstein, *o. c.*, vol. II, págs. 48-49.
66 E. M. Thomas, 1959; R. B. Lee, 1968.
67 T. M. Maggs, 1971, págs. 49-53.

mejillones envueltos en una hoja, que fue descubierto en la cueva de De Hangen, parece que ha sido un artículo de intercambio de gran valor destinado a ser transportado aún más lejos hacia el interior[68]. Es cierto que el potencial que descubren las cuencas de los karroo y del «strandvels» (litoral) en invierno es el complemento de éste, en verano, de la franja montañosa que los separa. La posibilidad de demostrar la existencia de tales sistemas complementarios dependerá de los resultados de los trabajos en curso sobre las plantas y los animales.

La reserva de alimentos en tiempo de abundancia en previsión de los períodos de escasez no es una característica de los grupos instalados actualmente en el Kalahari, que parece que han considerado su entorno como un depósito natural que proporcionaría siempre alguna combinación de alimentos sin que necesitasen mucho más como alimentación complementaria. La impresión que prevaleció es que el hecho para ellos de haber planificado cuidadosamente las batidas anuales alrededor de los recursos disponibles, conservando los víveres más comunes para los períodos difíciles, permite proporcionarles lo esencial en sus necesidades de alimentos conservados. La alimentación era recogida habitualmente y consumida en la jornada, o en el espacio de algunos días para capturas excepcionales como las de la caza mayor. Más al sur, la situación era probablemente análoga, porque las informaciones de excavaciones tratan de algunas pocas fosas de almacenamiento solamente, y los primeros viajeros nunca han tenido la idea de creer que la conservación de los alimentos era un aspecto importante de la alimentación de los san. Kolb, que tenía acceso a una rica información sobre la vida de los khoi y de los san que le transmitían numerosos observadores del final del siglo XVII, notó que «mientras que los campos abundan en frutos sanos y de mucho alimento que podrían ser conservados en cantidad suficiente para la eventualidad de un día lluvioso, las mujeres, sin embargo, tienen costumbre [...] de recoger sólo la cantidad [...] que servirá para las necesidades de sus familiares durante una jornada»[69]. Otros autores de la época de los primeros contactos mencionan la conservación de saltamontes secos, de raíces trituradas de una planta llamada cana (una variedad de *Salsola)* y de albaricoques secos, artículos cuya importancia económica era ciertamente menor que la de las raíces, de los tubérculos y de los bulbos. En El Cabo meridional se ha anotado la existencia, que todavía no ha sido objeto de publicación, de numerosas fosas de ensilado referidas a los emplazamientos de las cuevas de los san[70]. Informaciones que aún están por confirmar sugieren que las semillas encontradas en esas cavidades habrían podido ser recogidas por el aceite que contenían más que como alimento.

Los elementos de prueba que han sido presentados llevan a la conclusión de que los grupos de san estaban muy bien organizados y eran muy móviles, pero pequeños, y que conocían perfectamente los recursos de los que ellos podían disponer y sus variaciones en el tiempo y en el espacio. Las bases de alimentación, el abanico de las técnicas de caza, de pesca y de recolección, y las estrategias de instalación en el medio ambiente son cada vez mejor conocidas gracias a una documentación de orígenes muy variados. Como ha subrayado Lee, está demostrado que la idea que teníamos de los cazadores-recolectores que sobrevivían al borde de la catástrofe está en general muy

[68] J. E. Parkington y C. Poggenpoel, 1971, *o. c.*
[69] I. Schapera, 1933, *o. c.*
[70] H. J. Deacon, comunicación personal.

alejada de la verdad. Una anciana mujer (de la que no se sabe si fue una khoi o una san) había sido interrogada por Barrow en el «Bokkeveld», en 1789, y resume su respuesta así: «Cuando le pregunté si su memoria podría remontar al tiempo en que los cristianos llegaron a ellos por vez primera, me respondió con un movimiento de cabeza que tenía poderosas razones para acordarse de eso, puesto que antes de que ella hubiera oído a los cristianos, había ignorado lo que era la privación de una buena panzada, mientras que ahora es difícil encontrar más que un bocado» [71].

LOS KHOI PASTORES

Nuestros conocimientos de la caza y de la recolección en su entorno particular tienen ciertamente singulares lagunas cuando nos situamos en el período que precede directamente a la colonización, que se abre en −2000 aproximadamente. En cada uno de los establecimientos de la figura 7 —a excepción de Bonteberg y de Gordon's Bay, donde las excavaciones no han sido muy activas— se encuentran los restos de especies domesticadas entre los vestigios del Paleolítico superior. Ahora bien, hay que admitir, en ausencia de razas ovinas, caprinas o bovinas de origen local y puesto que los datos de formación de esos emplazamientos son anteriores a la llegada de los ganaderos europeos o negros, que estamos en presencia de especies domésticas llegadas de otra parte. Las fechas más antiguas proporcionadas por el C 14 y que están asociadas a la domesticación de los animales y a la cerámica en los yacimientos dispersos entre Angola y El Cabo oriental son enumeradas en la figura 8, que proporciona escasas informaciones homólogas procedentes del interior y, así mismo, para facilitar las comparaciones, proporciona también las fechas más remotas que se conocen de la penetración en Africa austral de los grupos de lengua bantú que practicaban la agricultura mixta y utilizaban el hierro. Ese cañamazo cronológico podría exigir retoques en función de investigaciones ulteriores, pero, no obstante, sería bueno arriesgar ahora algunas conjeturas sobre el origen y la expansión de los pastores khoi (fig. 9).

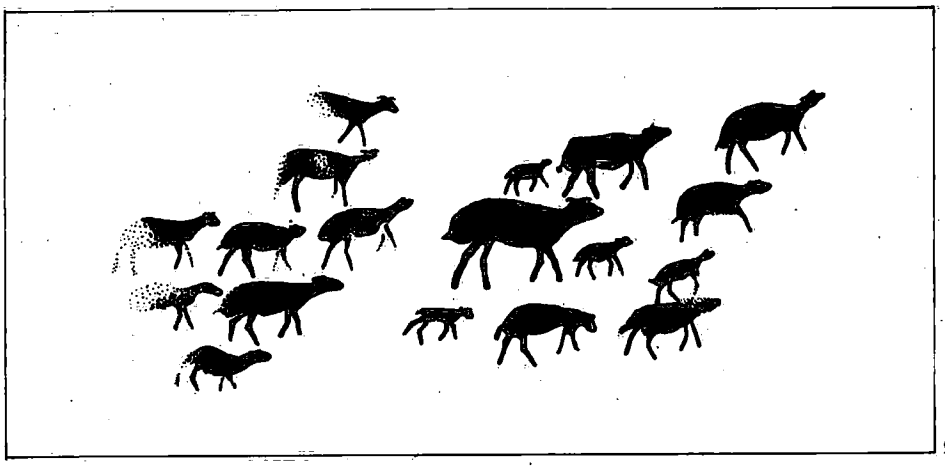
Lo que nos sorprende de entrada es que, en los yacimientos situados entre Angola y el sur de El Cabo, los cascotes de cerámica aparecen por vez primera durante el período −2000 a −1600. Esa horquilla tiende manifiestamente a cerrarse más a medida que los datos se hacen más numerosos, y podría ocurrir que la datación por el carbono radioactivo sea finalmente incapaz de precisar la relativa anterioridad de esa innovación en diferentes puntos de la región. Solamente cuatro fechas más antiguas que −2000 han sido señaladas, y algunos argumentos conducen a suponer que para cada una de ellas estamos en presencia de un fenómeno de contaminación [72] o que se trata de protocerámica [73].

Lo que se puede atestiguar fundamentalmente también es que cada vez que alguien se ha interesado específicamente por las especies domésticas las ha encontrado en los inventarios cronológicos de los arqueólogos con la misma antigüedad que los cascotes. Sin que necesariamente sea cierto *para cada yacimiento,* el hecho de reunir en una serie local las fechas que se refieren a emplazamientos vecinos permite

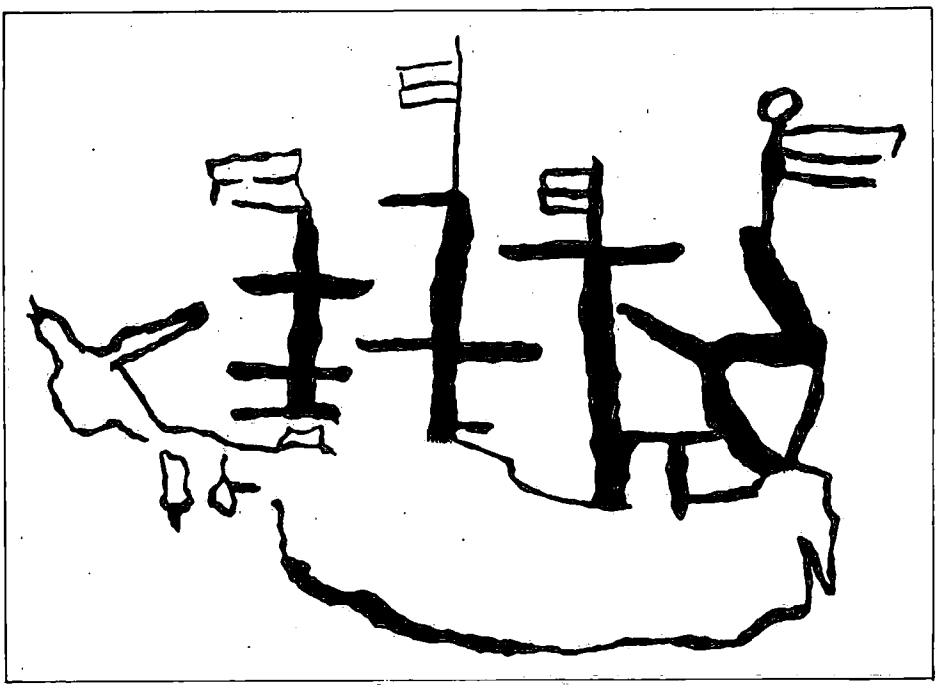
[71] J. Barrow, 1801, *o. c.*, págs. 398-399.

[72] C. G. Sampson, 1974.

[73] F. R. Schweitzer y K. Scott, 1973, *o. c.*; T. M. Maggs, comunicación personal; Wadley, comunicación personal.



9



10

• *Fig. 9. Rebaño de corderos de gruesa cola, del tipo de los que criaban los pastores khoi y que los primeros colonos llegarían a observar en El Cabo.*

• *Fig. 10. Galeón pintado en las montañas de El Cabo occidental, probablemente de los que hicieron regularmente escala en Saldanha Bay o Table Bay, a partir del comienzo del siglo XVII.*

efectivamente verificarlo. Y aunque el procedimiento puede parecer difícil de justificar, lo que lo asegura en que eso es un modo de superar las dificultades nacidas puramente del mecanismo de la preparación de muestras. Por eso, parece que la difusión de la cerámica y de la domesticación fue rápida, y que se generalizaron en la misma época y en el conjunto de la región. El término «difusión» se impone indudablemente, porque aunque la cerámica pudo, en efecto, haber sido inventada en los propios lugares, no ha podido ser ese el caso de los animales domésticos. En resumen, no se tiene la sensación de que esa cerámica sea el resultado de primeras tentativas técnicas toscas.

Aunque eso no está aún definitivamente establecido, importa anotar también que esas fechas de los primeros testimonios de la domesticación de animales y de la cerámica están asociados a establecimientos cuya distribución geográfica abarca las llanuras costeras y las cadenas limítrofes adyacentes a lo largo de las costas del Atlántico y del océano Indico. Aunque ahí se puede ver el reflejo del afán muy natural de los arqueólogos de querer conocer las secuencias de constitución de los yacimientos en las cuevas areniscas de la Folded Belt de El Cabo, existen razones para pensar que la ausencia de fechas tan remotas al este del río Gamtoos y al norte de ese cinturón montañoso no tiene nada de fortuito [74]. Por eso, dicha distribución coincide perfectamente con el reparto, en los relatos históricos, de las poblaciones de pastores conocidos colectivamente con el nombre de khoi [75].

Mientras prosiguen las investigaciones sobre la penetración en el África austral del hierro y de los animales domésticos según un itinerario oriental, los hechos ya disponibles tienden a sugerir el siglo IV o el V como época de su aparición al sur del río Limpopo [76]. Así es cómo la serie de fechas del Paleolítico superior donde se encuentra esa concomitancia entre cerámica y domesticación precede ampliamente en dos o tres siglos a la Edad de hierro más al norte o al este, intervalo que no podría ser debido artificialmente a la datación por el carbono radioactivo.

De esta ordenación contextual, distributiva y cronológica se desprende que los pueblos de pastores que conocían la cerámica podrían haberse instalado muy rápidamente en el sur de la provincia de El Cabo siguiendo la costa occidental hace aproximadamente dos mil años antes de la era cristiana. Grupos de cazadores habrían sido incorporados ciertamente a esas sociedades de pastores y hubo sin duda alguna importante repercusión sobre la demografía y la economía, aunque se conozcan muy mal los detalles [77]. Parece poco discutible que esos invasores fueran los pastores khoi.

Evidentemente es muy interesante plantearse hipótesis sobre los orígenes, las causas y las circunstancias de esa invasión, pero nuestras conjeturas serán necesariamente aventuradas en tanto que se apoyen en datos tan frágiles. Por las investigaciones realizadas en Zambia y en Zimbabwe, se ha tenido tendencia a establecer una distinción tajante entre la Edad de hierro y la Edad de piedra, de suerte que las capas superficiales analizadas en cuevas, en refugios o en emplazamientos al descubierto que contenían objetos de cerámica han sido descritas frecuentemente como pertenecientes «a la Edad de piedra, con una contaminación de la Edad de hierro». Y de

[74] C. G. Sampson, 1974, *o. c.*; R. M. Dericourt, 1973 (a), págs. 280-284; P. L. Carter, 1969, págs. 1-11; P. L. Carter y J. O. Vogel, 1971.

[75] L. F. Maingard, 1931, págs. 487-504; R. H. Elphick, 1972, *o. c.*

[76] M. Klapwijk, 1974, *o. c.*; R. J. Mason, 1973, *o. c.*; P. B. Beaumont y J. C. Vogel, 1972.

[77] Cf. no obstante I. Deacon, 1972, *o. c.*

hecho, muy bien puede haber habido en esas regiones poblaciones que, perteneciendo técnicamente a la Edad de piedra, practicasen una economía que comprendiese la ganadería de algunas razas domésticas y fabricasen una cerámica netamente diferente de la de los agricultores locales que conocían el hierro. En Zimbabwe la cerámica llamada de Bambata es, así se admite generalmente, distinta de la cerámica de la Edad de hierro y frecuentemente ha estado cubierta por objetos wiltonienses, es decir, neolíticos. La tesis según la cual ese fenómeno debe interpretarse como el indicio de una expansión de los pastores anterior a la Edad de hierro sigue siendo controvertida, pero puede ser corroborada por el reparto de pinturas que representan corderos de cola gruesa originarios de Zimbabwe y que generalmente son considerados como asociados a la Edad de piedra. Esa raza de corderos es la que los pastores khoi criaban en El Cabo en los siglos XV, XVI y XVII de la era cristiana.

Si esos pueblos de la Edad de piedra que practicaban la ganadería del cordero se extendieron a través de Zimbabwe y Zambia, es lógico suponer que no procedían de Africa oriental donde, según algunas hipótesis, se encontrarían antecedentes culturales lingüísticos y hasta biológicos. La existencia de pueblos ganaderos que fabricaban vasijas con asas, la persistencia de «lenguas con chasquidos» entre los hatsa y los sandawe y la presencia de rasgos presuntamente «camíticos» entre las poblaciones hotentotes han sido invocadas, en un momento o en otro, para probar que las poblaciones de ganaderos del Africa austral que ignoraban el uso del hierro serían originarias del nordeste de Africa. Esos vínculos están tal vez sujetos a precaución; en algunos casos, hasta han sido descartados; no resulta menos cierto que la continuidad de características tales como la cerámica, la cría de corderos, las razas de ovinos y de bovinos, una tecnología que desconoce el uso del hierro, y la existencia de objetos de piedra afilada y tal vez la lengua, ayudaría mucho si estuviera probada, en favor de la tesis según la cual los pastores khoi serían originarios del Africa del Este. Entonces se podría pensar que los cambios violentos que han obligado a poblaciones de lengua bantú a desplazarse hacia el sur, pasando principalmente por el este, han podido arrastrar también a pueblos de ganaderos que no practicaban la agricultura en una migración, o bien ligeramente anterior o simplemente más rápida, que les empujó hacia al oeste en dirección de El Cabo. La ausencia de objetos de cerámica hotentotes o «de la región costera de El Cabo» en el Transvaal, en Swaziland, en Natal, en el Estado libre de Orange o en Transkei revela quizá simplemente el «hecho» de que la agricultura es más fácil de practicar en esas regiones mejor regadas por las lluvias de verano y que los pueblos extraordinariamente móviles de ganaderos que no practicaban la agricultura eran más aptos para invadir las regiones áridas de Namibia y del norte de la provincia de El Cabo para llegar después a los pastizales de las regiones occidentales y meridionales de El Cabo. Se puede suponer que los ovinos han sido introducidos por la ruta del oeste, mientras que los pastores khoi se habrían procurado los bovinos en la región de Transkei entre las poblaciones de lengua bantú originarias del este. Esa tesis estaría confirmada por la abundancia de pinturas, consideradas con neolíticas, que representan corderos de cola gruesa y por la ausencia de pinturas análogas que representan bovinos, en tanto que se encuentran pinturas semejantes en las regiones en las que actualmente están establecidas poblaciones de lengua bantú. Además, por otra parte, la presencia de huesos de bovinos, tan antiguos como los huesos de ovinos, en las excavaciones de los establecimientos neolíticos que han sido realizadas en el sur de la provincia de El Cabo, no es aún del todo fiable.

Por consiguiente, existen razones para suponer que pueblos que practicaban la ganadería de ovinos, que estaban emparentados con los cazadores que utilizaban la piedra, que presentan un físico distinto del de las poblaciones de lengua bantú y que habrían copiado la domesticación de los animales y la cerámica de los vecinos de Africa del Este, habrían llegado al oeste y después al sur de Africa, en busca de pastizales, y finalmente habrían llegado a El Cabo, hace casi 2.000 años. Es posible que esas poblaciones se hayan incorporado a los cazadores que vivían en esas regiones, que ellas los hayan atacado o que sencillamente hayan aprendido a coexistir con ellos y que luego se hayan mezclado con poblaciones de lengua bantú en la región que constituye el actual Transkei. El hecho de que se encuentren relativamente pocos objetos de cerámica y de piedra afilada, así como huesos de animales a lo largo de la ruta hipotética que esos pueblos habrían seguido significa quizá sencillamente que tales pueblos eran de una extraordinaria movilidad y dejaban tras de ellos restos tan dispersos que éstos iban a escapar prácticamente a la mirada del arqueólogo.

Pero, hay que lamentar el reducidísimo número de excavaciones sobre los establecimientos que han sido el hábitat indiscutible de tales pastores, a menos que fosas de conchas en terreno descubierto y objetos de piedra esparcidos en superficie o vestigios de la ocupación de refugios bajo roca demuestren ser las huellas de su existencia. La ecología de los khoi depende de las investigaciones arqueológicas futuras, y en lo referente a los datos sobre su alimentación, su tecnología y su organización, sólo queda acudir a los testimonios de los primeros colonos y viajeros europeos. Willem Ten Rhyne, que fue botánico y médico al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales describió así a los khoi de El Cabo durante una breve estancia en la colonia, en 1673:

«Su alimentación es vegetal [...] en las marismas y en las tierras secas desentierran lirios y gladiolos; con las hojas cubren sus cabañas, y los bulbos les sirven de pan diario [...]. Ese régimen sólo es interrumpido con ocasión de una boda o de un nacimiento, cuando sacrifican un buey o por lo menos un cordero para invitar a sus amigos a la fiesta, o cuando algún animal salvaje llegue a ser cazado [...]. Beben la leche de las vacas y de las ovejas» [78].

Se podrían citar otras descripciones análogas que indican que los khoi no estaban dispuestos a matar su ganado fuera de circunstancias especiales y que ilustran bien la base láctea y vegetal de su alimentación. En gran medida su régimen alimenticio era el de los san, en el sentido en que se basaba en la recogida de raíces y de bulbos, completado en ocasiones con aportaciones de carne proporcionada por animales domésticos o de caza, y que sólo se diferenciaba por el consumo regular de leche. Este último alimento podría explicar perfectamente que los cazadores, que no disfrutaban del valor nutritivo de la leche, han sido descritos regularmente por los primeros viajeros diciendo que eran más pequeños que los pastores [79].

Sabiendo que los khoi dependían hasta ese extremo de víveres recogidos o recolectados y del complemento que conseguían de sus cacerías, no hay que extrañarse de que sus técnicas materiales hayan sido tan semejantes a las de los san, aunque es normal que el recurso a semejante método particular haya estado naturalmente en función de los demás rasgos propios de su economía. Y en efecto, el arco y las flechas

[78] I. Schapera, 1933, *o. c.*, pág. 129.
[79] Por ejemplo, H. B. Thom, 1952, *o. c.*, pág. 305.

son mencionados más frecuentemente en los relatos que se refieren a los san, pero es cierto también que los namaqua, al final del siglo XVII, y los gonaqua, al final del XVIII, empleaban también esos mismos pertrechos de caza que consistían en arcos, flechas, carcajes y trampas[80]. Hay que anotar, sin embargo, que esos dos textos conceden igual importancia a los «assegays» (lanzas), en tanto que nunca había ocurrido así en los relatos dedicados a los san. Le Vaillant refirió que los gonaqua tenían trampas y lazos que colocaban en lugares apropiados para capturar la caza mayor[81], mientras que trampas en fosas de considerables dimensiones cerca del río Brak, al sur de El Cabo, y en otras partes, han sido atribuidas a los hotentotes, que sin duda fueron pastores khoi[82]. Así mismo, algunos viajeros de los primeros tiempos, mencionan con exactitud pastores que pescan con trampas en el río Orange, desentierran bulbos y tubérculos con estacas para cavar, transportan sus víveres en sacos, y matan a las focas con mazas de madera, todo un conjunto de prácticas que no los distinguen de los san, cazadores y recolectores.

Las tres características que quizá no compartían con estos últimos son la construcción de cabañas de cañas algo más duraderas, la cerámica y la manufactura de los metales. En la medida en que los khoi recorrían sus pastizales en grupos relativamente numerosos, de ordinario no les era posible instalarse en cuevas, y parece que han construido cabañas con bóveda que tenían un armazón de palos verticales en que extendían esteras hechas con cañas trenzadas y hasta pieles. La reunión de esas cabañas en aldeas seguía generalmente un plan circular, y con frecuencia se ha precisado que, durante la noche, el ganado era guardado en el círculo formado por las cabañas de la aldea. Cuando tenían que desplazarse de nuevo, palos y esteras eran cargados simplemente a lomos de los bueyes y transportados hacia los lugares del nuevo hábitat[83]. Para la cerámica y la metalurgia, las cosas no están tan claras. Varios de los primeros autores hablan de la fabricación de utensilios de tierra, extraordinariamente frágiles, y casi siempre de forma idéntica[84], sin que ninguna de esas relaciones se les atribuya expresamente a los san. Ten Rhyne señaló, en realidad, que sólo «los más ricos de ellos fabrican vasijas», observación cuyo sentido, sin embargo, es oscuro[85]. Los namaqua de final del siglo XVII y los gonaqua del final del XVIII eran dos pueblos de alfareros, y es probable que las observaciones de Kolb, de Gravenbrock y de Ten Rhyne se refieran a khois de El Cabo, hacia el final del siglo XVII[86]. Por tanto, es muy poco tentador suponer que la aparición de la cerámica en los refugios bajo roca y en las cuevas de El Cabo, hace 2.000 años, testimonie la llegada de los pastores alfareros a la región. Los cuellos cónicos y las asas tan características, con refuerzo interior, son tal vez esa forma demasiado baladí que describió Le Vaillant. Uno de esos modelos ha sido descubierto comúnmente en los yacimientos de la costa o de sus tierras inmediatas del interior[87], cuyo tamaño y asas podrían haber nacido de la necesidad de recipientes para el transporte de la leche.

[80] H. B. Thom, 1952, *o. c.*, vol. III, págs. 350-353; F. le Vaillant, 1790, ed. 1952, págs. 306-309.
[81] F. le Vaillant, 1790, *o. c.*, pág. 129.
[82] C. P. Thunberg, 1796, *o. c.*, pág. 177.
[83] A. Sparrman, 1789, *o. c.*, págs. 138-139.
[84] F. le Vaillant, *o. c.*, pág. 311.
[85] I. Schapera, 1933, *o. c.*
[86] P. Kolb, 1731, pág. 49; I. Schapera, *o. c.*, 1933, pág. 251.
[87] J. Rudner, 1968, *o. c.*

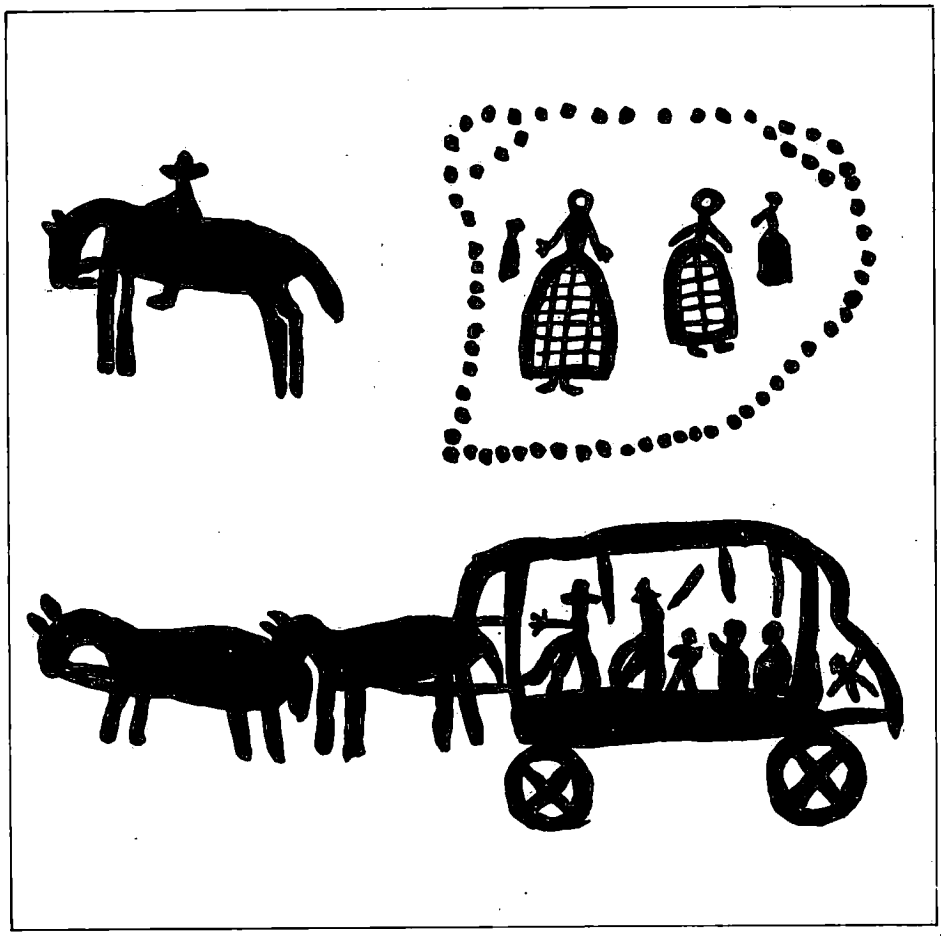
Otros empleos, entre los que está la fundición de grasas, son también señalados en los textos antiguos [88].

Nada prueba que los khoi de El Cabo hayan trabajado habitualmente los metales antes de la llegada de los colonos europeos, pero los namaqua, con toda evidencia, sabían desde el siglo XVII dar al cobre la forma de perlas y de discos. Cuando en 1661 Van Meerhoff encontró a los namaqua de la Colonia de El Cabo por vez primera, descubrió sus «discos de cobre [...] cadenas de cobre y perlas de hierro» [89], omitiendo precisar, no obstante, de donde y cómo eran obtenidos. Hablando de los khoi de El Cabo, Elphick tiene nuestra adhesión cuando sostiene que los namaqua sabían probablemente trabajar el cobre y que explotaban activamente los minerales en Namaqualand [90]. Añade que «se puede decir otro tanto, aunque con un poco menos de certeza, de los khoi de El Cabo» [91].

Los efectivos de los grupos de khoi han podido variar mucho según las estaciones, aunque han sido, por regla general y sin duda alguna, más numerosos que los de los san cazadores y recolectores. Paterson observó aldeas de 19, 18, 11 y 6 cabañas entre los namaqua [92] y Le Vaillant describió un «grupo de gonaqua, cerca del río Great Fish», donde unas 400 personas vivían en «40 cabañas, construidas sobre un emplazamiento de unos 600 pies cuadrados» que «estaban dispuestas en varios semicírculos y se comunicaban unas con otras por medio de vallas pequeñas que las completan» [93]. Los cochoqua, observó Dapper, «habitan casi siempre en los valles de Saldanha Bay o en su proximidad [...] y allí ocupan quince o dieciséis aldeas que se recorren en un cuarto de hora, y cuentan con un total de cuatrocientas o cuatrocientas cincuenta cabañas [...] cada aldea consta de 30, 36, 40 ó 50 cabañas, dispuestas todas más o menos en círculo a poca distancia unas de otras» [94]. Y estimó el conjunto de su ganado en 100.000 bovinos y 200.000 ovinos.

En la medida en que vivían en comunidades numéricamente fuertes, los khoi tenían que desplazarse necesaria y constantemente a fin de estar seguros que a sus animales no les faltarían pastos, ni a ellos mismos alimentos de origen vegetal. Cuarenta mujeres khoi agotaban los recursos de un lugar mucho más rápidamente que cinco de sus compañeros san. Le Vaillant refirió «esas migraciones indispensables a las que les condena (a los khoi) la sucesión de las estaciones» [95], mientras que a propósito de los namaqua el gobernador van der Stel observó que «según la estación del año, ellos van a las montañas y después vuelven a los valles y al litoral, para buscar los mejores pastos» [96]. Se había hecho evidente desde los primeros tiempos del establecimiento fundado en la bahía de la Table que los poderosos «hombres de Saldanha» ocupaban los pastizales de la bahía durante las épocas de sequía del verano, para remontar hacia el norte en dirección de Saldanha Bay en otros momentos del año. En resumen, los khoi estaban continuamente en los montes y en los valles y transhumaban sobre vastas extensiones de sabanas herbosas que tenían abiertas,

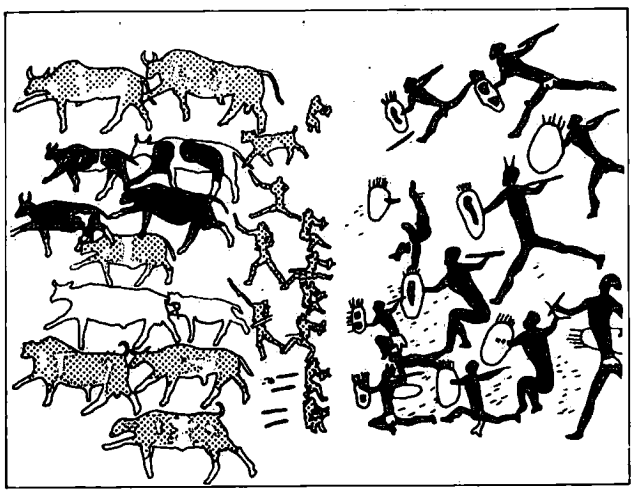
88 F. le Vaillant, 1790, *o. c.*, pág. 311.
89 H. B. Thom, *o. c.*, 1952, pág. 353.
90 R. H. Elphick, 1972, *o. c.*
91 R. H. Elphick, 1972, *o. c.*, pág. 115.
92 W. Paterson, 1789, *o. c.*, págs. 57, 104, 122, 125.
93 F. le Vaillant, 1780, *o. c.*, pág. 289.
94 I. Schapera, 1933, *o. c.*, pág. 23.
95 F. le Vaillant, 1790, *o. c.*, pág. 328.
96 G. Waterhouse, 1932, pág. 162.



11

• *Fig. 11. Carros, caballos y emigrantes penetrando en los pastizales de los valles entre las montañas de El Cabo occidental, al comienzo del siglo XVII de la era cristiana.*

• *Fig. 12. Grupo de pequeños ladrones de ganado armados con arcos y flechas, defendiendo su botín contra unos personajes más altos provistos de escudos y de lanzas. Esa diferencia de estatura corresponde probablemente a la que existía entre los cazadores san y los propietarios de ganado, de color negro, en los territorios del centro y del este del Africa austral.*



12

principalmente en las llanuras del litoral y en los valles encerrados en su cinturón montañoso. Sparrman señaló movimientos hacia las llanuras de los karroo, sin duda después de las lluvias de invierno, añadiendo que «la experiencia constante y sin equívoco de los colonos a este respecto concuerda con el resultado de la práctica de los hotentotes»[97].

Durante una estancia en Longkloof más allá de Swellendam, en 1775, Sparrman hizo observaciones detalladas de las que se desprende que los pastores khoi parece que han quemado el Veld regularmente a fin de favorecer el crecimiento de las hierbas de forraje y de los geofitos. Esa manera de explotar la sabana tenía como consecuencia mantener la vegetación en un estadio preclimático y favorecer allí la preponderancia de las plantas útiles. En su descripción, mencionó «el fuego, al que recurren los colonos y los hotentotes para rozar los campos. La tierra, es cierto, está por eso [...] prácticamente pelada; pero con el único fin de que aparezca después con unos aderezos mucho más bellos, adornada con diversas clases de gramíneas y de hierbas anuales, con lirios majestuosos, que antes estaban ahogados por arbustos y plantas perennes... formando así con sus jóvenes retoños y sus hojas los encantadores y verdecentes pastos que frecuentarán los animales de caza y el ganado»[98]. Ese procedimiento parece que ha sido anterior a la instalación de los colonos, porque fueron numerosos los primeros visitantes de El Cabo que notaron cuán corrientes eran los grandes incendios de maleza, mientras que el comandante Van Riebeeck aprendió a deducir la llegada inminente de grupos de khoi por los fuegos que observaba en las lejanas montañas.

Las relaciones entre los san y los khoi se caracterizaban a la vez por sus conflictos y su cooperación. Durante los primeros años que siguieron a la fundación del establecimiento de la bahía de la Table, Van Riebeeck oyó frecuentemente hablar de «de cierto pueblo de muy pequeña estatura, que sobrevivió miserablemente, muy salvaje, sin cabañas y sin ganado, sin nada de este mundo»[99]. Estas gentes, conocidas entonces con el nombre de «sonqua» o «soaqua», vivían en parte de robos de ganado entre los pastores, y un grupo determinado, instalado en el río Berg, era especialmente llamado los *obiqua,* lo que significa «los hombres ladrones». Pero a medida que los colonos penetraban en el interior y comprendían mejor las relaciones de todos esos grupos entre sí, se encuentran ocasionales referencias a las relaciones de clientela en la cual cazadores san acababan subordinados a grupos de khoi más numerosos. Van der Stel escribió: «Esos sonqua son como los pobres en Europa, teniendo cada tribu de hotentotes algunos de esos pobres a los que emplean como centinelas para anunciar que se acerca una tribu extranjera. No cogen nada en los kraals de sus patronos, pero roban regularmente en otros kraals»[100]. Kolb, unos veinte años después, confirmó que los «sonqua [...] aseguran su existencia lo más frecuentemente en la carrera militar, y son los mercenarios de otras naciones hotentotes en tiempos de guerra, sirviendo sólo por una ración diaria de víveres»[101]. Esos sonqua eran unos san que habían estado integrados en sociedades de khoi. Elphick es muy convincente cuando afirma que la ocupación de territorios de los san por grupos de khoi se habrá

[97] A. Sparrman, 1789, *o. c.*, pág. 178.
[98] A. Sparrman, 1789, *o. c.*, pág. 264.
[99] H. B. Thom, *o. c.*, 1952, pág. 305.
[100] G. Waterhouse, 1932, *o. c.*, pág. 122.
[101] P. Kolb, 1731, *o. c.*, pág. 76.

realizado según el ciclo de una integración cuyas fases eran la guerra, las relaciones de clientela, las alianzas matrimoniales y la asimilación [102]. Parece probable que la introducción de la ganadería en Africa austral se habría realizado a la vez por los movimientos de población y por la asimilación de los cazadores-recolectores locales, como sugiere Elphick, pero la demostración de ese doble fenómeno será una tarea delicada para los arqueólogos.

Las relaciones entre los san, los khoi y otras poblaciones tales como los cultivadores que poseían el hierro, fueron sin duda tan diversas como las que existían entre los san y los khoi mismos. En el oeste, san y khoi fueron también expulsados de sus tierras y exterminados o asimilados en la sociedad colonial. Pinturas rupestres de El Cabo occidental representan los carros entoldados, los jinetes sobre sus caballos y las armas de los campesinos sobre su «trek» de pioneros (cf. fig. 10 y 11). En el este, el conflicto entre los agricultores de la Edad de hierro y los cazadores es muy poco conocido, pero en ese tema tenemos representaciones parietales de robos de ganado en las que pequeños arqueros roban a otros de siluetas mayores armados con lanzas y con escudos (cf. fig. 12). Las etapas ulteriores de esas relaciones son objeto de informaciones que datan de tiempos en los que los colonos que sabían escribir se instalaban en Natal y en las pendientes de la cadena del Drakensberg (Wright, 1972). Los pastores khoi, más próximos quizá de las poblaciones de lengua bantú que practicaban la agricultura mixta y que no eran los san, parece que establecieron relaciones más armoniosas con los grupos de xhosa y de tswana, principalmente. La descripción que Le Vaillant nos hace de los gonaqua sugiere que existía entre ellos y sus vecinos xhosa una tradición de vínculos estrechos que llegaban hasta el matrimonio, muy ampliamente practicado entre ellos [103]. Sería, pues, inexacto, sin duda, creer que existían diferencias claras, en los planos económico, lingüístico, físico o cultural, entre las diversas poblaciones prehistóricas del Africa austral, y sería aún mucho más sorprendente que haya podido haber coincidencia o amoldamiento perfecto entre varias distinciones de ese orden [104].

[102] R. H. Elphick, *o. c.*, 1972.
[103] F. le Vaillant, 1790, *o. c.*, pág. 264.
[104] R. M. Dericourt, 1973, (b), págs. 449-455.

Capítulo 27

LOS COMIENZOS DE LA EDAD DE HIERRO EN EL AFRICA MERIDIONAL

D. W. PHILLIPSON

En el Africa austral [1], el episodio cultural conocido por los historiadores con el nombre de primera Edad de hierro ha provocado la introducción de un modo de vida que contrastaba claramente con los que lo habían precedido y ha marcado la historia ulterior de toda la región. Hacia el inicio del primer milenio de la era cristiana, una importante migración llevó al Africa austral una población negroide de agricultores, cuya economía, el tipo de establecimiento, y quizá hasta la apariencia física y la lengua eran muy diferentes de la de los autóctonos. Llevaban consigo el arte de la metalurgia y de la cerámica, desconocidas hasta entonces en la región. Este capítulo tratará de la naturaleza, origen y desarrollo de esas sociedades de la primera Edad de hierro.

Los arqueólogos reconocen ahora un parentesco cultural general a las sociedades que introdujeron en Africa la cultura material de la Edad de hierro. Los vestigios que nos han dejado esas sociedades se refieren a un complejo común en la primera Edad de hierro en el Africa austral [2] que se distingue de las industrias posteriores, tanto por la coherencia de su cronología como por la pertenencia manifiesta de la cerámica que le está asociada, en una tradición común. La extensión de ese complejo sobrepasa ampliamente la región del Africa austral de la que aquí tratamos [3]. En el interior de ese complejo, es posible distinguir numerosas subdivisiones regionales, fundadas principalmente en las variaciones estilísticas de la cerámica; y, en numerosos sectores, caracteres culturales independientes vienen a confirmar sus existencia. La cerámica de la primera Edad de hierro parece que fue introducida en toda la región por la que aquella se extendió (cf. mapa) durante los primeros siglos de la era cristiana. Parece que subsistió casi por todas partes hasta que dejó el lugar a tradiciones diferentes y más heterogéneas, que datan de un período posterior a la Edad de hierro, general-

[1] El área geográfica de la que tratamos en este capítulo (cf. mapa) comprende Angola, la parte sur de Zambia, Malawi, Mozambique, Botswana, Zimbabwe, Swaziland y alguna de las partes de Namibia y de República Sudafricana. El lector notará que las dataciones al radiocarbono son datos no corregidos.

[2] R. C. Soper, 1971, págs. 5-37.

[3] Sobre la última situación de esa cuestión, cf. R. C. Soper, *o. c.*

• *Africa meridional: establecimientos (Mapa facilitado por el autor).*

mente, del comienzo del presente milenio. Esa fecha terminal es variable: en algunas regiones, la primera Edad de hierro desaparece a partir del siglo VIII, mientras que otras presentan una sorprendente continuidad tipológica entre la primera Edad de hierro y la cerámica tradicional moderna [4]. Para mayor comodidad en el marco de esta obra en varios volúmenes, me he propuesto tratar de las culturas de la primera Edad de hierro hasta la época en que éstas ceden el puesto a otras, pero sin pasar más allá del siglo XI de la era cristiana. Por tanto he dejado a un lado las supervivencias más tardías de esas culturas. De eso se tratará a propósito de los períodos posteriores de la Edad de hierro.

En el marco del complejo industrial de la primera Edad de hierro aparecen por vez primera en el Africa austral numerosas características culturales de importancia capital [5]. Son, esencialmente, la agricultura, la metalurgia, la cerámica y las aldeas semipermanentes de casas hechas de barro aplicado sobre un armazón de encañado o de látex (estacas y *daga)*. En la medida en que a ello se presta el terreno y el reparto de los depósitos minerales, esos cuatro caracteres se encuentran por todas partes en los yacimientos de la región que datan de la primera Edad de hierro. La cultura material de las sociedades de esa época señala una ruptura súbita con relación a la de las sociedades de la Late Stone Age que les han precedido o que son sus contemporáneas. Aunque eso ocurra en sus diferentes componentes o en tanto que entidad viable, es posible demostrar que esa cultura estaba constituida completamente cuando fue introducida en el Africa austral, y está claro que sus antecedentes no deben ser buscados en el interior de esa región, sino mucho más al norte. Ningún establecimiento del Africa austral ha proporcionado, por ejemplo, objetos de cerámica que puedan ser considerados como precursores de la cerámica de la primera Edad de hierro. La metalurgia parece que fue introducida como una tecnología acabada y eficaz en una región en la que el conocimiento de esos rudimentos no habían existido hasta entonces. Los animales domésticos y las plantas cultivadas de la primera Edad de hierro pertenecían a especies anteriormente desconocidas en la parte austral del subcontinente. En esas condiciones, y teniendo en cuenta su aparición casi simultánea sobre toda la superficie de una inmensa región, es difícil no concluir que la primera Edad de hierro fue introducida en el Africa austral por un importante y rápido movimiento de población, portador de una cultura plenamente constituida, pero extranjera, que se había formado en otras partes.

Parece, pues evidente que la primera Edad de hierro no representa más que uno de los sectores de la actividad humana durante el primer milenio de la era cristiana. En numerosas regiones, poblaciones neolíticas han mantenido su género de vida a lo largo de todo ese período; mientras que algunas de sus homólogas que vivían más al sur, al otro lado del límite meridional de la expansión de la primera Edad de hierro, parece que han adoptado ciertas características culturales nuevas que deben ser consideradas más bien como resultante del contacto, directo e indirecto, con los recién llegados. Esas poblaciones neolíticas y las que se relacionan con ellas son estudiadas por M. Parkington, en el capítulo 26.

La reconstrucción de la primera Edad de hierro en el Africa austral debe, pues, fundarse, primero y sobre todo, en los datos arqueológicos. A diferencia de los

[4] D. W. Phillipson, 1974, págs. 1-25; *id.*, 1975, págs. 321-342.

[5] Algunos de estos rasgos no han tardado en extenderse más allá de la zona estudiada aquí.

períodos ulteriores de la Edad de hierro, la que nos interesa aquí, y que corresponde aproximadamente al primer milenio de la era cristiana, escapa a la tradición oral. Hemos visto en un capítulo precedente que se han realizado intentos con vistas a fundamentar sobre testimonios puramente lingüísticos la reconstrucción de las sociedades sin escritura, establecidas en la región durante la primera Edad de hierro. En el estado actual de nuestros conocimientos, parece, pues, pruedente considerar de modo general los datos lingüísticos como secundarios con relación a las secuencias determinadas en primer lugar por la arqueología.

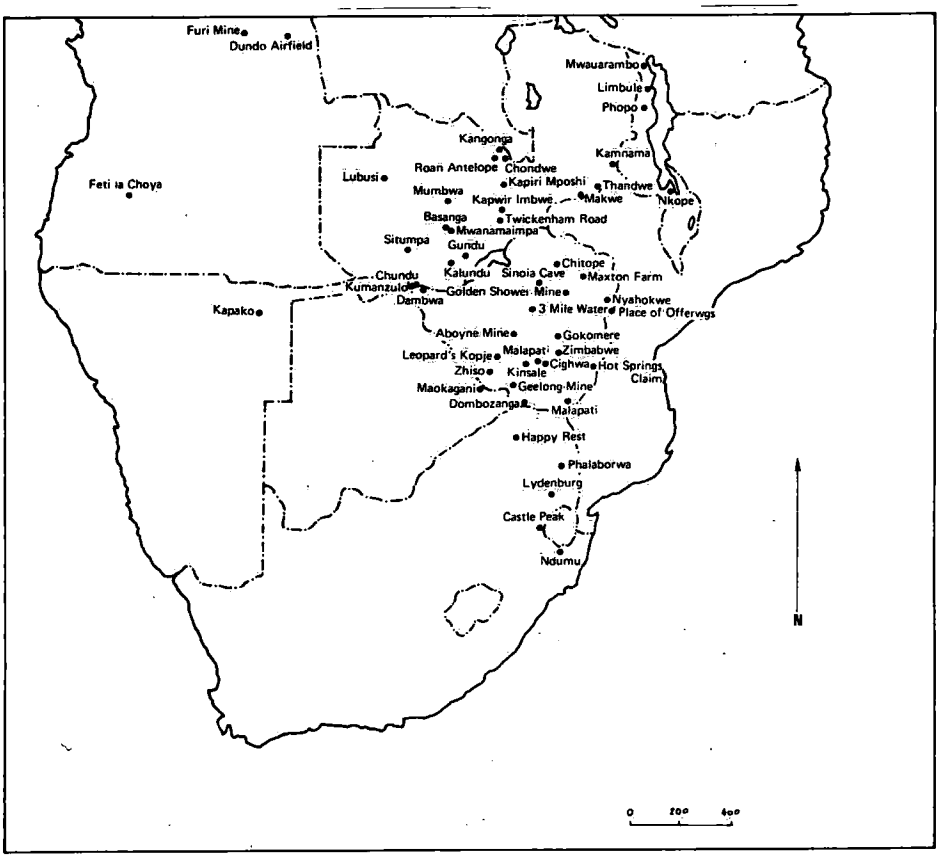
INVENTARIO REGIONAL DE LOS TESTIMONIOS ARQUEOLOGICOS

ZAMBIA DEL SUR, ANGOLA, MALAWI

Un estudio regional de la primera Edad de hierro en Zambia ha sido emprendido recientemente por el autor de estas líneas; determinado número de grupos distintos han sido reconocidos, principalmente sobre la base de una tipología de la cerámica descubierta [6]. Sólo nos ocuparemos aquí de objetos recogidos al sur del país. Es posible distinguir dos grupos en la región de Copperbelt y en la meseta de Lusaka. En Copperbelt, el grupo Chondwe está caracterizado por recipientes de cerámica con bordes gruesos o no diferenciados, siendo los motivos decorativos más frecuentes unas series de impresiones triangulares alternas formando un motivo en espiguilla con falsos relieves y, también, zonas cordiformes de impresiones con el peine delimitadas por anchos surcos. La veintena de yacimientos de aldeas que hasta ahora han proporcionado cerámica de ese tipo se reparten a lo largo de ríos y corrientes de agua generalmente próximos a los árboles de máxima altura en los *dambos* que bordean la corriente superior de los afluentes del Alto Kafue. La datación al carbono 14 de los establecimientos chondwe, en Kagonga y en Chondwe, los sitúa entre los siglos VI y XI de la era cristiana, pero el estudio tipológico de la cerámica sugiere que hay otros establecimientos más antiguos. El trabajo del hierro y del cobre es manifiesto durante todo el período correspondiente a los establecimientos en cuestión. Sin embargo, la explotación de los yacimientos de cobre de la región parece que ha sido limitada durante la primera Edad de hierro, aunque haya ocasionado una gran extensión de las relaciones comerciales [7].

Al sur, concentrados sobre la llanura de Lusaka, encuentran los establecimientos atribuidos al grupo de Kapwirimbwe, cuya cerámica se distingue de la de Chondwe por un grosor más señalado y más frecuente de los bordes y por la extrema rareza de todo adorno con el peine, siendo éste reemplazado por diversos motivos incisos. En la aldea de Kapwirinbwe, a 13 km. al este de Lusaka, la ocupación, aparentemente breve, ha sido fechada con certeza en las proximidades del siglo V de la era cristiana. Se han descubierto importantes vestigios de construcciones de *daga* derrumbadas, muchas de las cuales parece que han sido hornos que servían para la fundición del hierro. Enormes cantidades de escoria y de hierro en forma de planchas han

[6] D. W. Phillipson, 1968 (a), págs. 191-211.
[7] E. A. C. Mills y N. T. Filmer, 1972, págs. 129-145; D. W. Phillipson, 1972 (b), págs. 93-128.



• *Africa meridional: Yacimientos de la primera edad de hierro y yacimientos conexos mencionados en el texto (Mapa facilitado por el autor).*

confirmado que la metalurgia del hierro estaba muy extendida en las zonas próximas inmediatas. Las herramientas de hierro son de una frecuencia desacostumbrada en los establecimientos de la Edad de hierro en Zambia, mientras que el cobre parece que ha sido desconocido. Fragmentos de hueso atestiguan la presencia de ganado [8]. La mejor ilustración del desarrollo ulterior del grupo de Kapwirimbwe es ofrecido por el establecimiento de Twickenham Road en un barrio oriental de Lusaka. Sus habitantes criaron allí cabras domésticas y cazaron animales salvajes. Como en Kapwirimbwe, la metalurgia del hierro estaba muy desarrollada, pero el cobre no aparece en Twickenham más que en la fase terminal de la primera Edad de hierro [9]. El grupo de Kapwirimbwe se extiende hacia el sureste en el valle del Zambeze, cerca de Chirundu y, más allá, hasta la llanura del Mashonaland, alrededor de Urungwe, donde es conocido sobre todo gracias a un establecimiento adyacente a la cueva de Sinoia, que la datación sitúa en la segunda mitad del primer milenio de la era cristiana [10].

En Zambia occidental, los establecimientos de la primera Edad de hierro descubiertos hasta ahora son poco numerosos. En la Misión de Sioma, en el Alto Zambeze, un establecimiento humano está fechado en la mitad del primer milenio de la era cristiana [11]; otro, más allá de Lubusi, al oeste de Kaoma, pertenece al último cuarto de este milenio. Las excavaciones realizadas en estos establecimientos han descubierto una cerámica que, perteneciendo indiscutiblemente a la primera Edad de hierro, es claramente distinta de la de los grupos que han sido reconocidos más al este. Por otra parte, se han encontrado en estos dos establecimientos vestigios de una industria del hierro [12]. Físicamente, conviene considerar la región del Alto Zambeze como una extensión de la zona de arena del Kalahari angolés. En esa región, no existe prácticamente ningún conjunto arqueológico de cerámica datado que pueda servir de término de comparación, pero la pequeña colección procedente del aeropuerto de Dundo, cuyas fechas se escalonan entre los siglos VII y IX de la era cristiana, y por consiguiente, virtualmente contemporánea de Lubusi, presenta numerosos rasgos comunes con los objetos que allí han sido encontrados [13]. En el sector de Dundo, si se puede dar crédito a la datación al carbono 14 de gravas de río en la mina de Furi, la cerámica parece que ha sido fabricada desde los primeros siglos de la era cristiana [14]. Razonablemente podemos suponer que grupos humanos de la Edad de hierro ocupaban regiones extensas de Angola durante el primer milenio, pero carecemos de datos precisos.

Conviene notar aquí que establecimientos de la Edad de hierro, datados como del primer milenio, han sido reconocidos en regiones más meridionales de Angola, como en Feti la Choya, donde la primera ocupación está fechada en los siglos VII y VIII [15]. Es imposible establecer la relación de ese establecimiento con el conjunto industrial de la primera Edad de hierro, puesto que nada ha sido publicado hasta ahora sobre los objetos asociados, pero sí se ha encontrado hierro y cerámica [16]. En el extremo norte

[8] D. W. Phillipson, 1968 (b), págs. 87-105.
[9] D. W. Phillipson, 1970 (a), págs. 77-118.
[10] K. R. Robinson, 1966 (a), págs. 131-135; P. S. Garlake, 1970, XXV: 25-44.
[11] J. O. Vogel, 1973.
[12] D. W. Phillipson, 1971, págs. 51-57.
[13] J. D. Clark, 1968, págs. 189-205.
[14] C. J. Ferguson y W. F. Libby, 1963, pág. 17.
[15] B. M. Fagan, 1965, págs. 107-116.
[16] J. Vansina, 1966.

de Namibia, el yacimiento de Kapako ha proporcionado objetos de cerámica, descritos en una información preliminar y provisional como emparentados con la cerámica de Kapwirimbwe y que se remonta según una datación al carbono 14 al final del primer milenio de la era cristiana [17].

Al sur de Kafue, en las llanuras fértiles de Zambia meridional, se han descubierto grandes aldeas de la primera Edad de hierro. Algunos establecimientos parece que han sido ocupados durante mucho más tiempo de lo que era habitual en otras partes. Las ocupaciones más antiguas parece que se remontan a los aledaños del siglo IV. Esa población de la primera Edad de hierro parece que fue más densa que en la mayor parte de los demás casos, en los que las poblaciones han sobrevivido largo tiempo a la llegada de la agricultura y de la metalurgia [18]. La cultura material alcanzada en la época por el grupo de Kalundu en la meseta de Kalula presenta numerosas semejanzas con la de Kapwirimbwe, pero la cerámica se distingue fácilmente sobre todo por la escasez de las espiguillas impresas en falso relieve y de los jarros de espesor notorio con borde interno. Conchas de *cuaris* indican relaciones con el comercio costero, pero no se encuentra nada de abalorios. Cerca de Kalomo, los niveles inferiores del establecimiento de Kalundu contenían un gran surtido de huesos animales, de los que menos del 40 % proceden de animales domésticos y de ganado menor; es evidente que la caza desempeñaba siempre un papel importante en la economía. El hierro era utilizado para la fabricación de objetos tales como navajas de afeitar, puntas de flechas y, probablemente teclas de *sanza* [19]. También se han encontrado fragmentos de cobre [20]. En la meseta, la ocupación del grupo de Kalundu ha durado hasta el siglo IX [21]; en el valle del Kafue, alrededor de Manwala, la datación sitúa las ocupaciones de la primera Edad de hierro en Basanga y en Mwanamaimpa, entre los siglos V y IX [22].

En el plano de la arqueología de la Edad de hierro, la parte del valle del Zambeze próxima a Livingstone es probablemente la región mejor explorada del Africa austral. El grupo de Dambwa presenta rasgos comunes tanto con el grupo de Kalundu como con el establecimiento de Gokomere, en Zimbabwe [23]. Ha sido avanzada la idea de que tras una fase inicial y bastante mal conocida, cuya mejor ilustración parece que es el pequeño conjunto de cascotes descubiertos en Situmpa, cerca de Machili, la rama principal del grupo de Dambwa ha podido provenir de un centro secundario de difusión de la cultura de la Edad de hierro situado al sur del Zambeze [24]. En Kamudzulo, que la datación sitúa entre los siglos V y VII, se han descubierto vestigios de casas casi rectangulares hechas de estacas y de *daga*. Un pequeño fragmento de vidrio de importación, encontrado en una de esas casas, indica que desde el siglo VII

17 J. E. G. Sutton, 1972, págs. 1-24.

18 El lector encontrará diversas opiniones sobre la interacción entre las poblaciones de la primera Edad de hierro y del Neolítico en D. W. Phillipson, 1968 (a), *o. c.*, págs. 191-211; *id.*, 1969, págs. 24-49; S. F. Miller, 1969, págs. 81-90.

19 *Sanza*: instrumento de música compuesto de lengüetas de hierro dispuestas sobre un soporte de madera y punteadas con los dedos.

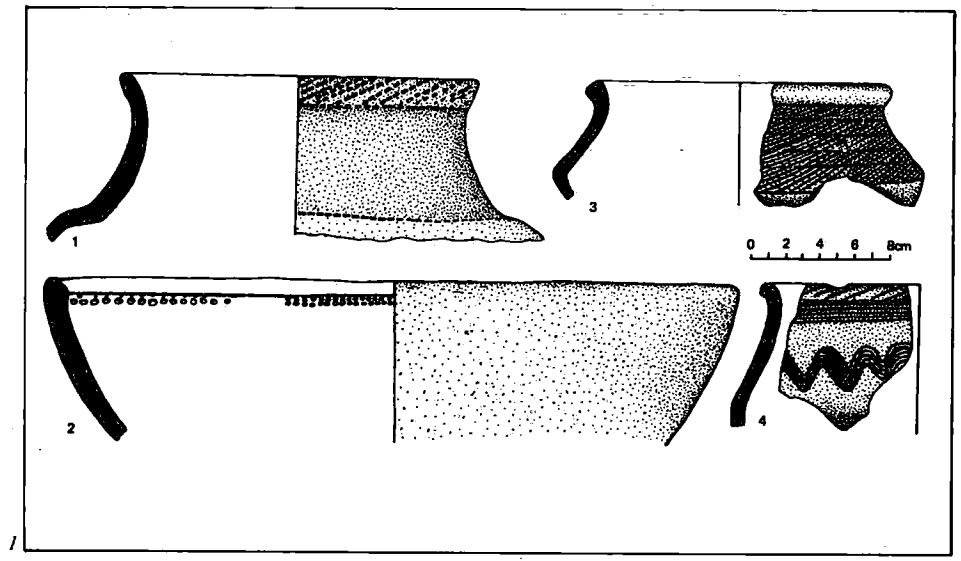
20 B. M. Fagan, 1967.

21 Como, por ejemplo, en Gundu; B. M. Fagan, 1969, págs. 149-169.

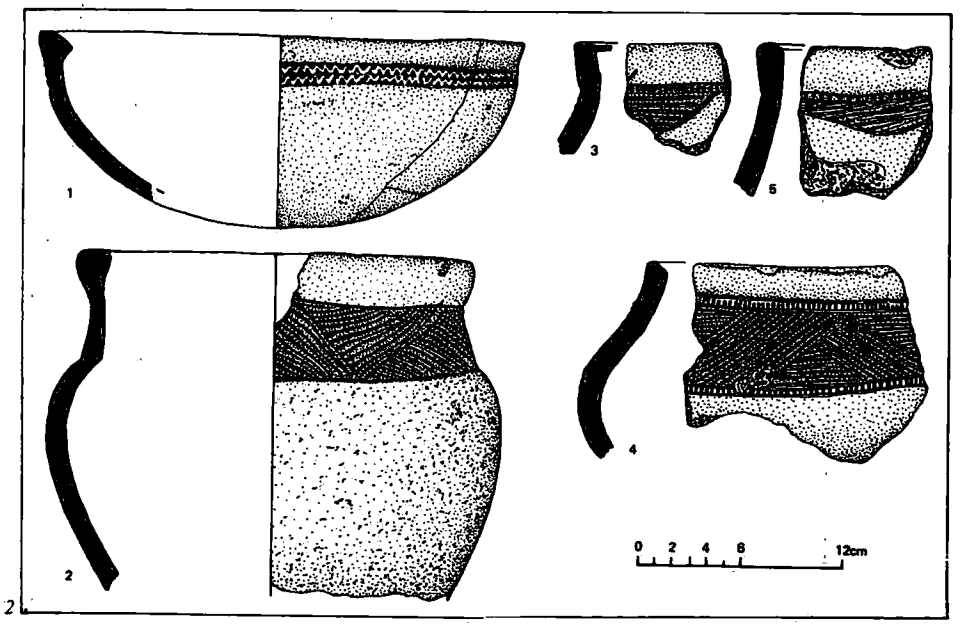
22 Basanga y Mwanamaimpa han sido excavados por B. M. Fagan. Para la datación al radiocarbono 14, cf. D. W. Phillipson, 1970 (b), págs. 1-15.

23 S. G. H. Daniels y D. W. Phillipson, 1969.

24 Ese estudio sobre la primera Edad de hierro en la región de los rápidos Victoria se inspira ampliamente en las investigaciones de J. O. Vogel, 1971 (a) y 1971 (b) y en otras citadas más adelante.



1



2

• *1. Cerámica procedente de Maboni (1, 2: según K.R. Robinson, 1961) y de Dambwa (3, 4: S.G.H. Daniels y D.W. Phillipson, 1969).*

• *2. Cerámica de la primera edad de hierro, procedente de Twickenham Road (1, 2: según D.W. Phillipson, 1970) y de Kalundu (3 a 5: según B.M. Fagan, 1967).*

existían contactos con el comercio del litoral. En Chundu es donde las costumbres funerarias de ese período están mejor ilustradas. Allí los muertos han sido enterrados individualmente en fosas: el cuerpo estrechamente replegado sobre sí mismo, con las rodillas pegadas al mentón. Los objetos funerarios parece que han sido colocados al lado, en cavidades separadas, conteniendo generalmente, por pares, vasos que forman el escondite funerario que, en ese lugar, comprendía invariablemente una azada de hierro a la que con frecuencia se añadía un hacha, pulseras de hierro o de cobre, cauris o perlas hechas de un disco de conchas. Uno de esos escondites contenía también dos semillas, provisionalmente identificadas como una pepita de calabaza y como una judía [25]. Lo mismo que las de Kalundu más al norte, las instalaciones de Dambwa han proporcionado vestigios osteológicos que testimonian la cría de animales domésticos, así como la de corderos y/o de cabras, pero la preponderancia de huesos de animales salvajes confirma la importancia conservada por la caza. Los útiles de hierro de fabricación local comprenden punzones, cuchillos, azadas, hachas, brazaletes, puntas de flecha y hierros de lanzas. No existe cobre en la región; sin duda, ha sido llevado allí como producto cambiado por otro, al encontrarse los dos yacimientos más próximo en Zambia, en la región de Kafue Hook, y en Zimbabwe, alrededor de Wankie. Los objetos de cobre encontrados en los establecimientos de Dambwa comprenden pulseras y lingotes para uso comercial.

En el transcurso del siglo VIII, una aceleración de la evolución tipológica de la cerámica ha conducido a la aparición del estilo de la cerámica de Kalomo, considerada actualmente como una variante local de la región de los rápidos Victoria, procedente de la cerámica de Dambwa de la primera Edad de hierro. Hacia la mitad del siglo IX, los alfareros kalomo introdujeron sus productos en la llanura de Bakota, donde parece que rápidamente dispersaron los últimos elementos kalundu [26].

En Zambia oriental, la población de la primera Edad de hierro parece instalada desde el III siglo de la era cristiana, pero estaba muy diseminada; la mayor parte de los habitantes de la región han conservado probablemente su modo de vida neolítico durante buena parte del presente milenio, y mucho tiempo después del comienzo de la Edad de hierro reciente [27]. La cerámica de los establecimientos de Kamnama está con toda evidencia estrechamente entroncada con la de los establecimientos contemporáneos de las regiones adyacentes de Malawi, donde nosotros disponemos ahora de una secuencia arqueológica elemental para la Edad de hierro en la mayor parte del país situada al oeste del lago.

En Malawi septentrional, un establecimiento ribereño de la corriente meridional del Rukuru, cerca de Phopo Hill, aporta el testimonio de una ocupación prolongada que se ha datado en un período que se sitúa entre los siglos II y V de la era cristiana. Allí se han descubierto fragmentos de cerámica, de huesos de animales salvajes y huellas de la metalurgia del hierro, así como collares de discos, pero no de abalorios. La alfarería está claramente emparentada con la de Kamnama, y las afinidades de esos vestigios con las de la primera Edad de hierro del Africa oriental, así como las de la isla de Kwale, en Mombasa no son dudosas [28]. Un material comparable procedente de Lumbule Hill, cerca de Livingston ha sido datado en las proximidades de la mitad

[25] J. O. Vogel, 1969, pág. 524; *id.*, 1972, págs. 583-586.
[26] J. O. Vogel, 1970, págs. 77-88.
[27] D. W. Phillipson, 1973, págs. 3-24.
[28] R. C. Soper, 1967 (a), págs. 1-18.

del primer milenio de la era cristiana. En el norte de Malawi, el establecimiento de Mwavarambo parece que representa la forma local de la primera Edad de hierro, y muestra cierto parentesco con el grupo Kalambo de Zambia septentrional[29]. La datación indica para Mwavarambo los siglos XI y XIII de la era cristiana[30]. En el sur de Malawi, los objetos descubiertos en los numerosos establecimientos atribuidos al grupo de Nkope[31] indican establecimientos comparables durante el período que va de los siglos IV al XI.

En Malawi y en las regiones limítrofes de Zambia, los objetos de cerámica de la primera Edad de hierro constituyen un vínculo tipológico muy claro entre la alfarería contemporánea del Africa oriental y la de Zimbabwe; sin embargo, se diferencian, no menos claramente de las de Chondwe, Kapwirimbwe y Kalundu en las regiones situadas al oeste de Luangwa. Desgraciadamente, no disponemos de ningún elemento en los establecimientos de la misma época que podrían, eventualmente, encontrarse al este del lago Malawi.

AFRICA AL SUR DEL ZAMBEZE

En Zimbabwe encontramos asimismo una primera Edad de hierro en las industrias diferenciadas por región, pero que pertenecen a un mismo complejo industrial. Ya hemos hecho alusión a las industrias de las dos regiones septentrionales del país, las dos claramente emparentadas con los grupos de Zambia. En casi todo el resto de Zimbabwe, las culturas de la primera Edad de hierro son fundamentalmente parecidas. Generalmente se admite que la alfarería que les estaba asociada se divide en tres categorías. La alfarería de Ziwa parece concentrada en las Eastern Highlands, en torno de Inyanga; y a la vez se extiende hacia el oeste, en dirección de Salisbury, y hacia el sur, a lo largo de la frontera de Mozambique, en dirección de Lowveld. La alfarería Zhiso (anteriormente llamada Leopard's Kopje I)[32] se encuentra en el sudoeste, en los alrededores de Bulawayo. La alfarería de Gokomere está repartida abundantemente en la parte sur del centro del país. La tipología muestra que esos tres grupos están estrechamente emparentados; según trabajos recientes, incluso en varias regiones existe una importante imbricación tipológica entre los grupos, y éstos podrían muy bien no estar tan estrechamente delimitados como los de la época correspondiente en Zambia[33].

En el distrito de Chibi, las excavaciones de Mabveni proporcionan una buena idea de lo que era un establecimiento de la primera Edad de hierro en Zimbabwe. Las citadas excavaciones han descubierto los restos de tres estructuras de estacas y de *daga*, una de las cuales sería un granero que al principio reposaba sobre piedras, para que quedase elevado. Huellas de un muro de piedras en seco no pueden ser atribuidas

[29] D. W. Phillipson, 1968 (a), *o. c.*, págs. 191-211.

[30] Esos datos sobre la primera Edad de hierro en Malawi están fundados en la investigación de K. R. Robinson, sobre los que ha escrito en las publicaciones siguientes: 1966 (c), págs. 169-188; *id.*, 1970; con B. Sandelowski, 1968, págs. 107-146.

[31] K. R. Robinsom, 1973.

[32] Para la cultura Leopard's Kopje, consultar K. R. Robinson, 1966 (b), págs. 5-51. Los argumentos en favor de la división de su primera fase han sido expuestos por D. W. Phillipson, 1968 (b), *o. c.* y por T. N. Huffmann, 1971 (b), págs. 85-89.

[33] T. N. Huffmann, IV, 1971 (a), págs. 20-44.

con certeza al establecimiento de la Edad de hierro, pero su arquitectura es diferente de la de las construcciones más recientes. La alfarería está caracterizada por vasijas de cuello cuyo borde grueso está adornado con impresiones al peine en diagonal, representando corderos y personajes, así como perlas de hierro, de cobre y conchas. La presencia de conchas y de perlas de vidrio indica contactos con el comercio del litoral [34]. En las figurillas, el cordero es el único animal representado. La datación de ese establecimiento lo coloca en los dos primeros tercios del primer milenio. Los descubrimientos realizados en un refugio bajo roca en la Misión de Gokomere, al norte de Fort Victoria, donde los restos de animales comprendían un cuerno de cabra doméstica, confirman una gran parte de lo que precede. El establecimiento de Gokomere data de los siglos V-VII de la era cristiana [35]. La ocupación de la «Acrópolis» del gran Zimbabwe es otro ejemplo de la industria de la primera Edad de hierro de Gokomere, cuyo final se sitúa entre los siglos III y V [36].

Al nordeste de Zimbabwe, en la región de Inyanga, es donde se ha identificado primero la alfarería de la primera Edad de hierro, llamada de Ziwa [37]. La cerámica más antigua de Ziwa presenta numerosos puntos comunes con las de Gokomere; pero la decoración es más elaborada. Actualmente, es el «Lugar de las ofrendas», vasto establecimiento en superficie, no fechado, próximo a Inyanga en los montes de Ziwa, el que permite conocer la mejor. Los objetos excavados comprenden útiles de hierro, objetos de cobre, perlas de conchas y un fragmento de cauris importado. Granos de mijo y pepitas de calabaza están asociadas al parecer con la ocupación humana de la primera Edad de hierro.

En las versiones posteriores de la alfarería de estilo Ziwa, las características más brillantes están atenuadas al mismo tiempo que aparece el empleo del últimos retoques con hematites y con grafito. La datación al radiocarbono indica que la alfarería de Ziwa se extendió en la mayor parte del primer milenio. En Nyahokwe, no lejos del monte Ziwa, un cercado de piedra que la datación sitúa en los siglos X u XI es atribuido a la fase terminal del estilo de Ziwa. Varios esqueletos humanos han sido descubiertos en el establecimiento de Ziwa de esa región; esos vestigios de la primera Edad de hierro presentarían rasgos físicos negroides [38].

La alfarería aparentemente asociada a las fases finales del estilo Ziwa está mucho más extendida que la que le ha precedido, puesto que se la encuentra en un vasto sector del nordeste de Zimbabwe que se extiende en la parte oeste hasta el distrito de Salisbury. La alfarería descubierta en Arcturus, en la mina de oro de Golden Shower, sería más bien un producto tardío de la tradición de Ziwa; quizá data del final del primer milenio, pero esa atribución y esa datación deben ser tenidas como provisionales hasta una información más amplia [39]. Más adelante estudiaremos con más detalles las relaciones de esa alfarería con las minas de la prehistoria.

En el norte de Mashonaland, a un centenar de kilómetros al noroeste de Salisbury, en Chitope y en Maxton Farm, cerca de Shamvahill, es donde la fase final de la primera Edad de hierro está mejor representada [40]. Los dos establecimientos datarían

[34] K. R. Robinson, 1961, págs. 75-102.
[35] T. Gardner, L. H. Wells y J. F. Schofield, 1940, págs. 219-253; K. R. Robinson, 1963, págs. 155-171.
[36] R. Summers, K. R. Robinson y A. Whitty, 1961.
[37] R. Summers, 1958. Para el «Lugar de las ofrendas», cf. también R. MacIyer, 1906.
[38] F. O. Bernhard, 1961, págs. 84-92; F. O. Bernhard, 1964; H. de Villiers, 1970, págs. 17-28.
[39] J. F. Schofield, 1948; T. N. Huffmann, 1974, págs. 238-242.
[40] P. S. Garlake, 1967; *id.*, 1969.

casi del siglo XI y su ocupación habría precedido en muy poco tiempo a la introducción, en este sector, de la cerámica Musengezi, en la segunda Edad de hierro. El establecimiento de Maxton Farm se encuentra sobre un *kopje*, cuya cima está rodeada por un muro bajo «hecho de gruesos bloques de diorita toscamente amontonados, sin debastar ni escoger, sin relleno y sin cascotes»[41]. Monolitos poco espaciados se levantan alrededor de su contorno. No hay duda de la pertenencia de ese muro al establecimiento del que forma su cercado.

Esa región aparece, pues, como el escenario de un desarrollo económico importante durante los últimos siglos de la primera Edad de hierro. Sólo en sus formas más recientes la alfarería de Ziwa se encuentra asociada a perlas de vidrio importadas. Una alfarería análoga se encuentra en establecimientos que comprenden simples terrazas y muros de piedra, así como en minas de oro o de cobre, lo que indica que sus artesanos se dedicaban más activamente que sus predecesores al aprovechamiento de los recursos naturales de su territorio, y que estaban en contacto con la red de intercambios comerciales del océano Indico.

En la misma época es cuando se encuentran en los trazados arqueológicos de Zimbabwe los primeros vestigios de bóvidos domésticos. Los restos de esos animales están ausentes manifiestamente del lugar que pertenece al establecimiento de la primera fase de la Edad de hierro, al sur del Zambeze, donde las únicas especies representadas son los ovinos y los caprinos. El ganado mayor no comienza a aparecer más que en los establecimientos del siglo VIII; y sigue siendo escaso al comienzo de la segunda Edad de hierro[42].

Concentrados en torno a Bulawayo, los establecimientos donde se han descubierto los objetos de cerámica del estilo de Zhiso tienen numerosos rasgos comunes con las industrias de la primera Edad de hierro encontradas más al este. Ahora parece que esa alfarería no es representativa de la ocupación inicial de la región en esa época. Probablemente se la encuentra en los establecimientos de las Matopo Hills, como Mandau y Madiliyanga, donde los cascotes presentan un estrecho parecido tipológico con los primeros objetos de cerámica de Gokomere y los de Dambwa desde el comienzo de la Edad de hierro, en los alrededores de los saltos Victoria[43]. Parece probable que, en una gran parte de la zona sudoeste de Zimbabwe, la población de la primera Edad de hierro siguió estando diseminada hasta el desarrollo de la industria de Zhiso hacia el final del primer milenio. Estudios del arte rupestre indican una supervivencia importante de las poblaciones del Neolítico a lo largo de este período, sobre todo en las Matopo Hills[44].

En la cadena de las Matopo, excavaciones efectuadas en Zhiso Hills han proporcionado fragmentos de estructuras hechas con estacas y *daga*, así como ensamblajes de piedras interpretados como soportes de graneros y objetos de cerámica decorada principalmente con motivos impresos al peine; la datación sitúa ese material entre los siglos IX y XII de la era cristiana[45]. En otros establecimientos que han proporcionado objetos de cerámica Zhiso —en Pumbaje y en Ngwapani, principalmente— es posible que los muros de piedra que forman terrazas sean contemporáneos; su asociación

[41] P. S. Garlake, 1969, *o. c.*, pág. 3.
[42] T. N. Huffmann, 1973.
[43] N. Jones, 1933, págs. 1-44.
[44] Cf. cap. 26.
[45] K. R. Robinson, 1966 (b), págs. 5-51.

sigue siendo, sin embargo, incierta [46]. En el establecimiento de Leopard's Kopje, a 24 kilómetros al oeste de Bulawayo, un horizonte [47] de Zhiso de los siglos VIII o IX representa la ocupación más antigua de la Edad de hierro. Allí se ha descubierto toda una colección de vestigios: perlas de vidrio y de conchas, escoria de hierro, pulseras de cobre, dientes de cabra o de cordero, y restos de garbanzos, cuya asociación parece menos manifiesta; los huesos de ganado mayor, comunes en los depósitos superiores de la industria Leopard's Kopje (fase mambo) están ausentes del muestrario relativamente reciente del horizonte fundamental de Zhiso [48].

En el extremo sudeste de Zimbabwe, una aldea de la primera Edad de hierro situada en Malapati sobre el Nuanetsi, ha sido fechada en el último cuarto del primer milenio [49]. Allí se han encontrado huesos de ganado, y los objetos de cerámica de ese establecimiento están emparentados con la cerámica de Gokomere y de Zhiso y, por medio de esta última, con vestigios encontrados en la parte este de Botswana, en Maokagani Hill, por ejemplo [50].

La expansión del complejo de la primera Edad de hierro al sur de Limpopo durante el primer milenio de la era cristiana casi la conocemos actualmente, pero los testimonios son escasos e incompletos. En Matakoma y en Soutspanberg del Transvaal del Norte, se ha descubierto alfarería parecida a la de Malapati; no es posible fijar, para ese establecimiento, una fecha definitiva, pero la semejanza de la cerámica con las piezas datadas de Malapati permite situar a esa cerámica, con cierta probabilidad, en la segunda mitad del primer milenio [51]. En el Transvaal del Nordeste, cerca de Tzaneen, objetos de cerámica de la primera Edad de hierro han sido datados en los siglos III o IV, lo que indica que la expansión de ese complejo al sur de Limpopo no ha tardado en llevar su introducción a Zimbabwe [52]. Restos más abundantes han sido descubiertos recientemente en Broaderstroom, al oeste de Pretoria. R. J. Mason ha descubierto allí los restos de trece cabañas hundidas y huellas de trabajo del hierro. La alfarería de la primera Edad de hierro encontrada en el lugar ha sido fechada en el siglo V. Está asociada a huesos de ganado mayor, de cabras y de corderos [53].

Más al sur aún, varias muestras de objetos de la Edad de hierro han sido fechadas en el primer milenio, pero su atribución al complejo industrial de la primera Edad de hierro permanece incierta [54]. En Castle Peak y en Ngwenta, en Swaziland occidental, los vestigios de la Edad de hierro datan muy probablemente de los siglos IV o V. El primer informe del arqueólogo [55] indica que la alfarería asociada a útiles de piedra que sirven para cavar, a unos pocos objetos de hierro y a objetos de tipo neolítico, puede ser atribuida a la primera Edad de hierro. En Lydenburg, se ha descubierto en un establecimiento, probablemente contemporáneo, una importante representación

46 K. R. Robinson, *o. c.*, 1966.

47 Horizonte: capa geológica particularmente caracterizada *(N. del t)*.

48 T. N. Huffmann, 1971 (b), *o. c.*, págs. 85-89.

49 K. R. Robinson, 1963, *o. c.*, págs. 155-171; *id.*, 1961 (a).

50 J. F. Schofield, *o. c.*, 1948.

51 J. B. de Vaal, 1943, págs. 303-318.

52 M. Klapwijk, 1973, pág. 324.

53 R. J. Mason, 1973, págs. 324-325; *id.*, 1974, págs. 211-216.

54 Excluyo aquí del complejo industrial de la primera Edad de hierro decubrimientos tales como los de Uijkomst y de Phaloborwa tipológicamente emparentados con un material más reciente. Asimismo, las asociaciones culturales del horno del siglo VII descubierto en Natal no están establecidas. Ese horno ha sido descrito por T. P. Dutton, 1970, págs. 37-40.

55 Citado por B. M. Fagan, 1967, *o. c.*, págs. 513-527.

en tierra cocida de una cabeza humana, de tamaño natural, asociada a objetos de cerámica del tipo NC 3 de J.F. Schofield, cuya relación con la primera Edad de hierro está aún por demostrar. El reparto de la alfarería NC 3 se extiende hacia el sur hasta Natal donde, en Muden, se han encontrado vestigios en un establecimiento que ha proporcionado también huesos de ganado mayor y menor[56].

SINTESIS ARQUEOLOGICA

Aunque, como acabamos de ver, el reparto y la calidad de las investigaciones son desiguales, es posible discernir, no obstante, varias tendencias generales. En el área geográfica examinada, el estudio tipológico de la alfarería permite reconocer dos grandes divisiones en la primera Edad de hierro. Una, mejor conocida en el centro y en el sur de Zambia donde está representada por los grupos chondwe, kapwirimbwe y kalundu, se extiende hacia el oeste sobre una distancia considerable, pero desconocida. La otra ocupa Malawi, el este de Zambia y la región de los establecimientos de la primera Edad de hierro conocidos al sur del Zambeze[57]. El grupo de Dambwa, en la región de los saltos Victoria, presenta rasgos comunes con las dos divisiones. Esta clasificación está confirmada en cierta medida por el estudio de algunos aspectos económicos de la primera Edad de hierro, como hemos tratado de hacer nosotros.

UNA ECONOMIA DE PRODUCCION ALIMENTICIA

Las pruebas arqueológicas de una economía de producción alimenticia en sociedades de la primera Edad de hierro son escasas. Sin duda, la existencia de aldeas bastante grandes, semipermanentes, sugiere una economía en gran parte fundada sobre la producción alimenticia, mientras que la presencia de algunas azadas de hierro y de un gran número de piedras para moler testimonia cierta forma de agricultura. Sin embargo, la identificación de las plantas cultivadas y de los animales domésticos no ha sido establecida más que en sitios relativamente poco numerosos.

En el marco del tiempo y del espacio englobados en este capítulo, los únicos establecimientos de la primera Edad de hierro que han proporcionado algunos vestigios físicos identificables de plantas cultivadas son Chundu (donde los hallazgos han sido reconocidos provisionalmente como *calabacera* y *judía*), el «Lugar de las ofrendas» en Inyanga (que nos ha proporcionado semillas de mijo y pepitas de calabaza) y Leopard's Kopje (donde se han notado garbanzos). En Kalundu y en Isamu Pati, han sido encontradas semillas de sorgo en los niveles de la tradición Kalomo[58]. El establecimiento de Ingombe Ilede, cerca de Kariba (que no está relacionado culturalmente con la primera Edad de hierro) ha proporcionado también restos de sorgo que han sido datados directamente en los siglos VII u VIII[59]. Estos

[56] J. F. Schofield, *o. c.*, 1948; R. P. Inskeep y K. L. von Bezing, 1966, pág. 102; R. R. Inskeep, 1971, página 326.

[57] D. W. Phillipson, 1975, *o. c.*, págs. 321-342.

[58] B. M. Fagan, *o. c.*, 1967.

[59] B. M. Fagan, D. W. Phillipson y S. G. H. Daniels, 1969.

escasos testimonios indican algunos cultivos a los que se dedicaban, en el Africa austral, los agricultores de la primera Edad de hierro, pero no hay motivos para creer que la lista de ellos sea exhaustiva.

En cuanto a los vestigios de animales domésticos, apenas son representativos. Restos de cordero y/o de cabras han sido recogidos en Twickenham Road, Kalundu, Kumadzulo, Mabveni, Gokomere, Leopard's Kopje, Nakuru y Broederstroom. Esos establecimientos, muy dispersos, se extienden a lo largo de la primera Edad de hierro en el Africa austral. Sin embargo, no se encuentran huesos de animales domésticos procedentes de los contextos más antiguos más que en Zambia, en los establecimientos de Kapwirimbwe, Kalundu y Kumadzulo. Al sur del Zambeze, el ganado mayor, según las apariencias, no aparece antes del siglo VIII, como tampoco en Coronation Park, Makuru y Malapati [60]. Del estudio de las pinturas rupestres de esa región, en la que los corderos de cola gruesa están representados frecuentemente, pero en las que el ganado mayor está ausente siempre, es posible deducir que, en Zimbabwe, el cordero ha precedido al ganado mayor [61]. Sin embargo, los testimonios recientes procedentes de Broederstroom parece que conceden al Transvaal una anterioridad en el ganado mayor; es probable que haya llegado del oeste [62].

Incluso al sur del Zambeze parece que el ganado mayor ha sido relativamente escaso durante la primera Edad de hierro, lo que contrasta con la importancia que ha tenido en la economía de períodos posteriores. Durante la segunda mitad del primer milenio, la economía de la Edad de hierro se modifica progresivamente. En Kalundu, se observa, en horizontes sucesivos, que los huesos de animales domésticos son más numerosos con relación a los de las especies salvajes, señal de un paso gradual de la caza a la ganadería [63]. En la región de los saltos Victoria, y casi en la misma época, las azadas de hierro se hacen cada vez menos frecuentes y parece razonable deducir de eso una evolución paralela de la agricultura hacia la ganadería [64].

LAS MINAS Y LA METALURGIA

Tres metales han sido encontrados solamente en una cantidad apreciable durante la Edad de hierro en el Africa austral. Por orden de importancia decreciente son el hierro, el cobre y el oro [65].

En una forma o en otra, el mineral de hierro está extraordinariamente extendido en toda la región. Cuando el rico mineral faltaba parece que, a pesar de su escaso rendimiento, se utilizó la limonita o hierro de las marismas. La introducción del trabajo de hierro en el conjunto de la región parece contemporánea de la aparición de los otros rasgos que caracterizan la cultura de la Edad de hierro tal como se define aquí. Nada indica que el hierro haya sido extraído de otro modo que no sea por la excavación de pozos poco profundos; frecuentemente el mineral era simplemente

60 T. N. Huffmann, *o. c.*, 1973.

61 C. K. Cooke, 1971, págs. 7-10.

62 R. G. Welbourne, 1973, pág. 325. Es posible que la presencia del ganado mayor en el Africa del Sur de la primera Edad de hierro date del primer milenio de la era cristiana, siendo anterior, quizá, su aparición en Zimbabwe. También, la llegada al Africa del Sur partiendo del oeste parece probable; lo que correspondería a los testimonios lingüísticos citados por C. Ehret, 1967, págs. 1-17; y también C. Ehret *y otr.*, 1972, págs. 9-27.

63 B. M. Fagan, *o. c.*, 1967.

64 Sin duda, esa evolución se ha manifestado en el transcurso de varios siglos.

65 El estaño ha sido trabajado también en pequeña escala en Zambia del Sur, en el siglo XIX, al menos.

amontonado en la superficie. No poseemos detalles sobre los primeros hornos del Africa austral[66], pero es interesante anotar que la fundición parece que se realizaba frecuentemente, en el interior de la aldea, como si no existieran aún los tabúes que, más tarde, exigieron que toda operación de ese tipo se realizase lejos de todo contacto con las mujeres. Parece que, para la fundición, ha sido utilizadas dos toberas, sin que ese hecho implique la utilización de fuelles, habiendo sido usadas también las toberas en los hornos de tiro de aire natural[67]. Los objetos de hierro eran fabricados con fines utilitarios locales; estos eran generalmente cuchillos, puntas de flecha, hierros de lanzas, etc. Es probable que el comercio a larga distancia del hierro haya sido prácticamente inexistente.

El reparto de los yacimientos de cobre es mucho más limitado que el de los yacimientos de hierro. En el Africa austral, esos yacimientos están en gran parte situados en la línea de división de las aguas Congo/Zambeze; al oeste se extienden desde el Copperbelt moderno hasta Solwezi, en el meandro del Kafue; en Zimbabwe, en las regiones de Sinoia y de Wankie; en Botswana oriental limítrofe de Zimbabwe; en el valle del Limpopo, en torno a Messina y en el Transvaal del Este, en la zona de Phalaborwa.

No nos ocuparemos aquí de los yacimientos situados más al oeste, en Angola y en Namibia, debido a la casi ausencia de investigaciones arqueológicas en la región. Es probable que fueron explotados yacimientos de cobre en todas esas regiones durante la Edad de hierro, pero es muy difícil conocer la parte respectiva de la primera y de la segunda Edad de hierro. Numerosos talleres prehistóricos han sido destruidos o considerablemente modificados por extracciones recientes. Sin embargo, objetos de cobre se encuentran en numerosos yacimientos de la primera Edad de hierro, aunque sean más escasos que los de los períodos posteriores. Resulta imposible demostrar que las técnicas del cobre han sido practicadas por todas partes tan pronto como las técnicas correspondientes al hierro. En la región de Lusaka, por ejemplo, el cobre parece que ha sido desconocido hasta una fecha tardía de la primera Edad de hierro. El conocimiento del cobre aparece mucho antes en los sectores próximos de los yacimientos, como en los establecimientos del grupo de Chondwe y en la mayor parte de Zimbabwe. Está claro que el cobre era considerado como un lujo relativo, y su utilización estaba generalmente limitada a la realización de pequeños adornos, como perlas o pulseras hechas con finas tiras entrecruzadas. El metal se negociaba en barras; el mejor ejemplo, en el contexto que nos ocupa, es el de Kumadzulo. Ningún horno de esa época ha sido aún estudiado. Cascotes característicos de las cerámicas de varias regiones muy alejadas han sido observados en establecimientos próximos a las minas de Copperberlt, en Zambia; de ello se puede deducir, pues, que se viajaba de muy lejos para procurarse cobre en diversos lugares, como se ha continuado haciendo en los períodos más recientes de la Edad de hierro[68]. Es posible concluir que, en una gran parte del Africa austral, el cobre ha sido trabajado en pequeña escala en el transcurso de la primera Edad de hierro, pero que la explotación de ese metal en gran escala es un fenómeno de la segunda Edad del hierro[69].

[66] La pertenencia a la primera Edad de hierro de un horno descubierto por F. O. Bernhard en Inyanga es siempre objeto de controversias.

[67] Para ilustrar este párrafo, cf. D. W. Phillipson, 1968 (c), págs. 102-103.

[68] D. W. Phillipson, 1972 (b), *o. c.*, págs. 93-128.

[69] Investigaciones sobre el trabajo del cobre en la época prehistórica en el centro del Africa austral, en particular en Zambia, acaban de ser emprendidas por M. S. Bisson.

En la Edad de hierro, la extracción del oro en el Africa austral parece que se limitó a Zimbabwe y a las regiones limítrofes [70]. Se han encontrado pequeños depósitos prehistóricos en Zambia, en el Africa del Sur y en otras partes. Pero no han dado lugar a ninguna investigación arqueológica. En cambio, más de mil minas de oro de la prehistoria han sido enumeradas en Zimbabwe y en las regiones limítrofes de Botswana y del Transvaal [71]. En el transcurso de los últimos ochenta años, la mayor parte de las minas antiguas han sido destruidas por explotaciones recientes; y sólo en muy pocos casos disponemos de descripciones detalladas. Por consiguiente, es difícil datar la explotación de los yacimientos auríferos de Zimbabwe. Las minas más antiguas son las de Aboyne y de Geelong en las que el radiocarbono sitúa la explotación en las proximidades del siglo XII de la era cristiana. En cuatro ocasiones, se ha descubierto cerámica de la primera Edad de hierro en las antiguas minas o en sus alrededores inmediatos. En cada caso, parece que esa cerámica se parece más a una manifestación tardía de la tradición de Ziwa. Ya se ha observado la presencia de esa cerámica en la mina de Golden Shower, cerca de Arcturus. La concesión de los Three Skids ofrece un material análogo. Esos dos establecimientos se encuentran en el valle del Mazoe. Más al sur cerca de Umkondo, en el valle del Sabi, una cerámica comparable ha sido descubierta en la concesión de Hot Springs. En fin, la cerámica Ziwa, la más tardía, proviene de un establecimiento en el que se realizaba el tratamiento del mineral con cuevas de lavado y cavidades de trituración en Three Mile Water, cerca de Que Que. Ese es el establecimiento más próximo a las antiguas e importantes minas de Gaika, Globe y Phoenix. En los tiempos prehistóricos, todas las minas eran explotadas a cielo descubierto y en forma de gradas, el método de explotación más extendido en Zimbabwe. La mina de Golden Shower y la concesión de Hot Springs tiene cada una gradas de ese tipo. Las minas de Que Que eran mucho más importantes: en Gaika, se cuentan más de 160 gradas, y las de Phoenix alcanzan una profundidad de casi 40 metros. No es menos cierto que esos últimos establecimientos han sido explotados durante varios siglos y nada prueba que las explotaciones de la primera Edad de hierro hayan sido desarrolladas.

Aunque en Zimbabwe se han podido recoger numerosos objetos de oro en diversos establecimientos de la Edad de hierro, son los buscadores de tesoros los que se han llevado la mayor parte de ellos durante los primeros años de la ocupación europea; por tanto, carecemos siempre de datos sobre el origen y el contexto arqueológico de esos objetos. Las pocas muestras de oro, descubiertas en el curso de las excavaciones arqueológicas realizadas científicamente, proceden todas de períodos posteriores a la Edad de hierro [72].

La escasa precisión cronológica aportada por la datación de las antiguas minas de oro no permite sacar conclusiones provisionales de los datos proporcionados por los cuatro establecimientos donde se han descubierto objetos de oro de la primera Edad de hierro. Ninguno de esos establecimientos ha sido fechado, pero la alfarería parecería indicar una fecha que no es anterior al siglo IX, ni posterior al XI [73]. No

[70] La exposición siguiente se inspira ampliamente en la de R. Summers, 1969.

[71] El número real de minas es sin duda mucho mayor que esa cifra.

[72] Hoy sabemos que los sepulcros de Ingombe Ilede, cuyo mobiliario funerario comprende objetos de oro, no tienen relación con la ocupación de ese establecimiento al final del primer milenio. D. W. Phillipson y B. M. Fagan, 1969, págs. 199-204.

[73] R. Summers, y T. N. Huffmann.

existe ninguna prueba convincente de una explotación de las minas de oro de Zimbabwe anterior a esa época. Esa conclusión concuerda con el testimonio de los textos árabes en los que la primera mención del oro procedente de esa región y comprado en la costa del Africa oriental aparece en el contexto del siglo X [74].

Los cuatro establecimientos de minas oro que han proporcionado objetos de cerámica de la primera Edad de hierro se encuentran al este de Zimbabwe, en los valles del Mazoe y del Sabi. Esos dos ríos permiten comunicaciones relativamente fáciles entre el interior y la costa. Los escritos de los geógrafos árabes atestiguan sin ninguna duda que, desde el comienzo de su explotación, ese oro ha sido exportado. Tampoco es posible afirmar aún en qué época ha sido utilizado localmente. En ese contexto, es significativo que la extracción de oro y la importación de collares de abalorios hayan sido casi contemporáneos. Aunque los dos hechos están realmente unidos, es probable que la explotación de las minas de oro haya sido estimulada sobre todo desde el exterior. La afirmación de Summers [75] según la cual las técnicas y, por deducción, algunos mineros llegaban concretamente de la India, parece poco convincente en el estado actual de nuestros conocimientos. Aunque es casi cierto que las minas de oro de Zimbabwe son explotadas desde una época tardía de la primera Edad de hierro, la extracción no se desarrolló realmente sino en una época más reciente.

ARQUITECTURA

Solamente algunos yacimientos han proporcionado elementos que permiten reconstruir planos arquitectónicos y detalles de construcción que datan de la primera Edad de hierro en esa región; y es aún difícil saber en qué medida esos yacimientos son característicos del conjunto del Africa austral durante ese período. Kumadzulo ha proporcionado el plano de once casas construidas por medio de estacas y de *daga*. Casi eran rectangulares con gruesos postes en los ángulos; la largura de los muros no sobrepasaba los dos o tres metros. Nada análogo ha sido nunca encontrado en el Africa austral, en establecimientos de la primera Edad de hierro; sin embargo, en otros establecimientos, Damwa y Chitope, por ejemplo, huellas o fragmentos de huellas sugieren que el método utilizado en Kumadzulo ha sido frecuentemente utilizado, aunque la forma casi rectangular de sus casas en ninguna parte tiene equivalente.

En la Edad de hierro la construcción con piedra estaba ampliamente extendida al sur del Zambeze, pero parece que no ha sido practicada en Zambia, a no ser en muy pequeña escala, durante los últimos siglos de la segunda Edad de hierro superior [76].

Sin embargo, como hemos anotado anteriormente, es cierto que la construcción de piedra era la práctica corriente en Zimbabwe en el transcurso de la primera Edad de hierro, sin alcanzar, no obstante, la importancia y el grado de perfeccionamiento posterior. La construcción de piedra, como hemos visto, puede estar asociada a los establecimientos de Gokomere y a los más recientes de Ziwa y de Zhiso. En la época,

[74] Al-Mas'udi citado por G. S. P. Freeman-Grenville, 1962 (b), pág. 15.
[75] R. Summers, 1969.
[76] En Zambia se han encontrado muros en forma de terraza cerca de Mazabuka sobre la meseta de la provincia meridional; parece que se los puede fechar en los siglos XVIII o XIX, así como las murallas de piedras en bruto encontradas en los establecimientos defensivos de la región de Lusaka y en la parte sur de la provincia oriental.

se usaba sobre todo la piedra en bruto para la construcción de muros en terrazas y para la de simples cercados. La forma más elaborada alcanzada por las construcciones de la primera Edad de hierro es, probablemente, del tipo descrito antes a propósito de Maxton Farm. Los períodos posteriores han aportado un perfeccionamiento y una expansión crecientes de esa construcción, cuya tradición estaba sin embargo, sólidamente afianzada mucho antes del final del primer milenio. En el Gran Zimbabwe, la secuencia de construcciones de piedra data exclusivamente de la segunda Edad de hierro [77].

El resumen que precede no ha podido presentar más que algunos aspectos de la economía y de la tecnología de la primera Edad de hierro. Sin embargo, ha permitido subrayar hasta qué punto constituye aquélla la base de la evolución cultural de las épocas posteriores en el Africa austral.

CONCLUSION

A grandes rasgos, éstos son nuestros conocimientos actuales sobre la primera Edad de hierro en el Africa austral. La explicación de los acontecimientos de ese episodio cultural es considerada aquí como perteneciente principalmente a la arqueología. La lingüística histórica puede aportar también una contribución importante al estudio de ese período; de ello se ha tratado en un capítulo anterior.

En el interior del Africa austral estudiado aquí, los datos de la arqueología permiten distinguir en la primera Edad de hierro dos divisiones importantes. Pueden ser consideradas como divisiones primarias del complejo industrial común en la primera Edad de hierro; y se distinguen fácilmente una de otra gracias a la tipología de la alfarería que les está asociada. La primera se extiende al sur del valle del Luanga y del lago Malawi, en Zimbabwe, y al norte del Transvaal. La población está formada por pastores de corderos y de cabras y parece que no tuvo ganado mayor. La segunda es conocida sobre todo en Zambia central y meridional, pero parece que se extendió más al oeste hasta perderse de vista. En esas regiones, el ganado mayor era conocido desde la primera Edad de hierro y es probable que sus poblaciones hayan transmitido su ganadería a los pastores khoisán autóctonos, de las zonas más australes del continente, donde el complejo industrial de la primera Edad de hierro nunca ha penetrado.

El reparto muy desigual de los trabajos arqueológicos no permite un bosquejo más detallado de las grandes subdivisiones de la primera Edad de hierro. En particular, Mozambique entero está totalmente virgen en el mapa de las investigaciones, aunque no tenemos conocimiento alguno de los acontecimientos que interesan al área situada entre el océano Indico y el lago Malawi. La mayor parte de Angola y de Africa del Sur ha sido explorada hasta ahora de modo totalmente insuficiente. Cuando hayan sido remediadas esas insuficiencias, es probable que la síntesis propuesta aquí experimente importantes revisiones.

Se ha mostrado que la cultura introducida en el Africa austral por las poblaciones de la primera Edad de hierro es el origen de un gran número de las profundas orientaciones culturales e históricas de la región hasta las épocas más recientes. Para

[77] R. Summers, K. R. Robinson y A. Whitty, 1961, *o. c.*; P. S. Garlake, 1973.

el historiador es particularmente interesante, en ese contexto, saber en qué medida es posible hacer remontar a la primera Edad de hierro las características, diferenciadas por regiones, de períodos más recientes. La tradición de la construcción de piedra en Zimbabwe y en el Transvaal, la extracción de oro en Zimbabwe y el trabajo del cobre de Copperbelt, entre otros, parece que han tenido origen en sus regiones respectivas, en el transcurso de la primera Edad de hierro, aunque sólo más tarde han alcanzado su pleno desarrollo. Es, pues, probable que en numerosos sectores, la continuidad entre la primera y la segunda Edad de hierro estuviera frecuentemente más marcada de lo que se ha supuesto; pero sólo cuando se hayan realizado investigaciones más profundas, en particular en las regiones que los arqueólogos todavía no han explorado, se podrá evaluar toda la contribución de la primera Edad de hierro en la historia del Africa austral.

Capítulo 28

MADAGASCAR

P. VERIN

Madagascar, cuyas poblaciones han sido objeto de numerosos estudios, guarda aún muchos secretos relativos a los orígenes de su población. Numerosas hipótesis, frecuentemente válidas, se han emitido, no obstante, sobre este tema. La mayor parte de los autores están de acuerdo en decir que, aunque el continente africano vecino ha proporcionado su contribución étnica, conviene poner de relieve la aportación malayo-polinesia, completamente manifiesta, sobre todo en las altas tierras. Ese doble origen de los malgaches explica las disparidades físicas de los habitantes que hablan una lengua indonesia cuya unidad no está rota por la fragmentación en tres grupos de dialectos.

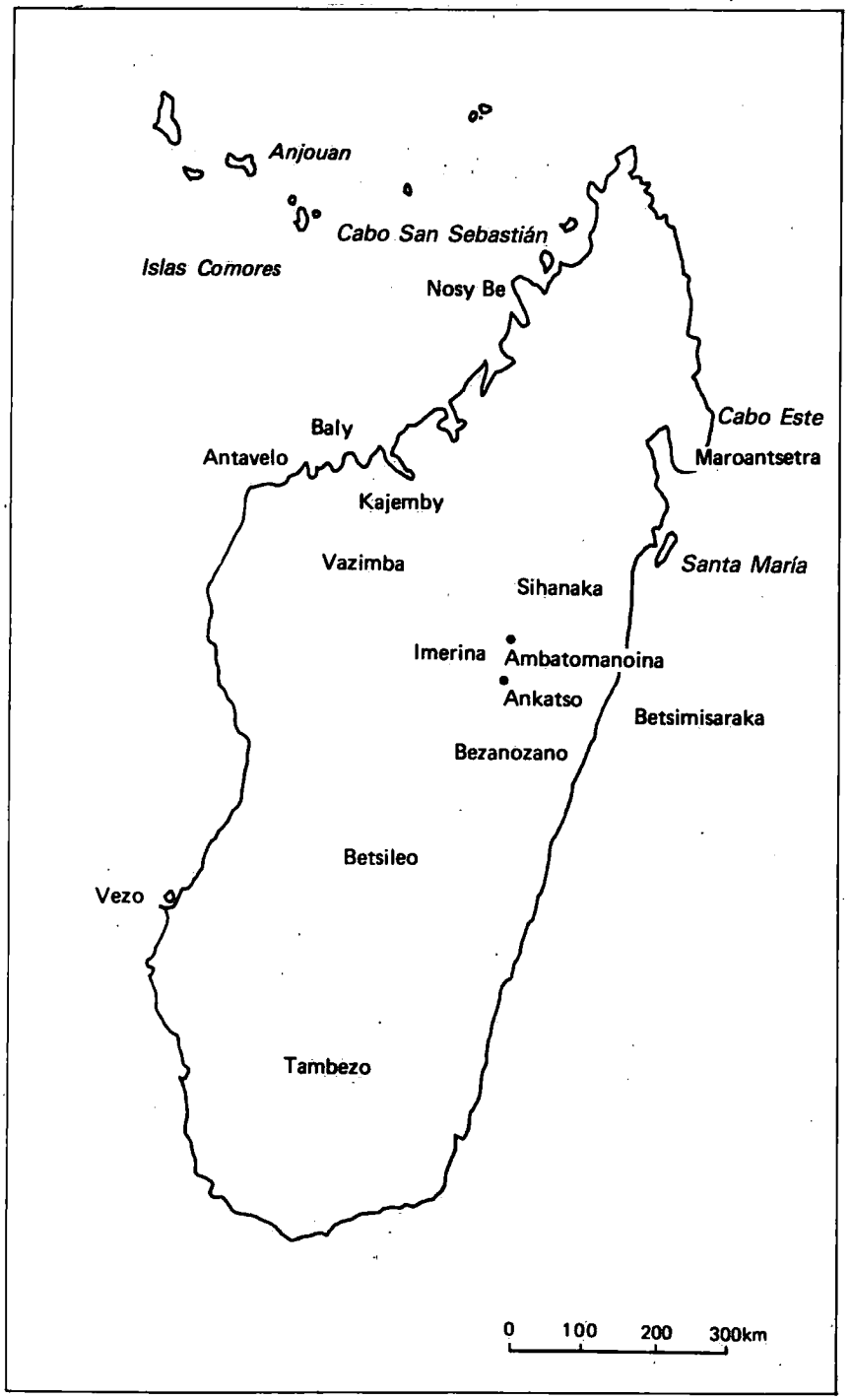
CIENCIAS AUXILIARES DE LA HISTORIA CULTURAL MALGACHE

Antes de que la arqueología llegase, sobre todo a partir de 1962, a aportar sus materiales históricos arrancados a la tierra, importantes resultados habían sido adquiridos gracias a los trabajos efectuados en los terrenos de la lingüística, de la etnología, de la musicología y de la antropología física comparadas. También conviene hacer una breve retrospectiva de las investigaciones realizadas por esas ciencias auxiliares de la historia cultural malgache antes de abordar los datos sobre las primeras poblaciones.

LINGÜISTICA

La pertenencia del malgache al grupo lingüístico malayo-polinesio, propuesta en 1603 por el holandés F. de Houtman quien publicó diálogos y un diccionario malayo-malgache [1], quedó reafirmada por el portugués Luis Moriano, quien reconocía unos diez años más tarde la existencia en el noroeste de una lengua «cafre» (el swahili)

[1] R. Drury, 1731, págs. 323-392.



• *Madagascar: lugares citados en el texto (Documento facilitado por el autor).*

hablada en las costas del noroeste, distinta de una lengua «buque» (el malgache) «en todo el interior de la isla y en el resto de las costas [...] muy parecida al malayo».

Van der Tuuk[2] iba a establecer científicamente ese parentesco del malgache con las lenguas indonesias por medio de sus trabajos a los que sucedieron las investigaciones de Favre, Brandstetter, Marre, Richardson y sobre todo Dempwolf. Las construcciones del protoindonesio de Dempwolf muestran que el merina, al que él llama hova, no se diferencia sensiblemente de las demás lenguas de la familia indonesia. Dahl ha hecho resaltar posteriormente que el malgache había experimentado una influencia del bantú, no sólo en el vocabulario, sino también en la fonología. Esta constatación es de capital importancia para la discusión de las interferencias africano-indonesias que serán recordadas más adelante. Hébert, en varios de sus trabajos, ha hecho observar que, entre los términos indonesios en Madagascar, hay frecuentemente una bipartición que traduce la heterogeneidad de las fuentes del sureste asiático. Dez ha realizado un análisis del vocabulario de origen indonesio que permite deducir el tipo de civilización aportado por los emigrantes[3]. En fin, la gloto-cronología ha confirmado el aspecto profundamente indonesio del vocabulario básico (94%) y da una idea de los tiempos de separación después del protolenguaje[4]. El hecho de que lo esencial de cuerpo lingüístico malgache básico se refiera al subgrupo indonesio no puede, sin embargo, hacer perder de vista otras aportaciones que han sido incorporadas: indias, árabes y africanas. Los contactos que aquellas suponen ayudan a comprender mejor lo que fue la diáspora indonesia hacia el oeste en los reencuentros y las mezclas que ha podido conocer.

ANTROPOLOGIA FISICA

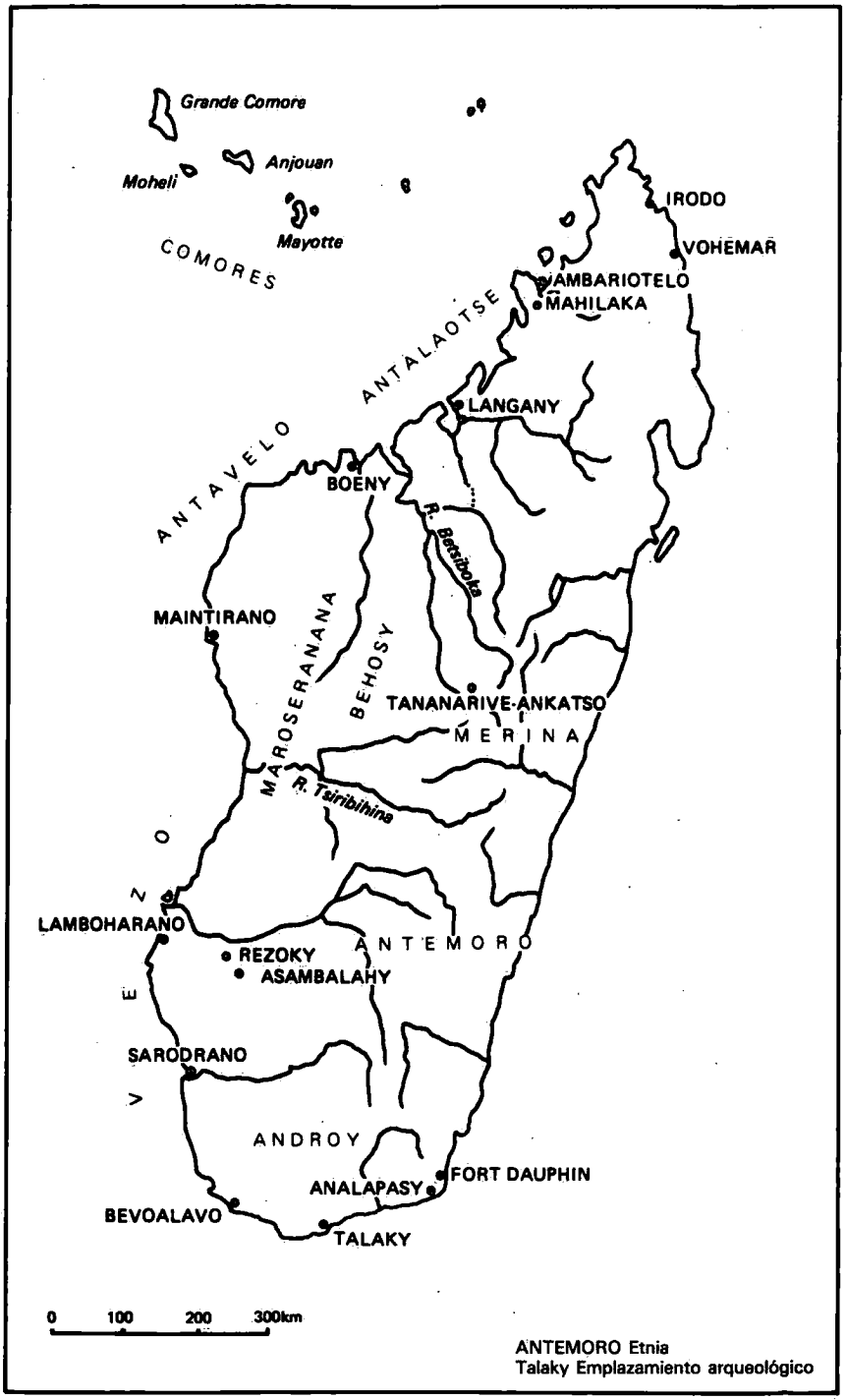
Los trabajos en ese terreno han venido a confirmar la doble pertenencia de los malgaches a los fondos mongoloide y negroide. Rakoto-Ratsimamanga había sacado importantes conclusiones sobre el reparto y la naturaleza de la mancha pigmentaria, más frecuentemente encontrada entre los individuos de las altas mesetas. Y distingue cuatro tipos morfológicos que se repartirían la población según las proporciones siguientes:

— tipo indonesio-mongoloide: 37%;
— tipo negro-oceaniense: 52%;
— tipo negro-africano: 2%;
— tipo europeoide: 9%.

Se puede poner en duda el origen oceaniense de una gran fracción del elemento negroide[5]. Más recientemente, la señora Chamla, sobre la base de medidas de cráneos conservados en el Museo del Hombre, ha propuesto distinguir tres tipos:

---

[2] Van der Tuuk, 1864.
[3] J. Dez, 1965, págs. 197-214.
[4] P. Verin, C. Kottak y P. Gorlin, 1970 (b).
[5] A. Rakoto-Ratsimamanga ha estado muy influenciado en la definición de sus categorías por las teorías «sudasiáticas» de A. Grandidier. No indica claramente los parámetros que permiten definir esos tipos.



• *Mapa de Madagascar con indicación de los establecimientos importantes (Documento proporcionado por el autor).*

— un tipo moreno claro, asiático, próximo a los indonesios;
— un tipo negro africano más que melanesio;
— un tipo mixto que, en su conjunto, parece el más frecuente.

Las investigaciones hematológicas de Pigache[6] muestran muy claramente que los negros malgaches son de origen africano y no melanesio.

El tipo físico indonesio es dominante entre los individuos procedentes de las antiguas castas libres de Imerina. En cambio, los descendientes de los cautivos de tiempos pasados que llegaban de las costas o de Africa tienen un tipo francamente negro. Los indonesios parece que han contribuido también a la elaboración biológica de los sihanaka, de los bezanozano, de algunos betsimisaraka y de los betsileo del norte. Se discute todavía para saber si tienen también una participación en la constitución del fondo biológico de los otros grupos costeros en los que el tipo negroide está muy extendido y, a veces, es casi general.

El estudio de los antiguos restos óseos en Madagascar debería ayudar a comprender el proceso de las mezclas y, en particular, saber si la fusión entre los elementos africano e indonesio se ha producido en la isla o en otra parte. La ausencia casi total de esqueletos obtenidos en un contexto arqueológico no ha permitido, hasta ahora, recoger informaciones de esa naturaleza[7].

ETNOLOGIA Y MUSICOLOGIA

H. Deschamps[8] ha sido el primero que ha intentado separar las aportaciones indonesias y africanas de la civilización malgache. Entre los rasgos culturales africanos, se observan muchos elementos del complejo de la ganadería, el culto de la serpiente erguida ante el difunto rey en el oeste y en Batsileo y formas de organización socio-política de las costas. La organización social de Imerina es, por el contrario, francamente de aspecto indonesio.

La civilización malgache debe también al este la mayor parte de sus tipos de habitación, el cultivo del arroz en terrazas inundadas, aspectos de la religión ancestral, así como todo un complejo tecnológico que comprende el fuelle de doble caño, la piragua con balancín, el horno subterráneo protegido con piedras volcánicas porosas, así como objetos menos conocidos tales como el taladro rotativo con arco y el rallador sobre soporte para el fruto del cocotero, estudiados en las costas de la parte oeste de Madagascar, que se les encuentra hasta en Polinesia oriental absolutamente idénticos con el nombre de *hou* y *'ana* (dialecto tahitiano).

Hornell y Gulwick han estudiado las resonancias culturales indonesias en la costa oriental de Africa y, más recientemente, G. P. Murdock ha podido hablar de «complejo botánico malasio» que, a su parecer, incluyó plantas antiguamente introducidas desde el sudeste de Asia, entre las que cita: el arroz *(Oryza sativa)*, el arrowrrot polinesio *(Tacca pinnatifida)*, el taro *(Colocacasia antiquorum)*, el ñame *(Disco-*

[6] J. P. Pigache, 1970, págs. 175-177.

[7] A excepción de los estudios realizados sobre los huesos de los establecimientos de Vohémar y del noroeste, que son vestigios árabes posteriores al primer problamiento.

[8] H. Deschamps, 1960.

rea alata, D. bulbifera y *D. esculenta)*, el platanero *(Musa paradisiaca* y *M. sapientium)*; el árbol de pan *(Artocarpus incisa)*, el cocotero *(Coco nucifera)*, la caña de azúcar *(Saccharum officinarum)*, etc. Murdock estima que las migraciones indonesias que han transportado ese complejo botánico han habitado allí durante el primer milenio antes de la era cristiana y han seguido un itinerario a lo largo de las costas de Asia meridional antes de llegar a las de Africa oriental.

Murdock tiene ciertamente razón al excluir el itinerario rectilíneo sin escalas a través del océano Indico como vía de migración y la época en la que sitúa aquella es verosímil. Sin embargo, en lo que concierne a las pruebas de orden etno-botánico, Deschamps y más recientemente Hébert constatan que algunas plantas importadas desde fechas remotas en Madagascar llevan un nombre indonesio, un nombre africano, o bien los dos a la vez. Hébert insiste en el hecho de que «denominaciones idénticas entre países distintos no aportan la prueba de préstamos botánicos». Por no citar más que un ejemplo, el hecho de que el platanero sea designado en la costa oeste malgache por un nombre indonesio *(fontsy)* no nos da la certeza de que esa planta haya sido llevada por inmigrantes indonesios. En efecto, en las altas tierras, el platanero lleva un nombre bantú *(akondro)*. Los dos orígenes pueden, pues, ser defendidos, cada uno con argumentos válidos. Hébert cita después a Haudricourt, cuyo punto de vista es aún más explícito. En su estudio sobre el origen de las plantas cultivadas malgaches, Haudricourt escribe en efecto: «La existencia de un nombre de origen indonesio no significa con seguridad que la planta sea originaria de Indonesia, porque los emigrantes han reconocido en la flora indígena plantas análogas a las de su país natal, y les han dado los mismos nombres». Conviene añadir que las plantas nuevas y desconocidas han podido recibir nombres inspirados por las semejanzas con las especies del país de origen de los inmigrantes.

Esos pocos argumentos muestran hasta qué punto el mantenimiento de las pruebas etno-botánicas es delicado. Se podría decir otro tanto en el terreno de la musicología. C. Sachs ha mostrado que en Madagascar se reunían diversas influencias: indonesia, africana y árabe. Jones ha ido más lejos. Para él, las influencias indonesias se han difundido, no sólo en Madagascar, sino a través de toda Africa. Creo que, sin rechazar algunos descubrimientos de Jones, no hay que excluir la posibilidad de que hallazgos similares hayan sido hechos independientemente en ambas partes del océano Indico.

La conclusión que deducimos de lo que precede en cuanto a los orígenes malgaches se resume así: los antepasados son de origen indonesio *y* africano; la naturaleza indonesia predominante de la lengua no minimiza forzosamente el papel de Africa en el poblamiento. El gran continente vecino está presente mediante una contribución física mayoritaria y por numerosos rasgos de la cultura y de los sistemas sociopolíticos. Esa situación híbrida no está realizada del todo en las Comores, ni en la costa de Africa, donde también se sospechan llegadas de indonesios.

Las diversas teorías sobre el origen de los malgaches vacilan en realidad entre dos polos: el de Africa y el de Indonesia, es cierto que con algunos puntos de vista aberrantes, como el de Razafintsalama quien creía, sobre la base de varios millares de etimologías dudosas, que la Gran Isla había sido colonizada por monjes budistas. A. Grandidier había favorecido de modo exagerado a Asia, ya que para este autor, dejando aparte las llegadas recientes de los makos, todos los antepasados de los malgaches venían del sudeste de Asia, incluso los negros llamados, por las necesida-

1

2

• *1. Aldea de Andavadoaka en el sudeste; construcciones hechas con vegetales análogas a las de las primeras instalaciones.*

• *2. Cementerio de Ambohimalaza (Imerina); las «casas frías» sobre las tumbas reproducen la choza tradicional (Documentos facilitados por el autor).*

des del caso, melanesios. G. Ferrand[9] respondía a ese desafío de la geografía, con un poco de sentido común, insistiendo en los aspectos más bien africanos del origen de los malgaches. Ferrand distinguía las fases siguientes:

— un posible período prebantú;
— un período bantú anterior a la era cristiana;
— una época indonesia premerina, del siglo II al IV: emigración originaria de Sumatra en el curso de la cual los recién llegados impusieron su supremacía a los bantú;
— las llegadas árabes del siglo VII al IX;
— una nueva emigración de sumatranianos en el siglo X, entre los que figuraban Ramini, antepasado de los zafindraminia y Rakuba, antepasado de los hova;
— finalmente, los persas y, hacia el año 1500, los zafikasinambo.

G. Julien[10] otorgaba también una importancia capital a Africa e, inversamente, Malzac[11] creía que los hova habían enseñado su lengua a todos los bantú de Madagascar...

LOS PRIMEROS POBLAMIENTOS DE MADAGASCAR

Antes de profundizar más en este examen de los orígenes indonesios y africanos del pueblo malgache, conviene echar una ojeada a todas las teorías que han pretendido hacer llegar en una época muy remota a los inmigrantes procedentes de las culturas mediterráneas.

¿FENICIOS, HEBREOS O GENTES DEL *PERIPLO?*

En la historia de esos países, que para los antiguos, eran el final del mundo, fenicios, egipcios, sabeos, griegos y hebreos se iban frecuentemente a atribuir un papel que sobrepasa lo que fue en realidad. Por eso Ben atribuía la paternidad de Zimbabwe a fenicios (1893) y Ch. Poirier hacía la comparación entre la región de Sofala y los países de Punt y de Ofir.

Viajeros de una remota antigüedad han llegado a Madagascar, según algunos autores. F. de Mahy cree haber encontrado vestigios fenicios en Majunga, lo que Ferrand y yo no podemos confirmar. A. Grandidier[12] habla de visitas de griegos y naturalmente de árabes. Según él, «desde tiempos antiguos, esa isla era conocida por griegos y árabes, pero los nombres de Menuthias, Djafuna y Chezbezat con los que la designaban, y la descripción muy corta, aunque exacta, que ellos nos han dejado, no habían llamado la atención de los geógrafos europeos que sólo han conocido su existencia por medio de los portugueses, en 1500».

En realidad, el único nombre griego, el de Menuthias, que se encuentra en Ptolomeo y en el *Periplo,* designa más probablemente la isla de Pemba o quizá

9 G. Ferrand, 1908, págs. 489-509.
10 G. Julien, 1908, págs. 644 y 375.
11 R. P. Malzac, 1912.
12 A. Grandidier, 1885, pág. 11.

Zanzíbar o Mafia. Un tal Mesgnil ha creído útil redactar una obra cuyo título, *Madagascar, Homero y la civilización micenense,* da por sí solo una idea de la especulación emprendida.

Más persistentes son las leyendas sobre inmigraciones judías; el padre José Briant [13], en su librito *El hebreo en Madagascar,* cree firmemente que ha habido, no una, sino dos inmigraciones judías en Madagascar. Briant apoya su demostración en varios centenares de semejanzas entre palabras malgaches y palabras hebreas. En realidad, ese género de demostración fundada en una lingüística fácil que compara lo que se puede parecer está desgraciadamente muy extendido en Madagascar, donde J. Auber lo ha desarrollado en numerosos trabajos, todos discutibles, pero que se han editado en la Imprenta oficial.

Las investigaciones sobre el origen judío de algunos malgaches se remontan a Flacourt [14], quien cree que los primeros extranjeros llegados a la costa este de Madagascar son los «Zaffe-Hibrahim, o los de la línea de Abraham, habitantes de la isla de Santa María, y de las tierras vecinas», y en su prólogo a la *Historia de la Gran Isla de Madagascar,* Flacourt [15] explicita su hipótesis sobre el uso de nombres bíblicos, sobre la circuncisión y la prohibición de trabajar en sábado.

G. Ferrand discute formalmente la posibilidad de esas migraciones judías. Cree que algunos nombres semíticos de la isla son imputables a los malgaches que se habían convertido al islam [16]. En cuanto a la abstención del trabajo en sábado, se trata simplemente de un día *fady* (prohibido), muy corriente en las costumbres malgaches; en la costa este, se encuentran aún *fady* el martes, jueves y sábado, según las regiones. Además, parece que en el siglo XVII la existencia de la circuncisión en algunos pueblos exóticos ha incitado a algunos autores franceses cristianos a buscar un origen judío. En el siglo XVII se encuentra otro ejemplo de esa búsqueda en otra región: el diccionario francés-caribe y caribe-francés, del padre Raymond Breton.

Más recientemente, la teoría de los preislámicos malgaches ha sido seguida por J. Poirier bajo otra forma. Este autor encuentra una dualidad en las aportaciones musulmanas en Madagascar. Mientras que para sus predecesores las supervivencias atenuadas del islam-malgache evocaban orígenes judíos, Poirier considera que se trataría de una forma primitiva de religión que habría llegado de Arabia a la Gran Isla. Sin embargo, los datos arqueológicos conseguidos en el Africa oriental y en Madagascar no aportan indicación alguna en ese sentido. Las infiltraciones masivas de árabes que fertilizan la cultura swahili intervienen en el siglo VIII. En el siglo II de la era cristiana, se circulaba bastante por la costa del Africa oriental, pero el término de la navegación después de Menuthias (que no puede haber sido Madagascar) era Rapta. Según el autor del *Periplo,* el mercado en el extremo final del país de Azania era llamado Rapta, cuyo nombre se deriva de los barcos cosidos *(rapton plorarion);* allí había marfil en gran cantidad, así como carey.

Rapta aún no está localizado, pero se cree que debe situarse entre Pangani y el delta del río Rufiji. Es probable que Madagascar no estuviese interesado por ese comercio en sus costas, no sólo porque no llegaba más que hasta Rapta, sino porque la isla estaba deshabitada.

---

[13] R. P. J. Briant.
[14] L. Flacourt, 1661.
[15] L. Flacourt, *o. c.*
[16] G. Ferrand, 1891-1902, págs. 109-110.

• *Puerta antigua de Miandrivahiny Ambohimanga (Imerina) (Documento facilitado por el autor).*

Sobre la base de la documentación histórica y arqueológica de la que disponemos, podemos pensar lógicamente que Madagascar ha sido alcanzado por indonesios y africanos entre los siglos V y VIII, en todo caso no más tarde del siglo IX. Conviene, pues, examinar ahora las peripecias de lo que ya conocemos sobre esas primeras poblaciones afro-asiáticas.

LOS PRIMEROS INMIGRANTES INDONESIOS

Aunque sea aventurado fijar la fecha relativa de la migración de los primeros indonesios, se puede suponer, por varias razones que expondremos más adelante, que su partida se efectuó a partir del siglo V de la era cristiana. Los movimientos han podido proseguir hasta el siglo XII como cree Deschamps. Los primeros emigrantes que entraron en contacto con africanos y, sin duda, se aliaron con ellos son llamados por nosotros paleoindonesios. Los que llegaron más tarde son los neoindonesios, antepasados de los merina. Esa última oleada, tal vez porque siguió un itinerario más directo, ha conservado mejor su identidad biológica original; pero, sin duda, porque era menos numerosa, debió iniciarse en la lengua de los que llegaron primero, los paleoindonesios.

La dicotomía entre paleoindonesios y los neoindonesios no es sólo de orden cronológico y biológico, se refleja también en la organización social. Como ha mostrado Ottino, las sociedades de las tierras altas tienen al principio una organización que se parece mucho a la de Indonesia. Con el nombre de *funkun*, se encuentra en Timor una forma análoga al *foko*, unidad social de Imerina, a la que Bloch llama *deme*. Las sociedades malgaches costeras, por el contrario, tienen muchos puntos comunes con las del Africa bantú.

Hébert que ha observado en un determinado número de términos malgaches de origen indonesio una bipartición este-oeste, hace unas observaciones de un interés considerable en lo que se refiere a los calendarios (1960); los de los sakalava contienen pocas palabras sánscritas, pero los de los descendientes de los neoindonesios tienen muchas más [17].

Los neoindonesios parece que poseen tradiciones muy vagas es cierto, sobre su origen indonesio. Las *Tantaran'ny Andriana*, crónicas de la historia merina recogidas por el padre Callet, hacen alusión al desembarco sobre la costa este, en alguna parte entre Maroantsetra y el Mangoro. Ramilison, en su *Historia de los zafimamy*, sigue esa tradición de desembarco que él sitúa en Maroantsetra.

El país de origen de los indonesios que emigraron hacia el oeste del océano Indico en las épocas más antiguas o en tiempos más recientes es aún un enigma. A mi parecer, una comparación gloto-cronológica del malgache, o más bien de sus diversos dialectos, con un gran número de lenguas indonesias del archipiélago y del continente indochino aportaría valiosas indicaciones; la lengua que poseyese la proporción más elevada de términos comunes con el malgache nos conduciría al tronco común sudeste asiático de donde se ha producido la divergencia. O. Dahl ha demostrado el estrecho parentesco con el Maajan de Borneo, parentesco que I. Dyen ha confirmado

[17] Ese argumento parecerá dudoso a aquellos que adelantaron que la difusión de los calendarios pudo realizarse sin migración. Además, los sakalava han podido experimentar la influencia de los islámicos para modificar su calendario.

por medio de cálculos de gloto-cronología, que indican una retención común más importante para la pareja malgache-maajan que para la pareja malgache-malayo. Eso no quiere decir forzosamente que el malgache haya salido de Borneo, pues otras lenguas son quizá más próximas. Ferrand, en sus *Notas de fonética malgache*, creía en un parentesco estrecho entre el malgache y el batak, y después ha hecho comparaciones con el kawl y con el javanés.

Los protomalgaches del sudeste asiático, autores de esa versión océano Indico de la epopeya polinesia, podían tener, según Solheim [18], un género de vida muy comparable al de los iban de Borneo, que dividían sus años en un período sedentario ocupado por las roturaciones sobre chamiceras y en otro durante el cual navegaban y se dedicaban incluso a la piratería. Hébert [19] se pregunta si esos intrépidos navegantes no eran unos bugi, cuyo nombre deformado habría servido después para designar a Madagascar en los relatos árabes y hasta en nuestros días swahili *bunki* o *bukini)*.

Me he quedado sorprendido por la semejanza de las aldeas fortificadas con foso de los neoindonesios (16.000 establecimientos enumerados por A. Mille en Imerina) con los que existen en Indochina y en Tailandia. Esos establecimientos fortificados aparecen en Indonesia desde el Neolítico, pero se sabe que datan de la mitad del primer milenio de la era cristiana. De todos modos, no sería absurdo buscar también en la parte norte del sudeste asiático el origen de nuestros indonesios de Madagascar: hace quince siglos, la extensión de las civilizaciones indonesias incluía ampliamente la península indochina. Los descendientes de esa protocultura a la que querríamos remontarnos pueden haber tenido muy bien, a continuación, un hábitat insular, unos en Borneo y otros en Madagascar.

La incertidumbre en la que nos encontramos para precisar el o los países indonesios de la protocultura no significa que no estemos en el terreno de la mera especulación. A partir del siglo V, y sin duda mucho antes, las navegaciones indonesias hacia la India principalmente son muy activas y, desde el siglo VII hasta el XII, grandes potencias marítimas se desarrollan en Indonesia, principalmente los imperios hinduizados de Crivijaya (siglos VII al XIII) establecidos en Sumatra, el de Cailendra (VIII), el de Mataram (IX al XI) y el de Modjapahit (XIII) en Java, y el de Jambi (XII) en país malayo.

Una datación exacta de las partidas indonesias no resulta más fácil de establecer, en el estado actual de nuestros conocimientos, que el área de origen. Ferrand y luego Dahl han observado que, aunque existen muchas palabras sánscritas en malgache, su número es mucho menos importante que en las lenguas estrechamente emparentadas (malayo o más bien maajano). De ello se puede deducir que las partidas hacia Madagascar han debido tener lugar cuando la hinduización de Indonesia estaba comenzada [20]. La hinduización, aunque está bien atestiguada desde el siglo IV de la era cristiana, debió comenzar antes; pero esa influencia ha sido muy desigual en el interior de Indonesia y del sur asiático.

La gloto-cronología entre el malayo y el malgache y en el interior de los dialectos salidos del protomalgache nos proporcionan un abanico de posibilidades cronológicas un poco antes y dentro del primer milenio de la era cristiana [21]. El interés del

[18] W. Solheim, 1965, págs. 33-42.
[19] J. C. Hebert, 1971, págs. 583-613.
[20] O. Dahl, 1951, pág. 267.
[21] P. Verin, C. Kottak y P. Gorlin, 1970, págs. 26-83; Dyen, 1953.

estudio de la divergencia del vocabulario básico se apoya en las clasificaciones que se puede hacer entre los dialectos y en las inferencias sobre las migraciones en el interior de Madagascar que se pueden derivar de ello. La constatación de Deschamps de que los itinerarios marítimos estaban abiertos desde hacía mucho tiempo en la parte este de la India y en el oeste eran conocidos desde los primeros siglos de la era cristiana tiene, a mi parecer, más peso que las incertidumbres de la gloto-cronología.

La presencia de objetos de piedra debería ayudar, si estuviera verificada, a remontarnos hasta el inicio de la historia malgache. Hasta ahora no existe elemento alguno en ese sentido, y creo que los primeros malgaches que han vivido en la isla conocían el metal. En la costa de Africa, como sabemos, la Edad de hierro sucede a la Edad de piedra entre los siglos I y IV de la era cristiana. En Indonesia, el bronce es mucho anterior[22] y, sobre todo, han coexistido civilizaciones muy diferentes; incluso grupos aislados conservaban útiles de piedra después del siglo X en Indonesia.

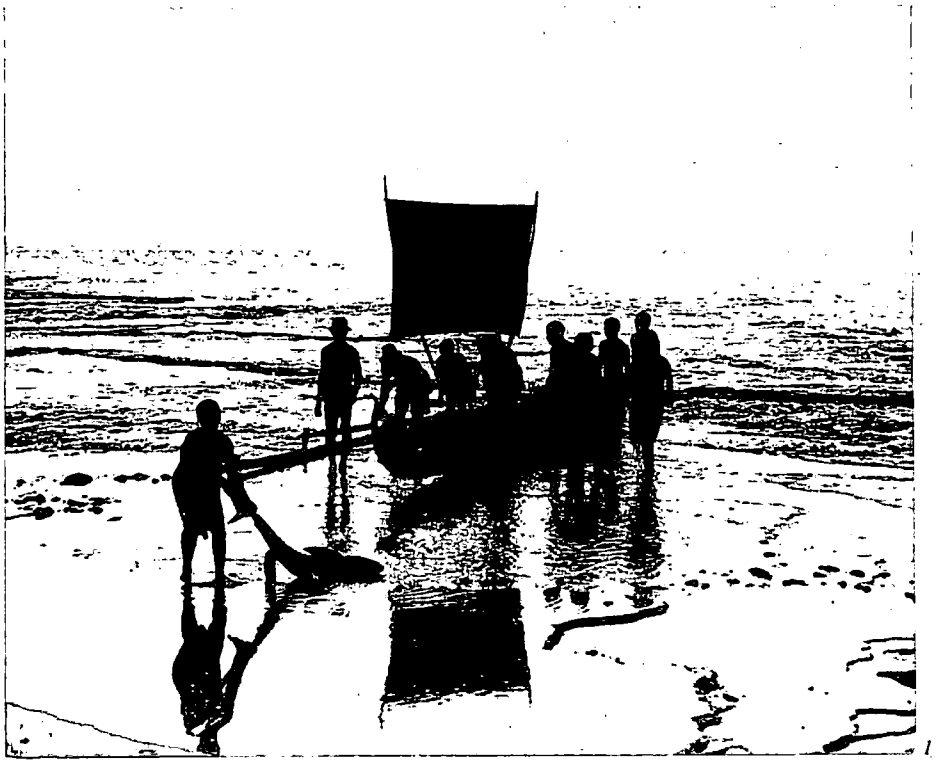
La existencia de objetos de piedra en Madagascar está sujeta a controversias. Hasta ahora han tenido lugar hallazgos de objetos que semejan azuelas: uno en la región de Ambatomanoina, por Bloch[23] y otro, por Marimari Kellum-Ottino, en Tambazo, al este de Malaimbady. De momento, debemos considerarlos con reserva, porque esos dos trozos trabajados provienen de lugares en los que se han podido tallar piedras de chispa, pero si apareciese una confirmación, eso podría situar la llegada de los primeros indonesios al menos en la mitad del primer milenio de la era cristiana. La indicación de G. Grandidier (1905) de que unas piedras talladas que se parecen a pedernales han sido descubiertas en el yacimiento de subfósiles de Laboara, nos parece del mayor interés; en efecto, durante la extinción de los subfósiles, las armas de fuego no estaban aún introducidas en Madagascar y podría tratarse realmente de industria lítica.

La alfarería malgache del centro y del este tiene muchas afinidades con los objetos del complejo Bau-Kalanay, pero los objetos de cerámica encontrados en Africa en ese período arcaico son aún muy poco conocidos para clasificar con precisión qué es africano y qué indonesio. La religión malgache de los antepasados, por sus monumentos de piedras izadas, recuerda mucho a Indonesia. Ferrand (1905) relaciona por una etiología sólida la palabra que designa la divinidad *(Zanahary)* con las homólogas malaya y cham.

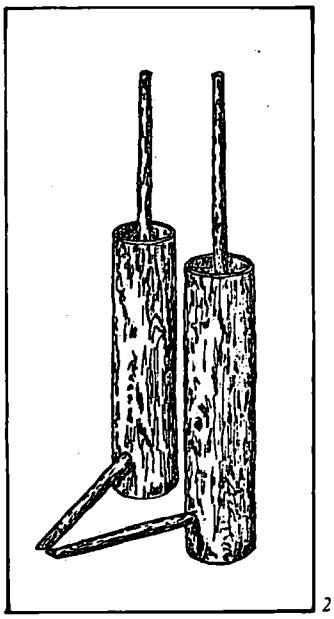
En lo que se refiere al instrumento de las migraciones, frecuentemente se ha planteado la cuestión de saber si los indonesios del primer milenio poseían navíos capaces de recorrer distancias tan largas. Se sabe que en esa época existían, en el oeste del océano Indico, barcos cosidos, los *mtepe*, que figura entre los antepasados de los barcos a vela (sin embargo, su casco estaba atado en lugar de clavado y la vela no era la misma). Al este del océano Indico, como ha mostrado Deschamps, había barcos capaces de aguantar en alta mar; la imagen más antigua la tenemos en la escultura del templo de Borobudur (Java, siglo VIII) que representa un barco con balancín, con dos mástiles y vela.

De la contribución indonesia al poblamiento, aun estando admitida, quedan por descubrir los itinerarios que ha podido seguir. Numerosos autores han hecho observar que existe una primera ruta, la del Gran Sur ecuatorial que teóricamente puede

[22] H. P. van Heekeren, 1958.
[23] M. Bloch y P. Verin, 1966, págs. 240-241.



1



2

• *1. Piragua de pesca vezo de tipo indonesio con balancín.*

• *2. Fuelle de forja con dos posiciones, de tipo indonesio (Documentos facilitados por el autor).*

llegar de Java hacia Madagascar; esa corriente sudecuatorial está particularmente bien establecida entre las orillas meridionales de Java y la zona de las proximidades del cabo de Ambre, durante el período de agosto-septiembre. Sibrée había observado que las piedras pómez de la explosión del Krakatoa habían viajado así siguiendo unos trayectos que las habían hecho encallar sobre las costas malgaches.

Esa ruta directa Insulindia-Madagascar, sin estar absolutamente inutilizable, sigue siendo, no obstante, difícil de concebir por razones que ha explicado perfectamente Donque. «Semejante itinerario directo Java-Madagascar no encuentra, pues en principio, obstáculos insuperables en el transcurso del invierno austral, estación durante la cual los ciclones tropicales están ausentes de esa zona. Sin embargo, conviene anotar presunciones de pruebas que pueden encerrar esa hipótesis», porque el trayecto directo representa una distancia de casi 6.000 km. en un desierto marino sin escalas. Hay, pues, que considerar una escala para la India del sur y Ceilán. Deschamps [24] hace alusión a referencias que hablan de incursiones de piratas del mar en esas regiones en la primera mitad del primer milenio de la era cristiana.

El trayecto India meridional-Madagascar no plantea en principio graves problemas. El itinerario por las costas sur del Asia occidental era conocido desde la época del *Periplo* y más tarde la abundancia de monedas chinas que se encuentran en Siraf atestigua la intensidad de intercambios entre el Extremo-Oriente y el Medio-Oriente por vía marítima. Desde el Medio Oriente, el descenso a lo largo de las costas africanas ha tenido lugar como en tiempos de la prosperidad de Rapta, y el descubrimiento de Madagastar se realizó, sin duda, por la mediación de las Comores. En tiempo claro, cuando se está a la altura del cabo Delgado, se adivina la silueta del Kartala de la Gran Comore. Los relieves de Moheli se ven desde la Gran Comore y así sucesivamente hasta Mayotte; ¿hay que imaginar que un navío con destino a una de esas islas del archipiélago comoriense ha podido no encontrarla y se volvió hacia Nosy-Be o hacia el cabo Saint-Sébastien, como les ha ocurrido frecuentemente en el siglo XIX a los barcos de vela de Zanzíbar desviados por los temporales?

Efectivamente, podría haber ocurrido que el poblamiento de las islas Comores sea antiguo. Las crónicas de los escritores locales, en particular la de Said Ali, hablan de la presencia de poblaciones «paganas» en la era de los *bedja* antes de la llegada de los musulmanes. Ciertamente, no sabemos si se trata de indonesios o de africanos, pero no deja de ser ese un indicio muy interesante. Según algunos autores, principalmente Repiquet [25] y Robineau [26], la población de los altos de Anjouan, los wamatsa, incluiría una cierta proporción de descendientes de esos primeros habitantes preislámicos. Esa suposición no ha sido aún realmente examinada. Elementos de la toponimia *(Antsahe,* por ejemplo, que puede parecerse al malgache *Antsaha)* o de la tecnología tradicional permitirían considerar la posibilidad de inmigrantes protomalgaches de origen indonesio. En Ouani, sobrevivió una tradición alfarera, cuyo forma y decoración de las ollas recuerdan singularmente los objetos similares malgaches [27]. Hébert ha indicado que, siempre en Anjouan, existen prohibiciones sobre las anguilas de los lagos de montaña, prohibiciones muy similares a las que los malgaches respetan sobre la misma anguila que tiene en Madagascar un nombre de etimología indonesia

[24] H. Deschamps, 1960, *o. c.*, pág. 27.
[25] J. Repiquet, 1902.
[26] C. Robineau, 1966, págs. 17-34.
[27] P. Verin, 1968, págs. 111-118.

• *1. Cementerio de Marovoay cerca de Morondava.*

• *2. Estatua de Antsary: arte antanosy, cerca de Fort-Dauphin (Documentos facilitados por el autor).*

como en Anjouan. Barraux[28] señala también una tradición original, quizá malayo-polinesia del hábitat en Voueni. Naturalmente, la cultura comoriense posee, como en la costa de Africa, objetos llegados del sudeste asiático, como la piragua con balancín y el rallador de coco.

El substrato indonesio de Anjouan quizá sea descubierto un día por las excavaciones del Viejo Sima. Ese establecimiento, donde subsiste una mezquita que data del siglo XV, ha sido atravesado por una zanja de carretera en cuya base se nota la existencia de una capa arqueológica que contiene cascotes de cerámica de color ocre rojizo y una gran abundancia de conchas marinas que proceden de desechos de cocina. Una datación al carbono 14 realizada en una tridacnis de las capas profundas indica una antigüedad de 1500 años (±70) (laboratorio Gakushui). Naturalmente serán necesarias excavaciones en ese lugar difícil de alcanzar; las capas preislámicas de Sima contienen probablemente elementos para resolver el enigma de los protomalgaches.

Los indonesios que habitaban en la costa africana han formado quizá el núcleo de la población de Madagascar, como ha supuesto Deschamps y después Kent bajo una forma algo diferente, pero totalmente hipotética. Se han exagerado las influencias indonesias sobre la costa de Africa. El «complejo malayo» de las plantas importadas del sudeste asiático en Africa no está forzosamente unido con los indonesios; según el relato del *Periplo*, la caña de azúcar y probablemente el cocotero no habían llegado con ellos.

El área de difusión de la piragua con balancín en el océano Indico es ciertamente, como lo había visto Hornell, un indicio de influencias indonesias; Deschamps cree que marca el camino de las migraciones hasta Madagascar; suposición verosímil, pero todavía discutida, porque los contactos estrechos de las culturas swahili y malgache han podido favorecer la adopción de préstamos.

Cuando se hace el balance de las influencias indonesias sobre la costa oriental de Africa, se observa que son relativamente poco importantes. Ahora bien, si ha habido instalación de indonesios en la costa oriental, deberían encontrarse sus vestigios. Y hasta ahora no se ha encontrado ninguno. Eso haría pensar que el punto de impacto de los asiáticos en la costa, si ha existido, está relativamente localizado y nunca ha contituido una colonización de gran magnitud. En esta discusión, conviene hablar de las informaciones que nos proporcionan los primeros geógrafos árabes. El texto más antiguo y también el más estimulante sobre la cuestión es sin duda el que refiere la incursión de las gentes de Waqwaq a las costas africanas en la segunda mitad del siglo X. J. y M. Faublée[29] y R. Mauny[30] consideraron ese texto con razón como muy importante, pero lo interpretan de modo diferente. Está extraído del *Libro de las Maravillas de la India*, por Bozorg ibn Chamriyar, un persa de Ramhormoz[31]. He aquí el párrafo en cuestión: «Ibn Lakis me ha contado que se han visto gentes de Waqwaq haciendo cosas asombrosas. Por eso, en el año 334 (945-946) llegaron allí en un millar de embarcaciones y les atacaron con extrema dureza, sin poder, no obstante, conseguir arribar, porque Oambaloh está rodeada de un robusto muro de cerco, en torno del cual se extiende el estuario lleno de agua del mar, aunque

[28] M. Barraux, 1959, págs. 93-99.
[29] J. y M. Faublee, 1963.
[30] R. Mauny, 1968, págs. 19-34.
[31] Devic, 1878; van der Lith, 1883-1886; seguido por G. Ferrand, 1913-1914, págs. 586-587.

Oambaloh esté en medio de ese estuario como una poderosa ciudadela. Gentes de Waqwaq que habían llegado allí a continuación les preguntaron por qué habían ido precisamente allí y no a otra parte. Respondieron que era porque buscaban a los zeng, debido a la facilidad con la que ellos soportaban la esclavitud y debido a su fuerza física. Dijeron que habían llegado de una distancia de un año de viaje, que habían saqueado las islas situadas a seis días de viaje de Oambaloh y se habían apoderado de cierto número de aldeas y de ciudades de Sofala de los zeng, sin hablar de otras que no se conocían. Si esas gentes decían la verdad y si su información era exacta, el saber que habían llegado de una distancia de un año de viaje, confirmaría lo que decía Ibn Lakis de las islas de Waqwaq: que estaban situadas frente a China» [32].

Oambaloh es probablemente la isla de Pemba; del relato de esa incursión se puede suponer que los piratas llegaban del sudeste asiático, tal vez vía Madagascar a «seis jornadas de viaje». Lo cierto es que, en la primera mitad del siglo X, los indonesios están en esa región del océano Indico. De momento, no tenemos ningún elemento para afirmar que esas llegadas sean muy anteriores al comienzo del siglo X.

Usando otros textos árabes encontrados y traducidos por Ferrand, se advierte que esos habitantes de Waqwaq son negros, pero incluyen quizá a indonesios y forman ya el complejo protomalgache, biológica y lingüísticamente mixto. De todos modos, las navegaciones indonesias parece que prosiguieron hacia la costa africana hasta el siglo XII, como lo atestigua un párrafo de Idrisi: «Los zeng no tienen en absoluto barcos en los que puedan viajar. Pero atacan a las naves del país de Omán y a otras, con destino a las islas Zabadj (Zabedj, es decir, Sumatra) que dependen de las Indias. Esos extranjeros venden sus mercancías y compran productos del país. Los habitantes de las islas Zabadj van a las islas Zendj en naves grandes y pequeñas y les sirven para el comercio de sus mercancías, ya que unos y otros comprenden mutuamente su lengua» [33].

En otro párrafo del mismo manuscrito de Idrisi se dice: «Las gentes de Komr y los mercaderes del país de Maharadja (Djaviga) van a sus islas (las de los zendj), son bien recibidos y trafican con ellos» [34].

En las relaciones árabes, parece que a veces surge una confusión entre Waqwaq y Komr; ahora bien, los viajes de Ibn Majid y de Salaiman al-Mahri del siglo XV muestran muy bien que ese término geográfico de Komr designa a Madagascar y algunas veces incluso a las Comores y Madagascar juntos; esa confusión es interesante, puesto que son probablemente los waqwaq los que han poblado el país de Komr.

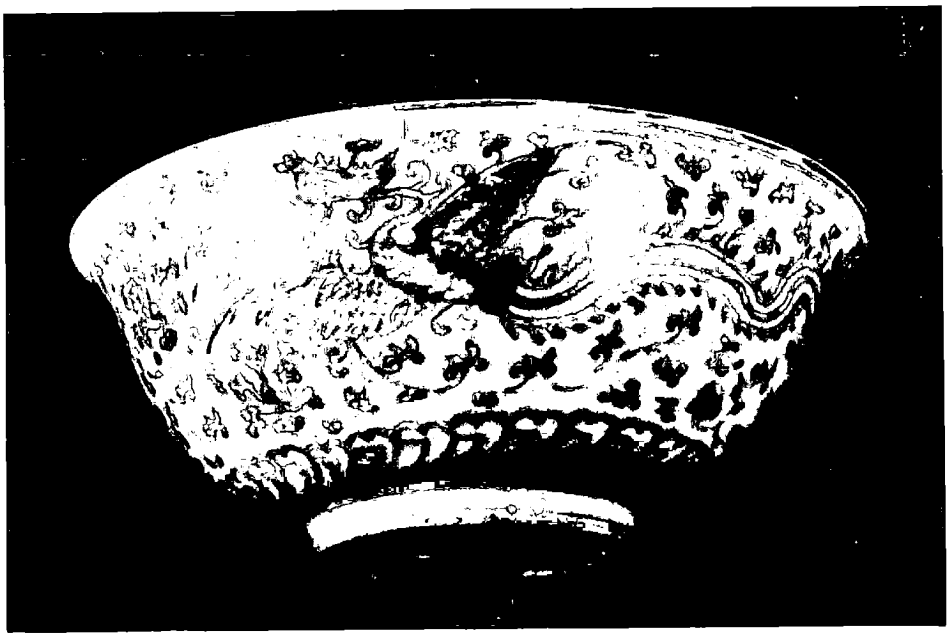
EL FIN DE LAS MIGRACIONES INDONESIAS HACIA EL OESTE

Es posible que el reforzamiento de las escalas islámicas al comienzo del segundo milenio haya tenido como consecuencia la interrupción de los viajes de los indonesios. Un párrafo de Ibn el-Mudjawir (siglo XIII) refiere a este respecto una interesante

[32] Sauvaget, 1954, pág. 301, citado por J. y M. Faublee, 1963.

[33] Idrisi, manuscrito 2222 de la Biblioteca nacional, fol. 16, vol. L. 9-12 y también G. Ferrand, 1913/1914, *o. c.*, pág. 552.

[34] Fol. 21, vol. L. págs. 1-2.



1

2

• *1. Cerámica china de Vohémar.*
• *2. Marmita de piedra, civilización de Vohémar. (Fotografías Col. Museo de Arte y de Arqueología de Madagascar).*

tradición recogida en Arabia, traducida por Ferrand [35] y que Deschamps considera con razón como fundamental: «El establecimiento de Aden fue habitado por pescadores tras la caída del Imperio de los faraones [probablemente el Imperio romano, cuyo centro oriental era Alejandría]. Una invasión de las gentes del Al Komr tomó posesión de Aden, expulsó a los pescadores y estableció construcciones de piedra sobre las montañas. Navegaban juntos durante un solo monzón. Esos pueblos han muerto y sus migraciones se han acabado. De Aden a Mogadiscio, hay un monzón, de Mogadiscio a Kiloa, un segundo monzón, y de Kiloa a Al Komr un tercero. El pueblo de Al Komr había reunido esos tres monzones en uno solo. Un navío de Al Komr había regresado a Aden por ese itinerario en el año 626 de la Hégira (1228); al dirigirse hacia Kiloa, llegó por error a Aden. Sus navíos tienen balancines, porque los mares son peligrosos y poco profundos. Pero los barabar los expulsaron de Aden. Actualmente, no existe nadie que conozca los viajes marítimos de esos pueblos, ni que pueda referir en qué condiciones han vivido, ni qué han hecho».

Aunque las navegaciones indonesias se detuvieron en las costas de Africa bastante pronto, eso no significa la suspensión de relaciones entre el Extremo Oriente y el oeste del océano Indico. Al contrario, parece que se desarrolló el gran comercio transoceánico, pero es probable que estuviese asegurado sobre todo por los musulmanes que se familiarizaron cada vez más con los itinerarios. El viajero Ibn Majid da con precisión las latitudes de las ciudades de la costa de Africa y las de los territorios y establecimientos indonesios de enfrente; la travesía del océano Indico podía hacerse entonces en 30 a 40 días.

Por otra parte, se puede creer que si los indonesios no frecuentaban ya la costa de Africa, no por eso dejaban de dirigirse directamente a Madagascar, quizá desde las regiones meridionales de la India. Los neoindonesios podrían haber seguido ese itinerario. Nosotros sabemos que es perfectamente practicable, puesto que en 1930 llegaron sanos y salvos al cabo Este unos pescadores de las islas Laquedivas que se habían desviado directamente desde su archipiélago de origen hasta Madagascar. Esos neo-indonesios han aprendido el dialecto malgache de las gentes del este y han mantenido contactos con los islamizados que poseían entonces escalas en la costa este.

Aunque el período explorador de los neoindonesios en Madagascar parece que tuvo lugar efectivamente en la costa este, se discute aún la región de instalación de los primeros indonesios. Dahl ha descubierto que la terminología de los puntos cardinales en malgache y en las lenguas indonesias está estrechamente emparentada, pero que los términos coinciden a condición de que se haga girar la rosa de los vientos malgache 90 grados. Por eso, si en Maanjan, *barat* significa el oeste, y *timor* el este, las palabras malgaches correspondientes, *avaratra* y *atsimo* significan respectivamente el norte y el sur. El desfase se explica si se tiene en cuenta que para los pueblos marinos, los puntos cardinales se definen en función de los vientos; el viento del norte que lleva las tormentas a la costa noroeste de Madagascar corresponde al viento del oeste húmedo de Indonesia, mientras que el viento seco del sur ha sido identificado como el alisio seco del este indonesio. Esta explicación de Dahl sólo es válida para la costa noroeste de Madagascar donde, se cree, los inmigrantes habrían arribado en primer lugar. Según Hébert, esa interesante hipótesis no resiste un examen crítico. Aunque se

[35] G. Ferrand, *o. c.*, págs. 1913-1914.

refiere más a las características generales de los vientos (de la lluvia y de la estación seca) que a su dirección, se comprende que los protomalgaches, que llamaban *barat laut* al viento del oeste, portador de lluvia en Indonesia, hayan aplicado en Madagascar la palabra *avaratra* al norte de donde vienen las lluvias, adoptando, por otra parte, una medida común entre el este y el oeste. En efecto, las lluvias y tormentas de la estación cálida llegan más bien del nordeste a la costa este, y del noroeste a la costa oeste. Nada permite, pues, decir que los malgaches se hayan instalado en primer lugar en la costa noroeste [36].

LAS INMIGRACIONES AFRICANAS Y SWAHILI

Las discusiones de las diversas hipótesis sobre los aspectos indonesios del origen de los malgaches no nos ha hecho perder de vista que una parte importante, incluso mayoritaria, de la población era de origen africano. Para explicar esa simbiosis afro-asiática, Deschamps ha adelantado dos hipótesis: la de la mezcla étnica y cultural en la costa oriental de Africa de una parte, y la posibilidad de razzias indonesias sobre el litoral del continente vecino de otra. Kent ve en ello también un impacto indonesio importante en Africa y una colonización posterior hacia Madagascar. En la actual situación con una falta de informaciones arqueológicas en los establecimientos costeros africanos del sur (Tanzania-Mozambique) anteriores al siglo VIII, me niego a considerar esas teorías de otro modo que como hipótesis. Por otra parte, es totalmente posible que la simbiosis africano-indonesia haya comenzado en las islas Comores o en el norte de Madagascar.

La suposición de un poblamiento pigmeo arcaico en Madagascar adoptada periódicamente por algunos autores desdeña los datos de la geología (la Gran Isla está aislada desde el terciario) y los de las navegaciones (los pigmeos no son navegantes y no han participado en la eclosión de la civilización marítima de los swahili). Las poblaciones que se han estimado «residuales» de ese poblamiento «pigmeoide», los mikes por ejemplo, no son, por otra parte, de estatura pequeña.

A mí me parece que esas poblaciones de origen africano en Madagascar son bantú; es probable que su llegada comenzase en la isla lo más tarde a partir del siglo IX, como las de los indonesios; pero, las migraciones africanas prosiguieron probablemente hasta el comienzo de los tiempos históricos (siglo XVI); se puede suponer que una gran parte de los africanos llegó al mismo tiempo y del mismo modo que los islamizados o los swahili no islamizados.

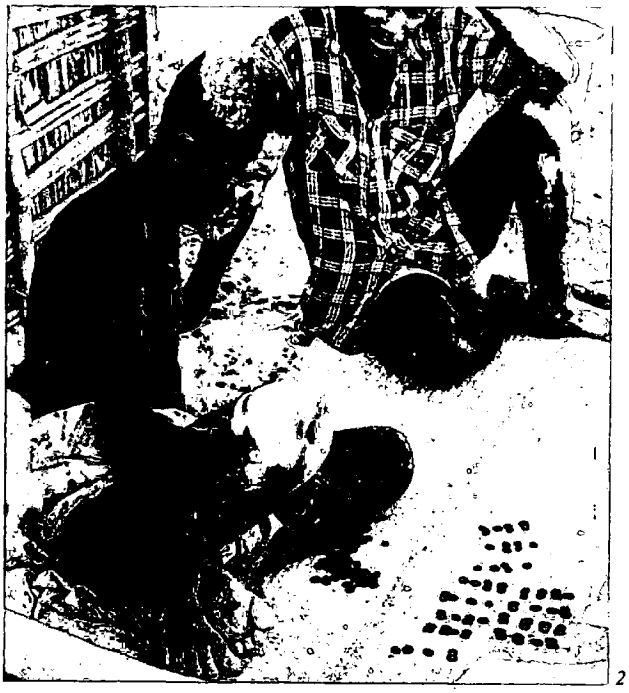
El aspecto predominante indonesio del vocabulario malgache no puede hacer olvidar la contribución de las lenguas bantúes; ésta existe como existe en el criollo de las Antillas un vocabulario esencialmente francés (95%) y elementos africanos. La contribución bantú se sitúa, pues, en dos planos: el del vocabulario, en primer lugar, pero también el de la estructura de las palabras. La existencia de las palabras bantúes en todos los dialectos de Madagascar nos asegura que los africanos no pueden ser considerados como si hubieran desempeñado un papel tardío en el poblamiento. Su participación debe encontrarse en las raíces mismas de la civilización malgache. La lengua malgache tiene huellas de una influencia bantú muy fuerte. Esa influencia es

[36] J. C. Hébert, 1968 (a), págs. 809-20; 1968 (b), págs. 159-205; 1971, *o. c.*, págs. 583-613.

1

• *1. Arrozales en terrazas cerca de Ambositra. Se los pueden comparar con las de Luzon, en las Filipinas.*

• *2. Ejercicio de geomancia, extremo sur (Documentos facilitados por el autor).*



2

tan grande y de tal carácter que es inexplicable si no se supone un substrato bantú. Pero hay más. O. Dahl demuestra muy claramente que en malgache el cambio de las finales consonánticas (indonesias) en finales vocálicas ha sido causado por un sustrato bantú. Y, en ese caso, ese cambio ha tenido lugar poco tiempo después de la instalación de los indonesios entre los bantú, durante el período en que éstos se adaptaban a la nueva lengua [37].

Por consiguiente, hay motivos para buscar la causa de la transformación del malgache en lengua con finales vocálicas no en Indonesia, sino en Madagascar mismo. Si la lengua hablada en Madagascar antes de la llegada de los indonesios era una lengua bantú, ese transformación es muy comprensible. Entre las lenguas bantú, las que toleran consonantes finales son raras excepciones, y no conozco ninguna en el este africano. Las gentes que hablan una lengua sin consonantes finales tienen siempre dificultades para pronunciar las consonantes finales de otra lengua, al menos sin una vocal de apoyo. ¡Todos los que han enseñado el francés en Madagascar tienen experiencia de ello!

Supongo, pues, que el cambio de las finales consonánticas en finales vocálicas ha sido producido por un substrato bantú. Y en ese caso, ese cambio ha tenido lugar poco tiempo después de la instalación de los indonesios entre los bantú, durante el período en que éstos se adaptaban a la nueva lengua. Ese es, pues, uno de los primeros cambios fonéticos después de la inmigración a Madagascar.

Se sabe poco del lugar que ocupó Madagascar en la expansión bantú. Pero sabemos mucho de bantú marinos, como los bajun de Somalia, estudiados por Grottanelli, los mvit de Kenia y los antiguos makoa de Mozambique, pero, sin testimonios arqueológicos, es difícil establecer correlaciones con Madagascar. Referente a Anjouan, se ha descubierto recientemente que el fondo lingüístico de la isla debía estar relacionado con Pokomo de la costa keniata (región de la desembocadura del río Tana). Esa isla comoriana ha podido ser una escala, como también la isla Juan de Nova frecuentada actualmente por los pescadores de tortugas y por los barcos a vela [38]. Los bantú debieron llegar a Madagascar por las islas Comores. Es, pues, natural pensar que la o las lenguas bantúes habladas en otros tiempos en Madagascar, estaban estrechamente emparentadas con las de las islas Comores. Las viejas palabras bantúes y malgaches vienen en apoyo de ese hipótesis.

Por Ibn Battuta, sabemos que al comienzo del siglo XIV la civilización swahili, sin ser totalmente islámica, estaba en pleno desarrollo; esos marinos de la civilización swahili primitiva, islamizada o no, han tenido a mi parecer un papel fundamental en las migraciones africanas de Madagascar.

No nos es posible aclarar, de momento, las aportaciones sucesivas, pero muchos autores han advertido la heterogeneidad del problamiento del oeste y del norte de Madagascar. Mellis, a lo largo de su libro sobre el noroeste, subraya el contraste entre las gentes del mar *(antandrano)* y las del interior *(olo boka antety)*, contraste que se encuentra con ocasión de algunos ritos funerarios.

Entre las poblaciones con físico africano dominante, algunas reconocen su origen ultramarino y de él extraen las consecuencias para sus costumbres: ese es el caso de los vazo-antavelo en todo el litoral oeste y noroeste. Los kajemby tienen siempre sus

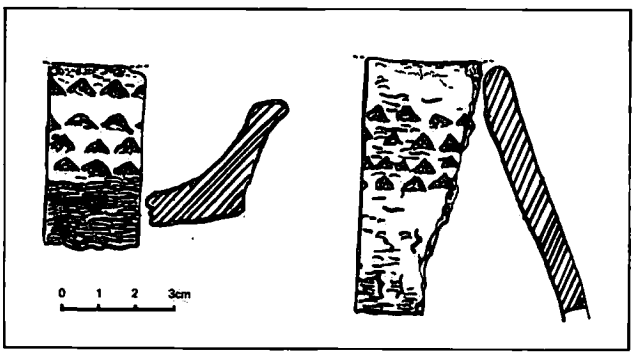
[37] O. Dahl, 1951, *o. c.*, págs. 113-114.
[38] *Instructions nautiques*, Grotanelli, 1969, pág. 159.

1

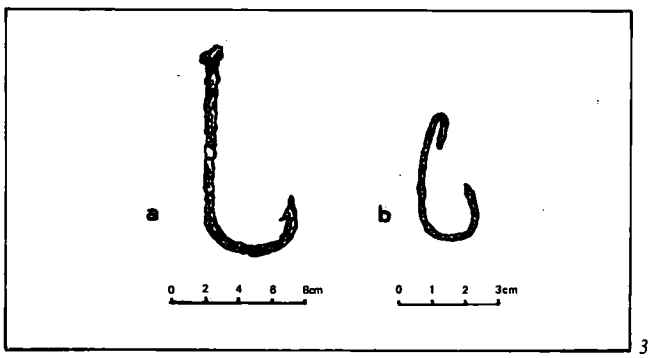
• *1. Tumba antalaotse de Antsoheribory.*

• *2. Cerámicas de Kingany y de Rasoky (siglo XV).*

• *3. Anzuelos de Talaky (siglo XII) (Documentos facilitados por el autor).*



2



3

cementerios sobre las dunas del litoral y se reconocen emparentados con los sangangoatsy; éstos habitan actualmente en el interior, hacia el lago Kinkony; pero no siempre ha sido así, porque los mapas y los relatos portugueses del comienzo del siglo XVII indican la mención *Sarangaço* o *Sangaço* (una deformación de Sandagoatsy) sobre las orillas de la bahía de Marambitsy. Hace ya tres siglos y medio que los sandagoatsy han vuelto la espalda a sus orígenes marinos. Lo mismo han hecho, din duda, los vazimba del medio-oeste y de las tierras altas.

Los desplazamientos de los bantú marinos a partir del siglo IX nos informan, ciertamente, de la contribución africana en el poblamiento malgache; queda por explicar cómo la lengua indonesia se ha convertido en *lingua franca;* ciertamente, ha tenido lugar un encuentro con los indonesios y se ha podido pensar que entre las poblaciones africanas que hablan lenguas o dialectos diferentes, el indonesio se ha convertido poco a poco en una lengua vehicular; pero un tablero lingüístico y étnico ha debido mantenerse durante mucho tiempo al menos en la costa hacia Baly y Maintirano (el Bambala de Moriano), en Tsiribihina (según Drury) y entre algunos grupos vazimba del interior (según Birkeli y Hébert). Esos vazimba de la época arcaica tenían un género de vida bastante primitivo en el plano económico. Eran pescadores en las costas, pero en el interior probablemente dependían en gran medida de la explotación bruta de los recursos del medio ambiente. La recolección, la caza y la recogida de miel bastaban sin duda, para cubrir sus necesidades. Según Drury, los vazimba de Tsiribihina eran pescadores de río. En las excavaciones se han encontrado acumulaciones muy importantes de conchas consumidas por esas poblaciones de género de vida recolector hacia Ankazoabo y hacia Ankatso. La simbiosis entre los indonesios y los africanos se realizó desde el inicio del poblamiento malgache. Algunos bantú marinos debían estar islamizados antes del siglo X. Me ha sorprendido el hecho de que las personas islamizadas en Madagascar y todas las poblaciones de las costas oeste y noroeste comparten en común el mismo mito sobre su origen, el de Mojomby o de «la isla desaparecida». He referido [39] ese mito en forma literaria, tal como me lo han contado los antalaotse de la bahía de Boina. Según los informadores, Selimany Sebany y Tonga, los antepasados de los kajemby y los de los antalaotse habitaban antiguamente en una isla situada entre la costa de Africa y las Comores. Vivían del comercio y practicaban la religión musulmana. Cuando la impiedad y la discordia se instalaron en la isla, Alá decidió castigarlos; la isla fue sumergida por un mar furioso y algunos justos escaparon al castigo, algunos dicen que ellos fueron milagrosamente salvados y otros pretenden que Dios envió una ballena para llevárselos; Kajamby y Antaloetse son descendientes de ese contingente de justos. Es, pues, probable que los islamizados no han participado en un fenómeno superimpuesto, sino que han podido desempeñar un papel catalítico en las migraciones africanas a Madagascar.

[39] P. Vérin, 1970, págs. 256-258.

Capítulo 29

LAS SOCIEDADES DEL AFRICA SUBSAHARIANA EN LA PRIMERA EDAD DE HIERRO

M. POSNANSKY

En los capítulos anteriores hemos examinado la arqueología de las diferentes regiones del Africa subsahariana en el transcurso del último milenio antes de la era cristiana y del primer milenio de la misma era. En el presente capítulo trataremos de analizar algunas grandes tendencias de la historia de Africa en el transcurso de ese período. Este se caracteriza por cambios fundamentales en todos los dominios. La economía pasa del estadio del parasitismo al del dominio de los medios de producción alimenticia vegetal y animal. Asimismo la tecnología rudimentaria, en gran parte fundada sobre la utilización de la piedra y de la madera, da paso a una tecnología mucho más compleja fundada sobre elempleo de diversos metales paralelamente con el de la piedra. Durante este período es cuando se sentaron los fundamentos de las sociedades africanas que nosotros conocemos actualmente; como consecuencia, las fronteras entre los diferentes grupos lingüísticos se modificarán ligeramente, la población aumentará considerablemente y los grupos sociales y políticos se harán más complejos con la aparición de los Estados; pero, de modo general, la demografía y la economía del Africa subsahariana son fijadas en sus grandes rasgos desde el último cuarto del primer milenio de la era cristiana.

Una de las dificultades con las que tropieza todo intento de reconstruir esa historia en sus líneas maestras es la desigual densidad de las investigaciones arqueológicos. Vastas regiones quedan aún inexploradas arqueológicamente, en parte en algunos de los países más extensos, como Angola, Mozambique, Zaire, República Centroafricana, Camerún, Benin, Costa de Marfil, Malí, Alto Volta, Níger, Sierra Leona y Madagascar. Incluso allí donde investigaciones serias han podido ser realizadas, están demasiado localizadas, como en Senegal y en Chad. Conviene observar que aunque existen Servicios de Antigüedades desde el siglo XIX en algunas partes del norte de Africa (desde 1858 en Egipto), en numerosos países de la región

subsahariana las investigaciones han comenzado con la independencia y la creación de universidades y de museos. En cualquier caso, el establecimiento de una cronología por medio del radiocarbono ha modificado radicalmente nuestros conocimientos de la primera Edad de hierro en el curso de los últimos diez años y permite hacerse una idea muy general de la dimensión temporal de las diversas transformaciones económicas.

LA EXPLOTACION DE LOS MINERALES

Cuatro minerales de importancia más que local eran explotados durante el período que nos interesa; por orden de su explotación son el cobre, la sal, el hierro y el oro. La utilización de la piedra prosiguió naturalmente tras el empleo de los metales para la fabricación de los útiles y de las armas más importantes.

EL COBRE

La extracción del cobre comenzó probablemente en Mauritania durante el primer cuarto del último milenio antes de la era cristiana. Parece, según la forma de los objetos de cobre descubiertos en esa región, que ha sido estimulada por contactos con Marruecos. El aspecto de esas primeras minas es muy mal conocido, pero se puede creer que eran relativamente poco profundas [1]. Las minas de Mauritania son las únicas de las que sepamos de modo cierto que estaban en actividad antes del año 1000. Existen otros yacimientos de cobre en Malí y en el Níger, en las regiones de Nioro y de Takkeda, que eran explotados con toda certeza al comienzo del segundo milenio, pero ignoramos durante cuanto tiempo y no sabemos cuando fueron descubiertos.

Según el testimonio de autores árabes y de textos clásicos [2], el cobre parece que ha sido un elemento del comercio transhahariano desde el primer milenio; encaminado hacia el sur, tal vez era cambiado por el oro transportado hacia el norte. Los lingotes descubiertos en Macden Ijafen atestiguan la importancia de ese comercio en una época ligeramente posterior (siglo XI o XII). Los objetos encontrados en Igbo Ukwu, al este de Nigeria, presentan un interés capital para la apreciación de la escala de esos intercambios. Aunque realmente datan del siglo IX como lo afirman a la vez el director de las excavaciones, Thurstan Shaw [3], y B. Wai-Andah en el capítulo 24, el gran número de los objetos ya descubiertos y el número todavía mayor de los que normalmente deberían haberlo sido en yacimientos similares, demuestran que ese comercio estaba muy desarrollado desde los siglos VIII o IX. Numerosos especialistas [4], no obstante, no aceptan una fecha tan antigua y atribuyen esos objetos a una época avanzada del segundo milenio. Al estar extraordinariamente localizado por razones geológicas el reparto de los minerales de cobre en Africa, la abundancia de los hallazgos de Igbo no puede explicarse más que por medio de intercambios comerciales. Shaw piensa que la técnica de la fundición a la cera ha llegado del norte y que

[1] N. Lambert, 1971, págs. 9-21.
[2] M. Posnansky, 1971, págs. 110-125.
[3] Th. Shaw, 1970 (a).
[4] B. Lawal, 1973, págs. 1-8; M. Posnansky, 1973 (b), págs. 309-311.

probablemente es de origen árabe. Con la excepción posible de Igbo Ukwu, los objetos de cobre son de una escasez sorprendente en el Africa occidental antes del año 1000, excepto en Senegal y en Mauritania, que se encuentran próximas a minas como las de Akjujt o de la ruta comercial del Sáhara occidental. El valle del Níger aguas arriba del Ségou, donde se encuentran túmulos espectaculares como los de el-Uladji y de Killi, es una región donde es posible datar objetos de cobre del final del primer milenio. El cobre que ha servido para su fabricación puede provenir de yacimientos situados en el Sahel (Malí o Níger) o haber sido obtenido por medio de intercambios comerciales. La mayor parte de esos objetos han sido descubiertos desgraciadamente al comienzo del siglo y ahora están perdidos. Sólo nos quedan las ilustraciones de los informes de excavaciones que no hacen más que excitar nuestra cuiriosidad. El análisis espectográfico debería ayudar a determinar la procedencia del metal, pero la dificultad con los objetos de cobre es que están frecuentemente formados por una mezcla de metal vírgen y de metal reutilizado. La detección de algunos oligoelementos podría, no obstante, permitir determinar si los minerales de Nioro y de Takkeda eran explotados en el momento de la edificación de los túmulos.

Otros yacimientos cupríferos eran explotados en esa época en la región de Shaba, en Zaire, donde las excavaciones de Sanga y de Katoto han proporcionado objetos de cobre en abundancia. Conviene notar, sin embargo, que según la división tripartita sugerida por Nenquin, quien ha excavado algunos yacimientos [5], la fase más antigua, o kisaliense, está representada por 27 tumbas de las que solamente dos contenían lingotes de cobre. Eso parece indicar que, durante el kisaliense que se extiende del siglo VII al IX, el cobre era explotado para la fabricación de adornos, pero no era muy abundante. La zona cuprífera de Zambia del norte era explotada también en esa época; la datación de la explotación minera de Kasanshi [6] indica el año 400 ($\pm$90) de la era cristiana. Sin embargo, los objetos de cobre eran entonces más numerosos en Zambia del Sur que en Zambia del Norte. Los primeros objetos de cobre encontrados en el sur del país, todavía muy poco numerosos, procedían probablemente de la región de Sinoia en Zimbabwe y de yacimientos situados en Zambia oriental. Desconocemos aún los métodos de explotación utilizados en esas dos regiones. Por otra parte, en Africa el cobre era muy escaso y no aparece en los establecimientos de Africa oriental más que en una época muy posterior.

LA SAL

La sal era un mineral muy buscado, en particular al comienzo de la agricultura. Los cazadores y los recolectores encontraban probablemente en la caza y en los vegetales frescos la mayor parte de la sal que ellos necesitaban. La sal no se convierte en un complemento indispensable más que en las regiones muy secas donde es imposible encontrar alimentos frescos y donde la transpiración es generalmente excesiva. Una aportación de sal se hace, no obstante, extraordinariamente deseable en las sociedades de agricultores con un régimen alimenticio relativamente limitado. No tenemos idea alguna de la fecha en la que fueron explotados por ver primera los yacimientos de sal saharianos de Taghaza de Awlil. Los textos árabes del último

[5] J. Nenquin, 1963.
[6] M. S. Bisson, 1975, págs. 276-292.

cuarto del primer milenio atestiguan, sin embargo, la existencia de un comercio sahariano de la sal en el primer milenio. Es probable que la extracción de la sal sea, en parte, tan antigua como la del cobre y que el desarrollo de los establecimientos de Tichitt en Mauritania, región donde un modo de vida sedentaria propia en esas dos zonas puede haber impuesto la necesidad de una aportación de sal. Estamos bastante bien documentados sobre las actividades mineras del período medieval del que se tratará en los volúmenes posteriores, pero para aquella época carecemos de informaciones. Sin duda, las operaciones de extracción eran entonces bastante simples. La sal debía presentarse en depósitos superficiales en diversas regiones del Sáhara, como consecuencia del proceso de desecación que se había producido después de −2500. El hombre tal vez había observado los lagos, pantanos y estanques desecados que atraían a los animales salvajes. Los depósitos superficiales de sal, por otra parte, con frecuencia tienen un color muy característico.

Varios yacimientos primitivos de explotación de sal han sido localizados en Africa: el de Uvinza [7] al este de Kogoma en Tanzania; el de Kibiro [8], en las orillas del lago Mobutu Sese Seko en Uganda; el de Basanga en Zambia [9] y probablemente también en Sanga [10] en Zaire y en el valle de Gwembe en Zambia. En Uvinza, la extracción de la sal era probablemente rudimentaria porque los descubrimientos de los siglos V y VI realizados en las fuentes saladas no estaban asociados con los depósitos de salmuera cubiertos de piedras que caracterizaban la ocupación del segundo milenio. La sal provenía también de fuentes saladas en Kibiro, donde un sistema perfeccionado de ebullición y de filtraje podría datar del primer milenio, porque la ocupación del establecimiento sería difícilmente explicable de otro modo. En Basanga, los bajos fondos salados han sido ocupados desde el siglo V y aunque el hecho no ha sido aún definitivamente establecido, es posible que la sal haya sido explotada muy pronto, probablemente por evaporación. Por otra parte, la sal se obtenía probablemente por los diversos procedimientos que se han conservado hasta el siglo XIX y que consistían en calcinar o hacer hervir hierbas o incluso excrementos de cabras recogidos en las regiones conocidas por la salinidad de sus suelos y, después, haciendo evaporar la salmuera así obtenida para eliminar las impurezas más gruesas por filtración.

Los coladores empleados en el curso de esas operaciones son muy comunes en la Edad de hierro, pero esas vasijas podía servir también a veces para otras preparaciones alimenticias; y con frecuencia es difícil relacionarlas con certeza con la fabricación de la sal.

EL HIERRO

El mineral de hierro ha sido utilizado en Swaziland [11] desde el Mesolítico como pigmento. Parece que los pigmentos corporales y, después, los ocres y los óxidos de hierro destinados a la decoración de superficies rocosas han sido activamente buscados desde el Paleolítico. Un trozo de materia colorante compuesto de hematites ha

[7] J. E. G. Sutton y A. D. Roberts, 1968, págs. 45-86.
[8] J. Hiernaux y E. Maquet, 1968.
[9] A. D. Roberts, 1974, pág. 720.
[10] B. M. Fagan, 1969, pág. 7.
[11] R. A. Dart y P. Beaumont, 1969 (a), págs. 127-128.

sido llevado hasta la cuenca de Olduvai por hombres que utilizaban una herramienta del Paleolítico antiguo. En el Neolítico, minas de manganeso [12], de hierro especulario [13] y de hematites eran explotadas regularmente en Zambia, en Swaziland y en el norte de la región de El Cabo [14]. Excavaciones efectuadas en algunos yacimientos de Doornfontein han descubierto una auténtica explotación minera con galerías y salas subterráneas que habría permitido la extracción de casi 45.000 toneladas de hierro especulario a partir del siglo IX, probablemente por poblaciones de lengua khoisán. Es probable que la existencia de minas de ese tipo y el conocimiento que ellas suponen de los minerales metálicos y de sus propiedades hayan contribuido al desarrollo rápido de una tecnología del hierro durante la primera mitad del primer milenio.

Las minas de hierro no están tan claramente atestiguadas en las demás regiones del Africa subsahariana, donde la costra latérica de las regiones tropicales parece que ha sido la fuente de mineral de hierro más probable. El hierro de las marismas, sin embargo, era utilizado en el valle inferior del Casamance en Senegal [15] y en Machili, en Zambia [16]. El hierro así obtenido era triturado en pequeñísimos fragmentos que después eran triados a mano para ser fundidos. Es posible que allí haya habido una auténtica extración minera y no sólo la simple recogida en la superficie de laterita, al norte de Gambia y en la región de los megalitos de Senegambia que son bloques de laterita. La utilización de esos megalitos como estructuras rituales y el desarrollo de una teconología del hierro en el primer milenio en la región indicaría que sólo hay que dar un paso para llegar a una auténtica extracción minera de la laterita con fines metalúrgicos. Es posible que el desarrollo de la fundición de la laterita haya dado origen a la idea de extraer la laterita para la construcción. Un proceso análogo puede haberse producido también en la República Centroafricana donde existen también megalitos. Según Wai-Andah (cf. cap. 24), el hecho de que la explotación de la laterita sea más fácil que la extracción de la hematites puede apoyar la teoría, hasta ahora no confirmada, de un origen indígena de la tecnología del hierro en Africa. La laterita, cuando está húmeda y recubierta de una capa de sal, es relativamente desmenuzable y mucho más fácil de excavar que una roca normal. Desgraciadamente, a excepción de las minas de Africa austral, ninguna zona indiscutible de explotación minera de hierro ha sido descubierta o fechada de modo preciso. Es posible que las hachas de hematites uelianas, del nordeste de El Zaire y de Uganda, daten de la Edad de hierro y sean imitaciones de hachas de hierro forjado.

EL ORO

El oro era extraído casi con toda certeza del suelo o recogido por medio de lavado en el Africa occidental en la época que nos interesa. Las fuentes árabes permiten pensar que existían minas de oro, pero ninguna de ellas ha sido localizada, excavada o fechada y no hemos recogido testimonio alguno de los procedimientos de refinamiento empleados. Estos debían, no obstante, ser similares a los que conocemos perfecta-

[12] R. A. Dart y P. Beaumont, 1969 (b), págs. 91-96.
[13] A. Boshier y P. Beaumont, 1972, págs. 2-12.
[14] P. Beaumont y A. Boshier, 1974, págs. 41-59.
[15] O. Linares de Sapir, 1971, pág. 43.
[16] J. D. Clark y B. M. Fagan, 1965, págs. 354-371.

mente de los períodos posteriores [17]. Las principales regiones sobre las que existen testimonios, en parte no contemporáneos, de una explotación de oro, estaban situados cerca de las fuentes del Níger y del Senegal (Guinea y Malí actuales) y son conocidos con el nombre de Bambuk y Buré. La extracción de oro al nordeste de Zimbabwe en minas a cielo descubierto, en galerías poco profundas o en gradas, de las que habla Phillipson en el capítulo 27, está relativamente mejor atestiguada, pero no existe prueba alguna indiscutible que permita afirmar que esa explotación sea anterior a los siglos VIII o IX. Parece que los minerales extraídos eran triturados por medio de pilones de piedra.

Es posible que las pruebas de diferentes minerales en el transcurso de la Edad de piedra haya servido de base para la extracción posterior a una escala mayor del cobre y del oro. Los numerosos objetos de cobre descubiertos en los yacimientos excavados nor permiten determinar la fecha a partir de la cual el cobre ha sido utilizado para la fabricación de útiles y de adornos, pero se ha encontrado poco oro en los establecimientos del primer milenio. Ese metal era demasiado valioso para dejarlo perder pura y simplemente. Los únicos objetos de oro de época remota son los de los túmulos del Senegal y datan del final del período que nos interesa.

LA PIEDRA

La piedra casi con toda seguridad era extraída para fines diversos, siendo el más frecuente la fabricación de útiles de piedra pulida y afilada. Numerosas sociedades utilizaban muelas fijas y llevaban sus semillas hasta un afloramiento rocoso donde podían a la vez poner a secar sus provisiones y moler sus semillas o triturar alimentos vegetales. Esos afloramientos, sin embargo, no se encuentran en todas partes y es evidente que las rocas para la fabricación de las muelas fijas o corrientes debían ser buscadas y con frecuencia transportadas sobre largas distancias. Ese aspecto de la arqueología desgraciadamente apenas ha llamado la atención en Africa hasta ahora. En los años próximos, cuando los arqueólogos y los geólogos sean más numerosos y cuando el mapa geológico del continente haya sido bien establecido, el análisis petrográfico de todos los tipos de rocas insólitas y la investigación de su región geológica de origen se realizarán de modo normal. Diversos talleres de fabricación de hachas han sido descubiertos, como el de Buroburo [18], en Ghana, así como un taller de fabricación de muelas que datan del siglo I antes de la era cristiana en Kintampo [19] y también en Ghana. En este último lugar, un gran número de útiles de triturar, parcialmente terminados, han sido descubiertos con algunas muelas en un refugio bajo roca creado en gran parte por el hombre rompiendo las rocas por medio del fuego. Los curiosos rallos de sección ovalada (llamados también «cigarros puros»), tan característicos de la arqueología de Ghana, parecen, por una parte, que han sido hechos de un solo tipo de roca que era objeto de intercambios comerciales sobre un vasto territorio [20]. En el conjunto del Africa subsahariana, ranuras que tenían generalmente de 10 a 12 cm. de anchura y cuya longitud puede alcanzar 50 cm.

[17] N. Levtzion, 1973.
[18] R. Nunoo, 1969, págs. 321-333.
[19] P. A. Rahtz y C. Flight, 1974, págs. 1-31.
[20] M. Posnansky, 1969, 1970, pág. 20.

señalan los sitios en los que piedras debastadas y convenientemente cortadas eran pulidas y transformadas en hachas, en azuelas y en cinceles. Es probable que el proceso de extracción, hasta en pequeña escala, de afilado, de pulimentado y de cambio de los esbozos o de los productos finos prosiguiese a lo largo del período que nos interesa, decreciendo a medida que el hierro reemplazaba a la piedra. En algunas regiones, no obstante, los útiles de piedra pulida estaban todavía en uso en el segundo milenio. De modo bastante sorprendente, pocos útiles de piedra pulida han sido descubiertos en Africa oriental y austral, en tanto que son comunes en Africa occidental.

La lava vacuolar gris, que, como la laterita, es más fácil de trabajar a mano en su primera exposición al aire, era extraída en Kenia y tal vez en Tanzania en el primer milenio antes de la era cristiana y servía para fabricar tazones de piedra. El uso de éstos es desconocido, y han sido descubiertos en gran número asociados a sepulturas. Su material es demasiado blando para que permitan triturar en ellos otra cosa que no sean alimentos vegetales. Tazones o cuencos similares han sido descubiertos en Namibia, pero en otros lugares son escasos.

Hay otra actividad relativamente poco estudiada, pero cuya existencia no ofrece duda: la búsqueda de piedras semipreciosas para la fabricación de perlas. Las piedras más comúnmente utilizadas eran las cornalinas y diversas formas de calcedonia como el ágata y el jaspe, así como cuarzos cristalinos (o cristal de roca). Servían para fabricar perlas que se encuentran en todo el Africa subsahariana, frecuentemente en tumbas como en las cuevas del río Njoro, en Kenia, que datan del siglo X antes de la era cristiana, así como en lugares de habitar. En Lantana, Níger[21], otra mina de donde se extraía una piedra roja (jaspe), vendida todavía en la actualidad para la fabricación de perlas, es tenida como de origen muy antiguo, pero es imposible, en semejantes casos, determinar una fecha exacta. Las perlas de piedra son poco abundantes pero testimonian una búsqueda sistemática de ciertos tipos de rocas bien conocidas. La fabricación de esas perlas ha comenzado naturalmente en la Edad de piedra y continuó durante la Edad de hierro, para ser luego progresivamente reemplazada por perlas hechas de vidrio, menos costosas y más fáciles de fabricar y finalmente más accesibles.

EL COMERCIO[22]

Algunas formas de intercambio entre grupos humanos existían probablemente desde una época relativamente antigua de la Edad de piedra. El cambio de piedras brillantes o útiles y de miel por carne y, a veces incluso, de mujeres, señalaba probablemente los encuentros entre pueblos recolectores, a juzgar por el estudio de los cazadores y recolectores modernos. Esos intercambios, de importancia a la vez ritual y económica, debieron hacerse regulares con el desarrollo de un modo de vida agrícola pero, desde la Edad de piedra reciente, los individuos especializados en la pesca, la recolección de productos del mar o de la caza debían llevar una existencia relativamente sedentaria y, por tanto, tener necesidad de piedras y de otros materiales

[21] M. C. de Beauchene, 1970, pág. 63.
[22] Cf. cap. 21 y M. Posnansky, 1971, *o. c.*

que no podían procurarse localmente. Es posible que algunos útiles de hueso, como los anzuelos, cuya fabricación exigía una habilidad superior a la media, hayan sido objeto de comercio. Sin embargo, es razonable concluir que la aparición de una agricultura que implicaba una existencia sedentaria, o desplazamientos estacionales o periódicos, ha entrañado un desarrollo del comercio. Ese comercio, de carácter sin duda relativamente restringido y local, debía versar sobre artículos como la sal, algunos tipos de piedras y, más tarde, sobre objetos de hierro, perlas, conchas y quizá plantas para usos medicinales o rituales, y sobre la carne para las comunidades agrícolas, así como sobre las semillas y tubérculos para los grupos pastoriles, sobre herramientas especializadas o sobre substancias, como venenos para la pesca y la caza, peces secos y toda clase de objetos que tenían un valor por su escasez, como semillas poco comunes, uñas y dientes de animales, piedras curiosas, huesos, etc., que podían tener un valor mágico y que adornan aun actualmente algunas carnicerías de los mercados del Africa occidental. A excepción de los útiles de piedra pulida, de las muelas y de la sal mencionados anteriormente, no sabemos nada de ese comercio.

El comercio ha cambiado de carácter con la aparición del metal. El cobre y el oro están más localizados que las piedras y han sido buscados a la vez por comunidades situadas al norte del Sáhara y por otras comunidades situadas al este, a lo largo del océano Indico. Los cauris y otras conchas del océano Indico, cuya presencia está atestiguada del siglo IV al VI en Zambia en yacimientos como Kalundu y Gundu, Gokomere en Zimbabwe, y en Sanga en el corazón del continente, testimonian un comercio que sobrepasa el marco local. Es cierto que esos objetos con frecuencia descubiertos aisladamente sólo podían ser curiosidades transmitidas de grupo en grupo desde la costa hacia el interior, pero es significativo que aparezcan en regiones cuyos recursos presentaban un interés para el mundo exterior. La presencia de lingotes de cobre en los yacimientos del Africa central y del Sur es la señal de una complejidad creciente de los intercambios comerciales, y la abundancia de los objetos descubiertos en los túmulos de Senegal y en Sanga subraya la prosperidad de ese comercio así como el desarrollo de estructuras sociales y políticas que sacaban provecho de la riqueza así creada. Nada permite suponer que el volumen de ese comercio haya sido muy importante en esa época, ni siquiera a través del Sáhara, pero las redes estaban establecidas en lo sucesivo. También disponemos de pocas indicaciones sobre la existencia de mercados o de centros de distribución en el Africa subsahariana, aunque referencias árabes en la antigua capital de Ghana sugieren que existían probablemente antes de la intensificación del comercio provocado por la conquista del Africa del Norte por los árabes. Las casas de los jefes desempeñaban ciertamente el papel de centros de redistribución, como parece que lo indican los objetos variados descubiertos en los túmulos de Malí y de Senegal. Desgraciadamente, para ese período tenemos que limitarnos a hacer conjeturas fundadas sobre una información muy fragmentaria.

Perlas de vidrio, que datan de la última mitad del primer milenio y que han sido ciertamente importadas, han sido descubiertas en diferentes lugares de Zambia, en Shaba (Zaire) y en Zimbabwe. Un intento reciente[23] con miras a determinar a la vez la fecha y el origen de esas perlas en la «ruta de los alisios» del océano Indico, desde Filipinas hasta la costa del Africa oriental. Se ha sugerido que podían proceder de

[23] C. C. Davidson y J. D. Clark, 1974, págs. 75-86.

Levante, donde Hebrón era un centro antiguo de fabricación de perlas, así como de Alejandría o de las Indias. Esas perlas son habitualmente pequeñas perlas en forma de tubo recocidas y de una variedad de colores sencillos.

Sabemos que algunas fábricas de las Indias han exportado esas perlas a partir del siglo IX, pero es muy difícil relacionarlas con fábricas concretas sin análisis profundos. Más de 150.000 perlas similares han sido encontradas en Igbo Ukwu y, si se le atribuye a este establecimiento una fecha antigua, se puede admitir la existencia de un importante comercio de perlas a través del Sáhara hacia el final del primer milenio de la era cristiana.

Según Summers[24], el comercio del océano Indico es el que ha conducido a adoptar los métodos indios de prospección y de extracción en la industria del oro de Zimbabwe, pero esa teoría apenas ha suscitado eco. El oro ya era probablemente explotado en el momento en el que el comercio procedente de la costa del Africa oriental alcanzó la región de Zimbabwe. Sabemos muy poco de los métodos primitivos de extracción y del comercio del oro en el primer milenio para relacionarlos con una influencia exterior. El comercio de la costa del Africa oriental ha sido estudiado en el capítulo 22 y muestra la extensión de los contactos de Africa hacia las regiones ribereñas del océano Indico. Ese comercio extenso no era, sin embargo, intensivo y apenas ha afectado al interior del continente antes del año 1000, a excepción, —en Mozambique— de los valles de los ríos Mazoe y Ravi que dan acceso a Zimbabwe.

LOS TEMAS PRINCIPALES DE LA HISTORIA DEL AFRICA SUBSAHARIANA

DURANTE EL PRIMER CUARTO DEL PRIMER MILENIO DE LA ERA CRISTIANA

Conviene ahora examinar la posibilidad de llegar a conclusiones sobre el estado de la sociedad africana al final de la primera Edad de hierro partiendo de la cantidad de informaciones descriptivas presentadas a lo largo de los ocho últimos capítulos. Ese período ha sido testigo de la evolución de la economía subsahariana desde el estadio de la casa y de la recolección hasta una vida que dependía principalmente de la agricultura. Es cierto que la población aumentaba: de ello resultó una vida más estable, aldeas y unidades sociales más importantes. Es difícil definir las estructuras sociales que se esbozan; pero, en casi toda Africa, se trata probablemente de aldeas relativamente modestas, que comprendían una o varias filas de cabañas que tenían a su vez ramificaciones más extensas, fundadas en relaciones entre clanes. En la mayor parte de los sectores, la densidad de la población es escasa; es del orden de unos pocos habitantes por kilómetro cuadrado. Sucediendo a los rápidos movimientos iniciales consecutivos a la aparición del hierro, e iniciando el roturado de las regiones africanas más boscosas, se establecieron varias comunidades. Poseemos pruebas de su aislamiento debido a la divergencia de los diferentes miembros de las mismas familias lingüísticas y de la diversidad creciente de las formas y de las decoraciones de cerámicas que se manifiestan en la mayor parte de las regiones en las proximidades de los años 600 al 1000 de la era cristiana. Estimaciones demográficas, fundadas a la

[24] R. Summers, 1969, pág. 236.

vez en los datos históricos ofrecidos por Africa del Norte y en una extrapolación a partir de hechos etnográficos y de estadísticas de censo coloniales, indican, antes del año 1000, una población sensiblemente inferior a 10 millones para el conjunto del Africa subsahariana. Si podemos fiarnos de las indicaciones orales relativas al paso, particularmente en el Africa oriental, de sociedades patriarcales, en el curso de los últimos cinco siglos, entonces nos encontramos casi seguramente en presencia de sociedades matriarcales en la mayor parte del Africa tropical.

Según el reparto de los vestigios arqueológicos, el bosque occidental africano parece que no ha estado ocupado más que de modo poco compacto, aunque algunas partes de Nigeria meridional parece que han constituido una excepción. Regiones que, como la meseta de Jos, son actualmente menos investigadas como consecuencia del debilitamiento de su suelo y de la poca abundancia de las precipitaciones, parece que, en esa época, han ofrecido más atractivos a poblaciones que sólo disponían de una tecnología menos sofisticada. La mayor densidad se encuentra en la sabana boscosa y en las zonas llamadas de bosque seco. El gran número de establecimientos descubiertos en los meandros del delta del Níger, en Malí, entre Ségou y Tombuctú —donde más de diez millones de kilómetros cuadrados son inundados cada año, inundaciones que reparten el agua (y una fertilidad creciente) en un entorno, por otra parte, marginal— indica que ese territorio era también propicio a los agricultores y a los pastores de tiempos antiguos. Esa es una región en la que la pesca no ha dejado de ser fructífera y en la que el comercio se ha desarrollado con rapidez. Esta última actividad ha sido facilitada por las comodidades ofrecidas por el movimiento del río y la obligación de transportar elementos de primera necesidad tales como la leña de calefacción o la madera para la construcción, o los pastos, hacia regiones que tienen pocos recursos vegetales. Parece poco probable que el «monte bajo» más seco de Tanzania central, de Uganda del Norte o de Kenia haya sido ocupado por agricultores y eso es ciertamente lo que ha ocurrido en los sectores más áridos y en los de gran altura (como Lesotho) Africa del Sur. Los valles fluviales —como los del Zambeze, de Kafue y del Alto Nilo— y algunos puntos del litoral de los lagos Nyasa, Victoria, Kivu e incluso otros, más pequeños, parece que han provocado el establecimiento de colonos. Sin embargo, las situaciones de transición, que presentan la posibilidad de explotar los recursos alimenticios de dos sectores ecológicos o más (bosques y sabana, llanura y ladera), han sido favorecidos particularmente. Tales ventajas se encuentran indudablemente en el límite meridional de la sabana del Africa occidental o en las orillas del bosque de Zaire, desde donde era más fácil penetrar lentamente en las orillas del bosque donde se encontrarían tierras de cultivo, sacando provecho de sus recursos naturales: caza, riqueza de la madera en todas sus formas, incluida la corteza para los vestidos, y frutos silvestres. El bosque presentaba una auténtica frontera móvil y los nuevos grupos penetraron en él lentamente; primero para la caza y la recolección, y luego para establecerse allí. De modo general, se trata de establecimientos agrícolas, principalmente en las zonas en las que las precipitaciones se calculaban entre 600 y 1.400 mm. por año. Las actividades pastoriles y de los cultivos estacionales de corta duración eran posibles naturalmente en una región como el Sahel donde la media de las lluvias no sobrepasa los 150 mm. Aunque, desde el comienzo del milenio, los corderos se encuentran en el sur y llegan hasta El Cabo, y aunque ha habido pastores tanto en El Cabo, como en otros sectores del Sahel y de Sudán, las sociedades puramente pastoriles no han dominado en el transcurso de esa época.

Cuando los kraals han sido descubiertos eran de pequeñas dimensiones. Parece que los cultivadores del norte se adaptaron mejor que los del mundo bantú para acomodarse a regímenes de escasa pluviometría, lo que quizá es un vestigio de su ascendencia neolítica y de las primeras culturas de plantas, como los mijos y el sorgo. Parece que en ninguna parte las costas han tenido muchos establecimientos y no se encuentran remotas tradiciones de pesca unidas a la utilización de barcos. Existen montones de detritos de conchas, de espinas y, en algunas localidades de huesos de animales, como también se encuentran a lo largo del Casamance y de otros estuarios o ensenadas de las regiones senegambianas; a lo largo de las lagunas marinas de la costa de Guinea hasta Costa de Marfil; alrededor de El Cabo, así como en la orilla oriental del lago Victoria (el antiguo Wilton C., de L.S.B. Leakey). Sin embargo, esos aficionados al litoral marino nunca han sido muy numerosos y han tenido muy poca influencia sobre las poblaciones del interior. Según la documentación de la que ha tratado el capítulo 22, parece que han existido algunos establecimientos diseminados en la costa del Africa oriental, pero no existe virtualmente ninguna huella arqueológica de establecimientos antes del siglo VIII de la era cristiana, época en la que parece ser que llegaron colonos más estables procedentes del golfo Pérsico y/o de la costa Benadir de Somalia.

Curiosamente, es más difícil encontrar precisiones sobre las creencias religiosas de esa época que sobre las de los grupos que vivían de la caza y de la recolección al final de la Edad de piedra. El arte rupestre de ésta permitía numerosas evocaciones [25]. Quizá los primeros agricultores hayan pintado las rocas; y tal vez sean ellos el origen del arte esquemático de buena parte del Africa oriental y central, en particular en las regiones vecinas del lago Victoria [26] y en Zambia [27]. Aunque conociésemos casi en qué época desaparecía esa tradición artística, no tenemos ninguna idea de la época en la que aparece. El enterramiento de los muertos es frecuentemente, en sí, una manifestación de creencias religiosas y, en muchos casos, los objetos enterrados con ellos indican la idea de la necesidad que se podría sentir en el otro mundo. Ciertamente, no es esa la única explicación. Las dimensiones de la sepultura, el esplendor de los objetos que se encuentran en la sepultura y la magnificencia de la ceremonia pueden servir también para indicar la condición o categoría —ya sea política, ritual, económica o social— de la familia del difunto. La escala de las actividades funerarias puede asimismo ayudar a establecer la genealogía de los principales acompañantes del duelo. Conviene, sin embargo, observar (y el siglo XX proporciona excelentes puntos de comparación) que las sociedades agnósticas elevan frecuentemente mausoleos suntuosos. La existencia de montículos de inhumación o de monumentos funerarios impresionantes no implica necesariamente una creencia en un dios o en un grupo de dioses determinado; en cambio, indica indiscutiblemente una confianza en alguna clase «social» en el futuro, y representa una manifestación política de un grupo predominante o de una élite. Sin embargo, los cementerios próximos al lago Kisale, en Zaire, en la región de Shaba, los enormes túmulos a lo largo del Medio Níger, los megalitos y los montículos funerarios de Senegambia atentiguan la existencia de poblaciones que no se limitan a ocupar los lugares, sino que aceptan dedicar una

[25] M. Posnansky, 1972 (a), págs. 29-44.
[26] J. H. Chaplin, 1974, págs. 1-50.
[27] D. W. Phillipson, 1972.

parte de sus riquezas y gran parte de su trabajo a monumentos y/o a objetos y artículos funerarios. Antes de dar una interpretación más completa de esas manifestaciones, conviene esperar el resultado de nuevas excavaciones y la publicación de informes arqueológicos apropiados. Las reglas observadas en el transcurso de los funerales o enterramientos, en lo que concierne a la orientación de los cuerpos o a la alineación de las sepulturas, indican una gama de creencias dogmáticas. La única importancia de los túmulos de Malí testimonia probablemente la institución de una realeza que, sin ser necesariamente divina, estaba ciertamente dotada de muchos de los atributos propios del soberano supremo. En una zona de población reducida, semejantes monarcas debían evidentemente estar en condiciones de obtener —de buen grado o por la fuerza (y nosotros no somos capaces de juzgar de ello)— los laboriosos esfuerzos de grandes cantidades de trabajadores para erigir unos túmulos de 12 metros de altura por un diámetro de 65, como el de El-Uladzi [28].

Parece que en el transcurso del período considerado, aparecieron algunos Estados en una forma o en otra. Las dos zonas claves son Sudán y el Africa central en torno a las fuentes del Lualaba. En la región de Sudán, puede ser que hayan existido tres «núcleos»: alrededor de Ghana, en Mauritania meridional y en Senegal; en el delta interior del Níger, aguas arriba del Ségou; y alrededor del lago Chad. En esas tres zonas, el comercio con las regiones lejanas comenzaba a tomar auge y la agricultura conocía un desarrollo más precoz que en las regiones más meridionales. En cuanto al nacimiento de los Estados varias hipótesis han sido avanzadas. Una idea bien aceptada e inicialmente fundada en sugerencias hechas por Frazer [29] en su *Golden Bough*, hace más de 80 años, tiende a atribuir la realeza al derecho divino, considerada por muchos como una de las características de las sociedades africanas centralizadas en el Egipto antiguo de donde tal vez se habría difundido gracias a la mediación del Hacedor de lluvia. Así es cómo se habrían inspirado los primeros jefes, guías espirituales carismáticos, que recibían esa inspiración de las sociedades vecinas en las que operaban sistemas análogos y, en último extremo, de una fuente común: Egipto. Esa teoría ha sido mejorada más tarde, por Baumann [30] quien ha descrito las características del Estado sudanés; y más recientemente, por Oliver [31]. El concepto, así elaborado, del Estado sudanés está confirmado mediante citas de descripciones, en el árabe medieval de Ghana y de otros Estados del Africa occidental, así como por relatos portugueses del siglo XVI relativos a los Estados del Africa central. Todos esos informes hacen resaltar el misterio que rodea al rey, la extrema deferencia de sus súbditos, y la práctica del regicidio en caso de desfallecimiento o de la mala salud. Para Oliver, la utilización —que se va extendiendo— de guerreros a caballo y con armas de hierro es un factor capital de la difusión de las ideas del Estado, de la creación de la élite dirigente, del control y de la expansión de las fronteras. Sin embargo, existen otras concepciones; y la mayor parte de los eruditos africanos ven en las ideas «difusionistas» un intento para adoptar elementos culturales más avanzados, partiendo del extranjero, sin enumerar las posibilidades de un desarrollo autónomo de la autoridad estatal. Los críticos de este punto de vista difusionista, entre los que se

[28] R. Mauny, 1961.
[29] J. G. Frazer, 1941.
[30] H. Baumann y D. Westermann, 1957.
[31] R. Oliver y B. M. Fagan, 1975.

coloca el autor [32], estiman que aunque existen semejanzas entre el ceremonial y el ritual de numerosos Estados africanos, aparecen diferencias substanciales.

Buen número de semejanzas tienden a convertirse en experiencias, en particular cuando la expansión del comercio ha seguido a la del islam en Africa. Otras razones, adelantadas a propósito de la formación del Estado, incluyen los efectos del comercio a gran distancia y la precariedad de la explotación minera —que fueron probablemente los factores del crecimiento de Ghana— así como los resultados de la competición para los escasos recursos de los sectores de fertilidad incierta. Ese punto de vista ha sido sostenido por Carneiro [33] respecto a la expansión de Egipto en la Antigüedad; también puede aplicarse a un contexto saheliano. Según esa teoría, un grupo puede, gracias a una tecnología militar, desarrollarse a expensas de vecinos más débiles que se convertirán entonces en dependientes del grupo conquistador. Con el tiempo, otras regiones podrían ser absorbidas, y el grupo conquistador acabaría por encontrarse a la cabeza de una vasta región en la que anteriormente era minoritario. Entonces necesitaría reforzar su autoridad, no sólo al precio de proezas militares, sino por la estructuración social de la sociedad, bajo la égida de la élite militar. Las tradiciones orales y los rituales del grupo en el poder pondrían en vigor la religión de Estado, que ayudaría así a asegurar y a racionalizar la mística de su autoridad. El jefe de la élite se convertiría entonces, si no lo era ya en realidad, en el descendiente único o en la reencarnación del conquistador original, con la asimilación de características divinas. En un modelo de este género, la divinidad del monarca no es original sino adquirida; a veces lentamente y las más de las veces deliberadamente, pero a veces también accidentalmente, como mecanismo de defensa, con miras a conservar la integridad propia como jefe.

La idea de que el desarrollo del comercio ha conducido a la formación de Estados ha sido ampliamente discutida. Esencialmente, la teoría es que el comercio conduce a un crecimiento de riqueza, y ese crecimiento se manifiesta eventualmente por una estratificación social. La riqueza conduce a la posibilidad de patrocinar otras actividades, como la explotación de los minerales, la manufactura de los bienes de consumo, la producción alimenticia y lleva también a la facultad de controlarlas. Todas esas actividades conducen a una riqueza aumentada y a la centralización de más posibilidades cada vez. Es cierto que la arqueología está en condiciones de descubrir varios de esos elementos, tales como la adquisición de la riqueza y la estratificación social, presente en la región Sanga, de Shaba. Sin embargo, Bisson [34] ha hecho observar que los vestigios de los siglos VIII y IX de la era cristiana descubiertos en Sanga preceden en la región al establecimiento del comercio con los países lejanos. Aunque parezca que reina la prosperidad, hay carencia de importaciones. Bisson estima que los lingotes de cobre en forma de cruz servían generalmente de moneda, realzando así el prestigio y la categoría del grupo dominante. En casos semejantes, ese grupo podía haber sido puesto en situación privilegiada debido a sus conocimientos particulares en metalurgia; o debido a su autoridad sobre los artesanos indispensables; o, simplemente, a la necesidad sentida por la comunidad de ser gobernada como consecuencia del crecimiento de la población en un medio ambiente particularmente favorable.

[32] M. Posnansky, 1966, págs. 1-12.
[33] R. L. Carneiro, págs. 733-738.
[34] M. S. Bisson, 1975, *o. c.*, págs. 268-289.

Pasando de la hipótesis a la certeza de los hechos, el único sector en el que estamos en condiciones de afirmar con convicción la existencia de un reino en el transcurso del período considerado se sitúa en el límite occidental de Sudán, allí donde el reino de Ghana existía, sin duda alguna, en + 700; y allí donde es posible que ese reino haya estado en «devenir» durante casi un millar de años. Las razones de su crecimiento se encuentran en la posesión de valiosas riquezas minerales: el cobre, el hierro y el oro (para respetar el orden probable de su explotación), en su control del comercio de la sal y, probablemente, en su localización en un área donde se desarrollaba precozmente un modo de vida agrícola, tal como se desprende del contexto de Tichitt. El próximo volumen se dedicará a un estudio profundo de ese Estado, pero es probable que la coexistencia en el tiempo del crecimiento de Ghana antiguo, de la erección de los megalitos de Senegambia y de los suntuosos montículos funerarios de Senegal, no puedan explicarse por una simple coincidencia; sin duda, esas manifestaciones forman parte de un mismo contexto de expansión económica.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, el período que termina no ha conocido una conclusión uniforme en Africa del Norte; sin embargo, la conquista de ésta por los árabes no dejará de tener en el Africa occidental y oriental consecuencias importantes, bien sea directa o indirectamente. Hemos visto que hacia +800 la mayor parte de Africa estaba firmemente instalada en la Edad de hierro. Las orillas del bosque denso eran poco a poco degradadas por el avance de la agricultura, tanto en el Africa occidental como en el sur del Africa central. La población aumenta. La primera fase de la revolución agrícola ha contribuido ampliamente a la rápida expansión de pequeños grupos de agricultores-labradores que obtienen probablemente una parte de sus proteínas utilizando los métodos antiguos, y más que probados, de sus antepasados de la Edad de piedra, adeptos de la caza y de la recolección. Casi todo su equipamiento de caza ha seguido siendo el de sus predecesores: hilos, anzuelos de hueso y de cuerno, lanzas y flechas de madera; incluso esas flechas están dentadas reforzadas por unos microlitos o los extremos con puntas afiladas de cuernos de antílopes, o de toda otra substancia similar. Aquí y allá, el equipamiento de caza es completado con puntas de flechas de hierro, más costosas pero más eficaces, y anzuelos hechos más rápidamente. Lo esencial de su mitología y de su religión debe haberles llegado también de sus lejanos antepasados pero, como la vida tiende a estabilizarse, se vuelven hacia nuevas creencias fundadas en los misterios de la agricultura y del trabajo de los metales. Es probable que algunas de sus creencias les hayan sido transmitidas por aquellos mismos que les han iniciado en los nuevos misterios. Los colonos de la Edad de hierro se vuelven cada vez más emprendedores; moldean las vasijas de alfarería, tallan tambores, trenzan cestos, funden el hierro y forjan herramientas y utensilios. Su religión se concentra en deidades creadoras, y sus sistemas de creencias tienden a asegurar la liberación de las vicisitudes de la naturaleza ante las que los agricultores son más vulnerables. No es menos probable que sus ritos y su música se hagan cada vez más complejos; su cultura material más diversificada; su sentido de la tradición y de la perennidad social más fuertemente establecido. Cambios fundamentales vienen a producirse en la sociedad, y éstos ejercerán, a fin de cuentas, su influencia en todos los períodos posteriores de la historia africana.

ANEXO

EL POBLAMIENTO DEL EGIPTO ANTIGUO Y EL DESCIFRAMIENTO DE LA ESCRITURA MEROITICA

COLOQUIO, EL CAIRO, 28 DE ENERO - 3 DE FEBRERO DE 1974

INFORMACION DE SINTESIS[1]

El coloquio se ha desarrollado en dos tiempos: la primera parte, del 28 al 31 de enero de 1974, ha estado dedicada al «Poblamiento del Egipto antiguo»; la segunda parte ha versado sobre «El desciframiento de la escritura meroítica» y ha tenido lugar del 1 al 3 de febrero de 1974.

En él han participado:

Los profesores Abdelgadir M. Abdalla (Sudán); Abu Bakr (Egipto); la señora N. Blanc (Francia); F. Debono (Malta); Cheikh Anta Diop (Senegal); G. Ghallab (Egipto); L. Habachi (Egipto); R. Holthoer (Finlandia); la señora J. Gordon-Jacquet (Estados Unidos); S. Husein (Egipto); W. Kaiser (Alemania); J. Leclant (Francia); G. Mokhtar (Egipto); R. el-Nadury (Egipto); Th. Obenga (República Popular del Congo); S. Sauneron (Francia); T. Säve-Söderbergh (Suecia); P. L. Shinnie (Canadá); J. Vercoutter (Francia).

Los profesores Hitze (República Democrática Alemana), Knorossov, Piotrovski (Unión Soviética) y Ki-Zerbo (Alto Volta) habían sido invitados, pero excusaron su ausencia.

Conforme a las decisiones del Comité Científico, el profesor J. Devisse, ponente del Comité, estaba presente y ha realizado el informe final del Coloquio.

La Unesco estaba representada por Maurice Glélé, especialista del programa, División del estudio de las culturas, representando al Director general, y la señora Monique Melcer, de la Sección de Estudio de Culturas.

---

[1] Se trata de una versión abreviada del Informe final del Coloquio, versión realizada por el ponente del Comité Científico Internacional, a petición del Comité, con objeto de insertarlo en el presente volumen.

Las Actas del Coloquio han sido publicadas en la serie Historia General de Africa. Estudio y documentos, 1, Unesco, París, 1978.

COLOQUIO SOBRE EL POBLAMIENTO DEL ANTIGUO EGIPTO

El debate había sido preparado por dos documentos previamente solicitados por la Unesco al profesor J. Vercoutter y a la señora N. Blanc[2].

La discusión ha conocido tres etapas importantes:

— Resumen de los documentos introductorios.
— Declaraciones preliminares de la mayor parte de los participantes.
— Debate general.

RESUMEN DE LOS DOCUMENTOS INTRODUCTORIOS

J. Vercoutter desarrolla algunos puntos de su informe escrito y aporta algunos complementos:

I. *a)* La antropología física, a pesar de los progresos recientes, proporciona, excepto en Nubia, muy pocas informaciones en calidad y en cantidad. Esas informaciones no son homogéneas ni en el tiempo ni en el espacio: los historiadores están frecuentemente en desacuerdo sobre su interpretación, tanto como en los métodos utilizados.

Las investigaciones son aún muy superficiales en varias regiones: en el conjunto del Delta durante el Predinástico y el Protodinástico y en el Alto Egipto antes del Neolítico y el Protodinástico. Asimismo, están aún muy poco estudiados los vínculos antiguos entre el Sáhara. Darfur y el Nilo. Los trabajos desde ese punto de vista llevan retraso sobre los que han sido realizados en Africa del Norte o en la zona sirio-palestina.

En la situación actual, nada permite afirmar que las poblaciones del norte de Egipto hayan sido diferentes de las del sur. Asimismo, el corte entre Paleolítico y Neolítico se debe probablemente a la insuficiencia actual de las investigaciones en ese terreno.

b) La iconografía está insuficientemente aprovechada y de modo inadecuado; los estudios realizados se basan esencialmente en criterios culturales. Ahora bien, esa iconografía tiene caracteres muy expresivos a partir de la XVIII dinastía.

c) Apelación a las dos tesis en cuestión en su formulación extrema:

— Egipto antiguo está poblado por leucodermos, aun cuando su pigmentación es oscura y puede llegar hasta el negro desde el predinástico. Los negros sólo aparecen a partir de la XVIII dinastía. A partir del protodinástico, para unos habría habido mantenimiento del poblamiento previo, y para otros, aparición de aportaciones extranjeras en Africa que habrían modificado profundamente las condiciones de vida cultural;

— Egipto antiguo estaba poblado, «desde los balbuceos neolíticos hasta el final de las dinastías indígenas», por negros de Africa.

II. *a)* La señora Blanc sensible ante el hecho de que, por razones incluso históricas, la historia del valle del Nilo ha sido descrita partiendo del postulado de que

[2] Estos documentos figuran como anexo al Informe final de 1974.

existía un valle egipcio civilizado y rico en testimonios históricos y un valle más meridional, negro y primitivo, dependiendo del solo dominio de la antropología, desearía reequilibrar la investigación histórica en el conjunto del Valle. Eso supone renunciar a los métodos históricos tradicionales para ampliar la investigación con una nueva metodología. La señora Blanc ve en los trabajos emprendidos en Nubia, después de dos décadas aproximadamente, una primera apertura hacia el reexamen de la cuestión planteada en este coloquio.

b) La señora Blanc deseosa de liberar la historia del valle del Nilo de la visión tradicional que procede siempre de norte a sur, y de los «más civilizados» a los «menos civilizado», llama la atención sobre las regiones nilóticas situadas entre el paralelo 23 y las fuentes del río en Uganda. E introduce en ese examen una división, para ella radical hoy en el plano ecológico: la del paralelo 10, donde se ha detenido la progresión del islam.

Entre el paralelo 23 y el 10, el Nilo, utilizable como vía de circulación, parece que ha podido desempeñar un papel comparable al que ha desempeñado en el norte, en Egipto. Nada de eso ha ocurrido y las condiciones ecológicas en esa sección del curso del río son sin duda las responsables en primer lugar.

Esta constatación lleva a la señora Blanc a preguntarse, de un modo global, sobre la aportación respectiva de los sedentarios y de los nómadas en toda la zona considerada. Pero, sobre todo, tras haber reconstruido la historia del poblamiento desde la llegada de los árabe-musulmanes, la lleva a examinar las hipótesis relativas al poblamiento de esa misma zona con anterioridad a la citada llegada. La autora subraya que el eje nilótico ha ofrecido una vía de comunicación con el Africa occidental y subsahariana y que se puede formular la hipótesis de que las civilizaciones que allí se han desarrollado podrían ser auténticamente africanas y no en absoluto civilizaciones intermediarias entre el mundo mediterráneo y el Africa negra.

Darfur al oeste, del que se conoce mal la organización social y política antes del siglo XVII, ha desempeñado, no obstante, un papel importante como polo regional de desarrollo económico.

Al este, la región de Sennar donde viven los funj, ha sido la sede de un «sultanato negro», que no era ni árabe ni musulmán al principio.

La zona ocupada entre el Nilo y el mar Rojo por los bedja apenas permite la sedentarización, tan duras son allí las condiciones ecológicas.

Al sur del paralelo 10, las condiciones ecológicas son totalmente diferentes. Viven allí poblaciones «bloqueadas» sobre las que ni la arqueología ni las tradiciones orales aportan aún informaciones. Las hipótesis sobre el poblamiento y la historia de esa zona están hoy muy poco fundamentadas y hay que llegar a regiones más meridionales, en el Africa oriental, a la zona interlacustre, para encontrar investigaciones históricas relativamente avanzadas.

DECLARACIONES PRELIMINARES DE LOS PARTICIPANTES

I. El profesor Säve-Söderbergh facilita algunas informaciones sobre las excavaciones escandinavas en Sudán (1960-1964). Esas excavaciones establecen las interrelaciones del valle del Nilo con Africa septentrional y sahariana. Las publicacio-

nes[3] versan, entre otros, sobre 7.000 dibujos rupestres y sobre el análisis de 1.546 individuos humanos descubiertos. Van Nielsen (vol. IX) ha establecido las relaciones entre los grupos A, C, Imperio Nuevo, etc. Las comparaciones conducen a unos resultados diferentes según que se utilice solamente la craneometría o el conjunto de los factores antropológicos y tecnológicos. Las investigaciones de antropología física e iconográficas permiten decir que ha habido migración de saharianos y de grupos que llegan del sur; unos y otros han tenido grandes relaciones con los antiguos egipcios. Para el Mesolítico, las comparaciones versan sobre menos de un centenar de esqueletos: eso es suficiente para conclusiones válidas. Se obtienen resultados más precisos para el Neolítico.

Actualmente ya no es posible aferrarse a la noción en desuso de raza para caracterizar a la población del antiguo Egipto. Conviene mucho más estudiar las relaciones del hombre con su entorno ecológico.

Diferentes culturas, contemporáneas unas de otras, pero aisladas, pueden, no obstante, pertenecer a un mismo *tecno-complejo*. Por ese nuevo método, está confirmado que Egipto es africano. Pero, más allá de ese resultado, surgen muchos problemas. Nagada I y II no pertenecen al mismo tecno-complejo que Nubia o Sudán contemporáneo. En Sudán, una gran unidad tecno-complejo concierne a la zona que va desde Kassala al Chad y de Wadi Halfa hasta Jartum. El grupo A constituye otro tecno-complejo más reciente desde la 1.ª hasta la 3.ª Catarata y tal vez más lejos.

II. El profesor Cheikh Anta Diop se apoya ampliamente en el texto del capítulo 1 de este volumen para basar su argumentación.

a) En el plano antropológico, los trabajos realizados después de los descubrimientos del profesor Leakey conducen a admitir que la humanidad ha tenido su origen en Africa, en la zona de las fuentes del Nilo. La ley de Gloger, que se aplicaría tanto a la especie humana como a las demás, dice que los animales de sangre caliente que se desarrollan en un clima cálido y húmedo tienen una pigmentación negra (eumelanina). El primer poblamiento humano de la Tierra era, pues, étnicamente homogéneo y negroide. Desde la zona principal, el poblamiento ha alcanzado a otras regiones de la Tierra por dos vías exclusivamente: el valle del Nilo y el Sáhara.

En el valle del Nilo, ese poblamiento ha tenido lugar de sur a norte, del Paleolítico superior al protohistórico, en un movimiento progresivo. La totalidad de la población egipcia de origen predinástico era negra, a excepción de una infiltración de elementos nómadas blancos.

El doctor Massoulard concluye que quizá la población antigua de Egipto se componía de al menos tres elementos raciales diferentes: negroides en casi más de un tercio, «mediterráneos» y cromañoides. El profesor Diop saca la conclusión de que el fondo de la población era negro en la época predinástica, lo cual cambia la tesis según la cual el elemento negro se habría infiltrado en Egipto tardíamente.

Para las épocas muy antiguas en las que no existía aún la momificación, Elliot Smith ha descubierto fragmentos de piel en los esqueletos. Esos fragmentos, afirma el profesor Diop, contienen una cantidad suficiente de melanina para caracterizar a una piel como negra.

[3] Véase Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia, Publications (en especial, vol. I, Rock Pictures; vol. 2, Preceramic Sites; vol. 3, Neolithic And A-Group Sites, y vol. 4, Human remains).

El profesor Diop, deseoso de aportar pruebas positivas, ha estudiado un conjunto de preparaciones examinadas en laboratorio en Dakar. Se trata de muestras de piel tomadas de las momias procedentes de las excavaciones de Mariette. Todas ellas revelan —y el profesor Diop propone el examen de las muestras a los especialistas presentes— la presencia de un porcentaje de melanina considerable entre epidermis y dermis. Ahora bien, la melanina, ausente de la piel de los leucodermos, se conserva, contrariamente a lo que se ha afirmado con frecuencia, durante millones de años, como lo han revelado pieles de animales fósiles. El profesor Diop desea que se pueda efectuar el mismo tipo de investigación en la piel de los faraones, cuyas momias están conservadas en el Museo de El Cairo.

Subraya también que las medidas osteológicas y el estudio de los grupos sanguíneos completan las posibilidades de una investigación antropológica decisiva. Es sorprendente, por ejemplo, que los egipcios actuales, sobre todo en el Alto Egipto, pertenezcan al mismo grupo sanguíneo B que las poblaciones del Africa occidental y no al grupo A 2 característico de la raza blanca.

b) Iconografía: Partiendo de una importante documentación iconográfica y de las definiciones que se han podido leer en esta obra, el profesor Diop pide que nadie se detenga en detalles que diferencian, por ejemplo, a algunos negros de otros personajes, en una misma tumba: se trata aquí de una diferencia de representación de origen social. Las gentes del pueblo se distinguen iconográficamente de las representaciones de la clase dominante.

c) Al abordar después los testimonios aportados por las *fuentes antiguas,* el profesor Diop afirma que los autores griegos y latinos han hablado de los egipcios como de negros. E invoca el testimonio de Herodoto, Aristóteles, Luciano, Apolodoro, Esquilo, Aquiles Tatius, Estrabón, Diodoro de Sicilia, Diógenes Laerce y Amiano Marcelino. La erudición moderna, dice, rehúsa tomar estos textos en consideración. Un autor del siglo XVIII, Volney, no obstante, habla también de los egipcios considerándolos como negros. Las tradiciones bíblicas clasifican también a Egipto como herencia de Cam. El profesor Diop pone en duda la egiptología, nacida del imperialismo, y que ha querido negar todos los hechos que él acaba de recordar.

d) El profesor Diop estudia después el modo cómo los egipcios se han descrito a sí mismos. Sólo tenían una palabra para hacerlo: *kmt*[4] «el término más fuerte que existe en lengua faraónica para indicar la negrura» y que el profesor Diop traduce por «los negros». Por eso, ese jeroglífico no se escribe con escamas de cocodrilo, sino con un trozo de madera carbonosa. El profesor Diop estudia el caso de palabras compuestas partiendo de *kmt.* Al llamarse ellos mismos *kmtjw (kemtiu)* los egipcios se distinguían de los demás pueblos. Pero, dice el profesor Diop, los egipcios no se distinguían de los nubios por una calificación relativa al color. En fin, «negro» califica a los principales dioses egipcios: Osiris, Apis, Min, Thot, Isis. Por el contrario, Seth es calificado de rojo como todos los seres maléficos.

III. El profesor Shinnie ha consultado, antes de acudir a esta reunión, a los especialistas canadienses de antropología física. Les ha enviado para su examen las

[4] Esta palabra es el origen de la palabra «camita» que ha proliferado después. Se encontrará en la Biblia bajo la forma KAM.

tesis que se mencionan en el informe preliminar del profesor Vercoutter. Dichos especialistas han considerado que la discusión sobre estas tesis, de forma rígida y absoluta, constituye un paso atrás de unos treinta años y no puede conducir más que a dar palos de ciego.

IV. El profesor Debono aporta, en una exposición detallada, las informaciones que se han podido leer en el volumen I.

V. El profesor Leclant insiste en primer lugar en el carácter africano de la civilización egipcia. Pero conviene distinguir, como ha hecho el profesor Vercoutter, «raza» y cultura.

La antropología física, en Egipto, sólo está en sus comienzos. No es posible atenerse a las investigaciones totalmente superadas de Chantre, de Elliot Smith, de Sergi o del doctor Derry. Por el contrario, han habido ya importantes puestas al día como la de Wierczinski [5]. Hay que subrayar también el interés dado a la antropología física por los grupos que han trabajado en Nubia. Aunque, paradójicamente, la Nubia «pobre» corre el riesgo de ser ya mejor conocida que Egipto en esta materia [6]. En adelante, las misiones conceden una gran importancia a los estudios osteológicos, lo que constituye una feliz novedad [7].

En el plano cultural, conviene prestar una gran atención a los grabados rupestres que forman una vasta unidad, desde el mar Rojo al Atlántico. Esas huellas han sido dejadas por capas culturales sucesivas, que proceden de pueblos cazadores, pastores u otros.

El problema del poblamiento del antiguo Egipto es complejo y no puede ser resuelto, de momento, por medio de un enfoque sintético aún muy prematuro. Conviene estudiarlo mediante exámenes fraccionados y precisos. Para eso, el concurso de especialistas de disciplinas no representadas en el coloquio es indispensable. Ahora sólo están presentes historiadores «generalistas» capaces de reunir y de sintetizar las informaciones proporcionadas por los especialistas; y esas informaciones son, de momento, muy insuficientes.

En cualquier caso, es arcaico recurrir a autoridades actualmente superadas, tales como Lepsius o Petrie. Aunque se pueda rendirles un homenaje «histórico», la egiptología ha progresado mucho desde sus trabajos.

En cuanto a los testimonios iconográficos, el único problema es saber cómo los egipcios se han situado ellos mismos con relación a los demás hombres. Ellos se llaman a sí mismos *rmt* (rame), es decir, «los hombres»; los demás constituyen el caos repartido según los cuatro puntos cardinales. Por ejemplo, las estatuas de prisioneros de Saqqarah (VI dinastía, 2.300 antes de la era cristiana) se dividen entre gentes del norte (asiáticos, libios) y gentes del sur (nubios, negros). Bajo las sandalias del faraón, unos tipos estereotipados de hombres del norte (blancos) y del sur (negros) confirman esa representación.

---

[5] *Bulletin de la Société de Geographie d'Egypte*, 31, 1958, págs. 73-83.

[6] El profesor Leclant cita los estudios de Nielsen, Strouhal, Armelagos, Rogalsky, Prominska, Chemla, y Billy.

[7] Importante artículo reciente: D.P. Van Gerven, D.S. Carlson y G. J. Armelagos, «Racial History and Biocultural Adaptation of Nubian Archeological Populations», *Journal of African History*, 14, 1973, págs. 555-564.

VI. El profesor Ghallab habla de los elementos sucesivos que se pueden identificar en el poblamiento de Africa, del Paleolítico al III milenio antes de la era cristiana.

En el Africa del Nordeste, para la segunda edad pluvial, se encuentra una gran cantidad de objetos de piedra en el valle del Nilo y en los oasis. El profesor Ghallab distingue, en el Mesolítico, al menos seis grupos étnicos en el poblamiento egipcio unidos, sin embargo, por una cultura homogénea. Para él, en la época paleolítica, la humanidad era más o menos homogénea y «caucasiana»; los primeros tipos negros en Africa son el hombre de Asselar y el de Ondurman. En el paleolítico tardío, la raza negra se ha manifestado desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Pero entre los primeros egipcios se ha encontrado la huella de «bushmen» algunas de cuyas características estaban transformadas como consecuencia de su adaptación a la ecología mediterránea. Hoy quedan aún vestigios de ese tipo «bushmen» en la población egipcia. Una cultura negra no aparece realmente más que en el Neolítico.

VII. Para el profesor Abdelgadir M. Abdalla, importa poco saber si los egipcios antiguos eran negros o «negroides»: lo importante es el grado de civilización al que han llegado.

La iconografía muestra, en Napata, que los creadores de esa cultura no tenían nada en común con los egipcios: los caracteres anatómicos son totalmente diferentes. Si los egipcios son negros, ¿qué son entonces los hombres de la cultura de Napata?

En el terreno de la lingüística, *km (kem)* no quiere decir «negro» y sus derivados no se refieren al color de los individuos. El profesor Abdalla efectúa a su vez una demostración lingüística para ilustrar su tesis diferente de la del profesor Diop. Y concluye que la lengua egipcia no es una africana directa: pertenece a un grupo protosemítico y numerosos ejemplos pueden ser citados en apoyo de esa definición. Para el profesor Abdalla, los ejemplos lingüísticos proporcionados por el profesor Diop no son ni convincentes ni concluyentes y es peligroso asociar rigurosamente una lengua a una estructura étnica o a un individuo. Resulta equívoco efectuar la comparación entre una lengua muerta y lenguas vivas; las semejanzas señaladas son accidentales y no se conoce, de momento, la evolución de las antiguas lenguas africanas. Las pruebas proporcionadas de parentesco apuntan mucho más en favor de la dispersión del egipcio antiguo en Africa que de su parentesco con las lenguas africanas actuales. ¿Por qué habría sólo parentesco entre el egipcio antiguo y el wolof y no entre el egipcio antiguo y el meroítico, por ejemplo? Ahora bien, la lengua de Napata y el egipcio son antípodas una de la otra.

El profesor Abdalla desea que la investigación se prosiga con rigor.

a) A él le parece imposible establecer una correlación automática entre un grupo étnico, un sistema económico-social y una lengua.

b) Es imposible llegar a conclusiones de valor científico trabajando a «gran escala». La historia apenas muestra ejemplos puros de grandes migraciones que no vayan acompañadas de grandes transformaciones culturales.

c) Lo «negro» no es una noción clara hoy día para la antropología física. El esqueleto no permite saber cuál era el color de la piel. Sólo los tejidos y la piel misma son importantes.

d) Es urgente dedicarse al estudio de la paleopatología y de las prácticas funerarias.

VIII. El profesor Sauneron interviene en el transcurso de una viva controversia entre los profesores Abdalla y Diop, en el plano linguístico. El profesor Sauneron expone que en egipcio *km* significa negro; el femenino *kmt* significa negra; el plural es *kmu (kemu):* negros, o *kmtwt:* negras.

Una forma *kmtyw* sólo puede designar dos cosas: «los de *Kmt*», «los habitantes de *Kmt*» («el país negro»). Eso es un genérico formado sobre un término geográfico convertido en nombre propio; no es necesariamente «sentido» con su significado original (comparar con francos, Francia, francés).

Para decir «los negros», los egipcios habrían dicho *kmt* o *kmu,* no *kmtyw*. Por otra parte, ellos nunca han utilizado ese término de color para designar a los negros del Africa interior a los que han conocido a partir del Imperio Nuevo; ni, por otra parte, han utilizado más ampliamente los términos que designan los colores para distinguir los pueblos.

IX. El profesor Obenga prosigue a su vez la demostración lingüística comenzada por el profesor Diop[8].

a) Tras haber criticado el método del profesor Greenberg, apoyándose en los trabajos recientes del profesor Istvan Fodor[9] y haber notado que desde los trabajos de Ferdinand de Saussure, «es una realidad que para unir a dos o más pueblos culturalmente, las pruebas lingüísticas son las más evidentes», el profesor Obenga intenta probar la existencia de un parentesco lingüístico genético entre el egipcio (antiguo egipcio y copto) y las lenguas negro-africanas modernas.

Antes de cualquier comparación, hay que evitar confundir parentesco lingüístico tipológico, que no permite encontrar el antepasado predialectal común a las lenguas comparadas, y parentesco genético. Por ejemplo, el inglés moderno se emparenta, desde el punto de vista tipológico, con el chino; pero, desde el punto de vista genético, esas dos lenguas pertenecen a familias lingüísticas diferentes. Asimismo, el profesor Obenga rechaza como algo sin sentido lingüístico la noción de lengua mixta.

El parentesco genético intenta establecer las leyes fonéticas descubiertas por comparación de morfemas y de fonemas de las lenguas próximas. A partir de las correspondencias morfológicas, lexicológicas y fonéticas así deducidas, se trata de restituir formas anteriores comunes. Así se ha procedido, abstractamente, en la restitución de un «indoeuropeo» teórico que ha servido de modelo operacional. Es significativo de una macroestructura cultural común a lenguas que después han evolucionado separadamente. Es legítimo aplicar el mismo tratamiento a las lenguas africanas. El egipcio antiguo desempeña en ese caso el papel que desempeña el sánscrito para las lenguas indo-europeas. La discontinuidad geográfica conduce a excluir la hipótesis del préstamo en los tiempos antiguos.

b) Reencuentros tipológicos importantes, de orden gramatical: género femenino formado con la ayuda del sufijo *t* y plural de los sustantivos por fijación de una *w* (o *u)*. Formas completas y encuentros entre el egipcio antiguo y buen número de lenguas africanas: entre el egipcio y el wolof, la superposición es total.

---

[8] El texto íntegro, tal como ha sido comunicado al ponente, por el profesor Obenga, figura como Anexo II al Informe final del Coloquio.

[9] Istvan Fodor, *The problems in the classification of the African languajes,* Center for Afro-asian Research of the Hunagrian Academy of Sciencies, Budapest, 1966, 158 páginas.

De esta serie de demostraciones, el profesor Obenga saca la conclusión de que los encuentros morfológicos, lexicológicos y sintácticos obtenidos constituyen una prueba perentoria del parentesco estrecho del egipcio antiguo y de las lenguas negro-africanas actuales. Semejantes encuentros son imposibles entre el semítico, el berebere y el egipcio.

Luego se detiene en las comparaciones referentes al verbo-nominal «ser»: la forma arcaica conocida del bantú es aquí la misma que la del egipcio antiguo más arcaico. El análisis de los morfemas negativos, del futuro enfático y las partículas de unión llevan a las mismas conclusiones que en los casos precedentes. Existe, pues, para el profesor Obenga, la posibilidad de encontrar una estructura genética común.

c) El profesor Obenga llega a lo que él estima como lo más interesante en la comparación efectuada.

La comparación se efectúa ahora sobre palabras: palma, espíritu, árbol, lugar. Y también sobre pequeños fonemas: por ejemplo, *km (kem),* negro en egipcio antiguo, da *kame kemi, kem* en copto, *ikama* en bantú (con el sentido de carbonizado por exceso de combustión), *kamé* en azer (ceniza); *romé* (hombre en egipcio antiguo) da *lomi* en bantú... Los mismos fonemas tienen las mismas funciones en las diversas lenguas comparadas.

Para el profesor Obenga, el conjunto de esas comparaciones permite analizar en el futuro un «negro-egipcio», comparable al «indoeuropeo». En ese contexto, y a partir de la certeza de que existe un universo cultural común entre todas esas lenguas, es como pueden desarrollarse válidamente las investigaciones futuras.

X. El profesor Gordon-Jaquet declara que tal vez se podría hacer intervenir al estudio de la toponimia egipcia para apoyar la afirmación según la cual no se ha producido en Egipto ninguna inmigración o invasión masiva de poblaciones extranjeras desde la época neolítica, por lo menos. Los nombres de lugar son extraordinariamente vivaces y cada uno de los grupos lingüísticos que se suceden en una región dejan en él su huella bajo la forma de topónimos, más o menos numerosos según su propia importancia numérica y la duración de su predominio en la región. Toda aportación permanente importante que hubiera llegado del exterior para añadirse a la población egipcia se habría reflejado en la toponimia del país. Ahora bien, ese no es el caso. La toponimia egipcia es extraordinariamente homogénea: se compone de nombres cuya etimología puede, en casi todos los casos, explicarse por la lengua egipcia misma. Sólo en el período ptolomeico y más tarde aún, tras la conquista árabe, es como nombres de origen griego y árabe han llegado a añadirse al fondo de nombres egipcios. Y sólo en las regiones periféricas, Nubia, oasis occidentales y Delta oriental, es decir, en las regiones que se encontraban directamente en contacto con pueblos vecinos que hablaban otras lenguas se encuentran nombres cuya etimología puede estar relacionada con esas lenguas extranjeras.

XI. El profesor Devisse abandona un instante su función de ponente para comunicar al Coloquio los resultados de una investigación iconográfica [10].

[10] Esta muy larga encuesta internacional ha dado lugar a una publicación en varios volúmenes a lo largo del año 1976. La encuesta fue llevada a cabo por la Fundación Ménil (Houston, Estados Unidos), de la que una oficina en París ha centralizado una enorme documentación iconográfica.

El examen de tres manuscritos [11] proporciona representaciones de egipcios negros que merece detenerse en ellos. Cuando se elimina la parte de la tradición bíblica (descendencia de Cam) de las representaciones alegóricas con tendencias antiguas (Hades, la Noche), resulta que una proporción variable de los egipcios representados lo está bajo los rasgos y el color de negros. Ciertamente, en algunos casos, se trata de criados. Pero, y en este punto las escenas conservadas son extraordinariamente interesantes, se trata también de egipcios libres. Algunos —una tercera parte de los participantes aproximadamente— están en la mesa con José que ofrece un banquete a sus hermanos israelitas, colocados en otra mesa; otros participan en la venta de José a Putifar, representado éste, como blanco. Sin duda, el lado más importante de esa iconografía, siempre muy realista en los detalles, consiste en la costumbre específica de esos egipcios negros (en particular en el Octateuco del siglo XI). Claramente diferenciados de egipcios que llevan barbas y turbantes, los negros llevan frecuentemente lanza y van vestidos con «una piel de pantera», que deja el hombro derecho desnudo. Esas observaciones son tanto más interesantes cuanto que los contactos entre bizantinos y egipcios eran importantes en la época fatimida, y en tanto que las representaciones en cuestión son mucho más realistas, justamente, para esa época que en el caso del manuscrito más antiguo.

La interpretación de esos documentos es muy difícil: hacen referencia a la vez al fondo cultural bizantino y a la tradición bíblica. Sin embargo, eso no quiere decir que tales documentos ofrezcan, del egipcio «considerado del norte», una imagen no conforme a la tesis «leucoderma» uniforme.

DISCUSION GENERAL

El debate general ha hecho resaltar, en diverso grado, el deseo en algunos participantes de proceder, en el estado actual de nuestros conocimientos, a macroanálisis relativos al conjunto de la historia antigua de Egipto, incluso a veces a la escala del continente africano; en otros, en cambio, el afán de desarrollar más aún los microanálisis relativos al conjunto de la historia antigua de Egipto, incluso a veces a la escala del continente africano; en otros, en cambio, el afán de desarrollar más aún los microanálisis geográficos, como disciplina o interdisciplinares, ha aparecido como un reflejo de prudencia necesaria.

Análisis cronológico de los resultados conseguidos

El profesor Cheikh Anta Diop ha iniciado la discusión sobre este punto de vista. Desde el paleolítico superior, la humanidad ha registrado una desaparición progresiva de su homogeneidad inicial; la población de Egipto no tiene ni más ni menos homogeneidad que las demás zonas del mundo. Los orígenes actualmente reconocidos de la humanidad se sitúan en 5.300.000 años antes de la época actual (BP); esos orígenes son africanos.

[11] París BN Nouvelle Acquisitions: latin 2334 (VI-VII?), Vatican grec 747 (XI) y Vatican grec 746 (XII).

Hacia el 150000 antes de la era cristiana apareció el *homo sapiens*. Este pobló progresivamente todas las partes entonces habitables de la cuenca del Nilo. Los hombres egipcios de ese momento eran negros.

Rechazando la tesis opuesta, recordada por el profesor Vercoutter en su informe referente al poblamiento de Egipto en la época predinástica, el profesor Diop declara que el 33% de egipcios «leucodermos de piel más o menos oscura que podía llegar hasta el color negro» son en realidad negros, con la misma razón que el 33% son mestizos; añadiendo el último 33% del doctor Massoulard de egipcios tenidos como negros, el profesor Diop considera que el conjunto de la población de Egipto era, pues, siempre negra en el protodinástico.

Confirma también la tesis general desarrollada en su exposición sobre el poblamiento negro y lentamente mestizo de Egipto. En otro momento del debate, el profesor Diop precisa incluso que en el Alto Egipto los negros no han experimentado una regresión más que a partir de la ocupación persa.

Termina su información con dos observaciones generales. Una referente al empleo de la palabra *negroide* considerada como inútil y peyorativa. Y la otra se refiere a la argumentación que le es opuesta y que él estima negativa, insuficientemente crítica y no fundada en los hechos.

La tesis del profesor Diop ha sido rechazada globalmente por un solo participante.

Ninguno de los participantes ha declarado explícitamente que sostuviese la antigua tesis de un poblamiento «leucodermo de pigmentación oscura que podía llegar hasta el negro». El consenso al abandono de esa tesis antigua sólo ha sido tácito.

Numerosas objeciones han sido hechas a las proposiciones del profesor Diop; ellas demuestran la extensión de un desacuerdo que se ha manifestado profundo aun cuando no ha sido claramente expresado. Esas objecciones parten, para algunos temas, del razonamiento propuesto.

Para las épocas muy antiguas —anteriores a lo que aún se llama en la terminología francesa «neolítico»— los que intervienen están de acuerdo en considerar que las respuestas son muy difíciles de precisar. El profesor Debono nota una gran identidad de la cultura de cantos manipulados en las diversas regiones en las que aquélla ha sido descubierta (Kenia, Etiopía, Uganda, Egipto). Lo mismo ocurre para la época acheulense en la que las bifaces son parecidas en muchas regiones africanas. Por el contrario, la industria sangoenense encontrada en el Africa del Este muestra una homogeneidad que se pierde progresivamente según se remonta hacia el norte. En Khor Abu Anga (isla de Sai, en Sudán), aquélla es bastante completa en los diversos útiles que contiene. A partir de Wadi Halfa, parece que pierda varios de sus elementos. En Egipto, conserva una sola de sus características tipológicas, entre Tebas y Dachur, cerca de El Cairo.

En el Paleolítico medio, el corte Levallois con variantes musteroides es muy diferente en Egipto que en las regiones africanas más meridionales o más occidentales.

Con el Paleolítico, por razones que ignoramos, probablemente de carácter climático y ecológico nuevo, Egipto se aísla del resto de Africa, desde el punto de vista de la industria lítica. Egipto crea unas industrias originales sebiliense, epilevalloisiense o hawariense y kharfiiense).

Por otra parte, se asiste en la misma época a un intento de penetración extranjera por los aterienses del Africa del Nordeste, de los que se encuentran huellas hasta en el sur del Sáhara. Al penetrar en el oasis de Siwa y en gran escala en el de Kharga, se constata una diseminación en el valle del Nilo. Huellas de esa penetración se encuentra en Tebas. Otros documentos de la misma época han sido encontrados en el Wadi Hamamat (desierto oriental) de Esna, mezclados con el kharñiense, en Dara de Djebel Ahmar, cerca de El Cairo y hasta en el Wadi Tumilat, en el Delta oriental, mezclados con el epilevalloisiense. En esa ocasión se produjeron sin duda, a pequeña escala, mezclas raciales rápidamente absorbidas por los autóctonos.

Una intrusión también muy interesante en Egipto referente a pueblos extranjeros es la de los natufienses de Palestina, cuya presencia se conocía ya desde hacía mucho tiempo en Heluán, cerca de El Cairo. Prospecciones más recientes amplían el área de extensión de ese pueblo primitivo. Los vestigios líticos de esos natufienses en Fayum y en el desierto oriental, representan una franja geográfica que se extiende de este a oeste del Valle nilótico en ese punto.

El profesor Sauneron estima que debido a la presencia de cantos manipulados en las capas del Pleistoceno antiguo de la Montaña tebana, se debe suponer que la presencia humana en el valle del Nilo es muy antigua. El profesor Ghallab expone que los habitantes de Egipto, en el Paleolítico, eran caucasoides. Y dice también que las excavaciones recientes han mostrado la existencia del hombre de tipo «bushman» en la población del período predinástico.

El profesor Shinnie está de acuerdo en admitir la instalación del *homo sapiens*, sin mención del color de su piel, y data en unos 20.000 años la sedentarización de la población en el valle del Nilo. A continuación, grupos humanos diferentes llegaron de diversas regiones aumentando esa población y modificando su composición.

La discusión no resulta menos animada para los períodos neolítico y predinástico.

El profesor Abu Bakr insiste en la idea de que los egipcios nunca han estado aislados de los otros pueblos. Y nunca han constituido una raza pura siendo imposible aceptar la idea de que en la época neolítica la población de Egipto era puramente negra. La población egipcia mezcla, en la época neolítica, a hombres llegados del oeste y del este, impropiamente llamados hamíticos. Esa es también la tesis del profesor El-Nadury: las migraciones llegadas de todas las regiones del Sáhara han asegurado, en el Neolítico, una amplia mezcla humana. Luego, no existe discontinuidad en el poblamiento hasta la época dinástica. El establecimiento de Merimdé muestra, gracias a un abundante material arqueológico claramente estratificado, que la instalación de la población ha sido progresiva en esa zona.

El profesor Vercoutter expresa positivamente su convicción, en lo que concierne al poblamiento antiguo de Egipto: para él, el pueblo que ha ocupado el valle del Nilo ha sido siempre mixto; en particular, en la época predinástica, las aportaciones son numerosas del oeste y del este.

Para la época predinástica y el comienzo de la época dinástica, una aportación calificada de semítica por el profesor El-Nadury, llegó del nordeste. Como el profesor Abu Bakr, el profesor El-Nadury está sorprendido por el hecho de que, durante la primera dinastía, fueron construidas fortificaciones en Abidos que trataban probablemente de impedir la inmigración desde el sur hacia el norte.

El profesor Abu Bakr cita como ejemplo de la presencia de «no negros» en Egipto el caso de la mujer de Keops de cabellos rubios y ojos azules. En este punto, el profesor Cheikh Anta Diop cree que en ese caso aislado muestra que se trata de una excepción.

El profesor Obenga aporta importantes complementos en el curso de la discusión y subraya el interés de las fuentes escritas antiguas, que se refieren a la población de Egipto. Herodoto, en un pasaje relativo a los colcos, que ni la erudición moderna ni la crítica comparativa de los manuscritos ponen en duda, trata de mostrar, por medio de una argumentación crítica que los colcos son parecidos a los egipcios: «Hablan de la misma manera que éstos, son los únicos en practicar, como los egipcios, la circuncisión, tejen el lino como los egipcios; esas semejanzas se añaden a otros dos caracteres comunes, el color negro de la piel y los cabellos crespos».

El profesor Leclant sostiene que los autores antiguos utilizan la expresión «rostro quemado» para los etíopes, los nubios y los negros, no para los egipcios.

El profesor Obenga responde que los griegos empleaban la palabra negro (melas) para los egipcios. El profesor Vercoutter pregunta en qué contexto exacto Herodoto habla en tres ocasiones, a propósito del origen de los colcos, cuando recuerda el origen de las crecidas del Nilo y cuando habla del oráculo de Zeus Amón.

Para el profesor Leclant, la unidad del pueblo egipcio no es de orden racial sino cultural. La civilización egipcia ha sido estable durante tres milenios; los egipcios no se han definido a sí mismos como *remet* (romé en copto) distinguiendo, especialmente por la iconografía, los pueblos del norte y los del sur diferentes de aquéllos. El profesor Obenga contesta que por la palabra *remet* los egipcios se distinguen en el plano racial de sus vecinos; se trata, para él, de una distinción de igual naturaleza que la que conducía a los griegos a diferenciarse de los otros pueblos, designados como bárbaros.

El profesor Leclant nota que rasgos paleoafricanos importantes merecen ser estudiados en la vida cultural de Egipto. Cita, por ejemplo, al babuino del dios Thot y la constancia, en la iconografía, de pieles de «pantera» como vestidura ritual durante el culto que rinde Horus a Osiris. Pero, para el profesor Leclant, el pueblo egipcio, culturalmente estable durante tres milenios, no es más blanco que negro.

El profesor Sauneron pone en duda la noción misma de homogeneidad del poblamiento, sobre todo si se habla de esa homogeneidad desde la primera aparición del hombre en Egipto hasta la época predinástica. En el estado actual de nuestros conocimientos, para el profesor Sauneron, la heterogeneidad del poblamiento de Egipto es indiscutible.

La conclusión de los expertos que no admiten la teoría de un poblamiento uniforme del valle del Nilo desde los orígenes hasta la invasión persa, enunciada por los profesores Cheikh Anta Diop y Obenga, es que el poblamiento básico de Egipto tiene lugar en el Neolítico, en gran parte procedente del Sáhara y que une a hombres llegados del norte y del sur del Sáhara y diferenciados por su color. A esa otra teoría, los profesores Diop y Obenga oponen la suya, que subraya la unidad del poblamiento del valle por negros y los progresos de ese poblamiento de sur a norte.

Existencia o inexistencia de migraciones importantes hacia el valle del Nilo

En ese punto los trabajos del Coloquio han sido muy confusos. Más de un debate no ha llegado a su término.

En general, los participantes estiman que hay que renunciar al esquema de las «grandes migraciones» para explicar el poblamiento del valle del Nilo, al menos hasta la época de los hicsos, en la que aparecen intercambios lingüísticos con el Próximo Oriente (profesor Holthoer). Por el contrario, los cambios de población con las regiones inmediatamente adyacentes del Valle son evidentes para varios expertos, aunque se haya apreciado de muy distinto modo el papel de obstáculo, causado de facto o por la naturaleza, desempeñado por los factores geográficos o ecológicos en esos movimientos de pueblos.

En cualquier caso, todos están de acuerdo en considerar que «la esponja étnica» egipcia ha absorbido esas diversas aportaciones. De ello se desprende que implícitamente, los participantes en el Coloquio admiten que en resumen el substrato humano del valle del Nilo ha sido establecido y no sólo ha resultado afectado bastante débilmente por movimientos migratorios que duraron tres milenios.

Este acuerdo teórico y muy general desaparece cuando se llega al examen de los períodos sucesivos.

Para el Paleolítico, el profesor Cheikh Anta Diop emite la hipótesis de que el *homo sapiens* se ha instalado progresivamente en el valle hasta la latitud de Menfis. El profesor Abu Bakr dice que carecemos de informaciones para ese período y que el norte del valle del Nilo no estaba quizás habitado del todo. Por el contrario, el profesor Obenga estima que desde el Paleolítico superior al Neolítico, hay continuidad y unidad del poblamiento; los egipcios mismos lo han subrayado en sus tradiciones orales, poniendo a los Grande Lagos como origen de sus migraciones y a Nubia como un país idéntico al suyo.

En el punto de unión del Mesolítico y del Neolítico para el profesor Vercoutter, y en el Neolítico para los profesores Habashi y Ghallab, se puede estimar que han tenido lugar movimientos de grupos humanos relativamente importantes desde el Sáhara hacia el valle del Nilo. El profesor Vercoutter desea que esos movimientos, de momento muy mal conocidos, sean fechados con precisión y que el material arqueológico que les concierne sea reunido y estudiado. El profesor Cheikh Anta Diop proporciona elementos de respuesta. Para el Sáhara occidental, las dataciones obtenidas por el carbono 14 indican un período húmedo que va desde 30000 BP a 8000 BP aproximadamente, con alternancias de sequía; del mismo modo, la datación del período seco que sigue comienza a precisarse. Conviene efectuar los mismos tipos de datación para el Sáhara oriental; combinando los grabados, se obtendrán las informaciones deseadas.

Las migraciones saharianas son admitidas, para el Neolítico, por los profesores Habashi y El-Nadury. Para el profesor Säve-Söderbergh, la mayor parte de las culturas neolíticas del valle del Nilo pertenecen a un tecno-complejo de culturas saharianas y sudanesas; sin embargo, los movimientos migratorios serían intensos sobre todo antes y al final del período subpluvial neolítico.

A la hipótesis del poblamiento llegado del Sáhara en una gran parte, en la época neolítica, el profesor Diop yuxtapone la del poblamiento llegado del sur hacia el

norte. E insiste en la idea, varias veces recordada en la discusión, de que en el Capsiense una vasta área está cubierta por esa cultura de Kenia en Palestina.

Para las épocas proto y predinásticas, los profesores Diop y Vercoutter están de acuerdo en reconocer la homogeneidad del pueblo que habita el valle egipcio del Nilo hasta los límites sur del delta. El acuerdo es aún relativo entre esos dos expertos para admitir difícilmente (profesor Vercoutter) o rechazar (profesor Diop) la hipótesis de migraciones del norte al sur. El desacuerdo aparece cuando se trata de definir más exactamente a ese pueblo.

El profesor Diop, objeto de contradicción sin concesiones por los profesores Vercoutter y Sauneron, propone encontrar en ese pueblo a los anú e identificarlos por la imagen descubierta por Petrie en el Templo de Abidos.

Para la época dinástica, la estabilidad de la población del valle egipcio está atestiguada por la de su cultura:

El profesor Diop muestra que el calendario egipcio está en uso desde 4236 y desde ese momento posee un ritmo cíclico de 1.461 años. Para él y hasta la invasión persa, esa estabilidad sólo se rompe por un seísmo muy fuerte hacia −1450; éste provocó una serie de migraciones que han modificado, en toda la cuenca oriental del Mediterráneo, el equilibrio de los países ribereños.

Los pueblos del mar atacaron entonces el delta egipcio, al mismo tiempo que desaparecían los hititas y aparecían los protobereberes en Africa septentrional. Fuera de esa gran conmoción, sólo la conquista, desde el sur, del norte de Egipto por el faraón unificador Narmer hacia −3300 constituye un episodio importante en la vida del pueblo egipcio, aun cuando no va acompañado de una migración.

Ese análisis no ha sido discutido. Algunos no están de acuerdo: el profesor Säve-Söderbergh trata de establecer, partiendo de las excavaciones de Nubia, en qué momentos y en qué condiciones el Egipto faraónico queda separado del sur. En Nubia, la cultura más antigua desaparece del final de la primera dinastía, tal vez al comienzo de la segunda. El grupo C que le sucede no aparece antes de la VI dinastía. Existe ahí un «agujero cronológico» de 500 años aproximadamente, desde −2800 hasta −2300, sobre el que actualmente no tenemos información alguna. Es evidente que esa situación ha entrañado la destrucción o la desaparición de los contactos activos entre el Egipto faraónico y el sur.

La misma situación se presenta de nuevo entre el año 1000 y la época de Cristo, y no existe huella alguna arqueológica en la Baja Nubia. Huellas meroíticas sólo aparecen hacia el I siglo de la era cristiana. Los intercambios entre Egipto y el sur han variado, pues, considerablemente de −2800 a la época meroítica.

Los profesores Vercoutter y Leclant advierten la aparición, a partir de la XVIII dinastía, de un tipo de representación del negro completamente diferente del que existía antes (tumba de *Huy* o tumba de *Rekhmaré*). ¿Cómo aparecen entonces esas poblaciones nuevas en la iconografía egipcia? ¿Es por contacto de los egipcios con el sur o por migraciones de habitantes del sur hacia Nubia? El profesor Shinnie arguye que esas informaciones no permiten pensar en una migración del sur al norte que habría afectado al poblamiento de Egipto.

El profesor Leclant, fuera del caso ya señalado para la XVIII dinastía, no ve ningún cambio importante a señalar antes de la XXV dinastía que haga aparecer a los kushitas de la región de Dongola en la vida de Egipto. El profesor Leclant cree

menos, por otra parte, en esa ocasión, en migraciones de pueblos que en la exageración episódica de tal o cual influencia en la vida del pueblo egipcio.

Dos constantes sobre todo se han impuesto con mucha evidencia en el transcurso de los debates que no han producido reacciones muy fuertes:

— el Delta del Nilo [12], en el Bajo Egipto, plantea un doble problema para las épocas prehistóricas. De una parte, el profesor Debono señala que esa región es muy poco conocida, contrariamente al Alto Egipto, al no estar acabadas las excavaciones realizadas en Merimdé en El-Omari y en Meadi-Heliópolis. Para esas épocas y la época arcaica, los restos humanos encontrados hasta ahora se revelan diferentes de los del Alto Egipto. Por otra parte, parece evidente que los fenómenos humanos que han afectado a la vida en el Bajo Egipto o en el Delta, por eso mismo que se les ve anteriormente en la época dinástica, no tienen las mismas características que los del valle al sur de esa región;

— el estudio del sustrato antiguo de la población ha sido posible, en Nubia septentrional, por la intensa investigación arqueológica organizada bajo los auspicios de la Unesco. Por muchas razones de tipo muy diversos, no ocurre lo mismo en el resto del valle egipcio del Nilo donde los resultados de la investigación para las épocas predinásticas y para las culturas materiales antiguas son mucho menos numerosas que en la Nubia septentrional. La indecisión en sacar conclusiones y las reservas de algunos de los expertos se explican probablemente en parte por eso.

Sin duda alguna, otro factor ha contribuido al menos a complicar una discusión que, en la forma, ha consistido frecuentemente en monólogos sucesivos y opuestos. Ese factor ha surgido por una frase del profesor Obenga que, sin embargo, no ha sido objeto de ninguna observación. El profesor Obenga considera como una evidencia que un sustrato cultural homogéneo está unido necesariamente a un sustrato étnico homogéneo.

Aunque se les libera de toda referencia racial, dos grandes temas han conseguido finalmente, y a pesar de todo, el acuerdo casi unánime, al menos como hipótesis de trabajo:

— el Neolítico es probablemente el período en el que los fuertes movimientos de pueblos en dirección del valle egipcio del Nilo han afectado al poblamiento de éste. Dos tesis están presentes: una hace provenir a esos pueblos principalmente de toda la parte oriental del Sáhara, de norte a sur; la otra hace proceder a esos movimientos del sur, por el Nilo;

— la estabilidad del poblamiento de Egipto es grande desde el protodinástico. Los movimientos de diversa naturaleza que han afectado a la vida política de Egipto, a su situación militar, a las consecuencias que han experimentado sus relaciones comerciales, y a los esfuerzos internos de colonización agrícola o las infiltraciones desde las regiones vecinas no han modificado fundamentalmente la naturaleza de ese poblamiento. Esa estabilidad étnica va acompañada de una gran estabilidad cultural.

El desacuerdo se hace total cuando aparece el debate entre la hipótesis, defendida por el profesor Diop, de un poblamiento homogéneo y la de un poblamiento mixto, defendida por varios expertos.

[12] El profesor Holthoer indicó la obra siguiente: D. G. Reder, «The economic development of the Lower Egypt (Delta) during the arcaic period (V-IV B. C.)» recopilación de artículos aparecidos en el *Journal de l'Egypte ancienne*, Moscú, 1960 (en ruso).

La investigación antropológica física

Los debates han tropezado constantemente con palabras muy poco precisas para que cada uno les conceda un valor idéntico, a pesar de ser utilizadas diariamente. El representante del Director General de la Unesco, el señor Glélé, ha intervenido para calmar a aquellos expertos que son partidarios de rechazar los términos de moreno, negro o negroide, porque el concepto de raza estaría superado y porque habría que trabajar en el acercamiento de los hombres rechazando toda referencia a una raza. El señor Glélé ha recordado que la Unesco, cuya misión es trabajar para la comprensión y la cooperación internacionales en el terreno cultural, al decidir la celebración del presente coloquio no ha querido suscitar tensiones entre pueblos o razas, sino elucidar y clarificar en el estado actual de los conocimientos, un extremo que, entre otras cosas, plantea la cuestión del poblamiento del antiguo Egipto, desde el punto de vista de su origen étnico y de sus pertenencias antropológicas. Se trata, pues, de confrontar las tesis presentes apoyándolas con argumentos científicos y de analizar la situación subrayando las lagunas, en caso de necesidad. El señor Glélé ha señalado que, en cualquier caso, esos conceptos de moreno, negro y negroide han sido utilizados hasta ahora y que figuran en todos los estudios científicos, así como la palabra «hamita» o «camita», y aun cuando se usan en el presente coloquio, se han tomado con reservas; igualmente, los redactores de la *Historia general de Africa* usarán esas palabras a las que los lectores están, por su parte, acostumbrados. Se piense lo que se pensare, en los niveles más amplios de la lectura de las obras científicas o de vulgarización, dichas palabras tienen una resonancia más o menos significativa, más o menos cargada de juicios de valor implícitos o no.

La Unesco no ha repudiado la noción de raza; ha dedicado un programa especial al estudio de las relaciones raciales y multiplica sus esfuerzos contra la discriminación racial. Varios trabajos y obras han sido publicados sobre ese importante problema. Era, pues, imposible para el coloquio examinar los problemas relativos al poblamiento del antiguo Egipto rechazando, sin otra forma de proceder y sin ninguna proposición nueva, la tipología clásica de clasificación de los pueblos en blancos, amarillos y negros, tipología de la que se sirve la egiptología clásica para situar al pueblo de Egipto. Además, aunque sólo para la historia de Africa, sino para el mundo entero; si esa cuestión merece la atención del coloquio, podría ser sometida a nivel internacional a la Asociación de los historiadores. En resumen, y en espera de nuevas definiciones, sería necesario precisar ahora las que todavía son utilizadas de negro, moreno, negroide y hamita.

El profesor Vercoutter introduce el debate sobre este punto. Recuerda que el problema se ha planteado a partir de los trabajos de Junker, cuando éste empleó la palabra «negro» para definir el tipo de representaciones aparecido en la XVIII dinastía, palabra que después ha sido caricaturizada por los egipcios. Junker ha utilizado la palabra negro principalmente con referencia al Africa occidental insistiendo a la vez en el color y en algunos rasgos característicos del rostro.

Superando esa visión antigua, el profesor Vercoutter pregunta si no son indispensables unos criterios más precisos en materia de definición científica de la raza negra, en particular un criterio sanguíneo, y qué papel exacto desempeña la pigmentación más o menos fuerte de la piel y si, por ejemplo, los nubios han de ser considerados como negros.

Frente a estas cuestiones, se han esbozado diversas actitudes. Varios participantes han deseado que se use con prudencia la palabra raza que ha suscitado dramas recientes. El profesor Obenga les ha respondido que la noción de raza es tenida como válida para la investigación científica y que el estudio de las razas puede proseguirse teóricamente al margen de todo racismo.

El debate ha puesto en evidencia la dificultad encontrada para dar un contenido científico a las palabras estudiadas. Y tal vez más aún la repugnancia, por razones perfectamente honorables, de más de un experto a usar esas palabras cuyo contenido puede ser considerado, con razón, como peligroso o peyorativo. Algunos expertos han hecho notar además que las respuestas básicas no podrán ser pedidas, en este terreno, a los historiadores ni a los arqueólogos, sino únicamente a los especialistas de antropología física. Aprobado ese extremo por un buen número de participantes, el profesor Säve-Söderbergh desea que la terminología racial sea sometida a especialistas de antropología física moderna. Una definición rigurosa es útil no sólo para Africa, sino más aún quizá para Asia, y asimismo deben ser precisados los conceptos de población mezclada, población mixta y grupos de poblaciones. La Unesco ha aceptado ya una petición de esa naturaleza con motivo de las investigaciones realizadas en Nubia.

Para el señor Glélé, si los criterios que hacen de un individuo un negro, un blanco o un amarillo son tan poco seguros, y si las nociones que se aplican para definirlo son tan poco claras, y tal vez tan subjetivas o cargadas de recuerdos culturales, conviene decirlo con toda claridad y reexaminar, a partir de criterios científicos nuevos, el conjunto de la terminología de la historia mundial a fin de que el vocabulario sea el mismo para todos y de que las palabras tengan las mismas connotaciones, lo cual evitaría los malentendidos y favorecería la comprensión y el entendimiento.

Los profesores Diop y Obenga no deben, sin embargo, recordar los criterios mantenidos por los antropólogos para caracterizar a los negros: piel negra, prognatismo facial, cabellos crespos, nariz achatada (los índices facial y nasal son tomados muy arbitrariamente por diferentes antropólogos), osteología nigrítica (relación de los miembros inferiores y superiores), etc. Según Montel, el «negro» tiene un rostro plano «horizontal». El profesor Abu Bakr hace observar que si eso es así, los egipcios no deberían en ningún caso ser considerados como negros.

El acuerdo es general sobre el hecho de que la craneometría no permite ningún modo de establecer la existencia de volúmenes encefálicos característicos de una raza o de otra.

Para el profesor Diop existen dos razas negras, una de cabellos lisos, y la otra de cabellos crespos y cuando el color de la piel es negro, es escasa la probabilidad de encontrar también las otras características fundamentales que han sido recordadas anteriormente. En fin, si el grupo sanguíneo A 2 es característico de los blancos, el grupo B lo es de los negros y en menor grado el grupo 0.

El profesor Shinnie responde que los especialistas americanos que él ha consultado para preparar este coloquio le han dicho que el estudio del esqueleto es un elemento importante, pero no suficiente para la determinación de la pertenencia racial y que los criterios, definidos como suficientes por el profesor Diop, no lo son ya, con motivos o sin ellos, para los especialistas americanos.

El profesor Obenga cree que existen dos grupos en el interior de una sola raza negra, uno con cabellos lisos, y el otro con cabellos crespos. El profesor Obenga

vuelve a la cuestión de conjunto que se ha planteado en este coloquio. Si la validez de la noción de raza es aceptada, y si la de raza negra no es negada, ¿qué ocurre con las relaciones de esta raza con los egipcios antiguos?

Para el profesor Diop, los resultados actualmente adquiridos por la investigación antropológica son suficientes para sacar conclusiones. El grimaldi negroide aparece hacia −32000, el cromañón —prototipo de la raza blanca— hacia −20000 y el hombre de Chancelade —prototipo de la raza amarilla en el Madgaleniense— hacia −15000. Los semitas constituyen un fenómeno social característico de un medio o entorno urbano y de un mestizaje entre negros y blancos. Su convicción es, pues, total: los hombres que poblaron primero el valle del Nilo pertenecen a la raza negra, tal y como los resultados actualmente recibidos de los especialistas de la antropología y de la prehistoria la definen. Sólo, según el profesor Diop, factores psicológicos y de educación impiden reconocer esa evidencia.

Las investigaciones efectuadas en Nubia, puesto que participan de una previa opinión favorable a una concepción universalista, son de escasa utilidad en esta discusión. Oponiéndose a todo el contenido de las comisiones para verificar esa evidencia, el profesor Diop declara que es suficiente hoy día reconocer dicha evidencia: toda la información que poseemos, incluso a través de los exámenes superficiales del siglo XIX, converge hacia la idea de que los egipcios más antiguos eran de piel negra y que lo han seguido siendo hasta que Egipto pierde definitivamente su independencia. A las diversas cuestiones que le son planteadas, el profesor Diop responde que las muestras ya proporcionadas por la arqueología son suficientes para apoyar su argumentación. No se debería mantener la proposición del profesor Vercoutter de considerar como caduca, por insuficiente rigor científico, la documentación antropológica anterior al año 1939 aproximadamente.

La afirmación vigorosamente defendida por el profesor Diop suscita numerosas críticas. La principal es la del profesor Sauneron para quien la estimación global del número de hombres que han ocupado el valle del Nilo entre el comienzo de la época histórica y los tiempos modernos se basa, razonablemente, en varios centenares de millones de individuos. Algunos centenares de establecimientos han sido examinados y la desproporción es monstruosa entre los resultados aportados por los 2.000 cuerpos aproximadamente que han sido estudiados y la ambición de las conclusiones generales que se quiere, sea como fuere, sacar de ellos. Las muestras no son del todo representativas. Hay que esperar que una investigación rigurosa, incontestable para todos, abarque conjuntos característicos y bastante numerosos.

Validez de la investigación iconográfica

En ese terreno dos hipótesis se han confrontado también. La del profesor Diop para quien, siendo los egipcios de color negro, su iconografía, de la que por otra parte no ha hecho uso en su argumentación, no debería representar más que a los negros. Para el profesor Vercoutter, apoyado en este aspecto por los profesores Labib y Leclant, la iconografía egipcia, a partir de la dinastía XVIII, ofrece representaciones cacaracterísticas de negros que sólo aparecen en ese momento, esas representaciones significan, pues, al menos, que a partir de esa dinastía los egipcios han estado en relación con unos pueblos considerados como diferentes de ellos por caracteres étnicos.

El profesor Diop recuerda que él ha presentado, durante su exposición preliminar, una serie de representaciones tomadas exclusivamente en el ámbito de la escultura. Para él, todas representan a negros o rasgos característicos de las sociedades negras. Y pide que esos documentos sean objeto de crítica y que sean comparadas representaciones de blancos en postura de dignidad o de mando para los períodos antiguos de la época faraónica. Se le responde sobre ese punto, por diversos miembros del Coloquio, que nunca se ha tratado de descubrir en Egipto representaciones comparables a las de un griego, por ejemplo. El profesor Vercoutter dice, por su parte, que es posible exhibir numerosas representaciones en las que el hombre está pintado en rojo, no en negro, pero que serán rechazadas como no negras por el profesor Diop. El profesor El-Nadury, en esta ocasión, no niega que haya habido elementos negros en la población egipcia en el Imperio Antiguo, pero añade que le resulta difícil admitir que toda esa población fuera negra.

El profesor Vercoutter estima que la reproducción fotográfica del faraón Narmer está considerablemente aumentada y que probablemente deforma los rasgos. De todos modos, cuando se ve en ese personaje a un negro, se trata de una apreciación subjetiva. Ese es también el parecer del profesor Säve-Söderbergh quien reconocería de buen grado en la fotografía presentada a un lapón...

El profesor Vercoutter no duda que haya habido elementos negros en todas las épocas en Egipto y él mismo propone algunos ejemplos complementarios de su representación. Pero pone en duda dos elementos en la documentación presentada: esa documentación no presenta distinciones ni referencias claras a través de toda la época faraónica, y constituye una selección restringida destinada a demostrar una tesis. Sobre este punto, el profesor Diop responde que él sólo ha querido presentar objetos o escenas esculpidas para escapar de los debates probables sobre la significación de los colores, pero que se ha visto obligado a servirse de lo que él disponía en Dakar. La lista no es parcial; abarca desde el Imperio Antiguo hasta el final de la época faraónica. Demuestra una tesis y hace necesaria la producción de una iconografía contradictoria de Egipcios «no negros».

Una larga discusión sobre los colores ha enfrentado aún a los profesores Vercoutter, Sauneron, Säve-Söderbegh por una parte, y Diop por otra. No ha conducido ni a unos ni al otro a hacer concesiones a los puntos de vista opuestos. El único acuerdo parece haber sido que la cuestión merece que sea debatida, en particular con la ayuda de laboratorios especializados.

El profesor Vercoutter admite —y propone ejemplos en apoyo de sus palabras— que existen en el Imperio Antiguo representaciones de negros en la escultura egipcia. Pero no considera que sean significativas del conjunto de la población egipcia, igualmente representada, por otra parte, en esculturas de la misma época bajo rasgos diferentes.

El profesor Vercoutter se pregunta por qué, si los egipcios se veían como negros, no han utilizado el negro de carbón —o lo han hecho muy raramente— para representarse, sino un color rojo. El profesor Diop estima que ese color rojo es significativo de la raza negra de los egipcios y que la coloración de las esposas de éstos ilustra la ley puesta en evidencia por los antropólogos americanos de que las mujeres son, en varios grupos raciales estudiados, siempre de color más claro que sus esposos.

Análisis lingüísticos

Sobre este punto, a diferencia de los anteriores, el acuerdo entre los participantes se ha mostrado amplio. Los elementos aportados por los profesores Diop y Obenga han sido considerados como muy constructivos.

La discusión ha tenido lugar a dos niveles:

Contra la afirmación del profesor Diop de que el egipcio no es una lengua semítica, el profesor Abdalla recuerda que la opinión inversa ha sido expresada frecuentemente.

Una discusión gramatical y semántica ha enfrentado al profesor Diop y al profesor Abdalla a propósito de la raíz que el primero interpreta como *kmt*, que vendría de *km* («negro») y sería un nombre colectivo que significaría «negros». El profesor Abdelgadir M. Abdalla adopta la interpretación admitida de *kmtyu*, plural de *kmty* «egipcio», que quería decir por consiguiente «egipcios» y que sería un *nisbé* formado a partir de *kmt* («país negro, es decir, Egipto»). El profesor Sauneron ha corroborado la interpretación y la traducción del profesor Abdalla.

Más ampliamente, el profesor Sauneron ha subrayado el interés del método propuesto por el profesor Obenga tras el profesor Diop. El egipcio es una lengua estable durante por lo menos 4.500 años. Egipto, al estar situado en el punto de convergencia de influencias exteriores, es normal que haya recibido préstamos de las lenguas extranjeras; pero se trata de algunos centenares de raíces semíticas con relación a varios millares de palabras. El egipcio no puede ser aislado de su contexto africano y el semítico no informa de su nacimiento; por tanto, es legítimo encontrarle parientes o primos en Africa. Pero, en buena metodología, una laguna de 5.000 años resulta difícil de llenar: ese es el tiempo que separa al egipcio de las lenguas africanas actuales.

El profesor Obenga recuerda que la evolución libre de una lengua no fijada por la escritura le permite conservar formas antiguas; de ello ha facilitado ejemplos en su comunicación del primer día.

El profesor Sauneron, tras haber notado el interés por el método utilizado, puesto que el parentesco en egipcio antiguo y en wolof de los pronombres sufijos en la tercera persona del singular no puede ser un accidente, desea que se haga un esfuerzo para reconstruir una lengua paleoafricana a partir de las lenguas actuales. La comparación sería entonces más cómoda con el egipcio antiguo. El profesor Obenga considera ese método como válido. El profesor Diop cree que es indispensable sacar de las comparaciones lingüísticas un método de investigación del cual cita un ejemplo. Para él, existe parentesco étnico y, en menor grado, lingüístico entre los grupos dinka, nuer y shilluk y sus lenguas, de una parte, y el wolof, de otra. Los nombres propios senegaleses se encuentran en los grupos en cuestión a nivel de los clanes. Más exactamente aún, el profesor Diop cree haber encontrado entre los kaw-kaw, replegados sobre las montañas de Nubia, el eslabón más característico de las relaciones entre el egipcio antiguo y el wolof.

El profesor Vercoutter señala incidentalmente que en la tumba de Sebek-Hotep figuran tres nilotas que son indiscutiblemente antepasados de los dinka o de los nuer.

Desarrollo de una metodología interdisciplinaria y pluridisciplinar

En este terreno, el acuerdo es total sobre la necesidad de estudiar del mejor modo posible todas las zonas periféricas en el valle del Nilo susceptibles de proporcionar nuevas informaciones sobre la cuestión puesta en la orden del día del coloquio.

El profesor Vercoutter cree necesario prestar atención a una paleoecología del delta y a la vasta región denominada Creciente fértil africano por el profesor Balout.

El profesor Cheikh Anta Diop considera que conviene seguir, desde Darfur hacia el oeste, una migración de pueblos que, en dos ramas, llegó a la costa del Atlántico por el valle del Zaire al sur y hacia el Senegal al norte, encerrado a los yoruba. También ha hecho notar hasta qué punto puede resultar interesante estudiar, más concretamente de lo que se ha hecho hasta ahora, las relaciones de Egipto con el resto de Africa y recuerda el descubrimiento de una estatuilla de Osiris que data del siglo VII antes de la era cristiana en la provincia de Shaba.

Asimismo se puede estudiar ampliamente, como hipótesis de trabajo, todo lo relacionado con los grandes acontecimientos que han afectado al valle del Nilo, como el saqueo de Tebas por los asirios o la invasión persa de −525 que han tenido profundas repercusiones a corto o largo plazo, en el conjunto del territorio africano.

CONCLUSION GENERAL SOBRE EL COLOQUIO

Los resultados de conjunto de este coloquio serán valorados ciertamente de modo muy diferente por los diversos participantes.

La minuciosa preparación de las intervenciones de los profesores Cheikh Anta Diop y Obenga no han tenido, a pesar de las precisiones contenidas en el documento de trabajo preparatorio enviado por la Unesco, una contrapartida siempre igual. De ello se ha seguido un desequilibrio real en las discusiones.

No por eso, las discusiones han sido menos positivas, por diversas razones:

— en muchos casos, han hecho aparecer la importancia que reviste el intercambio de informaciones científicas nuevas;

— han puesto en evidencia, a los ojos de casi todos los participantes, la insuficiencia de las exigencias metodológicas utilizadas hasta ahora en la investigación egiptológica;

— han hecho aparecer ejemplos de metodología nueva que permiten que progrese, de modo más científico, la cuestión propuesta a la atención del coloquio;

— de todas formas, esta primera confrontación debe ser considerada como el punto de partida de nuevas discusiones internacionales e interdisciplinarias, y como el punto de partida de nuevas investigaciones, que se ha demostrado que eran necesarias. El número mismo de recomendaciones refleja el deseo del coloquio de proponer un programa futuro de investigaciones;

— finalmente, este coloquio ha permitido a especialistas, que nunca habían tenido ocasión de confrontar y afrontar sus puntos de vista, descubrir otros enfoques problemáticos, otros métodos de información y otras pistas de investigación que aquellas a las que estaban acostumbrados. Desde ese punto de vista, el balance del coloquio ha sido también indudablemente positivo.

RECOMENDACIONES

El Coloquio llama la atención de la Unesco y de las autoridades competentes sobre las recomendaciones siguientes:

Antropología física

a) Es deseable que sea organizada una investigación internacional por la Unesco, bien por medio de consultas universitarias en un número suficiente de países, bien por medio de consultas individuales de expertos internacionalmente reputados, bien por la celebración de un coloquio con miras a fijar normas muy precisas y tan rigurosas como sea posible sobre la definición de razas y la identificación racial de los esqueletos exhumados.

b) Que sea solicitado el concurso de los servicios médicos de varios países miembros de la Unesco con fines de observaciones estadísticas, con ocasión de las autopsias, sobre las características osteológicas de los esqueletos.

c) Que un nuevo examen del material humano ya recogido en los museos del mundo entero y el examen rápido de lo que han proporcionado las excavaciones recientes en Egipto, en particular, en el Delta, permitan enriquecer el número de informaciones disponibles.

d) Que las autoridades egipcias faciliten, en la mayor medida de lo posible, las investigaciones a emprender sobre los vestigios de piel examinables. Y que acepten crear un departamento especializado de antropología física.

Estudio de las migraciones

Es de desear que sean emprendidas:

a) Una investigación arqueológica sistemática sobre los períodos más antiguos de la ocupación humana del delta. Esa operación podría estar precedida por el análisis de una «muestra» tomada en el suelo de ese delta. El estudio y la datación de esa muestra geológica podrían ser efectuadas simultáneamente en El Cairo y en Dakar.

b) Una investigación semejante en las regiones saharianas proximas a Egipto y en los oasis. Esa investigación debería consistir en un estudio simultáneo de dibujos y de pinturas rupestres y del conjunto del material arqueológico disponible. Podría también ir acompañada de nuestras geológicas a fechar y a analizar.

c) Una investigación en el valle mismo, comparable a la que ha sido realizada en Nubia septentrional y que versaría sobre las sepulturas no faraónicas y sobre el estudio de las culturas materiales antiguas y en general sobre la prehistoria del conjunto del Valle.

d) Una investigación sobre los vestigios paleoafricanos en la iconografía egipcia y su significación histórica: los ejemplos del babuino y de la piel de leopardo («pantera») han sido citados ya en el coloquio. Otros, sin duda, podrían ser descubiertos.

Lingüística

El coloquio recomienda que sea realizada rápidamente una investigación sobre las lenguas africanas amenazadas de próxima desaparición: el ejemplo del kaw-kaw ha sido propuesto como muy significativo.

Al mismo tiempo, la cooperación de los especialistas de lingüística comparada debería ser puesta a contribución en el plano internacional para establecer todas las correlaciones posibles entre las lenguas africanas y el egipcio antiguo.

Metodología interdisciplinar y pluridisciplinar

El coloquio desea vivamente que:

a) Estudios interdisciplinares regionales sean emprendidos en varias regiones, con prioridad en:

— Darfur;
— la región entre el Nilo y el mar Rojo;
— la orilla oriental del Sáhara;
— la región nilótica al sur del paralelo 10;
— el valle del Nilo entre la 2.ª y la 7.ª Catarata.

b) Que sea efectuada con urgencia una investigación interdisciplinar sobre los kaw-kaw que están amenazados de desaparición rápida.

COLOQUIO SOBRE EL DESCIFRAMIENTO DE LA LENGUA MEROITICA

INFORME PRELIMINAR

Un informe preliminar había sido establecido, a petición de la Unesco, por el profesor J. Leclant [13].

a) La lengua meroítica, utilizada por las culturas de Napata y de Meroé, no ha sido entendida ni comprendida todavía, aun cuando la escritura ha sido ya descifrada.

Las inscripciones recogidas poco a poco y al azar de las excavaciones, no han sido objeto de investigaciones sistemáticas más que en estos últimos años. Se puede esperar un aumento futuro de muchas de las inscripciones disponibles; la región entre

[13] El documento figura como Anexo IV del Informe final del Coloquio de 1974.

la 2.ª y la 4.ª Catarata apenas las han proporcionado hasta ahora; lo mismo ocurre para las zonas de paso hacia el mar Rojo, los grandes valles del oeste, Kordofán y Darfur.

Sería tanto peor renunciar a la arqueología como es razonable la esperanza de descubrir una inscripción bilingüe.

b) La publicación completa de los resultados está asegurada por las *Meroitic Newsletters,* que llegan al número 13, y que permiten la difusión rápida de los resultados a veces aún provisionales. Reuniones regulares de especialistas han tenido lugar en Jartum, en diciembre de 1979, en Berlín oriental en septiembre de 1971 y en París en junio de 1972 y en julio de 1973; en esta última ciudad, el balance de los resultados ha sido presentado en la nota de información n.º 3 A del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa, Unesco.

Después de varios años ha comenzado también el trabajo de análisis del meroítico por medio de la informática. Los resultados han permitido, en este terreno, progresos considerables y rápidos. La catalogación de los datos ha permitido comenzar los análisis de estructura de la lengua. Actualmente, el índice de las palabras registradas comprende 13.405 unidades y se ha encontrado el lenguaje de interrogación a la máquina.

Partiendo de ahí se ha buscado cómo utilizar las palabras que tenían una significación conocida o supuesta y se ha intentado la comparación con el egipcio o con el nubio.

c) El profesor Leclant termina su presentación mostrando por qué caminos se orienta la investigación:

El profesor Hintze trabaja sobre las estructuras.

El profesor Schaenkel perfecciona los datos que hay que proporcionar al registro informático.

El profesor Abdelgadir M. Abdalla desarrolla una investigación de la que dirá algunas palabras y cuyos resultados son concordantes con los del equipo internacional.

Se trata en adelante de comparar la lengua meroítica con otras lenguas africanas y de descubrir el lugar que ocupa en un conjunto de lenguas africanas, en particular con relación al nubio, y de compararla también con las lenguas de los límites del ámbito etíope. Es deseable, en fin, emprender la comparación con el conjunto de las lenguas africanas.

DEBATES

I. El profesor Abdalla subraya las lagunas de nuestros conocimientos: ignorancia casi completa del sistema de los pronombres, del juego de los pronombres demostrativos y de la naturaleza de los prefijos y de los sufijos. Es necesario conocer la pertenencia lingüística del meroítico. Conviene proceder a una especie de disección y a la investigación de los componentes, muy variables en los nombres de personas, por ejemplo. En los nombres de personas, esos elementos presentan un aspecto social: los mismos elementos variables se encuentran en los nombres de varios miembros de una misma familia; algunos niños son nombrados según los elementos tomados del nombre de su madre y de su padre; algunos nombres constituyen títulos; otros contienen nombres de lugares.

II. Para el profesor Shinnie hay tres métodos de enfoque posibles: el descubrimiento de un sistema bilingüe, el análisis interno de la estructura de la lengua y el estudio comparado con otras lenguas africanas.

La comparación directa entre las dos lenguas principales no árabes del norte de Sudán y la del grupo M no ha dado resultado alguno: tal vez el meroítico podría ayudar a esa comparación.

III. El profesor Kakosy, observador, confirma hasta qué punto era necesario el estudio documental. Indica la presencia en Budapest de fragmentos de mesas de ofrendas procedentes de un yacimiento próximo a Abou Simbel, fragmentos que él propone integrar, desde ese momento, en el Repertorio de epigrafía meroítica.

IV. El profesor Cheikh Anta Diop manifiesta su satisfacción por los progresos conseguidos. Esperando el eventual descubrimiento de un sistema bilingüe, propone inspirarse en los métodos que han permitido el desciframiento parcial de los jeroglíficos mayas por el equipo de Leningrado, dirigido por el profesor Knorossov, gracias a la utilización del ordenador. La mayor parte de las escrituras han sido descifradas con la ayuda de textos bi o multilingües. El mejor método consistiría, en el caso del meroítico, en combinar el plurilingüismo con la ayuda del ordenador del modo siguiente:

a) Postular, por medio de una gestión puramente metódica, un parentesco del meroítico con las lenguas negras africanas, lo cual es un modo de encontrar el multilingüismo.

b) Puesto que disponemos actualmente de 22.000 palabras meroíticas de lectura más o menos cierta, sobre tarjetas perforadas, establecer un vocabulario básico de 500 palabras por lengua en cien lenguas africanas racionalmente elegidas por un equipo de lingüistas debidamente elegido. Las palabras elegidas podrían caracterizar, por ejemplo, las partes del cuerpo, las relaciones de parentesco, el vocabulario religioso, los términos relativos a la cultura material, etc.

c) Imponer unas condiciones apropiadas al ordenador, por ejemplo: tres consonantes idénticas, dos consonantes idénticas, etc.

d) Según los resultados obtenidos, comparar las estructuras de las lenguas así emparentadas.

Ese método es más racional que el que consistiría en comparar al azar las estructuras de las lenguas, tanto más cuando que no se conoce aún suficientemente la gramática del meroítico. Dicho método es aún más eficaz que el que consistiría en esperar un resultado del estudio de la estructura interna del meroítico, independientemente de toda comparación.

El profesor Leclant se adhiere a ese procedimiento de investigación y operacional susceptible de proporcionar indicios muy valiosos. Cree que no sólo son útiles las concordancias de las presencias, sino también las exclusivas (ausencias de algunas estructuras o de ciertas secuencias).

El señor Glélé pregunta en qué medida pueden servir los métodos de desciframiento utilizados en otras lenguas, para penetrar en el misterio de la lengua meroítica. El señor Glélé precisa que el profesor Knorossov y el profesor Piotrovski habían sido invitados a esa reunión con el mismo motivo que el profesor Holthoer y el profesor Hintze para aportar todas las informaciones necesarias.

El profesor Leclant indica que, en ese camino, se ha procedido a un largo examen, con ocasión de reuniones celebradas en París y en Londres durante el verano de 1973. Solamente se dispone aún de simples hipótesis de trabajo, tanto para la escritura de Mohenjo Daro como para el maya.

El profesor Diop desea, no obstante, que no se renuncie, a pesar de todo, a utilizar los métodos de comparación prosiguiendo el estudio de las estructuras. Su proposición es aprobada por el profesor Sauneron, quien aprovecha al mismo tiempo la ocasión para subrayar la importancia del trabajo ya realizado por el equipo del R.E.M.

V. La discusión se ha dedicado a continuación más especialmente a las lenguas de Sudán. El profesor Säve-Söderbergh insiste en la importancia que tiene, sobre todo, estudiarlas. Más allá de la comparación con el meroítico, su conocimiento permitirá hacer progresar la lingüística africana. El profesor Säve-Söderbergh presenta ya los elementos de una recomendación en ese sentido. Subraya también que hasta con cantidades poco importantes, es posible instalar un secretariado eficaz y acelerar la recogida del material, su tratamiento por medio de la informática y la redistribución de la información.

RECOMENDACIONES

I. *a)* El coloquio se declara satisfecho de los trabajos realizados por el grupo de estudios meroíticos de París en colaboración con eruditos de otros muchos países; estima que esos trabajos se apoyan en bases sólidas y prometen dar buenos resultados.

b) El coloquio ha decidido por unanimidad proponer las medidas siguientes para proseguir el proyecto:

— acelerar los trabajos de informática asignando créditos suplementarios y comunicar las informaciones, en una forma revisada y perfeccionada, a los principales centros de estudios meroíticos;

— establecer listas de nombres de personas y, en todas partes donde sea posible, nombres de lugares y de títulos meroíticos, y una clasificación de las estructuras lingüísticas, y proseguir la colaboración con los especialistas de lingüística africana;

— reunir y publicar una lista completa de los textos meroíticos, con bibliografía, fotografías, facsímiles y transcripciones, fundándose en la documentación existente (Repertorio de epigrafía meroítica);

— establecer un vocabulario crítico completo del meroítico.

c) Ya que el proyecto ha dado hasta ahora resultados científicamente válidos que permiten prever un futuro halagüeño y puesto que el gasto mayor ha sido cubierto ya por fondos que provienen de diversas fuentes, el coloquio considera que es imperativo proseguirlo y conducirlo a buen término abriendo créditos con vistas a asegurar:

— los gastos de secretariado y de personal para la documentación y la publicación científica de los trabajos;

— los gastos de investigaciones en las colecciones y museos;
— los gastos de viaje de los especialistas;
— los gastos de perforación de las tarjetas y de utilización del ordenador.

II. La próxima etapa de la investigación estará constituida por estudios estructurales y lexicográficos comparados de las lenguas africanas y, en primer lugar, de las lenguas de Sudán y de las regiones limítrofes de Etiopía, algunas de las cuales están ahora en vías de extinción. La mejor solución a este respecto sería dar una formación lingüística a estudiantes sudaneses de la Universidad de Jartum, con preferencia a los que tienen una de esas lenguas por materna.

Esa formación sería valiosa también desde otros muchos puntos de vista. Para aplicar ese proyecto, que vendría a completar los trabajos interesantes ya en curso en Sudán, habrá que entablar negociaciones con la Universidad de Jartum y destinar créditos para conceder las becas necesarias.

III. Además, convendría emprender un estudio lingüístico más amplio de todas las lenguas africanas con vistas a recoger las palabras claves. Ese estudio debería realizarse en colaboración con el grupo de estudios meroíticos y bajo la dirección de especialistas elegidos por la Unesco en colaboración con el Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa. La lista debería limitarse a unas 500 palabras de un determinado número de categorías tomadas en un centenar de lenguas.

Una vez recopiladas en memoria, constituirían un material valioso, no sólo para descifrar el meroítico, sino también para resolver otros muchos problemas lingüísticos del Africa moderna.

CONCLUSION

G. MOKHTAR

En este volumen se ha tratado de analizar las principales características de los comienzos de la historia de Africa: grandes transformaciones, contactos fundamentales entre las diversas regiones, estado de las sociedades y colectividades africanas en el transcurso del período estudiado.

Así se encuentran definidos un cuadro general y amplias orientaciones de investigaciones y de estudios. Pero aunque ahora parece posible sacar algunas conclusiones y formular ciertas hipótesis, a pesar de que —no conviene subrayarlo demasiado—, queda por hacer un trabajo considerable.

Los capítulos dedicados al antiguo Egipto muestran que antes del tercer milenio antes de la era cristiana Egipto había alcanzado un nivel intelectual, social y material más elevado que la mayor parte de las demás regiones del mundo. Remontándose a la noche de los tiempos, la civilización del antiguo Egipto, original y rica en iniciativas, es también casi tres veces milenaria. Ha nacido de la conjunción de un entorno favorable y de un pueblo decidido a dominarlo y a utilizarlo en el momento oportuno. En efecto, aunque los elementos naturales han desempeñado ciertamente un papel importante y notable en su desarrollo, no lo han hecho más que en la medida en que los egipcios han luchado por dominar su entorno, superar las dificultades y los problemas que planteaba y ponerlo al servicio de su prosperidad.

Con la invención de la escritura en el transcurso del período predinástico, el antiguo Egipto ha dado un gran paso hacia la civilización. La escritura ha ampliado el campo de la comunicación humana, ha abierto los espíritus y ampliado los conocimientos; su invención ha sido más importante que cualquier otro éxito, militar o civil, de los egipcios. Los primeros caracteres se remontan casi al año 3200 antes de la era cristiana y la lengua copta es utilizada todavía hoy en las iglesias coptas del país. Puede decirse que esa lengua, que ha perdurado durante más de cincuenta siglos, es la más antigua de todas las lenguas del mundo. La invención de la escritura ha sido la gran etapa de los egipcios en el largo camino que lleva a la civilización y a la prosperidad.

Nuestros conocimientos del antiguo Egipto se deben principalmente al descubrimiento de la escritura y al establecimiento de una cronología. Actualmente, no utilizamos el mismo sistema, porque los egipcios antiguos fechaban los acontecimientos cuyo recuerdo deseaban conservar en función del rey que reinaba en la época. Pero con la ayuda de ese sistema, el historiador Manetón de Sebennytos pudo clasificar a los soberanos de Egipto en treinta dinastías, de Menes a Alejandro Magno. Los eruditos modernos han agrupado a varias dinastías bajo el nombre de Imperio: hay por tanto el Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Imperio Nuevo.

Aunque Egipto estuvo abierto a las corrientes culturales que venían, sobre todo, de Oriente, este volumen muestra que la civilización reposa en gran medida sobre bases africanas; muestra también que Egipto, que es una parte de Africa, fue antiguamente el centro principal de la civilización universal de donde irradiaba la ciencia, el arte y la literatura, influeyendo en Grecia, principalmente. En el campo de las matemáticas (geometría, aritmética, etc.), de la astronomía y de la medida del tiempo (calendarios, etc.), de la medicina, de la arquitectura, de la música y de la literatura (narrativa, lírica, dramática, etc.), Grecia ha recibido, desarrollado y transmitido a Occidente una gran parte de la herencia egipcia, del Egipto faraónico y ptolomeico. Por mediación de Grecia, la civilización del antiguo Egipto ha entrado en contacto, no sólo con Europa, sino también con Africa del Norte y hasta con el subcontinente indio.

Las opiniones están muy divididas sobre la cuestión del poblamiento de Egipto, que es objeto de estudios serios y profundos. Se espera que los grandes progresos realizados en la metodología de la antropología permitan establecer en un futuro próximo conclusiones definitivas sobre este tema.

Según las fuentes mencionadas en este volumen, Nubia ha estado, desde los primeros tiempos, estrechamente unida con Egipto mediante una serie de semejanzas: en primer lugar, físicas, principalmente entre Nubia y el extremo sur del Alto Egipto, semejanza histórica y política, cuya importancia intrínseca ha sido reforzada considerablemente por el aspecto físico; semejanza social, de cultura y de religión. Así, desde el comienzo de la primera dinastía y hasta el final del Imperio Antiguo, los egipcios se han interesado considerablemente por el norte de Nubia, a la que consideraban como un elemento complementario de su propio país. Han organizado intercambios comerciales con los nubios, explotado los recursos naturales del país y respondido a toda resistencia nubia con el envío de misiones militares. Algunas expediciones del Imperio Antiguo dirigidas por grandes pioneros de los viajes y de la exploración, como Ony, Mekhu, Sabni y Khuefeher (Herkhuf) han penetrado en el Sáhara y quizá en el Africa central.

El interés que Egipto tenía por Nubia se ha traducido en particular por la construcción de numerosos templos que estaban destinados, además de a su función religiosa, a ilustrar la civilización y la fuerza de Egipto, el poder y la santidad de su soberano. Ese interés se explica principalmente por el hecho de que, desde los tiempos más remotos, Nubia era el lugar de paso de los intercambios comerciales entre el Mediterráneo y el corazón de Africa. En Nubia se ven, por otra parte, las ruinas de un gran número de fortalezas que datan de los períodos faraónicos destinados a proteger a los comerciantes y a hacer respetar la paz en esas regiones.

Sin embargo, desde los tiempos prehistóricos, Nubia constituía una unidad geográfica y social. Estaba habitada desde siempre por pueblos cuya cultura era

semejante a la del alto valle del Nilo. Pero a partir de 3200 antes de la era cristiana, los egipcios comenzaron a superar a sus vecinos del sur en el terreno cultural y a progresar a pasos de gigante hacia la civilización, siguiéndole sólo más tarde Nubia. La civilización kerma, rica y próspera, floreció en Nubia en la primera mitad del segundo milenio antes de la era cristiana. Aunque Nubia estuvo muy influenciada por la cultura egipcia, tenía sus propias características locales. Tras el comienzo del primer milenio antes de la era cristiana, en el momento del declive del poder egipcio, fue instaurada una monarquía indígena (con Napata como capital) que posteriormente reinó sobre Egipto. La dominación nubia en Egipto, que duró cincuenta años en el transcurso del séptimo período (primera parte de la XXV dinastía), realizó la unión entre los dos países. La fama de esa gran potencia africana era excepcional, como lo testimonian los autores clásicos.

Tras el traslado de la capital a Meroé, Nubia conoció un período de progreso y de prosperidad y restableció algunos contactos con sus vecinos, casi hasta el siglo IX. La expansión de la monarquía meroítica al oeste y al sur, su papel en la difusión de las ideas y de las técnicas y su transmisión de las influencias orientales y occidentales están aún en estudio. Por otra parte, incluso después de la publicación de este volumen, convendría reanimar los esfuerzos emprendidos para descifrar la escritura meroítica. Así se tendría acceso a enseñanzas diversas contenidas en unos 900 documentos y se dispondría, junto a la lengua faraónica, de una nueva lengua clásica que era estrictamente africana.

A partir del siglo IV de la era cristiana, el cristianismo comenzó a extenderse en Nubia, donde los templos fueron transformados en Iglesias. El papel de la Nubia cristiana fue activo, sus éxitos numerosos y su influencia sobre sus vecinos, importante. La Nubia cristiana conoció la edad de oro en el siglo VIII con su primer período de desarrollo y de prosperidad.

Nubia siguió siendo monarquía cristiana hasta que el islam se propagó en ella. Entonces fue invadida por la cultura islámica árabe y perdió mucho de su carácter tradicional.

En razón de su situación geográfica Nubia ha desempeñado un papel especial —a veces involuntariamente— como mediadora entre Africa central y el Mediterráneo. El reino de Napata, el Imperio de Meroé y el reino cristiano han hecho de Nubia el lazo de unión entre el norte y el sur. Gracias a ella, la cultura, las técnicas y los instrumentos se han extendido por las regiones vecinas. Al proseguir sin descanso nuestras investigaciones, descubriremos quizá que la civilización egipcio-nubia ha desempeñado un papel semejante al de la civilización greco-romana en Europa.

La historia de la antigua Nubia resurge recientemente en el momento de la elaboración del proyecto de la presa de Assuán. Entonces se vio enseguida que semejante presa implicaría la sumersión de dieciséis templos, de todas las capillas, iglesias, tumbas, inscripciones en la roca y de todos los demás lugares históricos de Nubia, que el tiempo había conservado hasta entonces casi intactos. Ante la súplica de Egipto y de Sudán, la Unesco lanzó en 1959 un llamamiento a todas las naciones, a todas las organizaciones y a todos los hombres de buena voluntad, pidiéndoles su ayuda técnica, científica y financiera para salvar los monumentos de Nubia. El éxito de la campaña internacional ha salvado la mayor parte de esos monumentos, que representan siglos de historia y ostentan la clave de las primeras civilizaciones.

Primero bajo la influencia de Arabia del Sur, Etiopía se forjó una cultura, cuya fuerza unitaria se puede conocer. Recursos materiales que se remontan al segundo período preaxumita prueban la existencia de una cultura local que ha asimilado influencias extranjeras.

El reino de Axum que ha durado casi mil años a partir del primer siglo de la era cristiana, adquiere una forma completamente particular, diferente de la del período preaxumita. Como la de antiguo Egipto, la civilización de Axum era el fruto de un desarrollo cultural, cuyas raíces se sumergían en la prehistoria. Era una civilización africana, producida por un pueblo de Africa. Sin embargo, se pueden encontrar en la cerámica del segundo período preaxumita las huellas de una influencia meroítica.

En los siglos segundo y tercero, la influencia meroítica fue predominante en Etiopía. La estela de Axum, descubierta recientemente, con el símbolo egipcio de la vida (Ankh) y objetos vinculados a Hathor, Ptah y Horus, así como el de escarabajos, muestran la influencia de la religión egipcia de Meroé sobre las creencias axumitas.

El reino de Axum era una gran potencia comercial sobre los itinerarios que iban del mundo romano a la India y de Arabia al Africa del Norte; era también un gran centro de información cultural. Hasta ahora, sólo se han estudiado algunos aspectos de la cultura axumita y de sus raíces africanas y todavía queda mucho por hacer.

La llegada del cristianismo provocó, como en Egipto y en Meroé, grandes cambios en la cultura y en la vida de los etíopes. El papel del cristianismo y su persistencia en Etiopía, así como su influencia en el interior y en el exterior del país, son temas interesantes que merecen un estudio profundo.

Teniendo en cuenta los límites de nuestras fuentes históricas, debemos esperar, para conocer mejor la evolución de la cultura libia y su reacción a la introducción de la civilización fenicia, que los arqueólosos y los historiadores hayan progresado en sus trabajos.

Consideramos, en consecuencia, que la entrada del Magreb en la historia documentada comienza con la llegada de los fenicios a la costa de Africa del Norte, aunque los contactos cartagineses con los pueblos del Sáhara y hasta con pueblos que viven más al sur son aún poco conocidos. Hay que notar, por otra parte, que la cultura de Africa del Norte no se debe sólo a los fenicios, pues su inspiración original es esencialmente africana.

En el transcurso del período fenicio es cuando el Magreb ha entrado en la historia general del mundo mediterráneo, comprendiendo la civilización fenicia elementos egipcios y orientales y siendo tributaria de sus relaciones comerciales con los otros países mediterráneos. En el último período de los reinos de Numidia y de Mauritania, se constata una evolución hacia una civilización en la que las influencias libias y fenicias se mezclan.

Aunque sabemos muy poco sobre el Sáhara y sobre sus aspectos culturales en la antigüedad, conocemos cosas ciertas: la sequía del clima no ha privado al desierto de toda vida ni de toda actividad humana, las lenguas y las escrituras se consolidaban allí gracias a los camellos, cada vez más extendidos, y existían medios de transportes que permitían al Sáhara desempeñar un papel importante en los intercambios culturales entre el Magreb y el Africa tropical.

Podemos, pues, concluir que el Sáhara, lejos de ser una barrera o una zona muerta, tenía su cultura y su historia propias, que aún están por estudiar si se quiere descubrir la influencia permanente del Magreb sobre el cinturón sudanés. En efecto,

siempre ha habido, entre los países situados al norte del Sáhara y del Africa subsahariana, contactos culturales activos que han influido considerablemente en la historia de Africa [1].

Hasta ahora, se situaba generalmente el comienzo de la historia del Africa subsahariana en el siglo XV de la era cristiana [2], y eso por dos razones principales: la penuria de documentos escritos y la separación dogmática que hacen mentalmente los historiadores entre esa región del continente africano, por una parte, y el antiguo Egipto y el Africa del Norte, por otra.

A pesar de las lagunas y de las insuficiencias de las investigaciones efectuadas, este volumen contribuye a mostrar que es posible que una unidad cultural del conjunto del continente haya existido en los dominios más diversos.

Se ha adelantado la teoría de un vínculo genético entre el egipcio antiguo y las lenguas africanas. Si las investigaciones la confirman, se tendrá la prueba de una unidad lingüística profunda del continente. La semejanza de las estructuras reales, las relaciones entre los ritos y las cosmogonías (circuncisión, totemismo, vitalismo, metempsicosis, etc.), la afinidad de las culturas materiales y los instrumentos de cultura, por ejemplo, son cuestiones merecen un estudio profundo.

El patrimonio cultural que nos han legado las sociedades que vivieron en Egipto, en Nubia, en Etiopía y en el Magreb es muy importante. El monoteísmo impuesto en esas regiones por los cristianos y, antes que ellos, por los judíos, de una gran fuerza expresiva, ha facilitado sin duda la introducción del islam en Africa.

Esto es bien conocido y debe ser colocado en el activo de los africanos; en cambio, subsisten aspectos de incertidumbre y queda por realizar un inmenso trabajo y por elucidar numerosos puntos oscuros.

Asimismo, aunque la tercera condición previa a la redacción de los volúmenes I y II está realizada, a saber, la reconstrucción de la densidad de la antigua red de rutas africanas desde la protohistoria, así como la determinación de la extensión de las superficies cultivadas en el transcurso del mismo período mediante la interpretación de fotografías tomadas por satélite, nuestros conocimientos de las relaciones culturales y comerciales intracontinentales de esa época y de la densidad de ocupación del suelo se encontrará considerablemente ampliada y profundizada.

El seminario sobre los etnónimos y los topónimos permitirá determinar corrientes migratorias y relaciones étnicas insospechadas de un extremo a otro del continente.

Espero que este volumen incitará a los africanos a interesarse y a colaborar más en pro de la arqueología del Africa antigua.

[1] Véase el cap. 28: «Las sociedades del Africa subsahariana en la primera Edad de hierro», del Profesor M. Posnansky, que trata de los resultados obtenidos en los diez últimos capítulos de este volumen, dedicados al Africa subsahariana.

[2] Algunos autores del Africa francófona y anglófona han prestado mucha atención al Africa subsahariana anterior al siglo XV.

MIEMBROS DEL COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Profesor J. F. A. AJAYI (Nigeria) — 1971-1979
Director del volumen VI

Profesor F. A. ALBUQUERQUE MOURAO (Brasil) — 1975-1979

Profesor A. ADU BOAHEN (Ghana) — 1971-1979
Director del volumen VII

S. E. Sr. BOUBOU HAMA (Níger) — 1971-1978

S. E. Sra. Mutumba BULL (Zambia) — 1971-1979

Profesor D. CHANAIWA (Zimbabwe) — 1975-1979

Profesor Ph. CURTIN (Estados Unidos de América) — 1975-1979

Profesor J. DEVISSE (Francia) — 1971-1979

Profesor Manuel DIFUILA (Angola) — 1978-1979

Profesor H. DJAIT (Túnez) — 1975-1979

Profesor Cheikh Anta DIOP (Senegal) — 1971-1979

Profesor J. D. FAGE (Reino Unido) — 1971-1979

S. E. Sr. Mohammed EL FASI (Marruecos) — 1971-1979
Director del volumen III

Profesor J. L. FRANCO (Cuba) — 1971-1979

Sr. Musa H. I. GALAAL (Somalia) — 1971-1979

Profesor Dr. V. L. GROTTANELLI (Italia) — 1971-1979

Profesor Eike HABERLAND (Rep. Fed. de Alemania) — 1971-1979

Dr. Aklilu HABTE (Etiopía) — 1971-1979

S. E. Sr. Amadou HAMPATE BA (Malí) — 1971-1978

Dr. Idris S. EL-HAREIR (Libia) — 1978-1979

Dr. Ivan HRBEK (Checoslovaquia) — 1971-1979

Dra. Abeodu JONES (Liberia) — 1971-1979

Rvdo. Alexis KAGAME (Ruanda) — 1971-1979

Profesor I. M. KIMANBO (Tanzania) — 1971-1979

Profedor J. KI-ZERBO (Alto Volta) — 1971-1979
Director del volumen I

Sr. Diouldé LAYA (Nigeria) — 1979

Dr. A. LETNEV (URSS) — 1971-1979

Dr. Gamal MOKHTAR (Egipto) — 1971-1979
Director del volumen II

Profesor Ph. MUTIBWA (Uganda) — 1975-1979

Profesor D. T. NIANE (Senegal) — 1971-1979
Director del volumen IV

Profesor L. D. NGCONGCO (Botswana) — 1971-1979

Profesor Th. OBENGA (R. P. del Congo) — 1975-1979

Profesor B. A. OGOT (Kenia) — 1971-1979
Director del volumen V

Profesor Ch. RAVOAJANAHARY (Madagascar) — 1971-1979

Sr. Walter RODNEY (Guyana) — 1979

Profesor Mekki SHIBEIKA (Sudán) — 1971-1979

Profesor Y. A. TALIB (Singapur) — 1975-1979

Profesor Avelino TEIXEIRA DA MOTA (Portugal) — 1978-1979

Mons. Th. TSHIBANGU (Zaire) — 1971-1979

Profesor Jan VANSINA (Bélgica) — 1971-1979

Hon. Dr. Eric WILLIAMS (Trinidad y Tobago) — 1976-1978

Profesor A. MAZRUI (Kenia)
Director del volumen VIII (no es miembro del Comité)

Secretariado del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa: Sr. Maurice GLÉLÉ, Sección de Estudios de Culturas, UNESCO, 1, rue Miollis, 75015 Paris.

RESEÑA BIOGRAFICA DE LOS AUTORES DEL VOLUMEN II

Introducción

G. MOKHTAR (Egipto). Arqueólogo; autor de numerosas publicaciones sobre la historia del antiguo Egipto; ex director del Departamento de antigüedades.

Capítulo 1

Cheikh Anta DIOP (Senegal). Especialista en las ciencias humanas, autor de numerosas obras y artículos sobre Africa y el origen de la Humanidad; director del laboratorio de Radiocarbono de la Universidad de Dakar.

Capítulo 2

A. Abu BAKR (Egipto). Especialista en la historia antigua de Egipto y Nubia; autor de numerosas publicaciones sobre el antiguo Egipto; profesor en la Universidad de El Cairo; ha fallecido.

Capítulo 3

J. YOYOTTE (Francia). Egiptólogo; numerosas obras sobre egiptología; director de estudios en la Escuela práctica de Estudios Superiores.

Capítulo 4

A. H. ZAYED (Egipto). Especialista en egiptología y en Historia antigua; autor de numerosas obras y artículos sobre el antiguo Egipto.

Capítulo 5

R. EL-NADURY (Egipto). Especialista en Historia antigua; autor de numerosas obras y artículos sobre la historia del Magreb y de Egipto; profesor de Historia antigua y vicepresidente de la Facultad de Artes en la Universidad de Alejandría.

Capítulo 6

H. RIAD (Egipto). Historiador y arqueólogo; autor de numerosas obras sobre la época faraónica y greco-romana; conservador jefe del Museo de El Cairo.

Capítulo 7

S. DONADONI (Italia). Especialista en historia del antiguo Egipto; autor de varias obras sobre la Historia de la cultura; profesor en la Universidad de Roma.

Capítulo 8

Sh. ADAM (Egipto). Especialista en historia de la arqueología egipcia; autor de numerosas publicaciones sobre el antiguo Egipto; director del Centro de documentación y de estudios sobre la civilización del antiguo Egipto, El Cairo.

Capítulo 9

N. M. SHERIF (Sudán). Arqueólogo; autor de numerosas obras sobre la arqueología de Sudán; responsable del Museo Nacional de Jartum.

Capítulo 10

J. LECLANT (Francia). Egiptólogo; autor de numerosas obras sobre el antiguo Egipto; profesor en el Colegio de Francia; miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

Capítulo 11

A. HAKEM (Sudán). Especialista en Historia antigua; autor de numerosas obras sobre el Sudán antiguo; jefe del Departamento de Historia de la Universidad de Jartum.

Capítulo 12

K. MICHALOWSKI (Polonia). Especialista en arqueología mediterránea; autor de numerosas publicaciones sobre el arte del antiguo Egipto; profesor de Arqueología; vicedirector del Museo Nacional de Varsovia.

Capítulo 13

H. DE CONTENSON (Francia). Especialista en historia africana; obras sobre la arqueología etíope y sobre la Nubia cristiana; director de investigaciones en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas.

Capítulo 14

F. ANFRAY (Francia). Arqueólogo; autor de varios artículos sobre las investigaciones arqueológicas en Etiopía; jefe de la Misión francesa de arqueología en Etiopía.

Capítulo 15

Y. KOBISHANOV (URSS). Historiador; autor de numerosos artículos sobre antropología africana; miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

Capítulo 16

TEKLE TSADIR MEKOURIA (Etiopía). Historiador; escritor; especialista en Historia política, económica y social de Etiopía desde los orígenes hasta el siglo XX; jubilado.

Capítulo 17

J. DESANGES (Francia). Especialista en historia de la Antigüedad africana; autor de numerosas obras y artículos sobre Africa antigua; encargado de conferencias en la Universidad de Nantes.

Capítulo 18

H. WARMINGTON (Reino Unido). Especialista en historia de la Antigüedad romana; autor de numerosas obras sobre Africa del Norte; «lector» en Historia antigua.

Capítulo 19

A. MAJHOUBI (Túnez). Especialista en Historia antigua de Africa del Norte; obras y artículos sobre la arqueología de Túnez; doctor asistente en la Universidad de Túnez.

P. SALAMA (Argelia). Arqueólogo; historiador de las instituciones antiguas del Magreb; profesor en la Universidad de Argel.

Capítulo 20

P. SALAMA (Argelia).

Capítulo 21

M. POSNANSKY (Reino Unido). Historiador y arqueólogo; autor de importantes obras sobre la Historia arqueológica de Africa del Este.

Capítulo 22

A. SHERIFF (Tanzania). Especialista en cuestiones referentes al tráfico de negros en la costa oriental africana; maestro de conferencias en la Universidad de Dar-es-Salaam.

Capítulo 23

J.E.G. SUTTON (Reino Unido). Especialista en Prehistoria; autor de numerosas obras sobre la prehistoria africana; ex presidente del departamento de arqueología de la Universidad de Oxford.

Capítulo 24

B. WAI-ANDAH (Nigeria). Arqueólogo; encargado de curso en la Universidad de Ibadán; obras sobre la arqueología del Africa occidental.

Capítulo 25

P. VAN NOTEN (Bélgica). Prehistoriador y arqueólogo; autor de numerosas obras y publicaciones sobre la prehistoria del Africa central; conservador del Museo real de Prehistoria y de Arqueología.

Capítulo 26

J.E. PARKINGTON (Reino Unido). Arqueólogo; obras sobre la prehistoria del Africa austral; profesor de Arqueología.

Capítulo 27

D. W. PHILLIPSON (Reino Unido). Arqueólogo; autor de obras sobre la arqueología del Africa oriental y austral.

Capítulo 28

P. VÉRIN (Francia). Historiador y arqueólogo; autor de numerosas publicaciones sobre Madagascar y las civilizaciones del océano Indico; investigador en Madagascar.

Capítulo 29

M. POSNANSKY (Reino Unido).

Conclusión

G. MOKHTAR (Egipto).

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Todas las referencias han sido verificadas con el mayor cuidado posible, pero, considerando la complejidad y el carácter internacional de la obra, es posible que haya errores *(N. de los redactores)*.

ABEL, A., 1972, «L'Ethiopie et ses rapports avec l'Arabie pré-islamique jusqu'à l'émigration de Ca. 615, *IV C.I.S.E.* (14)*.

ABRAHAM, D. P., 1951, «The principality of Maungure», *N.A.D.A.* 28 (27).

— 1959, «The Monomotapa dynasty in Southern Rhodesia», *N.A.D.A.* 36 (27).

— 1961, «Maramuca, an exercise in the combined use of Portuguese records and oral tradition», *J.A.H.* II, 2: 211-25 (27).

— 1962, «The early political history of the Kingdom, of Mwene Mutapa, 850-1589», *Historians in Tropical Africa*, Salisbury, Univ. Coll. of Rhodesia and Nyasaland (27).

— 1964, «The ethnohistory of the empire of Mutapa, problems and methods», *in* J. VANSINA, R. MAUNY y L. V. THOMAS (ed.), *The Historian in Tropical Africa*, London-Accra-Ibadan, Oxford Univ. Press for the International African Institute: 104-126 (27).

ABU SALCH, 1969, *The Churches and Monasteries of Egypt and some neighbouring countries*, trad. B. T. EVETTS y A. J. BUTLER, Oxford, Clarendon Press (reimpresión).

ADAMS, W. Y., 1962, «Pottery kiln excavations», *Kush* X: 62-75 (12).

— 1962, «An introductory classification of Christian Nubian pottery», *Kush* X: 245-88 (12).

— 1964, «Sudan antiquities service excavations at Meinarti, 1962-63», *Kush* XII: 227-47 (12).

— 1964, «Post-pharaonic Nubia in the light of archaeology I», *J.E.A.* 50: 102-20 (12).

— 1965, «Sudan antiquities service excavations at Meinarti, 1963-64», *Kush* XIII: 148-76 (12).

— 1965, «Architectural evolution of the Nubian Chrch 500-1400 A.D.», *J.A.R.C.E.* 4: 87-139 (12).

— 1965, «Post pharaonic Nubia in the light of archaeology, II», *J.E.A.* 51: 160-78 (12).

— 1966, «The Nubian campaign: retrospect», *Mélanges offerts à K. Michalowski*, Warsaw: 13-30 (12).

— 1966, «Post phraonic Nubia in the light of archaeology III», *J.E.A.* 52: 147-62 (12).

— 1967, «Continuity and change in Nubian cultural history», *S.N.R.* XLVIII: 11-19 (12).

— 1968, «Invasion, diffusion, evolution?», *Antiquity* XLII: 194-215 (12).

— 1970, «The Evolution of christian pottery», *Nubische Kunst*, 111-123 (12).

ADAMS, W. Y. y NORDSTRÖM, H. A., 1963, «The archaeological survey on the west bank of the Nile, third season 1961-62», *Kush* XI: 10-46 (12).

ADAMS, W. Y y VERWERS, C. J., 1961, «Archaeological survey of Sudanese Nubia», *Kush* IX: 7-43 (12).

ADDISON, F. S. A., 1949, *Jebel Moya*, London, Oxford Univ. Press, 2 vol. (11).

ALBRIGHT, F. P., 1958, *Archaeological discoveries in South Arabia*, Baltimore (13).

ALBRIGHT, W. F., 1973, «The Amarna letters from Palestine», *Cambridge Ancient History*, Cambridge, Vol. II, part 2, cap. XX (2).

* Los números arábigos entre paréntesis al final de cada título indican el capítulo en que se cita la obra. A continuación de esta bibliografía se encuentra una relación de las abreviaturas utilizadas.

ALEXANDER, J. y COURSEY, D. G., 1969, «The origins of yam cultivation», *in* P.H. UCKO et G. W. DIMBLEBY (eds.), *The domestication and exploitation of plants and animals*, London, Duckwort: 123-9 (24).

ALFRED, C., 1952, *The Development of Ancient Egyptian Art from 3200 to 1315 BC*. Tres partes: *Old Kingdom Art in Ancient Egypt* (1949), *Middle Kingdom Art in Ancient Egypt 2300-1590 BC* (1950), *New Kingdom Art in Ancient Egypt during the Eighteenty Dynasty, 1590-1315 BC* (1951), London, Tiranti (3).

— 1965, *Egypt to the end of the Old Kingdom*, London, Thames and Hudson (5).

— 1968, *Akhenaten, pharaoh of Egypt: a new study*, London, Thames and Hudson (2).

ALI HAKEM, A. M., 1972, «The city of Meroe and the myth of Napata. A new perspective in Meroitic archaeology» *in* S. BUSHRA (ed.), *Urbanization in the Sudan*, proceedings of Annual Conference of the Philosophical Society of the Sudan, Khartoum (11).

— 1972, «Meroitic settlement of the Butana, Central Sudan», *in* Ph. UCKO, R. TRINGHAM y G. W. DIMBLEBY (es.), *Man, Settlement and Urbanism*, London, Duckworth: 639-46 (11).

ALMAGRO-BASCH, A., 1963-1965, *Comité español de la Unesco para Nubia, Memorias de la Misión Arqueológica*, Madrid, 14 vol. (12).

ALLEN, J. W. T., 1949, «Rhapta», *T.N.R.* 27: 52-9 (22).

ALLEN, T. G., 1960, *The Egyptian Book of the Dead*, Documents in the Oriental Institute Museum at the University of Chicago, n.° LXXXII, Chicago, University of Chicago Press (2) (3).

AMBORN, H. 1970, «Die Problematik der Eisenverhüttung im Reiche Meroe», *Paideuma* XVI: 71-95 (10) (11).

AMELINEAU, E., 1908, *Prolégomènes à l'étude de la religion égyptienne*, Paris, Bibliothèque de l'Ecole pratique des Hautes Etudes (1).

AMMIEN MARCELLIN, *Ammien Marcellin, ou les dix-huit livres de son Histoire qui nous sont restés*, trad. G. MOULINES (1778), Lyon, J. M. Bruyset, 3 vol. (1).

ANDAH, B. W., 1973, *Archaeological reconnaissance of Upper-Volta*, tesis, Berkeley, Univ. of California (24).

ANFRAY, F., 1963, «Une campagne de fouilles à Yeha (fév.-mars 1960)», *A.E.* 5: 171-92 (13).

— 1965, «Chronique archéologique (1960-64)», *A.E.* 6: 3-48 (13).

— 1966, «La poterie de Matara», *R.S.E.* 22: 1-74 (13).

— 1967, «Matara», *A.E.* 7: 33-97 (13) (15).

— 1968, «Aspects de l'archéologie éthiopienne», *J.A.H.* 9: 345-66 (13) (14).

— 1970, «Matara», *Trav. R.C.P. 230* Fasc. 1, Paris, C.N.R.S.: 53-60 (13).

— 1971, «Les fouilles de Yeha en 1971», *Trav. R.C.P.* 230, Fasc. 2, Paris, C.N.R.S.: 31-40 (13).

— 1972, «Les fouilles de Yeha (mai-juin 1972)», *Trav. R.C.P.* 230, Fasc. 3, Paris, C.N.R.S.: 57-64 (13).

— 1972, «L'archéologie d'Axoum en 1972», *Paideuma* XVIII: 71 pl. VI (15).

— 1974, «Deux villes axoumites: Adoulis et Matara» *Atti IV Congr. Intern. Stud. Et.* 752-65 (15).

ANFRAY, F. y ANNEQUIN, G., 1965, «Matara. Deuxième, troisième et quantrième campagnes de fouilles», *A.E.* 6: 49-86 (13) (15).

ANFRAY, F.; CAQUOT, A. y NAUTIN, P., 1970, «Une nouvelle inscription grecque d'Ezana, roi d'Axoum», *J.S.* 260-73 (14).

ANGELIS D'OSSAT, G DE y FARIOLI, R., 1975, «Il complesso paleocristiano di Breviglieri Elkhadra», *Q.A.L.* 29-56 (19).

APOLODORO, ed. 1921, *The Library*, trad. Sir J. G. FRAZER, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press; London, Heinemann (1).

APPLEGATE, J. R., 1970, «The Berber languages», *C.T.L.* VI: 586-661 (20).

ARISTÓTELES, 1908-1952, *The Works of Aristotle*, trad. inglesa, J. A. SMITH y W. D. ROSS, ed. Oxford Univ. Press, 12 vol. (1).

— 1961-62, *Aristotelis opera*, Berlin, 5 vol. (1).

— *Oeuvres*, trad. francesa por B. SAINT-HILAIRE, Paris, 1837-1892 (35 vol.).

ARKELL, A. J., 1949, *Early Khartoum. An Account of the Excavations of an Early Occupation Site Carried Out by the Sudan Government Antiquities Service 1944-1945*, Oxford, Oxford Univ. Press (9).

— 1950, «Varia Sudanica», *J.E.A.* 36: 27-30 (9).

— 1951, «Meroe and India, Aspects of archaeology in Britain and Beyond», essays presented to O.G.S. Crawford, London, Grimes (10).

— 1961, *A History of the Sudan from the earliest times to 1821*, London, Univ. of London, Athlone Press, 2.ª edición (1.ª ed., 1955), 252 p. (6) (9) (10) (11) (17).

— 1966, «The iron age in the Sudan», *C.A.* 7, 4: 451-78 (11).

ARMSTRONG, R. G., 1964, *The study of West African languages*, Ibadan, Ibadan Univ. Press (21).

ASCHER, J. E., 1970, «Graeco-roman nautical technology and modern sailing information. A confrontation between Pliny's account of the voyage to India and that of the Periplus Maris Erythraei in the light of modern knowledge», *J.T.G.* 31: 10-26 (22).

ATHERTON, J. H., 1972, «Excavations at Kambamai and Yagala rock shelters, Sierra Leone», *W.A.J.A.* 2, 39 ss. (24).

AUBER, J., 1958, *Français, Malgaches, Bretons, Arabes, Turcs, Chinois, Canaques: parlons-nous une même langue?*, Tananarive, Impr. off., Paris, Maisonneuve (28).

AUBREVILLE, A., 1948, «Etude sur les forêts de l'Afrique équatoriale française et du Cameroun», *B.S.* 2: 131 p. (24).

AURIGEMMA, S., 1940, «L'elefante di Leptis Magna», *A.I.*: 67-86 (20).

AVERY, G., 1974, «Discussion on the age and use of tidal fish traps», *S.A.A.B.* 30 (26).

AYMARD, J., 1951, *Essai sur les chasses romaines des origines à la fin du règne des Antonins*, Paris, de Brocard (20).

AYOUB, J., 1962, *Excavations at Germa, the capital of the Garamantes, Sheba, I* (20).

— 1967, *Excavations at Germa, the capital of the Garamantes, Sheba, II* (20).

— 1966-1967, «The royal cemetary of Germa», *Libya antiqua*, Tripoli, 213-9 (20).

BADAWY, A., 1965, «Le grotesque, invention égyptienne», *Gazette des Beaux Arts:* 189-98 (6).

— 1968, *A History of Egyptian Architecture (The New Kingdom): from the eighteenth dynasty to the end of the twentieth dynasty 1580-1085 BC*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press (11).

BAILLOUD, G., 1969, «L'évolution des styles cerámiques en Ennedi (République du Tchad)», *Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 31-45 (24).

BAKRY, H. S. K., 1967, «Psammetichus II and his newly-found stela at Shellae», *Oriens Antiquus* 6: 225-44 (10).

BALOUT, L., 1955, *Préhistoire de l'Afrique du Nord*, Paris, A.M.G.: 435-57 (17).

— 1967, «L'homme préhistorique et la Méditerranée occidentale», *R.O.M.M.* 3 (17).

BALL, J., 1942, «Egypt in the classical geographers», Caire, Government Press, Bulaq (6).

BARADES, J., 1949, *Vue aérienne de l'organisation romaine dans le Sud algérien. Fossatum Africae*, Paris, A.M.G. (19) (20).

BARGUET, P., 1967, *Le Livre des morts des anciens Egyptiens*, Paris, Le Cerf (Littératures anciennes du Proche-Orient) (3).

BARRAUX, M., 1959, «L'auge de Sima», *B.A.M.* N. S. XXXVII: 93-9 (28).

BARROW, J., 1801-1804, *Travels into the interior of the Southern Africa in the years 1797 and 1798*, 2 vol. London (26).

BASHAM, A. L., 1959, *The wonder that was India. A survey of the Indian sub-continent before the coming of the Muslims*. New York. Grove Press (22).

BASSET, H., 1921, «Les influences puniques chez les Berbères», *R.A.* 62: 340 (17).

BATES, O., 1914, *The Eastern Libyans*, Londres, MacMillan, pp. 46, 49-51, 249; 2.ª ed.: 1970 (4) (17).

BATES, O. y DUNHAM, D., 1927, «Excavations at Gammai», *H.A.S.* 8: 1-122 (11).

BAUMANN, H. y WESTERMANN, D., 1962, *Les Peuples et les Civilisations de l'Afrique*, Paris, Payot (29).

BAXTER, H. C., 1944, «Pangani: The trade centre of ancient history», *T.N.R.* 17: 15-26 (22).

BAYLE DES HERMENS, R. DE, 1967, «Premier aperçu du paléolithique inférieur en R. C. A.», *Anthropologie* 71: 135-66 (21).

— 1971, «Quelques aspects de la préhistoire en R.C.A.», *J.A.H.* XII: 579-97 (21).

— 1972, «Aspects de la recherche préhistorique en République centrafricaine», *Africa-Tervuren* XVIII, 3/4: 90-103 (25).

— 1972, «La civilisation mégalithique de Bouar. Prospection et fouille 1962-66 par P. Vidal. Recension», *Africa-Tervuren* XLII, 1: 78-9 (25).

BEAUCHENE, M. C. DE, 1963, «La préhistoire du Gabon», *Objets et Mondes* III, 1: 16 (21).

— 1970, «The Lantana mine near the Rapoa/Niger confluence of Niger», *W.A.A.N.* 12: 63 (29).

BEAUMONT, P. B. y BOSHIER, A. K., 1974, «Report on test excavations in a prehistoric pigment mine near Postmasburg, Northern Cape», *S.A.A.B.* 29: 41-59 (29).

BEAUMONT, P. B. y VOGEL, J. C., 1972, «On a new radiocarbon chronology for Africa South of the Equator», *A.S.* 31: 66-89 (26).

BECK, P. y HUARD, P., 1969, *Tibesti, carrefour de la préhistoire saharienne*, Paris, Arthaud (17) (20).

BECKERATH, J. V., 1965, «Untersuchungen zur politischen Geschichte der Zweiten Zwischenzeit in Ägypten», *Ä.F.U.* 23 (2).

— 1971, *Abuss der Geschichte des alten Ägypten*, Munich, Oldenbourg (2).

BEEK, G. W. VAN, 1967, «Monuments of Axum in the light of South Arabian archaeology», *J.A.O.S.* 87: 113-22 (14).

— 1969, «The rise and fall of Arabia Felix», *S.A.* 221, 6: 36-46 (22).

BELKHODJA, K., 1970, «L'Afrique byzantine à la fin du VI'siècle et au début du VII'siècle», *R.O.M.M.* número especial: 55-65 (19).

BELL, H. I., 1948, *Egypt from Alexander the Great to the Arab Conquest. A Study in the Diffusion and Decay of Hellenism*, Oxford, Clarendon Press (6).

— 1957, *Cults and Creeds in Graeco-Roman Egypt*, Liverpool, University Press, 2.ª ed.: 1966 (6).

BENABOU, M., 1972, «Proconsul et légat. Le témoignage de Tacite», *Ant. Afr.* T. VI, pp. 61-75, Paris, C.N.R.S. (19).

— 1976, *La Résistance africaine à la romanisation*, Paris, Maspero (17) (19).

BERNAND, A., 1966, *Alexandrie la Grande*, Paris, Arthaud (6).

BERNAND, E., 1969, *Inscriptions méroïtiques de l'Egypte gréco-romaine*, Besançon-Paris, Les Belles Lettres (6).

BERNHARD, F. O., 1961, «The Ziwa ware of Inyanga», *N.A.D.A.* XXXVIII: 84-92 (27).

— 1964, «Notes on the pre-ruin Ziwa culture of Inyanga», *Rhodesiana* XII (27).

BERTHELOT, A., 1931, «L'Afrique saharienne et soudanaise. Ce qu'en ont connu les Anciens», Paris, Les Arts et le Livre (20).

BERTHIER, A. y CHARLIER, R., 1955, *Le Sanctuaire punique d'El Hofra à Constantine*, Paris, Direction de l'Intérieur et des Beaux-Arts, Service des Antiquités, missions archéologiques (18).

— 1968, «La sépulture du lecteur Georges à Sila», *B.A.A.* II: 283-92 (19).

BEVAN, E., 1968, *A History of Egypt under the Ptolemaic dynasty*, Chicago (6).

BIEBER, M., 1955, *The sculpture of the Hellenistic age*, New York, Columbia Univ. Press; 2.ª ed.: 1961 (6).

BIERBRIER, M., 1975, *Late new Kingdom in Egypt (C. 1300-664 B.C.). A geneological and chronological investigation*, Warminster, Aris and Philips (2) (3).

BIETAK, M., 1965, «Ausgrabungen in der Sayala District», *Nubien* 1961-65, Vienna: 1-82 (9).

— «Bion and Nicholas of Damascus», *in* C. MÜLLER (ed.), *Fragmenta Historicum Graecorum*, vol. 3, p. 463; vol. 4, 351 (11).

BISSON, M. S., 1975, «Copper currency in Central Africa: the archaeological evidence», *W. A.* 6: 276-92 (29).

BLANKOFF, B., 1965, «La préhistoire au Gabon», *B.S.P.P.G.* 1: 4-5 (25).

BLOCH, M. y VERIN, P., 1966, «Discovery of an apparently neolithic artefact in Madagascar», *Man* I, 2: 240-1 (28).

BOBO, J. y MOREL, J., 1955, «Les peintures rupestres de l'abri du Mouflon et la station préhistorique du Hamman Sidi Djeballa dans la Cheffia (Est-Constantinois)», *Libyca* 3: 163-81 (17).

BONSMA, J. C., 1970, «Livestock production in the sub-tropical and tropical African countries», *S.A.J.S.* 66, 5: 169-72 (24).

BORCHARDT, L., 1938, *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte* 38: 209-215 (2).

BORGHOUTS, J. F., 1973, «The evil eye of Apopis», *J.E.A.* 59: 114-50 (3).

BOSHIER, A. y BEAUMONT, P., 1972, «Mining in Southern Africa and the emergence of modern man», *Optima* 22: 2-12 (29).

BOUBBE, J., 1959-1960, «Découvertes récentes à Sala Colonia (Chellah), *B.S.A.C.*, 141-145 (19).

BOUBOU HAMA, 1967, «Recherches sur l'histoire des Touareg sahariens et soudanais», Paris, *Présence africaine* (20).

BOURGEOIS, R., 1957, «Banyarwanda et Barundi, Tombe I - Ethnographie», *A.R.S.C.* XV: 536-49 (25).

BOURGUET, P. DU, 1964, *L'art copte*, Catalogue, Paris, Petit-Palais, 17 juin-15 sep. (12).

— 1964, «L'art copte pendant les cinq premiers siècles de l'Hégire», *Christentum am Nil*, Recklingghausen: 221 et ss. (12).

BOVILL, E. W., 1968, *The Golden trade of the Moors*, Oxford, 2.ª ed. (21).

BOWDICH, T. E., 1821, *An essay on the superstitions, customs and Arts common to the Ancient Egyptians, Abyssinians and Ashantees*, Paris (4).

BOWEN, R. Le Baron, 1957, «The Dhow sailor» *American Neptune*, vol. II (22).

BOWEN, R. Le Baron y ALBRIGHT, F. P., 1958, *Archaeological discoveries in South Arabia*, Baltimore, John Hopkins Press.

BRABANT, H., 1965, «Contribution odontologique à l'étude des ossements trouvés dans la nécropole protohistorique de Sanga, République du Congo», *A.M.R.A.C.* 54 (25).

BRAHIMI, C., 1970, *L'Ibéromaurusien littoral de la région d'Alger*, M.C.R.A.P.E. XIII, Paris, 77 (17).

BREASTED, J. H., 1906-7, *Ancient records of Egypt. Historical documents from the earliest times of the Persian conquest*, Chicago, University of Chicago Press - London, Luzac and C° - Leipzig, O. Harrassowitz, 5 vol. (4) (9) (10) (11).

— 1930, *The Edwin Smith surgical papyrus*, Chicago, University of Chicago Press, 2 vol. (5).

— 1951, *A history of Egypt from the earliest times to the Persian conquest*, 2.ª ed., revisada, London, Hodder and Stoughton (2).

BRECCIA, W., 1922, *Alexandrea ad Aegyptum. A guide to the Ancient and Modern town and to its Graeco-Roman museum*, Bergamo, Instituto italiano d'artigraficho (6).
BRETON, R., 1892, *Dictionnaire caraïbe-français...*, Auxerre-Leipzig, Plätzmann, reimpr. (28).
BRIANT, R. P., 1945, *L'Hébreu à Madagascar*, Tananarive, Pitot de la Beaujardière (28).
BRIGGS, L. C., 1957, «Living tribes of the Sahara and the problem of their prehistoric origin», *Acts IIIrd P.P.S.Q.*, 195-9 (20).
BRINTON, J. Y., 1942, *B.S.R.A.*, vol. 35, 78-81, 163-165 et pl. XX, fig. 4 (17).
BROTHWELL, D. y SHAW, T., 1971, «A late Upper Pleistocense protowest African negro from Nigeria», *Man* N. sp. 6, 2: 221-27 (21).
BROUGHTON, T. R. S., 1968, *The Romanization of Africa Proconsularis*, New York, Greewood Press. (19).
BROWN, B. R., 1957, *Ptolemaic paintings and mosaics and the Alexandrian style*, Cambridge, Mass., Archaeological Institute of America (6).
BRUNNER, H., 1957, *Altägyptische Erziehung*, Wiesbaden, O. Harrassowitz (3).
— 1964, «Die Geburt des Gottkönigs. Studien zur Uberlieferung eines altägyptischen Mythos», *Ä.A.* 10 (3).
BRUNNER-TRAUT, E., 1974, *Die alten Ägypter Verborgens. Leben unter Pharaonen*, 2 durchgegehene Aufl., Stuttgart-Berlin-Köln-Mainz, W. Kohlhammer, 277 p. (3).
BRUNT, P. A., 1971, *Italian manpower 225 BC - AD 14*, London Oxford University Press, 581-583 (19).
BUCK, A. DE, 1952, *Grammaire élémentaire du moyen égyptien*, trad. B. VAN DE WALLE y J. WERGOTE, Leyde, E. J. Brill (1).
— 1935-61, «The Egyptian coffin texts», *O.I.C.P.*, 34, 49, 64, 67, 73, 81, 87 (2) (3).
BÜCHELER, F. y RIESE, A., ed., 1894, *Anthologia latina*, Leipzig, n.° 183 (17).
BUDGE, E. A. W., 1912, *Annals of Nubian Kings, with a sketch of the story of the Nubian kingdom of Napata*, London, Kegan Paul (11).
— 1928, *The book of the Saints of the Ethiopian church: a translation of the Ethiopic synaxrium made from the oriental manuscripts, n.° 660 and 661 in the British museum*, Cambridge C.U.P. (16).
— 1928, *A History of Ethiopia, Nubia and Abyssinia (according to the hieroglyphic inscriptions of Egypt and Nubia and the Ethiopian chronicles)...*, Londres, Methuen and C° (16).
— 1966, *A History of Ethiopia*, Vol. I, Anthropological Publications, Costerhout N-B, The Netherlands (16).
BUNBURY, E. H., ed. 1959, *A history of ancient Geography among the Greeks and the Romans from the Earliest Ages to the fall of Roman Empire*, New York, Dover Publications (1ª ed. 1883), 2 vol. (22).
BUSHRA, S., 1972, «Urbanization in the Sudan», *Actes Conf Ann. Soc. Phil Soudan* (11).
BUTZER, K. W., 1961, «Les changements climatiques dans les régions arides depuis le pliocène», *Histoire de l'utilisation des terres arides*, Paris, Unesco: 31-56 (17).
BYNON, J., 1970, «The contribution of linguistics to history in the field of Berber studies», in D. DALBY (ed.): *Language and History in Africa*, London: 64-77 (20).
CABANNES, R., 1964, *Les types hémoglobiniques des populations de la partie occidentale du continent african: Maghreb, Sahara, Afrique noire occidentale*, Paris, C.N.R.S. (20).
CALZA, G., 1916, «Il Piazzale delle Corporazioni», *Boll. Comm.*, 178 y ss. (19).
CALLET, F., 1908, *Tantaran'ny Andriana nanjaka teto Imeria*, Tananarive (28).
— 1974, *Histoire des rois de Tantaran'ny Andriana*, trad. G.-S. CHAPUT y E. RATSIMBA, Tananarive, Librairie de Madagascar, 3 vol. (28).
CAMINOS, R. A., 1954, *Late Egyptian Miscellanies*, London, Oxford Univ. Press (3).
— 1964, «Surveying Semna Gharbi», *Kush* 12: 82-6 (9).
— 1964, «The Nitocris adoption Stela», *J.E.A.* 50: 71-101 (10).
— 1974, *The New Kingdom temples of Buhen*, London, Egypt Exploration Society, 2 vol. (2).
CAMPS, G., 1954, «L'inscription de Beja et le problème des Dii Mauri», *R.A.* 98: 233-60 (17).
— 1960, «Les traces d'un âge du bronze en Afrique du Nord», *R.A.* 104: 31-55 (17).
— 1960, «Aux origines de la Berbérie: Massinissa ou les débuts de l'histoire», *Lybyca* 8, 1 (17) (19) (24).
— 1961, *Aux origines de la Berbérie. Monuments et rites funéraires protohistoriques*, Paris, A.M.G. (17) (20).
— 1965, «Le tombeau de Tin Hinan à Abalessa», *Trav. I.R.S.* vol. 24: 65-83 (17) (20).
— 1969, «Amekini, néolithique ancien du Hoggar», *Mém. C.R.A.P.E.* 10: 186-88 (24).
— 1969, «Haratin-Ethiopiens, réflexions sur les origines des négroïdes sahariens», *Coll. Intern. Biolog. Pop. Sahar.*: 11-17 (20).
— 1970, «Recherches sur les origines des cultivateurs noirs du Sahara», *R.O.M.M.* 7: 39-41 (17).
— 1974, «Le Gour, mausolée berbère du VIIe siècle», *A.A.* VIII: 191-208 (19).
— 1974, «Tableau chronologique de la préhistoire récente du nord de l'Afrique», *B.S.P.F.* 71, 1: 262, 265 (17).
— 1974, «L'âge du tombeau de Tin Hinan, ancêtre des Touareg du Hoggar», *Zephyrus* XXV: 497-516 (20).
— 1974, *Les Civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*, Paris, Doin (17) (20).

— 1975, «Recherches sur les plus anciennes inscriptions libyques de l'Afrique du Nord et du Sahara», *Encyclopédie berbère* 24 (20).
— 1978, *Les Relations du monde méditerranéen et du monde sud-saharien durant la préhistoire et la protohistoire*, Aix-en-Provence (20).
CAMPS, G., DELIBRIAS, G. y THOMMERET, J., 1968, «Chronologie absolue et succession des civilisations préhistoriques dans le Nord de l'Afrique», *Libyca*, vol. XVI, 16 (17).
CAMPS-FABRER, H., 1953, *L'Olivier et l'huile dans l'Afrique romaine*, Alger, Impr. officielle, In-8°, 95 p., pl. cartes, plans (19).
— 1966, *Matière et art mobilier dans la préhistoire nord-africaine et saharienne*, Paris, *Mém, C.R.A.P.E.* (17).
CAPOT-REY, R., 1953, *Le Sahara français*, Paris, P.U.F. (20).
CAQUOT, A., 1965, «L'inscription éthiopienne à Marib», *A.E.* VI: 223-5 (15) (16).
CAQUOT, A. y DREWES, A. J., 1955, «Les monuments recueillis à Maqallé (Tigré)», *A.E.* I: 17-41 (13) (15).
CQUOT, A. y LECLANT, J., 1956, «Rapport sur les récents travaux de la section d'archéologie», *C.R.A.I.*: 226-34 (15).
— 1959, «Ethiopie et Cyrénaïque? A propos d'un texte de Synésius», *A.E.* III: 173-7 (15).
CAQUOT, A. y NAUTIN, P., 1970, «Une nouvelle inscription grecque d'Ezana, roi d'Axoum. Description et étude de l'inscripption grecque», *J.S.*: 270-1 (15).
CARCOPINO, J., 1948, *Le Maroc antique*, Paris, Gallimard, La suite des temps n.° 10, 337 p. (17) (18) (19) (20).
— 1956, «Encore Masties, l'empereur maure inconnu», *R.A.*: 339-348 (19).
— 1958, *La mort de Ptolémée, roi de Maurétanie*, Paris, 191 y ss. (19).
CARNEIRO, R. L., 1970, «A theory of the origin of the State». *American Association for the Advancement of Science* 169, 3947: 733-8 (29).
CARPENTER, R., 1958, «The Phoenicians in the west», *A.J.A.* LXVII (15).
— 1965, «A trans-Saharan caravan route in Heredotus», *A.J.A.*: 231-42 (20).
CARTER, H. y MACE, A., 1923-1933, *The tomb of Tut-Ankh-Amen discovered by... Carnarvon and H. Carter*, London-New York-Toronto-Melbourne, Cassel and C°, 3 vol. (2).
CARTER, P. L., 1969, «Moshebi's shelter: excavation and exploitation in Eastern Lesotho», *Lesotho* 8: 1-23 (26).
— 1970, «Late Stone Age exploitation patterns in Southern Natal», *S.A.A.B.* 25, 98: 55-8 (26).
CARTER, P. L. y FLIGHT, C., 1972, «A report on the fauna from two neolithic sites in northern Ghana with evidence for the practice of animal husbandry during the 2nd m. B.C.», *Man* 7, 2: 277-82 (24).
CARTER, P. L. y VOGEL, J. C., 1971, «The dating of industrial assemblages from stratified sities in Eastern Lesotho», *Man* (n.° esp.) 9: 557-70 (26).
CASTIGLIONE, L., 1967, «Abdallah Nirqi. En aval d'Abou Simbel, fouilles de sauvetage d'une ville de l'ancienne Nubie chrétienne», *Archéologia* 18: 14-9 (12).
— 1970, «Diocletianus und die Blemmyes», *Z.Ä.S.* 96, 2: 90-103 (10).
CATON-THOMPSON, G., 1929, «The Southern Rhodesian ruins: recent archaeological investigations», *Nature* 124: 619-21 (27).
— 1929-30, «Recent excavations at Zimbabwe and other ruins in Rhodesia», *J.R.A.S.* 29: 132-8 (27).
CENIVAL, J. L. DE, 1973, «L'Egypte avant les pyramides, 4e millénaire», Grand-Palais, 29 mai-3 sept., Paris, Musées nationaux (2).
CERNÝ, J., 1927, «Le culte d'Aménophis I chez les ouvriers de la nécropole thébaine», *B.I.F.A.O.* 27: 159-203 (2).
— 1942, «Le caractère des oushebtis d'après des idées du Nouval Empire», *B.I.F.A.O.* 41: 105-33 (3).
— 1973, *A community of workmen at Thebes in the Ramesside period*, Le Caire, IFAO, VI + 383 p. (3).
CERULLI, E., 1943, *Etiopi in Palestina; storia della comunità etiopica di Gerusalemme*, vol. I, Rome, Libreria dello Stato (16).
— 1956, *Storia della litteratura etiopica*, Rome, Nuova accademica edit. (16).
CINTAS, P., 1950, *Céramique punique*, Tunis (18).
— 1954, «Nouvelles recherches à Utique», *Karthago* V (18).
CINTAS, P. y DUVAL, N., 1958, «L'église du prêtre Félix, région de Kélibia», *Karthago* IX: 155-265 (19).
CLARK, J. D., 1957, «Pre-European copper working in South Central Africa», *Roan Antelope*: 2-6 (25).
— 1967, «The problem of Neolithic culture in Sub-Saharan Africa», *in* W.W. BISHOP y J. D. CLARK (ed.): *Background to Evolution in Africa*, Chicago, Chicago Univ. Press: 601-27 (25).
— 1968, «Some early Iron age pottery from Lunda», *in* J. D. CLARK (ed.). *Further palaeo-anthropological studies in Northern Lunda*, Lisbonne: 189-205 (27).
— 1970, *The prehistory of Africa*, London, Thames and Hudson (23).
— 1972, «Prehistoric populations and pressures favouring plant domestication in Africa», *B.W.S. 56* (24).

— 1974, «Iron age occupation at the Kalambo Falls», J. D. CLARK (ed.), *Kalambo falls prehistoric site* II, Cambridge: 57-70 (25).

CLARK, J. D. y FAGAN, B. M., 1965, «Charcoal, sands and channel-decorated pottery from Northern Rhodesia», *A.A.* LXVII: 354-71 (29).

CLARK, J. D. y WALTON, J., 1962, «A Late Stone Age site in the Erongo mountains, South West Africa», *Proc. P.S.* 28: 1-16 (26).

CLARKE, S. y ENGELBACH, R., 1930, *Ancient Egyptian masonry, the building craft*, Oxford Univ. Press, Londres: H. Milford, XII + 243 p. (5).

CLAVEL, M. y LÉVEQUE, P., 1971, *Villes et structures urbaines dans l'Occident romain*, Paris, Armand Colin: 7-94 (19).

CLEMENTE, G., 1968, *La Noticia Digninatum*, Cagliari: 318-342 (19).

CODEX THEODOSIANUS, ed. 1905, *Theodosiani libri XVI cum constitutionibus sirmondianis et leges novellae ad Theodosianum pertinentes*, Th. MOMMSEN y P. MEYER (ed.), Berlin, Sociatas Regia Scientarum (15).

CODINE, J., 1868, *Mémoire géographique sur la mer des Indes*, Paris, Challamel (28).

COHEN, D. y MARET, P. DE, 1974, «Recherches archéologiques récentes en République du Zaïre», *Forum U.L.B.* 39: 33-7 (25).

COHEN, D. y MARTIN, Ph., 1972, «Classification formelle automatique et industrie lithiques; interprétation des hachereaux de la Kamoa», *A.M.R.A.C.* 76 (21).

COHEN, D. y MORTELMANS, G., 1973, «Un site tshitolien sur le plateau des Batéké», *A.M.R.A.C.* 81 (25).

CONNAH, G., 1967, «Excavations at Daima, N.E. Nigeria», *Actes VIe cong. P.P.E.Q.*: 146-7 (24).

— 1967, «Radiocarbon dates for Daima», *J.H.S.N.* 3 (24).

— 1969, «The coming of iron: Nok and Daima», *in* Th. SHAW: *Lectures on Nigerian prehistory and archaeology*, Ibadan: 30-62 (21).

— 1969, «Settlement mounds of the Firki: the reconstruction of a lost society», *Ibadan* 26 (24).

CONTENSON, H. DE, 1960, «Les premiers rois d'Axoum d'après les découvertes récentes», *J.A.* 248: 78-96 (13) (14).

— 1961, «Les principales étapes de l'Ethiopie antique», *C.E.A.* 2, 5: 12-23 (13) (14).

— 1962, «Les monuments d'art sud-arabes découverts sur le site Haoulti (Ethiopie) en 1959», *Syria* 39; 68-83 (13).

— 1963, «Les subdivisions de l'archéologie éthiopienne. Etat de la question», *R. Arch.*: 189-91 (13).

— 1963, «Les fouilles de Haoulti en 1959. Rapport préliminaire», *A.E.* 5: 41-86 (13) (14) (15).

— 1963, «Les fouilles à Axoum en 1958. Rapport préliminaire», *A.E.* 5: 3-39 (15).

— 1969, «Compte rendu bibliographique de "Annales d'Ethiope"», vol. 7, *Syria* 46: 161-7 (13).

CONTI-ROSSINI, C., 1903, «Documenti per l'archeologia d'Eritrea nella bassa valle dei Barca», *R.R.A.L.* 5, XII (15).

— 1928, «Storia d'Etiopia», Milan, 335 p., 70 pl. (13) (14) (16).

— 1947, «Iecha, Tsehuf Enni e Dera», *R.S.E.* 6: 12-22 (13).

— 1947-48, «Gad et il dio Luna in Etiopia, Studi e materiali di storia delle religione», Rome (15).

COOKE, C. K., 1971, «The rock art of Rhodesia», *S.A.J.S.*, n.° esp. 2: 7-10 (27).

COON, C. S., 1968, *Yengema cave report*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania (24).

COPPENS, Y., 1969, «Les cultures proto-historiques et historiques du Djourab», *Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 129-46 (24).

CORNEVIN, R., 1967, *Histoire de l'Afrique. I - Des origines au XVIe siècle*, Paris, Payot, 2.ª ed. (20).

Corpus inscriptionum semiticarum ab academiae inscriptionum en litterarum Humaniorum contitum atque digestum (1881-1954), Paris, Académie des Inscriptions et Belles Lettres (15).

COSMAS INDICOPLEUSTES, *Topographie chrétienne, trad.* Wanda WALSCA, Paris, Le Cerf, pp. 77-78 (16).

— ed. 1897, *The Christian topography*, trad. J. W. MCCRINDLE, Londres, Hakluyt (22).

COULBEAUX, J. B., 1929, *Histoire politique et religieuse d'Abyssinie depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'avènement de Menelik II*, tome I, Paris, Geuthner (16).

COURTIN, J., 1969, «Le néolithique du Borkou, Nord-Tchad» *Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 147-59 (24).

COURTOIS, C., 1945, «Grégoire VII et l'Afrique du Nord. Remarques sur les communautés chrétiennes d'Afrique du XIe siècle», *R.H.* CXCV: 97-122; 193-226 (19).

— 1954, *Victor de Vita et son oeuvre*, Alger, Impr. off. (19).

— 1955, *Les Vandales et l'Afrique*, Paris, A.M.G. (19) (20).

COURTOIS, C., LESCHI, L., MINICONI, J., FERRAT, C. y SAUMAGNE, C., 1952, *Tablettes Albertini: Actes privés de l'époque vandale, fin du Ve siècle*, Paris, A.M.G. (19).

CRACCO-RUGGINI, L., 1974, «Leggenda e realtà degli Etiopi nella cultura tardo imperiale», *Atti Congr. Intern. Stud. Et.* 191: 141-93 (20).

CROWFOOT, J. W., 1911, «The island of Meroe», *Archaeological survey of Egypt*, memoria n.º 19; 37, London (11).
— 1927, «Christian Nubia», *J.E.A.* XIII: 141-50 (12).
CULWICK, A. I. y G. M., 1936, «Indonesian echoes in Central Tanganyika», *T.N.R.* 2: 60-6 (28).
CURTO, S., 1965, *Nubia. Storia di una civiltà favolosa*, Novara, Instituto geográfico, 371 p. (11).
— 1966, *Nubien. Geschichte einer rätselhaften Kultur*, Munich (9).
CUVILLIER, A., 1967, *Introduction à la sociologie*, Paris, Armand Colin (1).
CHACE, A. B., *et al.*, 1927-1929, *The Rhind mathematical Papyrus*, British Museum, 10057 y 10058, 2 vol., Oberlin (5).
CHAKER, S., 1973, «Libyque: épigraphie et linguistique», *Encyclopédie berbère* 9 (20).
CHAMLA, M.-C., 1958, «Recherches anthopologiques sur l'origine des malgaches», *Museum* (28).
— 1968, «Les populations anciennes du Sahara et des régions limitrophes. Etude des restes osseux humains néolithiques et protohistoriques», *Mém. C.R.A.P.E.* IX (17) (20) (21).
— 1970, «Les hommes épipaléolithiques de Columnata (Algérie occidentale), *Mém. C.R.A.P.E.* XV: 113-4 (17).
CHAMOUX, F., 1953, *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, Paris, De Broccard (17).
CHAMPETIER, P., 1951, «Les conciles africains durant la période byzantine», *R.A.*: 103-20 (19).
CHAMPOLLION-FIGEAC, J. J., 1839, *Egypte ancienne*, Paris, Didot (1).
CHAPLIN, J. H., 1974, «The prehistoric rock art of the lake Victoria region», *Azania* IX: 1-50 (29).
CHARLES-PICARD, G., 1954, *Les Religions de l'Afrique antique*, Paris, Plon (18).
— 1956, *Le Monde de Carthage*, Paris, Corrêa.
— 1957, «Civitas Mactaritana», *Karthago* 8: 33-39 (17).
— 1958, «Images de chars romains sur les rochers du Sahara», *CRAI* (17).
CHARLES-PICARD, G. y C., 1958, *La Vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal*, Paris, Hachette (18).
— 1959, *La Civilisation de l'Afrique romaine*, Paris, Plon (19).
— 1968, «Les Cahiers de Tunisie», *Mélanges, Saumagne*, pp. 27-31 (20).
CHARLESWORTH, M. P., 1926, *Trade routes and commerce of the Roman Empire*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (22).
— 1951, «Roman trade with India: a resurvey», en A. C. JOHNSON, *Studies in Roman economic and social history in honour of Allen Chester Jonson*, Princeton (22).
CHASTAGNOL, A., 1967, «Les gouverneurs de Byzacène et de Tripolitaine», *A.A.* I: 130-4 (19).
CHASTAGNOL, A. y DUVAL, N., 1974, «Les survivances du culte impérial dans l'Afrique du Nord à l'époque vandale. Mélanges d'histoire ancienne offerts à W. Seston», *Publications de la Sorbonne, Etudes* IX: 87-118 (19).
CHEVALLIER, R. y CAILLEMER, A., 1957, «Les centuriations romaines de Tunisie», *Annales*, n.º 2, pp. 275-286, Paris, Armand-Colin (19).
CHEVRIER, H., 1964-70-71, «Techniques de la construction dans l'ancienne Egypte», vol. I: «Murs en briques crues», *R.E.* 16: 11-7; vol. II: «Problèmes posés par les obélisques», *R.E.* 22: 15-39; vol. III: «Gros oeuvre, maçonneire», *R.E.* 23: 67-111 (3).
CHITTICK, N., 1966, «Six early coins from New Tanga», *Azania* I: 156-7 (22).
— 1969, «An archaeological reconnaissance of the Southern Somali Coast», *Azania* IV: 115-130 (22).
DAHL, O. Ch., 1951, «Malgache et Maanjan, une comparaison linguistique», *A.U.E.I.* 3 (28).
DAHLE, L., 1889, «The Swahili element in the new Malagasy-English dictionary», *Antananarivo* III: 99-115 (28).
DALBY, D., 1970, «Reflections on the classification of African Languages», *A.L.S.* 11: 147-71 (21).
— 1975, «The prehistorical implications of Guthrie's comparative Bantu, I. Problems of internal relationship», *J.A.H.* XVI: 481-501 (23).
— 1976, «The prehistorical implications of Guthrie's comparative Bantu. Interpretation of cultural vocabulary», *J.A.H.* XVII: 1-27 (23).
DANIELS, C. M., 1968, *Garamantian excavations: Zinchecra 1965-1967*, Tripoli, Department of Antiquities (20).
— 1968, «The Garamantes of Fezzan», *Libya in History*, Beirut (4).
— 1970, *The Garamantes of Southern Libya*, Stroughton (Wisc.), Oleander Press (17) (21).
— 1972-73, «The Garamantes of Fezzan. An interim report of research, 1965-73», *S.L.S.* IV: 35-40 (20).
DANIELS, S. G. H. y PHILLIPSON, D. W., 1969, «The early iron age site at Dambwa near Livingstone», *in* B. M. FAGAN, D. W. PHILLIPSON y S. G. H. DANIELS (ed.): *Iron age cultures in Zambia*, II, London, Chatto and Windus: 1-54 (27).

DARBY, W. J., GHALIOUNGUI, P. y GRIVETTI, L., 1977, *Food. The gift of Osiris*, London-New York-San Francisco, Academic Press, 2 vol. (3).

DARIS, S., 1961, *Documenti per la storia dell'esercito romano in Egitto*, Milano, Università Cattolica del Sacrocuore (7).

DART, R. A. y BEAUMONT, P., 1969, «Evidence of Ore mining in Southern Africa in the Middle Stone Age», *C.A.* 10: 127-8 (29).

— 1969, «Rhodesian engravers, painters and pigment miners of the fifth millennium B.C.», *S.A.A.B.* 8: 91-6 (29).

DATOO, B. A., 1970, «Misconception about the use of Monsoons by dhws in East African waters», *E.A.G.R.* 8: 1-10 (22).

— 1970, «Rhapta: the location and importance of East Africa's first port», *Azania* V: 65-75 (22) (28).

DATOO, B. A. y SHERIFF, A. M. H., 1971, «Patterns of ports and trade routes in different periods», *in* L. BERRY: *Tanzania in maps*, London; Univ. of London Press: 102-5 (22).

DAUMAS, F., 1967, «Ce que l'on peut entrevoir de l'histoire de Ouadi es-Sebua, Nubie», *C.H.E.* X: 40 y ss. (12).

— 1976, *La Civilisation de l'Egypte pharaonique*, Paris, Arthaud 2.ª ed. (2) (5).

DAVICO, A., 1946, *Ritrovamenti sud-arabici nelle zona del Cascase*, *R.S.E.* 5: 1-6 (13).

DAVIDSON, B., 1962, *Découverte du passé oublié de l'Afrique*, Paris, P.U.F. (4) (20).

DAVIDSON, C. C. y CLARK, J. D., 1974, «Trade wind beads: an interium report of chemical studies», *Azania* IX: 75-86 (29).

DAVIES, N. M., 1936, *Ancient Egyptian paintings*, 3 vol. Chicago, Univ. of Chicago Oriental Institute (5).

— 1958, *Picture writing in Ancient Egypt*, Londres, Oxford Univ. Press for Griffith Institute (5).

DAVIES, N. M. y GARDINER, A. H., 1926, *The tomb of Huy, Viceroy of Nubia in the rign of Tutankhamun*, London, Egypt Exploration Society, 41 p. (9).

DAVIES, O., 1962, «Neolithi culture in Ghana», *Proc. 4th P.C.P.* 2: 291-302 (21).

— 1964, *The Quaternary in the Coast lands of Guinea*, Glasgow, Jackson and Son (24).

— 1967, *West Africa before the Europeans*, London, Methuen (24).

— 1967, «Timber construction and wood carving in west Africa in the 2nd millenium B.C.», *Man* (n.º esp.) 2, 1: 115-8 (24).

— 1968, «The origins of agriculture in West Africa», *C.A.* 9, 5: 479-82 (24).

— 1971, «Excavations at Blackburn», *S.A.A.B.* 26: 165-78 (26).

DAWSON, R. A., 1938, «Pygmies and dwarfs in Ancient Egypt», *J.E.A.* 25: 185-9 (2).

DEACON, H. J., 1966, «Note on the x-ray of two mounted implements from South Africa», *Man* 1: 87-90 (26).

— 1969, «Melkhoutboom Cave, Alezandra district, Cape Province: a report on the 1967 investigation», *A.C.P.M.* 6: 141-69 (26).

DEACON, H. J. y J., 1963, «Scotts Cave; a Late Stone Age site in the Gamtoos valley», *A.C.P.M.* 3: 96-121 (26).

DEACON, J., 1972, *Archaeological evidence for demographic changes in the Eastern Cape during the last 2000 years*, Comunicación a la A.G.H. de la Association des archéologues de l'université de Witwatersrand, Johannesburg (26).

DEGRASSI, N., 1951, «Il mercato Romano di Leptis Magna», *Q.A.L.* pp. 37-70 (11) (19).

DELIBRIAS, G., HUGOT, H. J. y QUEZEL, P., 1957, «Trois datations de sédiments sahariens récents par le radiocarbone», *Libyca* 5: 267-70 (17).

DEMOUGEOT, E., 1960, «Le chameau et l'Afrique du Nord romaine», *Annales*, pp. 205-247 (19) (20).

DERCHAIN, Ph. J., 1962, *Le Sacrifice de l'oryx*, Bruxelles, Fondation égyptologique reine Elisabeth (3).

DERRICOURT, R. M., 1973, «Radiocarbon chronology of the Late Stone Age and Iron Age in South Africa», *S.A.J.S.* 69: 280-4 (26).

— 1973, «Archaeological survey of the Transkei and Ciskei: interim report for 1972», *F.H.P.* 5: 449-55 (26).

DESANGES, J., 1949, «Le statut et les limites de la Nubie romaine», *Chronique d'Egypte* 44: 139-47 (10).

— 1957, «Le triomphe de Cornelius Balbus, 19 av. J.-C.», *R.A.*: 5-43 (20).

— 1962, *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique à l'Ouest du Nil*, Dakar (17) (20).

— 1963, «Un témoignage peu connu de Procope sur la Numidie vandale et byzantine», *Byzantion* XXXIII: 41-69 (19).

— 1964, «Noter sur la datation de l'expédition de Julius Maternus au pays d'Agisymba», *Latomus*: 713-25 (20).

— 1967, «Une mention altérée d'Axoum dans l'exposition "Totius mundi et gentium"», *A.E.* VII: 141-58 (15).

— 1968, «Vues grecques sur quelques aspects de la monarchie méroïtique», *B.I.F.A.O.* LXVI: 89-104 (10) (11).

— 1970, «L'Antiquité gréco-romaine et l'homme noir», *R.E.L.* XLVIII: 87-95 (17) (20).
— 1971, «Un point de repère chronologique dans la période tardive du royaume de Méroé», *M.N.* 7: 2-5 (10).
— 1972, «Le statut des municipes d'après les données africaines», *Revue historique de droit français et étranger*, Paris, Sirey: 253-273 (19).
— 1975, «L'Afrique noire et le Monde méditerranéen dans l'Antiquité. Ethiopiens et Gréco-romains», *R.F.H.O.M.* 228: 391-414 (20).
— 1976, «L'iconographie du Noir dans l'Afrique du Nord antique», *L'Image du Noir dans l'art occidental. I. Des pharaons à la chute de l'empire romain*, Fribourg, Menil Foundation: 246-68 (20).
— 1977, «Aethiops», *Encyclopédie berbère* (20).
DESANGES, J. y LANCEL, S., 1962-74, «Bibliographie analytique de l'Afrique antique», *B.A.A.* 1 a 5 (19) (20).
DESCAMPS, C., DEMOULIN, D. y ABDALLAH, A., 1967, «Données nouvelles sur la préhistoire du cap Manuel (Dakar)», *Actes VIe Congr. P.P.E.Q.*: 130-2 (24).
DESCAMPS, C. y THILMANS, G., 1972, *Excavations at De Ndalane (Sine Saloum) 27 nov.-16 janv. 1972* (24).
DESCHAMPS, H., 1960, *Histoire de Madagascar*, Paris, Berger-Levrault, 3.ª ed.: 1965 (28).
— 1970 (dir.), *Histoire générale de l'Afrique noire*, I. Des origines à 1800, Paris, P.U.F.: 203-10 (20).
DESPOIS, S., «Rendements en grains du Byzacium», *Mélanges F. Gauthier*: 187 y ss. (19).
DESROCHES-NOBLECOURT, Ch., 1962, *L'Art égyptien*, Paris, P.U.F. (3).
— 1963, *Vie et mort d'un pharaon. Toutankhamon*, Paris, Hachette, 312 p. (2) (3).
DESROCHES-NOBLECOURT, Ch. y KUENTZ, Ch., 1968, *Le Petit Temple d'Abou-Simbel «Nofretari pour qui se lève le soleil»*, Le Caire, 2 vol. (3).
DEVIC, L. M., 1883, *Le Pays des Zendj d'après les écrivains arabes*, Paris (28).
DEZ, J., 1965, «Quelques hypothèses formulées par la linguistique comparée à l'usage de l'archéologie», *Taloha* 2: 197-214 (28).
DICKE, B. H., 1931, «The lightning bird and other analogies and tradicions connecting the Bantu with the Zimbabwe ruins», *S.A.J.S.* 28: 505-11 (27).
DIEHL, C., 1896, *L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique*, Paris, Leroux (19).
DIESNER, H. J., 1965, *Vandalen*, Pauly-Wissowa, Real encyclopedie, Supp. X: 957-92 (19).
— 1966, *Das Vandalenreich, Aufstieg und Untergang*, Leipzig (19).
— 1969, *Grenzen und Grenzverteidigung des Vandalenreiches*, Studi in onore di E. Volterra III: 481-90 (19).
DILLMAN, A., 1878, *Über die Anfange der axumitischen Reiches, A.A.W.* 223 (14).
— 1880, *Zur Geschichte des axumitischen Reiches in vierten bis sechsten Jahrhundert*, Berlin, K. Akademie der Wissenschaften (14).
DINDORFF, L. A., 1831, Ioannis Malalae chronographia. Ex recensione Ludovici Dindorfii (Corpus scriptorum historiae byzantinae. Ioannes Malalas), Bonn, Weber (15).
— 1870, *Historici graeci minores*, Leipzig, Tenbrerri (15).
DIODORO DE SICILIA, ed. 1933-67, *The library of History of Diodorus of Sicily*, trad.: C. H. OLDFATHER *et al.*, Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, London: Heinemann, 12 vol. (1) (6) (10) (11) (22).
DIÓGENES LAERCIO, ed. 1925, *Lives of eminent philosophers*, R. D. HICKS, trad., Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, London: Heinemann, 2 vol. (1).
DIOP, Ch. A., 1955, *Nations nègres et culture*, Paris, Présence africaine (1).
— 1967, *Antériorité des civilisations nègres: Mythe ou vérité historique*, Paris, Présence africaine, 301 p. (1).
— 1968, «Métallurgie tradicionnelle et âge du fer en Afrique», *B.I.F.A.N.* B. XXX, 1: 10-38 (21) (24).
— 1973, «La métallurgie du fer sous l'Ancien Empire égyptien», *B.I.F.A.N.* B. XXXV: 532-47 (21) (24).
— 1977, *Parenté génétique de l'égyptien pharaonique et des langues négro-africaines: processus de sémitisation*, *B.I.F.A.N.* (1).
— 1977, «La pigmentation des anciens Egyptiens, test par la mélanine», *B.I.F.A.N.* (1).
DITTEMBERGER, G., 1898-1905, *Sylloge inscriptionum graecarum*, 5 vol., Leipzig (6).
DIXON, D. M. M., 1964, «The origin of the Kingdom of Kush (Napata-Meroe)», *J.E.A.* 50: 121-32 (11).
— 1969, «The transplantation of Punt incense trees in Egypt», *J.E.A.* 55: 55 (4).
DOGGET, H., 1965, «The development of the cultivated sorghums», *in* J. HUTCHINSON (ed.): *Essays on crop plant evolution*, Cambridge: 50-69 (24).
DONADONI, S., 1970, «Les fouilles à l'église de Sonqi Tino», *in* E. DINKLER (ed.): *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 209-18 (12).
DONADONI, S. y CURTO, S., 1965, «Le pitture murali della chiesa di Sonqi nel Sudan», *La Nubia christiana*, Quaderno n.° 2 del Museo eglizio di Torino, Turin, Fratelli Pozzo-Salvati (12).
DONADONI, S. y VANTINI, G., 1967, «Gli Scavi nel Diff di Sonqi Tino (Nubia Sudanese)», *R.R.A.L.* 3, XL: 247-73 (12).

DORESSE, J. 1957, «Découvertes en Ethiopie et découverte de l'Ethiopie», *B.O.* 14: 64-5 (13).
— 1960, «La découverte d'Asbi-Dera», *Atti conv. Intern. Stud. Et. 1959:* 229-48 (15).
DORNAN, S. S., 1915, «Rhodesian ruins and native tradition», *S.A.J.S.* 12: 502-16 (27).
DREWES, A. J., 1954, «The inscription from Dibbib in Eritrea», *B.O.* 11: 185-6 (13).
— 1956, «Nouvelles inscriptions de l'Ethiopie», *B.O.* 13: 179-82 (13).
— 1959, «Les inscriptions de Mélazo», *A.E.* 3: 83-99 (13).
— 1962, *Inscriptions de l'Ethiopie antique*, Leyde, Brill, 111 p. (13) (14) (15).
DREWES, A. J. y SCHNEIDER, R., 1967-70-72. «Documents épigraphiques de l'Ethiopie I, II, III», *A.E.* VII: 89-106; *A.E.* VIII: 57-72; *A.E.*, IX: 87-102 (13) (14).
DRIOTON, E. y VANDIER, J., 1962, *Les Peuples de l'Orient méditerranéen*, 4.ª ed. aumentada, I., *Introduction aux études historiques;* II. *L'Egypte*, Paris, P.U.F., Clio (2) (17).
DROUIN, E. A., 1882, «Les listes royales éthiopiennes et leur autorité historique», *R.A.* aoû-oct. (16).
DRURY, R., 1731, *The adventures of Robert Drury during fifteen years of captivity in the island of Madagascar*, London, 464 p. (28).
DUBIEF, J., 1963, «Le climat du Sahara», *Mém. I.R.S.*, Alger (20).
DUNBABIN, T. J., 1948, *The western Greeks*, Oxford, Clarendon Press (18).
DUNCAN-JONES, R. P., «City population in Roman Africa», *J.R.S.* 53: 85 (19).
DUNHAM, D. y BATES, O., 1950-57, *Royal cemeteries of Kush*, I. *El-Kurru*, II. *Nuri*, III. *Royal tombs at Meroe and Barkal*, Cambridge, Mass. (10) (11).
DUPIRE, M., 1962, *Peuls nomades*, Institut d'ethnologie, Paris (24).
— 1972, «Les facteurs humains de l'économie pastorale», *Etudes nigériennes* n.º 6 (22).
DUTTON, R. P., 1970, «Iron-smelting furnace date 630 ± 50 years. A. D. in the Ndumu Game Reserve», *Lammergeyer* XIII: 37-40 (27).
DUVAL, N., 1971, *Recherches archéologiques à Sbeitla*, Paris, Bibl. Ecoles françaises d'Athènes et Rome (19).
— 1974, «Le dossier de l'église d'El-Monassat au sud-ouest de Sfax, Tunisie», *A.A.* VIII: 157-73 (19).
DUVAL, N. y BARATTE, F., 1973, *Les Ruines de Sufetula-Sbeitla*, Tunis, S.T.D. (19).
— 1974, *Les Ruines d'Ammaedara-Haidra*, Tunis, S.T.D. (19).
DUVAL, Y. y FEVRIER, P. A., 1969, «Procès-verbal de dépositions des reliques de la région de Télerma, VII' siècle», *Mélanges, Ecole française de Rome:* 257-320 (19).
DUYVENDAK, J. L., 1949, *China's discovery of Africa*, Londres, Probsthain (22).
EBBELL, B., 1937, *The papyrus Ebers. The greatest Egyptian medical document*, Copenhague: Levin and Hunksgaard, London, H. Milford, 135 p. (5).
EDKINS, Rev. J., 1885, «Ancient navigation in the Indian Ocean», *J.R.A.S.* XVIII: 1-27 (22).
EDWARDS, I. E. S., 1961, *The pyramids of Egypt*, London, M. Parrish, 258 p. (2).
EHRET, C., 1967, «Cattle-keeping and milking in eastern and southern African history: the linguistic evidence», *J.A.H.* VIII: 1-17 (21) (27).
— 1971, *Southern Nilotic history: linguistic approaches to the study of the Past*, Evanston (23).
— 1972, «Bantu origins and history: critique and interpretation», *T.J.H.* II: 1-19 (21).
— 1973, «Patterns of Bantu and Central Sudanic settlement in Central and Southern Africa (C. 1000 B.C.-500 A.D.)», *T.J.H.* III: 1-71 (21) (23).
— 1974, *Ethiopians and East Africans, the problems of contacts*, Nairobi, East African Publishing House (23).
EHRET, C., *et al.*, 1972, «Outling Southern African history: a re-evaluation A.D. 100-1500», *Ufahamu* III: 9-27 (27).
ELGOOD, P. G., 1951, *Later dynasties of Egypt*, Oxford, B. Blackwell (2).
ELPHICK, R. H., 1972, *The Cape Khoi and the first phase of South African race relations*, Yale, Tesis (26).
EMERY, W. B., 1960, «Preliminary report on the excavations of the Egypt Exploration Society at Buhen, 1958-59», *Kush* 8: 7-8 (9).
— 1961, *Archaic Egypt*, London: Penguin (2).
— 1963, «Preliminary report on the excavations at Buhen, 1962», *Kush* 11: 116-20 (9).
— 1965, *Egypt in Nubia*, Londres, Hutchinson (4) (9) (12).
EMERY, W. B. y KIRWAN, L. P., 1935, *The excavations and survey between Wadi es-Sebua and Adindan, 1929-31*, 2 vol. Le Caire, Government Press, 492 p. (9).
— 1938, *The royal tombs of Ballana and Qustul*, Servicio de antigüedades de Egipto. Misión arqueológica de Nubia, 1929-34, El Cairo, 2 vol. (10) (12).
EMIN-BEY, *Studii-storico-dogmatici sulla chiesa giacolina Roma Tip Caluneta Tarique Neguest...* Manus, depositado en la B.N. n.º P. 90 (16).
EMPHOUX, J. P., 1970, «La grotte de Bitorri au Congo-Brazzaville», *Cah. O.R.S.T.O.M.* VII, 1: 1-20 (25).

EPSTEIN, H., 1971, *The origin of the domestic animals in Africa*, New York, Africana Publishing (21) (Concl.).
ERMAN, A., 1927, *The literature of the Ancient Egyptians*, trad. A. M. BLACKMAN, London, Methuen (5).
— 1966, *The Ancient Egyptians. A source book of their writings*, trad. A. M. BLACKMAN, New York, Harper and Row (3).
ERROUX, J., 1957, «Essai d'une classification dichotomique des blés durs cultivés en Algérie», *B.S.H.N.A.N.* 48: 239-53 (17).
ESPERANDIEU, G., 1957, *De l'art animalier dans l'Afrique antique*, Alger, Imp. Officielle (17).
ESQUILO, ed. 1955, *Tragédies*, P. MAZON, trad., Paris (1).
ESTRABÓN, 1917-32, *The geography of Strabo*, editado y trad. por H. L. JONES, Cambridge, Mass.; Harvard Univ. Press, London: Heinemann Ltd., 8 vol (1) (6) (11) (22).
EUSEBIO DE PANFILIA, *Vie de l'empereur Constantin*, traducción 1675, Paris (16).
EUZENNAT, N., 1976, «Les recherches sur la frontière romaine d'Afrique, 1974-76», *Akten XI inter. Limeskong.* 533-43 (20).
EVANS-PRITCHARD, E. E., 1940, *The Nuer. A description of the modes of Livelihood and political institutions of a Nilotic people*, London, Oxford Univ. Press (24).
EVETTS, B. T. A. y BUTLER, A. J., 1895, *The churches and monasteries*, Oxford (12).
EYO, E., 1964-5, «Excavations at Rop rock Shelter», *W.A.A.N.* 3: 5-13 (24).
— 1972, «Excavations at Rop rock Shelter, 1964», *W.A.J.A.* 2: 13-6 (24).
FAGAN, B. M., 1961, «Pre-European Iron working in Central Africa with special reference to Northern Rhodesia», *J.A.H.* II, 2: 199-210 (25).
— 1965, «Radiocarbon dates for sub-Saharan Africa. III», *J.A.H.* VI: 107-16 (27).
— 1967, «Radiocarbon dates for sub-Saharan Africa. V», *J.A.H.* VIII: 513-27 (25) (27).
— 1969, «Early trade and raw materials in South Central Africa», *J.A.H.* X, 1: 1-13 (25) (29).
— 1969, «Radiocarbon dates for sub-Saharan Africa. VI», *J.A.H.* X: 149-69 (27).
FAGAN, B. M. y NOTEN, F. L. VAN, 1971, «The hunter-gatheres of Gwisho», *A.M.R.A.C.* 74, XXII + 230 p. (25).
FAGAN, B. M., PHILLIPSON, D. W. y DANIELS, S. G. H. (eds.), 1969, *Iron Age cultures in Zambia*, London (25) (27).
FAGG, A., 1972, «Excavations of an occupation site in the Nok Valley, Nigeria», *W.A.J.A.* 2: 75-9 (24).
FAIRMAN, H. W., 1938, «Preliminary report on the excavations at Sesebi and Amarah West, Anglo-Egyptian Sudan, 1937-8», *J.E.A.* XXIV: 151-6 (9).
— 1939, «Preliminary report on the excavations at Amarah West, Anglo-Egyptian Sudan, 1938-9», *J.E.A.* XXV: 139-44 (9).
— 1948, «Preliminary report on the excavations at Amarah West, Anglo-Egyptian Sudan, 1947-8», *J.E.A.* XXXIV: 1-11 (9).
FATTOVICH, R., 1972, «Sondaggi stratigrafici. Yeha», *A.E.* 9: 65-86 (13).
FAUBLÉE, J. y M., 1964, «Madagascar vu par les auteurs arabes avant le XIXe siècle», *Acts VIIe Coll. Intern. Hist. Marit.*, y *Studia* n.° 11, 1963 (28).
FAULKNER, R. O., 1962, *A concise distionary of middle Egyptian*, Oxford, Griffith Institute, XVI + 328 p. (1).
— 1969, *The ancient Egyptian pyramid texts*, Oxford, Clarendon Press (2) (3).
— 1974-1978, *The ancient Egyptian coffin texts*, Warminster, Aris and Philips, 3 vol. (3).
— 1975, «Egypt from the inception of the nineteenth dynasty to the death of Rameses III», *The Cambridge Ancient History* II, 2, chap. XXIII, Cambridge (2).
FENDRI, M. 1961, *Basilique chrétienne de la Skhira*, Paris, P.U.F. (19).
FERGUSON, J., 1969, «Classical contacts with West Africa» *in* L. A. THOMPSON y J. FERGUSSON (ed.): *Africa in classical Antiquity*, Ibadan: 1-25 (21).
FERGUSON, J. y LIBBY, W. F., 1963, «Ugla radiocarbon dates. II», *Radiocarbon* V: 17 (27).
FERRAND, G., 1891-1902, *Les Musulmans à Madagascar et aux îles Comores*, Paris, Leroux, 2 vol. (28).
— 1904, «Madagascar et les îles Uaq-Uaq», *J.A.*: 489-509 (28).
— 1908, «L'origine africaine des Malgaches», *J.A.*: 353-500 (28).
— 1913-14, *Relation des voyages et textes géographiques arabes, persans et turcs relarifs à l'Extrême-Orient du VIIIe au XVIIIe siècle*, Paris, Leroux, 2 vol. (28).
FEVRIER, P. A., 1962-7, «Inscriptions chrétiennes de Djemila-Cuicul», *B.A.A.* I: 214-22; *B.A.A.* II: 247-8 (19).
— 1965, *Fouilles de Sétif. Les basiliques chrétiennes du quartier Nord-Ouest*, Paris, C.R.N.S. (19).
FEVRIER, P. A. y BONNAL, J., 1966-7, «Ostraka de la région de Bir Trouch», *B.A.A.* II: 239-50 (19).
FIRTH, C. M., 1915, *Archaeological survey of Nubia. Report for 1907-1908-1910-1911*, El Cairo, National Print Dept. (9).

FLACOURT, E., 1661, *Histoire de la Grande Ile de Madagascar*, Paris, Gervais Clougier (28).
FLEISCHHACHER, H. VON, 1969, «Zur Rassen -und Bevölkerungsgeschichte Nördafrikas unter besonderer Berüchsichtigung der Aethiopiden, der Libyer und der Garamanten», *Paideuma* 15: 12-53 (17) (20).
FLIGHT, C., 1972, «Kintampo and West African Neolithic civilizations», *B.W.S.* 56 (24).
FONTANE, M. E., 1882, «Les Egyptes (5000 à715 av. J.-C.)», Vol. III de l'*Histoire universelle*, 1838-1914, Paris, A. Lemerre (1).
FORBES, R. J., 1950, *Metallurgy in Antiquity: a notebook for archaeologists and technologists*, Leyde, Brill (21).
— 1954, «Estracting, smelting and alloying», *in* Ch. SINGER, E. J. HOLMYARD y A. R. HALL (eds.): *History of technology*, Oxford, Clarendon Press: 572-599 (21).
FRAIPONT, J., 1968 (trad.), *Sancti Fulgentii episcopi ruspensis opera. Corpus auctorum christianorum*, n.º 91, 91 A (19).
FRANCHINI, V., 1954, «Ritrovamenti archeologici in Eritrea», *R.S.E.* 12: 5-28 (13).
FRANKFORT, H., 1929, *The mural painting of El-Amarneh*, London, Egypt Exploration Society (5).
FRASER, P. W., 1967, «Current problems concerning the early history of the cult of Serapis», *O.A.* VII: 23-45 (6).
— 1972, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, Clarendon Press, 3 vol. (6).
FRAZER, J. G., 1941, *The golden Bough: A study of magic and religion*, New York-London: Macmillan (29).
FREEMAN-GRENVILLE, G. S. P., 1960, «East African coin finds and their historical significance», *J.A.H.* I: 31-43 (22).
— 1962, *The medieval history of the coast of Tanganyika*, London, Oxford Univ. Press (22).
— 1962, *The East african coast. Selected documents from the first to the earlier 19th century*, Oxford, Clarendon Press (22) (27).
— 1968, *A note on Zanj in the Greek authors*, Seminar on language and history in Africa, London (22).
FREND, W. H. C., 1968, «Nubia as an outpost of Byzantine cultural influence», *Byzantinoslavica* 2: 319-26 (12).
— 1972, «Coptic, Greek and Nubian at Qasr Ibrim», *Byzantinoslavica* XXXIII: 224-9 (12).
— 1972, *The rise of the monophysite movement: chapters in the history of the church in the fifth and sixth centuries*, Cambridge (12).
FROBENIUS, L., 1931, *Erythräa: Länder und Zeiten des Heiligen Königsmondes*, Berlin-Zurich: Atlantis (11).
FRONTIN, S. J., ed. 1888, *Strategemata*, I, 11, 18, ed. G. Gundermann (17).
FURON, R., 1972, *Eléments de paléoclimatologie*, Paris, Vuibert (20).
GABEL, C., 1965, *Stone Age hunters of the Kafue*, Boston, Boston Univ. Press (21).
GADALLAH, F. F., 1971, «Problems of pre-Herodotan sources in Libyan history», *Libya in History*, 2.ª parte: 43-75 (en árabe, con resumen en inglés: 78-81), s.l.s.d. (Benghazi) (17).
GAGE, J., 1964, *Les Classes sociales dans l'Empire romain*, Paris, Payot (19).
GALAND, L., 1965-70, «Les études de linguistique berbère», *Ann. Afr.* (20).
— 1969, «Les Berbères; la langue et les parlers», *Encyclopedia universalis*, Paris: 171-3 (20).
— 1974, «Libyque et berbère», *A.E.P.H.E.*: 131-53 (20).
GARDINER, A. H., 1909, *The Admonitions of an Egyptian sage. From a hieratic papyrus in Leiden*, Leipzig, J. C. Hinrichs, VIII + 116 p. (2).
— 1950, *Egyptian Grammar*, 2.ª ed., London, p. 512 (4).
— 1961, *Egypt of the Pharaohs, an introduction*, Oxford, Clarendon Press, X + 461 p. (2) (9).
GARDNER, T., WELLS, L. H. y SCHOFIELD, J. F., 1940, «The recent archaeology of Gokomere, Southern Rhodesia», *T.R.S.S.A.* XVIII: 215-53 (27).
GARLAKE, P. S., 1967, «Excavations at Maxton Farm, near Shamwa Hill, Rhodesia», *Arnoldia* III, 9 (27).
— 1969, «Chiltope: an early iron age village in Northern Mashonaland», *Arnoldia* IV, 19 (27).
— 1970, Iron age sites in the Urungwe district of Rhodesia», *S.A.A.B.* XXV: 25-44 (27).
— 1970, «Rhodesian ruins. A preliminary assessment of their styles and chronology», *J.A.H.* XI, 4: 495-513 (27).
— 1973, *Great Zimbabwe*, London, Thames and Hudson (27).
GARSTANG, J. *et al.*, 1911, *Meroe, the city of the Ethiopians. Account of a first season's excavations on the site 1909-10*, Liverpool (11).
GARTKIEWICZ, P., 1970-72, «The central plan in Nubian church architecture», *Nubian recent research:* 49-64 (12).
GASCOU, J., 1972, *La Politique municipale de l'Empire romain en Afrique proconsulaire de Trajan à Septime-Sévère*, Roma, Ecole française de Rome (11) (19).
GAST, M., 1972, «Témoignages nouveaux sur Tin Hinan, ancêtre légendaire des Touareg Ahaggar. Mélanges Le Tourneau», *R.O.M.M.*: 395-400 (20).

GAUCKLER, P., 1925, *Nécropoles puniques de Carthage*, Paris (18).
GAUDIO, A., 1953, «Quattro ritrovamenti archeologici e paleografici in Eritrea», *Il Bolletino*, I: 4-5 (15).
GAUTHIER, H., 1925-31, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, Le Caire, 7 vol. (17).
GAUTIER, E. F., 1948, *Le Passé de l'Afrique du Nord*, Paris, Payot (18).
GERMAIN, G., 1948, «Le culte du bélier en Afrique du Nord», *Hespéris* XXXV: 93-124 (17).
— 1957, «Qu'est-ce que le périple d'Hannon? Document, amplification littéraire ou faux intégral?», *Hespéris*: 205-48 (20) (21).
GHALIOUNGUI, P., 1963, *Magic and medical science in Ancient Egypt*, London, Hodder and Stoughton, 189 p. (3).
— 1973, *The house of Life. Per Ankh, magic and medical science in Ancient Egypt*, Amsterdam, B. M. Israël, XIV + 198 p. (5).
GILOT, E., ANCIEN, N. y CAPRON, P. C., 1965, «Louvain natural radiocarbon measurements. III», *Radiocarbon* II: 118-22 (25).
GIORGINI, M. S., 1965, «Première campagne de fouilles à Sedeinga 1963-64», *Kush* XIII: 112-30 (10).
GIRGIS, M., 1963, «The history of the shipwrecked sailor», texto y traducción, *Bull. Fac. Lettres*, Univ. du Caire, XXI, I: 1-10 (4) (11).
GLANVILLE, S. K. R., 1942, *The Legacy of Egypt*, Oxford, Clarendon Press, XX + 424 p. (2).
GLASER, E., 1895, *Die Abessiner in Arabien und Africa auf grundneuentdecken Inschriften*, Munich (11).
GOBERT, E., 1948, «Essai sur la litholâtrie», *R.A.* 89: 24-110 (17).
GOLENISCHEV, V. F., 1912, *Le conte du naufragé*, Le Caire (4).
GOLGOWSKI, T., 1968, «Problems of the iconography of the Holy Virgin murals from Faras», *Etudes et travaux* II: 293-312 (12).
GOMAA, F., 1973, «Chaemwese, Sohn Rameses II und hoher Priester von Memphis», *Ä.A.* 27 (3).
GOODCHILD, R. G., 1962, *Cyrene and Apollonia, an historical guide*, Libia, Departmant of antiquities of Cyrenaica (6).
— 1966, «Fortificazioni e palazzi bizantini in Tripolitania e Cirenaica, *C.C.* XIII: 225-50 (19).
GOODWIN, A. J. H., 1946, «Prehistoric fishing methods in South Africa», *Antiquity* 20: 134-9 (26).
GOSTYNSKI, T., 1975, «La Libye antique et ses relations avec l'Egypte», *B.I.F.A.N.* 37, 3: 473-588 (10) (20).
GOYON, G., 1957, *Nouvelles inscriptions rupestres du Wadi-Hammamat*, Paris, Imprimerie Nationale (3).
— 1970, «Les navires de transport de la chaussée monumentale d'Ounas», *B.I.F.A.O.* LXIX: 11-41 (3).
GOYON, J. C. (trad.), 1972, *Rituels funéraires de l'Ancienne Egypte:* «Le rituel de l'embaumement», «Le rituel de l'ouverture de la bouche», «Le livre des respirations», Paris, Le Cerf, 359 p.
GRANDIDIER, A., 1885, *Histoire de la géographie de Madagascar*, Paris, Imprimerie nationale (28).
GRAPOW, H., 1954-63, *Grundriss der Medizin der alten Ägypter*, Berlin, Akademie Verlag, 9 vol. (5).
GREENBERG, J. H., 1955, *Studies in African linguistic classification*, New Haven, Compass (25).
— 1966, *The languages of Africa*, 2.ª ed. Bloomington, Univ. of Indiana Press (3.ª ed. 1970), VIII + 180 p. (21) (23) (25).
— 1972, «Linguistic evidence regarding Bantu origins», *J.A.H.* XIII, 2: 189-216 (21) (25).
GRIFFITH, F. L., 1911, *Karanog. The Meroitic inscriptions of Shablul and Karanog*, Philadelpia: 62 (11).
— 1911-1912, *Meroitic inscriptions*, 2 vol., London, Archaeological Survey of Egypt (11).
— 1913, *The Nubian texts of the christian period*, Berlin, Könige Akademie der Wissenschaften... 134 p. (12).
— 1917, «Meroitic studies. III-IV», *J.E.A.* 4: 27 (11).
— 1921-28, «Oxford excavations in Nubia», *L.A.A.A.* VIII. 1; IX, 3-4; X, 3-4; XI, 3-4; XII, 3-4; XIII, 1-4; XIV, 3-4; XV, 3-4 (9) (12).
— 1925, «Pakhoras-Bakharas-Faras in geography and history», *J.E.A.* XI: 259-68 (12).
GRIFFITH, J. G., 1970, *Plutarch: De Iside et Osiride*, Cambridge (2).
GROAG, E., 1929, *Hannibal als Politiker*, Wien (18).
GROBBELAR, C. S. y GOODWIN, A. J. H., 1952, «Report on the skeletons and implements in association with them from a cave near Bredasdorp, Cape Province», *S.A.A.B.* 7: 95-101 (26).
GROHMANN, A., 1914, *Göttersymbole und Symboltiere auf südarabische Denkmaler*, Wien (13).
— 1915, «Über den Ursprung und die Entwicklung der äthiopischen Schrift», *Archiv für Schriftkunde* I, 2-3: 57-87 (15).
— 1927, *in* D. NIELSON, *Handbuch des altarabische Altertumskunde*, vol. I, Copenhague (13).
— «Eine Alabasterlampe mit einer Ge'ezschrift», *W.Z.K.M.*, Bd XXV, pp. 410-422 (15).
GROSSMAN, P., 1971, «Zur Datierung der frühen Kirchenlagen aus Faras», *Byzantinische Zeitschrift* 64: 330-50 (12).

GROSS-MERTZ, B., 1952, *Certain titles of the egyptian queens and their bearing on the hereditary right to the throne*, Dissert. Univ. of Chicago (3).
GSELL, S., 1913-28, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, Paris, Hachette, 8 vol. (17) (19) (20).
— 1915, *Herodotus*, Alger, pp. 133-134 (17).
— 1926, «La Tripolitaine et le Sahara au IIIe siècle de notre ère», *M.A.I.* XLIII: 149-66 (20).
GUERY, R., 1972, en *Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France*, Paris: 318-9 (19).
GUIDI, I., 1895, *Guelde Aregawi, Vita Ze-Mikael Aregawi*, Roma (16).
— 1906, *The life and miracles of Tekle Haymanot*, London, vol. II (16).
GUMPLOWICZ, L., 1883, *Der Rassenkampf, sociologische Untersuchungen*, Innsbrück (1).
GUTHRIE, M., 1962, Some developments in the pre-history of the Bantu languages, *J.A.H.* III, 2: 273-82 (25).
— 1967-71, *Comparative Bantu: an introduction to the comparative linguistics and prehistory of the Bantu languages*, 4 vol., Farnborough, Gregg International (21) (25).
— 1970, «Contributions from comparative Bantu studies to the Prehistory of Africa», *in* D. DALBY (ed.), *Language and history in Africa*, London, Franck Cass: 20-49 (21) (25).
HABACHI, L., 1955, «Preliminary report on Kamose stela and other inscribed blocks found reused in the foundations of two statues at Karnak», *A.S.A.E.* 53: 195-202 (9).
HAILEMARIAN, G., 1955, «Objects found in the neighbourhood of Axum», *A.E.* I: 50-1 (13).
HALFF, G., 1963, «L'onomastique punique de Carthage», *Karthago* XIII (18).
HAMY, E. T., 1969, *in* Geoffey PARRINDER: *African mythology*, 2.ª ed., Paul Hamlyn, Londres (4).
HANI, J., 1976, *La Religion égyptienne dans la pensée de Plutarque*, Paris, les Belles Lettres (2).
HARDEN, D. B., 1963, *The Phoenicians*, London, Thames and Hudson, ed. revisada (18).
HARDY, E. R., 1931, *The large estate of Byzantine Egypt*, New York, Ams Press; ed. revisada: 1968 (7).
HARLAN, J. R., WET, J. M. J. y STEAMLER, A. DE, 1976, *The origins of African plant domestication*, Paris-La Haye, Mouton, World anthropology series (21).
HARRIS, J. R., 1966, *Egyptian art*, London, Spring Books, 44 p. (5).
— 1971, *The legacy of Egypt*, 2.ª ed., Oxford, Clarendon Press (3) (5).
HARTLE, D., 1966, «Bronze objects from the Ifeka gardens site, Ezira», *W.A.A.N.* 4: 26 (24).
— 1968, Radiocarbon dates, *W.A.A.N.* 13: 73 (24).
HASAN, H., 1928, *A history of Persian navigation*, London (22).
HAVINDEN, M. A., 1970, «The history of crop cultivation in West Africa: A bibliographical guide», *E.H.R.*, 2.ª serie, XXIII, 3: 532-55 (24).
HAYCOCK, B. G., 1954, «The Kingship of Kush in the Sudan», *Comparative studies in society and history* VII, 4: 461-80 (10) (11).
HAYES, W. C., 1955-59, *The scepter of Egypt*, Part. I and II, Cambridge, U.S.A. (2) (3).
— 1965, *Most ancient Egypt*, Chicago-London, Univ. of Chicago Press (2).
— 1971, «The Middle Kingdom in Egypt's internal history», *The Cambridge Ancient History*, I, 2, Cambridge (2).
— 1973, «Egypt, internal affairs from Thutmosis I to the death of Amenophis III», *The Cambridge Ancient History*, II, 1 (2).
HAYWOOD, R. M., 1938, *An economic survey of ancient Rome*, vol. IV: «Roman Africa», Baltimore, John Hospkins Press (19).
HEARST, P. A., 1905, «Medical Papyrus», *Egyptian archaeology*, vol. I, Berkeley, California, Univ. of California (5).
HÉBERT, J. C., 1968, «Calendriers provinciaux malgaches», *B.M.* 172: 809-20 (28).
— 1968, «La rose des vents malgache et les points cardinaux», *C.M.* 2: 159-205 (28).
— 1971, «Madagascar et Malagasy, histoire d'un double nom de baptême», *B.M.* 302-3: 583-613 (28).
HEEKEREN, H. R. VAN, 1958, *The Bronze and Iron Age in Indonesia*, Amsterdam, Nartinus, Nijhoff (28).
HELCK, W., 1939, *Der Einfluss der Militärführer in der 18 ägyptischen Dynastie*, Leipzig, J.C. Hinrichs, VIII+87 p. (5).
— 1958, «Zur Verwaltung des mittleren und neuen Reichs», *Probleme der Ägyptologie* 3, 3 A (3).
HELCK, W. y OTTO, E., 1970, *Kleines Wörterbuch der Ägyptologie*, 2.ª ed. revisada, Wiesbaden, O. Harrassowitz, 428 p. (3).
— 1973, *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, Harrassowitz (3).
HERBERT, E. W., 1973, «Aspects of the uses of copper in pre-colonial West Africa», *J.A.H.* XIV, 2: 170-94 (24).
HERIN, A., 1973, «Studie van een Verzameling Keramiek uit de Bushimaie Vallei "Kasai-Zaire"», *in Het Koninklijk museum voor Midden Afrika te Tervuren*, Mem. Licenc., Universidad de Gante (25).
HERODOTO, *Histoires* (libros 1-9), texto establecido y trad. por Ph. E. LEGRAND, 3.ª ed. rev. y corr. (1948-1961), Paris, les Belles lettres, 10 vol. (1) (10).

HERZOG, R., 1957, *Die Nubier Untersuchungen und Beobachtungen zur Gruppengleiderung, Gesellschafisform und Wirtschaftsweise*, Berlin, Akademie der Wissenschaften (11).
— 1968, «Punt», *Proceedings of the German Archaeological Institute of Cairo*, vol. 6, Glückstadt (4).
HEURGON, J., 1958, *Le Trésor de Ténès*, Paris, A.M.G. (19).
— 1966, «The inscription of Pyrgi», *Journal of Roman Studies* LVI (18).
HEUSS, A., 1949, «Der Erste Punische Krieg und das Problem des römischen Imperialismus», *Historische Zeitschrift* CLXIX (18).
HEYLER, A. y LECLANT, J. 1966, *in Orientalistische Literaturzeitung* 61: 552 (10).
HIERNAUX, J., 1968, *La Diversité humaine en Afrique subsaharienne*, Bruxelles, Institut de sociologie (21).
— 1968, «Bantu expansion: the evidence from physical anthropology confronted with linguistic and archaeological evidence», *J.A.H.* IX, 4: 505-15 (25).
HIERNAUX, J., LONGREE, E. DE y BUYST, J. DE, 1971, «Fouilles archéologiques dans la vallée du Haut-Lualaba I, Sanga, 1958», *A.M.R.A.C.* 73: 148 (25).
HIERNAUX, J. y MAQUET, E., 1957, «Cultures préhistoriques de l'âge des métaux au Rwanda-Urundi et au Kivu (Congo belge)», 1.ª parte, *A.R.S.C.*: 1126-49 (25).
— 1960, 2.ª parte: *A.R.S.C.* X, 2: 5-88 (25).
— 1968, «L'âge du fer au Kibiro (Ouganda)», *A.M.R.A.C.* 63: 49 (29).
HIERNAUX, J., MAQUET, E. y BUYST, J. DE, 1973, «Le cimetière protohistorique de Katoto (vallée du Lualaba, Congo-Kinshasa)», *Actes VIe Congr. P.P.E.Q.*: 148-58 (25).
HINTZE, F., 1959, *Studien zur meroitischen Chronologie und zu den Opfertafeln aus den Pyramiden von Meroe*, Berlin, Akad. Verlag, 72 p. (10).
— 1959, «Preliminary report of the Butana expedition 1958 made by the Institute for Egyptology of the Humboldt university, Berlin», *Kush* VII: 171-96 (11).
— 1962, *Die Inschriften des Löwentempels von Musawwarat es-Sufra*, Berlin, Akademie Verlag, 50 p. (11).
— 1964, «Das Kerma-Problem», *Z.Ä.S.* 91: 79-86 (9).
— 1965, «Preliminary note on the epigraphic expedition to Sudanese Nubia, 1963», *Kush* XIII: 13-6 (9).
— 1968, *Civilizations of the Old Sudan*, Leipzig, 145 p. (9).
— 1971, *Musawwarat es-Sufra (2). Der Löwentempel*, unter Mitwirkung von U. HINTZE, K. H. PRIESE, K. STARK, Berlin, Akad. Verlag (11).
— 1971, *Stand und Aufgaben der chronologischen Forschung*, Internationale Tagung für meroitischen Forschungen, September 1971 in Berlin, Humboldt Universität zu Berlin, Bereich Ägyptologie und Sudanologie Meroitistik (11).
— 1976, «Die Grabungen von Musawwarat es-Sufra», Bd. I, 2: *Tafelband Löwentempel*, Berlin (10).
HINTZE, F. y U., 1967, *Alte Kulturen im Sudan*, Munich, G.D.W. Callwey, 148 p. (6) (9) (12).
— 1970, Einige neue Ergebnisse der Ausgrabungen des Instituts für Ägyptologie der Humboldt Universität zu Berlin in Musawwarat es-Sufra», *in* E. DINCKLER: *Kunst und Geschichte Nubiens in Chrislicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers, 49-70 (11).
HISTOIRE ET TRADITION ORALE, 1975, «L'Empire du Mali» *Actes Coll. Bamako I*, Fondation SCOA (21).
HOBLER, P. M. y HESTER, J. J., 1969, «Prehistory and environment in the Libyan desert», *S.A.A.J.* 23, 92: 120-30 (24).
HOFMANN, I., 1967, *Die Kulturen des Niltas von Aswan bis Sennar*, Hamburg (12).
— 1971, *Studien zum meroitischen Königtum* (MRE 2), Bruxelles (10).
— 1971, «Bemerkungen zum Ende des meroitischen Reiches. Afrikanische Sprache und Kulturen, ein Querschnitt», Hambourg, Deutsches Institut für Afrika Forschung, 1971, *Hamburger Beiträge zur Afrika-Kunde* 14: 342-52 (10).
— 1975, *Wege und Möglichkeiten eines indischen Einflusses auf die meroitische Kultur*, Bonn, Verlag des Anthropos-Instituts (10).
HÖLSCHER, W., 1937, «Libyer und Ägypter, Beiträge zur Ethnologie und Geschichte libyscher Völkerschaften», *Ägyptischen Forschungen* 5 (2) (17).
HORNELL, 1934, «Indonesian influences on East African Culture», *J.R.A.I.* (28).
HORNUNG, E., 1965, *Grundzung der Ägyptischen Geschichte*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellchaft (2).
— 1971, *Der Eine und die Vielen ägyptische Göttesvorstellungen*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellchaft, VIII + 282 p. (3).
— 1972, *Ägyptische Unferwettbücher*, Zurich-Munich, Artemis Verlag, 526 p. (3).
HOURANI, G. F., 1963, *Arab Seafaring in the Indian Ocean*, Beirut (22).
HUARD, P., 1966, «Introduction et diffusion du fer au Tchad», *J.A.H.* VII: 377-404 (20) (21).
HUARD, P. y LECLANT, J., 1972, *Problèmes archéologiques entre le Nil et le Sahara*, Le Caire, 100 p. (17).

HUARD, P. y MASSIP, J. M., 1967, «Monuments du Sahara nigéro-tchadien», *B.I.F.A.N.* B. 1-27 (20).
HUBER, A., 1891, *Die Gedichte des Labib nach der wiener Ausgabe übersetzt und mit Anmerkungen versehen aus dem Nachlasse des A. Huber*, Leyde (15).
HUFFMAN, T. N., 1970, «The Early Iron Age and the Spread of the Bantu», *S.A.A.B.* XXV: 3-21 (25) (27).
— 1971, «A guide to the Iron Age of Mashonaland», *O.P.N.M.* IV: 20-44 (27).
— 1971, «Excavations at Leopard's Kopje main Kraal: a preliminary report», *S.A.A.B.* XXVI: 85-9 (27).
— 1973, «Test excavations at Makuru, Rhodesia», *Arnoldia* V, 39 (27).
— 1974, «Ancient mining and Zimbabwe», *J.S.A.I.M.M.* LXXIV: 238-42 (27).
HUGOT, H. J., 1963, «Recherches préhistoriques dans l'Ahaggar nord-occidental, 1950-7», *M.C.R.A.P.E.* 1 (17) (24).
— 1968, «The origins of agriculture: Sahara», *C.A.* 9, 5: 483-9 (24).
HUGOT, H. J. y BRUGMANN, M., 1976, *Les Gens du matin. Sahara, dix mille ans d'art et d'histoire*, Paris, Bibliothèque des Arts (4).
HUNTINGFORD, G. W. B., 1963, *History of East Africa (in* R. OLIVER y G. MATHEW, dir.), vol. I: 88-89 (4).
INSKEEP, R. R., 1971, «Letter to the Editor», *S.A.J.S.* LXVII: 492.3 (27).
INSKEEP R. R. y BEZING, K. L. VON, 1966, «Modelled terracotta hear from Lydenburg, South Africa», *Man* (n.º esp.) I: 102 (27).
IRFANN, S., 1971, *The martyrs of Najran. New documents*, Bruxelles, Société des Bollandistes (15) (16).
ISSERLIN, B. S. J., *et al.*, 1962-3, «Motya, a Phoenician-Punic site near Marsala», *A.L.O.S.* IV: 84-131 (18).
JAFFEY, A. J. E., 1966, «A reappraisal of the Rhodesian Iron Age up to the fifteenth Century», *J.A.H.* VII, 2: 189-95.
JAKOBIELSKI, S., 1966, «La liste des évêques de Pakhoras», *C.A.M.A.P.* III: 151-70 (12).
— 1970, «Polish excavations at Old Dongola, 1969», *in* E. DINKLER (ed.): *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 171-80 (12).
— 1972, *Faras III. A history of the Bishopric of Pachoras on the basis of coptic inscriptions*, Warszawa (12).
— 1975, «Polish excavations at Old Dongola 1970-72», *Actes Coll. Nubiol. Intern.*: 70-5 (12).
— 1975, «Old Dongola, 1972-73», *Etudes et travaux*, VIII: 349-60 (12).
JAKOBIELSKI, S. y KRZYZANIAK, L., 1967-8, «Polish excavations at Old Dongola, third season, dec. 1966-feb. 1967», *Kush* XV: 143-64 (12).
JAKOBIELSKI, S. y OSTRASZ, A., 1967, «Polish excavations at Old Dongola, second season, dec. 1965-feb. 1966», *Kush* XV: 125-42 (12).
JAMES, T. G. H., 1973, «Egypt from the expulsion of the Hyksos to Amenophis I», *in Cambridge Ancient History*, vol. II, parte I, cap. VIII y ss., Cambridge (2).
JAMME, A., 1956, «Les antiquités sud-arabes du Museo nazionale romano», *Ant. Pub. Acc. Naz. Lincei*, 43: 1-120 (13).
— 1957, «Ethiopia. Annales d'Ethiopie E.I.», *B.O.* 14: 76-80 (15).
— 1962, *Sabaean inscriptions from Mahram Belqis (Mârib)*, Baltimore, Johns Hopkins Press, XIX + 480 p. (15).
— 1963, «Compte-rendu bibliographique des Annales d'Ethiopie», vol. 3, *B.O.* 20: 324-7 (13).
JANSMA, N. y GROOTH, M. DE, 1971, «Zwei Beiträge zur Iconographie der nubischen Kunst», *N.K.J.*: 2-9 (12).
JANSSEN, J. J., 1975, «Prolegomena to the study of Egypt's economic history during the New Kingdom», *S.A.K.* 3: 127-85 (3).
JENKINS, G. K. y LEWIS, R. B., 1963, *Carthaginian gold and electrum coins*, London, Royal Numismatic Society (18).
JENNISON, G., 1937, *Animals for show and pleasure in Ancient Rome*, Manchester, Manchester Univ. Press (20).
JEQUIER, G., 1930, *Histoire de la civilisation égyptienne des origines à la conquête d'Alexandre*, Paris, Payot (2).
JODIN, A., 1966, *Mogador, comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Rabat, Direction des Antiquités (18) (20).
JOHNSON, A. C., 1936, *Roman Egypt to the reign of Diocletian. An economic survey of Ancient Rome*, Baltimore, Johns Hopkins Press (7).
— 1951, *Egypt and the Roman empire*, Ann Arbor, Univ. of Michigan Press (7).
JOHNSON, A. C. y WEST, L. C., 1949, *Byzantine Egypt. Economics studies*, Princeton, Princeton Univ. Press (7).
JOIRE, J., 1947, «Amas de coquillages du littoral sénégalais dans la banlieue de Saint-Louis», *B.I.F.A.N.*, B, IX, 1-4: 170-340 (24).
— 1955, «Découvertes archéologiques dans la région de R.A.O.», *B.I.F.A.N.*, B XVII: 249-333 (24).
JONES, A. H. M., 1937, *The cities of the Eastern Roman provinces*, Oxford, Clarendon Press (6).
— 1964, *The Late Roman Empire 284-602*, Oxford, Blackwell (7).
— 1968, «Frontier defence in Byzantine Libya», *Libya in History*, Benghazi, University of Benghazi: 289-97 (19).

— 1969, «The influence of Indonesia: the musicological evidence reconsidered», *Azania*, IV: 131-90 (22) (28).
JONES, N., 1933, «Excavations at Nswatugi and Madiliyangwa», *O.P.N.M.* I, 2: 1-44 (27).
JOUGUET, P., 1947, *La Domination romaine en Egypte aux deux premiers siècles après J.-C.*, Alexandrie, Publications de la Société royale d'archéologie (7).
JULIEN, C. A., 1964, *Histoire de l'Afrique du Nord*, «I. Des origines à la conquête arabe (647 après notre ère)», Paris, Payot, ed. revisada 1978 (19).
JULIEN, G., 1908, *Institutions politiques et sociales de Madagascar d'après des documents authentiques et inédits*, Paris, E. Guilmoto, 2 vol. (28).
JUNKER, H., 1919-22, *Bericht über die Grabungen der Akademie der Wissenschaften in Wien auf den Friedhöfen von El-Kubanich*, Wien, A. Holder, VIII + 181 p. (9).
— 1921, *Der nubische Ursprung der segenannter Tel el-Jahudrye Vasen*, Wien, Akad. der Wissenschaften, V + 136 p. (9).
— 1933, *Die Ägypter (Völker des Antiken Orient)*, Freiburg in Breisgau, Herder (2).
JUVENAL, *Satires*, texto establecido y trad. por Pierre DE LABRIOLLE y François VILLENEUVE, 5.ª ed. rev. y corr. (1951), Paris, les Belles Lettres, XXXII + 203 p. (1).
KADRA, F., 1978, *Les Djedars, monuments funéraires berbères de la région de Farenda*, Alger (19).
KATZNELSON, I. S., 1966, «La Candace y las supervivencias matrilineales en el país de Kush», *Palestinskij Sbornik*, XV, 78: 35-40 (en ruso) (10).
— 1970, *Napata i Meroe-drevniye tzarstva Sudana* (Napata y Meroe, antiguos reinos de Sudán), Moscú: 289 s. (11).
KEES, H., 1926, *Totenglauben und Jenseitsvorstellung en der alten Ägypter*, Leipzig; 2.ª ed., Berlin, 1956 (2) (3).
— 1933, *Kulturgeschichte des alten Orients*, I. «Ägypten» (Handbuch des Altertums III. Abt, 1. Teil, 3. Band), Munich (3).
— 1941-1956, *Götterglaube im alten Ägypten*, Leipzig, 1941, Berlin, 1956 (2) (3).
— 1953, *Das Priestertum im ägyptischen Staat* (Probleme der Ägyptologie 1), Leyde (3).
— 1958, *Das alte Ägypten, Eine kleine Landeskunde*, Berlin.
— 1961, *Ancient Egypt, a cultural topography*, T.G.H. James, London (2).
KENDALL, R. L. y LIVINGSTONE, D. A., 1972, «Paleo-ecological studies on the East African Plateau», *Actes VI P.P.E.Q.* (21).
KENT, R., 1970, *Early kingdoms in Madagascar, 1500-1700* New York, Holt, Rinhardt and Winston (28).
KIERAN, J. A. y OGOT, B. A., 1968, *Zamani: a survey of the East African History*, Nairobi-London, ed. rev. 1974, c. 4, 7, 10 (23).
KIRK, W., 1962, «The North-East Monsoon and some aspects of African history», *J.A.H.*, vol. III (22).
KIRWAN, L. P., 1939, *Oxford University excavations at Firka*, Oxford; *The Royal Tombs of Ballana and Qustul*, El Cairo (12).
— 1957, «Tanqasi and the Noba», *Kush* V (10).
— 1960, «The decline and fall of Meroe», *Kush* VIII (10) (13).
— 1963, «The X-group enigma. A little known people of Nubian Nile», *Vanished civilizations of the ancient world*, New York: 57-78 (12).
— 1966, «Prelude to Nubian Christianity» (Prélude à la chrétienté nubienne), *Mélanges K. Michalowski*, Warszawa, abr. Nubian Christianity (12).
— 1972, «The Christian Topography and the Kingdom of Axum», *The Geographical Journal*, London, vol. 138, 2.ª parte: 166-177 (14).
KITCHEN, K. A., 1971, Artículo *in Orientalia* (4).
— 1973, *The Third Intermediate Period in Egypt*, Warminster (2) (5).
KI-ZERBO, J., 1972, *Histoire de l'Afrique noire*, Paris, Hatier (20) (21).
KLAPWIJK, M., 1973, «An Early Iron Age site near Tzaneen, North-Eastern Transvaal», *S. Afr. Journ. Sc.* LXIX (27).
— 1974, «A preliminary report on pottery from the North-Eastern Transvaal, South Africa», *S. Afr. Archaeol. Bull.* 29 (26).
KLASENS, A., 1964, «De Nederlandse opgravingen in Nubie. Tweede seizoen 1962-64», *Phoenix*, X, 2: 147-56 (12).
— 1967, «Dutch archaeological mission to Nubia. The excavations at Abu Simbel North 1962-64. Fouilles en Nubie (1961-63), Service des Antiquités de l'Egypte: 79-86 (12).
— 1970, «Die Wandmalereien der zentralen Kirche von Abdallah Nirqi», *Nubische Kunst:* 103-110 (12).
KLEIN, R. G., 1972, «Preliminary report on the July through September 1970 excavations at Nelson Bay Cave, Plettenberg Bay, Cape Province, South Africa», *in* E. M. VAN ZINDEREN-BAKKER, *Palaeoecology of Africa*, Cape Town, VI: 177-208 (26).

KOBISCHANOV, Y., 1966, *Aksum*, Moscú, Nauka (14).
KOLB, P., 1731, *The present state of the Cape of Good Hope...*, London, Innys, 2 vol. (26).
KOLENDO, J., 1970, «L'influence de Carthage sur la civilisation matérielle de Rome», *Archéologia* XXI, Warszawa (17).
— 1970, «Epigraphie et archéologie: le *praepositus camellorum* dans une inscription d'Ostie», *Klio:* 287-98 (20).
KORNEMANN, E., 1901, en *Philologue* LX (19).
KÖRTE, A., 1929, *Hellenistic poetry*, trad. por J. HAMMER y M. HODAS, New York, Columbia University Press (6).
KOTULA, T., 1964, «Encore sur la mort de Ptolémée, roi de Maurétanie», *Archéologia* XV (19).
KRAKLING, C. H., 1960, *Ptolemais, city of the Libyan Pentapolis*, Chicago (6).
KRAUS, J.. 1930, «Die Anfänge des Christentums in Nubien», en J. SCHMIDLIN, *Missionswissenschaftliche Studien*, Neue Reihe III (12).
KRENCKER, D., 1913, *Deutsche Aksum Expedition, ältere Denkmäler Nordabessiniens*, Band II, Berlin: 107, 113 y siguientes (13) (15).
KRENCKER, D. y LITTMANN, E., 1913, *Deutsche Axum Expedition*, Band IV, Berlin: 4-35 (16).
KRZYZANIAK, L. y JAKOBIELSKI, S., 1967, «Polish Excavation at Old Dongola, Third Season, 1966-1967», *Kush* XV (12).
LAMBERT, N., 1970, «Medinet Sbat et la protohistoire de Mauritanie occidentale», *Ant. Afr.* IV: 43-62 (20) (21).
— 1971, «Les industries sur cuivre dans l'Ouest saharien», *W.A.J.A.* I: 9-21 (29).
LAMBERT, R., 1925, *Lexique hiéroglyphique*, Paris, Geuthner, IV + 445 p. (1).
LANCEL, S. y POUTHIER, L., 1957, «Première campagne de fouilles à Tigisis», *Mélanges de l' école française de Rome:* 247-53 (19).
LAPEYRE, G. G. y PELLEGRIN, A., 1942, *Carthage punique (814-146 av. J.C)*, Paris, Payot (18).
LASSUS, J., 1956, «Fouilles à Mila. Une tour de l'enceinte byzantine», *Libyca* IV, 2: 232-9 (19).
— 1975, «La forteresse byzantine de Thamugadi», *Actes XIXe Congr. Intern. Et. Byz.:* 463-74 (19).
LAUER, J. P., 1938, *La pyramide à degrés (Fouilles à Saqqarah)*, El Cairo, Impr. I.F.A.O., 5 vol. (5).
LAW, R. C., 1967, «The Garamantes and transsaharan entreprise in classical times», *J.C.H.:* 181-200 (20).
LAWAL, B., 1973, «Dating problems at Igbo Ukwu», *J.A.H.* XIV: 1-8 (29).
LEAKEY, M. D., OWEN, W. E. y LEAKEY, L. S. B., 1948, «Dimple-based pottery from central Kavirondo, Kenya», *Coryndon Mem. Mus. Occ. Papers* 2: 43 (25).
LEBEUF, J. P., 1962, *Archéologie tehadienne; les Sao du Cameroun et du Tchad*, Paris, Hermann, 147 p. (21) (24).
— 1970, *Cartes archéologiques des abords du lac Tchad au 1: 300 000*, Paris, C.N.R.S. (20).
LEBEUF, J. P. y GRIAULE, M., 1948, «Fouilles dans la région du Tchad», *J.S.A.* 18: 1-116 (21).
LECA, A., 1971, *La Médecine égyptienne au temps des pharaons*, Paris, R. Da Costa (5).
LECLANT, J., 1950, cf. ROWE, Alan (17).
— 1950, «Per Africae Stientia, témoignage des sources classiques sur les pistes menant à l'oasis d'Ammon», *B.I.F.A.O.* 49: 193-253 (17) (20).
— 1954, «Fouilles et travaux en Egypte, 1952-1953», *Orientalia* 23, 1: 64-79 (12) (17).
— 1956, «Egypte-Afrique, quelques remarques sur la diffusion des monuments égyptiens en Afrique», *B.S.F.E.* 21: 29-41 (4).
— 1956, «Le fer dans l'Egypte ancienne, le Soudan et l'Afrique», *Actes Coll. Intern. Fer:* 83-91 (10) (20).
— 1958-1974, Fouilles et travaux en Egypte et au Soudan, *Orientalia*, Roma (12).
— 1959, «Les fouilles à Axoum en 1955-1956, Rapport préliminaire», *A.E.* 3: 3-23 (14).
— 1959, «Haoulti-Mélazo (1955-56)», *A.E.* 3: 43-82 (13).
— 1961, «Découverte de monuments égyptiens ou égyptisants hors de la vallée du Nil, 1955-60», *Orientalia* 30: 391-406 (13).
— 1962, *in Bulletin de la Société d'archéologie copte*, vol. 16: 295-8 (13).
— 1964-67, «Au sujet des objets égyptiens découverts en Ethiope», *Orientalia* 33: 388-9; 34: 220; 35: 165; 36: 216 (14).
— 1965, «Le Musée des Antiquités à Addis-Abeba», *B.S.A.C.* 16: 86-7 (13).
— 1965, *Recherches sur les monuments thébains de la XXVe dynastie, dite éthiopienne*, El Cairo (10) (11).
— 1965, «Note sur l'amulette en cornaline: J.E. 2832», *A.E.* VI: 86-7 (15).
— 1970, «L'art chrétien d'Ethiopie. Découvertes récentes et points de vue nouveaux», *in* E. DINKLER: *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 291-302 (12).

— 1970, «La religion méroïtique», *Histoire des religions,* Paris, Encyclopédie de la Pléiade, I: 141-53 (11).
— 1973, «Glass from the meroitic necropolis of Sedeinga (Sudanese Nubia)», *J.G.S.* XV: 52-68 (10).
— 1973, *Lexikon der Ägyptologie,* 1, 2, collection 196-9, Wiesbaden (10).
— 1974, «Les textes des pyramides. Textes et langages de l'Egypte pharaonique II», *B.I.F.A.O.* 64, 2: 37-52 (10).
— 1975, «Les verreries de la nécropole méroïtique de l'ouest de Sedeinga (Nubie soudanaise)», *in* K. MICHALOWSKI (dir.): *Nubie, récentes recherches,* Warszawa, Musée national: 85-7 (10).
— 1976, «Koushites et méroïtes. L'iconographie des souverains africains du Haut-Nil antique», *L'Image du Noir dans l'art occidental,* tome I: *Des pharaons à la chute de l'Empire romain,* Paris, The Menil Foundation: 89-132 (11).
— 1976, «L'Egypte, terre d'Afrique dans le monde gréco-romain», *L'Image du Noir dans l'art occidental,* tome I: 269-85 (6).
LECLANT, J. y LEROY, J., 1968, «*Nubien*» *in Propyläen Kunstgeschichte III, Byzanz und christlischen Osten,* Berlin (12).
LECLANT, J. y MIQUEL, A., 1959, «Reconnaissances dans l'Agamé: Goulo-Makeda et Sabéa (oct. 1955 et avr. 1956)», *A.E.* III: 107-30 (13).
LEE, R. B., 1968, «What hunters do for a living: or how to make out on scarce ressources», *in* R. B. LEE y I. DE VORE: *Man the hunter,* Chicago, Aldine Press: 30-48 (26).
— 1972, «The Kung bushmen of Botswana», *in* M. G. BICCHIERI: *Hunters and gatherers today,* New York, Holt, Rinehart and Winston (26).
LEFEBVRE, G., 1949, *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique,* Paris (2) (5).
— 1956, *La Médecine égyptienne de l'époque pharaonique* (5).
LEGLAY, M., 1966, *Saturne africain, Histoire,* Bibliothèque de l'Ecole française d'archéologie de Rome, fasc. 205, Paris (17) (19).
— 1967, *Saturne africain, Monuments,* Paris, 2 vol. (19).
LEPELLEY, C., 1967, «L'agriculture africaine au Bas-Empire», *Antiquités Africaines* 1, pp. 135-144 (19).
— 1968, «Saint Léon le Grand et l'église mauritanienne. Primauté romaine et autonomie africaine au Ve siècle», *Mélanges Saumagne,* Tunis: 189-204 (19).
LESCHI, L., 1945, «Mission au Fezzan» *Trav. I.R.S.:* 183-6 (20).
LESQUIER, J., 1918, *L'Armée romaine en Egypte d'Auguste à Dioclétien,* El Cairo, Imp. I.F.A.O. (7).
LEVAILLANT, F., 1790, *Voyage de Monsieur Le Vaillant dans l'intérieur de l'Afrique par le Cap de Bonne Espérance, dans les années 1780, 81, 82, 83, 84 y 85,* Paris, Le Roy, 2 vol., trad. ingl. (26).
LEVTZION, N. 1973, *Ancient Ghana and Mali,* London, Methuen (29).
LÉZINE, A., 1959, *Architecture punique: recueil de documents,* Paris, PUF (18).
— 1960, «Sur la population des villes africaines», *Antiquités africaines* 3: 69-82 (19).
LHOTE, H., 1953, «Le cheval et le chameau dans les peintures et gravures rupestres du Sahara», *B.I.F.A.N.* XV (17) (21).
— 1954, «L'expédition de C. Balbus au Sahara en 19 av. J.-C. d'après le texte de Pline», *R.A.:* 41-83 (20).
— 1955, *Les Touareg du Hoggar,* 2.ª ed. Paris, Payot (20).
— 1958, *A la recherche des fresques du Tassili,* Paris, Arthaud (20).
— 1959, *A la découverte des fresques du Tassili,* Grenoble (24).
— 1963, «Chars rupestres au Sahara», *CRAI:* 225-38 (17).
— 1967, «Problèmes sahariens: l'outre, la marmite, le chameau, le délou, l'agriculture, le nègre, le palmier», *B.A. Maroc* VII: 57-89 (17) (20).
— 1970, «Découverte de chars de guerre en Aïr», *N.A.:* 83-5 (20).
LICHTENSTEIN, H., *Travels in southern Africa in the years 1803, 1804, 1805 and 1806,* trad. A. Plumptre (1928-30), Cape Town, Van Riebeeck Society (26).
LIEBLEIN, J. VON, 1886, «Der Handel des Landes Pun», *Z.Ä.S.* XXIV: 7-15 (4).
— 1886, *Handel und Schiffahrt auf dem Roten Meere in alten Zeiten,* Christiania (4).
LINARES DE SAPIR, O., 1971, «Shell middens of Lower Casamance and problems of Diola protohistory», *W.A.J.A.* 1: 23-54 (24) (29).
LITTMANN, E., 1910, *Publications of the Princeton Expedition to Abyssinia,* 4 vol., Leyde, Brill (15).
— 1950, *Ethiopische Inschriften,* Miscellanea academica Berlinensia, Berlin (11).
— 1954, «On the old Ethiopian inscription from the Berenice road», *J.R.A.S.:* 120-1 (15).
LITTMANN, E., KRENCKER, D. y LUPKE, Th. VON, 1913, *Deutsche Aksum Expedition,* Berlin, 5 vol. (13) (14) (15) (16).
LONGPÉRIER, A. DE, 1868, *Revue numismatique,* vol. I, Paris: 28 (16).

LONIS, R., 1974, «A propos de l'expédition des Nasamons à travers le Sahara», *A.F.L.S.D.* 4: 165-79 (20).
LOUIDINE, A. G., 1972, «Sur les rapports entre l'Ethiopie et le Himyar du VIe siècle», *Atti IV Congr. Intern. Stud. Et.* (15).
LOUIDINE, A. G. y RYCKMANS, G., 1964, «Nouvelles données sur la chronologie des rois de Saba et du Du-Raydan», *Le Muséon* LXXVII, 3-4 (15).
LUCAS, A., 1962, *Ancient Egyptian building materials and industries*, London, E. Arnold, 4.ª ed. (3).
LUCIANO, *Works*, trad. A. HARMAN, K. KILBURN y D. MACLEOD (1913-67), 8 vol., Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press; London, Heinemann (1).
MACADAM M. F. L., 1949, *The temples of Kawa*, I. «The Inscriptions», In-fol., XVI + 143 p. y un vol. de pl. Xa - VIII b, Oxford University Press (9) (10) (11).
— 1950, «Four Meroitic inscriptions», *J.E.A.* 36: 43-7 (11).
— 1955, *The temples of Kawa*, II. «History and archaelogy of the sites», Oxford, Griffith Institute, Ashmolean Museum, fig. mapas, pl., Oxford Univ. Press (11).
— 1966, «Queen Nawidemak», *Allen Memorial Art museum bulletin* XXIII: 46-7 (10) (11).
MCCRINDLE, J. W., ed. 1879, *The commerce and navigation of the Erythraean Sea*, Calcutta (22).
MCIVER, D. R., 1906, «The Rhodesian ruins, their probable origins and significance», *G.J.* 27, 4: 325-47 (27).
— 1906, *Medieval Rhodesia*, London-New York, MacMillan (27).
MCIVER, D. R. y WOLLEY, C. L., 1911, *Buhen*, Philadelphia, University Museum, 2 vol. (9).
MCMASTER, D. N., 1966, «The Ocean-going dhow trade to East Africa», *E.A.G.R.* 4: 13-24 (22).
MAGGS, T. M. O'C., 1971, «Some observations on the size of human groups during the Late Stone Age», *S.A.J.S.* 2: 49-53 (26).
— 1973, «The NC3 Iron Age tradition», *SAJS* LXIX: 326 (27).
MAHJOUBI, A., 1968, *Les Cités romaines de la Tunisie*, Tunis, STD (19).
— 1966, «Nouveau témoignage épigraphique sur la communauté chrétienne de Kairouan au XIe siècle», *Africa* I: 85-104 (19).
MAHJOUBI, A., ENNABLI, A. y SALOMSON, J. W., 1970, *La Nécropole de Raqqada*, Tunis (19).
MAHY, F. DE, 1891, *Autour de l'île Bourbon et de Madagascar*, Paris, 290 p. (28).
MAIER, J. L., 1973, *L'Episcopat de l'Afrique romaine, vandale et byzantine*, Roma, Institut suisse de Rome (19).
MAINGARD, L. F., 1931, «The lost tribes of the Cape», *S.A.J.S.* 28: 487-504 (26).
MAITRE, J. P., 1966, «Etat des recherches sur le Néolithique de l'Ahaggar», *Trav. I.R.S.*: 95-104 (24).
— 1971, *Contribution à la préhistoire de l'Ahaggar*, Paris, AMG (17).
— 1976, «Contribution à la préhistoire récente de l'Ahaggar dans son contexte saharien», *B.I.F.A.N.* 38: 759-83 (20).
MALHOMME, J., 1953, «Les représentations anthropomorphes du Grand Atlas», *Libyca* I: 373-85 (17).
MALZAC, R. P., 1912, *Histoire du royaume Hova depuis ses origines jusqu'à sa fin*, Tananarive, 2.ª ed. 1930, Impr. Catholique (28).
MALLON, A., 1926, *Grammaire copte*, 3.ª ed., Beirut (1).
MARCILLET-JAUBERT, J., 1968, *Les Inscriptions d'Altava*, Aix-en-Provence, Gap, Ophrys (19).
MARET, P. DE, 1972, *Etude d'une collection de céramiques protohistoriques du Bas-Zaïre*, Mém. licenc., Bruxelles, Univ. libre de Bruxelles (25).
— 1975, «A carbon-14 date from Zaïre», *Antiquity* XLIX, 2: 133-7 (25).
MARKS, S., 1972, «Khoisan resistance to the Dutch in the seventeenth and eighteenth centuries», *J.A.H.* XIII, 1: 55-80 (26).
MARLIAC, C., 1973, *Etat des connaissances sur le Paléolithique et le Néolithique du Cameroun*, Yaoundé, O.R.S.T.O.M., 34 p. roneo (21).
MARTENS, M., 1972, «Observations sur la composition du visage dans les peintures de Faras (VIIIe-IXe siècles)», *C.A.M.A.P.* VI: 207-50 (12).
— 1973, «Observations sur la composition du visage dans les peintures de Faras (IXe-XIIe siècles)», *C.A.M.A.P.* VII (12).
MASON, R. J., 1973, «First Early Iron Age Settlement in South Africa: Broederstroom 24/73, Brits District, Transvaal», *S.A.J.S.* LXIX: 324-5 (26) (27).
— 1974, «Background to the Transvaal Iron Age discoveries at Olifantspoort and Broederstroom», *J.S.A.I.M.M.* LXXXIV, 6: 211-6 (21) (27).
MASPERO, G., 1895, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, 5.ª ed. 1904, Paris (11).
MASPERO, J., 1912, *L'Organisation militaire de l'Egypte byzantine*, Paris, Champion (7).
— 1923, *Histoire des patriarches d'Alexandrie depuis la mort de l'empereur Anastase jusqu'à la réconciliation des églises jacobites 516-616*, Paris, bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes (7).

MASSOULARD, D., 1949, *Préhistoire et Protohistoire d'Egypte*, Paris, Institud d'ethnologie (1).
MATHEW, G., 1963, «The East African Coast until the coming of the Portuguese», *in* R. OLIVER y G. MATHEW: *History of East Africa*, Oxford, Clarendon Press, vol. I (22).
— 1975, «The dating and significance of the Periplus of the Erythraean Sea», *in* R. ROTBERG y N. CHITTICK: *East Africa and the Orient*, New York, Africana publishing Co. (22).
MAUNY, R., 1940, *Leptis Magna; capitale portuaire de la Tripolitaine*, Africa italiana, Roma (20).
— 1945, «Notes sur le Périple d'Hannon», *Actes Ire Conf. Intern. Afr. Ouest*, II: 503-8 (20).
— 1947, L'Ouest africain chez Ptolémée», *Actes IIe Conf. Intern. Afr. Ouest*, I: 241-93 (20).
— 1950, «Villages néolithiques de la falaise (dhar), Tichitt-Oualata», *N.A.* 50: 35-43 (24).
— 1951, «Un âge de cuivre au Sahara occidental», *B.I.F.A.N.* XIII: 165-80 (24).
— 1952, «Essai sur l'histoire des métaux en Afrique Occidentale», *B.I.F.A.N.* XIV: 545-95 (21).
— 1954, «Gravures, peintures et inscriptions de l'Ouest africain», *I.F.A.N.* XI (20).
— 1956, «Monnaies antiques trouvées en Afrique au sud du Limes romain», *Libyca* B: 249-61 (20).
— 1956, «Préhistoire et géologie: la grande faune éthiopienne du Nord-Ouest africain du Paléolithique à nos jours», *B.I.F.A.N.* A: 246-79 (20).
— 1960, *Les Navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise*, Lisboa (21).
— 1961, «Tableau géographique de l'Ouest africain au Moyen Age d'après les sources écrites, la tradition orale et l'archéologie», *Mém. I.F.A.N.* 61, 587 p. (20) (29).
— 1968, «Le périple de la mer Erythée et le problème du commerce romain en Afrique au sud du Limes», *J.S.A.* 38, 1: 19-34 (28).
— 1970, *Les Siècles obscurs de l'Afrique noire*, Paris, Fayard: 39-137 (20).
MAURIN, L., 1968, «Thuburbo Majus et la paix vandale», *Mélanges Ch. Saumagne*, Tunis: 225-54 (19).
MEDIC, M., 1965, «Vadi es Sebua», *Z.Z.S.K.* XVI: 41-50 (12).
MEILLASSOUX, C., 1960, «Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'auto-subsistance», *C.E.A.* 4: 38-67 (21).
MEKOURIA, Tekle Tsadik, 1966, *Yeityopia Tatik Axum Zagoué*, vol. II, Brehanena Selam, Matemiya Bete (D. ETH): 203-217 (16).
— 1966, *Yeityopia Tarik Nubia (Napata-Méroé)*: 2-7 (16).
— 1967, *L'Eglise d'Ethiopie*, Paris, Promotion et Edition (16).
MELTZER, O. y KAHRSTEDT, U., 1879-1913, *Geschichte der Karthager*, I-III, Berlin (18).
MELLIS, J. V., 1938, *Nord et Nord-Ouest de Madagascar «Volamena et Volafotsy» suivi d'un vocabulaire du Nord-Ouest expliqué, commenté et comparé au Merina*, Tananarive, Impr. moderne de l'Emyrne (28).
MESGNIL, F. DE, *Madayana, Homère et la tribu mycénienne*, Tananarive (28).
MEYER, E., 1931, *Geschichte des Altertums*, 5 vol., Berlin (11).
MEYEROWITZ, E. L. R., 1960, *The divine kingship in Ghana and Ancient Egypt*, London (4).
MICHALOWSKI, K., 1962, *Faras, fouilles palonaises, 1961*, Polish academy of Science, Warszawa (12).
—1964, *Die wichtigsten Entwicklungsetappen der Wandmalerei in Faras, in Christentum am Nil*, Recklinghausen: 79-94 (12).
— 1965, «La Nubie chrétienne», *Africana bulletin* 3: 9,25 (12).
— 1965, «Polish excavations at Faras, fourth season, 1963-64», *Kush* XIII: 177-89 (12).
— 1966, «Polish excavations at Old Dongola: First season (nov.-dec. 1964)», *Kush*, XIV: 289-99 (12).
— 1966, *Faras. Centre artistique de la Nubie chrétienne*, Leyde (12).
— 1967, «Pro-Prezhnemu-li ostayetya zagadkoy gruppa X?», *Vestnik drevney Istoryi*, 2: 104-211 (12).
— 1967, *Faras. Die Kathedrale aus dem Wüstensand*, Zurich-Cologne, Benziger (12).
— 1968, *L'Art de l'Ancienne Egypte*, Paris (5).
— 1970, *Open problems of Nubian art and culture in the light of the discoveries at Faras*, ed. E. DINCKLER, Recklingausen (12).
— 1974, *Faras, Wall paintings in the collection of the National Museum in Warszawa*, Warszawa (12).
— 1975, dir., «Nubia, récentes recherches», *Actes Coll. Nubiol Intern.* (10) (12).
MIGNE, J. P., 1884, *Patrologia graeca*, t. XXV. *Athanasius. Apologia ad Constantinum* Paris: 635 (15).
MILNE, J. G., 1924, *A history of Egypt under Roman rule*, 3.ª ed. rev., London, Methuen XXIV - 332 p. (7).
MILLER, J. I., 1969, *The spice trade of the roman empire*, Oxford, Clarendon Press (22).
MILLER, S. F., 1969, «Contacts between the Later Stone Age and the Early Iron Age in Southern Central Africa», *Azania* 4: 81-90 (25) (27).
— 1971, «The age of Nachikufan industry in Zambia», *S.A.A.B.* 26: 143-6 (25).
MILLS, E. A. C. y FILMER, N. T., 1972, «Chondwe Iron Age site, Ndola, Zambia», *Azania* VII: 129-47 (27).

MOBERG, A. 1924, *The book of Himyarites. Fragments of a hitherto unknown Syriac work on the Himyarite-martyrs*, Lund, Gleerup (15).
MÖLLER, G., 1924, «Die Ägypten und ihre libyschen Nachbaren», *Z.D.M.G.* 78: 38 (17).
MOMMSEN, 1908, *Eusebius: Historia ecclesiastica*, t. II, 2. *Rufinus Turanius*, Lepzig, Tübner: 972-3 (15).
MONNERET DE VILLARD, U., 1935-57, *La Nubia medioevale*, vol. 1-4, El Cairo (12).
— 1938, «Storia della Nubia christiana», *O.C.A.* 118 (12).
— 1941, *La Nubia romana*, Roma (11).
MONOD, T., 1948, *Mission de Fezzan*, «II. Reconnaissance au Dohone» (20).
— 1967, «Notes sur le harnachement chamelier», *B.I.F.A.N.* (20).
— 1974, «Le mythe de l'émeraude des Garamantes», *A.A.* VIII: 51-66 (20).
MONTAGU, M. F. A., 1960, *An introduction to physical anthropology*, 3.ª ed., Springfield (Illinois, USA), Ch. G. Thomas (1).
MONTET, P., 1946, *La Vie quotidienne en Egypte au temps de Ramsès*, Paris (2) (3).
— 1970, *l'Egypte éternelle*, L'aventure des civilisations, Paris (3) (4).
MONTEVECCHI, O., 1973, *La papirologia*, Turín, Società Editrice Internazionale (7).
MOORSEL, P. VAN, 1966, «Une téophanie nubienne», *R.A.C.* XLII, I-4: 297-316 (12).
— 1967, «Abdallah Nirqi», *Spiegel historiaeli* II: 388-92 (12).
— 1970, «Die Wandmalereien der Zentralen Kirche von Abdallah Nirqi», *in* E. DINKLER (ed.): *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 103-111 (12).
— 1972, «Gli scavi olandesi in Nubia», *Actas VIII Congr. Inter. Arqueo. Christ.*: 349-95 (12).
MOORSEL, P. VAN, JACQUET, J. y SCHNEIDER, H., 1975, *The central church of Abdallah Nirqi*, Leyde, Brill (12).
MORDINI, A., 1960, «Gli aurei Kushana del convento di Dabra-Dammo», *Atti, Conv. Inter. Stud. Et.*: 253 (15).
MOREL, J. P., 1962-1965, «Céramique d'Hippone», *B.A.A.* 1 (19).
— 1968, «Céramique à vernis noir du Maroc», *A.A.* 2 (19).
MORET, A., 1926, *Le Nil et la civilisation égyptienne*, «VII. Evolution de l'humanité», Paris (2).
MORI, F., 1964, «Some aspects of the rock art of the Acacus (Fezzan, Sahara) and dating regarding it», *in* L. PERICOT-GARCIA y E. RIPOLL-PARELLO: *Prehistoric art of the Western Mediterranean and the Sahara*, New York: 247-59 (17).
— 1965, *Tadrart Acacus: Arte rupestre e culture del Sahara prehistorico*, Turín, Einaudi, 260 p. (24).
— 1972, *Rock art of the Tadrart Acacus*, Graz (21).
MORRISSON, C., 1970, *Catalogue des monnaies byzantines de la bibliothèque nationale*, Paris (19).
MORTELMANS, G., 1957, «La préhistoire du Congo belge», *R.U.B.* 2-3 (25).
— 1962, «Archéologie des grottes Dimba et Ngoro (région de Thysville, Bas-Congo)», *Actes IVe Congr. P.P.E.Q.*: 407-25 (25).
MOSCATI, S., 1971, *L'Epopée des phéniciens*, Paris, Fayard (18).
MÜLLER, W. M., 1910, *Egyptological researches*, II - «Results of a journey in 1906», Washington, Carnegie Institution (17).
MUNIER, H., 1943, *Recueil des listes épiscopales de l'Eglise copte*. El Cairo, X + 92 p. (12).
MUNSON, P. J., 1967, «A survey of the neolithic villages of Dhar Tichitt (Mauretania) and some comments on the grain impressions found on the Tichitt pottery», Actes VIe *Congr. P.P.E.Q.* (24).
— 1968, «Recent archaeological research in the Dhar Tichitt region of South Central Mauretania», *W.A.A.N.* 10: 6-13 (24).
— 1969, «Engravings of Ox-drawn chariots», *N.A.* 122: 62-3 (21).
— 1970, «Corrections and additional comments concerning the Tichitt tradition», *W.A.A.N.* 12: 47-8 (24).
— 1972, «Archaeological data on the origin of cultivation in the South-Western Sahara and its implications for West Africa», *B.W.S.* 56 (24).
MURDOCK, G. P., 1959, *Africa: its peoples and their culture history*, New York (21) (23).
NAVILLE, E., 1907-13, *The XIth dynasty temple at Deir-el-Bahari*, The office of the Egypt exploration Fund, London, K. Paul Trench, 3 vol. (2).
NENQUIN, J., 1959, «Dimple-based pots from Kasai, Belgian Congo», *Man* 59, 242: 153-5 (25).
— 1961, «Protohistorische Metaaltechnick in Katanga», *Africa-Tervuren* VII, 4: 97-101 (25).
— 1963, «Excavations at Sanga, 1957. The protohistoric necropolis», *A.M.R.A.C.* 45, 277 p. (25) (29).
NIBBI, A., 1975, *The Sea peoples and Egypt*, Park Ridge, New Jersey, Noyes Press, XIV+161 p. (2).
NICOLAUS, R. A., 1968, *Melanins*, Hermann, Paris (1).
NOSHY, I., 1937, *The arts in Ptolemaic Egypt: A study of Greek and Egyptian influences in Ptolemaic architecture and sculpture*, London (6).
NOTEN, F. VAN, 1968, «The Uelian. A culture with a neolithic aspect, Uele-Basin (N.-E. Congo Republic)», *A.M.R.A.C.* 64, XIV + 154 p. (25).

— 1972, «Les tombes du roi Cyitrima Rujugira et de la reine-mère Nyirayuhi Kanjogera», *A.M.R.A.C.* 77, XIV + 82 p. (25).
— 1972, «La plus ancienne sculpture sur bois de l'Afrique centrale», *Africa-Tervuren*, XVIII, 3-4: 133-5 (25).
NOTEN, F. VAN y HET, E., 1974, «Ijzersmelten bij de Madi», *Africa-Tervuren* XX, 3-4: 57-66 (25).
NOTEN, F. VAN e HIERNAUX, J., 1967, «The Late Stone Age industry of Mukinanira, Rwanda», *S.A.A.B.* 22, IV: 151-4 (25).
NUNOO, R., 1969, «Buroburo factory excavations», *Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 321-33 (29).
OBENGA, Th., 1973, *L'Afrique dans l'Antiquité*, Paris, Présence africaine (4) (21).
ODNER, K., 1971, «Usangi hospital and other archaeological sites in the North Parc Mountains, North-Eastern Tanzania», *Azania* VI: 89-130 (22).
— 1971, «A preliminary report of an archaeological survey on the slopes of Kilimanjaro», *Azania*, VI: 131-50 (22).
OGOT, B. A. y KIERAN, J. A., 1974, Zamani: a survey ot the East African History (1.ª ed. 1968), Nairobi-London (23).
OLDEROGGE, D. A., 1972, «L'Arménie et l'Ethiopie au IV' siècle (à propos des sources de l'alphabet arménien)», *IV Congr. Intern. Stud. Et.*: 195-203 (15).
OLIVER, R., 1963, «Discernible developments in the interior C. 1500-1840», *in* R. OLIVER y G. MATHEW: *The Oxford history of East Africa*, London I: 169-211 (28).
— 1966, «The problem of the Bantu expansion», *J.A.H.* VI, 3: 361-76 (21). (22) (23) (25).
OLIVER, R. y FAGAN, B. M., 1975, *Africa in the Iron Age C. 500 B.C. to A.D. 1400*, Cambridge (29).
ORTEIL, F., 1952, «The economic unification of the Meditarranean region: industry, trade and commerce», *in* S. A. COOK *et al.*: *Ther Cambridge Ancient History*, Cambridge Univ. Press (22).
— 1956, «The economic life of the Empire» *in* S. A. COOK *et al.*: *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (22).
OTTO, E., 1969, «Das Goldene Zeitalter in einem ägyptischen Text», *Religions en Egypte héllénistique et romaine* (Colloque de Strasbourg, 16-18 mai 1967), Paris: 93-100 (3).
PACE, CAPUTO y SERGI, 1951, *Scavi Sahariani, Monumenti antichi*, Roma, Acad. dei Lincei (20).
PAINTER, C., 1966, «The Guang and west African historical reconstruction», *G.N.Q.* 9: 58-66 (21).
PALMER, J. A. B., 1947, «Periplus maris Erythraei; the Indian evidence as to its date», *The classical quaterly*, XLI: 136-41 (22).
PANKHURST, R. K. P., 1961, *An introduction to the economic history of Ethiopia from early times to 1800*, Londres, Lalibela House (22).
PAPIRO DE RHIND, *The Rhind mathematical papyrus*, British museum 10057 and 10053; photographie facsimile, hieroglyphic transcription, literal translation, free translation, mathematical commentary and bibliography, Oberlin, O. Mathematical association of America (5).
PARIBENI, E., 1959, *Catalogo delle sculture de Cirene: statue e rilievi di carattere religioso*, Roma, Monografie die Archeologia libica n.° 5 (6).
PARIBENI, R., 1908, *Richerche nel luogo dell'antica Adulis*, Ant. Pub. Ac. Naz. Lincei, 18: 438-572 (13) (15).
PARKINTON, J. E., 1972, «Seasonal mobility in the Later Stone Age», *A.S.* 31: 223-43 (26).
PARKINTON, J. E. y PÖGGENPOEL, C., 1971, «Excavations at De Hangen 1968», *S.A.A.B.* 26: 3-36 (26).
PATERSON, W., 1789, *A narrative of four journeys into the country of the Hottentots and Caffraria in the years 1777, 1778 and 1779*, London (26).
PEDRALS, D. P. DE, 1950, *Archéologie de l'Afrique noire*, Paris, Payot (1).
PERRET, R., 1936, «Recherches archéologiques et ethnographiques au Tassili des Ajjers», *J.S.A.* 6: 50-1 (17).
PERROT, J., *et al*, 1972, «Une statue de Darius découverte à Suse», *J.A.*: 235-66 (10).
PERROY, L., 1969, *Gabon, cultures et techniques*, Libreville, O.R.S.T.O.M., Musée des arts et traditions, 275/195, 83 p. (21).
PESCE, G., 1961, *Sardegna punica*, Cagliari (18).
PETRIE, W. M. F., 1901, *Diospolis Parva, The cemeteries of Abadiyeh and Hu, 1898-9*, London-Boston, Mass., Egypt Exploration Fund. (9).
— 1939, *The making of Egypt*, London, Sheldon Press; New York, Macmillan (1).
PETTIGREW, T. J., 1834, *A History of Egyptian mummies, and an account of the worship and embalming of sacred animals by the Egyptians*, London, Longman (1).
PFLAUM, H. G., 1957, «A propos de la date de la création de la province de Numidie», *Libyca*: 61-75 (19).
PHILLIPSON, D. W., 1968, «The Early Iron Age in Zambia. Regional variants and some tentative conclusions», *J.A.H.* IX, 2: 191-211 (21) (25) (26) (27).
— 1968, «The Early Iron Age Site at Kapwirimbwe, Lusaka», *Azania* III: 87-105 (27).
— 1968, «Cewa, Leya and Lala iron-smelting furnaces», *S.A.A.B.* XXIII: 102-13 (27).

— 1969, «Early Iron-using peoples of Southern Africa», *in* L. THOMPSON: *African societies in Southern Africa*, London, Heinemann: 24-49 (27).
— 1970, «Excavations at Twickenham Road, Lusaka», *Azania* V: 77-118 (27).
— 1970, «Notes on the later prehistoric radiocarbon chronology of Eastern and Southern Africa», *J.A.H.* XI: 1-15 (27).
— 1971, «An Early Iron Age site on the Lubusi river, Kaoma district, Zambia», *Z.M.J.* II: 51-7 (27).
— 1972, *Prehistoric rock paintings and rock engravings of Zambia*, Livingstone, Exhibition catalogue of Livingstone museum (29).
— 1972, «Early Iron Age sites on the Zambian copperbelt», *Azania* VII: 93-128 (27).
— 1973, «The prehistoric succession in Eastern Zambia: a preliminary report», *Azania*, VIII: 3-24 (27).
— 1974, «Iron Age history and archaeology in Zambia», *J.A.H.* XV: 1-25 (23) (27).
— 1975, «The chronology of the Iron Age in Bantu Africa», *J.A.H.* XVI: 321-42 (23) (27).
— 1977, *The later prehistory of Eastern and Southern Africa*, London, Heinemann (27).
PHILLIPSON, D. W. y FAGAN, B. M., 1969, «The date of the Ingombe Ilede burials», *J.A.H.* X: 199-204 (27).
PIGACHE, J. P., 1970, «Le Problème anthropobiologique à Madagascar», *Taloha* 3: 175-7 (28).
PIGULEVSKAYA, N. V., 1951, *Vizantiya na putyah V Indiyu*, Leningrad, Izdatelstvo akademii, Nauk (15).
— 1969, *Byzanz auf den Wegen, nach Indien*, Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Berliner Byzantinische Arbeiten, Bd. 36. Berlin (D.D.R.) Akademie Verlag (16).
PIRENNE, J., 1955, *La Grèce et Saba: Une nouvelle base pour la chronologie sud-arabe*, Paris, Imprimerie Nationale (13).
— 1956, *Paléographie des inscriptions sud-arabes*, Bruxelles, vol. I (13).
— 1961, «Un problème clef pour la chronologie de l'Orient: la date du «Périple de la mer Erythrée», *J.A.* 249: 441-59 (13).
— 1961-63, *Histoire de la civilisation de l'Egypte ancienne*, Paris-Neuchâtel, 3 vol. (2) (5).
— 1965, «Arte Sabeo d'Ethiopia», *Encyclopedia dell'Arte antica*, Roma, vol. VI (13).
— 1967, «Haoulti et ses monuments. Nouvelle interprétation», *A.E.* 7: 125-33 (13).
— 1969, «Notes d'archéologie sud-arabe, VI», *Syria*, 46: 308-13 (13).
— 1970, «Haoulti, Gobochela (Mélazo) et le site antique», *A.E.* 8: 117-27 (13).
— 1970, «Le développement de la navigation Egypte-Inde dans l'Antiquité, sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'océan Indien», *Actes 8e Coll. Intern. Hist. Marit.*, 101-19 (22).
PLINIO, ed. 1938-1963, *Natural history*, trad. H. RACKHAM *et al.*, Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, London: Heinemann, 11 vol. (11) (13) (15) (17) (22).
PLUMLEY, J. M., 1970, «Some examples of Christian Nubian art from the excavations at Qasr Ibrim», *in* E. DINCKLER: *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 129-40 (12).
— 1971, «Pre-Christian Nubian (23 BC - 535 AD) Evidence from Qasr Ibrim», *Et. et Trav.* 5: 7-24 (10) (12).
PLUMLEY, J. M. y ADAMS, W. A., 1974, «Qasr Ibrim, 1972», *J.E.A.* 60 (12).
POINSOT, L. y LANTIER, R., 1923, «Un sanctuaire de Tamit à Carthage», *R.H.R.* LXXXVII (18).
POINSSOT, C., 1962, «Immunitas Perticae Carthaginiensium», *C.R.A.I.*, pp. 55-76 (19).
POIRIER, Ch., 1954, «Terre d'Islam en malgache», *B.A.M.* n.° esp. cincuentenario: 71-115 (28).
— 1965, «Données écologiques et démographiques de la mise en place des proto-malgaches», *Taloha:* 61-2 (28).
POMMERET, Y., 1965, *Civilisations préhistoriques au Gabon. Vallée du Moyen-Ogooné*, Libreville, Centre culturel français Saint-Exupéry, 2 vol., vol. II: «Notes préliminaires à propos du gisement lupembien et néolithique de Ndjolé» (25).
PONS, A. y QUEZEL, P., 1957, «Première étude palynologique de quelques paléosols sahariens», *Trav. I.R.S.* 16, 2: 27-35 (17) (24).
PORTER, B. y MOSS, R., 1951, *Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings*, Oxford, Clarendon Press, vol. VII: 264 s. (11).
PORTÈRES, R., 1950, «Vieilles agricultures de l'Afrique intertropicale: centre d'origine et de diversification variétale primaire et berceaux d'agriculture antérieure au XVIe siècle), *A.T.* 5, 9-10: 489-507 (24).
— 1951, «Géographie alimentaire, berceaux agricoles et migrations des plantes cultivées, en Afrique intertropicale», *C.R. Soc. Biogéograph.* 239: 16-21 (24).
— 1951, «Une céréale mineure cultivée dans l'Ouest africain (Brachiarta deflexa C. E. Hubbard *var* sativa nov. var.)», *A.T.* 6, 1-2: 38-42 (24).
— 1962, «Berceaux agricoles primaires sur le continent africain», *J.A.H.* 3, 2: 195-210 (24).
POSENER, G., 1936, «La première domination perse en Egypte. Recueil d'inscriptions hiéroglyphiques», *B.I.F.A.O.* XI, 241 p. (2).

— 1956, *Littérature et politique dans l'Egypte de la XIIe dynastie*, Paris, H. Champion, XI + 172 p. (2) (5).
— 1958, «Pour une localisation du pays Koush au Moyen Empire», *Kush*, VI: 39-65 (4) (9).
— 1960, «De la divinité de Pharaon», *C.S.A.* XV (2) (3).
POSENER, G., SAUNERON, S. y YOYOTTE, J., 1959, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne*, Paris (2) (3) (4).
POSNANSKY, M., 1966, «The origin of agriculture and iron-working in Southern Africa», *in* M. POSNANSKY (ed.), *Prelude to East African History*, London, Oxford Univ. Press: 82-94 (22).
— 1966, «Kingship, archaeology and historical myth», *U.J.* 30: 1-12 (29).
— 1967, «The Iron-Age in East Africa», *in* W. W. BISHOP y J. D. CLARK: *Background to evolution in Africa:* 629-49 (25).
— 1968, «Bantu genesis: archaeological reflexions», *J.A.H.* IX, 1: 1-11 (23) (25).
— 1969, «Yams and the origins of West African agriculture», *Odu*, I: 101-7 (21).
— 1969-70, «Discovering Ghana's past», *Annual Museum lectures*, p. 20 (29).
— 1971, «Ghana and the origins of West African trade», *A.Q.* XI: 110-25 (24) (29).
— 1972, «Archaeology, ritual and religion», *in* T. O. RANGER e I. KIMAMBO: *The historical study of African religion*, London, Heinemann: 29-44 (29).
— 1972, «Terminology in the Early Iron Age of East Africa with particular referente to the dimple-based wares of Lolui Island, Uganda», *Actes VIe Congr. P.P.E.Q.*: 577-9 (21).
— 1973, «Aspects of Early West African trade», *W.A.* 5: 149-62 (21).
— 1973, «Review of T. Shaw "Igbo Ukwu"», *Archaeology*, 25, 4: 309-11 (29).
PRÉAUX, C., 1939, *L'Economie royale des Lagides*, Bruselles, Fondation égyptologique Reine Elisabeth, 646 p. (6).
— 1943, «Les Egyptiens dans la civilisation hellénistique d'Egypte», *Chronique d'Egypte* XVIII: 148-60 (6).
— 1950, «La singularité de l'Egypte dans le monde gréco-romain», *Chronique d'Egypte* XXV: 110-23 (6).
— 1952, «Sur la communication de l'Ethiopie avec l'Egypte hellénistique», *Chronique d'Egypte* XXVII: 257-81 (6).
— 1954, «Sur les origines des monopoles lagides», *Chronique d'Egypte*, XXIX: 312-27 (6).
— 1957, «Les Grecs à la découverte de l'Afrique par l'Egypte», *Chronique d'Egypte*, XXXII: 284-312 (4) (6).
PRIAULS, B., 1863, «On the Indican embassies to Rome, from the reign of Claudius to the death of Justinian», *J.R.A.* XX: 277-8 (15).
PRIESE, K. H., 1968, «Nichtägyptische Namen und Wörter in den Ägyptischen Inschriften der Könige von Kush», *M.I.O.D.* 14: 165-91 (10).
— 1970, Artículo *in Z.Ä.S.*, 98, 1: 16-32 (10).
PRITCHARD, J. B., ed. 1969, *The Ancient Near East: supplementary texts and pictures relating to the Old Testament*, Princeton, Princeton Univ. Press, 274 p. (5).
PROCOPIO, ed. 1876, «De bello persico», DESTUNIO, SPIRIDON et GAVRIIL (ed.), *Istoriya voyn rimlan Spersami*, Knigal I. S. Peterburgskago, Akad. Nauk: 274-7 (15).
— ed. 1953 y 1961, *History of the wars, Secret history*, trad. B. H. DEWING *et al.* (1914-40), 7 vol., Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, London: Heinemann (22).
PTOLOMEO, ed. 1901, *Geographia*, ed. C. MILLER, Paris, Firmin-Didot, IV, 6, 5, 6: 743-5 (17).
— ed. 1932, *The Geography*, trad. E. L. STEVENSON, New York (13) (15) (22).
PULLAN, R. A., 1965, «The recent geomorphological evolution of the south central part of the Chad basin», *J.A.S.A.*, 9, 2 (24).
QUEZEL, P. y MARTÍNEZ, C., 1958, «Le dernier interpluvial au Sahara central», *Libyca* 6-7: 224 (1).
QUIRING, H., 1946, *Geschichte des Goldes. Die Goldenen Zeitalter in ihren kulturellen und wirtschaftlichen Bedeutung*, Stuttgart (11).
RACHET, M., 1970, *Rome et les Berbères: un problème militaire d'Auguste à Dioclétien*, Bruxelles, Latomus, Revue d'études latines (19).
RAHTZ, P. A. y FLIGHT, C., 1974, «A quern factory near Kintampo, Ghana», *W.A.J.A.* 4: 1-31 (29).
RAKOTO-RATSIMAMANGA, A., 1940, «Tache pigmentaire et origine des malgaches», *R. Anth.*: 6-130 (28).
RAMILISONINA, 1951-2, *Histoire du Zafimany* (Ny loharon'ny Andriamamilaza), Tananarive, impr. Volamahitsy (28).
RANKE, H., 1933, *Medicine and surgery in Ancient Egypt*, History of Science, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania (bicentennial conference) (5).
RAUNING, W., 1964, *Die kulturellen Verhälnisse Nord und Ost Afrika im ersten nach christlichem Jahrhundert entworfen an Hand des Periplus des Erythraischen Meeres*, Wien (22).
— 1965, «Die Bedeutung des Periplus des Erythraischen Meeres für Africa», *M.A.G.W.* XCV: 55-60 (22).
RAWLINSON, H. G., 1926, *Intercourse between India and the Western world from the earliest times to the fall of Rome*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (22).

REBUFFAT, R., 1969-70, «Zella et les routes d'Egypte», *Libya antigua* VI-VII: 181-7 (20).
— 1970, «Route d'Egypte et de la Libye intérieure», *S.M.* 3: 1-20 (17) (20).
— 1972, «Nouvelles recherches dans le Sud de la Tripolitaine», *C.R.A.I.* 319-39 (20).
— 1974, «Vestiges antiques sur la côte occidentale de l'Afrique au Sud de Rabat» *A.A.* VIII: 25-49 (20).
— 1975, «Trois nouvelles campagnes dans le sud de la Tripolitaine», *C.R.A.I.* 495-505 (20).
— 1977, «Bu Ngem» *L.A.P.P.M.O.* Cah. n.° 20 (20).
REDFORD, D. W., 1967, «History and chronology of the eighteenth dynasty of Egypt», *N.A.S.* (2).
REICHHOLD, W., 1978, «Les Noirs dans le livre du prophète Isaïe», *Afrique noire et monde méditerranéen dans l'Antiquité*, Colloque de Dakar 19-24 janv. 1976, Dakar-Abidjan, N.E.A.: 276-85 (4).
REINACH, A., 1913, *Egyptologie et histoire des religions*, Paris, 56 p. (1).
REINAUD, J. T., 1863, «Relations politiques et commerciales de l'Empire romain avec l'Asie orientale», *J.A.* 6, 1: 93-234; 297-441 (22).
REISNER, G. A. VON, 1910, *The archaeological survey of Nubia, Report for 1907, 1908*, El Cairo, National printing department, vol. I, V + 373 p. (9) (12).
— 1918, «The Barkal temples in 1916», *J.E.A.* V (11).
— 1918-19, «Outline of the ancient history of the Sudan», *S.N.R.* I: 3-15, 57-79, 217-37; II: 35-67 (11).
— 1923, «Excavations at Kerma», *H.A.S.* V, VI (9) (11).
— 1923, «The Meroitic kingdom of Ethiopia: a chronological outline», *J.E.A.* 9: 33-77 (11).
— 1929, «Excavations at Simna and Uronarti by the Harvard Boston expedition», *S.N.R.* XII: 143-61 (11).
— 1931, «Inscribed monuments from Gebel Barkal», *Z.Ä.S.* 66: 100 (10).
— 1936, *The development of the Egyptian tomb down to the accessions of Cheops*, Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press (5).
— 1955, *A History of the Giza Necropolis* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press), Vol. II (completado y rev. por W. S. Smith) *The tomb of Hetep-heres, the mother of Cheops* (2).
REPIQUET, J., 1902, *Le Sultanat d'Anjouan*, Paris (28).
RESCH, W., 1967, *Das Rind in den Felsbilddarstellungen Nordafrikas*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag (17).
REUSCH, R., 1961, *History of East Africa*, New York, F. Ungar Pub. Co. (22).
REYGASSE, M., 1950, *Monuments funéraires pré-islamiques de l'Afrique du Nord*, Paris, A.M.G. (20).
REYNOLDS, V., 1967, *The apes: their history and their world*, New York, Dutton (21).
RICCI, L., 1955-58, «Ritrovamenti archeologici in Eritrea», *R.S.E.* 14, 51-68 (13).
— 1959-60, «Iscrizioni rupestre dell'Eritrea», *R.S.E.* 15: 55-95; 16: 77-119 (13).
— 1960, «Notizie archeologiche», *R.S.E.*, 16: 120-23 (13).
— 1960, «Iscrizioni rupestre dell'Eritrea», *Atti Conv. Intern. Stud. Et.*: 447-60 (13).
— 1961, «Antichita nello Agame», *R.S.E.* 17: 116-8 (13).
RICKS, T. M., 1970, «Persian gulf seafaring and East Africa. Ninth-twelfth centuries», *A.H.S.* III: 339-58 (22).
RIESE, A., 1894. *Anthologia latina*, ed. F. BÜCHELER, Leipzig, Teubner, n.° 181: 155-156 (17).
RIZVI, S. A., 1967, «Zanj: its first known use in Arabic literature», *Azania* II: 200-1 (22).
ROBERTS, A. D., 1974, «Precolonial trade in Zambia», *A.S.R.*, 10: 720 (29).
ROBINEAU, C., 1966, «Une étude d'histoire culturelle de l'île d'Anjouan», *R.H.* 35: 17-34 (28).
ROBINSON, E. S. G., 1956, «The Libyan hoard», *Numismatic chronicle* LVI: 94 (18).
ROBINSON, K. R., 1961, *Archaeological report in Rhodesian schoolboys' exploration society expedition to Buffalo Bend*, Salisbury (27).
— 1961, «An Early Iron Age site from the Chibi district, Southerr Rhodesia», *S.A.A.B.* XVI: 75-102 (27).
— 1963, «Further excavations in the Iron Age deposits at the tunnel site, Gokomere Hil,• Southern Rhodesia», *S.A.A.B.* XVIII: 155-71 (27).
— 1866, «The Sinoia caves, Lomagundi district, Rhodesia», *Proc. Rhod. Sci. Assoc.* LI: 131-55 (27).
— 1966, «The Leopard's Kopje culture: its position in the Iron Age in Southern Rhodesia», *S.A.A.B.* 21: 81-5 (27).
— 1966, «A preliminary report on the recent archaeology of Ngonde, Northern Malawi», *J.A.H.* VII: 169-88 (27).
— 1966, «The Iron Age in Southern Rhodesia», *S.A.A.B.* XXI: 5-51 (27).
— 1970, «The Iron Age in The Southern Lake Area of Malawi» *M.A.D.P.* 8 (27).
— 1973, «The Iron Age of the Upper and Lower Shire Malawi», *M.A.D.P.* 13 (27).
ROBINSON, K. R. y SANDELOWSKI, B., 1968, «The Iron Age in Northern Malawi: recent work», *Azania* III: 107-46 (27).
ROEDER, G., 1961, *Der Ausklang der ägyptischen Religion mit Reformation, Zauberei und Jenseitsglauben*, Zurich: Artemis Verlag, Stuttgart: die Bibliotek der alten Welt (3).
ROEDER, K. G., 1912, «Die christliche Zeit Nubiens und des Sudans», *Z.K.* XXXIII: 364-98 (12).

— 1913, «Die Geschichte Nubiens», *Klio* XII: 51-82 (12).
ROMANELLI, P., 1959, *Storia delle province romane dell'Africa*, Roma (17) (19).
— 1970, «Mura e fortesse bizantine in topografia e archeologia dell'Africa romana», *Enciclopedia classica* X, 7: 398-407 (19).
ROSEMBAUM, E., 1960, *A catalogue of Cyrenaican portrait sculpture*, London, Oxford Univ. Press (6).
ROSTOVTZEV, M. J., 1941, *The social and economic history of the hellenistic world*, 2.ª ed., 1959, 3 vol Oxford, Clarendon Press (6).
— 1957, *The economic and social history of the Roman Empire*, 2.ª ed., Oxford, pp. 321 y ss. (19).
ROUILLARD, G., 1853, *La Vie rurale dans l'Egypte byzantine*, Paris, Adrien Maisonneuve (7).
— 1928, *L'Administration civile de l'Egypte byzantine*, 2.ª ed. rev., Paris, Geuthner (7).
ROWE, A., 1948, «A history of Ancient Cyrenaica. New light on Aegypto-cyrenaean relations. Two Ptolemaic statues found in Tolmeita». *Supplément A.S.A.E.* n.º 12, extractado por J. LECLANT, *R.E.A.* 52, 1-2; 337-9 (17).
RUDNER, J., 1968, «Strandloper pottery from South and South-West Afica», *A.S.A.M.* 49: 441-663 (26).
RUFINUS, T., 1908, *Historia ecclesiastica*, Leipzig, Teubner (15).
— 1910, *Opera*, ed. A. Engelbrecht, Wien (15).
RYCKMANS, G., 1953, 1955, 1956, «Inscriptions sud-arabes», *Le Muséon*, X, LXVI, 3-4; XII, LXVIII, 4-4; XIV, LXIX, 1-2, 3-4 (15).
— 1964, «Compte rendu de A. Jamme: Sabaean inscriptions from Mahram Bilqis (Marib)», *B.O.* XXI, 5-6: 90 (15).
SALAMA, P., 1951, *Les Voies romaines de l'Afrique du Nord*, Alger (19).
— 1953-55, «Nouveaux témoignages de l'oeuvre des Sévères dans la Maurétanie césarienne», *Libyca* B: 231-51 y 329-67 (20).
— 1954, «Hypothèse sur la situation de la Maurétanie occidentale au IVe siècle», *Libyca* II: 224-229 (19).
— 1954, «L'occupation de la Maurétanie césarienne occidentale sous le Bas-Empire», *Mélanges Piganiol*: 1292-1311 (19).
— 1959, «Deux trésors monétaires du Ve siècle en Petite Kabylie», *B.S.N.A.F.*: 238-9 (19).
— 1973, *Un point d'eau du limes maurétanien (Maghreb et Sahara)*. Etudes géographiques offertes à J. Despois, Paris, Société de Géographie (20).
— 1976, «Les déplacements successifs du Limes en Maurétanie césarienne. Essai de synthèse», *Akten XI Intern. Limeskong.*: 577-95 (20).
SAMPSON, C. G., 1974, *The Stone Age Archaeology of Southern Africa*, New York, Academic Press (26).
SATTIN, F. y GUSMANO, G., 1964, *La cosidetta "Mummia" infantile dell'Acacus: nel quadro delle costumanze funebri prehistoriche mediteranee e sahariane*, Tripoli, Direction générale des archives (17).
SAUMAGNE, C., 1965, *Le droit latin et les cités romaines sous l'Empire*, Paris, Syrey (19).
SAUNERON, S., 1957, *Les Prêtres de l'Ancienne Egypte*, Paris, Seuil, 192 p. (3).
SAUNERON, S. y STERLIN, H., 1975, Derniers temples d'Egypte: Edfou et Philae, Paris, Chêne (3).
SAUNERON, S. y YOYOTTE, J., 1952, La campagne nubienne de Psammétique II et sa signification historique», *B.I.F.A.O.* 50: 57-207 (2) (10) (12).
— 1959, *La Naissance du monde selon l'Egypte ancienne*, Paris, Seuil, 72 p. (3).
SAVARY, J. P., 1966, «Mouments en pierres sèches du Fadnoun (Tassili N'Ajjer)», *Mém. C.R.A.P.E.* VI (20).
SÄVE-SÖDERBERGH, T., 1941, *Ägypten und Nubien. Ein Beitrag zur Geschichte Alt ägyptischer Aussenpolitik*, Lund, Hakan Ohlssons, VIII + 276 p. (4) (9).
— 1953, Artículo *in B.I.F.A.O.* 52, El Cairo, p. 177 (4).
— 1956, «The Nubian Kingdom of the second intermediate period», *Kush*, IV: 54-61 (9).
— 1960, «The paintings in the tomb of Djehuty-Hetep at Debeira», *Kush*, VIII: 25-44 (9).
— 1963, «Preliminary report of the Scandinavian Joint expedition: Archaeological investigations between Faras and Gemai, nov. 1961-march 1962». *Kush* XI: 47-69 (12).
— 1965, *The C. group, Nubia Abu-Simbel*, Stockholm, Kungl. (9).
— 1970, «Christian Nubia. The excavations carried out by the Scandiavian Joint expedition to Sudanese Nubia», *in* E. DINKLER, *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 219-44 (12).
— 1970, *Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia*, 9 vol., Oslo, Universitetsforlaget (12).
— 1972, «The Twilight of Nubian Christianity», Nubia, Récentes Recherches, *Actes Coll. Nubiol. Intern.*, pp. 11-17 (12).
SAYCE, A. H., 1909, «A greek inscription of a king of Axum found at Meroe», *Proceedings of the Society of biblical Archaeology*, t. XXXI, London (15).

— 1911, «Second interim report on the excavations at Meroe in Ethiopia II. The historical results», *L.A.A.A.* IV: 53-65 (11) (21).
SAYYD, Abd al-Halim, 1976, *Mana'im*, Alejandría, tesis (4).
SCHÄFER, H., 1901, *Die äthiopische Königinschrift des berlinen Museums*, Berlin (11).
— 1905-8, *Urkunden der alteren Äthiopenkönige*, n.os 1-2, Leipzig, Hinrichs (11).
SCHAPERA, I., 1930, *The Khoisan peoples of South Africa: Bushmen and Hottentois*, 2.ª ed. 1951, London Routledge and Kegan Paul; New York, The Humanities Press (26).
— 1933, *The Early Cape Hottentots described in the writings of Dapper, 1668, W. Ten Rhyne, 1686, and J. de Grevenbroek, 1695*. Cape Town, Van Riebeeck society (26).
SCHARFF, A. y MOORTGAT, A., 1950, *Ägypten und Vorderasien im Altertum*, Munich (5).
SCHAUENBURG, K., 1955-6, «Die Cameliden in Altertum», *Bonner Jahrbücher*: 59-94 (20).
SCHENKEL, W., 1973, *Lexikon der Ägyptologie* I, 5, Wiesbaden, O. Harrassowitz, coll, 775-82 (3).
SCHNEIDER, R., 1961, «Inscriptions d'Enda Cerqos», *A.E.* 4: 61-5 (13).
— 1965, «Notes épigraphiques sur les découvertes de Matara», *A.E.* 6: 89-142 (13).
— 1965, «Remarques sur les inscriptions d'Enda Cerqos», *A.E.* 6: 221-2 (13).
— 1974, «Trois nouvelles inscriptions royales d'Axoum», *IV Congr. Intern. Stud. Et.* I: 87-102 (15).
SCHOFF, W. H. (trad.), 1912, *The periplus of the Erythraean sea*, New York (16) (22).
— 1917, «As to the date of the periplus», *J.R.A.S.*: 827-30 (22).
SCHOFIELD, J. F., 1948, *Primitive Pottery: an introduction to South African ceramics, prehistoric and protohistoric*, Cape Town, Rustica Press (27).
SCHÖNBÄCH, B., 1965, *The Late Stone Age and the A-Group, Nubia Abu Simbel*, Stockholm: Kungl. Boktryekeriet, P. A. Norstedt, Soner (9).
SCHUBART, W., 1918, *Einführung in die Papyrunskunde*, Berlin, Weidmann (7).
SCHWEITZER, F. R., 1970, «A preliminary report of excavation of a cave at Die Kelders», *S.A.A.B.* 25: 136-8 (26).
SCHWEITZER, F. R. y SCOTT, K., 1973, «Early appearance of domestic sheep in Sub-Saharan Africa», *Nature*, 241: 547-8 (26).
SÊNECA, ed. 1930, *Questions naturelles*. Texto establecido y trad. por P. OLTRAMARE, Paris, Les Belles Lettres, 2 vol. (1) (11).
SERGEW HABLE SELLASSIE, 1972, *Ancient and medieval Ethiopian history to 1270*, Addis Abeba, United Printers, 340 p. (14).
SERGI, S., 1951, «Scavi Sahariani» (Sahara Excavations), *Monumenti Antichi*, 41, Academia dei Lincei XLI, Roma, Coll. 443-504 (17).
SETERS, J. VAN, 1964, «A date for the admonitions in the Second Intermediate Period», *J.E.A.* 50: 13-23 (3) (9).
— 1966, *The Hyksos, a new investigation*. New Haven, Londres (2).
SETHE, K., 1930, «Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter», *A.K.M.*, Leipzig, F. A. Brockhaus, XII + 196 p. (2).
SHACKLETON, N. J., 1973, «Oxygen isotope analysis as a means of determining season of occupation of prehistoric midden sites», *Archaeometry* 15, 1: 133-41 (26).
SHAHID, I., 1971, *The martyrs of Nagran, new documents*. Société des Bollandistes, Bruxelles: 242-76 (16).
SHAW, T., 1969, «On radio chronology of the Iron Age in sub-Saharan Africa», *C.A.* 10: 226-8 (24).
— 1969, «The Late Stone Age in the Nigerian forest», *Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 364-73 (24).
— 1970, *Igbo Ukwu: an account of archaeological discoveries in Eastern Nigeria*, Londres, Faber and Faber, 2 vol. (24) (29).
— 1970, «Those Igbo Ukwu radiocarbon dates: Facts, fictions and probabilities», *J.A.H.* XVI: 503-17 (29).
— 1971, «Africa in Prehistory, leader or laggard?», *J.A.H.* XII, 1: 143-53 (24).
— 1972, «Early crops in Africa: a review of evidence», *B.W.S.* 56 (24).
SHERIF, N. M., 1971, *A short guide to the Antiquities garden*, Khartoum, Antiquities Service (9).
SHIFERACU, A., 1955, «Rapport sur la découverte d'antiquités trouvées dans les locaux du gouvernement général de Magallé», *A.E.* 1: 13-5 (13).
SHINNIE, P. L., 1954, *Medieval Nubia*, Khartoum, Sudan Antiquities Service (12).
— 1954, «Excavations at Tanqasi, 1953», *Kush* II: 66-85 (10).
— 1965, «New light on medieval Nubia», *J.A.H.*, VI, 3: 263-73 (12).
— 1967, *Meroe. A civilization of the Sudan*, New York: Praeger; London: Thames and Hudson (6) (9) (11).
— 1971, *The culture of medieval Nubia and its impact on Africa*, Khartoum (12).
— 1971, «The legacy to Africa», *in* J. R. HARRIS (ed.), *The legacy of Egypt*, Oxford: 434-55 (4).
SILBERBAUER, G. B., 1972, «The G/wi Bushmen», *in* M. G. BICCHIERI (ed.), *Hunters and gatherers today*, New York, Holt, Rinehart and Winston (26).

SIMPSON, W. K., 1963, *Heka-Nefer and the dynastic material from Tashka and Armina*, New Haven-Philadelphie, The Peabody museum of natural history, Yale University, XIV + 56 p. (4).
— ed. 1972, *The literature of Ancient Egypt. An anthology of stories, instructions and poetry*, trad.: E. H. y R. D. FAULKNER, E. F. WENTE y W. K. SIMPSON, New Haven-London (2) (3).
SINGER, R. y WEINER, J. A., 1963, «Biological aspects of some indigenous African populations», *S.J.A.* 19: 168-76 (21).
SLIM, H., MAHJOUBI, A. y BELKODJA, Kh., 1968, *Histoire de la Tunisie*, I. «L'Antiquité», Tunis (19).
SMITH, A. B., 1974, «Preliminary report on excavations at Karkarichinkat North and South. Tilemsi valley, 1972», *W.A.J.A.*, 4: 33-55 (24).
SMITH, Sir G. E. y DAWSON, W. R., 1924, *Egyptian Mummies*, London, G. Allen et Unwin (5).
SMITH, H. S., 1966, «The Nubian B-group», *Kush* XIV: 69-124 (9).
— 1976, *The Fortress of Buhen; the inscriptions*, London, Egypt Exploration Society (2).
SMITH, W. S., 1949, «A history of Egyptian sculpture and painting in the old Kingdom», 2.ª ed., Boston Museum of Fine Arts, 212 p. (3).
— 1965, *Interconnections in the ancient Near East. A study of the relationships between the arts of Egypt, the Aegean and Western Asia*, New Haven-London, Yale University Press (5).
— 1965, *The art and architecture of Ancient Egipt*, Harmondwoth-Baltimore, Penguin Books, Pelican History of Art (3) (5).
— 1971, «The Old Kingdom in Egypt and the beginning of the First Intermediate Period», *Cambridge Ancient History*, I, 2, cap. XIV (3.ª ed.), Cambridge (2).
SMITS, L., 1967, «Fishing scenes from Botsabelo, Lesotho», *S.A.A.B.* 22: 60-7 (26).
SNOWDEN, F. M., 1970, *Blacks in Antiquity, Ethiopians in the Greco-roman experience*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, XXII + 364 p. (6) (17) (20).
SNOWDEN, F. M. Jr., 1976, «Témoignages iconographiques sur les populations noires dans l'Antiquité romaine», *in L'image du Noir dans l'art occidental*, Paris, Menil Foundation, vol. I: «Des pharaons à la chute de l'Empire romain», pp. 135-245 (6).
SOLHEIM, W., 1965, «Indonesian culture and Malagasy origin», *Taloha*, Tananarive, I: 33-42 (28).
SOPER, R. C., 1967, «Kwale: an Early Iron Age site in South Eastern Kenya», *Azania* II: 1-17 (22) (27).
— 1967, «Iron Age sites in North Eastern Tanzania», *Azania* II: 19-36 (22).
— 1971, «A general review of the Early Iron Age in the southern half of Africa», *Azania* VI: 5-37 (21) (25) (27).
SOUVILLE, G., 1958-9, «La pêche et la vie maritime au Néolithique en Afrique du Nord», *B.A.M.* III: 315-44 (17).
SPARRMAN, A., 1789, *A voyage to the Cape of Good Hope, towards the Antarctic Polar Circle, and round the world, but chiefly into the country of the Hottentots and Caffres, from the year 1772 to 1776*, Perth (26).
SPENCER, J. E., 1968, «Comments on the origins of agriculture in Africa», *C.A.* 9, 5: 501-2 (24).
SPIEGEL, J., 1950, *Soziale und weltanschauliche Reformbewegungen in alten Ägypten*, Heidelberg, Kerle (2).
SPRUYTTE, J., 1967, «Un essai d'attelage protohistorique», *Plaisirs équestres*, 34: 279-81 (17).
— 1968, «Le cheval de l'Afrique ancienne», *Le Saharien*, 48: 32-42 (17).
— 1977, *Etudes expérimentales sur l'attelage*, Paris, Crepin-Lebblond (20).
STEIN, A., 1915, *Untersuchungen zur Geschichte und Verwaltung Ägyptens unter römischer Herrschaft*, Stuttgart (7).
STEIN, E., 1949, *Histoire du Bas Empire*, vol. II «De la disparition de l'Empire de l'Occident à la mort de Justinien, 476-565», Paris-Bruxelles-Amsterdam: de Brouwer (7).
STEINDORFF, G. VON, ed. 1903-19, *Unkunden des ägyptischen Altertums*, Leipzig, Hinrichs (11).
STEMLER, A. B. L., HARLAM, J. R. y DEWET, J. M. J., 1975, «Caudatum sorghums and speakers of Shari-Nile languages in Africa», *J.A.H.* XVI, 2: 161-83 (24).
STOCK, H., 1949, *Die Erste Zwischenzeit Ägyptens. Untergang der Pyramidenzeit, Zwischenreiche von Abydos und Herakleopolis, Aufstieg Thebens*, Roma, Pontificium Institutum Biblicum, XX + 110 p. (2).
SUMMERS, R., 1958, *Inyanga prehistoric settlements in Southern Rhodesia*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (27).
— 1969, «Ancient mining in Rhodesia», *M.M.* 3: 256 (27) (29).
SUMMERS, R., ROBINSON, K. R. y WHITTY, A., 1961, «Zimbabwe excavations». *O.P.N.M.* III, 23a (27).
SUTTON, J. E. G., 1966, «The archaeology and early peoples of the Highlands of Kenya and Northern Tanzania», *Azania* I: 37-57 (22).
— 1971, «The interior of East Africa», *in* P. L. SHINNIE (ed.), *The African Iron Age*, Oxford, Clarendon Press (23).

— 1972, «New radiocarbon dates for Eastern and Southern Africa», *J.A.H.* XIII, 1: 1-24 (25) (27).
— 1973, *The archaeology of the Western Highlands of Kenya*, Nairobi-London, British Institute of Eastern Africa (23).
— 1974, «The aquatic civilization of Middle Africa», *J.A.H.* XV: 527-46 (21) (23).
SUTTON, J. E. G. y ROBERTS, A. D., 1968, «Uvinza and its salt industry», *Azania* III: 45-86 (29).
SZUMOWSKI, G., 1957, «Fouilles du Nord du Macina et dans la région de Segou», *B.I.F.A.N.* B. 19: 224-58 (24).
TADESSE TAMRAT, 1972, *Church and state in Ethiopia 1270-1527*, Oxford, Clarendon Press (16).
TAMIT, 1967, *Missione archeologia in Egitto dell'universita di Roma*, Roma (12).
TARN, W. W., 1966, *The greeks in Bactria and India*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (22).
TARN, W. W. y GRIFFITH, G. T., 1966, *Hellenistic civilization* (1.ª ed. 1930) 3.ª ed., London, E. Arnold (6) (22).
TEUTSCH, L., 1962, *Das Stadtewesen in Nordafrika in der Zeit von C. Gracchus bis zum Tode des Kaisers Augustus*, Berlin, De Gruyter (19).
TE VELDE, H., 1967, *Seth, God of confusion. A study of his role in Egyptian mythology and religion*, Leyde, E. J. Brill, XII + 168 p. (3).
THABIT, H. T., 1957, «Tomb of Djehuty-Hetep (Tehuti-Hetep), Prince of Semma», *Kush* V: 81-6 (9).
THOM, H. B., ed. 1952-1958, *The journal of Jan Van Riebeeck*, Cape Town, Balkema, 3 vol. (26).
THOMAS, E. M., 1959, *The harmless people (on the Bushmen of the Kalahari Desert)*, London, Secker and Warburg (26).
THOMAS, W. R., 1931, «Moscow mathematical papyrus n.º 14», *J.E.A.* XVII: 50-2 (5).
THOMPSON, G., 1827, *Travels and adventures in Southern Africa*, ed. V. S. Forbes (Cape Town, Van Riebeeck Society) 1967 (26).
THUNBERG, C. P., 1795, *Travels in Europe, Africa, and Asia performed between 1770 and 1779*, vol. II, London (26).
TIXERONT, J., 1960, «Réflexions sur l'implantation ancienne de l'agriculture en Tunisie», *Khartago* X: 1-50 (19).
TÖRÖK, L., 1971, «Fragment eines spätantiken roten Tongefässe mit Stempelverzierung aus Nubien und dessen Problemkreis», *M.A.I.* 2 (12).
TOUNY, A. D. y WENIG, S., 1969, *Der Sport im alten Ägypten*, Leipzig-Amsterdam (3).
TOYNBEE, J. M. C., 1973, *Animals in Roman Life and art; aspects of Greek and Roman life*, London Thames and Hudson (20).
TOZER, H. F., 1964, *History of ancient geography*, 2.ª ed., New York, Biblo and Tannen (22).
TRIGGER, B. G., 1965, *History and settlement in Lower Nubia*, New Haven, Yale Univ. Pub. in anthropology, 69, VIII + 224 p. (9) (11) (12) (17).
— 1969, «The myth of Meroe and the African Iron Age», *I.J.A.H.S.* II, 1: 23-50 (10) (11) (21) (24).
— 1970, «The cultural ecology of christian Nubia», *in* E. DINKLER (ed.), *Kunst und Geschichte Nubiens in Christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 347-87 (12).
TUFNELL, O., 1959, «Anklets in Western Asia», *B.I.A.* 37-54 (13).
TURCAN, R., 1961, «Trésors monétaires trouvés à Tipasa. La circulation du bronze en Afrique romaine et vandale aux V.e et VI.e siècles ap. J.-C.», *Libyca* 201-57 (19).
TWISSELMANN, F., 1958, *Les Ossements humains du site mésolithique d'Ishango*, Exploration du Parc national Albert, Mission J. de Heinzelin de Braucourt (1950), Fasc. 5, Bruxelles, 125 p. (25).
TYLECOTE, R. F., 1970, «Iron working at Meroe, Sudan», *B.H.M.* 4: 67-72 (11) (21).
UNESCO, 1963-1967, *Fouilles de Nubie, 1959-1963*, El Cairo (20).
VAAL, J. B. DE, 1943, «Soutpansberges Zimbabwe», *S.A.J.S.* XL: 303-18 (27).
VALBELLE, D., 1974, *Lexikon der Ägyptologie* I, n.º 7, Col. 1028-34 (3).
VANSINA, J., 1962, «Long-distance trade routes in Central Africa», *J.A.H.* III, 3: 375-90 (25).
— 1966, *Kingdoms of the Savanna*, Madison, Univ. of Wisconsin Press (27).
VANTINI, G., 1970, *The excavations at Faras, a contribution to the history of Christian Nubia*, Bologna, Nigrizia (12).
VASILYEV, A. A., (ed.) 1907, «Zhitiye grigentiya, yepiscopa Omiritskago (Vita Sancti Gregenti)», *Vizantiyskiy vremennik* XIV: 63-4 (15).
VEH, O., (ed.) 1971, *Vandalenkrige von Procopius Caesariensis*, Munich, Heimeran (19).
VERCOUTTER, J., 1945, *Les Objets égyptiens ou égyptisants du mobilier funéraire carthaginois*, vol. 40, Paris, Bibliothèque archéologique et historique (9).
— 1956, «New Egyptian inscriptions from the Sudan», *Kush*, IV: 66-82 (9).
— 1957, *Kush* V, pp. 61-69 (12).
— 1958, «Excavations at Sai 1955-57», *Kush* VI: 144-69 (9).
— 1959, «The gold of Kush. Two gold-washing stations at Faras East», *Kush*, VII: 120-53 (9) (11).

— 1962, «Un palais des Candaces contemporain d'Auguste; fouilles à Wad-ban-Naga, 1958-60», *Syria*, 39: 263-99 (10) (11).
— 1964, «Excavations at Mirgissa I (oct.-déc. 1962)», *Kush* XII: 57-62 (2) (9).
— 1970, «Les trouvailles chrétiennes françaises à Aksha, Mirgissa et Sai», *in* E. DINKLER (ed.), *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 155-62 (12).
— 1976, *L'Egypte ancienne*, 8.ª ed., Paris, P.U.F., Que sais-je? n.º 247 (2).
VERCOUTTER, J., LECLANT, J. y SNOWDEN, F., 1976, *L'Image du Noir dans l'art occidental*. Vol. I: «Des pharaons à la chute de l'empire romain», Fribourg, Menil Foundation.
VERIN, P., 1967, «Les antiquités de l'île d'Anjouan», *B.A.M.* XLV, 1: 69-79 (28).
— 1968, «Several types of obsolete Madagascar pottery», *Asian perspectives* XI: 111-8 (28).
— 1970, «Un conte antalaotse, Mojomby, la ville disparue», *B.M.* 293-94: 256-8 (28).
VERIN, P., KOTTAK, C. y GORLIN, P. 1970, «The glottochronology of Malagasy dialects», *Oceanic linguistics* VIII, 2 (28).
VIDAL, P. 1969, *La Civilisation mégalithique de Bouar, Prospections et fouilles 1962-66*, Paris, Didot, 132 p. (25).
VILLIERS, A., 1949, «Some aspects of the Dhow trade», *M.E.J.*: 399: 416 (22).
VILLIERS, H. DE, 1970, «Dieskettreste der Ziwa», *Homo* XXI: 17-28 (27).
VINCENT, W., 1807, *The commerce and navigation of the Ancients in the Indian Ocean*, London, 2 vol. (22).
— 1809, *The voyage of Nearchus and the periplus of the Erythraean Sea*, Oxford (22).
VINICOMBE, P., 1960, «A fishing scene from the Tsoelike, South Eastern Basutoland», *S.A.A.B.* 15: 15-9 (26).
— 1965, «Bushmen fishing as depicted in rock paintings», *S.S.A.* 212: 578-81 (26).
VILA, A., 1970, «L'armement de la forteresse de Mirgissa-Iken», *R.E.* 22: 171-99 (3).
VITA, A. DI, 1964, «Il limes romano di Tripolitania nella sua concretezza archeologica e nella sua realta storica», *Libya antiqua:* 65-98 (19) (29).
VITTMANN, G., 1974, «Zur Lesung des Königsnamens», *Orientalia* 43: 12-6 (10).
VOGEL, J. O., 1969, «On early evidence of agriculture in Southern Zambia», *C.A.* X: 524 (27).
— 1970, «The Kalomo culture of Southern Zambia: some notes towards a reassessment», *Z.M.J.* I: 77-88 (27).
— 1971, «Kamangoza: an introduction to the Iron Age cultures of the Victoria Falls region», *Z.M.P.* II (27).
— 1971, «Kumandzulo: an Early Iron Age village site in Southern Zambia», *Z.M.P.* III (27).
— 1972, «On early Iron Age funerary practice in Southern Zambia», *C.A.* XIII: 583-6 (27).
— 1973, «The Early Iron Age at Sioma mission, Western Zambia», *Z.M.J.* IV (27).
VOLNEY, M. C. F., 1787, *Voyages en Syrie et en Egypte pendant les années 1783, 1784 et 1785*, Paris, Volland, Desenne, 2 vol. (1).
VUILLEMOT, G., 1955, «La nécropole punique du phare dans l'île de Rachgoum», *Libyca* III: 7-76 (18).
VYCICHL, W., 1956, «Atlanten, Isebeten, Ihaggaren», *R.S.O.* 31: 211-20 (17).
— 1957, «Egzi'abeher "Dieu"», *A.E.* II: 249-50 (15).
— 1961, «Berber words in Nubian», *Kush* IX: 289-90 (17).
— 1972, *Die Mythologie der Berber*, Stuttgart, H. W. Haussig (17).
WAINWRIGHT, G. A., 1945, «Iron in the Napatan and Meroitic ages», *S.N.R.* 26: 5-36 (11).
— 1947, «Early foreign trade in East Africa», *Man*, XLVII: 143-8 (22).
— 1951, «The Egyptian origin of a ram-headed breast plate from Lagos», *Man* LI: 133-5 (4).
— 1962, «The Meshwesh», *J.E.A.* 48: 89-99 (17).
WALSH, P., 1965, «Massinissa», *J.R.S.* LV (18).
WALLACE, L., 1938, *Taxation in Egypt from Augustus to Diocletian*, Princeton (7).
WALLE, B. VAN DE, 1953, «La cippe d'Horus découverte par J. Bruce à Axoum», *Chronique d'Egypte* 56: 238-47 (15).
WALLERT, I, 1962, *Die Palmen im alten Ägypten, Eine Untersuchung ihrer praktischen, symbolischen und religiösen Bedeutung*, Berlin, B. Hessling, 159 p. (17).
WARMINGTON, B. H., 1954, *The North African provinces from Diocletian to the Vandal conquest*, Cambridge, Cambridge University Press (19).
— 1969, *Carthage*, 1.ª ed.: 1964, London, Robert Hale (18) (21).
WARMINGTON, E. H., 1928, *The commerce between the Roman empire and India*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 2.ª ed.: 1974, London, Curzon Press (22).
— 1963, «Africa in ancient and medieval times», *in* E. A. WALKER (ed.), *Cambridge History of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, vol. VIII (22).
WATERHOUSE, G., ed. 1932, *Simon Van der Stel's journal of his expedition to Namaqualand, 1685-1686*, Dublin, Dublin Univ. Press. 162 p. (26).

WEBSTER, T. B. L., 1964, *Hellenistic poetry and art*, London, Methuen (6).
WEITZMANN, K., 1970, «Some remarks on the sources of the fresco paintings of the cathedral of Faras», *in* E. DINKLER (ed.), *Kunst und Geschichte Nubiens in christlicher Zeit*, Recklinghausen, Verlag Aurel Bongers: 325-46 (12).
WELBOURNE, R. G., 1973, «Identification of animal remains from the Broederstroom 24/73 early iron age site», *S.A.J.S.* LXIX: 325 (27).
WENDT, W. E., 1972, «Preliminary report on an archaeological research programme in South West Africa», *Cimbebasia B.* 2, 1: 1-45 (26).
WENIG, S., 1967, «Bemerkungen zur meroitische Chronologie», *M.I.O.D.* 13: 9-27 (10) (11).
— 1967, *Die Frau im alten Ägypten*, Leipzig (3).
— 1974, Articulo *in Z.Ä.S.* 101: 143-4 (10).
WESSEL, K., 1963, *Koptische kunst. Die Spätantike in Ägypten*, Recklinghausen, A. Bongers (7) (12).
— 1964, *Zur Ikonographie der koptischen Kunst, Christentum am Nil*, Recklinghausen, Verlag A. Bongers (12).
WESTENDORF, W., 1968, *Das alte Ägypten*, Stuttgart-Baden Baden, Holle (2).
WHEELER, R. E. M., 1954, *Rome beyond the imperial frontiers*, London, Bell (22).
— 1966, *Civilizations of the Indus Valley and beyoun*, London, Thames and Hudson (22).
WILCKEN, U. y MITTEIS, L., 1912, *Grundzüge der Papyruskunde*, Leipzig (7).
WILSON, J. A., 1951, *The Burden of Egypt. An interpretation of ancient Egyptian culture*, Chicago, Univ. of Chicago Press, XX + 232 p. (2).
— 1969, *Ancient Near East Tests, in* J. B. PRITCHARD, Princeton: 409 (4).
WILL, E., 1966, *Histoire politique du monde hellénistique, 323-30 av. J.-C.*, 2 vol., Nancy, Berger-Levrault (6).
WILLET, F., 1967, *Ife in the history of West African sculpture*, London, Thames and Hudson (24).
WILLIAMS, D., 1969, «African iron and the classical world», *in* L. A. THOMPSON y J. FERGUSON (ed.), *Africa in classical antiquity*, Ibadan: 62-80 (21).
WINLOCK, H. E., 1947, *The rise and fall of the Middle Kingdom in Thebes*, New York, Macmillan (2).
— 1955, *Models of daily life in Ancient Egypt from the tomb of Meket-Rê at Thebes*, Cambridge, Harvard Univ. Press (5).
WINSTEDT, E. O., 1909, *The christian topography of Cosmas Indicopleustes*, Cambridge, Cambridge University Press (15).
WISSMANN, H. VON, 1964, «Ancient history», *Le Muséon*, LXXVII, 3-4 (15).
WISSMANN, H. VON y RATHJENS, C., 1957, «De Mari Erythraeo: Sonderdruck aus der Lauten sich», *Festschrift stuttgarter geographische Studien*, 69 (24).
WOLDERING, I., 1963, *Egypt, the art of pharaohs*, Londres, Methuen (5).
WOLF, W., 1957, *Die Kunst Ägyptens: Gestalt und Geschichte*, Stuttgart, Kohlhammer (3).
— 1971, *Das alte Ägypten*, Darmstadt-Munich, Deutscher Taschenburg Verlag (2).
WOLSKA-CONUS, W., ed. 1968-70-73, *Cosmas Indicopleustes. Topographie chrétienne*, Paris, Le Cerf. 3 vol. (14) (16) (22).
WORD, W., 1965, *The spirit of Ancient Egypt*, Beirut (3).
Wörtebuch der ägyptischen Sprache, fünfter Band (1971), Berlin, Akademie Verlag (1).
YORK, R. N., BASSEY, F., *et al* 1974, «Excavations at Dutsen Kongba», *N.A.S.* (24).
YOYOTTE, J., 1958, «Anthroponymes d'origine libyenne dans les documents égyptiens», *C.R.G.L.C.S.* 8: (4) (17).
— 1958, *in Dictionnaire de la Bible*, supplément VI, I, Paris, Le Touzey et Ane: 370 (4).
— 1961, «Les principautés du delta au temps de l'anarchie libyenne», *Mélanges Maspero* 1, 4: 122-51 (2) (17).
— 1965, «Egypte ancienne», *Histoire universelle*, Paris, Gallimard, Encyclopédie de la Pléiade: 104-285 (2).
— 1975, «Les Sementiou et l'exploration des régions minières de l'Ancien Empire», *B.S.F.E.*, 73: 44-55 (3).
ZABA, Z., 1953, *L'Orientation astronomique dans l'Ancienne Egpyte et la précession de l'axe du monde*, Prague (5).
ZABKAR, L. W., 1975, *Apedemak, Lion god of Meroe*, Warminster (10) (11).
ZAWADZKI, T., 1967, «Les fouilles de la mission archéologique polonaise à Faras; leur importance pour l'histoire de l'art byzantin», *R.E.S.E.E.* V. (12).
ZEISSL, H. VON, 1944, *Äthiopen und Assyer in Ägypten*, Glückstadt-Hamburg, J. J. Augustin (2) (10).
ZIBEUUS, K., 1972, *Afrikanische Arts und Volkernamen in hieroglyphischen und hieratischen Texten*, Wiesbaden (4).
ZÖHRER, L. G., 1952-3, «La population du Sahara antérieure à l'apparition du chameau», *B.S.N.G.* 51: 3-133 (20).

ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LA BIBLIOGRAFIA

Ä.A. — «Agyptologische Abhandlungen», Wiesbaden, Harrassowitz.
A.A. — «American anthropologist», Washington DC.
A.A.W. — «Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften», Berlín.
A.B. — «Africana Bulletin», Varsovia, Universidad de Varsovia.
A.C.P.M. — «Annal of the Cape provincial museums», El Cabo.
Actas VIII Congr. Intern. Arqueo. Crist. — «Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología cristiana», Barcelona, 1972.
Actes Coll. Bamako I — «Actes du premier colloque international de Bamako organisé par la fondation S.C.O.A. pour la recherche scientifique en Afrique noire (Projet Boucle du Niger)», Bamako, 27 enero-1.° febrero, 1975.
Actes Col. Nubiol. Inter. — «Actas del Coloquio Nubiológico Internacional en el Museo Nacional de Varsovia», Varsovia, 1972.
Actes Ier Coll. Intern. Archéol. Afr. — «Actes du Ier colloque international d'archéologie africaine, Fort-Lamy, 11-16 déc. 1966. Etudes et documents tchadiens, Mém 1», Fort-Lamy, 1969.
Actes Coll. Intern. Biolog. Pop. Sahar. — «Actes du colloque international de biologie des populations saharienne», Argel, 1969.
Actes Coll. Intern. Fer. — «Actes du colloque international: le fer à travers les âges», Nancy 3-6 oct. 1956. Annales de l'Est, Mém. n° 16, Nancy, 1956.
Actes VIIe Coll. Intern. Hist. Marit. — «Actes du VIIe colloque international d'histoire maritime», Lourenço Marques, 1962, publié en 1964, Paris, S.E.V.P.E.N.
Actes VIIIe Coll. Intern. Hist. Marit. — «Actes du VIIIe colloque international d'histoire maritime», Beirut, 1966, publié en 1970, Paris, S.E.V.P.E.N.
Actes Conf. Ann. Soc. Phil. Soudan — «Actes de la conférence annuelle de la société philosophique du Soudan».
Actes Ier Conf. Intern. Afr. Ouest. — «Actes de la Ier Conférence internationale des africanistes de l'Ouest», Dakar, 1945.
Actes IIe Conf. Intern. Afr. Ouest. — «Actes de la IIe conférence internationale des africanistes de l'Ouest», Bissau, 1947.
Actes XIVe Congr. Intern. Et. Byz. — «Actes du XIVe Congrès international d'études byzantines», Bucarest, 1971.
Actes IIe Congr. Intern. Et. N. Afr. — «Actes du IIe Congrès international d'études nord-africaines», Revue de l'occident musulman et de la Méditerranée, Aix-en-Provence, 1968, publié en 1970, Gap, Ophrys.
Actes IVe Congr. P.P.E.Q. — «Actes du IVe Congrès panafricain de préhistoire et de l'étude du Quaternaire», Léopoldville, 1959, *A.M.R.A.C.* 40.
Actes VIe Congr. P.P.E.Q. — «Actes du VIe Congrès panafricain de préhistoire et de l'étude du Quaternaire, Dakar, 1967, Chambéry, Impr. Réunies.

Actes VIIe Congr. P.P.E.Q. — «Actes du VIIe Congrès panafricain de préhistoire et de l'étude du Quaternaire», Addis-Abeba, 1971.

Acts III[er] Congr. P.P.S.Q. — «Acts of the IIIrd panafrican congress of préhistory and quaternary study», Livingstone, 1955, Londres, Chatto.

A.E. — «Annales d'Ethiopie», París, Klincksieck.

A.E.P.H.E. — «Annuaire de l'Ecole pratique des hautes études», IV Sección, París.

A.F.L.S.D. — «Annales de la faculté des lettres et sciences humaines de Dakar».

Ä.F.U. — «Ägyptologische Forschungen», Glückstadt-Hamburgo-Nueva York.

A.H.S. — «African historical studies», Boston (pasa a ser *I.J.A.H.S.* en 1972).

A.I. — «Africana italiana», Roma.

A.I.E.S.E.E. — «Asociación internacional de Estudios del Sudeste europeo», Academia de la República Popular de Rumania, Bucarest.

A.J.A. — «American journal of archaeology», The journal of archaeological institute of America, Boston, Mass.

A.K.M. — «Abhandlungen für die Kunde des Morgenlands», Leipzig.

Akten XI Intern. Limeskong. — «Akten des XI internationalen Limeskongresses», Budapest, Akademia, Kiado 1976.

A.L.O.S. — «Annual of the Leeds orientaciety», University of Leeds.

A.L.S. — «African langage studies», Londres.

American Neptune, Salem, Mass.

A.M.R.A.C. — «Annales du musée royal de l'Afrique centrale», série in 8°, sciences humaines, Tervuren.

Ann. Afr. — «Annuaire de l'Afrique du Nord, Université d'Aix-en-Provence.

Annales — «Annales: économies, sociétés, civilisations». París.

Ant. Afr. — «Antiquités africaines», París.

Antananarivo — «The Antananarivo annual and Madagascar magazine».

Anthropologie. — «Anthropologie», París.

Antiquity. — «Antiquity», Gloucester.

Ant. Pub. Ac. Naz Lincei — «Antichita Publicati per cura della Accademia nazionale dei Lincei».

A.Q. — «African quarterly», New Delhi.

Archaeology. — «Archaeology», Archaelogical Institute of America, Boston, Mass.

Archaeometry. — «Archaeometry», Research Laboratory of archaeology on the history of art. Oxford.

A.R.S.C. — «Académie royale des sciences coloniales, classe des sciences morales et politiques», nueva serie, Bruselas.

A.S. — «African studies».

A.S.A.E. — «Annales du service des antiquités d'Egypte», El Cairo.

A.S.A.M. — «Annals of the South African museum».

Asian Perspectives. — «Far Eastern Prehistory Association», Hong Kong.

A.S.R. — «African social research».

A.T. — «L'agronomie tropicale», Nogent-sur-Marne.

Atti IV Congr. Intern. Stud. Et. — «Atti del IV congresso internazionale di studi etiopici», Roma, 10-15 abril 1972. Roma, Accademia nazionale dei Lincei.

A.U.E.I. — «Avhandlinger Utgitt av». Egede instituttet, Oslo, Egede instituttet.

Azania. — «Journal of the British Institute of History and Archaeology in E. Africa», Nairobi.

B.A.A. — «Bulletin d'archéologie algérienne», Argelia.

B.A.M. — «Bulletin de l'académie malgache», Tananarive.

B.A. Maroc. — «Bulletin d'archéologie marocaine», Casablanca.

B.H.M. — «Bulletin of historial metallurgy».

B.I.A. — «Bulletin of Institute of Archaeology», Londres.

B.I.F.A.N. — «Bulletin de l'institut français (luego fondamental) d'Afrique noire», Dakar.

B.I.F.A.O. — «Institut français d'archéologie orientale», Bibliothèque d'étude», El Cairo.

B.M. — «Bulletin de Madagascar», Tananarive.

B.O. — «Bibliotheca orientalis». Leiden, Nederlands instituut voor Het Nabije Oosten te Leiden.

B.S. — «Bulletin scientifique», Ministère de la France d'Outre-Mer, Direction de l'agriculture.

B.S.A.C. — «Bulletin de la société d'archéologie classique».

B.S.A. Copte — «Bulletin de la société d'archéologie copte», El Cairo.

B.S.F.E. — «Bulletin de la société française d'Egyptologie», París.

B.S.H.N.A.N. — «Bulletin de la Société d'histoire naturelle de l'Afrique du Nord».

B.S.N.A.F. — «Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France», París.
B.S.N.G. — «Bulletin de la Société neuchâteloise de géographie», Neuchâtel.
B.S.P.F. — «Bulletin de la Société préhistorique française». Etudes et travaux, París.
B.S.P.P.G. — «Bulletin de la Société préhistorique et protohistorique gabonaisa», Libreville.
B.S.R.A.A. — «Bulletin de la Société royale d'archéologie d'Alexandrie».
B.W.S. 56 — «Burg Wartensteen symposium nº 56 on the origin of African plant domesticated», 19-27 de agosto de 1972.
Byzantinische Zeitschrift. — «Byzantinische Zeitschrift», Leipzig.
Byzantinoslavica. — «Byzantinoslavica», Praga.
Byzantion. — «Byzantion», Bruselas.
C.A. — «Current anthropology», a world journal of science of man, Chicago.
C.A.M.A.P. — «Estudios y trabajos del Centro de Arqueología Mediterránea de la Academia Polaca de Ciencias», Varsovia.
C.C. — «Corsi di cultura», Ravena, 1965.
C.E.A. — «Cahiers d'études africaines», París.
C.H.E. — «Cahiers d'histoire égyptienne», El Cairo.
C.M. — «Civilisation malgache», Antanana-París.
C.Q. — «Classical Quaterly», Londres.
C.R.A.I. — «Académie des inscriptions et belles lettres», compte rendu des séances, París.
C.R.G.L.C.S. — «Compte rendu des séances du groupe linguistique d'études chamito-sémitiques», Ecole pratique des Hautes Etudes, París.
C.R.S.B. — «Compte rendu sommaire des séances de la société de biogéographie», París.
C.S.A. — «Cahiers de la société asiatique», París.
C.S.S.H. — «Comparative studies in society and history», Oxford, Cambridge Univ. Press.
C.T.L. — «Current trends in linguistics», La Haya.
Chroniques d'Egypte. — «Cimbesia», State Museum, Windhoek.
D.A.E. — «Deutsche Aksum Expedition».
E.A.G.R. — «East African geographical review», Kampala.
E.E.F.E.M. — «Egypt exploration fund excavation memoirs», Londres.
E.H.R. — «The economic history review». Welwyn garden city, Broadwater press, Nueva York.
Encyclopédie berbère — «Encyclopédie berbère. Laboratoire d'anthropologie et de préhistoire des pays de la Méditerranée occidentale», Aix-en-Provence.
F.H.P. — «Fort Hare Papers».
Gazette des Beaux arts. — París.
G.J. — «The geographical journal», Londres.
G.N.Q. — «Ghana notes and queries», Legon.
H.A.S. — «Harvard African studies», Cambridge (Mass.), Harvard Uni. Press.
H.B.Z.A.K. — «Hamburger Beitrager zur Africa-Kunde», Deutches Institut für Africa Forschung, Hamburgo.
Hesperis. — «Hesperis», Institut des Hautes Etudes marocaines, Rabat.
Homo. — Université de Toulouse.
H.Z. — «Historische Zeitschrift», Munich.
I.J.A.H.S. — «The international journal of African historical studes». Nueva York (también como *A.H.S.*).
J.A. — «Journal asiatique», París.
J.A.H. — «Journal of African history», Cambridge-Londres.
J.A.O.S. — «Journal of the American oriental society», New Haven.
J.A.R.C.E. — «Journal of the American research center in Egypt», Boston y luego Cambridge.
J.A.S.A. — «Journal of African science association».
J.C.H. — «Journal of classical history», Londres.
J.E.A. — «The journal of Egyptian archaeology», Londres.
J.G.S. — «Journal of glass studies», Corning, N.Y.
J.H.S.N. — «Journal of the historical society of Nigeria», Ibadán.
J.R.A.I. — «Journal of the royal anthropological institute of Great Britain and Ireland», Londres.
J.R.A.S. — «Journal of the royal asiatic society of Great Britain and Ireland», Londres.
J.R.S. — «Journal of Roman studies», Londres.
J.S. — «Le journal des savants», París.
J. S.A. — «Journal de la société des africanistes», París.

J.S.A.I.M.M. — «Journal of the South African institute of mining and metallurgy», Johannesburg.
J.T.G. — «Journal of tropical geography», Singapur.
Karthago. — «Khartago», Revue d'archéologie africaine, Túnez.
Kush — «Kush», journal of the Sudan antiquities services, Jartum.
L.A.A.A. — «Liverpool annals of archaeology and anthropology», Liverpool.
Latomus. — «Latomus», Bruselas.
Le Saharien. — «Le Saharien», Revue d'action touristique, culturelle, économique et sportive. Association de la Rable et des Amis du Sahara, París.
Libyca. — «Libyca», Bulletin du Service des antiquités d'Algérie, direction de l'Intérieur et des Beaux-Arts. Argel; Libyca, antrhopologie, préhistoire, ethnologie, centre de recherches anthropologiques et ethnologiques, Argel.
M.A.D.P. — «Malawi antiquities departmant publications», Zomba.
M.A.G.W. — «Mitteilungen der anthorpologischen Gesellschaft in Wien».
M.A.I. — «Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts», Budapest.
Man. — «Man», Bruselas.
M.C.R.A.P.E. — «Mémoires du centre de recherches anthropologiques, préhistoriques et ethnographiques», Argel.
M.E.J. — «Middle East journal», Washington D.C.
M.I.O.D. — «Mitteilungen des Instituts für Orientforschung Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlín.
M.N. — «Meroitic newsletter».
Le Muséon — «Muséon», Revue d'études orientales, Lovaina.
N.A. — «Notes adricaines», Bulletin d'informations de l'I.F.A.N., Dakar.
N.A.D.A. — «Native affairs departmant annual (Rhodesia)», Salisbury, Government printer.
N.A.S. — «Nigerian archaeology seminar», 3-5 de julio de 1974.
N.K.J. — «Nederlandsch Kunsthistorisch Jaarboek», s'-Gravenhage.
Numismatic Chronicle. —«Numismatic Chronicle», Numismatic Society, Londres.
O.A. — «Opuscula atheniensia», Lund.
O.C.A. — «Orientalia christiana analecta», Roma.
Odú. — «Odú», Journal of Yoruba and related studies, Western Region Literatura Committee. Nigeria.
O.I.C.P. —«Oriental Institute of Chicago Publications.
O.L. — «Oceanic Linguistics». Departmant of Anthropology, Southern Illinois University, Carbondale, U.S.A.
O.P.N.M. — «Occasional papers of the national museum of Southern Rhodesia».
Optima. — «Optima», Johannesburg.
Orientalia. — «Orientalia», Amsterdam.
Orient Antiquus. — «Orient Antiquus». Centro per le antichità et la storia dell'arte del Vicino Oriente, Roma.
P.A. — «Probleme der Ägyptologie», Leyde.
Paideuma — «Paideuma», Mitteilungen zur Kulturkunde, Wiesbaden.
Plaisirs équestres. — París.
Proc. P.S. — «Proceedings of the prehistoric society», Cambridge.
Proc. Rhod. Sci. Ass. — «Proceedings of the Rhodesian Science Association».
Q.A.L. — «Quaderni di archeologia della Libia», Roma.
R.A. — «Revue africaine», Bulletin de la Société historique algérienne, Argel.
R.A.C. — «Rivista di archeologia cristiana della pontificia Commissione di archeologia sacra». Roma.
R. Anth. — «Revue anthropologique», París.
R. Arch. — «Revue archéologique», París.
R.E. — «Revue d'égyptologie», París, Klincksieck.
R.E.A. — «Revue des études anciennes», Burdeos.
R.E.L. — «Revue des études latines», París.
R.E.S.E.E. — «Revista de Estudios del Sudeste Europeo», Academia de la República Popular Rumana, Instituto de Estudios del Sudeste Europeo, Bucarest.
R.F.O.M. — «Revue française d'histoire d'outre-mer», París.
R.H. — «Revue historique», París.
R.H.R. — «Annales du Musée Guimet», Revue de l'histoire des religions, París, Leroux.
R.O.M.M. — «Revue de l'Occident musulman et de la Meditterranée», Aix-en-Provence.
R.R.A.L. — «Rendiconti della reale accademia dei Lincei», Roma.

R.S.E. — «Rassegna di studi etiopici», Instituto per l'Oriente, Roma.
R.S.O. — «Rivista degli studi orientali publicata a cura dei professiori della scuola orientale della università di Roma», Roma.
R.U.B. — «Revue de l'université de Bruxelles», Bruselas.
S.A. — «Scientific American», Nueva York.
S.A.A.A.S. — «South African association for the advancement of Science», Johannesburg.
S.A.A.B. — «South African archaeological bulletin», Cape Town.
S.A.A.J. — «South African archaeological journal».
S.A.J.S. — «South African journal of Science», Johannesburg.
S.A.K. — «Studien zur altägyptischen kultur», H. Buske Verlag, Hamburgo.
S.As. — «Société asiatique», París.
S.A.S.A.E. — «Supplément aux Annales du Service des antiquités d'Egypte», El Cairo.
S.c. South Africa. — «Science South Africa».
S.J.A. — «Southwestern journal of antrhopology», Albuquerque, Nueva Mexico.
S.L.S. — «Society for Libyan studies».
S.M. — «Studi magrebini», Instituto universario orientale, Nápoles.
S.N.R. — «Sudan notes and records», Jartum.
Syria. — «Syria», Revue d'art oriental et d'archéologie, París.
T.J.H. — «Transafrican journal of history».
T.N.R. — «Tanganyika (Tanzania) notes and records», Dar-es-Salam.
T.R.S.S.A. — «Transactions of the royal society of South Africa».
Trav. I.R.S. — «Travaux de l'institut de recherches sahariennes», Université d'Alger, Argel.
Trav. R.C.P. — «Travaux de la Recherche coordonnée sur sprogramme», CNRS, París.
Ufahamu. — «Ufahamu», Journal of the African Activist Association, Los Angeles.
U.J. — «Uganda journal», Kampala.
W.A. — «World archaeology», Londres.
W.A.A.N. — «West african archaeological newsletter», Ibadán.
W.A.J.A. — «West african journal of archaeology», Ibadán.
W.Z.K.M. — «Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes», Viena.
Z.Ä.S. — «Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde», Osnabrück, Zeller.
Z.D.M.G. — «Zeitschrift der deutschen morgenländischen Gesellschaft», Leipzig.
Zephyrus. — «Zephyrus», Crónica del Seminario de Arqueología, Salamanca.
Z.K. — «Zeitschrift für Kirchengeschichte», Gotha.
Z.M.J. — «Zambia museum journal», Lusaka.
Z.M.P. — «Zambia museum papers», Lusaka.
Z.Z.S.K. — «Zbornik zastitë Spomenika kulture».

INDICES

TOPONIMOS

Abalessa, 529, 540.
Abdallah Nirqui, 337, 341.
Abd el Gedir, 254.
Abidos, 19, 34, 42, 45, 48, 76, 89, 169.
Aboyne, 699.
Abu Hamed, 227, 277.
Abu Simbel (templo), 157, 254, 272.
Abusir, 85.
Acacus, 431, 435.
Accra, 613, 628.
Acchele Guzai, 356, 358.
Addi Galamo, 350-58, 363.
Addi Gramaten, 354, 355, 356, 358, 360.
Aden, 355, 568, 722.
Aden (Golfo de), 395.
Admer (Erg), 609.
Adrar, 531.
Adrar Bous, 604.
Adulis, 353, 367, 368, 370-71, 374, 380, 383, 385, 389, 391, 392, 393, 397, 402, 420, 571, 574.
Afan, 395.
Africa (cf. Magreb).
Africa austral, 544, 552, 556, 652, 659, 660, 661, 665, 667, 674, 675, 681, 683, 685, 691, 698, 699, 700, 701, 702.
Africa central, 227, 229, 230, 237, 239, 243, 580, 592, 631-49, 736.
Africa del Norte, 29, 201, 385, 404, 421, 430, 431, 433, 440, 452, 458, 459, 460, 468, 473, 475, 477, 479, 483, 488, 497, 505, 509, 510, 511, 534, 545, 554, 560, 736, 774, 775.
Africa del Sur, 545, 550, 579, 633, 699, 701, 736, 738.
Africa ecuatorial, 582.
Africa meridional, 14, 651-81, 683-702.
Africa occidental, 18, 230, 456, 522, 545, 546, 548, 549, 550, 552, 554, 555, 556, 558, 601-29, 608, 738, 742.
Africa oriental, 18, 230, 383, 395, 439, 554, 555, 561-76, 577-600, 674, 692, 708, 736, 737, 739, 742.
Africa subsahariana, 543-60, 729-42, 775.
Africa tropical, 389, 398, 556, 738, 774.
Agordat, 135.
Agujas (cabo), 661.
Akaba, 225.
Akasha, 251, 272.
Akhmim, 120.
Akjujt, 622.
Alejandría, 155, 183, 184, 185, 186, 190, 191, 193, 194, 196, 199, 200, 201, 203, 207, 210, 212, 214, 216, 221, 222, 224, 283, 335, 337, 407, 408, 412, 414, 417, 722, 737.
Alepo, 225.
Alodia, 33, 335.
Altaya, 517, 518.
Altas tierras, 703, 708, 713.
Alto Volta, 555, 560, 613, 614, 615, 616, 618, 624.
Alwa, 387, 389.
Amada, 271.
Amara, 272, 291, 310.
Ambatomanoina, 715.
Amekni, 606.
Ampsaga (Ued el-Kebir), 479, 483.
Amrah, El, 42.
Anatolia, 181, 554.
Andalucía, 509.
Anfushi, 200.
Angola, 648, 686, 688, 701.
Aniba, 137, 317.
Annaba, 454.
Antioquía, 221, 225, 412.
Anza, 368, 377, 399.
Arabia, 13, 140, 142, 357, 391, 401, 402, 404, 407, 414, 539, 553, 566, 568, 572, 574, 711, 722.
Arabia del Sur, 138, 347, 352, 353, 354, 355, 363, 380, 381, 385, 387, 388, 393, 399, 406, 418, 420, 569, 774.
Aratu, 374.
Arcturus, 693.
Argel, 431, 440, 454.
Argelia, 429, 430, 433, 452, 520, 625.
Armenia, 403.
Asia, 105, 107, 108, 123, 133, 148, 184, 229, 451, 545, 549, 569, 708, 717.

Asia menor, 352.
Asiria, 100, 117, 281.
Asmara, 371.
Asselar, 609.
Assiout, 277.
Assuán, 15, 76, 82, 107, 140, 173, 198, 227, 229, 240, 241, 271, 289, 331, 343, 773.
Atbara, 198, 227, 230, 253, 294, 311.
Atenas, 101, 188, 199, 203, 399, 449, 460, 462.
Atlántico (océano), 457, 458, 479, 522, 550, 645, 647, 674.
Atlas, 433, 440, 469, 475.
Aures, 475, 496, 511, 517.
Austral (mar), 142.
Avaris (Hat-Uaret), 91.
Awka, 620, 621.
Axum, 321, 345, 348, 356, 365-83, 385-427, 774.

Bab-el-Mandeb (estrecho), 395.
Baharieh, 437.
Barh-el-Ghazal, 18, 131, 143, 534.
Bajuda, 321.
Baleares, 451, 510.
Ballana, 295, 297, 329.
Bani (Valle), 622.
Barkal (cf. Djebel Barkal).
Basa, 319.
Basanga, 691.
Batalimo, 634.
Batn-el-Haggar, 229, 230, 240, 241, 245, 251.
Bazen, 370.
Beir el-Walli, 272.
Beja, 447.
Bel Air, 608, 625.
Beni Hassan, 175, 256.
Benin, 620, 629.
Berenice (Bengasi), 184, 201, 393.
Berseh, El , 177.
Biblos, 86, 110, 133, 180.
Bignona, 625.
Bizancio, 225, 333, 339, 391, 392, 393, 395, 418, 510, 514, 563.
Bizerta, 481.
Blande, 614.
Bon (cabo), 453, 460.
Borku, 608, 619.
Borneo, 713, 714.
Bornu, 616.
Bosumpra, 614, 615.
Botswana, 544, 653, 698, 699.
Bouar, 640.
Bubastis, 120.
Bou N'jem (Abu N'jem), 430, 476, 493.
Buto, 120.
Bretaña, 457.
Buhaya, 636, 647.
Buhén, 135, 137, 235, 236, 250, 256, 266, 271, 272.
Bulawayo, 692, 694.
Bur Gao, 563.
Burembo, 637.
Buroburo, 734.
Buru, 634.
Burundi, 673, 647.
Butana, 292, 308, 309, 311, 315, 325, 327.
Byrsa, 459.
Byzacene, 481, 493.

Cabo, El, 550, 558, 651, 652, 653, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 664, 665, 667, 668, 670, 671, 672, 674, 675, 676, 677, 678, 738, 739.
Cabo Verde, 625.
Cádiz, 450, 451, 454, 738.
Cairo, El, 75, 83, 143, 173.
Camerún, 457, 523, 547, 559, 611, 645.
Canarias, 430, 528.
Capetown, 659.
Capsa (Gafsa), 430, 475.
Cartago, 185, 433, 435, 439, 449-71, 473, 476, 477, 481, 483, 485, 487, 488, 504, 505, 507, 510, 540, 560, 627.
Casamance, 615, 626, 640, 739.
Cataratas, 1.ª, 36, 38, 133, 198, 229, 235, 241, 249, 254, 317, 329.
2.ª, 173, 229, 230, 235, 241, 243, 250, 251, 255, 279, 329, 353, 359.
3.ª, 229, 279, 291, 295, 329.
4.ª, 133, 229, 230, 243, 279.
5.ª, 38, 243.
6.ª, 38, 243.
Cea, 559.
Ceilán, 393, 395, 397.
Centroafricana, República, 631, 634.
Cerdeña, 431, 451, 465, 510.
Cerne, 457.
Cesarea, 470.
Ceuta, 431.
Cirta, 461, 467, 468, 469, 475, 481, 483, 500.
Cirenaica, 201, 203, 205, 430, 436, 442, 522.
Cirene, 194, 201, 203, 205.
Columnas de Hércules, 142.
Columnata, 429.
Comores, 708, 717, 720.
Congo, 15, 581, 582, 631, 698.
Congo (cuenca), 581.
Constantina, 483, 539.
Constantinopla, 221, 222, 225, 408, 411, 414, 417, 419, 511.
Copperbelt, 686, 698, 702.
Coptos, 120, 184.
Corinto (istmo), 173.
Costa de Marfil, 729.
Creta, 161.
Cuerno de Africa, 14, 138, 185, 345, 391, 580.
Cusae, 264.
Cyamakuza, 637.

Chad, 131, 137, 237, 243, 244, 287, 523, 534, 554, 611, 619.
Chad (cuenca), 547.
Chad (lago), 554, 609, 619, 740.
Chari (valle), 619.
Cheffia, 440.
China, 30, 575.
Chipre, 54, 161, 181.
Chitope, 693, 700.
Chondwe, 648, 686, 692, 696, 698.
Chundu, 691, 696.

Daima, 608, 613, 620, 621.
Dakar, 48, 625.
Dakhla (oasis), 130, 237.
Dakka, 205, 250, 312, 317.
Dal (catarata), 229, 256.
Damasco, 412.
Dambwa, 648, 689, 694, 696, 700.
Dar Essafi, 462.
Dar Er-Salam, 563, 568, 572.
Darfur, 131, 143, 229, 231, 237, 243, 244, 294, 321, 537.
Dashour, 85, 159.
Debba, 243.
Debeira, 137, 276.
Debod, 205, 208.
Debre-Damo, 392.
Degum, 374.
De Hangen, 657, 659, 668, 671.
Deir el-Bahari, 89, 137, 353.
Deir el-Madina, 116, 137.
Dendur, 208.
Der'a, 360.
Derri, El, 272.
Didbid, 354, 358.
Die Kelders, 655.
Diepkloof, 657, 668.
Dimbani, 564.
Dinder, 229, 311.
Djebel Add, 316.
Djebel Amour, 475.
Djebel el-Arak, 148.
Djebel Barhal, 182, 272, 281, 283, 285, 310, 317, 324, 325, 327.
Djebel Kohan, 135.
Djebel Moya, 230, 283, 312.
Djebel Qeili, 292, 308.
Djerma, 529.

Djemila, 518.
Djerid, 441.
Djork Torba, 441, 529.
Dodecesqueno, 207.
Dongola, 230, 262, 283, 317, 333, 334, 337, 339.
Dongur, 369, 370, 383.
Doornfontein, 733.
Doufoufa del Este y del Oeste, 258.
Drakensberg, 651, 681.
Dugga, 453, 462, 470.
Dundo, 688.
Dutsen Kongba, 611.

Eastern Highlands, 692.
Edfú, 118.
Egeo (mar), 450, 471.
Egipto, 15, 18, 19, 21, 25, 28, 29, 33, 34, 36, 37, 38, 71, 75-101, 103-26, 127, 131, 147, 183, 207-25, 232, 233, 239, 240, 241, 242, 243, 245, 249, 250, 251, 253, 256, 258, 260, 264, 266, 268, 271, 273, 276, 277, 278, 279, 280, 282, 283, 287, 304, 308, 309, 320, 321, 323, 329, 331, 333, 335, 337, 343, 380, 386, 389, 391, 392, 393, 395, 406, 424, 438, 456, 523, 553, 558, 563, 568, 574, 604, 606, 740, 741, 771, 772, 773, 774, 775.
Egipto (Alto), 29, 34, 36, 41, 44, 75, 76, 87, 101, 112, 131, 157, 207, 210, 212, 242, 272, 279, 772.
Egipto (Bajo), 29, 34, 44, 76, 81, 90, 101, 242.
Egipto (Medio), 44, 87, 94, 101, 134, 177, 210, 214, 242, 280.
Elands Bay Cave, 660, 661, 668.
Elefantina, 88, 120, 198, 235, 264, 266, 280, 301.
Elephas, 138.
Enda Cerqos, 348, 356, 357.
Enda-Michael, 369, 375, 398.
Enda-Simon, 369, 371, 398.
Engaruka, 600.
Ennedi, 17, 237, 608, 616.
Enneri-Mokto, 531.
Equatoria (provincia de), 177.
Eritrea, 345, 347, 354, 361, 365, 392, 399.
Eritreo (mar) 142.
Esna, 118, 120.
España, 431, 450, 457, 465, 476.
Esparta, 101, 462.
Essaouira, 451, 457, 526.
Es-Soba, 355.
Etch-Mare, 368, 374.
Etiopía, 17, 231, 292, 321, 345, 347, 354, 355, 356, 357, 358, 363, 364, 381, 383, 385, 388, 389, 395, 398, 399, 402, 403, 405, 406, 407, 410, 414, 417, 422, 424, 550, 553, 554, 562, 570, 574, 581, 586, 587, 596, 615, 774, 775.
Eufrates, 159.
Europa, 44, 72, 75, 175, 181, 229, 510, 534, 627, 646, 680, 772.

Fadnoun, 531.
Farfara, 130.
Faras (Pakhoras), 232, 245, 249, 268, 271, 309, 317, 329, 335, 337, 339, 341, 343.
Faros (isla de), 190, 191.
Fayum, 120, 134, 186, 210, 341.
Fenicia, 181, 353, 449, 452, 461.
Feti la Choya, 688.
Fezzán 131, 433, 497, 521, 526, 527, 529, 531, 533, 540, 559, 628.
Fikya, 355, 356, 361.
Filae (isla de), 297, 335, 410.
Filipinas, 736.
Francia, 44, 142, 457.
Fustat, 337.

Gabes (golfo de), 453, 454, 467.
Gabón, 631, 636.
Gadar, 363.
Gades (Cádiz), 455.
Gambia, 733.
Gambia (río), 603, 614.
Gamtoos, 659.
Garama (Djarma), 523, 529, 536, 540.
Geelong, 699.
Gematon, 301.
Gemellae, 475, 496.
Gerf Husseis, 272.
Germa, 459.
Ghamades, 131, 433, 454, 459, 497, 523, 536.
Ghammai, 312.
Ghana, 127, 144, 339, 555, 613, 618, 628, 629, 734, 740, 741, 742.
Ghat, 540.
Ghazali, 230.
Gheria-el-Gherbia, 497.
Gibraltar, 142, 430, 431, 454, 456, 509.
Gizeh, 171.
Gobochela, 355, 356, 357, 360, 361.
Gobreda, 345, 354.
Gokomere, 689, 692, 693, 694, 695, 700.
Golwin, 138.
Gombe (Punta de), 640, 646.
Gona Orka, 531.
Gual-Saim, 373.
Gudit, 375.
Grandes Lagos (Región de los), 13, 41, 227, 243, 618.
Grat-Beal-Guebri, 348.
Great Elephant Shelter, 664.
Grecia, 181, 185, 199, 452, 462, 495, 772.
Guardafui (Cabo), 138, 196, 562, 568, 569.
Guinea, 534, 603, 614, 621, 734, 739.
Gwisho, 544, 633.

Hadrumeto (cf. Sousse), 461, 468.
Hafoun, 138.
Haghwero-Deragueh, 374.
Haidra, 514.
Hammamat, 107.
Hatnoub, 107.
Haulti, 348, 350, 352, 353, 356, 360, 361, 363, 364, 367, 380.
Hawila-Asseraw, 392, 402.
Haz, 352.
Helesponto, 155.
Heliópolis, 47, 85, 120.
Heluán, 159.
Henzat, 374.
Herakleópolis, 87, 101.
Hermontis, 45, 124.
Hermópolis, 101, 280.
Hieracómpolis, 47, 249.
Hierasykaminos, 291.
Himera, 453.
Himyar (País de), 387, 388, 419, 571, 574.
Hippo Acra, 463.
Hipona, 477, 481.
Hippo-Regius, 496.
Hodna (Llanura del), 517.
Hoggar, 431, 527, 529, 531, 554, 556, 559, 608, 616.
Hou, 42.
Hureigha, 355.

Ife, 620, 621.
Igbo Ukwu, 620, 621, 730, 737.
Iken (cf. Mirgissa)
Imerina, 707, 713.
India, 128, 184, 185, 188, 380, 381, 382, 383, 389, 393, 395, 402, 404, 566, 574, 575, 700, 714, 717, 737.
Indico (océano), 14, 17, 138, 185, 198, 229, 240, 364, 380, 395, 397, 561, 562, 565, 566, 567, 570, 571, 574, 575, 594, 645, 674, 701, 708, 714, 715, 722, 736, 737.
Indonesia, 708, 713, 714, 715, 722, 725.
Ingombre (isla de), 696.

Inglaterra, 457.
Inyanga, 692, 693, 696.
Irtet, 251.
Isamu Pati, 696.
Ishango, 497, 646.
Israel, 99.
Italia, 185, 389, 431, 464, 465, 466, 469, 489, 496, 567.
Ivuno, 595.
Iwo-Eleru, 546, 614, 615, 616.

Jartum, 133, 227, 229, 230, 232, 240, 333, 431.
Java, 717.
Jeriza, 310.
Jerusalén, 212, 281, 412, 417.
Joal, 667.
Jos (meseta de), 553, 554, 611.
Juby (cabo), 526.
Judea, 212.

Kab (El), 34, 120, 157, 229, 232, 272.
Kafue (río), 660, 686, 689, 691, 698, 738.
Kakimbon, 614.
Kalabsha, 297.
Kalahari, 545, 579, 591, 634, 653, 664, 668, 670.
Kalambo (valle de), 637, 639, 648.
Kalomo, 689.
Kalundu, 648, 689, 691, 696, 697.
Kalunegongo, 127.
Kamabai, 614, 615, 618.
Kamnama, 691.
Kamudzulo, 689, 697.
Kansanshi, 731.
Kaun, 173.
Kapako, 689.
Kapwinrimbwe, 648, 688, 689, 697.
Karanog (Aniba), 317.
Karkarichichinkat, 609.
Karnak (templos de), 19, 93, 94, 268, 301, 327, 437, 438.
Kasenyi, 595.
Kaskasé, 348, 352, 355, 360, 363.
Katoto, 639, 640, 642, 643, 645, 647, 648, 731.
Katsina Ala, 619.
Katuruka, 636, 649.
Katwé, 595.
Kawa, 271, 281, 285, 295, 301, 310, 317, 319, 325.
Kelibia, 514.
Kenia, 544, 564, 565, 566, 580, 581, 583, 586, 587, 588, 590, 591, 595, 596, 597, 598, 599, 636, 725, 735.
Kerma, 135, 230, 240, 241, 242, 243, 258-64, 266, 283, 310, 312, 327, 773.
Kharga, 130, 237.
Kibiro, 595.
Kilwa, 567.
Kimoni, 563.
Kintampo, 550, 608, 613, 734.
Kinshasa, 640.
Kivu, 637, 647, 738.
Kohaito, 368.
Koloé, 368, 374.
Kom Ombo, 604.
Konosso (isla de), 268.
Kordofán, 135, 229, 230, 239, 243, 244, 285, 321, 537, 545.
Kouban, 272.
Kubanieh, 251.
Kuga, 624.
Kumadzulo, 697, 698, 700.
Kuru, El (El-Kurru), 182, 279, 281, 301, 304, 317.
Kush, 110, 123, 135, 144, 182, 240, 241, 242, 256, 262, 264, 268, 272, 273, 279, 280, 294, 299, 300, 304, 305, 310, 313, 314.

Laboara, 715.
Lambese, 475, 483, 496.
Lantana, 735.
Leopard's Kopje, 695, 696.
Leptis Magna, 451, 454, 458, 507, 559.
Lesotho, 656, 660, 738.
Letti (cuenca de), 283, 310.
Líbano, 38, 86, 93.
Libia, 45, 99, 123, 134, 142, 201, 253, 397, 436, 452, 454, 534, 604, 606, 627.
Limpopo, 651, 660, 674, 695, 698.
Lixus, 451, 456.
Lualaba, 127, 648.
Lubusi, 688.
Ludia, 625.
Lusaka, 686, 688, 698.
Luxor, 258.
Lydenburg, 695.

Maafir, 568.
Mabveni, 692.
Macden Ijafen, 730.
Macedonia, 183.
Macina, 624.
Mactar, 447.
Madagascar, 14, 545, 566, 569, 703-27.
Madiliyanga, 694.
Magreb, 13, 227, 430, 431, 442, 450, 459, 467, 468, 470, 471, 520, 526, 527, 604, 608, 775.
Mahabere Dyogwe, 363.
Mai Mafalu, 361.
Makuria, 333, 335, 339.
Malapati, 695.
Malawi, 651, 686, 691, 692, 696, 701.
Malí, 534, 614, 616, 729, 731, 734.
Malta, 431.
Mandau, 694.
Mangoro, 713.
Manuel (cabo), 614.
Manwala, 689.
Mareotis, 190.
Marib, 347, 348, 352, 353, 355, 356, 357, 360, 420.
Maroantsetra, 713.
Marruecos, 137, 430, 431, 441, 452, 470, 507, 517, 520, 553, 559, 560, 730.
Maryam-Tsion, 377.
Masangano, 637.
Matara, 350, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 361, 363, 364, 367, 368, 369, 371, 377, 378, 380, 391, 392, 399, 402, 417.
Matmar, 232.
Matopo Hills, 694.
Mauretania Cesariana, 479, 483, 517.
Mauretania Tingitana, 476, 479, 483, 495, 517, 518.
Mauritania, 137, 457, 467, 468, 469, 470, 475, 479, 485, 486, 488, 490, 491, 495, 552, 553, 554, 560, 609, 613, 614, 616, 621, 627, 730, 731, 732, 740, 774.
Maxton Farm, 693, 701.
Mazoe (río), 699, 700, 737.
Meca, La, 393.
Mechta el-Arbi, 430.
Medio Oriente, 421, 470, 566, 567, 602, 717.
Mediterráneo, 17, 75, 108, 133, 142, 153, 161, 181, 184, 185, 212, 227, 232, 235, 235, 243, 283, 343, 381, 437, 450, 451, 452, 458, 459, 470, 495, 510, 558, 566, 567, 570, 571, 574, 624, 774.
Medja, 134.
Medracen, 442.
Megiddo, 93, 181.
Meha 356.
Melazo, 348, 354, 356, 357, 367, 402.
Melkhutboom, 657, 659.
Menfis, 23, 79, 86, 87, 101, 120, 163, 190, 210, 272, 281, 301, 307.
Meroé, 127, 128, 182, 198, 205, 208, 212, 227, 230, 279-97, 299-28, 333, 353, 358, 365,

385, 387, 392, 404, 553, 622,649, 773, 774.
Mesopotamia, 30, 33, 37, 93, 147, 153, 171.
Messina, 464.
Mimosas (islas de las), 640.
Mirgissa, 254, 264.
Mittani, 181.
Moero (lago), 105.
Mogador (cf. Essaouira).
Motye (Mozie), 459, 463.
Mozambique, 566, 593, 701, 737.
Muden, 696.
Mukinanira, 637.
Mulongo, 642.
Muluya, 450, 466, 469, 475.
Mussawarat es-Sufra, 230, 288, 292, 315, 317, 319, 324, 325, 327.
Musti, 500.
Muza, 568, 571, 572.
Mwanamainpa, 689.
Mwavarambo, 692.

Naga, 289, 291, 292, 308, 324, 325, 327.
Nagran, 388, 397, 407, 418.
Nakuru, 583.
Nalete, 325.
Namibia, 544, 653, 655, 675, 689.
Napata, 230, 245, 268, 279, 281, 282, 285, 287, 288, 295, 299,-328, 733.
Naque, 230.
Natal, 651, 655, 675, 681, 696.
Naucratis, 212.
Ndjamena, 620.
Ndjole, 636.
Ndorwa, 637.
Negadah, 42.
Negro (mar), 185.
Nemencha, 496.
Nelson Bay Cave, 655, 660, 667.
Niafunké, 533.
Nicópolis, 212, 214.
Níger, 15, 454, 526, 537, 559, 603, 621, 730, 739.
Níger (cuenca), 229.
Níger (delta), 738, 791.
Níger (río), 609, 614, 622, 624, 628, 734.
Níger (valle), 731.
Nigeria, 143, 339, 544, 546, 547, 553, 554, 611, 614, 615, 619, 620, 621, 627, 645, 729, 738.
Nilo, 23, 27, 28, 34, 37, 38, 76, 81, 90, 105, 119, 121, 128, 131, 133, 134, 140, 141, 142, 157, 173, 190, 196, 199, 227, 229, 235, 239, 241, 242, 243, 244, 249, 256, 258, 276, 282, 287, 295, 311, 315, 317, 319, 321, 522, 270, 574, 580, 583, 586, 595, 604, 606, 738.
Nilo (cuenca), 143, 345, 586.
Nilo (delta), 76, 81, 91, 99, 100, 149, 184, 185, 186, 190, 210, 212, 217, 225, 280, 281, 436, 437, 439.
Nilo (valle), 14, 17, 18, 19, 27, 29, 37, 38, 39, 41, 99, 144, 148, 149, 153, 198, 199, 200, 212, 227, 232, 233, 236, 239, 240, 241, 242, 264, 277, 312, 313, 317, 329, 387, 431, 436, 537, 539, 549, 553, 554, 555, 604.
Nilo Azul, 198, 229, 240, 311.
Nilo Blanco, 194, 240, 311, 596.
Nioro, 730, 731.
Njoro, 735.
Nok, 608, 619, 620, 627.
Ntereso, 608, 613, 619.
Nuba (monte), 135, 545.
Nubia, 29, 36, 39, 45, 86, 94, 107, 108, 110, 115, 123, 134, 135, 137, 149, 173, 196, 208, 217, 227-44, 245-78, 292, 299, 308, 309, 310, 320, 329-43, 389, 394, 436, 534, 553, 772, 773, 774, 775.
Nubia (Alta), 272, 295, 310, 311, 388, 395.
Nubia (Baja), 38, 90, 134, 135, 208, 229, 233, 235, 243, 247, 251, 271, 272, 281, 282, 283, 287, 291, 309, 310, 316, 321, 380, 436, 437.
Numidia, 450, 466, 467, 468, 469, 470, 479, 481, 488, 491, 492, 493, 499, 500, 540, 774.
Nuri (necrópolis), 182, 281, 287, 303, 305, 306.
Nyahokwe, 693.
Nyasa, 738.

Olduvai, 15, 733.
Omdurman, 227, 245.
Omo (valle del), 15.
Orange, 675.
Orange (río), 659, 677.
Orán, 431.
Ouauat, 250, 251, 254, 268, 273, 277.

Palestina, 38, 86, 97, 100, 161, 181, 242, 393, 407, 412, 437.
Palmira, 291.
Paratumbia, 603.
Pare Hills, 572, 594.
Pemba (isla de), 563, 571, 720.
Persépolis, 287, 352.
Persia, 353, 383, 574.
Pérsico (golfo), 575.
Phazania, 536.
Phoenix, 699.
Poitialeh, 138.
Praetonium (Marsa-Matruh), 201.
Próximo Oriente, 108, 179, 181, 230, 352, 450, 470, 539, 604, 606, 627.
Proconsular (provincia), 493, 499, 500, 507.
Pselkis, 208.
Ptolemais (Tolmeta) 201, 205, 212.
Punt, 93, 110, 137, 138, 140, 141, 161, 239.

Qasr Ibrim, 297, 316, 335, 337, 339.
Qatna, 181.
Qena, 233.
Que Que, 699.
Quolof, 625.
Quseir, 138.
Qustul, 295, 297.

Rahad, 229, 311.
Rakot, 190.
Rambura, 637.
Rao, 624.
Rapidum, 496.
Rarenne, 614.
Ras Shamra, 99, 181.
Ravi (río), 737.
Rharb, 442.
Rift, 544, 583, 585, 586, 587, 588, 590, 595, 596, 599, 600.
Rim, 614, 618, 619, 622, 628.
Rodolfo (lago), 583.
Rojo (mar), 15, 16, 37, 108, 133, 138, 141, 143, 159, 161, 184, 212, 229, 240, 244, 294, 310, 313, 321, 347, 358, 381, 383, 385, 389, 393, 395, 402, 456, 553, 554, 561, 568, 569, 570, 574.
Roma, 89, 173, 207, 210, 212, 216, 225, 289, 315, 321, 395, 412, 449, 455, 458, 461, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 473, 477, 484, 495, 500, 504, 505, 510, 520, 534, 536, 537, 539, 540, 562, 563, 574, 628.
Rop, 611.
Ruanda, 581, 591, 594, 631, 647.
Rub'el Hali, 387.

Saba (país de), 347,374, 418, 419.
Sabea, 361.
Sabi, 699, 700.
Sabratha, 205, 454, 458, 514, 559.
Sadd el'Aly, 230, 334.

Sahara, 18, 25, 37, 41, 130, 144, 237, 387, 430, 431, 433, 438, 450, 458, 459, 496, 521, 523, 526, 527, 528, 529, 533, 534, 536, 537, 539, 541, 543, 544, 545, 546, 548, 549, 554, 556, 558, 601, 603, 604, 606, 608, 615, 616, 617, 621, 622, 626, 627, 628, 629, 731, 736, 774, 775.
Sahel, 544, 545, 546, 550, 603, 604, 615, 616, 731, 738.
Sai, 295.
Said, 34.
Saint-Louis, 625.
Sais, 120.
Saldanha Bay, 661, 678.
Sanga, 639, 640, 642, 643, 645, 646, 647, 648, 731, 736, 741.
Saoura, 431.
Saqqarah, 30, 83, 85, 171, 173.
Sassu, 391, 392, 394, 395, 397.
Scotts Cave, 657, 659.
Sebua (Es.), 337.
Sedinga, 271, 281, 292.
Sefar, 606.
Segou, 622, 623, 738, 740.
Selima, 249, 253.
Selimonte, 462.
Semneh, 173, 242, 254, 258, 260.
Senafe, 371.
Senegal, 15, 536, 614, 616, 624, 731, 733, 734, 736, 740, 742.
Senegal (río), 559, 609, 624, 734.
Senegambia, 560, 614, 622, 626.
Sennar, 388.
Serra (Teh-Khet), 276.
Sesebi, 271.
Setif, 514.
Setu, 251.
Sha'at (isla de Sai), 256.
Shaba, 639, 648, 736, 739, 741.
Shellal, 230.
Shemyk (Catarata de Dal), 256.
Sicilia, 431, 433, 451, 452, 453, 455, 461, 462, 464, 465, 510.
Sicilia (estrecho de), 430.
Sierra Leona, 558, 614, 615, 618.
Sidra (golfo de), 454.
Silsila, 272.
Silsileh, 107.
Sima, 719.
Sinaí, 45, 86, 107, 108, 115, 151, 236.
Sindu, 619.
Sioma, 688.
Siracusa, 452, 453, 463.
Siria, 86, 93, 94, 97, 161, 181, 194, 212, 225, 370, 389, 393, 395, 403, 567.
Sirte, 458.
Siuah (oasis), 130, 190, 201, 438.
Skikda, 454.
Soba, 334.
Socotora, 393, 567.
Soleb, 137, 140, 271, 310.
Somalia, 138, 386, 392, 395, 566, 572, 581, 590, 725, 739.
Sonqi Tino, 341.
Souk-el-Gour, 518, 520.
Souk-el-khemis, 493.
Soumenou, 120.
Sudán, 38, 39, 100, 123, 134, 135, 177, 198, 205, 208, 245, 266, 268, 279, 280, 292, 294, 299, 387, 392, 430, 439, 459, 546, 550, 552, 597, 608, 615, 622, 628, 738, 740, 742, 774.
Suez, 17, 37.
Sumatra, 714.
Susa, 287.
Sussa, 446, 451, 454, 588.
Swaziland, 651, 675, 732, 733.
Taakha Maryam, 369, 398.
Table (bahia de la), 652, 678, 680.
Tabo, 310.
Tacazzé, 351.
Taghaza d'Awlil, 731.
Takkeda, 730, 731.
Tambazo, 715.
Tamit, 341.
Tana, 395, 564.
Tanganica, 552, 584, 594.
Tánger, 430, 454.
Tanis, 100.
Tanqassi, 295.
Tanzania, 564, 566, 572, 573, 579, 580, 586, 587, 588, 591, 593, 594, 596, 597, 598, 599, 600, 636, 647, 735, 738.
Taruga, 555, 619.
Ta-seti, 229, 235, 236, 254, 300.
Tassili N'ajjer, 531, 554, 556, 560, 609, 616.
Tazbent, 440.
Tebas, 89, 95, 100, 111, 120, 137, 141, 171, 198, 208, 229, 254, 271, 275, 281, 282, 299, 301, 438.
Tebessa, 440, 514.
Tell-el-Amarna, 94, 171, 175.
Tenere, 609.
Tenes, 520.
Tetuán, 431.
Thelepte, 518.
Tinis (o Thinis), 47, 76, 88.
Tiaret, 517, 518.
Tibesti, 17, 131, 237, 527, 556, 559.
Tichitt, 550, 604, 732, 742.
Tiemassas, 603, 614.
Tigre, 347, 353, 386, 387, 388.
Tilemsi, 608, 609.
Timgad, 514, 518.
Tin Alkum, 531.
Tipasa, 451, 454.
Tiro, 450, 452, 459, 461.
Tiye, 325.
Tlemcen, 517, 518.
Tokonda, 368, 374.
Tokra, 201.
Tolmeta, 201.
Tombuctú, 559, 624, 738.
Tondiadarou, 533.
Tore, 282.
Toshka, 250.
Toura, 107.
Transkei, 675.
Transvaal, 651, 675, 695, 697, 699, 701.
Tripolitania, 438, 475, 476, 481, 483, 491, 497, 507, 518, 522, 554, 559.
Tsehuf Emni, 360.
Túnez, 465.
Tunicia, 430, 435, 438, 446, 453, 468, 475, 507.

Uad ben Naga, 230, 291, 319, 325.
Uan Muhuggiag, 604.
Uarsenis, 475.
Ubangui, 634.
Udi, 621.
Uelé, 634.
Uganda, 580, 581, 590, 591, 595, 596, 597, 598, 636, 733, 738.
Ukpa, 614, 615.
Urewé, 636, 648.
Usambara, 565.
Ushara, 295.
Ussuyo, 626.
Utique, 451, 454, 465, 468.
Uvinza, 595.

Victosia (lago), 580, 583, 584, 588, 590, 593, 594, 738, 739.
Volta, 613.
Volubilis (Walili), 470, 518, 520.

Wadi Allaqi (valle del), 135.
Wadi el-Alaki, 272, 277.
Wadi el-Banat, 319.
Wadi es-Sebua, 272.
Wadi Halfa, 294, 253.
Wadi Haward, 319.
Wadi Howar, 229, 243, 436.
Wadi Gabgaba, 277.
Wadi Gasus, 138.
Wadi el-Milk, 227, 229, 243.
Wadi Minih, 402.
Wadi Natrún, 161.
Windhoek Farm Cave, 657, 659.

Yagala, 614, 618.
Yam (País de), 86, 134, 143, 251.

Yeha (templo) 347, 348, 355, 356, 357, 358, 361, 363, 364, 367, 417, 553.
Yemen, 331, 353, 358, 385, 386.
Yengema, 614, 615.
Yoruba, 620, 629.

Zafare (Tafare), 418, 420.
Zaire, 127, 544, 545, 591, 633, 634, 636, 639, 640, 645, 646, 647, 731, 733, 738, 739.
Zala Kesedmai, 355.
Zambeze, 127, 647, 688, 689, 692, 694, 696, 697, 738.
Zambia, 544, 556, 592, 594, 633, 639, 646, 648, 651, 674, 686, 691, 692, 696, 697, 700, 731, 733, 736, 739.
Zanzibar, 563, 564, 566, 567, 571, 575, 717.
Zeban Kutur, 363.
Zeban Mororo, 360.
Zeuginata, 481.
Zhiso, 692, 694, 695, 700.
Zimbabwe, 651, 674, 689, 691, 692, 693, 694, 695, 697, 698, 699, 700, 701, 710, 731, 736, 737.
Ziwa, 693, 699, 700.
Zula, (bahía de), 388.

ANTROPONIMOS

Abaide, 281.
Abar, 305.
Abdallah ibn Abu Sarh, 335.
Abdia, 407.
Abraha, 388, 402, 411, 420.
Abraham, 711.
Adriano, 214, 476, 499, 500.
Afilas, 381, 421.
Agatocles, 435, 463, 464, 465.
Agatárquidas, 198.
Ahhotep, 114.
Ahmose-Nofretari, 114, 140.
Ai, 95.
Akenatón (Amenofis IV), 94, 95, 97, 120, 271.
Akinidad, 289, 291, 308.
Alara, 280.
Alef, 415.
Alejandro Magno, 76, 101, 183, 188, 190, 201, 406, 458, 464, 567, 772.
All'Ameda, 414, 415.
Amaninete-Yerike, 300, 301, 308, 311.
Amanirenas, 289, 291, 305, 308.
Amanishaketo (Amanishekete), 289, 291, 305, 324.
Amanitere, 291, 305, 308.
Amannikhabale, 324.
Amanishakhte, 324.
Amanateieriko, (Amannoteveriké), 287, 319.
Amasis, 285.
Amde Tsion, 406.
Amenemhat I, 89, 254, 260.
Amenemhat II, 90.
Amenemhat III, 241.
Amenemhat IV, 90.
Amenirdis, 280, 282.
Amenofis I, 25, 48, 93, 114.
Amenofis II, 94, 115, 271.
Amenofis III, 94, 114, 173, 271.
Amenofis IV (Akematón), 94, 95, 171.
Ameni (Amenemhat), 234, 235.
Amiano Marcelino, 57.
Amilcar, 460, 465.
Ammonio Sacca, 222.
Amyrteo, 101.
Amosis I, 90, 91, 114, 242, 266.
Amosis Nefertari, 47.
Andibis (cf. Endybis).
Anibal, 207, 462, 465, 466, 469.
Anlamani, 283, 301, 305.
Antef, 254.
Antinoos, 214.
Antiocos III, 207.
Antonino Pío, 224.
Apofis, 264.
Apolonio de Pérgamo, 194.
Arcemani, 288.
Arquímedes (de Siracusa), 194.
Arikakhatani, 292, 308.
Arikankharor, 291, 292, 308.
Aristófanes, 193.
Aristón, 196.
Aristóteles, 53.
Arkakamani, 288.
Arnekhamani, 288.
Arqamani, 317.
Arriano (pseudo), 392, 395.
Arrio, 222.
Artajerjes III, 101.
Arwe-negus, 406.
Asarhadón, 281.
Asdrubal, 465.
Aspelta, 285, 301, 304, 327.
Asurbanipal, 281.
Atanasio, 407, 446.
Atlanarsa (o Atlanersa), 283, 327.
Atsbaha, 411, 412.
Augusto, (Octavio-Octaviano), 207, 208, 212, 214, 219, 227, 289, 291, 383, 429, 469, 476, 479, 485, 488, 489, 496, 499, 561, 569.
Aureliano, 155, 217, 480.
Avidio Cassio, 214.
Azbah, 385.
Azekranón (Ezekher-Amón), 205.

Bactriana, 163.
Bakenrenef, 100.
Bakri (Al), 144.
Baquílides, 193.
Belisario, 511.
Berenice, 193.
Bion, 303.
Bocchus I, 469.
Bocchus II (El joven), 469, 479.
Bogud II, 469.
Bonaparte, 167.

Caleb, 365, 370, 373, 382, 403, 415, 419, 420, 421, 422.
Calígula, 219, 470, 477.
Calímaco, 193, 194, 203.
Cambises, 101, 163, 285.
Caracalla, 214, 216.
Carneade el Cirenense, 203.
Casanas I, 381.
Catón el Viejo, 440, 467.
Cátulo, 194.
Celestino de Roma, 414.
César, 193, 469, 477, 485, 539,
Cipriano, 503.
Ciriacos, 335, 341.
Cirilo, 222, 224, 414, 421, 424.
Cirio de Faras, 341.
Cosroes II, 225, 335.
Claudio, 292, 479, 495.
Claudio II, 217.
Clemente de Alejandría, 222.
Cleopatra, 207, 219.
Conon, 193.
Constantino el Grande, 220, 408, 410, 411, 412, 424, 480, 481, 483, 529.
Constantino II, 388, 410.
Coripo, 442, 446.
Cornelio Balbo, 497, 523, 526, 529.
Cornelio Galo, 207.

Cosmas Indicopleustes, 375, 377, 378, 386, 389, 393, 394, 397, 562.

Champollion, 19, 59.

Darío I, 287.
Darío II, 101.
David, 424.
Demetrios de Falero, 193.
Demóstenes, 205.
Dhu-Nuwas, 419, 420, 421.
Didufri, 85, 250.
Dinócrates, 190.
Diocleciano, 217, 220, 292, 479, 483.
Diodoro de Sicilia, 54, 194, 198, 288, 300, 303, 304, 435, 450.
Diógenes Laercio, 54.
Dion Casio, 291.
Dionisio de Siracusa, 463.
Dioscoro, 222, 414.
Djer, 235, 249.
Djeser, 47, 48, 83, 163, 171.
Domiciano, 219, 497.
Dorieus, 453, 454.

Edesio, 407, 410.
Elle Ameda, 407, 408, 410.
Endybis, 381, 421.
Eratóstenes, 194, 198, 203.
Ergamenes, 205, 288, 304, 324.
Escipión el Africano, 466, 469.
Escorpión, rey, 45, 47, 235, 436.
Esquemeuta de Atripe, 224.
Esquilo, 53, 57, 193.
Estrabón, 54, 167, 190, 193, 194, 198, 199, 291, 303, 383, 441, 446, 458, 558, 561, 568.
Euclides, 194.
Eudoxio, 194, 576, 568.
Eusebio, 407.
Eutiques, 222, 414.
Ezana (Izana - Aizana), 313, 365, 381, 382, 387, 388, 394, 395, 397, 398, 399, 401, 402, 403, 408, 410, 411, 415, 417, 422.

Fabio Máximo, 466.
Filón, 221, 224.
Fion de Alejandría, 190.
Firmus, 217.
Flavio, 414.
Frumencio, 402, 407, 408, 410, 411, 414.

Gadara, 381, 385, 402, 403.
Gaia, 466.
Galiano, 216.
Galo, 480.
Garmul, 518.
Gauda, 469.
Gelimer, 511.
Gelón, 453.
Genserico (o Geiserich), 509, 511.
Gordiano III, 480.
Graco, 484.
Guebr, 370.
Guebre Meskel, 415, 424.
Giges de Lidia, 101.

Hanón, 456, 457, 460, 463, 469, 522, 526, 558.
Hapu, 45.
Harsiotef, 288, 300, 310.
Hataza, 381.
Hatsepsut, 93, 114, 115, 137, 138, 140, 268, 272.
Hattousil, 97.
Hecateo de Mileto, 198.
Heka-Nefer, 137.
Heliodoro, 385.
Henuttakhabit, 305.
Heraclio, 514.
Herihor, 100, 278.
Herkhuf, 87, 142, 772.
Herodoto, 19, 25, 51, 52, 57, 63, 141, 164, 167, 177, 193, 198, 300, 437, 438, 441, 446, 447, 456, 522, 528, 529, 537, 558, 559.
Herófilo, 196.
Hesy-Ra, 164.
Hetep-Heres, 84.
Hiempsal, 496.
Hilderico, 511.
Himilcón, 457.
Hippalo, 184, 382.
Hor-Aha, 249.
Horemheb, 95, 96, 272.
Hoshen de Samaria, 100.
Huni (Hon), 83, 84.

Ibn Battuta, 725.
Ibn el-Mudjawir, 720.
Ibn Hawal, 365.
Ibn Hischac, 365.
Ibn Hischam, 365.
Ibn Majid, 722.
Imhotep, 83, 163, 171.
Ipou-Ur, 87.
Isési, 86.
Isidoro, 214.
Iyouel, 422.
Izana (cf. Ezana).

Jantipo, 465.
Jerjes, 155, 287.
Jesucristo, 410.
Juan de Efeso, 331, 387.
Juba, 469, 470, 473, 477, 539.
Juliano, 331, 335.
Julio Materno, 497, 523, 559.
Justiniano, 19, 383, 391, 442, 511.
Justino I, 418, 419.
Justino II, 335.

Ka, 48.
Kaleb (v. Caleb).
Kamose, 135, 264, 266.
Kashta, 280.
Kefrén, 84, 157.
Keops, 84, 159, 250.
Khababash, 288.
Khaliut, 285.
Khamuras, 115.
Khasekhem, 47, 250.
Kuchana, 392.

León el Grande, 414.
Likanos, 415.
Longino, 333, 335.
Luciano, 53.

Madiqen, 305.
Magón, 452, 458.
Mahoma (Muhammad), 417, 422.
Malalas, Juan, 393.
Maleqereabar, 305.
Manetón de Sobenny, 19, 76, 87, 91, 186.
Mani, 368, 386.
Marciano, 414.
Marcio Turbo, 212.
Marco Antonio, 207.
Marco Aurelio, 214, 485.
Marino de Tiro, 523, 562.
Mario, 484.
Masinisa, 447, 466, 467, 468, 469, 470.
Masties, 517.
Masuna, 517.
Mathón, 465.
Mauricio Tiberio, 514.
Mekhu, 772.
Melecio de Licópolis, 222.
Menes (Narmer), 36, 76, 772.
Mentuhotep I, 48.
Mentuhotep II, 89, 254.
Mentuhotep III, 135, 254.
Mercurios, 335.
Merenré, 86, 250.
Meropio de Tiro, 407.
Metta'e (Abba), 415.
Micipsa, 468.
Mineptah, 99, 437.
Mineptah-Siptah, 277, 438.
Moisés, 397, 406, 411.
Mutauali, 97.
Musa K'ah Ibn Uyayna, 337.

Nabucodonosor, 418.
Narmer (cf. Menes).
Nasalsa, 285, 305.
Nastasen, 287, 300, 303, 305, 308, 310, 315, 317.

Natakamani, 291, 307, 308.
Nawidemak, 305.
Neferirkare-Kakai, 85.
Nefertari, 114.
Nefertiti (Nefernefer-Atón), 95.
Nekao II, 141.
Nekou, 141.
Nerón, 208, 292, 489, 492.
Nestorio, 222, 412, 414.
Nicolás de Damasco, 442.
Nitocris, 114, 282.
Nonnosius, 383, 389, 393.

Ony, 772.
Orígenes, 222.

Pablo, 337.
Pablo de Tebas, 224.
Pacomio, 224.
Pa-nehesi, 277.
Pantaleón, 415, 420.
Panteno, 221.
Pelekha, 305.
Pepi I (Merire), 86, 260.
Pepi II (Neferkare), 86, 87, 142, 239, 251, 260.
Pepinakht, 251.
Petronio, 207, 291.
Peye, 100, 131, 280, 285, 300, 308, 324, 327.
Piankhy (cf. Peye).
Píndaro, 193.
Pirro, 464.
Pitágoras, 194.
Plinio, 198, 291, 367, 383, 389, 433, 485, 497, 522, 523, 561, 562, 569.
Plutarco, 63.
Polibio, 455, 457, 522, 559.
Pompeyo, 469.
Potasimto, 285.
Psamético I, 101, 282.
Psamético II, 285, 304.
Psamético III, 101.
Probo, 208, 480.
Procopio, 419.
Ptolomeo Apión, 201.
Ptolomeo (Claudio), 198, 345, 367, 385, 395, 435, 441, 523, 529, 562, 572, 573, 710.
Ptolomeo I Sóter, 190, 193.
Ptolomeo II, Filadelfo, 183, 184, 186, 190, 191, 207, 220, 347.
Ptolomeo III, 183, 184, 201, 347.
Ptolomeo V, 288.
Ptolomeo VI, 288.

Qalhata, 301.
Qalidurut, 335.

Ramsés I, 272.
Ramsés II, 49, 97, 114, 115, 131, 242, 272, 273, 437.
Ramsés III, 99, 114, 131, 138, 438, 439.
Ramsés IV, 100, 114, 141.
Ramsés XI, 100, 278.
Ramsés-Siptah (XIX), 277.
Rufino, 407, 408.

Sabni, 772.
Sahuré, 86, 181, 250, 436.
Saizana (o Se'azana), 388, 411.
Sakhmakh, 305.
Salamat, 360.
Salomón, 100, 424.
San Atanasio, 222.
San Agustín, 505.
San Jerónimo, 412.
San Mateo, 407.
Satiros, 196.
Escipión el africano, 494, 497.
Sebecneferure, 90.
Sebekhotep, 254.
Semenkhera, 95.
Senkamanisken, 283, 327.
Septimio Flaco, 523, 559.
Septimio Severo, 214, 222, 476, 479, 491, 496, 499.
Sergio, 419.
Sesostris I, 48, 90, 241, 256, 260.
Sesostris II, 173.
Sesostris III, 25, 90, 159, 241, 258, 268.
Seti I, 49, 96, 114, 131, 243, 272, 437.
Sethnakht, 99.
Shabaka, 100, 280, 281.
Shabatak, 281.
Shanakdakhete, 288, 305, 307.
Shebitku, 301.
Shepenupet, 282.
Shepseskaf, 85.
Sherakarer, 307, 308.
Sheshonk, 100.
Shorkaror, 292.
Simeón de Beth-Arsam, 387.
Smendés, 100.
Snefru, 83, 173, 236, 250, 254.
Sobecnofru, 114.
Sócrates, 203.
Solomón, 511.
Sombrotus, 421.
Sostrases de Cnide, 191.

Summayafa Aswa, 420.
Syphax, 466, 467.

Tacfarinas, 475.
Tácito, 475.
Taharqa, 281, 283, 301, 305, 307, 310, 315, 324.
Tanutamón, 281-82.
Tanwetamani, 301.
Tauosré, 114.
Tefnakht, 101.
Teodora de Bizancio, 331.
Teodosio, 221.
Teodosio II, 222, 424.
Teofrasto, 194.
Teqerideamani, 294.
Tera Neter, 45, 47.
Territiqas, 289, 308.
Tertuliano, 505.
Thimagenes, 217.
Tiberio, 212.
Tii, 114.
Timoleon de Corinto, 463.
Timóstenes, 196.
Timoteo de Alejandría, 419.
Tin Hinan, 529, 531, 536.
Tito, 219, 418.
Trajano, 208, 212, 476.
Tucídides, 193.
Tut-Ank-Ammón, 95, 137, 155, 271, 277.
Tutankatón, 95.
Tutmosis I, 93, 243, 264, 266, 268.
Tutmosis II, 93, 268.
Tutmosis III, 25, 49, 93, 127, 137, 243, 268, 271, 277.
Tutmosis IV, 93, 243, 271, 273.

Umayyah, 414.
Unas, 83.
Uni, 86, 134.
Userkaf, 85, 181.
Usersatet, 115.

Valerio Festus, 529.
Vartaia, 517.
Vespasiano, 212, 500.

Waazeba (o Wazeba), 365, 381, 382, 403, 422.
Wadji, 249.
Waren Hayanat, 360.

Yoannes, 337.
Yugurta, 468, 469, 484.

Za-Hekale (véase Zoskales).
Zenobia, 217.
Zoskales, 365, 385, 395, 402, 421.

ETNONIMOS

Aàmou, 117.
Abiriba, 621.
Adyrmachides, 446.
Agaw, 394.
Aguews, 405.
Akan, 128, 144.
Amharas, 411, 415.
Anou (Anu), 45, 47.
Antalaotse, 727.
Asbistes, 439.
Asirios, 137, 281.
Atarantes, 447.
Austurianos, 540.

Bajun, 725.
Bantú, 144, 546, 547, 548, 522, 580, 584, 587, 588, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 645, 646, 649.
Basi-Lotuko, 597.
Bedjas, 295, 310, 329, 394, 405, 415, 417, 422.
Berebere, 436, 439, 440, 441, 527, 528.
Betsileo, 707.
Betsimisaraka, 707.
Bezanozano, 707.
Blemie, 217, 285, 294, 295, 321, 329, 331, 289, 421, 441.

Catabánes, 418.
Colcos, 51, 54, 57.
Coptos, 57, 155.
Cuchitas, 564, 581, 588, 593, 596.

Dapsolibúes, 442.
Dinkas, 243.
Dogón, 144.
Dorobo, 582.
Dravidianos, 42, 48.

Egeos, 434.
Esbet, 438.

Falacha, 431.
Farasianos, 393.
Farusianos, 439, 441.
Fon, 144.

Garamantes, 439, 447, 458, 497, 522, 523, 528, 529, 534, 539, 540, 559, 627, 628.
Germanos, 42.
Getulos, 435.
Gonaqua, 677, 681.
Guanches, 440.
Guezos, 357.
Gumba, 582.
G/wi, 654, 668.

Habesanos, 407.
Hadramoutes, 418.
Haratin, 527.
Hatsa, 675.
Hebreos, 137.
Hicsos, 133, 240, 241, 242, 243, 244, 258, 262, 266, 439.
Himyaritas, 388, 391, 394, 412, 417, 568.
Hititas, 273.
Hova, 710.

Iban, 714.
Igbo, 620, 621.
Igz, 357.
Ik, 597.
Itunga, 596, 597.

Kajemby, 725, 727.
Kalenjin, 596, 599.
Karamojag, 597.
Karroo, 667, 671, 680.
Kasu, 417.
Khoi-Khoi, 544, 652, 653, 661, 662, 665, 667, 671, 672, 674, 675, 676, 678, 680.
Khoisán, 544, 652.
Kikuyu, 582, 590.
Kongo, 648.
Kung, 654, 668.

Levathes, 518.
Libou, 437.
Louata, 518.
Lwoo, 590, 596, 597.

Maccuritae, 531.
Majai, 310.
Makoa, 725.
Marmarides, 540.
Masai, 597.
Maschwesch (o mesues), 117, 437.
Maurasienses, 446.
Mazices, 540.
Mbugu, 565.
Medjaiu, 242.
Merina, 713.
Moros, 441, 450, 510, 514, 518.
Moru-Madi, 598.
Mvit, 725.

Namaqua, 677, 681.
Nasamones, 440, 534.
Nehesyou, 137, 232.
Nigritas, 539, 442.
Nkwerre, 621.
Nóbadas, 217, 295, 329, 331, 333.
Nubae, 437.
Nubai, 309.
Nubas, 295, 321.
Nuer, 608.
Númidas, 441, 442, 450, 465.
Nyangiya, 598.

Palmiranos, 217.
Peul, 435, 608.
Pigmeos, 143, 200, 237, 239, 545, 581, 582, 723.

Rakuba, 710.
Ramini, 710.
Reherehas, 308.
Reheres, 310.

Sabeos, 356, 407, 412, 417.
Sakalava, 713.
San, 544, 582, 633, 634, 652, 653, 656, 659, 662, 664, 665, 667, 670, 671, 672, 677, 680, 681.
Sandawes, 675.
Sangangoastsy, 727.
Sanye, 565.
Sao, 294, 611, 620.
Shilluks, 243.
Sihanaka, 707.
Simbriti, 309.
Siyamo, 417.
Sonqua, 661.
Swahili, 723, 725, 727.

Teda, 48.
Tehenu, 436.
Temehu, 437.
Tepeth, 597.
Tesso, 597.
Teuso, 597.
Tigre (habitantes de), 412.
Tswana, 681.
Tuareg, 527, 529.
Tubus, 435, 528.
Tubou, 48.

Turkanas, 597.
Twa, 637.

Ulé, 144.

Vándalos, 509, 510, 517, 518.
Vazimba, 727.
Vezo-antavelo, 725.

Wamatsa, 717.
Waqwaq, 720.
Waren, 357.

Xhosa, 681.

Yoruba, 144, 620, 629.

Zafikasinambo, 710.
Zafindraminia, 710.
Zaueces, 439.

DINASTIAS

Ahmara, 411, 424.
Amosidas, 114.
Antigónidas, 183.
Antoninos, 496, 499.

Bárcidas, 461, 465.

Egipto I, 48, 79, 134, 155, 235, 245, 249.
II, 247, 250.
III, 48, 79, 83, 169, 173, 247.
IV, 79, 83, 236, 250.
V, 82, 85, 134, 153, 236, 250.
VI, 86, 236, 239, 247, 250, 260.
VII, 87.
VIII, 87.
IX, 87.
X, 87.
XI, 48, 89, 135, 254.
XII, 89, 111, 241, 254, 256, 258.
XIII, 90, 91.
XIV, XV y XVI, (Hicsos), 91.
XVII, 91, 135, 242.
XVIII, 91, 110, 135, 242, 266, 268, 271, 275, 277.
XIX, 97, 271, 272, 273, 275, 277.
XX, 99, 273, 277.
XXI, 100.
XXII, 100, 131.
XXIII, 100, 131.
XXIV, 100.
XXV (Sudanesa), 100, 131, 137, 279, 282, 283, 307.
XXVI, 101.
XXVII, 101.
XXVIII, 101.
XXIX, 101.
XXX, 101.

Flavios, 475, 496.

Hicsos, 91.

Idrisíes, 520.

Julio-Claudios, 475.

Lágidas, 183, 184, 185, 186, 199, 201.

Magónidas, 456, 460, 461.

Ptolomeos, 153, 183, 184, 185, 196, 203, 205, 207, 208, 211, 212, 307, 321, 383, 567, 568.

Rustemíes, 520.

Saítas, 101.
Seléucidas, 183, 567.
Severos, 475, 497.

Tutmosidas, 242.

TEMAS, CONCEPTOS O NOCIONES IMPORTANTES

Agricultura, 23, 103, 104, 148, 186, 205, 233, 287, 313, 357, 382, 439, 489, 548, 549, 550, 585, 586, 588, 601, 602, 609, 685, 696, 737.
Alfarería, 135, 153, 233, 247, 253, 320, 368, 378-80, 507, 556, 583, 585, 593, 594, 611, 617, 622, 625, 636, 637, 645, 674, 684, 685, 691, 692, 693, 694, 715.
Anachoresis, 216, 219, 224.
Antigüedad, 14, 17, 51, 79, 375, 433, 439, 457, 521, 533, 598.
Antropología, 15, 28, 42, 44, 49, 232, 435, 527, 696.
Arqueología, 127, 133, 230, 236, 244, 245, 253, 334, 347, 365, 367, 391, 441, 449, 534, 543, 559, 565, 590, 603, 645, 664, 689, 696.
Arquitectura, 71, 157, 169-75, 339, 360, 374-75, 398, 462, 507, 700.
Arrianismo, 222, 410, 510, 514.
Arte, 30, 81, 125, 177-79, 199, 282, 320, 339, 392, 505, 531, 559, 694, 739.
Artesanado, 149-61, 316, 386.

Biblia, 62, 137, 220, 382, 421, 424, 425, 450.
Biblioteca de Alejandría, 19, 193.

Calcolítico, 75, 245, 251.
Calendario, 24, 167-68.
Camello, 537, 539, 560.
Candaces, 289, 291, 304-07, 319.
Canto, 424, 425.
Cartas de Tell-el-Amarna, 94.
Caza, 107, 130, 579-81, 671, 672, 697, 737.
Cerámica, (véase también Alfarería), 355, 363, 430, 433, 440, 495, 615, 619, 626, 634, 640, 645, 685, 691.
Circuncisión, 63, 406, 587, 590, 597, 775.
Circunnavegación, 142, 456, 522, 523, 558.
Clases de edad, 587, 590.
Climas, 18, 75, 239.
Colonización, 14, 128, 588, 652.

Coloquio de El Cairo, 71, 128, 743-70.
Comercio, 86, 109, 184, 185, 250, 287, 316-21, 339, 389-97, 455-57, 469, 495, 560, 561-64, 572, 628, 647, 741.
Concilio de Calcedonia, 222, 414, 418.
Conquistas, 93, 115, 249, 266, 453, 511.
Constitución antoniana, 214-15.
Construcción naval, 159, 184.
Cosmogonía, 71, 775.
Cristianismo, 188, 196, 219-21, 295, 329, 331, 365, 402, 405, 407, 410, 411, 415, 422, 424, 503, 504, 505, 773, 774.
Cromañoides, 43.
Cronología egipcia, 21-25, 772.
Culto de Amón, 93, 95, 107, 279, 282, 301, 324-25, 438.
Culto de Atón, 94, 95, 271.
Culto de Horus, 76.
Culto de Isis, 188, 205, 219.
Culto de Osiris, 88, 89, 219.
Culto de Serapis, 219.

Dataciones, 430, 451, 615, 627.
Despotismo faraónico, 109, 115.
Divinidades faraónicas, 107, 120, 323-24.
Dogma faraónico, 79, 82.
Dominación romana, 207, 212.

Ecología, 15, 28, 141, 310, 527, 602, 609.
Economía, 103, 109-11, 148, 185, 276, 310, 382, 385, 533, 591, 729, 737.
Edad de bronce, 108, 449, 450, 552.
Edad de hierro, 108, 543, 544, 550, 556, 579, 580, 584, 585, 586, 590, 592, 595, 601, 611, 618, 619, 620, 621, 624, 625, 627, 628, 634, 636, 639, 646, 651, 652, 674, 683-702, 715, 729-42.
Edad de piedra, 537, 543, 545, 549, 552, 555, 564, 580, 581, 582, 597, 608, 611, 613, 633, 634, 674, 715, 734, 735, 739.
Esclavitud, 110, 185.
Esclavos, 110, 185, 323, 389, 394, 455, 459, 576.
Escribas, 19, 30, 36, 111, 115, 211, 308.
Escritura, 19, 30, 36, 103, 108, 128, 147, 179, 232, 403, 528, 771.
Escritura jeroglífica, 19, 33, 175, 181.
Escritura meroítica, 288-89, 766-70.
Estado, 79, 249, 729, 740.
Estado faraónico, 103.
Etnología, 135, 707.

Faraón, 36, 48, 79, 108, 112, 114, 130.
Faro de Alejandría, 191.

Ganadería, 25, 37, 105, 236, 311, 383, 441, 467, 550, 584, 596, 602, 604, 697.
Geografía, 17, 34, 194, 198, 227.
Grupo A, 135, 235, 236, 239, 245, 247, 631.
Grupo B, 247.
Grupo C, 134, 135, 239, 240, 251, 253, 254, 258.
Grupo X, 244, 295, 297, 316, 329, 331, 343.
Guerra púnica (primera), 455, 464.
Guerra púnica (segunda), 466, 468.

Hábitat, 634, 639, 656.
Hechos de los Apóstoles, 292, 407.
Herencia, 112, 114.
Hod (embalses), 27.
Homofonía, 30.
Homo sapiens, 28, 429, 435.
Huelgas, 99, 111.

Imperio Antiguo, 25, 29, 36, 37, 39, 82, 86, 88, 108, 110, 112, 134, 140, 148, 163, 236, 237, 772.
Imperio Medio, 25, 39, 82, 89, 103, 134, 135, 237, 241, 254, 258, 262, 436, 772.
Imperio Nuevo, 25, 39, 82, 91, 105, 107, 110, 120, 137, 237, 266, 275, 276, 277, 279, 436, 438, 772.
Individualismo, 88, 125.
Islam, 418, 509, 773, 775.
Itinerario de caravanas, 497, 536.

Lamentaciones de un campesino elocuente, 88.
Lenguas, 59, 63, 72, 232, 287, 289, 402, 421, 546, 571, 586, 587, 592, 775.
Leucodermos, 29.
Libro de Aquel que está en los infiernos, 83.
Libro de las puertas grandes, 83.
Libro de los muertos, 47, 82, 126, 205.
Libro de los salmos, 424.
Lingüística, 59, 63, 133, 145, 545, 571, 703.
Literatura, 18, 59, 79, 175, 421, 772.

Maât, 19, 119, 121, 124, 130.
Magia, 164.
Matemáticas, 164, 194, 772.
Matriarcado, 288, 303.
Medicina, 163, 196, 772.
Metales (difusión de los), 631, 649.
Metalurgia del cobre, 151, 697, 730.
Metalurgia del hierro, 151, 315, 549, 550, 552, 553, 554, 555, 556, 588, 591, 647, 688, 697, 732.
Metalurgia del oro, 107, 108, 151, 185, 315, 697, 732.
Migraciones, 17, 99, 239, 253, 715, 720, 775.
Mito de Horus, 112, 165.
Mito de Seth, 165.
Mitología Faraónica, 112, 114, 117.
Mitos, 117, 196.
Mobiliario funerario, 82, 205, 233, 441, 529, 536.
Modo de producción faraónico, 108.
Momificación, 125, 161.
Moneda, 185, 381, 389, 393, 398, 422, 458, 465, 467.
Monofisismo, 331, 335, 414, 422.
Mujeres, 114, 125, 153, 304, 323, 446, 529, 599, 656, 735.
Museo de Alejandría, 196.

Naos, 348, 356, 360.
Navegación fluvial, 103, 159, 184.
Navegación marítima, 108, 161, 382, 431, 495, 561.
Negroide, 29, 41, 42, 43.
Neolítico, 15, 17, 25, 28, 37, 75, 130, 148, 232, 235, 430, 431, 449, 543, 559, 601, 604, 606, 608, 614, 615, 616, 618, 625, 633, 634, 733.
Neolítico de Guinea, 614, 615, 619.
Nomadismo, 499, 541.
Nomos, 34, 87, 114, 115, 210, 211, 216.

Organización militar, 115, 308, 388, 476, 479.
Organización política, 112, 210, 299, 307, 317, 385, 460, 477, 518, 529.
Origen africano del hombre, 41.

Paleolítico, 28, 41, 674, 732.
Paleta de Narmer, 28.
Papiro, 82, 105, 108, 155, 177, 185, 214, 216, 258, 357.
Papiro Carlsberg, 167.
Papiro Ebers, 164, 167.
Papiro Edwin Smith, 164, 167.
Papiro de Berlín, 164.
Papiro de Moscú, 165, 167.
Papiro de Westcar, 124.
Papiro Real de Turín, 21.
Papiro Rhind, 165, 167.
Papiro Smith, 163.
Períodos intermedios Egipcios:
I. 25, 39, 87, 112, 117, 124, 134, 135, 251.
II. 25, 39, 112, 241, 242, 262, 264.
III. 25, 39.
Periplo de Hanón, 142, 522, 526, 558.
Periplo del mar de Eritrea, 142, 367, 368, 374, 383, 385, 389, 391, 392, 393, 395, 562, 564, 565, 567, 568, 570, 571, 572, 636, 710, 717, 719.
Piedra de Palermo, 19, 21, 25, 250.
Pirámide, 85, 157, 169.
Pirámide con gradas, 83, 171.
Pirámide de Gizeh, 171, 250.
Pirámide de Khoufou, 85.
Poblamiento, 15, 28, 232, 703.
Poblamiento de Egipto (orígenes), 41, 742-766.
Predinástico, 38, 42, 43, 79, 130, 148, 153, 235, 771.
Prohibición de comer pescado (aversión a) 105, 587, 588, 590, 717.
Protodinástico, 43, 48, 149.
Pueblos del Mar, 99, 436, 437, 438, 439.

Raza (noción de), 28, 29, 42, 47, 51, 72.
Recolección, 105, 579, 581, 737.
Religión, 179, 188, 205, 219, 264, 316, 399, 442, 470, 503, 531.
Riego, 27, 76, 103, 312.
Rutas africanas, 15, 184, 229, 232, 237, 321, 496, 715, 775.
Ruta de Elefantina, 251.
Rutas de los oasis, 251.
Rutas saharianas, 559.
Sacrificios humanos, 461.
Saqia, 283, 312, 357.
Sementi , 117.
Sepulturas, 110, 157, 235, 247, 253, 260, 283, 287, 301, 307, 329, 453, 585, 634, 739.

Templo de Amón, 324, 327, 328.
Templo de los Leones, 292, 325, 327.
Templo de Luxor, 94, 97.
Templo de las Pirámides, 82, 237, 283.
Títulos, 111, 114.
Totemismo, 63, 71, 775.
Tradición faraónica, 149.
Tradición oral, 177, 406, 580, 598, 637, 741.

Utiles (herramientas), 108, 149, 151, 157, 361, 386, 591, 603, 614, 616, 634, 735.

Vías romanas, 496.
Visir, 115, 169.

Wiltoniense, 633, 675.

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Volumen I. *Metodología y prehistoria africana*
Director: J. Ki-Zerbo

Volumen II. *Antiguas civilizaciones de Africa*
Director: G. Mokhtar

Volumen III. *Africa entre los siglos VII y XI*
Director: M. El Fasi

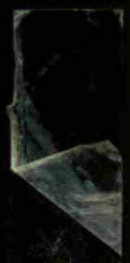
Volumen IV. *Africa entre los siglos XII y XVI*
Director: D. T. Niane

Volumen V. *Africa entre los siglos XVI y XVIII*
Director: B. A. Ogot

Volumen VI. *Africa en el siglo XIX hasta 1880*
Director: J. F. Ade Ajayi

Volumen VII. *Africa bajo el dominio extranjero, 1880-1935*
Director: A. Adu Boahen

Volumen VIII. *Africa desde 1935*
Director: A. A. Mazrui



Desde hace tiempo, la historia real de Africa ha quedado oculta por mitos y prejuicios de toda índole. A las sociedades africanas se las consideraba incapaces de tener historia. Pese a los importantes trabajos desarrollados desde las primeras décadas del presente siglo por pioneros como Léo Frobenius, Maurice Delafosse y Arturo Labiola, un buen número de especialistas no africanos, aferrados a ciertos dogmas, sostenían que esas sociedades no podían ser objeto de estudio científico por falta, en especial, de fuentes y documentos escritos. Efectivamente, no se admitía que el africano fuera creador de culturas originales, florecidas y perpetuadas, a través de los siglos, por vías propias que el historiador no puede, por tanto, interpretar sin hacer renuncia de determinados prejuicios ni renovar su método.

La situación ha evolucionado mucho tras la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde que los países africanos, ya independientes, participan de modo activo en la vida de la comunidad internacional y en los intercambios mutuos que constituyen su razón de ser. Un número creciente de historiadores ha tratado de abordar el estudio de Africa con mayor rigor, objetividad y franqueza, utilizando —con las precauciones típicas, por cierto— las propias fuentes africanas.

De ahí la importancia de la Historia General de Africa, *en ocho volúmenes, que la UNESCO ha empezado a publicar.*

Los especialistas de numerosos países que han colaborado en esta obra se han dedicado, ante todo, a sentar las bases teóricas y metodológicas. Se han preocupado por reconsiderar las simplificaciones abusivas a que había dado lugar una concepción lineal y limitativa de la historia universal, y por restablecer la verdad de los hechos siempre que ello fuera posible y necesario. Han tratado de desentrañar los datos históricos que permiten seguir mejor la evolución de los distintos pueblos africanos en su idiosincrasia socio-cultural. Esta historia pone en evidencia, a la vez, la unidad histórica de Africa y las relaciones de ésta con los demás continentes, en especial con las dos Américas y el Caribe. Por largo tiempo, las expresiones de la creatividad de los descendientes de africanos en América habían sido aisladas por algunos historiadores como un conjunto heteróclito de africanismos; *por supuesto que esta visión no es la de los autores de la presente obra. En ésta, la resistencia de los esclavos llevados a América, el hecho del «mestizaje» político y cultural, y la participación constante y masiva de los descendientes de africanos en las luchas de la primera independencia americana, así como en los movimientos nacionales de liberación, han sido justamente entendidos como lo que fueron: vigorosas afirmaciones de identidad que han contribuido a forjar el concepto universal de Humanidad...*

Asimismo, esta obra muestra con claridad las relaciones de Africa con el Asia meridional a través del Océano Indico, así como la aportación africana a las demás civilizaciones en el juego de los intercambios mutuos. Ofrece también la gran ventaja —al adecuar nuestros conocimientos de Africa y proponer criterios diversos sobre las culturas africanas, al igual que una nueva visión de la historia— de subrayar las sombras y las luces, sin esconder las diferencias de opinión entre los diversos expertos.